ÁLVARO OBREGÓN

# OCHO MIL KILÓMETROS EN CAMPAÑA

Gobierno del
Estado de Sonora

## Table of Contents


Nota preliminar
Obregón, militar, por Francisco L. Urquizo
Las campañas del general Álvaro Obregón. Ensayo de interpretación, por Francisco J. Grajales
Ocho mil kilómetros en campaña
Proemio
Cómo fui simpatizador del señor Madero
    La revolución en Sonora
Cómo formé parte del gobierno del señor Madero
    Primeras agitaciones de la reacción
Cómo fui soldado
Campaña contra Orozco
    Preparativos de campaña
    En campaña
    Batalla de Ojitos
    Batalla de San Joaquín
    Cuartelazo en la Ciudadela
    En Hermosillo. Ante el gobernador
    Creciente indignación en Sonora. Maytorena sigue vacilante
    Renuncia y salida de Maytorena
    Estalla la Revolución
    Preparativos para la lucha armada
    Situación de las fuerzas federales
Campaña contra Huerta
    Toma de la Villa de Nogales
    Toma de ciudad de Cananea
    Operaciones del coronel Hill
    Promulgación del Plan de Guadalupe
    Brutales atentados de Ojeda
    Toma de la plaza de Naco
    Batalla de Santa Rosa
    Sitio de Ortiz y batalla de Santa María
    Sobre el sitio de Guaymas

La Revolución en Sinaloa
Regreso de Maytorena a Sonora
Toma de la ciudad de Culiacán, capital del Estado de Sinaloa
Se deja sitiado a Mazatlán y se inicia el avance al Sur
Intromisión de los miembros del creo en favor del gobierno de usurpación
Operaciones sobre las Islas Marías
Conferencia telegráfica con Villa
Combate de los cañoneros Tampico y Guerrero frente a la Isla de San Ignacio
Continúa la marcha
Ascenso del General en Jefe y telegramas cruzados entre éste y el general Francisco Villa
Empréstito impuesto en el Estado de Jalisco
Operaciones sobre Colima
Operaciones sobre Manzanillo
Conferencia telefónica con el jefe federal de Manzanillo
Regreso a Colima, nombramiento de gobernador y marcha a Guadalajara
Conferencia telegráfica con el Lic. Francisco Carbajal
Alarmas en Colima, y avance sobre el Estado de Guanajuato
Marcha a Querétaro y conferencia telegráfica con la Primera Jefatura
El general Iturbe inicia su ataque sobre la plaza de Mazatlán
Comunicación al Lic. Francisco Carbajal e incorporación de Teoloyucan de la vanguardia
Comunicación del Ing. Alfredo Robles Domínguez
Reconcentración de fuerzas en Teoloyucan. Traición de Maytorena. Parte oficial de la ocupación de Mazatlán
Llegada al campamento de Teoloyucan del Ing. Robles Domínguez, Eduardo Iturbide y algunos representantes del cuerpo diplomático
Actas y tratados de rendición de la ciudad de México y disolución del Ejército Federal
Entrada triunfal a la capital de la República del Cuerpo de Ejercito del Noroeste
Viaje a Chihuahua y conferencias con Villa
Marcha a Nogales y conferencias con Maytorena
Regreso a México
Conferencia con Mr. Fuller
Continúa el licenciamiento y desarme del Ejército Federal. Entrevista con la Primera Jefatura
Contestación del Primer Jefe
Parte oficial de la toma de Mazatlán
Preparativos de ejecución y baile obsequiado por el Estado Mayor a los Jefes de la División del Norte
Comisión al mayor Julio Madero. Negativa de Hill a órdenes de Villa
Salida de Chihuahua y regreso a México
Conferenica con el secretario particular de Villa, y salida de Chihuahua
Conflicto en Estación Corralitos y llegada a Torreón

Conferencia con Robles y Benavides
Llegada a Zacatecas y conferencia con Natera
Acuerdo tomado en junta celebrada en la ciudad de México. Regreso a Zacatecas
La Convención se traslada a Aguascalientes
Empieza la lucha en Naco. Comisionados de la convención para notificar al jefe los acuerdos y resoluciones de ella
Vacilaciones de Gutiérrez
Se inicia la evacuación de México y la defección de Blanco
Evacuación de la ciudad de México y marcha a Veracruz
Llegada a Veracruz del Primer Jefe. Visita al Fuerte de Perote. Viaje a Teziutlán y regreso a Veracruz
Instalación en México del Gobierno de la Convención
Carta al general Gutiérrez
Defección del gobernador de Sinaloa y operaciones militares en aquel Estado
Nombremiento de Jefe de Operaciones sobre la capital de la República y circular de éste a sus jefes subalternos
Campaña contra Zapata, la Convención y Villa
Organización del Ejército de Operaciones. Evacuación de la ciudad de Puebla y defección de nuestras fuerzas en el distrito sur de Baja California
Situación militar del Ejército Constitucionalista
Visita del Primer Jefe a los campamentos militares sobre la vía del Mexicano
Se inician las operaciones militares sobre la ciudad de Puebla
Operaciones en Tepic y Sinaloa
Proyecto de decreto sometido a la consideración del C. Primer Jefe
Comisionados del Gral. Gutiérrez y rompimiento de éste con Villa y su huida de la ciudad de México
Derrota de los reaccionarios en Guadalajara, inflingida por los generales Diéguez y Murguía
Avance sobre la ciudad de México. Combate en Irolo y ocupación de aquélla
Suspensión de hostilidades en Naco
Hostilidades del clero, comercio en grande escala, banca, industriales acaudalados y la mayoría de los extranjeros
Medidas tendientes a conjurar el hambre en México continuación de los combates sostenidos en sus contornos
Operaciones en Sinaloa y Jalisco
Contribuciones decretadas para conjurar el hambre
Incorporaciones de jefes convencionistas
Aprehensión de los ministros del clero y acaudalados que se negaron a pagar la contribución
Combate de Peón
Intromisión de los extranjeros en la política nacional
Parte oficial del Gral. Martínez
Preparativos para la evacuación de México

Evacuación de la ciudad de México y avance al Norte, del Ejército de Operaciones
Derrota infligida en Tuxpan a los reaccionarios y nombramiento del Gral. Hill como Segundo Jefe del Ejército de Operaciones
Protesta del gobernador provisional de Querétaro
Ampliación a los partes oficiales de las batallas de Celaya
Efectivos con que se libró la segunda batalla, y telegramas remitidos a la Primera Jefatura Celaya
Expedición de la columna del coronel Guerrero
Operaciones de la Columna Expedicionaria de Sinaloa en el sur de Sonora
Operaciones de la Primera División de Caballería del Noroeste
Distancias recorridas en campaña por el ejército a las órdenes inmediatas del general Álvaro Obregón
Observaciones
Apéndices
Ávaro Obregón, estadista. Por Manuel González Ramírez
Manifiesto, por Álvaro Obregón
Ideario de Álvaro Obregón
Discurso
Memoria fotográfica
Notas

ÁLVARO OBREGÓN

# OCHO MIL KILÓMETROS EN CAMPAÑA

***Ocho mil kilómetros en campaña***
Álvaro Obregón

Edición digital 2016
**Gobierno del Estado de Sonora**
**Instituto Sonorense de Cultura**

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.

## NOTA PRELIMINAR

La labor que el Patronato de la Historia de Sonora ha venido realizando desde hace algunos años para formar el Archivo de la Revolución, que es el patrimonio de la Universidad de Sonora, y para deducir de ese Archivo y de otros lugares los documentos que han constituido la parte esencial de sus distintas publicaciones, se enriquece en esta ocasión al reeditar *Ocho mil kilómetros en campaña*, escrito por el general Álvaro Obregón.

Ese libro fue publicado, por primera vez, en 1917, en días que estaban muy cercanos los hechos que dieron material al relato del Caudillo de Sonora y cuando vivía la mayoría de las personas que se citaban en el curso de la obra. A este respecto debe decirse que, salvo lo escrito por don José María Maytorena, el libro de Obregón no fue motivo de rectificaciones por ninguno de los aludidos, menos aún obligado a modificarse en cuanto a su contenido. Ahora bien, por lo que respecta a don José María Maytorena, que publicó en Los Ángeles, California, un folleto, se limitó a expresar desahogos personales, enderezados contra el general Obregón, como supervivencia de la lucha de facciones que había llevado a Obregón y a Maytorena a militar en bandos contrapuestos. Por eso Maytorena se esmeró en negar las aptitudes personales, militares y políticas del general Obregón, para entonces conocidas por el país, y a demostrar la nostalgia que le causaba su derrota, así como cultivar, por esa causa, rencor que contra el Caudillo de Sonora le acompañó hasta su muerte. Mas por lo que se refiere al fondo del libro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Maytorena no pudo ni estuvo en condiciones de hacer alguna rectificación al volumen, así fuera en su forma como en su fondo.

Por otra parte y muy principalmente, *Ocho mil kilómetros en campaña* es una obra documental de primerísimo orden, y aseguramos que en nuestro medio es única en su género, lo que la hace recomendable a fin de que no falte dentro de la serie documental que se refiere a la Revolución mexicana, y que hemos venido publicando en el curso de los últimos tiempos.

Es de primerísimo orden porque su autor, el general Álvaro Obregón, tomó parte en las campañas militares que de 1913 a 1914 concurrieron a derrotar al Ejército Federal, exponente y sostén del Antiguo

Régimen, defensor decidido de la usurpación de Victoriano Huerta. Con el Cuerpo de Ejército del Noroeste, que tuvo bajo su mando, emprendió desde la frontera septentrional sonorense hasta la ciudad capital una campaña de fulgurantes batallas, de las cuales la de mayor trascendencia política fue la de Orendáin, que le abrió el camino para Guadalajara y en pocas semanas lo colocó frente a la ciudad de México, donde acabó por lograr la capitulación del Ejército Federal y la metrópoli.

Es obra única en su género, puesto que pese a que en la historia del México independiente múltiples han sido los militares de nombradla que dieron numerosas batallas y realizaron campañas, bien en la guerra de Independencia, ora en la lucha de la Reforma, luego en la defensa de la República frente a la invasión francesa y el imperio de Maximiliano, esos jefes omitieron escribir la historia militar de las acciones de armas a que concurrieron. Y lo anterior lo afirmamos sin perder de vista que algunos próceres redactaron memorias, pero sin especializar el punto de vista en el aspecto militar, sino incluyendo en sus libros lo militar y lo político.

Por lo que respecta a la Revolución, salvo el general Obregón, los principales jefes como Francisco Villa, Pablo González, Jesús Carranza, Emiliano Zapata, ya desaparecidos, no dejaron constancias personales y de género militar acerca de sus campañas. De haber escrito cada uno de esos personajes las referencias a sus acciones de guerra, tendríamos ahora una historia militar de la Revolución completa y de primera mano. Es verdad que han sido suplidas con importantes aportaciones y según puede leerse en los volúmenes preparados por el general Gildardo Magaña con el título *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, y las *Memorias de Pancho Villa* formadas por Martín Luis Guzmán, en una versión histórica novelada de la vida pública del Centauro del Norte; pero con todos los merecimientos que deben reconocerse a esos libros, lo sensible, repetimos, es que los principales jefes no se hubieran preocupado por dejar constancia de sus luchas militares.

Por lo que respecta al constitucionalismo, la única historia fehaciente escrita por el artífice principal de la Revolución es ésta de *Ocho mil kilómetros en campaña*, que con toda oportunidad estuvo preparada y editada por su autor el general Obregón. Sus propósitos fueron rendir homenaje a todos y cada uno de sus compañeros en las acciones de guerra que libró contra el Ejército Federal y la División del Norte.

Pero con la perspicacia que le fue peculiar se anticipó a los futuros arribistas e improvisados historiadores, pues dijo el general Obregón que escribió *Ocho mil kilómetros en campaña* porque era el poseedor de los documentos originales que constituían pruebas de lo afirmado por él; y porque el conocimiento directo que tuvo de la campaña lo colocaba en mejores condiciones de apreciar y de reconocer los méritos de los hombres que militaron a sus órdenes. Por nuestra parte debemos agregar que la indisputada autoridad, que conquistó y gozó como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, dan valor muy principal a este capítulo de la historia militar de la Revolución Constitucionalista. Aunque, claro está, que haya de deplorarse la ausencia de obras análogas, que pudieran haber escrito los generales Pablo González y Jesús Carranza, que ahora cerrarían las puertas a los audaces que nunca participaron en las acciones de guerra que describen, pero que interpretan atribuyéndose conocimientos y suficiencia.

En sí misma esta obra está formada por los partes militares que rindiera al general Obregón, conforme las acciones de guerra fuéronse desarrollando. Su orden cronológico y los múltiples detalles que se insertaban en cada documento hace posible la reconstrucción de las que fueron principalísimas campañas, que se libraron en la etapa violenta revolucionaria. Ahora bien, como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y de acuerdo con los principios de todo ejército organizado, el general Obregón era el único que tenía autoridad para rendir los correspondientes

partes militares. Precisamente por esta razón en las escuelas castrenses de México se enseñan e ilustran las campañas del constitucionalismo, con base en el libro del general Obregón.

Ahora bien, para los fines didascálicos la reedición de esta obra se hace muy necesaria. Y a este objeto el Patronato de la Historia de Sonora procuró respetar escrupulosamente el texto que dejara escrito el general Obregón, de acuerdo con la primera edición de 1917. Mas para ponerlo al día este volumen quedó adicionado con tres estudios que han de servir al lector moderno para entender las campañas, así como también la personalidad del general Obregón.

Con este fin, el señor general de División Francisco J. Grajales, Director que fue del H. Colegio Militar, ahora de la Escuela Superior de Guerra y uno de nuestros más distinguidos técnicos, escribió la interpretación de las campañas del Caudillo de Sonora. Los estudiosos militares hallarán en el trabajo del general Grajales la reconstrucción de esas campañas, el acucioso examen de ellas y la interpretación técnica militar de acuerdo no sólo con los adelantos del arte de la guerra que en México eran conocidos en aquella época, sino también con puntos comparativos en lo que se relaciona con la actual forma de hacer la guerra, que ilustran cómo la intuición del militar sonorense aprovechó recursos, que después se han generalizado e incluso tomado las proporciones fantásticas que hacen de la guerra moderna una de las más costosas preocupaciones de los hombres, costosas en vida y en elementos de todo orden. Además, y esto es lo principal, la interpretación sirve para dar a conocer la forma en que se hizo la guerra durante la etapa de violencia, en nuestro medio, según eran nuestros recursos, en función de los accidentes geográficos y de la idiosincrasia de los combatientes. Lo cual, además de su valor histórico, tiene el pedagógico, que de mucha utilidad debe ser para los que se dedican a la carrera de las armas.

En cuanto a la persona del general en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, el distinguido general revolucionario Francisco L. Urquizo, preparó el estudio que tituló *Obregón, militar*. El conocimiento personal que de hombres y hechos tiene el general Urquizo, su gran sentido humano y sus reconocidas dotes de escritor, son garantía de la calidad de lo que escribiera. Sin embargo, no está fuera de lugar subrayar de manera enfática que la filiación política de Francisco L. Urquizo, su lealtad insospechada hacia don Venustiano Carranza, acrecientan el esfuerzo de quien, despojándose de las miserias que trajo consigo la lucha de facciones, y superando los rencores que esa misma lucha provocó y conservó, considera a la personalidad del general Obregón con sus merecimientos. Y entiende que ni la Revolución ni sus próceres son patrimonio de persona alguna o de grupo de personas, sino que su culto y el reconocimiento que se debe a sus obras pertenecen a la República toda. De ahí que el Patronato de la Historia de Sonora al acoger en estas páginas el estudio del general Urquizo lo haga con complacencia y reconociendo públicamente la grandeza de espíritu que hizo posible que se escribieran las líneas emotivas, que pronto el lector podrá conocer.

Para complementar la presentación del Caudillo sonorense, el Director de la obra que tiene a su cargo el Patronato de Historia de Sonora, licenciado Manuel González Ramírez, preparó el ensayo denominado Obregón estadista. Se procuró en este trabajo presentar al lector de nuestros días los principales aspectos de los problemas que se plantearon a la administración del general Obregón y la forma de resolverlos. Como podrá hallarse en el lugar que corresponde, el

licenciado González Ramírez llama la atención acerca del hecho de que el Caudillo de Sonora no solamente participó en la violencia destructiva revolucionaria, cuando hubo necesidad de barrer los intereses creados, sino que además la sustitución social hecha con sentido revolucionario, por una parte, justificó la violencia a que se tuvo que recurrir y, por la otra, inició la etapa constructiva que transformó a México en los sistemas de convivencia social y desplazó a los hombres que ocupaban los puestos de responsabilidad durante el Antiguo Régimen. Con lo cual se podrá comprender que Álvaro Obregón fue general invicto, actor principalísimo durante la violencia, y después Presidente de la República, con dotes de estadista, constructor inicial del Nuevo Régimen.

Más aún, la reedición de este libro implica el reconocimiento a la labor que realizaron los hombres humildes que, desde los tiempos de los batallones irregulares que defendieron a las instituciones, personificados en el señor Madero frente a la rebelión orozquista; más tarde combatiendo la usurpación de Victoriano Huerta; y meses después enfrentándose a la División del Norte, reconocimiento, decimos, a que son merecedores por el grado heroico con que se comportaron. Hombres del pueblo, muchos de cuyos nombres se perdieron definitivamente, otros que ascendieron a puestos de responsabilidad y cuyas acciones las registra la Historia, es verdad que constituyeron el pie veterano de lo que fue en el curso del tiempo ejército revolucionario; y de lo que acabó por constituirse en el Ejército Federal actual, que defiende las instituciones y la República, y para la Nación es garantía de paz.

Por supuesto que ese reconocimiento, que se hace a favor de todos los combatientes revolucionarios, debe ser motivo, en nuestro caso, de mención especial para los luchadores que dio el Estado de Sonora. Pues lo cierto es que pueblo y caudillo sonorenses aportaron su sangre, sus sacrificios a la causa revolucionaria en primerísima fila, y fueron los autores principales de que la violencia se hubiera resuelto a favor del constitucionalismo, que el constitucionalismo hubiera llegado al poder y, ya en el poder, se reconstruyera un México sobre bases revolucionarias.

De donde es el momento para apuntar que el esfuerzo que ha realizado el Patronato de la Historia de Sonora, bajo los auspicios del gobierno del Estado de Sonora y de la Universidad de Sonora, así como mediante la dirección del licenciado González Ramírez, ha sido con fines de exaltar la aportación sonorense en hombres del pueblo y de caudillos en acciones destructoras del Antiguo Régimen.

Por esa causa la parte documental de nuestras publicaciones, sin perder de vista que la aportación sonorense no es exclusiva, no se limitó a las fronteras de la entidad, antes bien fue de repercusiones nacionales, se ha ido orientando hacia problemas en los que los sonorenses tuvieron participación. Por ejemplo, *La huelga de Cananea*, libro publicado para conmemorar el cincuentenario de tan importante hecho obrero, acusa ya esa orientación. Porque es innegable que los

sucesos que en 1906 tuvieron lugar en Cananea marcaron en la historia de las luchas laborales en Sonora y en México un capítulo de importancia decisiva. Y en particular en la entidad septentrional, puesto que conmocionaron a la generación que pocos años más adelante iba a tomar parte en la violencia revolucionaria.

La orientación de la cual hemos hablado se confirma con el libro documental *La cuestión del yaqui* (el indigenismo en Sonora), que conquista para la historiografía mexicana el conocimiento de un problema secular, muchas veces invocado, siempre tenido como grave pero, infortunadamente, desconocido para los mexicanos. El volumen está formado por piezas documentales que abarcan desde la penetración del hombre blanco en Sonora hasta los acuerdos que dictara el gobierno federal en 1957 en relación con la tribu yaqui. Debe decirse que los documentos fueron deducidos de los archivos españoles; del Archivo del Gobierno de Sonora; del de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México; de la Secretaría de la Defensa Nacional y de algunas universidades norteamericanas, especialmente la de Arizona.

La reedición de los *Ocho mil kilómetros en campaña*, libro documental por excelencia, afirma la preocupación de orientarnos hacia los problemas en los que los sonorenses han participado; además de que para nosotros constituye el capítulo previo a lo principal de nuestra tarea, que no es otra que la de escribir la obra histórica *Sonora en la Revolución*.

Esto es, presentar en forma objetiva, científica y debidamente ordenada, la aportación que el pueblo y los caudillos de Sonora realizaron durante la primera mitad del siglo XX en el escenario estatal y en el panorama de la República toda. Ahora bien, en preparar esta parte del esfuerzo nos encontramos ya, con propósitos de que próximamente aparezca Sonora en la Revolución.

Ha sido nuestro interés ubicar la acción del pueblo y los revolucionarios sonorenses dentro de la perspectiva nacional, pues así actuaron ellos en todo momento de la Revolución. Esto nos ha llevado a publicar libros como *Planes políticos y otros documentos*, ya que ahí se encuentran las fuentes ideológicas de la Revolución y se pueden apreciar las razones que el pueblo tuvo para llegar a la violencia. Asimismo publicamos *La caricatura política*, que es un capítulo de la pugna ideológica entre el Antiguo Régimen y el Nuevo Régimen, el sostenido por los dibujantes con el objeto de despertar interés para lograr la transformación social. En suma, todo aquello que hemos creído necesario para presentar una mejor perspectiva del fenómeno histórico, evitando mutilaciones u omisiones, lo hemos realizado por nuestra parte.

El interés que se tiene por los estudios acerca de la Revolución es notorio. Varios son los investigadores que se preocupan de la materia; pero con todo, sería de desear que en las distintas entidades de la Federación, en donde el fenómeno revolucionario fue más intenso, pongamos por caso, además de Sonora, los Estados de Chihuahua, Coahuila, Morelos, Michoacán, Guerrero, Veracruz y otros, emprendieran trabajos tendientes a dar noticia de la participación de sus pueblos y sus próceres, y la interpretación histórica respectiva. Tales esfuerzos, unidos a los que realizan el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y este Patronato de la Historia de Sonora, a la postre podrán servir para presentar la mejor perspectiva y además autorizada acerca de la gran transformación social mexicana; para que de este modo las generaciones venideras puedan estar en condiciones de conocer y apreciar uno de los capítulos más complejos de nuestra historia.

De ahí que nos tomemos la licencia de exhortar a las entidades aludidas y, en general, a las que tengan deseo de aportar su cooperación al respecto, para que enriquezcan las fuentes de estudio histórico y preparen y publiquen los trabajos que realicen acerca de la Revolución mexicana. Es un servicio que debemos prestar a México ya que México lo espera de nosotros.

El Gobierno de la República, cumpliendo la disposición del Poder Legislativo, ha señalado el de 1959 como el "Año del Presidente Carranza". Al honrar al que fuera Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y más tarde Presidente de la República, indudablemente que se honra a la Revolución.

Por nuestra parte, atentos como hemos estado a lo que se refiera al movimiento social mexicano, nos unimos a lo decretado por el Gobierno federal; y presentamos como homenaje la reedición de los *Ocho mil kilómetros en campaña*. Pues entendemos que es significativa la entrega del volumen, cooperando en el año de que se trata. Y lo es porque el esfuerzo del pueblo de Sonora y la sangre que derramó a las órdenes de su Caudillo el general Obregón, no pueden quedar en el olvido en ocasión tan relevante.

Bien se sabe que cuando fueron asesinados el presidente y vicepresidente de la República, señores Madero y Pino Suárez, y a continuación subió al poder Victoriano Huerta, las Legislaturas de Coahuila y Sonora, sin concierto previo, desconocieron la usurpada investidura que ostentaba Huerta.

Se iniciaron las hostilidades en los dos estados sin liga alguna, sino hasta que en Monclova fue suscrito el documento que reconoció la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista a favor de don Venustiano Carranza. Tampoco se ignora que al Pacto de Monclova concurrieron delegados oficiales de los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila, firmando entonces el compromiso que consolidó la Primera Jefatura del Constitucionalismo, según había sido instaurada en el Plan de Guadalupe.

Por la parte que les correspondió el Gobierno del Estado de Sonora y el pueblo de Sonora habían dado ya las primeras manifestaciones de su actividad en la frontera septentrional. En pocas semanas las fulgurantes batallas conducidas por el general Obregón hicieron posible la expulsión de los federales de aquella entidad, salvo el Puerto de Guaymas, que quedó en estado de sitio. Tales batallas hicieron también posible que la visita del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista a Sonora se realizara como en terreno propio, con las seguridades que había conquistado el ejército vencedor al mando de Álvaro Obregón.

Al proseguir su campaña rumbo al sur, el Cuerpo de Ejército del Noroeste conservó fundamentalmente al núcleo sonorense, aunque fue engrosado por combatientes, primero de Sinaloa, luego de Nayarit, más adelante de Jalisco, para que, con posteridad a la caída de Guadalajara, el general Obregón, según instrucciones del Primer Jefe, se presentara ante la ciudad de México exigiendo la capitulación de la metrópoli, la del Ejército Federal, así como la disolución de este instrumento del Antiguo Régimen. Por lo demás la campaña contra la usurpación se había hecho a favor del constitucionalismo, bajo la dirección de Venustiano Carranza, y al mando directo de Álvaro Obregón.

Una de las divisiones entre los revolucionarios que más sangre ha costado a la República ha sido la que operó entre Carranza y Villa. Esa vez el general Obregón y las fuerzas a su mando optaron por la jefatura del señor Carranza; y de nueva cuenta el pueblo sonorense, en la compañía de otros luchadores de la República, libraron grandes batallas contra la División del Norte que, al quebrantarla y destruirla, abrieron el camino para que las reformas sociales

preconizadas por el constitucionalismo tuvieran vigencia. De donde sin los triunfos del Cuerpo Expedicionario guiado por el general Obregón, difícil o tardíamente se hubiera podido llegar al funcionamiento del Constituyente de Querétaro, a la formación y promulgación de la Constitución de 1917, y a la posibilidad de las elecciones que dieron la Presidencia constitucional a don Venustiano Carranza.

Como quiera que *Ocho mil kilómetros en campaña* es la crónica documental de las acciones de guerra que hicieron posible la destrucción del Antiguo Régimen y el triunfo del Constitucionalismo, que a su vez hizo llegar a la presidencia al señor Carranza, repetimos, el volumen lo entregamos como un homenaje al "Año Presidente Carranza".

En este orden de ideas no perdemos de vista que años después de los sucesos que se relatan en el presente libro, los dos próceres, Carranza y Obregón, actuaron divididos. Pero es que entra en nuestros propósitos suscribir lo que dijo el Vicepresidente de nuestro Patronato, licenciado Aarón Sáenz, en ocasión del XXX aniversario de la muerte del general Obregón,[1] de acuerdo con los fragmentos que a continuación copiamos:

La intriga política se había desatado desde los días de incertidumbre de 1914, desde aquellos tiempos en los que el Primer Jefe se encontraba en Veracruz al frente de la lucha que trajo la escisión Carranza-Villa. Los que estaban en la retaguardia, los que apenas pusieron en peligro sus vidas, comenzaron a intrigar contra el general Obregón y los suyos, precisamente en los instantes en los que el Caudillo de Sonora y las fuerzas constitucionalistas engarzaron los triunfos que a costa de sangre y sacrificios dieron la victoria final a la Revolución.

Esas intrigas tuvieron éxito pleno en su labor de zapa, hasta lograr distanciar a los hombres que, como Carranza y Obregón, habían sido los más prominentes luchadores y apoyos a favor del constitucionalismo. El trabajo subterráneo tuvo su expresión durante la campaña electoral de 1920, en la que quedaron divididos los campos...

La división condujo a usar de las armas. Y las armas llevaron a los infortunados acontecimientos en que perdiera la vida don Venustiano Carranza. De haber sido fuerzas revolucionarias las que en la última noche de su vida escoltaron al señor Carranza, muy seguramente no habría caído asesinado el prócer de Cuatro Ciénagas...

Por encima de las fatales miserias humanas, alzo mi voz precisamente ante ese monumento, para exaltar las virtudes de don Venustiano Carranza, que como Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila, enarboló la bandera de la reivindicación nacional y ya como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, dirigió la lucha contra el pretorianismo, para llevar al triunfo a la Revolución; que reconstruyó a las instituciones que son propias de México; que afrontó con dignidad y patriótico empeño el respeto a nuestra soberanía en el exterior, en defensa de la voluntad de nuestro país a autodeterminarse, tanto como Primer Jefe como en el alto desempeño del cargo de Presidente de la República. Fue uno de los constructores de nuestra patria, por lo cual merece el bien que se otorga a esta clase de próceres. Asimismo, abogo porque lo que los acontecimientos de 1920 separó, la historia, la historia de la Revolución, vuelva a unir a los dos próceres, a Carranza y a Obregón, lo mismo que cuando los dos conjuntamente lucharon a favor del constitucionalismo en los tremendos días de 1915. Si la historia realiza esta unificación, en verdad quedarán derrotados los despreciables intrigantes que poco tuvieron de revolucionarios y mucho mal hicieron al país.

PATRONATO DE LA HISTORIA DE SONORA

# OBREGÓN MILITAR

Había muerto uno de los valores más grandes de la Revolución mexicana, el licenciado Luis Cabrera. La caja que guardaba su cadáver la cubría un lienzo con la bandera nacional. Era un día de luto no tan sólo para la que había sido su esposa, para sus hijos o para sus familias; era luto también y grande para la familia revolucionaria.

Había, en torno de la fosa que iba a dar albergue eterno a los restos mortales del ilustre desaparecido, un conglomerado de gente de todos los matices. Predominaban los antiguos revolucionarios: precursores, veteranos de las luchas de 1910 y de 1913. Nos encontrábamos ahí reunidos, por un momento, maderistas, carrancistas, obregonistas, villistas y zapatistas. Todos, haciendo a un lado diferencias que existieron durante la gran lucha contra un enemigo común y de malas inteligencias y choques armados entre unos y otros, estábamos ahí. Un dolor nos volvía a unir unos a otros, como en otrora nos unió en la juventud para luchar contra la tiranía, con la pluma, con la verba o con las armas.

Es cosa triste que los que luchamos antes hermanados por idénticos ideales y con desinterés, inclusive de la misma vida, que más tarde, logrado el triunfo primordial, nos revolveríamos unos contra otros, y pasado el tiempo, serenados los ánimos, volviéramos a encontrarnos en ocasiones como aquella unidos por un común sentimiento de pena.

Había caído uno de los grandes nuestros; una figura auténtica y significativa de la Revolución y ahí estábamos todos los que aún vivíamos. Acaso los muertos, los que antes partieron, en espíritu también estaban ahí.

Sólo un desaparecido grande de los nuestros logra el milagro de reunir a los supervivientes de la Revolución.

Fueron siete las oraciones fúnebres que ahí se pronunciaron; fueron limitados los oradores. Muchos más podrían haber hablado; hubiera sido interminable el número de oradores si se hubiera deseado y sin cortapisa para ello. Mucho se dijo y mucho dejó de decirse. Por lo demás, no hacía falta, pues demasiado conocida por su gran tamaño era la figura del gran revolucionario que se sepultaba en ese día.

Junto a mí, alejado un poco de la fosa de Cabrera, estaba el licenciado y general Aarón Sáenz, presidente de la Asociación Cívica Álvaro Obregón, Vicepresidente del Patronato de la Historia de Sonora, y antiguo y distinguido miembro del Estado Mayor del Caudillo de Sonora.

Aarón y yo éramos conocidos y amigos desde allá por los meses de abril o mayo del lejano año de 1913, cuando empezaba la lucha contra Victoriano Huerta.

Nuestra mente almacena constantemente recuerdos; es un archivo interminable desde que se tiene uso de razón hasta que se pierden los sentidos en los aledaños de la muerte. Pero de ese archivo inmenso que reunimos en las células del cerebro hay recuerdos que tienen más firmeza y que se imponen a los otros, a los de todos los días, y son aquellos que se grabaron más por las circunstancias en las que vivimos, por la huella que nos dejaron o por la trascendencia de lo que ocurrió.

Tuvimos la suerte, los que fuimos revolucionarios de 1910 y 1913, de asistir y actuar poco o mucho, bien o mal, en un cambio trascendental del país. Fue una suerte haber nacido en la época de Porfirio Díaz y haber sentido la necesidad de una sacudida revolucionaria que cambiara la situación tranquila, adormecida y miserable de la ciudadanía; de palpar la necesidad de una política gubernamental eficiente y efectiva, de renovar lo carcomido y dar o tratar de dar a la gran mayoría proletaria aunque fuera un mediano bienestar que no tenían.

Fue una suerte nacer entonces y ser jóvenes y animosos cuando empezó la gran lucha y en los vaivenes de la misma y poder todavía contarlo. Suerte aún mayor para algunos de nosotros el haber convivido con la clase de oficiales en los Estados Mayores de los grandes caudillos del formidable movimiento armado del país.

Cayeron muchos de los compañeros en la lucha. Muchachos sanos, buenos, sencillos y bien intencionados, regaron con su sangre el gran campo de batalla que los constituyó el perímetro del suelo patrio. No supieron del triunfo ni las entradas triunfales y los anhelos satisfechos. No tuvieron la oportunidad de dejar de ser buenos ni de presenciar las subsecuentes divisiones entre los que luchaban como hermanos contra un enemigo bien definido y después, por diferencias secundarias, lucharon entre sí.

Dichosos aquellos que murieron y no les tocó derramar la sangre de los que habían sido sus compañeros de lucha y de los ideales, que no supieron del "embute", del placer, del dinero, del automóvil ni de los puestos públicos.

La Revolución fue una efervescencia, un fuego que primero quemó lo que debía quemar, aquello para lo que había sido encendido, pero que después, fuego al fin, quemó también mucho que no debió quemar.

Fue una conjunción de valor, de energía, de coraje, de pasiones desatadas, encontradas a veces entre sí, pero con una finalidad única, insuperable y latente desde entonces ahora mismo: el mejoramiento de la Nación Mexicana.

Cayeron muchos, se pervirtieron muchos, claudicaron muchos. La Revolución no la hicieron los santos sino hombres de carne y hueso y como tales pasionales y con muchos defectos.

Ahora, a la distancia de los años, cuando estamos viendo, los que fuimos también revolucionarios conscientes y llenos de ánimo, los que fuimos mozos y ahora peinamos canas o no tenemos nada que peinar, que se van los nuestros para siempre o que ya se han ido; cuando vemos que "le tiran al grupo", que la vida va llegando a su fin, podremos considerar serenamente, por encima de nuestras divergencias, de nuestros rencores y nuestras desazones, que la Revolución mexicana es única, grande e imperecedera y que las grandes figuras de ella siguen y seguirán en pie al través del tiempo y de las generaciones que habrán de sucedemos y que a veces nos hicieron chocar entre sí.

Nuestras grandes figuras prominentes, con sus errores y sus grandes diferencias, como mortales que fueron; con sus debilidades, con sus energías, con sus pasiones (hombres al fin), pero por encima de todo, fueron grandes revolucionarios que dieron al país una contextura nueva, pujante y perdurable.

Seguían los oradores hablando ante el cadáver del licenciado don Luis Cabrera.

—Sólo nos encontramos los revolucionarios en los entierros de los compañeros —me dijo Aarón Sáenz.

—Es triste eso, pero cierto. Por lo demás, van siendo muy frecuentes ya estas cosas.

—Hemos de charlar entre usted y yo largamente.

—Cuando usted quiera.

—Bueno, mire. Se me ocurre esto; le voy a solicitar una cosa, usted la piensa; no, no conteste ahora mismo, sino cuando lo haya meditado bien.

—¿De qué se trata?

—Vamos a hacer en el Patronato de la Historia de Sonora una nueva edición del libro del general Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*. Yo desearía que usted hiciera el prólogo a esa edición, en el aspecto militar de la obra. Esto es. No me conteste luego. Más tarde.

—Mi estimado amigo Aarón, lo que usted me propone no requiere meditarse: desde luego que acepto y créame que me siento muy honrado con ello. Sólo lamento que mi capacidad no esté a la altura necesaria para ese fin, pero mi buena voluntad desde luego que sí lo está.

—Usted lo puede hacer.

—Por lo menos, mi buena voluntad es manifiesta. El libro del general Obregón, agotado, necesita una nueva edición. Siempre será una positiva obra de consulta para la posteridad. Su vida militar, independientemente de su acción revolucionaria al servicio del pueblo, es notabilísima. Era, por encima de todo, esencialmente, un gran general, intuitivo e inteligente; sus campañas, las grandes batallas que él dirigió, tienen una enseñanza enorme para las juventudes militares mexicanas de todos los tiempos.

Y es así como aquí estamos tratando de cumplir con un encargo por demás significativo y honroso para mí.

*Ocho mil kilómetros en campaña*, del general Álvaro Obregón, es una narración acuciosa escrita por él sobre su vida militar, desde que, siendo comandante del 4.º Batallón Irregular de Sonora, tomó parte en la campaña en contra del orozquismo, durante el gobierno del señor Madero, hasta sus campañas contra la dictadura de Huerta y en contra del villismo, ya en plena Revolución Constitucionalista, como Comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

Si el general Pablo González, Comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste y el general Francisco Villa, Jefe de la División del Norte, hubieran dejado escritas sus memorias sobre las campañas en que tomaron parte las fuerzas de su mando, tendríamos ahora, con esta obra del general Obregón, un acervo valiosísimo para la Historia Militar de México en esa época tan agitada de los años de 1913 a 1915.

Es una lástima también que no exista la versión “federal”, o sea del Ejército sostenedor de Huerta. Estaríamos en condiciones de estimar mejor los hechos; indudablemente resaltarían más las grandes acciones militares, como las que el autor narra en esta interesantísima obra que vamos a comentar.

Conocí al general Obregón en el mes de noviembre de 1913.

Don Venustiano Carranza, gobernador del Estado de Coahuila y Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, formado para luchar contra el usurpador Victoriano Huerta, había llegado a Sonora atravesando la Sierra Madre Occidental desde Durango, después de haber intentado, al frente de las fuerzas duranguenses de Tomás Urbina, Calixto Contreras, José Isabel Robles, Orestes Pereyra y Juan García, tomar la plaza fuerte de Torreón, Coahuila, defendida con éxito por los federales al mando del general Ignacio A. Bravo, veterano de las Guerras de Reforma, quien a sus federales unía a los antiguos orozquistas que mandaba Benjamín Argumedo. Las desavenencias entre los jefes atacantes, la falta de disciplina de las nuevas fuerzas, hicieron que el ataque a la plaza no tuviera la consistencia necesaria para hacerla caer, y don Venustiano Carranza hubo de retirarse a Durango, albergue e ínsula de los hermanos Arriate, que habían tomado aquella plaza y no sentían muchos deseos de salir de ahí. Trató el Primer Jefe de organizar aquellas bravas pero desordenadas fuerzas, bajo un mando de prestigio entre los comandantes, que los uniera a todos y pudiera llevar una acción eficaz de conjunto sobre el enemigo. Había de ser más tarde el general Francisco Villa quien lograra aquello.

Yo, que pertenecía al Estado Mayor del Primer Jefe, no le acompañé en el ataque de Torreón, ni en la travesía de la Sierra Madre, por haberme quedado en la frontera de Coahuila con el mando de un Batallón de Zapadores, con el que combatimos victoriosamente en Candela contra Rubio Navarrete y casi en seguida en Monclova contra Joaquín Mass, cuyas fuerzas, infinitamente superiores a las nuestras, nos hicieron perder el suelo de nuestro Estado hasta desalojarnos de él tras sucesivos combates posteriores infortunados. Salimos de Coahuila a las órdenes del general Pablo González a revolucionar en Nuevo León, cuya capital, Monterrey, atacamos a fines de octubre de 1913 con bastante éxito, aun cuando sin consumar totalmente la ocupación de la misma. Después de aquello, deshecho mi batallón, recibí órdenes de incorporarme al Primer Jefe que ya estaba en Sonora.

Allí fue donde conocí a los siempre victoriosos jefes sonorenses, entre los cuales destacaba en primerísimo término el general Álvaro Obregón.

Era entonces el general Álvaro Obregón hombre joven y robusto, con una inteligencia bien clara y despierta y con una simpatía que se apreciaba y subyugaba desde el primer momento.

En su estado mayor, que jefaturaba Pancho Serrano, estaban, entre otros, Aarón Sáenz y Garza, jóvenes estudiantes que junto con Manuel Pérez Treviño se habían presentado en Piedras Negras en el mes de mayo de 1913, cuando allí tenía establecido su Cuartel General don Venustiano Carranza y habían sido destinados, los primeros, con el entonces coronel Álvaro Obregón a Sonora, quedando solo en Coahuila Manuel Pérez Treviño en la incipiente artillería que se construía muy defectuosamente en los talleres de la Maestranza ferrocarrilera de Piedras Negras.

Bajo la hábil dirección militar de Obregón, Sonora estaba libre de enemigos federales que habían sido derrotados en brillantes batallas y

combates en Nogales, Naco, Santa Rosa y Santa María, quedando los enemigos reducidos tan sólo al puerto de Guaymas, bajo el amparo de los cañones de los barcos de guerra al servicio del usurpador. Guaymas fue sitiada y el enemigo habría de quedar allí inmovilizado hasta el final de la lucha, sin que aquello obstruyera el avance de los constitucionalistas del Noroeste hacia los siguientes objetivos.

Aquella táctica del general Obregón venía a romper las reglas clásicas napoleónicas de campaña, de no dejar enemigo a la retaguardia. Aquella misma nueva técnica habría de emplear más adelante, cercando al enemigo huertista en Mazatlán y continuando no obstante sobre Tepic, Colima y Jalisco.

La primera Guerra Mundial, que estalló a los pocos meses (año de 1914), conservaba aún el estilo napoleónico y los ejércitos del káiser Guillermo II no efectuaron su avance formal hacia Francia, hacia la Batalla del Marne, hasta no haber abatido los fuertes de Lieja y demás plazas belgas que se interponían a su paso, como muchos años antes tampoco el ejército francés no avanzó sobre la ciudad de México hasta no haber tomado Puebla.

Ha sido hasta la segunda Guerra Mundial cuando esta nueva táctica ha quedado plenamente establecida: “No importa el enemigo atrincherado en una plaza fuerte, se le deja fijo, vigilado y adelante directamente sobre el objetivo mayor”.

Así como esta nueva modalidad empleada en la conducción de la guerra, debe también hacerse referencia a una quizás pequeña cosa, que ahora en el mundo, entre las grandes potencias militares, es factor preponderante, quizás el decisivo en la guerra moderna: la aviación de combate.

La primera vez, en la historia militar del mundo, que se utilizó un avión con fines exclusivamente militares fue en el Cuerpo de Ejército del Noroeste bajo el mando del general Obregón.

En abril de 1914 en las cercanías de Topolobampo y en mayo del mismo año el biplano *Sonora*, tripulado por el capitán Gustavo Salinas, llevando como ayudante al maquinista naval Teodoro Madariaga, lanzó bombas de guerra sobre las naves de Victoriano Huerta, hazaña no realizada hasta entonces por nadie.

El general Obregón consigna en su libro y hace hincapié en el vuelo que realizaran en el *Sonora,* Salinas y Madrigada en Topolobampo, internándose mar adentro hasta 18 kilómetros y volando a una altura de 3 200 pies.

Nunca hasta entonces se había utilizado un avión para fines militares; le cabe a México esta iniciativa como quizá también alguna

otra, en aquel entonces hasta graciosa, como fueron los cohetes que inventó el teniente coronel Mariñelarena y que consistían en un dispositivo de 10 tubos que lanzaban igual número de cohetes sobre el enemigo. Entonces no hicieron mayor daño; actualmente son armas serias e inclusive hasta secretas en los ejércitos modernos del mundo.

Es verdaderamente difícil analizar la polifacética personalidad del general Obregón, si se toman en cuenta los innumerables ángulos bajo los cuales se le puede observar; sin embargo, no

lo es menos cuando se trata de juzgarlo únicamente bajo el aspecto militar, que es el más rico en enseñanzas y hechos gloriosos cuyos resultados sin lugar a duda fueron los que de una manera definitiva contribuyeron al triunfo de la causa revolucionaria.

Así observamos cómo el modesto agricultor de Huatabampo, con sólo estudios primarios y sin ninguna preparación militar, se enfrentó en los principios de su carrera de soldado, con éxito rotundo, al Ejército Federal, cuyo mando correspondía a militares profesionales, algunos de los cuales habían inclusive realizado estudios en el extranjero.

Pruebas plenas de nuestro dicho comienza a darlas cuando, al marchar a Hermosillo en el 4.º Batallón Irregular de Sonora, tuvo que librar algunas escaramuzas entre las estaciones de Pitahaya y Mapoli contra gavillas de yaquis alzados (bandoleros) a las cuales derrotó, iniciando así lo que más tarde sería una brillante carrera militar.

Unía a su espíritu de observación un gran acontecimiento de calidad humana y procuraba sacar provecho de nimios detalles que aun pareciendo a otros insignificantes o ilógicos, para él tenían un valor considerable; ejemplo de esto lo da en el combate que se libró en la hacienda Ojitos (1912) contra los orozquistas, en donde adelantándose a su época y desoyendo las opiniones del teniente coronel Rivera y del mayor Salvador Alvarado, que se inclinaban por la construcción de trincheras y barricadas circunvalando la hacienda para defenderla, propuso que cada combatiente se proporcionara seguridad cavando su propia "lobera"; apoyó su dicho en que esto no requería herramientas complicadas ni costosas, en que se obtendría mayor rapidez en los trabajos y sobre todo en que si la seguridad del combatiente que ha de ocupar el foso estriba en el grado de perfección con que se construya éste, todo combatiente se preocuparía por que tales trincheras individuales quedaran lo mejor posible, pues en ello les iba la vida; poco tiempo después estos "agujeros de zorra" se emplearon en la primera Guerra Mundial por los ejércitos beligerantes que en materia de técnica militar marchaban a la cabeza del mundo.

Citaremos otros ejemplos en los que se hace patente la intuición del general Obregón, y mencionaremos, aunque muy a la ligera, dos hechos que hablan por sí, no sólo de su espíritu combativo sino de la rara habilidad con que se compenetraba de las situaciones tácticas y de la rapidez y precisión con que concebía sus planes de operaciones. Uno de ellos es el que se refiere al combate que tuvo lugar en el poblado de San Joaquín contra fuerzas orozquistas, en donde a pesar de existir una superioridad de efectivos de cuatro a uno en su contra, se lanzó al ataque a las tres de la mañana sobre un enemigo con servicios de seguridad deficientes o nulos y en un terreno cenagoso y cruzado por numerosas cercas de alambre, hecho con el que tuvo dos ventajas: la sorpresa y la imposibilidad del adversario para emplear adecuadamente su caballería, puesto que el terreno la privaba de su característica principal: la movilidad.

Otro ejemplo lo tenemos en los combates que libró para capturar las plazas de Nogales, Cananea y Naco, en los que explotó al máximo el principio de acumulación de medios de elementos y el de la economía de fuerzas, demostrando que conocía también el peligro que representaba para un comandante el hecho de atacar un objetivo dejando a retaguardia tropas enemigas o un obstáculo infranqueable.

Los hechos se desarrollaron de la siguiente forma: *Primero*. Al atacar Naco lo hizo por un doble envolvimiento (por el Este y el Oeste) con un ataque demostrativo por el Sur. El ataque en

fuerza lo orientó en las direcciones mencionadas para evitar que los proyectiles pasaran al lado norteamericano, con las consecuencias fáciles de suponer. *Segundo*. Debiendo haber iniciado el ataque a las primeras horas de luz para que sus tropas obtuvieran el mayor provecho de sus fuegos, lo hizo de noche para privar al enemigo de dicha ventaja, y para que al adoptar esta situación, al parecer ilógica, se explotara al máximo la sorpresa. El éxito de esta operación dio por resultado que su línea de comunicaciones quedara en cierta forma expedita a través del territorio norteamericano.

El segundo objetivo que se marcó fue la plaza de Cananea, para lo cual inició desde luego su desplazamiento hacia él, sólo que apenas iniciado el movimiento tuvo noticia de que el teniente coronel Calles, quien no había recibido oportunamente la orden de no atacar Naco, había fracasado en el intento de capturar esta plaza, lo que motivó que de primera intención el entonces coronel Obregón modificara su plan inicial para acudir en auxilio de Calles; pero la lógica y el buen juicio se impusieron cuando midió el peligro que representaba dejar a la retaguardia al enemigo que estaba en Cananea, y el resultado fue que la idea de maniobra quedara como inicialmente se había planeado, esto es, atacar de inmediato la plaza de Cananea para evitar que las tropas que la defendían pudieran ser reforzadas por elementos enviados desde Naco y en seguida lanzarse a la captura de este último punto, hechos todos que se realizaron al pie de la letra y que son la mejor demostración de que el general Obregón, aunque de una manera natural, no desconocía los secretos de la táctica ni los principios de la guerra.

Donde posiblemente el general Obregón se perfiló como un verdadero genio militar fue en la batalla de Orendáin, en la que derrotó definitivamente al general José María Mier, completando así el aniquilamiento de la División de Occidente.

Sin entrar en detalles de todos conocidos, sólo hablaremos de las enseñanzas obtenidas en dicha operación y que pueden resumirse en los siguientes puntos:

Conocimiento a fondo de los elementos de que se dispone y empleo adecuado de cada uno de ellos; flexibilidad en la idea de maniobra y en los planes de operaciones para introducir las variantes que la situación exija, cuando por circunstancias fortuitas estas situaciones modifiquen el curso de las operaciones; apoyo logístico adecuado y líneas de comunicaciones expeditas aun cuando las necesidades de la campaña exijan que las tropas vivan de la explotación local; buscar por todos los medios el dislocamiento del dispositivo enemigo para que el efecto moral que esto produzca le acarree finalmente efectos materiales funestos, y explotación al máximo de los medios de transmisión disponibles, a fin de estar enterado en todo momento de la situación que guardan las tropas enemigas, esto es, tener a todas las unidades en la mano; al mismo tiempo que por los informes periódicos de éstas, positivos o negativos, conocer la situación del enemigo para deducir sus intenciones probables durante el desarrollo de las operaciones.

A mayor abundamiento cabe decir que en esta batalla, que se realizó por una maniobra por líneas exteriores, el general Obregón aplicó eficazmente algunos principios de la guerra, tales como el de la ofensiva, cuando fue él quien buscó el combate y lo realizó de acuerdo con su idea de maniobra; el de la sorpresa, cuando por la rapidez y cautela con que se desplazaron sus masas de maniobra lograron colocarse sobre las líneas de comunicaciones federales y los comandantes de los agrupamientos tuvieron que cambiar de frente, dislocando su dispositivo inicial, obligados

por la presencia de tropas enemigas en su retaguardia, amén del efecto moral que les produjo verse privados de abastecimientos y refuerzos procedentes de la retaguardia, y finalmente el de la economía de las fuerzas, principio mediante el cual distribuyó inteligentemente las tropas disponibles a fin de lograr con éxito la coordinación de esfuerzos de las armas en presencia, con objeto de ser fuerte en un punto y en un momento dados, conservando además bajo su mando directo un potente núcleo y la artillería en apoyo general que le sirvió no sólo para influir en las operaciones sino para decidir la acción, asestando el golpe de muerte a los federales.

Otro ejemplo de la inteligencia del general Obregón aplicada a las operaciones militares lo dio el caudillo sonorense durante los combates de Celaya, en donde, a diferencia de las operaciones que había realizado anteriormente, parte de las cuales se han mencionado aquí, asumió una actitud defensiva en contra de tropas que no eran profesionales sino hechas como las que él comandaba, al calor de la Revolución y más o menos con la misma experiencia que las suyas, con la diferencia de que las tropas de Villa gozaban de una superioridad manifiesta tanto en hombres como en armamento, equipo y municiones, lo que consecuentemente las hacía disfrutar de una moral muy elevada; dicho todo esto sin subestimar la calidad de las tropas constitucionalistas, que tenían plena confianza en su propio poder combativo; sin embargo, en donde realmente existía una diferencia muy marcada era en el alto mando de los beligerantes, pues mientras Villa sólo buscaba el aniquilamiento del adversario por cualquier medio, sin tomar en cuenta los estragos que el fuego enemigo podía causar en sus filas, razón por la que lanzaba sus impresionantes cargas de caballería en oleadas sucesivas, el general Obregón, calculador, sereno, inteligente y audaz, valiente y agresivo, pero con un sentido humano de la realidad y considerando que el valor no significa la inútil exposición de la vida, primero estudiaba detalladamente la situación para compenetrarse de la misión a cumplir, para conocer al enemigo por batir, el terreno en que se llevarían a cabo las operaciones y, finalmente, para comprobar los medios de que disponía y poder conjugarlos atinadamente a fin de llegar a resultados favorables, sin sacrificios estériles por parte de las tropas a su mando.

Lo anterior se comprueba en el curso de las operaciones que se realizaron por parte de los villistas, en forma audaz y temeraria pero sin sujeción a un plan preconcebido, sólo buscando el triunfo por el impacto, por la fuerza de choque y la violencia; por el lado constitucionalista los hechos fueron otros, ya que todo estaba calculado juiciosamente, y de ahí que el general Obregón optara por la defensiva, situación que se acepta como un medio para economizar fuerzas y material, para ganar tiempo y facilitar la llegada de refuerzos y gastar al enemigo; pero siempre teniendo en la mente que la defensa debe ser agresiva y que los contraataques son los elementos decisivos en toda acción defensiva. El resultado no se hizo esperar y después de librarse el primer combate las consecuencias fueron desastrosas para los villistas, tanto en lo moral como en lo material. Previendo las futuras operaciones, el general Obregón pidió refuerzos al señor Carranza, que se encontraba en Veracruz, y el Primer Jefe, aplicando en forma adecuada y oportuna el principio de economía de fuerzas, dejó unos cuantos elementos en la mano y ordenó que todas las tropas que se encontraban fuera de Celaya marcharan a reforzar a Obregón, orden que se cumplió al pie de la letra y que significó para las tropas constitucionalistas una poderosa inyección de hombres, materiales, armamento y equipo, y que su moral se fortaleciera

grandemente para enfrentarse a la segunda embestida que se inició el día 13 con mayor ímpetu que la primera, puesto que también Villa había reforzado considerablemente sus contingentes; desgraciadamente para él, su desconocimiento absoluto de la táctica más elemental lo hizo cometer errores imperdonables, como el de lanzar cargas de caballería contra un enemigo aferrado al terreno que previa y potentemente había organizado, y ahí fue donde comenzó a fincarse su derrota, por el empleo inadecuado e ilógico de los elementos de que disponía. En el campo constitucionalista la situación era otra: las operaciones se realizaban de acuerdo con la decisión del comandante y las órdenes giradas a cada una de las unidades; nada se había dejado al azar, pues de antemano el general Obregón sabía que ahí se estaba jugando la suerte de Villa y así lo deja entrever en la excitativa que hizo circular entre sus tropas: "El esfuerzo colectivo de todos los que luchamos por el bien nacional será la única salvación. El próximo combate será probablemente el último que pueda resistir la reacción y para presentarlo Villa reunirá todos los elementos de que pueda disponer, y de un solo golpe podremos acabar con ellos". La consecuencia fue que antes de las 72 horas de iniciado el combate los constitucionalistas obtuvieron uno de los triunfos más contundentes de la Revolución al derrotar a la ya famosa División del Norte, a la que hicieron huir rumbo a Salamanca, perseguida muy de cerca por la caballería constitucionalista, después de dejar en el campo de batalla 4 000 muertos, 5 000 heridos, 6 000 prisioneros, 5 000 fusiles, 32 piezas de artillería y 1 000 caballos, esto es, 50% de sus efectivos; los constitucionalistas tuvieron 500 bajas entre muertos y heridos. Huelgan los comentarios, pues los hechos hablan por sí solos.

Terminaremos diciendo que el general Obregón, desde el punto de vista militar, fue un verdadero Jefe, si hemos de ser consecuentes con la opinión del general Serrigny (*Reflexions sur l'Art de la Guerre*), que resumía las cualidades del jefe en los siguientes términos: "... ser a la vez bravo, creyente, organizador, enérgico".

Bravo, para servir de ejemplo viviente a sus hombres; creyente, en el sentido patriótico de la palabra, para hacer pesar en el alma de su tropa, llegado el momento, su fe patriótica, sin la cual aquélla no se batirá; organizador, para crear el orden que es la base misma del éxito, pues el desorden es la primera señal de la derrota; enérgico, para defender sus decisiones y hacer ejecutar sus órdenes, cueste lo que cueste; y finalmente, que debe, por encima de todo, poseer sano juicio e imaginación creadora.

Siendo el general Obregón secretario de Guerra y Marina, durante la época preconstitucional, y yo jefe del Departamento de Estado Mayor, sometí a su consideración una iniciativa para la creación de una academia en la cual hicieran un curso rápido, de tres semestres, jefes y oficiales distinguidos de nuestras brigadas y divisiones, para que una vez efectuado su curso regresaran a sus comisiones ya debidamente preparados e instruidos para ser colaboradores eficaces en la organización e instrucción de aquel ejército, aquel que, al constituirse el gobierno, habría de ser el Ejército Nacional de México.

El general leyó mi iniciativa, escuchó mis razones y me dio una respuesta seca:

—Yo no necesité estudiar para llegar a general.

Seguramente pensaba que generales de colegio, de muchos estudios, habían sido derrotados por las fuerzas que hábil e inteligentemente él dirigió.

—Mi general —le argüí—, no es por alabarlo, es porque es la verdad. El caso suyo es singular, pudiera decirse que es único.

Inteligente como lo era, estuvo de acuerdo finalmente en aquello que era necesario y que el tropiezo grande sería en que quienes fueran los profesores de aquellos muchachos no podrían ser sino los antiguos federales o misiones militares extranjeras; prefirió lo primero, y cuando se inauguró solemnemente aquella flamante Academia de Estado Mayor, ante la presencia del señor Carranza, Encargado del Poder Ejecutivo, del Cuerpo Diplomático y de un selecto público de distinguidos militares y destacados civiles, produjo una arenga enjundiosa:

Los pueblos se pacifican con leyes y las leyes se defienden con rifles. Cuando la Revolución Constitucionalista termine la obra que se ha impuesto de condensar en leyes y decretos las necesidades que originaron las creadas durante el periodo de la lucha, la paz será un hecho en toda la extensión del territorio nacional, a despecho de los traidores y a despecho de los científicos.

Pero estas leyes y decretos, que forzosamente deben tener un fondo para favorecer a las clases trabajadoras, explotadas y oprimidas, lastimarán necesariamente intereses extraños que se crearon a la sombra de gobiernos inmorales y se acrecentaron con las lágrimas y el sufrimiento de nuestro pueblo.

Cuando estas leyes se pongan en vigor no faltará, en mengua de la civilización, quien pretenda venir en defensa de esos intereses mezquinos; es entonces cuando debemos estar preparados para defender nuestras instituciones con las armas en la mano, para defender los frutos de las semillas sembradas por la Revolución. Una de las que prometen más frutos es ésta que hoy se siembra con el nombre de Academia de Estado Mayor; aquí en esta institución se formará el cerebro del futuro Ejército Nacional.

Precisamente por esto, todos los que nos interesamos por el porvenir de la patria, desde el C. Primer Jefe hasta el último de sus colaboradores, debemos prestar todo nuestro apoyo a esta institución para tener derecho a esperar sus frutos.

Ciudadanos profesores: Sabed merecer la confianza que en vosotros se ha depositado y llevad a los cerebros de estos jóvenes alumnos todos los conocimientos que ellos sean capaces de asimilar; pero sin desviarlos del camino que ellos mismos se han trazado desde que se inició este movimiento libertario.

A vosotros, compañeros de armas, hoy alumnos de la Academia de Estado Mayor, no tengo que hablaros del deber, porque habéis sabido cumplirlo; no tengo que hablaros de moralidad, porque la conducta asumida por vosotros en el movimiento libertario es una verdadera garantía; sólo vengo a ofreceros nuestro apoyo decidido para que en esta institución podáis desarrollar todas vuestras energías y todo vuestro talento, y encareceros que ni la vanidad ni los intereses mezquinos os desvíen del camino que vosotros mismos os habéis trazado ya y marcado con vuestra propia sangre, recordando siempre que *vacilar ante el deber es renunciar a la categoría de ser hombres*.

La Academia de Estado Mayor dio un magnífico resultado. Como el personal que ingresó allí a instruirse fue seleccionado, la calidad del mismo resultó muy buena.

Fue esa academia el pie veterano del actual H. Colegio Militar, y el profesorado del mismo y de la posterior Escuela Superior de Guerra estaba compuesto en gran parte de los alumnos egresados de aquella academia, primera escuela militar de la Revolución.

Siendo secretario de Guerra y Marina también se fundó la Escuela Médico Militar a iniciativa del jefe del Departamento de Sanidad Militar, general médico cirujano Enrique Osorio.

Esa escuela fue un positivo acierto y lo sigue siendo. De su seno surgen los médicos que han de atender la salud del ejército; son médicos de primerísima calidad no desmerecida desde la primera antigüedad de la escuela.

Ser médico militar, en la actualidad, es un real y positivo prestigio.

Antiguamente el médico militar, el que acompañaba a las tropas o atendía los hospitales y enfermerías, con muy honrosas excepciones, era un pobre profesional que ni clientela ni prestigio tenía; desde luego que se avenía a ir al ejército a campaña o ir a las guarniciones

cambiadas constantemente a ganar el miserable sueldo de mayor, que entonces era de $164.50 pesos mensuales, o sean $5.52 pesos diarios.

La Escuela Médico Militar tuvo y tiene un magnífico profesorado; ha seleccionado acuciosamente a sus alumnos, les da buena alimentación y equipo, y la obligación de los médicos ahí graduados es la de servir en el ejército durante cinco años.

El general Obregón fue un gran soldado. En la vida militar de México es el único general que no sufrió nunca una derrota en su copiosa vida en los campos de batalla.

En sus luchas contra el Ejército Federal, formado por profesionales y mandado por hombres capaces, cultos e instruidos, se impuso la estrategia de sus altas concepciones y la táctica en el combate. Sin haber estudiado el arte de la guerra, la sentía. Era intuitivo, siempre afortunado.

En la campaña contra Villa se enfrentó a un huracán impulsivo y arrollador y lo deshizo. Con menos efectivos, sin una base segura de aprovisionamientos a retaguardia, esperó los choques, los contuvo y asestó los golpes definitivos para lograr el triunfo.

Más tarde, Presidente de la República ya, cuando la rebelión delahuertista, en la que defeccionó la mayor parte del ejército, improvisó soldados, maniobró habilísimamente por "líneas interiores" y triunfó definitivamente, ruidosamente, sobre los dos frentes poderosos que luchaban contra él.

Seguramente que su enemigo militar más grande fue Francisco Villa. Allí no iba a pelear contra tropas de forzados, sino con hombres de "pelo en pecho" y de gran valor. Sobre la impetuosidad se impuso la inteligencia. Conocía a sus enemigos y los medía certeramente.

Él y Carranza fueron amigos. Se comprendían y se estimaban. Fatalmente, desgraciadamente, chocaron entre sí.

Villa y Zapata no eran sus amigos; una diferencia muy grande existía entre ellos y él.

Aquella diferencia entre Carranza y Obregón con Villa y con Zapata perduraría aun a pesar de haber muerto todos ellos. Indudablemente valían más los primeros que los segundos, pero la leyenda, el cine y la novela encuentran todavía hoy en día un filón más explotable en Villa y en Zapata que en Carranza y Obregón.

Eran aquéllos pintorescos, pasionales, representativos de nuestras clases bajas, en tanto que los otros eran hombres decentes, cultos, preparados, sin esas aristas bruscas y muchas veces trágicas que entusiasman y zarandean a quien, alejado del tiempo en que ocurrieron los hechos reales o ficticios, ve en un cine, escucha en una narración o lee tranquilamente en un reportaje o en un libro.

Ha habido mucha sangre; mucha sangre regada en el gran campo de batalla que fue el amplio territorio nacional. Diferencias humanas, muy humanas, hicieron a los revolucionarios ir unos contra otros.

Dentro de la gran finalidad de todos ellos, pueden considerarse esas diferencias como secundarias. Todos buscaban, por diferentes caminos, el bien del pueblo mexicano. Sangre, desolación, destrucción de todo para después construir sobre escombros y cadáveres una patria más grande y más robusta y un bienestar para los desamparados de todos los tiempos.

Todos contribuyeron para la realización de la gran obra de la Revolución; los que ganaron y los que perdieron; los que murieron y los que aún viven. Cada uno contribuyó con lo que pudo: con su vida, con su sangre, con su bienestar.

La Revolución es de todos; está en pie.

Nos quedan, a los supervivientes de las luchas pasadas, pocos años de vida. No pueden ser ya muchos y aun para aquellos que llegamos mozos a la lucha, nos espera la tierra que aún pisamos y en ella hemos de dormir profundamente. Tierra mexicana que nos vio nacer y luchar y nos ha de ver morir y dar cobijo amorosamente. Hijos de México, buenos, malos; luchadores por una misma causa, por diferentes senderos, han de ser todos finalmente vencidos para siempre en la tierra bronca de las montañas o la blanda de los llanos de nuestro eterno México.

Poco nos queda y ¿qué vamos a dejar a nuestros hijos? ¿Nuestros odios y nuestras desavenencias? ¿Aceptarán ellos esa triste herencia? ¿Hemos de condenar a nuestros hijos a que continúen odiando a los que fueron nuestros enemigos?

No tenemos el derecho de amargar a nuestras gentes cuando estamos a punto de partir para siempre.

Carrancistas, obregonistas, villistas y zapatistas, revolucionarios todos de México, antes de despedirnos para siempre, ¡démonos un abrazo de hermanos!

GENERAL FRANCISCO L. URQUIZO

# LAS CAMPAÑAS DEL GENERAL ÁLVARO OBREGÓN

*Ensayo de interpretación*

El libro del señor general Obregón, más que un relato de sus campañas, es la transcripción literal de los partes oficiales que rindió él de los combates y batallas librados bajo su mando, insertando, en ocasiones, los partes que sus comandantes subordinados le transmitieron cuando actuaron descentralizadamente. Esta forma seguida por el caudillo sonorense para recopilar sus acciones guerreras lo libera de suspicacias en cuanto a la veracidad de los hechos narrados, pero nos priva del acervo de sus opiniones personales acerca de los antecedentes que lo llevaron a concebir sus planes de operaciones y sus ideas de maniobra para librar las batallas, dejándonos también ayunos del conocimiento de múltiples incidentes en la consumación de aquellas acciones bélicas. Los que ahora deseamos recoger las enseñanzas que aquel genio militar de la Revolución nos legara, deploramos sinceramente la parquedad del estilo y la ausencia de sus propias consideraciones.

Al estudioso de la historia le hacen falta relatos pormenorizados para sentar conclusiones de firme validez, encuadrándolas en el ambiente de la hora en que los hechos tuvieron lugar. Mas, por otra parte, a medida que el historiador amplía sus descripciones haciéndose prolijo, disminuye el crédito que sus narraciones debían merecer. Ésta es la encrucijada por la que ha de atravesar todo investigador que ambicione sacar deducciones normativas de la Historia.

La síntesis que ofrecemos a continuación no busca ciertamente ahorrar trabajo al lector de Ocho mil kilómetros en campaña; su finalidad es reducir la exposición de los combates y batallas descritos en el libro, a esquemas vertidos en lenguaje técnico para servir de consulta e inspiración a los oficiales de nuestro ejército en el presente y en lo futuro. Seguiremos puntualmente al señor general Obregón en cuanto a los hechos reseñados, apartándonos sólo en el estilo del relato, a lo cual nos obliga en parte el propósito de condensar la obra y el deseo de interpretar algunos aspectos estratégicos y tácticos. Y ahora, al grano.

A principios de 1912 Álvaro Obregón es presidente municipal de Huatabampo, Sonora. Ahí lo encuentra el telegrama circular que el gobernador del Estado dirige a los presidentes municipales de su Entidad invitándolos a reclutar voluntarios para combatir a los infidentes orozquistas en el Estado de Chihuahua. El ciudadano Obregón responde sin demora a la excitativa y el 14 de abril tiene reunidos 300 hombres dispuestos a la lucha. En el momento de partir hacia Navojoa sólo cuenta con dos armas; en esta ciudad obtiene seis más, con dotación de 10 cartuchos cada una.

Llegado a Hermosillo con sus 300 hombres, Obregón recibe armas, municiones y equipo para toda su fuerza, formando con ella el 4.º Batallón Irregular de Sonora. Se le confiere de inmediato el grado de teniente coronel, nombrándosele Comandante del Batallón; el Cuadro de Oficiales queda integrado con los ciudadanos cuyos nombres pueden leerse en el cuerpo del libro.

De Hermosillo, el 4.º Batallón marcha a Naco, siguiendo luego para Agua Prieta. En este lugar se concentran fracciones de diversas unidades de tropa dirigiéndose todas a Colonia Morelos. Aquí se incorporan otras fuerzas, que sumadas a las anteriores hacen 900 hombres bajo el mando del general Agustín Sanginés. A estos conjuntos o agrupamientos de tropas se les denominaron frecuentemente "columnas". Pero el general Sanginés formó con sus fuerzas algo más que una columna, pues organizó propiamente una Brigada Mixta con Cuartel General, Infantería, Caballería, Artillería y un Tren de Transportes. Se dio el mando de la Infantería al teniente coronel Heriberto Rivera y el de la Caballería al teniente coronel Obregón.

La Brigada Sanginés recibe órdenes de avanzar sobre Casas Grandes para atacar a los orozquistas que vienen retirándose empujados por la División del Norte al mando del general Victoriano Huerta.

Progresando lentamente, el general Sanginés llega a la Hacienda de Ojitos. El 31 de julio de 1912 los orozquistas atacan Ojitos siendo rechazados con graves pérdidas. Durante la persecución se presenta la oportunidad para que el teniente coronel Obregón dirija su primer combate y muestre sus facultades innatas de hombre de guerra. Una misión circunstancial, que se arroga de propia iniciativa, lo enfrenta a un enemigo numéricamente superior, que cogido al terreno y apoyado por el fuego de tres piezas de artillería, quiere detener a sus perseguidores. Obregón sólo cuenta en esos momentos con siete oficiales y 61 soldados de Caballería. Ágil de pensamiento y acción, como lo fue siempre, ejecuta una maniobra de doble envolvimiento, atacando de frente los capitanes Corral y Gálvez con 17 dragones y el pagador Antúnez; sobre el flanco derecho avanzan el capitán Cervantes y el subteniente Buendía con 20 jinetes, y por el flanco izquierdo lo hace el propio teniente coronel Obregón, seguido de los capitanes Guerrero y Márquez con 24 soldados, todos a pie. La osadía de los atacantes, unida al efecto de sorpresa originado por la maniobra, hace huir en desorden al enemigo, dejando en el campo dos de las piezas de artillería y varios muertos y heridos.

Este combate, que debería llamarse de El Cuervo, nombre del rancho a cuyas inmediaciones se libró, marca la primera victoria del más brillante soldado mexicano.

La Brigada Sanginés continúa su progresión hasta Colonia Dublán, a inmediaciones de Casas Grandes. Los orozquistas, acosados en Chihuahua, pasan al Estado de Sonora. El gobierno de esta entidad pide el regreso de las fuerzas de Sanginés para batir al orozquismo invasor que amaga con 1 500 hombres la plaza de Agua Prieta.

El teniente coronel Obregón recibe órdenes de transportarse con sus tropas por ferrocarril a fin de reforzar la guarnición de Agua Prieta, cuyos efectivos, al llegar aquél, ascendieron a unos 1 200 soldados con ocho ametralladoras, dos fusiles Rexer y dos morteros de 80. En vista de lo anterior, el enemigo desiste de atacar la plaza, dirigiéndose hacia el mineral El Tigre, que ocupa

tras ligera resistencia. El general Sanginés, tratando de recuperar El Tigre, mueve varios destacamentos sobre dicho lugar, ordenando al teniente coronel Obregón que con 150 hombres del 4.º Batallón se desplace por ferrocarril a Nacozari, que había quedado desguarnecido. Ya en este pueblo, Obregón tiene noticias de que los cabecillas orozquistas han dejado El Tigre y marchan sobre Fronteras, situado a unos 120 kilómetros al norte de Nacozari. Previa solicitud, se le concede permiso para trasladarse (siempre por ferrocarril) a Fronteras. Amanece en este lugar el 19 de septiembre. Sus patrullas de exploración le informan al mediodía que una columna enemiga como de 900 hombres, después de larga marcha, se dispone a estacionarse en San Joaquín, nueve kilómetros al norte de Fronteras.

Llevado de su temperamento fogoso y movido por su intuición militar, el teniente coronel Obregón manda embarcar sus tropas (ocho oficiales y 180 soldados) y a las 15:00 el tren parte hacia San Joaquín. Minutos después está sobre el campo enemigo; desembarca bajo el fuego de los orozquistas y ataca en línea de tiradores, pues su corta fuerza no le permite hacer más. Lo inesperado y audaz del asalto sorprende al adversario que no logra organizar ninguna defensa y, aunque resiste en puntos aislados, retrocede en desorden hasta degenerar en una completa dispersión.

Esta acción de armas, que el autor de Ocho mil kilómetros en campaña denomina Batalla de San Joaquín, acaba totalmente con las fuerzas orozquistas que habían invadido el Estado de Sonora.

A mediados de diciembre de 1912 el teniente coronel Obregón recibe órdenes de trasladarse con el 4.º Batallón a Hermosillo. Al arribar a esta plaza se le comunica su ascenso a coronel.

Pero el futuro caudillo piensa que su misión y compromisos han terminado con la derrota del orozquismo; en consecuencia, pide su baja para retornar a sus actividades agrícolas. Pronto habrá de empuñar las armas nuevamente.

El cuartelazo de la Ciudadela, epilogado con el asesinato del Presidente Madero y la usurpación del poder por Victoriano Huerta, levanta una ola de indignación en todo el país.

El coronel Obregón regresa a Hermosillo para ofrecer sus servicios en contra de los detentadores del poder nacional.

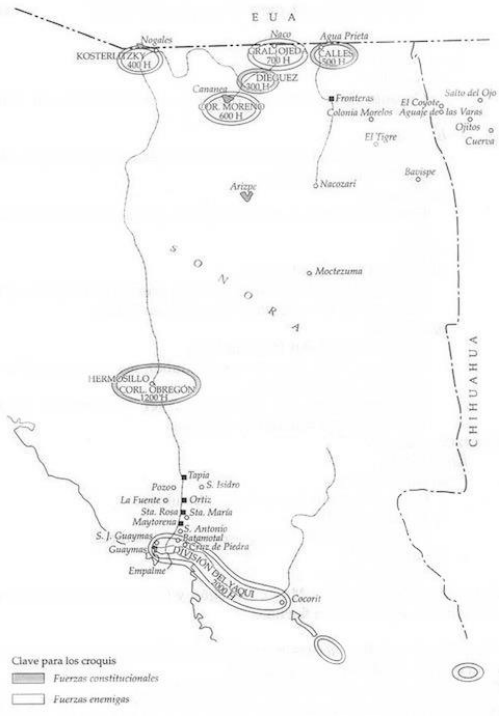
En varios puntos del Estado se registran sublevaciones: en Nacozari se rebelan Pedro Bracamontes y Pablo E. Macías; en Agua Prieta lo hace Plutarco Elías Calles; Aniceto Campos empuña las armas en Fronteras y Manuel M. Diéguez en Cananea.

El gobernador Maytorena parece más bien inclinado a reconocer al gobierno de la usurpación. Los coroneles Obregón, Hill, Cabral y Alvarado lo presionan moralmente para que repudie a Huerta y acaudille la Revolución. Todo es inútil. El 26 de febrero de 1913 Maytorena obtiene licencia y el Congreso local designa gobernador interino a don Ignacio L. Pesqueira, quien promulga el 5 de marzo la ley expedida por el Congreso del Estado autorizándolo a desconocer a Victoriano Huerta como Presidente de la República.

El coronel Obregón había sido nombrado pocos días antes Comandante Militar de la Plaza de Hermosillo. Pesqueira lo designa jefe de la Sección de Guerra de su gobierno y al mismo tiempo lo autoriza para salir a campaña.

Son designados jefes de operaciones del Norte, del Centro y del Sur, los coroneles Juan G. Cabral, Salvador Alvarado y Benjamín G. Hill, respectivamente.

Al romperse las hostilidades se encuentran en el Estado de Sonora las fuerzas armadas siguientes (véase el croquis 1):




Croquis 1. Distribución de las fuerzas beligerantes al romperse las hostilidades.

Federales:

*En el Norte:*

*a)* Nogales:

Coronel Kosterlitzky y teniente coronel Reyes con 400 hombres.

*b)* Naco:

General Pedro Ojeda con 700 hombres, dos morteros de 80 y ocho ametralladoras.

*c)* Cananea:

Coronel Moreno con 660 hombres y cuatro ametralladoras.

*En el Sur:*

*a)* Región Guaymas-Cócorit:

General Miguel Gil con 2 000 hombres de la División del Yaqui, teniendo su Cuartel General en Torin.

*b)* Álamos:

Adrián Marcos con 200 hombres.

En el puerto de Guaymas se hallaban los cañoneros *Guerrero*, *Morelos* y *Tampico*.

Marchando del Sur hacia Torin venía el coronel José Tiburcio Otero con 200 voluntarios.

Revolucionarios:

En el Norte:

*a)* Agua Prieta:

Calles y Bracamontes con 500 hombres.

*b)* Estación del Río:

Coronel Manuel M. Diéguez con 300 hombres.

*c)* Hermosillo:

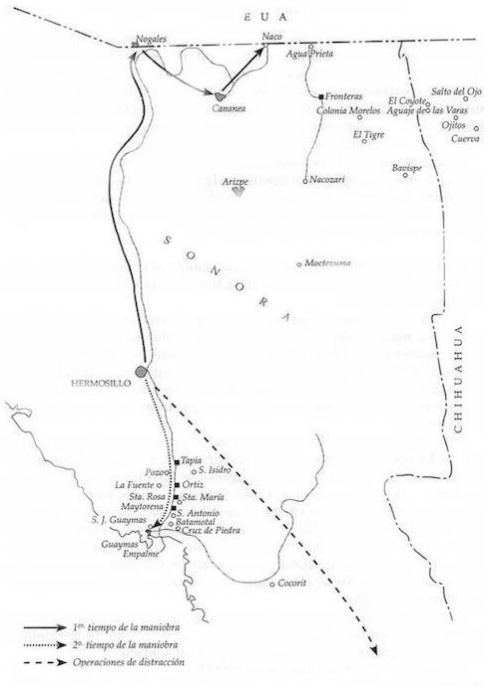
1 200 hombres.

Además, en Navojoa, Río Mayo, Obregón y Carpió se encontraban muchos indios armados con flechas.

La distribución de las fuerzas contendientes sitúa a los revolucionarios en el centro del dispositivo general.

Como queda dicho, los federales cubren la frontera Norte ocupando Nogales, Naco y Cananea con unos 1 700 hombres; hacia el Sur, desde Guaymas a Cócorit y Álamos, tienen destacados alrededor de 2 500 soldados.

No tenemos noticia sobre el estudio de la situación realizado por el jefe de la Sección de Guerra, coronel Obregón, antes de iniciar la campaña, pero podemos reconstruirlo en términos generales, en función de las operaciones consumadas. Es evidente que el mando revolucionario estaba obligado a maniobrar por líneas interiores. Despejar la frontera Norte en el primer tiempo de la maniobra ofrecía muchas ventajas políticas y estratégicas; entre estas últimas figura la muy importante de hacer concurrir hacia el mismo objetivo las fuerzas del Centro con las del Norte, que en esos momentos representaba la casi totalidad del Ejército Revolucionario sonorense (véase el croquis 2).




Croquis 2. Maniobra por lineas interiores realizada por el general Álvaro Obregón en Sonora.

Para inmovilizar a los federales del Sur, mientras eran derrotados los del Norte, Obregón hizo destruir algunos puentes del Ferrocarril Guaymas-Hermosillo y fue destacado el coronel Benjamín G. Hill con misión de operar el este y el sureste de Guaymas, siendo su principal objetivo apoderarse de la plaza de Álamos.

Obedeciendo órdenes verbales del gobernador, el coronel Obregón sale de Hermosillo el 6 de marzo de 1913 llevando por objetivo la ciudad fronteriza de Nogales.

El movimiento se realiza por ferrocarril hasta el Cañón de Alizos y de aquí, marchando penosamente, por la inclemencia del tiempo. El 12 de marzo a las 13:00 horas los revolucionarios están en Lomas, frente a Nogales. A la usanza clásica, Obregón pide la plaza al coronel Kosterlitzky quien, ciñéndose también a los arrestos clásicos, responde que no rendirá sus armas mientras tenga municiones y aliente un soplo de vida.

Ante la negativa de Kosterlitzky, Obregón decide tomar la plaza por asalto. La operación debe efectuarse durante la noche, en vista de que los federales han construido obras ligeras de fortificación y el atacante no dispone de armas pesadas. Como lo hará siempre en su victoriosa carrera militar, el coronel Obregón practica de inmediato un reconocimiento del terreno y de las posiciones enemigas; con el resultado formula su plan de maniobra: *atacar simultáneamente la plaza por el Este y por el Oeste, realizando con un mínimo de fuerzas una acción diversiva de Sur a Norte; este ataque secundario precederá en tiempo al doble envolvimiento*.

Nogales está sobre la línea divisoria internacional; los fuegos del atacante debían ser, por razones obvias, necesariamente paralelos a dicha línea divisoria; se dictan órdenes en tal sentido.

El dispositivo para el ataque se establece en función de la idea de maniobra: el mayor Guerrero, con 150 hombres, atacará por el Este, partiendo de su base a las 01:00 (13 de marzo de 1913); el capitán Escobar lo hará por el Oeste, y el propio coronel Obregón, con 15 dragones desmontados, llevará la acción frontal, iniciándola a las 00:30. Si las columnas de Guerrero y Escobar no pueden romper el fuego antes del amanecer, volverán a su base de partida y el ataque se consumaría en la noche del 13 al 14. Lo normal en la guerra es que los acontecimientos contraríen las previsiones de los combatientes. La talla del jefe se mide por la agilidad de sus decisiones para responder a los cambios de situación.

En el ataque a Nogales los planes del coronel Obregón sufren modificaciones radicales. Los agrupamientos de maniobra llegan frente a sus objetivos muy tarde; la orden para suspender el ataque también llega extemporáneamente; uno de los oficiales del capitán Escobar se empeña a fondo y en el afán de auxiliarlo van comprometiéndose nuevas fuerzas. La batalla, que se pensó librar en la noche, comienza al amanecer y dura todo el día. En las últimas horas del 13 los federales huyen desordenadamente refugiándose del lado norteamericano.

La ocupación de Nogales permitió a los revolucionarios adquirir pertrechos de guerra para continuar las operaciones sobre Cananea y Naco. Estas plazas fueron tomadas sucesivamente después de reñidos combates en los que el coronel Obregón puso de relieve sus dotes de mando y su valor personal.
Con la derrota de Ojeda en Naco se consuma el primer tiempo de la maniobra estratégica por líneas interiores. Obregón llevará ahora el grueso de sus fuerzas hacia el Sur.

Desde este “primer tiempo” quedan evidenciadas las características salientes del mando federal: falta de iniciativa, timidez y lentitud operativas. Hemos visto que las guarniciones de Nogales, Cananea y Naco esperan cada una en su propio terreno ser atacadas y derrotadas, sin buscar la conjugación de sus fuerzas.

A fines de abril (1913) el coronel Obregón se desplaza con el grueso de sus tropas hasta la Estación Batamotal, situada a 12 kilómetros al norte de Guaymas. La penuria de municiones le impide atacar desde luego al puerto. Para ganar tiempo destaca fuerzas de caballería en la región del Yaqui, con misión de ocupar la plaza de Torin. Tropas del coronel Hill, procedentes de Álamos, concurrirán en la misma misión.

El 1.º de mayo la guarnición de Guaymas, que ascendía ya a unos 2 000 hombres, es reforzada con otros 1 500, dotados de artillería, transportados de varios puntos del litoral en los cañoneros *Morelos* y *Guerrero*, más el barco mercante *General Pesqueira*. En la misma fecha se sabe también que el mando federal hace preparativos para marchar sobre Hermosillo.

Los revolucionarios concentrados en el valle de Guaymas suman alrededor de 2 200 hombres, con 14 ametralladoras y muy escasa dotación de cartuchos.

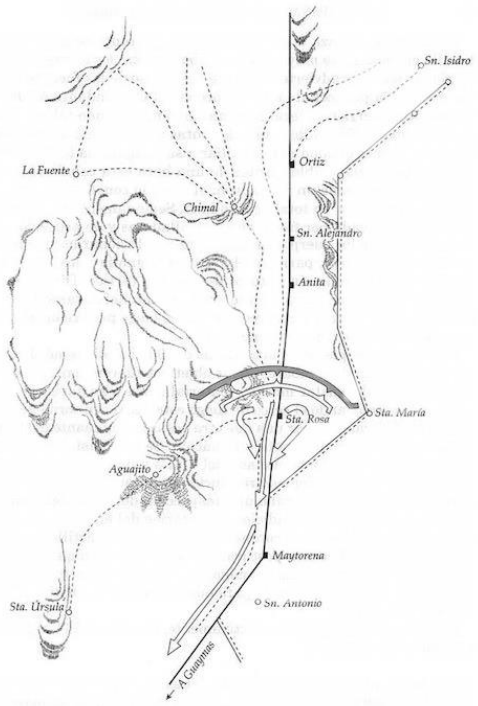
Ante la superioridad material del enemigo, el coronel Obregón decide replegarse hacia el Norte, manteniendo contacto. El estudio que hace de la situación es certero, tanto estratégica como tácticamente; su idea de maniobra es clara y precisa: *alejar al adversario de su base de operaciones (Guaymas), obligándolo a distraer fuerzas en la protección de sus comunicaciones*

*a retaguardia; hostilizarlo en combates parciales para causarle desgaste moral y material antes de presentar batalla*.

Pero la maniobra, concebida tan hábilmente por el jefe militar, es detenida casi al iniciarse por una orden del gobernador Pesqueira, provocada por la psicosis de la población civil de Hermosillo.

Las operaciones comienzan el día 2 de mayo con el bombardeo de Empalme por el cañonero *Guerrero*. Las fuerzas revolucionarias se repliegan sucesivamente a Batamotal, Maytorena, Santa Rosa y Ortiz; sus avanzadas mantienen siempre el contacto con la vanguardia federal, que llega a Santa Rosa el día 4. Obregón supone que el enemigo, alentado por su fácil progresión, continuará moviéndose hacia el Norte. Le prepara, en consecuencia, una emboscada a la altura de San Alejandro; el dispositivo queda listo la misma noche del 4 al 5. Pero el mando federal, fiel a su sistema lento y cauteloso, permanece inactivo durante tres días, reanudando su avance el día 8 para ocupar en fuerza la Estación de Santa Rosa. El coronel Obregón juzga que el adversario pudo haber descubierto su estratagema y, rápidamente, cambia de plan.

Tras un cuidadoso reconocimiento del terreno y del enemigo, vuelve a su campamento, reúne a sus comandantes de unidad y les hace conocer su nueva decisión. El enemigo ocupa con unos 500 hombres Santa Rosa y algunos puntos dominantes de las inmediaciones; su grueso está en Maytorena. La idea de maniobra del coronel Obregón se resume así: *atacar, a primera hora del 9, por el frente y sobre los dos flancos, al enemigo que se encuentre en Santa Rosa*. Para eso, el coronel Cabral, con 390 hombres, llevará la acción frontal; el coronel Diéguez, al mando de 600 hombres, caerá por el Oeste sobre el flanco izquierdo del adversario, y el coronel Sosa, al frente de 1 175 infantes y dragones, atacará por el Este el flanco derecho de las tropas federales. Típica maniobra de doble envolvimiento en la que se cuida, todavía, el escalonamiento en tiempo de la entrada en acción de los agrupamientos de combate. Cabral y Diéguez atacarán primero; ellos tienen terreno mas favorable y conviene distraer al enemigo hacia esas direcciones, antes de que Sosa llegue por el Oriente (véase el croquis 3).

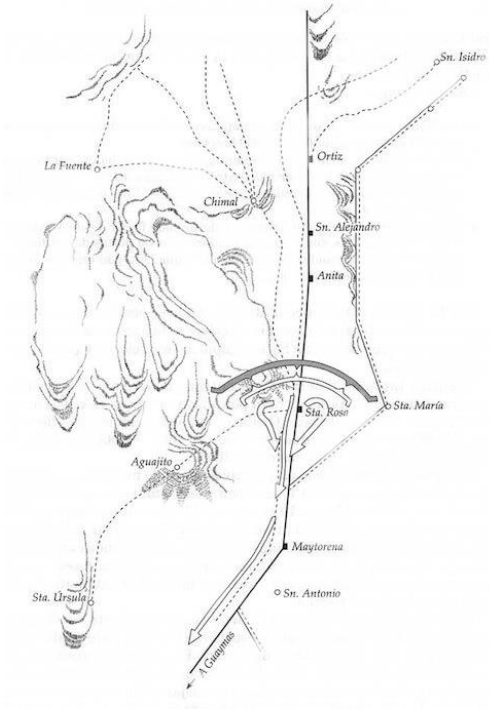



Croquis 3. Batalla de Santa Rosa (primera fase), a las 11:00 horas del 9 de mayo de 1913.

El ataque comienza a las 05:00 del día 9; pronto se generaliza la batalla empeñándose muy reñidos combates sobre los diversos frentes. Hacia las 08:00 se advierte el avance del grueso de las fuerzas federales que había pernoctado en Maytorena. El Comandante en Jefe de todas estas fuerzas, general Medina Barrón, creyendo tal vez que se desarrollaba en Santa Rosa una de tantas acciones de hostigamiento, lanza en primer escalón para auxiliar a su vanguardia los 300 dragones que tenía disponibles. Antes de una hora esta caballería queda reducida a menos de un escuadrón; el resto lo constituyen muertos, heridos y dispersos en total desbandada. Seguidamente se empeña la infantería apoyada por fuego de ametralladoras y de artillería. Pero la impulsión de los cuerpos de maniobra revolucionarios, que habían tomado la iniciativa, paraliza el ataque obligando a los federales a prenderse al terreno sin plan ni dispositivo táctico. Dieron así las 11:00 de la mañana, hora en que arribó el coronel Alvarado con 458 hombres. Esta fuerza es aprovechada desde luego para reforzar el ataque sobre el flanco izquierdo enemigo.

Podemos decir que desde la tarde del día 9 la batalla tomó el aspecto de una sucesión de combates cuyos objetivos fueron, para los constitucionalistas, desgastar moral y materialmente a su adversario, a la vez que ir estrechando el cerco de fuego establecido en torno de aquél, y para los federales, ganar una que otra posición dominante del terreno para mejorar su comprometida situación. Se peleó así, encarnizadamente, todo el día 10 y la mañana del 11. La municiones empezaron a escasear con apremio del lado revolucionario. Hacia las 16:00 horas, el coronel Obregón llevó a cabo una inspección detenida del campo de batalla y comprobó las condiciones precarias del enemigo. Un asalto dirigido a esa hora por el coronel Diéguez sobre la artillería

federal agravó más aquella difícil postura. El coronel Obregón quiso destacar tropas sobre la retaguardia enemiga, pero la falta de cartuchos le hizo desistir de sus propósitos, impidiéndole rematar a Medina Barrón (véase el croquis 4).




Croquis 4. Batalla de Santa Rosa (segunda fase), a las 20:00 horas del 11 de mayo de 1913.

Los federales se retiraron, efectivamente, la noche del 11 al 12 hasta refugiarse en Guaymas.

La victoria, aunque sin explotación del éxito, fue completa en Santa Rosa. Las observaciones que agregaremos más adelante no marchitan una sola hoja de los laureles del general otorgados a raíz de la batalla por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al hasta entonces coronel Álvaro Obregón.

Puesto que aspiramos a sacar enseñanzas de las campañas del general Obregón, bueno es iluminar tanto sus aciertos indiscutibles como algunas violaciones a las reglas que la experiencia ha consagrado en táctica y estrategia.

Observaciones:

*a)* En Santa Rosa se encontraba, al amanecer del día 9, únicamente la vanguardia de la columna federal: 500 hombres.

*b)* El jefe revolucionario ataca al enemigo que se hallaba en Santa Rosa, empeñando desde el primer momento la totalidad de sus tropas en una maniobra de doble envolvimiento, dejando afuera, libre en sus posibilidades de acción, al grueso.

*c)* Únicamente la ineptitud del mando federal pudo llevar desde Maytorena a los 1 800 hombres, con 12 ametralladoras y ocho piezas de artillería, a meterse entre las muelas de la tenaza con que Obregón tenía ya cogida a la vanguardia en Santa Rosa.

Del 12 al 28 de mayo los constitucionalistas se ocupan de mejorar su organización, integrando con los efectivos a las órdenes del general Obregón una brigada mixta; hacen acopio de municiones y gozan de un breve descanso.

Mientras tanto los federales concentran en Guaymas sus destacamentos de la región Yaqui y traen por mar numerosos efectivos a cuyo frente viene el general Pedro Ojeda, quien asume la jefatura de todas las fuerzas ahí reunidas, que ascienden en total a 6 000 hombres, con 20 ametralladoras y 16 piezas de artillería.

Ojeda realiza cuidadosos preparativos antes de buscar a su adversario. Las derrotas sufridas lo inducen a extremar sus precauciones. Forma, con 4 000 soldados, 10 cañones y 12 ametralladoras, una División; acondiciona góndolas blindadas para transportar infantería y, sobre dos plataformas, blindadas también, monta sendos cañones de 80 mm. Cuando todo está listo, inclusive una táctica nueva con su correspondiente dispositivo para avanzar limpiando sistemáticamente el terreno, inicia su marcha.

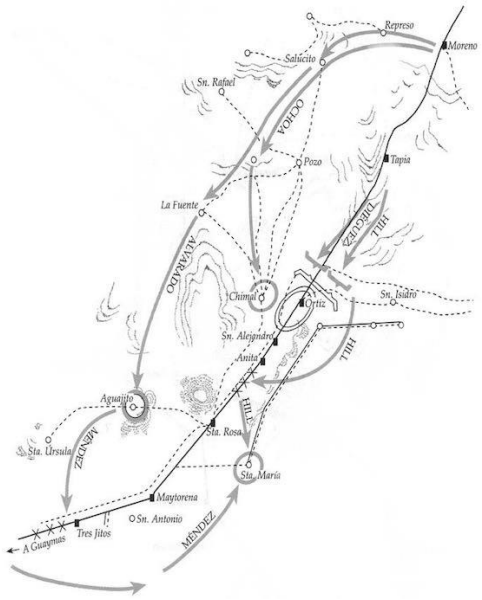
El general Obregón tiene su Cuartel General en Estación Moreno, hacia donde hará concurrir el grueso de sus fuerzas, incluyendo las del coronel Hill, que ocupan Cruz de Piedra. El coronel Diéguez, con sus avanzadas en Batamotal, recibe la misión de establecer contacto con el enemigo y, manteniendo ese contacto sin dejarse fijar, replegarse hacia el Norte. Las demás unidades de la brigada se hallan escalonadas a lo largo del ferrocarril, entre Santa Rosa y Ortiz. El puesto de mando del comandante de la brigada es mantenido siempre a inmediaciones del escalón de retaguardia (coronel Diéguez).

La mañana del 29 de mayo se queman los primeros cartuchos en Batamotal. Diéguez comienza a retirarse maniobrando hábilmente para ocultar sus efectivos y las intenciones del mando superior. En el movimiento general de retirada, la tarde del mismo día llega a Estación Ortiz el grueso de la brigada. También la misma tarde tropas frescas a las órdenes del general Alvarado relevan a las del coronel Diéguez, que marchan a Estación Tapia.

Es digno de ser mencionado con cierto detalle el sistema de progresión de la columna federal. Los movimientos son realizados únicamente de día; precede a la vanguardia una fuerte descubierta de caballería; dos guardaflancos, igualmente de caballería, marchan a la altura del escalón de combate de la vanguardia, ésta es integrada con un tren blindado en que se transportan dos cañones de 80 mm y 200 infantes; flanqueadores de caballería acompañan al tren, siguiendo a éste, a pie, un batallón de infantería, más o menos; a unos cuatro kilómetros atrás, marcha el grueso de la División. Cada día, a las 06:00, se inicia el movimiento yendo el tren blindado a la cabeza de la vanguardia; todo punto del terreno capaz de ocultar tropas adversarias es bombardeado nutridamente por la artillería a bordo; al cesar el fuego, la caballería reconoce la zona batida. Zapadores marchan delante del tren revisando minuciosamente la vía y sus obras de arte. El grueso de la División se desplaza por saltos, cuando la vanguardia ocupa posiciones dominantes. Tan meticuloso procedimiento de marcha imprime gran lentitud al avance siendo ésta la causa de que Ojeda empleara más de dos semanas en recorrer los 39 kilómetros que separan Empalme de Estación Ortiz. En este último lugar la columna se detiene sin dar muestras de querer seguir más al Norte.

El general Obregón aprovecha el tardo desplazamiento del enemigo para obtener informes precisos acerca de sus efectivos y dispositivo, para estudiar palmo a palmo el terreno y situar los elementos de su brigada en los lugares adecuados conforme a la idea de maniobra que gradualmente va gestándose en su espíritu. El día 15 de junio la situación alcanza su punto crítico. Obregón reúne a sus comandantes de tropas y les hace conocer su plan de batalla, que en resumen trata de *bloquear a la división federal en Ortiz, cortándole sus líneas de operaciones y acceso a los aguajes*. Para ello ordena:

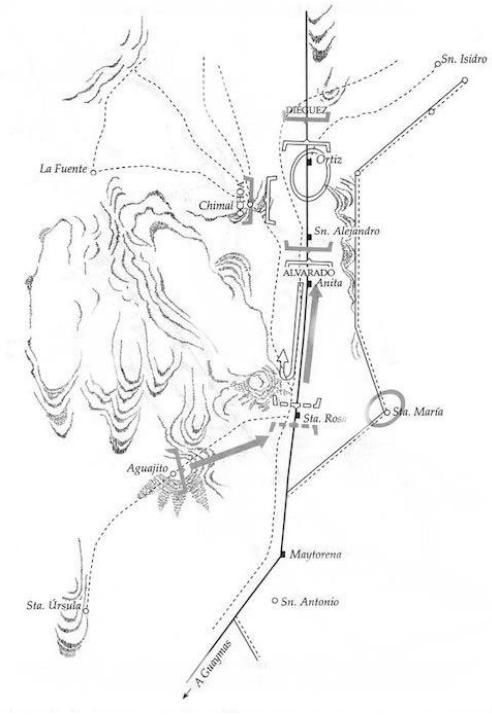
*a)* Que el general Alvarado marche por El Represo, El Saucito y La Fuente, hasta ocupar El Aguajito;
*b)* que el coronel Ochoa, siguiendo el mismo itinerario citado arriba, se posesione de El Chimal;
*c)* que el mayor Méndez se desplace con la misión de destruir la vía del ferrocarril entre Batamotal y Tres Jitos; cumplida esta orden se incorporará a la Hacienda de Santa María;
*d)* Alvarado y Ochoa alcanzarán sus destinos antes del amanecer del día 19; Méndez cumplirá su misión la noche del 18 al 19; todos los movimientos serán nocturnos;
*e)* los coroneles Diéguez y Hill, partiendo de Estación Tapia, ejecutarán un ataque demostrativo por el este de Ortiz, la tarde del día 18;
*f)* el coronel Hill, luego de haber participado en este ataque, regresará a Tapia, de donde continuará la misma noche del 18 al 19, haciendo un amplio rodeo para alcanzar Santa Anita y destruir, desde este punto hacia el Sur, la vía férrea y las líneas telegráficas; cumplida dicha misión, ocupará la Hacienda de Santa María;
*g)* las ametralladoras del mayor Kloss serían repartidas entre las diversas columnas, quedando cinco en Estación Moreno como reserva;
*h)* el Cuartel General de la Brigada se establecerá en Chimal durante la madrugada del 19; al efecto, el propio general en jefe, su Estado Mayor y la escolta, marcharán con el coronel Hill hasta el punto mencionado (véase el croquis 5).




Croquis 5. Bloqueo de la División Federal en Ortiz. Movimientos terminados durante la noche del 18 al 19 de mayo de 1913.

Todas las órdenes son ejecutadas con exactitud y oportunidad. El enemigo queda cercado en Ortiz sin darse apenas cuenta de ello e ignorando el dispositivo de las tropas revolucionarias. El general Ojeda advierte que se está destruyendo la vía al sur de Ortiz, por las detonaciones de las

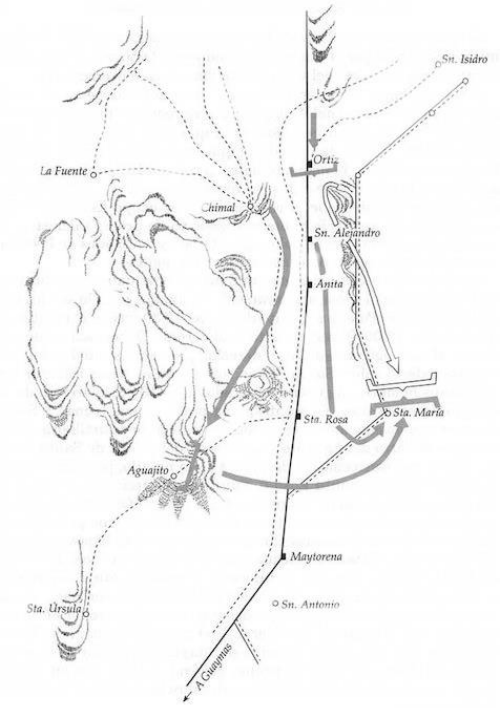
cargas explosivas; el mismo día 19 destaca su tren blindado para reparar los desperfectos; los trabajos se suspenden en la noche y al reanudarlos el día 20 (véase el croquis 6), fuerzas del general Alvarado atacan al destacamento federal arrojándolo hasta San Alejandro. Reforzados aquí con unos 600 hombres venidos de Ortiz, los federales atacan al coronel Ochoa en Chimal, sufriendo un nuevo revés; pero en la noche del 20 al 21, debido al incumplimiento de las órdenes para cubrir el cerro de Chimal, el coronel Ochoa es sorprendido y desalojado de sus posiciones. A consecuencia de esto, el general Obregón decide abandonar la región de Chimal trasladándose a El Aguajito, que había quedado desguarnecido al empeñarse el general Alvarado en dirección de San Alejandro. El 21 tienen lugar combates de poca importancia en esta última región, siempre con resultados adversos para los federales. El 22, ante la imposibilidad de abrirse paso hacia el Sur, Ojeda ataca al coronel Diéguez en sus posesiones al norte de Ortiz, recibiendo un nuevo y severo escarmiento. Durante el día 23 los federales continúan sus esfuerzos para encontrar una salida, pero todo es inútil. En tales condiciones, Ojeda dispone la concentración de sus fuerzas para el día 24 en Ortiz y manda destruir los puentes del ferrocarril al norte de la misma estación, con el propósito de dificultar el avance del coronel Diéguez, que representa muy serias amenazas sobre su retaguardia en caso de retirarse.




Croquis 6. Bloqueo de la División Federal en Ortiz. Situación durante la tarde del 20 de mayo de 1913.

Al amanecer del día 25, abandonando sus trenes, la División Federal inicia su retirada por el camino que conduce de Ortiz a la Hacienda de Santa María, al través del valle de Guaymas (véase el croquis 7).

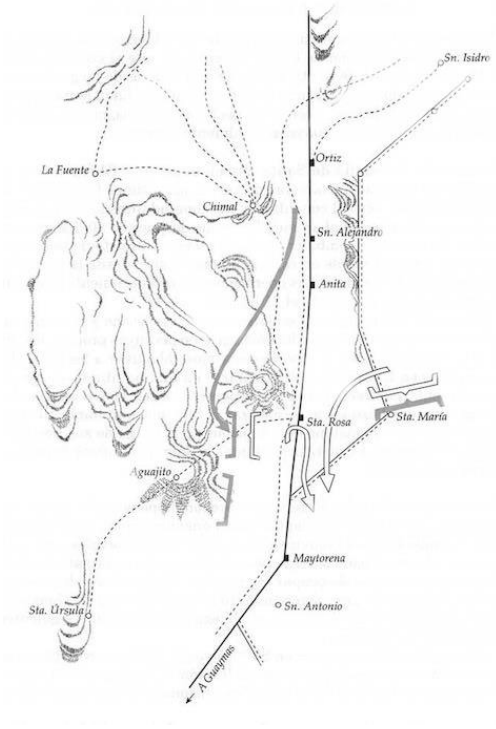
Tan luego como el general Obregón tiene noticias de aquel movimiento, sube al Cerro del Aguajito para ver con sus propios ojos a la columna federal; comprueba entonces que toda la División marcha hacia el Sur. Ordena de inmediato que el general Alvarado, con los hombres que tiene a la mano, refuerce al coronel Hill en Santa María, asumiendo la jefatura de todas las fuerzas reunidas en dicha hacienda. Dispone también que el coronel Diéguez ocupe Estación Ortiz, movimiento que este jefe había realizado ya de propia iniciativa. El resto de la brigada (tropas del coronel Ochoa y fracciones de las fuerzas de Alvarado) deben concentrarse en El Aguajito.




Croquis 7. Batalla de Santa María (primera fase). Situación a las 15:00 horas del 25 de mayo de 1913.

Los federales atacan rudamente Santa María; parece que buscan, mas que romper el cerco, apoderarse de un aguaje, pues la sed les castiga implacable. Pelean sin éxito desde las 12:30 (véase el croquis 8). A eso de las 16:00 Obregón destaca al coronel Ochoa con misión de atacar al enemigo por su flanco derecho; pero en vista del redoblado empuje federal sobre Santa María, se ordena a Ochoa reforzar con 400 de sus hombres al general Alvarado. A las 18:00, aparentando un cambio de propósitos, Ojeda desplaza parte de sus tropas a Santa Rosa, apoyando este movimiento con fuego nutrido de artillería dirigido sobre el Cerro del Aguajito y la entrada

del Cañón de Santa Úrsula. (Ahora que conocemos el desenlace de la batalla, pensamos que el movimiento hacia Santa Rosa fue una simple acción diversiva, a la vez que de contención de las reservas del general Obregón, para huir en la noche por las llanuras al este de Santa María y no por el Cañón de Santa Úrsula). El general Obregón había previsto la posibilidad de que el enemigo tratara de escapar hacia el Oeste, a través del Cañón de Santa Úrsula; por ello, al iniciarse el movimiento y bombardeo mencionados antes, ordenó al coronel Diéguez cubrir con parte de sus tropas los aguajes de San Alejandro y al teniente coronel Félix que ocupara, con el resto de las fuerzas del coronel Ochoa, las alturas paralelas a la vía, desde el cerro de Maytorena hasta la boca del Cañón de Santa Úrsula. El propio general en jefe, con su Estado Mayor y la escolta del Cuartel General, cubre la entrada al manantial de El Aguajito.




Croquis 8. Batalla de Santa María (segunda fase). Situación a las 01:00 horas del 26 de mayo de 1913.

Los ataques sobre Santa María continuaron sin desmayo, a pesar del castigo impuesto por los contraataques de la defensa. Es sólo hasta la 01:00 del 26 cuando cesa el fuego. Dos horas después (03:00) el general Obregón ordena que todas las fuerzas posesionadas de las alturas entre Maytorena y El Aguajito avancen hacia la vía del ferrocarril. Cuando se consuma este movimiento, llegan informes de que el enemigo había huido por el oriente de Santa María. Se organiza desde luego la persecución, logrando capturar más de 300 prisioneros. La derrota es completa, pues los federales, además de las bajas sufridas, pierden toda su artillería, regresando a Guaymas totalmente dispersos.

Consumada la batalla de Santa María, el general Obregón tuvo el impulso de meterse a Guaymas detrás de los últimos fugitivos de la División Ojeda. Pero al consultar a sus comandantes de tropas comprobó que éstas se hallaban muy fatigadas después de 10 días con sus noches de marcha y combatir sin tregua. Pero si desiste de tomar por asalto el puerto, procede en cambio a ponerle sitio desde la noche del siguiente día, 27 de junio. Las operaciones de reconocimiento y consolidación del sitio duran hasta el 21 de julio.

El general Obregón hace, mientras tanto, un sereno y concienzudo balance de las posibilidades del enemigo y de las suyas propias, llegando a la conclusión de que era más ventajoso bloquear a los federales encerrados en Guaymas que empeñarse en una batalla de desgaste, cuyo desenlace parecía incierto. Dispone entonces, con la aprobación del gobernador Pesqueira, formalizar el bloqueo, ampliando el cerco para disminuir el consumo de municiones y la fatiga de sus hombres. El día 13 las tropas constitucionalistas ocupan las nuevas posiciones (véase el croquis 9).

Croquis 9. Sitio de Guaymas. Julio de 1913 a julio de 1914.

Para mediados de julio, el general Obregón dispone ya de unos 7 000 soldados y de la artillería capturada al enemigo en las últimas batallas. Dejando frente a Guaymas las fuerzas indispensables para neutralizar a la guarnición federal, destaca el resto de su brigada hacia el Sur, con intenciones de ocupar los puestos del litoral sinaloense que sirven de bases de aprovisionamiento a los defensores de Guaymas; figura también en sus designios, al planear las operaciones siguientes, apoderarse de Culiacán.

En aquellos días operaban en Sinaloa varios núcleos revolucionarios que reconocían como jefe al general Ramón F. Iturbe, quien tenía su cuartel general en San Blas, asiento provisional de los poderes locales.

Sucesos políticos vienen a perturbar el curso de las actividades militares. Cumplido el permiso que el Congreso de Sonora otorgó a Maytorena, éste se presenta reclamando sus derechos para reasumir el gobierno del Estado. Los jefes revolucionarios ven con recelo y disgusto el regreso de Maytorena. Pero en acatamiento de la ley y de la soberanía del Congreso local, aceptan en la Junta de Nogales la restitución del gobernador constitucional.

A principios de septiembre se tuvo conocimiento de que el señor Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, venía en camino hacia Sinaloa. El general Obregón salió en busca del señor Carranza, encontrándose en El Fuerte el día 14 del mes arriba citado. De El Fuerte los dos altos jefes revolucionarios se dirigen a Hermosillo. Aquí, en el discurso que el Primer Jefe dirigió a la multitud que acudió a recibirlo, hizo del conocimiento público que con esa fecha, 20 de septiembre, quedaba nombrado el general Obregón Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, con jurisdicción de mando operativo y territorial en los Estados de Sonora, Sinaloa, Durango y Territorio de la Baja California.

También son ascendidos por esos días los coroneles Diéguez y Hill.

Al asumir su nuevo mando, el general Obregón se propone como objeto inmediato la ocupación de la ciudad de Culiacán. Para ello es preciso limpiar antes de federales el norte del Estado de Sinaloa. Se libran así la batalla de Los Mochis, en la cual el general Hill derrota al coronel huertista Rivera que, procedente de Guaymas, traía la misión de recuperar San Blas; la batalla de Topolobampo, ganada por el general Iturbe, y juntos ya Iturbe y Hill, atacan la plaza de Sinaloa, que se rinde a las armas revolucionarias después de tres días de reñidos combates.

Terminada esta primera fase de las operaciones precursoras al ataque de Culiacán, el general en jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste inicia la concentración de sus fuerzas. Se reúne con los generales Iturbe y Hill en la plaza de Sinaloa, designando a Iturbe segundo en jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

El avance hacia el Sur comienza el 25 de octubre. El día 5 de noviembre llega a Estación San Pedro el grueso del Cuerpo de Ejército. En las cercanías de Culiacán se encuentra ya el general Mariano Arrieta.

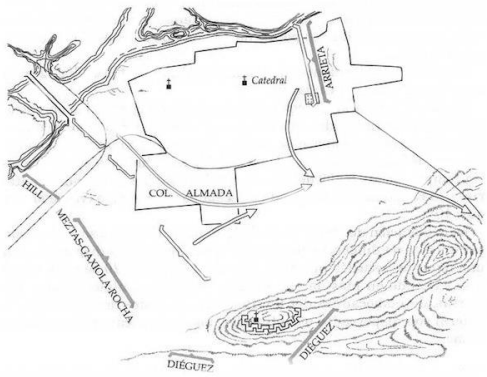
Navolato, sobre la vía del Ferrocarril Occidental, está ocupado por una guarnición federal; se destaca la caballería del general Blanco para ocupar aquella plaza. La misión queda cumplida el día 5 y el 7 Blanco informa encontrarse en Altata, evacuado apresuradamente por los huertistas.

El general Obregón llega a Bachihualato el 6 de noviembre e inicia desde luego sus reconocimientos del terreno y de las posiciones ocupadas por los federales que guarnecen Culiacán. La pasividad del enemigo permite al comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste dedicar el 7 y medio día del 8 a un minucioso estudio de la situación. En la tarde del 8 reúne en su Cuartel General a todos los comandantes de tropas de la Gran Unidad y les da a conocer su plan de ataque. Este debía iniciarse a las 04:00 del día 10, pero el intento de desembarco realizado en Altata por el enemigo el día 9 distrae fuerzas en aquella dirección. El mismo día 9 tiene lugar un encuentro en Estación Palmito entre una fracción federal de la guarnición de Culiacán y las fuerzas del general Hill; en este combate resulta herido en una pierna el propio

general Obregón. Los federales fueron rechazados con 30% de pérdidas (53 hombres entre muertos y prisioneros), llevándose en su retirada los cierres de las dos piezas de 80 mm que debían apoyar el ataque a la plaza.

Liquidados los incidentes de Palmito y Altata, se fija el día 12 para comenzar el ataque a Culiacán.

El plan del general Obregón (éste continúa dirigiendo las operaciones a pesar de su herida), modelo de organización de mando, de dispositivo de fuerzas, de apoyo de fuegos y aprovechamiento del terreno, hizo que la batalla iniciada a las 05:00 del 12, culminara en una victoria completa a las 02:00 del día 14, no obstante la superioridad material y la resistencia desesperada ofrecida por el enemigo (véase el croquis 10).




Croquis 10. Toma de Culiacán, 11-13 de noviembre de 1913.

La explotación del éxito a raíz de la toma de Culiacán se realiza con extraordinaria diligencia empeñando todas las fuerzas disponibles; en una tenaz persecución que dura cinco días (del 15 al 20 de noviembre) y se extiende en más de 150 kilómetros (desde Culiacán hasta las Barras, desembocadura del Río Piaxtla), los restos de la guarnición federal son dispersados o capturados, logrando escapar un reducido número.

El lapso comprendido entre el 20 de noviembre de 1913 y el 14 de abril de 1914 marca un periodo de relativa inactividad bélica, aunque en otros aspectos resulta muy diligente, ya que los constitucionalistas lo emplean en consolidar el gobierno civil y su organización militar. Ese tiempo se aprovechó también para preparar las operaciones sobre el occidente del país. En este último cariz se da preferencia al reclutamiento, a la instrucción de las tropas y al restablecimiento de las vías férreas.

Son instalados centros de reclutamiento en Navojoa y Culiacán. Al comenzar el mes de abril se han enrolado ya unos 4 000 hombres en Navojoa; con ellas son cubiertas las plazas vacantes en las unidades veteranas y se forman cinco batallones nuevos de infantería. En Culiacán, el coronel Miguel M. Acosta tiene reclutados, en la misma fecha, 1 000 dragones bien montados,

armados y equipados para integrar, con otros elementos veteranos, la Brigada de Caballería del general Lucio Blanco.

Las destrucciones del ferrocarril entre Maytorena y Cruz de Piedra, efectuadas durante la batalla de Santa María, dislocan la comunicación entre Sonora y Sinaloa. Para proseguir la campaña hacia el Occidente es indispensable restablecer la continuidad de esta línea de operaciones, tanto para asegurar el reaprovisionamiento de pertrechos de guerra como para dar paso inmediato al material rodante embotellado al norte de Maytorena, sin el cual los transportes de tropas hacia el Sur se verían punto menos que paralizados. Esta situación engendró una de las proezas ferrocarrileras más extraordinarias de nuestra historia. La restitución normal de la vía obligaba a pasar por Empalme; pero este lugar se hallaba a la sazón en poder del enemigo. El tendido de una vía nueva directa de Maytorena a Cruz de Piedra resultaba imposible por la falta de material para cubrir los 14 kilómetros que separan ambas estaciones. Comisionado el mayor J. Lorenzo Gutiérrez, jefe de trenes del Cuerpo de Ejército del Noroeste, para resolver tan grave emergencia, propuso un plan expeditivo y audaz. *Se construirían tramos de vía de un riel de largo hasta completar una sección de 500 metros. Conectada esta sección en Maytorena siguiendo el trazo del desvío, se meterían en ella las locomotoras con tanques de agua adicionales y el material rodante disponibles; entonces se irían levantando los tramos de retaguardia para colocarlos al frente; así el convoy avanzaría palmo a palmo hasta entroncar en Cruz de Piedra*. El plan fue aprobado y su realización, que duró 15 días, tuvo lugar a la vista del enemigo y no obstante los repetidos ataques que desencadenó para impedirla.

Fueron también reparados los desperfectos de las vías al sur de Culiacán y entre ese lugar y Altata.

Los constitucionalistas poseían ya todo el territorio de los estados de Sonora y Sinaloa, a excepción de los puertos de Guaymas y Mazatlán sometidos a bloqueo terrestre.

Los federales tenían en cambio el dominio del mar, que les permitía reforzar y abastecer las guarniciones de los dos puestos mencionados y les daba la posibilidad de hostilizar, a su tiempo, el desplazamiento del Cuerpo de Ejército del Noroeste en la región comprendida entre La Cruz y Mazatlán, donde la vía corre por más de 100 kilómetros paralela y muy inmediata al litoral.

La situación marítima se alivia transitoriamente con la deserción del cañonero *Tampico*, pero ello más bien por la resta que significó para los federales que por el refuerzo a los revolucionarios, pues a los 30 días de incorporado libra combate con los cañoneros *Guerrero* y *Morelos*, resultando con tan serios daños que vara frente a Punta de Copas en la Bahía de Topolobampo.

Es digna de especial mención la presencia, en el Cuerpo de Ejército del Noroeste, del biplano *Sonora*, piloteado por el capitán Gustavo Salinas C. México puede reivindicar la prioridad mundial del empleo de la aviación en misiones tácticas. En los momentos en que escribo estas líneas se cumplen exactamente 41 años del ataque del capitán Salinas al cañonero *Guerrero* en la Bahía de Topolobampo. El general Obregón califica esta acción como la más atrevida de las efectuadas durante la campaña, porque tuvieron que internarse 18 kilómetros mar adentro y volar a más de 3 000 pies de altura con brisa fuerte, agregando: “Esto demuestra la intrepidez de nuestros aviadores”. Y nosotros reconocemos que les hace justicia. La hazaña sirve también

ahora para ilustrar el progreso alcanzado por la aeronáutica en sólo 40 años. Digamos de una vez que el biplano Sonora, acabó trágicamente pocos días después (mayo de 1914) durante uno de los bombardeos efectuados a las posiciones del enemigo en Mazatlán.

Desde los días en que el general Obregón atacaba la plaza de Culiacán, el general Juan Carrasco y el coronel Ángel Flores, que venían operando en la región Sur del Estado de Sinaloa, iniciaron el amago al Puerto de Mazatlán, al cual, para mediados de abril, lo tenían formalmente bloqueado por tierra.

En el Territorio de Tepic hacía campaña muy activa el general Rafael Buelna.

El señor Carranza había salido de Sonora desde el mes de marzo para dirigirse a Chihuahua. Uno de sus últimos actos, antes de abandonar el territorio sonorense, fue dictar sus instrucciones al general Obregón, invistiéndolo de las más amplias facultades operativas militares y administrativas civiles en la jurisdicción de los estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Aguascalientes, Colima y Territorio de Tepic.

Hallándose en ejecución el desplazamiento del Cuerpo de Ejército del Noroeste para iniciar la campaña de Occidente, hizo crisis el gravísimo incidente surgido entre el gobierno de Victoriano Huerta y el de los Estados Unidos, que culminó con la ocupación del Puerto de Veracruz por la infantería de marina norteamericana. Huerta buscó aprovechar este suceso para extinguir la Revolución, llamando a sus caudillos a la unidad en nombre de la patria mancillada por fuerzas extranjeras. Pero tanto el señor Carranza como los jefes revolucionarios comprendieron a tiempo la jugada y adoptaron actitudes que, sin menoscabar su decoro y patriotismo, les permitieron seguir la lucha contra la usurpación huertista.

El general Obregón, partiendo de Culiacán, llega a Estación Modesto el 29 de abril. Aquí se encuentra ya el general Hill con su brigada y la artillería del Cuerpo de Ejército. Están próximas a incorporarse las tropas de los generales Iturbe y Cabral. Las Brigadas Diéguez y Blanco tienen órdenes de continuar hacia Tepic.

De Estación Modesto el general en jefe sigue a Venadillo, donde Carrasco y Flores han establecido su Cuartel General. Después de cambiar impresiones con estos jefes, ordena el avance de sus fuerzas para poner sitio a Mazatlán. El Cuartel General del Cuerpo de Ejército se instala en Casa Blanca el día 4 de mayo.

Al llegar a Casa Blanca el general Obregón tiene conocimiento de que al Occidente y muy cerca de Isla de Piedra se encuentra varado el cañonero enemigo *Morelos*. Presintiendo la posibilidad de aniquilar esta unidad naval tan valiosa para el adversario, hace embarcar en dos canoas a remo a 20 soldados y su Estado Mayor, con los cuales va personalmente a practicar un reconocimiento. Comienza en esta forma una de las atrevidas empresas que significarán al general Obregón por su amor al peligro y su valor sereno a la vez que osado.

Es tan edificante como ejemplo de lo que puede hacer un jefe valiente y arrojado, la hazaña de Isla de Piedra, que quisiéramos citarla en extenso, pero romperíamos el marco que tenemos asignado. Rogamos al lector ver este periodo en la obra original. Cabe decir aquí que después de cinco días de reñidos combates, bajo el fuego de 24 piezas de artillería de los fuertes de tierra y

del cañonero *Guerrero*, que intervino en defensa del Morelos, este barco fue abordado por los revolucionarios y volado con dinamita.

En los últimos días de la "operación *Morelos*", el general Obregón instaló su Cuartel General en Isla de Piedra, desde donde siguió el curso de los combates empeñados por sus fuerzas al estrechar el sitio de Mazatlán.

Mientras se combatía con el *Morelos*, las fuerzas de los generales Diéguez y Blanco, a las que se unieron tropas del general Buelna, sitiaban y rendían la guarnición federal de Acaponeta, capturando un enorme botín de guerra y 1 600 prisioneros, inclusive al general Solares que los mandaba.

Tomada Acaponeta se ordena al general Diéguez continuar sobre Tepic. La caballería de Lucio Blanco, reforzada con la del general Buelna, debe rebasar Tepic para atacarla por el Sur cuando Diéguez haya iniciado el ataque por el Norte. Pero Blanco y Buelna, desatendiendo las órdenes recibidas, caen sobre la guarnición de Tepic el 14 de mayo y ocupan la plaza tras de 24 horas de combate.

La precipitación del general Blanco trae graves consecuencias, a pesar del éxito táctico inmediato. La mitad de la guarnición federal (unos 1 000 hombres) escapa hacia el Sur, destruyendo en su fuga largos tramos de vía y el puente del ferrocarril sobre el Río Santiago; daños que el general quería evitar en beneficio de las operaciones futuras. Sobreviene, además, un choque personal entre Diéguez y Blanco, que obliga al general en jefe a trasladarse a Tepic para resolverlo.

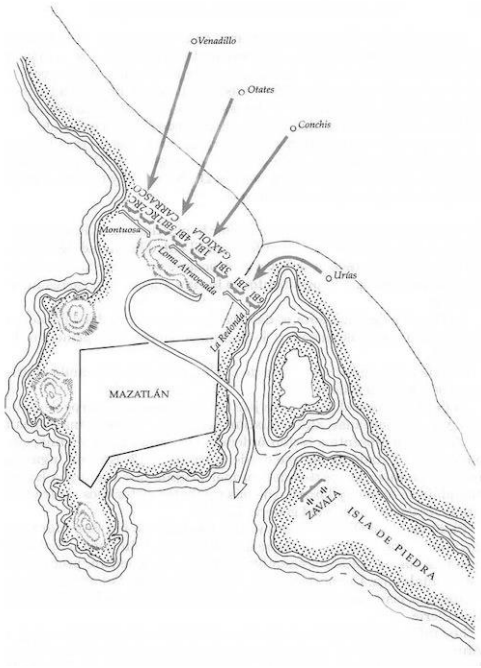
Con la captura de la plaza de Tepic, los constitucionalistas dominan todo el noreste del país.

De regreso a su Cuartel General en Casa Blanca, el comandante en jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste consagra todo su tiempo al estudio de la situación en Mazatlán. Cuando se hubo formado un juicio cabal de las posibilidades del enemigo y de las que se le ofrecían a él mismo, reúne a sus comandantes de tropas y les da a conocer sus puntos de vista.

El general Obregón manifestó que la plaza podía ser tomada por asalto con las fuerzas disponibles, pero que una vez ocupada quedarían imposibilitados para continuar la campaña en el Occidente y el

centro del país, a consecuencia del enorme desgaste material que les impondría el ataque. En el mejor de los casos el éxito sería incompleto, porque el enemigo podría salvar importantes efectivos y pertrechos retirándolos por mar.

Atendidas las razones expuestas por el general en jefe, éste ordena, el 17 de mayo, que el general Iturbe, al frente de todas las fuerzas del Estado de Sinaloa (irnos 3 000 hombres con cinco cañones y tres ametralladoras), establezca el bloqueo formal del Puerto de Mazatlán, mientras el grueso del Cuerpo de Ejército sigue su movimiento llevando por objetivos las plazas de Guadalajara, Colima y Manzanillo (véase el croquis 11).




Croquis 11. Sitio de Mazatlán. Operaciones del 1.º al 6 de agosto.

Cuando el general Obregón firmaba en Casa Blanca las órdenes nombrando al general Iturbe comandante de las fuerzas que mantendrían el bloqueo de Mazatlán, arribó procedente de Chihuahua el pagador Breceda, enviado por don Venustiano Carranza para comunicar sus instrucciones de activar el avance del Cuerpo de Ejército del Noroeste hacia el Occidente y el centro del país, en virtud de la tirantez que habían alcanzado las relaciones del Primer Jefe con el general Villa.

Estas divergencias surgidas entre la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista y el comandante de la División del Norte crearon sin duda la más grave situación confrontada por los caudillos de la Revolución mexicana.

El señor Carranza depositó en el general Obregón la suerte de las armas revolucionarias, pidiéndole aniquilar al Ejército Federal a la mayor brevedad. Con esta misión sale el adalid sonorense rumbo a Tepic el 18 de mayo de 1914.

Al día siguiente está ya el general en jefe en la plaza de Tepic. De inmediato enfoca su atención al problema creado por las actividades del clero, aliado decididamente con el huertismo. Enérgicas medidas represivas ponen término a esa labor contrarrevolucionaria.

En seguida se ocupa de dictar órdenes militares de largo alcance.

El coronel Jesús Trujillo saldrá desde luego con 300 dragones para destruir la vía del ferrocarril Guadalajara-Colima, al sur de Estación Quemado. Cumplida esta misión, marchará a Zacoalco para realizar más destrucciones a lo largo de la vía férrea; después se incorporará al grueso del Cuerpo de Ejército. Con esta incursión del coronel Trujillo se quiere impedir el envío de refuerzos, pertrechos y víveres a los puertos de Manzanillo, Mazatlán y Guaymas; y se busca

también atraer hacia el rumbo de Colima la atención del enemigo concentrado en Guadalajara mientras el Cuerpo de Ejército del Noroeste termina el paso de la Sierra Madre.

Al capitán Cruz Medina, comandante de la guarnición del Puerto de San Blas, Tepic, se le ordena embarcar parte de las fuerzas a su mando en el vapor *Unión* y salir inmediatamente a las Islas Marías con la misión de capturar al destacamento federal, poner en libertad a los presos políticos y acopiar víveres y demás efectos utilizables en campaña. Antes de 48 horas Cruz Medina cumple con todo éxito su cometido.

Por estos días, en atención a la importancia que sus fuerzas habían adquirido, el general Obregón eleva a la categoría de Divisiones las Brigadas de Infantería de los generales Diéguez, Hill y Cabral, y la de Caballería del general Lucio Blanco.

El 10 de junio todo está listo para iniciar la marcha sobre Guadalajara. Como en esa época no existía el ferrocarril entre la ciudad de Tepic y los linderos del Estado de Jalisco, las tropas se desplazarían marchando y los pertrechos e impedimentos lo harían a lomo y en carros hipomóviles.

La División de Caballería es destacada como vanguardia del Cuerpo de Ejército a varias jornadas de distancia sobre el eje principal de marcha.

El general Diéguez, con parte de sus fuerzas, sale formando el primer escalón de la infantería.

El día 14 lo hace el general en jefe con el grueso del Cuerpo de Ejercito, y, en dos jornadas, alcanza Ixtlán del Río, donde permanece hasta el 22. Aquí se presenta a recibir órdenes el general Julián Medina, que opera en el Estado de Jalisco desde mayo de 1913. En este lugar se reciben también los partes del coronel Trujillo que comunica haber cumplido su misión y librado además combates victoriosos contra tropas federales al mando del general Zozaya.

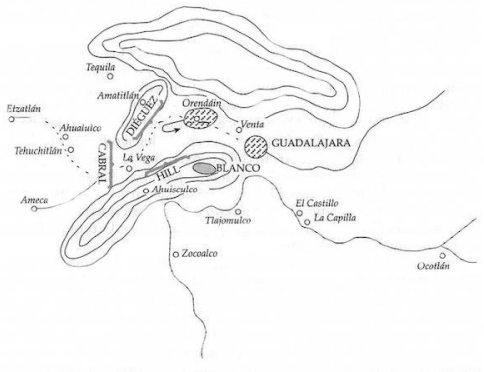
El 23 de junio Obregón reanuda su movimiento por San Marcos a Etzatlán, adonde arriba la noche del 24. En Itzatlán tiene noticias de que una fuerte columna enemiga viene a su encuentro, procedente de Guadalajara. Como respuesta, ordena continuar el avance hasta Ahualulco, ocupado con anterioridad por elementos de la División de Caballería.

Los informes recibidos el día 25, a la llegada del general en jefe a Ahualulco, sitúan al enemigo avanzando lentamente de La Venta hacia La Vega, por la vía férrea. Con algunos oficiales de su Estado Mayor el general Obregón se adelanta unos 10 kilómetros al sur de Ahualulco, para reconocer el terreno y observar al adversario. Desde una altura ocupada por los puestos avanzados puede ver los trenes del enemigo, cuya fuerza evalúa en unos 8 000 hombres. Antes de volver a su Cuartel General, deja establecido en la misma altura un puesto de observación, ligado por el telégrafo con Ahualulco, para que le rinda partes cada dos horas.

El 26 todo el Cuerpo de Ejército queda concentrado en Ahualulco, inclusive los dragones del coronel Trujillo. El enemigo se ocupa de reparar la vía; su grueso permanece inactivo; patrullas de caballería incursionan sobre la propia vía férrea y por el camino que une la Hacienda de El Refugio con Ahualulco, el cual pasa por las faldas de la Sierra de Tequila y por Teuchitlán. En la citada hacienda, la caballería del general Blanco toma contacto con las patrullas federales.

El general Obregón aprovecha el tiempo para completar su estudio del terreno y dictar órdenes a los jefes revolucionarios de Jalisco para que se incorporen al Cuerpo de Ejército o bien para que orienten sus fuerzas hacia Guadalajara, a fin de que concurran al ataque de esta plaza, considerado inminente.

Amanece el día 27. Los federales siguen quietos. El general Obregón, invitado por las ventajas que el terreno le ofrece, decide esperar el ataque de su adversario sobre una posición apoyada en Teuchitlán, por el Norte, y el Cerro de Santa Cruz, hacia el Sur, incluyendo Mesa Grande y la vía férrea en el Centro; el trazado de la línea principal de resistencia es francamente convexo hacia el enemigo; en ella se establecen las Divisiones Cabral, Hill y Diéguez, cubriendo, respectivamente, los sectores Teuchitlán, Mesa Grande-vía férrea, y de ésta a Cerro Santa Cruz; la División de Caballería se instala en las faldas de la Sierra de Ameca, frente a La Vega, lista para atacar por la retaguardia cuando el enemigo se empeñe de frente. En rigor, se trata de una emboscada, pues todos los preparativos se ejecutan sin que los huertistas adviertan el menor indicio. El coronel Trujillo, con su Regimiento, provocará a los federales, atrayéndolos hacia la posición (véase el croquis 12).




Croquis 12. Batalla de Orendáin. Plan preparado por el general Obregón.

El 28, cuando el plan del general en jefe debía ponerse en marcha, se observa al enemigo replegarse con inusitada agilidad sobre Orendáin. Este movimiento fue provocado por un error del general Medina, quien obrando de propia iniciativa apareció sobre la retaguardia de la columna federal quemando un pequeño puente del ferrocarril. El general Bernard, comandante de las fuerzas contrarias, tardo en la ofensiva, se muestra muy diligente al sentir cortada su línea de operaciones. En Orendáin, una vez reparado el puentecito, los federales vuelven a su habitual pereza, acampando formalmente.

La situación general es apremiante; el general Obregón la estudia con certero juicio y establece las conclusiones siguientes:

*a)* En Guadalajara deben hallarse unos 8 000 hombres, que sumados a los 8 000 acampados en la región de Orendáin, hacen los 16 000 soldados que componían su guarnición original;

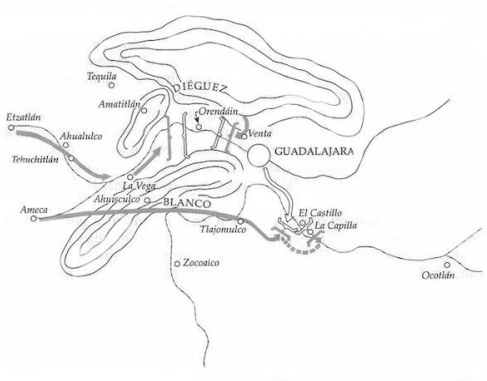
*b)* la distancia entre Guadalajara y Orendáin es de unos 40 kilómetros, que pueden recorrerse por ferrocarril en dos horas;

*c)* además, Huerta puede mandar refuerzos al Estado de Jalisco, ahora que el general Villa dejó Zacatecas para retirarse hacia el Norte en abierta rebeldía contra el Primer Jefe;
*d)* en estas condiciones, el tiempo juega raudo en contra del mando revolucionario.

Las decisiones del general Obregón, en casos semejantes, fueron siempre iguales: *atacar*. Las batallas de Orendáin y El Castillo miden tanto sus grandes aptitudes estratégicas y tácticas como su ímpetu bravío de guerrero innato.

Su idea de maniobra estratégica es muy simple: *atacar al enemigo de Orendáin, amagando simultáneamente la plaza de Guadalajara por el Sur*. Se propone, pues, batir al adversario en detalle, aniquilando primero al de Orendáin; para impedir que la guarnición de Guadalajara intervenga en la primera batalla, se ejecutará una acción diversiva hacia el lado opuesto.

Las operaciones sobre Guadalajara son encomendadas a la División de Caballería, que ha recibido órdenes de concentrar su grueso en Ameca. A esta gran unidad se le restan la Brigada Buelna y el 2.º Regimiento (Trujillo) para emplearlos en el ataque a Orendáin. El general Blanco marchará el día 1.º de julio en dirección de Tlajomulco hasta alcanzar, precisamente al amanecer del 6, la vía del ferrocarril México-Guadalajara entre las estaciones de El Castillo y Ea Capilla, hará destrucciones a la vía y avanzará desde luego sobre Guadalajara. Los movimientos se efectuarán de noche para garantizar la sorpresa (véase el croquis 13).




Croquis 13. Batalla de Orendáin, 6 de julio de 1914.

Para el ataque a Orendáin se ordena a la División Diéguez, reforzada con el 2.º Regimiento de Caballería, que ejecutando un amplio movimiento envolvente por el Norte, caiga sobre la retaguardia del enemigo, también al amanecer del día 6, en Estación La Venta; ocupado este lugar, destruirá la vía y atacará Orendáin de Este a Oeste. El resto del Cuerpo de Ejército, bajo el mando directo del general en jefe atacará por el Oeste. En esta idea de maniobra se halla implícita la intención de obligar al adversario a pelear con frente invertido, para lo cual bastará diferir pocas horas el empeño por el Oeste.

Las órdenes comenzaron a ejecutarse el día 1.º de julio y mientras las dos masas de maniobra realizan sus desplazamientos, el comandante en jefe estrecha la vigilancia de las fuerzas

enemigas, comprobando de manera invariable que siguen impasibles su vida de campamento, dando la apariencia de ignorar lo que ocurría en sus alrededores.

El general Diéguez, bordeando por el Oriente la Sierra de Tequila, llega a Amatlán el día 4; aquí se le incorpora el general Medina con sus tropas. El 5 prosigue por Plan de Barrancas y en la madrugada del 6 ocupa el Cerro de La Venta, toma la estación y da frente al Oeste.

Sensibles a cualquier amenaza de su retaguardia, los federales se empeñan en fuerza sobre la División Diéguez, liberándose muy reñidos combates. El grueso del Cuerpo de Ejército, retardado en su marcha por una fuerte y prolongada lluvia, inicia su ataque por el Occidente hasta la medianoche del 6. Se lucha encarnizadamente. Con el apoyo de la artillería, los constitucionalistas desalojan al enemigo de los puntos dominantes del terreno y bombardean sus trenes, en los cuales, inexplicablemente, habían permanecido aún buena parte de sus efectivos. A las 10:00 del 7 el ejército expedicionario de Bernard huía en desbandada.

El general Obregón dicta órdenes para emprender la persecución, pero inmediatamente las cancela, disponiendo que todas sus tropas avancen sobre Guadalajara para adelantarse a los fugitivos que buscarán, sin duda, un refugio en dicha plaza. Forzando la marcha, la vanguardia del Cuerpo de Ejército llega al anochecer a Zapopan, pero se le ordena retroceder a Pueblitos en donde acampan cubriendo los caminos de Orendáin a Guadalajara. Este proceder da resultados excelentes, pues durante la noche son capturados tantos dispersos del adversario, que al amanecer del día 8 algunos batallones habían atrapado más prisioneros que sus propios efectivos.

A primera hora del 8 se reanuda el avance sobre Guadalajara. Apenas iniciada la marcha, el general Obregón es informado de que la plaza había sido evacuada por los federales en el curso de la noche. Ordena entonces acelerar el movimiento para ir en auxilio del general Blanco si fuere necesario. Mas no fue preciso tal auxilio, porque la División de Caballería batió al general Mier en la Hacienda de El Castillo, causándole un descalabro tan definitivo que el mismo Mier pagó con la vida su ineptitud e indolencia.

En tres días los huertistas sufrieron más de 8 000 bajas, dejando en poder de los revolucionarios 26 piezas de artillería, más de 5 000 fusiles, municiones y ganado; además, 18 trenes con 40 locomotoras.

Dueño del Estado de Jalisco, el general Obregón tiene como principal objetivo la ciudad de México. Pero no puede continuar hacia el Sur dejando a sus espaldas los 2 000 federales que guarnecen la plaza de Colima y el Puerto de Manzanillo, máxime cuando esos efectivos pueden ser duplicados, como pronto se vio, si el enemigo retira sus tropas de Guaymas o de Mazatlán. Decide, por tanto, marchar sobre Colima, sin desatender los preparativos de su avance al interior.

Al efecto organiza dos agrupamientos: uno al mando del general Hill, formado con su División y los Regimientos de Caballería Sosa y Acosta de la División Blanco, para proteger a los trabajadores que han iniciado las reparaciones del ferrocarril Guadalajara-México; el otro, bajo el mando personal del general en jefe, constituido por la División Cabral, el 2.º Regimiento de Caballería (Trujillo) y algunos elementos más, que hacen un total de 2 000 soldados, irá a Colima.

Con sus fuerzas transportadas por ferrocarril, el general Obregón llega el 17 de julio a Zapotiltic; a su arribo se le informa que las avanzadas huertistas se hallan a unos 10 kilómetros, en las inmediaciones de Tuxpan y que al replegarse destruirán los grandes puentes que existen al sur de Tuxpan. Valorando las serias consecuencias que esas destrucciones originarían desde los puntos de vista operativo y económico, resuelve dejar los trenes, devolviéndolos a Zapotlán, y continuar su desplazamiento por tierra. El mismo día 17 llega a Platanar, pasando las enormes barrancas de Beltrán, Atenquique y El Muerto, en las faldas del Volcán de Colima. Al siguiente día, la columna expedicionaria alcanza Tonila.

En Tonila, restablecida la línea telegráfica con Guadalajara, llegan al Cuartel General noticias muy importantes: la primera hace saber que el Puerto de Guaymas había sido evacuado el día anterior y sus defensores embarcados en transportes marítimos, navegan rumbo al Sur; la segunda viene de Mazatlán, de donde el general Iturbe informa que el mismo día 17 habían hecho escala en aquel puerto algunos barcos procedentes de Guaymas, los que continuaron hacia Manzanillo.

Las previsiones se estaban realizando. En breve los federales tendrían aplastante superioridad numérica sobre la columna del general Obregón. Ganar en tiempo al enemigo era el desiderátum.

En consecuencia, al amanecer del día 18, forzando la marcha, los revolucionarios continúan su avance. A la vanguardia va el coronel Trujillo con su Regimiento; adelantándose valientemente, sorprenden a la guarnición de Colima en los momentos de embarcarse para huir a Manzanillo. Tras ligero combate, los huertistas (unos 1 800 hombres) se dispersan dejando numerosos prisioneros, armas y municiones en poder del atacante.

Ocupada la plaza de Colima, el general Obregón continúa sin demora sobre Manzanillo. En dos trenes lleva unos 500 hombres con dos cañones de 80 mm traídos urgentemente de Guadalajara. Sus intenciones son atacar al puerto antes de que los federales (unos 6 000 hombres con 30 piezas de artillería) procedentes de Guaymas, al mando del general Téllez, desembarquen.

La tarde del 20 de julio, en las proximidades de Estación Campos, la vanguardia revolucionaria captura 40 soldados de la guarnición de Manzanillo, quienes informan que la División Téllez (a la cual dicen pertenecer) había comenzado a desembarcar desde la mañana de ese día.

El general Obregón se comunica telefónicamente con el general Calero, a la sazón jefe de Estado Mayor de Téllez, para intimarle rendición. Calero responde que no tiene facultades para resolver, que el general Téllez arribará esa misma noche.

El primer impulso del general en jefe es atacar el puerto, pero renuncia de su propósito en vista de la superioridad numérica que sin duda tiene ya el enemigo a esas horas. Resuelve entonces cogerse al terreno sobre una posición que le permita cerrar la única salida existente de Manzanillo hacia Estación Campos.

Transcurren así los días 21 y 22. El 23 Obregón pide la plaza a Téllez, quien, como era de esperar, da una negativa cortante. Entonces ordena que la máquina exploradora, a cuyo frente va una plataforma que monta uno de los cañones de 80 mm avance hasta 2 500 metros del puerto y abra fuego sobre las defensas enemigas. La respuesta a tal provocación fue muy enérgica: tres

baterías federales contestaron simultáneamente. Tras eso siguió un ataque en fuerza sobre las posiciones revolucionarias, que resistieron con éxito rechazando al enemigo.

Mientras tenían lugar los últimos acontecimientos descritos, llegaban noticias del Primer Jefe comunicando que Huerta había dejado el poder y el país, sustituyéndolo el licenciado Carvajal.

El general en jefe, como lo hizo en Guaymas y después delante de Mazatlán, analiza la situación estratégica y táctica que le plantea el enemigo posesionado de Manzanillo.

Su estudio puede resumirse así:

*a)* Se sabe que Téllez tiene órdenes de continuar inmediatamente a la capital de la República;
*b)* estas órdenes no las puede cumplir internándose en Colima y Jalisco dominados por el Ejército Constitucionalista;
*c)* el único camino practicable para él es seguir por mar a Salina Cruz y de ahí continuar vía Istmo de Tehuantepec y Estado de Veracruz.

Por su parte, Obregón tiene las siguientes posibilidades:

*a)* Atacar Manzanillo con los medios disponibles, lo que califica de *disparatado*;
*b)* Traer de Guadalajara fuerzas en número suficiente (unos 7 000 hombres) para garantizar un éxito rápido; esto equivalía a diferir por tiempo imprevisible el avance, iniciado ya, sobre la ciudad de México, objetivo principal de la Revolución en esos momentos;
*c)* Lo conveniente es distraer y, si es posible, fijar a Téllez en Manzanillo y ganar la "carrera" hacia la capital del país.

Decide en consecuencia dejar bloqueada por tierra a la guarnición federal de Manzanillo y acelerar las operaciones hacia el Centro. La División Cabral recibe órdenes de cubrir el bloqueo del puerto.

A su paso por la ciudad de Colima, regresando de Manzanillo, el general en jefe expide el nombramiento de gobernador del Estado a favor del general Juan José Ríos. Por otra parte recibe noticias del cariz que ha tomado la situación política en Sonora. Maytorena está a punto de rebelarse. Alvarado parece apoyar tal actitud. Para restar elementos a los disidentes, Obregón ordena al general Alvarado destacar hacia el interior del país un mínimo de 2 000 hombres, con toda la artillería y reserva de municiones que tiene disponibles.

El día 26 de julio el general Obregón está nuevamente en Guadalajara; recibe aquí un parte del coronel Acosta informando haber tomado La Piedad, Michoacán, llegando hasta Pénjamo, Guanajuato, en la persecución del enemigo.

En la noche de este mismo día el licenciado Carvajal, Presidente Interino de la República, invita al general Obregón a una conferencia telegráfica. En ella Carvajal manifiesta sus intenciones de entregar el poder al mando revolucionario y sugiere la conveniencia de cesar las hostilidades y en general toda operación militar. El comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste indica al licenciado Carvajal, en respuesta, que el único facultado para conocer y resolver sobre sus proposiciones es el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, que en cuanto a las operaciones militares, lejos de suspenderlas, serían activadas.

Consecuente con sus propósitos, el general en jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste instala su Cuartel General de La Piedad el día 28. El 30 recibe parte del general Sosa comunicando la toma de Irapuato y la salida de la ciudad de Guanajuato del general huertista Rómulo Cuéllar,

gobernador y comandante militar del Estado, quien al frente de 1 600 hombres pretendía incorporarse a la ciudad de México.

Sosa y Acosta, ágiles y acometedores por temperamento, cortan el paso a Cuéllar causándole total descalabro en la Hacienda de Temascalco,

La toma de Irapuato y la derrota de Cuéllar dejan en manos de los constitucionalistas ocho trenes, un cañón, varias ametralladoras y buena cantidad de parque.

El 31 de julio el Cuartel General del Cuerpo de Ejército se traslada a Irapuato. Al llegar a esta plaza el general Obregón es informado de que el general Pablo González, comandante del Cuerpo de Ejército del Noreste, se halla en Querétaro. Sale a esta plaza con el fin de coordinar las actividades de las dos grandes unidades en su avance sobre la ciudad de México. El 1.º de agosto, después de un cambio de impresiones, ambos comandantes, Obregón y González, conferencian telegráficamente con el Primer Jefe.

Los acontecimientos se precipitarán a partir de esta fecha.

Las tropas del Cuerpo de Ejército del Noroeste aceleran sus movimientos en dirección de la capital. La caballería marcha por tierra, en tanto que la infantería y la artillería se desplazan por ferrocarril a medida que va siendo reparada la vía.

El 4 de agosto el general Obregón llega a San Juan del Río y el 8 establece su Cuartel General en Estación Salto, Hidalgo, a 60 kilómetros de la ciudad de México. De dicha estación dirige un mensaje al licenciado Carvajal conminándolo a definir su actitud, pues el ataque a la plaza es inminente y si hay resistencia debe comunicarse a los residentes extranjeros que abandonen la ciudad.

El día 9 la vanguardia constitucionalista, al mando del coronel Miguel M. Acosta, ocupa el pueblo de Teoloyucan, prácticamente en contacto con las avanzadas federales.

En el ínterin se han registrado nuevos e importantes acontecimientos en Sinaloa y Sonora. El general Iturbe ocupa ya el puerto de Mazatlán, tomado a sangre y fuego, destruyendo su guarnición. Maytorena, precisamente el día 9 de agosto, se declara en franca rebeldía contra el Ejército Constitucionalista, ordenando multitud de aprehensiones, entre otras la del general Alvarado, quien nunca obedeció las órdenes para destacar fuerzas de su mando al interior del país, ni siquiera la más apremiante para reforzar al general Iturbe cuando éste atacó Mazatlán.

El 12 de agosto es autorizado el general Obregón (que se halla en Teoloyucan desde el 10) por el Primer Jefe para tratar con el mando federal la rendición de la plaza de México.

Los tratados se firman en los puestos avanzados del Ejército Constitucionalista, cerca de Teoloyucan.

En aquel histórico documento se estipularon, además de las condiciones para ocupar la ciudad de México, los pormenores para desarmar y licenciar a todo el Ejército Federal, incluyendo la Armada. Se declaró también que a la entrada del Ejército Constitucionalista en la capital del país, el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, asumiría provisionalmente la Presidencia de la República.

Bajo estos auspicios el general Obregón, al frente de sus tropas, hizo su entrada en la capital el día 15 de agosto.

Al consumarse la derrota del Ejército Federal, el Cuerpo de Ejército del Noroeste tenía un efectivo aproximado de 25 000 hombres de las tres armas, contando las tropas de guarnición de los estados de Sonora, Sinaloa, Colima, Jalisco y Territorio de Tepic, y los 18 000 soldados que llegaron hasta la ciudad de México.

Por su parte, los federales tenían, sólo en la capital, 30 000 hombres, también de las tres armas.

Era lógico esperar que con la derrota y el licenciamiento del Ejército Federal, sostén de la usurpación huertista, los revolucionarios triunfantes asumieran el gobierno y volviera la paz en toda la nación. Pero nada de eso ocurrió. La irreconciliable disensión surgida entre el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y el comandante de la División del Norte desembocaría muy pronto en el choque armado, fragmentando las huestes revolucionarias en múltiples fracciones.
El 20 de agosto don Venustiano Carranza hace su entrada victoriosa en la ciudad de México. Pero las explosiones de júbilo se apagan con el sol de ese día. La situación en Sonora, estimulada abiertamente por Villa, y la actitud personal de éste eran tan agresivas y tensas, que al día siguiente (21 de agosto) hubo de salir el general Obregón hacia Chihuahua en procura de fórmulas conciliatorias con el objeto de detener la inminente catástrofe.

Las gestiones de Obregón en su primer viaje a Chihuahua y Sonora sólo alcanzan un éxito aparente y fugaz. Antes de que transcurrieran 15 días de haber firmado compromisos de buen entendimiento, Villa plantea nuevas y apremiantes exigencias. Con tal motivo, el 13 de septiembre sale otra vez a Chihuahua el general Obregón en arriesgado y supremo esfuerzo para intentar un avenimiento. La conducta voluble del general Villa, a merced de los encontrados intereses que gravitan en su entorno, imprime a las pláticas alternativas de optimismo y de tragedia.

Entretanto, el Primer Jefe, con su investidura de Encargado del Poder Ejecutivo, invita a todos los generales y gobernadores constitucionalistas para celebrar una Convención en la capital de la República.

Villa, que unos días antes había encapillado a Obregón para fusilarlo, resuelve ponerlo en libertad y decide también que todos sus generales asistan a la Convención. La tarde del mismo día 21 de septiembre en que son tomadas aquellas resoluciones, salen de Chihuahua los representantes de la División del Norte en compañía del general Obregón.

Antes de 24 horas Villa revoca las órdenes anteriores disponiendo el regreso de sus enviados juntamente con el general Obregón en calidad de prisionero. Al encontrarse de nuevo los dos cabecillas, Pancho Villa muestra a Obregón copia del mensaje que ese día (22 de noviembre) había dirigido al señor Carranza comunicándole que no se haría representar en la Convención y que, además, lo desconocía como Presidente de la República.

No podemos seguir en esta síntesis las emocionantes peripecias que vivió el caudillo sonorense antes de escapar de las trampas que le fueron tendidas para asesinarlo.

Villa inicia desde luego su avance hacia el Sur en plan ofensivo. Nuevas intervenciones del general Obregón, secundado por otros jefes revolucionarios que buscan todavía conjurar el

peligro, dan por resultado que la Convención adopte por sede la ciudad de Aguascalientes para dar oportunidad a los jefes de la División del Norte de participar en ella.

Los trabajos de la Convención de Aguascalientes se orientan casi exclusivamente a encontrar una solución al conflicto desencadenado por Villa. El resultado final se resume en el siguiente acuerdo: *cese del señor Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo de la nación; destitución del general Villa como jefe de la División del Norte y nombramiento de Presidente provisional de la República, por un periodo de 20 días, en favor del general Eulalio Gutiérrez.*

Al terminar sus trabajos la Convención de Aguascalientes, Villa tenía concentrado en esta ciudad y en la de Zacatecas al grueso de su División. Todas las determinaciones de la Convención se dictaron bajo la presión de aquellas fuerzas. Fue así como Eulalio Gutiérrez, lejos de cumplir fielmente con los acuerdos, designó a Villa jefe de operaciones militares y puso francamente baso su custodia al gobierno emanado de la asamblea. Esta conducta dio base al Primer Jefe para no acatar, por su parte, el mandato que en su oportunidad le fue comunicado.

Mientras los convencionistas discuten en Aguascalientes, Maytorena inicia sus ataques a los puertos fronterizos de Agua Prieta y Naco, defendidos por los generales Hill y Calles. Muy inferiores en número, los constitucionalistas acaban por encerrarse en la plaza de Naco, defendiéndola bizarramente en un sitio que duró más de tres meses.

Con singular franqueza reconoce el general Obregón que fue un grave error político aceptar a Villa en la Convención, después de que el comandante de la División del Norte había desconocido públicamente al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Lo conveniente habría sido batirlo de inmediato. Ahora lo vemos enfrentarse al señor Carranza con sus fuerzas reunidas al sur de Zacatecas, aliado estrechamente con el Ejército Libertador de Zapata y reforzado por innumerables fracciones desertoras del constitucionalismo y, lo que es más importante, investido con la personalidad legal que el gobierno convencionista le ha conferido.

Sería interminable la enumeración de los jefes que al mando de tropas más o menos importantes abandonaron por aquellos días al señor

Carranza para sumarse al villismo. El más destacado de los disidentes fue Lucio Blanco, hasta entonces comandante de la División de Caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Con el general Blanco pasan al bando contrario Cabral, Buelna, Sosa, Trujillo y Julián C. Medina.

Conocidas oportunamente las intenciones del general Lucio Blanco, es sustituido en el mando por el general Miguel M. Acosta.

Villa, cumpliendo las órdenes de Eulalio Gutiérrez, avanza con todas sus fuerzas sobre la ciudad de México.

En tales circunstancias, don Venustiano Carranza decide retirarse hacia el Sur, estableciendo su gobierno en el Puerto de Veracruz. La evacuación de la capital tiene lugar los días 18, 19 y 20 de noviembre.

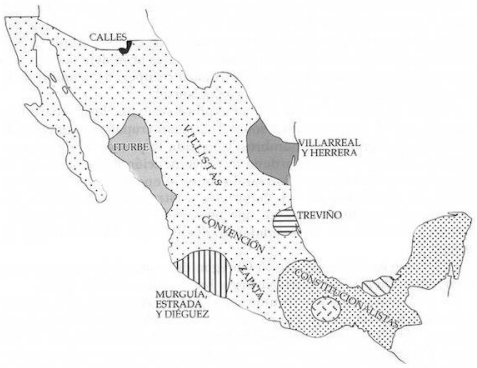
Los norteamericanos ocupan todavía Veracruz, pero abandonan la plaza y el territorio nacional el 23 del citado mes de noviembre.

El Primer Jefe, acompañado del general Obregón, llega al puerto el día 26 instalándose en el edificio de Faros.

Desde esta fecha hasta mediados de diciembre el mando constitucionalista se ocupa en reorganizar sus tropas y planear una contraofensiva general.

El 13 de diciembre el señor Carranza designa al general Obregón jefe de las operaciones para batir a Villa, asignándole como primer objetivo la recuperación de la plaza de México.

Difícil tarea resulta bosquejar el panorama general que ofrecía el país por aquellos días. Los ejércitos beligerantes, fragmentados sobre toda la extensión del suelo patrio, sin estabilidad orgánica por las constantes defecciones, con tropas de inusitada movilidad, presentan al estudioso una inextricable confusión. No obstante, desde el punto de vista geográfico pueden advertirse varios teatros de operaciones. El principal de éstos lo encontramos en el Centro, con su frente de combate en Puebla; otros secundarios se localizan, respectivamente, en Jalisco, Tepic, Sinaloa, Sonora y Baja California; otros más aparecerán bien pronto en el Noreste (Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y San Luis Potosí) y en Yucatán y el Istmo de Tehuantepec (véase el croquis 14).




Croquis 14. Situación de los beligerantes al iniciarse las hostilidades.

En el Centro los constitucionalistas cuentan solamente con los restos del Cuerpo de Ejército del Noroeste situados en puntos importantes de las vías férreas entre las plazas de Veracruz y Puebla. El Cuerpo de Ejército del Noreste (general Pablo González), en sus encuentros con la División del Norte, al retirarse de Querétaro hacia Pachuca, quedó prácticamente desintegrado; algunas fracciones tomaron rumbo a Tuxpan y Tampico; otras se pasaron al enemigo.

El gobierno de la Convención acordó que el Ejército Libertador del Sur se hiciera cargo de la campaña contra las fuerzas constitucionalistas que operaban en los estados de Puebla, Veracruz y Oaxaca, es decir, en el teatro de operaciones del Centro, ordenando a la vez que el general Villa condujera la campaña en el Occidente, el Noroeste y el Noreste.

Esta absurda dispersión de fuerzas, nacida de un obtuso criterio de jurisdicción localista reclamado por Zapata, fue la tabla de salvación del constitucionalismo. Sumábase a la dispersión de las fuerzas la muy inferior calidad de los jefes y de las tropas zapatistas que iban a enfrentarse nada menos que con las aguerridas legiones del general Obregón, mandadas por él mismo.

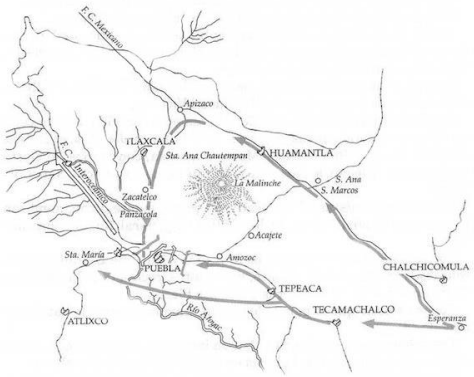
Hacia el 14 de diciembre la situación en la ciudad de Puebla se había hecho insostenible para los constitucionalistas. El general Alvarado, no obstante sus 10 000 soldados, perdía terreno ante la abrumadora superioridad numérica del atacante.

El día 15 sale el general Obregón de Veracruz rumbo a Puebla para tomar personalmente la dirección de las operaciones. Al llegar a Esperanza es informado de la evacuación de Puebla. Sigue a San Marcos, en donde encuentra los primeros trenes procedentes de la plaza evacuada. ¡Ominosos preliminares para recuperar la capital de la República y enfrentarse al Centauro del Norte!

Pero el triunfador de Puebla no explota su éxito. Transcurre una semana antes de que mueva sobre Tehuacán tropas con efectivo de aproximadamente 5 000 hombres. Conocida la presencia de esta columna, el general en jefe ordena la concentración de sus fuerzas en Esperanza y San Marcos, lanzando sobre el enemigo, en primer escalón, la caballería de los generales Castro, Coss, Sánchez, Rojas, Maycote y Alejo González, que presentan batalla a los zapatistas en Tecamachalco arrojándolos en desbandada hacia su lugar de origen.

Ágil como siempre, el general Obregón dicta sus órdenes para marchar sobre Puebla haciendo converger hacia allá todas sus tropas.

Su idea de maniobra se resume así: *el general Alvarado, al mando de toda la caballería, atacará la plaza por el Este, viniendo de Tepeaca por Amozoc; la infantería y artillería, descendiendo del Norte, por Santa Ana, Tlaxcala, Zactelco y Panzacola, llevará su ataque en dirección general Noroeste, bajo las órdenes directas del general en jefe* (véase el croquis 15).




Croquis 15. Toma de Puebla, 5 de enero de 1915.

Para dar seguridad al dispositivo de ataque, se ordena al general Alvarado que mande 2 000 dragones a cortar la vía férrea entre Atlixco y Estación Santa María, y al general Novoa que

marche de Huamantla, por las estribaciones de La Malinche, con la misión de destruir la vía del Ferrocarril Mexicano al sur de Estación Santa Ana.

La maniobra para librar la batalla de Puebla es atrevida, ya que se interpone entre los dos agrupamientos la cortina infranqueable del volcán de La Malinche. Frente a un enemigo bien mandado y combativo, los riesgos habrían sido enormes, máxime cuando existía la posibilidad inminente de que los zapatistas fueran reforzados con tropas procedentes de la ciudad de México, transportadas por el Ferrocarril Interoceánico. Este peligro subsistió durante cinco días.

Las columnas de ataque libraron combates diariamente a lo largo de sus itinerarios, venciendo las resistencias escalonadas del enemigo.

De acuerdo con el plan general, la batalla fue iniciada por el agrupamiento de caballería a las 05:00 del día 5 de enero de 1915, en tanto que la infantería entró en acción a las 08:00 del mismo día.

Defendían la plaza unos 15 000 zapatistas, los cuales, después de una resistencia que no correspondió al valor de sus efectivos, abandonaron la ciudad en completa dispersión.

Ocupada la plaza de Puebla es designado gobernador de la Entidad el general Coss, a quien se le deja su División de Caballería para el control territorial y, fundamentalmente, para mantener expedita la línea de operaciones hacia Veracruz.

Por esta época las actividades militares en los demás teatros de operaciones habían adquirido inesperada importancia y desarrollo.

El pacto firmado por Calles y Maytorena pone término al sitio de Naco; pero los contendientes sólo cambian el estilo de lucha al recuperar su libertad de acción. El gobierno convencionista destaca al general Cabral con 3 000 dragones para reforzar a los maytorenistas.

Los indios mayos y Felipe Riveros han reanudado su hostigamiento a las fuerzas del general Iturbe en Sinaloa.

Buelna opera nuevamente, con su habitual agresividad, en Tepic.

Villa ha tomado Guadalajara derrotando al general Diéguez.

Felipe Ángeles ocupa victoriosamente Saltillo después de batir en General Cepeda a Villarreal y Maclovio Herrera. Tres días después los derrota nuevamente en Ramos Arizpe.

Fuerzas villistas al mando de los generales Luis Caballero y Alberto Carrera Torres ocupan la plaza de Ciudad Victoria.

Eulalio Gutiérrez, rompiendo definitivamente con Villa, deja la capital del país en unión de los generales Lucio Blanco, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides y Mateo Almanza, con tropas de cierta importancia. Llegan a Pachuca y de ahí siguen rumbo a San Luis Potosí.

Los convencionistas, el general Villa propiamente dicho, nombran Presidente Provisional de la República al general Roque González Garza.

Por estas fechas, los generales Murguía y Enrique Estrada logran reunirse con Diéguez en Jalisco, y ya juntos, recuperan Guadalajara derrotando a Calixto Contreras y Rodolfo Fierro.

Podemos decir que el país todo era un inmenso campo de batalla en aquellos días.

Los gobiernos convencionistas fueron incapaces de conducir, lo mismo política que militarmente, la lucha en contra del constitucionalismo.

El general Villa, designado comandante en jefe de las tropas convencionistas, no ejercía ningún control sobre el Ejército Libertador del Sur, y en cuanto a sus propias fuerzas, las dispersó en múltiples direcciones para proteger su línea de aprovisionamientos que se extendía desde Ciudad Juárez hasta el Distrito Federal. Fue por ello que organizó un ejército a las órdenes del general Ángeles destinado a operar en los estados de Coahuila, Nuevo León y el norte de Tamaulipas; formó otro ejército al mando del general Tomás Urbina para dominar el Estado de San Luis Potosí y el sur de Tamaulipas (teniendo como objetivo final el Puerto de Tampico); y creó un agrupamiento más en el Estado de Jalisco integrado con tropas de Calixto Contreras, Rodolfo Fierro y Julián C. Medina. Son los centros de comunicaciones en Torreón, Aguascalientes e Irapuato, los puntos más sensibles de la estrategia villista.

Pocos días se detiene el general Obregón en Puebla. El 19 de enero la vanguardia de su ejército, después de ligero combate, ocupa el pueblo y Estación de Apam. El 22 llega el propio general en jefe al lugar mencionado. Sosteniendo encuentros de poca importancia en Irolo y en los cerros de Jaltepec y Las Flores, hace su entrada en la ciudad de México, evacuada por villistas y zapatistas.

Al arribo de las tropas constitucionalistas hallan en la capital un ambiente de franca hostilidad. Las llamadas clases privilegiadas, el clero, los comerciantes en grande, los banqueros, los industriales y ciertos grupos de extranjeros, arraigados profundamente en los moldes de la dictadura porfiriana, oponen resistencia sistemática a todas las disposiciones del gobierno y del mando militar constitucionalistas. El clero hace propaganda subversiva públicamente; los comerciantes eluden pagar impuestos, ocultan los productos de primera necesidad, elevan los precios y cierran sus tiendas; los banqueros siembran desconfianza hacia el papel moneda; los extranjeros crean problemas internacionales y, todos juntos, difunden inquietud y alarmismo, inventando las más descabelladas versiones cuyos efectos resultan desquiciantes para el nuevo régimen. Las primeras víctimas de tales actividades fueron la clase media y el proletariado. Y a tal extremo llegaron las cosas, que el general Obregón se vio precisado a dictar medidas radicales, como el encarcelamiento colectivo de clérigos y comerciantes.

Paralelamente al fustigamiento en el interior, el ejército de operaciones se enfrentó al acoso permanente de las tropas zapatistas que se mantuvieron en los aledaños del Distrito Federal, atacando por todas direcciones. Estas fuerzas, sin cohesión orgánica ni plan de conjunto, por carecer de mando unitario, llegaron a sumar hasta 20 000 hombres.

Dos meses transcurrieron en tales condiciones. La ocupación militar de la capital no constituía ningún objetivo estratégico y desde el punto de vista político resultaba endiabladamente complicada. Por ello, sin duda, el Primer Jefe ordenó al general Obregón, a principios de marzo, que abandonara la plaza concentrando su ejército en la región de Ometusco, previa destrucción de las vías del Central y del Nacional desde Querétaro hacia el Sur.

Pero aquellas órdenes no encajaban en el temperamento y el criterio del general en jefe. De ahí que sometiera de inmediato a la consideración del Presidente Carranza su propósito de tomar la ofensiva en contra del núcleo central de las fuerzas villistas, mandadas por el mismo general Villa. En vez de retroceder, Obregón quiere marchar hacia el Norte, al encuentro del enemigo.

La certera visión estratégica del general Obregón, en aquella hora en que la terrible División del Norte (esa denominación de las fuerzas villistas, que propiamente comprendían, a principios de 1915, varios Cuerpos de Ejército, continúa usándose históricamente porque el señor Carranza nunca quiso elevar la categoría de aquellas fuerzas para restar personalidad a su comandante, el general Villa) se halla fragmentada en varios teatros de operaciones, con su base de aprovisionamiento a más de 1 500 kilómetros de los probables campos de batalla, fue aquilatada por el Primer Jefe, aprobándola.

El general Obregón había previsto con largueza, no obstante hallarse en el campo de agramante capitalino, la necesidad de llevar la campaña al centro y norte del país, y con ello, la urgencia de mantener expedita su línea de operaciones hacia el Puerto de Veracruz, base única de sus aprovisionamientos en armas y municiones. Por tanto, desde los primeros días de febrero ordenó que fuera restituido el tramo de ferrocarril entre Pachuca y Ometusco, para ligar Querétaro con Tula y éstos con el resto del sistema por Pachuca, Ometusco y Apizaco, dada la evidencia de que las demás vías férreas, que pasando por la capital van hacia el Sur, pronto caerían en manos de los zapatistas al abandonar los constitucionalistas aquella ciudad. Ordenó también que el general Maycotte con su Brigada de Caballería ocupara la plaza de Pachuca, operación que fue consumada desde el 10 de febrero.

Cuando llegó la hora de evacuar la plaza de México para avanzar hacia el Norte, las reparaciones de las vías férreas estaban concluidas y las fuertes guarniciones de Pachuca y Puebla daban seguridad a la ruta de Veracruz.

En los primeros días del mes de marzo sale de la capital un agrupamiento de tropas de infantería constituido por el 1.er Batallón de Sonora al mando del coronel Eugenio Martínez, y el 21.º Batallón a las órdenes del mayor Manuel J. Sorbazo. Estas unidades llevan por misión ocupar, respectivamente, las estaciones ferrocarrileras de San Juan del Río y Huichapan. En el trayecto, antes de llegar a San Juan del Río, se presenta al coronel Martínez el general Gonzalo Novoa, quien había escapado con unos 250 dragones de la derrota que los villistas infligieron a los convencionistas de Eulalio Gutiérrez al sur de San Felipe Torres Mochas. El general en jefe ordena que Novoa se sitúe con sus fuerzas en las estaciones de Tula y Nopala.

El 7 de marzo, encontrándose el coronel Martínez en Estación Peón, es atacado por un fuerte agrupamiento de tropas villistas al mando de los generales Agustín Estrada, Canuto Reyes, Joaquín de la Peña y otros más, que se replegaban hacia la plaza de Querétaro cumpliendo órdenes del general Villa. El combate fue muy reñido y terminó hasta entrada la noche. El general Obregón hizo intervenir en auxilio del coronel Martínez a Novoa y Sobarzo, resolviéndose el encuentro a favor de los constitucionalistas. El resultado de los combates de Peón, preocupó seriamente al general en jefe, pues si hubiera sido negativo habría entorpecido el desarrollo de su plan general de operaciones.

Con la madrugada del 11 de marzo el general Obregón evacúa la capital del país. La infantería aborda en Tlalnepantla los trenes que la llevarán ese mismo día hasta la Estación de Tula. Toda la caballería, mandada por el general Cesáreo Castro, marcha por tierra rumbo a Toluca; antes de incorporarse en Tula efectuará destrucciones en las vías de ferrocarril entre México y Toluca, y entre Toluca e Ixtlahuaca. La Brigada del general Gavira se dirige a

Ometusco, en donde, posteriormente, dejará una guarnición, para seguir con su grueso al Ejército de Operaciones.

El enemigo tuvo conocimiento de los preparativos de evacuación; sin embargo, nada importante realizó para hostilizar a su adversario en esos momentos tan difíciles para él.

En la tarde del mismo día 11 llega el general Obregón a Tula. Acto seguido dispone que los trenes de la artillería, concentrados originalmente en Pachuca, se muevan hacia Tula y que el general Maycotte marche con su Brigada de Caballería a Polotitlán y Cazadero para constituirse en vanguardia de la columna al proseguir el movimiento sobre Querétaro y Celaya.

El mal estado de la vía entre Pachuca y Tula retarda la incorporación de la artillería. El general Castro, con su División, termina de concentrarse hasta el día 13.

Consumados los preparativos para marchar hacia el Norte, el grueso del Ejército de Operaciones alcanza Estación Cazadero el 21 de marzo. En este lugar se incorpora con sus fuerzas el general Elizondo, que operaba en el Estado de Michoacán. De allá vendrá también el general Joaquín Amaro, tan luego como termine de reunir sus tropas.

Rechazando con la sola intervención de la vanguardia a las tropas villistas que van retirándose a lo largo de la vía férrea, el grueso del Ejército de Operaciones ocupa Querétaro el 1.º de abril.

Tres días antes, el general Hill había sido nombrado segundo en jefe del Ejército de Operaciones y comandante de toda la infantería.

Estamos en vísperas de las grandes batallas que decidirán no solamente el destino del constitucionalismo, sino también la suerte de la Revolución.

La persecución de Santibáñez en el Istmo y el sometimiento de Ortiz Argumedo y Sosa Torres en Yucatán han distraído elementos de guerra hacia aquellos rumbos. Los zapatistas, dueños de la capital, incursionan frecuentemente sobre la línea de operaciones al sur de Pachuca.

Gertrudis Sánchez fue barrido de Michoacán. En Jalisco alternan derrotas y victorias los dos bandos contendientes; en la batalla de Tuxpan, última de la serie, Diéguez aniquila a los villistas, pero él también queda en muy precarias condiciones operativas. En el Noreste la lucha prosigue encarnizada. Villa personalmente ha tomado el mando de la campaña, bastándole pocos días para reducir a fracciones sin importancia, que se refugian en Piedras Negras, Nuevo Laredo y Matamoros; a las tropas de Antonio Villarreal, Maclovio Herrera, Luis Gutiérrez y José Santos. Pablo González, huyendo hacia el Sur, pide al señor Carranza que le permita embarcar con destino a Veracruz lo que le queda de infantería, pues la desmoralización de sus tropas es muy grande; y también solicita permiso para fraccionar en guerrillas los restos de su caballería. Únicamente el general Jacinto B. Treviño se mantiene firme en El Ébano, cuyas posiciones organizadas han resistido los ataques de Tomás Urbina y Manuel Chao.

Tal era el panorama general cuando Villa tiene conocimiento del avance de Obregón al norte de San Juan del Río.

El 4 de abril, fecha de la ocupación de Celaya por el Ejército de Operaciones constitucionalista, hace su arribo a Irapuato el general Villa, procedente de Torreón, plaza desde la cual ha transportado las fuerzas que presentarán batalla a su adversario.

En el análisis de la situación realizado por el general Villa en su Cuartel General de Irapuato, concluye que al retirar del Noreste las tropas que está concentrando en Salamanca, se ha llegado a un equilibrio de fuerzas en todos los teatros de operaciones y que, por tanto, en ninguno de ellos podrá obtenerse una decisión inmediata. Sólo él, atacando a Obregón donde lo encuentre, puede romper ese equilibrio, quedando luego en aptitud de consumar una gran maniobra por líneas interiores y aniquilar a su enemigo en cuatro o cinco batallas sucesivas. Villa teme ser fijado él también, de ahí que no espere ni la llegada de nuevos envíos de municiones y ni siquiera el cumplimiento de las órdenes de concentración dictadas a los generales Prieto, Ruiz, Moya y López, que operan en Michoacán. Impaciente y recrecido por sus últimos éxitos alcanzados en el Noreste, se lanzará como avalancha sobre Celaya.
El general Obregón prosigue su marcha de Querétaro y ocupa Celaya el 4 de abril con el grueso de su ejército, fortalecido con 11 000 hombres, 86 ametralladoras y 13 piezas de artillería. De los 11 000 hombres, 6 000 son de caballería.

Celaya es la puerta sureste del Bajío guanajuatense; en los linderos de la ciudad se cruzan dos grandes troncales ferrocarrileras que la unen con Irapuato y Querétaro la una y con San Luis Potosí, Dolores Hidalgo y Acámbaro, la otra; en este último lugar confluyen las vías férreas que vienen de Toluca y de Morelia.

Recordemos que al arribar el Ejército de Operaciones a Celaya, operaban fuerzas villistas importantes en Michoacán y en San Luis Potosí, además de las concentradas ya en Irapuato y Salamanca, mandadas personalmente por el general Villa.

En consecuencia, para internarse en el Bajío, el general Obregón hubo de protegerse previamente de cualquier incursión enemiga sobre su retaguardia. Además, el general en jefe, carente de información sobre las verdaderas intenciones de Villa, cree firmemente que la primera batalla se librará en Irapuato. Por estas razones destaca en Apaseo el Alto dos fuertes columnas de caballería; una hacia el Sur, sobre Acámbaro, formada por 2 000 jinetes mandados por los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, y la otra hacia el Norte, sobre Dolores Hidalgo, con 1 500 dragones al mando de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa. Los dos agrupamientos llevan por misión destruir las vías más allá de los puntos de destino que se les ha señalado. Desde luego que además de sus misiones inmediatas, constituyen importantes destacamentos de seguridad en los flancos del Ejército de Operaciones y, a la vez, dos masas potenciales de maniobra.

La vanguardia del Ejército de Operaciones, Brigada de Caballería Maycotte, continúa el día 4 hasta El Guaje, situado a unos 18 kilómetros al oeste de Celaya. El día 5 el general Obregón recibe informes de que Villa avanza de Irapuato rumbo a Salamanca y El Guaje. (De hecho las tropas villistas se han concentrado desde el día anterior en Salamanca y el 5 son revistadas en esa misma plaza por su comandante en jefe.) El primer paso que da el caudillo sonorense es practicar un reconocimiento del terreno que bordea la plaza de Celaya, ordenando al mismo tiempo al general Maycotte que rinda parte de novedades cada cuatro horas y que, si es atacado en fuerza por el enemigo, no se deje fijar, replegándose sobre Celaya.

A primera hora del día 6 Villa inicia su avance partiendo de la región de Salamanca en tres columnas de marcha: una por el Norte, sale de Cerro Gordo; otra por el Centro, siguiendo el camino paralelo a la vía férrea; y la tercera va por el Sur, partiendo de La Cal. Las dos columnas exteriores son de caballería, mandadas por Agustín Estrada la del Norte y Abel Serratos la del Sur. En el centro marchaban las brigadas de infantería de José Herón González, Dionisio Triana, Bracamontes y San Román, seguidas por la artillería. Posiblemente la División del Norte encuadrara en esta fecha unos 20 000 hombres con 22 piezas de artillería. En materia de efectivos los datos son siempre vagos e incontrolados en los dos bandos contendientes.

Ninguna de las batallas libradas por el general Obregón tuvieron su fase inicial más infortunada que esta primera de Celaya. Ha sido ya víctima de una sorpresa estratégica al aceptar que el encuentro ocurriría más delante, en Irapuato; idea que lo llevó a dispersar su caballería a varias jornadas hacia sus flancos. Lo veremos ahora sorprendido tácticamente por la destrucción de su vanguardia (la cual, ciertamente, llámesele vanguardia o destacamento de seguridad avanzado, fue instalada a una distancia fuera de lo normal, por exceso) que lo obliga a comprometer efectivos importantes para tratar de salvarla, distrayéndose él mismo en esta operación, con detrimento de los preparativos para empeñar la batalla formal.

En la mañana del día 6, cuando los villistas marchan sobre Celaya, el comandante de las fuerzas de seguridad avanzadas, general Maycotte, se encuentra precisamente en Celaya tratando asuntos del servicio; es ahí donde recibe la noticia de que se está combatiendo seriamente en El Guaje. Sale para allá en el mismo automóvil en que había venido y a su arribo informa que está siendo cercado por el enemigo en El Guaje y que el resto de sus tropas se bate en retirada.

Desde el primer aviso, el general Obregón ordenó que se alistara un tren para embarcar 1 500 hombres a las órdenes del general Laveaga a fin de ocurrir en auxilio de Maycotte; dispuso al mismo tiempo que saliera, con igual objeto, el general Triana al mando de la caballería de su Brigada más los tres regimientos de la Brigada Antúnez,

Al llegar el parte del general Maycotte indicando la gravedad de la situación, el general en jefe resolvió ir personalmente, dejando a Laveaga en Celaya.

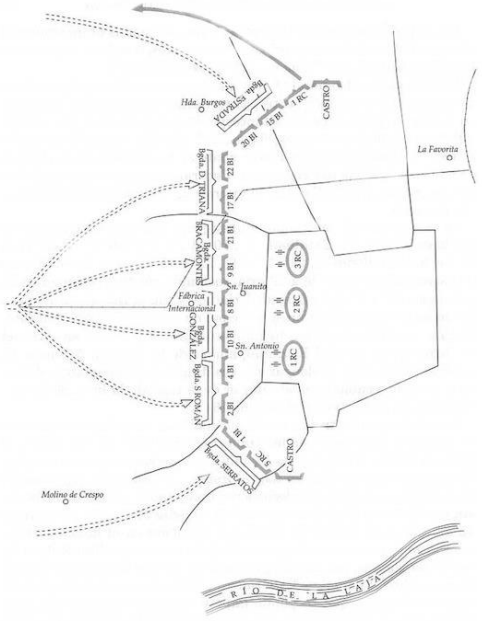
En tren parte a las 12:00. Apenas ha recorrido unos 10 kilómetros cuando empiezan a descubrirse fracciones de la Brigada Maycotte en plena retirada, sin cohesión orgánica, arrolladas materialmente por el alud villista que desborda y envuelve sus flancos. Obregón decide avanzar más para frenar el ataque y atraer sobre sí la atención del enemigo. Con fuego y silbatazos de locomotora consigue su propósito, permitiendo a Maycotte salir de El Guaje y al resto de sus fuerzas aliviarse del acoso y escapar rumbo al Oeste. A continuación se retira él, lentamente, sin romper contacto, engolosinando al atacante con la esperanza de capturar el tren. Esta operación no termina hasta las 16:00 horas.

Las bajas de la Brigada Maycotte fueron estimadas al incorporarse en unos 800 hombres entre prisioneros, muertos, heridos y dispersos, y las del agrupamiento Triana en 200 aproximadamente.

Cuando partió el general Obregón al encuentro del enemigo, ordenó al general Hill mantener las tropas restantes en apresto para salir en su auxilio si fuere necesario. Al incorporarse el general en jefe, con los villistas pisándole los talones, el general Hill había dispuesto ya que la

infantería tomara posiciones de combate en los linderos de la plaza, a caballo, sobre la vía del Ferrocarril Central, mientras el general Castro reagrupaba la caballería en el interior de la ciudad para darle nuevas misiones.

Se instalaron así, formando la línea principal de resistencia, de la vía hacia el Sur, los Batallones 8.º, 10.º, 4.º, 2.º y 1.º; de la vía hacia el Norte, los Batallones 9.º, 21.º, 17.º, 20.º, 22.º y 15.º. Detrás de este frente ocupó emplazamientos la artillería, sostenida por tres regimientos de caballería (1.º y 2.º de la Brigada Triana y 4.º de la Brigada Antúnez). Sobre los extremos de la línea principal de resistencia quedaron establecidos, en el Norte, el 1.er Regimiento (coronel Torres) y en el Sur el 5.º Regimiento (coronel Elizalde), ambos de la Brigada Antúnez. El general Castro debe prolongar con sus dragones, desmontados (dejando el ganado a cubierto en el interior de la ciudad), la línea de circunvalación por el Sur (véase el croquis 16).




Croquis 16. Primera batalla de Celaya (primera fase), 6 de abril de 1915.

A medida que las tropas constitucionalistas ocupaban sus puestos de combate, aprovechando las cubiertas naturales que les ofrecía el terreno, abrían el fuego, pues los villistas estaban ya encima de ellas. El combate se generalizó en todo el frente. Los atacantes, siguiendo la impulsión que traían, enardecidos por una jornada completa de éxitos, sin modificar su dispositivo general de marcha ni esperar el apoyo de su artillería, se lanzan al asalto. La situación en el flanco derecho resulta muy comprometida; para aliviarla se ordena al teniente coronel Berlanga que, con los 600 jinetes de la escolta del general Castro, cargue sobre el enemigo. Este contraataque choca con la brigada de Agustín Estrada, que responde impetuosamente dispersando a sus adversarios, al grado de que únicamente 100, de los 600, logran incorporarse durante la noche a

la plaza. Pero la fusilería, las ametralladoras y la artillería del defensor entran en acción a lo largo de toda la línea y detienen a los atacantes, rechazándolos después con graves pérdidas.

Por estafetas montados se ordena a los generales Alejo González y Alfredo Elizondo, que han ocupado Acámbaro, se incorporen de inmediato a Celaya. Iguales órdenes reciben Porfirio González y Jesús Novoa.

Como a las 18:00 la artillería de la División del Norte entra en posición y abre fuego con sus 22 piezas de artillería, tirando a la máxima cadencia del material. El general Villa no quería seguir atacando ese día, pero el estruendo de las baterías excita a sus tropas que vuelven a la carga con renovado ahínco, sin más resultado que aumentar el número de sus bajas y el consumo de municiones. Los fuegos de ametralladora y de la artillería siguen escuchándose intermitentemente en el transcurso de la noche.

Durante las primeras 10 horas de combate los constitucionalistas habían sufrido 1 500 bajas (en su mayoría dispersos, muchos de los cuales se incorporaron antes del amanecer del día siguiente).

Alrededor de las 20:00 la situación parecía desesperada, a tal punto, que varios oficiales superiores del Cuartel General sugirieron al general en jefe la conveniencia de retirarse con todo el ejército hacia Querétaro. Mas el general Obregón los disuadió de aquella idea exponiéndoles razones poderosas en contra.

El señor Carranza, informado de todos los incidentes por los telegramas del general Obregón, ordenó que la 1.ª División de Oriente, destacamentada a lo largo de la vía férrea entre Pachuca y Esperanza, fuera transportada inmediatamente para reforzar al Ejército de Operaciones. Aquella gran unidad no pudo, naturalmente, llegar a tiempo para intervenir en la primera batalla de Celaya.

Con las primeras luces del día 7, arribaron a Celaya las Brigadas de Caballería de Alejo González y Elizondo.

El dispositivo previsto por el general Villa para el ataque del día siguiente (7 de abril), lleva implícito el germen de la derrota. En la distribución de sus fuerzas no se advierte ninguna idea de maniobra, ningún propósito de obtener la superioridad en determinado sector o dirección, ni siquiera el deseo de formar una reserva general. La acción será uniforme y simultánea sobre todo al frente. Bracamontes con su infantería, seguido por la caballería de Joaquín de la Peña, atacará el ala derecha de la posición; Dionisio Triana con su Brigada, llevando en segundo escalón la caballería de Canuto Reyes, acometerá el centro, y sobre el ala izquierda irá la infantería de J. Herón González y San Román con la caballería de Agustín Estrada y Calixto Contreras a su retaguardia. La artillería se reparte por igual entre los agrupamientos de ataque, a dos baterías para cada uno.

A las 04:00 del día 7 abren fuego las seis baterías villistas, ametrallando por parejo a todo el frente. La infantería inicia su avance con las primeras luces de la mañana y la batalla adquiere muy pronto inusitada violencia. Todos los esfuerzos del atacante resultan estériles. La caballería carga repetidamente sembrando de cadáveres el terreno. La artillería norteña se anota marcada superioridad sobre la constitucionalista. Hacia las 09:00 el general en jefe del Ejército de Operaciones llega con su Estado Mayor a la línea de fuego del sector Norte, donde los

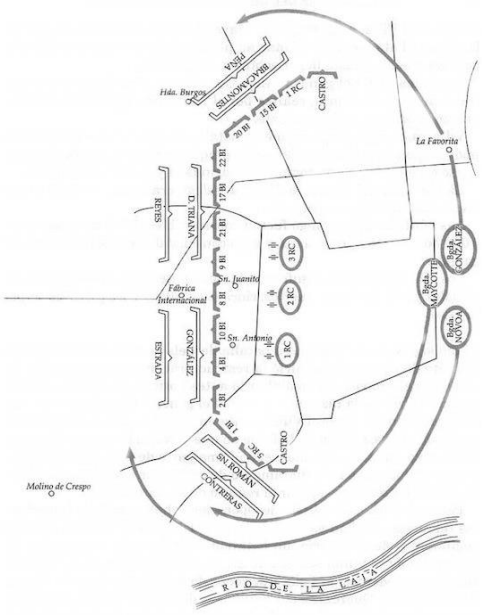
contendientes luchan desesperadamente. Mas la falta de cartuchos obliga a los hombres del 8.º, 9.º, 17.º y 22.º Batallones, y parte del 21.º, a retirarse de sus trincheras para ir en busca de parque. Advertida la falla por el general Obregón, ordena que traigan, para tapar el portillo, al 15.º Batallón (coronel Talamantes) y al 5.º Regimiento (coronel Elizalde), que se hallaban en la extrema derecha; dispone asimismo que sus ayudantes se encarguen de activar el reamunicionamiento de las corporaciones. Mientras sus órdenes son cumplidas, recurre a una estratagema para desorientar al enemigo, haciendo tocar diana a un corneta, el desde entonces famoso Jesús Martínez, de 10 años de edad; el ardid tuvo éxito y se ganó el tiempo necesario para establecer la continuidad del frente.

En los críticos minutos en que parecía desmoronarse el sector Norte, el comandante de la artillería, coronel Maximiliano Kloss, ordenó la retirada de sus baterías. Informado el general Obregón, dispone la aprehensión de Kloss y su inmediato fusilamiento. Pero este viejo soldado tiene tiempo de justificar su determinación y salva la vida.

Al advertir el general Villa la debilidad del sector Norte, ordena un nuevo asalto sobre todo el frente del sector. Algunos villistas llegan hasta las trincheras constitucionalistas, pero la masa de dragones e infantes, que en avalancha furiosa formaba la ola de asalto, fue detenida, en parte por el nutrido fuego de la defensa, pero más aún porque halló anegado el terreno.

El desgaste material y moral de las tropas villistas resulta evidente a raíz del último asalto. El general Obregón ordena entonces al general Castro que tenga lista toda la caballería disponible, inclusive las unidades recién incorporadas de Acámbaro.

El general en jefe hará culminar la batalla defensiva (que ha roto la cohesión táctica del adversario, que ha relajado sus ligas de mando, que ha consumido sus municiones y que, además, le ha diezmado fuertemente sus efectivos), desencadenando con rapidez y energía su maniobra predilecta de doble envolvimiento realizada por dos potentes masas de caballería (véase el croquis 17).




Croquis 17. Primera batalla de Celaya (segunda fase). Ofensiva del general Obregón, 7 de abril de 1915.

El general Castro, preocupado sin duda por los acontecimientos del sector Norte, había empeñado por el Sur, sobre el flanco derecho del general Villa, a las Brigadas Maycotte, Novoa y Elizondo, que se lanzaron al ataque desbordando ampliamente el extremo sur del dispositivo enemigo hasta llegar sobre su retaguardia.

Hacia las 13:00 el general Alejo González, con su brigada y otras fracciones de caballería, realiza por el Norte una operación similar, atacando briosa y enérgicamente.

Villa, que nunca dispuso en esta batalla de una reserva general, no pudo responder a ninguno de los dos ataques y hubo de retroceder, con cierto orden primero, en completa desbandada y confusión después.

La División del Norte, maltrecha y desmoralizada, retornó a sus vivacs de Salamanca e Irapuato.

Las pérdidas del enemigo fueron considerables: 1 800 muertos, unos 3 000 heridos, 500 prisioneros, y gran cantidad de armas, municiones y ganado.

Los constitucionalistas sufrieron las siguientes bajas: cuatro jefes, 27 oficiales y 526 de tropa, muertos; cinco jefes, 20 oficiales y 340 de tropa, heridos.

Al día siguiente de la primera batalla de Celaya, el Estado Mayor del Ejército de Operaciones inició la restructuración de sus unidades de tropa con el propósito de marchar lo antes posible en seguimiento del enemigo. Pero en la mañana del día 10 el general Obregón recibe una comunicación del general Villa escrita en tono desafiante, con amenazas fanfarronas, señalando la fecha en que volvería al ataque. Obregón no pone en duda, cuando menos la última parte de contenido del documento, ocupándose inmediatamente de organizar la defensa de Celaya, donde ha resuelto esperar el regreso de su contrincante.

Para esta fecha, el Ejército de Operaciones había recibido importantes refuerzos; estaban ya en Celaya: la 1.ª División de Oriente con tres regimientos de caballería, un batallón de infantería, una sección de ametralladoras y una sección de artillería; fracciones de la Brigada Gavira, procedentes de Tula; fracciones de la Brigada Gonzalo Novoa, procedentes de Querétaro; dos batallones de obreros (Rojos), procedentes de Orizaba; el agrupamiento de caballería de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, que se les ordenó contramarchar; la Brigada de Caballería del general Joaquín Amaro, procedente de Acámbaro. Con estos nuevos elementos el efectivo del Ejército de Operaciones llegó a 15 000 hombres, con 13 piezas de artillería y 86 ametralladoras. De los 15 000 soldados, 8 000 eran de caballería.

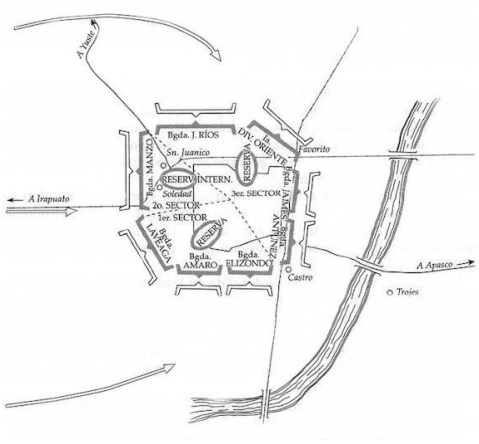
Lo apremiante y angustioso era disponer de suficientes reservas de municiones, problema que se planteaba tanto al general Obregón como al general Villa. Dicho problema quedó resuelto para los constitucionalistas por el arribo a Celaya, el día 12, del general Norzagaray conduciendo dos furgones de cartuchos.

La concepción del general Obregón para librar la segunda batalla de Celaya se resume así: *esperar en una posición defensiva que circunvalará la plaza de Celaya, el ataque del enemigo; mantener una importante reserva fuera de la línea de circunvalación para tomar la ofensiva cuando el atacante se haya gastado material, física y moralmente, en grado suficiente para derrotarlo.*

El general en jefe tiene ahora una idea clara y precisa de su plan de batalla, conoce mejor el terreno y sacará partido del carácter impulsivo de su adversario. Las tropas también han tenido oportunidad de reconocer detenidamente sus posiciones y mucho les servirá la experiencia del primer encuentro.

La línea de circunvalación es dividida en tres sectores: el primero ve al Sur, hacia el Río de La Laja, extendiéndose desde la Hacienda de Castro hacia la vía del Ferrocarril Central, al oeste de Celaya; el segundo va desde la misma vía, hacia el Norte, hasta el camino a la Hacienda de Higueras; y el tercero se desenvuelve hacia el Este, desde el camino de la Hacienda de Higueras hasta voltear por el Oeste y concluir en la Hacienda de Castro.

Las tropas son distribuidas como sigue (la nominación se hace en el sentido del movimiento de las manecillas del reloj) (véase el croquis 18):




Croquis 18. Segunda batalla de Celaya (primera fase). Situación el 14 de abril de 1915.

PRIMER SECTOR: Brigada de Caballería Elizondo: Brigada de Caballería Amaro; Regimiento de Caballería Lerdo de Tejada de la 1.ª Brigada de Infantería (general Laveaga) de la 1.ª División del Noroeste (con los batallones 15.º, 10.º, 2.º y 1.º de Sonora).

SEGUNDO SECTOR: 2.º Batallón de Sonora (teniente coronel Amarillas) de la 3.ª Brigada de Infantería; 2.ª Brigada de Infantería (general Manzo) de la 1.ª División del Noroeste (con los batallones 8.º, 9.º, 22.º y 17.º de Sonora); entre el 9.º y el 22.º batallones fue intercalado un batallón (coronel Castro) de la Brigada Triana.

TERCER SECTOR: 3.ª Brigada de Infantería (general J. J. Ríos) de la 1.ª División del Noroeste (con los batallones 3.º y 4.º Rojos, el 21.º Batallón de Sonora y el Cuerpo Especial Reforma); 1.er Regimiento de Caballería (coronel Torres S.) de la Brigada Antúnez; fracciones de la 1.ª División de Oriente (general G. Sánchez); fracciones de la Brigada Jaimes y 23.º Batallón y 5.º y 4.º Regimientos de la Brigada Antúnez (coroneles Castañeda, Elizalde y Silva, respectivamente).

RESERVAS PARCIALES:

*Primer sector*: 2.º Regimiento de Caballería y una Compañía del Batallón Fieles de Pachuca, ambos pertenecientes a la Brigada Guillermo Prieto, en los linderos sur de la ciudad.

*Segundo sector*: 4.º Batallón de Sonora y dos compañías del 9,º en la Hacienda San Juanico. Batallón de Ferrocarrileros La Favorita.

*Tercer sector*: Fracciones de la Brigada Gavira, a retaguardia del 3.er Batallón Rojo y 21.º Batallón de Sonora.

RESERVA GENERAL: Se constituye con la División de Caballería del general Cesáreo Castro, integrada por las Brigadas Maycotte, Regional de Coahuila, Jesús Carranza, Francisco Sánchez Herrera (al mando, respectivamente, de sus comandantes, generales Maycotte, Alejo González, Porfirio González y Jesús Novoa). Toda la División quedará oculta fuera de la línea de circunvalación, en un bosque cercano a Apaseo el Bajo, a siete kilómetros de Celaya.

AMETRALLADORAS: Sobre el frente occidental de la línea de circunvalación se distribuyeron 32 piezas; otras 32 quedaron repartidas en los demás frentes y con el resto del material se formó una reserva.

ARTILLERÍA: A todas las baterías se les dieron emplazamientos detrás de las posiciones de la infantería, en el frente occidental, repartidas más o menos uniformemente. A los comandantes de batería se les ordenó formular sus "croquis de combate" para tener referidos los puntos más importantes del terreno y, sobre todo, los probables asentamientos de las baterías enemigas.

PUESTOS DE MANDO: Del general en jefe, en el templo de San Antonio. Del segundo sector (general Manzo), en la Hacienda de San Juanico. (No se mencionan los puestos de mando de los otros sectores.)

OFICIALES DE ENLACE: En los puestos de mando de cada sector fueron destacados oficiales del Estado Mayor del Ejército de Operaciones; estos oficiales recibieron órdenes de recorrer constantemente, durante la batalla, las líneas de fuego y comunicar inmediatamente las novedades observadas. Al primer sector fue designado el teniente coronel Aarón Sáenz con dos oficiales más; al segundo, el teniente coronel Jesús M. Garza y un oficial, y al tercero el coronel Miguel Piña Jr. y dos capitanes.

TRANSMISIONES: Todos los puestos de mando de sector quedaron ligados con el puesto de mando del general en jefe por medio de líneas telefónicas y telegráficas.

TRENES: Los trenes, a excepción de los del Servicio de Sanidad, fueron despachados a Querétaro.

La organización toda y los preparativos para la defensa quedaron terminados el día 11: desde esa fecha cada hombre permaneció en su puesto de combate día y noche, esperando al enemigo.

Entretanto, Villa reorganiza también sus tropas en Salamanca y le llegan refuerzos. A Irapuato arriban las Brigadas de José I. Prieto y José Ruiz, más alguna gente de Felipe Maya, procedentes de Michoacán; llegan igualmente fuerzas de las tres armas que operaban en Jalisco; Francisco Carrera Torres y Pánfilo Natera concurren con sus tropas. Remesas de cartuchos son recibidas de Ciudad Juárez.

Toda la División del Norte es concentrada en Salamanca, donde el general Villa le pasa revista el día 12 de abril.

Al amanecer del día 13 van en marcha sobre Celaya dos potentes agrupamientos de caballería, uno al Norte y otro al Sur de la vía férrea; la infantería se transporta en trenes hasta Crespo, donde es desembarcada para continuar por tierra, en vista de que la vía se halla destruida a partir de aquel lugar; con la caballería marcha la artillería, exclusivamente hipomóvil en aquella época.

El dispositivo de aproximación, a partir de Crespo, difiere poco del adoptado hasta este punto, salvo que ahora la infantería marcha en el centro, con un primer escalón desplegado en tiradores, y que la artillería se desplaza detrás de la infantería, trayendo a su retaguardia un agrupamiento de tropas montadas.

Desde Celaya comenzaron a observarse muy temprano las densas nubes de polvo que levantaban las columnas de caballería villista en su avance. El general Obregón y su Estado Mayor tomaron como observatorio las azoteas de la fábrica La Internacional, situada al occidente de la ciudad; desde aquí se dominaba todo el futuro campo de batalla.

La señal convenida (el disparo de una pieza de artillería) para indicar a los defensores la proximidad del enemigo, fue dada a las 16:00. Una hora más tarde se escucha ligero tiroteo en el frente de la 1.ª Brigada de Infantería. Para las 18:00 el empeño se generaliza sobre el sector de la 2.ª Brigada y la artillería rompe fuego sobre la artillería enemiga emplazada a unos cuatro kilómetros al Occidente; la respuesta marca el comienzo de un duelo encarnizado que no termina hasta muy entrada la noche. Los villistas, al mismo tiempo que atacaban con más furia, iban extendiendo su frente por el Norte y por el Sur. Hacia esta dirección el atacante progresó por las riberas del Río de La Laja y a las 24:00 se combatía en el puente de la carretera Celaya-Apaseo, es decir, en sector Oriental de la posición. Los asaltos se sucedían uno tras otro en las tres direcciones de ataque, pero eran detenidos y rechazados invariablemente sin más consecuencias que el desgaste material y moral del agresor.

Al amanecer del día 14 los contendientes mantenían sus líneas a unos 400 metros de distancia. El terreno, despejado y completamente llano que los separaba, permitía a los defensores magníficos campos de tiro y perfecta visibilidad. Las cargas de caballería resultaban suicidas en estas condiciones y aun la infantería sólo podía moverse a costa de fuertes pérdidas.

Como a las 05:00 la presión del enemigo amenazaba desalojar de sus posiciones al 3.er Batallón Rojo, en el Norte, sobre el tercer sector; el general en jefe hace intervenir en este punto a la escolta de su Cuartel General y a la escolta del general Hill, restableciendo el equilibrio.

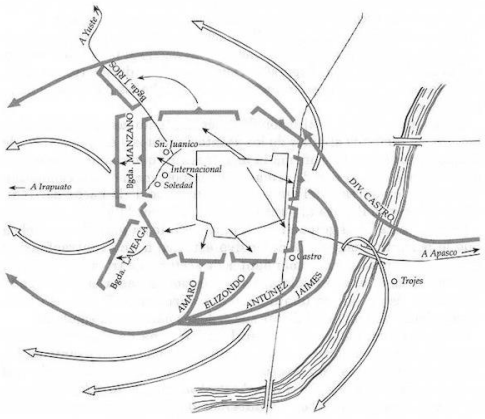
Era evidente que el general Villa pinchaba por todos lados, buscando un punto débil para romper las líneas de la defensa; pero tales esfuerzos lo conducían a una dispersión cada vez

mayor de sus tropas, diluyéndolas sobre un extenso frente que contorneaba los 360 grados de la posición defensiva.

El general en jefe constitucionalista sigue atento las peripecias de la batalla, va tomando el pulso de los acontecimientos y en su espíritu de soldado nato se gesta y afirma la idea maestra que rematará con otra gran victoria esta acción de armas, cuya importancia es trascendental. Piensa que en el resto del día y en el transcurso de la noche del 14 al 15 el adversario llegará al punto límite de sus posibilidades ofensivas y podrá asestarle el golpe mortal. Para definir su plan de maniobra que le permita pasar de la defensiva estática a una contraofensiva general, pregunta a sus comandantes de sector y de tropas si están en aptitud de mantener inviolables sus posiciones hasta la madrugada del 15; la respuesta es unánimemente afirmativa. Desde esa hora (12:00 del 14), comienza a dictar sus órdenes para el día siguiente.

La idea de maniobra del general en jefe, una de las completas y artísticas de su victoriosa carrera militar, puede condensarse en los términos siguientes: *con dos fuertes masas de caballería envolver al enemigo por el Norte y por el Sur, hasta tomarlo por la retaguardia en ambas direcciones. Para que el adversario no pueda sustraerse a este doble envolvimiento, la infantería del 2.º sector (2.ª Brigada) atacará frontalmente al iniciarse la maniobra; la infantería de los sectores 1.º y 3.º (1.ª y 3.ª Brigadas, respectivamente) atacará también, realizando conversiones sobre sus alas interiores (derecha para la 1.ª Brigada e izquierda para la 3.ª) para apoyar con sus alas salientes el avance de las columnas de caballería. Las reservas entrarán en línea sobre las posiciones que vayan quedando desguarnecidas al avanzar sus ocupantes primitivos. El tramo Oriental del 3.er sector será cubierto por las escoltas del Cuartel General y del general Hill.*

El agrupamiento de caballería del Norte quedará formado por la División del general Castro, más la caballería del general Triana. Por enfermedad del general Castro asume el mando de la División el general Maycotte (véase el croquis 19).




Croquis 19. Segunda batalla de Celaya (segunda fase). Ofensiva del general Obregón, 15 de abril de 1915.

El agrupamiento de caballería del Sur se constituirá con las Brigadas Amaro (general Joaquín Amaro) y Antúnez (general Norzagaray), más las unidades de caballería de las Brigadas Jaimes y Gavira.

Por telégrafo se ordena a los generales Maycotte y Triana que al oscurecer de ese día (14) se desplacen con sus tropas hasta la fábrica La Favorita (situada en el cuadrante Noroeste formado al cortarse las vías de los ferrocarriles Central y Nacional), sin importarles que al avanzar dejen fracciones del enemigo a su retaguardia.

Los generales Amaro, Norzagaray, Jaimes y Gavira son convocados para transmitirles la misión que tienen asignada. A las 23:00 se hace lo mismo con los generales comandantes de las brigadas del agrupamiento Norte.

Al amanecer del día 15 de abril de 1915, el Ejército de Operaciones desencadena su contraofensiva de gran estilo. El propio general en jefe va a la cabeza de las tropas que contraatacan en el centro del dispositivo (2.ª Brigada de Infantería).

La sorpresa fue absoluta, en lo táctico y en lo material. El general Villa inquiría la tarde del 14 en dónde podría encontrarse la caballería de Obregón, pues no se la advertía por ningún lugar. Su conclusión fue que toda esa caballería se hallaba combatiendo como infantería, para cubrir la inmensa línea de trincheras que circundaba la ciudad. Las bravas y altivas huestes de la División del Norte, agotadas por el esfuerzo continuado a lo largo de 36 horas de porfiada y cruenta lucha, mermadas sus dotaciones de cartuchos, abatida su moral por lo infructuoso de sus sacrificios, sorprendidas por el cambio repentino de la situación, estaban maduras para ser trituradas por la embestida fulminante del Ejército de Operaciones constitucionalista.

Dijimos ya que al amanecer da comienzo la batalla en campo raso. Por el Norte el enemigo trata de resistir apoyándose en los caseríos de las haciendas de Higueras y de Burgos, pero es arrollado por el empuje simultáneo de dragones e infantes. Los Regionales de Coahuila, que forman el primer escalón de la caballería, pronto alcanzan la retaguardia villista en la Hacienda de Crespo. Hacia el Sur, flanco derecho de Villa, las Brigadas Guerrero y Querétaro de la División del Norte se aferran a las márgenes del Río de la Laja; Norzagaray y Amaro voltean estas posiciones hasta tomarlas por la espalda, mientras Laveaga monta un asalto partiendo de sus posiciones de sector; tras muy reñidos combates, la concurrencia de estos ataques expulsa a los villistas de sus posiciones, arrojándolos sobre la Hacienda de Trojes, cuyas casas les permiten crear un nuevo centro de resistencia.

Hacia las 13:30 la derecha y el centro de Obregón habían puesto en fuga al enemigo, capturándole numerosos prisioneros y toda la artillería empeñada en estos frentes. Quedaban firmes los defensores de la Hacienda de Trojes quienes, al parecer, ignoraban lo ocurrido al resto de su División; fue necesario reforzar a los atacantes para reducir este punto.

Una tenaz persecución realizada hasta el anochecer, a lo largo de todo el frente de batalla, completa el descalabro del guerrillero norteño, que deja en poder de su adversario toda su artillería, 5 000 armas ligeras, 6 000 prisioneros, 1 000 caballos ensillados. La segunda batalla de Celaya cuesta, además, 4 000 muertos y otros tantos heridos a la División del Norte.

Villa se retira hacia el Norte con intenciones de reorganizar su ejército en Aguascalientes. Los reveses de Celaya fueron muy duros, pero no han logrado quebrantar su espíritu combativo. Mientras puede concentrar fuerzas traídas de todos los demás teatros de operaciones, deja en contacto con las vanguardias obregonistas las tropas de caballería de Fierro y Canuto Reyes, retiradas de Jalisco; quedan, además, para cubrir su retaguardia, Serratos en la plaza de Guanajuato y otras fuerzas en Dolores Hidalgo y San Miguel Allende, guardando la ruta de San Luis Potosí.

El general Obregón permanece en Celaya para levantar el campo y dar tiempo a su escalón avanzado de caballería (Brigadas Maycotte y J. S. Novoa) que alcance Salamanca e Irapuato. Hace volver hacia el Sur las unidades de la 1.ª División de Oriente y la Brigada del general Gonzalo Novoa, para que continúen guarneciendo la línea de operaciones hacia Veracruz.

El 19 de abril sale de Celaya el grueso del Ejército de Operaciones rumbo a Irapuato; se desplaza marchando por hallarse destruidos algunos tramos de vía. Ese mismo día llega el general Obregón a Salamanca y de allá ordena a los generales Diéguez y Murguía que se incorporen a Irapuato, forzando sus desplazamientos.

El día 20 los villistas abandonan Silao y Guanajuato; al punto se ordena que los generales Maycotte y Alejo González avancen hasta ocupar, respectivamente, dichas plazas.

Tanto el general en jefe como el grueso de sus tropas llegan a Irapuato el 21. Silao es ocupado ese día como estaba ordenado. Murguía se acantona con su caballería en Pénjamo.

Las actividades de algunas partidas villistas en el Estado de Michoacán y las de mayor importancia de los zapatistas sobre las vías férreas entre Tula, Pachuca y Ometusco, dan lugar a la designación del general Amaro como jefe de las operaciones y del general Elizondo como gobernador de aquella entidad. De Celaya y Salamanca marcha la 5.ª División de Caballería (general Amaro) a su nuevo destino.

Procedente de Veracruz llega a Irapuato el día 23 un tren de municiones y equipo.

El día 25, terminadas las reparaciones de la vía de Pénjamo, el general en jefe se dirige a este lugar en donde pasa revista a la División del general Murguía. En la misma fecha continúa hasta La Piedad e inspecciona la División del general Diéguez.

Maycotte da parte de que su vanguardia tomó contacto con el enemigo a la altura de Los Sauces, sobre el camino a León; se le ordena reconocer al adversario a fin de ampliar y precisar sus informes. En el ínterin, la Brigada Regionales de Coahuila, que va rumbo a Guanajuato, debe hacer alto, instruyéndose a su comandante para que se repliegue hacia el Sur en caso de que Maycotte sea obligado a retroceder. Al general Hill se le comunican estas novedades y providencias, recomendándole permanecer alerta sobre las posiciones que ha ocupado en torno a Irapuato; Murguía sale de inmediato con su caballería para alcanzar el pueblo de Romita, situado a unos 29 kilómetros al suroeste de Silao. La infantería de las Divisiones de Murguía y Diéguez será transportada por ferrocarril a Irapuato.

Durante los días 25 y 26 la caballería de Maycotte libra los primeros encuentros con la caballería villista en Los Sauces, unos 16 kilómetros al noroeste de Silao; estos combates acusan la presencia de importantes fuerzas enemigas al sur de León. El 26 Murguía ocupa Romita y se le

ordena efectuar reconocimientos hasta la Hacienda de Santa Ana del Conde para comprobar si hay también enemigo en esa dirección; los resultados son negativos.

El 27 la infantería de la 2.ª División (Diéguez) y la del general Murguía terminan su concentración en Irapuato y el día 28 toda la infantería del Ejército de Operaciones alcanza Silao.

Nos encontramos en los preliminares de la gran batalla de Trinidad que se inicia formalmente el 29 de abril para terminar 38 días después, el 5 de junio. Antes de resumir los principales incidentes de esta prolongada acción de armas, agregaremos unas cuantas reflexiones que nos ayuden a comprender mejor ciertos aspectos de su conducción estratégica y táctica.

Hemos visto al general Obregón librar dos batallas defensivas en Celaya; en ambas se marcan distintamente los dos tiempos clásicos: resistencia por el fuego para desgastar al atacante y contraofensiva para aniquilarlo por el fuego y el choque. Mientras el caudillo sonorense hubo de enfrentarse con federales y zapatistas, lerdos y timoratos los unos, faltos de organización y de mando los otros, se mostró siempre audaz y la ofensiva fue su única forma de combate. Pero ahora que tiene delante de sí al bravo, impetuoso y osado Pancho Villa, creador de su propio ejército, en el que predomina la caballería cuya táctica sólo conoce la carga y el choque, alentada por un espíritu ofensivo de brutal y salvaje fogosidad, ahora, decíamos, Obregón explota las ventajas de la ofensiva para quebrantar al enemigo antes de atacarlo. Deliberadamente escogerá el próximo campo de batalla y aplicará con firmeza su estrategia y táctica de desgaste.

Mas en esta ocasión también el general Villa, trabajosamente convencido por Felipe Ángeles, ha decidido seguir los mismos procedimientos de combate que viene utilizando su adversario.

Esta coincidente actitud de los dos comandantes en jefe rivales imprime a la batalla su aire lento, determina su aspecto fragmentario en el tiempo y el espacio, y da la apariencia de indecisión en los mandos superiores. Las batallas defensivas economizan personal, pero devoran municiones; en Trinidad los constitucionalistas sufrieron muy graves limitaciones de cartuchos a causa de los frecuentes ataques realizados sobre su larga línea de operaciones por los zapatistas.

Las actividades diversas efectuadas por villistas y zapatistas en la retaguardia impusieron servidumbres muy duras al Ejército de Operaciones, obligándolo a distraer fuerzas importantes hacia Dolores Hidalgo y sobre las línea férreas Celaya-San Miguel Allende y Celaya-Pachuca; la sana previsión de mantener abiertas las comunicaciones con el puerto de Manzanillo llevó a Colima la Brigada del general Juan José Ríos y a Jalisco la Brigada Quiroga.

Se agiganta en la batalla de Trinidad el maduro juicio militar del general Obregón y su perspicaz intuición guerrera, pues a pesar de la opugnación de sus comandantes divisionarios, en particular del general Murguía, espera inflexible la hora propicia para saltar al cuello de su enemigo.

Durante los preliminares de la batalla sólo había delante del Ejército de Operaciones masas de caballería enemiga de extraordinaria movilidad, que habrán escapado indemnes a cualquier ataque, por impetuoso que hubiera sido.

No podemos, sin salimos del marco de este trabajo, desarrollar un análisis completo de los fundamentos estratégicos y tácticos que normaron el plan del general Obregón para librar la batalla de Trinidad. Sin duda algunos de esos fundamentos fueron de carácter esencialmente

intuitivo, pero eso no hace más que exaltar las virtudes militares del caudillo. La elección del campo de batalla, asunto estratégico, es impecable, tanto por lo que se refiere a la topografía general de la región cuanto por su encuadramiento geográfico en función de la red de comunicaciones y de las posibilidades operativas propias y del enemigo. La conducción táctica respondió siempre a ideas claras y precisas sobre las características del adversario y de sus posibilidades de acción, así como a imperativos de índole logística. El éxito final, el desenlace victorioso de la batalla, obtenido a pesar de la ausencia corporal del general en jefe, se debió a la concepción estratégica para empeñarla y al desarrollo táctico sistemático en el estilo defensivo de agotamiento y desgaste, y no a la intervención de última hora de uno o más comandantes subordinados.

El 28 de abril, una vez concentrada en Silao toda la infantería del Ejército de Operaciones, el general en jefe decide avanzar hasta Estación Trinidad con el doble propósito de reconocer en fuerza al enemigo establecido al noroeste de aquella estación y de alcanzar el terreno que a su juicio convenía mejor para situar su primera línea defensiva. Sus intenciones de largo alcance son ocupar el valle con líneas de defensa paralelas, tendidas más o menos de Norte a Sur, a la altura de Estación Trinidad, apoyando sus flancos en las estribaciones de las sierras; en los flancos de la infantería se instalarán masas de caballería, hasta formar un inmenso cuadrilátero, a la manera de los "cuadros contra caballería" que inventó la táctica en el siglo pasado.

El general Hill recibe órdenes de tener embarcadas, a las 07:00 del día 29, en dos trenes, las Brigadas de Infantería de los generales Manzo y Contreras, y en un "tren explorador", en el que irá el general en jefe, 40 soldados y un cañón de 75 mm. La Brigada Maycotte y otras unidades de Caballería, que se hallan en contacto con el enemigo, intervendrán también en la operación.

A las 07:30 del 29 el convoy llega a Estación Sotelo. El enemigo está a la vista. Acto seguido se ordena a la Brigada Maycotte voltear el flanco izquierdo villista por la Hacienda La Loza hasta colocarse en su retaguardia; la escolta del Cuartel General (teniente coronel Muñoz) y los Regimientos de Caballería Torres y Elizalde atacarán el flanco derecho. La infantería permanecerá en sus trenes.

El doble ataque sobre los flancos basta para arrojar al enemigo más allá de Trinidad. Obregón avanza con sus trenes hasta dicho lugar, disponiendo que la infantería desembarque y ocupe el terreno en previsión de un contraataque y que la caballería, deteniéndose, levante el campo. Con su tren explorador se adelanta para perseguir, con el fuego del cañón de 75 mm, a las fracciones enemigas que huyen rumbo a León. Atrevidamente el general en jefe y su pequeña escolta llegan hasta unos seis kilómetros de la ciudad. Descubre entonces que vienen a su encuentro, quizá para proteger el repliegue de sus compañeros en derrota, dos fuertes columnas de caballería villista. Hace alto, con intenciones de retroceder para sustraerse a la amenaza del enemigo. Pero en esos momentos advierte que, a pesar de sus órdenes, lo había seguido y galopaba a sus flancos el general Maycotte con irnos 500 dragones. Así las cosas, la situación cambiaba radicalmente. No era ya posible contramarchar dejando a la caballería, con sus bestias muy agotadas, a merced del adversario. El primer impulso del general en jefe es traer las tropas que habían quedado en Trinidad y empeñar un combate formal. Ordena en consecuencia, utilizando el silbato de la

máquina, según clave preestablecida, que reembarque la infantería y se desplace rápidamente hacia León.

Mientras tanto, sobre el terreno plano y despejado de aquella región se ve al enemigo, fuerte en unos 6 000 jinetes, tomar dispositivo de ataque. La superioridad numérica de los villistas y la desventajosa situación táctica en que se encontraba, inducen al general Obregón a cambiar sus planes; todo el mundo debe replegarse sobre Silao, él lo hará manteniendo el contacto con el enemigo. Se comunican las órdenes respectivas mediante el silbato de la máquina.

Los acontecimientos se precipitan. El atacante, que de táctica sólo conoce la carga y el choque, lanza su primer escalón en avalancha; los más audaces llegan hasta la plataforma que monta el cañón 75 mm y son abatidos por el sostén de la pieza; hacia los flancos, los constitucionalistas logran detener el asalto y prosiguen su repliegue.

Mas la tregua dura pocos minutos. Los villistas, con tropas de segundo escalón, desencadenan otra carga más enérgica, que alcanza al tren explorador hasta casi rodearlo; se lucha cuerpo a cuerpo; un soldado villista pretende abordar la plataforma en que viaja el general en jefe, pero Maycotte, que cabalga a inmediaciones, lo mata a culatazos. A pesar de todo, el ímpetu del atacante es roto y el movimiento de retirada puede continuarse lentamente, a causa de la fatiga del ganado.

El enemigo no es de los que sueltan fácilmente su presa; la superioridad numérica lo hace más osado y tenaz. Una tercera carga de caballería arrolla a los mermados dragones de Maycotte y desborda al tren explorador, que se detiene para dar mayor eficacia al fuego de sus tripulantes y en seguida para recuperar dos ametralladoras abandonadas a lomo de acémila por los compañeros en su ya precipitada fuga. Los villistas aprovechan estas detenciones para colocar un caballo muerto sobre la vía, detrás del tren, buscando descarrilarlo; pero no logran su intento, pues el obstáculo es removido, neutralizando al atacante con certero fuego desde las plataformas.

Este primer día de combates en la batalla de Trinidad termina con un éxito táctico para los villistas. La conducta del general Obregón, serena y razonable hasta la ocupación de Trinidad, no se justifica después, aunque resulte imponderablemente ejemplar como expresión de valentía e intrepidez personal. Junto a él realizaron actos de valor temerario el capitán Orta, capturando dos banderas en lucha cuerpo a cuerpo, y el coronel Elizalde, que con su asistente y un soldado femenino, libra singular combate contra centenares de atacantes hasta que el propio general en jefe acude a “desempeñarlo”.

El mismo día 29 el general Murguía, en cumplimiento de órdenes recibidas, marcha con su División a ocupar la Hacienda Santa Ana del Conde. Llegado a este lugar tiene conocimiento de que fuerzas enemigas ocupan las haciendas de San Cristóbal, La Sandía y La Sardina, puntos situados a unos 15 kilómetros al suroeste de Trinidad. Decide atacarlas inmediatamente, logrando batirlas y quedar posesionado, al atardecer, de La Sandía, La Sardina, Jagüeyes y Santa Ana.

El 30 de abril se incorpora el general Alejo González con parte de sus fuerzas, procedente de Guanajuato, ordenándosele relevar a la Brigada Maycotte en Estación Nápoles. El resto de los Regionales de Coahuila permanece en la plaza de Guanajuato, a las órdenes del general Benecio López, con misión principal de vigilar los caminos a Dolores Hidalgo y San Miguel Allende.

Hacia las 14:00 de aquel 30 de abril, los villistas atacan a la División Murguía por su flanco izquierdo, en La Sandía, volteándola después hasta caer sobre su retaguardia. La sorpresa y la maniobra ponen en derrota al bravo general Murguía, que se repliega, con graves pérdidas, hasta el pueblo de Romita.

El 1.º de mayo se incorporan en Romita, para reforzar a la 2.ª División (Murguía), la Brigada de Caballería de Martín Triana y la Brigada de igual arma del general Pedro Morales, a la que se agregaron los Regimientos 1.º y 4.º (coroneles Torres y Silva) de la Brigada Antúnez.

Las noticias del próximo arribo de un tren con municiones procedente de Veracruz se confirman el día 2. Con base en estos informes, el general Obregón resuelve iniciar su avance para ocupar formalmente el terreno sobre el que proyecta librar la batalla defensiva. Ordena en consecuencia que el general Hill tenga listas para ser embarcadas por ferrocarril, a las 06:00 del siguiente día, las brigadas 1.ª, 2.ª y 4.ª de su División; el resto de la gran unidad marchará por tierra, partiendo de Silao a las 10:00. El general Kloss, comandante del agrupamiento de artillería y ametralladoras, marchará incorporado al escalón terrestre de la 1.ª División de Infantería (Hill). La 2.ª División de Caballería (Murguía) se desplazará desde las 06:00, partiendo de Romita, con instrucciones de encontrarse a las 09:00 en la Hacienda Santa Ana, debiendo luego extender su frente a La Loza de Barrera por la derecha y a los cerros inmediatos a Santa Ana hacia la izquierda. La 1.ª División de Caballería, bajo el mando accidental de Maycotte, se desplazará también, sin que se le asigne misión inmediata. Por último, la 2.ª División de Infantería (Diéguez) permanecerá en Silao.

Todos los movimientos se ejecutan como estaba ordenado. El Cuartel General del Ejército de Operaciones se instala en la capilla de la Hacienda Sotelo. Aquí llega el parte del general Murguía informando que tras reñido combate había ocupado Hacienda Santa Ana. Para entonces los constitucionalistas estaban ya desplegados sobre un frente de 16 kilómetros, desde los cerros al poniente de Hacienda Santa Ana hasta Loza de Barrera. Los villistas adoptaron también un dispositivo lineal, más o menos paralelo al de su adversario, aprovechando lo mejor posible la topografía del terreno.

Salvo el combate de Hacienda Santa Ana, el día iba terminando en calma; inesperadamente, a la puesta del sol, el enemigo ataca la Hacienda La Loza, defendida por las Brigadas Novoa y González (Porfirio) de la División Maycotte. El estruendo del combate indicaba lo reñido de la lucha. Preocupado el general en jefe, sale personalmente llevando el 20.º Batallón para reforzar a la caballería. En las proximidades de Hacienda La Loza tropieza con fracciones de tropa que se retiraban desordenadamente; al indagar lo que ocurre, algunos oficiales informan que la caballería enemiga, al cargar, había rebasado las líneas de la defensa y que el general Maycotte estaba gravemente herido. Ha oscurecido ya cuando el general Obregón llega al lugar de la pelea; todo es ahí confusión; los generales Novoa y González tratan con gran energía de restablecer el orden y detener al enemigo. La oportuna intervención de la infantería rechaza al atacante y, con su refuerzo, queda restaurada la línea de defensa.

La 2.ª División de Infantería (Diéguez) marcha el día 4 de Silao hasta desplegarse a retaguardia de la 1.ª División, en una segunda línea paralela a la ya establecida; se completa así "el cuadro" del dispositivo general del Ejército de Operaciones. En el espacio comprendido entre

las dos líneas principales, en el centro del cuadrilátero, ocupa sus posiciones la artillería y se instalan las reservas divisionarias, formadas con la 2.ª Brigada de la 1.ª División (Hill) y la 1.ª Brigada de la 2.ª División (Diéguez)

Este dispositivo en cuadro, en que se incluye a todas las fuerzas disponibles para la batalla, impresiona fuertemente a quien lee por primera vez la obra del adalid sonorense o a quien simplemente se concrete a leerla una y más veces. Extraña desde luego la renuncia previa a toda posibilidad de maniobra de gran estilo; los dispositivos lineales sobre extensos frentes diluyen las tropas, aminoran su capacidad de resistencia, hacen rígidas y frágiles las formaciones. Se han previsto ciertamente reservas, pero sólo en la medida estricta para garantizar la integridad de "las líneas"; aun las grandes unidades de caballería reciben misiones para mantener "la forma" del cuadro.

Y sin embargo, esta repartición extravagante de fuerzas (extravagante sobre todo a la escala en que fue usada) se apoyó en razones profundas que sólo anidaron en el espíritu del general en jefe; quizá haya sido más bien puro sentimiento, intuición pura, que un producto del raciocinio. Sus mismos compañeros (lugartenientes) no lo comprendieron cuando a sus urgencias de cambiar de táctica les respondía que no era oportuno y que, además, les harían "perder la figura".

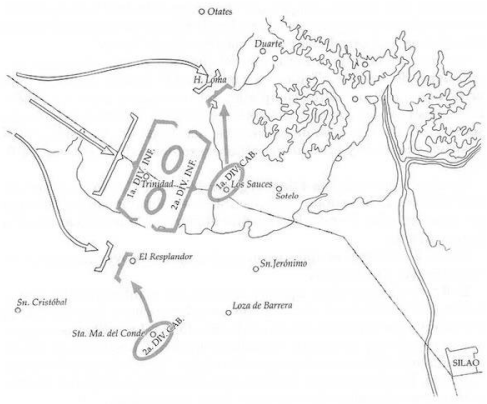
Obregón sabía de lo que era capaz el enemigo, conocía su táctica y la psicología de sus jefes. Todo el desarrollo de la batalla, hasta la hora crítica en que Villa voltea completamente el cuadro, toma e incendia Silao, destruye las comunicaciones a retaguardia y ataca furiosamente sobre los 360° de la rosa de los vientos, justifican sin discusión el dispositivo adoptado y la inquebrantable resolución de conservar "la figura".

En el transcurso del día 4 llega el general Cesáreo Castro con el tren de municiones. De inmediato se le restablece en el mando de su División de Caballería (la 1.ª) que dejó acéfala el general Maycotte al pasar a hospitalizarse.

El día 5 se libran simples escaramuzas y es aprovechado para reamunicionar a las tropas.

El 6 todo el Ejército de Operaciones avanza, manteniendo su dispositivo general, hasta el kilómetro 399, con intenciones de proseguir al ser terminada la reparación de un tramo de vía. Los villistas retroceden a medida que los constitucionalistas avanzan. Restituida la vía, se continúa el movimiento de progresión el día 7 hasta llegar a Estación Trinidad. El adversario se repliega para detenerse y ocupar el terreno a unos tres kilómetros de la primera línea obregonista.

La infantería del Ejército de Operaciones forma de inmediato su cuadro, cuyo centro es ahora la Estación Trinidad. La 1.ª División de Caballería (Castro) vivaquea en Los Sauces con avanzadas en Hacienda La Loza, y la 2.ª División (Murguía) lo hace en Hacienda Santa Ana con sus puestos avanzados en el rancho El Resplandor (véase el croquis 20).




Croquis 20. Batalla de Trinidad. Situación el 7 de mayo de 1915.

Sobre la derecha de la posición constitucionalista, el enemigo ocupa el Cerro de la Capilla y Hacienda de Otates. El general Alejo González ataca y toma el mismo día 7 aquellos puntos, pero los villistas contraatacan, recuperándolos. Dada la importancia táctica del Cerro de la Capilla, por su situación dominante sobre el valle, el general en jefe decide montar un ataque en fuerza para ocuparlo nuevamente y ocupar también Hacienda de Otates, más otros puntos del terreno a inmediaciones de los anteriores. La operación debe iniciarse al amanecer del 8, tomando parte en ella unidades de la infantería de la 2.ª División al mando directo del general Diéguez y los Regionales de Coahuila de Alejo González.

Con los primeros claros del día atacan los dragones de Alejo González en primer escalón y desalojan a los villistas de sus posiciones; Diéguez avanza entonces con su infantería, pero no logra llegar hasta los puntos conquistados por la caballería en vista de que la respuesta del enemigo fue fulminante y ruda, con tropas muy superiores, arrollando a los Regionales de Coahuila que en su retirada abandonan uno de los dos cañones que llevaban. Tal furia pusieron los dragones de la División del Norte en su acometida, que muchos de ellos llegaron confundidos con los jinetes del general González hasta la línea que apresuradamente ocupó la infantería. La presencia de ésta y el oportuno auxilio de la caballería del general Castro, procedente de Hacienda La Loza, hacen retroceder a los villistas hasta Hacienda de Otates.

Durante la noche del 7 al 8 de mayo, el adversario lleva al cabo ataques aislados, sin importancia, sobre diversos puntos del frente.

El día 9 se ordena al general Castro marchar con su División a la plaza de Guanajuato, en vista de las noticias recibidas sobre el avance de Pánfilo Natera de Dolores Hidalgo a la capital del Estado. Para llenar el vacío dejado por la División Castro, se dispone que pase a Los Sauces la División Murguía, dejando solamente 1 000 hombres en Hacienda Santa Ana. Hacia estas fechas había sido destacada ya la 3.ª Brigada de Infantería (Juan José Ríos) perteneciente a la 1.ª División, para operar en el Estado de Colima y mantener abiertas las comunicaciones a Manzanillo.

En el curso de los días 9 y 10 se observó gran actividad en las retaguardias del frente enemigo, sin el empeño de ninguna acción importante. El 11 fueron más evidentes los

preparativos de Villa para lanzar un ataque general; se vio a la artillería tomar emplazamientos frente a las posiciones de la artillería constitucionalista, a la infantería desplegarse desde el Cerro de la Capilla hasta el rancho El Resplandor, aprovechando un largo vallado paralelo al frente de batalla. En vista de tan ostensibles aprestos, se comunica al general Castro, que ya se encuentra en Silao, que contramarche y se instale en Hacienda Sotelo a retaguardia del ejército.

La noche del 11 al 12 los villistas hicieron diversos tanteos sobre todo el frente, sin ningún éxito.

Era evidente que Villa preparaba una ofensiva general; para subvertir sus planes y conservar la iniciativa, el general Obregón ordena un ataque sobre el flanco izquierdo villista, situado a inmediaciones del Cerro de la Cruz, distante unos 10 kilómetros de Estación Trinidad, hacia el flanco derecho del ejército. La base de partida de ataque debe establecerse en el propio Cerro de la Cruz, el cual, por consiguiente, será ocupado la madrugada del día 12. Con las brigadas 4.ª y 8.ª de la División Hill, reforzadas con una batería (cuatro piezas) de cañones de 80 mm, se forma un agrupamiento a las órdenes del general Contreras (comandante de la 8.ª Brigada) para realizar el ataque. Manda la artillería el teniente coronel Gustavo Salinas. Además, se toman providencias para dar seguridad al agrupamiento de maniobra, estableciendo con fuerzas del general Diéguez y la 9.ª Brigada de la División Hill una posición defensiva desde Hacienda La Loza hasta Hacienda Duarte.

La ocupación del terreno (posición defensiva y base de partida) se realiza antes del amanecer sin que el enemigo descubra el menor indicio de ella.

El general en jefe instala su puesto de mando en la loma que se levanta inmediatamente al sur de Hacienda La Loza y en cuyas faldas tiene emplazada su batería el teniente coronel Salinas. Como señuelo se deja, ostensiblemente, más allá de la línea defensiva, a manera de sostén de la artillería, un pequeño destacamento de caballería.

A primeras horas de la mañana el general Contreras inicia su ataque apoyado por la artillería. Avanza lentamente, sobre un terreno plano y descubierto, batido por el fuego denso y eficaz del enemigo.

Al sentir el general Villa el ataque en su flanco izquierdo, lleva hacia allá fuerzas importantes y ocupa con ellas las alturas que circundan al Cerro de la Cruz. La respuesta villista amenaza seriamente al agrupamiento del general Contreras; se le ordena, en consecuencia, retroceder hasta su base de partida y ocupar otras dos alturas dispuestas en tresbolillo con el Cerro de la Cruz.

Villa trae además, desde León, tropas de caballería fuertes en 3 000 jinetes, más o menos. Las nubes de polvo que se recortan en el horizonte a eso de las 12:00 descubren su marcha hacia el ala en peligro.

Aquella concentración de fuerzas significaba, indudablemente, que tras la primera respuesta vendría un contraataque formal y rudo, como era de costumbre en las huestes adversarias. Por lo demás, no cabe la menor duda de que todo el plan del general en jefe constitucionalista, al organizar la operación de este día, llevaba por finalidad provocar la furia del centauro norteño, hacerlo caer en una verdadera emboscada y castigarlo material y moralmente, conforme a la idea que presidía el desarrollo general de la batalla.

Y ocurrió así, efectivamente. Después de pasar sus propias líneas y perderse en una faja de bosque, reaparecen en avalancha, ocultos ahora por la densa polvareda que levantan al cargar, los dragones de la División del Norte que tenían por seguro capturar la batería de Salinas y, rebatiéndose luego sobre el Cerro de la Cruz, aniquilar el agrupamiento del general Contreras. En pocos minutos el aparente sostén de la artillería es arrollado y los jinetes villistas son recibidos con el fuego certero de los infantes en posición. La sorpresa y los estragos materiales son enormes en las filas del atacante, que trata en vano de romper el frente *y, en* su desesperación, lo recorre paralelamente, a toda la velocidad de sus monturas, buscando un punto débil o su extremo para desbordarlo; pero todo es inútil y termina volviendo grupas en completa desbandada.

Declara el general Obregón que nunca antes había presenciado una carga de caballería tan "brutalmente" lanzada como la que dieron este día los dragones de Pancho Villa.

Durante el resto del día 12 y todo el 13 continuaron librándose combates parciales entre las fuerzas del general Contreras, que seguían manteniendo sus posiciones del Cerro de la Cruz, y los villistas del ala izquierda enemiga.

En la tarde del 13 Villa ataca El Resplandor, en el flanco izquierdo constitucionalista, ocupando dicha finca.

Como las municiones comenzaban a escasear, se dictan órdenes al general Contreras para replegarse hacia Trinidad. Este movimiento no pudo realizarse fácilmente, pues al darse cuenta el enemigo, redobló sus ataques y Contreras hubo de sostener nuevos y reñidos encuentros, de los que salió victorioso con el apoyo eficaz de la artillería. La orden de repliegue fue cumplida a las 23:00 del 14.

Con la retirada del agrupamiento Contreras, fue necesario modificar ligeramente el dispositivo del ejército en el flanco derecho, para lo cual se ordena al general Eugenio Martínez que con su Brigada (la 9.ª) ocupe las alturas inmediatas a Hacienda La Loza, volviendo hacia el Sur hasta cerrar nuevamente el cuadro en la retaguardia.

El mismo día 14 diéronse órdenes al general Murguía para recuperar El Resplandor y establecer puestos avanzados delante de esa finca. En la mañana del 15 un ataque sorpresivo deja en manos de los constitucionalistas los objetivos señalados.

En el curso del propio día 15 arriban a Trinidad, procedentes de Colima, Veracruz y Pachuca, varias fracciones de tropas, las cuales son incorporadas desde luego a la División Hill.

En la noche los villistas intentan apoderarse nuevamente de El Resplandor, pero son rechazados. Lo impropio de mantener a la caballería en primera línea motiva el relevo de la que defiende El Resplandor, sustituyéndola por las Brigadas de Infantería 4.ª y 8.ª que, al entrar en posición, extienden el frente hasta Hacienda Santa Ana.

Villa, a su vez, prolonga también su frente de batalla desde el Cerro de la Cruz hasta delante de la Hacienda Santa Ana, cubriendo una longitud de 28 kilómetros.

Los tres días siguientes registran un mínimo de hostilidades. La actividad de los beligerantes se concentra en el mejoramiento de la organización de sus posiciones. Los villistas refuerzan notablemente sus efectivos.

Durante ese tiempo, el general Obregón se ocupa de acelerar la llegada de un tren de municiones procedente de Veracruz y dicta providencias para asegurar su red de comunicaciones a retaguardia.

El 19 se advierten más ostensibles los preparativos del enemigo para tomar la ofensiva. Por suerte para las armas constitucionalistas, a la 01:35 del 20 de mayo arriba el esperado convoy de municiones y en el curso de ese día son renovadas todas las dotaciones del ejército.

En el ánimo del general en jefe estaba ganar una vez más la iniciativa de las operaciones al general Villa, atacando el día 21. Pero informes dignos de fe señalan una concentración importante de fuerzas enemigas en Dolores Hidalgo, cuyo propósito evidente es atacar Celaya. Se aplaza entonces la ofensiva prevista para dar prioridad a la destrucción del enemigo, que amenaza por la retaguardia. Es la División Murguía, reforzada con la Brigada Triana y los 1 000 dragones que guarnecen la plaza de Guanajuato, quien recibe la misión de atacar Dolores Hidalgo y, una vez derrotado aquel núcleo adversario, proceder a la destrucción sistemática de las vías férreas hacia San Luis Potosí y Aguascalientes.

Las órdenes dictadas a Murguía el día 21, a semejanza de las que se dieron a Cesáreo Castro el 9, no llegan a cumplirse y acusan cierto nerviosismo en el alto mando. Los acontecimientos demostraron seguidamente cómo era inoportuno distraer fuerzas considerables en misiones secundarias en el curso de una batalla decisiva.

Apenas declinaba el sol del día 21 y ya comenzaron a recibirse en el Cuartel General del ejército partes rendidos por los comandantes de las tropas de primera línea, informando de los aprestos del enemigo reveladores de un ataque inminente. El propio general en jefe hace un reconocimiento y comprueba la veracidad de los informes.

A las 04:00 del 22, Villa descarga un golpe de ariete sobre la 2.ª División de Infantería, con impacto directo en el sector de la 9.ª Brigada; antes del amanecer el ataque se generaliza a lo largo de todo el frente.

El primer paso del general Obregón es dar contraorden al general Murguía que se encontraba ya en Silao, haciéndole retroceder hasta Estación Nápoles.

Los asaltos villistas se suceden uno tras otro, con ímpetu creciente. La infantería se empeña en primer escalón, usando granadas de mano (ingenios pirotécnicos elementales); es rechazada por el fuego certero de los defensores. A las 08:00 cesa el ataque frontal para intensificarse sobre los flancos. La artillería de ambos contendientes atruena el espacio en duelo singular. Después del segundo asalto infructuoso realizado por la infantería, viene en su apoyo la caballería trayendo cada jinete un infante en ancas para dejarlo en la primera línea de fuego. El atacante es rechazado por tercera vez. Pero la obstinación del general Villa lo hace montar un cuarto asalto cargando con su caballería doblada por infantes en las grupas que son dejados en tierra al borde mismo de las trincheras constitucionalistas. Un revés más, con graves pérdidas, es el único resultado. Convencidos de la imposibilidad de obtener una ruptura de las líneas defensivas, suspenden sus asaltos y se cogen también al terreno.

Acto seguido, son sus reservas de caballería, 5 000 dragones más o menos, Villa realiza con amplitud y rapidez una maniobra envolvente por el flanco derecho del Ejército de Operaciones, hasta caer sobre la retaguardia en Hacienda Los Sauces. La columna enemiga encuentra al

general Ramos con elementos de la Brigada Maycotte en Hacienda Sotelo y le bastan pocos minutos para desalojarlo en dispersión. Estas noticias llegan al general Castro que marcha con parte de su división (unos 3 000 jinetes) hacia Los Sauces; el general Cabrera, destacado en Hacienda Nápoles al mando de tropas de la Brigada Regionales de Coahuila, se mueve también sobre Los Sauces, ocupado ya por los villistas que han destruido los puentes del ferrocarril y las líneas telegráficas. Castro empeña todas sus fuerzas, pero muy pronto su situación se hace desesperada ante la superioridad numérica del atacante; a punto de ser arrollado por el empuje villista, interviene el general Murguía con toda su División, atraído por el fragor de la pelea en los momentos en que rendía jornada procedente de Silao. Ahora la sorpresa y la superioridad numérica favorecen a Castro y Murguía, quienes con el eficaz apoyo de la artillería emplazada al este de Trinidad, rechazan y persiguen al adversario hasta Hacienda Duarte. El escarmiento y las pérdidas de los villistas fueron muy duros.

Al atardecer se libran todavía encuentros sin importancia en el frente del Ejército de Operaciones. Este ha obtenido muchos éxitos tácticos el día de hoy, pero ha consumido sus dotaciones de cartuchos y se halla incapacitado para realizar una contraofensiva general.

A medianoche del 22 al 23, los villistas atacan el flanco izquierdo de la posición, manteniendo su acoso hasta el amanecer; otro ataque de corta duración tiene lugar también en el flanco derecho.

Los días del 24 al 31, salvo demostraciones sin importancia del enemigo, fueron de calma en el frente de batalla; en cambio, el adversario dio muestras de actividad hacia Dolores Hidalgo, San Miguel Allende, San Juan del Río y Guadalajara. Tienen lugar así los combates de Puente de Calderón, al sur de San Miguel Allende, con tropas del general Amaro, y de El Capulín, al oeste de Dolores Hidalgo, con elementos del general Benecio López; para reforzar al general Estrada en Jalisco se destaca al general Quiroga con dos batallones de infantería y un regimiento de caballería. Las correrías de zapatistas y villistas al sur de San Juan del Río tuvieron en aquellos días particular importancia porque venía desplazándose un convoy de municiones de Veracruz a Trinidad, el cual llega a su destino a las 20:45 del 29, después de un viaje colmado de incidentes. Los cartuchos recibidos se distribuyeron a las tropas en la mañana del 30, fecha desde la cual queda el Ejército de Operaciones en aptitud de pasar a la ofensiva.

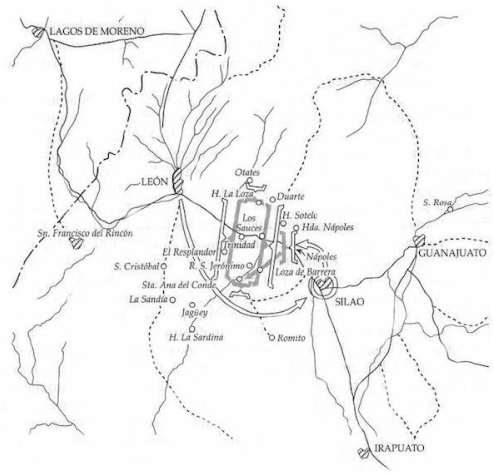
Las intenciones del general en jefe son esperar dos días más para tomar la ofensiva. Lo hace conocer así a los generales Castro y Murguía en una junta celebrada con ellos a las 08:00 del día 31 en Estación Nápoles, y a los generales Diéguez y Hill al convocarlos ese mismo día por la tarde en Trinidad. Estas conferencias evidenciaron los dos criterios prevalecientes en los comandantes de división: Castro, Murguía y Diéguez se inclinaban por atacar de inmediato, mientras que Hill pensaba como el propio general en jefe. Al final de cuentas, como era natural, todos aceptaron los puntos de vista del general Obregón, inspirados en su táctica de provocación y desgaste.

En la madrugada del día 1.º de junio, después de una noche tranquila, los villistas inician un ataque general, acentuando su esfuerzo en el ala izquierda constitucionalista. La lucha pronto se hace más y más reñida. Al amanecer fue advertida una columna de caballería enemiga que ágilmente envolvía el flanco izquierdo de la posición, buscando su retaguardia por Hacienda

Santa Ana. Para contrarrestar esta maniobra se ordena al general Murguía trasladarse con toda su División a la citada hacienda. Al mismo tiempo la División del general Castro pasa a estacionarse en Los Sauces.

El ataque frontal es repelido hacia las 09:00, pero la amenaza sobre Hacienda Santa Ana cobra más importancia por el empeño directo de fuertes unidades enemigas y la maniobra envolvente.

A las 10:00 llega un parte al puesto de mando del general en jefe informando que una masa de caballería mandada personalmente por el general Villa avanza sobre las estaciones de Silao y Nápoles. Era la culminación de la maniobra descubierta al amanecer. Los villistas se apoderan de Silao, incendian la estación y el material rodante que no pudo ser evacuado, dejan un fuerte destacamento y se rebaten sobre Nápoles, donde otro agrupamiento había ocupado ya la estación, quemándola también, destruyendo los puentes del ferrocarril y las líneas telegráficas (véase el croquis 21).




Croquis 21. Batalla de Trinidad. Maniobra villista, 1.º de junio de 1915.

Como si las columnas de humo producidas por los incendios de Silao y Nápoles fueran una señal convenida, los villistas reanudan sus ataques en todo el frente.

Para las 10:30 se pelea con igual encarnizamiento lo mismo en el frente que en las retaguardias del Ejército de Operaciones; literalmente no quedaba a esas horas una sola fracción de tropa que no estuviera empeñada.

La caballería de Castro y Murguía, posesionada de las alturas que bordean por el Sur la Estación Nápoles, retrocede bajo la presión impetuosa de los dragones villistas y se bate en retirada hacia Hacienda Santa Ana. Para aliviar esa situación se destaca la Brigada del general Morales, reforzada con el Regimiento de Caballería del coronel Elizalde, quienes logran alcanzar el rancho de La Loza de Barrera, situado a unos cuatro kilómetros al este de la Hacienda Santa Ana. El repliegue de Castro y Murguía se consuma en Santa Ana con las últimas luces del día,

logrando así, en este lugar, una importante concentración de fuerzas, ya que a las existentes con anterioridad se suman las procedentes de Nápoles y las brigadas de los generales Figueroa, Porfirio González y Novoa.

Como los villistas arremetieran contra Morales y Elizalde en La Loza de Barrera, se ordena a éstos replegarse al rancho San Gerónimo y acto seguido a Hacienda Santa Ana. En esta operación pierde la vida el valeroso coronel Cirilo Elizalde.

La lucha en el frente y en el flanco izquierdo constitucionalista fue perdiendo intensidad al atardecer de este día, hasta reducirse a la pura acción de la artillería, que siguió nutrida aun en las primeras horas de la noche. Los villistas tomaron posiciones en contorno de Hacienda Santa Ana, circunvalándola prácticamente.

A su plan de ataque para este día, 1.º de junio, sobre el campo de batalla de Trinidad, Villa coordina un asalto a la plaza de Guanajuato, que ocupan fuerzas de los generales Natera, Bañuelos, García y otros.

Al finalizar la jornada del día 1.º, el general en jefe analiza su comprometida situación. No podía pensarse ya en la contraofensiva proyectada para el día siguiente. La caballería, duramente castigada, apenas reorganizaba sus unidades en Hacienda Santa Ana; era necesario dar descanso al ganado y reamunicionar a las tropas, lo cual sólo podía obtenerse mediante la evacuación de Santa Ana para meter aquellas fuerzas en el cuadro de infantería; pero su crecido número y la escasez de agua y forrajes en aquellos lugares eliminaba esa posibilidad. Además, por encima de tales consideraciones, se erguía el interés táctico de conservar el balcón topográfico en el que se asienta la repetida hacienda, balcón que limita el valle y lo domina en toda su extensión. En estas condiciones el general en jefe decide conservar Santa Ana llevando hacia allá suficiente infantería para defenderla, hasta formar un cuadro de resistencia que le sirva de base de partida al iniciar la contraofensiva general. No pudiendo retirar tropas de la primera línea del frente, ordena que todas las que cubren el sector de retaguardia, desde el rancho El Resplandor hasta la misma Hacienda de Santa Ana, sean concentradas en esta última. El movimiento debía iniciarse desde luego y quedar terminado en el curso de la noche. Lo importante y difícil de la operación hizo que fueran designados para vigilar su ejecución dos miembros del Estado Mayor del ejército, el teniente coronel Aarón Sáenz y el capitán Benito Ramírez. A las 02:00 del 2.º, el 8.º y 20.º Batallones de Sonora ocupaban sus nuevas posiciones.

Desde el amanecer del día 2 de junio los villistas atacan furiosamente Hacienda Santa Ana en el sector del 20.º Batallón, siendo rechazados con graves pérdidas. Mientras tanto, el enemigo que el día anterior se había acercado por la retaguardia al rancho El Resplandor, advierte que la finca está desguarnecida y se apresura a ocuparla, extendiendo luego su línea de combate hasta las inmediaciones de Santa Ana. A pesar de esto, la lucha en el ala izquierda del Ejército de Operaciones va amainando. Es que el comandante en jefe villista ha decidido desplazar el centro de gravedad de su ataque sobre el flanco derecho constitucionalista. Carecemos de informes suficientes para juzgar esta veleidosa conducción táctica de la batalla por el general Villa (se dice que detrás de él estuvo constantemente Felipe Ángeles, ex federal de prestigio). En escasas 48 horas lo vemos descargar su esfuerzo principal en el flanco izquierdo, en la retaguardia y después en el flanco derecho. Esta forma de operar lo lleva irremisiblemente a una gran dispersión de

fuerzas y, por ende, a ser débil en todas partes, a pesar de que globalmente era superior a los constitucionalistas.

A las 12:00 del día 2, partiendo de Hacienda Duarte comenzó a desplazarse hacia el flanco derecho de Obregón un fuerte agrupamiento villista formado con tropas de las tres armas. Poco después la artillería enemiga tomaba posiciones frente a los sectores cubiertos por los Batallones 1.º y 21.º de la 1.ª División y 5.º y 16.º de la 2.ª División.

Firme en su idea de pasar a la contraofensiva partiendo de Hacienda Santa Ana, el general Obregón ordena que el general Hill lleve más infantería al flanco izquierdo no obstante la visible amenaza por la derecha.

Impaciente, el general Murguía pide autorización para contraatacar al enemigo que tiene frente a Hacienda Santa Ana. El general en jefe le ordena esperar, en vista de que está preparando un plan de contraofensiva general que piensa poner en práctica del día 4; le anuncia los refuerzos de infantería que están en marcha hacia Santa Ana y que en la mañana del siguiente día estará él personalmente en aquel lugar.

En la noche del 2 al 3 Villa retira la mayor parte de las fuerzas que tenía al sur de Hacienda Santa Ana para reforzar su masa de ataque en el flanco derecho constitucionalista. Lo anterior permite al general Obregón enviar estafetas a Irapuato con órdenes para los generales Amaro, Quiroga y Maycotte, quienes deben marchar de inmediato al pueblo de Romita a fin de atacar posteriormente Silao, conforme a instrucciones que en su oportunidad les serán comunicadas.

Como medida preventiva, para resguardar los trenes concentrados en Estación Trinidad al emprender la contraofensiva del día 4, la misma noche del 2 al 3 se organiza un reducto circunvalando la estación; al estilo de entonces, el trazado sólo es un cuadrado de 300 metros por lado en el que se abren loberas. Fueron destinados para ocupar este pequeño reducto, a fin de economizar fuerzas destinadas a la acción principal, los ambulantes, telegrafistas, proveedores, empleados de pagaduría, ordenanzas del Cuartel General, etcétera.

A primera hora del día 3 el general en jefe se dirige a Santa Ana; lo acompañan el general Diéguez y miembros de los Estados Mayores de ambos. A las 07:00 están en la hacienda, donde esperan los generales Castro, Murguía y Alejo González. Instalados en un torreón de la finca, que utilizan como observatorio, el general Obregón expone su plan de ataque para el día siguiente, fijando misiones, dispositivo y hora inicial. Desde la cima del torreón dominábase todo el campo de batalla y se distinguían las posiciones del enemigo, así como los movimientos que a esa hora se realizaban. Cuando el general Obregón y sus acompañantes se disponían a descender del torreón, advirtieron que una columna villista se aproximaba rápidamente a la finca, comprobando luego que se trataba de artillería. Los constitucionalistas no tenían en esta parte del frente ni siquiera un cañón para mantener a distancia la artillería contraria, que tomaba ya emplazamientos a unos 1 200 metros. Apresuradamente se hizo evacuar del casco de la hacienda a la caballería (más de 1 000 dragones que daban pienso y descanso a sus monturas) y la impedimenta. Los generales Castro y Murguía se encaminaron a sus respectivos frentes de combate; el general Diéguez partió hacia Trinidad. El general en jefe, con el general Serrano, el coronel Piña y cuatro de sus ayudantes, se dirigió a la posición ocupada por el 8.º Batallón. Pronto comenzaron a caer las granadas enemigas a inmediaciones del pequeño grupo e instantes

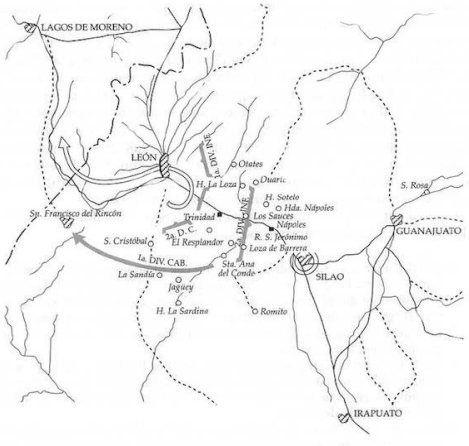
después una hizo explosión tan cerca que derribó a todos, hiriendo gravemente al general Obregón y al capitán Ezequiel Ríos. El caudillo sonorense fue alcanzado por un fragmento de granada en el brazo derecho cercenándoselo de inmediato. Se le prestan los primeros auxilios y acto seguido es evacuado a Trinidad para su atención quirúrgica.

Mientras el general en jefe es transportado a Trinidad, los villistas atacan rudamente Hacienda Santa Ana y a la vez en el extremo opuesto del frente, sobre el flanco derecho constitucionalista. En ambas direcciones son batidos, obligándolos a replegarse.

Imposibilitado el general Obregón para ejercer el mando, entra en vigor la orden expedida el 29 de marzo en San Juan del Río, por la cual se dispuso que a falta del general en jefe asumiría la jefatura del Ejército de Operaciones el general Benjamín G. Hill.

En la noche del 4 se reúnen con el general Hill los comandantes de División Castro, Murguía y Diéguez; asisten a la junta el general Serrano y los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, del Estado Mayor del general Obregón. Se estudia en esta reunión el plan de ataque para el día siguiente, 5 de junio; después de analizar diversas posibilidades, todos concluyen aceptando que la idea de maniobra establecida el día 3 en Hacienda Santa Ana por el general Obregón, era todavía la más conveniente y la que debería ponerse en práctica. A propuesta del general Murguía, apoyado por el general Castro, el plan original es adicionado con la disposición de lanzar un agrupamiento de caballería sobre la retaguardia enemiga, para cortar la vía del ferrocarril en San Francisco del Rincón. La adición no es discutida, porque los mismos proponentes informan que ese movimiento está ya ejecutándose. Sin duda que la idea de cortar la vía férrea en San Francisco del Rincón era magnífica desde el punto de vista táctico, pero no tuvo éxito en la práctica porque los ejecutantes llegaron con retardo al cumplimiento de su misión y Villa pudo retirar sus trenes, reservas de municiones y algo de artillería. Queda sólo en pie, como hecho histórico, la indisciplina de dos comandantes de División que distraen fuerzas importantes sin la autorización y aun sin el conocimiento del comandante en jefe, en el momento culminante de una batalla, a la hora en que cada unidad y cada hombre debía sumar coordinadamente su esfuerzo.

La idea general de maniobra para la contraofensiva del día 5 (véase el croquis 22) puede resumirse así:




Croquis 22. Batalla de Trinidad. Ofensiva final constitucionalista, 6 de junio de 1915.

*1.* La 2.ª División de Caballería, reforzada con elementos de la 1.ª, más los batallones 8.º, 17.º y 20.º y algunas tropas de la 5.ª Brigada de Infantería, apoyados por dos piezas de artillería de 75 mm, todos al mando del general Murguía, atacará a las 05:00 la extrema derecha del frente enemigo.

*2.* Las fuerzas situadas delante del rancho El Resplandor atacarán de frente a la misma hora (05:00).

*3.* La 1.ª División de Infantería, reforzada con dos batallones de la 2.ª, a las órdenes de su comandante, general Diéguez, atacará el flanco izquierdo del adversario debiendo ocupar en primera urgencia el Cerro de la Capilla y Hacienda de Otates.

*4.* Hacienda Santa Ana y la segunda línea del "cuadro" permanecerán ocupadas por fuerzas con efectivos suficientes para rechazar cualquier ataque de los villistas posesionados de Estación Nápoles y la ciudad de Silao.

A la hora fijada se inicia la contraofensiva general. Murguía, dividiendo sus fuerzas en dos agrupamientos, uno de infantería para atacar de frente y otro de caballería en maniobra envolvente, se lanza como ariete y en pocas horas destroza el ala derecha villista. El movimiento de la 1.ª División de Infantería reforzada comienza cuando el éxito de Murguía es evidente. Diéguez no encuentra mayor resistencia para desalojar al enemigo que tiene a su frente. Acto seguido monta un ataque sobre las posiciones que ocupa el adversario en el flanco y a retaguardia del ala derecha constitucionalista, derrotándolo también. Simultáneamente el general Gavira, con su Brigada de Infantería y dragones de la Brigada José Murguía, ataca Loza de Barrera y Sotelo, arrojando al enemigo en dispersión.

La derrota de la División del Norte es completa. Pronto Murguía llega a las puertas de León, ocupando la plaza en las últimas horas del día. La persecución de los villistas, fragmentados en todas direcciones, prosigue hasta el anochecer.

Los 2 000 dragones lanzados sobre San Francisco del Rincón a las órdenes del general Alejo González, caen en el vacío.

El enemigo sufre pérdidas cuantiosas y queda disperso en múltiples fracciones por todos los rumbos cardinales.

El día 6, Amaro, Quiroga y Maycotte, combinando la acción de sus fuerzas, baten a los villistas de Silao, recuperando la plaza. El enemigo posesionado de la ciudad de Guanajuato, después de intentar, sin éxito, destruir la vía férrea al sur de Silao, se retira rumbo a Dolores

Hidalgo y la plaza de Guanajuato es ocupada el día 12 por tropas del general Amaro y del coronel Siurob, entonces gobernador y comandante militar de la entidad.

A raíz de la batalla de Trinidad, el Ejército de Operaciones se concentra en la plaza de León, salvo la 1.ª División de Caballería (general Castro) que lo hace en el pueblo de San Francisco del Rincón.

Después de un breve descanso, el Ejército de Operaciones inicia su avance hacia el Norte. La 1.ª División de Caballería, formando el primer escalón, alcanza Lagos en la mañana del 11 de junio. El grueso del ejército (menos las Brigadas de Infantería Laveaga y Gavira y las de Caballería Morales y Triana, que continúan en León a las órdenes directas del general Obregón) llega a la misma plaza de Lagos el citado día 11 por la tarde.

El general en jefe permanece en León. A pesar de su estado de salud, comienza a intervenir en los grandes lineamientos de las operaciones en curso. El día 13, juntamente con las Brigadas Laveaga y Triana, se desplaza a Lagos.

El 14 llegan noticias de Guadalajara informando que la plaza es amagada por fuerzas enemigas importantes. Se ordena la salida inmediata del general Diéguez con 2 000 hombres de su División para auxiliar a los defensores de la capital jaliscience; también se dispone que el general Amaro destaque a Pénjamo y La Piedad 200 de sus dragones para proteger la vía férrea y que ponga a disposición del general Diéguez otros 300 más.

Los villistas atacan Guadalajara el 15, con resultados negativos. Diéguez llega hasta el 18 y como su presencia ya no es necesaria en Jalisco se le ordena trasladarse con sus fuerzas a Celaya. Lo cambiante de las situaciones en aquellos días exige que al llegar a Irapuato se modifiquen las órdenes al general Diéguez destinándolo a León en vez de Celaya.

El Ejército de Operaciones reanuda su movimiento hacia el Norte en la mañana del día 19. Esta misma fecha el grueso alcanza Hacienda Caquixtle. Y la 1.ª División de Caballería, que marcha en segundo escalón, vivaquea en Estación Castro. Durante la noche arriba a este último punto el tren del Cuartel General en el que viaja el general en jefe.

Durante el día 20, prosiguiendo el avance, los constitucionalistas ocupan Encarnación de Díaz, abandonado por los villistas en su repliegue sobre Aguascalientes. La 1.ª División de Caballería permanece en Estación Castro.

La penuria de municiones y de combustible hacen que el Ejército de Operaciones se detenga en Encarnación del 20 de junio al 5 de julio. Se ordena en consecuencia ocupar posiciones defensivas en torno de la población. La Brigada Maycotte cubre el servicio de seguridad y exploración hacia el Norte. La División Murguía pasa a descansar en el interior de la posición.

Viene en marcha, procedente de Veracruz, un tren de municiones y combustible. El general en jefe dicta las providencias necesarias para garantizar el arribo del convoy.

Las patrullas del general Maycotte descubren que el enemigo ocupa Hacienda Las Rosas (situada a 12 kilómetros al noroeste de Encarnación) y Estación Peñuelas; advierten igualmente que la exploración villista se muestra muy activa al oeste de Encarnación. Los agentes especiales del Cuartel General informan de las actividades del adversario en Aguascalientes; se sabe así de

la concentración de nuevos efectivos procedentes del Norte y de los trabajos de fortificación realizados al sur y al este de la ciudad.

La presencia de tropas enemigas en San Miguel Allende y Dolores Hidalgo representa una amenaza constante sobre la línea de operaciones hacia el Sur. Para conjurar este peligro, el general en jefe dispone que las fuerzas del general Gonzalo Novoa destacadas en León incursionen al norte de Dolores Hidalgo para destruir la vía férrea y, si es posible, aniquilar a la guarnición villista de San Felipe Torres Mochas. Esta operación se inicia el 24 y tres días después el coronel J. Natividad Sánchez rinde parte, desde San Felipe, de haber cumplido su misión. Los resultados son magníficos, pues el enemigo abandona Dolores y San Miguel para huir hasta San Luis Potosí. Fuerzas del general Amaro ocupan rápidamente las plazas evacuadas y restablecen la comunicación telegráfica con Celaya.

El dominio de la vía del Central, desde San Felipe hacia el Sur, rompe la liga que hasta entonces había mantenido el general Villa con los zapatistas y elimina de una vez el peligro material que significaba el grupo enemigo de Natera, García y Bañuelos.

Pero el guerrillero norteño es hombre de grandes recursos y sabe que hostilizando a su adversario en sus retaguardias gana tiempo y puede aún obtener éxitos importantes. Destaca en consecuencia a dos de sus lugartenientes más bravos y audaces, Rodolfo Fierro y Canuto Reyes, que en pocos días van a consumar hazañas extraordinarias.

El general Castro informa el día 29 que una fuerte columna enemiga se desplaza hacia el Sur por los llanos de Tecuán (ubicados entre La Tinaja y San Bartolo). El general Diéguez se traslada de León a Lagos en la tarde el mismo día para esperar en este punto el paso del convoy de pertrechos que se mueve de Irapuato con destino a Encarnación.

Durante la noche se hacen más insistentes las noticias del agrupamiento villista descubierto en la mañana.

Al amanecer del 30 queda interrumpida la comunicación telegráfica con Lagos. Se dan órdenes al general Castro (acampado en Hacienda Castro) para que marche desde luego en auxilio del general Diéguez La situación es muy comprometida (“en extremo angustiosa”, dice textualmente el general Obregón), particularmente porque el convoy de pertrechos puede ser capturado o, cuando menos, por las destrucciones que realice el enemigo en las vías férreas.

Castro no alcanza a llegar antes del ataque a Lagos, pero Diéguez para el golpe con sus propias fuerzas y derrota al atacante. En este encuentro resulta gravemente herido el propio general Diéguez. Horas después de los combates citados llega el tren de municiones y combustible a Lagos, prosiguiendo hasta Encamación, adonde arriba en la noche del mismo día.

Castro regresa a su vivac original (Hacienda Castro). Se sabe que el enemigo está concentrándose en Hacienda La Estancia, con probables intenciones de atacar León.

En la noche del 2 al 3 de julio quedan interrumpidas las comunicaciones al sur de Lagos. El enemigo se apodera de Estación Pedrito y desde ahí, usando el nombre del general en jefe constitucionalista, ordena al general Gonzalo Novoa, comandante de la guarnición de León, y a otros jefes de destacamento repartidos sobre la vía férrea, que no opongan resistencia a la columna villista en virtud de su potencia numérica, debiendo retirarse a lugares que les presten seguridad. Con tal estratagema, Fierro ocupa León sin combatir.

Las tropas de Fierro y Canuto Reyes se detienen sólo unas horas en León; su cometido es levantar las vías férreas y líneas de transmisiones a todo lo largo hacia el Sur. Y lo hacen magistralmente, pues no dejan nada útil hasta Celaya, pasando por Silao e Irapuato. De aquí estos émulos de Gengis Kan descienden a Querétaro, San Juan del Río y Tula, arrasando cuanto encuentran. Reforzados con numerosos grupos villistas y zapatistas que operaban en el Centro, logran, por simple amago, que don Pablo González abandone la ciudad de México en manos del ejército suriano.

Desde que Reyes y Fierro comienzan su vertiginosa incursión, el Ejército de Operaciones queda totalmente incomunicado. El general en jefe aprecia su situación en los términos siguientes:

*a)* Existencia de víveres para cinco días solamente;
*b)* el combustible para las locomotoras alcanza nada más para cuatro horas de movimiento;
*c)* después de entregar a las tropas su dotación reglamentaria, quedan en depósito algo menos de 100 000 cartuchos, lo que significaba una reserva de cinco cartuchos por arma;
*d)* para llegar a Aguascalientes había que recorrer 60 kilómetros sobre un terreno árido y seco, donde no podía encontrarse ni pastos, ni leña, ni aguajes; región despoblada e inhóspita;
*e)* el enemigo ocupa los puntos clave al sur de Aguascalientes y ha construido obras ligeras de fortificación en tomo de la ciudad;
*f)* inútil pensar en la persecución de Reyes y Fierro, dada la rapidez y movilidad de sus columnas que se alejaban más y más a cada hora transcurrida.

En estas condiciones, el general Obregón adopta su ya clásica resolución: atacar al enemigo principal.

El día 5 hace conocer a sus tropas, en un comunicado muy breve, que reasume el mando directo del ejército. Su decisión operativa comprende:

*a)* Regresar todos los trenes, con la impedimenta sobrante, a Lagos;
*b)* avanzar sobre Aguascalientes ejecutando un amplio movimiento envolvente por el Este a fin de atacar la plaza de Norte a Sur, para obligar al enemigo a invertir su frente de batalla abandonando las fortificaciones que ha construido.

Se dictan, en consecuencia, las órdenes para ser ejecutadas a partir de las 07:00 del día 6.

El mismo día 5 se distribuyen víveres a las tropas hasta completar raciones para cinco días. Con esa ministración quedaron agotadas las provisiones de boca disponibles.

El ejército, con sus dos Divisiones de Caballería en primer escalón, se desplazará al oriente del Cerro de los Gallos y el Cerro de San Bartolo, siguiendo el camino que pasa por el Cerro del Tigre y la Hacienda Las Rosas, en dirección general Sur-Norte.

Como estaba ordenado, el movimiento se inicia a las 07:00 del día 6. Los villistas cubren con fuerzas importantes los puntos dominantes en la zona de marcha del Ejército de Operaciones. Pronto la caballería de vanguardia toma contacto y se empeña contra esos elementos a la altura de Hacienda Los Sauces. Como el enemigo recibiera refuerzos, hubo necesidad de hacer intervenir, para desalojarlo de sus posiciones, a las Brigadas de Caballería Triana y Alejo González y a la 9.ª de Infantería (E. Martínez).

Al finalizar la jornada el ejército vivaquea en la región de Hacienda Las Rosas.

El día 7, al amanecer, desde la azotea de la casa principal de la hacienda, el general Obregón realiza una inspección ocular del terreno y descubre que el enemigo está desplegado en tiradores

detrás de las cercas de piedra que cortan el desemboque al valle hacia el Norte, apoyándose en el Cerro de San Bartolo; advierte, además, que los villistas ocupan otra línea que va del Cerro de los Gallos al Cerro de San Bartolo. La decisión del general en jefe es atacar inmediatamente. Para ello ordena que el general Laveaga, con su escolta y la del Cuartel General, avance sobre el flanco derecho adversario apoyado en el Cerro de los Gallos; que el general Manzo, con parte de su Brigada más el 20.º Batallón, apoyado por la artillería, lo haga sobre el Cerro San Bartolo; que las Brigadas de Infantería 5.ª y 9.ª (Gavira y Martínez) y la Brigada de Caballería Maycotte, ataquen el centro de la línea (entre los cerros de San Bartolo y Los Gallos); y, finalmente, que las Divisiones de Caballería Castro y Murguía desalojen al enemigo que cierra el desemboque al valle por el Norte, sobre el itinerario de marcha.

El ataque general dio principio a las 09:00 y fue tal el brío puesto en la acción, que para las 12:00 los constitucionalistas habían ocupado Hacienda San Bartolo, repeliendo a los villistas hacia el Norte y Noroeste.

Después del mediodía el ejército prosigue su marcha por el camino a El Duraznillo. Avanza en tres agrupamientos que siguen rutas paralelas: a la izquierda la 1.ª División de Caballería, en el centro toda la infantería y la artillería y a la derecha la 2.ª División de Caballería. A las 17:00 es alcanzado El Duraznillo, pero resulta imposible detenerse ahí por la falta absoluta de agua y leña. Dos horas más tarde las vanguardias llegan a la altura del poblado de Calvillo y, con gran fatiga, los gruesos terminan de incorporarse a las 23:00. El Ejército de Operaciones vivaquea esa noche en “una llanura de incomparable aridez” donde no pudo encontrarse ni un solo leño, ni un trago de agua, ni una brizna de pasto para el ganado.

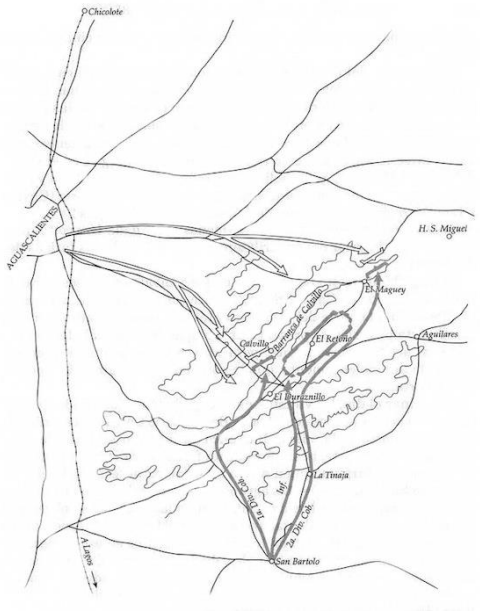
Previendo nuevos intentos del enemigo para retardar la marcha del ejército y causarle mayor fatiga y desgaste, el general en jefe ordena que al amanecer del día 8, desviándose un poco a la derecha, la infantería continúe avanzando hasta alcanzar una presa descubierta por algunos soldados la misma noche del 7 al 8. Esta primera etapa se cubre sin incidentes y para las 08:00 los hombres habían almorzado y estaba bien provistos de agua.

De continuar la 1.ª División de Caballería en el encuadramiento que se le dio el día precedente, se vería obligada a cruzar la Barranca de Calvillo para seguir por su margen occidental; esto representaba un

grave peligro, ya que el resto del ejército marcharía sobre la margen opuesta de la cortadura. Tal circunstancia no podía pasar inadvertida para el general Obregón y fue por ello que ordenó al general Castro reunirse con Murguía en el flanco derecho. Mas el comandante de la 1.ª División no atendió la orden y siguió su itinerario atravesando la barranca. Las consecuencias que pudieron ser desastrosas para todo el ejército, lo fueron de inmediato para la 1.ª División de Caballería.

Apenas reanudado el movimiento después del almuerzo, comienza a escucharse nutrido fuego hacia el flanco izquierdo; de primer intento se piensa en una más de las acciones rutinarias de hostigamiento, pero luego se advierte que el enemigo ataca en fuerza por varias direcciones. La División del general Castro es prácticamente arrollada por la caballería villista; en vez de mandarle refuerzos como lo solicita, se ordena a Castro replegarse hasta quedar protegido por el cuadro que la infantería ha formado apresuradamente. A estas horas también el general Murguía,

que trataba de desbordar la Barranca de Calvillo por el Norte, era rudamente atacada. El general en jefe acude a este frente de combate para ver de cerca lo que estaba ocurriendo; en el camino encuentra la Brigada de Caballería del general Pedro Morales en plena retirada; hace intervenir unidades de infantería en auxilio de Morales, logrando así detener y rechazar al atacante. Regresa el general en jefe a Hacienda El Retoño y toma las azoteas de una casa como observatorio. Desde ahí distingue a la caballería de Castro que comienza a incorporarse desordenadamente; también advierte que el enemigo, volteando por el Sur, ataca la retaguardia del ejército. La lucha se generaliza por el Norte, el Occidente y el Sur; los constitucionalistas mantienen firmes sus líneas defensivas, que configuran en el terreno un cuadrilátero de 6 000 por 4 000 metros. Al caer la noche, los beligerantes entran en relativa calma (véase el croquis 23).

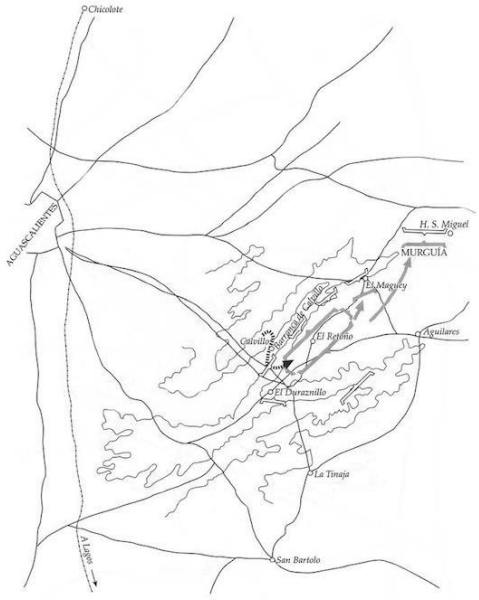



Croquis 23. Batalla de Aguascalientes, 12:00 horas del 8 de julio de 1915.

El general Villa piensa que ha cogido a su adversario en una trampa y estima propicia la situación para asestarle un golpe definitivo. Ciertamente, desde todos los ángulos visuales, estratégico, táctico y logístico, las condiciones del caudillo sonorense eran por demás ominosas: cortado de su base de operaciones distante más de 1 000 kilómetros, destruidas las vías férreas hacia el Sur, dueño Rodolfo Fierro del centro de la República, se ve compelido a librar una batalla de improviso, en un terreno desértico y hostil, agotadas sus reservas de municiones y de víveres. Es ahora Obregón quien tendrá que pelear dando frente a su flanco izquierdo.

Villa no vacila en abandonar sus posiciones fortificadas para empeñarse en campo raso, porque ve claramente que esas posiciones carecerán bien pronto de valor si su contrincante desborda la ciudad por el Norte.

Al amanecer del día 9 los villistas tienen circunvalado casi en su totalidad el cuadro defensivo del Ejército de Operaciones y han emplazado baterías de artillería pesada cuyo fuego comienza con las primeras luces del alba. La contrabatería no se deja esperar y el duelo artillero continúa hasta el anochecer. El enemigo ataca indistintamente sobre varias direcciones; su esfuerzo es particularmente enérgico en el sector del general Murguía, quien solicita ser reforzado con infantería y artillería. En su auxilio son destacadas dos brigadas de infantería (Gavira y Lino Morales) y dos cañones de montaña (véase el croquis 24).




Croquis 24. Batalla de Aguascalientes, 9 de julio de 1915.

La División de Caballería Castro (menos la Brigada Maycotte) permanece en el interior del cuadrilátero reponiéndose de sus fatigas del día anterior.

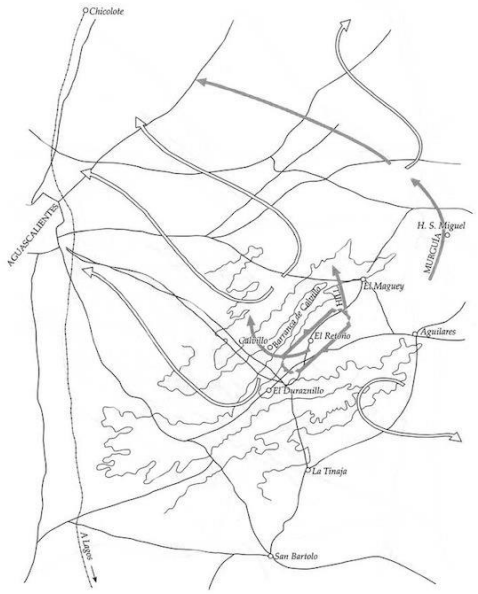
La Brigada Maycotte no participó en los combates adversos librados por la 1.ª División de Caballería el día anterior, en virtud de encontrarse cubriendo una parte del frente oriental (lado oriente del cuadrilátero). En esta dirección se presenta un agrupamiento de caballería enemiga en actitud amenazante, pero Maycotte le sale al encuentro, cargando tan violentamente, que lo pone en fuga originándole pérdidas importantes.

Al declinar el día, los villistas han ocupado todos los accidentes del terreno en la margen occidental de la Barranca de Calvillo, desbordando el extremo norte de la misma Barranca para doblar su línea de combate en dirección Este, hasta formar un frente paralelo al que defiende el general Murguía, quien apoya su extrema derecha más allá de Hacienda San Miguel. Fuertes agrupamientos de caballería enemiga se mantienen expectantes hacia el Sur, frente a las posiciones del general Carpió (comandante accidental, por ausencia del general Diéguez, de los elementos de la 2.ª División de Infantería presentes en estas operaciones); otros núcleos más,

también de caballería enemiga, se mantienen hacia el Este, entre Los Aguilares y La Tinaja. Fácil es advertir cómo el general Villa vuelve a dispersar y a diluir sus fuerzas, debilitando las ligas tácticas y dificultando en grado sumo el ejercicio del mando.

El general Obregón se halla frente a una de las situaciones cruciales de su vida militar. En párrafos anteriores indicamos los rasgos sobresalientes de esta situación. Veremos luego al invicto caudillo erguirse, como siempre, desafiando el peligro. Rodeado totalmente como en Trinidad, su decisión es atacar.

Reúne a sus comandantes de división para exponerles su idea de maniobra, fundada en consideraciones objetivas (véase el croquis 25).




Croquis 25. Batalla de Aguascalientes, 10 de julio de 1915.

*La penuria de municiones impone tomar por asalto las posiciones enemigas, prescindiendo del apoyo de la artillería. La Barranca de Calvillo, interpuesta entre los dos frentes principales de los contendientes, imposibilita comenzar el asalto en esa dirección. Hacia el Norte, a la altura de la Hacienda El Maguey, la barranca es menos ancha y profunda; además, por aquí está la juntura de las líneas Oeste y Norte del enemigo; en consecuencia, es por Hacienda El Maguey que debe buscarse la ruptura del frente, para luego atacar los flancos.* El asalto para la ruptura será ejecutado por las Brigadas de Infantería 1.ª y 8.ª, al mando directo del general Hill; el propio general en jefe irá con este agrupamiento, que recibe la misión principal. Simultáneamente al ataque de ruptura, la 2.ª División de Caballería, reforzada, a las órdenes de su comandante (general Murguía) atacará al enemigo que tiene al frente, llevando su esfuerzo principal sobre Hacienda San Gregorio. Una vez empeñadas las tropas de Hill y las de Murguía, la 2.ª Brigada de Infantería y parte de la 9.ª, en posición sobre el borde oriental de la Barranca de

Calvillo, se lanzarán al asalto de las posiciones enemigas instaladas en la margen opuesta. A continuación, el general Carpió, haciendo una conversión a la derecha, debe pasar la barranca abajo del poblado de Calvillo para tomar de flanco por el Sur la línea enemiga. Al cambiar de frente el general Carpió, el lado sur del cuadrilátero quedará desguarnecido y las fuerzas villistas situadas frente a él podrían caer impunemente sobre sus espaldas. Para prevenir este peligro, se ordena al general Castro cubrir con sus dragones las retaguardias de las tropas de asalto.

Conocidas sus misiones y la organización de conjunto para la operación del día siguiente, los comandantes de División o quienes los representaron en la junta, parten a sus respectivos cuarteles generales para dictar las órdenes particulares necesarias.

Pasada la media noche del 9 al 10, los villistas atacan rudamente las posiciones del general Carpió, pero no sostienen su acción por más de 20 minutos, retirándose a sus líneas originales.

A las 06:00 del 10 la 1.ª y 8.ª Brigadas de Infantería (general Hill) dejan su base de partida y, a paso veloz, en un solo aliento, usando apenas de sus armas, se lanzan al asalto. Los villistas abren nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y artillería, pero todo es inútil, y antes de llegar al cuerpo a cuerpo, huyen rumbo al Oeste.

Lograda la ruptura frente a Hacienda El Maguey, el atacante se rebate sobre los flancos creados. Villa intenta contraatacar, mas ya el avance frontal entre Calvillo y El Retoño ha ganado terreno e impulso, y el general Carpió, venciendo las resistencias que se le oponían, realiza su movimiento de conversión y pasa la barranca.

El general Murguía, un poco retardado al partir, empeña de frente la infantería, mientras que con su caballería desborda el flanco izquierdo enemigo. Éste pelea bravamente, pero es arrollado por el ímpetu del atacante. Murguía deja que la infantería prosiga el acoso de las fracciones villistas en franca derrota y él, con toda su División, marcha directamente a Estación Chicalote, situada 15 kilómetros al norte de Aguascalientes, para cortar la vía férrea y evitar la fuga de tropas y material de la División del Norte.

A las 12:00 del día 10, el general Obregón ocupa la ciudad de Aguascalientes. El enemigo ha perdido sus ligas tácticas, su cohesión orgánica, su voluntad de seguir luchando, está derrotado.

A partir de la batalla de Aguascalientes, la lucha contra el villismo adquiere un aspecto fragmentario sobre una gran extensión del territorio nacional y aunque se libran encuentros de cierta importancia, ninguno alcanza las proporciones de una verdadera batalla.

Cerramos aquí el trabajo que se nos pidió realizar. Debemos insistir en el hecho de que no hemos pretendido hacer Historia, es decir, que no nos propusimos investigar los acontecimientos narrados, sino únicamente trasladarlos a otros moldes literarios tomándolos tal cual los expone uno de sus grandes protagonistas.

Al trasegar una vez más la epopeya militar de la Revolución mexicana, se agiganta en mi espíritu el reconocimiento de los méritos de sus caudillos: Carranza, Obregón, Villa, Zapata, Hill, Diéguez, Murguía...

GENERAL FRANCISCO J. GRAJALES

# OCHO MIL KILÓMETROS EN CAMPAÑA

## PROEMIO

*Este libro está escrito fuera de toda jurisdicción literaria; en cambio, la verdad controla cada uno de sus capítulos.*

*La obligación indeclinable que tengo de hacer justicia a cada uno de los hombres que me acompañaron en la lucha, me impulsa a escribir esta obra; librando así a la verdad de las mutilaciones que pudiera sufrir, si autorizo con mi silencio a que otro, con menos documentos que yo, la escriba.*

*Protesto que mi vanidad no ha ejercido influencia sobre mí en esta ocasión; pues ella me habría aconsejado que, oculto tras una falsa modestia, que desconozco, hubiera proporcionado datos y documentos que sirvieran para mi obra, a un escritor quien, con lenguaje galano, habría sido tan pródigo en elogios para mí, como pródigo en propinas me hubiera encontrado.*

*Soy, pues, solidario de la veracidad de todos y cada uno de los hechos relatados en este libro.*

*En esta obra he querido consignar los hechos de índole puramente militar; desarrollados, unos bajo mi dirección, y otros dentro de la órbita de mi mando y al cuidado directo de Jefes a mis órdenes; sin hacer historia de todos los demás sucesos de distinta índole, que en la misma época se desarrollaban en los Estados de que hago mérito, y relacionados con autoridades o empleados civiles, cuya labor, en muchos casos, fue de igual o mayor valimiento que la llevada a cabo por nosotros, los hombres de armas.*

## CÓMO FUI SIMPATIZADOR DEL SEÑOR MADERO

Corrían los últimos años de la dictadura del general Díaz. Ésta había extendido sus ramificaciones en todo el país, y automáticamente comenzaron a formarse dos partidos: el que explotaba y apoyaba al Gobierno de la dictadura, y el de oposición.

En el segundo de esos partidos me contaba yo, que en el largo período de diez años que pertenecí al gremio obrero y que administré algunas haciendas, pude darme cuenta exacta del trato que recibían de los capataces y de los patrones, todos los hombres que llevaban a sus hogares el pan ganado con el sudor de su frente; y pude apreciar también el desequilibrio inmenso que existía entre las castas privilegiadas y las clases trabajadoras, debido al inmoderado apoyo que las autoridades prestaban a las primeras para todo género de monopolios y privilegios.

Esta experiencia me llevaba al convencimiento de que era necesario odiar la tiranía, ya que no sabíamos amar y conquistar la libertad. Cada espíritu de oposición que surgía, era para nuestro partido una esperanza: Flores Magón, Reyes, quienquiera, menos Díaz.

A medida que la división se acentuaba, multiplicábanse también las vejaciones de todo género para los que no aplaudíamos incondicionalmente todos los actos despóticos de las autoridades de aquel régimen.

Después de un período de decepciones y angustias políticas, surgió Madero, quien con valor y abnegación sin límites empezó su labor antirreeleccionista, enfrentándosele al tirano.

Todos los enemigos de la dictadura reconocimos en Madero a nuestro hombre; y el Maderismo germinó simultáneamente en la República.

El tirano y su corte dijeron: Dejemos a este loco, que se burlen de él en todo el país.

Aquel abnegado apóstol, en unos cuantos meses, recorrió la mayor parte de la República, encendiendo la verdad en todas las conciencias y conmoviendo con ella el podrido andamiaje de la dictadura.

Aprehendido Madero, arbitrariamente, por un supuesto delito que le inventara uno de los cachorros de Ramón Corral, el licenciado Juan R. Orcí; perseguidos sus principales colaboradores, no quedaba más recurso que la guerra.

Así lo comprendió la generalidad; pero no todos nos resolvimos a empeñarla.

Madero logra fugarse, y, burlando a los esbirros, gana la frontera:

La revolución estalla...

Entonces el partido maderista o antirreeleccionista se dividió en dos clases: una compuesta de hombres sumisos al mandato del deber, que abandonaban sus hogares y rompían toda liga de familia y de intereses para empuñar el fusil, la escopeta o la primera arma que encontraban; la

otra, de hombres atentos al mandato del miedo, que no encontraban armas, que tenían hijos, los cuales quedarían en la orfandad si perecían ellos en la lucha, y con mil ligas más, que el deber no puede suprimir cuando el espectro del miedo se apodera de los hombres.

A la segunda de esas clases tuve la pena de pertenecer yo.

La guerra seguía...; y la prensa venal lanzaba los calificativos más duros a los hombres empeñados en la lucha contra el dictador.

Los maderistas inactivos nos conformábamos con hacer una propaganda solapada y cobarde. Seguíamos siendo objeto de mayores vejaciones, contentándonos con decir: ¡Ya nos la pagarán!

## LA REVOLUCIÓN EN SONORA

Cuando en todo el país aparecían ya grupos rebeldes y en el Distrito de Álamos se preparaba el levantamiento encabezado por el hoy general de división Benjamín G. Hill, a quien todos los de aquel Distrito reconocíamos como jefe, por su valor civil y su entereza, fue éste aprehendido en compañía de los señores Flavio y Ventura Bórquez.

Con la aprehensión de Hill no se sofocó el movimiento insurgente en Sonora; al contrario, se precipitó... Un día después, se iniciaba la revolución en Navojoa, Río Mayo, encabezada por los señores Severiano A. Talamante, sus dos hijos Severiano y Arnulfo, Carpio, Demetrio Esquer, los hermanos Chávez y Ramón Gómez con algunos otros; pero éstos, debido a la escasez de los elementos con que contaban, después de algunas escaramuzas con las fuerzas federales, tuvieron que emprender su marcha hacia la frontera para pertrecharse, habiendo tenido que librar un sangriento combate en Sahuaripa, el que fue de resultados desastrosos para ellos.

Las fuentes de información que nosotros teníamos eran muy vagas; y a la prensa y al telégrafo ningún crédito podía dárseles, porque estaban bajo la censura más escandalosa.

En abril empezó a notarse alarma en los círculos oficiales; alarma que fue aumentando hasta que pudimos saber que los maderistas se aproximaban a Navojoa, y, por fin, que atacaban aquella plaza, y que, al ser en ella rechazados, avanzaban con rumbo a nuestro pueblo, Huatabampo, en el que había una guarnición de 40 hombres perfectamente armados y pertrechados, a las órdenes del presidente municipal José Tiburcio Otero, quien era uno de los colaboradores que más se distinguieron en la época de la dictadura, por lo identificado que estaba con los procedimientos arbitrarios.

Otero, al saber la aproximación de los maderistas, huyó con su gente, abandonándola en El Tóbari, pequeño puerto de cabotaje que se encuentra al poniente de la desembocadura del Río Mayo, en el Golfo de California, refugiándose el expresado individuo en la pequeña isla de Ciari, que está frente al puerto.

Al siguiente día hicieron su entrada a Huatabampo los rebeldes. Estos iban comandados por José Lorenzo Otero, Ramón Gómez y los hermanos Chávez.

Todos sus partidarios nos apresuramos a recibirlos.

La impresión que yo recibí al verles no se borrará jamás de mi memoria: eran como cien; de ellos, setenta armados; de los armados, más de treinta sin cartuchos, y los que llevaban parque lo contaban en reducidísima cantidad; los jefes se podían distinguir en que llevaban dotadas sus

cartucheras. Las ropas que usaban todos aquellos hombres indicaban que no habían tenido cambio en mucho tiempo. Las dos terceras partes de ellos poseían montura, y el resto la improvisaban con sus propios sarapes. Todos aquellos combatientes revelaban las huellas de un prolongado período de privaciones... Empecé a sentirme poseído de una impresión intensa, la que poco a poco fue declinando en vergüenza, cuando llegué al convencimiento de que para defender los sagrados intereses de la patria sólo se necesita ser ciudadano; y para esto, desoír cualquier voz que no sea la del deber. Encontraba superior a mí a cada uno de aquellos hombres.

Los hermanos Chávez nos relataron, con detalles vivos, la batalla que habían librado en Sahuaripa, en la cual perdieron a sus principales jefes, los señores Talamantes, quienes quedaron prisioneros en poder del general Ojeda, y por orden de éste fueron luego fusilados.

Unos días después salía de su prisión el hoy general Hill, e impulsando el movimiento revolucionario, tomó la plaza de Navojoa y avanzó sobre Álamos.

A raíz de tales acontecimientos, el telégrafo comunicó las noticias de los Tratados de Ciudad Juárez y la fuga de Díaz, y posteriormente la orden de Madero para suspender las hostilidades.

¡El triunfo de la Revolución era ya un hecho!

De pie en mi conciencia quedó la falta: yo en nada había contribuido al glorioso triunfo de la Revolución y, sin embargo, me consideraba maderista; sólo porque había protestado con alguna energía cuando el presidente municipal de mi pueblo pretendió hacerme firmar un acta de adhesión al general Díaz.

## CÓMO FORMÉ PARTE DEL GOBIERNO DEL SEÑOR MADERO

Las elecciones municipales se preparaban en Sonora, dos meses después del triunfo de la Revolución.

El partido reaccionario y el antirreeleccionista empezaban sus trabajos políticos para formar el Ayuntamiento de Huatabampo.

El partido liberal me postuló para presidente del Ayuntamiento; y los reaccionarios, encabezados por José Tiburcio Otero, vástago de la tiranía e individuo que impunemente había quedado en la población, postulaban para presidente municipal al reaccionario Pedro H. Zurbarán.

Triunfó el partido antirreeleccionista. Desde ese momento era yo una autoridad legítima, porque había sido elegido por la voluntad del pueblo; pero esto no me reconciliaba con mi conciencia, la que constantemente me decía: No cumpliste como ciudadano en el movimiento libertario.

### PRIMERAS AGITACIONES DE LA REACCIÓN

La reacción, incansable en su criminal labor de zapa, trabajaba con actividad, buscando el desprestigio del Gobierno Constitucional emanado de la revolución, y con su insidia y su oro, hábilmente manejados, logró sobornar a Pascual Orozco, quien de caudillo pasó a traidor, rebelándose contra el Supremo Gobierno.

El Presidente de la República, señor Francisco I. Madero, ordenó se combatiera a Orozco hasta someterlo, y a tal fin, una columna de las tres armas, al mando del general José González Salas, marchó a Chihuahua.

La fatalidad quiso, en esta vez, que los leales sufrieran la humillación y la derrota, consiguiendo que en los últimos días del mes de marzo los soldados de la traición los derrotaran en la memorable jornada de Rellano, donde el general González Salas se suicidó, a poco de su fracaso, para salvarse así de la vergüenza.

Con el triunfo alcanzado por Orozco en Rellano, los menguados que desconocen lo que vale la voluntad de un pueblo creyeron que el gobierno del señor Madero tocaba a su fin.

## CÓMO FUI SOLDADO

Al conocerse el desastre del general González Salas, el gobernador de Sonora, José María Maytorena, ofreció en nombre del Estado, al señor Madero, un contingente de hombres armados que marcharían a Chihuahua a combatir la traición que se había encarado contra el Gobierno legítimo.

El jefe de la sección de Guerra del Estado de Sonora, señor Eugenio Gayou, telegrafió, en circular, a los presidentes municipales del Estado, preguntándoles el número de hombres que podrían reclutarse en sus respectivos municipios para formar la columna sonorense que debería dirigirse a Chihuahua a combatir al orozquismo.

El deber me dijo: He aquí la oportunidad que podrá vindicarte. Al recibir el mensaje del señor Gayou, me encontraba en la ciudad de Álamos, contestándole que pasaría a Navojoa a conferenciar con él.

Ya en aquel lugar, hablé largamente con el mencionado señor Gayou, a quien ofrecí mis servicios para reclutar gente y marchar con ella a la campaña de Chihuahua, ofrecimiento que me fue aceptado desde luego. Nos despedimos, dirigiéndome en seguida a mi pueblo.

Esto pasaba en los últimos días del mes de marzo de 1912, y para el día 14 de abril tenía ya reunidos trescientos hombres, en su mayor parte nativos de la región, de tronco indígena, los más de ellos propietarios, siendo en su totalidad agricultores, inclusive yo, que me dedicaba al cultivo del garbanzo en una pequeña hacienda que poseo en la margen izquierda del río Mayo y que lleva por nombre Quinta Chilla.

Hicimos nuestra salida el día 14 del propio mes de abril, a las 5 de la tarde. Nada tengo que decir del cuadro que presentaba nuestro viaje.

Ocurrieron a despedirnos casi todas las familias de los que marchábamos y un gran número de amigos.

Íbamos a Chihuahua, en cuyos desiertos la traición había sepultado, unos días antes, a más de la mitad de la columna mandada por el general González Salas, obligando al general Téllez a abandonar su artillería, y a Trucy Aubert a dejar muertos de sed, en el desierto, a más de las tres cuartas partes del efectivo de su columna.

Nos pusimos en marcha, y poco a poco fueron dejándose de oír las voces de los que nos deseaban un buen viaje, y poco a poco también perdíanse de vista los pañuelos que desde las azoteas agitaban nuestros familiares y amigos en señal de despedida.

Una nube de polvo empezó a envolvernos, y el silencio invadió a la columna. Cada quien pensaba en los afectos que acababa de dejar y en la suerte que correría en la campaña. Desde

aquel momento todos los hombres que formábamos aquel grupo habíamos roto toda liga de familia y de intereses y ofrecíamos nuestra sangre a la patria.

La familia que yo había dejado en Huatabampo la constituían tres hermanas huérfanas y mis dos pequeños hijos, Humberto y Refugio, de cinco y de cuatro años de edad, respectivamente, los que estaban al cuidado de mis hermanas, por haber perdido a su madre.

El día 15 nos incorporamos a estación Navojoa, donde deberíamos embarcamos para la capital del Estado; y el día 16, a bordo de carros agregados al tren ordinario de pasajeros, emprendimos el derrotero rumbo a Hermosillo.

Como telegráficamente pidiera armas y cartuchos, y no se me remitieran a Navojoa, solicité del presidente municipal de aquel pueblo, que lo era entonces el señor Ramón Gómez, algunas armas, y éste me facilitó seis, con dotación de diez cartuchos cada una, las que sumadas a las dos que llevaba yo, hacían un total de ocho.

En la tarde de ese mismo día, a las seis, cuando íbamos en camino, entre las estaciones Pitahaya y Mapoli, un grupo de yaquis sublevados asaltó por sorpresa al tren, ataque que rechazamos con las pocas armas y el escaso parque de que íbamos dotados, causando a los asaltantes dos muertos.

Pasado este incidente, continuamos la marcha hasta estación Empalme.

Al siguiente día, diecisiete, salimos de Empalme, a bordo de los carros, e hicimos nuestro arribo a Hermosillo sin ninguna novedad; habiendo permanecido en aquella población hasta el día 19, fecha en que pasamos a acuartelarnos en la Villa de Seris, que está en las afueras de Hermosillo.

En Hermosillo se nos proporcionó armamento y equipo completos; y el Gobierno del Estado, por conducto de la Sección de Guerra, ratificó los nombramientos que yo había otorgado al organizar el batallón, denominándose éste 4.º Batallón Irregular de Sonora, confiriéndoseme su mando con nombramiento de jefe nato del mismo Cuerpo y grado de teniente coronel de las fuerzas irregulares.

Se encargaba de dar instrucción militar al contingente de ese Cuerpo el capitán del mismo, Eugenio Martínez, quien tenía algunos conocimientos militares, por haber pertenecido, en épocas anteriores, al ejército regular.

El 4.º Batallón Irregular de Sonora quedó integrado en la forma siguiente:

Jefe nato del batallón, teniente coronel Álvaro Obregón.

Oficialidad

Capitanes primeros: Antonio A. Guerrero y Eugenio Martínez;
Capitanes segundos: Francisco Bórquez, José A. Rocha y Juan Cruz;
Tenientes: Pablo Macías, Pioquinto Castro y Luis Rueda;
Subtenientes: Pedro Islas, Antonio Cruz y Tiburcio Morales;
Pagador: Guillermo Domínguez.
Tropa: 300 hombres, incluyendo una fracción de 50 de caballería.

# CAMPAÑA CONTRA OROZCO

## PREPARATIVOS DE CAMPAÑA

El tiempo que permanecimos en la Villa de Seris lo aprovechamos dando y recibiendo diariamente instrucción militar.

El día 2 de junio emprendimos la marcha bajo las órdenes directas del jefe de la Sección de Guerra, señor Gayou, llegando a Naco el día 3, y permaneciendo en aquella plaza hasta el día 5, fecha en que salimos, por tierra, a Agua Prieta, adonde nos incorporamos el día 6.

En Agua Prieta el señor Gayou dio comienzo a la reconcentración de tropas para formar la columna que debería marchar a Chihuahua.

Por Fronteras, Bavispe y Nacozari había comisionados del general Garibaldi, encargados de reclutar gente para la campaña de Chihuahua.

A Agua Prieta se incorporaron fracciones del 47.º Y del 48.º cuerpos rurales, al mando del teniente coronel Heriberto Rivera, con cuyo contingente se formaba una fuerza de cerca de 500 hombres, incluyendo los del 4.º Batallón Irregular de Sonora.

El día 12 se incorporó a Agua Prieta el general José de la Luz Blanco, llevando dos cañones Schneider Cannet, al mando del capitán Manuel Gaspar Ruiz y 29 oficiales salidos del Colegio Militar y de la Escuela de Aspirantes, los que habían sido incorporados para la organización de dichas fuerzas.

El día 19 recibimos órdenes de aprovisionar a nuestras tropas y alistarnos para salir. El día 20, a las 5:40 a. m., emprendimos la ruta, siguiendo como derrotero el camino que va de la plaza de Agua Prieta al rancho Las Cenizas, y de allí al cañón de Minitas y Rusbay hasta Colonia Morelos; punto éste adonde llegamos después de tres días de camino, acampando en el referido lugar para esperar la incorporación de las demás fracciones que deberían formar parte de la columna; así como también al general Sanginés, que había sido nombrado jefe de la misma columna.

El general Blanco había quedado en Agua Prieta arreglando algunos asuntos del servicio y, entretanto, nuestro jefe en Colonia Morelos lo era el teniente coronel Heriberto Rivera.

El día 23 se nos incorporó el mayor Salvador Alvarado con 150 hombres del Cuerpo Auxiliar Federal y 2 ametralladoras.

En Colonia Morelos se nos incorporaron, a la vez, algunas fracciones de tropa que desde Chihuahua se habían dirigido a Sonora al ser derrotados por los orozquistas. Esas fracciones, que eran de caballería, ascendían a 150 hombres.

El día 6 de julio se incorporó el general Sanginés y, desde luego, tomó el mando de la columna, nombrando al teniente coronel Rivera jefe de las infanterías, y a mí jefe de las caballerías.

Con el general Sanginés llegaron el general Blanco y los capitanes Rubio y Béjar. El general Blanco debería tomar el mando de las fuerzas que habían llegado procedentes de Chihuahua a nuestro campamento y otras que lo esperaban para incorporársele.

El día 9 quedó organizada la columna sonorense, en Colonia Morelos, con los siguientes elementos:

Cuartel General

General en jefe: brigadier Agustín Sanginés;
Jefe del E. M.: capitán Salvador Velasco;
Ayudantes: capitán Leobardo Manzano, capitán Arturo Alatorre, subteniente Carlos Islas, subteniente Pedro Olivares, subteniente Ignacio Gómez;
Preboste: capitán Rafael Cadena;
Proveedor: capitán Eduardo González.

Infanterías

Comandante: teniente coronel Heriberto Rivera.
Jefe del E. M.: capitán Francisco Cota.
4.º Batallón Irregular de Sonora.
Comandante accidental: capitán Eugenio Martínez.
40 Cuerpo Rural.
Comandante: coronel Guerrero.
Fracciones del 47.º y del 48.º Cuerpos Rurales.
Comandante accidental: capitán Lino Morales.
Batallón Auxiliar Federal.
Comandante: mayor Salvador Alvarado.

Caballerías

Comandante: teniente coronel Álvaro Obregón.
Jefe del E. M.: capitán Antonio A. Guerrero.
Infantería montada del 4.º Batallón Irregular de Sonora.
Voluntarios de Chihuahua.
Comandante: capitán Candelario Cervantes.
1.º, 2.º, 3.º y 4.º Escuadrones de Voluntarios del Norte, comandados por los capitanes Béjar, Escajeda, Samaniego, Wilson y Corral.
Pagador de las Caballerías: mayor Miguel M. Antúnez.

Artillería

Sección de cañones Schneider Cannet de 75 mm.
Comandante: capitán Manuel Gaspar Ruiz.

Sección de ametralladoras Colt.
Comandante: teniente Maximiliano Kloss.
Sección de fusiles-ametralladoras Rexer.
Comandante: subteniente José Ramírez.

Tren de transportes

Ocho carros de transporte.
Comandante: Leocadio López España.
Hatajo para transportes a lomo.
Comandante: C. Bainore.

El mayor Díaz de León y el C. Mariano Rodríguez marchaban también incorporados a la columna, como conocedores del Estado de Chihuahua.

El general Garibaldi desistió de marchar con nosotros a la campaña, al frente de las fuerzas que había reclutado, porque, según lo declaró en la prensa de Douglas, no quería participar del fracaso que nos auguraba.

En el Cuartel General se habían recibido noticias, proporcionadas por algunos mormones que habían salido de Casas Grandes, indicando que el enemigo trataba de posesionarse del cañón del Púlpito, posición ventajosa que lo pondría en condiciones de entorpecer y detener nuestra marcha, aun contando con muy pocos elementos.

## EN CAMPAÑA

Con tales noticias, y como nada teníamos ya que esperar, el general Sanginés ordenó la marcha, emprendiéndose ésta el mismo día 9 y continuándola hasta acampar en Colonia Oaxaca, en cuyo lugar permanecimos algunos días para tomar mayores informes sobre los movimientos del enemigo, pues para entonces ya se tenían noticias de que Orozco, con todos sus elementos, intentaba invadir el Estado de Sonora, en vista de su impotencia para contener el avance de la División del Norte, que al mando del general Victoriano Huerta lo venía rechazando del Sur.

En Colonia Oaxaca fue aumentado el efectivo de nuestra columna con la incorporación de los Voluntarios de Bavispe, al mando del capitán Miguel Samaniego.

De Colonia Oaxaca se continuó la marcha, dirigiéndonos por el cañón del Púlpito, hasta salir por la cuesta que lleva el nombre de Cumbre de las Bolsas y atravesar la línea que divide a los Estados de Sonora y Chihuahua —el día 18 de julio—, acampando en la parte más elevada de la sierra, frente a un rancho denominado Las Varas.

El general Blanco, con trescientos hombres, había avanzado hasta el rancho El Coyote, a veinte kilómetros de nuestro campamento y con dirección al puerto de Palomas.

El Cuartel General ordenó a Blanco que marchara a la hacienda Ojitos; disponiendo, a la vez, que yo marchara a incorporarme a Blanco, con el resto de las caballerías.

De acuerdo con esas órdenes, las caballerías se reconcentraron en la hacienda Ojitos, la que está situada en una de las altiplanicies de la Sierra Madre, a 40 kilómetros de la línea divisoria entre Chihuahua y Sonora, en una inmensa pampa, sin más vegetación que zacate en abundancia.

Al siguiente día, una de nuestras avanzadas, al mando del capitán Cervantes, descubrió y rechazó a una exploración enemiga en Salto de Ojo, rumbo a Guzmán, dando cuenta de esto al general Sanginés por la vía telegráfica, la cual estaba ya reparada; y en previsión de que el enemigo intentara atacarnos en aquel lugar procedimos a construir algunas fortificaciones en el pequeño cerro, a cuya falda se encuentra situada la hacienda Ojitos.

El día 26 se incorporó a Ojitos el general Sanginés con el grueso de la columna.

Nuestro cónsul en El Paso, Texas, que lo era entonces el señor Enrique Llorente, contaba con agentes muy activos entre el enemigo, y de esta manera suministraba constantemente informes al general Sanginés sobre los movimientos que hacían o intentaban los orozquistas.

Un día, el general Sanginés nos llamó a su Cuartel General al teniente coronel Rivera, al mayor Alvarado y a mí, y ya reunidos, nos dijo:

—Todos los informes que tengo, tanto de Llorente como de los espías que he mandado, indican que seremos atacados por un fuerte núcleo enemigo que se está reconcentrando en Casas Grandes, y quiero conocer la opinión de ustedes.

Yo guardé silencio, porque era el menos autorizado para opinar. El mayor Alvarado propuso que se construyeran bordes circundando la hacienda y se formaran trincheras en el cerro. El teniente coronel Rivera opinó porque se hicieran zanjas circundando también la hacienda; y entonces, como particularmente se me pidiera mi opinión, manifesté que consideraba acertadas las disposiciones de Rivera y Alvarado, porque podrían ser igualmente útiles para la defensa las zanjas y los bordes; pero que, en mi concepto, no contábamos en aquella hacienda con los elementos suficientes para construir toda clase de fortificaciones y que, por lo tanto, podríamos prescindir de las zanjas y los bordes, supliéndolos con loberas[2], que podrían cavarse a tres metros de distancia una de otra, circundando la hacienda y abarcando dentro del círculo, el cerro, que ya tenía algunas trincheras arriba.

El general Sanginés aprobó mi iniciativa; y cada uno de los jefes procedimos a colocar nuestra gente, a fin de que se llevara a cabo la excavación de dichas loberas. Al día siguiente estábamos preparados para resistir cualquier ataque.

En las trincheras del cerro habían quedado colocadas las fracciones del 47.º y del 48.º Cuerpos Rurales y el cuartel del teniente coronel Rivera, más dos ametralladoras al mando del teniente Kloss.

La colocación de las demás fuerzas era como sigue: al Oriente, el Cuerpo Auxiliar Federal; al Norte, soldados de mis caballerías, y al Poniente, el 4.º Batallón Irregular de Sonora.

En el centro quedaba la casa de la hacienda, e instalado allí el Cuartel General.

Yo tenía la costumbre de ir diariamente, a primeras horas de la mañana, al Cuartel General, tanto para rendir mi parte reglamentario, como para inquirir noticias sobre el enemigo, distrayéndome algunas veces en conversación con el general Sanginés a quien había cobrado gran afecto, porque había descubierto en él una acrisolada honradez y un amplio espíritu de compañerismo.

Cierto día, después de rendir mi parte de novedades a las seis de la tarde, el general Sanginés me invitó a que tomara con él asiento en un mecedor que había en el centro del pequeño parque, que existe frente a la casa de la hacienda; y cuando estuvimos ya en aquel sitio, después de

conversar un rato sobre la situación, me preguntó: —¿Cuánto tiempo piensa usted servir al Gobierno en el Ejército?; a lo que le contesté: —Estaré en el Ejército solamente el tiempo que el Gobierno necesite mis servicios. A esto replicó el general: —Prepárese, pues, mi teniente coronel para servir en el Ejército cuatro o cinco años, porque este indio de Huerta va a darnos un dolor de cabeza.

Disimulé la mala impresión que aquella profecía me causara, pues la consideré sincera.

## BATALLA DE OJITOS

El 31 del mismo mes, siguiendo mi costumbre, me trasladé al Cuartel General a las seis de la mañana, y, después de rendir mi parte, me invitó el general Sanginés a tomar asiento cerca de él, lo que hice en seguida, entablándose luego una conversación entre ambos, sobre diversos tópicos.

No había transcurrido media hora, cuando empezamos a oír toques de clarín de las fuerzas que estaban en el cerro, indicando ¡Enemigo al frente!

El general mandó a uno de sus oficiales que subiera al cerro para que observara lo que estuviera ocurriendo; pero en seguida el mismo clarín daba los toques de ¡Enemigo al frente, a derecha e izquierda!

El general en jefe llamó a sus oficiales de Estado Mayor, y dándoles algunas instrucciones, emprendió el ascenso al cerro; ordenándome que con toda rapidez alistara mi fuerza, cuya caballada, por escasez de forrajes en la hacienda, tenía que pasar la noche suelta en los potreros inmediatos.

Con los toques de los clarines, todo el campamento estaba en movimiento.

Se trataba de librar un combate con un enemigo desconocido, cuyo número se ignoraba también.

La plaza más cercana que teníamos, adonde poder replegarnos en caso de una derrota, era Agua Prieta y, de ésta, nos separaba una distancia que para salvarla, era necesario hacer diez días de marcha a través de la Sierra Madre, que limita los Estados de Sonora y Chihuahua.

El enemigo fue desplegándose y avanzando por nuestros flancos, denunciando con estos movimientos su intención de sitiarnos.

Como yo tenía que salir con las caballerías, quedando allí el 4.º Batallón de Sonora que había sido organizado por mí, y que se componía, en su mayor parte, de hombres que habían salido a la campaña atendiendo a mi invitación, quise explicarles por qué no me verían al frente de ellos durante la batalla; y a ese fin me trasladé adonde el batallón estaba acampado, encontrando al capitán Martínez con sus tropas formadas y listas para todo movimiento. Subí a una eminencia de aquel terreno, y desde ahí dirigí la palabra a mis compañeros, explicándoles la causa por la cual estaría ausente y exhortándolos, a la vez, a que cumplieran con su deber, ya que las circunstancias les eran tan propicias.

En los momentos en que terminaba de hablar, se escuchó el primer disparo del cañón enemigo y, a continuación caía, precisamente donde estaba formado el batallón, el proyectil disparado, sin causar daño alguno.

Aquel disparo, precursor del combate, llenó de entusiasmo a mis compañeros del 4.º Batallón, y con ello regresé satisfecho adonde estaban mis dragones, comunicando de nuevo órdenes para que se activara el alistamiento de la caballería.

Ya empezaba el fuego de la fusilería enemiga, siendo contestado por la nuestra; ya el capitán Ruiz había entablado un verdadero duelo de artillería con el enemigo, y ya comenzaban a funcionar también nuestras ametralladoras emplazadas en el cerro.

El general en jefe ordenó el avance por nuestra izquierda; y entonces el mayor Alvarado, con el Cuerpo Auxiliar Federal y algunas otras pequeñas fracciones, emprendió un movimiento enérgico; que el enemigo no pudo resistir, empezando éste a dar media vuelta.

Yo había logrado alistar cerca de 200 dragones, formándolos a retaguardia del mayor Alvarado, con el objeto de esperar órdenes del general en jefe. Un oficial de órdenes del Cuartel General llegó corriendo y me dijo:

—Por orden de mi general, destaque usted un oficial de confianza con 50 hombres para que cargue sobre un cañón que está atorado en un barranco, y que el enemigo trata de sacar.

Contesté al oficial: —Diga usted al general Sanginés que me permita personalmente cumplir su orden; mas como el oficial tardara en regresar con la respuesta del general en jefe, ordené a mi ayudante, el capitán Antonio A. Guerrero, que diera parte a Sanginés de que salía yo personalmente a cumplir la orden; y emprendí entonces la marcha con cerca de cincuenta dragones.

Cuando esto acontecía, el combate se mostraba reñido por todo nuestro flanco derecho.

El general Sanginés ordenó al teniente coronel Rivera que tomara la ofensiva, haciendo abandonar las trincheras por su infantería.

La orden fue cumplida con todo celo, y el 4.º Batallón de Sonora y les demás fracciones de infantería, al mando directo del teniente coronel Rivera, hacían su avance a paso acelerado hasta obligar al enemigo a retirarse, batiéndose hacia los cerros de San Pedro.

El teniente coronel Rivera continuó su avance, y yo, con mis dragones, llegué al lugar donde había estado atorado el cañón; pero los orozquistas ya habían conseguido sacarlo y retirado por el camino de Janos, junto con dos cañones más, protegiendo la retirada de su artillería con una extensa línea de tiradores, cuyo número sería difícil precisar.

Al percatarse el enemigo del número reducido de hombres que yo llevaba, empezó a cargar con decisión sobre mi fuerza; y entonces ordené que todos desmontaran y ocultaran los caballos en un pequeño barranco, para resistir pecho a tierra el ataque del enemigo.

Al mismo tiempo destaqué uno de mis oficiales de órdenes para que violentamente fuera a notificar a los demás jefes de caballería la orden de avanzar, a paso veloz, para evitarme la pena de huir.

La situación se había hecho casi insostenible cuando, por nuestro flanco derecho, empezaron a aparecer algunos infantes de los 47.º y 48.º Cuerpos Rurales; los cuales entraron a tomar parte en el desventajoso combate que estábamos sosteniendo.

En los mismos instantes se incorporaban algunas otras fracciones de caballería al mando del general Blanco, ocupando una loma alta a nuestra izquierda, y entrando desde luego en acción.

El enemigo empezó a replegarse; y entonces pudimos observar, a simple vista, que la artillería iba en retirada por el camino que conduce al rancho El Cuervo, y de allí a Casas Grandes.

El general Blanco mandó pedir al general Sanginés un cañón para emprender la persecución; mas yo le supliqué me permitiera continuar inmediatamente, porque, de lo contrario, podía el enemigo ganar distancia; a lo cual accedió el general Blanco, marchando juntamente con nosotros.

El enemigo, al darse cuenta de nuestro avance, se dividió en dos columnas; una de las cuales hizo alto y se desplegó en tiradores, desmontando y colocándose pecho a tierra para resistirnos.

Cuando estuvimos a una distancia en que sus fuegos comenzaron a ser efectivos, hicimos alto y, desmontando también, nuestros dragones se pusieron a contestar el fuego del enemigo.

El combate fue de muy poca duración, lográndose la retirada de los contrarios, que en un principio pretendieron contener nuestro avance, pero la artillería había tomado ya alguna distancia.

La columna que iba con la artillería hizo alto entonces, y comenzó a proteger, con sus fuegos, a la que se retiraba perseguida por nosotros.

Cuando esto sucedía, se escuchaba a la izquierda de nuestra retaguardia, y con dirección al rancho de San Pedro, un fuego nutrido de fusilería y detonaciones de bombas Martín Hale.

Estábamos ya como a quince kilómetros del campamento cuando nos dio alcance el mayor Díaz de León, quien me comunicó órdenes del general Sanginés para que me reconcentrara al campamento de Ojitos. Con el mismo mayor mandé recado al expresado general, diciéndole que teníamos todas las probabilidades de capturar la artillería enemiga y que, por esta circunstancia, continuaba la persecución, anunciándole que al terminarla me incorporaría.

Continuábamos en seguimiento del enemigo hasta el rancho El Cuervo, donde los orozquistas intentaron hacerse fuertes, obligándonos a seguir nuestro avance por un arroyo que llega hasta las casas del rancho, para hacerlo con menos peligro. Con este movimiento quedaron divididas las columnas enemigas, y nosotros en el centro.

En aquel rancho se quedó el general Blanco, reconociendo un carro que el enemigo había dejado abandonado; y yo continué el avance con unos cuantos hombres solamente, pues una parte de la fuerza se había quedado a retaguardia con los caballos cansados.

En esta vez el enemigo emplazó los tres cañones que le quedaban y, con ellos, abrió fuego sobre nosotros; y yo, al ver esa resolución, ordené dejar los caballos y avanzar pie a tierra sobre los cañones.

Hicimos el avance en la siguiente forma:

Pagador Miguel Antúnez y capitanes Corral y Gálvez, con 17 dragones, por el frente; yo con los capitanes Guerrero y Márquez y mi asistente Rafael Valdez con 23 soldados por el flanco izquierdo, y el capitán Cervantes y el subteniente Buendía, con 20 dragones, por el flanco derecho. Los atacantes, por el frente y el flanco derecho, entrarían de caballería, y nosotros, pie a tierra, por tener que avanzar en terreno más plano.

Tan pronto como iniciamos nuestro movimiento, el enemigo abrió fuego de artillería; pero nosotros continuamos resueltamente el avance y dimos el asalto en la forma convenida,

desconcertando de tal modo al enemigo, que en unos cuantos minutos nos habíamos apoderado de dos de sus cañones y de algunos carros de víveres, haciéndole algunos heridos y habiendo muerto a algunos artilleros y herido a otros.

En tales momentos se incorporó el capitán Rubio, a quien ordené que con sus dragones avanzara dos kilómetros más, a fin de que cubriera nuestra retaguardia cuando nosotros hubiéramos dado media vuelta; pues consideré conveniente suspender allí la persecución y regresar al rancho El Cuervo, donde el general Blanco nos esperaba.

El capitán Rubio, de acuerdo con mis instrucciones, hizo su avance, y, en la marcha, descubrió que el enemigo trataba de inutilizar, en una pequeña sinuosidad, el cañón que le quedaba, logrando capturárselo también.

A las tres de la tarde nos habíamos reconcentrado al rancho El Cuervo, con la artillería, los carros y demás elementos quitados al enemigo. En el mismo rancho se habían reconcentrado igualmente los soldados que en nuestro avance quedaron atrás con los caballos cansados.

Nos preparábamos ya para emprender la marcha con rumbo al campamento de Ojitos, cuando un oficial, a quien había ordenado subir por la escala de un papalote (molino de viento) que servía para proveer de agua al rancho, nos avisó que se avistaba una columna de caballería por nuestra retaguardia.

Al recibir aquel aviso, destaqué al pagador Antúnez y al capitán Corral con órdenes terminantes de salir a reconocer aquella fuerza, y no regresar al campamento sin haberse cerciorado si aquélla pertenecía o no al enemigo; y al mismo tiempo, por vía de precaución, distribuí a la tropa en los corrales, en las casas y en los bordes de la presa.

Antúnez y Corral, con un arrojo digno de encomio, llegaron hasta el lugar donde se encontraba la columna y cambiaron algunas palabras con su vanguardia, volviendo a toda prisa a darme parte de que aquella fuerza era enemiga. Los orozquistas no sospecharon la comisión que habían llevado aquellos hombres, a quienes creyeron compañeros suyos.

Aquella columna enemiga era precisamente la que nos había atacado en nuestro campamento de Ojitos, por el Poniente, y que había sido rechazada por el teniente coronel Rivera, con parte de la infantería de la columna.

El enemigo, al descubrir en el rancho El Cuervo sus carros y sus cañones, tuvo la certeza de que la fuerza que allí estaba acampada pertenecía a la misma que había atacado Ojitos y replegándose después hasta aquel rancho; y en esa creencia emprendieron su avance a incorporársenos, en completo desorden y sin sacar siquiera sus armas de las respectivas fundas. Y cuando estuvimos a un distancia conveniente, abrimos fuego sobre ellos, poniéndose desde luego en fuga, sin intentar ninguna resistencia.

Emprendimos la marcha hacia el campamento, adonde llegamos al siguiente día, a las dos de la madrugada, después de hacer una persecución de cerca de 40 kilómetros, en la que habíamos capturado al enemigo toda la artillería que intentaba salvar, y en cuya jornada pasamos 32 horas sin tomar alimento alguno.

Ya en el campamento, fuimos informados de que el teniente coronel Rivera, en su avance sobre el flanco izquierdo del enemigo, lo había obligado a huir con tal precipitación que abandonó dos cañones.

La columna orozquista fue dispersada completamente, habiéndosele hecho regular número de bajas, entre muertos y heridos, y 11 prisioneros.

Nosotros tuvimos un número tan reducido de bajas, que apenas es creíble; pues no llegaron a veinte, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos, el teniente coronel Rivera, que resultó herido de una mano, y el soldado Casimiro Valdez, del 4.º Batallón de Sonora, quien fue atravesado de un muslo por un proyectil enemigo, a pesar de lo cual continuó combatiendo y avanzando un kilómetro más.

El general Sanginés no trataba de ocultar su satisfacción; él tenía una perfecta comprensión de lo aventurado que había sido nuestra expedición al internarnos en un territorio completamente hostil.

Al enemigo se le recogieron también algunos carros de harina, cuya mercancía se distribuyó entre la tropa, que desde hacía dos días carecía enteramente de ella.

El general Sanginés, al siguiente día, me confesó el constante temor que había tenido de que fueran a cumplirse las profecías de Garibaldi, y que tal cosa le había hecho pasar algunas noches sin conciliar el sueño.

El avance de la División del Norte continuaba por el Noroeste, y nosotros hacíamos nuestros preparativos para avanzar a Casas Grandes y, de allí, a Ciudad Juárez, último reducto del orozquismo.

El día 10 de agosto se emprendió la marcha, habiendo acampado a las seis de la tarde en el rancho El Cuervo.

El día 11 marchamos a acampar a la hacienda de Ramos, y el día 12 se continuó el movimiento, llegando por la tarde a Colonia Dublán, frente a Casas Grandes, plaza esta última que había sido ocupada por la división al mando de los generales Téllez y Rábago.

Como la artillería quitada al enemigo en el combate de Ojitos era precisamente la que en Rellano habían quitado los orozquistas al general Téllez, en este jefe se despertó algún celo hacia nosotros, y empezamos a notar de parte de él algunos signos de hostilidad, aunque hábilmente ejecutados.

El general Téllez ordenó que se nos recogiera aquella artillería y la que desde antes teníamos, disponiendo que quedáramos guarneciendo las plazas de Dublán y Casas Grandes y la vía del ferrocarril al Norte, y él marchó a ocupar Ciudad Juárez; en la que días después hizo su entrada, anunciando la prensa de El Paso, Texas, que el general Téllez había entrado triunfalmente a Ciudad Juárez con la artillería quitada al enemigo.

Yo había pasado a guarnecer Casas Grandes con 100 hombres. Había en la ciudad más de 300 orozquistas amnistiados; y, a inmediaciones, grupos de rebeldes de alguna importancia.

Posteriormente recibimos órdenes de reconcentrarnos en Pearson, y en esos días, cerca de Cumbre, al sur de Pearson, el mayor Salvador Alvarado, con el Cuerpo Auxiliar Federal, atacaba y dispersaba a un grueso núcleo de rebeldes.

Los prisioneros hechos en la batalla de Ojitos fueron puestos en absoluta libertad, por orden del general Sanginés.

De Casas Grandes, se nos ordenó avanzar por el Noroeste con rumbo a Ciudad Juárez, teniendo que reparar algunos puentes destruidos por el enemigo en Santa Sofía y Sabinal. Hechas las reparaciones, llegamos a Sabinal el día 31.

Nos encontrábamos acampados en dicha estación, cuando el general Sanginés nos advirtió que debíamos estar preparados para hacer los honores a nuestro general en jefe, Victoriano Huerta, que debería pasar por aquella estación, en su viaje del Sur a Ciudad Juárez.

El día 1.º de septiembre a las 12 m. se dejó ver el tren explorador y, pocos momentos después, llegaba éste a la Estación Sabinal, seguido del tren especial del general Huerta. Nuestras tropas presentaron armas y el general Sanginés nos llamó a los jefes para presentarnos con Huerta.

Sanginés estuvo muy galante al presentar a cada uno de nosotros; y al llegar a mí, dirigiéndose a Huerta, le dijo: —Mi general: tengo el gusto de presentarle a usted al teniente coronel Obregón, quien quitó la artillería en la batalla de Ojitos. Huerta, tendiéndome la mano, replicó: —Ojalá que este jefe sea una promesa para la patria.

Terminados los honores de ordenanza, los trenes se pusieron en marcha, y nuestras tropas continuaron el avance hacia Guzmán, en donde hicimos alto al llegar, y después de una corta estancia en aquel punto continuamos la ruta hasta Ciudad Juárez, adonde llegamos el día 7.

Los orozquistas habían formado un grueso núcleo invadiendo con él a Sonora, persiguiendo como objetivo inmediato la plaza de Agua Prieta. Los informes recibidos hacían ascender la columna enemiga a más de 1 000 hombres, y en Agua Prieta estaba como jefe de la línea el teniente coronel Begné, con menos de 300 hombres.

El gobernador Maytorena había hecho algunas gestiones ante el general Huerta para que las tropas de Sonora volvieran a su Estado a activar la campaña contra el orozquismo; y como nada consiguiera, hizo salir a su secretario particular, Ismael Padilla, a El Paso, Texas, de donde estuvo éste conferenciando telegráficamente con el señor Madero, en compañía del cónsul Llorente; consiguiendo, al fin, que el Presidente ordenara a Huerta la inmediata salida de la columna de Sonora para aquel Estado.

Se habían hecho ya las gestiones necesarias para que pudiéramos hacer la marcha por territorio norteamericano, y obtenido el permiso para ello, cuando se recibió la noticia de que había sido pedida la plaza de Agua Prieta por José Inés Salazar, Emilio Campa, Antonio Rojas y otros jefes orozquistas, que intentaban atacarla con 1 500 hombres.

Recibí orden del general Sanginés para proceder a embarcar toda mi tropa y caballada esa misma noche, en trenes que con tal objeto habían sido puestos a mi disposición en la estación del ferrocarril.

El día 12, a las tres de la madrugada, estábamos embarcados, y emprendimos la marcha rumbo a Agua Prieta, adonde llegamos el mismo día, teniendo al enemigo ya a la vista.

Con la incorporación de nuestra columna a la plaza de Agua Prieta y los preparativos que el general Sanginés ordenó tomar desde luego, el enemigo desistió de su empresa y acampó a distancia de algunos kilómetros de nosotros.

El efectivo de fuerza que entonces tenía la plaza, era de 1 200 hombres, con 8 ametralladoras, 4 fusiles Réxer y 2 morteros de 80 mm, que a cambio de nuestra artillería nos había dado el general Huerta, y que estaban al mando de un sobrino suyo.

El enemigo, al considerar empresa difícil la toma de Agua Prieta, hizo un movimiento rápido y atacó el mineral El Tigre, apoderándose de aquella plaza y procediendo a hacerse de todos los elementos que allí había, contándose, como principal producto de su entrada, 60 barras de plata que se llevaron consigo.

Al recibir el general Sanginés el aviso de la toma de El Tigre, ordenó que de Nacozari salieran fuerzas al mando del teniente coronel Villaseñor y del mayor Trujillo a recuperar aquella plaza, disponiendo, al mismo tiempo, que de Agua Prieta se movilizara el mayor Alvarado con el Cuerpo Auxiliar Federal, por ferrocarril hasta Estación Esqueda, para que, de allí, continuara su marcha por tierra a reforzar las tropas que debían atacar y recuperar El Tigre. Este movimiento se efectuó el día 15.

Al siguiente día recibí orden del general Sanginés para salir yo con 150 hombres del 4.º Batallón Irregular de Sonora y una ametralladora, al mando, esta última, del teniente Maximiliano Kloss, con el objeto de reforzar a Nacozari, plaza que, según noticias recibidas en el Cuartel General, estaba seriamente amagada.

Obedeciendo esas órdenes, preparé mi tren, y salí un día después que el mayor Alvarado, a quien encontré a mi paso por Fronteras, incorporándome a Nacozari a las seis de la mañana del día siguiente.

En Nacozari permanecimos todo aquel día (17), y parte del siguiente; mas como en la tarde de este último día tuviera conocimiento de que el enemigo había evacuado El Tigre y se aproximaba al pueblo de Fronteras sobre la misma línea del ferrocarril de Nacozari Agua Prieta, pedí permiso al general en jefe para marchar en mi tren hasta aquel pueblo, permiso que obtuve ya muy tarde.

Al emprender el avance nuestro tren, fui informado de que las líneas telegráficas habían sido cortadas, quedando, por lo tanto, incomunicado con el Cuartel General.

Esa misma noche llegamos a Fronteras, acampando con toda clase de precauciones.

## BATALLA DE SAN JOAQUÍN

El día siguiente lo pasábamos sin novedad, pero a la una de la tarde se presentó una de nuestras exploraciones, dando parte de que una columna enemiga, cuyo número se aproximaba a 900 hombres, acababa de acampar en San Joaquín, 9 kilómetros al norte de nuestro campamento y 4 al oriente de la vía del ferrocarril.

Desde luego ordené que se formara mi tropa, la que se componía de 8 oficiales y 180 soldados, con una ametralladora al mando del teniente Kloss, y les hablé en estos términos:

> Tenemos al enemigo acampado a nueve kilómetros de nosotros en número aproximado de 900 hombres; nuestro tren está listo y en unos 40 minutos podríamos llegar, retrocediendo, a Nacozari, donde estaríamos enteramente seguros con la guarnición que hay en la plaza; pero debemos recordar que no hemos venido a dar la espalda al enemigo, y, por lo tanto, espero que todos los que estén dispuestos a ir al combate en estas condiciones, den un paso al frente.

El movimiento fue general y simultáneo, no habiendo un solo soldado que no demostrara el mejor ánimo.

Como el hecho antes relatado se desarrolló en presencia de algunos vecinos de aquel pueblo, éstos se sintieron inspirados del mismo entusiasmo que embargaba a los soldados, y, momentos después, se me presentaban 34 vecinos armados, trayendo como jefe al señor Aniceto Campos, presidente municipal del pueblo, ofreciéndose desde luego para acompañarme al combate.

Agradecí aquel ofrecimiento, y separé del grupo al presidente municipal, y cuando estuvimos a una distancia que nos permitía hablar sin ser oídos, le dije:

> Yo no llevaré a ustedes al combate, porque tengo la seguridad de que voy al sacrificio, y si nosotros como soldados estamos obligados a sacrificarnos, no debemos sacrificar a hombres que no tienen el compromiso nuestro, y cuyas familias tendrían que sufrir las vejaciones y atropellos de que serían objeto por parte del enemigo, después de que ustedes hubieran quedado en la lucha. Deben, pues, permanecer ustedes en el pueblo, cuidando sus hogares y reforzando la pequeña guarnición que tiene la plaza.

Dicha guarnición se componía de 25 hombres del 5.º Batallón.

El tren estaba listo, y a las 3 p. m., emprendimos la marcha, llevando emplazada la ametralladora sobre el *caboose*.

El enemigo, que había hecho una jornada pesada, había juzgado conveniente tomar un descanso y algún alimento, para atacarnos por la noche en Fronteras; y, seguros como estaban de que no había más fuerza que la mía y siendo a la vez conocedores del reducido número de hombres que la formaban, consideraron innecesaria toda precaución.

Cuando el enemigo, con sorpresa, notó el movimiento nuestro, destacó 100 hombres sobre la vía para detener el avance de nuestro tren; pero el convoy, en unos cuantos minutos, se ponía frente al campamento enemigo, a tiempo que ordenaba yo el desembarco de toda la tropa, y esto cuando ya la avanzada enemiga hacía sus primeras descargas.

Ordené al teniente Pioquinto Castro quedara custodiando el tren con 30 hombres, y los demás emprendimos el avance, todos pie a tierra, porque ni yo ni los oficiales teníamos caballo.

La ametralladora del teniente Kloss se había descompuesto y hubo que dejarla en el tren, avanzando también aquel oficial, haciendo fuego con su fusil.

Yo no podía, con el escaso número de hombres con que iba a entrar al combate, tomar otro dispositivo que no fuera desplegados en tiradores, y avanzar de frente sobre el centro del núcleo enemigo.

El terreno en San Joaquín, en la parte en que acampaba el enemigo, es plano; pero tiene algunas ciénagas y muchas cercas de alambre, obstáculos que hacían muy desventajosa la situación de la caballería, y de esta arma era toda la fuerza del enemigo.

Fue tal la sorpresa que logramos dar a los orozquistas, que en menos de una hora estábamos en el centro de su campamento, capturándoles una ametralladora sin darles tiempo a que la emplazaran siquiera.

El combate se hizo reñido; pues aunque la sorpresa había sido completa y el enemigo estaba desconcertado, su número era abrumador, y encontrábamos siempre una resistencia superior a nuestros elementos.

El instinto de conservación, que en muchos casos suple ventajosamente al valor, probablemente acudió en este caso en auxilio de nosotros, obligándonos a hacer esfuerzos que quizás, en otras circunstancias, no habríamos podido desarrollar.

Habíamos logrado desalojar al enemigo de todo el valle, obligándolo a replegarse a los cerros que están al oriente de San Joaquín, lugar en el que se había hecho fuerte, pretendiendo, al parecer, reorganizarse.

Entonces el teniente Kloss, en compañía de dos soldados, empezó a avanzar sobre el cerro por el flanco derecho del enemigo. Este movimiento, que había sido hijo de la propia iniciativa de Kloss, nos había colocado en situación difícil, ya que el enemigo, al darse cuenta de él, cargaba sobre aquellos tres hombres casi aislados; mas dejarlos perecer, cuando su conducta era tan heroica, era para mí doloroso, y protegerlos era comprometer el combate, cosa también de pensarse.

Opté al fin por lo segundo, y destaqué al teniente Francisco González, ayudante mío, con 6 hombres, para que se parapetaran en una cresta de piedra que está en la falda del cerro, y desde allí protegieran a Kloss.

Un soldado vino a comunicarme que Kloss había recibido una herida en una rodilla y que continuaba con dificultad avanzando sobre el cerro.

Destaqué entonces al capitán Rocha con unos cuantos hombres más en apoyo del movimiento de Kloss, mientras que yo, por el frente, con los capitanes Martínez y Guerrero sosteníamos, con el resto de la tropa, el fuego del enemigo.

El capitán Rocha se incorporó a los tenientes Kloss y González en los momentos más críticos, y empezaron a rechazar al enemigo por su flanco derecho.

Ordené entonces el avance al capitán segundo Francisco Bórquez con otra pequeña fracción a reforzar a Rocha, y el avance por el frente al capitán Martínez.

Una hora después, el enemigo había sido completamente desalojado de los cerros y dispersado en todas direcciones.

A las siete de la noche cesó el fuego completamente, y empezamos a tocar reunión en las casas de la hacienda de San Joaquín.

Hice salir al capitán Guerrero a Fronteras a traer a los vecinos que al mando del presidente municipal se habían presentado armados ofreciendo sus servicios, para que, agregando la pequeña fracción del 5.º Batallón que estaba de destacamento en aquella plaza, se hiciera la persecución con aquella gente descansada; pero como este contingente llegara ya tarde, completamente de noche, consideré inútil y aventurado cualquier movimiento con tan reducido número de hombres, máxime cuando todos eran de infantería.

Por la mañana del siguiente día se reconoció el campo donde se había librado el combate, y fueron encontrados 33 muertos del enemigo y recogidos 228 caballos ensillados; entre éstos el que montaba José Inés Salazar, jefe de la columna enemiga, quien resultó herido de un brazo en aquel combate. Se recogieron también más de 150 armas, un telémetro y un regular lote de objetos varios, probablemente de los que habían saqueado de la tienda de raya del mineral El Tigre.

Se rescataron a los orozquistas a cuatro ciudadanos norteamericanos que los rebeldes habían hecho prisioneros en el mineral ya citado.

Las 60 barras de plata que los rebeldes robaron en El Tigre las habían ocultado antes de librar el combate, y días más tarde fueron encontradas.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar 10 muertos y 16 heridos.

Terminado ya de levantar el campo, me trasladé con mi gente a Fronteras, donde atendimos a los heridos, habiendo prestado muy importantes servicios en esta labor el norteamericano Thinker.

Dos días después, o sea el 22 de septiembre, nos incorporamos a Agua Prieta con todo el botín recogido al enemigo.

Con este golpe terminó el orozquismo en Sonora. Salazar, que era el jefe de la expedición, resultó herido, habiendo logrado cruzar la línea divisoria para curarse en los Estados Unidos. Campa hizo igual cosa.

La dispersión fue completa, y después de diez días, tiempo que se tomaron los demás grupos de dispersos para salir del Estado, Sonora había quedado enteramente libre de reaccionarios.

Pocos días más tarde, el general Sanginés sufrió una caída de su caballo, fracturándose dos costillas, motivo por el cual tuvo necesidad de dejar el mando de la columna, siendo sustituido por el general de brigada Miguel Gil.

Poco tiempo después recibí orden de marchar para Hermosillo y emprendí la marcha, habiendo acampado con mi batallón en Anivácachi y continuado de allí a Naco, donde nos embarcamos por ferrocarril para proseguir a Hermosillo, plaza a la que nos incorporamos a mediados de diciembre.

Al día siguiente se me comunicó mi ascenso a coronel, habiendo sido ascendido también el teniente coronel Rivera y los capitanes Cota y Guerrero.

El 25 del mismo mes el gobernador Maytorena había regresado a Guaymas, procedente de México.

En Hermosillo estuvimos acampados algún tiempo, y considerando que el orozquismo se había extinguido, pedí mi baja para retirarme a atender a mis pequeñas propiedades en el río Mayo, baja que me fue concedida por el señor Ismael Padilla, secretario de Gobierno del Estado de Sonora, verbalmente, a reserva de que me fuera ratificada en forma debida por el gobernador cuando este funcionario llegara a aquella ciudad.

Al separarme del servicio, hice entrega de mi batallón al mayor Antonio A. Guerrero.

## CUARTELAZO DE LA CIUDADELA

Maytorena, al tener conocimiento de mi separación, me llamó para tratar un asunto de carácter confidencial, y llegado que hube el día 10 de febrero a Guaymas, me enteré de que había sido comunicado de México el pronunciamiento y la muerte de Reyes, así como la situación en que se encontraba Félix Díaz en la Ciudadela.

Ocurrí a la casa particular del señor Maytorena, a quien encontré en su oficina, acompañado de Carlos Randall, tesorero general del Estado, y de su secretario particular, Francisco R. Serrano (hoy general de brigada).

El gobernador Maytorena estuvo informándome del curso que seguían los acontecimientos en la capital, por las noticias que le comunicaba el presidente Madero, manifestando confianza en que sería sofocada la rebelión por las tropas leales que había en la capital.

Pasamos, después, a tratar de otros asuntos, y Maytorena llevó la conversación a las elecciones de diputados al Congreso del Estado, que se aproximaban ya; manifestándome sus deseos de que lanzara yo mi candidatura para diputado por el distrito de Álamos, ofreciéndome para tales trabajos su apoyo. A ello me rehusé, diciéndole que como mi criterio estaba en pugna con la política seguida por él, mi labor en el Congreso tendría que ser de oposición, y que en aquellos momentos no consideraba oportuna ninguna obstrucción a su Gobierno, en tanto que, por otra parte, no podía yo renunciar a mi criterio para sostener su política. Sobre este tema discutimos por algún rato y, al final, ofrecí al gobernador Maytorena que me trasladaría al distrito de Álamos y hablaría con algunas personas que yo juzgaba populares y de honorabilidad reconocida, para ver si se conseguía llevar al Congreso de Sonora una representación que dejara satisfechas las aspiraciones de nuestro distrito.

Durante cuatro días consecutivos estuve visitando al gobernador Maytorena para informarme del desarrollo de los acontecimientos de la capital. Todas las noticias que se recibían del Centro, y que el señor Maytorena me comunicaba, tenían el sello del más completo optimismo.

Con respecto a las elecciones, el señor Maytorena aceptó, por fin, mi proposición de trasladarme al distrito de Álamos y trabajar para que la representación del mismo en el próximo Congreso recayera en persona de honorabilidad reconocida y miembro, además, del partido antirreeleccionista.

Aceptada que fue mi proposición, me trasladé a Hermosillo el día 14, para volver en seguida con destino a Navojoa, adonde nos dimos cita algunos amigos; entre los que figuraban como principales: Ignacio Mendívil y su hijo del mismo nombre, Zenón Castro, Severiano A. Talamante, Fermín Carpio, José J. Obregón, hermano mío, y otros cuyos nombres no recuerdo.

A Navojoa llegué el día 18, y allí hablamos extensamente sobre el asunto que me llevaba, sin llegar a un acuerdo definitivo.

Al siguiente día me trasladé a Huatabampo, llegando a mi casa a las 9 a. m.

Es ocioso describir el efecto que causó mi llegada al seno de mi familia. Mis tres hermanas y mis dos chamacos me recibían de regreso de la campaña contra el orozquismo; y al circular la noticia de mi arribo todos mis hermanos residentes en el pueblo y los amigos de más intimidad que allí tenía se reunieron en mi casa para saludarme y felicitarme.

Había transcurrido apenas una hora de mi estancia, tiempo insuficiente aún para desvanecer la emoción que a todos nos embargaba, cuando un mensajero llegó a entregarme un telegrama de carácter Urgente.

Aquel telegrama había sido depositado en Hermosillo, y estaba firmado por el gobernador Maytorena; telegrama por el cual me llamaba con urgencia, diciéndome que acontecimientos importantes demandaban mi presencia en Hermosillo.

Inmediatamente ordené que fueran remudadas bestias al coche que me había conducido desde Estación Navojoa a mi casa, y, media hora después, me despedí de mis hermanas y de mis hijos, emprendiendo la marcha de regreso.

A Estación Navojoa llegué a las cuatro de la tarde y pasé al hotel Ortiz, donde nuevamente nos reunimos los señores Ignacio Mendívil, José J. Obregón, Fermín Carpio, Severiano A. Talamante, Ignacio Mendívil hijo, Zenón Castro, algunas otras personas, que no recuerdo, y yo; y ya allí, precisamente en la reunión, confirmamos las noticias telegráficas que se habían recibido sobre la aprehensión de los señores Madero y Pino Suárez.

Todos los en aquellos instantes reunidos sentimos la indeclinable obligación de salvar al país de la usurpación artera encabezada por Victoriano Huerta, y los señores Fermín Carpio, Severiano A. Talamante y mi hermano José J. Obregón quedaron resueltos a acompañarme para ofrecer también sus servicios, con las armas en la mano, al gobernador Maytorena.

El señor Ignacio Mendívil habló conmigo en tono confidencial, y me dijo: —Yo marcho mañana a Sinaloa para levantar el Distrito de El Fuerte, en donde creo ejercer una influencia directa sobre las clases trabajadoras.

La reunión se disolvió, y quedamos listos los que marcharíamos a Hermosillo en tren de pasajeros, que pasaría en la madrugada del día siguiente. Este viaje tenía algunos peligros, pues el Cuartel General de las fuerzas federales en Sonora estaba en Torin, río Yaqui, y algunas estaciones del ferrocarril a lo largo de la región del Yaqui, hasta Empalme, estaban guarnecidas por federales, y nosotros éramos ya bien conocidos por éstos como decididos partidarios del señor Madero.

## EN HERMOSILLO. ANTE EL GOBERNADOR

Por la tarde del siguiente día llegamos a Hermosillo mi hermano, Carpio, Talamante y yo, y en la noche pasé a hablar con el gobernador Maytorena, a quien encontré en un estado que inspiraba lástima. Se quejaba con amargura de la situación en que estaba colocado, sin que la indignación se manifestara en ninguna de sus palabras, limitándose a decir: Yo se lo decía al señor Madero.

En la plática que tuve con Maytorena le hablé de las personas que iban conmigo a ofrecerle sus servicios, después de decirle que contara conmigo para sostener su Gobierno y defender la dignidad nacional. Maytorena me contestó: No son hombres de armas los que necesito en estos momentos; lo que necesito es que me ayuden a guardar el orden.

Ya bastante avanzada la noche me retiré, muy desconcertado, sin poder aclarar cuál sería la actitud de Maytorena.

Al día siguiente volví a la oficina del Gobernador, haciéndome en esta vez acompañar de las personas que de Navojoa habían ido conmigo para ofrecer a aquél sus servicios.

Al hacer a Maytorena la presentación de mis acompañantes, descubrí en su rostro algunos signos que denunciaban el esfuerzo que tenía que hacer para mostrarse amable. Yo expresé a Maytorena que aquellos eran los señores de quienes le había hablado en nuestra entrevista de la noche anterior y los cuales estaban dispuestos a empuñar las armas para defender la legalidad de su Gobierno y la dignidad nacional; que eran hombres de reconocido prestigio en el distrito de

Álamos y los más apropiados para encabezar el levantamiento en aquella región. Mis acompañantes afirmaron, ante el Gobernador, su resolución de encabezar el movimiento contra Huerta en el distrito de Álamos, agregando que, para el efecto, sólo esperaban la anuencia de él. Maytorena les contestó, con una voz desprovista de energía: Agradezco a ustedes su buena intención; pero en estos momentos no debemos alterar el orden. Mis acompañantes y yo abandonamos la oficina del señor Maytorena, profundamente decepcionados de aquel hombre.

## CRECIENTE INDIGNACIÓN EN SONORA. MAYTORENA SIGUE VACILANTE

El Gobernador ordenó la reconcentración de las fuerzas irregulares del Estado en Hermosillo, por vía de precaución quizás, y debido a la constante labor que hacíamos el coronel Benjamín G. Hill Y yo en tal sentido, para evitar que los federales de Guaymas y de Torin fueran a apoderarse de la capital del Estado, sin esfuerzo alguno.

El coronel Hill demostró, desde luego, la más completa entereza para combatir a la usurpación, así como la intransigencia más radical para tratar con el grupo científico que en Hermosillo encabezaba José María Paredes.

De todas las ciudades y pueblos del Estado, Maytorena recibía protestas de adhesión, en términos altivos y resueltos, para defender su Gobierno.

Era entonces comandante militar de la plaza de Hermosillo el coronel Rivera, del ejército federal; y aun cuando su honorabilidad era reconocida, empezó a dudarse de su lealtad; siendo entonces designado yo para desempeñar aquel puesto, en sustitución de Rivera, a quien se le encomendó una comisión en el Norte.

Por aquellos días se incorporaron el coronel Juan G. Cabral y el mayor Salvador Alvarado, quienes también manifestaron estar resueltos a sostener la legalidad del Gobierno, con las armas en la mano.

El día 22 del mismo mes el telégrafo nos llevó la noticia de los asesinatos del presidente y del vicepresidente; y, a continuación, la de la exaltación a la Primera Magistratura de la República del traidor más abominable, que ha tenido nuestra patria, Victoriano Huerta.

La indignación que esas noticias despertaron en todo el Estado de Sonora es una nota que debe enorgullecemos: En el pueblo de Nacozari, Bracamontes y el teniente Macías; en Agua Prieta, el comisario de policía, Plutarco Elías Calles (hoy general de brigada); en Fronteras el presidente municipal, Aniceto Campos (hoy teniente coronel), y en Cananea, el presidente municipal Manuel M. Diéguez (hoy general de división), empezaron a sublevarse.

Entretanto, el Gobernador no tomaba ninguna resolución y continuaba cruzándose telegramas con Rodolfo Reyes.

Maytorena había hecho salir a su secretario de Gobierno, señor Ismael Padilla, a Coahuila, para conferenciar con el Gobernador de aquel Estado, C. Venustiano Carranza, con quien Maytorena había tenido una larga conferencia durante su última estancia en México, sin que ninguno de nosotros supiera cuál era el objeto de aquella comisión conferida a Padilla.

Al mismo tiempo, Maytorena enviaba en comisión cerca de Felipe Riveros, Gobernador de Sinaloa, al padre Esparragoza.

Maytorena empezó a telegrafiar a la frontera, calificando de bandoleros a los que se habían levantado en armas contra el llamado gobierno de Huerta.

La situación en Hermosillo se hacía cada vez más difícil y desconcertante para nosotros, por la actitud ambigua y cobarde de Maytorena, quien ya insinuaba su propósito de renunciar al Gobierno.

Ninguna influencia era posible ejercer sobre aquel hombre.

Hill, Alvarado, Cabral y yo constantemente trabajábamos para conseguir que Maytorena definiera su actitud, haciéndole ver la inconveniencia de su renuncia en aquellos momentos tan difíciles, y demostrándole que siendo él el Gobernador Constitucional del Estado, sería para nosotros la mejor bandera.

Una vez que Maytorena consideró inútiles sus esfuerzos para convencernos de que no debía alterarse el orden, nos presentó un telegrama trasmitido de Piedras Negras, Coahuila, por su secretario de Gobierno, Ismael Padilla, en que le comunicaba que Carranza había reconocido a Huerta, y que Sonora ya era el único Estado de la República que continuaba sin definir su situación.

En nuestro empeño porque Maytorena tomara la digna resolución que le insinuábamos, llegué yo, en cierta ocasión, a hablar en los siguientes términos:

Señor Maytorena: yo no necesito su persona para salir a la campaña; necesitamos solamente su apellido, que en estos momentos representa la legalidad. Protesto a usted que tomaré cualquiera de las plazas fronterizas que usted me indique, para que en ella establezca usted su Gobierno y de allí pase la línea internacional cuando no quede otro recurso para salvar su vida.

Aquel hombre fijó en mí sus ojos; pero tengo la absoluta seguridad de que no me miraba: sus palabras y sus movimientos denunciaban el más completo agotamiento moral, y casi con disgusto me contestó:

De abolengo traigo ligas, que no podré romper, con todos los hombres que ustedes llaman científicos; no tengo carácter para andar huyendo por las sierras, comiendo carne cruda, y, por último, estoy enfermo y mi agotamiento es tal que ya no puedo prolongar esta situación.

Aquellas terminantes declaraciones me dejaron convencido de que nada podíamos esperar de aquel pobre hombre, y me retiré de allí.

Con el telegrama que nos mostró Maytorena, firmado por Padilla, en el que se notificaba que el señor Carranza había reconocido a Huerta, quedaba ya confirmado el reconocimiento del Gobierno de Huerta por todos los Estados, a excepción del nuestro: (Posteriormente hemos sabido que el secretario de Gobierno de Sonora, enviado especial de Maytorena para conferenciar con el señor Carranza, manifestó a éste que Sonora había reconocido a Huerta, y que todo estaba en completa calma).

## RENUNCIA Y HUIDA DE MAYTORENA

El Congreso de Sonora, el día 26 de febrero, concedió a Maytorena una licencia que éste había solicitado para separarse temporalmente del Gobierno, nombrando Gobernador interino al señor Ignacio L. Pesqueira (hoy general de brigada), quien tomó posesión de su cargo el mismo día.

En la misma fecha de la licencia, Maytorena emprendió su huida de Hermosillo al Norte, llegando en tren hasta cerca de Magdalena, donde ocurrió un descarrilamiento, y, de allí, continuó en coche y en automóvil hasta ganar la frontera e internarse en los Estados Unidos, con destino a Tucson, Arizona, población donde fijó su residencia.

Maytorena, antes de solicitar permiso para separarse del Gobierno, hizo extraer de las cajas de la Tesorería General del Estado la cantidad de Doce mil pesos, que había por toda existencia, suma que recogió a pretexto de pagarse con ella, por adelantado, sus sueldos de seis meses que duraría su licencia, y distribuir el resto entre las personas que lo acompañaban, que eran también funcionarios de la administración, a título, igualmente, de sueldos por el tiempo que estarían ausentes.

## ESTALLA LA REVOLUCIÓN

El presidente municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez, se había ya lanzado resueltamente a la lucha en rebelión contra el usurpador; el presidente municipal de Fronteras, Aniceto Campos, valiéndose de una hábil estratagema desarmó a la guarnición de aquel pueblo el día 23 de febrero; mientras Bracamontes había atacado y tomado la plaza de Nacozari, y Calles se había salido de Agua Prieta con las fuerzas del Estado.

Ya era necesario, pues, emprender contra los federales una ofensiva rápida, porque el tiempo que nosotros perdíamos podía ser aprovechado por ellos para tomar con éxito una ofensiva contra los grupos rebeldes que con muy pocos elementos se habían levantado en la frontera.

En tales circunstancias, y antes de que se resolviera un plan de campaña, decidí emprenderla con mi batallón para la frontera Norte del Estado, dirigiendo, con tal motivo, con fecha 27 de febrero, la siguiente carta a mi pequeño hijo Humberto, quien entonces contaba cinco años de edad:

> Hermosillo, febrero 27 de 1913. Señor Humberto Obregón. Huatabampo, Sonora Mi querido hijo: cuando recibas esta carta, habré marchado con mi batallón para la frontera del Norte, a la voz de la patria que en estos momentos siente desgarradas sus entrañas, y no puede haber un solo buen mexicano que no acuda. Yo lamento sólo que tu cortísima edad no te permita acompañarme. Si me cabe la gloria de morir en esta causa, bendice tu orfandad, y con orgullo podrás llamarte hijo de un patriota. Sé siempre esclavo del deber: tu patria, tu hermana y esas tres mujeres que les han servido de madres, deberán formar un conjunto sagrado para ti, y a él consagrarás tu existencia. Da un abrazo a María, a Cenobia y a Rosa, y tú, con mi querida Quiquita, reciban el corazón de su padre. *Álvaro Obregón*.

El día 5 de marzo se declaró solemnemente, por el Gobierno de Sonora, que no reconocía a Victoriano Huerta como Presidente de la República. El documento en que se hizo constar esa declaración aparece reproducido en seguida:

IGNACIO L. PESQUEIRA, Gobernador interino del Estado Libre y Soberano, a sus habitantes, sabed:
Que el Congreso del Estado ha tenido a bien decretar lo que sigue:

*Número 122*

El Congreso del Estado, en nombre del pueblo, decreta lo siguiente:

LEY QUE AUTORIZA AL EJECUTIVO PARA DESCONOCER AL C. GENERAL VICTORIANO HUERTA COMO PRESIDENTE DE MÉXICO

ARTÍCULO PRIMERO. La Legislatura del Estado Libre y Soberano de Sonora, no reconoce la personalidad del C. general Victoriano Huerta como Presidente interino de la República Mexicana.

ARTÍCULO SEGUNDO. Se excita al Poder Ejecutivo del Estado para que haga efectivas las facultades que le concede la Constitución política del mismo.

*Transitorios*

PRIMERO. Comuníquese al Ejecutivo la presente Ley para su sanción y promulgación.

SEGUNDO. Asimismo, comuníquese, con inserción de la parte expositiva del dictamen, y por el conducto del propio Poder Ejecutivo, al Tribunal Superior de Justicia y a las prefecturas y ayuntamientos de esta entidad federativa, así como a los poderes federales y a los demás Estados.

Salón de Sesiones del Congreso del Estado. Hermosillo, 5 de marzo de 1913. Alberto B. Piña, D. P. Garduño, D. S. M. F. Romo, D. S.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Palacio de Gobierno del Estado. Hermosillo, marzo 5 de 1913.

El Secretario de Estado interino, *Lorenzo Rosado*.

## PREPARATIVOS PARA LA LUCHA ARMADA

De antemano había yo conseguido del gobernador Pesqueira su autorización para salir a batir las fuerzas enemigas que estaban controlando el norte del Estado; habiendo incorporado al 4.º Batallón de Sonora las fracciones del 47.º y del 48.º cuerpos rurales.

En la misma fecha en que se hizo la declaración de que el Congreso y el Ejecutivo de Sonora no reconocían como Presidente de la República al usurpador Huerta, el gobernador Pesqueira extendió despacho de coronel al mayor Salvador Alvarado, nombrándole jefe de las operaciones en el centro del Estado.

Al coronel Hill le fue proporcionada una escolta del 5.º Batallón y se le dieron algunos pertrechos, nombrándolo jefe de las operaciones en el Sur, y al coronel Juan Cabral se le extendió nombramiento de jefe de las operaciones en el Norte.

Posteriormente, el mismo gobernador Pesqueira me expidió nombramiento de jefe de la Sección de Guerra, con permiso para salir a campaña al frente de mis tropas.

Con toda oportunidad, destaqué al mayor Antonio A. Guerrero con un piquete de soldados a destruir algunos puentes entre Guaymas y Estación Ortiz, para que los federales que estaban en el Sur no pudieran hacer un avance rápido y, de esta manera, poder hacer yo mi ataque sobre la plaza de Nogales, antes de que Hermosillo pudiera ser amagada.

El día 5, con permiso del señor Gobernador, organicé una parada militar con todas las fuerzas que había en Hermosillo,desfilando por las principales calles y haciendo alto en la plaza de Zaragoza, frente al Palacio de Gobierno, lanzando un Manifiesto al pueblo de Sonora, cuyo documento reproduzco íntegro a continuación:

*Al pueblo de Sonora*. Ha llegado la hora...; ya se sienten las convulsiones de la patria que agoniza en manos del matricida, que después de clavarle un puñal en el corazón continúa agitándolo como para destruirle todas las entrañas. La Historia, retrocede espantada de ver que tendrá que consignarse en sus páginas ese derroche de monstruosidad. El mundo civilizado contempla nuestra actitud y espera que sepamos defender la dignidad nacional. ¡Volemos a disputarnos la gloria de morir por la patria, que es la mayor de las glorias!, lancémonos sobre esa jauría, que con los hocicos ensangrentados aúllan en todos los tonos, amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez, para profanarlos también. Saciemos su sed de sangre hasta asfixiarlos con ella y seamos dignos del suelo que nos vio nacer. ¿Con qué derechos reclamaremos para nuestros hijos el título de ciudadanos si no somos dignos de serlo? Sonora

siempre ha sabido colocarse a la altura que le corresponde, y ahora dará una prueba de ello. Lancémonos, pues; a la lucha armada, porque la lucha del Derecho no puede llevarse a la práctica, porque el Derecho ha sido asesinado; y disputémosles a esos pulpos los ensangrentados jirones de nuestra Constitución. Arranquémosles todos los tentáculos, de un golpe, pero con la dignidad del patriota, siempre a la altura de nuestra causa; no descendamos al bajo nivel en que ellos se encuentran, cometiendo asesinatos. El respeto al vencido es la dignidad de la victoria. Es tiempo de renunciar a las delicias del hogar por las del deber cumplido. No toleremos la dignidad de la patria ultrajada. ¡Con los crímenes registrados en la capital, Nerón se horrorizaría!... ¡Monstruos sin dignidad ni conciencia!... ¡Malditos seáis! Hermosillo, marzo de 1913. El comandante militar de la plaza, coronel *Álvaro Obregón*.

El mismo día preparé mi salida para efectuarla al siguiente.

El día 6, a las diez de la mañana, en la estación de Hermosillo, había terminado el embarco de mis tropas,. que se componían del 4.º Batallón Irregular de Sonora y fracciones del 47.º y del 48.º Cuerpos Rurales, haciendo un efectivo total de 500 hombres.

El coronel Alvarado había quedado comisionado en Hermosillo para dar organización a los contingentes de voluntarios que se estaban presentando para ofrecer sus servicios, y encargarse también del reclutamiento, a fin de aumentar los batallones del Estado.

A las 9:15 emprendimos la marcha al Norte.

Por aquellos días la situación militar del Estado erá como se indica en el siguiente cuadro.

## SITUACIÓN DE FUERZAS FEDERALES

En Naco, 700 hombres con 2 morteros de 80 mm y 8 ametralladoras, al mando del general federal Pedro Ojeda.

En Cananea, 600 hombres con 4 ametralladoras, al mando del coronel Moreno.

En Nogales, cerca de 400 hombres perfectamente pertrechados, al mando de los coroneles Reyes y Koerlitzky.

Estas tres plazas están comunicadas entre sí por ferrocarril y el camino de las más distantes entre sí puede hacerse en tres horas, siendo, por lo tanto, sumamente fácil un rápido movimiento de concentración en cualquiera de ellas.

Al sur de Hermosillo controlaba la División del Yaqui, que tenía su cuartel general en Torin, Río Yaqui, siendo su general en jefe el general federal Miguel Gil, con efectivo aproximado de 2 000 hombres, distribuidos desde Guaymas hasta cerca de Cócorit.

Al sur del Yaqui, y en marcha para Torin, contaba el enemigo con los voluntarios del río Mayo, al mando de José Tiburcio Otero, quien había recibido nombramiento de coronel expedido por Huerta al aceptar éste las servicios que aquél le ofreciera para apoyar su Gobierno. Estos voluntarios sumaban aproximadamente 200 hombres.

En Álamos, el prefecto político Adrián Marcor, quien había hecho traición al Gobierno del Estado, de acuerdo con los principales acaudalados de la cabecera del Distrito, tenía alrededor de 200 hombres, entre los que figuraban los principales capitalistas que se habían afiliado sin escrúpulos al Gobierno usurpador.

Con la colocación que tenían las fuerzas federales quedaban cortadas completamente nuestras comunicaciones con el resto de la República y con la frontera de los Estados Unidos,

siéndonos, por lo tanto, imposible conocer los acontecimientos que se desarrollaban fuera de nuestro Estado.

El efectivo y la situación de nuestras tropas eran como sigue:

En Hermosillo, alrededor de 1 200 hombres, con una reserva de cartuchos aproximada a 60 000.

En Agua Prieta, Calles y Bracamontes con una fuerza aproximadamente de 500 hombres, regularmente armados pero con muy poca organización, debido a que la mayor parte de ellos eran voluntarios levantados recientemente.

En Estación del Río, donde se unen las vías del Ferrocarril Central de Naco y Cananea a Nogales, se encontraba el presidente municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez, con una fuerza de 300 hombres aproximadamente, con un armamento heterogéneo y careciente de parque.

En Navojoa, río Mayo, Obregón y Carpio con un gran número de indios armados de flechas.

En Sahuaripa, los hermanos García con algunos voluntarios que habían logrado reunir.

Y en otros puntos del Estado existían pequeños grupos que se organizaban para marchar a incorporarse al primer núcleo más importante que se aproximara a ellos.

Además de los contingentes federales que se dejan anotados, en Guaymas estaban a disposición del jefe de la División del Yaqui tres buques de guerra, que eran los cañoneros *Guerrero*, *Morelos* y *Tampico*.

Como se ve, militarmente nuestra situación no era muy envidiable.

La situación económica de la Revolución no era mejor; pues los únicos doce mil pesos que había en la Tesorería General del Estado cuando Maytorena preparaba su huida, éste los hizo sacar con pretexto de pagarse sus sueldos por los seis meses que llevaba de licencia y para distribuir el resto entre Randall y demás funcionarios que lo acompañaban en su huida, según queda dicho anteriormente.

Para mejorar en algo esa situación financiera, el gobernador Pesqueira había convocado a una junta de acaudalados, y les había impuesto un préstamo de cincuenta mil pesos en total.

Para estas fechas, en el distrito de Álamos había estallado la revolución, encabezando el movimiento los señores José J. Obregón, hermano mío, Fermín Carpio, Severiano Osuna y los hermanos Chávez, secundados por algunas otras personas más.

A la salida de mi columna para hacer la campaña en el Norte, fue nombrado pagador de la misma, a pedimento mío, el señor Enrique Breceda, quien desde un principio manifestó resolución y entereza para afiliarse a la revolución.

Las operaciones sobre la plaza de Nogales, que fue mi primer objetivo, se emprendieron, desarrollaron y consumaron con la toma de dicha plaza, en la forma que lo relata el parte oficial que oportunamente rendí al C. gobernador del Estado, con fecha 15 de marzo, y el que se reproduce a continuación.

# CAMPAÑA CONTRA HUERTA

## TOMA DE LA VILLA DE NOGALES

Hónrome poner en el superior conocimiento de usted que obedeciendo la orden verbal que recibiera de marchar con la columna de mi mando a tomar posesión de esta plaza, salí de esa capital el día 6 del presente a las 9 a. m. llegando a las 4 p. m. del mismo día a Magdalena, deteniéndome allí el tiempo indispensable para reparar la vía que tenía varios puentes quemados: salí de allí el día 10 habiéndose incorporado el coronel Cabral con algunos oficiales y 25 de tropa, deteniéndose el convoy en el cañón de Los Alizos, donde acampamos a las 7 p. m.; se nombró el servicio y se aprovisionó a la tropa para emprender la marcha pie a tierra, pues la vía estaba muy destruida y no había tiempo que perder, porque el general Ojeda podía reforzar Nogales y colocarnos en una situación difícil, habiendo emprendido esta marcha a las 2 a. m. del siguiente día, dejando una fajina competente para que trabajara día y noche en la construcción de puentes; se marchó todo el día, acampando en Troncón a las 5 p. m.; durante toda la tarde y noche estuvo nevando y nuestras tropas sufrían estas inclemencias, sobre las lomas de los flancos, frente y retaguardia, sin que se notara en los soldados el menor signo de desagrado; tal marcha se emprendió de nuevo; todo el día fuimos azotados por una lluvia menuda y fuerte viento del Norte, en todas las alturas se veía la nieve, y el frío era intensísimo; llegamos a Lomas a la 1 p. m. Después de establecer el servicio se pidió la rendición de la plaza, siendo comisionados para ello los señores Carlos Montague e ingenieros Juan Serrano y Pedro Trelles, quienes volvieron manifestando que los jefes, coronel Emilio Kosterlitzky y teniente coronel Reyes decían estar dispuestos a defenderla hasta quemar el último cartucho y derramar la última gota de sangre.

Inmediatamente salí para hacer un reconocimiento para ordenar el ataque; reconocido que hube las fortificaciones del enemigo, creí conveniente un asalto de noche, pues de día podría causarnos grandes daños, por las ventajas que sus trincheras ofrecían. Organicé dos columnas de 150 hombres cada una a las órdenes del mayor Antonio A. Guerrero y capitán primero Gonzalo A. Escobar.

A las 8 p. m. mandé formar dichas columnas y después de exhortar a jefe, oficiales y tropa, al fin del cumplimiento del deber, les ordené: al mayor Antonio A. Guerrero, que marchara con su columna, que se componía de 150 hombres del 4.º Batallón de Sonora para que marchara con ella a la 1 a. m., emprendiera el asalto sobre las trincheras del Oriente, marchando paralelo a la línea internacional, para evitar que los proyectiles fueran a causar daños en territorio norteamericano; iguales órdenes recibió el capitán Escobar, diferenciando solamente en que Escobar debería atacar las trincheras del Poniente. El coronel Cabral y yo entraríamos por el frente con 15 dragones del coronel Cabral, para iniciar el ataque y llamar la atención del enemigo, facilitando así el asalto general. Desde luego se pusieron las columnas en marcha, pues tenían que hacer un gran rodeo. A las doce y media salí con los 15 dragones avanzando por el centro, como estaba acordado, devolviéndome a las dos, porque las columnas no llegaban y nuestra situación era comprometida. A las cuatro, acompañado del coronel Cabral y los 15 dragones, avancé de nuevo por el centro y a la vez trasmitía órdenes a los jefes de las columnas para que si no podían emprender el asalto antes de amanecer, se retiraran al campamento, pues repito que de día no juzgaba prudente el asalto. Y a empezaba a aclarar y cuando los federales empezaban a tocar la diana reglamentaria se rompió el fuego por el flanco derecho y centro, porque los comisionados para trasmitir la orden de que no atacaran por haberse perdido la noche no llegaron a tiempo y lo hicieron cuando el combate había empezado. El mayor Guerrero, obedeciendo la orden, suspendió el fuego y marchó al campamento; el capitán Escobar hizo lo mismo, no pudiéndose retirar el capitán Acosta, que era uno de los oficiales de Escobar, porque su retirada habría sido peligrosa, porque con la fracción de su mando había avanzado mucho; en vista de esto mandé protegerlo con otra fracción del 5.º; el fuego no cesaba y al hacer un reconocimiento a las 10 a. m., pude ver que la situación de Acosta era comprometida; entonces destaque una fracción del Cuerpo Voluntario de Hermosillo al mando del capitán Fernando S. Betancourt a tomar una loma alta que está al sureste de Nogales, protegiendo así a las otras fracciones.

Este movimiento se hizo en seguida, y a las doce el fuego continuaba; el capitán Acosta, al ver cubierta su retaguardia, emprendió un ataque vigoroso sobre las trincheras federales; entonces ordene al coronel Jesús Chávez Camacho destacara al

capitán Reyes N. Gutiérrez con una fracción del 5, para que tomara los cerros del Poniente y los conservara para emprender el asalto en la noche, marchando el capitán Gutiérrez con los oficiales capitán segundo Francisco D. Santiago, teniente Delfino Álvarez, teniente Raúl Gallegos, subteniente Florencio León, capitán segundo Rafael Durazo con 22 de tropa del 5.º Batallón y 15 del 47.º. A las tres de la tarde, el fuego continuaba y recibí yo una nota del cónsul norteamericano comunicándome que nuestros fuegos estaban causando daños dentro de su territorio, cosa que no podía explicarse dada la colocación de nuestras tropas; inmediatamente después ordené a Acosta y Gutiérrez suspendieran el fuego para dar el asalto en la noche, manifestándoles la queja del cónsul; el fuego no fue suspendido, porque los federales, al verse perdidos, hacían descargas sobre Nogales, Arizona, esperanzados en que un conflicto pudiera salvarlos. Comisioné al coronel Chávez Camacho para que hiciera un reconocimiento de nuestras posiciones con instrucciones de hacer esfuerzos porque se suspendiera el combate para dar el asalto en la noche; pero no fue así; antes que pudieran dictarse estas órdenes, Acosta y Reyes emprendieron un ataque tan vigoroso, que los federales no pudieron resistir y empezaron a pasarse al lado norteamericano; el ataque fue forzándose y momentos después huían los llamados coronel Kostelitzky y teniente coronel Reyes, sin quemar el último cartucho, ni derramar una gota de su sangre, dando con ella la primera prueba de su absoluta falta de dignidad y pundonor militar al rendir las armas, que en mala hora les confiara la nación, a un ejército extranjero, probando a la faz del mundo que no son dignos de llamarse mexicanos los que violan la bandera que han jurado para pedir protección a otra.

La fracciones de Acosta y Reyes habían tomado ya posesión de esta plaza, cuando hice avanzar 100 hombres más para guardar el orden, que quedó perfectamente restablecido. A las siete de la noche recibí una carta del coronel norteamericano, diciéndome que ya retiraba sus tropas de la línea, porque veía que el orden en Nogales en nada se había alterado y que así lo comunicaba a su Gobierno, dándome también las gracias por haber sujetado el ataque a las Leyes Internacionales, pues estaba seguro que nuestros proyectiles no habían cruzado la línea y que nosotros no éramos responsables de los heridos que habían resultado en Nogales, Arizona. Al siguiente día hice avanzar toda la columna, entrando a esta plaza a las 8 a. m., en medio de un desbordante entusiasmo. Las pérdidas de nuestros enemigos fueron: un capitán primero, un teniente y 22 de tropa muertos, y heridos 24, habiendo quedado presos, en poder de las tropas americanas, todos los que atravesaron la línea en número de 250, quedando en nuestro poder algunas armas y cartuchos. Las pérdidas por nuestra parte fueron: 6 muertos y 9 heridos, contándose entre éstos el subteniente del 4.º Batallón de Sonora, Anselmo Armenta.

El comportamiento del capitán Acosta fue heroico, así como el de sus oficiales tenientes Julio Montiel y Juan B. Humar y la fracción del 48.º Cuerpo Rural en número de 65, habiéndose distinguido el capitán Reyes N. Gutiérrez, así como oficiales y tropa.

Felicito a usted, señor Gobernador, y por su conducto al pueblo de Sonora por la victoria obtenida contra la usurpación.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Nogales, Sonora, marzo 15 de 1913. El coronel jefe de la columna. *Álvaro Obregón.* Al C. Gobernador Interino del Estado, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo.

Con la captura de Nogales, todo el centro del Estado tuvo una base de aprovisionamiento de todos los elementos necesarios, y la revolución ganó facilidades para la introducción de pertrechos con que debía fomentarse el movimiento armado.

Siempre he creído que la toma de Nogales se debió a torpeza del enemigo y no a habilidad de nosotros, y me fundo en la siguiente consideración:

Nuestra marcha de Hermosillo a Nogales no podía hacerse en menos de seis días, mientras que el enemigo habría podido reforzar Nogales en menos de un día, hasta el grado de hacer bien difícil para nosotros la empresa de atacar y capturar aquella plaza; pero el enemigo, seguramente, no dio importancia a mi avance, no juzgó necesario reforzar la plaza, y tal confianza fue la causa de su primer fracaso.

Obtenida ya la comunicación con la vecina República Norteamericana por Nogales, por la prensa de aquel país tuvimos conocimiento de que el señor Carranza no había reconocido a Huerta y que en su carácter de Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila había protestado contra la bárbara usurpación, levantándose en armas en aquel Estado con los pocos elementos que quisieron secundarlo. Esto nos alentó mucho. Primero, porque el señor Carranza, conservando su carácter de Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila, representaba la autoridad legítima de aquel Estado; y segundo, porque conocíamos el importante papel que éste había tenido en el partido antirreeleccionista y en la revolución de 1910.

Antes de emprender la marcha sobre Cananea, como lo tenía resuelto, recibí un telefonema de Calles, comunicándome su resolución de atacar al general Ojeda en Naco, con una fuerza aproximada de 600 hombres que había logrado reunir, teniendo como principales jefes a Pedro Bracamontes, Miguel Antúnez, Samaniego, Escajeda, Gálvez, Gómez, y otros cuyos nombres no recuerdo.

Conocedor yo de los elementos y organización de las tropas de Ojeda, por haber sido la columna de éste aquella en que estuve incorporado con el 4.º Batallón de Sonora, trasmití orden a Calles por teléfono, vía Douglas, para que suspendiera el ataque, augurándole un fracaso si lo efectuaba antes que yo me incorporara; y así atacar a Ojeda con todo nuestro efectivo reunido.

Mi telefonema fue recibido en la Agencia Comercial de Roberto V. Pesqueira, que se había convertido en Agencia Revolucionaria, regenteada por el mismo Pesqueira y Francisco S. Elías; y de allí, fue enviado a Calles por conducto del diputado Adolfo de la Huerta que, procedente de México, había llegado a la frontera en aquellos días. Mi orden no pudo ser entregada con oportunidad a Calles, y éste llevó a cabo su ataque, realizándose, muy a pesar mío, mi profecía, pues nuestras tropas sufrieron un serio descalabro en el ataque que emprendieron contra el susodicho Ojeda.

Cuando hubo sido tomada la plaza de Nogales por nuestras fuerzas, se incorporó a aquélla el señor Francisco R. Serrano que, hasta poco antes, había sido secretario particular de Maytorena, y quien, al convencerse de la ineptitud y cobardía de aquel gobernante, lo abandonó, incorporándose a las fuerzas de mi mando, habiéndolo efectuado como ya digo, en Nogales. El señor Serrano fue comisionado para instalar algunas oficinas públicas en Nogales, labor a la que se dedicó mientras nosotros avanzábamos sobre Cananea.

Las operaciones que se emprendieron sobre Cananea dieron por resultado la captura de esta plaza por nuestras fuerzas, según se relata en el parte oficial respectivo que íntegro se reproduce a continuación.

## TOMA DE LA CIUDAD DE CANANEA

Hónrome comunicar a usted, que inmediatamente que fue tomada la plaza de Nogales destaqué al mayor Carlos Félix sobre la vía que viene a este mineral, para que procediera inmediatamente a la reparación de puentes que había quemados en dicha vía y poder marchar sobre Naco y esta plaza. En Nogales, y previo consentimiento del coronel Cabral, lo nombré segundo jefe de la columna, dándole a reconocer por la Orden General de la Plaza del día 16 del presente mes. El día 19, y ya cuando se había incorporado el coronel Alvarado, con sus tropas, ordené se emprendiera la marcha, llegando hasta Santa Cruz donde acampamos ese día, emprendiéndola el siguiente hasta llegar a Molina adonde se acampó esa noche; al día siguiente se abandonó la vía para marchar rumbo a Naco, emprendiendo dicha marcha a las 7 a. m. En San Pedro Palominas se dio a la tropa dos horas de descanso y la marcha continuó hasta llegar a Agua Verde, a las cinco de la tarde, acampando allí la columna. Esa misma noche se puso una nota al general Pedro Ojeda excitándolo a que saliera a batirse fuera de la población para evitar un conflicto internacional, cuya nota fue firmada por el coronel Cabral, con el fin de que Ojeda creyera que Alvarado y yo estábamos amagando esta plaza; sin embargo, Ojeda no salió. El 22 se hizo un llamamiento sobre Naco, como último recurso, para ver si Ojeda salía, presentándole 200 hombres solamente, no consiguiendo nuestro objeto; las avanzadas sostuvieron un ligero tiroteo replegándose hasta Naco. Reuní a los jefes y les manifesté mi determinación de marchar sobre esta plaza para atacaría y obligar a Ojeda que saliera en su auxilio; todos estuvieron de acuerdo, habiendo ordenado la marcha a las siete de la noche y atravesando la sierra de San José, para no ser vistos por el enemigo. Se marchó hasta la 1 a. m. del siguiente día, deteniéndonos en Sauceda, donde se le dio descanso a la tropa hasta las nueve, marchando por ferrocarril a Estación del Río donde estaba el coronel Diéguez, quien desde el cuartelazo encabezó el levantamiento de este mineral y permaneció en aquella estación para evitar que los federales avanzaran a

la frontera. Mientras la tropa tomaba descanso, se le mandó una nota al coronel Moreno intimándole rendición y fijándole para ello 18 horas que deberían cumplirse a las 6 a. m. del día 24. El coronel Moreno contestó que tenía orden superior de defender la plaza y que así lo haría. Reuní a mis jefes y les manifesté que yo no conocía Cananea y no podía desarrollar ningún plan de ataque antes de hacer reconocimientos detenidos; pero que tenía plena confianza en ellos y que de común acuerdo presentaran el plan que juzgaran más conveniente, porque no había tiempo que perder, habiendo presentado el siguiente: El coronel Diéguez con la fuerza que era a su mando, atacaría por el lado de los tanques; el coronel Alvarado, con su Cuerpo, atacaría por el lado de la población, y Cabral y yo, con los cuerpos 47.º Voluntarios de Hermosillo y una fracción del 5.º, por Luz Cananea, quedando el coronel Camacho en Lechería, con una fracción del 5.º, para que cuidara, si intentaban los federales salir por aquel rumbo y estableciera avanzadas sobre el camino de Naco. Este plan fue aprobado desde luego ordenando que las ametralladoras fueran distribuidas en la forma siguiente: una al coronel Diéguez, otra al coronel Cabral y yo, y dos al coronel Alvarado.

La marcha se emprendió a las tres de la tarde, deteniéndose el tren en Lechería, donde se dividieron las columnas, marchando cada una a su destino. La marcha que tuvimos que hacer el coronel Cabral y yo con nuestras tropas, resultó penosísima por lo accidentado del terreno y porque la temperatura había descendido mucho. A la 1 a. m. del 24 llegamos a Luz Cananea y desde luego procedí a colocar la gente, y al iniciarse el día destaqué algunas fracciones al mando del capitán Escobar a posesionarse de unas colinas que estaban a nuestra izquierda y que ofrecían algunas ventajas. Ya cuando la luz del día lo permitió, emplacé personalmente una ametralladora enfrente de la oficina telefónica de Luz Cananea, cuyo fuego batiría perfectamente todo aquel flanco. A las seis abría el fuego con la ametralladora sobre un pelotón de federales que avanzaban del cuartel a reforzar otro, que se había parapetado en una casa de adobes, haciéndoles cuatro bajas y rechazándolos; entonces empezó el fuego de los que había colocado en el terreno de la mina. En esos momentos abría sus fuegos el coronel Diéguez sobre el fortín federal que está en la loma, habiendo emplazado un pequeño cañón antiguo en la loma de los tanques, que era manejado por el mayor Aniceto C. Campos; los fuegos del coronel Alvarado empezaron en seguida y el combate se generalizó a las ocho de la mañana entrando en acción, por ambos lados, 7 ametralladoras, el cañón ya mencionado y como 1 200 fusiles.

El coronel Diéguez había logrado tomar magníficas posiciones y sus fuegos eran muy eficaces; el coronel Alvarado había colocado su gente en los edificios que ofrecían más ventajas; los federales contestaban con mucho brío desde el cuartel, el fortín de la loma y las casas que quedan frente a la Luz Cananea.

Como a la 1 p. m. hice un detenido reconocimiento, llegando hasta donde estaba el coronel Diéguez y allí observé las posiciones que ocupaba el coronel Alvarado; en vista de todo esto creí que la plaza caería en nuestro poder antes que el general Ojeda, que estaba en Naco, pudiera auxiliarla, pues ya había recibido aviso que dicho general alistaba su marcha en auxilio de dicha plaza. Considerando el fortín como la principal posición de los federales, ordené fuera tomado por asalto, emplazando 2 ametralladoras perfectamente fijas para que no perdieran su puntería con la trepidación, apuntadas al perfil de la trinchera de dicho fortín y que éstas abrieran sus fuegos cuando el clarín de órdenes lo indicara para proteger a los que dieran el asalto; para dicho asalto nombré al teniente Tiburcio Morales con 30 hombres que deberían emprender el asalto a las 9 p. m. para aprovechar la oscuridad, porque la luna salía a las once y el asalto sería mucho más difícil. Al capitán Acosta, con 50 hombres, le ordené se colocara en la loma inmediata y protegiera a Morales.

El combate duró todo el día sin que hubiera tregua ninguna, cesando al oscurecer. A las 8 p. m. marcharon Morales y Acosta a cumplimentar las órdenes que habían recibido, y el coronel Cabral y yo tomábamos un lugar conveniente para presenciar el asalto que empezó a las nueve.

Las ametralladoras que protegían a los asaltantes estaban manejadas por gente de Diéguez, dirigida por él. Las ametralladoras funcionaron perfectamente, y Morales avanzaba con éxito hasta poder lanzar a mano las bombas de dinamita que llevaba; nuestras ametralladoras suspendieron sus fuegos en estos momentos para no causar daño a los nuestros que estaban ya a orillas del fortín, cuando la dinamita explotaba dentro de las trincheras, notamos perfectamente que los federales huían, algunos de ellos pasaron cerca de nosotros haciéndonos algunas descargas; el fuego se suspendió de improviso, y la contraseña que había dado yo a Morales para cuando toman el fortín no se tocaba, lo que me demostró que el asalto se había frustrado y hasta llegué a creer que hubieran acabado con los nuestros, pues el silencio se prolongó, sin haber siquiera quien rindiera parte; la situación era angustiosa, y al transcurrir 25 minutos con aquella ansiedad, mandé llevar mi caballo y seguido de mi asistente, quise cerciorarme personalmente de lo que pasaba; caminamos hasta llegar al pie de la loma del fortín; allí dejamos los caballos, ordenándole a mi asistente que subiera por el flanco izquierdo de la loma, haciéndolo yo por el derecho, hasta encontrar algún soldado con quien tomar datos; en esos momentos nos abrieron fuego con una ametralladora del pie de la loma, lo que indicaba que la habían sacado del fortín, pues antes no tenían allí ninguna; al empezar el ascenso encontramos a un soldado de Morales, y éste nos dijo que los federales habían abandonado el fortín, pero que Morales hablá recibido aviso de que el fortín estaba minado y que al tomarlo él, lo volarían con su tropa, que por esto se retiró al recorte del ferrocarril para evitar el desastre; inmediatamente ordené a Morales que marchara a posesionarse del botín, pero en todo ese tiempo los federales se habían dado cuenta de que Morales no lo había ocupado y volvieron a posesionarse de él, emplazando de nuevo su ametralladora; al llegar Morales, abrieron fuego sobre él.

Notando esto, mandé inmediatamente al capitán Acosta a proteger a Morales con orden de que se retirara, pues la luna habla salido y nos ponía en condiciones de sacrificar mucha gente para tomar dicha posición.

El resto de la noche pasó sin ninguna novedad, reanudándose el combate al amanecer; los federales habían tenido muchas bajas, que no habían podido levantar, y como se les había cortado el agua, su situación se hacía insostenible.

A las dos de la tarde se suspendió el fuego del coronel Alvarado; poco después el del coronel Diéguez y en seguida tuve que suspender el nuestro por haber recibido un telefonema de Alvarado quien me decía que había firmado un armisticio con el coronel Moreno, que duraría hasta las doce del siguiente día; inmediatamente lo comuniqué a usted, pues era inexplicable firmar un armisticio que sólo favorecía a los federales y ponía a Ojeda en mejores condiciones de auxiliar dicha plaza.

Poco después recibí en contestación el siguiente mensaje:

Hermosillo, 25 de marzo de 1913. Para Cananea. Señor coronel Álvaro Obregón:

Enterado de su mensaje por el que participame que Alvarado celebró y firmó armisticio con el enemigo sin su previo conocimiento.

Permítome manifestarle a usted, jefe supremo de esas fuerzas, que es usted el único autorizado pan celebrar tratados con el enemigo, y, en consecuencia, puede y debe de declarar nulo el armisticio firmado por el coronel Alvarado, mandando reanudar ataque sobre posiciones del enemigo si estima lo conveniente.

Usted, señor coronel, es el inmediato responsable de las consecuencias consiguientes

Espero sus noticias.

El Gobernador Interino, Ignacio L. Pesqueira.

Al enterarme de este mensaje, quise reanudar el combate, pero las familias que habían permanecido entre los cerros sufriendo el frío y el hambre, al tener conocimiento del armisticio, se volvieron inmediatamente a sus casas para aprovecharlo, haciendo algo para comer, y como casi en su totalidad las casas son de madera, habríamos causado estragos entre los no combatientes.

Los federales, desde luego, se ocuparon en levantar sus heridos, recoger sus muertos, relevar la gente del fortín, que ya no pensaba resistir, aprovisionarse de agua y hacer loberas frente a Luz Cananea; este trabajo lo suspendieron porque le telefoneé al coronel Moreno, quien me dijo que no lo había ordenado él.

Al siguiente día recibí un telefonema de Alvarado, comunicándome que el coronel Moreno deseaba una conferencia con nosotros; accedí a ella y se verificó en el mineral La Demócrata, entre 11 y 12 m., sin ningún resultado, pues Moreno se negaba a rendirse y yo no exigía otra cosa.

A esa conferencia asistí con los coroneles Cabral, Diéguez y Alvarado. Por haber llegado a la hora fijada para abrir el fuego y estar aún en la conferencia, acordé con Moreno que se abriría a las dos de la tarde, tiempo apenas necesario para llegar cada quien a su campamento; a esa hora el fuego se abrió de nuevo y ordené que se preparara el asalto al fortín para esa noche, trasladándome a la estación del ferrocarril, para informarme de los movimientos de Ojeda, habiendo sabido allí que dicho general había salido ya de Naco.

Di las órdenes necesarias para que al oscurecer se movilizaran las tropas que operaban por Luz Cananea y las del coronel Alvarado a la estación del ferrocarril y que se alistaran los trenes necesarios para salir a encontrar a Ojeda, y que Diéguez quedara hostilizando al coronel Moreno para evitar que éste se saliera.

Al llegar a la Prefectura, como a las 6 p. m., me habló por teléfono el coronel Moreno, diciéndome que deseaba parlamento, que mandara suspender el fuego, a lo que contesté que tenía todo listo para dar el asalto definitivo al oscurecer y no tenía ningún objeto perder tiempo en parlamentar, y que lo suspendería solamente si él se rendía; quiso poner algunas condiciones para rendirse y sólo le ofrecí que serían tratados como prisioneros de guerra, contestando él que estaba rendido. Le dije entonces ordenara suspender el fuego inmediatamente, que mandara reunir sus oficiales y tropa, que ya salía yo para su cuartel; el fuego se suspendió, y en compañía del pagador Enrique Breceda, marché al cuartel federal.

A nuestra llegada el centinela tendió su rifle en el suelo y permaneció de pie; entramos al cuartel y al presentarse el coronel Moreno, le dije: Es usted mi prisionero; contestó: Sí, señor, entregándome su arma, que no acepté; le ordené que presentara oficiales y tropa, y lo hizo en seguida, siendo éstos 2 jefes, 8 oficiales y 300 de tropa, que aún permanecían armados; les mandé que depositaran sus armas y lo hicieron en seguida; comisioné a un oficial para que recogiera el armamento, ordenándole luego al coronel Alvarado que marchara con su cuerpo a tomar posesión del cuartel y recibiese los prisioneros, lo que hizo una hora después. Las bajas del enemigo fueron: 3 oficiales y 45 de tropa muertos; 4 oficiales y 40 de tropa heridos; prisioneros: 2 jefes, 8 oficiales y 300 de tropa, habiéndose podido escapar tres oficiales y algunos soldados que huyeron rumbo a Naco. Se recogieron al enemigo 3 ametralladoras, 500 máusers, 30 000 cartuchos, caballos, acémilas y algunos otros pertrechos de guerra. Las bajas, por nuestra parte, fueron: 6 de tropa muertos, y heridos: 2 oficiales y 15 de tropa; hubo también algunos muertos de los no combatientes, habiendo muerto el doctor Filiberto V. Barroso y un francés, quienes hacían fuego a nuestros soldados. Todas las tropas, sin excepción, se portaron valientes, pudiéndose hacer mención del coronel Diéguez, mayor Bule, capitán Kloss y teniente Malbow.

Felicito a usted, señor Gobernador y, por su digno conducto, al pueblo de Sonora por esta brillante victoria alcanzada por nuestros heroicos soldados y ya preparo todas nuestras tropas para salir a encontrar al general Ojeda, que salió de Naco con este rumbo.

*Sufragio efectivo. No reelección*.

Cananea, abril 26 de 1913.
El coronel en jefe. *Álvaro Obregón*.
Al C. Gobernador Interino del Estado. Hermosillo, Sonora.

## OPERACIONES DEL CORONEL HILL

Mientras la columna de mi mando efectuaba las operaciones a que se ha hecho referencia, el coronel Hill, que había salido de Hermosillo el día 10 de marzo, con instrucciones de operar por el sur del Estado, siguiendo la ruta de la Colorada, San José de Pimas, La Cuesta, Tecoripa y San Javier, había llegado el día 18 a La Concentración, y sostenido allí un combate con fuerzas federales, combate que se prolongó hasta el día 19, logrando el referido coronel Hill rechazar al enemigo con rumbo a Cumuripa con bajas que ascendieron aproximadamente a 50, entre muertos, heridos y dispersos; teniendo, por nuestra parte, solamente 7 bajas, que fueron, 3 muertos y 4 heridos.

El contingente con que el coronel Hill emprendió su marcha de Hermosillo fue el siguiente: teniente coronel José Díaz López; capitanes primeros Nepomuceno Fierros, Lucas Girón y Juan Gaxiola; tenientes Alfredo Márquez, Antonio Duarte, Ramón de la Vega y F. C. Macías; subtenientes Claudio Fox, hijo, Ramón Reyes R. y 91 individuos de tropa del 5.º Batallón Irregular de Sonora; pero durante su marcha había ido reforzando su columna con grupos más o menos numerosos que se le incorporaban para hacer la campaña contra el ejército de la usurpación.

## PROMULGACIÓN DEL PLAN DE GUADALUPE

En la fecha en que, después de tres días de sangriento combate, se rendía la plaza de Cananea, se consumaba otro hecho trascendental de la Revolución:

El mismo día 26 de marzo, en el Estado de Coahuila, en la hacienda de Guadalupe, se firmaba el Plan que debería ser la bandera de la Revolución y que se llamó Plan de Guadalupe, en el cual se puntualizaron las finalidades del movimiento y por el que se reconocía, por todos los jefes allí reunidos, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, al Gobernador Constitucional del mismo Estado de Coahuila, C. Venustiano Carranza, quien, sin vacilaciones, había desconocido a Huerta desde el momento de la traición de éste.

En Sonora, se pensó desde luego mandar a Coahuila una comisión ante el señor Carranza para felicitarlo por su actitud, y manifestarle, en nombre del Congreso y del Ejecutivo del Estado, así como en el de los jefes militares del mismo, la adhesión de Sonora al movimiento constitucionalista y el reconocimiento de su personalidad como Jefe Supremo del movimiento, sin establecer, por nuestra parte, condición alguna.

La comisión fue nombrada con tal fin, constituyéndola los señores Roberto V. Pesqueira y Adolfo de la Huerta, quienes, inmediatamente, emprendieron su viaje hacia Coahuila.

Por mi parte, hice la siguiente recomendación a los comisionados:

Les suplico presentar mis respetos al señor Carranza y, en mi nombre, sugerirle la idea, no como una condición, sino como iniciativa mía solamente, de que expida un decreto inhabilitándonos a todos los jefes que tomamos parte en el actual movimiento

armado, para ocupar puestos públicos, dado que todas las desgracias nacionales se han debido a desenfrenadas ambiciones de los militares.

La comisión se despidió, y nosotros continuamos preparando nuestras columnas.

## BRUTALES ATENTADOS DE OJEDA

Yo siempre tuve la mejor intención de tratar al enemigo con benevolencia, cuando éste estuviera vencido, y la mejor demostración de ello fue el tratamiento que, por nuestra parte, recibieron los jefes oficiales y soldados hechos prisioneros en Cananea, practicando mi teoría contenida en mi Manifiesto lanzado en Hermosillo: El respeto al vencido, es la dignidad de la victoria. Pero mi disposición y mis esfuerzos en tal sentido comenzaron a declararse estériles cuando, después de la toma de Naco, al incorporarse a mi columna las fuerzas de Calles y Bracamontes, pudimos conocer detalles sobre el brutal tratamiento que Ojeda estuvo dando a los nuestros que caían en sus manos; los heridos que Ojeda capturó al derrotar a Calles y Bracamontes, recibieron una muerte despiadada; sus cabezas fueron trituradas con enormes piedras que, por orden de Ojeda, se arrojaron sobre aquellos infelices heridos. Cierto día, dentro de la plaza de Naco, Ojeda ordenó la aprehensión de dos ciudadanos simpatizadores de nuestro movimiento, y luego hizo sacrificarlos con inconcebible lujo de crueldad y de barbarie, atando al cuello de cada uno un pañuelo, y haciendo retorcer éste con un bastón hasta que aquellos infelices quedaron estrangulados; siendo, después, sus cuerpos arrojados a la calle, donde estuvieron tirados durante dos o tres días. Cuando fueron conocidos estos criminales atentados, nuestros compañeros sintieron profunda indignación y empezaron a ser embargados por el deseo de venganza.

Para el día 13 de abril, la plaza de Naco estaba en nuestro poder y, dé la toma de esa plaza, rendí parte telegráfico al señor Carranza a Piedras Negras, Coahuila,donde entonces tenía establecido su Cuartel General; y el parte detallado de las operaciones efectuadas con ese resultado aparece: inserto en seguida, íntegro, tal como fue rendido en su oportunidad al Gobernador Interino de Sonora:

## TOMA DE LA PLAZA DE NACO

Hónrome en comunicar a usted que el día 26 de marzo próximo pasado, en que cayó en nuestro poder la plaza de Cananea, procedí desde luego al alistamiento de nuestras tropas para salir a batir al general Ojeda, quien había salido de esta plaza en auxilio de aquélla, y constituyendo un estorbo para nuestros movimientos los 300 y tantos prisioneros que hiciéramos allá, dispuse que fueran despachados en el tren que teníamos listo para nuestras tropas, ordenando un nuevo convoy para la columna.

Éste fue el motivo que retardó nuestra marcha, viniendo a aumentar la demora un descuido del conductor, que dejó sin manear los carros que ocupaba la gente del coronel Alvarado, empezando éstos a caminar y tomar poco a poco una velocidad vertiginosa, por la gran inclinación que en todo este trayecto tiene la vía, yendo el tren sin maquinista a detenerse hasta más allá de Estación del Río, después de estar a punto de sufrir un descarrilamiento de terribles consecuencias.

A las 8 p. m. se arregló el convoy, y se emprendió la marcha, llegando a Estación Meza a las tres de la mañana del siguiente día. Allí ordené se detuviera el convoy, pues juzgué peligroso continuar la marcha de noche, ignorando, como ignorábamos, el punto preciso en que se encontraba el enemigo.

Cuando amaneció, llegaron dos norteamericanos procedentes de ésta, quienes me informaron haber dejado al general Ojeda saliendo de Villa Verde para Estación Meza.

Desde luego destaqué una exploración de un piquete de 25 dragones y ordené que la tropa procediera a desayunarse para que estuviera lista, pues los datos de los norteamericanos me hacían ver que el combate se libraría entre Estación Meza y Villa Verde.

Antes, había librado órdenes a los tenientes coroneles Calles y Bracamontes para que tomaran la retaguardia de Ojeda, conservando siempre una distancia conveniente, sin atacarlo, hasta que nosotros empezásemos el combate.

Como a las nueve y en atención a que la exploración de caballería no regresaba, destaqué al mayor Bule con una fracción de su gente, en una máquina, para que hiciera un reconocimiento, del cual no regresó hasta las 12 m., informándome que Ojeda huía rumbo a este lugar, quemando los puentes de la vía del ferrocarril.

Inmediatamente procedí a embarcar la tropa, y cuando se hubo concluido el embarco, se emprendió la marcha, habiendo llegado a Villa Verde a las cinco de la tarde, donde fue preciso hacer alto, por haber encontrado el primer puente quemado; y viendo que era imposible dar alcance a los federales antes de que penetraran a Naco, ordené la contramarcha a Cananea, para dar descanso y provisiones a la tropa, que empezaba a sentirse extenuada, pues desde que se emprendió la marcha de Nogales no había descansado un solo día.

Esa noche llegamos a Del Río, pasando a Cananea al día siguiente, donde permanecimos hasta el 31 en la tarde, hora en que se emprendió de nuevo la marcha rumbo a esta plaza.

Esa misma noche llegamos al puente quemado, a 20 kilómetros de ésta, continuando de allí, al siguiente día, hasta el Papalote, donde se tomó descanso y donde encontré al teniente coronel Calles, habiendo acordado con él y con el coronel Alvarado un plan para ver si lográbamos hacer salir a Ojeda de esta plaza, consistiendo en lo siguiente: quedaría el coronel Alvarado con el mando accidental de toda la fuerza y marcharía con ella hasta ocultarla en La Noria, lugar en que sabía Ojeda se encontraban únicamente las fuerzas de Calles y Bracamontes, y yo, con los trenes, marcharía rápidamente a Hermosillo esparciendo la noticia, a mi paso por Nogales, de que llevaba todas mis tropas para esa capital, llamado violentamente por usted.

Así se hizo, y cuando Alvarado emprendió la marcha, en la noche, para la Morita, yo salí con todos los trenes para esa capital, dejando el convoy en Estación Lomas y llegando a Nogales únicamente yo.

Ese mismo día en la tarde, toda la prensa de la frontera anunciaba que había yo pasado con mi columna, llamado violentamente por usted, con motivo de que el general Gil avanzaba por el Sur sobre Hermosillo.

Como transcurrieron tres días sin que Ojeda hiciera ningún movimiento, determiné volverme para estudiar la manera de atacar esta plaza, llegando al kilómetro 12 el día 5. Encontré al coronel Alvarado acampado al pie de la sierra de San Juan, al poniente de ésta, y a los tenientes coroneles Calles y Bracamontes acampados al oriente, a 4 kilómetros.

Esta plaza estaba defendida por 500 hombres, más o menos, con 2 morteros de 80 mm y 4 ametralladoras, presentando su ataque serias dificultades para nosotros, como son: la línea internacional, que limita al pueblo por el Norte, impedía el ataque por aquel rumbo; atacando por el Sur, nuestros proyectiles tendrían que pasar al lado norteamericano. Debía atacarse, pues, solamente por los flancos, y siendo el terreno perfectamente plano y desprovisto de vegetación, el ataque se hacía muy peligroso.

El general Ojeda, durante los meses que estuvo preparando la defensa, había hecho construir loberas alrededor de la población, aspillerando todas las casas y formando trincheras en las azoteas. Había también construido trincheras en las calles, de tal manera que podía caminarse de un cuartel a otro sin descubrirse al enemigo. La artillería la tenía emplazada por los flancos, únicos puntos por donde podía ser atacado.

En vista de las condiciones en que se encontraba la plaza y tratando de evitar en lo posible el número de bajas que podría costarnos el ataque, quise hacer uso de la dinamita, construyendo una máquina que, enganchada a un carro del ferrocarril y aprovechando la inclinación de la vía, fuera a explotar precisamente frente al cuartel la dinamita necesaria para destruirlo y sembrar el pánico entre los federales, momentos que deberían ser aprovechados para el asalto.

Así lo comuniqué al coronel Alvarado, ordenándole que con sus fuerzas hostilizar a Ojeda, mientras que yo me trasladaba a Cananea a construir la máquina referida.

Salí ese mismo día para aquel mineral, donde permanecí hasta el día 7, en que la máquina quedó concluida.

Volví a incorporarme al kilómetro 12 y, citando allí a todos los jefes para tratar el asunto, quedó acordado en la forma siguiente: el coronel Alvarado, que tenía la dinamita, la mandaría con el teniente coronel Bracamontes y éste debería esperarme en el lugar en que estaba el carro que íbamos a lanzar sobre la plaza y al cual habíamos puesto por nombre Emisario de Paz, marchando él (Alvarado) con sus tropas a colocarse a 800 metros de esta plaza para emprender el asalto cuando el Emisario de Paz hubiera explotado, quedando por ese flanco, como reserva, el coronel Diéguez, con sus tropas. Los tenientes coroneles Calles y Bracamontes tomarían posiciones por el Oriente y emprenderían el asalto, lo mismo que Alvarado. Como el teniente coronel Bracamontes había quedado comisionado para arreglar la dinamita en el carro, sus tropas entrarían al ataque bajo las órdenes del teniente coronel Calles.

Cuando hube dejado todo dispuesto, tomé un automóvil y acompañado del señor Santiago Smithers marché a Agua Prieta a poner en conocimiento del coronel norteamericano que el asalto se daría esa misma noche, pues él me había suplicado que se le diera aviso para poner a salvo a las familias de Naco, Arizona. Llegué a Agua Prieta a las siete de la noche y tuve allí conocimiento, de que el coronel se había venido a Naco, Arizona, y emprendí desde luego el regreso, llegando al campamento del teniente coronel Calles a las diez de la noche. De allí mandé un recado al mencionado jefe norteamericano, quien a las 11:30 llegó al lugar en que yo me encontraba.

Tuve con el una conferencia, que duro media hora y a las doce salí para el kilómetro 9, donde se encontraba el Emisario de la paz, habiendo tenido que dar un rodeo por la Morita y Papalote, por lo que no fue posible llegar sino hasta las 2 a. m. No encontré allí a Bracamontes y, al preguntar por él, el jefe de la escolta me informó que caminaba por la vía llevando en una carrucha la dinamita, algunos cables, alambres y otros útiles, informándome también que Alvarado y Bracamontes habían acordado modificar el plan de ataque y que a eso obedecía el proceder de Bracamontes. Inmediatamente dirigí a este, jefe una nota previniéndole que lo haría responsable de las consecuencias, si hacía explotar la dinamita contraviniendo mis órdenes, y otra nota dirigí al coronel Alvarado comunicándole lo que decía a Bracamontes.

Como todos los jefes tenían órdenes de retirarse si la explosión no se efectuaba antes de iniciarse el día, creí que así sucedería al suspender la acción de Bracamontes; pero cuando amaneció empecé a escuchar un fuego nutridísimo, sin poder darme cuenta de lo que pasaba. Este fuego se prolongó dos horas, precisamente en dirección al flanco que ocupaba Alvarado, a quien puse una nota en seguida pidiéndole que me diera parte de lo que ocurría, y marché para el campamento de dicho coronel, donde se me enteró que Alvarado no se retiró al amanecer, esperando la contraseña de Bracamontes, y que habiendo sido descubierto por los federales, le abrieron fuego, rechazándolo y haciéndole 17 bajas, entre ellos dos oficiales. Las demás fuerzas se retiraron oportunamente, sin tener pérdidas que lamentar.

Todo ese día y el 9 se invirtieron en alistar la tropa para dar el asalto en la noche, acordándolo en la misma forma que el 7. A las tres de la mañana, fue lanzado el Emisario de Paz, impulsándolo la máquina hasta el kilómetro 7, y como no se oyera explosión alguna, las tropas se retiraron antes de amanecer. Ya de día, pude observar que el carro se había detenido entre el kilómetro 5 y 6. El Emisario fue recogido y se dieron las mismas órdenes para esa noche, solamente que esta vez se emprendería el asalto a las cuatro de la mañana, aunque la dinamita no explotara. A las 3:30 a. m., personalmente, lancé el Emisario de Paz impulsándolo con la locomotora hasta el kilómetro 4, y pasó el tiempo necesario para que hubiera hecho el recorrido, sin que se escuchara la explosión.

Llegó la hora fijada para el asalto, y nuestras tropas no lo emprendieron, escuchándose sólo el fuego de la artillería y fusilería del enemigo.

Marché, acompañado de mi Estado Mayor, al lugar donde creí que estarían nuestras fuerzas, y no habiendo encontrado a nadie, continué la marcha hasta el campamento del teniente coronel Calles. De allí cité a todos los jefes para las doce del día en el Cuartel General, para donde me regresé en seguida y donde recibí el siguiente parte: "Campamento, 12 de abril de 1913. Señor coronel Álvaro Obregón. Su campamento. Estimado compañero: Tengo la pena de comunicar a usted los sucesos acaecidos durante la mañana de hoy: llegué al lugar designado, a las tres menos 15, y una vez dada la señal convenida, salió el mayor Félix con su fuerza y el mayor Bule con la suya a emprender el asalto. Yo marchaba a la retaguardia de ellos con los Voluntarios de Magdalena, y habrían transcurrido diez minutos desde que se emprendió la marcha, cuando se presentó el mayor Félix manifestándome que el carro no había llegado hasta Naco, que iba muy despacio y se había parado. Regresose a continuar el avance con su gente, cosa que no pudo hacer, según me manifestó después, por haberse desmoralizado completamente su fuerza, diseminándose a favor de la sombra entre el chaparral al empezar a explotar entre ellos las granadas de cañón que arrojaba el enemigo. En esos mismos momentos se me presentó el mayor Bule, manifestándome que la fuerza de su mando se negaba a dar el asalto, empezando a diseminarse en pequeños grupos y ante la imposibilidad de llevar a efecto el ataque, resolvimos de común acuerdo, el mayor Félix, el mayor Bule y yo, empezar a recoger la fuerza para evitar que la ametrallaran en el llano al aclarar, cosa que pudimos hacer con una parte de la fuerza pues la demás ya venía en camino. Asimismo; noté que las fuerzas de Bracamontes; Elías, Acosta y Gómez estaban a nuestra derecha y sólo hacían algunos disparos, retirándose tan pronto como empezó el fuego de cañón. La fuerza del 5.º Batallón Irregular no fue posible que se me incorporara, porque el capitán López de Mendoza, que debió de haberlo traído, no pudo encontrarla, debido a que en la oscuridad de la noche se perdió entre los barrancos. Atentamente. El coronel Salvador Alvarado".

Después de enterarme de este parte espere la cita que para las 12 del día había dado a los coroneles Diéguez y Alvarado, tenientes coroneles Calles y Bracamontes, mayores Félix, Acosta, Urbalejo y Bule.

A la hora citada y antes de que se incorporaran los demás jefes, se presentó el teniente coronel Bracamontes, seguido de algunos hombres armados, pretendiendo asesinarme, exponiendo como pretexto que yo estaba traicionando y que necesitaban quitarme de enmedio.

Logré imponérmele sin necesidad de hacer uso de la fuerza armada, que, aunque allí no la tenía, podía haberla pedido a los campamentos inmediatos.

Poco después se reunieron los demás jefes, encontrándose también en la junta el señor Santiago Smithers, que había venido prestando muy importantes servicios.

Una vez reunidos, les hablé de todas las dificultades con que se había venido tropezando, de la desmoralización que empezaba a cundir entre algunos jefes, oficiales y tropa, de la necesidad que teníamos de tomar esta plaza a cualquier costo, mostrando la significación que este hecho tendría para nuestra causa.

El coronel Alvarado tomó la palabra y dijo que él juzgaba muy difícil el ataque, que las trincheras que había construido Ojeda eran magníficas, y que su tropa no estaba acostumbrada a pelear contra fortificaciones, como lo había probado la noche anterior.

Habló el teniente coronel Bracamontes, diciendo que la gente a sus órdenes no tenía confianza, que siempre había servido de carne de cañón.

El mayor Bule habló diciéndome que la gente de él se negaba a entrar al asalto.

Me dirigí entonces a los mayores Urbalejo, Félix y Acosta y capitán Arnulfo R. Gómez, quienes me contestaron que estaban dispuestos a obedecer mis órdenes en cumplimiento de su deber y que creían que en la forma en que yo indicaba el asalto, el éxito sería nuestro, suplicándome solamente que se cambiara la hora para emprenderlo, a las tres de la mañana.

Accedí a esta modificación, por juzgarla juiciosa y felicité a aquellos jefes, que no medían el peligro ante el cumplimiento del deber.

Los demás jefes hablaron entonces, diciéndome que ellos estaban también dispuestos a cumplir con las órdenes que se les dieran, y el coronel Diéguez me dijo: —Le suplico, mi coronel, que si llega a fracasar el asalto, me permita repetirlo mañana con la gente que es a mi mando, y le conteste que accedería a su petición.

Ordené entonces se formaran dos columnas, una al mando del mayor Carlos Félix, compuesta de 200 hombres de los cuerpos 47.º Rural, 5.º Batallón y Voluntarios de Horcasitas, con los oficiales capitán primero Ignacio C. Enríquez, capitán primero Miguel Ramírez, teniente Eutimio Márquez, teniente Francisco C. Castro y subteniente Víctor Bascasegua, y la otra columna al mando del mayor Acosta, compuesta del 48.º Cuerpo Rural y una fracción del 3.º que comandaba el capitán Arnulfo R. Gómez, la que iría al mando directo del mayor Urbalejo.

Con estas fuerzas iban los siguientes oficiales: capitán primero Arnulfo R. Gómez, teniente Florencio Fimbres, Julio Montiel y Juan B. Humar, con un total de 150 hombres de tropa.

A las cinco de la tarde mandé formar la fuerza que iba a tomar parte en el asalto, y dirigiéndole la palabra la excité en nombre de la justicia de nuestra causa, al estricto cumplimiento de sus deberes; y cuando terminé de hablar, en todos los semblantes se retrataba el entusiasmo, cundiendo hasta el grado de que el capitán segundo Tiburcio Morales y 4 soldados, que se encontraban enfermos, abandonaron sus camas y salieron del carro que les servía de hospital, pidiendo que les permitieran tomar parte en el asalto. Yo accedí con gusto y satisfecho de la actitud de aquellos valientes.

Luego emprendimos la marcha hasta llegar a un zanjón, que dista de Naco 800 metros, sitio que había estado ocupando el coronel Alvarado y desde donde estuvo hostilizando a los federales. Ya en aquel lugar, se colocó a la tropa en forma conveniente para que durmiera hasta la hora fijada para el asalto. A las doce de la noche se le habló al mayor Félix, y desde luego procedió a alistar su tropa, emprendiendo con ella la marcha, en que le servía de guía el capitán Enríquez. A esa misma hora, hacían sus movimientos de avance por el Oriente los mayores Urbalejo y Acosta, habiendo quedado el Cuerpo Auxiliar Federal en sus posiciones, y el coronel Diéguez como reserva al Poniente. Al Oriente y también como reserva, quedaron las fuerzas de los tenientes coroneles Calles y Bracamontes.

Una hora había transcurrido, cuando de improviso se dejó oír una descarga simultánea, seguida de otras muchas, y en unos cuantos minutos más el asalto estaba generalizado por todas las fuerzas que se había ordenado tomaran parte en él.

Ojeda, que había mandado formar un enorme montón de tablas y durmientes para prenderles fuego y descubrirnos si era atacado de noche, lo hizo arder en el momento del asalto y en un corto tiempo se levantó una inmensa llamarada que iluminaba perfectamente bien la llanura y a la luz de ella se veían con claridad los combatientes, que comenzaban ya a batirse cuerpo a cuerpo. La negra columna de humo producida por el fuego poco a poco empezó a ennegrecer el espacio, y media hora después era un cuadro indescriptible.

Los combatientes parecían no darse cuenta del peligro: los cañones y ametralladoras del enemigo batían la llanura; pero inútilmente, pues ya nuestros soldados estaban mezclados con los federales en las primeras trincheras. Quise reforzar a los asaltantes con 200 hombres del coronel Alvarado, pero éstos dijeron que no entrarían hasta el amanecer.

Entre tanto, la lucha continuaba con el mismo encarnizamiento, y, al amanecer entraron los 200 de Alvarado, al mando del mayor Bule, al mismo tiempo que por el Oriente entraban a reforzar a los asaltantes los capitanes Antúnez y Escajeda, y poco después empezaron a tomar parte las fuerzas de los tenientes coroneles Calles y Bracamontes y todas las demás fuerzas.

Siguió el combate hasta las diez, hora en que el general Ojeda comenzó a preparar su huida, incendiando una casa en que tenía armamento y 60 000 cartuchos. Momentos después, Ojeda atravesaba la línea internacional y rendía sus armas al ejército norteamericano, habiendo dejado abandonados a su propia suerte a un capitán y dos tenientes, que ni siquiera sabían dónde se encontraba su jefe.

Estos oficiales se batieron todavía una hora más, con un valor digno de otra causa. Como a las once, y cuando llegaba yo a la calle Central, salieron del cuartel algunos federales, que huían en precipitada fuga para ganar la línea, y viendo yo que tenían que pasar forzosamente por el sitio en que me encontraba, torné el rifle de uno de los muertos que estaba cerca y empecé a hacerles fuego y marcarles el alto, y el mayor Acosta, que se dio cuenta de esto, avanzó inmediatamente con algunos de sus soldados a protegerme, logrando así detener y desarmar a 2 oficiales y 40 soldados que corrían.

Durante quince minutos más siguieron escuchándose algunos disparos aislados de los federales que habían quedado cortados, y a las 12 del día todo había terminado, habiendo dado nuestras tropas la nota más brillante que pueda dar un ejército, y el general Ojeda, la segunda prueba de que los jefes federales están perfectamente desprovistos de honor militar y patriotismo, pues, sin

ruborizarse siquiera, tanto los defensores de Nogales como él, habían atravesado la línea internacional y rendido sus armas a un ejército extranjero, antes que derramar una gota de sangre en nuestra patria, que en mala hora hiciera confianza en ellos.

Desde luego se procedió a levantar el campo y preparar los funerales, con los honores debidos, de los valientes tenientes Márquez y Villegas, que habían muerto con el heroísmo de los patriotas.

El enemigo dejó en el campo 79 muertos, 23 heridos, y 2 oficiales y 80 de tropa prisioneros; 2 cañones de 80 mm, 104 máusers con 30 000 cartuchos, caballos, mulas y otros pertrechos.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar la muerte de los tenientes Eutimio Márquez y Eduardo Villegas y 15 individuos de tropa, y heridos los capitanes primeros Ignacio Enríquez y Miguel Ramírez, teniente Francisco G. Castro y subteniente Víctor Bascasegua y 36 de tropa. No hago especial mención de ninguno de los jefes y oficiales que tomaron parte en el asalto, porque todos, sin excepción, estuvieron heroicos.

Felicito a usted, muy entusiastamente, señor Gobernador, por este nuevo triunfo, y hago a usted presentes las seguridades de mi atenta subordinación y respeto.

*Sufragio efectivo. No reelección*.

Naco, Sonora, abril 15 de 1913.

El coronel en jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Gobernador Interino, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo, Sonora.

Los comisionados por el Estado de Sonora para hacer presente la adhesión del Ejecutivo y del ejército de Sonora al Plan de Guadalupe llegaron a Monclova, Coahuila, y en aquella ciudad se celebró una Convención entre ellos y los jefes del movimiento en Coahuila, el 18 de abril, quedando desde aquella fecha reconocido por las autoridades y el ejército de Sonora, como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el señor don Venustiano Carranza, reconocimiento que más tarde ratificó y promulgó por Bando el Congreso de Sonora.

Después de derrotar a todas las fuerzas federales que ocupaban la frontera, dejando controlada así toda aquella zona por la Revolución, regresé a Hermosillo con la mayor parte de mis fuerzas, quedando Alvarado y Calles encargados de vigilar la frontera.

De Hermosillo continué a Estación Batamotal, a 12 kilómetros de Guaymas, donde tenía su campamento el coronel Ramón Sosa, que era jefe de las fuerzas que teníamos avanzadas en aquella estación para vigilar los movimientos de los federales, y cuyo efectivo era, aproximadamente, de 800 hombres.

No pudo desde luego emprenderse un ataque sobre Guaymas, porque estábamos sumamente escasos de parque, siendo la dotación media de 40 cartuchos por plaza; y, con este motivo, determiné esperar pertrechos, mandando, entretanto, una columna ligera de 300 hombres de caballería, a las órdenes del teniente coronel Rodríguez para que operara en la región del Yaqui, procurando tomar contacto con el contingente que de Álamos mandaría el coronel Hill, para atacar la plaza de Torin, lugar este último que tenía una guarnición de 600 hombres, incluyendo los reaccionarios encabezados por José Tiburcio Otero, que ya se habían incorporado.

Justo es consignar que, para esa fecha, el coronel Hill había tomado posesión de la plaza de Álamos, como resultado de las activas operaciones que desarrolló después de la batalla librada en la Concentración; operaciones que el mismo jefe relata en la siguiente forma:

El día 5 de abril emprendí mi marcha a Minás Nuevas con el grueso de mi columna, donde establecí mi Cuartel General, amagando la ciudad de Álamos. En la tarde del mismo día, las avanzadas me rindieron parte de que sabían que el enemigo en número de 70 hombres había salido de Álamos a atacar a nuestros puestos avanzados, y ordené, desde luego, que salieran fuerzas competentes a batirlo, entablándose un nutrido tiroteo que duró media hora, obligando a los federales a dar media vuelta en el más completo desorden, y dejando en el campo 4 muertos, entre ellos Alfredo Santini.

Los espías que llegaron el día 6, procedentes de Álamos, me informaron que la plaza estaba bien defendida por una guarnición de más de 500 hombres, con parque en abundancia; que habían establecido muy buenas fortificaciones alrededor de la

ciudad, así como que también habían sembrado de minas los lugares por donde nosotros teníamos necesidad de pasar para hostilizar a los defensores de la plaza.

Estos informes me hicieron comprender que con los elementos que yo tenía me sería imposible emprender un asalto general sobre la plaza con probabilidades de éxito inmediato, y con este motivo comuniqué órdenes a todos los puestos avanzados para que, cuando cerrara la noche, se aproximaran haciendo demostraciones hostiles sobre la plaza, con objeto de que el enemigo agotara sus municiones.

Esta táctica me dio los resultados que yo esperaba, puesto que el enemigo hacía nutridísimo tiroteo cada vez que mis fuerzas se aproximaban a la ciudad, agotando con ello sus reservas de parque; y cuando después de once fingidos asaltos, estuve perfectamente convencido de que no resistirían el ataque general sobre la plaza, lo inicié el día 16 de abril en la siguiente forma:

El teniente coronel José Díaz López, con su gente, tomó posesión de las lomas de Agua Escondida, y yo, personalmente, avancé por el barrio de La Capilla con la gente de los capitanes Guillermo Chávez y Ramón Gómez y de los tenientes Antonio Duarte y Alfredo L. Márquez, consiguiendo llegar hasta La Esmeralda, donde establecí mi cuartel general y ordené el ataque sobre un fortín federal que se encontraba como a 460 metros de donde nosotros nos habíamos establecido.

Toda la noche del 16 estuvimos tiroteándonos con el enemigo. El día 17 se me presentó el C. coronel Alejandro Gandarilla con 30 hombres, quien forzando sus marchas pudo llegar en momentos muy oportunos a cooperar de una manera efectiva en el ataque de la plaza.

A la una de la tarde del día 17, el enemigo izó bandera blanca en sus fortines, mandando como emisarios de paz a los señores Alfonso Goyecolea y José María Sifuentes, reos políticos que los federales tenían prisioneros y que prestaron muy útiles servicios como parlamentarios.

Después de oír a los emisarios de paz del enemigo, en virtud de no convenirme las proposiciones que me hacían, reanudé el ataque sobre la plaza, cayendo ésta en nuestro poder el mismo día, a las tres de la tarde, procediendo luego a desarmar a los federales y vecinos que la defendían, quienes entregaron todos los pertrechos que tenían en su poder. Allí hicimos prisioneros a los señores Pánfilo Santini, que era el jefe de las armas; a su hermano, Francisco J. Santini, enemigo acérrimo de nuestra causa; a Adrián Marcor, ex-prefecto político del distrito, que defeccionó cobardemente con elementos del Estado; a Flavio S. Palomares, ingeniero militar de la plaza, y a dos señores extranjeros, cuyos nombres no recuerdo, quienes se habían encargado de colocar minas para hacerlas explotar entre nuestros soldados; a Ignacio Mendívil y su hijo Aureliano y como a cuarenta individuos más, todos enemigos acérrimos de la Revolución.

En esta acción de armas tomaron importante participación también el coronel Juan Antonio García, el mayor Juan Cruz y el teniente Fausto Topete, quienes desalojaron al enemigo que estaba posesionado del cerro de la Campana, frente a la estación del ferrocarril, que nos hostilizaba mucho. Como mis tropas carecían hasta de lo más indispensable y no tenía ningunos recursos para abastecerlas de provisiones y equipo que con más urgencia estábamos necesitando, procedí a imponer algunas multas a los prisioneros que habían caído en nuestro poder, en virtud de que todos ellos eran hombres adinerados y habían ayudado pecuniariamente al Gobierno de Huerta.

Con el producto de dichas multas quedó completamente equipada mi columna, proporcionando fondos a las tropas expedicionarias de Sinaloa, así como también a las guerrillas que comandaba el coronel Díaz, de Chínipas, y con el resto de la cantidad que quedó en mi poder ordené se procediera a la reparación de la vía del ferrocarril hasta Cruz de Piedra, Sonora.

El día 1.º de mayo, estando en Estación Empalme, se avistó en alta mar una flotilla compuesta de 5 barcos y, antes de dos horas, pudieron ser reconocidos los cañoneros *Guerrero*, *Morelos* y *Tampico* y dos barcos mercantes, uno de los cuales era el Pesqueira.

Por la tarde del mismo día, aquellos barcos fondeaban en la bahía de Guaymas.

Al día siguiente pudimos saber que la guarnición federal del puerto, comandada por el general Miguel Gil, había sido reforzada con 3 000 hombres llegados con los generales Luis Medina Barrón y Francisco A. Salido, con bastante artillería de grueso calibre; sabiendo, también, que los federales en Guaymas hacían toda clase de preparativos para emprender su avance sobre Hermosillo.

Dos días emplearon los federales en hacer sus preparativos y al tercero emprendieron su avance, ocupando Empalme y el rancho de San José de Guaymas.

La situación era entonces comprometida, considerando la superioridad del enemigo, en número y elementos de guerra, así como que el combate que teníamos que librar sería

completamente decisivo. Era, pues, necesario poner de nuestra parte todo lo que estuviera dentro de los límites de lo posible para asegurar un golpe.

Yo consideré, desde luego, que la columna federal iría debilitándose a medida que avanzara al Norte, puesto que tendría la necesidad de cuidar su retaguardia con una serie de guarniciones que restarían considerablemente su efectivo en la batalla, dándonos con esto probabilidades de éxito al librarla.

Era, pues, conveniente, replegarnos al Norte sin perder el contacto con el enemigo hasta alejarlo de su base, todo lo necesario para poder infligirle una derrota completa y hacer después una persecución tenaz y prolongada sobre los restos de su columna, destrozándolos más, mientras mayor fuera la distancia en que se hiciera la persecución.

Por esas consideraciones, seguía yo replegándome al Norte para librar la batalla lo más retirado de Guaymas que fuera posible; cuando, en Estación Ortiz, recibí orden del gobernador Pesqueira de no retroceder más, porque en Hermosillo había inusitada alarma, e indicándome que, en caso de una derrota para nosotros a inmediaciones de Hermosillo, tendrían ellos que hacer su huida al Norte con mucha precipitación.

Esa orden me hizo contramarchar al encuentro del enemigo y librar la batalla en Santa Rosa, con el resultado que se verá en el parte oficial que se inserta a continuación.

## BATALLA DE SANTA ROSA

Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de usted, que el primero del presente se encontraba la columna de mi mando en la Estación Batamotal, llegando las avanzadas a Empalme, cuando me dieron parte de que tres buques se aproximaban a la bahía de Guaymas. Inmediatamente mandé al capitán Álvarez Gayou para que efectuara un reconocimiento, quien me informó que habían anclado en la bahía los cañoneros *Morelos* y *Guerrero* y el buque *General Pesqueira*, perteneciente a la compañía naviera. Mandé exploradores para que me informaran el número aproximado de tropas que éstos traían; y por los datos que tuve, los buques desembarcaron alrededor de 1 500 hombres, siendo 300 de caballería y con dotación completa de artillería. Como los cañoneros podían muy bien bombardear Empalme, inmediatamente mandé que se retirara la avanzada que allí tenía, mandando sacar antes todas las locomotoras, para entorpecer los movimientos del enemigo; esto se hizo en la madrugada del día 2, ya cuando el *Guerrero* estaba fondeando frente a Empalme, con actitud amenazante. A las seis de la mañana empezó el bombardeo sobre la población, donde sólo había mujeres y niños, que, creyendo que nada tendrían que temer, se habían quedado, pues todos los hombres, con excepción de los extranjeros, huyeron ante la presencia de los federales. Poseídas del pánico más espantoso, las familias huían en todas direcciones, teniendo yo que destacar algunas de mis fuerzas para recogerlas y traerlas al campamento, cosa que se hizo en todo el día, y en trenes especiales fueron remitidas a esa capital.

Nuestra columna quedó acampada en Batamotal, pero como la columna enemiga se movilizó a Empalme, ordené la retirada inmediata a Estación Maytorena; al notar esto el enemigo, avanzó a Batamotal y nuestra columna retrocedió a Ortiz; estos movimientos, que sólo tenían por objeto retirar a los federales de Guaymas, hicieron creer a los generales Gil y Medina Barrón que no nos atrevíamos a presentar combate y que continuarían su marcha sin que nadie se atreviera a entorpecerla.

El día 4 la columna enemiga avanzó hasta Maytorena, llegando sus avanzadas hasta Santa Rosa; como estos movimientos indicaban que continuarían su marcha el día 5, reuní a todos los jefes para acordar lo conveniente; todos estuvieron de acuerdo en que se le preparara una emboscada al enemigo en la hacienda de San Alejandro, donde de antemano había hecho un reconocimiento detenido del terreno, acompañado del coronel Cabral.

Usted estuvo en la junta y aprobó todos nuestros planes; esa misma noche se movilizó toda la columna, y antes del amanecer quedó tendida en dos alas paralelas, cubriendo el frente, de manera que el enemigo no pudiera escapar.

Amaneció el día 5 y el enemigo no avanzó; el 6 y el 7 tampoco lo hizo, haciéndolo el 8, que destacó una columna como de 500 hombres, la que tomó posesión de Santa Rosa, después de tirotear al mayor Trujillo, que hacía servicio de exploración.

Como habían transcurrido tres días, ya no era fácil que la columna enemiga cayera en la emboscada, pues en un período tan largo hubo que relevar varias veces la gente y estos movimientos podían habernos denunciado. Esto me hizo cambiar de plan: inmediatamente salí, acompañado del coronel Cabral, del jefe de mi Estado Mayor, Nicolás Díaz de León, del mayor Félix y del

capitán Chaparro, haciendo un reconocimiento detenido hasta llegar a menos de un kilómetro de donde estaba el enemigo; tomamos una altura y desde allí pudimos darnos cuenta exacta de las posiciones que ocupaban; volvimos al campamento, donde mandé reunir a todos los jefes para acordar con ellos el ataque sobre Santa Rosa; en todo estuvieron de acuerdo, y el asalto quedó resuelto en la forma siguiente: por el frente, coronel Juan G. Cabral con las siguientes tropas: 4.º Batallón Irregular de Sonora, comandado por el mayor Francisco R. Manzo, con 21 oficiales y 200 de tropa; ex-Insurgentes y Guardias Nacionales del Estado, comandados por el mayor Francisco G. Manríquez, con 5 oficiales y 60 de tropa; fracción del 3.er Batallón Irregular de Sonora, comandado por el capitán primero Arnulfo R. Gómez, con 4 oficiales y 100 de tropa.

Ayudante, capitán primero Luis Álvarez Gayou.

Teniente Francisco Arvizu.

Total: 3 jefes, 30 oficiales y 365 de tropa.

Por el flanco derecho: coronel M. M. Diéguez; ayudante, teniente Alejandro Quiroga, con los siguientes cuerpos: Voluntarios de Cananea: comandante, capitán primero Pablo Quiroga, con 14 oficiales y 150 de tropa; Voluntarios de Arizpe: comandante, mayor Francisco Contreras, con 14 oficiales y 200 de tropa; fracción del Cuerpo Auxiliar Federal: comandante, mayor Luis Bule, con el mayor Urbalejo, con 11 oficiales y 209 de tropa.

Total: 4 jefes, 41 oficiales y 559 de tropa.

Por el flanco izquierdo: coronel Ramón V. Sosa con sus ayudantes, capitanes primeros Miguel Piña, hijo, y Felipe Plank, con los siguientes cuerpos: fracciones del 48.º Cuerpo Rural y de Guardias Nacionales del Estado, comandadas por los mayores José M. Acosta y Jesús Gutiérrez, con 19 oficiales y 200 de tropa; fracciones del 47.º Cuerpo Rural y 5.º Batallón Irregular de Sonora, al mando del mayor Carlos Félix y capitán primero J. Gonzalo Escobar, con 8 oficiales y 235 individuos de tropa; fracciones de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y de Hermosillo, comandadas por el mayor Aurelio Amavisca, con 26 oficiales y 215 de tropa; Cuerpo de ex-Insurgentes, comandado por el mayor Jesús Trujillo, con 5 oficiales y 100 individuos de tropa; Batallón Fieles de Huírivis, al mando del capitán primero Lino Morales, con 22 oficiales y 300 individuos de tropa; Voluntarios de Mátape, al mando del capitán segundo Jesús Pesqueira, con 5 oficiales y 40 individuos de tropa.

Total: 6 jefes, 90 oficiales y 1 090 individuos de tropa.

La sección de artillería, compuesta de su comandante el capitán primero Maximiliano Kloss, con 5 oficiales y 40 artilleros, quedó dividida así: 2 ametralladoras Colt de 7 mm con el capitán primero Lino Morales; 2 con el capitán primero J. Gonzalo Escobar; 2 con el coronel Diéguez y el mayor Félix; 1 con el mayor Bule y 2 con el mayor Manzo; quedando en reserva 5 piezas iguales.

El asalto empezó a las 5 a. m. del día 9, iniciándolo las fuerzas del flanco derecho y las del frente y formalizándose momentos después hasta tomar el carácter más sangriento: los combatientes se mezclaban y combatían cuerpo a cuerpo; se hacían prisioneros, que eran atados de los brazos por no haber tiempo para más. El mayor Manzo se batía con arrojo; los mayores Bule y Urbalejo redujeron el círculo al enemigo, y al frente de sus fuerzas se batían como leones, a cuerpo descubierto. El mayor Contreras cubría la retaguardia de ellos y se mostraba impaciente por entrar en acción; el coronel Diéguez, con la serenidad que le caracteriza, hacía sus movimientos siempre oportunos y atrevidos. Las fuerzas del frente ocasionaban al enemigo grandes pérdidas, logrando en el primer encuentro matarle un jefe, 5 oficiales y más de 50 de tropa y cogerle 40 prisioneros, que fueron hechos por las tropas del mayor Manzo. En los momentos en que el combate era más reñido, mandé al capitán Chaparro, de mi Estado Mayor, a trasmitir una orden al mayor Manzo, cumpliendo con admirable valor su cometido, habiendo tenido que atravesar por entre los fuegos de los combatientes, y como se diera cuenta de que el enemigo acababa de hacer 2 prisioneros nuestros, avanzó con arrojo hasta quitarlos. Uno de ellos era el teniente Manuel Mendoza.

Por el flanco izquierdo se registraban también iguales actos de heroísmo; en los primeros momentos del combate fue muerto el mayor Gutiérrez y herido el capitán Escobar; estos acontecimientos, y muy especialmente la muerte del mayor Gutiérrez, jefe que siempre se distinguió por su valor y que era muy querido por todos, enardecieron más los ánimos de los mayores Acosta, Trujillo y Félix, quienes redoblaron sus esfuerzos hasta arrancar a los federales de las posiciones que ocupaban y reducidos a las casas de Santa Rosa. La misma cosa pasaba en el flanco derecho, donde el mayor Bule, uno de los jefes más prestigiados de las fuerzas yaquis, acababa de caer muerto de un balazo en la cabeza.

El grueso de la columna enemiga estaba en Maytorena, y cuando recibió aviso de que había sido atacada la columna de la vanguardia, forzó la marcha y antes de las 8 a. m. ya se descubría una densa nube de polvo que denunciaba su avance. Poco a poco fue aproximándose, y cuando se hubo acercado lo bastante, pude ver que de la extrema vanguardia a la retaguardia, cubría una extensión de 78 postes de teléfono, dato que desde luego me reveló su magnitud.

Se componía, según los datos recogidos de los prisioneros, de 1 500 hombres, entre artillería e infantes y 300 dragones, con 12 ametralladoras y 8 cañones de grueso calibre. Medina Barrón cometió la gran torpeza de hacer avanzar la caballería adelante, la que se componía de 300 dragones, que en el término de una hora habían quedado reducidos a 60 o 70 y que en la más completa dispersión salieron huyendo por distintos rumbos; algunos de ellos no se detuvieron hasta llegar a Guaymas. En seguida entró la infantería, y la artillería de grueso calibre abrió sus fuegos, secundándola las ametralladoras y fusilería. El combate se generalizó, pero nada hacía retroceder a nuestros soldados un solo paso, al contrario, avanzaban continuamente; al enemigo le fue imposible

seguir avanzando y quedó formando un ángulo recto, desde las casas de Santa Rosa a la vía del ferrocarril y sobre ésta, en una extensión como de 1 kilómetro.

A las 11 a. m. llegó el coronel Alvarado con las siguientes fuerzas: Cuerpo Auxiliar Federal, 2.ª Compañía Voluntarios Benito Juárez, Zaragoza de Bacerac, de Magdalena y de Pilares de Nacozari, con 24 oficiales y 434 individuos de tropa, entrando desde luego en acción por el flanco derecho, que era el que más reñidamente disputaba el enemigo, donde fue siempre rechazado. El coronel Alvarado se batió con valor y acierto.

El coronel Sosa, que fue el primer jefe en Batamotal y que conservó siempre el contacto con el enemigo, desplegó gran actividad durante todos los días que duró el combate, no obstante de estar muy delicado de salud. Desde que recibí el mando de la columna le manifesté mi deseo que fuera a Hermosillo a atender a su salud; pero él se negaba y me decía: No me moveré de aquí antes de que se libre la batalla.

Desde el primer día se destacó la fuerza que mandaba el mayor Urbalejo a cubrir uno de los puntos más importantes, llamado Aguajito, y los federales hicieron siempre verdaderos esfuerzos para apoderarse de dicho punto, siendo siempre rechazados por las fuerzas de Urbalejo.

Las tropas se relevaban cuando se podía, y las que no recibían relevo permanecían en sus puestos sin decir una palabra. Así pasó todo el primer día y la noche: los federales haciendo esfuerzos por hacernos retroceder y los nuestros avanzando de una manera lenta, pero segura.

En la mañana del día siguiente, los federales lograron tomar uno de los cerritos de la derecha y emplazaron en él una ametralladora, protegida por una batería de artillería de grueso calibre, emplazada como a 350 metros; el teniente Urías, del 4.º Batallón Irregular de Sonora, con 20 hombres de su cuerpo y 15 del coronel Diéguez se lanzó sobre aquella posición, que era una verdadera fortaleza; media hora después pudimos ver cómo se disputaban el cerro: nuestros soldados tenían la mitad y los federales la otra, registrándose verdaderos actos de temeridad, hasta lograr Urías desalojarlos por completo, haciéndoles algunos prisioneros y quedando en poder de él la importante posición; desde ese momento, la artillería de grueso calibre abrió sus fuegos sobre la citada loma, descargando como 70 granadas que, al explotar sobre ella, la cubrían de humo; los federales, que con este fuego creían haber acabado con los nuestros, lo suspendieron, y cuando se hubo disipado el polvo, con verdadera sorpresa pude ver que ninguno de nuestros soldados había abandonado su puesto y que continuaban haciendo un fuego terrible.

Siguieron nuestras fuerzas ese día avanzando y mejorando sus posiciones, despreciando el fuego de artillería enemiga, que cada vez se hacía más nutrido. Esa noche hicieron los federales tres asaltos simultáneos y los tres fueron rechazados, y cuando amaneció, ya estaban los federales reducidísimos; la artillería de grueso calibre casi había cesado de hacer fuego.

A las ocho de la mañana del día 11 se incorporó a este campamento el coronel Jesús Chávez Camacho, quien fue comisionado desde luego para municionar y organizar las fuerzas que del combate venían a tomar descanso y alimento, nombrando para que le ayudaran en el desempeño de esta comisión al capitán primero F. S. Betancourt, capitán primero Gerardo Ortiz, capitán segundo Rafael Durazo, subteniente Crisóforo García y Domingo Gutiérrez. El coronel Camacho cumplió con verdadero celo, pues su actividad estaba a la altura de las circunstancias.

En la tarde del mismo día 11 el parque empezó a escasear, y lo pedí a usted urgentemente. A las 4 p. m. acompañado de mi Estado Mayor hice un detenido reconocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo, de las ventajas que las nuestras ofrecían y pude ver cómo los federales ya no podían moverse; a esa misma hora el coronel Diéguez hizo un movimiento atrevidísimo, logrando llegar, al frente de una fracción de su Cuerpo, a una distancia de 100 metros de la batería enemiga y, forzando el ataque enérgicamente, logró poner a los federales en condiciones mucho más difíciles.

Quise destacar gente para que les cortara la retirada, pues era seguro que esa noche la intentarían, pero al hablar con el coronel Sosa, me manifestó que tenía 600 hombres sin cartuchos, pues los 575 000 que me remitió usted en tren especial llegaron al amanecer, y a esto se debe que la columna Gil-Barrón no se hubiera acabado por completo.

La mañana del día 12 destaque al mayor Trujillo, con 150 caballos, sobre la columna enemiga, quien la siguió hasta Maytorena.

Desde luego se procedió a levantar el campo, habiéndose recogido 6 ametralladoras, 7 cofres con 2 500 cartuchos para las mismas, 91 cargadores, una caja de herramientas, 26 granadas de cañón, un armón, 7 cofres para granadas, 200 máusers, 30 000 cartuchos de 7 mm, 230 monturas, 40 caballos, 25 acémilas, 3 furgones con provisiones de boca, 3 carros de transporte, 2 teléfonos de campaña, un telémetro y multitud de objetos de uso personal de los jefes y oficiales federales, que abandonaron en su fuga.

Hemos incinerado hasta hoy 380 cadáveres y sepultado 84; total de muertos, 464, de los cuales corresponden a nuestras fuerzas, 42, según pormenor adjunto, y quedando, en consecuencia, como correspondientes al enemigo 422 muertos. El enemigo perdió también 180 individuos que cayeron prisioneros en nuestras filas durante los tres días de combate. El número de dispersos no lo puedo precisar; pero debe de ser muy crecido, pues tengo conocimiento de que hasta en la sierra del Bacatete han recogido algunos los yaquis.

En resumen, el total de bajas por nuestra parte, fue de: 2 jefes, 7 oficiales y 33 de tropa muertos, y 10 oficiales y 79 de tropa heridos.

De los 422 muertos del enemigo, no fue posible hacer la identificación de los jefes y oficiales; pero por las insignias que portaban se reconocieron 5 jefes, y más de 30 oficiales. Tengo datos precisos de que el general Medina Barrón salió gravemente herido, así como dos mayores médicos y algunos otros jefes y oficiales.

El mayor Urbalejo, que sucedió en el mando al mayor Bule, no regresó a este campamento hasta que la batalla se terminó; no habiéndose podido relevar en las posiciones que ocupaba, permaneció en ellas los tres días del combate; durante los cuales los federales estuvieron disputándoselas constantemente.

El capitán Arias fue destacado con 40 hombres de avanzada rumbo a La Pasión, y cuando se le ordeno incorporarse no fue encontrado por los que llevaron la orden; fue repetida, y tampoco fue encontrado ésta segunda vez; se había creído que había abandonado su puesto; pero no fue así, pues había permanecido cuatro días sin comer, al cabo de los cuales se incorporó, dejando varios de sus soldados, que ya no pudieron dar paso de hambre, quienes en seguida fueron traídos y atendidos por el personal de las cruces Blanca y Roja. Estuvieron a punto de perecer todos, pero cumplían con su deber. Menciono estos dos hechos para que se forme una idea del comportamiento de nuestras tropas, que una vez más han demostrado su abnegación y patriotismo, sin que pueda hacerse mención de ninguno de los cuerpos o fracciones, pues todas, sin excepción, pudieron ponerse a la altura de la comisión que se les confiaba. Me siento orgulloso de comandar una columna como esta. A los coroneles Cabral, Alvarado y Diéguez, Sosa y Camacho, nada hubo que ordenarles; obraron con verdadera iniciativa y oportunidad. Los mayores Gutiérrez, Manzo, Acosta, Trujillo Bule, Félix, Manríquez, Urbalejo, Contreras y Amavisca, estuvieron heróicos. La oficialidad toda estuvo con grandes bríos y entusiasmo, pudiéndose aún hacer mención de los siguientes: capitán primero de artillería, Maximiliano Kloss; capitanes primeros Locas Oros y Guadalupe Ramírez, de las fuerzas al mando del mayor Acosta; capitanes segundos de las mismas fuerzas, Julio Montiel, Guillermo McGregor y Feliciano Acosta; capitán primero Miguel Valenzuela y capitán segundo Agustín Chávez, de las fuerzas del coronel Alvarado; capitán primero Pablo Quiroga, de los Voluntarios de Cananea, al mando del coronel Diéguez; teniente Enrique Urías, capitanes segundos Tiburcio Morales y Guillermo Palma, del 4.º Batallón irregular de Sonora, al mando del mayor Manzo, y todos los oficiales del Batallón Fieles de Huirivis, que comanda el capitán primero Limo Morales.

Por separado tengo el honor de remitir a usted un cuadro en que figuran todas las unidades de esta columna que tomaron parte en el combate. En éste no figuran las columnas que se destacaron al Yaqui, y que actualmente se encuentran sitiando a Torin, por no haber creído necesaria su colaboración en la batalla.

En el cuadro a que hago referencia, figuran, marcados con una M, los que murieron en la batalla, y con una H, los que fueron heridos.

El personal de las cruces Blanca y Roja prestó muy importantes servicios, no obstante que los federales hacían fuego sobre dichas corporaciones siempre que se aproximaban a levantar heridos. El mayor médico Pedro escobar prestó también importantes servicios, tanto en la atención de heridos como en el levantamiento del campo.

Me permito hacer a usted mención del mayor Nicolás Díaz de león, del capitán Benjamín Chaparro, del capitán segundo J. J. Méndez y del teniente Luis M. Anchondo, que pertenecen a mi Estado Mayor.

Al renovar a usted mis felicitaciones por este nuevo triunfo, hago a usted presente mi subordinación y atenta y distinguida consideración.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento de San Alejandro, mayo 15 de 1913.

El coronel en Jefe. *Álvaro Obregón.*

Al C. Gobernador Interino, Ignacio L. Pesqueira. Hermosillo, Sonora.

Después de esta victoria, fui ascendido a general brigadier, por acuerdo del C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y, unos días más tarde, le fue conferido igual grado al coronel Salvador Alvarado, por el mismo Primer Jefe.

Más tarde me comunicó el Gobernador del Estado, señor Ignacio L. Pesqueira, que el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, le había extendido despacho de general de brigada, con fecha 17 de mayo.

El gobernador Pesqueira hacía una activa labor para adquirir pertrechos y provisiones con que abastecer a nuestras tropas, aparte de la labor que desarrollaba como Gobernador del Estado, y de la cual no hago mención alguna, por ser esta obra de carácter puramente militar.

Cuando logramos municionar a nuestras fuerzas y darles el necesario descanso, llegaron nuevos refuerzos de Guaymas, incorporándose con ellos el general de división Pedro Ojeda,

quien, desde luego, asumió el mando de la división federal, reconcentrando las tropas que estaban en la región del Yaqui.

De esta manera, el efectivo del enemigo reconcentrado en Guaymas se elevaba ahora a 6 000 hombres, teniendo 16 cañones de grueso calibre y 20 ametralladoras.

Ojeda, desde que se incorporó y se enteró del desastre que en Santa Rosa había sufrido la columna al mando del general Gil, sumó la experiencia que le daba este fracaso con la que personalmente adquiriera en sus desastres en la frontera, y desde luego se dedicó a tomar toda clase de precauciones para preparar un avance seguro, aunque lento: Mandó arreglar góndolas blindadas en los talleres de Empalme; hizo emplazar en plataformas, también blindadas, 2 cañones de 80 mm, y después de proveerse de todo lo que juzgó necesario para su éxito, emprendió el avance el día 29 del mismo mes, acampando en Batamotal, donde tomaron contacto nuestras vanguardias, ese mismo día.

El coronel Benjamín G. Hill había llegado, para entonces, a Estación Cruz de Piedra con su columna, reparando la vía hasta aquella estación, y se le comunicaron órdenes para que marchara a incorporarse a nuestro campamento en Estación Moreno a fin de que cooperara en las operaciones que tendrían que llevarse a cabo contra la columna de Ojeda.

El avance de Ojeda se continuó hasta Estación Ortiz, lugar donde se libró la batalla, consumándose en Santa María.

A continuación se inserta el parte oficial relativo a estas acciones, que tuvieron por resultado el más completo triunfo de nuestras armas; figuran también unas fotografías de los pertrechos recogidos a Ojeda:

## SITIO DE ORTIZ Y BATALLA DE SANTA MARÍA

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que después de haber tomado el contacto con la columna del general Ojeda, el día 29 de mayo próximo pasado, en Batamotal, emprendí con la brigada de mi mando la contramarcha hacia el Norte, dejando, para que conservara el contacto con el enemigo, al coronel M. M. Diéguez, con instrucciones de hacer visibles sólo 300 hombres y de ir retirándose paulatinamente para atacar a las fuerzas de Ojeda.

Con el grueso de la brigada continuaba yo retrocediendo, a una distancia cuando menos de 20 kilómetros del enemigo, con objeto de que nuestro efectivo y nuestros movimientos no fueran conocidos.

Así continuamos replegándonos hasta Estación Ortiz, donde fue también reconcentrada la columna Diéguez; y al general Alvarado se le ordenó que tomara el contacto con el enemigo, retirando la columna Diéguez a Estación Tapia, y el resto de la brigada a Estación Moreno, adonde se ordenó la incorporación de la columna Hill, que se hallaba acampada en Cruz de Piedra.

Durante todo este tiempo, acompañado de mi Estado Mayor y del jefe que tenía tomado el contacto con las fuerzas enemigas, diariamente hacía yo reconocimientos de todos los movimientos de Ojeda, logrando, de esta manera, que no hiciera uno solo que no fuera conocido por mí.

La columna enemiga se componía de 4 000 hombres, 10 cañones y 12 ametralladoras, y traía la formación siguiente: la extrema vanguardia, compuesta de 200 dragones, marchaba a un kilómetro de la vanguardia, que la formaba el llamado cuerpo Serranos de Juárez, en número aproximado de 600 hombres; los flanqueadores, marchando paralelos a la vía del ferrocarril, y a una distancia de 2 kilómetros de éste, se componían como de 200 dragones a cada lado; la vanguardia traía, durante el día, un tren blindado con una batería de 2 cañones de grueso calibre, 2 ametralladoras y un sostén de 200 infantes, apoyando sus flancos con dos pequeños grupos de caballería; a 4 kilómetros atrás estaba el grueso de la columna, y a un kilómetro de ésta, la retaguardia.

Su marcha la hacían como sigue: a las seis de la mañana avanzaba el mencionado tren blindado hasta la vanguardia, abriendo sus fuegos los cañones de grueso calibre sobre todos los lugares que creían ocupados por tropas nuestras. Después de un fuego de dos horas, hacían avanzar su caballería, y ésta efectuaba una minuciosa exploración, y un cuerpo de zapadores emprendía un detenido reconocimiento sobre la vía, avanzando entonces la vanguardia y los flanqueadores; después de ocupar las principales posiciones hasta el sitio explorado por la caballería y de construir loberas en las partes donde no se contaba con una fortificación

natural, el grueso de la columna seguía este movimiento. A las seis de la tarde el tren blindado y la mayor parte de la caballería volvían al campamento, quedando únicamente un reducido número de caballería como extrema avanzada, y cubriendo la vanguardia la infantería, que durante el día se habían ocupado en tomar posiciones. Por la noche, en todos los cerros que ocupaban encendían grandes fogatas.

Así marcharon hasta Estación Ortiz, variando su avance diario según las facilidades que les ofrecía el terreno. En Ortiz suspendieron su marcha, y viendo que no podíamos alejarnos más de su centro de operaciones (Guaymas), y estudiado que hube el plan que podía ponernos en condiciones de destruirlos, sin que pudieran ellos causarnos daños, reuní a todos los jefes de la brigada y, de todos, mereció la aprobación, habiendo procedido desde luego a dar las siguientes órdenes para llevarlo a cabo:

El coronel Chávez Camacho marcharía a Cruz de Piedra a hacerse cargo de aquella guarnición y proporcionarse los elementos para aprovisionar las fuerzas que deberían sostener el sitio por la retaguardia; el general Alvarado, con su columna, marcharía el día 16, siguiendo como ruta El Represo, El Saucito, La Puente, debiendo tomar posesión de El Aguajito al amanecer del 19; el coronel Ochoa, con la columna de su mando, seguiría la misma ruta que el general Alvarado, hasta La Puente, de donde la dejaría, para tomar posesión del Chinal al amanecer del mismo día 19; el mayor Méndez marcharía con sus tropas a cortar las comunicaciones entre Tres Gitos y Batamotal, de manera que amanecieran destruidas el 19, con orden de incorporarse en seguida a Santa María; el coronel Diéguez con su columna que quedaría en Estación Tapia, de donde avanzaría la tarde del 18, y en combinación con las fuerzas del coronel Hill, simularía un ataque por el flanco, al enemigo; el coronel Hill, después de simulado el referido ataque, contramarcharía a Tapia, y ya entrada la noche, emprendería la marcha, formando un semicírculo, hasta llegar al switch Anita, desde donde, al amanecer, empezaría a destruir las vías del ferrocarril y telégrafo hacia el Sur y se acamparía con su columna en Santa María; la artillería, al mando de su comandante Kloss, quedaría así: 4 ametralladoras con la columna Ochoa, 3 con la columna Alvarado, 2 con la columna Diéguez y 5 en reserva, en Estación Moreno. Yo, acompañado del coronel Hill, mi Estado Mayor y la escolta al mando del capitán Juan Cruz, establecería, el mismo día 19, el Cuartel General en Chinal. Todas las marchas deberían hacerse siempre de noche, ocultándose las columnas durante el día, para que no fueran conocidos nuestros movimientos por el enemigo.

A las 4 a. m. del día 19, y cuando con la vanguardia de la columna Ochoa llegaba yo a la ciudad, se oían las explosiones de la dinamita con que el coronel Hill destruía la vía; a esa misma hora, el general Alvarado tomaba posesión de El Aguajito, y el intrépido mayor Méndez, acompañado del jefe yaqui Mori, después de interrumpir las comunicaciones entre Batamotai y Tres Gitos, como lo había ordenado, y obrando a su propia iniciativa, atacaba y destruía la guarnición federal de Maytorena, tomando posesión de esta estación e incorporándose a la columna del coronel Hill en Santa María.

Así quedó establecido el sitio de Ortiz, sin que el general Ojeda pudiera siquiera darse cuenta de las posiciones que ocupábamos, y en dónde se encontraban nuestras columnas.

El mismo día 19, a las 10 a. m., Ojeda intentó reparar la vía, haciendo avanzar un tren de reparaciones, protegido por un tren blindado que llevaba 2 cañones y 200 soldados, apoyando sus flancos por dos columnas de dragones en número aproximado de 300. Este convoy volvió el día 20 a continuar la reparación y fue rechazado por las fuerzas del general Alvarado, que ya habían tomado posiciones frente a Santa Rosa.

Devuelto el tren hasta frente a San Alejandro, intentaron los federales apoderarse de El Chinal, haciendo venir de Ortiz otro tren con número de fuerzas aproximadamente de 600 hombres, resultando todos sus esfuerzos inútiles, por haber sido vigorosamente rechazados por las fuerzas del coronel Ochoa, que habían tomado las posiciones del frente, compuestas del 4.º Batallón, Cuerpo de Voluntarios de Altar, 31.º Cuerpo Rural, fuerzas del capitán Beltrán, 47.º Cuerpo Rural y una sección de ametralladoras mandada por el mayor Kloss.

En los mismos momentos, parte de las fuerzas del mayor Méndez, al mando del capitán primero Eleazar Amavisca, que había quedado de destacamento en Maytorena, sorprendió a una fuerza federal que venía del lado de Empalme, derrotándola completamente y haciéndole 2 muertos y 17 prisioneros con armas y municiones, sin que los nuestros sufrieran ninguna baja.

En la noche del mismo día 20, cuando se relevaban las tropas que cubrían las alturas, fueron designados para cubrir el cerro del Chinal, al pie del cual estaba acampada la columna Ochoa, dos oficiales del Cuerpo de Voluntarios del distrito de Arizpe, con 100 hombres del mismo cuerpo, los que faltaron a las órdenes recibidas: no lo cubrieron, y al ser notado esto por los federales, destacaron una fracción que se apoderó de él, a las 9:30 p. m., abriendo sus fuegos sobre el campamento de Ochoa.

Inmediatamente ordené a dicho coronel se retirara con su columna al Aguajito, sin contestar el fuego a los federales, para evitar que se fuera a empeñar un combate que nos apartara del plan general que se había adoptado, orden que fue cumplida esa misma noche.

El día 21 quedó establecido el Cuartel General en El Aguajito, y se daba descanso a la columna Ochoa, para relevar con ella a las fuerzas del general Alvarado, que habían estado rechazando constantemente a los federales, que intentaban apoderarse de las lomas de San Alejandro.

Durante el día 22, el enemigo siguió siendo rechazado, y por la tarde emprendió un ataque sobre las posiciones que tenía tomadas el coronel Diéguez, con su columna, entre Tapia y Ortiz, y fue duramente repelido, obligándolo a replegarse nuevamente a esta última estación.

El día 24 continuaron los federales en sus esfuerzos por romper el sitio, intentando, por la noche, apoderarse del cerro que está al poniente de la loma de San Alejandro, posición ocupada por las fuerzas del mayor Amavisca, habiendo sido rechazados los federales con algunas pérdidas, entre ellas el capitán que los comandaba, que quedó muerto frente a dicha posición. Este último día se acordó dejar en descanso una parte de la columna del general Alvarado, para que estuviera lista y pudiera reforzar, sin pérdida de tiempo, el lugar por donde los federales intentaran romper el sitio, siendo designados para el caso, el Cuerpo Auxiliar Federal, que comandaba el teniente coronel Urbalejo; Voluntarios del Río de Sonora, comandados por el mayor Aurelio Amavisca; Voluntarios de Guaymas, Voluntarios de Zaragoza, 40 hombres de la Compañía Benito Juárez y 40 hombres de la Guardia Especial.

El teniente coronel Urbalejo y el mayor Lino Morales, distinguiéndose siempre en los ataques que los federales emprendían contra sus posiciones, no sólo los rechazaban, sino que los hostilizaban hasta arrancarlos algunas veces de las ocupadas por ellos, haciéndolos retroceder hasta la casa de San Alejandro.

El 24, el enemigo se retiró de frente a nuestras posiciones, empezando a reconcentrarse en Ortiz, sin que la noche de ese día ocurriera nada notable, salvo la destrucción que hicieron los federales de dos grandes puentes entre dicha estación y Tapia.

El 25, como a las siete de la mañana, el capitán Beltrán, que ocupaba los cerros más elevados, frente a San Alejandro, rindió parte de que el enemigo emprendía su marcha por el valle, al oriente de la vía del ferrocarril. Inmediatamente salí a hacer un reconocimiento, acompañado del general Alvarado y algunos oficiales de Estado Mayor, habiendo ascendido al cerro frente al Aguajito, estando en observación hasta que nos cercioramos plenamente de que era el total de las fuerzas de Ojeda, que marchaban con rumbo a San María, seguramente intentando apoderarse de esta hacienda. Desde luego lo comuniqué, con extraordinario, al coronel Hill, ordenándole que alistara todos sus elementos; al coronel Diéguez comuniqué instrucciones de que avanzara con su gente a ocupar la Estación Ortiz, lo que ya este jefe había procedido a hacer, desde el momento que notó el movimiento de la retirada de los federales, procediendo también, con la hábil y activa gestión del mayor J. L. Gutiérrez, jefe de trenes, a reparar la vía del ferrocarril. Ordené también al general Alvarado marchara violentamente a reforzar a Hill con las fuerzas que estaban en descanso, y que ascendían a 650 hombres, para que resistieran al enemigo, mientras se reconcentraba el resto de la columna Alvarado y las fuerzas del coronel Ochoa, que estaban en servicio, para atacar con ellas a la columna federal por la retaguardia.

A las 12:30 p. m., y cuando las fuerzas del general Alvarado llegaban a Santa María, ya las tropas del coronel Hill se batían con el enemigo, que hacía esfuerzos inauditos por apoderarse del agua de que se abastece esa hacienda. El general Alvarado empezó a dictar órdenes, distribuyendo las fuerzas en la forma siguiente: por el centro, 1.ª y 3.ª compañías del Cuerpo Auxiliar Federal y 40 hombres de los Voluntarios Benito Juárez; a la derecha, fuerzas del teniente coronel Trujillo, del mayor Rivera Domínguez y la 4.ª compañía del Cuerpo Auxiliar Federal; a la izquierda, 2.ª compañía del Cuerpo Auxiliar Federal, cuerpos de voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y de Zaragoza, y fuerzas del mayor Méndez, y sostén y reserva, fuerzas del mayor Belisario García y del capitán Francisco D. Quiroz.

A las 2:30 el combate se había generalizado ya. Los fuegos de la artillería y fusilería del enemigo eran nutridísimos, pues cada vez procuraban dar mayor vigor a sus ataques, con la esperanza de desalojar a los nuestros y apoderarse del agua, elemento de que carecían. El primer ataque lo dieron sobre nuestras posiciones del centro, siendo rechazados; cargaron entonces sobre nuestra ala derecha, intentando abrirse paso por allí; pero el teniente coronel Trujillo, después de algunos esfuerzos, logró rechazarlos también. En el curso de la tarde continuaron haciendo intentos de apoderarse de algunas de nuestras posiciones, siempre con el mismo resultado de verse obligados a replegarse.

A las 4 p. m. había logrado ya reunir en El Aguajito las fuerzas del coronel Ochoa, y ordené a este jefe emprendiera la marcha hacia la vía del ferrocarril, para atacar al enemigo por su flanco derecho, pues el ataque por la retaguardia era peligroso, por la formación que llevaba la columna federal, cuya retaguardia se extendía más arriba de Santa Rosa, y abandonando nuestras tropas su ala derecha, los ponía en condiciones de apoderarse de las aguas de El Aguajito y entrar por el cañón de Santa Úrsula.

Llegaban ya las fuerzas del coronel Ochoa a la vía del ferrocarril, y como los ataques de los federales continuaban por el frente, ordené a este jefe marchara con 400 hombres y 4 ametralladoras a reforzar al general Alvarado, con objeto de que éste pudiera disponer de los elementos suficientes para cubrir mejor nuestra ala derecha, al oriente de Santa María, por donde pudieran tener éxito los intentos del enemigo por escaparse. El coronel Ochoa emprendió la marcha a las 5:30 p. m.

A las seis de la tarde, y cuando había ordenado ya el ataque sobre el flanco derecho del enemigo, éste comenzó a movilizar parte de su columna hacia Santa Rosa y a bombardear los cerros del Aguajito y los que quedan a la entrada del cañón de Santa Úrsula, movimiento que me confirmaba en la idea de que trataban de apoderarse de dichas aguas.

Con extraordinario, ordené al coronel Diéguez, que se encontraba ya ocupando la Estación Ortiz, hiciera avanzar una fracción de su columna a cubrir las aguas de San Alejandro. Al teniente coronel Félix ordené que con el resto de la columna de Ochoa cubriera la cordillera desde el cerro de Maytorena hasta la entrada del cañón de Santa Úrsula, regresándome al Aguajito, donde reuní las fuerzas que allí habían quedado, y con ellas cubrí los cerros que dan entrada a dicho aguaje, habiendo tenido que cubrir personalmente una de las posiciones con mi Estado Mayor y escolta del Cuartel General; ordenándole al capitán Malo que emplazara sus ametralladoras frente a la casa de Santa Rosa, adonde habían empezado a llegar los federales, como a las 8 p. m.

Una hora después, recibí un recado del general Alvarado, diciéndome que creía conveniente el ataque por la retaguardia, y contesté explicándole los motivos que había observado y los que había yo ordenado.

Entretanto, los federales habían seguido haciendo esfuerzos por apoderarse de Santa María, habiendo dado un rudo ataque sobre nuestro centro y ala izquierda, siendo vigorosamente rechazados con algunas pérdidas, hasta verse obligados a replegarse, perseguidos por la 2.ª compañía del Cuerpo Auxiliar Federal y los cuerpos de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y Zaragoza, que después de precipitarse sobre el frente del flanco derecho del enemigo, lograron desalojarlo de sus posiciones, que ocuparon inmediatamente los nuestros.

Los asaltos de los federales sobre nuestras posiciones de Santa María continuaron hasta la 1 a. m. del 26, escuchándose ya sólo disparos aislados.

A esa misma hora recibí un nuevo recado del general Alvarado, en que suplicaba se le enviaran fuerzas a reforzarlo, y le contesté que desde las 5:30 había salido el coronel Ochoa con ametralladoras y 400 hombres y que de las demás tropas no podía disponerse, porque ocupaban puntos muy importantes.

A las 3 a. m. ordené que todas las fuerzas que cubrían las posiciones del Aguajito hasta Maytorena, avanzaran simultáneamente hacia la vía, movimiento que tardó en llevarse a cabo dos horas y media. Al efectuarlo, las fuerzas del teniente coronel Félix hicieron 13 prisioneros y éstos declararon que la mayor parte de los federales había escapado durante la madrugada, por el oriente de Santa María. Momentos después, recibí parte del general Alvarado, que confirmaba esta noticia, y comunicándome también que el coronel Ochoa no había cumplido con mi orden de incorporársele, ni con las repetidas que le había dado él, resultando, como consecuencia, que se escapara una gran parte de la columna federal. Inmediatamente emprendí la marcha rumbo a Batamotal, con todas las tropas que estaban sobre la vía del ferrocarril, para ver si era posible cortar la retirada a las fracciones federales que huían rumbo a Guaymas, llegando hasta Tres Gitos a las diez de la mañana, donde tuve conocimiento de que el general Alvarado, obrando con toda actividad, había reunido las fuerzas de caballería del teniente coronel Trujillo y del mayor Antúnez y emprendido una batida con rumbo a Cruz de Piedra. En El Águila ordenó que las fuerzas que llevaba se dividieran en pequeñas fracciones para que recorrieran el valle. A esa hora se hallaba ya en El Águila el capitán primero Antonio A. Galaz, que había estado en Cruz de Piedra y que tenía recogidos ya algunos prisioneros.

De Tres Gitos me regresé a Santa María, con mi Estado Mayor, ordenando a las fuerzas que había llevado continuaran su marcha hasta acamparse en La Calera, con el fin de ir aproximando nuestras tropas a Guaymas.

Llegado que hube a Santa María, tuve conocimiento de que el teniente Jesús Ochoa, a quien desde el amanecer del día 26 había destacado el coronel Ochoa con 20 hombres rumbo al Oriente, había aprehendido al coronel federal Francisco Criapa, en San Antonio de Arriba; jefe que fue conducido por el coronel Hay a Santa María y ejecutado a las 5 p. m. del mismo día.

A las 7 p. m. se incorporó al campamento de Santa María el general Alvarado, dando parte de que en la persecución que emprendió sobre el enemigo, había logrado hacerle 270 prisioneros, aparte de 125 que había hecho el coronel Jesús Chávez Camacho en Cruz de Piedra, y de multitud de mujeres y niños que también fueron recogidos por nuestras tropas. Entre los prisioneros hechos por el general Alvarado, y los del coronel Chávez Camacho, figuran 12 oficiales que fueron pasados por las armas inmediatamente después de ser aprehendidos.

El jefe yaqui Sibalaume, con sus fuerzas, se encargaba de aprehender a los federales que huían rumbo a la sierra, habiendo hecho alrededor de 80 prisioneros.

Entretanto, las fuerzas que habían quedado en Santa María habían recogido 243 prisioneros, entre los cuales se hallaba un mayor herido, que poco después falleció en nuestro hospital.

En la tarde del mismo día 26, hice un reconocimiento del campo abandonado por los federales, encontrando gran número de muertos, entre los que estaban los cadáveres de dos coroneles, uno de los cuales era López; cañones, ametralladoras, carros cargados con parque e impedimenta; un automóvil y multitud de objetos abandonados por el enemigo en su huida. Ordené desde luego al coronel Hill nombrara al mayor Rivera Domínguez para que cuidara del campo y al teniente coronel médico P. D. Escobar, en combinación con Rivera Domínguez, que procediera desde luego a levantarlo, incinerando los cadáveres y trasladando el botín de guerra a Estación Maytorena, para ser embarcados por ferrocarril a Hermosillo.

El coronel Diéguez, en San Alejandro, había hecho algunos prisioneros, entre ellos un pagador, que entregó la suma de ocho mil pesos, y un oficial, que fue ejecutado desde luego.

Al mismo jefe Diéguez libré orden para que avanzara por la vía del ferrocarril rumbo al Sur, dejando algunas fuerzas para que continuaran la reparación de la vía.

En la mañana del 27, el Cuerpo de Voluntarios de Cananea y las 3.ª y 4.ª compañías de los Voluntarios de Cananea, eficazmente dirigidos por el jefe de trenes, mayor Gutiérrez, terminaban la reparación del ferrocarril hasta Estación Maytorena, donde se acampó la columna del coronel Diéguez, hasta las 8 a. m., en que llegué a dicha estación y ordené al citado jefe que comenzara a movilizar sus tropas rumbo al Sur, y se acampara con su columna en la hacienda de El Pardo.

Esa misma tarde, el teniente coronel médico Escobar y el mayor Rivera Domínguez terminaban de levantar el campo, dando cuenta: el primero, de que habían sido incinerados 300 muertos, incluyendo algunos jefes y oficiales; y el segundo de que se habían recogido del enemigo: 9 cañones, con 2 000 proyectiles; 530 rifles; 5 ametralladoras; 190 000 cartuchos; 25 carros de

transporte, cargados con objetos diversos, entre ellos 4 cajas de fierro, máquinas de escribir, telémetros, teléfonos de campaña, anteojos, equipajes de jefes y oficiales y gran número de artículos de menor significación.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar 2 oficiales y 25 de tropa muertos, y 2 oficiales y 28 de tropa heridos, según pormenor adjunto.

También tengo el honor de acompañar una relación de los jefes y oficiales que tomaron parte en estos hechos de armas, que una vez más han cubierto de gloria al Ejército Constitucionalista, y con orgullo hago constar que, a excepción de los que dieron una nota discordante, como ha quedado relatado, todas las unidades que componen la brigada se portaron heroicamente, haciendo especial mención del general Alvarado y el coronel Hill, quienes fueron los que rechazaron al enemigo, obligándolo a abandonar su artillería y demás impedimenta; el coronel Diéguez que mostró, como siempre, durante todos los días del sitio, gran acierto en sus disposiciones; el teniente coronel Trujillo, que supo batirse como valiente; el teniente coronel Acosra, que desafiando el nutrido fuego de los federales en El Chinal, ocurrió a todas las posiciones ocupadas por nuestras tropas hacia el Oriente, mientras el coronel Ochoa, con igual arrojo, concentraba la gente que cubría las del Norte, para emprender con ella la marcha que se habla ordenado; el teniente coronel Urbalejo que como sabe hacerlo, se batió con todo valor en las posiciones frente a San Alejandro y los diversos ataques que dieron los federales a Santa María; el mayor Manzo que con la bravura que acostumbra, rechazó a los federales cuando intentaron apoderarse de las posiciones que ocupaba enfrente de San Alejandro el 4.º Batallón de su mando; el mayor Rivera Domínguez, que se batió bizarramente; el mayor Fructuoso Méndez que, como ha quedado dicho, supo obrar siempre con toda intrepidez; los mayores Lino Morales, Antúnez y García; el capitán Félix F. Romero y el subteniente Andasola, de la columna Alvarado; los ayudantes de este general, capitanes Enríquez, Moreno y Gaitán; los capitanes Bustillos, Quiroz, Buelna y García, de la columna Hill; el teniente Quiroga, ayudante del coronel Diéguez.

El telegrafista del campamento, señor Ángel M. Pérez, prestó muy importantes servicios, al igual que el mayor Gutiérrez, jefe de trenes, cuya actividad es bien conocida.

También me permito hacer especial mención de los servicios prestados por el coronel Hay que, con toda eficacia, colaboró en los movimientos que se llevaron a cabo, así como del mayor médico Carlos Hidalgo y Terán, quien empeñosamente impartió valiosas atenciones a los heridos; y del teniente coronel Nicolás Díaz de León, jefe de mi Estado Mayor, y del cuerpo de oficiales del mismo, compuesto por los capitanes Francisco R. Serrano, Benjamín M. Chaparro, capitán segundo José Méndez, y tenientes Bernardo Félix, Aarón Sáenz y Lorenzo Muñoz, que estuvieron incansables en el cumplimiento de su deber.

Al enviar a usted mi calurosa felicitación por esta nueva victoria obtenida, reitero a usted las seguridades de mi subordinación y respeto.

*Sufragio efectivo. No reelección*.

Campamento Maytorena, a 13 de junio de 1913.

El general en jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. general don Ignacio Pesqueira, Gobernador Interino del Estado. Hermosillo.

El desastre causado a Ojeda fue tan completo, que desde luego consideré que la toma de Guaymas sería sumamente fácil si podíamos iniciar el ataque sobre aquella plaza esa misma noche; y a este fin, llamé a los principales jefes para preguntarles el estado en que se encontraban sus fuerzas, y si podríamos continuar el avance para emprender el ataque sobre Guaymas; pero los jefes me manifestaron que las tropas estaban muy agotadas por las continuas fatigas que tuvieron que sufrir durante el sitio y última batalla de Santa María; por lo que entonces encontré preferible tomar algunas precauciones y acabar de levantar el campo para, después, hacer un avance menos precipitado y atacar aquel puerto; ordenando que suspendiera su avance la columna del coronel Ochoa, que ya lo había iniciado sobre Guaymas, sin orden de mi Cuartel General; pues el coronel Ochoa, faltando a las disposiciones que se le habían comunicado, no tomó parte en la batalla de Santa María y, cuando en la mañana se enteró del desastre de la columna Ojeda, emprendió el avance con dirección a Guaymas, con su sola brigada, sin esperar órdenes de mi Cuartel General, y sin que yo supiera qué intención animaba aquel movimiento.

Creo que hubo un error de parte mía con no haber hecho avanzar cualquier número de fuerzas sobre Guaymas, aprovechando el pánico que se había apoderado de la guarnición al conocer el desastre de Ojeda, que les iba siendo confirmado con colores más o menos vivos por cada grupo de dispersos que, muriendo de hambre, de sed y de fatiga, llegaban a la plaza.

El día 27 de junio se inició la movilización de tropas sobre Guaymas, y el 28 empezamos a establecer el sitio de aquel puerto.

Nos encontrábamos en estas operaciones cuando recibí, en Estación Moreno, una carta firmada por el teniente coronel Eleazar C. Muñoz, jefe del 10.º, y perteneciente al ejército federal, con quien había cultivado yo muy buenas relaciones durante el tiempo que milité incorporado a la columna que comandaba el general Sanginés primero, y el general Miguel Gil después. En esa carta me decía estar autorizado por el general en jefe, Pedro Ojeda, para entrar en proposiciones conmigo y ofrecerme el reconocimiento de mi grado y algunas otras concesiones, si yo estaba dispuesto a dejar la revolución para incorporarme al ejército federal.

Mi contestación al teniente coronel Muñoz fue la siguiente:

Campamento Constitucionalista en Estación Maytorena.Julio 10 de 1913. Señor teniente coronel Eleazar C. Muñoz. Campamento Federal. Muy señor mío: He quedado impuesto de su nota que dice: Autorizado por el señor general en jefe hago esta proposición: Véngase usted con su gente a nuestro lado y le será reconocido su grado de general, teniendo a su mando la gente que a su grado corresponde, en la inteligencia que, para mayor seguridad, puede conferenciar con el mencionado general en jefe a la hora que usted lo indique. No será quien milite en defensa de un Gobierno criminal quien ha estado dispuesto a sacrificar su vida defendiendo la dignidad nacional; pero si por una monstruosidad me arrastrara a tal degradación, no me pondría bajo las órdenes de un hombre que, sin ningunos conocimientos militares, ha llevado siempre a sus tropas al desastre y a la vergüenza, para dejarlas luego abandonadas a la hora del peligro y a quien sólo conozco por la espalda, pues dondequiera lo he vencido, y tengo la seguridad de vencerlo. Réstame sólo significarle mi pena porque usted, a quien aprecio, milite en un ejército que, por pundonor nacional, no debía existir ya. Lo saludo atentamente. General *Álvaro Obregón.*

El sitio al puerto de Guaymas quedó establecido y fue haciéndose más efectivo día a día, como se verá por el siguiente parte oficial que se inserta, relativo a las primeras fases de ese sitio.

## SOBRE EL SITIO DE GUAYMAS

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que el día 27 de junio, después de librar las órdenes correspondientes para que se terminara de levantar el campo en Santa María, y con el objeto de ir acercando nuestros elementos a Guaymas, salí con mi Estado Mayor, la escolta del Cuartel General y una fracción de caballería de la columna Hill, de Santa María para Tres Gitos, pasándome a Batamotal, de donde destaqué la citada fracción a Empalme, que acababa de ser evacuada por el enemigo, y con mi Estado Mayor y la escolta, salí a las 3:30 p. m. para San José de Guaymas, llegando a este pueblo a las cinco de ese día.

La fracción de caballería, destacada a Empalme, recogió 18 soldados federales que habían quedado dispersos, haciéndolos prisioneros, y algunos objetos abandonados por el enemigo en su reconcentración a Guaymas.

En San José de Guaymas hallé una avanzada de las fuerzas del teniente coronel Trujillo, al mando del capitán primero Antonio Loustaunau, a quien ordené procediera desde luego a ocupar con 25 hombres el cerro que queda frente a San José y que se conoce por el antiguo Vigía. La ocupación se llevó a cabo a las 2 a. m. del 28, haciéndosele al enemigo 4 muertos y 12 prisioneros con armas y municiones, sin lamentar por nuestra parte ninguna baja.

Entretanto, hice avanzar nuestras fuerzas, que habían quedado extendidas desde Maytorena a Batamotal y La Calera, y a las doce de la noche se incorporaban a la hacienda de El Pardo la columna Ochoa y parte de la del coronel Diéguez, llegando poco después a San José de Guaymas el general Alvarado con parte de sus fuerzas.

Al amanecer del 28, ordené que marcharan dos compañías del 4.º Batallón a cubrir el cerro, que por la noche había ocupado el capitán Loustaunau, al mismo tiempo que pasé con mi Estado Mayor a la cumbre de dicho cerro para observar desde allí las posiciones del enemigo. Pareciéndome de importancia la ocupación de otro cerro (el de las Batuecas), que queda a la izquierda del primero, destaqué al mayor Fructuoso Méndez con 150 hombres de su fuerza a ocuparlo, y tomó posesión de él a las 7 p. m., hora en que el enemigo destacaba algunas fuerzas para cubrirlo y las cuales fueron obligadas a replegarse.

El día 29 marché con algunos miembros de mi Estado Mayor al cerro ocupado por Méndez, con objeto de hacer un detenido reconocimiento de las posiciones del enemigo. A mi llegada a las posiciones de Méndez se entabló un reñido tiroteo; y aunque los federales abrieron y sostuvieron por algún tiempo nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y artillería de grueso calibre de mar y tierra, pude apreciar como a las 12 m. que los nuestros, con facilidad, hacían replegarse a los contrarios. No obstante, ordené al mayor Méndez suspendiera su avance por ese lado y se mantuviera conservando sus posiciones con el menor gasto

posible de parque; pues deseaba antes reconocer minuciosamente las posiciones del flanco izquierdo del enemigo, para combinar el avance simultáneo, reconocimiento que me proponía efectuar al día siguiente; pero a las 6 p. m., que regresé al campamento de San José de Guaymas, caí en cama víctima de insolación y me fue imposible ya salir al campo de operaciones por algunos días.

Al dejar la cama tuve el honor de rendir a usted, el informe siguiente:

Ciudadano Gobernador Interino del Estado, general don Ignacio L. Pesqueira. Hónrome en dar a usted el siguiente informe respecto del puerto de Guaymas: El día 27 de junio, a las 5 p. m., acompañado de mi Estado Mayor y escolta del Cuartel General, llegué a este pueblo, donde encontré una avanzada de 50 dragones de nuestras fuerzas al mando del capitán Antonio Loustaunau, ordenando que inmediatamente dicho capitán ocupara el cerro más grande que queda frente a este mismo pueblo, importante posición que nos pondría en condiciones de hacer reconocimientos de las posiciones enemigas. El cerro fue tomado a las 2 a. m. del 28, haciendo al enemigo algunas bajas y prisioneros. El mismo día 28, seguido de mi Estado Mayor subí al cerro citado y pude ver la necesidad de ocupar otro que está al sureste de éste, frente a las Batuecas, y destaqué al mayor Fructuoso Méndez, que lo ocupó a las 7 p. m. Al día siguiente me trasladé acompañado de mi Estado Mayor a dicho cerro, desde donde pude hacer minuciosos reconocimientos de todas las fortificaciones de los federales, habiéndonos batido con su artillería, sin causarnos daños, el vapor *Tampico*. Ese día, al regresar al campamento, caí en cama víctima de una insolación que me tuvo postrado cinco días, durante los cuales, por el Oeste operaban, en combinación, los coroneles Diéguez y Ochoa, a quienes al caer en cama, di órdenes de operar por aquel lado, a su propia iniciativa, para reducir al enemigo, estrechando el sitio que nos proponíamos cerrar; cosa que se hizo sin tener que llevar a cabo ningún combate formal, pues sólo se registraron ligeros tiroteos; y el sitio quedó establecido desde el día 3 del actual, habiendo quitado al enemigo las aguas de donde se abastece la población: la de San Germán, la de las Batuecas y la de Bacochibampo que aunque no está en nuestro poder, nuestros fuegos impiden que se surtan de allí los federales.

Desde entonces, he dado orden de que se conserven nuestras posiciones sin intentar ningún avance, hasta tener estudiado debidamente el ataque general que, con los últimos reconocimientos que he hecho y con los datos tomados del general Alvarado, quien con su Estado Mayor ha hecho también detenidos reconocimientos sobre las posiciones enemigas, creo tener bases para estudiarlo y fundar mi opinión, que es la siguiente: el combate duraría cinco días con un gasto probable de 1 000 000 de cartuchos y bajas en nuestras filas no menores de 200 hombres, sin que pudiéramos rendir ni hacer prisionera la guarnición de Guaymas, porque tiene todo lo necesario para embarcarse en caso dado; tampoco podríamos recoger municiones al enemigo, por el mismo motivo. Como el efectivo del enemigo se compone de 2 000 hombres bien atrincherados, y 3 buques de guerra, con un total de 30 cañones y cerca de 3 000 unidades de combate, el éxito no es completamente seguro, aunque, dado el ánimo de nuestra tropa, podríamos contar con un noventa por ciento de probabilidades de que la plaza cayera en nuestro poder. Ahora bien, si se intenta tomar la plaza por asalto, las proporciones varían mucho, y en este caso, mi cálculo es el siguiente: el asalto duraría 20 horas, el consumo de cartuchos sería de 400 000 y bajas probables en número de 400, pudiendo hacer al enemigo gran cantidad de prisioneros y capturar algún armamento y municiones; pero las probabilidades de éxito serían solamente un cincuenta por ciento, y en caso de un revés, nuestras bajas no bajarían de 1 000, y el enemigo, con cualquier refuerzo que recibiera, podría emprender su avance y estaríamos en condiciones poco favorables para destrozarlo; mientras que en la actualidad, con la mitad de la brigada, es suficiente para tener la guarnición federal de Guaymas embotellada.Espero pues, en vista del informe que antecede, se servirá librar sus respetables órdenes, y mientras tanto, continúan nuestras fuerzas en sus posiciones. Reitero a usted mi atenta subordinación.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Campamento en San José de Guaymas, julio 7 de 1913.

El general en jefe. *Álvaro Obregón*.

Entretanto, el coronel Ochoa había logrado apoderarse del cerro de Bacochibampo; el coronel Diéguez ocupaba los cerros del túnel, donde está el depósito de agua que abastece Guaymas, y que queda frente por frente del cerro de la Tortuga que ocupaban los federales, y 200 hombres del general Alvarado y el mayor Méndez con sus fuerzas continuaban conservando toda la cordillera que da frente a San José de Guaymas.

La artillería federal seguía funcionando diariamente, con ligeras intermitencias, sobre las posiciones ocupadas por los nuestros y sobre los campamentos, pero sin causarnos daños. Las tropas federales, que ocupaban posiciones frente a las nuestras, abrían también frecuentemente fuego de fusilería y ametralladoras, sin resultado.

El día 6, por la tarde, se intentó por los nuestros desalojar a los federales que ocupaban el fortín principal de su flanco izquierdo, costándonos la muerte de un teniente del 5.º Batallón y la herida del capitán Mariñelareña que mandaba en el asalto una sección de dinamiteros. También murieron en ese intento un sargento, un cabo y un soldado de los nuestros, sin que se hubiera logrado el propósito de desalojar de allí al enemigo.

Para evitar estos sacrificios innecesarios, fue preciso reiterar con energía la orden de que nuestros soldados se concretaran a mantener las posiciones inter se adoptaba el plan de ataque general.

La conservación de nuestras posiciones nos costaba alrededor de 15 000 cartuchos diariamente, pues el enemigo no cesaba en sus fuegos y era preciso hostilizarlo, sin emprender por eso un ataque decisivo, porque, como queda dicho, no contábamos con los elementos suficientes para darlo.

Con ese gasto de parque, y careciendo, como carecíamos, de reservas, la disminución de municiones era muy sensible, y si la situación se prolongaba, como de hecho tenía que suceder, llegaríamos al agotamiento.

Durante los días de mi enfermedad, comisioné al general Alvarado para que hiciera frecuentes reconocimientos del enemigo, y en cada uno de sus partes mostraba siempre lo difícil que le parecía, dadas nuestras condiciones de pertrechos, el ataque con éxito a las posiciones federales.

Aliviado un tanto de mis males, volví a hacer reconocimientos desde los puestos avanzados, y mis nuevas observaciones me confirmaban en la idea que ya había expresado, respecto a las condiciones para emprender el ataque definitivo, en el informe rendido a usted con fecha 7.

Fue entonces cuando me permití telegrafiar a usted, haciéndole ver la necesidad de su presencia en el campamento, y de acuerdo con mi indicación, llegó a San José de Guaymas el 8 de julio por la tarde. Tratamos el asunto verbalmente y, como final, me manifestó usted que muy en breve llegaría un furgón de parque y, con esto, podríamos asegurar el asalto sobre el puerto. Regresó usted al día siguiente, y por dificultades imprevistas en la introducción de municiones por la frontera, el parque anunciado no llegaba aún el día 12.

La situación, sin ser tirante, no presentaba ventaja alguna para nosotros, pues he repetido que nos concretábamos a mantener nuestras posiciones; porque todo intento de avance hubiera sido infructuoso, en tanto que los federales, teniendo expeditas las comunicaciones por mar, se allegaban elementos de vida de la Baja California y otros puntos, resultando que sólo el pueblo de Guaymas sufría las consecuencias del sitio, aminorándosele la ración de agua y careciendo de provisiones de boca. Y mientras nosotros esperábamos ansiosamente el parque, el enemigo recibió un poderoso refuerzo de pertrechos y poco más o menos 600 hombres en los vapores Morelos y Pesqueira, según ha podido comprobarse con personas salidas posteriormente de Guaymas.

Reuní entonces a los jefes de las diferentes columnas que integran la brigada y les expuse la situación, el número de cartuchos con que contábamos, el informe que había rendido a usted y mi plan de que, para suspender nuestro gasto de municiones, era conveniente ampliar el semicírculo establecido alrededor de Guaymas, retirando algunos kilómetros nuestras fuerzas, adonde se contara con mejores elementos, sin abandonar por eso la incomunicación por tierra que se ha tenido establecida a Guaymas, plan que con aprobación aceptaron todos y se decidió ponerlo en práctica la noche del día 12 de julio, como se hizo.

Durante los quince días que duró el asedio a Guaymas, nuestras bajas sumaban, en junto, 9 muertos y 31 heridos, todos de la clase de tropa, a excepción de los oficiales de que se ha hecho mención.

La columna del coronel Hill, dejando una fracción formada por las fuerzas del teniente coronel Trujillo que recorriera el valle desde Batamotal hasta frente a San José de Guaymas, marchó a Cruz de Piedra y quedó acampada allí la misma noche del 12, con avanzadas hasta la Bomba de Empalme; la columna Alvarado y la de Diéguez se acamparon en Maytorena, estableciendo destacamentos y servicios de exploración en Tres Gitos, Batamotal y Empalme, y la columna Ochoa acampó en Santa María.

Al mediodía del 13 me trasladé a Batamotal, y pude cerciorarme de que las órdenes dictadas, como consecuencia de la conformidad de todos los jefes, habían sido cumplidas fielmente, sin dar a conocer al enemigo ni indicios de las nuevas posiciones que ocupábamos, pues todavía en la tarde de ese día y aún al siguiente, los federales continuaban sus fuegos de artillería sobre las posiciones y campamentos abandonados por los nuestros.

Me es honroso reiterar a usted mi atenta subordinación y mis respetos.

*Sufragio efectivo. No reelección*.

Campamento en Maytorena, a 15 de junio de 1913.

El general en jefe. *Álvaro Obregón*.

Con los movimientos que se refieren en el final del parte transcrito, el sitio de Guaymas no se levantó, y solamente se amplió el radio de nuestras líneas para tomar posiciones más convenientes y evitar un inútil consumo de cartuchos, que no podríamos reponer, debido al embargo que las autoridades norteamericanas tenían establecido a lo largo de la frontera, para toda clase de pertrechos.

Con los refuerzos que Ojeda recibía, intentó algunos asaltos, sin que lograra desalojarnos de las posiciones que habíamos tomado; y con este motivo, se registraban diariamente combates de mayor o menor importancia.

## LA REVOLUCIÓN EN SINALOA

El gobernador de Sinaloa, señor Felipe Riveros, que había reconocido a Huerta y que, posteriormente, fue destituido y reducido a prisión por orden del mismo usurpador, había logrado evadirse y obtener del señor Carranza se le reconociera como gobernador de Sinaloa, y por aquellos días se dirigía a aquel Estado.

En Sinaloa, era jefe de las operaciones el general Ramón F. Iturbe, quien tenía su Cuartel General en San Blas.

Los grupos que andaban levantados en armas en aquel Estado, eran ya numerosos, siendo los principales jefes rebeldes los ciudadanos Mesta, Cabanillas, Rocha, Carrasca, Flores y algunos otros.

Con el armamento y cañones quitados al enemigo, habíamos organizado ya una columna de 7 000 hombres aproximadamente, contando con una regular dotación de artillería.

Los acontecimientos de Guaymas habían tomado un cariz no muy favorable para nosotros; pues las posiciones ocupadas por los nuestros eran magníficas, y Ojeda era impotente para desalojarnos de ellas con los elementos que tenía en Guaymas; en cambio, los federales ocupaban también muy buenas posiciones, de las que tampoco podríamos desalojarlos en caso de intentar un ataque; y la prolongación de tal estado de cosas era de peligro para nosotros; porque estando el enemigo en un puerto de mar y teniendo a su disposición barcos suficientes para allegarse contingentes de refuerzo y toda clase de elementos de cualquiera de los puertos del Sur en el Pacífico, que todos ellos estaban en poder de las tropas federales, podrían, en un momento dado, hacer una poderosa reconcentración en Guaymas para formar una columna muy superior a nuestros elementos y, entonces, su ofensiva tendría mayores probabilidades de éxito.

En consideración de todo ello, decidí activar las operaciones en el Estado de Sinaloa, mandando hacia allá algunas de nuestras fuerzas para ver si lográbamos ocupar los puertos de la costa de aquel Estado, que estaban sirviendo de base de aprovisionamiento a la guarnición sitiada en Guaymas.

## REGRESO DE MAYTORENA A SONORA

A mediados del mes de julio, Maytorena anunció su regreso al Estado para hacerse cargo nuevamente del Gobierno.

Todos los jefes de alta graduación protestaron contra el regreso de Maytorena, exponiendo que era indigna la conducta que éste había seguido en los momentos de prueba, huyendo cobardemente al extranjero y llevándose los únicos doce mil pesos que existían en las cajas de la Tesorería del Estado, siendo dichos jefes de opinión que no debería permitirse el regreso de Maytorena.

Yo estaba enteramente de acuerdo en que la actitud de Maytorena lo hacía indigno de nuestra confianza; pero no estaba de acuerdo en que nos opusiéramos a su regreso y lo desconociéramos como Gobernador; porque él había obtenido del Congreso un permiso para separarse por seis meses del Gobierno, y como su regreso lo hacía dentro del término de su licencia, toda oposición, por nuestra parte, entrañaba un desconocimiento a los actos ejecutados por el Congreso.

En la última decena de julio, tuvimos una junta en Nogales, a la que asistió Maytorena, habiendo concurrido a ella el general Pesqueira, Gobernador Interino de Sonora; el general Hill, el señor Roberto V. Pesqueira, el teniente coronel Plutarco Elías Calles, algunos otros jefes y yo. En aquella junta, todos expresamos con absoluta claridad nuestra opinión con respecto al pretendido regreso de Maytorena y se hicieron a éste cargos que ni siquiera intentó desvanecer, limitándose a decir que él era el Gobernador Constitucional del Estado, y que si había permanecido fuera del país, había sido en virtud de una licencia que el Congreso le concediera.

Yo manifesté a todos los jefes mi decisión de no oponernos al regreso del gobernador Maytorena, mientras éste conservara la investidura constitucional que el Congreso le había dado.

En consecuencia, esa misma noche quedó resuelta la cuestión, acordándose que Maytorena volviera a Sonora a hacerse cargo nuevamente del Gobierno del Estado.

Maytorena emprendió su marcha de Nogales a Hermosillo el día 31 de julio, y desde luego que arribó a la capital surgieron dificultades entre él y el general Pesqueira, por cuestión de la entrega del poder, habiéndoseme llamado violentamente por ambos, por cuyo motivo me trasladé nuevamente a Hermosillo, llegando a dicha ciudad el día 3 de agosto.

Las dificultades entre Pesqueira y Maytorena quedaron solucionadas, y el último se hizo cargo del Gobierno, empezando desde entonces su política criminal contra la Primera Jefatura y contra la Revolución, apoyándose en los reaccionarios despechados que habían sido expulsados del Estado por nosotros.

Las operaciones al Sur presentaban para nosotros enormes dificultades, debido al pésimo estado en que había quedado la vía del ferrocarril, y debido, también, a la falta de material rodante; pues teníamos apenas dos máquinas chicas del ferrocarril Kansas City México y Oriente y una grande, cuyo número —207— he querido consignar, por el papel tan Importante que esta locomotora desempeñó en la campaña.

Con objeto de extender nuestro movimiento hasta el Distrito Norte de la Baja California, preparé una pequeña columna para que fuera a revolucionar a aquel territorio, dando la jefatura de ella al coronel Luis S. Hernández, quien llevaba como subalternos al coronel Melchor T. Vela, al teniente coronel Miguel Hernández, al mayor Gaspar R. Vela, al capitán Altamirano, al teniente Manuel Montoya, y como 30 individuos de tropa.

Esta expedición salió de Hermosillo el día 18 de agosto de 1913, llegando hasta Estación Santa Ana por ferrocarril, y haciendo allí el desembarque para seguir por tierra, por Altar, Caborca, Sonoyta hasta río Colorado, que es el límite entre Sonora y el Distrito Norte de Baja California, por donde debería internarse la expedición en aquel territorio. La expedición tuvo que atravesar toda la parte desierta de Sonora, en que hay distancias hasta de 50 leguas de terreno completamente árido y arenoso, siendo, por lo tanto, penosísima la travesía.

De la citada expedición sobrevivieron solamente unos cuantos, pues la mayor parte de los que la formaban perecieron en los combates desiguales que tuvieron que librar contra las fuerzas huertistas en Baja California.

Después de campaña tan penosa y desafortunada, se incorporaron a Sonora el jefe de la expedición, coronel Luis S. Hernández, quien había resultado herido en uno de los combates, y el coronel Melchor T. Vela, que fueron casi los únicos supervivientes de aquella expedición, pues

habían muerto el mayor Gaspar R. Vela, el teniente Montoya y casi todos los individuos de tropa.

El señor Alfredo Breceda me avisó que el C. Primer Jefe venía haciendo una travesía por la Sierra Madre, desde Durango, para salir al norte de Sinaloa; y como al mismo tiempo tuviera yo conocimiento de que el general Ojeda había destacado de Guaymas una columna, al mando del coronel Rivera, para desembarcar en Topolobampo y marchar a apoderarse de San Blas, Sinaloa, lugar donde tenía establecido Iturbe su Cuartel General, y donde estaba también el gobernador Riveros con los poderes del Estado, ordené se alistara una columna de 600 hombres para que marchara al Sur a reforzar la plaza de San Blas.

Esa columna se puso en marcha en los primeros días del mes de septiembre, yendo a las órdenes directas del coronel Hill, y, con ella, marché yo para encontrar al Primer Jefe, quien, según últimas noticias, había cruzado ya la Sierra Madre, y caminaba con rumbo a El Fuerte, población del Estado de Sinaloa.

En esta vez, como en todas aquellas en que las exigencias del servicio me obligaban a retirarme de nuestros campamentos frente a Guaymas, quedaba al cuidado de las operaciones del sitio el general Salvador Alvarado.

El camino se hizo tardado por los desperfectos que las lluvias ocasionaban en la vía, por cuyo motivo frecuentemente tenía que detenerse nuestro convoy, hasta que, al fin, llegamos a San Blas el día 13 de septiembre; quedando allí acampada la columna, en tanto que yo continué al día siguiente mi viaje con dirección a El Fuerte, adonde había llegado ya el Primer Jefe con su Estado Mayor y una escolta de 150 hombres.

A las cinco de la tarde del día 14, llegué a la estación del Fuerte, donde por primera vez tuve el gusto de abrazar al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien en seguida me presentó a los miembros de su Estado Mayor.

De la estación nos dirigimos en coche a la población El Fuerte; y allí permanecimos esa noche y el día siguiente, saliendo ya muy tarde para San Blas y tomando en el camino algunas precauciones, porque de buena fuente se sabía ya que el enemigo estaba en Topolobampo y avanzaba sobre San Blas.

El día 16 de septiembre llegamos a San Blas, a las ocho de la mañana.

Toda la guarnición estaba formada y los pocos habitantes de aquel pueblo se congregaron en la estación a la llegada del Primer Jefe, haciéndole una cariñosa manifestación.

En San Blas permanecimos todo el día 16, y el 17 salimos para Hermosillo, llegando por la noche a Navojoa, donde permanecimos todo el día siguiente y parte de la noche, continuando la marcha para el Norte, hasta el campamento en Estación Cruz de Piedra, de donde, a caballo, seguimos el viaje, rindiendo la jornada en hacienda Santa María, lugar donde fuimos recibidos por el gobernador Maytorena y la comitiva que éste llevaba.

De hacienda Santa María seguimos a Estación Maytorena, donde estaban formando valla todas las fuerzas de la guarnición, en honor del Primer Jefe, continuando luego hasta Hermosillo.

En Hermosillo fue objeto el Primer Jefe de la recepción más entusiasta que he presenciado yo durante la Revolución.

Todas las manifestaciones de simpatía que el Jefe recibió en el trayecto desde Navojoa a Hermosillo, fueron la expresión franca y sincera de un pueblo consciente, que sabe apreciar los sacrificios de los hombres que le defienden su dignidad y sus derechos.

Cuando estaba para terminar la manifestación que se hacía al Primer Jefe en Hermosillo, como muestra de regocijo por su llegada, él tomó la palabra para significar su satisfacción y agradecimiento por la forma tan franca con que el pueblo de Sonora le manifestaba su adhesión y simpatía, y al final dijo: —Desde esta fecha, queda nombrado Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste uno de los hijos de Sonora: general Álvaro Obregón.

Pocos días después de la llegada del Primer Jefe a Hermosillo, nos informó que el general Ángeles venía de Europa a incorporarse a la Revolución; y con esta noticia todos sentimos grande entusiasmo, pues sinceramente creíamos que Ángeles sería un elemento muy importante en nuestro Partido.

Desde el día que dejo indicado, con la designación que hizo en mi favor el Primer Jefe, quedé como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, comprendiendo la jurisdicción de mi Cuartel General los Estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango y el Territorio de Baja California.

Por orden de la Primera Jefatura, empecé a activar las operaciones al Sur.

Ya con anterioridad se había hecho una regular remesa de cartuchos a Chihuahua, al entonces general Francisco Villa, remisión que se encargó de hacer el señor Francisco Elías, y que fue escoltada por el coronel Samaniego.

Se incorporó a Nogales el general Felipe Ángeles, habiendo sido yo uno de los primeros en felicitarlo por su arribo a nuestro Estado; y pocos días después llegaba a Hermosillo, donde me fue presentado por el Primer Jefe.

Poco más tarde, cuando ya había sostenido yo algunas conversaciones con el general Ángeles, el Jefe me preguntó: ¿Qué le parece a usted el general Ángeles? A lo que contesté: No he podido conocerlo todavía.

Se había librado ya la sangrienta batalla de Los Mochis, en que la columna del general Hill (éste había ascendido ya a general por acuerdo del C. Primer Jefe) derrotó completamente a la del coronel Rivera, que de Guaymas había sido destacado para recuperar San Blas. Entre las bajas que sufrimos en esta batalla se contó, como una de las más lamentables, la muerte del mayor Escajeda.

El general Iturbe, por su parte, había librado también una sangrienta batalla en el puerto de Topolobampo, con muy buen éxito para nuestras armas.

Las operaciones en Sinaloa, después de aquellas victorias de las armas constitucionalistas, entraron en un periodo de actividad por nuestra parte, para obtener el control de todo el Estado.

El general Martín Espinosa había pasado con una pequeña escolta a operar en el territorio de Tepic.

La columna del general Hill, después de librar la batalla de Los Mochis, continuó bajo las órdenes de dicho general, y éste, a las órdenes del general Iturbe, para atacar la plaza de Sinaloa, una de las que el ejército federal consideraba inexpugnables.

El ataque de dicha plaza se llevó a cabo y, después de tres días de combatir sangrienta y desesperadamente, la plaza cayó en poder de nuestras tropas; y entonces empecé a hacer

movilización de más tropas para reforzar los contingentes de Sinaloa, y elementos para pertrecharlos, para tomar yo el mando directo de las operaciones y avanzar sobre la plaza de Culiacán, capital de aquel Estado.

Las fuerzas que movilicé de Sonora, para dar empuje a las operaciones de Sinaloa, fueron las de la columna Diéguez y 100 hombres del 4.º Batallón de Sonora, con las que marché, habiéndonos incorporado a Bamoa el 24 de octubre; pasando en seguida a Sinaloa, donde se encontraban los generales Iturbe y Hill.

Al asumir el mando de las operaciones de Sinaloa, nombré segundo en jefe al general Iturbe, y continuamos nuestro avance hasta Guamúchil, donde los federales habían destruido por completo un gran puente que está sobre el río Mocorito.

En aquella estación, recibí un telegrama de la Primera Jefatura comunicándome que había sido designado el general Felipe Ángeles para el puesto de secretario de Guerra, en el Gabinete del señor Carranza.

El concepto que yo había podido formarme de Ángeles, durante el poco tiempo que lo traté, era tan malo, que creía honradamente que su nombramiento sería de consecuencias lamentables para la Revolución, y juzgué de mi deber expresar al Jefe, con toda sinceridad, la mala impresión que me causaba aquel nombramiento, e indicarle, en forma respetuosa, que todos los demás jefes participaban de igual mala impresión, como lo demostraba el hecho de que los generales Hill y Diéguez llegaron hasta a presentar solicitud para obtener su baja en el ejército. Con tal motivo, y con previo permiso del Jefe, me trasladé a Hermosillo para tratar verbalmente el asunto, mientras se reparaban las vías para continuar nuestro avance a Culiacán.

Una vez en la ciudad de Hermosillo, manifesté al Jefe, con toda claridad, la mala impresión que el nombramiento de Ángeles había causado.

La primera impresión que causó mi actitud en este caso, fue, naturalmente, poco favorable para mí; atribuyéndose a egoísmo de mi parte la inconformidad que manifestaba con la designación hecha en favor de Ángeles; pero yo procuré convencer al Jefe de que el egoísmo no me había aconsejado aquella protesta, y en apoyo de esta afirmación expuse, como argumento, el hecho de haber estado yo subordinado a Maytorena desde que éste regresó a Sonora, no obstante de que tenía yo la convicción de la cobardía de Maytorena, con la agravante de subordinar él, a su sed de oro, todo principio de honor; sin embargo de lo cual yo me había resignado a ser su subordinado, sólo porque tenía él la investidura de Gobernador Constitucional; y que, por consiguiente, ningún mezquino sentimiento podía rebelarse en mí con subordinárseme a un hombre de los conocimientos militares del general Ángeles, máxime cuando yo no tenía ningunos, sirviendo como militar sólo por causas ajenas a mi voluntad.

El Jefe me interrogó sobre los motivos que yo tuviera para estar en pugna con la exaltación de Ángeles a aquel puesto de confianza, y yo contesté con estas frases:

Cuando he conversado largamente con Ángeles, he podido descubrir, con pena, que economiza mucho la verdad y que cada palabra que pronuncian sus labios la ha meditado antes su cerebro; y como la verdad no se discurre, se expresa, creo haber descubierto en este hombre la idea fija de no dejarse conocer; y el hombre que procura que no se le conozca íntimamente, es porque oculta algo que no debe favorecerle mucho... Lo bueno procura uno exhibirlo; lo malo todos procuramos ocultarlo.

El Jefe me explicó que el papel de Ángeles sería limitado y que todas las órdenes emanarían de la Primera Jefatura.

Protesté al Jefe hacer todo esfuerzo por disipar el desaliento que entre los jefes de la Revolución había causado el nombramiento de Ángeles; me despedí y me trasladé a mi tren, emprendiendo la marcha a la plaza de Sinaloa adonde me incorporé al día siguiente.

Desde luego expliqué a los jefes mi conferencia con el señor Carranza y éstos convinieron en retirar su solicitud de baja, y las operaciones sobre Culiacán siguieron activándose.

Como en el parte oficial rendido acerca de las operaciones llevadas a cabo para la toma de Culiacán figuran los movimientos hechos desde Bamoa, me limito a copiar íntegro a continuación dicho parte.

## TOMA DE LA CIUDAD DE CULIACÁN, CAPITAL DEL ESTADO DE SINALOA

Tengo el honor de comunicar a usted que siguiendo las instrucciones que verbalmente se sirvió darme en esa capital, emprendí la marcha hacia este Estado con la columna Diéguez y 100 hombres del 4.º Batallón de Sonora, habiéndome incorporado a Bamoa el 24 de octubre, pasando personalmente a la ciudad de Sinaloa, donde se encontraban el general Iturbe y el general Hill con su columna. Desde luego tomé el mando de las fuerzas de Sonora y Sinaloa, quedando como segundo jefe el C. general Iturbe, a quien di órdenes para que al siguiente día la columna Diéguez continuara su marcha, en el mismo tren en que venía, hasta el río de Mocorito, frente a la estación de Guamúchil. El puente del ferrocarril sobre este río se halla destruido, pues los federales le prendieron fuego en tres partes, quemándose largos tramos, y ordené que con toda actividad se procediera a su reparación, quedando comisionados para dirigir los trabajos el C. mayor, jefe de trenes militares, J. L. Gutiérrez, bajo las órdenes del C. general Diéguez, cuya gente sería la que trabajara.

El 29 de octubre quedó terminado el nuevo puente que hubo de construirse, y esa misma noche pasó hacia el Sur el tren militar de la columna Diéguez, acampándose en Guamúchil. Ordené entonces la incorporación a esa misma estación del general Hill y de las fuerzas sinaloenses que se encontraban en la ciudad de Sinaloa.

En Guamúchil se encontraba ya el 3.er Regimiento de Sinaloa, comandado por el C. general Blanco, y di órdenes para que éste avanzara hacia el Sur, practicando reconocimientos, a fin de asegurar nuestros movimientos.

En la mañana del 31 se incorporó el general Hill a Guamúchil y ese mismo día di órdenes al general Iturbe para que dispusiera que el 1.º y el 2.º regimientos de Sinaloa, que se hallaban respectivamente en Angostura y Mocorito al mando de los coroneles Gaxiola y Mezta, marcharan a la hacienda de Pericos.

De Guamúchil me puse en comunicación con el general Mariano Arrieta, que se encontraba en un lugar cercano a Culiacán, dándole órdenes de que permaneciera inactivo hasta recibir nuevas instrucciones. También tomé contacto con el mayor Herculano de la Rocha y, por conducto del general Iturbe, le di órdenes para que se incorporara también a Pericos.

Había al sur de Guamúchil algunos otros puentes quemados, aunque no de gran significación, y el general Diéguez continuó la reparación de ellos, logrando pasar los trenes hasta Estación Retes, en la mañana del 3 del actual.

El 4 se continuó la marcha hasta Estación Caimanero, previa reparación de pequeños puentes quemados y haciéndose avanzar las fuerzas de caballería por el camino carretero, y en tren las de infantería.

Di instrucciones al general Iturbe para que procediera a disponer que el general Blanco, con 40 hombres de caballería, marchara de Caimanero a las 5 p. m. del mismo día 4 a apoderarse de Limoncito, estación del Ferrocarril Occidental entre Navolato y Altata, de donde debería marchar a Navolato y atacar la plaza.

En la tarde del mismo día 4 marché con todas las fuerzas hasta Estación Culiacancito, en dos trenes militares, yendo el resto pie a tierra. Terminaron de incorporarse las tropas a dicha estación, a las diez de la noche e inmediatamente di órdenes para que a las 3 a. m. del 5 estuviera lista toda la gente para emprender la marcha a Estación San Pedro, distante 16 kilómetros de Culiacán, sobre la vía del Ferrocarril Occidental.

Me incorporé con todas las fuerzas a San Pedro, a las ocho de la mañana del 5, y poco después recibí parte del general Blanco, por conducto del general Iturbe, de que se habían apoderado de la plaza de Navolato, después de dos horas de combate esa misma mañana, haciendo al enemigo que la defendía 11 muertos y 23 prisioneros, contándose entre los primeros el capitán federal Contreras, jefe de la guarnición; sin ninguna pérdida por nuestra parte. Comunicaba también que en el Limoncito se había apoderado del tren que hacía el servicio entre dicha estación y Altata.

A las nueve de la noche, después de librar las órdenes correspondientes para emprender la marcha la mañana siguiente, trasmití un telefonema al agente consular de los Estados Unidos en Culiacán, en que poco más o menos dije lo siguiente:

Me permito notificar a usted, suplicándole que a su vez lo haga con todos sus nacionales y, si es posible, con los demás extranjeros residentes en esa capital, que deberán salir de ella en un plazo de 24 horas, contadas desde el recibo de este

telefonema; en el concepto de que cualquier perjuicio que reciban al ser atacada esa plaza, no siendo en sus personas, estamos dispuestos a repararlo.

Otra nota dirigí al comandante federal de la plaza, invitándole a que permitiera la salida de todas las familias y personas no combatientes, para librarlas de las consecuencias del ataque. Ninguna de estas notas fue contestada, y quedó interrumpida la comunicación con Culiacán.

En la madrugada del 6 emprendí la marcha con las fuerzas a Bachihualato, de donde destaqué al teniente coronel Antonio A. Guerrero con el capitán segundo Aarón Sáenz y el teniente Jesús M. Garza de mi Estado Mayor, y la escolta del Cuartel General al mando del capitán segundo Fernando F. Félix, a practicar un reconocimiento hasta las cercanías de Culiacán, regresando después de reconocer las posiciones del enemigo, rindiendo parte detallado de ellas.

En la tarde del mismo 6 se incorporó al campamento de Bachihualato el general Arrieta, con una escolta, dando parte de que sus tropas se encontraban en El Barrio, o lado oriente de Culiacán, listas para entrar en acción. Se incorporó también el mayor Herculano de la Rocha con 60 de tropa.

De Bachihualato emprendí la marcha para Palmito a la mañana siguiente, llevando la vanguardia las fracciones de caballería que mandaban los capitanes Candelario Ortiz y Alejandro de la Vega, quienes desde Caimanero se habían incorporado a la columna, prestando importantes servicios en exploraciones y reconocimientos.

Por la vía telefónica, pues había hecho reparar la línea hasta cada campamento que íbamos estableciendo, recibí parte del general Blanco, en que comunicaba haber tomado posesión de puerto de Altata, que fue evacuado por los federales cuando sintieron su aproximación. En Altata se capturaron mercancías por valor aproximado de sesenta mil pesos. Di entonces instrucciones al general Blanco para que procediera con toda actividad a la reparación del puente de Limoncito, a fin de pasar el tren que estaba en dicha estación.

El general Arrieta regresó a su campamento de El Barrio, después de haberle sido entregados 31 000 cartuchos para dotación de sus fuerzas.

Procedí en Palmito, que dista un kilómetro de Culiacán, a tomar posiciones, y al establecimiento de puestos avanzados y de vigilancia, ordenando que, con las debidas precauciones, se acamparan nuestras fuerzas. El general Iturbe, con el celo y actividad que le son reconocidos, cuidaba empeñosamente del exacto cumplimiento de las disposiciones.

El Cuartel General quedó establecido en la casa de Palmito, a una distancia de más o menos 1 000 metros de los fortines federales, y a una no mayor de 3 kilómetros de las trincheras en que el enemigo tenía emplazada su artillería.

Acompañado de los generales Iturbe y Diéguez, de los miembros de mi Estado Mayor, de los mayores Mérigo y Breceda y de la escolta del Cuartel General, hice un reconocimiento por la loma que queda frente a Culiacán y entre esta plaza y Palmito, estableciendo una cadena de tiradores sobre ella, de Norte a Sur, con fuerzas del general Diéguez. Continuamos nuestro reconocimiento, buscando el sitio más apropiado para emplazar nuestras piezas de artillería, y fue designado un lugar dominante a la vez sobre la población y sobre la capilla de Guadalupe, en cuya loma los federales tenían sus principales posiciones. Di órdenes al general Diéguez para que se abriera una brecha por donde conducir las piezas, sin que el enemigo se apercibiera de ello, trabajo que se emprendió desde luego y regresé al Cuartel General sin que los federales nos hicieran más fuego que una descarga cuando estábamos al descubierto, en observación, sobre la casa de la sección ferrocarrilera de Palmito.

En la tarde del mismo día 7, acompañado también de mi Estado Mayor, de los generales Iturbe y Diéguez y del mayor Breceda, y con la escolta del Cuartel General, marché por las lomas que son continuación de las que habían sido exploradas por la mañana y que quedan al sureste del sitio en que estaba establecido el Cuartel General, hasta ponernos a la vista de las fortificaciones federales de la capilla de Guadalupe, pudiendo notar en este reconocimiento que los federales tenían algunos fortines en lo alto de cada una de las lomas que circundan la de la capilla.

Volví en la mañana del 8, acompañado de los mismos jefes y del teniente coronel Manzo, a practicar un nuevo reconocimiento sobre las lomas recorridas en la tarde anterior, hasta fijar con precisión las posiciones enemigas. En este reconocimiento fuimos acompañados por el señor gobernador Riveros.

Teniendo ya conocimiento exacto de las posiciones que ocupaban los federales, dispuse un plan general de ataque sobre la plaza y reuní a todos los jefes, por la tarde del mismo día 8, a fin de dárselos a conocer; y todos estuvieron conformes con él, apoyándolo. Los jefes que estuvieron presentes, fueron: el señor Gobernador, general Felipe Riveros; los generales Ramón F. Iturbe, Manuel M. Diéguez y Benjamín Hill; coroneles Claro Molina, Manuel Meztas y Macario Gaxiola; tenientes coroneles Miguel M. Antúnez, Francisco R. Manzo, Gustavo Garmendia, Carlos Félix, Antonio A. Guerrero y Antonio Norzagaray y mayores Emilio Ceceña, Alfredo Breceda, Juan José Ríos, Esteban B. Calderón, Camilo Gastélum, Juan Mérigo y Pablo Quiroga.

El general Iturbe propuso que se modificara el plan general en el sentido de que por el frente, o sea por la derecha del Ferrocarril Occidental y en línea paralela de ésta, atacaran las fuerzas de los coroneles Meztas y Gaxiola, proposición que desde luego fue admitida, quedando definitivamente el plan de ataque, de la manera siguiente:

Las tropas que operaban en los alrededores de Culiacán quedarían divididas en 5 columnas, como sigue: columna al mando del general Diéguez, compuesta de la segunda columna expedicionaria de Sonora y 300 hombres del general Arrieta; 1.ª Columna Expedicionaria de Sonora, al mando del general Hill; Columna de Durango, al mando del general Arrieta, compuesta de las

fuerzas de aquel Estado que comanda este general, excepción de los 300 hombres que se incorporarían al general Diéguez; fracciones del 1.º, 2.º y 3.er regimientos de Sinaloa, al mando del general Blanco; fracciones del 1.º, 2.º y 3.er regimientos de Sinaloa, que militan como infantería, bajo las órdenes del coronel Gaxiola. Independiente de estas columnas operaría la sección de artillería al mando del C. mayor Juan Mérigo, bajo las órdenes directas del Cuartel General, quedando, como sostén de ellas, las fuerzas del mayor Herculano de la Rocha.

El asalto deberían iniciarlo las columnas Arrieta, Hill y Gaxiola a las 4 a. m. del día 10, en el siguiente orden: la Columna Arrieta emprendería el asalto sobre la línea oriente de la población, desde el río Tamazula hasta el Panteón Nuevo, reforzando especialmente las posiciones que quedan frente al camino para Mazatlán; la Columna Hill asaltaría por el oeste de la plaza, llevando como objetivo desalojar al enemigo, que estaba fortificado sobre la vía del Ferrocarril Sur Pacífico; la Columna Gaxiola atacaría por el Suroeste, penetrando por la colonia Almada y llevando como objetivo desalojar al enemigo de la vía del Ferrocarril Occidental e interceptar el paso entre la ciudad y la capilla de Guadalupe. Los movimientos de estas dos últimas columnas los dirigía personalmente el general Iturbe.

Cuando la luz del día permitiera fijar puntería, se abriría fuego con dos piezas de montaña sobre la capilla de Guadalupe, y la Columna Diéguez emprendería el asalto sobre esas posiciones, para lo cual debería quedar colocada, desde la misma noche del 9, en la forma siguiente: una fracción de sus fuerzas en la loma inmediata a la de la capilla, que queda al poniente de ésta, y que personalmente habíamos reconocido el día anterior, cuya fracción debería fortificarse en dicha loma para que desde allí abriera sus fuegos a la hora indicada, protegiendo el avance de la que emprendería el asalto; ésta quedaría en el lugar conveniente para que a la hora señalada emprendiera el avance sobre la loma, continuación de la que ocupa la capilla.

El número de gente que integrarían estas fracciones quedó al criterio del general Diéguez, y el objetivo de toda su columna sería apoderarse de la capilla.

El general Blanco quedaría como reserva para reforzar la línea de fuego en caso necesario o emprender la persecución del enemigo, excepción de 50 hombres que, de su columna, se destacaron en la tarde del 9 sobre el camino de San Antonio y Tierra Blanca, donde harían demostraciones para llamar la atención del enemigo.

Las dos piezas de artillería de batalla quedarían emplazadas frente a la casa de la estación de Palmito, hacia el río, y harían fuego sobre la capilla de Guadalupe o las posiciones federales de la población, según fuera ordenado, y los cañones Sufragio y Cacahuate dirigirían sus fuegos sobre las trincheras enemigas de la vía del ferrocarril.

El Cuartel General continuaría establecido en la casa de Manuel Clouthier, en que se encontraba. Todas las fuerzas que entrarían en el asalto deberían ir sin sombrero, y se ordenó a los jefes y oficiales recomendado de una manera especial a sus subalternos, por haber sido la única contraseña que se adoptó en el ataque.

Todos los jefes de columna, excepción del general Arrieta, rendirían parte al Cuartel General cada dos horas, y el general Arrieta lo haría cada tres.

A medida que nuestras fuerzas fueran avanzando y tomando posiciones, colocarían en cada una de ellas un asta con un sombrero en el extremo superior, de manera que fuera fácil distinguirlo desde lejos.

Todos los jefes deberían reunir el día 9 a sus oficiales, previniéndoles que quedaba bajo su estrecha responsabilidad cualquier desorden que se cometiera por las fracciones de fuerzas a su mando, al tomar la plaza, quedando autorizados para obrar con toda energía y emplear los medios que fueren necesarios para evitarlo.

Estas disposiciones fueron entregadas por escrito, acompañándose un plano de esta capital, a cada uno de los jefes de columna, y se publicaron en la Orden General del 9 al 10 de noviembre.

En la mañana del 9, el general Diéguez comenzó a movilizar sus fuerzas con objeto de tomar las posiciones que prevenían el plan de ataque y a fin de alistarse a emprenderlo en su oportunidad. Las fuerzas de la Columna Hill formaron en una larga cadena de tiradores desde las orillas del río hasta frente a la casa de la Sección.

Intempestivamente, y como a las 9:30 de la mañana, se dejó oír en el campamento un nutrido fuego de fusilería en dirección al lugar fijado para el emplazamiento de la artillería. Inmediatamente salí a caballo, acompañado de mi Estado Mayor al sitio en que el fuego era más nutrido, y donde se encontraba ya el general Iturbe; en tanto que sobre algunas de nuestras posiciones y sobre el campamento mismo caía una verdadera lluvia de proyectiles. Pude, desde luego, observar que en el terreno mismo, ocupado por los nuestros, se luchaba en confusión, hasta cuerpo a cuerpo, entre federales y nuestros soldados. Allí me sentí herido en una pierna. Algunos soldados de artillería se presentaron con 3 ex-federales prisioneros, cogidos cuando éstos se creían entre los suyos, y lanzaban vivas al 8.º Batallón.

Casi una hora duró el fuego cerrado, en aquella confusión, al cabo de la cual se me dio parte de que los federales se habían apoderado de dos cierres de las piezas de batalla que aún no habían sido emplazadas, y estaban sin el retén correspondiente, en camino para el sitio que se había acordado para su emplazamiento. Los federales, en número de 150, salieron por la mañana a practicar un reconocimiento por entre el monte espeso; y cuando, sin esperarlo, se vieron dentro de nuestra línea, haciendo esfuerzos por reconcentrarse a la plaza, abrieron el fuego nutrido de que he hablado, yendo por casualidad, en retroceso, a parar al lugar en que se encontraban las dos piezas sin sostén, de lo que se aprovecharon para quitar los cierres. Pasaron en seguida por donde estaban las otras dos piezas debidamente escoltadas, y allí sintieron el empuje de nuestros bravos soldados que los hicieron

continuar de huida su reconcentración a sus posiciones, haciéndoles 6 muertos, que unidos a 18 que se recogieron en otros lugares, suman 24 muertos los que los federales dejaron en su huida, y 29 prisioneros que quedaron en poder de los nuestros. Todavía en la tarde, fue traído de San Pedro un ex-federal de los llamados voluntarios, que se presentó en dicho pueblo y manifestó que aprovechando la confusión que reinó entre los federales, al verse entre los nuestros, pudo escaparse, y refirió detalladamente el extravío que sufrieron y fue causa de ir a dar, por verdadera casualidad, al lugar en que estaban los cañones.

Nosotros lamentamos ese día la muerte de 6 soldados, tres de ellos de artillería y los otros tres de las fuerzas del coronel Meztas, que había ocurrido con toda prontitud al lugar en que se desarrollaron los hechos, y un oficial de artillería y 3 soldados más, heridos.

Al regresar al campamento, y a pesar de que sentía mi pierna inmóvil, pude ver que la herida que había sufrido no era de importancia, pues la bala se había atravesado, sin penetrar, quizá por haber chocado antes en algún objeto. El mal se reducía sólo a un golpe que produjo la inflamación de la pierna.

Di órdenes para que el 4.º Batallón, al mando del teniente coronel Manzo, cubriera la línea frente a las casas de Palmito, prolongando la cadena de tiradores de la Columna Hill. Continuando la línea del 4.º, fueron colocadas las fuerzas de los coroneles Meztas y Gaxiola. Ordené también que fueran retirados los dos cañones que habían quedado sin cerrojos, y procedí a tomar el dispositivo de combate, modificando el plan en lo que era preciso con la pérdida sufrida en la artillería, por la mañana. El mayor De la Rocha, que aún no se había hecho cargo de custodiar la artillería, pasó a reforzar las posiciones del coronel Meztas.

Recibí a la sazón comunicación del general Blanco, por teléfono, en que decía que se avistaba en Altata un buque de guerra. Pedí mayores datos, y resultó ser el Morelos, que pretendía desembarcar las tropas que traía a bordo, y hasta logró poner en tierra una fracción. Como debía destruirse la partida de federales que viniera con esa dirección, ordené al general Blanco, por conducto del general Iturbe, que dispusiera sus tropas para batirla, retrocediendo de Altata y haciendo a los federales que se internaran por tierra a la mayor distancia posible del puerto, sin presentarles combate, hasta hacerlos llegar al lugar que se le designara. Para asegurar el éxito en estas operaciones, suspendí el ataque sobre la población sin levantar, por esto, el sitio.

Comunicó el general Blanco que los capitanes Ortiz y Tiburcio Morales habían marchado con 80 hombres hasta frente al Robalar, vipilando la costa y logrando descubrir una partida de federales que hablan desembarcado por aquel rumbo, a la que tirotearon y obligaron a replegarse inmediatamente, reembarcándose.

Dirigí, ese mismo día, una comunicación al general Arrieta, dándole instrucciones para que dejara 500 de sus hombres en las posiciones que tenía ocupadas por el oriente de la población, y que el resto de sus fuerzas se reconcentrara al campamento de Palmito, y en la noche del mismo 9, cumplimentando esta disposición, se incorporó al campamento.

El general Blanco, entretanto, continuaba con toda actividad la reparación del puente de Limoncito, operación que era de gran interés para poder disponer del tren a fin de utilizarlo en conducir provisiones al campamento.

Durante el día 10, nuestras fuerzas conservaron las posiciones que habían tomado, y por la noche del mismo día, el enemigo pretendió echarse sobre la cadena de tiradores, formada por tropas del coronel Meztas, frente a la Casa Redonda, siendo rechazado vigorosamente.

El Morelos, en tanto, continuaba bombardeando la playa, pero sin que las tropas que había desembarcado se atrevieran a internarse en tierra.

Por conducto del general Iturbe, el día 11 recibí parte del general Blanco en que comunicaba que el enemigo había procedido a reembarcarse en Altata, y no siendo ya necesaria la presencia del general Blanco en la costa con toda su gente, ordené que dejara sólo 50 hombres al mando del capitán Tiburcio Morales en los alrededores de Altata y, con el resto, emprendí por tren la marcha a Palmito, pues había terminado ya la reparación del puente.

En la tarde del mismo día 11, hablé con el general Iturbe para que comunicara instrucciones a todos los jefes de columna, a fin de que en la madrugada del 12 se emprendiera el ataque sobre la plaza en las mismas condiciones que las fijadas en el plan comunicado para el día 10, por lo que se refería a las fuerzas de los generales Hill y Diéguez y coroneles Gaxiola y Meztas; quedando el general Arrieta con la tropa que tenía en Palmito como reserva, y las fuerzas de este mismo general que quedaron en El Barrio conservando las mismas posiciones.

A las 5 a. m. del 12 nuestras fuerzas emprendieron su avance simultáneo sobre las posiciones federales, entablándose un combate reñido, logrando los nuestros apoderarse de las trincheras enemigas que quedaban a su frente, siendo de las principales: los fortines de la Casá Redonda, que fueron ocupados por las fuerzas de los coroneles Gaxiola y Meztas, teniente coronel Félix y mayor De la Rocha. Por la izquierda de estas posiciones avanzaron fuerzas del teniente coronel Félix, al mando de los tenientes Crescencio Limón y Ramón Inzunza, que se apoderaron de las posiciones de la Bomba, sobre la vía del ferrocarril, lamentando la muerte del teniente Inzunza. El teniente coronel Antúnez avanzó con sus fuerzas hasta desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba por el lado del canal y La Ladrillera, tomando posesión de ellas. Por el lado del puente, las mismas fuerzas cargaban valientemente sobre el enemigo, pero por las condiciones ventajosísimas en que se encontraba, no fue posible desalojarlo. El teniente coronel Antúnez resultó herido de un hombro, muy cerca de la clavícula izquierda, y se negó a retirarse de la línea de fuego, continuando al frente de sus tropas, tan luego como se le hizo la primera curación.

A la misma hora, se incorporó al campamento, en un tren militar, el general Blanco con sus fuerzas, y en seguida se ordenó su avance en el mismo tren hasta adelante de la casa de la Sección, protegido por fuerzas del coronel Meztas, al mando del mayor Emilio Ceceña. Serían como las once de la mañana cuando, por falta de agua en la locomotora, se ordenó que retrocediera el tren, habiendo hecho todos estos movimientos bajo un fuego nutridísimo de los federales, que nos ocasionó algunos heridos a bordo del tren, entre ellos el capitán Francisco Moncayo.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos por el frente e izquierda, el general Diéguez había emprendido también el avance por la derecha, destacando al 4.º Batallón a apoderarse de uno de los fortines que quedaban frente a la capilla, y al 5.º Batallón al asalto de otro fortín, que era el principal de los que tenía al frente la capilla. El fuego se había entablado desde luego muy nutrido, y como a las nueve de la mañana que llegaba el 5.º Batallón al fortín con su jefe, el teniente coronel Gustavo Garmendia, a su frente, desalojando, en una lucha encarnizada, a los federales que se hacían fuertes en él; cayó Garmendia herido en una pierna por bala expansiva, que le produjo una intensa hemorragia, y a pesar de haber sido desde luego ligado fuertemente y sacado del sitio en que con tanta bizarría se batía, sobrevino la muerte en medio de una serenidad que impresionó a los presentes, y antes de que pudiera llevársele a un lugar en que se le impartieran auxilios médicos. Su cadáver fue conducido al Cuartel General, donde se le hicieron guardias de jefes y oficiales, y a la mañana siguiente fue trasladado a Navolato, dándosele sepultura con los honores debidos.

Por la tarde, a las 4, cuando la fracción del 5.º que quedó resguardando el fortín se encontraba debilitada por haberse destacado gente a proveer de agua y provisión de que se había carecido todo el día, resintiéndose especialmente la falta de la primera, fueron sorprendidos los nuestros y desalojados del fortín por una numerosa tropa federal. En la resistencia hecha por el 5.º Batallón resultó herido en un ojo el mayor Esteban B. Calderón, que había quedado como jefe accidental del cuerpo. Esa fuerza se vio obligada a replegarse, parte al campamento y parte a las trincheras que tema el resto de la columna del general Diéguez.

El mismo general Diéguez destacó una compañía del Cuerpo de Voluntarios de Cananea a reforzar al 4.º Batallón, que desde la mañana siguiente se batía bizarramente, disputando al enemigo el magnífico fortín de que estaba apoderado, sufriendo la herida del capitán primero Cenobio Ochoa y uno de tropa. En la tarde fue preciso reconcentrar esa gente al campamento, en virtud de que se le agotó por completo la dotación de parque que llevaba.

Un nuevo empuje dio el general Blanco con sus fuerzas, por la tarde, posesionándose de algunas trincheras, que no abandonó más, a pesar de las frecuentes y bravas tentativas que hicieron los federales por desalojarlo.

Por la noche, los federales cargaron con ímpetu sobre las posiciones ocupadas por los nuestros, sin conseguir que retrocedieran un palmo, pues tanto los coroneles Meztas y Gaxiola; el general Blanco y el mayor De la Rocha, que desde que lograron apoderarse de las trincheras que ocupaba el enemigo entre la capilla, la Casa Redonda y la vía del ferrocarril, estuvieron inconmovibles, como los tenientes coroneles Félix; y Antúnez, de las fuerzas del general Hill, que habían tomado posiciones desde la Casa Redonda hasta la Bomba y el canal, no fueron movidos de los puntos que ocupaban.

En la misma noche, el general Diéguez, con fuerzas de Cananea y otras fracciones de su columna, usando especialmente bombas de dinamita, logró desalojar al enemigo del fortín que por la mañana le disputaba el 4.º Batallón, y se apoderó de él, resistiendo el nutrido fuego, tanto de artillería como de fusilería, que desde la capilla y otros lugares hacíanle los federales.

Nuestra artillería había funcionado con regularidad, disparando en la mañana desde la casa de la Sección de Palmito, y en la tarde, desde las posiciones que ocupaban las fuerzas del general Hill, haciendo que muchos disparos perforaran los carros blindados que sobre la vía del Sur Pacífico tenían los federales y batiendo, a intervalos, las posiciones enemigas de la capilla. Los cañones Cacahuate y Sufragio funcionaron también durante todo el día, y es digno de aplaudir el valor temerario demostrado por los oficiales que los manejaban, muy especialmente el del primero, teniente Praxedis Figueroa, que al alcance de la fusilería enemiga, y bajo el nutrido fuego de ésta, constantemente avanzaba con su pieza.

Durante la mañana del 13, el fuego continuó por ambas partes, cerrándose a intervalos y siendo siempre rechazados los federales cada vez que intentaban desalojar a los nuestros, protegiéndose con disparos de artillería.

Por la tarde, el general Diéguez tomó dispositivo para apoderarse de nuevo del fortín que había tenido el 5.º Batallón, y esa misma noche fue ocupado, desalojando a los federales, con fuerzas al mando del mayor Ríos.

Las fuerzas del coronel Laveaga relevaron en sus posiciones a las del teniente coronel Antúnez, sosteniéndolas con el mismo brío que las de éste, a pesar de los esfuerzos que hacían los federales por recuperarlas. El general Arrieta con sus fuerzas estuvo, en tanto, reforzando la línea de fuego por el frente, protegiendo así a los nuestros que ocupaban las posiciones de la Casa Redonda y sus alrededores.

Desde el oscurecer de esa noche fueron notables las cargas dadas por el enemigo, pretendiendo desalojar a los nuestros, entablándose a intervalos nutridísimo fuego de fusilería y ametralladoras, hasta cerca de las 2 a. m., en que el enemigo comenzó a retirarse. Momentos después, y apenas se hubieron dado cuenta los nuestros de que los federales abandonaban sus posiciones, pasaron a ocuparlas; en seguida se internaron a la población, siendo de los primeros en penetrar a la ciudad el teniente coronel Muñoz, de las fuerzas del general Blanco, los coroneles Gaxiola y Meztas, el mayor De la Rocha, los tenientes coroneles Félix y Antúnez y el resto de las fuerzas del general Blanco.

Al amanecer del 14, el general Diéguez, con sus tropas, tomó posesión de la capilla, acampándose allí, y en la mañana del mismo día todas las fuerzas hicieron su entrada a la ciudad, en correcta formación, no registrándose más acto de desorden que el cometido por dos soldados de las fuerzas de Durango, que se introdujeron a una casa habitación y que fueron aprehendidos por uno de los piquetes que patrullaban las calles, y pasados por las armas, por orden del general Iturbe. En seguida reinó un completo orden que se ha conservado hasta la fecha.

No es posible precisar el número de bajas del enemigo, debido a que éste, durante los días del sitio, estuvo dando sepultura a sus muertos, y al abandonar la plaza se llevaron a sus heridos; pero por los datos recogidos hasta hoy, y contando los dispersos que se refugiaron en la población, y que han estado siendo recogidos por nuestras tropas, puede calcularse en 150 el número de muertos por parte de los federales y poco más de 100 el de prisioneros, incluyendo en los últimos el capitán ex-federal Miguel Guerrero, que se encuentra herido de una pierna.

El total de nuestras bajas fue: un jefe, 5 oficiales y 30 soldados muertos, y 2 jefes, 4 oficiales y 75 de tropa heridos.

Como rasgos dignos de especial mención, debo relatar el del teniente Francisco Nevárez, que con un puñado de sus valientes soldados, cuando desalojó a los federales de las posiciones cercanas al puente del ferrocarril, se mantuvo en ellas por dos días y una noche, careciendo en lo absoluto de provisiones de boca. Los coroneles Gaxiola y Meztas y mayor De la Rocha permanecieron siempre en sus posiciones, sin mostrar la necesidad que tenían de que se les proveyera de alimentos y agua para ellos y sus fuerzas.

El general Iturbe se mantuvo constantemente en la línea de fuego, dando muestras de una energía y actividad inquebrantables; sin descuidar ningún detalle, recorría siempre las posiciones avanzadas, celoso de que nuestras tropas guardaran la actitud que les correspondía.

Merece también muy especial recomendación el general Diéguez que estuvo activo y bizarro como siempre; los coroneles Gaxiola y Meztas, a cuyo valor y tenacidad se debe gran parte del éxito alcanzado, lo mismo que los tenientes coroneles Manzo, Antúnez y Muñoz, y mayor De la Rocha.

Los demás generales, jefes y oficiales estuvieron todos a la altura de su deber, distinguiéndose especialmente el capitán primero Climaco Coronado y los tenientes Francisco Nevárez y Praxédis Figueroa. En general, la tropa y oficialidad son dignos de todo elogio, pues, como siempre, dieron altas pruebas de gran valor y abnegación.

Por separado, encontrará usted un Estado de generales, jefes y oficiales que tomaron parte en esta jornada, con expresión de los que fueron muertos y heridos.

Por disposición del general Iturbe, marchó, en la mañana, el coronel Laveaga con sus fuerzas en persecución del enemigo, a fin de que tuviera contacto con él e informara con precisión la ruta que siguiera, para ordenar la salida de una fuerza competente. A las 11 a. m. del mismo día 14, por escrito comuniqué orden al general Iturbe a fin de que dispusiera que el general Blanco marchara inmediatamente con sus tropas a Limoncito, donde tenía su caballada, y allí emprendiera la marcha, trazando una diagonal por el Robalar, con objeto de evitar que los federales se embarcaran en aquella playa, si llevaban intento de hacerlo. En la misma orden dispuse que el general Arrieta marchara con sus fuerzas de caballería por el camino carretero rumbo a Mazatlán, paralelo a la vía del ferrocarril, y el general Diéguez, con 1 000 hombres de infantería, marcharía por el centro, por la vía del ferrocarril, esa misma tarde.

También ordené que, con propio violento, se comunicara al general Carrasco, que se encontraba asediando a Mazatlán, que las fuerzas federales que se fugaron de Culiacán marchaban en aquella dirección, y recomendándole que dispusiera lo conveniente, con objeto de batirlas, en combinación con las que ya salían persiguiéndolas.

Por la tarde, marchó la escolta del Cuartel General, al mando del capitán segundo Fernando F. Félix, a incorporarse al coronel Laveaga, y el mayor Elías Mascareñas, con fuerzas de caballería, debería también incorporarse a dicho jefe. Comuniqué órdenes al mismo coronel Laveaga, a fin de que con toda frecuencia rindiera parte, por extraordinario, de los movimientos que efectuara y de la ruta que siguiera el enemigo.

El general Diéguez marchó en un tren, con sus fuerzas, compuestas de las siguientes fracciones: 4.º Batallón de Sonora, Batallón Libres de Sonora, 1.er Batallón de Sonora y una fracción del 2.º Regimiento de Sinaloa, bajo las órdenes directas del teniente coronel Francisco R. Manzo, y 5.º Batallón de Sonora y 1.º y 2.º cuerpos de Cananea, a las inmediatas órdenes de los mayores Juan José Ríos y Pablo Quiroga. Este tren militar llegó en la mañana del 15 al kilómetro 597 de la vía del ferrocarril, donde encontró un puente recientemente quemado, y habiendo ordenado el general Diéguez echar pie a tierra, se continuó la marcha para Quilá, distante 4 kilómetros, y donde se suponía que se encontraba el enemigo.

El capitán Ortiz, que había estado recorriendo la región de El Dorado y Robalar, se incorporó al coronel Laveaga en las cercanías de San Rafael, dando muestras de la misma actividad y empeño con que siempre se había distinguido.

Como en la mañana del 15 todavía no recibía ninguna información sobre la persecución del enemigo, salí violentamente con el teniente coronel Herculano de la Rocha, a quien le completé 200 hombres con fracciones del 1.º y 2.º regimientos de Sinaloa, en un tren rumbo al Sur, habiendo llegado al puente quemado del kilómetro 597 a las 6 p. m. de ese día, de donde continuamos nuestra marcha a pie, por no haber querido, a nuestra salida de Culiacán, perder siquiera el tiempo necesario para el embarco de

nuestros caballos. El teniente coronel De la Rocha nos acompañaba también a pie, a pesar de su avanzada edad, y dando muestras de especial empeño en cooperar a la persecución.

Desde luego me apercibí de un tiroteo que se oía con rumbo al puente de ferrocarril sobre el río de San Lorenzo, y marché con aquella dirección. Era que el general Diéguez, habiendo dado alcance al enemigo en Quilá, y habiendo éste emprendido de nuevo la fuga, marchó sobre él y lo obligó a presentar resistencia en los bordes del río, en cuyo lugar lo batía desde mediodía. El fuego cesó ya entrada la noche, y a esa hora pude hablar con Diéguez, ordenándole que a fin de dar descanso a la tropa y aprovisionarla en lo posible, se reconcentrara a Quilá; pues ya el enemigo había proseguido su marcha hacia el Sur, según informaban el teniente coronel Manzo y el mayor Ríos, que practicaron un reconocimiento hasta las primeras casas de Oso, donde el enemigo se había hecho fuerte. El coronel Laveaga, con los capitanes Félix y Ortiz, se habían incorporado al general Diéguez en los últimos momentos del combate.

A mi vez, me incorporé a Quilá con las fuerzas al mando del teniente coronel De la Rocha y el teniente coronel Guerrero, los capitanes Serrano, Arvizu, Robinson y Muñoz que me acompañaban, llegando a dicho pueblo a las 10 p. m.

Desde luego traté de comunicarme con el general Blanco, por teléfono, y tras de muchas dificultades, se obtuvo la comunicación de El Dorado, de donde informaron que ningunas noticias tenían de dicho general, ni de sus fuerzas. Desde mi llegada al kilómetro 597 había regresado el tren a Culiacán con un mensaje urgente para el citado general, que debería serle trasmitido por teléfono a Limoncito, y de allí, hacerlo llegar, con propio, a sus manos, ordenándole que inmediatamente emprendiera su marcha a Quilá. pues la caballería nos era absolutamente indispensable para la eficacia de la persecución.

Al amanecer del 16, el coronel Laveaga, con los capitanes Ortiz y Félix, salió sobre las huellas del enemigo y se procedió a levantar el campo, encontrándose 9 cadáveres de ex-federales, como resultado del combate de la tarde anterior, y algunos dispersos, entre ellos, un capitán segundo, que desde luego fue ejecutado por orden del teniente coronel Manzo. Esos dispersos daban clara muestra de las condiciones de cansancio y aniquilamiento en que caminaba el enemigo, pero nuestra infantería se hallaba por completo extenuada, pues las fatigas y privaciones tenidas desde el principio del ataque a esta capital, y muy especialmente las de los dos días anteriores, habían dejado a nuestros soldados imposibilitados para continuar la marcha, y dispuse que permaneciera parte de las fuerzas del general Diéguez en la citada estación de Oso, adonde nos habíamos incorporado por la mañana, para que de allí se regresara a Culiacán en tren, tan pronto como terminara la reparación del puente quemado, en cuya obra se trabajaría empeñosamente.

De nuevo hice inútiles esfuerzos por comunicarme con el general Blanco, sin lograr siquiera saber su paradero, y como no habían sido aún reparadas las vías telegráficas entre Culiacán y Quilá, y carecía de caballos para mí y los oficiales de mi Estado Mayor que me acompañaban, resolví regresarme esa misma noche a esta capital, con objeto de activar desde aquí la marcha del general Blanco, habiéndome incorporado a ésta al amanecer del 17.

Al mediodía del mismo 17, se incorporó a Quilá el general Blanco y poco después el general Arrieta con sus respectivas fuerzas de caballería, y comunicó, este último, que le era imposible continuar la marcha por impedírselo el mal estado en que se encontraban sus caballos.

El general Blanco continuó en la misma tarde su marcha hacia el Sur, por el camino que llevaban los federales y que era el que seguía también el coronel Laveaga. Entretanto, este jefe había dado nuevamente alcance al enemigo en Abuya, de donde emprendió la huida tan pronto como sintió su aproximación, dejando algunos dispersos que fueron recogidos por Laveaga. Como se tuviera allí conocimiento de que por la vía del ferrocarril marchaba una partida de federales, que iba dejando también gran número de dispersos, el coronel Laveaga con el capitán Félix y 10 hombres de sus fuerzas marchó por ese camino, encontrando, en efecto, bastantes dispersos que recogió, desarmándolos, y ordenó al resto de su fuerza que continuara la marcha por el camino carretero que llevaban los federales.

En la tarde del 19, al llegar a La Cruz, donde se encontraba el enemigo, el coronel Laveaga, con los pocos hombres que lo acompañaban, sostuvo un tiroteo con él, mientras se incorporaba el resto de su fuerza, que fue ya entrando la noche. A esa misma hora se incorporó el general Blanco con su caballería, tomando desde luego el mando de toda la fuerza perseguidora. El enemigo había abandonado La Cruz a las 7 p. m. y los nuestros entraron a dicha estación momentos después.

A la mañana siguiente continuó el general Blanco su marcha sobre el enemigo, que había tomado rumbo a la costa, y en la tarde, la vanguardia, formada por los capitanes Félix y Ortiz, le dio alcance en un punto llamado San Dimas, distante 4 kilómetros de Las Barras, adonde los federales se encaminaron inmediatamente que sintieron la aproximación de los nuestros. Tan pronto como se incorporó el grueso de las fuerzas del general Blanco y del coronel Laveaga, se prosiguió la marcha sobre Las Barras, lugar en que el enemigo había procedido a embarcarse en un buque que lo esperaba, entablándose un ligero tiroteo como de dos horas, hasta que, habiendo cerrado la noche, el general Blanco ordenó el regreso a San Dimas.

Mientras tanto, el general Diéguez había dado fin a la reparación del puente quemado en el kilómetro 597 y había continuado por ferrocarril hacia el Sur, con los cuerpos de Voluntarios de Cananea, una fracción del 5.º Batallón y las fuerzas del teniente coronel De la Rocha, teniendo que reparar algunos puentes pequeños en el trayecto, hasta llegar el día 21 a La Cruz, donde lo detuvo la destrucción que hicieron los federales del puente sobre el río de Elota.

El general Blanco permaneció desde el 20 hasta el 22 en San Dimas, no emprendiendo ningún nuevo ataque sobre los federales que seguían embarcándose en Las Barras, hasta la tarde de ese día, en que habiéndosele solicitado auxilio por el general Carrasco, que desde en la mañana se encontraba atacando al enemigo con fuerzas que había desprendido del asedio a Mazatlán, marchó a incorporarse a dicho general, retirándose poco después, para emprender su regreso hasta esta capital, en virtud de que los federales se habían embarcado ya, retirándose por mar.

No puede darse el número exacto de las bajas hechas al enemigo en esta persecución, debido a que en todo el trayecto, por distintas fracciones, y en diversas circunstancias, se recogieron dispersos, y aún hoy mismo están siendo recogidos muchos de ellos; pero como datos elocuentes sobre la eficacia de la persecución, pueden servir los hechos de que de Culiacán salieron 1 200 federales, y en Las Barras se han embarcado poco menos de 600. El resto ha quedado en nuestro poder con armas y las pocas municiones que les quedaban. Por nuestra parte, tuvimos que lamentar en la persecución 4 soldados heridos de las fuerzas del general Diéguez, en el combate del río de San Lorenzo.

Me permito hacer muy especial mención del coronel Miguel Laveaga y de los capitanes Fernando F. Félix y Candelario Ortiz, por la incansable actividad que demostraron.

Me es altamente honroso felicitar a usted por el nuevo éxito alcanzado por las armas de la legalidad, renovándole las seguridades de mi muy atenta subordinación y respeto.

*Sufragio efectivo. No reelección.*

Culiacán, Sinaloa, noviembre 23 de 1913.

El general en jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, D. Venustiano Carranza. Hermosillo.

Cuando Culiacán caía en nuestro poder, el general Carrasco, el coronel Flores y algunos otros jefes asediaban el puerto de Mazatlán, y el coronel Rafael Buelna, con algunos elementos que había logrado reunir, hacía la revolución en Tepic.

Después de la toma de Culiacán me trasladé a Hermosillo para gestionar la adquisición de pertrechos, a fin de continuar nuestro avance al Sur; y, entretanto, se activaban las operaciones de la vía del ferrocarril al sur de Culiacán y quedaba en actividad la vía del ferrocarril al puerro de Altata, que estaba ya en nuestro poder.

Para estas fechas se tenía ya conocimiento, en aquella región, de la toma de Ciudad Juárez y de Ciudad Victoria, capital del Estado de Tamaulipas, fortaleciéndose con esto el entusiasmo para la lucha y la esperanza en el completo triunfo de las armas constitucionalistas.

La adquisición de pertrechos se había hecho sumamente difícil, debido a la vigilancia estricta que ejercían los guardas norteamericanos sobre la línea internacional, para impedir el paso de pertrechos de guerra al lado mexicano.

El sitio de Guaymas continuaba aún, y a diario se libraban combates más o menos sangrientos entre nuestras tropas y las de la guarnición sitiada, pues eran constantes los esfuerzos de Ojeda por romper nuestras líneas sitiadoras y avanzar sobre Hermosillo. Combates hubo tan sangrientos, que se dio el caso de que las fuerzas federales perdieran 200 hombres en dos horas de lucha, cosa que ocurrió frente a Cruz de Piedra; combate en el que murió el general Girón, jefe que esa vez dirigía el ataque sobre nuestras posiciones.

A Hermosillo ocurrían jefes de todas partes de la República a recibir órdenes de la Primera Jefatura y pertrecharse, y de allí salían ya todos perfectamente orientados y llenos de fe para desarrollar la labor que se les encomendaba.

Por aquellos días fue relevado del mando de la guarnición de Guaymas el general Ojeda, habiéndolo recibido el general Joaquín Téllez, quien llegó a Guaymas con algunos contingentes de refuerzo.

Para entonces, se había dado ya la mejor organización posible al Cuerpo de Ejército del Noroeste, habiendo sido aprobados por la Primera Jefatura los nombramientos, que siempre

fueron extendidos, tomando en consideración la importancia de los servicios prestados por cada uno de los jefes, así como el número de hombres con que se presentaban, el que siempre estuvo en relación directa con el prestigio de dichos jefes.

En aquellas fechas se tenía controlado todo el Estado de Sonora, a excepción de Guaymas, puerto que estaba sitiado por tierra, e igualmente teníamos controlado el Estado de Sinaloa, excepto el puerto de Mazatlán, que estaba asediado, y se procedía a la reparación de las vías; pero estos trabajos no se podían llevar a cabo con toda eficacia, porque tropezábamos con la falta de material rodante al sur de Estación Cruz de Piedra, y aunque al Norte teníamos suficiente, nos era imposible pasarlo, ya que los federales estaban interceptando la vía de Empalme, estación que estaba en su poder, y que es precisamente el punto donde unen la vía del ferrocarril que viene de Nogales, y la que va al Sur.

A efecto de solucionar esas dificultades, se comisionó al entonces mayor, jefe de trenes militares, J. Lorenzo Gutiérrez, para que pasara tres locomotoras y algún material rodante, de Estación Maytorena —que se eligió como punto terminal de la vía que corre de Nogales al Sur— a Estación Cruz de Piedra, que era el punto desde donde dominábamos al Sur, mediando entre ambas una distancia de 14 kilómetros y para lo cual era necesario construir vía que uniera ambas estaciones, salvando Estación Empalme; pero aun esta obra se presentaba impracticable, porque faltaba material de construcción en la cantidad que era necesaria. Entonces el mayor Gutiérrez presentó, y fue aprobado, llevándose a cabo, el siguiente proyecto, para el paso de las locomotoras y material rodante: construir secciones de vía en tramos de la longitud de los rieles, y armar, con estas secciones, 500 metros de vía conectada en Estación Maytorena, extensión que era suficiente para colocar las máquinas y material rodante que había que trasladar, así como los tanques de agua necesarios para alimentar a la locomotora que haría el remolque hasta Cruz de Piedra; quedando atrás un tramo, que se iría levantando sucesivamente, para armarlo adelante del convoy y, de esta manera, ir haciendo avanzar éste lentamente. Algunas cuadrillas de trabajadores serían dedicadas exclusivamente a nivelar el terreno adelante, para que, sin interrupción, se fueran armando las secciones de vía levantadas a retaguardia y hacer así continuadamente el avance del convoy.

Esos trabajos se prolongaron por quince días, al cabo de los cuales hubimos de pasar a Estación Cruz de Piedra nuestro equipo de vía, que tanta falta nos estaba haciendo al Sur.

Como el paso del material rodante a que se hace referencia tenía que hacerse a la vista del enemigo, que estaba posesionado de los cerros de Batamotal y de las posiciones de la Bomba, entre Cruz de Piedra y Empalme, éste, comprendiendo la importancia que tendría para nosotros aquel material en el desarrollo de las operaciones hacia el Sur, en varias ocasiones intentó impedir el trabajo, atacando con más o menos vigor a nuestras tropas encargadas de vigilar los movimientos del enemigo y de custodiar a los trabajadores. Los federales no tuvieron éxito en su intento, pues nuestros soldados rechazaron siempre sus ataques.

En aquellos días, el Primer Jefe empezó a hacer preparativos para emprender su marcha a Nogales y, de allí, a Naco, por ferrocarril, para continuarla a caballo, a través de la Sierra Madre, hasta Chihuahua, ordenándome reforzar su escolta con el 4.º Batallón de Sonora a las órdenes del

entonces mayor Francisco R. Manzo, y con 100 hombres de caballería al mando del entonces mayor Ignacio C. Enríquez.

Ya cuando el Jefe hacía sus preparativos de marcha hacia Chihuahua, y yo, por orden de él, preparaba mi avance al Sur, era del dominio público el descontento del gobernador Maytorena manifestado hacia la Primera Jefatura, y extensivo a los que continuábamos leales al señor Carranza; descontento que, en gran parte, obedecía a que el Primer Jefe se negó a dar a Maytorena el mando del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y se negó también a consecuentar con algunas otras pretensiones de Maytorena, que el Jefe juzgó inconvenientes.

Maytorena empezó a desarrollar una labor solapada de cohecho, aprovechándose de la ignorancia de algunos de nuestros jefes y de la mala fe de otros, usando para esa criminal labor los fondos públicos, sin ningún escrúpulo.

Cuando todo estuvo listo, el Jefe emprendió la marcha hacia Nogales, hasta donde yo lo acompañé.

El viaje se emprendió de Hermosillo el día 26 de febrero de 1914, habiendo tardado tres días en hacer el trayecto, debido a que el Jefe quiso tomarse el tiempo suficiente para despachar en el camino todos los asuntos que tenía pendientes.

Cuando llegamos a Estación Santa Ana, se recibió un telegrama del general Ramón F. Iturbe, comunicando que el cañonero *Tampico* había desertado de Guaymas el 28 de febrero y presentándose el 19 de marzo en el puerto de Topolobampo, poniéndose a las órdenes del Gobierno Constitucionalista, para combatir la usurpación.

El día 3 de marzo, ya incorporados a Nogales, Sonora, recibí del Primer Jefe la siguiente comunicación:

Encarezco a usted se sirva activar el reclutamiento, organización e instrucción que le he encomendado, a fin de poder emprender la campaña por la costa occidental de la República, sujetándose a las siguientes instrucciones:

El primer objetivo de las operaciones será batir y exterminar a las tropas ex-federales de los Estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Aguascalientes y Colima y el Territorio de Tepic, atacando los puertos de Guaymas y Mazatlán desde luego o cuando lo juzgue usted oportuno, en vista de los intereses militares, políticos y comerciales.

Con objeto de obtener un éxito más rápido en las operaciones señaladas para lograr la conquista absoluta de la región del país mencionada, queda desde ahora bajo sus órdenes el cañonero *Tampico*, al mando inmediato del capitán de navío, Hilario R. Malpica, a quien ya se comunica esta disposición.

Las partidas de tropa constitucionalista que operan en esa región, y que hasta ahora no están bajo sus órdenes, pasarán a formar parte de sus tropas, a medida que éstas lleguen a los lugares en que aquéllas operen, y queda usted facultado para organizarlas bajo el mismo plan general que las suyas.

Cuando su Cuerpo de Ejército llegue al Territorio de Tepic, incorporará usted a sus tropas la brigada del general Rafael Buelna, hasta apoderarse en absoluto de ese Territorio; verificado lo cual, el mencionado general quedará en Tepic como comandante militar y jefe político, con las tropas de su brigada estrictamente indispensables para conservar el orden y rechazar las incursiones de pequeñas partidas que pudieran ir de otros Estados.

A medida que vaya usted apoderándose de las diversas entidades federativas que hasta ahora no tienen Gobernador Constitucionalista, lo pondrá usted en conocimiento mío, para que nombre las autoridades que han de gobernarlas.

Si fuere indispensable para la organización de las tropas que ahora recluta o de las que caigan bajo su mando al avanzar hacia el Sur, otorgar despachos a algunos oficiales de nuevo ingreso al Ejército Constitucionalista, los extenderá usted provisionalmente, a reserva de que, si por las aptitudes y servicios prestados se reconoce que son merecedores de los grados que se les haya otorgado, sean ratificados por esta Primera Jefatura. Igualmente, queda usted autorizado para ascender provisionalmente a los oficiales de sus tropas, cuando sea indispensable cubrir las vacantes que otros dejen, por muerte o cualquiera otro motivo. Se le autoriza a usted, igualmente, para imponer empréstitos o hacer las requisiciones de elementos de guerra que necesite para proseguir su campaña, extendiendo los comprobantes necesarios para que los interesados puedan ser indemnizados en su oportunidad por el Gobierno Constitucionalista.

Al abandonar sus tropas el Estado de Sonora, dejará usted, además de las tropas necesarias para tener en jaque al enemigo, en caso de que éste no sea desalojado desde luego de Guaymas, otras que impidan los desmanes de las tribus yaquis rebeldes, que eviten las incursiones posibles de tropas venidas de Estados Unidos y que sirvan para la vigilancia de la frontera y eviten el contrabando. Recomendará, muy especialmente, a los jefes de las tropas que queden guarneciendo cada Estado, que se esfuercen en dar garantías a los habitantes y que atiendan las indicaciones de las autoridades civiles, para hacerlas respetar y para mantener su prestigio.

Me tendrá usted al tanto, por la vía telegráfica, de la situación militar de la región que le encomiendo, para que pueda yo conducir con más acierto las operaciones de las otras tropas del Ejército Constitucionalista.

*Constitución y Reformas.*

Nogales, Sonora, 3 de marzo de 1914.

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. *V. Carranza*. Rúbrica.

Al C. General de Brigada, Comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Presente.

Desde luego di principio a los preparativos para cumplimentar la superior disposición de la Primera Jefatura.

Un día antes de mi salida al Sur, y cuando trataba con el Primer Jefe algunos asuntos relacionados con el armamento y municiones que por su orden pondría a mi disposición el señor Francisco S. Elías, quien se encontraba presente allí también, le dije, al terminar: Señor: me voy con la pena de que el general Ángeles lo va a traicionar a usted. El Jefe, sin ocultar la mala impresión que mi profecía le causara, me contestó: Creo que es usted injusto, general Obregón, en juzgar así al general Ángeles. Entonces me concreté a decirle: Señor: yo tengo la obligación de ver las cosas a través de mi criterio y expresarlas en la forma que las veo. ¡Ojalá que sufra una equivocación!

Al siguiente día, después de haber recibido del Jefe las últimas instrucciones, nos despedimos en la estación, y emprendí yo mi marcha al Sur, llegando ese mismo día a Hermosillo.

Después de una permanencia en Hermosillo hasta el día 14, que fue empleada en el arreglo de los últimos detalles de nuestra marcha, salimos ese día hacia el Sur, acampando en Estación Maytorena.

El día 15 de marzo, en aquella estación, extendí nombramiento en favor del general Salvador Alvarado como jefe de las tropas que sitiaban el puerto de Guaymas y de las guerrillas que operaban contra los yaquis rebeldes en el río Yaqui.

Las fuerzas que sitiaban Guaymas, eran: la brigada al mando directo del general Alvarado; las fuerzas al mando del general Ramón V. Sosa; las del teniente coronel Fructuoso Méndez; las del teniente coronel Cenobio Domínguez, y la brigada del teniente coronel Acosta.

Las fuerzas que hacían la campaña contra los pequeños grupos de indios rebeldes estaban destacadas en la región del Yaqui.

El mismo día, extendí nombramiento al C. coronel Plutarco Elías Calles como comandante militar de la plaza de Hermosillo y jefe de las Fuerzas Fijas del Estado.

El coronel Antonio A. Guerrero fue nombrado jefe de la línea del Norte, en sustitución del coronel Calles, debiendo depender aquél de éste.

Todas estas disposiciones fueron comunicadas al gobernador Maytorena en oficios de aquella misma fecha.

Las consideraciones que me impulsaron a no atacar desde luego a Guaymas, fueron las siguientes:

*Primera*. Siendo Guaymas un puerto de mar, se hacía para nosotros, que teníamos solamente fuerzas de tierra, imposible rendirla por hambre.

*Segunda*. Siendo tan ventajosas las posiciones con que contaban los defensores del puerto, el ataque por nuestra parte hubiera sido en condiciones muy desfavorables, y aun en el caso de capturar la plaza, el enemigo hubiera podido salvar, en sus embarcaciones, sus principales elementos y trasladarse a cualesquiera de los puertos del Sur, dejándonos a nosotros exhaustos de parque y sin poder reponer el consumido en la batalla.

*Tercera*. El desembarco de la columna desalojada de Guaymas, en cualquiera de los puertos del Sur, hubiera puesto en condiciones bien difíciles a los nuestros, que operaban en aquella región.

Creí, pues, más conveniente dejar establecido el sitio y emprender nuestro avance, para controlar todos los puertos que al Sur servían de base de aprovisionamiento al de Guaymas; poniendo así en condiciones cada día más difíciles a la guarnición federal, hasta obligarla a abandonar la plaza o rendirse a nuestras fuerzas.

El día 16 me incorporé a Navojoa, Río Mayo, con mi Estado Mayor; y, desde luego, convoqué a una junta de personas de reconocida honorabilidad y de prestigio, capaces de ayudarnos en el reclutamiento.

Con anterioridad, se habían dado algunos elementos al general Lucio Blanco, quien se había trasladado a Culiacán, para organizar una brigada de caballería, habiéndosele incorporado algunas fracciones de fuerza de aquella arma, y dando yo autorización al general Iturbe para que comprara hasta 1 000 caballos, y los pusiera a disposición de Blanco.

El reclutamiento en la región del Mayo se hizo con muy buen éxito, debido al entusiasmo que habían despertado los triunfos alcanzados por nuestro ejercito.

El armamento y las municiones que habría de remitirnos el agente comercial del Cuerpo de Ejército del Noroeste, señor Francisco S. Elías, tardaba más de lo que esperábamos, y esto hizo demorar nuestra marcha; pero el tiempo no era perdido, pues constantemente se daba instrucción a los soldados reclutados y, con éstos, se organizaban batallones y brigadas, dándoseles la correspondiente denominación.

El día 23 de marzo recibí un telegrama del general Iturbe, procedente de Culiacán, en el que me comunicaba que el teniente coronel Gregorio Osuna, a bordo del vapor *Bonita*, se incorporaba ese día al puerto de Altata, reconociendo al Gobernador Constitucionalista, procedente del Distrito Sur de la Baja California —donde había estado dicho jefe como comandante militar—, trayendo prisionero consigo a Moreto Cruz, prefecto político de Guaymas, quien había sido uno de los parásitos de la dictadura, individuo que se captó el odio más completo de todo el elemento revolucionario, por haberse distinguido como cómplice de Ojeda en los principales crímenes cometidos por este empedernido federal. En el mismo mensaje me informaba el general Iturbe que el barco *Bonita* quedaba, desde aquel día, al servicio de la revolución, agregando que bajo las órdenes del teniente coronel Osuna venían los capitanes Carlos González y Urbano Angulo; los licenciados Enrique de Kératry y Enrique Pérez Arce; el periodista Enrique Bañuelos Cabezudt, y 175 personas más, entre tropa y particulares.

En la misma semana había llegado al puerto de Yavaros el vapor *Unión*, conduciendo a bordo a los señores Miguel Cornejo y hermanos Labastida, procedentes también del Distrito Sur de la Baja California, quienes huían de la persecución de las autoridades de Huerta; y a los que el mismo teniente coronel Osuna, siendo éste aún comandante militar de aquel Distrito, había dado aviso de la orden que recibió para proceder en contra de ellos, favoreciéndoles así la huida.

El día 1.º de abril recibí un parte fechado en el puerto de Topolobampo y firmado por el capitán de navío Hilario R. Malpica, comandante de nuestro cañonero *Tampico*, en el que me

comunicaba que el día anterior había sostenido un combate en alta mar contra los cañoneros *Guerrero* y *Morelos*, habiendo sufrido su barco serias averías; que apenas logró ganar la barra del puerto de Topolobampo y buscar un bajo donde poder encallar, habiendo conseguido quedarse a la altura de Punta de Copas, en una profundidad de más de veinte pies de agua, rechazando a los barcos enemigos con el cañón de proa, que había quedado en condiciones de utilizarse todavía. El mismo parte decía que en el combate habían muerto algunos de sus marinos y un oficial, que perdió la vida al intentar colocar un tapón en uno de los agujeros que, bajo la línea de flotación, causara al barco un proyectil enemigo.

Ordené al comandante Malpica que nadie abandonara el barco, mientras procurábamos impartirles alguna ayuda y ver la manera de salvarlo.

Al mismo tiempo, en vista del fracaso de nuestro cañonero, que era el único barco con que contábamos, creí conveniente adquirir un barco ligero que pudiera, con su velocidad, burlar a los cañoneros *Guerrero* y *Morelos*, que estaban al servicio de Huerta, y utilizarlo para transladar pertrechos a los distintos puntos de la costa, donde teníamos fracciones de fuerzas operando contra la usurpación; y con tal objeto, comisioné a un oficial que había pertenecido a la tripulación del *Tampico*, cuyo nombre era Fernando Palacios, para que se transladara a cualquier punto de los Estados Unidos e hiciera la adquisición del barco, dándole para tal objeto la cantidad de treinta mil dólares.

El reclutamiento en Navojoa y otros pueblos de la región del Mayo se había continuado con tan buen éxito, que al terminar la primera decena de abril, se tenían reclutados y organizados más de cuatro mil hombres, con una parte de los cuales se cubrieron las bajas que en la campaña habían sufrido los batallones veteranos, y, con el resto, se formaron cinco batallones más, los que fueron puestos bajo las órdenes de los mayores Eugenio Martínez, Severiano A. Talamante, Ramón Gómez, Guillermo Chávez y Alfredo Murillo. El batallón al mando del mayor Gómez fue movilizado a estación Cruz de Piedra, para reforzar a las tropas que sitiaban el puerto de Guaymas.

Entretanto, las fuerzas de Sinaloa continuaban el asedio del puerto de Mazatlán, aunque sin poder establecer un sitio efectivo, debido a los pocos elementos con que contaban los jefes de aquellas fuerzas, que lo eran el general Juan Carrasco y el coronel Ángel Flores, por lo que se limitaban a hostilizar constantemente a la guarnición federal de dicho puerto.

En Culiacán, capital del Estado, el general Iturbe, jefe de las fuerzas de Sinaloa, eficazmente ayudado por el coronel Eduardo Hay, como jefe de su Estado Mayor, se ocupaba también, con toda actividad, en dar la mejor organización posible a los distintos cuerpos de tropas que tenía en aquella plaza, y que se alistaban para marchar al Sur.

La columna de caballería que organizaba el coronel Miguel M. Acosta, bajo el mando del general Lucio Blanco, ascendía ya a más de un mil hombres, los que habían sido perfectamente equipados y pertrechados con los elementos que se le remitieron del Cuartel General.

Las reparaciones de la vía del ferrocarril al Sur continuaban con actividad, estando, para entonces, muy adelantadas.

En este estado de cosas, ordené la salida, con destino a Culiacán, de todas las fuerzas que deberían emprender la campaña por el Occidente y el centro de la República, inclusive la

artillería, que la formaban 10 cañones de grueso calibre, al mando del mayor Juan Mérigo y 10 ametralladoras al mando del mayor Maximiliano Kloss.

La columna llevaba también, para los servicios de campaña, el biplano Sonora, que era tripulado por el capitán Gustavo Salinas y su ayudante Teodoro Madariaga.

Marchaba, incorporado a la columna, el señor Jesús H. Abitia, miembro de la casa Abitia Hermanos, de Hermosillo, quien había obtenido permiso mío para tomar varias vistas cinematográficas en la marcha y combates que hubieran de efectuarse en nuestro movimiento al Sur. El señor Abitia ha sido un verdadero liberal y demócrata, y siempre ha demostrado la adhesión más completa a los principios revolucionarios. Tanto por sus ideas revolucionarias como por la íntima amistad que ha cultivado conmigo desde su niñez, tuvo el impulso de abandonar su casa establecida en Hermosillo para concurrir a la campaña del Cuerpo de Ejército del Noroeste, por el Occidente y centro de la República.

La marcha se emprendió de estación Navojoa, por ferrocarril, el 14 de abril; y al llegar a estación San Blas, me separé yo de la columna, para seguir por la vía del ferrocarril Kansas City hasta Topolobampo, con objeto de visitar el cañonero *Tampico* y darme cuenta exacta de la situación de sus tripulantes, que estaban siendo constantemente amagados por los cañoneros enemigos *Guerrero* y *Morelos*, los que intentaban apoderarse de nuestro barco y capturar a la tripulación.

El día 15, temprano, llegamos a Topolobampo y, desde luego, me embarqué en una lancha de gasolina, acompañado de los miembros de mi Estado Mayor, para salir a visitar el *Tampico*, que estaba hundido a una distancia de 12 kilómetros del muelle.

Antes de embarcarnos, pudimos observar, desde los cerros de Topolobampo, que afuera de la bahía, y como a ocho kilómetros de donde se encontraba el *Tampico*, estaba fondeado el cañonero *Guerrero* y, a un costado de éste, un barco mercante que parecía transbordar provisiones al cañonero.

El capitán Salinas había recibido orden de efectuar un vuelo en su biplano y arrojar, desde él, algunas bombas sobre el *Guerrero*, cuando nosotros estuviéramos ya en el *Tampico*.

Como a las 10 a. m., abordamos el *Tampico*. Éste no podía estar en peores condiciones que las que guardaba: se encontraba totalmente lleno de agua y tenía enormes aberturas abajo de su línea de flotación; y la imposibilidad de hacer funcionar las máquinas en tales condiciones hacía impracticable la instalación de bombas para achicar. La corrientada de la marea había ido enterrando el barco de popa, y, con este motivo, habían sido desemplazados ya algunos de sus cañones para sacarlos a tierra, quedando utilizable solamente el cañón de proa para repeler los ataques de los barcos enemigos.

Al llegar nosotros al *Tampico*, su comandante ordenó izar el pabellón, indicando con esto la presencia del General en Jefe a bordo.

El comandante del *Guerrero* seguramente se dio cuenta de este detalle y juzgó oportuno atacar a nuestro barco en aquellos momentos, pues desde luego levantó ancla el *Guerrero*, iniciando su movimiento hacia nosotros, en dispositivo de combate.

Mi primera intención fue abandonar el barco y ganar tierra en nuestra lancha de gasolina, cuya velocidad nos pondría a cubierto de todo peligro; pero cuando iba a dar la orden en este

sentido, recordé el telegrama que de Navojoa había dirigido a los tripulantes del *Tampico* ordenándoles no abandonar el barco, y entonces decidí quedarme a bordo para correr la misma suerte que aquellos abnegados marinos que, durante medio mes, habían permanecido en aquel maltrecho barco, haciendo esfuerzos por salvarlo, en acatamiento de mis órdenes.

La lucha iba a entablarse, y a ella nos aprestábamos en nuestro barco, no siendo muchas las órdenes que había que dictar, puesto que no se podía hacer ningún movimiento, y teníamos solamente un cañón.

El comandante del *Tampico* ordenó abrir fuego sobre el *Guerrero*, y éste, al notar nuestra actitud resuelta y su desventajosa condición para empeñar combate, volvió a su fondeadero.

Las circunstancias que nos daban ventajas sobre el barco enemigo, eran: que ningún aliciente presentaba para él un combate, puesto que en las condiciones en que estaba el *Tampico* —encallado y por ende convertido en una fortaleza— no podría hundirlo, aun cuando sus granadas hicieran blanco en él; en tanto que aquél sí podía ser averiado, dondequiera que lo tocaran las granadas del *Tampico*.

Nuestro cañón disparó solamente cinco proyectiles, sin hacer blanco.

En aquellos momentos aparecieron el capitán Salinas y su ayudante Madariaga en su biplano, a una altura mayor de 3 000 pies, siguiendo en dirección adonde los barcos enemigos estaban fondeados; y entonces ordené la salida de la lancha de gasolina rumbo a la barra, para proteger a los aviadores en caso de que sufrieran algún accidente, debido a la brisa que empezaba a soplar fuerte.

Unos momentos después, pudimos observar las columnas de agua que se levantaban cerca de los barcos enemigos, siendo ellas producidas por la explosión de las bombas que de nuestro biplano arrojaban Salinas y Madariaga; y observamos, también, que aquellos barcos levaron ancla y se pusieron en movimiento para esquivar las bombas.

Cuando los barcos ganaron alta mar, nuestro biplano emprendió su regreso para aterrizar en la playa, sin haber logrado hacer blanco con las bombas en ninguna de las embarcaciones.

Nosotros dejamos el *Tampico*, y regresamos al puerto después del mediodía.

He querido hacer hincapié en el vuelo efectuado en aquella ocasión por Salinas y Madariaga, por considerarlo el más atrevido de cuantos se practicaron durante la campaña por estos aviadores, pues la distancia que tuvieron que recorrer, con un tiempo poco favorable, fue de más de 18 kilómetros, mar adentro, y en circunstancias en que soplaba una brisa fuerte, habiendo tenido que mantenerse a una altura mayor de 3 000 pies para ponerse a salvo del fuego de la fusilería de a bordo del cañonero enemigo. Estos datos demuestran la intrepidez de nuestros aviadores.

En la conferencia que tuve con el comandante del *Tampico*, éste se mostró muy empeñado en salvar el barco, y a este efecto, di desde luego las órdenes necesarias para hacer llegar a Topolobampo alguna maquinaria de la hacienda Los Mochis y de estación San Blas, con la que pudiera emprenderse el trabajo de salvamento de nuestro navío, a la vez que se contrataban algunos buzos.

Al día siguiente, continué mi marcha hasta incorporarme a Culiacán.

El movimiento al Sur se había iniciado movilizando la brigada al mando del general Diéguez al Sur de Mazatlán, para evitar que vinieran refuerzos de Tepic al mencionado puerto, y para que la citada fuerza quedara a la vanguardia de nuestra marcha.

En seguida, ordené la salida del resto de las fuerzas, siendo inmediata la marcha de la brigada de caballería del general Blanco, con instrucciones de avanzar adelante de las posiciones del general Diéguez, y quedar como extrema vanguardia sobre la vía a Tepic.

A continuación se movilizaron las fuerzas de los generales Iturbe, Cabral y Hill.

De Culiacán mandé una expedición armada a posesionarse del distrito Sur de la Baja California, al mando del teniente coronel Camilo Gastélum, acompañando a éste el señor Miguel L. Cornejo, quien fue nombrado Jefe Político de aquel Distrito, y el señor Adolfo Labastida, con algunas otras de las personas que habían abandonado el Territorio, para incorporarse a la revolución en Sonora. Dicha expedición debería transladarse al puerto de Altata y esperar allí el momento oportuno —cuando los barcos enemigos estuvieran frente a Guaymas o Mazatlán— para embarcarse en el vapor *Bonita* y, cruzando el Golfo, dirigirse a desembarcar en las costas de la Baja California.

Por haberse retardado la llegada de los fondos que se enviaban para las atenciones del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y estando sumamente necesitados de ellos, cuando nuestras fuerzas emprendían su avance al Sur, alejándose más de nuestra base de abastecimiento, hube de conjurar aquella escasez haciendo en Culiacán una emisión de Vales Provisionales, por valor de $50,000.00, con previa autorización de la Primera Jefatura, con cuya emisión pudimos hacer frente a todos los gastos de nuestra columna, permitiéndonos esto proseguir nuestra campaña, sin el temor de tener dificultades por falta de fondos para llenar las necesidades de las tropas.

Estando aún mi Cuartel en Culiacán, surgieron las memorables dificultades entre el Gobierno de los Estados Unidos y el usurpador Huerta, las que trajeron, como consecuencia, el desembarco de tropas norteamericanas en el puerto de Veracruz, de lo cual tuve primer noticia por el general Salvador Alvarado, quien desde su campamento en Empalme, me transmitió una comunicación que le fue dirigida por el general federal Joaquín Téllez, jefe de la guarnición sitiada en Guaymas, relacionada con aquellos acontecimientos, y cuyo texto se inserta a continuación:

> Tropas norteamericanas antentatoriamente desembarcaron ayer en Veracruz, comenzando combate. Ha llegado el momento de que olviden las cuestiones interiores para defender la Patria; y hago a usted un llamamiento, para unir el esfuerzo de todos, para lograr la salvación de nuestro país. Espero la contestación de usted, franca y leal, para saber a qué atenerme. (Firmado.) Joaquín Téllez.

La contestación mía para Téllez, enviada por conducto de Alvarado, fue la siguiente:

> Señor Joaquín Téllez. Guaymas. El abominable crimen de lesa Patria, que el traidor y asesino Huerta acaba de cometer, provocando deliberadamente una invasión extranjera, no tiene nombre. La Civilización, la Historia y el Ejército Constitucionalista, único representante de la Dignidad Nacional, protestarán con toda energía contra tales hechos; y si los norteamericanos insisten en la invasión, sin atender las notas que nuestro digno Jefe, señor don Venustiano Carranza ha puesto al presidente Wilson, el Ejército Constitucionalista, al que me honro en pertenecer, luchará hasta agotar sus últimos elementos, contra la invasión, salvando de esta manera la dignidad nacional, cosa que no podrán

hacer ustedes, porque la han pisoteado. Por lo expuesto, verá usted que no estamos dispuestos a unirnos con un ejército corrompido, que sólo ha sabido pactar con la traición y el crimen. Si ustedes son atacados en ese puerto por los barcos norteamericanos, y derrotados, como de costumbre, se les permitirá la retirada, determinándoseles el lugar donde deban permanecer, hasta que se reciban instrucciones del Primer Jefe sobre lo que deba hacerse con ustedes. General en Jefe. *Álvaro Obregón.*

El general Diéguez, desde su campamento al Sur de Mazatlán, me dio también parte de que los federales, sitiados en aquel puerto, lo invitaban a unirse a ellos, con motivo de los acontecimientos registrados en Veracruz, y di instrucciones al general Diéguez para enviar al jefe de la guarnición de Mazatlán una respuesta idéntica a la que dirigí por conducto de Alvarado.

Al día siguiente recibí un mensaje de la Primera Jefatura, que entonces estaba establecida en la ciudad de Chihuahua, informándome detalladamente de las dificultades surgidas entre Huerta y el Gobierno de la Casa Blanca, y transcribiéndome la nota que, con motivo del desembarco de tropas norteamericanas en Veracruz, había dirigido la propia Primera Jefatura al Presidente de los Estados Unidos.

Todos comprendimos que Huerta, en su impotencia para conservar el poder que había usurpado mediante la traición y el crimen, había provocado aquel conflicto internacional, para desconcertar la opinión pública y buscar la manera de salvarse.

Teniendo ya confirmada la noticia del desembarco de fuerzas norteamericanos en Veracruz, y aunque con bastante confianza en que las gestiones diplomáticas emprendidas por el Gobierno de la Revolución harían desaparecer todo peligro de un conflicto y sería respetada por el Gobierno de los Estados Unidos la soberanía e integridad nacional, mi Cuartel General ordenó a los jefes de nuestras fuerzas, cerca de la costa del Pacífico, tomar toda clase de precauciones y estar preparados para rechazar cualquier intento de desembarco de fuerzas norteamericanas en nuestro suelo por los lugares que estaban bajo nuestro dominio.

Al propio tiempo se continuaban desarrollando todos los preliminares de nuestro avance al Sur.

La vía del ferrocarril que hubimos de utilizar para nuestra marcha y para nuestro tráfico de trenes al Sur de Culiacán corre paralela a la playa, en una extensión de 100 kilómetros aproximadamente, y esta circunstancia permitía que el enemigo, con la artillería de sus dos barcos de guerra, de que disponía en aquellas costas, hostilizara constantemente a nuestros trenes, y algunas veces efectuaba desembarcos de fuerzas en puntos desguarnecidos, para destruir la vía o volar los principales puentes, reembarcando a sus soldados, después de causar los daños y burlar así nuestra persecución.

El día 29 salí de Culiacán con el Cuartel General hasta incorporarme a estación Modesto, donde ya estaban reconcentradas las columnas al mando del general Hill, y la artillería.

De allí me transladé a Venadillo, donde el general Carrasco y el coronel Flores tenían su Cuartel General; y después de conferenciar largamente con dichos jefes, quienes me enteraron detalladamente de la situación de Mazatlán, continué mi marcha hasta Castillo, emprendiendo, desde luego, la movilización de las tropas para cerrar el sitio a Mazatlán, estableciendo mi Cuartel General en Casa Blanca, a cuatro kilómetros del fuerte federal llamado Loma

Atravesada, que constituía la mejor defensa preparada por la guarnición federal de aquel puerto, y en donde tenía el enemigo emplazada una batería de cañones de grueso calibre.

A Casa Blanca me incorporé el día 4 de mayo, e inmediatamente el general Cabral me rindió parte de que el día anterior el capitán J. Manuel Sobarzo, de su brigada, había practicado un reconocimiento en Isla de Piedra y rendídole parte de que el cañonero *Morelos* se encontraba varado al occidente de dicha isla, una distancia aproximada de cuatrocientos metros.

Para cerciorarme plenamente de aquello, ordené que se alistaran, desde luego, dos pequeños botes o canoas de que podíamos disponer, y acompañado de mi Estado Mayor y 20 hombres de mi escolta, y de los señores Juan R. Platt y Jesús H. Abitia, me embarqué en dichas canoas, y, a remo, nos dirigimos en ellas a la Isla de Piedra, teniendo que hacer una travesía de un kilómetro bajo los fuegos de la artillería enemiga.

Logramos hacer la travesía sin que los proyectiles de la artillería enemiga hicieran blanco en nosotros, y, ya en tierra, continuamos nuestro avance por entre los matorrales y cocoteros, hasta llegar al extremo poniente de la Isla, después de hacer un recorrido aproximadamente de cuatro kilómetros.

Sin ser descubiertos por el enemigo, ascendimos a una pequeña colina que tiene la isla al poniente, quedando allí en condiciones magníficas para reconocer al cañonero *Morelos*, y entonces pudimos confirmar el informe que rindiera el capitán Sobarzo; pues, realmente, el cañonero estaba varado, y su comandante y tripulantes trabajaban esforzadamente en sacarlo.

Inmediatamente regresamos al campamento, habiendo llegado al Cuartel General ya entrada la noche.

Desde luego ordené que en las canoas de que disponíamos se embarcara un cañón de 57 mm y que en algunas otras, que pudimos conseguir, se embarcaran doscientos hombres. Inmediatamente que las tropas y nosotros hubimos cenado y proveídonos de los víveres necesarios para permanecer el día siguiente en la isla, emprendimos la travesía, sin que el enemigo pudiera descubrir nuestro movimiento, debido a la obscuridad de la noche.

Siguiendo el mismo camino que nos sirvió para hacer la exploración durante el día, llegamos a la playa Occidente, frente al barco varado, a las doce de la noche.

A esa hora, ordené la colocación de las tropas en la parte más baja de las lomas, y frente al barco varado, e hice emplazar nuestro cañón entre unas rocas que nos servían de trincheras.

Mientras tanto, las demás fuerzas continuaban cerrando el sitio a Mazatlán. El general Iturbe había establecido su Cuartel General en Otates, al Norte; el general Carrasco tenía el suyo frente a Loma Atravesada, y al Sur, sobre la vía del ferrocarril y en los pequeños cerros que están al Norte de ésta, tenían sus posiciones las infanterías de Sonora, al mando de los generales Cabral y Hill.

Al amanecer del día 5, abrimos el fuego sobre el barco enemigo, con nuestro cañón de 57 mm, manejado por el capitán Gustavo Salinas.

Debe haber sido una verdadera sorpresa para la tripulación del *Morelos* el despertar por el estampido de nuestro cañón, y la explosión de las granadas que chocaban contra el casco de su barco.

Los artilleros de a bordo intentaron desde luego contestar el fuego; pero eran obligados a desistir, pues cuando aparecían en la cubierta, presentaban un magnífico blanco a la fusilería de nuestros soldados, que habían sido colocados en las posiciones más ventajosas para batir a los marinos.

Cuando amaneció, el comandante de la guarnición de Mazatlán, general Rodríguez, se había dado cuenta de nuestra aventura y ordenó a los fuertes de Loma Atravesada y Nevería, que están a muy corta distancia de Isla de Piedra, abrieran fuego sobre nosotros, para proteger al cañonero, a la vez que daba iguales instrucciones al cañonero *Guerrero*, que estaba también a las órdenes del mismo general Rodríguez.

El *Guerrero* levantó ancla desde luego, haciendo un movimiento de flanco; se colocó a una distancia de dos millas de nosotros y abrió fuego con sus cañones, simultáneamente con el que nos dirigían los ocho de los fuertes de tierra, que sumados con aquéllos, hacían un total de 24 cañones.

Nosotros, hacia quienes convergía aquel terrible cañoneo, permanecíamos entre los peñascos del extremo de la Isla, haciendo fuego con nuestro cañón sobre el *Morelos*, con éxito magnífico.

Entablada la lucha en tales circunstancias, dirigí al C. Primer Jefe el siguiente parte telegráfico:

> Isla de Piedra, mayo 5 de 1914. Hónrome comunicar a usted que inmediatamente que llegué a Urías me transladé a esta Isla a hacer un reconocimiento, encontrando varado el cañonero *Morelos*, a quinientos metros de la playa y a seiscientos de los fuertes de los federales. Inmediatamente hice pasar infantería y, anoche, un cañón de 57 mm haciendo fuego sobre el barco desde el amanecer. A estas horas, 7 a. m., hemos logrado que hagan blanco ocho proyectiles. Esta noche pasaré artillería de 75 mm, y creo que el éxito será más seguro. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Como a las ocho de la mañana, los artilleros del *Morelos* habían logrado formar algunos parapetos, que los protegían algo contra los fuegos de nuestra artillería y fusilería, y entonces entraron en acción, también contra nosotros, los cañones de ese barco.

Ese desventajoso combate se prolongó todo el día; y mientras estos acontecimientos se desarrollaban, en la misma fecha se rendía la guarnición federal de Acaponeta, al ser sitiada por nuestras fuerzas, al mando de los generales Diéguez, Blanco y Buelna, a quienes había ordenado atacaran dicha plaza. La guarnición federal de Acaponeta se componía de 1 600 hombres aproximadamente, al mando del general Solares, teniendo tres cañones y una considerable reserva de cartuchos.

Con motivo de esa victoria, rendí al C. Primer Jefe el siguiente parte telegráfico:

> Castillo, 5 de mayo de 1914. Hónrome comunicar a usted que, como se lo participé en mensaje anterior, fue sitiada la columna del general Solares, compuesta de mil seiscientos hombres, con tres cañones y varias ametralladoras, en Acaponeta, por la vanguardia de nuestra columna, con fuerzas de los generales Diéguez, Blanco y Buelna, habiéndose rendido hoy dicha columna, a las 11:30 a. m., quedando en nuestro poder la plaza de Acaponeta y más de dos mil máusers, tres cañones, un millón de cartuchos y prisionera toda la guarnición. La plaza de Mazatlán la tengo sitiada desde el amanecer de hoy, habiendo cerrado el sitio con la Isla de Piedra, de la que tomamos posesión desde antenoche. Desde el amanecer de hoy, emplazamos un cañón en dicha Isla, abriendo el fuego sobre el *Morelos*, que se encuentra varado frente a la Isla, entablando con él un duelo de artillería a cuatrocientos metros de distancia. A estas horas, 3 p.

m., once de nuestros proyectiles han hecho blanco, causando estragos en dicho buque. Creo que el *Morelos* está ya imposibilitado, pues está caído por un costado. Esta noche pasaré más artillería y la emplazaré de manera que ningún buque pueda entrar al puerto. La guarnición ha hecho un nutrido fuego de artillería, y continúa lo mismo. Respetuosamente. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Todos los pertrechos de la guarnición rendida pasaron a poder de nuestras fuerzas y una parte de la clase de tropa se incorporó voluntariamente a nuestras filas, siendo enviados a Hermosillo los jefes y oficiales.

Siendo tan desventajoso para nosotros el combate que estábamos librando, por la infinita superioridad de los elementos con que nos batía el enemigo, por la noche, aprovechando la obscuridad, hice llevar de nuestro campamento a Isla de Piedra dos cañones más, doscientos infantes y dos ametralladoras, con cuya artillería se incorporaron el mayor Kloss y el teniente Jácome.

El día 6, al amanecer, se reanudó el combate, y ese día el fuego no cesó un solo momento, hasta las cuatro de la tarde, hora en que pudimos notar que el *Guerrero* se hacía a la mar rumbo al Sur, hasta perderse de vista; cesando, a la vez, los fuegos de la artillería del *Morelos* y siguiendo solamente, a intervalos, los disparos de los fuertes de tierra.

De nuestra artillería habían logrado desemplazar, y casi inutilizar, un cañón y una ametralladora, y nuestras fuerzas habían sufrido algunas bajas, aunque de poca importancia, tomando en cuenta lo nutrido y desesperado del fuego que nos había sido dirigido durante todo el día.

En la tarde, cuando la marea empezó a bajar, pudimos ver que el *Morelos* tenía grandes agujeros abajo de su línea de flotación, causados por los proyectiles de nuestra artillería, y por los que salían gruesos chorros de agua.

Esa misma tarde, el vapor *Korrigan II* hacía su entrada a la bahía de Mazatlán, y ordené que se abriera fuego sobre él con toda nuestra artillería. Nuestros cañones hicieron algunos disparos y el *Korrigan II* se vio obligado a hacerse de nuevo a la mar.

Tal procedimiento no fue sino consecuencia de la nota que de antemano había dirigido yo a los comandantes de los barcos de guerra extranjeros, surtos fuera de la bahía, avisándoles que había declarado cerrado el puerto, y que batiría a cualquiera embarcación que intentara entrar en él.

Con anterioridad se había dado permiso para que el oficial Wallace Buctoll, ayudante del comandante en jefe de la flotilla norteamericana del Pacífico, bajara a tierra en Topolobampo, a fin de recoger a los residentes norteamericanos en la región que desearen regresar a los Estados Unidos; y ese día recibí una comunicación del citado oficial, en los siguientes términos, dirigida de a bordo de uno de los acorazados norteamericanos, frente a Altata:

Señor General Obregón: Tengo el honor de manifestar a usted, que desde abril 27 al primero de mayo, inclusive, estuve en Topolobampo con torpederos-destroyers, para recoger norteamericanos de Topolobampo y sus alrededores que desearen regresar a Estados Unidos. En atención de estos norteamericanos, tengo el honor de informarle que el mayor Jesús A. Cruz, Comandante Militar de Topolobampo, y el señor Víctor Preciado, jefe de la Aduana, me trataron con suma cortesía y caballerosidad, expeditando el desempeño de mi comisión. No podría significarle el excelente valimiento de las atenciones de los mencionados caballeros, con los cuales mis trabajos no tropezaron con ninguna

dificultad. Permítame llamar la atención de usted sobre la conducta tan eficiente de los oficiales bajo su mando, con lo cual la salvación de México está en sus manos, por su eficiencia, cortesía y maneras caballerosas. Como oficial, representante del Comandante en jefe de la Flotilla del Pacífico, doy en su nombre las más expresivas gracias por la cortés atención de usted, al permitir a los norteamericanos salir del territorio, honrosamente controlado por usted. Suyo respetuosamente. *Wallace Buctoll*. Ayudante del Comandante en Jefe de la Flotilla del Pacífico.

Mi contestación a esa nota fue la siguiente:

Recibí el atento mensaje que, a nombre del Almirante, se sirve usted transmitirme y agradezco a usted las frases de encomio que tiene para mí y mis subordinados, por las atenciones dispensadas a sus nacionales; asegurándole que no incurre usted en error al afirmar que la Patria mexicana se salvará en nuestras manos. El Ejército Constitucionalista, al que me honro en pertenecer, no vacilará jamás en el cumplimiento del deber, lo que siempre ha sido y será una garantía para todos los extranjeros que, sin mezclarse en nuestros asuntos interiores, permanezcan en actitud neutral. Suplico a usted hacer presentes mis respetos al honorable Comandante en Jefe. De usted atento y seguro servidor. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Por la noche, el fuego cesó, y sólo se oían disparos aislados cuando se advertía algún movimiento a bordo del barco varado; manteniendo nosotros una vigilancia extrema, para evitar que el enemigo, que disponía de remolcadores y embarcaciones pequeñas, intentara hacer algún desembarco de tropas en la misma isla, a nuestra retaguardia, poniéndonos así en condiciones mucho más difíciles que aquella en que ya nos encontrábamos.

Nuestra permanencia en la isla podíamos, aunque con peligro, prolongarla varios días más, pues teníamos provisiones, aunque limitadas, y el agua, que era lo que más escaseaba, la suplimos con la de los cocos, que tanto abundan en aquella isla.

Al amanecer del día siete, pudimos notar cómo las olas habían arrojado a la playa algunas gorras de los marinos del *Morelos*, y que en el barco estaban aún apagados hasta los fuegos de las estufas y no había en él ningún signo que denunciara la presencia de tripulación.

Durante ese día, continuamos siendo batidos por los fuertes de tierra, de los cuales nos dirigían, a intervalos, disparos aislados.

El cañonero *Guerrero*, que el día anterior se había perdido al Sur, no regresaba.

Cuando tuve la seguridad de que el *Morelos* había sido abandonado y consideré que su artillería podría ser desmontada por el enemigo, para emplazarla en los fuertes de tierra, tomé la determinación de destruir por completo el barco, ya que nosotros no podríamos aprovechar nada de él, porque éste quedaba bajo los fuegos de los fuertes de tierra y, en esas condiciones, sólo podríamos acercamos a él de noche.

Por la tarde de ese día, el mayor Kloss tomó una canoa, y haciéndose acompañar de dos soldados, que le servían de marinos, trató de abordar el *Morelos*, sin lograrlo, y resultando seriamente herido; habiendo debido su salvación al valor de los dos marineros que lo acompañaban, quienes, a nado, remolcaron la pequeña canoa llevando a Kloss herido, en una distancia aproximada de dos kilómetros y bajo el fuego del enemigo. Uno de estos heroicos soldados se llama Julián Jaramillo.

El día 8, se pasó sin que el *Guerrero* se presentara en acción, y sólo continuando, a intervalos, el fuego de los fuertes sobre nuestro campamento.

Con referencia al cañonero *Guerrero*, pasábaseme decir que al retirarse de la lucha por la tarde del día 6, y cuando nos dirigía sus últimos disparos, tomaba colocación entre los cruceros norteamericanos, que estaban anclados afuera de la bahía, para librarse de nuestros fuegos o para acarrear complicaciones internacionales, si lo batíamos allí.

Durante nuestras operaciones contra el *Morelos*, establecí el Cuartel General en Isla de Piedra, y allí empecé a recibir partes de los jefes que estaban frente a Mazatlán, relativos a los combates parciales que, más o menos reñidos, estaban librándose ya con las fuerzas federales, al establecer el sitio.

El mismo día 8, por la noche, hicimos algunos esfuerzos para abordar el *Morelos*, lo que no logramos, debido a lo agitado que estaba el mar, siendo por tres veces obligados nuestros pequeños botes a regresarse.

Los días 9 y 10 transcurrieron sin más novedad que ligeros tiroteos entre nuestros soldados en la isla y los de la línea que el enemigo había tendido en la playa Oriente de Mazatlán, frente a nuestras posiciones.

El día 10, por la tarde, se preparó lo necesario para ver si se lograba la voladura del *Morelos*, y, al entrar la noche, uno de nuestros pequeños botes, con sus cuatro tripulantes, emprendió su travesía, llevando una carga de dinamita suficiente para el objeto deseado.

Yo, en compañía de los miembros de mi Estado Mayor y del licenciado Manuel Aguirre Berlanga, quien había llegado ese día, me coloqué en lugar conveniente para esperar el resultado de aquella expedición.

Nuestros marineros lograron abordar el barco y colocar sobre la cubierta la dinamita, encendiendo en seguida la mecha y regresando a todo remo hasta ganar la playa.

Precisamente a las ocho y media de la noche, el fuego llegó a la dinamita, produciendo la explosión deseada.

A continuación transcribo íntegro el parte telegráfico que rendí a la Primera Jefatura, dando por concluido el combate contra el *Morelos*, cañonero que tanto nos había hostilizado desde las primeras operaciones del sitio de Guaymas, hasta poco antes de ser inutilizado:

> Isla de Piedra, mayo 11 de 1914. Hónrome en comunicar a usted que anoche, a las 8:30, la bahía de Mazatlán se iluminaba con el incendio del cañonero *Morelos*, que fue abandonado y volado con dinamita frente a las fortificaciones de los federales. El incendio se ha prolongado hasta estas horas. Cuatro de nuestros soldados, en una pequeña góndola, llevaron a cabo este acto de heroísmo, que debe enorgullecer a todos los que hemos puesto nuestra vida al servicio de la Patria; pues no sólo se ha inutilizado, para siempre, una unidad naval de la usurpación, sino que esto se hizo burlando la pretendida protección de los federales al *Morelos* desde todos los fuertes inmediatos. El espectáculo era imponente, pues al comunicarse el fuego a los bordajes, todas las substancias inflamables hacían explosión. Mientras presenciábamos el espectáculo recordábamos, con satisfacción, que coincidía la fecha con la gloriosa toma de ciudad Juárez por el Presidente Mártir, y era el primer aniversario del segundo día de combate en Santa Rosa. Salúdolo respetuosamente. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Terminado el combate con el *Morelos*, transladé mi Cuartel General a Casa Blanca, donde estuve dando las disposiciones necesarias para el perfeccionamiento del sitio de Mazatlán.

A raíz de la rendición de Acaponeta, ordené a los generales Diéguez y Blanco que avanzaran con sus tropas sobre la plaza de Tepic, dando a Blanco instrucciones de que se colocara, con sus

caballerías, al Sur de Tepic, tanto para evitar que la guarnición de dicha plaza recibiera refuerzo, como para impedir el paso a la misma, en caso de que intentara huir rumbo a Guadalajara; en tanto que el general Diéguez, con las infanterías y la artillería, atacaba por el Norte. Al comunicar estas órdenes, recomendé hacer todo esfuerzo por impedir que los federales destruyeran el puente del ferrocarril que está sobre el río de Santiago, que es uno de los más grandes puentes que existen en la República, considerando que la destrucción de él entorpecería mucho nuestra marcha.

El día 15, recibí mensaje del general Diéguez, comunicándome la captura de la plaza de Tepic, y de este hecho de armas rendí el siguiente parte telegráfico a la Primera Jefatura:

> Casa Blanca, 16 de mayo de 1914. Hónrome en comunicar a usted que la plaza de Tepic ha caído en poder de nuestras fuerzas, que forman la extrema vanguardia de esta columna, al mando de los generales Blanco y Buelna. Tepic lo defendían dos mil federales, perfectamente afortinados, y el combate duró veinticuatro horas, habiendo estado muy reñido. Una parte de la guarnición desertó en la madrugada de hoy y se le persigue con tenacidad. Con esta victoria queda controlado por nuestro ejército el Territorio de Tepic, y en nuestro poder toda la línea del Ferrocarril Sud-Pacífico, desde Nogales hasta Tepic. Hoy mismo destaco una columna a cortar las comunicaciones entre Colima y Manzanillo, con lo cual las guarniciones huertistas de Guaymas y Mazatlán quedarán abandonadas a su propia suerte. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

En Tepic se infligió al enemigo una completa derrota, haciéndole más de ciento cincuenta muertos y un gran número de prisioneros, y capturándole un importante botín de guerra; y si la mitad de la guarnición logró escapar, fue debido a que el general Blanco no cumplió con la eficacia con que se hubiera deseado las órdenes recibidas de mi Cuartel General, en el sentido de que se colocara al Sur de Tepic y no emprendiera ningún ataque a la plaza, hasta que lo iniciara el general Diéguez por el Norte, con las infanterías y la artillería. Por nuestra parte, tuvimos que lamentar alrededor de cien bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el coronel Soto, de las fuerzas del general Buelna.

Los federales, en su huida, como yo lo temía, quemaron el puente del ferrocarril sobre el río de Santiago, y causaron en la vía cuanto daño les fue posible, con el deliberado propósito de entorpecer nuestra marcha, ya que eran impotentes para contenerla de otra manera.

Inmediatamente que recibí el parte de la captura de Tepic, y sabedor de que habían surgido algunas dificultades entre los generales Diéguez y Blanco, debido a que este último no ejecutó fielmente las órdenes que se le habían dado para el ataque sobre la plaza, salí en una carretilla de vía, movida por motor de gasolina, acompañado del capitán Julio Madero y del teniente Rafael Valdés, con rumbo a Tepic, en cuyo trayecto empleamos dos días, debido a las dificultades con que tropezábamos para salvar con nuestro motor los puentes destruidos.

Arreglados los asuntos que me llevaron a Tepic, regresé a Casa Blanca.

Llegado de nuevo a Casa Blanca, continué haciendo exploraciones sobre las posiciones que ocupaban los federales que defendían Mazatlán, hasta llegar a formarme una idea, más o menos exacta, de lo que nos costaría capturar esa plaza.

Como casi todos los reconocimientos los practicaba acompañado de los principales jefes de nuestras fuerzas frente a Mazatlán, éstos estaban también en condiciones de hacer una apreciación más o menos acertada; y tomando ello en cuenta, un día los cité a mi Cuartel General

para conocer la opinión de ellos y darles a conocer la mía, para que hicieran las observaciones que juzgaran pertinentes.

La reunión de jefes se verificó, y una vez entrados en materia, les expuse mi personal opinión sobre la situación que teníamos enfrente, relativa a nuestro asedio sobre Mazatlán, indicando yo lo que juzgaba más conveniente hacer para abatir al enemigo; y luego los invité a que consideraran mis ideas, y a que con toda libertad me expusieran las suyas sobre el mismo caso.

La opinión sustentada por mí en aquella junta fue que, no obstante las posiciones tan ventajosas del enemigo, la plaza de Mazatlán podía ser capturada por nuestras fuerzas si emprendíamos el asalto con todos los elementos de que podíamos disponer para el ataque; pero que, después de tomar la plaza, quedaríamos imposibilitados para continuar nuestro avance al Sur, por las dificultades con que tropezaríamos para reponer las municiones que consumiéramos, considerando que a los federales no podríamos capturarles parque en cantidad digna de tomarse en cuenta; porque tenían ya, a su disposición, el cañonero *Guerrero* y otros transportes, en los que salvarían sus pertrechos de reserva, y quizás también en ellos lograría embarcarse la mayor parte de la guarnición y transladarse a Guadalajara, para reforzar aquella plaza que, indispensablemente, teníamos que atacar en nuestro avance al centro del país. Y, en vista de todos esos inconvenientes, que se oponían a la idea de un ataque decisivo sobre Mazatlán, propuse dejar este puerto en las mismas condiciones que el de Guaymas —sitiado— y emprender el avance con el grueso del Cuerpo de Ejército, hasta cortar a los federales, que lo defendían, las comunicaciones que conservaban por Manzanillo, y obligarlos a abandonar la plaza con este golpe, si antes no se podían remitir cartuchos en cantidad suficiente a las fuerzas sitiadoras, o si el cañonero *Tampico* no era puesto oportunamente en condiciones de servicio para que tomara parte también en un ataque decisivo.

Por fortuna, no hubo entre los jefes divergencias fundamentales de criterio, al considerar aquel caso, estando todos de acuerdo con mi opinión y proposición.

Las mismas consideraciones sometí a la Primera Jefatura, con referencia a un ataque sobre Mazatlán, y el señor Carranza me contestó manifestándome que dejaba a mi criterio atacar o no aquel puerto, y recomendándome solamente que activara las operaciones al Sur.

En la misma fecha, se incorporó a mi campamento el señor Enrique Breceda, Pagador General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, quien era comisionado por la Primera Jefatura para manifestarme el deseo del señor Carranza de que hiciera yo todo esfuerzo por activar mi avance sobre el centro del país; porque empezaba a sospechar de la conducta de Villa y de Ángeles, siendo su idea que nuestro Cuerpo de Ejército, de cuya lealtad nunca había dudado, ocupara las principales plazas del interior.

## SE DEJA SITIADO A MAZATLÁN Y SE INICIA EL AVANCE AL SUR

Resolví emprender mi avance sobre Guadalajara, Colima y Manzanillo, sin atacar Mazatlán; dejando este puerto sitiado por las tropas de Sinaloa, al mando del general Ramón F. Iturbe, y cuyo efectivo ascendía aproximadamente a tres mil hombres, con cinco cañones y tres ametralladoras; teniendo como principales subalternos, que comandaban los distintos cuerpos de

la brigada, a los generales Juan Carrasco y Macario Gaxiola; los coroneles Ángel Flores, Manuel Mezta, Mateo Muñoz, Isaac Espinosa, Fructuoso Méndez; los tenientes coroneles Ernesto Dammy y Ascensión Escalante, y los mayores Manuel Barraza y Pedro H. Zavala, este último como jefe de la artillería.

Débese consignar que durante las primeras operaciones efectuadas para poner sitio a Mazatlán, nuestros aviadores, capitán Salinas y ayudante Teodoro Madariaga, efectuaron algunos vuelos en el biplano Sonora, lanzando bombas sobre las posiciones que ocupaban los federales; pero esos vuelos hubieron de suspenderse, debido a que en uno de ellos el motor del biplano sufrió una descompostura, y éste descendió sin gobierno hasta estrellarse en el suelo, quedando inutilizado el aparato, y los aviadores a punto de perder la vida en este accidente, con graves contusiones, de las que, por algún tiempo, estuvieron en estado delicado.

Resuelta mi salida para el Sur, el día 17 de mayo confirmé el nombramiento del general Iturbe, como jefe de las operaciones en el sitio de Mazatlán, dirigiéndole la siguiente comunicación:

> Un sello al margen, que dice: República Mexicana. Ejército Constitucionalista. Cuerpo de Ejército del Noroeste. Cuartel General. Número 1 261. Teniendo que marchar para el Sur, hoy, quedará usted, como verbalmente se lo había ordenado, con las brigadas de Sinaloa, conservando el sitio que tenemos puesto a la plaza de Mazatlán. Cuando se reciba la remesa de parque, se terminen las reparaciones del cañonero *Tampico*, que desde ayer está a flote, y quede cortada la comunicación entre Manzanillo y Guadalajara, daré a usted orden para que ataque la plaza sitiada, para así no tener que sacrificar la gente que tendríamos que perder si se atacara ahora. No tengo que hacer a usted ninguna recomendación especial, porque el celo con que siempre ha sabido usted cumplir con sus deberes es una garantía de acierto. Hago a usted presentes mi atenta consideración y aprecio. *Constitución y Reformas*. Casa Blanca, mayo 17 de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. General Brigadier Ramón F. Iturbe, Jefe de las fuerzas en el Estado. Otates.

Al día siguiente me transladé con el Cuartel General de Casa Blanca a Tepic, acompañado de los miembros de mi Estado Mayor, y agregado a esta corporación el señor Juan R. Platt, ciudadano sonorense que, aunque sin carácter militar, por amistad conmigo y por vivas simpatías hacia nuestro movimiento abandonaba sus negocios en Hermosillo para asistir a nuestras acciones de armas, de que tenía anuncio oportuno, gustando de compartir con nosotros las penalidades, servicios y peligros de la campaña.

## INTROMISIÓN DE LOS MIEMBROS DEL CLERO EN FAVOR DEL GOBIERNO DE LA USURPACIÓN

A Tepic nos incorporamos el día 19, e inmediatamente fui informado de la labor que los miembros del clero católico habían hecho en aquel Territorio durante el tiempo que dominaron las fuerzas huertistas; llegando la intromisión de ellos en los asuntos políticos hasta patrocinar y asesorar dos periódicos, que en aquella ciudad se editaban bajo los títulos de *El Hogar Católico* y *El Obrero de Tepic*, en los que hacían una desesperada defensa del huertismo y atacaban al Partido Constitucionalista, teniendo los más acres calificativos para los hombres que militábamos en sus filas; por lo cual ordené que, desde luego, se intervinieran los archivos de dichos

periódicos y que se practicaran las averiguaciones preliminares para que fueran consignados a un tribunal militar los que aparecieran responsables de aquellos gratuitos ataques a la Revolución.

De las averiguaciones practicadas sobre el particular, resultó como principal responsable de la labor antirrevolucionaria el obispo Andrés Segura, a quien se le instruyó proceso y se le sentenció a ocho años de prisión.

Los demás clérigos complicados con el obispo en su obra difamatoria contra nuestro movimiento fueron expulsados por orden de mi Cuartel General, siendo conducidos hasta Nogales, Sonora, donde se les hizo atravesar la línea internacional.

Después de quedar hechas las reparaciones a la vía del ferrocarril hasta Tepic, inclusive el puente de Santiago, cuyos trabajos fueron hábilmente dirigidos por los mayores Melitón Albáñez y J. Lorenzo Gutiérrez, se ordenó la concentración en Tepic de todas las impedimentas y material rodante que habían quedado a nuestra retaguardia; y al hacer este movimiento, tuvimos que lamentar un accidente doloroso, ocurrido en la pendiente que la vía del ferrocarril tiene desde el Río de Santiago hasta Tepic; accidente que consistió en haberse desenganchado cuatro carros de un tren militar que iba a Tepic, los que rodaron sin frenos por la pendiente hasta ir a chocar bruscamente con otro tren militar que estaba colocado sobre la vía principal, en estación Roseta; choque en el cual tuvimos que lamentar aproximadamente cien bajas, entre muertos y heridos; contándose entre éstos, de gravedad, el teniente coronel Herculano de la Rocha, de las fuerzas de Sinaloa.

El día 22, mi Cuartel General comunicó la siguiente orden escrita al general Diéguez:

> Sírvase usted destacar, a la mayor brevedad posible, al coronel Jesús Trujillo, con trescientos hombres de caballería, para que corte la vía que une a Manzanillo con la ciudad de México, entre estación Quemado y el límite con el Estado de Colima, proporcionándole la dinamita necesaria para que lleve a cabo esa obra. Después deberá marchar dicho coronel Trujillo a Zacoalco, cortando todas las vías de comunicación con Guadalajara, y siguiendo de allí la ruta más conveniente hasta incorporarse al grueso de las fuerzas de esta División. *Constitución y Reformas*. Tepic, mayo 22 de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. General M. M. Diéguez, Jefe de la Vanguardia. Presente.

El objeto del movimiento que se encomendaba al coronel Trujillo era evitar que por la vía de Manzanillo siguieran haciéndose envíos de víveres y pertrechos para las guarniciones sitiadas en Guaymas y Mazatlán y, con esto, obligarlas a evacuar aquellos pueblos o rendirse a nuestras fuerzas sitiadoras. También tenía por objeto ese movimiento llamar por aquel rumbo la atención de la guarnición federal de Guadalajara, mientras nosotros hacíamos la travesía de la sierra para internarnos en Jalisco.

Como en Tepic deberíamos abandonar las comodidades que los trenes nos proporcionaban para hacer nuestras movilizaciones y conducción de pertrechos, provisiones e impedimentas, por no haber vía entre Tepic y San Marcos, Jalisco, teniendo, por lo tanto, que hacer la marcha pie a tierra; necesitábamos proveemos de carros y mulas para transportar los elementos indispensables a la columna, y a efectuar la concentración de estos transpones nos dedicamos desde luego.

Con fecha 1.º de junio, el Cuartel General dictó una disposición, dando a reconocer al general Lucio Blanco como jefe de la División de Caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, poniendo bajo sus órdenes todas las columnas y fracciones del arma que se habían incorporado.

Como el general Buelna, que por disposición expresa de la Primera Jefatura había asumido la Comandancia Militar y la Jefatura Política del Territorio, habría de marchar con la columna hacia el Sur, con fecha 3 de junio expedí nombramiento de Comandante Militar del Territorio, en substitución de Buelna, a favor del general Juan Dozal, y de Presidente Municipal a favor del licenciado Carlos C. Echeverría.

En Tepic volvieron a agotarse los fondos para las atenciones de las fuerzas, y como éstas estaban próximas a internarse en una zona donde no había medios eficaces de comunicación para hacernos llegar los fondos necesarios, el Cuartel General de mi cargo, con previa autorización de la Primera Jefatura, hizo una nueva emisión de vales provisionales por valor de $60,000.00.

Próximos ya a emprender la marcha para hacer la campaña en Jalisco, redacté e hice imprimir la siguiente hoja, mandando, por diversos conductos, un gran número de ejemplares de ella, para distribuirlos en Jalisco:

### A LOS HABITANTES DEL ESTADO DE JALISCO: ¡PASO AL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA!

El imperio de la Ley ha extendido sus dominios en mil setecientos kilómetros, conquistados palmo a palmo, por nuestro invencible Ejército, cuyos victoriosos clarines atruenan ya los bosques del trópico...

¿Adónde van...?

A la tristemente célebre ciudad de México, adonde muy pronto llegaremos triunfantes, para hacer sentir al asesino el peso de sus crímenes, con el elocuente lenguaje de nuestros cañones.

Hemos recorrido mil setecientos kilómetros, y la victoria siempre ha sido nuestra, y nuestros infatigables soldados tienen una disciplina que nos enorgullece: ellos son los representantes de la Ley y han sabido defenderla.

A nuestro paso por ese viril Estado, hago un llamamiento a todo el elemento honrado, para que secunde nuestro movimiento y proteste con toda energía contra el asesino del pueblo, contra el infame traidor, que trata de hundir a nuestra patria en una guerra internacional, para salvarse él.

La prensa vendida, en su criminal tarea de desconcertar la opinión pública, ha dicho siempre que somos separatistas; que nos lanzamos a la revuelta por afición al robo, y otros mil embustes con que ha querido desprestigiarnos; pero, por fortuna, unos y otros somos ya conocidos. Mi mayor orgullo es pertenecer a un Ejército que ha sabido crearse organización perfecta sobre la marcha, y ha ofrecido a su Patria toda la sangre necesaria para salvarla de las garras del corrompido militarismo, que toca ya a su fin.

Espero que el pueblo de Jalisco sabrá unir su sentimiento al nuestro, y al llegar vencedores a la capital de su Estado, sacudiendo así la tiranía que ahora lo afrenta, quedarán coronadas las aspiraciones de todos sus buenos hijos.

El momento histórico se presenta para Jalisco, y a ustedes toca escribir la página que la Historia guardará en su seno.

Cuartel General en Tepic, Tepic, junio 4 de 1914.

El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón*.

## OPERACIONES SOBRE LAS ISLAS MARÍAS

Con fecha 4, el Cuartel General comunicó al general Rafael Buelna la siguiente orden escrita:

> Número 1315. Sírvase disponer que el C. capitán 1.º Cruz Medina marche en el vapor Unión a capturar la guarnición federal de Islas Marías; destruya la estación radiográfica de las mismas; recoja y haga conducir a ésta a nuestros partidarios que hayan sido internados en dichas islas, y traiga el buque cargado con sal y otros artículos de provecho que pueda encontrar para su abarrotamiento. Reitero a usted mi distinguida consideración y particular aprecio. *Constitución y Reformas*. Tepic, junio 4 de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. General Rafael Buelna. Presente.

El capitán Medina, a quien se encomendaba la expedición a Islas Marías, era el jefe de las armas del puerto de San Blas, Tepic, y desde luego procedió a cumplir las órdenes que le diera el general Buelna, rindiendo a éste el siguiente parte, con fecha 6, de San Blas:

> Conforme a instrucciones que recibí para efectuar marcha a Islas Marías y apoderarme de lo que allá se encontrara, en cumplimiento de mi deber tengo el honor de informar que el día 4 del corriente, a las 5 p. m., levé anclas rumbo a las islas expresadas, llegando a las 4 a. m., a la Isla Magdalena. Entramos por el Canal hacia las Salinas, en donde, a las 5:30 a. m., ordené inmediatamente el desembarque de parte de 1.ª fuerza, sorprendiendo un pelotón de diez soldados y un sargento 2.º de las fuerzas federales, los que quedaron prisioneros. Hice avanzar la fuerza por tierra sobre el Balleto, habiendo ordenado al barco, que, a media máquina, marchase a tiempo que las fuerzas fuesen auxiliadas por él a su llegada al Balleto. En dicho punto, dispuse que los aparatos de la estación inalámbrica fueran desprovistos del motor desarrollador de fuerza eléctrica, a fin de que no pudiera haber comunicación, evitando así que una mala disposición perjudicara mis operaciones. Terminado esto, procedí al embarque de los efectos que encontré en dicha isla, y que consisten en harina, panocha y algunos otros efectos, de los cuales procedo a levantar inventario, y oportunamente daré cuenta. Encontré diez monturas, y armas en número aproximado de veintiocho. Sabedor de que el señor Manuel Novoa se había hecho a la mar en el pailebot Presidente, rumbo a Manzanilla, inmediatamente levé anclas y me puse en su persecución, habiendo logrado darle alcance, a las 3 y media horas de la marcha. Intimado que fue a rendirse, lo hizo desde luego incondicionalmente, quedando a disposición del Gobierno Constitucionalista. De los reos políticos y empleados que formaban la administración de la isla, mandaré a usted lista, juntamente con inventarios.

Al serme transcrito el parte anterior, por el general Buelna, ordené que el mismo capitán Cruz Medina procediera a formar, en San Blas, un juicio sumario al verdugo Manuel Novoa, hecho prisionero cuando huía rumbo a Manzanillo, y quien había fungido como director de la colonia penal de las Islas Marías, para que fuera éste pasado por las armas.

El día 10 quedaron hechos todos los preparativos para la marcha hasta San Marcos, habiendo logrado concentrar más de doscientos carros y como dos mil mulas, transportes que fueron equitativamente distribuidos entre las brigadas y batallones, para que en ellos condujeran sus provisiones, pertrechos e impedimentas. Había ordenado al general Diéguez que hiciera salir parte de sus fuerzas para Ixtlán del Río, para que quedaran allí como puesto avanzado.

En cumplimiento de esa orden, el general Diéguez destacó el 5.º Batallón de Infantería de Sonora, al mando del teniente coronel Esteban B. Calderón.

Continuaron el movimiento el resto de las fuerzas del general Blanco.

## CONFERENCIA TELEGRÁFICA CON VILLA

Ya cuando empezaba a hacer los preparativos para nuestra marcha al Sur de Tepic, recibí un recado del jefe de nuestra oficina telegráfica, diciéndome que el general Villa deseaba tener una conferencia conmigo.

Me transladé en seguida a la oficina de telégrafos, en la que se había comenzado a recibir el mensaje del general Villa, haciéndome una relación de las dificultades que tenía él con la Primera Jefatura y los obstáculos que, según él, le presentaba el señor Carranza, con objeto de entorpecer la marcha de la División del Norte hacia el centro del país; insinuándome que llegáramos a un acuerdo, para continuar las operaciones sobre el Centro, sin tomar en cuenta a la Primera Jefatura.

Contesté a Villa negándome a celebrar el pacto que me proponía, y tratando de hacerlo desistir de sus propósitos de desconocer a la Primera Jefatura; haciéndole ver la necesidad que teníamos de seguir sosteniendo a la Primera Autoridad de la Revolución, a quien nosotros mismos habíamos reconocido, máxime cuando, en mi concepto, no había ninguna causa que justificara un desconocimiento.

Posteriormente, con fecha 14, hice yo mi salida de Tepic con el resto de las infanterías, al mando de los generales Cabral y Hill, y la artillería, al mando del mayor Juan Mérigo.

El día 16 me incorporé a la población de Ixtlán del Río, después de haber atravesado las estribaciones del Ceboruco (volcán apagado que está entre Chapalilla y Ahuacatlán).

Entretanto, el general Diéguez continuaba su avance hasta penetrar en el Estado de Jalisco, del cual había sido nombrado Gobernador y Comandante Militar en Tepic, el 12 de junio, por acuerdo de la Primera Jefatura, estableciendo el general Diéguez su Cuartel General y el asiento de su Gobierno en Etzatlán.

En la columna iba incorporado el general Martín Espinosa, convaleciente aún de las heridas que recibiera al iniciar sus operaciones en Tepic; de las cuales había estado curándose en Durango, marchando después a incorporarse a mis fuerzas, para tomar parte en el avance al Sur.

En Ixtlán permanecimos algunos días, esperando la incorporación de las infanterías y la artillería, que marchaban a nuestra retaguardia.

Como estaba ya muy avanzada la temporada de lluvias, y diariamente se desencadenaban fuertes aguaceros en toda aquella región, las líneas telegráficas, que habían sido reparadas muy provisionalmente en nuestra marcha, sufrían frecuentes daños, que interrumpían la comunicación y, con este motivo, se hacía muy deficiente el servicio, recibiendo y trasmitiendo nuestros mensajes con retraso.

En Ixtlán, comenzamos a tener algunas noticias sobre las serias dificultades que habían surgido entre la División del Norte y la Primera Jefatura; pero a causa de lo irregular de nuestras comunicaciones telegráficas, no podíamos saber de una manera precisa cuál era el origen de aquellas dificultades, y cuál, por fin, la actitud de Villa.

Sin embargo de la carencia de una completa información sobre aquel caso, con la impresión que guardaba yo de Ángeles, tenía, para mí, que un viento de reaccionarismo y de traición soplaba ya en aquel ambiente, desde que Ángeles había llegado a ser un favorito consejero de Villa y un factótum de la División del Norte; y no vacilé en reconocer que el deber de todo revolucionario consciente y honrado, en aquellos momentos, era ponerse de parte de la Primera Jefatura y apoyar su autoridad. Y, consecuente con este criterio, el día 18 escribí un mensaje para el Primer Jefe, haciéndole conocer la actitud que nosotros asumiríamos, si las dificultades con Villa no llegaban a solucionarse.[3]

Antes de ser transmitido el mensaje, reuní a los principales jefes de la columna para mostrárselos. Todos estuvieron de acuerdo con su texto, a excepción de los generales Blanco y Buelna, quienes opinaban que no se dijera nada al Primer Jefe, mientras no se conocieran, en detalle, los acontecimientos relacionados con las dificultades a que vengo refiriéndome.

El general Julián Medina, jefe que independientemente había estado operando en Jalisco, contra las fuerzas federales, se presentó en mi Cuartel General, a recibir órdenes para las operaciones que deberían llevarse a cabo en aquel Estado.

En Ixtlán, recibí un parte del general Diéguez, en que me comunicaba que el coronel Trujillo, cumpliendo exactamente las órdenes que había recibido en Tepic, había cortado las comunicaciones cerca de Zacoalco, entre Guadalajara y Colima, atacando y derrotando completamente a una guarnición federal de 300 hombres, en la plaza de Teocuitatlán de Corona, y que, después, había sido obligado a replegarse, al ser derrotado en un desventajoso combate que sostuvo contra la columna federal al mando del general Zozaya, en Zacoalco, en cuya acción perdió nuestro jefe una gran parte de los pertrechos quitados al enemigo en el primer combate, habiendo resultado herido el general Zozaya, que mandaba la columna federal.

Estaba mi Cuartel General todavía en Ixtlán cuando se recibió parte de que, el día 10 de junio, después de arduos trabajos llevados a cabo a bordo del *Tampico* con los elementos del barco y alguna maquinaria llevada de la hacienda La Constancia y de los talleres del ferrocarril de Topolobampo, quedó a flote nuestro cañonero, siendo reparadas, hasta donde fue posible, las averías que sufriera en el combate librado el 31 de marzo con el cañonero *Guerrero*; y que el día 14 del mismo mes, el *Tampico* levó anclas en Topolobampo, haciéndose a la mar con rumbo a Altata.

## COMBATE DE LOS CAÑONEROS *TAMPICO* Y *GUERRERO* FRENTE A LA ISLA DE SAN IGNACIO, GOLFO DE CALIFORNIA

Un parte posterior daba cuenta de lo siguiente: El *Tampico*, antes de llegar al puerto de Altata, sufrió una descompostura en la bomba de alimentación y se quemaron las calderas, quedando dicho barco al garete, y siendo en seguida arrastrado por la corriente del Golfo, hasta la altura de la Isla de San Ignacio, donde lograron dar fondo. A la madrugada del día 16, el oficial de guardia del *Tampico* descubrió al cañonero *Guerrero*, que avanzaba sobre nuestro barco, rompiendo el fuego y colocándose a una distancia menor de dos kilómetros. Como el *Tampico* no podía hacer ningún movimiento, el enemigo pudo hacer certeros fuegos sobre él, los que eran contestados de nuestro barco, solamente con el cañón de proa, que era el único utilizable en aquel combate; y en lo más reñido de éste, una granada del *Guerrero* explotó sobre unas cajas de alcohol, provocando el incendio en la cámara de popa, que era donde se encontraban dichas cajas, y obligando a los artilleros a abandonar el cañón de popa, con el que entonces contrarrestaban los fuegos del *Guerrero*, pues poco antes una corriente había hecho a nuestro barco virar de popa frente al *Guerrero*. El comandante del *Tampico*, capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica, ordenó entonces abrir las válvulas de fondo, para hundir su barco antes que permitir fuera capturado por el enemigo. Cuando esto sucedía, a bordo del *Tampico* habían muerto ya el maquinista, Ramón C. Estrada, el maquinista Vela y cinco individuos de la marinería, y había un regular número de heridos, entre ellos el segundo comandante Agustín Rebatett. Al estar hundiéndose el barco, la tripulación se transbordó a una lancha de gasolina y a un bote de remo, para salvarse; pero a poco de navegar, fueron hechos prisioneros por el cañonero *Guerrero*, a excepción del

comandante Rodríguez Malpica, quien prefirió darse muerte antes que dejarse hacer prisionero, disparándose un tiro de su pistola, que le causó muerte instantánea, en los momentos en que se hundía el barco. Entre los prisioneros hechos por el *Guerrero* se encontraba el capitán de fragata Agustín Rebatett, segundo comandante del *Tampico*, quien había resultado seriamente herido en el combate.

El comandante Rodríguez Malpica se privó de la vida contando apenas 24 años de edad, y con este hecho se hizo pasar al reducido número de los que tienen el privilegio de perpetuar su nombre y el legítimo derecho de hacer venerable su recuerdo.

Con la pérdida del *Tampico*, el enemigo volvía a recobrar el completo dominio de las costas de Occidente, y nuestro Ejército perdía la esperanza de restar a la usurpación ese dominio, pues nada podríamos esperar ya de la comisión conferida desde el mes de abril al oficial Palacios, para comprar un barco en el extranjero; porque éste, al encontrarse fuera del país y después de dilapidar parte de los fondos que se le confiaron para aquella compra, negó haber recibido tal comisión y se apoderó del resto del dinero, del que solamente una parte se logró recogerle, debido a las activas gestiones de nuestro agente comercial en los Estados Unidos, señor Francisco S. Elías.

## CONTINÚA LA MARCHA

El día 23 continuamos nuestro avance de Ixtlán, acampando en Arroyo del Agua, y al día siguiente lo proseguimos hasta San Marcos, llegando a este lugar a las 12 del día, después de bajar la famosa Cuesta de los Ingenieros. Allí se dio un ligero descanso a la tropa y, por la tarde del mismo día se continuó la marcha hasta Etzatlán, donde se encontraba el general Diéguez.

En ese lugar, tuve conocimiento de que una poderosa columna federal había salido de Guadalajara a nuestro encuentro, para contener nuestro avance y presentamos batalla; y en atención a esas noticias, ordené que al día siguiente se continuara la marcha hasta Ahualulco, para hacer un reconocimiento del terreno en que deberíamos librar la batalla.

Como estaba ordenado, el día 25 se continuó la marcha, incorporándome ese mismo día a Ahualulco, donde se encontraba acampada ya una parte de nuestra división de caballería.

Al día siguiente, terminaron de reconcentrarse en Ahualulco las fuerzas de la columna, y tomó el contacto nuestra vanguardia con la del enemigo, en la hacienda El Refugio, a veinte kilómetros de nuestro campamento.

En el parte oficial, que más adelante se inserta, se relatan los movimientos que nuestras fuerzas comenzaron a efectuar desde aquella fecha.

## ASCENSO DEL GENERAL EN JEFE Y TELEGRAMAS CRUZADOS ENTRE ÉSTE Y EL GENERAL FRANCISCO VILLA

Estando en Ahualulco, el 1.º de julio recibí un telegrama de la Primera Jefatura, comunicándome el acuerdo de mi ascenso a General de División, con fecha 29 de junio, o sea un año después de

mi ascenso a general de brigada, que fue acordado por la Primera Jefatura, a raíz de la victoria alcanzada en Ortiz y Santa María, Sonora, contra la columna de Ojeda.

En Ahualulco también, el día 2, recibí un telegrama del general Villa, fechado en Zacatecas el 25 de junio, con carácter de Muy Urgente, el que se reproduce íntegro a continuación:

Zacatecas, junio 25 de 1914. General Álvaro Obregón. Ahualulco, Jalisco. Muy Urgente. Tengo la pena de informar a usted, que el señor Carranza sigue poniendo a esta División toda clase de obstáculos y dificultades para su marcha al interior del país. Después de la toma de esta plaza, pensaba seguir directamente hacia el Sur, y al efecto, hice cerca del señor Carranza y del general Pablo González, Jefe de la División del Nordeste, las gestiones encaminadas a que me proporcionaran el carbón que se necesitaba, para el movimiento de nuestros trenes, y cuyo combustible abunda en las minas al norte de Coahuila, que están en poder de fuerzas constitucionalistas, y sin el cual, será sumamente imposible la movilización de mis tropas. Tengo la seguridad de que negará también el paso de parque que necesito para aprovisionar convenientemente mi columna, y el cual sólo puede pasar actualmente por Tampico, puerto que se encuentra en poder de fuerzas del señor Carranza. Sin estos elementos, y sobre todo, sin parque, de ninguna manera me internaré más al Sur, pues paulatinamente tendría que ir agotándosenos en los próximos combates, y forzosamente llegaría el momento en que nos encontráramos a merced del enemigo huertista, y tal vez del mismo Carranza, que trataría de aprovecharse de su fuerza y de nuestra debilidad. Además, la División del Nordeste, que comanda el general Pablo González, permanece en Saltillo y Monterrey, en una inactividad desesperante, sin que se vea en ella el menor deseo de cooperar en alguna forma al éxito de las operaciones. Todas estas circunstancias me han obligado, muy a mi pesar, a tomar la determinación de regresarme para el Norte, con todas las fuerzas de mi mando, para reanudar la campaña, hasta que se arreglen satisfactoriamente todas estas dificultades. Creo de mi deber poner lo anterior en conocimiento de usted, para que esté entendido de que ni esta División, ni mucho menos la del general González, avanzan hacia el Sur, y si usted se aventura solo en esta peligrosa empresa, pueden venir muy serias consecuencias para usted y para nuestra causa. Permítome hacerle estas indicaciones, porque deseo cumplir con un deber de amistad y compañerismo para con usted, a quien tanto estimo y aprecio, a fin de que tome las medidas que estime conveniente. Vamos a tener en breve en Torreón unas conferencias, en que estarán representadas la División del Nordeste, ésta del Norte y seguramente el señor Carranza, y en las cuales se tratará de solucionar las dificultades a que me refiero. Me parece que sería conveniente que esa División estuviera también representada, pues los asuntos que me propongo tratar en ella, serán de tanta gravedad y trascendencia, que es necesario que todos los principales jefes o sus representantes, estén presentes, para que lo que allí acuerden, sea una cosa formal y definitiva, en bien de nuestra Patria. Suplícole contestarme sobre los puntos que aquí le trato, y le envío mis afectuosos y cordiales saludos. (Firmado.) General *Francisco Villa*.

Nota al calce del mensaje: El general Villa recomienda que se le avise la fecha y hora en que sea entregado este mensaje.

Mi contestación al general Villa fue la siguiente:

Ahualulco, Jalisco, 2 de julio de 1914. Señor general Francisco Villa, Zacatecas. Hasta hoy recibí su mensaje cifrado del 25, que contesto inmediatamente. El pésimo servicio telegráfico que tenemos, debido a las continuas lluvias, hace que desconozca por completo los detalles de los acontecimientos que desarróllanse entre usted y nuestro Primer Jefe, señor Carranza; pero creo que cualesquiera que hayan sido las dificultades surgidas, no debe ser usted el árbitro, porque no es a un hombre a quien se perjudica, es a la Patria, y somos muchos les jefes que debemos juzgar imparcialmente. Si el Jefe que nosotros mismos hemos nombrado, llegando así a un rompimiento con todos los demás compañeros que hemos venido luchando por la salvación de la Patria. Me aventuro a creer que si yo estuviera en estos momentos en aquella región, contribuiría en gran parte a la satisfactoria solución de las dificultades surgidas; pero en los actuales momentos y sin tener vías rápidas de comunicación, mi labor no puede ser tan eficaz como lo deseara. Espero que en las juntas que me dice celebrarán en Torreón, se sacrifique cuanto sea necesario, para que la mejor armonía renazca y reanude usted desde luego su campaña; permitiéndome manifestarle que no creo oportuno mandar representantes de esta División, porque la premura del tiempo no lo permitiría y, por otra parte, juzgamos nosotros que, hasta después de cumplir con el primer número de nuestro programa, que es la destrucción del Ejército Federal, no nos corresponde ocuparnos de las demás necesidades nacionales, las que deben tratarse sin precipitación y ante el mayor contingente posible de Jefes, puesto que las necesidades son regionales y cada uno podrá ampliar e ilustrar el criterio de los demás, al completo triunfo de nuestro movimiento. He atravesado toda la sierra de Tepic y parte de este Estado con la División de mi mando, salvando todos los obstáculos que hemos encontrado a nuestro paso, y desde hace cuatro días, hemos tomado contacto con la columna federal que salió de Guadalajara a nuestro encuentro y a la que batiremos en seguida. Estas circunstancias me ponen en condiciones de no poder suspender mi marcha, aunque la juzgo aventurada si no continúan hacia el Centro las Divisiones de usted y del general González; pero detenerme sería exponer la División y a que el enemigo hiciera llegar las guarniciones de Guaymas y Mazatlán, y nos colocaríamos en condiciones más difíciles. En mi nombre, y en el de todos mis compañeros, invoco su sentimiento de patriotismo, para que continúe usted su honrosa carrera, subordinado a nuestro Primer Jefe, y oportunamente, y con el derecho que tendremos todos para hacer presentes a nuestro Jefe los programas que en nuestro concepto se impongan, para asegurar la

paz definitiva en nuestro país, podrá usted hacer presentes los que, a su juicio, sean necesarios, y aseguro a usted que siempre seremos atendidos, porque pediremos sólo lo que tienda a la salvación de la Patria. Ruégole darme oportuno aviso, cuando vaya a abandonar Zacatecas. Salúdolo afectuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

El mismo día 2, se incorporó a mi campamento el ex-gobernador de Colima, señor J. Trinidad Alamillo, seguido de siete jefes y oficiales y cinco soldados, haciéndose aparecer como uno de los principales jefes del movimiento revolucionario en Jalisco, y manifestando que tenía varios jefes subalternos a él, con columnas más o menos numerosas.

Entretanto, nuestras tropas y las del enemigo hacían los movimientos de que habla el parte oficial relativo, hasta librarse en Orendáin la batalla que se relata en el mismo parte inserto a continuación:

## ORENDÁIN Y CASTILLO Y OCUPACIÓN DE LA CIUDAD DE GUADALAJARA

Me es honroso rendir a usted el presente parte oficial de las operaciones llevadas a cabo en Jalisco por las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste, que me honro en comandar, y que dieron por resultado el total aniquilamiento de la División de Occidente del ejército huertista, con las batallas libradas en Orendáin y en Castillo, quedando controlado, por el Ejército Constitucionalista, todo el Estado de Jalisco, que fue el principal objetivo de estas operaciones.

El día 25 de junio me incorporé a la plaza de Ahualulco con el Cuerpo de Ejército a mis órdenes, estando ya reconcentrada en aquella plaza, también, la columna que había destacado de Tepic, al mando del coronel Jesús Trujillo, para cortar las comunicaciones entre Guadalajara y Colima, e inmediatamente recibí partes de los jefes de caballería que con anterioridad estaban posesionados de Ahualulco, informando que la columna enemiga, de que ya me habían dado cuenta desde su salida de La Venta, continuaba su avance, aunque muy lento, y reparaba algunos desperfectos que tenía la vía del ferrocarril cerca de "La Vega", probablemente para continuar su avance hasta atacar la plaza que nosotros ocupábamos.

En vista de tales informes, inmediatamente salí con una pequeña escolta hasta el lugar donde estaba nuestra extrema vanguardia, a diez kilómetros al Sur de Ahualulco, para hacer, personalmente, un reconocimiento sobre el enemigo, cuyos trenes distaban apenas unos 9 kilómetros del cerro que nuestro puesto avanzado tenía como punto de observación.

En aquel cerro permanecí aproximadamente dos horas, y por las observaciones que hice durante este tiempo sobre los trenes enemigos, que estaban en un valle perfectamente descubierto, así como por los informes que rindieron nuestros exploradores, pude estimar el efectivo de la columna federal en un número aproximado de 8 000 hombres, siendo en su mayor parte infantería.

Al cabo del tiempo mencionado regresé al campamento, dejando en el cerro establecido un servicio de oficiales para que vigilaran los movimientos del enemigo, e instalado un aparato telegráfico de campaña para que, por medio de él, rindieran a mi Cuartel General un parte cada dos horas. Llegado al campamento, ordené que se tomaran toda clase de precauciones esa noche, para el caso probable de un avance del enemigo.

Al día siguiente continuaba el enemigo reparando la vía, permaneciendo en el mismo sitio el grueso de su columna. Solamente hizo avanzar algunos kilómetros sus exploraciones de caballería, sobre la vía que venían siguiendo y sobre el camino que viene por la falda de la sierra de Tequila, desde la hacienda El Refugio, por Teuchitlán, hasta Ahualulco.

Todo este día (26 de junio), lo pasé haciendo reconocimientos del terreno al sur de Ahualulco, hasta una distancia de 10 kilómetros, con objeto de conocer perfectamente bien su topografía, y tener así esta poderosa ventaja sobre el enemigo.

Este mismo día, comuniqué órdenes a todos los comandantes de fuerzas constitucionalistas, que aisladamente operaban por el Sur y el Occidente de Jalisco; a unos, para que se incorporaran a mi columna, y a otros, señalándoles la participación que deberían tomar en el ataque sobre la plaza de Guadalajara. Entre éstos, se encontraban como principales el general Julián Medina y el coronel Enrique Estrada, y entre los primeros, los jefes Eugenio Zúñiga, Eugenio Aviña, J. Cortina, Francisco Aceves y Julián del Real.

Como aún al día siguiente el enemigo continuaba inactivo, me ocupé en colocar nuestras fuerzas en el terreno que había reconocido, y que ofrecía ventajosísimas posiciones, consistentes en espesas trincheras de piedra, que sirven como cercas en aquel valle, y que corren desde las estribaciones de la sierra de Tequila hasta terminar en la sierra de Ameca, cruzando la vía del ferrocarril, y ordené que todas nuestras fuerzas permanecieran ocultas; incluso las caballerías, a las que había ordenado colocarse emboscadas en el extremo de la sierra, frente a La Vega, para ver si de esta manera lográbamos que el enemigo avanzara.

La vanguardia de nuestra columna había sido confiada al coronel Trujillo, dándole instrucciones de que provocara al enemigo y se replegara violentamente, si éste avanzaba sobre él.

Preparado en tales condiciones, esperaba yo el avance de la columna federal, para presentarle combate en el terreno ocupado por las infanterías y ordenar, en su oportunidad, los movimientos que fueran convenientes, de las caballerías emboscadas frente a La Vega y que, para entonces, al avanzar los federales hasta frente a nuestras posiciones al Sur de Ahualulco, quedarían en

condiciones de colocarse a retaguardia de ellos, cortándolos completamente de su base en Guadalajara; por el día 28, el general Julián Medina, que había avanzado de Tequila, obrando de su propia iniciativa, destruyó un pequeño puente del ferrocarril a retaguardia de la columna federal, lo que dio lugar a que ésta, desde luego que sintió cortada su retaguardia, retrocediera hasta reparar el puente quemado y quedar acampada en Orendáin.

El general Medina fue objeto de un serio extrañamiento de parte mía, por su imprudencia, que vino a echar por tierra nuestros planes y preparativos.

Las noticias que recibíamos de personas recientemente salidas de Guadalajara, y a quienes más crédito debía dárseles, indicaban que la guarnición de la plaza ascendía a 16 000 hombres, y como la columna enemiga que teníamos al frente no podía pasar de 8 000 o 9 000 hombres, era forzoso deducir que en Guadalajara quedaba casi otro tanto de fuerzas, y suponer que, dada la corta distancia entre esta ciudad y Orendáin, donde el enemigo permanecía acampado al iniciar nuestro ataque, la guarnición de Guadalajara acudiría en auxilio de dicha columna y complicaría nuestra situación, poniendo en peligro el éxito de nuestras operaciones.

Para el día 30, ordené la reconcentración entre Ameca y La Vega de la División de Caballería al mando del general Blanco, habiendo quedado distribuidas estas fuerzas en El Salto, Ahuisculco, San Martín Hidalgo y Ameca; en este último lugar, el grueso de la División.

En este día y en el siguiente (1.º de julio), el enemigo no hizo ningún movimiento; y en vista de esa inactividad, y considerando que era inconveniente para nosotros dejar transcurrir más tiempo en tales condiciones, porque podría ser utilizado por el usurpador para reforzar la plaza de Guadalajara, valiéndose de las circunstancias de que Villa, con sus contingentes, acababa de retirarse de Zacatecas al Norte, y que entre éste y la Primera Jefatura al merecido cargo de usted habían surgido algunas dificultades, modifiqué por completo mi plan primitivo, y decidí atacar al enemigo en Orendáin, cortándolo de su base y cortando simultáneamente las comunicaciones al sur de Guadalajara para hacer sentir un amago sobre dicha plaza por aquel rumbo, y evitar así que la guarnición intentara salir a Orendáin, en auxilio de la columna expedicionaria.

Expuse el nuevo plan a los principales jefes de la columna, y todos estuvieron de acuerdo con él, girando entonces las siguientes órdenes:

Al general Blanco, para que, dejando —en los lugares que ocupaban— la Brigada del general Buelna y el Regimiento del coronel Trujillo, emprendiera su avance con el resto de las fuerzas de la División de Caballería, haciéndolo lo más sigilosamente que fuera posible, para no ser sentido por el enemigo, y, pasando entre Guadalajara y Tlajomulco, amaneciera precisamente el día 6 sobre la vía del ferrocarril entre Castillo y La Capilla, al sur de Guadalajara, cortando desde luego las comunicaciones y amagando en seguida Guadalajara.

Al general Diéguez, para que con los Batallones 1.º, 5.º, 13.º, 14.º, 15.º, 16.º y 17.º de Sonora y el 2.º Regimiento de Sonora, al mando respectivamente de los tenientes coroneles Eugenio Martínez, Esteban B. Calderón, Pablo Quiroga, Juan José Ríos, Severiano A. Talamante, Fermín Carpio, Alfredo Murillo y del coronel Jesús Trujillo, y 4 ametralladoras al mando del capitán J. M. Aguirre, emprendiera su marcha al siguiente día, atravesando el extremo Oriente de la sierra de Tequila, hasta Amatitlán, siguiendo por el plan de la barranca, Acheo, y continuara de allí hasta amanecer precisamente el día 6 ocupando los cerros de La Venta, al sur de Orendáin, y atacando en seguida a la guarnición de La Venta, para cortar de su base de esta manera a la columna que permanecía acampada en Orendáin, y a la cual tratábamos de destruir.

Bajo mis órdenes directas quedaban los generales Hill, Cabral y Buelna, así como la artillería de grueso calibre y cuatro ametralladoras, con cuyos elementos atacaría yo al enemigo cuando éste empeñara combate con las fuerzas del general Diéguez.

Al siguiente día mandé hacer un reconocimiento del enemigo por sobre los cerros de Tequila, al teniente coronel Serrano, jefe de mi Estado Mayor, con algunos oficiales de la misma corporación.

El mismo día, a las 12 m., el general Diéguez emprendió la marcha de acuerdo con las órdenes que le habían sido comunicadas, habiendo aprovisionado a sus soldados por cuatro días y dejando toda clase de impedimentas, por tener que seguir un camino accidentado y estrecho, que apenas permitía el paso de jinetes o infantes.

A las doce de la noche regresaron el teniente coronel Serrano y los oficiales de Estado Mayor que lo habían acompañado en la exploración, quienes habían logrado llegar a muy corta distancia del campamento enemigo, después de haber hecho una travesía atrevida por un terreno desconocido y montañoso, y me informaron que habían podido observar que el enemigo permanecía un poco al Sur de Orendáin, sin que diera signos de hacer movimiento alguno de avance.

El día 4 ordené al general Buelna que avanzara con sus caballerías, hasta ocupar la hacienda El Refugio.

El día 5 me transladé yo a la citada hacienda, y continué por los cerros de nuestra izquierda, hasta reconocer personalmente al enemigo; en cuyo reconocimiento pude observar que los federales permanecían inactivos y, al parecer, sin darse cuenta de ninguno de los movimientos que se estaban ejecutando.

Este mismo día recibí parte del general Diéguez, fechado el día anterior, en que me comunicaba haber llegado a Amatitlán y tomado contacto con el general Julián Medina, quien se le había incorporado con sus fuerzas por la tarde del mismo día 4.

Al amanecer del día 6, los generales Blanco y Diéguez habían cumplido con toda fidelidad las órdenes que recibieron, y el enemigo, que estaba en Orendáin, al sentir cortada su retaguardia con el movimiento efectuado por el general Diéguez, hizo un

rápido movimiento hasta tomar contacto y empeñar combate con las fuerzas de este jefe, que se habían posesionado de los cerros de La Venta, en tanto que una parte de las fuerzas del mismo general combatían, desde la madrugada, con la guarnición federal de La Venta, la que se defendía desesperadamente.

Ordené el rápido avance de mis tropas para emprender el ataque por la retaguardia, habiendo entorpecido nuestra marcha una fuerte lluvia, que nos azotó desde nuestra salida de El Refugio, hasta atravesar el puerto.

Con mi escolta logré llegar, antes de obscurecer, a La Puerta del Garbanzo, desde donde estuve reconociendo las posiciones del enemigo, el que seguía sosteniendo combate desesperado con el general Diéguez, y allí permanecí hasta que se incorporaron las demás fuerzas y la artillería.

El ataque sobre la retaguardia del enemigo lo emprendí a las doce de la noche, por asalto.

El combate se hizo desde luego muy reñido, y empezó a funcionar nuestra artillería con muy buen éxito.

Nuestros infantes, aprovechando la obscuridad de la noche, lograron, con pocas pérdidas, asaltar y posesionarse de las primeras trincheras, que eran las más ventajosas para el enemigo, continuándose la lucha sin tregua.

Cuando amaneció el día 7, nuestros soldados se habían posesionado ya de los principales cerros que el enemigo había defendido desesperadamente durante la noche, y cuyas posiciones permitían batir ventajosamente los trenes del enemigo, los que, en su mayor parte, tenían ya apagadas sus máquinas por falta de agua.

Esa misma mañana me transladé a las posiciones conquistadas por nuestros soldados durante la noche, e hice emplazar allí dos cañones de montaña, con los que abrimos fuego sobre los trenes, haciéndolo tan certeramente, que a poco empezaron a ser abandonados los convoyes por el enemigo, que en ellos había permanecido hasta entonces.

Poco a poco los esfuerzos del enemigo empezaron a ser inútiles, ya que no podía contener nuestro avance ni desalojar a las tropas del general Diéguez, para abrirse paso con rumbo a Guadalajara; y como a las 10 a. m., aproximadamente, tocaron dispersión, huyendo en desbandada sobre las sierras de los flancos.

Inmediatamente ordené que todas las columnas se formaran sobre el camino real y emprendieran la marcha, sin levantar el campo, en que quedaron abandonados todos los trenes y cañones del enemigo; considerando que era inútil hacer la persecución en un terreno tan quebrado y desconocido por nosotros, cuando estábamos en condiciones de, forzando la marcha, sin pérdida de tiempo, llegar hasta Guadalajara, adonde seguramente se dirigían las fuerzas federales dispersas, y allí podríamos hacer, con seguridad, su captura fácilmente.

A marcha forzada llegamos a La Venta, después de mediodía, y de allí continuamos hasta cerca de Zapopan, adonde llegamos cuando empezaba a obscurecer; habiendo de allí ordenado la contramarcha hasta los Pueblitos, donde nuestras tropas acamparon, tomando colocación sobre los caminos principales que convergen a Guadalajara, para no permitir que se incorporara a esta plaza ninguno de los grupos dispersos que, seguramente, intentarían penetrar en ella durante la noche.

La colocación de nuestras tropas en los caminos indicados tuvo el mejor resultado, pues durante toda la noche estuvieron batiendo en los contornos de Guadalajara a los dispersos, que intentaban incorporarse a la plaza, haciéndoles muchas bajas, especialmente prisioneros. El principal grupo disperso que intentó incorporarse a aquella plaza fue atacado por el 5.º Batallón, a las órdenes del teniente coronel Calderón, cerca de Zapopan, donde se libró un reñido combate con fusilería y ametralladoras, hasta que los nuestros dispersaron por completo al núcleo citado.

Cuando amaneció, había batallones nuestros que tenían prisioneros federales en número mayor que su efectivo, y las armas, los cartuchos y, en general, toda clase de pertrechos, así como prendas de equipo, se recogían por doquier.

Al aclarar el día, ordené el avance sobre Guadalajara, y cuando lo iniciábamos, tuve conocimiento de que dicha plaza había sido evacuada, al amanecer, por la guarnición federal, al mando del General de Ejército José María Mier, quien ya para salir de la ciudad, impuso un préstamo forzoso de medio millón de pesos a las instituciones bancarias de aquella capital, suma que se hizo pagar en billetes de Banco, la mayor parte, y en oro nacional, la mínima.

Tal noticia me hizo suponer que, probablemente, para aquella hora, estaría combatiendo el general Blanco con la columna federal que había evacuado Guadalajara, y para auxiliar oportunamente a Blanco, si era que necesitaba ser reforzado, ordené que se activara la marcha de mis fuerzas, las que a las 10 a. m. empezaron a entrar, victoriosas, por las primeras calles de Guadalajara, en medio del más desbordante entusiasmo de las clases populares.

Inmediatamente dispuse que se alistaran las fuerzas que deberían salir a reforzar al genera Blanco, y cuando éstas se encontraban saliendo de la ciudad, recibí un parte del general Blanco, procedente de Castillo, comunicándome que con sus fuerzas y las del coronel Estrada, que se le incorporaron, había sostenido un reñido combate con una columna federal de tres mil hombres, aproximadamente, y a las órdenes directas del general Mier, a la que logró destruir y ponerla en completa dispersión, capturándole 8 cañones y toda su impedimenta, inclusive algunos cofres cerrados, que al parecer contenían dinero, habiendo muerto en el combate el general Mier y muchos jefes y oficiales.

En vista de ese parte, suspendí el movimiento que se estaba efectuando con rumbo a Castillo, y a las 11 de la mañana, desde el Palacio de Gobierno, dirigí a usted el siguiente mensaje:

En estos momentos, 11 a. m., telegrafío a usted desde el Palacio de Gobierno de esta capital. Con desastre causado a la columna que salió a encontrarnos, y derrota infligida por fuerzas al mando del general Blanco, que destaqué desde Ameca a cortar las

comunicaciones con México, los federales han tocado a dispersión, y son tenazmente perseguidos en su vergonzosa fuga. Creo que en tres días más tendremos cinco mil prisioneros, a juzgar por el número recogido hasta hoy. El número de muertos es incalculable, porque se ha luchado en una zona de 100 kilómetros, contra una enemigo mayor de 12 000 hombres. Todavía en estos momentos están siendo batidas las fracciones dispersas sobre la sierra. Toda su artillería y demás pertrechos se encuentran diseminados en los distintos campos de combate. No puedo estimar aún el número de nuestras bajas; pero puedo asegurar a usted que es muy reducido y sin que entre ellas figure ningún jefe. Nuestro Ejército, como siempre, supo ponerse a la altura de nuestra causa. Desbordante entusiasmo reina en esta ciudad. Felicito a usted respetuosamente. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

En los combates librados desde el día 6 hasta el 8, desde Orendáin hasta Castillo, se hicieron al enemigo más de 2 000 muertos, entre éstos 170 jefes y oficiales y el General en Jefe de la llamada División de Occidente; un crecido número de heridos y cerca de 5 000 prisioneros; capturando 16 cañones, 18 trenes y cerca de 40 locomotoras; más de 5 000 rifles, mucho parque, mulada de artillería, caballada y una considerable existencia de vestuario; bandas de música y medio millón de pesos, de los cuales fueron $15,000.00 en oro, y el resto en billetes de Banco, valores que contenían precisamente los cofres abandonados en Castillo por el enemigo.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar menos de 300 bajas, entre muertos y heridos.

Aunque las fuerzas federales derrotadas en esta vez no ascendían al número que nosotros suponíamos, basándonos en los informes que recibíamos, desde que entramos al Estado de Jalisco, sí sumaban 12 000 (doce mil) hombres las columnas destruidas en Orendáin y en Castillo, con 16 cañones de grueso calibre y un regular número de ametralladoras.

Me permito hacer notar que el buen éxito alcanzado en las operaciones llevadas a cabo contra las fuerzas de la usurpación se debió, en gran parte, al valor y resistencia de nuestros soldados, de lo cual es prueba elocuente la atrevida y penosa travesía que tuvimos que hacer desde Tepic, por la Sierra Madre Occidental, en plena temporada de lluvias; y después, la jornada desde Orendáin hasta Guadalajara, la que consistió en el combate librado la noche del día 6, y que se prolongó hasta el día 7 a las 10 a. m., sin ninguna tregua ni descanso, prosiguiendo en marcha hasta las goteras de Guadalajara, o sea una distancia mayor de 40 kilómetros, donde apenas lograron nuestros soldados descansar dos horas, para continuar combatiendo toda la noche con los grandes grupos de dispersos que pretendían penetrar a la ciudad, y siguiendo, de allí, en formación, hasta en la tarde del día 8, hora en que quedaron nuestras fuerzas acuarteladas en Guadalajara, habiendo sido hasta entonces cuando nuestras abnegadas tropas pudieron tomar descanso.

La marcha efectuada por las tropas del general Diéguez fue verdaderamente atrevida y eficaz, y el avance de nuestras caballerías fue sujeto también a las órdenes recibidas.

Así pues, el exacto cumplimiento de su programa por cada una de las tres columnas que tomaron parte en esta acción de armas fue factor importantísimo para el completo éxito alcanzado sobre el enemigo.

Cúmpleme consignar, en justicia, que las asociaciones de la Cruz Roja y de la Cruz Blanca de Guadalajara prestaron muy valiosos servicios en la curación de nuestros heridos.

En mi nombre, y en el del Cuerpo de Ejército del Noroeste, me honro en felicitar a usted, muy respetuosamente, por el triunfo de nuestras armas contra las de la usurpación, en este importante Estado que, desde hoy, queda completamente controlado por el Ejército Constitucionalista; aumentándose la significación de nuestra victoria por el hecho de que ha quedado copada la guarnición de Colima, así como porque, a consecuencia del mismo triunfo, quedan cortadas las principales vías de comunicación con el interior de la República, a las guarniciones embotelladas en Guaymas y en Mazatlán.

Renuevo a usted las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*. México, D. F., 17 de agosto de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

## EMPRÉSTITO IMPUESTO EN EL ESTADO DE JALISCO

Inmediatamente después de la ocupación de la capital del Estado de Jalisco, se procedió a la reparación de las vías del ferrocarril al Sur y al Occidente; y mientras se llevaban a cabo estos trabajos, las tropas del Cuerpo de Ejército del Noroeste tomaban un descanso en la plaza; y mi Cuartel General, establecido en Guadalajara, atendía a múltiples asuntos, tanto del orden militar como del político, contándose, entre las principales disposiciones que allí dicté, la relativa a la imposición de un empréstito de cinco millones de pesos para atenciones de la guerra; disposición que fue dada con previo acuerdo de la Primera Jefatura, y que fue publicada en los siguientes términos:

Álvaro Obregón, General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, usando de las facultades extraordinarias de que me ha investido el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, he tenido a bien expedir el siguiente:

DECRETO NÚMERO 1

*Primero*. En calidad de Contribución Especial Extraordinaria, sobre bienes inmuebles, capitales impuestos, giros mercantiles, industriales y empresas bancarias, se impone en el Estado de Jalisco, la cantidad de CINCO MILLONES DE PESOS, de los cuales la mitad se exhibirá desde luego en la Jefatura de Hacienda en esta ciudad, y la otra mitad en el plazo que señalará este Cuartel General.

*Segundo*. Esta contribución no será reversible en ningún caso, sobre otras personas que aquellas a quienes directamente se fije, a pesar de lo que en contratos celebrados anteriormente se determine en contrario.

*Tercero*. Las cantidades que se perciban serán devueltas al restablecimiento del orden constitucional en la República, en la manera y forma que determinen las leyes que entonces se expidan.

*Cuarto*. Para obtener la cantidad expresada, se hará derrame discrecional por este Cuartel General, que señalará a los contribuyentes la cuota que les corresponda, en la inteligencia de que una comisión que se nombrará al efecto, en vista de los datos que pueda tomar, hará cotización definitiva, para que se devuelva a los contribuyentes que hayan dado mayor cantidad, la diferencia entre la cuota provisional y la definitiva.

*Quinto*. El capital en pequeño queda expresamente exceptuado de la Contribución Especial Extraordinaria, debiendo determinarse por este Cuartel General, qué ha de entenderse por capital en pequeño.

*Sexto*. Las penas en que incurran los causantes, si no entregan las cantidades que se fijen, así como los plazos en que han de entregarlas, y todos los detalles relativos a esta Contribución, se determinarán por el General en Jefe que subscribe, según corresponda en cada caso.

Por tanto, mando se imprima, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, en Guadalajara, Jalisco, a los catorce días del mes de julio de mil novecientos catorce. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Me es satisfactorio consignar que fue magnífica la impresión que en Guadalajara causó la organización de nuestro Ejército, considerándosele en aquella ciudad como una garantía de orden y seguridad; y fue tan patente la confianza experimentada, que hubo instituciones, como el Banco de Jalisco, que reanudaran sus operaciones, con toda regularidad, al día siguiente de la ocupación de la plaza por nuestras fuerzas, no obstante que algunas de esas instituciones, inclusive el propio Banco de Jalisco, habían sido saqueadas por las fuerzas federales, cuando éstas evacuaban la plaza.

Todo el Estado de Jalisco manifestaba grandes simpatías hacia el Constitucionalismo, a excepción de uno que otro acaudalado fanático, y los miembros del clero, quienes hacían una solapada oposición, por cuantos medios estaban a su alcance, a la obra de la revolución, no omitiendo para ello ni procedimientos tan mezquinos y ridículos como el siguiente, que les fue plenamente descubierto: a los fanáticos, que aceptaban puestos públicos en el Gobierno que se estaba organizando, los frailes los amonestaban, exhortándolos a que se retractaran de la protesta que rindieran al tomar posesión de sus puestos —de adhesión al Plan de Guadalupe y defensa de las Leyes de Reforma— y confesaran su arrepentimiento por dicha protesta, otorgando juramento de no defender el Plan de Guadalupe ni las Leyes de Reforma... Varios empleados que se habían colocado en la administración revolucionaria, y a quienes se les descubrió que figuraban entre los arrepentidos, fueron desde luego, vergonzosamente, destituidos de sus puestos.

Con objeto de utilizar en compras de pertrechos y equipo los fondos capturados al general Mier en el combate de Castillo, y mientras se empezaba a colectar el empréstito impuesto a los capitalistas de Jalisco, el Cuartel General de mi cargo solicitó y obtuvo de la Primera Jefatura el

acuerdo para hacer una nueva emisión de billetes, a fin de arbitrarnos recursos para el pago de haberes a la tropa y los demás gastos que se originaban.

## OPERACIONES SOBRE COLIMA

Cuando las tropas hubieron tomado el necesario y merecido descanso, formé una columna de cerca de dos mil hombres, con las fuerzas del general Cabral, las del coronel Trujillo, las del teniente coronel Lino Morales, la guerrilla de J. Cortina y cien hombres de la escolta del Cuartel General, y con esta columna emprendí la marcha por ferrocarril rumbo a Colima y Manzanillo, llevando a la vanguardia un tren de reparaciones para expeditar la vía, reparando los desperfectos que en ella había causado el enemigo.

Antes de emprender la marcha, ordené al general Hill que al quedar reparados los primeros puentes al Sur de Guadalajara, emprendiera su avance con las tropas a su mando, por dicha línea, para activar las reparaciones y escoltar con su brigada los trabajos.

También comuniqué órdenes al general Blanco, para que destacara rumbo al Sur las fuerzas del general Sosa y del coronel Acosta, de la División de Caballería, para que sirvieran de vanguardia y exploración a los trenes de reparación, que avanzaban componiendo la vía.

En la mañana del diecisiete, y después de dejar reparada la vía hasta Zapotiltic, me incorporé con mi columna a dicha plaza, habiendo sido allí informado de que los federales tenían sus primeros puestos avanzados sobre la vía del ferrocarril, adelante de Tuxpan, como a diez kilómetros de nosotros, y que tenían minados los grandes puentes de fierro y los túneles que hay entre Tuxpan y Colima.

Por esas noticias, consideré que sería inconveniente seguir avanzando por la vía del ferrocarril, puesto que al volar los federales el primer puente, nos dejarían incapacitados para seguir nuestra marcha, y al ser destruidas aquellas grandes obras, no podríamos siquiera intentar su reparación, por no contar con ningunos materiales para acometer semejante empresa, en cuyo caso las comunicaciones del ferrocarril entre Guadalajara y Manzanillo no podrían restablecerse hasta después de seis u ocho meses de trabajo, con un costo enorme.

Tales consideraciones me obligaron a cambiar de ruta, devolviendo a Zapotlán nuestros trenes, y emprendiendo la marcha, pie a tierra, por el camino que atraviesa las famosas barrancas de Beltrán, Atenquique y El Muerto, por las estribaciones de los volcanes de Colima.

La jornada de este día, que se distinguió por lo penoso de la marcha, la rendimos en Platanal.

De allí reanudamos la marcha hasta Tonila, en cuyo lugar logramos entrar en comunicación telegráfica con Guadalajara y los demás puntos de nuestra red, comenzando, allí mismo, a recibir los mensajes que para mi Cuartel General habían sido dados a la oficina de Guadalajara.

Entre los primeros mensajes recibidos, figuraba uno del general Salvador Alvarado, jefe de las operaciones en el sitio de Guaymas, en el cual me comunicaba que aquel puerto había sido evacuado, y que la columna federal, al mando del general Joaquín Téllez, embarcada en varios transportes, se había hecho a la mar con rumbo al Sur, saliendo los primeros barcos con fuerzas de aquella guarnición el día 17.

Esa misma noche recibí mensaje del general Iturbe, que continuaba como jefe de las fuerzas que tenían puesto el sitio a Mazatlán, comunicándome que el día anterior habían estado saliendo de aquel puerto, en el que hicieran escala, los primeros barcos de la columna de Téllez, con rumbo a Manzanillo.

Esas noticias me obligaron a precipitar las operaciones sobre Colima y Manzanillo, considerando que, de retardarlas, daría lugar a que desembarcara en Manzanillo la columna procedente de Guaymas, y probablemente lograra el enemigo reforzar Colima, hasta el punto de que no pudiera yo capturar dicha plaza con la columna que llevaba a mi mando.

En Colima había entonces una guarnición de poco menos de dos mil hombres, al mando del general Delgadillo, y la de Manzanillo era menor de doscientos hombres; y fue basado en esto, que la columna que yo formé para emprender las operaciones sobre dichas plazas, y a la que juzgaba bastante para obtener un éxito completo, era solamente de unos dos mil hombres; pero si Téllez desembarcaba en Manzanillo y reforzaba Colima con dos o tres mil de sus hombres, me pondría en condiciones de replegarme hasta Zapotiltic, y de allí pedir refuerzos a Guadalajara para iniciar de nuevo mi campaña al Occidente.

Al amanecer del siguiente día iniciamos nuestro avance sobre Colima, forzando la marcha, y a las nueve de la mañana, cuando ya habíamos salvado la mitad de la distancia, se me presentaron dos individuos, diciendo ser emisarios del general Delgadillo, para manifestarme, en nombre de dicho jefe, que deseaba suspendiera yo mi avance, para tratar la rendición de la plaza, por estar él dispuesto a entregarla.

Desde luego comprendí que la proposición de Delgadillo no era sino un ardid, con objeto de dar tiempo a recibir los refuerzos de Téllez o tomarse el necesario para embarcar sus tropas y replegarse con ellas a Manzanillo, dejándonos burlados. Ordené, pues, el arresto de los emisarios, manifestándoles que no entraría yo en tratados con el enemigo, y que era probable que, a esa hora, ya la columna de Trujillo, que desde la madrugada había hecho salir a colocarse al poniente de Colima, estuviera atacando la plaza.

Continuamos el avance, y cuando nos faltaban cinco o seis kilómetros para llegar a los suburbios de la ciudad, recibí parte del coronel Trujillo, informando que había sorprendido a la guarnición de Colima en los momentos en que trataba de embarcarse en la estación del ferrocarril, atacándola y logrando ponerla en completa dispersión, después de un combate de poca importancia, haciéndole muchos prisioneros y capturándole la mayor parte del armamento y municiones de éstos. El mismo parte daba cuenta de que, entre los prisioneros, se encontraba Darío Pizano, el que había ganado trágica celebridad por sus crímenes en Tepames, durante las postrimerías de la dictadura porfiriana.

A mediodía hicimos nuestra entrada en la ciudad de Colima, con las infanterías y la artillería, y desde luego ordené que se emprendieran las reparaciones de algunos ligeros daños que la vía del ferrocarril había sufrido al poniente, para continuar rumbo a Manzanillo.

Darío Pizano y algunos jefes y oficiales que con él cayeron prisioneros en poder de los nuestros, fueron pasados por las armas, conforme a la ley de 25 de enero.

## OPERACIONES SOBRE MANZANILLO

A las cinco de la tarde de ese día salió el primer tren con dirección a Manzanillo, llevando cuadrillas y materiales de reparación, y en la noche quedó al corriente la comunicación telegráfica y también las vías de ferrocarril, entre Colima y Zapotiltic, con lo cual tuvimos restablecidas toda clase de comunicaciones hasta Guadalajara.

Los federales que estaban de puestos avanzados sobre los grandes puentes, entre Platanal y Tuxpan, y cuya vigilancia quedó burlada por nosotros, al hacer nuestro avance sobre Colima por la ruta que dejo indicada, se dispersaron, sin causar ningún daño en la vía, cuando se sintieron copados por la ocupación de Colima por nuestras fuerzas.

Esa misma noche recibí dos cañones de 80 mm, tipo poderoso, que, desde Tonila, había pedido urgentemente a Guadalajara, para el caso de que lográramos llegar a Manzanillo antes que la columna de Téllez, poder con ellos contrarrestar el fuego de los cañones de a bordo, de los barcos en que venía dicha columna, y evitar así su desembarco.

Al amanecer del día 20 salí con rumbo a Manzanillo, llevando en mi tren los citados dos cañones y una escolta de cien hombres, los que sumados a cuatrocientos que habían salido en el primer tren, el día anterior, hacían una fuerza total de quinientos hombres.

Las reparaciones se terminaron antes del mediodía, y como a las tres de la tarde llegamos a estación Campos, a seis kilómetros del puerto.

En el camino, poco antes de llegar a la estación de Campos, encontramos a un grupo de cuarenta federales, a los que logramos capturar, y éstos confesaron pertenecer a la columna de Téllez, que había empezado a desembarcar en Manzanillo por la mañana.

## CONFERENCIA TELEFÓNICA CON EL JEFE FEDERAL DE MANZANILLO

Tan luego como llegué a estación Campos, pasé a la oficina telefónica de la estación y solicité comunicación con Manzanillo, llamando a la oficina del Comandante Militar de la Plaza, para hablar con él. En poco tiempo obtuve comunicación, y me contestó el general Calero, que fungía como jefe del Estado Mayor de Téllez, y con éste me identifiqué como jefe de las fuerzas revolucionarias frente al puerto, pidiéndole la rendición de éste. Calero me contestó que nada podía resolver antes de la llegada de Téllez, que era el General en Jefe, informándome que éste se incorporaría, probablemente, en la noche.

Durante la conferencia telefónica que sostuve con Calero, éste se manifestó muy inclinado a evitar el combate, encontrando conveniente la entrega de la plaza y la rendición de las fuerzas que la guarnecían; pero yo comprendí que Calero sólo trataba de ganar tiempo para que se incorporara el resto de la división de Téllez, la que tenía un efectivo de seis mil hombres aproximadamente, con treinta cañones.

De ahí que mi primera idea fue emprender el ataque y apoderamos del puerro, antes de que llegara el resto de las tropas federales, al mando de Téllez; pero luego hube de desistir, pues los datos obtenidos de los prisioneros concordaban todos en que las fuerzas ya desembarcadas en Manzanillo se acercaban a dos mil hombres, número cuatro veces superior a la fuerza que yo llevaba, aparte de que Manzanillo presenta muy buenas condiciones para su defensa, por lo que consideré aventurado empeñar un ataque.

Desistiendo de atacar Manzanillo, hice distribución de mis tropas en forma de cubrir perfectamente la única salida que tiene el puerro sobre estación Campos, y allí pasamos la noche, habiendo improvisado nuestros soldados sus atrincheramientos de arena.

El día siguiente se pasó sin novedad.

El día 22 tuve noticia de que Téllez se había incorporado ya a Manzanillo, y como aún el general Calero no me había dado contestación categórica a mi intimación de que rindiera la plaza, el día 23 dirigí al general Téllez una comunicación en el mismo sentido, obteniendo una contestación terminantemente negativa. Ese mismo día, por la tarde, y con objeto de descubrir las posiciones de Téllez, hice avanzar la máquina exploradora, que tenía al frente una plataforma con uno de nuestros cañones de grueso calibre, y abrimos fuego sobre Manzanillo cuando estuvimos a dos y medio kilómetros, teniendo que replegarnos hasta nuestra línea de defensa, por haber sido nuestro fuego contestado por tres baterías de las de Téllez. Esa misma tarde, los federales hicieron algunos esfuerzos para desalojamos de nuestras posiciones, atacándonos con bastante energía y siendo rechazados en todos sus intentos.

El mismo día 23 recibí de la Primera Jefatura la notificación de la huida de Huerta y la substitución de éste por el licenciado Carbajal, quien estaba dispuesto a entregar el poder a la revolución.

Para tomar una resolución conveniente, respecto de la situación que se nos presentaba frente a Manzanillo, con motivo del desembarco de la división de Téllez en aquel puerto, hice un estudio de aquella situación, con las siguientes consideraciones:

Un ataque sobre Manzanillo con los elementos que yo tenía allí sería un disparate.

Movilizar de Guadalajara seis o siete mil hombres, para igualar en fuerza al enemigo y emprender el ataque con éxito, sería entorpecer las operaciones sobre el centro, que eran, por todos conceptos, de más importancia.

Por otra parte:

La división de Téllez en Manzanillo no constituía una amenaza sobre el territorio conquistado por nosotros, pues aquellas tropas estaban de tal manera agotadas y desmoralizadas por sus fracasos en Guaymas, y por la penosa travesía que habían hecho, que seguramente Téllez no cometería la torpeza de intentar un avance por Colima y Guadalajara para llegar a la ciudad de México, adonde había sido llamado con urgencia.

En tales condiciones, Téllez se limitaría a permanecer en Manzanillo, dando a sus soldados el necesario descanso, para, de allí, reembarcarse a Salina Cruz y continuar por el ferrocarril del Istmo hasta tomar el ferrocarril Mexicano e incorporarse a la ciudad de México, ya que había llegado tarde para auxiliar a Colima, que fue el objeto de su desembarco en Manzanillo.

Dándome esa serie de consideraciones la seguridad de que Téllez no trataría sino de incorporarse a México por la vía que le ofreciera más facilidades, y vista la inconveniencia de atacarlo en Manzanillo, juzgué que mis esfuerzos deberían encaminarse a llegar a la ex-capital antes que él, pues aunque su tropa no estaba muy moralizada, constituía una división con efectivo y elementos considerables, cuya incorporación a México alentaría mucho a la guarnición que había en aquella ciudad.

Siguiendo este plan, movilicé las fuerzas del general Cabral hasta estación Campos, y a este jefe le encomendé la vigilancia de Manzanillo, para que evitara la introducción de ganado, que seguramente intentarían hacer los federales para mejorar la crítica situación en que se encontraban en aquella plaza, por la escasez de víveres.

En la misma fecha (23 de julio), recibí un parte, comunicando que la expedición que había destacado de Culiacán sobre el distrito Sur de Baja California, al mando del teniente coronel Camilo Gastélum, y del prefecto Miguel L. Cornejo, había ocupado el puerto de La Paz, capturando a la guarnición federal que en él había, y adueñándose con este golpe de todo el Distrito.

## REGRESO A COLIMA, NOMBRAMIENTO DE GOBERNADOR Y MARCHA A GUADALAJARA

En seguida me regresé a Colima, habiendo tenido antes conocimiento de que el general Téllez había ordenado el fusilamiento del capitán de fragata Agustín Rebatett, hecho prisionero al hundirse nuestro cañonero *Tampico*, fusilamiento que se llevó a cabo en Manzanillo, cuando Rebatett aún padecía de las heridas que recibiera en el último combate del *Tampico* con el *Guerrero*, de las que no había sanado, a causa de que los federales lo privaron de adecuadas atenciones médicas, en el tiempo que lo tuvieron prisionero.

Las noticias que se recibían de Sonora hacían infundir la sospecha de que, de un momento a otro, se rebelaría Maytorena contra el Constitucionalismo, y aun hacían suponer, fundadamente, que estuvieran de acuerdo con él las fuerzas que al mando del general Alvarado habían sostenido el sitio de Guaymas.

Tales noticias obligaban a tomar precauciones y, por mi parte, las tomé, ordenando al general Alvarado que inmediatamente movilizara dos mil o tres mil hombres al Sur, hasta incorporarse a mi columna en el centro de la República, al mando de los jefes que menos confianza le merecieran; y que, con esas fuerzas, remitiera todas las reservas de los cartuchos y la artillería, para dejar así a Maytorena incapacitado para llevar a cabo su rebelión, sin que se resintiera en aquella región ningún perjuicio por la salida de tales fuerzas, puesto que no era necesaria su permanencia allá, desde que los federales evacuaron el puerto de Guaymas.

En Colima nombré Gobernador interino, por acuerdo del C. Primer Jefe, al señor Eduardo Ruiz, quien posteriormente fue substituido en su puesto por el general Juan José Ríos; y el día 24 emprendí mi marcha a Guadalajara.

Al ocupar Guadalajara, pude cerciorarme de que el ex-Gobernador de Colima, J. Trinidad Alamillo, no era revolucionario ni general, ni tenía mando de tropas, por lo que empecé a considerarlo un elemento nocivo en nuestras filas. Posteriormente, cuando nuestras fuerzas ocuparon la plaza de Colima, fueron encontrados en los archivos de la oficina de telégrafos de aquella ciudad varios telegramas que habían sido dirigidos por Alamillo al usurpador Huerta, a raíz de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, en los que hacía al asesino las más cordiales felicitaciones. En virtud de ello, ordené que Alamillo fuera consignado a un Tribunal, a fin de que respondiera de los cargos que resultaban en su contra.

El día 26 recibí en Guadalajara un parte, comunicando que las fuerzas de caballería destacadas al Sur, al mando del coronel Miguel M. Acosta, habían atacado y tomado La Piedad, plaza del Estado de Michoacán, sobre la vía a Irapuato, derrotando completamente a la guarnición que había en dicho lugar, compuesta de 100 federales, al mando de un capitán, y 200 voluntarios, al mando del cura y del jefe político del lugar, a los que nuestras fuerzas hicieron 23 muertos, 20 heridos y 14 prisioneros, recogiéndoles 70 armas en buen estado y 90 caballos ensillados; habiendo tenido, por nuestra parte, 11 muertos y 13 heridos. El resto de los huertistas que defendían la ciudad, según el parte mencionado, huyó en completo desorden, siendo perseguidos por nuestras fuerzas hasta Pénjamo, 48 kilómetros al Sur.

Por la noche del mismo día, recibí un recado del jefe de la oficina telegráfica de Guadalajara, diciéndome que había quedado al corriente la comunicación con la ciudad de México, y que habían llamado de aquella ciudad, comunicando que el licenciado Carbajal, substituto de Huerta, deseaba tener una conferencia telegráfica conmigo y que, al efecto, me suplicaba pasar a la oficina de Guadalajara.

No teniendo inconveniente en obsequiar los deseos de Carbajal, me transladé a la oficina telegráfica, y dije a este señor que estaba listo para conferenciar.

## CONFERENCIA TELEGRÁFICA CON EL LIC. FRANCISCO CARBAJAL

El llamado Presidente dio principio a la conferencia con un correcto saludo, y a continuación me manifestó que habiendo salido Huerta del país, él (Carbajal) estaba dispuesto a entregar el Poder, y que para esto deseaba entenderse con los jefes de la revolución; agregando que creía conveniente que nosotros depusiéramos toda actitud hostil y suspendiéramos nuestras operaciones militares.

Correspondí a Carbajal su saludo, y le manifesté: que debía él dirigirse al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien tenía la representación de la Revolución, y era el único capacitado para tratar aquel asunto, y que yo, entretanto, no suspendería mis operaciones, sino que, por el contrario, en dos días más emprendería mi marcha sobre la ciudad de México, adonde esperaba llegar a mediados del siguiente mes; advirtiéndole que a él, como substituto de Huerta, lo haría personalmente responsable si los federales, en su huida, seguían destruyendo las vías del ferrocarril y del telégrafo.

Carbajal contestó lamentando el sesgo que iba tomando nuestra conferencia, y declarando que él nunca esperaba que yo le hablara en tales términos.

Di con ello por terminada la conferencia, y me retiré de la oficina.

## ALARMAS EN COLIMA, Y AVANCE SOBRE EL ESTADO DE GUANAJUATO

En la misma fecha, recibí en Guadalajara un telegrama urgente del Gobernador de Colima, señor Eduardo Ruiz, pidiéndome refuerzos para aquel Estado; porque Cabral había sido rechazado por las fuerzas del general Téllez, obligándolo a replegarse hasta el río de Armerías; y en respuesta di a Ruiz instrucciones de comunicar a Cabral que no debía empeñar ningún combate, y que si

Téllez emprendía un avance formal, evacuara la plaza de Colima, retrocediendo al Sur, y dándome parte oportunamente, para salir yo, personalmente, con fuerzas suficientes para batir a los federales que avanzaran.

Poco más tarde, recibí un telegrama del general Cabral, comunicándome que había sido sorprendido por el enemigo y obligado a hacer una rápida retirada hasta el río de Armerías, abandonándole un tren con algunas impedimentas. Ratifiqué a Cabrallas órdenes que ya le había comunicado por conducto del Gobernador Ruiz, y quedé pendiente de lo que ocurriera por aquel rumbo para tomar las medidas que fueran necesarias; pero no volvió a ocurrir novedad, pues los federales siguieron reconcentrados en Manzanillo, sin intentar un avance sobre Colima.

El día 28 salí de Guadalajara hasta incorporarme a los campos de reparación, que estaban ya frente a La Piedad.

El día 30, estando mi Cuartel General en La Piedad, recibí un parte comunicando que las fuerzas del general Sosa y del coronel Acosta, que habían seguido avanzando al Sur, el día anterior atacaron y tomaron la plaza de Irapuato, derrotando completamente a los huertistas que la defendían, a los que se hicieron 16 muertos, muchos heridos y 60 prisioneros, persiguiendo a los restantes hasta estación Chico. Entre los muertos se encontraban el jefe político de Pénjamo y el cura de Irapuato, y entre los prisioneros, dos clérigos de la Orden de los Carmelitas, que también habían tomado las armas para hacer resistencia a nuestras fuerzas.

El parte agregaba que, después de tomar posesión de Irapuato nuestras fuerzas, el coronel Acosta había tenido conocimiento de que el general huertista Rómulo Cuéllar, que fungía como Gobernador y Comandante Militar del Estado de Guanajuato, salía de la capital del Estado en tres trenes con 1 000 hombres de infantería, rumbo a México; por lo cual se destacaron inmediatamente algunas fuerzas nuestras de Irapuato a cortar la vía del ferrocarril, con objeto de obligar al enemigo a abandonar sus trenes.

Nuevos partes del general Sosa y del coronel Acosta comunicaban que nuestras fuerzas habían cortado la vía, y que el enemigo, viéndose con ello obligado a abandonar sus trenes en estación Villalobos, emprendía la marcha, pie a tierra, hacia Celaya; pero los nuestros, que se dieron oportuna cuenta de este movimiento, salieron luego de Irapuato, en número de 1 400 hombres, al mando del general Sosa y del coronel Acosta, a batir a la columna federal, habiéndole dado alcance en la hacienda de Temascalco, donde el enemigo intentó hacer resistencia, librándose allí un reñido combate que se prolongó hasta las siete de la noche, hora en que los nuestros lograron derrotar completamente y poner en fuga a los federales.

Los partes relativos indicaban que, durante el combate en Temascalco, y la persecución hecha por nuestras fuerzas, los federales tuvieron como 200 muertos y 800 prisioneros, entre éstas 21 jefes y oficiales, habiéndoles capturado más de un mil armas en buen estado y 30 caballos ensillados, pertenecientes a jefes y oficiales.

Nuestras fuerzas, al capturar la plaza de Irapuato, se apoderaron de cinco trenes, abandonados allí por los federales al huir. También quedaron en poder de nuestras fuerzas los tres trenes abandonados en estación Villalobos por el general Cuéllar, así como un cañón, varias ametralladoras y regular cantidad de parque.

En la columna derrotada en Temascalco iban incorporados también los generales Fortino Dávila, Andrés Zubieta y Antonio Ramos Cadena.

El mismo día 31 quedó reparada la vía del ferrocarril hasta Irapuato, y el Cuartel General de mi cargo se incorporó a dicha ciudad.

En Irapuato tuve conocimiento de que el general Pablo González, Jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste, se encontraba en Querétaro, por lo que decidí salir con destino a aquella ciudad, a efecto de conferenciar con el citado jefe sobre asuntos de la próxima campaña que habríamos de emprender para capturar la ciudad de México.

La ciudad de Aguascalientes, capital del Estado del mismo nombre, había sido evacuada por las fuerzas federales desde que sintieron nuestro avance al Sur de Guadalajara.

## MARCHA A QUERÉTARO Y CONFERENCIA TELEGRÁFICA CON LA PRIMERA JEFATURA

El día 1.º de agosto me incorporé a Querétaro, acompañado de mi Estado Mayor y de los generales Blanco y Buelna, llevando una pequeña escolta.

Desde luego me transladé al Cuartel General del general Pablo González y conferencié con él, pasando después a la oficina telegráfica, para celebrar una conferencia con el Primer Jefe, quien tenía su Cuartel General en Saltillo.

Nuestras fuerzas continuaban el avance, haciendo su movimiento por tierra las columnas de caballería, y en trenes la infantería y la artillería, sirviéndonos de los convoyes quitados al enemigo en la batalla de Orendáin y ocupación de Guadalajara. Los trenes avanzaban a medida que eran reparados los desperfectos causados en la vía por el enemigo.

El efectivo del Cuerpo de Ejército del Noroeste, que se movilizaba bajo mis órdenes inmediatas para atacar la capital de la República, ascendía a 18 000 hombres de las tres armas, contando en la artillería veinte cañones de grueso calibre y veintiocho ametralladoras; habiendo dejado tropas, de las tres armas también, guarneciendo los Estados de Jalisco y Colima, que habían sido recientemente controlados por nosotros. Pertenecían también al Cuerpo de Ejército del Noroeste las fuerzas que habían quedado guarneciendo los Estados de Sonora y Sinaloa y el Territorio de Tepic, así como las que se habían apoderado del Distrito Sur de Baja California.

De Querétaro dirigí un telegrama al C. Primer Jefe, prometiéndome suplicarle que marchara a incorporársenos, para que las operaciones sobre la capital de la República se desarrollaran bajo sus órdenes directas.

De Querétaro emprendimos el avance al Sur, habiéndonos incorporado a San Juan del Río el día 4, y de allí continuaron con toda actividad los trabajos de reconstrucción de los grandes tramos de vía, destruidos por los federales en su huida al Sur.

El día 17 llegué a estación Cazadero, y el mismo día nuestra vanguardia llegó a Tula.

Desde luego, comisioné al capitán 1.º de mi Estado Mayor, Carlos T. Robinson, para que marchara al Sur de Tula, reparando la vía, con el capitán 2.º, jefe de trenes militares, José Santos Franco.

## EL GENERAL ITURBE INICIA SU ATAQUE SOBRE LA PLAZA DE MAZATLÁN

Ese día recibí un mensaje del general Iturbe, jefe de las fuerzas que sitiaban el puerto de Mazatlán, comunicándome que, al intentar los federales evacuar aquella plaza, había él emprendido el ataque sobre ellos, obligándolos a presentar combate, y que, con este motivo, desde el día 5 se combatía desesperadamente en los alrededores de Mazatlán, no teniendo, por nuestra parte, el peligro de un fracaso, si no era por la falta de parque, el que ya empezaba a escasear.

Tan luego como me hube enterado del mensaje del general Iturbe, dirigí un telegrama, con carácter de muy urgente, al general Salvador Alvarado —quien ya se había posesionado de Guaymas, con todas las fuerzas que habían sostenido el sitio de dicho puerto— ordenándole que, en trenes especiales y con la mayor rapidez posible, movilizara a Mazatlán dos mil hombres, con todas las reservas de parque que tenía, y la artillería con toda la existencia de granadas para la misma.

Al general Iturbe transcribí la orden comunicada a Alvarado, a fin de que estuviera pendiente de la llegada de los refuerzos de tropas y municiones.

Las órdenes transmitidas a Sonora al general Alvarado tenían un doble objeto:

Primero: reforzar a nuestras tropas, que atacaban Mazatlán, asegurando con ello aún más el éxito; y, segundo, retirar de Sonora algunas tropas, con la artillería y todas las reservas de cartuchos, restando así tan poderosos elementos a Maytorena, cuya defección se esperaba ya de un momento a otro, puesto que él no ocultaba su criminal labor. Por otra parte, ya no tenía caso conservar aquellos elementos de combate en Sonora, desde que el puerto de Guaymas fue evacuado por los federales.

## COMUNICACIÓN AL LIC. FRANCISCO CARBAJAL E INCORPORACIÓN A TEOLOYUCAN DE LA VANGUARDIA

El día 8, mi Cuartel General se incorporó a estación Salto, a 60 kilómetros de la ciudad de México, y de allí dirigí la siguiente comunicación al licenciado Francisco Carbajal, quien había quedado en México substituyendo a Huerta:

Habiéndome incorporado a esta estación con el Cuerpo de Ejército que es a mis órdenes, y estando para llegar la División del Noreste, que comanda el C. general Pablo González, he querido dirigir a usted la presente comunicación antes de emprender el ataque sobre sus avanzadas, pidiéndole que declare de una manera concreta la actitud que asume como jefe de las fuerzas huertistas que guarnecen esa ciudad; si está dispuesto a rendir la plaza o a defenderla. En este último caso, he de agradecer a usted se sirva notificar a todos los extranjeros residentes en esa, que deben abandonar la población, a fin de evitar posteriores reclamaciones. Suplico a usted acusar recibo de la presente y mandar expedir salvoconducto al oficial portador de la misma, para que no sea molestado en su regreso. Hago a usted presente mi consideración. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en estación Salto, Hidalgo, agosto 8 de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. Lic. Francisco Carbajal, México, D. F.

El día 9, nuestra vanguardia, al mando del coronel Miguel M. Acosta, se incorporaba a Teoloyucan.

Este mismo día, quedaban terminadas las reparaciones de las líneas del ferrocarril y del telégrafo hasta Teoloyucan, y emprendí yo mi marcha, con las tropas que estaban reconcentradas en Tula.

Las fuerzas federales estaban posesionadas de Cuautitlán y Barrientos, y tenían sus avanzadas cerca de Teoloyucan.

En igual fecha, recibí un mensaje del capitán 1.º Lorenzo Muñoz, de mi Estado Mayor, depositado en Teoloyucan, anunciándome, en nombre del general federal Ángel García Conde, que de México venía una comisión hacia mis campamentos, y que suplicaba se impartiera garantías a los miembros que la formaban, para que pudieran llegar y tratar conmigo el asunto que se les había confiado.

Para entonces, había sido nombrado representante del Gobierno Revolucionario, en la Ciudad de México, el señor ingeniero Alfredo Robles Domínguez, y el Lic. Carbajal había expedido nombramiento de Gobernador del Distrito Federal en favor del señor Eduardo Iturbide.

## COMUNICACIÓN DEL ING. ALFREDO ROBLES DOMÍNGUEZ

El día 10, recibí comunicación firmada por el ingeniero Robles Domínguez, informándome que los jefes federales de la guarnición de México estaban dispuestos a entregar la plaza, y anunciándome, además, que pasarían él y el señor Eduardo Iturbide a conferenciar conmigo sobre ese punto, así como agregaba también que algunos diplomáticos extranjeros le habían manifestado sus deseos de acompañarlos a mi campamento, esperando éstos contar con mi anuencia para hacer su visita.

Mi contestación por escrito, al señor ingeniero Robles Domínguez, fue como sigue:

Por la atenta comunicación de usted, fechada ayer, me ha sido grato enterarme del satisfactorio resultado obtenido por las gestiones de usted, para lograr la entrega de esa plaza; pues aunque las diversas Divisiones con que habríamos de atacar la capital cuentan con elementos más que sobrados para capturarla por la fuerza, es plausible ahorrar un nuevo derramamiento de sangre a la Patria. Tendré positiva satisfacción de ver a usted en este campamento; y espero, como se sirve anunciármelo, que vendrá acompañado de algunos miembros del Cuerpo Diplomático y del señor Iturbide, que funge como Gobernador del Distrito Federal. Puede usted asegurar que el Cuerpo Diplomático, como el señor Iturbide, serán objeto de toda clase de consideraciones, y al efecto, mandaré a nuestros puestos avanzados una comisión de oficiales de mi Estado Mayor, que se encargará de recibir a ustedes y acompañarlos hasta este Cuartel General. Para la mayor oportunidad, ruego a usted se sirva noticiarme la hora de su salida de ésa y la probable de su arribo a nuestras avanzadas. Reitero a usted, con toda estimación, las seguridades de mi distinguida consideración. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Teoloyucan. Agosto 10 de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. Ingeniero Alfredo Robles Domínguez, representante del Cuartel General Constitucionalista. México, D. F.

## RECONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN TEOLOYUCAN. TRAICIÓN DE MAYTORENA. PARTE OFICIAL DE LA OCUPACIÓN DE MAZATLÁN

El general de División Pablo González, Jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste, tenía establecido también, en Teoloyucan, su Cuartel General y estaba haciendo, en aquel lugar, la reconcentración de las fuerzas del citado Cuerpo de Ejército, que habían emprendido su avance de Querétaro, para tomar parte, con ellas, en las operaciones que creíamos haber tenido que desarrollar, para capturar la capital de la República.

El día 11 recibí un parte de la ciudad de Álamos, Sonora, comunicándome la sublevación de las fuerzas del teniente coronel Ramón Gómez, quien se había posesionado del pueblo de

Navojoa, desconociendo la autoridad de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista y reconociendo como único jefe al gobernador Maytorena, del Estado de Sonora.

El mismo día recibí telegrama del general Iturbe, fechado en Mazatlán el día 9, diciendo:

Hónrome comunicar a usted haber tomado posesión de esta plaza (Mazatlán), después de cinco días de combate, habiendo hecho al enemigo trescientos muertos, más de quinientos heridos, trescientos prisioneros y capturando muchas armas y parque. Entre prisioneros, un coronel y diez oficiales que, conforme con ]a ley de 25 de enero, fueron pasados por las armas. Ya daré a usted detalles. Sigo recogiendo dispersos. Resto enemigo embarcose. Felicito a usted, en nombre de la brigada que me congratulo en comandar, por este nuevo triunfo. (Firmado.) General *Ramón F. Iturbe*.

Débese hacer observar que la toma de Mazatlán se llevó a cabo solamente con las fuerzas con que el general Iturbe había sostenido el sitio de dicho puerto, en virtud de que no llegó el refuerzo ordenado al general Salvador Alvarado, por los motivos que este jefe expuso al general Iturbe, y que aparecen consignados en el parte detallado que Iturbe rindió con fecha 11 de septiembre, y el cual se inserta más adelante.

## LLEGADA AL CAMPAMENTO DE TEOLOYUCAN DEL ING. ROBLES DOMÍNGUEZ, EDUARDO ITURBIDE Y ALGUNOS REPRESENTANTES DEL CUERPO DIPLOMÁTICO

En la mañana del citado día 11 de agosto se presentaron en mi campamento el señor Alfredo Robles Domínguez y el señor Eduardo Iturbide, acompañados de algunos miembros del Cuerpo Diplomático, y procedentes de México, con objeto de tratar lo relativo a la ocupación de la capital por nuestras fuerzas.

Por la noche de aquella misma fecha, se incorporó a Teoloyucan el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, con su Estado Mayor y su Escolta Especial, reforzada con el 4.º Batallón de Sonora que desde aquel Estado venía incorporado a ella.

Como habíase confirmado ya la rebelión de Maytorena, y como conociera yo que el pretexto con que éste quería justificar su traición consistía en que, según él, el coronel Plutarco Elías Calles seguía una actitud hostil contra su Gobierno, creí conveniente, para destruir todo pretexto, nombrar Comandante Militar del Estado de Sonora a un jefe amigo de Maytorena, y en quien se pudiera tener absoluta confianza, para que, llegado el momento, si Maytorena insistía en su rebelión, subordinara su amistad a los intereses de la Revolución y lo batiera como rebelde. El nombramiento recayó en el general Benjamín G. Hill, y por la orden del día del Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, comunicada en Teoloyucan el día 12, se dio la siguiente disposición:

El C. General en Jefe, con fecha de hoy, ha tenido a bien disponer que el C. general Benjamín G. Hill pase al Estado de Sonora como Comandante Militar del mismo, debiendo tomar el mando de todas las fuerzas que guarnecen dicho Estado, dejando el mando de su columna al C. coronel Miguel V. Laveaga, quien desde luego se hará cargo de ella.

Maytorena, al consumar su traición desconociendo a la Primera Jefatura, ordenó, con fecha 9 de agosto, la aprehensión del general Salvador Alvarado y de algunos jefes y oficiales subordinados a éste, entre los que se contaban el mayor Roberto Cruz, los capitanes segundos Plácido G. Moreno, Paulino Quiroz, Manuel Moreno, Belarminio Salazar, José Muñoz; el teniente Manuel Hurtado y el teniente Luis Valdés, e hizo, al mismo tiempo, aprehender en distintos lugares del Estado a muchas personas del elemento civil simpatizador de la Revolución, a quienes, por su adhesión al Primer Jefe, consideró Maytorena contrarios a su traición.

Entre los principales civiles aprehendidos figuraron: En Cócorit, región del Yaqui, el señor Antonio Cruz, Prefecto Político del Distrito; el ingeniero Ramón D. Cruz, y los señores Clodoveo Valenzuela Cruz, Jesús A. Salazar, Juan Álvarez, Joaquín Álvarez, José Ma. Torres y Feliciano Inzunza; en Navojoa, región del Mayo, el presidente municipal José Juan Rosas, y los señores Benjamín Almada y Quintín Rosas; y en Hermosillo, los señores Miguel R. Romo, Rodolfo Garduño, Miguel Fontes, Flavio A. Bórquez, doctor Alfredo Caturegli, Miguel Breceda e ingeniero Fregoso.

Al mismo tiempo que eran reducidas a prisión esas personas de notoria filiación revolucionaria, Maytorena procedía a poner en libertad e incorporar en sus filas a más de dos mil prisioneros federales que estaban recluidos en la Penitenciaría de Hermosillo, y que eran los que habíamos capturado en la campaña de Sonora, Sinaloa y Tepic, entre los que figuraban el general Solares y más de ciento cincuenta jefes y oficiales, a quienes Maytorena reconoció sus grados con que habían militado en las filas de Huerta, y les dio cabida en las fuerzas desleales que lo habían secundado.

Una honrosa excepción la constituyó el coronel Moreno, ex-federal, a quien había hecho yo prisionero al tomar la plaza de Cananea, pues éste se negó terminantemente a aceptar los ofrecimientos de Maytorena, prefiriendo continuar en la prisión.

Maytorena removió los empleados del telégrafo y de otras oficinas públicas en el Estado, colocando en su lugar a los empleados que habían servido en Guaymas al huertismo, hasta que el puerto fue evacuado por los federales.

Simultáneamente, con el nombramiento que hice en favor del general Benjamín G. Hill para Comandante Militar del Estado de Sonora, ordené al coronel Calles que procurara replegarse al Norte, sin presentar batalla a Maytorena, mientras que se incorporaba el general Hill, para agotar así los medios pacíficos y evidenciar más a Maytorena como traidor.

El mismo día 12 el C. Primer Jefe me autorizó verbalmente para que tratara, en definitiva, la rendición de la guarnición federal y ocupación de la plaza de México por el Cuerpo de Ejército del Noroeste, y al siguiente día me dirigió la comunicación que se copia a continuación:

## ACTAS Y TRATADOS DE RENDICIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y DISOLUCIÓN DEL EJÉRCITO FEDERAL

Además de las facultades que con esta fecha ha dado a usted esta Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, que es a mi cargo, para los arreglos respecto a la evacuación de la ciudad de México y rendición a esta Primera Jefatura, de las fuerzas federales, tengo a bien autorizarlo para que reciba la autoridad política de la ciudad de México, de las personas que hubieren quedado encargadas de ella, a efecto de resguardar el orden en la capital, dictando las medidas que crea oportunas a ese mismo fin. Asimismo, autorizo a usted para que nombre el Comandante Militar de la ciudad de México. Lo que comunico a usted para su cumplimiento, reiterándole las seguridades de mi atenta y distinguida consideración. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Teoloyucan, México, agosto 13 de 1914. El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. *Venustiano Carranza*. Al C. General de División Álvaro Obregón, Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Presente.

Ese día, y con la autorización de la Primera. Jefatura, me transladé a nuestros puestos avanzados, entre Teoloyucan y Cuautitlán, y allí reunidos: el señor Eduardo Iturbide, Gobernador del Distrito Federal; el señor general Gustavo A. Salas, en representación del Ejército Federal, y debidamente autorizado por el Ministro de Guerra, señor General Refugio

Velasco; el Vicealmirante Othón P. Blanco, en representación de la Armada Nacional, y yo en representación del Ejército Constitucionalista, levantamos y firmamos dos actas; la primera, por el señor Iturbide, como Gobernador del Distrito Federal y por mí, como Representante del Gobierno y Ejército Constitucionalista, cuyo texto se copia a continuación:

Como consecuencia de la partida del señor licenciado don Francisco S. Carbajal, que fue hasta anoche el depositario interino del Poder Ejecutivo de la República, he asumido la autoridad, con mi carácter de Gobernador del Distrito Federal y Jefe de la Policía.

Es mi deber principal procurar a todo trance que no se altere el orden de la ciudad y que todos sus pobladores gocen de tranquilidad y garantías.

Para el logro de tales fines, he pactado solemnemente con el señor General en Jefe del Cuerpo de Ejército Constitucionalista del Noroeste, don Álvaro Obregón, debidamente autorizado por quienes corresponde, para la ocupación de la capital por las fuerzas de su mando, las bases que en seguida se puntualizan:

1.º La entrada de dichas fuerzas en la ciudad de México se llevará a cabo tan luego como se hayan retirado (conforme vayan retirándose) los federales, al punto de común acuerdo, fijado entre el señor don José Refugio Velasco, General en Jefe del Ejército Federal, y el señor general don Álvaro Obregón.

2.º Una vez ocupada la plaza, haré entrega de todos los Cuerpos de Policía, quienes desde luego quedarán al servicio de las nuevas autoridades y gozarán de toda clase de garantías.

3.º El Ejército al mando del General Obregón consumará la entrada en la ciudad de México en perfecto orden, y los habitantes de la misma no serán molestados en ningún sentido.

El señor General Obregón se ha servido ofrecer, además, que castigará con la mayor energía a cualquier soldado o individuo civil que allane o maltrate cualquier domicilio, y advertirá al pueblo, en su oportunidad, que ningún militar podrá permitirse, sin autorización expresa del General en Jefe, solicitar ni obtener nada de lo que sea de la pertenencia de particulares.

Leída que fue la presente acta y siendo de conformidad para ambas partes, firmamos, quedando comprometidos a cumplir las condiciones pactadas.

En las avanzadas de Teoloyucan, el día trece de agosto de mil novecientos catorce.

(Firmado.) *Eduardo Iturbide*. General *Álvaro Obregón*.

La segunda acta, firmada por el general Gustavo A. Salas en representación del Ejército Federal; por el Vicealmirante Othón P. Blanco, en representación de la Armada Nacional, y por mí, en representación del Gobierno y del Ejército Constitucionalista, en la cual se hizo constar la evacuación de la plaza de México por el Ejército Federal y la disolución y desarme del mismo, firmándola también el general Lucio Blanco que me había acompañado en las conferencias, fue como en seguida se reproduce:

Condiciones en que se verificará la evacuación de la plaza de México por el Ejército Federal y la disolución del mismo:

*I*. Las tropas dejarán la plaza de México, distribuyéndose en las poblaciones a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres. No llevarán artillería ni municiones de reserva. Para el efecto de su desarme, el nuevo Gobierno mandará representantes que reciban el armamento.

*II*. Las guarniciones de Manzanillo, Córdoba, Jalapa y Jefaturas de Armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, serán disueltas y desarmadas en esos mismos lugares.

*III*. Conforme vayan retirándose las tropas federales, las constitucionalistas ocuparán las posiciones desocupadas por aquéllas.

*IV*. Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlálpam, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven.

*V*. Durante su marcha, las tropas federales no serán hostilizadas por las constitucionalistas.

*VI*. El jefe del Gobierno nombrará las personas que se encarguen de los Gobiernos de los Estados con guarnición federal, para los efectos de la recepción del armamento.

*VII*. Los establecimientos y oficinas militares continuarán a cargo de empleados que entregarán, a quien se nombre, por medio de inventarios.

*VIII*. Los militares que por cualquier motivo no puedan marchar con la guarnición, gozarán de toda clase de garantías, de acuerdo con las leyes en vigor, y quedarán en las mismas condiciones que las estipuladas en la cláusula décima.

*IX*. El general Obregón ofrece, en representación de los jefes constitucionalistas, proporcionar a los soldados los medios de llegar a sus hogares.

*X*. Los generales, jefes y oficiales del ejército y de la armada, quedarán a disposición del Primer Jefe de las fuerzas constitucionalistas, quien, a la entrada a la Capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

*XI*. Los buques de guerra que se encuentran en el Pacífico, se concentrarán en Manzanillo, y los del Golfo en Puerto México, donde quedarán a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien, como se ha dicho, a la entrada a la Capital queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

Por lo que respecta a las demás dependencias de la Armada en ambos litorales, como en el Territorio de Quintana Roo, quedarán en sus respectivos lugares, para recibir iguales instrucciones del mismo Primer Funcionario.

Sobre el camino nacional de Cuautitlán a Teoloyucan, a trece de agosto de 1914.

(Firmado.) Por el Ejército Constitucionalista: General *Álvaro Obregón*. *Lucio Blanco*.

Por el Ejército Federal: *G. A. Salas*.

Por la Armada Nacional: Vicealmirante *O. P. Blanco*.

Ese mismo día nombré una comisión compuesta de los capitanes primeros Jesús M. Garza y Aarón Sáenz y teniente Adolfo Cienfuegos y Camus, de mi Estado Mayor, con los capitanes de artillería Jesús M. Aguirre y Domingo J. López, para que se trasladara a la ciudad de México a recoger la artillería, municiones y demás pertrechos que debería dejar el Ejército Federal, de conformidad con los tratados, y oficialmente di aviso de ello al general J. Refugio Velasco, quien por su carácter de Ministro de Guerra, era considerado como Jefe Supremo del Ejército Federal, pidiéndole, a la vez, una orden para desarmar las fuerzas que, al mando del general Joaquín Téllez, estaban en Manzanillo, y para recoger los pertrechos que este Jefe tenía. En respuesta recibí la siguiente comunicación:

Un membrete que dice: Ejército Federal. General en Jefe. Y un sello al margen: Estado Mayor General del Ejército. Sección Cuarta. Refiriéndome al atento oficio de usted, número 1765, de fecha de hoy, en el que pide el envío de la orden para el desarme de las fuerzas del general Téllez en Manzanillo, así como para que haga entrega de la artillería, municiones y demás pertrechos que actualmente tiene, le manifiesto que dicha orden, que deberá ser transmitida a aquel jefe por la línea telegráfica, es la siguiente:

A los Jefes de Cuerpo de Ejército, Comandantes Militares, Comandantes de las Armas y Jefes de Armas:

Para no seguir ensangrentando a la Patria y que el Ejército no aparezca como una rémora para el restablecimiento de la paz que traerá el engrandecimiento de la Nación y garantizará la integridad de nuestro suelo, se ha pactado entre el subscripto, en su carácter de Comandante en Jefe del Ejército Federal, y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el siguiente convenio:

Condiciones en que se verificará la evacuación de la plaza de México por el Ejército Federal y la disolución del mismo:

*I*. Las tropas dejarán la plaza de México, distribuyéndose en las poblaciones a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres. No llevarán artillería ni municiones de reserva. Para el efecto de su desarme, el nuevo Gobierno mandará representantes que reciban el armamento.

*II*. Las guarniciones de Manzanillo, Córdoba, Jalapa y Jefaturas de Armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, serán disueltas y desarmadas en esos mismos lugares.

*III*. Conforme vayan retirándose las tropas federales, las constitucionalistas ocuparán las posiciones desocupadas por aquéllas.

*IV*. Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlálpam, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven.

*V*. Durante su marcha, las tropas federales no serán hostilizadas por las Constitucionalistas.

*VI*. El Jefe del Gobierno nombrará las personas que se encarguen de los Gobiernos de los Estados con guarnición federal, para los efectos de la recepción del armamento.

*VII*. Los establecimientos y oficinas militares, continuarán a cargo de empleados que entregarán a quien se nombre, por medio de inventarios.

*VIII*. Los militares que, por cualquier motivo, no puedan marchar con la guarnición, gozarán de toda clase de garantías, de acuerdo con las leyes en vigor, y quedarán en las mismas condiciones que las estipuladas en la cláusula décima.

*IX*. El General Obregón ofrece, en representación de los Jefes Constitucionalistas, proporcionar a los soldados los medios de llegar a sus hogares.

*X*. Los Generales, Jefes y Oficiales del Ejército y de la Armada quedarán a disposición del Primer Jefe de las Fuerzas Constitucionalistas, quien a la entrada a la Capital queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

*XI*. Los buques de guerra que se encuentran en el Pacífico, se concentrarán en Manzanillo; y los del Golfo, en Puerto México, donde quedarán a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien, tomo se ha dicho, a la entrada a la Capital, queda investido con el carácter de Presidente Provisional de la República.

Por lo que respecta a las demás dependencias de la Armada, en ambos litorales, como en el Territorio de Quintana Roo, quedarán en sus respectivos lugares, para recibir iguales instrucciones del mismo Primer Funcionario.

Sobre el camino nacional de Cuautitlán a Teoloyucan, a trece de agosto de mil novecientos catorce. Por el Ejército Constitucionalista: General *Álvaro Obregón*. *Lucio Blanco*. Por el Ejército Federal: *G. A. Salas*. Por la Armada Nacional: Vicealmirante *O. P. Blanco*. Lo transcribo a usted para que tome todas aquellas medidas conducentes, en vista de las disposiciones que se derivan de las estipulaciones preinsertas; en el concepto de que oportunamente se le comunicarán instrucciones para el licenciamiento de las fuerzas. *J. R. Velasco*. Rúbrica. Protesto a usted mi atenta consideración. *Libertad y Constitución*. México, 14 de agosto de 1914. (Firmado.) El General Comandante del Ejército Federal, *J. R. Velasco*. Al C. General *Álvaro Obregón*, Jefe del Cuerpo del Ejército Constitucionalista del Noroeste, Teoloyucan.

La comisión de oficiales de mi Estado Mayor fue caballerosamente recibida y atendida en México por el señor general Velasco, quien nombró a los oficiales federales Julián Castillo y Alejandro Peza, para hacer la entrega de la artillería y demás pertrechos de guerra existentes en la capital.

Ese mismo día, y atendiendo superiores órdenes de la Primera Jefatura, emprendí el avance hacia México con el Cuerpo de Ejército de mi mando, acampando en Cuautitlán en la noche.

Las reparaciones de la vía estaban terminadas ya hasta dicho lugar.

Inmediatamente que llegamos a Cuautitlán, hice comunicar la siguiente:

ORDEN GENERAL DE LA COMANDANCIA DEL CUERPO DE EJÉRCITO DEL NOROESTE, DEL 14 AL 15 DE AGOSTO DE 1914

Oficial de Guardia para hoy en este Cuartel General, teniente de infantería Rafael Villagrán, y para mañana el capitán 1.º de la misma arma, Lorenzo Muñoz.

Jefe de Día para hoy, teniente coronel de infantería Alfredo Murillo, jefe del 17.º Batallón Regular de Sonora, con dos capitanes y dos tenientes y la escolta correspondiente, del mismo Cuerpo. Para mañana, el que se nombre.

Dispone el C. General en Jefe que la División de Caballería, que es a las órdenes del C. General de Brigada Lucio Blanco, marche desde luego a relevar las fuerzas ex-federales, que guarnecen las poblaciones de Tlálpam, Xochimilco, San Ángel, Coyoacán y demás pueblos al sur de la capital, recogiendo a las tropas federales el armamento, municiones y demás pertrechos.

La División de Infantería y Secciones de Artillería avanzarán en los trenes militares que ocupan las columnas, al mando del general Juan G. Cabral y coronel Miguel V. Laveaga; e igualmente los Batallones 15.º y 17.º de Sonora, que comandan, respectivamente, los tenientes coroneles Severiano A. Talamante y Alfredo Murillo; el Primer Regimiento de Artillería de grueso calibre, a las órdenes del teniente coronel del arma, Juan Mérigo; el primer Regimiento de Ametralladoras, comandado por el teniente coronel de artillería, Maximiliano Kloss, hasta incorporarse a estación Tlalnepantla, donde se desembarcarán, formándose en el siguiente orden: Extrema Vanguardia: Escolta del C. General Francisco Cosío Robelo. Vanguardia: Escolta de este Cuartel General. Seguirá el C. General en Jefe con su Estado Mayor y la Banda del Cuartel General, y en seguida la columna de infantería, que comanda el C. General de Brigada Juan G. Cabral; el primer Regimiento de Ametralladoras; la columna de infantería, que comanda el C. Coronel Miguel V. Laveaga; primer Regimiento de Artillería y 17.º Batallón de Sonora. Cubrirá la retaguardia el 15.º Batallón de Sonora.

A la cabeza de cada Cuerpo deberán marchar sus respectivas bandas de música.

La columna seguirá la siguiente ruta: De estación Tlalnepantla, marchará por la Calzada de los Gallos y calzada de la Verónica, hasta el Paseo de la Reforma, continuando por la avenida Juárez y avenida San Francisco, hasta hacer alto frente al Palacio Nacional, debiendo quedar la cabeza de la columna frente a la puerta principal del citado edificio. De ese lugar, cuando se ordene, los Cuerpos desfilarán a ocupar los cuarteles que se les hayan designado. Se comunica a la División para su conocimiento y cumplimiento. D. O. S. *Serrano*. Comunicada. *Ramírez*.

Para esa fecha, se habían incorporado ya a la columna parte de las fuerzas que había dejado frente a Manzanillo, al mando del general Cabral.

## ENTRADA TRIUNFAL A LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA DEL CUERPO DE EJÉRCITO DEL NOROESTE

Al siguiente día, 15 de agosto de 1914, el Cuerpo de Ejército del Noroeste hacía su entrada triunfal en la ciudad de México, quedando consumada la disolución del Ejército Federal y la victoria de las armas constitucionalistas.

El entusiasmo demostrado por las clases populares a nuestra llegada a la capital, alcanzó su máximo, habiendo tenido nuestra columna que emplear más de tres horas en desfilar desde el Monumento de la Independencia hasta el Palacio Nacional, frente a la plaza de la Constitución que es una distancia de tres kilómetros aproximadamente, debido a la aglomeración de gente, que entorpecía completamente nuestra marcha.

La guarnición federal de la Capital de México se componía de 30 000 (treinta mil) hombres de las tres armas; y los Cuerpos de Policía tenían un contingente de 3 000 hombres, haciendo un total de fuerzas de 33 000 hombres, con pertrechos suficientes para haber combatido treinta días.

En seguida de haber tomado posesión de la ciudad de México, hice distribuir profusamente unas hojas impresas con el siguiente texto:

Habiendo sido designado por el ciudadano Primer Jefe del Ejército Constitucionalista para ocupar con la División de mi mando esta ciudad, en donde, como en todas partes, se dará toda clase de garantías, hago un llamamiento al público para que colabore con nosotros, observando la correcta actitud que le corresponde, a fin de que el orden no sea alterado.

Tengo plena confianza en la cultura de este pueblo, para garantizar que no se registrará desorden alguno, ya que por parte de las fuerzas de mi mando esas garantías están aseguradas por sus antecedentes de organización y disciplina.

Cuartel General del Ejército Constitucionalista, agosto 15 de 1914. El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón.*

PENA DE MUERTE PARA LOS TRASTORNADORES

Para la mejor garantía del orden, al ser ocupada la ciudad de México por las fuerzas de mi mando, he tenido a bien disponer:

*Primero*. Será pasado por las armas, sin más trámite que la identificación del responsable, todo aquel que, en cualquiera forma, trate de alterar el orden público, cometiendo atropellos, robos u otros actos delictuosos.

*Segundo*. La misma pena sufrirá el jefe u oficial que, apartándose de sus deberes, permita que sus subalternos cometan actos atentatorios, cualquiera que sea su naturaleza.

*Tercero*. Estando dispuesto este Cuartel General a impartir toda clase de seguridades y garantías, se suplica a la persona que tenga que exponer alguna queja se sirva dar cuenta a este mismo Cuartel General, inmediatamente que se registre el acto que la motive.

*Cuarto*. Se prohibe expresamente la venta de bebidas alcohólicas, por el tiempo que lo considere necesario este Cuartel General; y los expendios de esa clase deberán permanecer cerrados al público hasta nueva orden. Los infractores serán castigados con todo rigor.

Cuartel General del Ejército Constitucionalista, agosto 15 de 1914. El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón.*

El día 16, después de haber establecido todos los servicios en la ciudad, comisioné al teniente coronel Joaquín V. Cazarín para que saliera por la vía del Ferrocarril Mexicano, con cinco oficiales y una escolta de cien hombres, y procediera a desarmar a todas las tropas federales, que estaban ya tendidas a lo largo de la vía hasta Puebla, a excepción de la brigada Salas, que estaba acampada en Tepéxpam, y para cuyo desarme fue comisionado el capitán 1.º Lorenzo Muñoz, de mi Estado Mayor.

Al teniente coronel Cazarín se le incorporó un pagador con cien mil pesos para que, de esta cantidad, procediera a dar desde cinco hasta diez pesos a cada soldado licenciado, fijándose la cantidad según el trayecto que cada uno tuviera que hacer para llegar al punto donde habría de residir. La ministración de dinero sería aparte de los pasajes de segunda clase, que eran proporcionados a los soldados para que hicieran su viaje a los lugares de su residencia, por ferrocarril, y por cuenta del Gobierno Constitucionalista.

Desde que la Capital fue ocupada por el Cuerpo de Ejército a mis órdenes, en mi Cuartel General se recibían partes de todos los jefes constitucionalistas que operaban en el Sur, y a éstos les eran transmitidas las órdenes convenientes, dando cuenta de todo ello a la Primera Jefatura, establecida en Tlalnepantla.

En México, comisioné al teniente coronel Juan Mérigo para que reconcentrara en la Ciudadela la artillería que había quedado en los distintos cuarteles del arma, al ser evacuada la plaza por los federales.

Al general Máximo Rojas se le ordenó que recogiera el armamento de la guarnición de Tlaxcala, que estaba al mando del comandante federal Cruz Guerrero.

El día 17 se comunicó, por la orden del día, la siguiente disposición:

VISITA A LA TUMBA DEL SEÑOR MADERO Y CONFERENCIA CON EL PRIMER JEFE EN TLALNEPANTLA

Con objeto de honrar la memoria del mártir Madero, el C. General en Jefe ha tenido a bien disponer que una representación de este Cuerpo de Ejército pase mañana al Panteón Francés, partiendo de frente al Palacio Nacional, a las 10 a. m., y que se formará como sigue: General en Jefe, acompañado de su Estado Mayor; escolta del Cuartel General; representantes de las diversas columnas y cuerpos que integran esta División; sección de artillería, que hará la salva; 9.º Batallón de Sonora, de la columna de infantería, al mando del general Juan G. Cabral. Al llegar frente a la tumba del señor Madero, y una vez que haya hecho alto la columna, el C. coronel José J. Obregón pronunciará, en nombre del Cuerpo de Ejército del Noroeste, el discurso alusivo, y terminado éste, el C. General en Jefe depositará sobre la tumba una corona ofrecida por el mismo Cuerpo de Ejército que comanda, e incontinenti, la artillería hará 21 disparos. La banda del Cuartel General tocará, durante este acto, el Himno Nacional. Acto continuo, tomarán la palabra algunos oficiales del Estado Mayor del General en Jefe y los jefes que desearen hacerla, en representación de sus respectivas columnas o cuerpos. Al efecto, se hace cordial invitación a todos los CC. Comandantes de las columnas y cuerpos, para que envíen sus representantes a este acto, que debe ser de interés para todo el Cuerpo de Ejército que revista la mayor solemnidad. Los CC. generales, jefes, oficiales y soldados, deberán llevar un pequeño moño negro en el brazo izquierdo.

Este acto sencillo y solemne terminó a las 2:30 de la tarde, habiendo asistido a él un número de personas difícil de apreciar; pero puede asegurarse que fue una de las manifestaciones que en la Capital han contado con mayor concurrencia.

Desde nuestra entrada a la Capital, el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste había quedado instalado en la casa número 27 del Paseo de la Reforma.

El día 18 me transladé a Tlalnepantla, en automóvil, a conferenciar con el Primer Jefe.

Durante la conferencia, supliqué al señor Carranza me permitiera marchar a Chihuahua, después de que él hiciera su entrada en la Capital, para conferenciar personalmente con el general Villa, quien había estado guardando una actitud sospechosa y marcadamente hostil a la Primera Jefatura, y, según telegramas dirigidos al coronel Calles, apoyaba la traición consumada por Maytorena.

El Primer Jefe puso algunas objeciones para hacerme desistir de mi propósito, manifestando que, en su concepto, Villa no acataría ya ninguna influencia, y que en un período más o menos corto, acabaría por rebelarse, desconociendo a la Primera Jefatura.

Insistí en mi idea diciendo al Jefe que tenía yo un deseo íntimo de conocer personalmente a Villa, y que alimentaba la esperanza de que, dadas las relaciones que habíamos sostenido él y yo durante la revolución, por correspondencia, lograría cambiar su actitud hacia la Primera Jefatura, y que conviniera en acompañarme a Sonora para tratar, de común acuerdo, la solución de las dificultades entre Calles y Maytorena, haciendo que éste desistiera de su traición.

Finalmente, el Jefe accedió a mi petición, y dirigió un telegrama al general Villa, en que le anunciaba mi próximo viaje, y a la vez lo comisionaba para que, en mi compañía, pasara a Sonora al arreglo de las dificultades surgidas en aquel Estado. Sin embargo, el Primer Jefe me ratificó su opinión de que ya nada bueno podía esperarse de Villa y sus consejeros.

El mismo día regresé a la Capital, continuando nuestra labor de desarme del ejército federal y de reconcentración de los pertrechos recogidos en las distintas plazas en que se habían licenciado ya las fuerzas.

El día 19, a primera hora, me transladé a Tlalnepantla para hacer compañía al C. Primer Jefe a su entrada en la Capital.

La entrada del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista en la capital de la República se efectuó el 20 de agosto de 1914, cinco días después de haber sido ocupada dicha plaza por el Cuerpo de Ejército del Noroeste.

La muestras de simpatía que las clases populares de la ciudad de México dieron al señor Carranza a su entrada a la Capital, fueron la prueba más elocuente del prestigio que el Gobierno de la Revolución había ganado entre las clases que habían logrado vivir, sufriendo vejaciones y privaciones, pero desligadas del Gobierno de la usurpación.

## VIAJE A CHIHUAHUA Y CONFERENCIAS CON VILLA

El día 21, a las once de la noche, partí en tren especial con destino a Chihuahua, acompañado de mi Estado Mayor y una escolta de 15 hombres; habiendo dejado, como jefe de la división de infantería y de los cuerpos de artillería, al comandante Militar de la Plaza, general Juan G. Cabral.

El viaje se hizo sin contratiempo alguno, habiendo llegado a Chihuahua el día 24, después del mediodía.

En la estación, fuimos recibidos por el general Villa, en persona, y algunos de sus generales, de los que recuerdo a Raúl Madero, Manuel Chao y José Rodríguez.

Una brigada de infantería formaba valla desde la estación del ferrocarril hasta la casa particular del general Villa, en donde se me había preparado alojamiento, por orden de él mismo.

Cuando Villa y yo hubimos entrado en conversación, no tardé en descubrir su esfuerzo por conocer la impresión que yo tuviera, con respecto a la personalidad del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y el marcado deseo de halagar mi vanidad, con atenciones que él, seguramente, estaba poco acostumbrado a guardar.

Por la tarde, cuando hubimos quedado solos, empezó a hacerme preguntas sobre la situación en la capital; de la impresión que había causado en México la entrada del señor Carranza; de la cantidad de pertrechos recogidos a los federales; de las bases en que se había llevado a cabo la rendición de México, etc., sin poder ocultar la desagradable impresión que le causaban mis informes.

Después de conversar algún rato, me dijo:

—Mira, compañerito: si hubieras venido con tropa, nos hubiéramos dado muchos balazos; pero como vienes solo, no tienes por qué desconfiar; Francisco Villa no será un traidor. Los

destinos de la Patria están en tus manos y las mías; unidos los dos, en menos que la minuta dominaremos al país, y como yo soy un hombre oscuro, tú serás el Presidente.

Mi situación se había hecho difícil, y me concretaba a decirle:

—La lucha ha terminado ya; no debemos pensar más en guerras. En las próximas elecciones triunfará el hombre que cuente con mayores simpatías.

Yo procuraba hablar lo menos posible y escuchar a Villa, porque comprendí que aquello era lo conveniente, en vista de que Villa es un hombre que controla muy poco sus nervios; y así fue que, sin esfuerzo, pude descubrir que si yo llegaba a despertar en él alguna sospecha, mi comisión rodaría por tierra, juntamente con mi cabeza.

Los miembros de mi Estado Mayor, entre los que se contaban el entonces teniente coronel Francisco R. Serrano, el mayor Julio Madero, hermano del general villista Raúl del mismo apellido; los capitanes Robinson, Villagrán y Muñoz, habían logrado improvisar buena amistad con algunos de los principales jefes de Villa; y el mayor Madero había logrado llevar al ánimo de su hermano Raúl la idea de que era indispensable una buena inteligencia entre los jefes de la División del Norte Cuerpo de Ejército del Noroeste, así como hacer algunas aclaraciones sobre la situación de Sonora.

El siguiente día lo pasamos reunidos en la casa del general Madero, conversando amigablemente y cambiando mutuas impresiones.

Yo había logrado darme cuenta de que Villa estaba completamente desorientado, y que sobre su ignorancia pesaban influencias que nosotros difícilmente podríamos contrarrestar.

En los momentos de retraimiento que este jefe tenía, demostraba un amplio espíritu de conciliación, y renegaba de los políticos, como llamaba él a los intelectuales que lo asesoraban, entre los que se contaban como principales el licenciado Miguel Díaz Lombardo y el general ex-federal Felipe Ángeles.

## MARCHA A NOGALES Y CONFERENCIAS CON MAYTORENA

Habiendo convenido Villa en aceptar la comisión de la Primera Jefatura, nos transladamos a Sonora, saliendo por Ciudad Juárez, y llegando a Nogales, Arizona, a las once de la noche del día 28.

Fungía como secretario particular de Villa el señor Luis Aguirre Benavides, cuya honorabilidad no tardé en notar durante mi estancia en Chihuahua, pues se me hizo notoria la constante labor que hacía en el ánimo de Villa para evitar la ruptura dé aquél con la Primera Jefatura, y su continuado esfuerzo por alejar de Villa las influencias de Ángeles, Díaz Lombardo y Urbina.

Durante el trayecto entre Chihuahua y Nogales, convencí yo a Villa de que debería pasar yo a Nogales, Sonora, y tener una explicación con Maytorena, en presencia de él y los principales jefes de aquel Gobernador, que lo eran entonces Urbalejo y Acosta.

El día 29 Villa pasó a Nogales, Sonora, habiendo sido recibido con toda clase de agasajos.

Yo había recibido cartas y telegramas de distintos lugares y de distintos amigos y parientes, exhortándome a no pasar a Nogales, Son:, porque ellos creían que allí encontraría yo la muerte.

A las dos de la tarde, acompañado de Villa y de su secretario particular, señor Luis Aguirre Benavides, pasé la línea internacional y me dirigí a la casa del gobernador Maytorena.

Una vez en ella, pasamos a un saloncito, donde se encontraba Maytorena, acompañado del licenciado Castillo Brito. Supliqué a Maytorena que hiciera pasar a los coroneles Urbalejo y Acosta, que habían sido antiguos jefes subalternos míos, y que habían militado siempre a mis órdenes, perteneciendo al Cuerpo de Ejército del Noroeste.

Cuando Urbalejo y Acosta entraron al salón y hubieron tomado asiento, dije yo al señor Maytorena:

—Suplico a usted, que aquí, en presencia del señor general Villa y estos otros señores (señalando con la mano a los demás reunidos allí), se sirva hacerme todos los cargos que tenga en mi contra, usted, como gobernador del Estado.

Maytorena guardó silencio, y entonces me permití interrogar a los jefes Urbalejo y Acosta en los siguientes términos:

—Díganme ustedes si alguna vez recibieron de mí alguna insinuación encaminada a desconocer al señor Maytorena como gobernador, o siquiera a hostilizarle.

Los dos contestaron simultáneamente:

—¡Nunca!

—Digan ustedes si alguna vez les expresé la necesidad que teníamos de sostener y apoyar al señor Maytorena, por ser él Gobernador Constitucional del Estado.

Ellos contestaron:

—¡Siempre!

Entonces me dirigí a Maytorena y le dije:

—Dígame usted, señor Maytorena, si tiene en su poder todos los archivos de las oficinas telegráficas del Estado.

Maytorena contestó:

—Sí, señor.

Insistí con la siguiente pregunta:

—Dígame usted si han encontrado en los archivos de las oficinas telegráficas algún telegrama firmado por mí, que constituyera alguna orden o indicación de hostilidad para su persona o para su Gobierno.

Maytorena contestó:

—No hemos encontrado ninguno.

Dirigí a Maytorena una tercera pregunta, en sentido de si había encontrado algunos telegramas firmados por mí y dirigidos a los jefes subalternos, encareciéndoles mesura y respeto para él, como autoridad constitucional del Estado.

Maytorena contestó que sí había encontrado varios telegramas en aquel sentido.

Entonces le supliqué me explicara cómo era que me llamaba traidor, si no tenía ningún cargo en mi contra.

Maytorena permaneció callado; y entonces Villa, terciando en la conversación, se dirigió a Maytorena, diciéndole:

—Conteste, señor Gobernador.

Maytorena repuso:

—Yo tengo la costumbre de no poder contestar luego las preguntas que se me hacen.

Villa, a pesar de su rudeza, se dio cuenta exacta de la torpeza de Maytorena, y de la falta de base en que éste pudiera apoyar su traición.

Yo, considerando que era muy fácil evidenciar a Maytorena, más de lo que ya estaba, le dije:

—Yo tengo en Urbalejo y en Acosta la misma confianza que usted tiene en ellos, y estoy dispuesto a nombrar Comandante Militar del Estado a cualquiera de los dos, siempre que me reconozcan como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste y declaren estar dispuestos a obedecer mis órdenes.

Como Maytorena no diera signo de asentimiento a mi proposición, le dije:

—Estoy dispuesto a nombrarlo a usted comandante Militar del Estado, siempre que me reconozca como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y quede incorporado al mismo Cuerpo de Ejército, con las fuerzas que se encuentran en el Estado.

Villa entonces insinuó a Maytorena:

—Si no se arreglan, será porque usted no quiera... ¡Con las proposiciones que le está haciendo Obregón!

Maytorena, viéndose acosado, tuvo que aceptar, y levantamos en seguida una carta, la que íntegra se copia a continuación:

En la ciudad de Nogales, Sonora, a los veintinueve días del mes de agosto de 1914, presentes los CC. Generales Álvaro Obregón y Francisco Villa, comisionados por el señor don Venustiano Carranza para solucionar pacíficamente las dificultades que han surgido entre el Gobernador Constitucional del Estado y el coronel Plutarco Elías Calles, con motivo de los atentados cometidos a la soberanía del referido Estado de Sonora; presente también el señor Gobernador José María Maytorena, han llegado a los siguientes acuerdos, con los que creen queda a salvo la soberanía del Estado y el honor y dignidad de cada uno de ellos:

*I*. Las fuerzas que se encuentran a las órdenes de los coroneles Urbalejo y Acosta, quienes firman al calce, en señal de conformidad, reconocen como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste al señor general Álvaro Obregón, al cual han pertenecido hasta la fecha.

*II*. El señor general Álvaro Obregón, en su carácter de Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y como comisionado especial del señor Carranza, nombra jefe accidental de las fuerzas que se hallan en el Estado de Sonora, al Gobernador constitucional José María Maytorena, en el concepto de que continuará al mando de ellas hasta que quede establecido un Gobierno constitucional en la República.

*III*. Las fuerzas que se encuentran en Cananea, Naco, Agua Prieta y otros puntos del Estado, al mando del coronel Plutarco Elías Calles, serán incorporadas a las fuerzas que estarán al mando del Gobernador constitucional, don José María Maytorena.

*IV*. Los empleados del Timbre, de Correos, de Aduanas, de Telégrafos y demás oficinas federales, serán nombrados con el carácter de interinos por los señores general Álvaro Obregón y don José María Maytorena, gestionando ante la Secretaría de Hacienda la ratificación de dichos nombramientos.

Y en prueba de conformidad firman la presente, comprometiéndose a cumplir fielmente lo que en ella se estipula y que consideran consolidará la paz de una manera sólida y definitiva en este Estado de Sonora. General *Álvaro Obregón*. General *Francisco Villa*. *José Ma. Maytorena*. A ruego del coronel *Francisco Urbalejo*, *L. Aguirre Benavides*. Coronel *José Ma. Acosta*. Rúbricas.

Yo ni por un momento llegué a suponer que las dificultades habían quedado solucionadas con nombrar Comandante Militar del Estado de Sonora a Maytorena; pero sí creí que podría evidenciarlo, al darle órdenes que se resistiría a cumplir, y lo cual me autorizaría para destituirlo del mando, y con esto, unido a los incidentes de nuestra entrevista del día 29, acabaría de convencer a Villa de que todos los pretextos invocados por Maytorena para justificar su traición quedaban desvanecidos.

Esa misma noche, advertido Maytorena por sus consejeros, licenciados Rosado y Castillo Brito, del fracaso que había tenido en las conferencias de la tarde, al aceptar el nombramiento de Comandante Militar de Sonora, con lo que de hecho reconocía la autoridad de la Primera Jefatura, porque yo se lo había extendido en representación de aquélla, hizo circular una hoja virulenta, llena de insultos personales para mí, en las ciudades de Nogales, Arizona, y Nogales, Sonora.

El texto de la hoja es el siguiente:

ENÉRGICA PROTESTA

El pueblo es soberano. Ha sonado la hora de que el pueblo hable y manifieste sus sentimientos. El pueblo es el sostén de los gobiernos, y hay que darle al pueblo lo que es del pueblo. El pueblo puede y debe obrar como gobierno; pero el pueblo tiene sus sentimientos, y es libre para manifestarlos espontáneamente, por medio de reuniones democráticas. Dentro del orden y de la moral, tenemos derecho para congregarnos, expresando ante la faz del mundo lo que sentimos.

Al pueblo de Sonora se le ha ultrajado, se le ha escarnecido, y uno de los principales causantes de este ultraje y de aquel escarnecimiento es y ha sido Álvaro Obregón.

Se ha pretendido violar la soberanía del Estado, y uno de estos violadores es Álvaro Obregón.

Se ha desterrado del territorio nacional a honrados constitucionalistas, obligándoles a comer el amargo pan del destierro y el inspirador y autor de estos atropellos es Álvaro Obregón. El mismo que hoy se pasea cínicamente en las calles de este lugar, haciendo alarde, en lujosos trenes y automóviles, y como desafiando a los ciudadanos, heridos en sus más caros sentimientos de honradez y patriotismo.

Por eso protestamos con todas las veras de nuestra alma, con toda la energía de que somos capaces, contra la libre entrada de Obregón y sus incondicionales aduladores a Sonora.

Cuando un hombre quiere atropellar al pueblo en sus derechos y despojar de su investidura al legítimo gobernante, merece se le arroje en la cara el escupitajo del desprecio. Ese hombre es Álvaro Obregón.

Ayer tributamos un acto de justicia, recibiendo con regocijo al héroe de cien batallas, al ameritado general Francisco Villa, y hoy, obrando también justamente, manifestamos nuestros sentimientos de antipatía y de desprecio a los causantes de las desgracias y atentados al orden constitucional en Sonora.

Obregón, Alvarado, Calles, Gómez, Guerrero y otros muchos de menor importancia, son los autores de grandes crímenes contra la soberanía del Estado, y de crímenes del orden penal, que deben castigarse, pues la ley ha de ser efectiva para los malvados y los bandidos, porque así lo pide el pueblo y así lo pide el ejército, que sostiene la soberanía del Estado de Sonora, y pueblo y ejército están sobre todas las consideraciones personales y del orden político. Que no se pisotee la ley, ni se burlen del pueblo y del ejército los canallas altaneros.

Nosotros, ciudadanos sonorenses, en uso de nuestros derechos democráticos, levantamos la voz de protesta contra la entrada libre de Obregón y los suyos a Sonora, y la libertad del criminal Salvador Alvarado, pues de lo contrario, se nos tacharía de cobardes, y el pueblo de Sonora no es cobarde; sabe cumplir con su deber.

El pueblo es soberano, y por mil títulos, digno de que se le oiga, para eso derrama su sangre en aras de sus ideales, imitando al mártir, don Francisco I. Madero.

Álvaro Obregón y los suyos son hijos espurios de Sonora, son parricidas, que cual otro Nerón, quisieron abrir el vientre de su madre Patria, desgarrando su seno, y no son dignos de vivir entre nosotros.

¡Sonorenses!: ¿Permitiremos que nos sigan insultando y vivan entre nosotros los que han atentado contra la soberanía del Estado? Si tal cosa permitiéramos, las tumbas frías de nuestros antepasados se abrirían solas, dando paso a nuestros padres para maldecirnos.

Sonorenses: ¡Viva el Estado Libre y Soberano de Sonora, libre de asesinos y traidores! ¡Viva su Gobernador Constitucionalista! ¡Viva el Ejército del Pueblo Soberano!

Nogales, Sonora, agosto 30 de 1914.

*Varios sonorenses*.

Inmediatamente que llegó a mi conocimiento la actitud de Maytorena, ordené su destitución de la Comandancia Militar del Estado, comunicándosele oficialmente a él y comunicándolo también al general Villa, quien se mostró muy indignado al conocer el texto de la hoja.

En vista de aquella regresión de Maytorena a su actitud abiertamente hostil, Villa y yo tomamos un nuevo acuerdo, y lo hicimos constar a continuación de la acta levantada el día anterior, calzándolo con nuestras firmas. Dicho acuerdo fue el siguiente:

CONSIDERANDO: Como posteriormente se cometieron, por los partidarios del señor Maytorena, manifestaciones hostiles y actos ultrajantes para el Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste; considerándose con esto un ataque al principio de disciplina, que venía a violar lo estipulado, de común acuerdo, los suscriptos, resolvimos dar por terminadas las gestiones y dejar sin efecto lo que antes se había pactado; retirándosele, por el general Obregón al Gobernador señor Maytorena, el nombramiento que a su favor había expedido, de Comandante Militar del Estado de Sonora, y para buscar una nueva forma de solución al conflicto y dar tiempo a obrar sobre mayor abundamiento de datos, reservándonos a un definitivo acuerdo en que los suscriptos solucionaríamos de una manera terminante la situación, giramos al señor Gobernador Maytorena y al señor Coronel Elías Calles la siguiente:

[ACUERDO]

ORDEN DE SUSPENSIÓN DE HOSTILIDADES

Los suscriptos, con el doble carácter de jefes de los Cuerpos de Ejército del Norte y del Noroeste de la República, y comisionados del señor Venustiano Carranza para arreglar las dificultades surgidas en el Estado de Sonora, convencidos de que elementos malsanos y antipatriotas están poniendo toda clase de obstáculos para realizar la paz, y no deseando, por otra parte, que fracasen los arreglos que se han tenido, y vuelva a encenderse la lucha, han resuelto lo siguiente:

*I*. Las fuerzas que se encuentran actualmente al mando del Gobernador D. José María Maytorena, continuarán a sus órdenes.

*II*. Las fuerzas que estaban al mando del coronel Plutarco Elías Calles, pasarán a depender del general Benjamín G. Hill.

*III*. Ambas fuerzas deberán permanecer en los lugares que actualmente ocupan, sin que se hostilicen en ninguna forma unas a otras.

*IV*. Si cualquiera de los jefes expresados violare la prevención comprendida en la cláusula anterior, será atacado simultáneamente por las fuerzas de los Cuerpos de Ejército del Norte y Noroeste, hasta someterlo al orden, siendo personalmente responsable de los daños que se causen.

*V*. Los servicios ferrocarrilero y telegráfico deberán ser restablecidos en el Estado, a la mayor brevedad posible, para el servicio público.

Los que tenemos el honor de poner en conocimiento de usted para su conocimiento y fines consiguientes. *Constitución y Reformas*. Nogales, Sonora, agosto 30 de 1914. El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte. *Francisco Villa*. El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón*. Rúbricas.

Después de dar por terminadas las gestiones en Nogales, y haber ordenado la suspensión de hostilidades, para estudiar una forma más eficaz de poner término a las dificultades surgidas en Sonora, acordamos, Villa y yo, resolver en definitiva sobre la comisión que el Primer Jefe nos había confiado.

De Nogales salimos el día 31 rumbo a Chihuahua.

En Villa se había experimentado un cambio tan completo, con motivo de los hechos que presenció durante nuestra estancia en Nogales, que ingenuamente confesaba haber sido engañado por Ángeles y Maytorena, y acerca de este último, opinaba que era un buen hombre, pero que se dejaba manejar fácilmente por el grupo de zánganos que lo rodeaba; agregando que ninguna solución era posible mientras Maytorena estuviera en el Gobierno, y que se hacía indispensable separarlo de su puesto.

Sobre la base de la separación de Maytorena del Gobierno de Sonora, empezamos a considerar un nuevo acuerdo, habiendo llegado, en conclusión, a formular y firmar el convenio que a continuación se copia íntegro:

BASES PARA LOS CAMBIOS QUE DEBEN EFECTUARSE EN SONORA

*I.* El Gobernador señor José María Maytorena dejará el Gobierno, de aquel Estado, substituyéndolo el C. general Juan G. Cabral, quien se hará cargo de él y de la Comandancia Militar del mismo Estado.

*II.* Las tropas que han estado bajo las órdenes del C. coronel Plutarco Elías Calles se movilizarán al Estado de Chihuahua, acampándose en el lugar que se estime más conveniente, hasta que el Comandante Militar del Estado de Sonora juzgue oportuna su reincorporación al Estado.

*III*. Todos los grupos de individuos que voluntariamente se han presentado a ofrecer sus servicios para combatir al Gobernador Maytorena, desde la fecha del conflicto a esta parte, podrán regresar, licenciados, a sus lugares, si así lo desearen.

*IV*. El general Cabral dará toda clase de garantías, tanto en su persona como en sus intereses, al señor Maytorena.

*V*. El mismo general Cabral cuidará de restablecer, a la mayor brevedad posible, el orden en Sonora y convocará a elecciones municipales, para que vaya restaurándose el orden constitucional en el Estado.

*VI*. Transcríbanse las presentes bases en el informe general que se rinda al C. Presidente Interino de la República, don Venustiano Carranza, del que deberán sacarse tres copias, una para el mismo C. Presidente, otra para el C. general Francisco Villa y la tercera para el C. general Álvaro Obregón.

Protestamos a usted nuestra subordinación y respeto. *Constitución y Reformas*. Chihuahua, Chihuahua, a 3 de septiembre de 1914. *Francisco Villa*. *Álvaro Obregón*. Rúbricas. Al C. Presidente Interino de la República, don Venustiano Carranza, México, D. F.

El hecho de que Villa firmara este nuevo acuerdo, en el que definitivamente se estipulaba la eliminación de Maytorena del Gobierno de Sonora, como único medio de terminar con las dificultades existentes en aquel Estado y evitar otras subsecuentes y de mayor gravedad, indicaba que Villa entraba por la senda de la conciliación y daba, con esto, esperanzas de tener un cambio de actitud, favorable para los genuinos intereses de la Revolución Constitucionalista, desvaneciéndose por completo los temores de una probable ruptura entre la División del Norte y la Primera Jefatura del Ejército, que diera origen a una lucha entre los mismos elementos de la Revolución.

Esas halagadoras esperanzas empecé a tenerlas desde nuestra estancia en Nogales, donde advertí que Villa, según sus declaraciones con respecto a la actitud rebelde de Maytorena, estaba inclinado a condenar aquella rebelión, por injustificada; esperanzas que fueron fortaleciéndose durante nuestro viaje de regreso a Chihuahua cuando Villa frecuentemente y con ingenuidad me decía:

Si tú no hubieras venido, compañerito, ya la División del Norte estaría echando trancazos.

Y hablaba ya de las próximas elecciones para Presidente, indicando la necesidad que había, según él, de derrocar al señor Carranza en la lucha electoral; signos todos que me hacían comprender que aquel hombre consideraba ya conjurado el peligro de una lucha armada.

A ese cambio, observado en Villa, contribuía, de manera importante la labor del señor Aguirre Benavides, su secretario particular, la que siempre estuvo inspirada en el más amplio espíritu de concordia.

El señor Aguirre Benavides ejercía sobre Villa una significativa influencia; aunque no era decisiva, porque no le halagaba su vanidad, ni le fomentaba las ambiciones que en Villa empezaban a ser ya una autoridad; y así era que tal influencia acababa por declararse impotente, cuando Villa, antes de obrar, consultaba con Ángeles o con Díaz Lombardo, que eran quienes, principalmente, ejercían la perniciosa influencia a que al fin Villa cedía.

Una de las personas que también tenían gran ascendiente sobre Villa, según pude notarlo en las conversaciones tenidas con éste, era el norteamericano George Carothers, que fungía como Agente Confidencial del Gobierno de Washington cerca de Villa.

Para convencer a Villa más plenamente de mi buena disposición para que todas las dificultades tuvieran fin, y reinara la más completa armonía entre todos los hombres del Constitucionalismo, le indiqué que, si estaba resuelto a solicitar de la Primera Jefatura, en forma comedida y respetuosa, algún cambio en el Gabinete o en la investidura que debiera tener el señor Carranza, como Encargado del Poder Ejecutivo o como Presidente Provisional de la

República, o alguna modificación en la política de nuestro Gobierno, no tenía yo ningún inconveniente en discutir las bases para dichas modificaciones, formulando un memorial, que firmaría juntamente con él, para elevado a la Primera Jefatura.

PROPOSICIONES DE LOS GENERALES VILLA Y OBREGÓN, SOMETIDAS A LA CONSIDERACIÓN DEL C. PRIMER JEFE DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

*Primera*. El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista tomará, desde luego, el título de Presidente Interino de la República, e integrará su Gabinete con Secretarios de Estado.

*Segunda*. Tan pronto como esté integrado el Gabinete del Presidente Interino, con acuerdo del Consejo de Ministros, procederá a nombrar, con carácter de provisionales, a las personas que deban desempeñar los cargos de Magistrados a la Corte Suprema de Justicia. Nombrará, también, a las autoridades judiciales de la Federación, correspondientes a los Territorios y al Distrito.

*Tercera*. Los Gobernadores Constitucionales o militares de los Estados, de acuerdo con los ayuntamientos que estén funcionando en las respectivas capitales, designarán a las personas que deban integrar los Tribunales Superiores, con el carácter de interinos, y los Jueces de Primera Instancia e inferiores.

*Cuarta*. Los Gobernadores de los Estados, el Gobernador del Distrito y los Jefes Políticos de los Territorios, convocarán a elecciones de Ayuntamientos, tan pronto como hayan sido nombradas las autoridades judiciales. Las elecciones se verificarán al mes de la convocatoria y dentro de ocho días del en que se haya celebrado la elección; los ciudadanos designados se reunirán para erigirse en Colegio Electoral, para calificar las elecciones y al día siguiente, instalarán el Ayuntamiento respectivo.

*Quinta*. Luego que hayan quedado instalados los Ayuntamientos, el Presidente Interino de la República y los Gobernadores Constitucionales o militares de los Estados convocarán a elecciones; los primeros, para representantes al Congreso de la Unión, y los segundos, para Gobernador Constitucional, diputados a la Legislatura local y magistrados a los Tribunales Superiores, en los casos en que la Constitución del Estado prevenga que en esta forma se elijan estos últimos. Estas elecciones se verificarán, precisamente, un mes después de expedida la convocatoria, y servirá de base para la división electoral, la de la última elección que haya tenido lugar antes del 18 de febrero de 1913.

*Sexta*. Instaladas las Cámaras Federales y las Legislaturas de los Estados, las primeras, en sesiones extraordinarias, se ocuparán preferentemente en el estudio de las reformas constitucionales siguientes, que propondrá el Presidente Interino:

*A.* Supresión de la Vicepresidencia de la República, y manera de suplir las faltas absolutas o temporales del Presidente;

*B.* Modificar la computación del período durante el cual deba desempeñar sus funciones el Presidente de la República;

*C.* La organización de la Corte Suprema de Justicia y la manera de proceder a la designación de sus Ministros;

*D.* La declaración de inhabilidad de todos los Jefes que formen parte del nuevo Ejército Nacional, para desempeñar los cargos de Presidente de la República, Gobernadores de los Estados y demás de elección popular, a menos que se hayan retirado seis meses antes de lanzar su candidatura.

Aprobadas las reformas constitucionales por las Cámaras Federales, las legislaturas de los Estados, también de preferencia y en sesiones extraordinarias, si hubiere lugar, discutirán las expresadas reformas.

*Séptima.* Inmediatamente que se conozca el resultado de la discusión relativa a las reformas constitucionales, el Presidente Interino expedirá la convocatoria para las elecciones de Presidente Constitucional y para la designación de los Magistrados de la Corte, en los términos que establezca la Constitución Política de la República.

*Octava.* No podrán ser electos para Presidente de la República, ni para gobernadores de los Estados, los ciudadanos que hayan desempeñado estos cargos con carácter de provisionales, al triunfo de la revolución, ni los que los desempeñen desde la fecha de la convocatoria hasta el momento de la elección.

*Novena*. Los Gobernadores interinos de los Estados, inmediatamente que entren a desempeñar sus funciones, nombrarán una junta, que tendrá su residencia en la capital del Estado y será compuesta de un representante por cada Distrito, a fin de que estudie el problema agrario y forme un proyecto que se remitirá al Congreso del Estado, para su acción legal.

Chihuahua, septiembre 3 de 1914.

(Firmado.) General *Francisco Villa*. General *Álvaro Obregón*.

## REGRESO A MÉXICO

De Chihuahua emprendí mi regreso a México, habiéndome acompañado en el viaje, hasta la capital, el agente consular Carothers, el español Ángel de Caso, el licenciado Díaz Lombardo y el doctor Miguel Silva (este último era también de las personas que tenían alguna influencia

sobre Villa, y por lo que pude notar, era de los hombres más inclinados por un arreglo pacífico de todas las dificultades). El doctor Silva y el licenciado Díaz Lombardo iban comisionados como representantes de la División del Norte, para acompañarme a presentar al Primer Jefe las proposiciones firmadas por Villa y por mí.

La víspera de mi salida de Chihuahua, en la noche, estuve hablando a solas con el secretario de Villa, señor Luis Aguirre Benavides, y éste me dijo:

—¡Ya ve usted a Villa tan mansito!..., pues en dos horas lo van a cambiar por completo sus consejeros.

A México llegamos el día 6, y desde luego me transladé a presencia del Primer Jefe, para darle personalmente cuenta del resultado de mi comisión.

Ni la buena impresión que yo traía, ni el documento en que se consignaba el acuerdo de separar a Maytorena del Gobierno de Sonora y nombrar Gobernador y Comandante Militar de aquel Estado al general Cabral, persona que entonces nos merecía absoluta confianza, ni todos mis optimismos, fueron suficientes para hacer variar el criterio del Jefe en lo que se refería a las apreciaciones que tenía ya hechas sobre Villa y sus intelectuales, mostrando poca fe en las promesas de aquellos hombres. Sin embargo, ofreció recibirme con la comisión de la División del Norte al siguiente día, accediendo también a que fuera a Sonora el general Cabral como Gobernador y Comandante Militar.

El día 7 se presentaron en las oficinas de mi Cuartel General, establecido en la casa número 27 del Paseo de la Reforma, los señores licenciado Díaz Lombardo, doctor Silva y don Ángel de Caso, diciéndome:

—Mr. Fuller, agente confidencial del Presidente de los Estados Unidos, nos ha manifestado el deseo de tener una entrevista con usted; y como consideramos que a usted le ha de parecer feo ir a la legación norteamericana, y a él no le gustaría que lo vieran venir a su oficina, creemos conveniente que la entrevista se verifique en terreno neutral, pudiendo ser en la casa del señor don Ángel de Caso.

Yo contesté a dichos señores:

—Yo no tengo ningunos asuntos que tratar con Mr. Fuller, y si los tuviera, no encontraría ningún inconveniente en ir a buscarlo a su oficina, como no encuentro el que él pueda tener para venir a las mías, siendo que, como ustedes dicen, tiene interés por entrevistarme.

Esa contestación mía contrarió a mis visitantes, y para terminar les declaré categóricamente que no asistiría a conferenciar con Mr. Fuller a ninguna parte.

Díaz Lombardo, Silva y de Caso se retiraron; pero una hora después regresaron a notificarme que Mr. Fuller pasaría a verme por la tarde.

Yo les manifesté que sería bien recibido Mr. Fuller.

## CONFERENCIA CON MR. FULLER

Como a las 6:30 p. m. se presentaron de nuevo en mi Cuartel General el doctor Silva y el licenciado Díaz Lombardo, acompañados de Mr. Fuller.

Después de las ceremonias de presentación, y cuando hubimos ya tomado asiento, me dirigí a Mr. Fuller, expresándole mi satisfacción por conocerlo, y mi deseo de conocer el objeto de su visita.

Fuller me manifestó que tenía necesidad de recoger algunos datos sobre la situación militar en el territorio que ocupaba el Cuerpo de Ejército a mis órdenes, especialmente en Sonora, para poder él rendir a su Gobierno un informe con más exactitud, y que esto lo hacía suplicarme le diera, si en ello no encontraba yo inconveniente, aquellos datos.

Yo manifesté a Mr. Fuller mi pena por no poder obsequiar sus deseos, diciéndole que no tenía yo atribuciones para dar informes de tal naturaleza a cualquiera otra persona que no fuera el Primer Jefe, agregando que lo indicado era que él hiciera su solicitud a la Primera Jefatura, a la que yo rendía frecuentemente mis informes.

Mr. Fuller me preguntó por qué no tenía yo representante cerca del Gobierno de Washington, dada la personalidad que había yo adquirido en la Revolución; a lo que contesté: que el Gobierno Constitucionalista tenía su representante en los Estados Unidos, y que el representante de nosotros lo era el señor Carranza como Jefe de la Revolución, siendo él, con tal carácter, el único capacitado para tratar asuntos con el exterior y nombrar sus representantes cerca de otros gobiernos.

Mr. Fuller me citó como ejemplo a Villa, que se hacía representar en el extranjero, y parecía tener la idea de extenderse más sobre aquel tema; pero como mis respuestas empezaron a hacerse lacónicas, se dio por terminada la entrevista y el señor Fuller y sus acompañantes se despidieron de mí.

## CONTINÚA EL LICENCIAMIENTO Y DESARME DEL EJÉRCITO FEDERAL. ENTREVISTA CON LA PRIMERA JEFATURA

Mientras tanto, el desarme y licenciamiento de las fuerzas ex-federales se habían llevado a cabo con todo éxito en los lugares en que estaban distribuidas, pasando a nuestro poder, con este motivo, una gran cantidad de pertrechos, los que fueron transladados a México y puestos a disposición de la Primera Jefatura.

Pocos fueron los jefes ex-federales que se opusieron al licenciamiento de sus tropas, y entre éstos figuraron el general Joaquín Téllez, quien desobedeciendo las órdenes que le girara el general Velasco, se embarcó con sus fuerzas en Manzanillo, y las desembarcó en Salina Cruz, abandonándolas en este puerto y siguiendo él para Centro América, con los fondos de su columna y algunos pertrechos de la misma, los que inopinadamente fue a poner en poder del Gobierno de El Salvador, reservándose para sí los fondos; Benjamín Argumedo, Juan Andrew Almazán, Higinio Aguilar, Rafael Eguía Liz, Mariano Ruiz y otros de menor significación, quienes con cerca de mil quinientos hombres desertaron de Puebla y se lanzaron abiertamente en rebeldía contra el Gobierno Constitucionalista, y Pascual Orozco, que con un reducido número de hombres, esquivando todo encuentro con nuestras fuerzas, se dirigió a la frontera Norte para internarse a los Estados Unidos y fijar allá su residencia.

En una de las entrevistas que celebré en el Palacio Nacional con el Primer Jefe, para tratar asuntos del servicio, me manifestó él sus deseos de que pasara yo a colaborar cerca de él, en la secretaría de Guerra; y a esta indicación le contesté:

—Yo iré a la Secretaría de Guerra, si usted me lo ordena; pero juzgo de mi deber advertirle que quedaría fuera de mi medio, y probablemente mis servicios no serían tan eficaces como lo deseara. Por otra parte, si el rompimiento con la División del Norte no se evita, creo que mis servicios podrían sarle de más utilidad en la campaña.

Al mismo tiempo, me permití objetar que quizás mi nombramiento llegaría a despertar celos en algunos otros jefes, cosa que no sucedería si se nombraba para ese puesto a algún jefe como el general Pesqueira, u otro de los que no habían hecho campaña y cuya honorabilidad era reconocida, teniendo la consideración y aprecio de todo el elemento militar.

El Jefe fue aquiescente a mi súplica, y me dejó al frente del Cuerpo de Ejército del Noroeste, habiendo nombrado, pocos días después, al general Ignacio L. Pesqueira, para el puesto de Subsecretario de Guerra y Marina.

El mismo día 7, en que recibía la visita de Mr. Fuller, introducido por Díaz Lombardo y el doctor Silva, dirigí a Villa el siguiente mensaje:

México, septiembre 7 de 1914. Señor general Francisco Villa. Chihuahua. Con gusto, participole haber llegado a ésta, anoche. Conferencié con señor Carranza, encontrándolo en la mejor disposición para la mejor solución de los asuntos generales de la República. General Rábago será conducido a esa, conforme a sus deseos. Salúdolo afectuosamente. General *Álvaro Obregón*.

El anuncio de la salida de Rábago, general ex-federal, tenía relación con la súplica que Villa me había hecho al despedirnos en Chihuahua, en el sentido de que a mi llegada a la capital gestionara con el Primer Jefe la aprehensión de Rábago y su remisión a Chihuahua, a disposición de Villa, quien le tenía preparado un proceso por el asesinato del Gobernador Constitucional de aquel Estado, don Abraham González, cometido a raíz de la traición de Huerta, y del cual era considerado inmediato responsable el citado jefe federal, por haber sido éste quien ordenó la aprehensión del Gobernador y lo remitió en un tren al Sur, para que fuera asesinado en el camino, después de deponerlo, por la fuerza, del Gobierno del Estado.

La contestación de Villa a mi mensaje fue en extremo cordial y en seguida se inserta:

Chihuahua, septiembre 7 de 1914. Señor general Álvaro Obregón. México. Aunque comprendo tendrá usted en esa capital muchas y muy grandes ocupaciones, permítome recordarle bondadoso ofrecimiento de mandar, cuanto antes, para ésta, al señor general Cabral y a Rábago; sobre todo al primero, pues deseo ir, cuanto antes, a arreglar situación de Sonora, de conformidad con lo que hablamos. Salúdolo afectuosamente. El General en Jefe. *Francisco Villa*.

Mi contestación fue como sigue:

México, D. F., 7 de septiembre de 1914. Señor general Francisco Villa, Jefe de la División del Norte. Chihuahua. Su apreciable mensaje. Tan pronto como general Cabral entregue oficina que es a sus órdenes, saldrá a esa. Afectuosamente. General *Álvaro Obregón*.

Hasta entonces, todo me hacía esperar una feliz solución de las dificultades surgidas pues, como se ha visto por los telegramas insertos, Villa se mostraba enteramente conciliador; pero al día siguiente hubo de restarse mi optimismo, al recibir el telegrama que se copia a continuación:

Chihuahua, 8 de septiembre de 1914. General Álvaro Obregón. México, D. F. Telegrama 492. De conformidad con lo que convinimos, he ordenado repetidas veces al general Hill que se retire a Casas Grandes, con fuerzas a su mando, a fin de evitar dificultades, pues ya comprenderá usted que, para que mis gestiones tengan éxito en Sonora, necesitaría retiro inmediato esas fuerzas y pronta venida general Cabral. Salúdolo cariñosamente. General *Francisco Villa*.

Como se ve por el texto del mensaje transcrito, Villa era el primero en violar los acuerdos firmados por él mismo, al dictar órdenes al general Hill para que entregara a Maytorena las

plazas que dicho jefe tenía ocupadas con sus fuerzas. La profecía del secretario de Villa, señor Aguirre Benavides, de que Villa cambiaría por completo tan pronto como sus consejeros le hicieran ver la inconveniencia de llevar a cabo el mutuo acuerdo tenido para solucionar las dificultades de Sonora, estaba realizándose.

El citado telegrama de Villa lo contesté con el siguiente:

México, septiembre 9 de 1914. Señor general Francisco Villa. Chihuahua. Enterado su mensaje número 492. Creo que no debemos movilizar tropas que están en Sonora, hasta que general Cabral tome posesión de su puesto, pues si para ello tuviéramos dificultades, esas tropas pueden servirnos. En dos o tres días más saldré con general Cabral, deteniéndome yo para arreglo asunto Durango y continuando él a Sonora. Salúdolo afectuosamente. General *Álvaro Obregón*.

Desde luego, fueron dadas al general Cabral las órdenes correspondientes para qué entregara al general Jesús Dávila Sánchez la Comandancia Militar de la Plaza de México y se alistara para emprender su marcha a Sonora, a fin de hacerse cargo del Gobierno y de la Comandancia Militar de aquel Estado.

Como una prueba de la malévola influencia que sobre Villa ejercían sus consejeros, a continuación voy a insertar algunos de los telegramas que nos cruzamos Villa y yo, con motivo de la permanencia de las tropas norteamericanas en Veracruz y por los cuales se ve marcado el contraste entre lo que Villa a veces hacía motu proprio, y lo que en seguida lo inclinaban a hacer sus consejeros, en provecho de sus planes y ambiciones:

México, septiembre 9 de 1914. Señor general Francisco Villa. Chihuahua. Con satisfacción comunícole que todo marcha bien. He tenido oportunidad de hablar con mayor parte de los revolucionarios que han venido esta capital, y todos tienen iguales o muy parecidas ideas. Es seguro que en nada diferirán de las nuestras. La única nota que en estos momentos lastima nuestra dignidad de patriotas, es la continuación de las fuerzas norteamericanas en Veracruz. Con la desaparición del llamado gobierno de Huerta, y con la disolución del ejército federal, cuyo desarme ha terminado, no debe haber en nuestro territorio más bandera que la sagrada enseña tricolor, al pie de la cual hemos visto caer en los campos de batalla a tantos de nuestros compañeros. Es, por lo tanto, humillante que continúe en el puerto de Veracruz, ondeando la bandera de las barras y las estrellas. Antes de salir de aquí, he querido invitar a usted para que, con todo respeto, dirijamos una nota al C. Presidente Interino de la República, pidiéndole gestione luego, ante el Gobierno norteamericano, la retirada de sus tropas de nuestro territorio, por los medios que aconseja la dignidad nacional. Espero contestación y salúdolo afectuosamente. General Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón*.

La contestación inmediata de Villa fue como sigue:

Chihuahua, 10 de septiembre de 1914. General Álvaro Obregón. México. Enterado con satisfacción su mensaje de ayer, en que se sirve comunicarme que ha encontrado a mayoría jefes revolucionarios que han llegado a esa capital, enteramente dispuestos a apoyar y sostener ideas y aspiraciones que nosotros tenemos, y que, sinceramente, creo salvarán al pueblo mexicano. Acepto con entusiasmo su patriótica idea de dirigimos juntos al C. Presidente de la República, pidiéndole gestione salida fuerzas norteamericanas encuéntranse Veracruz, pues efectivamente, es humillante y vergonzoso para nuestra amada Patria, que continúen aún fuerzas invasoras Veracruz, cuando no existe justificación para ello. Queda usted autorizado, ampliamente, para dirigir dicha nota en los términos que juzgue convenientes, sirviéndose firmarla en mi nombre. Salúdolo cariñosamente. El General en Jefe. *Francisco Villa*.

Al siguiente día recibí, sobre este asunto, un nuevo telegrama de Villa, cifrado, diciendo:

Chihuahua, 11 de septiembre de 1914. Telegrama número 596. Señor general Álvaro Obregón. México. Suplícole aplazar por algunos días presentación nota que íbamos dirigir al señor Carranza, para ver si lográbamos desocupación Veracruz por fuerzas norteamericanas, por razones que verbalmente le daré a conocer. Espero su contestación y salúdolo afectuosamente. El General en Jefe. *Francisco Villa*.

Mi contestación fue como en seguida se reproduce:

México, 11 de septiembre de 1914. Señor general Francisco Villa. Chihuahua. Con referencia a su mensaje cifrado de hoy, manifiéstole que, en atención a los patrióticos conceptos contenidos en su mensaje anterior, no tuve inconveniente en darlo a algunos periódicos, que ya lo han publicado. Ruégole decirme si puedo dar publicidad segundo mensaje. Salúdolo afectuosamente. General en Jefe, *Álvaro Obregón*.

El primer mensaje de Villa, contestando a mi invitación, fue el dictado de su sentir; pero el segundo, anulando los conceptos del primero, fue probablemente inspirado por sus consejeros, quienes temían lastimar el sentimiento del Gobierno norteamericano, del que esperaban decidido apoyo, y, por lo tanto, estaban opuestos a que Villa apareciera tomando con calor la iniciativa de pedir a nuestro Jefe hiciera las gestiones para que se retiraran de nuestro suelo las tropas norteamericanas.

Regresemos al día 9.

En esta fecha nos recibió el Primer Jefe a los comisionados de la División del Norte y a mí, y le hicimos entrega del memorándum, que para él habíamos traído de Chihuahua, y que ya queda inserto en líneas anteriores, ofreciéndonos tomarlo en estudio detenidamente y darnos su contestación sobre los puntos que contenía, lo más pronto que le fuera posible.

El día 10 recibí un nuevo telegrama del general Villa, en los siguientes términos:

Chihuahua, septiembre 10 de 1914. General Álvaro Obregón. México. Urgentísimo. Es absolutamente indispensable y urgente ordene usted salida inmediata de fuerzas general Hill a Casas Grandes, o cualquier otro punto este Estado, pues su permanencia en Sonora está originando dificultades. Espero me conteste luego sobre el particular. Salúdolo afectuosamente. General *Francisco Villa*.

En este último mensaje, ya Villa no ocultaba el apoyo que de nuevo venía dando a la traición de Maytorena, y con esta actitud, denunciaba nuevamente que volvía a ser un instrumento inconsciente de Ángeles y Díaz Lombardo, quienes eran los más empeñados en que Villa se rebelara contra la Primera Jefatura.

En vista de la insistencia con que se pedía que el general Hill saliera de Sonora, antes de que el general Cabral tomara posesión de los puestos para los que había sido designado de mutuo acuerdo, dirigí a Villa el siguiente mensaje:

México, D. F., 10 de septiembre de 1914. Señor general Francisco Villa. Chihuahua. Enterado de sus mensajes en que manifiéstame conveniencia mover fuerzas general Hill desde luego, porque originan dificultades en Sonora. Haré responsable a cualquiera de los jefes de aquellas fuerzas de dificultades originadas por él; pero es inconveniente movilizarlas antes que general Cabral tome posesion del puesto que para él se ha acordado, pues, de lo contrario, podríamos encontrar grandes dificultades. Para el día 13 saldrá general Cabral conmigo. Salúdolo afectuosamente. General *Álvaro Obregón*.

## CONTESTACIÓN DEL PRIMER JEFE

El día 13 recibí del C. Primer Jefe una comunicación, contestando el memorándum presentado por Villa y por mí, siendo esa contestación la siguiente:

Con la atención y escrupulosidad que la trascendencia de la materia lo exige, me he impuesto del contenido de las proposiciones presentadas en nombre del Cuerpo de Ejército del Noroeste y de la División del Norte, ya que se me hizo el honor, como Jefe Supremo de la Revolución, de someterlos a mi criterio.

En general, cuestiones de tan profunda importancia no pueden ser discutidas ni aprobadas por un reducido número de personas, ya que ellas deben trascender a la Nación entera, y son, por lo mismo, de su soberana competencia.

De ingente necesidad es el establecimiento de un Gobierno verdaderamente nacional, que sea la representación genuina del pueblo, y por ende, la segura garantía de sus libertades y derechos; es decir, que este Gobierno sea una resultante natural y legítima de la voluntad popular. Si la Revolución ha creado con el pueblo compromisos, que debe cumplir, justo y necesario es que esa Revolución se inspire en los intereses de ese pueblo: investigando y extrayendo las raíces de sus males, aplicando los remedios consiguientes y orientándole de esa manera definitiva hacia una finalidad progresista y firme. Esta finalidad, en mi concepto, solamente puede alcanzarse con las reformas propias y adecuadas a la transformación de nuestro actual medio político-económico, y con las leyes que deben garantizarlas.

En las expresadas ideas se fundamenta mi criterio —seguro estoy que el de ustedes también— para proceder a la reconstrucción del país, siendo esta reconstrucción una consecuencia forzosa de los ideales revolucionarios. Claro que el Plan de

Guadalupe, inspirado en las anormales y urgentísimas circunstancias del momento, no pudo diseñar siquiera todos y cada uno de los problemas que debieran y deben resolverse; pero tras el movimiento inicial, esos problemas han surgido de una manera espontánea, y urge su resolución más o menos inmediata, ya que podemos decir que la insurrección llega a su fin, destruyendo —tal es su objeto— los obstáculos para el proceso regenerador e innovador.

De las nueve proposiciones contenidas en el estudio a que me refiero, la primera debe considerarse como definitivamente aprobada; en la cuarta, es necesaria la modificación en el sentido de que se convoque a elecciones de Ayuntamientos y jueces municipales, en aquellos lugares en que está establecida la elección popular para el caso, y en los demás, conforme a las leyes respectivas. Las demás proposiciones, de trascendentalísima importancia, no pueden considerarse objeto de discusión y aprobación entre tres o cuatro personas, sino que deben discutirse y aprobarse, en mi concepto, por una asamblea que pueda tener imbíbita la representación del país.

Inspirado en este espíritu democrático-práctico, además, he creído de altísima conveniencia la convocación a una junta, en que deban discutirse y aprobarse, no solamente las proposiciones a que me refiero, sino todas aquellas de la trascendencia de éstas y de interés general. Esta junta deberá celebrarse en esta ciudad, el día primero del próximo octubre, y es seguro que de ella surgirá la cimentación definitiva de la futura marcha política y económica de la Nación, ya que tendrá que ser ilustrada con los más firmes criterios y los más enérgicos espíritus que han sabido sostener los ideales revolucionarios.

En consecuencia, espero que sabrán interpretar ustedes las sanas intenciones mías, y que sabrán cooperar en la trascendente obra con esas mismas intenciones; lo cual, además de ser en bien de la Patria, redunda en gratitud de la colectividad mexicana hacia sus actuales directores.

*Constitución y Reformas*. Palacio Nacional, D. F., a 13 de septiembre de 1914. (Firmado.) *Venustiano Carranza*. A los CC. Generales Álvaro Obregón y Francisco Villa.

## PARTE OFICIAL DE LA TOMA DE MAZATLÁN

El mismo día 13 recibí mensaje del general Iturbe, conteniendo el parte detallado de las operaciones que sus fuerzas llevaron a cabo, para la captura del puerto de Mazatlán, a principios del mes de agosto. Dicho parte se reproduce a continuación:

Mazatlán, 11 de septiembre de 1914. Señor general Álvaro Obregón, Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. México, D. F. Urgente. Tengo la honra de dar a usted el parte detallado de los combates que las fuerzas de mi mando, en cumplimiento de las instrucciones que esa superioridad se sirvió darme por la vía telegráfica, libraron durante los días 5, 6, 7, 8 y 9 de los corrientes, y que terminaron con la importante captura de esta plaza. El 1.º de agosto, la situación y efectivo de mis fuerzas era: en la Isla de Piedra, la artillería, al mando del mayor Pedro H. Zavala, con 2 cañones de retrocarga, una ametralladora y un fusil ametralladora Madsen, con 120 hombres, contando los sirvientes de las piezas y el sostén proporcionado por el 6.º Batallón de Infantería; en unas, el grueso del citado 6.º Batallón, al mando del coronel Flores, con un efectivo de 628 hombres, teniendo, además, un cañón de fierro fundido y otro de bronce, ambos de carga anterior, con sus comandantes de pieza y sus sirvientes respectivos; en el mismo campamento de Urías, el 2.º Batallón de Infantería, mandado por el coronel Manuel Mezta, con un efectivo de 385 hombres; en el Conchi, el 4.º Batallón de Infantería, con un cañón de fierro fundido, de carga anterior, y una ametralladora, con un efectivo total de 467 hombres, al mando del coronel Mateo Muñoz; en el campamento de Otates, residencia del Cuartel General, la escolta respectiva, compuesta de 80 hombres; el 3.er Batallón de Infantería, con un efectivo de 757 plazas, al mando del coronel Fructuoso Méndez; el 5.º del arma, con un efectivo de 288 hombres, a las órdenes del coronel Isaac Espinosa, y el primer Regimiento de la columna Carrasco, con 307 hombres, a las órdenes inmediatas del teniente coronel Ernesto Dammy, y en campamento de El Venadillo, el primer Batallón de Infantería, a las órdenes del general brigadier Macario Gaxiola, con 408 plazas, y en el Camarón, el 2.º Regimiento de la columna Carrasco, con 300 hombres, al mando del teniente coronel Ascensión Escalante.

A fin de que las fuerzas estuvieran listas para dar el ataque en cualquier momento que se les ordenara, les fijé los objetivos correspondientes, en la orden extraordinaria del 31 de julio al 1.º de agosto último, y verbalmente les indiqué las posiciones que deberían ocupar al iniciar el ataque, dejando a la iniciativa de cada jefe el cuidado de elegirlas.

En general, pude localizar la línea de las posiciones iniciales de combate como una curva paralela a las posiciones de campamento, pero teniendo avanzada hacia el enemigo.

Durante el día 4, el Cuartel General, por varios conductos, recibió informes de que el enemigo había embarcado ya competente número de tropa y gran parte de su material de guerra; y a fin de cerciorarme de la veracidad de estos informes, en la tarde del día 4 dicté las órdenes conducentes a la ejecución de un reconocimiento ofensivo en alta fuerza sobre las posiciones enemigas.

En las primeras horas del día 5, las tropas salieron de sus campamentos para ir a ocupar sus posiciones iniciales de combate, y, dada la señal de este, a las 4:20 a. m., se tomó el contacto con el enemigo y se trabó el combate.

El 2.º y 6.º de Infantería, al mando de sus respectivos jefes, atacaban por tierra a La Redonda; el 1.º del arma, encuadrado entre el 4.º por su izquierda y el 3.º por su derecha, atacó de frente La Atravesada.

La columna Carrasco, dirigida por su Comandante, general Juan Carrasco, llevando el 5.º de Infantería como guarda-flanco izquierdo, se subdividió en dos fracciones: el 1.º y el 5.º atacaron La Montuosa, y el 2.º regimiento avanzó por la playa de Puerto Viejo, con la intención de apoderarse de El Fuerte Iturbide.

El fuego se generalizó en toda la línea, y pronto alcanzó su máxima intensidad.

El enemigo, desde sus fuertes posiciones, con su artillería cinco veces superior a la nuestra, con sus ametralladoras, por lo menos diez veces más numerosas que aquellas de que nosotros disponíamos; con sus fusiles, en igual número que los nuestros, pero susceptibles de ser municionados indefinidamente, rompió el fuego contra nuestras columnas de ataque; pero éstas, impávidas, desafiando el peligro y la muerte, siguieron avanzando, hasta llegar a las defensas accesorias de las fortificaciones enemigas.

Conseguido el objeto del reconocimiento ofensivo, y cerciorado de que el enemigo tenía aún toda su artillería emplazada, de que todavía sus tropas no se habían embarcado, y de que un ataque de frente tenía muy pocas probabilidades de éxito, pues toda la línea estaba fuertemente reforzada, como a la diez de la mañana ordené detener el avance, y ocupar aquellas de las posiciones conquistadas que pudieran prestar algún abrigo, por pequeño que fuera.

El 2.º y el 6.º se retiraron a su campamento, a preparar un nuevo ataque.

Los 1.º, 3.º y 4.º, se replegaron, apoyándose mutuamente, a sus posiciones iniciales de combate, y en ellas permanecieron todo el día, sin tomar alimento y batiéndose sin descanso.

Los dos regimientos de la columna Carrasco ocuparon Lechería de Tellería, hasta cerca de la 1 p. m., hora en que el enemigo, tomando la ofensiva, salió de sus fortificaciones, en gran número, y obligó a los nuestros a desalojar esa posición y venir a ocupar otra más a retaguardia, pero aún dentro del alcance eficaz del fusil. El 5.º de Infantería siguió los movimientos del 1.er Regimiento de la Columna Carrasco; poco más tarde, el enemigo quiso desalojarnos de estas nuevas posiciones, y al efecto, volvió a tomar la ofensiva; pero tras reñido combate, los nuestros lo obligaron a volver a sus trincheras. Satisfecho del brillante comportamiento de las fuerzas a mi mando, y teniendo la prueba evidente de que su valor rayaba en el heroísmo, me propuse aprovechar estas magníficas circunstancias y desarrollar un nuevo plan de ataque cuyos grandes lineamientos eran: romper la línea fortificada del enemigo, apoderándome de La Redonda, y tomar La Atravesada, atacándola por retaguardia y frente.

La estación del ferrocarril Sur-Pacífico de México, los talleres de reparación, los depósitos de material fijo y rodante y el caserío donde habitaban, en épocas normales, los empleados y terraceros, todo puesto en estado de defensa, desde hacía más de ocho meses, y guarnecido por los llamados voluntarios del ejército ex-federal, pero que en realidad eran tránsfugas del ejército constitucionalista, constituían la sólida posición de La Redonda y sus defensas. Esta posición reunía, además, las condiciones técnicas de una magnífica posición defensiva. En efecto, es inaccesible por retaguardia y flancos, pues está situada en una pequeña península formada por el estero del astillero, y de difícil acceso por el frente, que es despejado y estrecho, y ligada a La Atravesada, que es como atalaya, sobre parte de su frente y todo un flanco; sin tener más línea de penetración que la vía del Sur-Pacífico, que pasa sobre un puente tendido sobre la punta del Estero, y sin otro camino de acceso que el que viene del Conchi a Mazatlán, y ambos cerrados; la primera (la vía del ferrocarril Sur-Pacífico), defendida por una plataforma blindada, que servía de reducto a una ametralladora, y el segundo (el camino de Conchi), defendido por una línea de fortines dominantes que lo ligaban a La Atravesada. Así aparece La Redonda como una posición inexpugnable, al lado de La Atravesada, que es otra posición muy sólida.

Una a otra se prestaban mutuo apoyo; la ametralladora de la plataforma blindada y los tiradores que ocupan los fortines citados flanquean en parte a quien intente atacar de frente La Atravesada y a su vez ésta, dando posición dominante, flanquea al que se aventura a atacar de frente La Redonda.

No lejos de ésta, y al pie de La Atravesada, se extiende una marisma, limpia de vegetación, despejada a la vista, obstruida por intrincada red de alambres y sembrada de férreos abrojos, que proporciona magnífico campo de tiro a los defensores y constituye La Llanura de la Muerte, como alguien la designó gráficamente, para el asaltante. Pero, a pesar de todo, estando yo plenamente convencido del valor extraordinario de los hombres a mis ordenes; sabiendo que ni el estampido de los cañones, ni las murallas sólidas, ni los fosos profundos detienen el impetuoso ataque de las fuerzas de la legalidad, resolví adueñarme de estas formidables posiciones.

Al efecto, dicté las órdenes correspondientes, y establecí mi Cuartel General en el mirador del Conchi, desde el cual, poco tiempo después, envié a usted el telegrama siguiente:

Hónrome comunicar a usted que en estos momentos, 1:45 a. m., comenzó asalto sobre posiciones enemigas. Ya comunicaré a usted resultado.

La difícil misión de tomar La Redonda, clave del plan de ataque adoptado, la confié al coronel Ángel Flores, a quien, para conservar la unidad de mando, nombré comandante de todas las fuerzas que operaban en el sector comprendido entre el Panteón Nuevo y la Isla de Piedra. He aquí cómo este ameritado jefe cumplió tan arduo cometido:

Las fuerzas que estaban a mis órdenes —dice en su parte el coronel Flores— ocuparon sus posiciones de ataque a la una de la mañana del día 6, en la forma siguiente: en la Isla de Piedra, al mando del mayor Pedro R. Zavala, la artillería, constituida por dos cañones, uno de 80 mm Bange, transformado en cañón de tiro rápido, dotado con 90 cartuchos reformados, y un cañón de 57 mm Krupp, con 75 granadas torpedos y 16 botes de metralla, con su sostén, constituido por 75 hombres del 6.º Batallón de Infantería, y una ametralladora Colts, con suficiente dotación de municiones. En Urías se estableció el servicio de comunicaciones, bajo la dirección del coronel Manuel A. Salazar; en La plaza de Urías, separada de la de La Redonda, por un estero, se alistaron 300 hombres de los batallones 2.º y 6.º de Infantería, a las órdenes del teniente coronel Ramón Rangel, para pasar el estero, ligeramente vestidos, pero bien armados y municionados, apoyándose en tablones flotantes, y atacar por sorpresa al enemigo que ocupaba La Redonda y teñía una fuerte avanzada en la playa en la que habría de efectuarse el desembarco; el resto de las fuerzas dispuestas del 2.º y 6.º, al mando de sus respectivos coroneles Manuel Mezta y el que subscribe, con un fusil ametralladora Madsen, con suficiente dotación de municiones y un cañón de fierro fundido, de carga anterior, se desplegó entre la vía del Sur-Pacífico (ramal de la Y a La Redonda) y el Panteón Nuevo, teniendo su cadena sobre el camino de Sinaloa, y amenazando apoderarse del camino del Conchi a Mazatlán.

A las dos de la mañana del día 6 se dio la contraseña del ataque.

Inmediatamente, la fuerza del teniente coronel Rangel pasó el estero y llegó a la playa opuesta con sólo 125 hombres, pues los demás, temerosos de ahogarse por no saber nadar, abandonaron los tablones y retrocedieron.

En un cuarto de hora, y sin más pérdidas de vidas que las del capitán 1.º José Yuriríar y dos soldados, el teniente coronel Rangel se apoderó de La Redonda, sembrando el terror y la muerte en el enemigo, cuyos restos dispersos huyeron precipitadamente a refugiarse a La Atravesada.

El que subscribe, informado oportunamente del feliz éxito de esta operación, en el acto lo participó al general en jefe de la brigada y al comandante de las fuerzas del sector inmediato.

El enemigo, que ocupaba las sólidas fortificaciones de La Atravesada, reforzó, con los fugitivos de La Redonda, las defensas accesorias, constituidas por alambrados y la línea de fortines que domina el camino del Conchi, que no fue abandonada, e impidieron a las fuerzas que estaban a mis órdenes inmediatas ocupar fuertemente La Redonda y voltear La Atravesada.

Nosotros pugnando por avanzar y el enemigo por detenernos, estuvimos hasta las diez de la mañana, hora en que, por el puente Juárez avanzó el enemigo en gran número, trayendo dos ametralladoras, con el ánimo evidente de recuperar La Redonda y voltear La Atravesada. Entonces los pocos de los nuestros que habían quedado en La Redonda, cercados por todas partes y abrumados por el número, se batieron heroicamente, hasta agotar las municiones, y por fin, como a las 11:30 a. m., se retiraron los supervivientes, muchos de ellos heridos, echándose al agua y pasando el Estero. En esta gloriosa retirada perecieron el teniente coronel Rangel V. y el mayor Clímaco Coronado y muchos de nuestros oficiales, clases y tropas, cuyos nombres se encuentran en la relación nominal de muertos y heridos que acompaño.

Desde las primeras horas de la mañana, nuestra artillería estuvo disparando sobre La Montuosa y la Loma del Gato, logrando acallar la artillería enemiga emplazada en La Montuosa y tener en constante vigilancia a la del Gato.

En la tarde, mandé retirar la ametralladora y emplazarla en La Isla de Soto, para hostilizar con mayor eficacia al enemigo.

Habiéndonos desalojado de La Redonda, el enemigo, sin salir de sus fortines, concentró sus fuegos sobre las tropas que estaban a mis órdenes inmediatas, pero sin hacemos retroceder, no obstante que la artillería enemiga, desde La Nevería, nos cañoneaba con furor.

Durante la lluvia que cayó como a las dos de la tarde, mandé suspender el fuego, y me retiré sin ser molestado hasta el campamento.

Desde allí ordené violentar los trabajos de los camilleros encargados de la conducción de heridos y organicé un tren que los condujera hasta Villaunión, donde estaba instalado el hospital de sangre.

En la noche del mismo día 6, y en previsión de que el cañón de 57 mm nos pudiera prestar mejor servicio en esta parte del sector, ordené el translado de la pieza citada a Urías, operación que se verificó sin el menor contratiempo.

El servicio de seguridad se estableció en la forma acostumbrada: dos compañías de grandes guardias, que vigilasen desde el Panteón Nuevo hasta Urías.

Los puestos avanzados de estas compañías, durante la noche, tiraban de vez en cuando sobre las avanzadas enemigas, que respondían en la misma forma.

Por su parte, las fuerzas de los batallones 1.º, 3.º y 4.º de Infantería, que formaban el sector de ataque, comprendido entre El Panteón Nuevo y La Montuosa, a las órdenes del general Macario Gaxiola, nombrado para el caso comandante de ese sector, rompieron el fuego con el cañón de fierro fundido de que disponían, y llevando una ametralladora, atacaron de frente La Atravesada, en tanto que la sombra de la noche los protegía: su avance fue rápido y feliz; pero al rayar el día, el enemigo,

dándose cuenta de la situación, reforzó sus líneas de fuego, hizo funcionar su artillería y repelió el ataque. Trabóse reñidísimo combate; nuestros soldados, en medio del nutrido fuego, valientemente, a pecho descubierto, mataban y morían.

La victoria no coronó tan bravos esfuerzos; muchos heridos y no pocos cadáveres quedaron tendidos en La Llanura de la Muerte.

Estas fuerzas diezmadas, al obscurecer, se retiraron a sus posiciones de combate.

Entretanto, las fuerzas de la columna Carrasco y su guarda-flanco, 5.º de Infantería, todas a las órdenes del general Juan Carrasco, nombrado comandante del sector de ataque comprendido entre La Montuosa y El Mar, cooperando al movimiento general, iniciaron su avance al romper el día.

Tras rudísimo combate, lograron apoderarse de Lechería de Tellería y de las trincheras enemigas que les cerraban el paso por la playa del Puerto Viejo.

En esta peligrosa situación permanecieron hasta el anochecer, hora en que el enemigo, haciendo un esfuerzo supremo y poniendo en juego todos sus elementos de combate, los obligó a desalojar las posiciones conquistadas y a replegarse a las iniciales de combate, desde las cuales continuaron hostilizándolo de tiempo en tiempo, durante la noche.

La mañana del día 6 tuve la honra de poner a usted al corriente de la situación, enviándole el telegrama siguiente:

Hónrome comunicar a usted que, después de hora y media de combate, los coroneles Flores y Mezta, se apoderaron de la Casa Redonda, procediendo inmediatamente al asalto de La Atravesada, en unión de los demás jefes. Respetuosamente.

Y en la tarde también, por la vía telegráfica, comuniqué a usted mi impresión personal de la jornada, en la forma siguiente:

Hónrome comunicar a usted que el combate sigue reñidísimo. El enemigo, con su artillería, el Guerrero y el refuerzo que recibió de Baja California, ha hecho una resistencia tenaz. Hasta estos momentos, hemos tenido 25 por ciento de bajas, conservando todas las posiciones ganadas al enemigo; únicamente fáltanos parque, para dar ataque formal. Aún confiamos en el triunfo de nuestras fuerzas, que se encuentran animadas.

En la mañana del día 7, se notó que el enemigo había abandonado La Redonda y La Atravesada.

En el acto las ocuparon fuerzas de los batallones 1.º, 2.º, 4.º y 6.º de Infantería, a pesar del violento cañoneo de los fuertes enemigos.

Con mi Estado Mayor, me transladé a la Loma Atravesada; establecí en ella mi Cuartel General; la ligué con líneas telefónicas tendidas rápidamente a los puntos en que se encontraban los comandantes de sector, y, desde allí, continué dictando las disposiciones y dando las órdenes que estimé oportunas, para el buen éxito de las operaciones, incorporándose allí a nosotros el general Felipe Riveros, Gobernador del Estado, con su escolta.

Las fuerzas del 6.º Batallón, al intentar pasar el Puente Juárez, en persecución del enemigo, descubrieron que éste ocupaba una segunda línea de resistencia, cerrando el paso con una ametralladora emplazada a la salida del puente. Además, en el Panteón Viejo, y en una línea de fortines que se extendía hasta el pie de La Montuosa, tenía tropas de sostén y reserva.

Los nuestros, pues, se vieron obligados por esta parte, a detenerse, y bajo el fuego enemigo, se construyeron abrigos de pequeño relieve a la entrada del Puente, desde donde hostilizaban sin cesar al enemigo.

Mientras tanto, las fuerzas confiadas a la pericia y valor del general Juan Carrasco se pusieron en movimiento, como a las diez de la mañana, atacando rudamente al enemigo, que desde la víspera, en la noche, se había posesionado de la Lechería de Tellería. Éste opone tenaz resistencia; los nuestros se baten como leones, y al fin el enemigo se ve forzado a ceder el terreno y a replegarse a sus fortificaciones.

El 3.º de Infantería, que servía de liga entre las fuerzas que efectuaron este ataque y las que estaban al mando del general Macario Gaxiola, secundaron eficazmente el ataque; pero como a las cuatro de la tarde, el enemigo sale de sus trincheras y toma resueltamente la ofensiva, con caballería, artillería y la infantería de reserva, cargando rudamente contra los nuestros, que se baten con gran denuedo; mas al fin tienen que ceder, y otra vez el enemigo recupera La Lechería. Pero si los contrarios se obstinan en conservar esta posición a toda costa, también por nuestra parte hay hombres tenaces que abrigan iguales propósitos; tras breve reposo, el teniente coronel Dammy reunió los restos de su tropa, y poniéndose a la cabeza de ellos, pues la mayor parte de su oficialidad estaba herida, avanzó impetuosamente sobre La Lechería, con ánimo de tomarla a viva fuerza y mantenerse en ella a todo trance.

El 3.º de Infantería otra vez vuelve a la carga y sostiene este movimiento: se despliega en orden de combate con la misma precisión que si estuviera en el campo de maniobras, entra al fuego en el más perfecto orden; arrolla al enemigo, lo hace ganar sus trincheras y queda otra vez dueño de La Lechería.

El teniente coronel Dammy avanza aún, y en medio de un terrible cañoneo, llega hasta las defensas accesorias de La Montuosa. Allí, un grupo de individuos, diciéndose constitucionalistas, le anuncian la caída de la plaza y le invitan a entrar a ella sin disparar. Disponíase a ejecutarlo el teniente coronel Dammy, cuando aquellos individuos, ganando rápidamente sus fortines, abren, a corta distancia, mortífero fuego sobre nuestros confiados compañeros, que salen trabajosamente de tan peligrosa situación, gracias a la oportuna intervención del 3.º de Infantería.

El teniente coronel Dammy pasa, sin detenerse, por La Lechería y perseguido de cerca, se ve obligado a desalojarla y va, por último, hasta sus posiciones iniciales, donde pernocta.

El cañón de 57 mm quedó emplazado en La Atravesada, y desde el mediodía estuvo disparando sobre el Panteón Viejo. Al cañón de 80 mm le ordené que disparara sobre el mismo objetivo, lo cual hizo desde la Isla de la Piedra, tan pronto como recibió la orden y fue emplazado en lugar conveniente.

A propósito de la falta de municiones, que se hacía sentir desde el día anterior, oportunamente transmití el siguiente mensaje al general Alvarado, a Guaymas:

General Obregón díceme usted ha de mandarme mil hombres inmediatamente. Suplícole esto sea en un tren especial, y sin pérdida de tiempo, avisándome salida. Combate sigue muy reñido. Salúdolo afectuosamente.

No tardé mucho en recibir la contestación que sigue:

General R. F. Iturbe. Otates. Infórmanme hay muchos deslaves. Vías, de tres a cuatro días estarán listas, si no llueve más. Ruégole informarme diariamente situación para saber si aún puede ser oportuno auxilio, pues, con esto, tardará mucho en llegar. Boletines inalámbricos dicen que siguen embarcándose diariamente los federales en ese puerto.

Estos antecedentes motivaron el telegrama que envié a usted y que dice:

Quedo enterado de sus mensajes en clave, en que me manifiesta las órdenes que le ha dado al general Alvarado; aunque me permito manifestarle que quien no pudo mandar municiones, tampoco podrá mandar tropas. Es muy triste, mi general, que teniendo elementos suficientes, no cooperen en los momentos que significan un triunfo completo. Yo le garantizaría que con artillería, unas ametralladoras y 500 hombres más, Mazatlán caería en nuestro poder, sin que se escapara el enemigo; pero confíe usted en que se hará todo lo que humanamente sea posible.

El pesimismo provocado por la indiferencia de un compañero, a la vez que la pena de no aprovechar, por falta de elementos materiales, una oportunidad para alcanzar una segura, rápida y completa victoria, respira en este el miasma, pero por estimado importante para la historia, lo inserto en este parte.

Por fortuna, los acontecimientos verificados durante el día 7, me permitieron cerrar este penoso incidente con un telegrama que dice:

General Salvador Alvarado, Guaymas.Enterado de su mensaje hoy. Motivo haber quitado al enemigo importantes posiciones, ya no es necesario su oportuno auxilio. Gracias. Salúdolo.

Al estar dictando las disposiciones que habían de regir durante la noche, una bala enemiga me hirió en el hombro, pero permanecí en mi puesto. Por eso di parte a usted de lo acontecido, en esta forma:

Hónrome comunicar a usted que hoy a las 7 p. m. recibí una herida. Combate sigue reñidísimo. Salúdolo muy respetuosamente.

Amaneció el día 8. Las fuerzas del 2.º y 6.º ocupaban La Redonda, sus avanzadas todavía están detenidas a la entrada del Puente Juárez; el 4.º está en La Atravesada; el 1.º y parte del 3.º reposan én sus campamentos; las fuerzas de la columna Carrasco ocupan sus posiciones iniciales de combate, desde donde hostilizan, de tiempo en tiempo, al enemigo. Así pasó todo el día y toda la noche del día 8.

La mañana siguiente, las tropas se municionan equitativamente con cartuchos 30-30, suministrados por el Gobernador del Estado; el cañón de 80 mm deja su emplazamiento de La Isla de Piedra y emprende la marcha hacia un nuevo y lejano emplazamiento; la columna Carrasco simula ataques para llamar la atención del enemigo, que en ocasiones se ve obligado a poner en juego su artillería, para repelerlos.

Aquel reposo de las tropas, esos preparativos amenazadores y esos combates simulados, anuncian claramente la proximidad de un combate.

En efecto, confiando en la superioridad moral de mis tropas e informado de que el enemigo continuaba embarcando, a gran prisa, personal y armamento, me propuse dar el asalto final a la media noche, hora en que probablemente, según el parecer del comandante de la artillería, el cañón de 80 mm llegaría a su emplazamiento de la playa del Camarón, y dicté las órdenes correspondientes a la ejecución del plan de ataque adoptado, que puede resumirse así:

Las fuerzas del 2.º y 6.º de Infantería forzarían el paso del Puente Juárez, y en seguida atacarían vigorosamente las posiciones enemigas del Panteón Viejo, tratando de tomarlas a toda costa. Al mismo tiempo, las fuerzas del 1.º, 3.º y 4.º del arma atacarían de flanco La Montuosa, a la vez que amenazaban la retaguardia del Panteón Viejo. Por último, en combinación con las anteriores, las fuerzas de la columna Carrasco, el 5.º de Infantería y la guerrilla Barraza, bajo la dirección del general Juan Carrasco, atacarían al enemigo subdividiéndose en dos fracciones, la de la izquierda con el objeto de tomar La Montuosa y la de la derecha, el Fuerte Iturbide. El cañón de 80 mm protegería el avance de la columna mandada por el general Carrasco; el de 57 mm, que había agotado ya toda su dotación de municiones, excepto los botes de metralla, iría con la columna de ataque mandada por el coronel Ángel Flores.

Dispuestas así las cosas y en espera de la hora fijada para el ataque, resumí mi impresión personal y la de mis tropas en el siguiente telegrama que dirigí a usted:

Hónrome comunicar a usted que esta noche, a las doce, daré ataque decisivo, asegurando a usted que mañana rendiré parte de la toma de la plaza. De mi herida sigo mejor. Salúdolo muy afectuosamente.

Así pasaban las horas, hasta que una circunstancia imprevista vino a precipitar los acontecimientos, pero no a modificarlos: la retirada del enemigo. Como el coronel Ángel Flores fue el primero en descubrir esta circunstancia y el único en aprovecharla, tomo del parte que rinde este ameritado jefe, la narración de lo acaecido:

En esta situación, a la entrada del Puente Juárez, dice el citado coronel, permanecí gran parte del día 9 pulsando al enemigo de tiempo en tiempo, por medio del fuego, al que sólo dejó de responder al anochecer del mismo día 9. En el acto, comuniqué esta novedad al general en Jefe de la Brigada, a fin de que, si a bien lo tenía, adelantase la hora de ataque, fijada para la media noche; pero en vista de la urgencia del caso, por propia iniciativa, ordené el avance de mis fuerzas en persecución del enemigo, que se retiraba hacia el centro de la ciudad. Avancé rápidamente, logrando darle alcance en el momento de embarcarse en el muelle provisional que había construido en Olas Altas, no sin que antes hubiéramos tenido que batirnos con los grupos de tiradores que había apostados en las bocacalles adyacentes, a los que obligamos a replegarse, y por medio de movimientos envolventes, impedimos el embarco de la extrema retaguardia enemiga, a la que derrotamos completamente, haciéndole muchas muertos y 400 prisioneros, a pesar de que el cañonero *Guerrero* estuvo disparando en dirección nuestra, con gran estrépito, pero sin resultado alguno.

El cañón de 80 mm iba todavía en marcha, cuando la plaza cayó en nuestro poder, por lo cual se le ordenó volver a Urías, donde actualmente se encuentra el botín de guerra recogido al enemigo y constituido por una ametralladora con su caja de herramientas y piezas de refacción, 400 fusiles máuser, 25 000 cartuchos de 7 mm, cuatro cornetas y gran número de cartucheras.

Durante los cinco días de combate, las fuerzas de mi mando consumieron 350 000 cartuchos de 7 mm, 100 000 de 30-30 y 100 000 de otros diversos calibres; el cañón de 57 mm agotó todas sus municiones, y al de 80 mm sólo le quedaron 30 granadas comunes.

Las pérdidas que tenemos que lamentar, son:

Muertos: teniente coronel, 1; mayor, 1; capitanes primeros, 4; capitanes segundos, 2; tenientes, 7; subtenientes, 8; sargentos primeros, 4; sargentos segundos, 19; cabos, 25; soldados, 151. Que forman un total de 222 hombres.

Los heridos se distribuyeron como sigue:

General de Brigada, 1; teniente coronel, 1; mayor, 1; capitanes primeros, 2; capitanes segundos, 6; tenientes, 6; subtenientes, 13; sargentos primeros, 3; sargentos segundos, 20; cabos, 38; tambor, 1; soldados, 165. Que forman un total de 257 hombres.

Por su parte, el enemigo, además de los 400 prisioneros que le hicimos, perdió mucha gente en la sorpresa de La Redonda y dejó sembrado de cadáveres el Malecón de Olas Altas, pudiendo estimarse que el número total de sus muertos, asciende a 400 hombres, entre los cuales se encuentran: un coronel y 17 oficiales que fueron recogidos prisioneros con las armas en la mano, y a quienes se les aplicó la ley de 25 de enero de 1862, pasándolos por las armas. Los heridos que el enemigo se llevó al evacuar la plaza suman cerca de 500, según informes dignos de crédito.

En cuanto al botín de guerra, ya quedó especificado en la parte transcrita en la relación hecha por el coronel Ángel Flores; pero hay que agregar que el enemigo dejó abandonados caballos y acémilas en gran número.

El servicio de sanidad y ambulancia funcionó satisfactoriamente. El de comunicaciones por tierra y agua, que estuvo bajo la dirección del coronel Manuel A. Salazar, también funcionó satisfactoriamente, distinguiéndose el personal encargado de las lanchas, provistas de motor de gasolina. El servicio de transmisión de órdenes, confiado en parte a las líneas telefónicas y en parte a los oficiales de mi Estado Mayor, nada dejó que desear.

La escolta del que suscribe, así como la del Gobernador del Estado, tomaron parte en los combates; se batieron con valor y fueron diezmados por el fuego enemigo.

La guerrilla Barraza, incorporada a la columna Carrasco, se batió con gran bizarría, resultando herido el jefe de ella, mayor Manuel Barraza.

El comportamiento de las fuerzas de mi mando fue brillante: todos, sin excepción, se batieron con denuedo y soportaron las fatigas con gran abnegación.

Para estímulo de los defensores de la legalidad, que militan en las filas del glorioso Ejército Constitucionalista, y para mayor honra de los que integran la Brigada de Sinaloa, que es a mis órdenes y tengo la honra de comandar, adjunto remito a usted la lista nominal, con expresión del Cuerpo y Arma en que sirvieron, de los CC. jefes y oficiales que, en mi concepto, y salvo la mejor opinión de usted, merecen premio por su comportamiento durante este hecho de armas.

La Brigada de Sinaloa felicita a usted por haberle dado las instrucciones generales que le permitieron alcanzar esta nueva y señalada victoria, y con la satisfacción del deber cumplido, tengo el honor, mi general, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto. *Constitución y Reformas*. Mazatlán, Sinaloa, 20 de agosto de 1914. El General Jefe de la Brigada. (Firmado.) *Ramón F. Iturbe*.

Todo comentario sobre este hecho de armas, que tanto realce ha dado a las armas constitucionalistas, saldría sobrando; ya que el parte rendido por el general Iturbe detalla tan bien las operaciones desarrolladas; y el número de muertos y heridos, en relación con los cambatientes, son la mejor prueba del arrojo de nuestras tropas. Digna de encomio, también, es

la modestia del general Iturbe, cuando al terminar su parte, dice: “La brigada de Sinaloa felicita a usted por haber dado las instrucciones generales, que le permitieron alcanzar esta victoria...”.

El éxito tan completo alcanzado se debió al valor y acierto del general Iturbe y los jefes subalternos, que tan hábilmente lo secundaron, así como a la disciplina y valor de los oficiales y tropa, y no a instrucciones mías, que ninguna influencia podían tener, dada la distancia a que me encontraba y al desconocimiento que tenía, en detalle, de los hechos que se desarrollaban.

Como en Sonora los acontecimientos empezaban a tomar un carácter grave, precipité mi salida para Chihuahua, emprendiendo mi viaje el día 13, un día después de haber salido el general Cabral con el mismo destino.

En este viaje me acompañaba el ciudadano norteamericano, Mr. Butcher, periodista de Douglas, Arizona, quien obtuvo permiso mío para marchar agregado a nuestra comitiva.

En el camino recibí algunos telegramas de amigos míos, entre ellos uno de Roberto V. Pesqueira, profetizándome que si volvía yo a Chihuahua, sería asesinado por Villa.

A Chihuahua llegamos el día 16 de septiembre, a la madrugada.

Al entrevistar ese día a Villa, no tardé en advertir el cambio tan completo que habían logrado efectuar en su ánimo.

Villa no trataba de ocultar sus preparativos bélicos, y siempre que se refería al Primer Jefe, usaba calificativos poco respetuosos para éste, inspirado en un odio mayor aún que su ignorancia.

Yo tuve, desde luego, la seguridad de que la guerra sería inevitable y no nos quedaba otro recurso que tratar de restar a Villa algunos de los buenos elementos que, incorporados a él por circunstancias de la lucha contra la usurpación, sentían natural repugnancia hacia muchos de los actos de su jefe.

A ese fin encaminé mis esfuerzos, secundándome los miembros de mi Estado Mayor, quienes tenían más oportunidad de conversar con los jefes de Villa.

Con facilidad pude cerciorarme del miedo tan grande que a Villa tenían todos sus jefes subalternos, en un detalle muy significativo: ninguno de ellos se atrevía a hablar a solas conmigo, seguramente por temor de que esto despertara alguna desconfianza en Villa. El único que algunas veces conversaba conmigo en tono confidencial, era el secretario, Luis Aguirre Benavides.

En los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides empecé a descubrir una contrariedad muy marcada por las dificultades que estaban teniendo lugar, contrariedad que se acentuaba a medida que las dificultades crecían, o se desvanecía cuando se tenían probabilidades de llegar a una solución pacífica. Este signo era el mejor para considerar a dichos jefes más apegados al deber que el resto de los de la División del Norte.

Al general Maclovio Herrera no tuve oportunidad de conocerlo, porque no se encontraba en Chihuahua. Solamente conocí a su hermano, el general Luis Herrera, y a su padre, don José de la Luz, pero sin llegar a tener con ellos alguna conversación, por falta de oportunidad.

Los jefes de la División del Norte que aún conservaban su firmeza revolucionaria y que se dieron cuenta de los esfuerzos míos para evitar un rompimiento, empezaron, naturalmente, a sentir alguna simpatía por mí, y ésta, que siempre es mutua, nos empezó a poner en condiciones

de comprendernos, aunque sin poder llegar a una inteligencia o acuerdo; porque a todos nos faltaba valor para tratar franca y categóricamente el asunto, ya que conocíamos que la menor sospecha recaída sobre nosotros nos borraría del catálogo de los vivos.

Como nuestra incorporación a Chihuahua fue precisamente el 16 de septiembre, y Villa había ordenado que se organizara un desfile con todas las fuerzas de su División, que estaban en Chihuahua, comprendiendo la guarnición permanente de la plaza y los destacamentos de los alrededores, que con oportunidad habían sido concentrados en la capital, y la artillería que estaba a las órdenes directas del general Ángeles, Villa me invitó a que fuera con él a presenciar el desfile, desde uno de los balcones del Palacio de Gobierno, diciéndome, con marcada intención, que tomarían parte quince mil hombres y sesenta cañones en la parada.

Acepté la invitación de Villa, y desde luego comprendí que uno de los móviles que impulsábanlo a organizar aquel desfile, era la idea de hacer una demostración de fuerza que pudiera impresionarme y hacer modificar mi criterio, ya que no había logrado de mí ni siquiera una promesa de secundar o aprobar su actitud.

En compañía de Villa, de los miembros de mi Estado Mayor y de algunos jefes y oficiales de la División del Norte, me transladé al Palacio de Gobierno, y dio principio el desfile, prolongándose por más de tres horas, debido a que se hizo sumamente pausado.

Durante el tiempo que las tropas estuvieran desfilando frente a nosotros, Villa no tuvo otro tema de conversación que la buena organización y lo bien pertrechado de las fuerzas de la División del Norte, haciendo frecuentemente la advertencia de que aquellas tropas no eran ni la mitad del contingente total de la División del Norte.

Terminado el desfile, pasamos al Palacio Federal a visitar los depósitos de armas y cartuchos que allí había establecidos.

Estos eran de tomarse en cuenta, pues solamente en parque de 7 milímetros había una existencia de más de cinco millones, y la cantidad de armas que estaba de reserva era también considerable.

Por la noche, en un momento en que estuve a solas con el teniente coronel Serrano, jefe de mi Estado Mayor, le pregunté:

—¿Qué contingente cree usted que tiene la División que desfiló hoy frente a nosotros?

Serrano me contestó:

—Cinco mil doscientos hombres, con cuarenta y tres cañones.

Esa contestación me hizo en seguida comprender que Serrano, desde el balcón en que había quedado colocado durante el desfile, había contado minuciosamente las tropas y artillería, pues no de otra manera podía ser su respuesta tan precisa en número de hombres y piezas; cifras que eran iguales a las que yo conocía ya, por la cuenta que escrupulosamente había estado llevando, del efectivo de las tropas y artillería, durante el desfile, aprovechando para ello la lentitud con que se llevó a cabo, lentitud que fue premeditada, seguramente con intención de hacer aparecer un contingente mucho mayor de lo que realmente era.

Pregunté a Serrano en qué se basaba para su cálculo, y me contestó en términos que confirmaban mi suposición, de que él había hecho lo mismo que yo durante la parada militar.

En Sonora se había registrado ya un choque entre las fuerzas de Hill y Calles y las de Maytorena, y como éste se empeñaba en demostrar a Villa que Hill había violado la orden de suspender las hostilidades, y con tal motivo, Villa comenzaba a mostrarse impaciente, mi situación se estaba haciendo difícil.

Para esas fechas el Primer Jefe había hecho ya convocatoria para la Convención de Generales y Gobernadores Constitucionalistas que había de verificarse en la ciudad de México, para tratar sobre los distintos puntos relacionados con los intereses de la Revolución, y empecé a trabajar cerca de Villa en el sentido de que él, con todos sus generales, pasara a tomar parte en la Convención de México.

Villa, con tal motivo, convocó a una junta a todos sus generales y empezó a tratar con ellos si convendría o no asistir a la Convención citada.

Como en Chihuahua habíamos sido objeto de muchas atenciones y agasajos desde nuestra anterior permanencia, de carácter oficial unas y particulares otras, habiéndonos servido una comida en la casa del general Raúl Madero y dedicado dos bailes en el Teatro de los Héroes, quise corresponder a esas atenciones; y al efecto, el día 17, en la mañana, nombré una Comisión compuesta de algunos de los miembros de mi Estado Mayor, para organizar un baile que debería principiar esa noche, a las 8, en el Teatro de los Héroes, dedicado por nosotros en correspondencia de los que ya se habían verificado en honor nuestro, y que habían resultado muy lucidos.

La Comisión hizo con toda diligencia los preparativos necesarios, arreglando el local, distribuyendo las invitaciones, etcétera, etcétera.

A la 1 de la tarde, invitados por el general Raúl Madero, pasamos a la casa de éste, a comer en su compañía.

Habíamos terminado de comer, siendo como las 4 de la tarde, cuando llegó el chofer del general Villa a llamarme en nombre de éste.

Inmediatamente me despedí del general Madero y de los demás que estaban presentes; y atendiendo al llamado de Villa, me dirigí en automóvil a su casa.

## PREPARATIVOS DE EJECUCIÓN Y BAILE OBSEQUIADO POR EL ESTADO MAYOR A LOS JEFES DE LA DIVISIÓN DEL NORTE

Al entrar en la habitación en que Villa se encontraba, éste se levantó de su asiento, sin ocultar su indignación, y desde luego me dijo:

—El general Hill está creyendo que conmigo van a jugar...; es usted un traidor, a quien voy a mandar pasar por las armas en este momento.

Y dirigiéndose entonces a su secretario, señor Aguirre Benavides, que estaba en la pieza contigua presenciando estos hechos, le dijo:

—Telegrafíe usted al general Hill, en nombre de Obregón, que salga inmediatamente para Casas Grandes.

Luego se dirigió nuevamente a mí, y me preguntó:

—¿Pasamos ese telegrama?

A lo que contesté:

—Pueden pasarlo.

En seguida de obtener mi respuesta, Villa se dirigió a uno de sus escribientes ordenándole:

—Pida por teléfono veinte hombres de la escolta de Dorados, al mando del mayor Cañedo, para fusilar a este traidor.

Entonces me dirigí a Villa diciéndole:

—Desde que puse mi vida al servicio de la Revolución, he considerado que será una fortuna para mí perderla.

Aguirre Benavides, que había previsto los acontecimientos, había llamado violentamente al general Madero, y éste se encontraba ya también en la pieza contigua, dándose cuenta de los hechos relatados.

A propósito del mayor Cañedo, que debería mandar la escolta para mi ejecución, debo consignar que, anteriormente, había pertenecido al Cuerpo de Ejército de mi mando, del que, por disposición mía, fue dado de baja, expulsándolo de Sonora, por indigno de pertenecer a nuestro ejército.

En los momentos en que yo replicaba al amago de Villa, y cuando quizás estuve en peligro de ser asesinado por él mismo, como en muchos casos llegó a hacerlo con otros, se introdujo en la pieza contigua el llamado general y doctor Felipe Dussart —individuo a quien yo en Sonora había destituido de nuestras filas, por indigno de pertenecer al Ejército Constitucionalista—, quien haciendo a Villa una señal, empezó a aplaudirlo, dando algunos saltos, para demostrar su regocijo por mi próxima ejecución, y exclamando:

—¡Bravo, bravo, mi general...!; así se necesita que obre usted.

Fue tal la indignación que Villa experimentó contra aquel ser despreciable que iba a festejarse con mi ejecución, que llevó sobre él su furia diciéndole:

—¡Largo de aquí, bribón, fantoche; porque lo corro a patadas!

Mientras se registraba aquel sainete entre Villa y Dussart, yo continuaba paseando a lo largo del cuarto.

Cuando Villa hubo lanzado fuera a Dussart, volvió a mi compañía, y los dos seguimos dando vueltas por la pieza.

La furia de aquel hombre lo estaba haciendo perder el control de sus nervios, y a cada momento hacía movimientos que denunciaban su excitación.

A mí no me quedaba más recurso que llevar al ánimo de Villa la idea de que me causaría un bien con asesinarme, y con este propósito, cada vez que él me decía:

—Ahorita lo voy a fusilar.

Yo le contestaba:

—A mí, personalmente, me hace un bien, porque con esa muerte me van a dar una personalidad que no tengo, y el único perjudicado en este caso será usted.

La escolta había llegado ya.

A mis oficiales los tenían detenidos en la pieza que se me había preparado como recámara, y sólo faltaba la última palabra de Villa.

Éste continuaba, a mi lado, paseándose por la pieza, cuando repentinamente se separó, dirigiéndose hacia el interior de la casa.

Al cuarto contiguo, donde se encontraba al principio Aguirre Benavides y el general Madero, habían llegado Fierro y algunos otros satélites de Villa, de los que —como Fierro— se distinguieron siempre por su afición al crimen.

El tiempo transcurría, y nuestra situación no variaba en nada.

Cuando todo estaba listo para nuestra ejecución, llegó el agente especial del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. Canova, seguramente con intención de entrevistar a Villa; pero tuvo que regresarse sin hacerlo, porque no le permitieron franquear la puerta de la casa.

La noticia de la orden para nuestro fusilamiento había cundido ya por toda la ciudad, y grupos de curiosos se reunían en los contornos de la casa de Villa para presenciar las ejecuciones.

Había transcurrido una hora, cuando Villa hizo retirar la escolta y levantar la guardia que teníamos a la puerta.

Como a las 6:30 p. m., entró en la pieza y, tomando asiento, me invitó a que me sentara a su lado.

Nunca había estado yo más consecuente en atender una invitación. En seguida tomé asiento en el sofá que Villa me señaló al invitarme.

Villa, con una emoción que cualquiera hubiera creído real, en tono compungido, me dijo:

—Francisco Villa no es un traidor; Francisco Villa no mata a hombres indefensos, y menos a ti, compañerito, que eres huésped mío. Yo te voy a probar que Pancho Villa es hombre, y si Carranza no lo respeta, sabrá cumplir con los deberes de la Patria.

Aquella emoción tan bien fingida continuó en creciente, hasta que el llanto apagó su voz por completo, siguiéndose a esto un silencio prolongado, el que vino a turbar un mozo, que de improviso entró en la habitación y dijo:

—Ya está la cena.

Villa se levantó y, enjugando su llanto, me dijo:

—Vente a cenar, compañerito, que ya todo pasó.

Confieso que yo no participaba de la opinión de Villa de que todo había pasado, pues en mí no sucedía lo mismo, porque el miedo ni siquiera empezaba a declinar.

Inmediatamente después de la cena, los oficiales comisionados por la mañana de be día para preparar el baile, y que habían sido ya puestos en libertad, así como los que formaban la Comisión de recepción, se transladaron al salón del Teatro de los Héroes, para que principiara la fiesta.

Villa se excusó de asistir al baile, diciendo estar indispuesto, y yo me presenté en el teatro a las nueve de la noche.

La fiesta estuvo muy animada, y bailamos hasta las primeras horas de la mañana del siguiente día.

La mayor parte de los concurrentes estaba al tanto de los acontecimientos que habían tenido lugar durante la tarde, y se formaban mil conjeturas al vernos entregados al baile sin hacer ningunos comentarios.

## COMISIÓN AL MAYOR JULIO MADERO. NEGATIVA DE HILL A LAS ÓRDENES DE VILLA

Al mayor Julio Madero, de mi Estado Mayor, le recomendé salir por El Paso y transladarse a Douglas, para informar confidencialmente al señor Francisco S. Elías, agente del Gobierno Constitucionalista, y al general Benjamín G. Hill, sobre la situación en que estaba yo en Chihuahua, y hacer a éste la advertencia de que no debería atender las órdenes transmitidas en mi nombre por la oficina particular del general Villa. Al mismo tiempo, entregué a Julio Madero la cantidad de veinte mil pesos en billetes de Banco, suplicándole depositarlos en la casa del señor Francisco S. Elías e instruir a éste, en mi nombre, para que hiciera de ellos una equitativa distribución entre las familias de los miembros de mi Estado Mayor, si éstos, como yo creía, eran asesinados juntamente conmigo, por Villa.

El general Hill contestó el mensaje de Villa, en sentido de que no atendería ninguna orden que fuera firmada por mí, mientras yo permaneciera en Chihuahua.

Villa, en el colmo de la indignación por la contestación de Hill, ordenó inmediatamente la salida de dos mil hombres, al mando del general José Rodríguez, por vía Ciudad Juárez y Casas Grandes, dizque para someter a Hill.

Se habían recibido ya noticias de que Cabral había sido mal recibido por Maytorena, quien se negó a entregarle el gobierno y la Comandancia Militar de Sonora; y en estas circunstancias, se consideró inútil todo esfuerzo para solucionar las dificultades en aquel Estado.

El día 18, ya muy tarde, se me presentó el agente consular de Estados Unidos, Mr. Canova, a decirme que él y otras personas habían conseguido de Villa que se me pusiera en libertad y se me mandara a Ciudad Juárez, hasta dejarme en territorio norteamericano, ofreciéndose él (Mr. Canova), bondadosamente, a acompañarme.

A esta oferta, contesté:

—Agradezco sinceramente sus gestiones, y puede usted también expresar mi agradecimiento a Villa y a las personas que acompañaron a usted ante él, para influir en su ánimo a tomar tal resolución; pero no puedo permitir que se me arroje del país a buscar seguridades para mi vida en territorio extranjero. Si yo soy un bandolero o un traidor, debo ser ejecutado aquí mismo, en Chihuahua; pero si no lo soy, debo ser puesto en libertad, y regresar a México, a dar cuenta de la comisión que me confirió el Primer Jefe.

El día 21, después de una serie de juntas y discusiones, Villa y sus generales llegaron a la siguiente resolución: Villa permanecería en Chihuahua, mientras que todos sus generales concurrirían a la Convención, en la capital de la República, y que, a fin de no perder tiempo, saldrían desde luego, en mi compañía, los generales Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, en tanto que se reunieran en Chihuahua los demás jefes de la División del Norte para marchar a México.

## SALIDA DE CHIHUAHUA Y REGRESO A MÉXICO

En la tarde de ese mismo día, salí de Chihuahua, acompañado de los generales Aguirre Benavides y Robles.

Durante el camino, los generales que me acompañaban y yo hablamos ya con entera libertad; y entonces, con verdadera satisfacción, conocí las protestas de éstos contra las tendencias de Villa y sus consejeros, de envolver al país en una nueva lucha.

Llegamos a estación Ceballos, y nuestro tren hizo alto.

Momentos después, entraban en mi gabinete los generales Aguirre Benavides y Robles, trayendo el segundo un telegrama, que le acababan de entregar en la estación. Robles, moviendo la cabeza en señal de disgusto y dirigiéndose a mí, dijo:

—Mire usted el telegrama que acaba de dirigir el general Villa.

El telegrama había sido depositado en Chihuahua, firmado por Villa y dirigido a los generales mencionados, diciendo su texto:

Sírvanse ustedes regresarse inmediatamente, trayendo consigo al general Obregón.

No se necesitaban facultades de profeta, para anunciar lo que seguiría a mi regreso a Chihuahua.

Robles y Aguirre Benavides habían tomado asiento, y los tres permanecíamos callados.

Al fin Robles rompió el silencio y, poniéndose en pie, me dijo:

—Díganos usted en qué forma podemos servirle, y estaremos enteramente a sus órdenes. Cuente usted con nosotros.

Yo comprendí que la situación de aquellos hombres era muy comprometida, dadas las confidencias que mutuamente nos habíamos hecho y las que serían interpretadas por Villa como complicidad conmigo, si llegaba a conocer esa circunstancia, y dada también la indignación que ellos habían manifestado por tan execrable proceder de Villa. Por lo tanto, no queriendo hacerles más comprometida aquella situación, me limité a decir a Robles:

—Agradezco el ofrecimiento de ustedes, y voy a aceptarlo, solamente suplicándoles me ofrezcan, bajo su palabra de honor, que no permitirán que se me insulte, ni que se me ultraje, y que si Villa, como creo, me manda fusilar a mi llegada a Chihuahua, ustedes influirán por que lo haga sin detalles humillantes.

Aquellos hombres, profundamente conmovidos, se pusieron en pie, y, tendiéndome la mano, me juraron no permitir que se cometiera ultraje alguno conmigo en mi ejecución.

El tren se puso en marcha de regreso.

Durante el camino, Robles y Aguirre Benavides no trataban de ocultar su contrariedad, ofreciendo que, si Villa me asesinaba, ellos regresarían inmediatamente a Torreón, en donde estaban las fuerzas de su mando, y serían los primeros en batirlo.

Cuando nos aproximábamos a Chihuahua, llamé a mi gabinete al periodista Mr. Butcher y, entregándole un veliz, que contenía una cantidad de dinero en billetes de Banco, le dije:

—Ya vamos a llegar a Chihuahua, y es probable que después de nuestro arribo a la estación, no nos volvamos a ver. Quiero entregar a usted este dinero, que no me pertenece, y que es de la Nación, para que haga usted entrega de él al señor Francisco S. Elías, agente comercial de mi Gobierno, para que él dé cuenta de este entero.(La cantidad entregada al señor Butcher ascendía a treinta mil pesos.)

Butcher, sin ocultar su emoción, recogió el veliz con los fondos, pronunciando algunas palabras con que trató de desvanecer mi pesimismo, y se retiró a su departamento.

Nuestro tren llegaba a la estación de Chihuahua a la madrugada del día 23.

La estación estaba desierta, y nosotros permanecimos en nuestro carro.

A las siete de la mañana, llegó a nuestro carro un oficial de Villa, con el automóvil particular de éste, para conducirnos a su casa.

Cuando llegué a la casa de Villa, éste se encontraba enfurecido; pero toda su ira la manifestaba contra el señor Carranza, a quien calificaba duramente.

Me saludó muy nervioso, y luego me mostró el telegrama que el día anterior había dirigido al Primer Jefe, desconociéndolo, en nombre de la División del Norte, y rebelándose abiertamente contra su autoridad. A continuación, se reproduce el texto de dicho telegrama:

VILLA DESCONOCE A LA PRIMERA JEFATURA

Chihuahua, septiembre 22 de 1914. Señor Venustiano Carranza. México. En contestación a su mensaje, le manifiesto que el general Obregón y otros generales de esta División salieron anoche para esa capital, con el objeto de tratar importantes asuntos relacionados con la situación general de la República; pero en vista de los procedimientos de usted, que revelan un deseo premeditado de poner obstáculos para el arreglo satisfactorio de todas las dificultades y llegar a la paz que tanto deseamos, he ordenado que suspendan su viaje y se detengan en Torreón.En consecuencia, le participo que esta División no concurrirá a la Convención que ha convocado, y desde luego le manifiesto su desconocimiento como Primer Jefe de la República, quedando usted en libertad de proceder como le convenga. El general en Jefe. *Francisco Villa*.

Yo leí el telegrama sin hacer ningún comentario.

Todo aquel día estuvieron nuestras vidas poco seguras; porque Villa, a cada momento, insistía en la necesidad de fusilarnos, deteniéndose sólo ante la oposición que la mayor parte de sus jefes presentaban a su idea en tal sentido.

El general Tomás Urbina, que había sido compañero de Villa desde que se dedicaban a robar y matar en los caminos, ligándolos también el compadrazgo, y que con este motivo tenía grande influencia sobre él, hacía hincapié constantemente en que deberíamos ser pasados por las armas.

Maytorena, por su parte, al saber mi situación, dirigió un telegrama a Villa, diciéndole que por ningún motivo convenía que yo escapara, y anunciaba el envío de documentos muy comprometedores para mí.

Las opiniones de Ángeles y Díaz Lombardo, a este respecto, no pude conocerlas; pero no juzgo aventurado creer que apoyaban la de Urbina y de Maytorena, pues no figuraban entre los que se oponían a la ejecución.

Durante todo ese día, Aguirre Benavides y Robles estuvieron insistiendo con Villa en que se me permitiera regresar con ellos; pero Villa se opuso terminantemente a esto.

Por la tarde, Villa ordenó a los citados generales que salieran inmediatamente para Torreón; orden la cual, seguramente, tuvo por objeto alejar la influencia que ellos estaban ejerciendo entre los demás jefes de la División del Norte, para evitar el atentado.

Aguirre Benavides y Robles, al recibir la orden para su marcha, pasaron a hablar con Villa y le manifestaron que saldrían para Torreón y continuarían con él, si les ofrecía que no se atentaría contra mi vida; a lo que Villa accedió, y, en consecuencia, ellos salieron rumbo a Torreón esa misma tarde.

Por la noche, durante la cena, Villa me dijo:

—Esta misma noche te voy a despachar con Carranza; nomás quiero que acaben de salir los trenes del general Almanza.

Terminada la cena, Villa llamó al coronel Rodolfo L. Fierros, que era el verdugo en quien él tenía más confianza, y le dio algunas órdenes para que preparara nuestra salida.

A esa misma hora, llegaba el general Raúl Madero —que era uno de los más empeñados en que se me pusiera en libertad— llevando por objeto solicitar de Villa permiso para que una comisión de generales de la División del Norte me acompañara hasta dejarme fuera del territorio controlado por dicha División.

Villa se negó a dar ese permiso, y sólo fue anuente en que me acompañara el coronel Roque González Garza.

Al despedirme del general Madero, esa noche, me dijo:

—En un pequeño álbum, donde escribo las cosas que no quiero que se pierdan con mi vida, tengo escritas, general, las palabras que usted contestó a Villa, cuando éste dio la orden para su fusilamiento.

Di las gracias a Madero por aquello, y nos despedimos.

## CONFERENCIA CON EL SECRETARIO PARTICULAR DE VILLA, Y SALIDA DE CHIHUAHUA

Yo no quería emprender la marcha antes de hablar con el señor Luis Aguirre Benavides, a quien había notado muy contrariado durante ese día; y con tal fin, lo invité a que diéramos un paseo, invitación que él aceptó.

Pudimos esquivar la vigilancia que se ejercía sobre nosotros, y nos salimos a pie por la Alameda de la avenida del Santo Niño, llegando hasta la estación de carga del ferrocarril.

Aguirre Benavides, ya sin ninguna reserva, me manifestó su determinación de abandonar a Villa, diciéndome que para ello sólo esperaba ponerse de acuerdo con su hermano, el general Eugenio, del mismo apellido, que había salido con el general Robles, para Torreón, y trasladar de Chihuahua a su familia, para librarla de las vejaciones de que pudiera ser objeto por parte de Villa, al efectuar ellos su separación.

Aguirre Benavides, en su desahogo, me confesó los inútiles esfuerzos que había él venido haciendo al lado de Villa, por ver si lograba hacerlo desistir de sus instintos criminales y de las ambiciones que Ángeles y sus demás consejeros habían despertado en su ignorancia.

A las diez de la noche, cuando habíamos regresado a la casa de Villa, éste me dijo:

—Todo está listo para que salga.

En seguida nos despedimos de Villa, de Urbina, Fierros y de algunas otras personas, trasladándonos luego al tren, acompañados del coronel Roque González Garza, quien marcharía con nosotros hasta dejamos fuera del territorio controlado por la División del Norte.

El tren partió cerca de las once de la noche.

El coronel González Garza era uno de los que más se habían opuesto a la idea de mi fusilamiento, y cada vez que se tocaba este punto, decía que la mancha que Villa hubiera arrojado sobre la División del Norte con mi asesinato nada podría borrarla.

La noche se pasó sin novedad, y antes de amanecer, dimos alcance al tren del general Almanza, que había salido de Chihuahua algunas horas antes que el nuestro, y que estaba detenido en una de las estaciones del trayecto, siguiendo el nuestro adelante.

## CONFLICTO EN ESTACIÓN CORRALITOS Y LLEGADA A TORREÓN

El viaje se hizo sin contratiempo hasta estación Corralitos donde se recibió un telegrama de Villa, ordenando que regresara nuestro tren.

En aquella estación, que está situada en uno de los desiertos de Chihuahua, no había más gente que el empleado que atendía la oficina telegráfica del ferrocarril.

Cuando nuestro tren iba a emprender su contramarcha rumbo a Chihuahua, salté yo de mi carro a tierra, y el coronel Roque González Garza, al ver mi actitud, saltó también, y me preguntó:

—¿Qué va usted a hacer, general?

—Morir matando —le contesté.

El tren hizo alto, y entonces bajó violentamente el capitán Carlos Robinson, de mi Estado Mayor, que iba como jefe de los quince hombres de nuestra escolta, y me dijo:

—Todos debemos correr la misma suerte, mi general, y voy en seguida a desembarcar la escolta.

Como el tren del general Almanza se acercaba y yo tenía la seguridad de que Villa habría trasmitido órdenes a este jefe para consumar su crimen, consideré que no había tiempo que perder.

El coronel González Garza manifestaba marcada indignación contra Villa, por aquel procedimiento, y trataba de convencerme de que mi resolución, en aquellos momentos, era inútil, y que sería preferible volver a Chihuahua.

La mayor parte de los miembros de mi Estado Mayor se habían dado cuenta ya de aquella situación, y saltaban también del tren, con igual ánimo que el capitán Robinson.

Dirigiéndome a Robinson, le dije:

—Incorpórese usted a su escolta, y haga todo esfuerzo por salvar a mis oficiales, y déjeme aquí, acompañado de mi ayudante Valdés.

A éste había dado orden de que bajara de mi gabinete mi carabina y la suya.

Robinson y los oficiales de mi Estado Mayor protestaron contra mis órdenes de salvarse, dejándome allí, y manifestaron su resolución de que todos corriéramos la misma suerte; a lo que yo repuse:

—Nosotros no debemos justificar nuestro propio asesinato: Si todos hacemos resistencia, es indudable que causaremos a los traidores un verdadero estrago en sus filas, antes de que haya sucumbido el último de nosotros, y con esto daremos margen a que ellos, presentando sus muertos en Chihuahua, declaren que asaltamos su tren o que nos pronunciamos, y que por esto se vieron en la necesidad de defenderse y acabar con nosotros. Por otra parte, yo, en compañía de Valdés solamente, tengo mayores probabilidades de salvarme, porque la persecución les será más

difícil que si la hicieran sobre un grupo numeroso, y si logran mi captura y me asesinan, no podrán presentar ninguna disculpa a su atentado.

Dicho esto, me dirigí a Robinson, agregando:

—Ordene usted que dos soldados suban a ese poste (señalando uno de los del telégrafo), y corten todos los hilos telegráficos, y usted, personalmente, aprehenda al telegrafista.

Ya había acordado yo con el teniente coronel Serrano que al coronel González Garza se le atara y encerrara en el gabinete del Pullman, cuando Robinson llegó, manifestando que, al proceder a la aprehensión del telegrafista, encontró a éste recibiendo un mensaje de Chihuahua, en que se ordenaba que nuestro tren prosiguiera su marcha a Torreón.

Informado yo de aquella orden, dada por Villa, subí de nuevo al tren e hicieron lo propio mis oficiales y soldados de la escolta, quedando completamente desorientados por aquella disposición y con la seguridad de que entrañaba una nueva traición de Villa; pero, como de todos modos aliviaba de momento nuestra situación, fue recibida con gusto por nosotros.

El coronel González Garza, mostrando una profunda contrariedad —que nosotros juzgamos sincera—, subió también al tren con nosotros, sin que tampoco pudiera explicarse lo que Villa intentaría hacer en seguida.

Nuestro tren partió inmediatamente que hubo subido el último de nosotros, y corría sin novedad... pero poco después de haber pasado estación Mapimí, y cuando nos faltaba ya menos de una hora para llegar a Gómez Palacio, uno de mis oficiales me dio parte de que un tren se aproximaba por el frente.

Este nuevo acontecimiento ponía otra vez nuestros nervios en tensión, los que, en verdad, no habían tenido reposo en algunos días. Momentos después, nuestro tren y el desconocido hacían alto, frente uno al otro, a una distancia de poco menos de cien metros, y no tardé en ser informado que el tren misterioso era un especial, que procedía de Torreón, ordenado por los generales Aguirre Benavides y Robles, conduciendo a dos oficiales de Estado Mayor, en comisión de aquéllos.

A poco rato subieron a mi tren los dos oficiales citados, quienes eran portadores de un pliego de los generales Aguirre Benavides y Robles, el cual servía de salvoconducto, y a la vez de orden para hacernos seguir hasta Torreón, con seguridades.

Desde aquel momento empecé a sentirme seguro, confiando en la lealtad de aquellos hombres.

Los trenes se pusieron en movimiento hacia Torreón, y antes de una hora llegamos a Gómez Palacio, encontrando en la estación una escolta, formada, al mando de un oficial. Éste subió a nuestro tren cuando hizo alto, y después de hablar con los oficiales de Robles, descendió al andén, continuando nosotros a Torreón, adonde llegamos poco después, a las cuatro de la tarde.

En la estación de Torreón había algún movimiento de tropas, unas embarcándose y otras alistándose para hacer lo mismo.

Poco después de nuestra llegada, subieron a mi carro los generales Aguirre Benavides y Robles, y después de saludamos con un abrazo cariñoso, pasamos a mi gabinete, para hablar confidencialmente y para comunicar yo al general Aguirre Benavides el recado que su hermano Luis me diera para él, la noche en que nos despedimos en Chihuahua.

Yo traté desde luego de referirles las peripecias que nos habían ocurrido en el camino, pero ellos las conocían con mayores detalles, y a esto precisamente se debió que hubiésemos llegado salvos a Torreón.

## CONFERENCIA CON ROBLES Y BENAVIDES

Robles y Aguirre Benavides nos explicaron entonces cómo nos habíamos salvado, haciéndonos detallada relación de las circunstancias de aquel trance y las que en seguida relato yo, a mi vez:

Villa no permitió la salida de nosotros de Chihuahua sino cuando había hecho salir al general Almanza con un tren militar, para esperar en el camino al nuestro, a la mañana del siguiente día, y pasarnos por las armas a todos, cuya orden había dado Villa.

Como el tren del general Almanza tuvo que hacer alto en el camino, para enfriar unas chumaceras, esta circunstancia imprevista dio lugar a que el nuestro lo alcanzara y siguiera adelante, sin que de ello se diera cuenta el general Almanza, porque a esas horas venía dormido, y a ninguno de sus oficiales había confiado las órdenes que recibiera de Villa.

Al amanecer, Almanza ordenó la parada de su tren, sin decir a nadie el objeto; pero cuando hubo transcurrido bastante tiempo, sin que el nuestro le diera alcance, para cumplir las órdenes de Villa, ordenó a un ferrocarrilero que se informara del tiempo que nuestro tren tardaría en llegar. La contestación que obtuvo fue que desde la madrugada habíamos pasado adelante.

Esto hizo a Almanza comprender que el plan se había frustrado, y que habíamos ganado ya una considerable distancia; luego comunicó a Villa lo ocurrido, para que éste ordenara el regreso de nuestro tren, a fin de poder ejecutar sus instrucciones respecto de nosotros.

Cuando Villa tuvo conocimiento de aquel contratiempo, telegrafió a estación Corralitos, ordenando el regreso de nuestro tren. El telegrafista de Torreón se enteró de la orden, y, cumpliendo la recomendación que tenía recibida de Robles y Aguirre Benavides, en sentido de reportarles la marcha de mi tren, les comunicó aquel incidente.

Desde luego, ellos se dirigieron a Villa, recordándole el ofrecimiento que les había hecho de que no atentaría contra mi vida; y a la vez, en Chihuahua, Luis Aguirre Benavides y su ayudante, el señor Enrique Pérez Rul —que en la mañana se habían enterado casualmente de las órdenes dictadas por Villa—, en compañía de los jefes que no estaban de acuerdo en que se me asesinara, se dirigieron a Villa, pidiéndole que revocara la orden de regresar nuestro tren.

Villa, siguiendo sus instintos felones, contestó a todos que no tuvieran cuidado, y dio orden para que mi tren continuara hasta Torreón (siendo esta orden la contenida en el telegrama que se recibió en Corralitos, en los momentos en que iba a efectuarse la aprehensión del telegrafista y la interrupción de las comunicaciones, por mi orden). Pero en seguida Villa libró orden al Comandante Militar de Gómez Palacio, Durango, en los siguientes términos: Al pasar tren especial de general Obregón por ésa, sírvase usted aprehenderlo con todas las personas que lo acompañan y pasarlos por las armas inmediatamente, dando cuenta a este Cuartel General de lo ocurrido.

Este mensaje fue oído también por el telegrafista de Torreón, y lo puso en conocimiento del general Robles, quien de acuerdo con el general Aguirre Benavides, hizo salir desde luego un

tren especial con dos oficiales de su Estado Mayor, para que me encontraran antes de llegar a Gómez Palacio y me condujeran con seguridades hasta Torreón. (Ése fue el tren que nos encontró entre Mapimí y Gómez Palacio, y la escolta, que estaba formada en la estación de Gómez Palacio, a la llegada de nuestro tren, era la que el Comandante Militar de aquella plaza tenía preparada para cumplir las órdenes de Villa).

Después de que nos hubieron hecho esa narración los generales Benavides y Robles, estos mismos me aconsejaron que cambiara de ruta para mi viaje a la ciudad de México; sugiriéndome la conveniencia de que lo continuara por la vía de Saltillo, y de allí por el ferrocarril Nacional, porque consideraban peligroso que lo hiciera por Zacatecas, dado que el general Pánfilo Natera, Comandante Militar del Estado de Zacatecas, acababa de telegrafiar a Villa, apoyando su actitud y poniéndose a sus ordenes.

Yo manifesté a ellos mi decisión de seguir la marcha por Zacatecas, para conocer personalmente la actitud de Natera, y ver si sería posible que volviera él por los fueros de la lealtad.

En vista de mi invariable resolución, Robles me extendió el salvoconducto que copio a continuación:

Un membrete que dice: Ejército Constitucionalista.División del Norte. Las autoridades civiles y militares se servirán guardar y hacer guardar toda clase de garantías y seguridades al C. General de División Álvaro Obregón y sus acompañantes, que marchan a la capital de la República, impartiéndoles la ayuda que les fuere necesaria. *Constitución y Reformas*. Torreón, septiembre 24 de 1914. El General J. A., de la División del Norte en la Comarca Lagunera. *J. Isabel Robles*. Rúbrica.

Al despedirnos, Robles y Aguirre Benavides me dijeron que ellos no secundarían a Villa en su traición contra Carranza, y que ya estaban alistando todas sus tropas para transladarse a Zacatecas, por órdenes de Villa, esperando llegar a aquella plaza para tomar la actitud que me ofrecían en aquellos momentos.

El coronel Roque González Garza no estuvo con nosotros durante esta entrevista, porque Robles y Aguirre Benavides manifestaron no tenerle completa confianza.

## LLEGADA A ZACATECAS Y CONFERENCIA CON NATERA

Nuestra marcha se prosiguió de Torreón, por la vía a Zacatecas, y en todo el trayecto fuimos dando alcance a los trenes militares de las fuerzas de Robles y Aguirre Benavides, hasta llegar a Zacatecas el día siguiente, a las cinco de la tarde.

En la estación había reunida mucha gente, y una banda militar tocaba a nuestra llegada.

Cuando nuestro tren hizo alto en la estación, subieron a nuestro carro, a saludarnos, el general Natera y algunos de sus principales jefes.

Natera me preguntó desde luego qué pensaba yo de la situación, a lo que contesté: —Yo estoy ya enteramente de acuerdo con los generales Robles y Aguirre Benavides, quienes deben llegar a ésta, mañana o pasado.

Natera, entonces me dijo: —Yo también me dirigí, desde ayer, al general Villa, manifestándole que participo de las mismas ideas que él.

Antes de que entráramos en detalles, manifesté mi urgencia por continuar mi marcha para arreglar algunos asuntos en la ciudad de México, y regresar luego a Zacatecas. Me despedí de

Natera y de los otros jefes que habían subido a mi carro, y nuestro tren continuó su marcha sin contratiempo.

Poco antes de llegar a Aguascalientes, encontramos un tren que esperaba al nuestro, en una de las estaciones. En él viajaban el coronel Luis S. Hernández el teniente coronel Alfredo Murillo, el teniente coronel Severiano A. Talamante, el capitán 1.º Fausto Topete, los miembros de mi Estado Mayor: capitán 1.º Jesús M. Garza; mayor médico Enrique C. Osornio y teniente Alberto G. Montaño; los señores Rafael Manzano, ingeniero Manuel Urrea y Agustín Ortiz y otros amigos míos, cuyos nombres no recuerdo, quienes habían salido de México, con el propósito de llegar hasta donde pudieran tener noticias de mi paradero.

Todas esas personas subieron a mi carro y entablamos con ellos una muy animada conversación, relatándoles, con colores más o menos vivos, los acontecimientos que se habían desarrollado desde nuestra permanencia en Chihuahua. Ellos, por su parte, nos platicaban también cómo en México había dado la prensa la noticia de nuestro fusilamiento, narrándonos las versiones que circulaban sobre nuestra muerte.

En esa entretenida plática continuamos hasta Aguascalientes, adonde llegamos antes de las doce de la noche.

Como en México se habían celebrado algunas juntas de jefes constitucionalistas, en la residencia del general Lucio Blanco, con objeto de estudiar la forma más conveniente de evitar un rompimiento entre la División del Norte y el Gobierno Constitucionalista, dirigí, desde Aguascalientes, un mensaje a dichos jefes, suplicándoles reunirse a mi llegada, para darles, en detalle, un informe sobre mis impresiones recogidas de los distintos jefes de la División del Norte.

De Aguascalientes continuamos la marcha, llegando a la Capital el día 26.

Inmediatamente, me trasladé a presencia del Primer Jefe, para darle cuenta de la comisión que me había confiado e informarle de los acontecimientos desarrollados en Chihuahua.

En la entrevista que con tal objeto celebré con el Primer Jefe, le manifesté mi creencia de que podríamos restar a Villa sus mejores elementos, basándome en el acuerdo a que había yo llegado con los generales Aguirre Benavides y Robles, y con el secretario particular de Villa.

El Jefe se mostró sorprendido de que hubiera yo podido salvarme de las garras de Villa, dado lo sanguinario de este hombre, y el odio profundo que sentía hacia los que continuábamos leales a la Primera Jefatura.

En la noche del 27, se celebró una Junta de jefes constitucionalistas en el Cuartel General de Blanco, y en ella expresé, con la mayor claridad posible, mi idea de poder restar a Villa todos los elementos de orden y moralidad que le estaban incorporados.

## ACUERDO TOMADO EN JUNTA CELEBRADA EN LA CIUDAD DE MÉXICO. REGRESO A ZACATECAS

Terminada la Junta, se hizo constar el acuerdo siguiente:

Se nombran en comisión, para que vayan a Aguascalientes a tratar con los jefes de la División del Norte, a los siguientes CC. generales Álvaro Obregón, Ramón F. Iturbe, Guillermo García Aragón, Ernesto Santos Coy, Ramón V. Sosa, Jesús Trujillo y coronel Luis Santoyo. Se acordó designar también, como miembro de la comisión que irá al Norte, al C. general Eduardo Hay y

agregar a dicha comisión al general Andrés Saucedo. Se autoriza a esta comisión para transladarse inmediatamente al punto más hacia el norte que pueda alcanzar, y ponerse en contacto con el mayor número de jefes de la División del Norte, a fin de dar cerca de ellos todos los pasos que se estimen prudentes, para lograr, desde luego, la suspensión de hostilidades y, subsecuentemente, un acuerdo con ellos para evitar el conflicto armado inminente. Esta comisión queda especialmente facultada para preparar un acuerdo con los jefes del Norte, respecto a las condiciones en que pudiera reunirse una Convención General de Jefes Revolucionarios que solucione debidamente todas las diferencias existentes, y traten los principales problemas políticos que ofrece la situación actual en México.

Obtuve permiso del Primer Jefe para salir a Zacatecas y emprendí mi viaje ese mismo día, llegando al siguiente.

En Zacatecas estuve conferenciando con Aguirre Benavides, Robles, Natera, Bañuelos y otros jefes.

Robles telegrafió desde luego a Villa, avisándole mi llegada y que lo esperaba yo para conferenciar; pero Villa, que por la circunstancia de mi regreso a Zacatecas, había empezado a desconfiar ya de Aguirre Benavides y Robles, no quiso llegar y se detuvo en una estación inmediata, ordenando de allí la movilización de varios trenes con tropas, procedentes de Chihuahua y de Torreón, para escoltarse en su entrada a Zacatecas.

Al tener yo conocimiento de que Villa no quería llegar antes de reconcentrar un competente número de tropas para entrar al frente de ellas, me retiré a Aguascalientes el mismo día 29 en la noche, quedando en Zacatecas los demás miembros de la comisión salida de México, en espera de Villa, para conferenciar con él.

El día 30 se incorporó a Aguascalientes el resto de la citada comisión, manifestando que los jefes de la División del Norte se mostraban temerosos de concurrir a la Convención de México, tomando en cuenta que había ya un rompimiento entre Villa y la Primera Jefatura: por lo que ellos (mis compañeros de la comisión) les habían ofrecido que la Convención se celebraría en Aguascalientes, como punto intermedio entre México —asiento de la Primera Jefatura— y Chihuahua, Cuartel General de la División del Norte.

Con tal motivo, hicimos constar el siguiente acuerdo:

Cumpliendo comisión que Junta de Jefes reunidos en México, día 27, confirióme en compañía generales Iturbe, Santos Coy, Hay, Saucedo, García Aragón, Trujillo y Sosa y coronel Santoyo, transladámonos a Zacatecas para conferenciar con general Villa, Robles, Aguirre Benavides, otros jefes de la División del Norte, y generales Natera, Bañuelos, Domínguez, Triana y Eulalio Gutiérrez. Resultado de conferencias, fue en definitiva el siguiente acuerdo: Suspensión de actitud hostil por ambas partes, cesando desde luego todo movimiento de tropas. Para día cinco octubre, deberá reunirse en Aguascalientes mayor número posible de generales Constitucionalistas, para Convención General, que verificarase, empezando día 10. Objeto reunirse desde día 5, es establecer intercambio de ideas entre todos los jefes, para que al celebrarse las juntas, llevemos ya unificado, en lo posible, nuestro criterio.

El día 1.º de octubre, llegamos de regreso a la capital los jefes que integrábamos la comisión que fue a Zacatecas, y desde luego, empezamos a trabajar en el ánimo del Primer Jefe, a fin de que concediera permiso para que la Convención se efectuara en Aguascalientes, proponiéndonos, con esto, quitar todo pretexto a los jefes de la División del Norte y lograr que abandonaran a Villa los elementos que no estaban dispuestos a secundar su defección.

En una de las conferencias que celebré con el Primer Jefe, y en la que yo trataba de hacerle ver la conveniencia de transladar la Convención a Aguascalientes, él me dijo:

—Yo no me opondré a que la Convención se traslade a Aguascalientes; pero tengo la seguridad absoluta de que nada se logrará. Los hombres que están detrás de Villa pondrán todos los medios que estén a su alcance para evitar toda solución pacífica, ya que son los que

encabezan la reacción. Yo no quiero, bajo ningún concepto, ser un obstáculo; pero tampoco entregaré el país en manos de un hombre como Villa, cuya ignorancia y ambiciones siempre serán un peligro.

La Convención convocada por el Jefe celebraba sus sesiones en la Cámara de Diputados; pero después de muchos esfuerzos llevados a cabo por todos los jefes que nos habíamos comprometido a que la Convención se trasladaría a Aguascalientes, logramos que el Jefe accediera a ello, y dio las órdenes necesarias para que se nos impartieran facilidades, tanto para nuestra marcha de México, como para instalar en Aguascalientes la Asamblea.

## LA CONVENCIÓN SE TRASLADA A AGUASCALIENTES

La Convención fue trasladada en seguida, quedando instalada en el teatro Morelos, de la ciudad de Aguascalientes, en la primera decena del mes de octubre.

Yo no estoy capacitado para hacer historia detallada de la Convención de Aguascalientes, por carecer de la documentación necesaria, y, por tal motivo, renuncio a esa tarea; pero sí lo estoy para confesar que esa Convención fue un fracaso, pues con ella, lejos de restar a Villa, como nosotros pretendíamos, la mayor parte de sus elementos, pusimos a esos en condiciones difíciles de abandonarlo, porque Villa quedó investido de una aparente legalidad, y esto dio margen también a que muchos de los jefes, que sin la Convención hubieran permanecido leales a la Primera Jefatura, defeccionaran y se incorporaran a Villa, aparentando sostener al Gobierno de la Convención, representado por el general Eulalio Gutiérrez; aunque la verdadera causa de esas defecciones era, por lo general, lo halagadora que se presentaba para esos elementos la bandera de libertinaje que Villa tremolaba como divisa de su partido.

Soy, pues, el primero en aceptar las responsabilidades que deban pesar sobre mí por este error político, y me limito a protestar que mis esfuerzos siempre fueron inspirados en mi deseo constante de salvar al país de una guerra.

Cuando se escriba la historia de los acontecimientos desarrollados en el seno de la Convención, con la documentación que debe existir en los archivos de la misma, se conocerá, a punto fijo, la actitud de cada uno de los hombres que concurrimos a ella.

Por mi parte, voy a limitarme a hacer algunas consideraciones sobre los principales factores que, en concepto mío, contribuyeron de manera directa al fracaso de la Convención:

*Primero*. La insidia con que venían obrando los directores intelectuales de la División del Norte, en connivencia con la que hábilmente manejaban los directores intelectuales del zapatismo.

*Segundo*. La falta de conocimiento del medio, por parte de nosotros.

*Tercero*. La mala fe de Villa y de sus jefes, evidenciada al invadir con sus tropas la ciudad de Aguascalientes, que había sido declarada neutral por la Convención; y, en consecuencia, la presión que con ello empezaron a hacer sobre los Delegados; presión que llegó a ser brutal, registrándose casos en que fueron asaltados, a mano armada, los delegados que representaban a la Primera Jefatura, por los que estaban de parte de la División del Norte.

*Cuarto*. La mayor parte de los generales constitucionalistas, en lugar de concurrir personalmente a la Convención, mandaron representantes que, aunque de honorabilidad reconocida, carecían de la personalidad y prestigio de sus representados.

Y, por último, la debilidad criminal del general Gutiérrez, al nombrar jefe de operaciones al general Villa, cediendo a la presión que éste ejerciera sobre él.

Como se sabe, la Convención, después de un sinnúmero de discusiones y acuerdos, llegó a la siguiente conclusión: Decretar el cese del C. Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, y el cese del general Francisco Villa, como jefe de la División del Norte; nombrando Presidente Provisional de la República al general Eulalio Gutiérrez, por un período de veinte días, tiempo que se juzgó suficiente para que la Convención se trasladara a México y allí ratificar dicho nombramiento por un nuevo período en favor de Gutiérrez, o se nombrara nuevo Presidente.

Mientras que un grupo de jefes nos esforzábamos porque se llevara a cabo la Convención en Aguascalientes, creyendo, de buena fe, que aquella asamblea habría de traer la concordia entre todos los revolucionarios, cimentando con esto la paz de la República para asegurar el triunfo de la causa común por la que habíamos luchado, la perfidia de los elementos con que queríamos armonizar seguía manifestándose en Sonora, donde Maytorena pugnaba aún por obtener el dominio militar en todo el Estado, cuya mayor parte estaba sustraído ya a la autoridad de la Primera Jefatura, y del cual conservábanse solamente las plazas de Agua Prieta y Naco ocupadas por las fuerzas de Hill y Calles, leales al Constitucionalismo; y con motivo de esa actitud de Maytorena, comenzaron a librarse combates entre sus fuerzas y las de los citados jefes leales, quienes con toda entereza afrontaron aquella situación, concentrando en la plaza de Naco el mayor efectivo de sus fuerzas, después de una batalla librada en Martínez, y preparándose allí para resistir a los traidores, con la firme resolución de defender a toda costa aquella plaza fronteriza.

Maytorena juzgó empresa fácil apoderarse de Naco, y sobre esta plaza lanzó sus contingentes, en número y con elementos siempre superiores a los de los leales, hasta llegar a contar más de cinco mil hombres en el sitio de Naco, pues constantemente era obligado a reforzar sus tropas atacantes, por la heroica resistencia de los nuestros, que en número apenas de un mil quinientos hombres, y con un cañón, tenían a raya a los maytorenistas, rechazando con vigor los desesperados asaltos de éstos.

## EMPIEZA LA LUCHA EN NACO. COMISIONADOS DE LA CONVENCIÓN PARA NOTIFICAR AL JEFE LOS ACUERDOS Y RESOLUCIONES DE ELLA

La lucha, en Naco, principió con el mes de octubre, y no tuvo tregua ni en el período de la Convención en Aguascalientes, pues Maytorena continuaba sus ataques, obcecado con la idea de tomar aquella plaza, a pesar de repetidas órdenes de la Convención para que los suspendiera; y Hill y Calles, con la inquebrantable resolución de defender Naco hasta sucumbir, si era necesario, resistían heroicamente, y declaraban su resolución de batir a Maytorena, no reconociendo más autoridad que la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista. Esa viril

resolución de Hill y Calles, confirmada con su resistencia tan desastrosa para los traidores, en los diarios combates de Naco, ofuscaba más a Maytorena, y éste hacía más obstinado su empeño de apoderarse de aquella plaza, lanzando sobre ella cada vez mayores elementos, pero siempre con el mismo adverso resultado.

La actitud de Hill y Calles, en aquellas circunstancias, fue todo un ejemplo de virilidad, comparable a la de los generales Maclovio y Luis Herrera, de la División del Norte, quienes, resueltamente, y secundados por las fuerzas de su mando con que se encontraban en Parral, Chihuahua, desconocieron a Villa, desde el momento en que éste desconoció al señor Carranza para abrazar la causa de la reacción, y se prepararon a batirlo con toda energía.

Los comisionados por la Convención para notificar al Primer Jefe el acuerdo de ésta, con relación al cese de él y del general Villa en sus respectivos cargos, fuimos: el general Antonio I. Villarreal, el general Eduardo Hay, el general Eugenio Aguirre Benavides y yo, quienes nos presentamos en Orizaba al Primer Jefe, para darle cuenta de la comisión que nos había sido conferida.

El Primer Jefe nos contestó que mientras la Convención no aceptara las condiciones puestas por él, de retirar de hecho al general Villa del mando de la División del Norte, él no se retiraría de la Primera Jefatura, porque tenía la absoluta seguridad de que Villa violaría todas sus promesas, y se convertiría en un instrumento de la reacción.

Como nuestros compromisos contraídos en la Convención eran solemnes, ninguna disculpa podía justificar nuestra falta de cumplimiento. Sólo el acuerdo del general Gutiérrez, nombrando jefe de operaciones al general Villa, pudo habernos salvado, relevándonos de todo compromiso, puesto que él (Gutiérrez), que debió ser el intérprete más fiel de la Convención, porque a ella debía su nombramiento, era el primero en violar sus acuerdos al revestir a Villa de una personalidad más elevada que la que tenía al ser separado del mando de la División del Norte.

Yo recuerdo que, en una ocasión, declaré al Primer Jefe lo siguiente:

—Señor: yo fui uno de los que votaron en la Convención por él cese de usted y de Villa, y por el nombramiento del general Eulalio Gutiérrez para Presidente Provisional de la República, y ahora tengo la obligación de cumplir y sellar con mi sangre mis compromisos. Si Gutiérrez separa a Villa, y éste sale del país, yo no podré hacer otra cosa que reconocer a Gutiérrez; pero si éste insiste en dejar a Villa, yo seré el primero en batirlo.

El Jefe me contestó:

—Gutiérrez no será sino un instrumento de Villa. Si este último se retira, las dificultades quedarán solucionadas, porque yo he declarado ya que estoy enteramente dispuesto a retirarme, tan pronto como esté seguro de que Villa lo ha hecho, pues lo único que quiero es asegurar los principios de la Revolución, que tanta sangre han costado, y no dejar al país en manos de la reacción.

El rompimiento se hizo inevitable, debido a que cuando el señor Carranza declaraba, franca y categóricamente, que estaba dispuesto a separarse del Poder, cuando Villa, de hecho, hubiera cesado en el mando de la División del Norte, éste había ya recibido nombramiento como jefe de operaciones de la Convención, expedido por el general Eulalio Gutiérrez, con su carácter de Presidente Provisional de la República, y por presión que el mismo Villa ejercía sobre Gutiérrez.

El telegrama que se inserta a continuación, y que conservo en mi archivo, demuestra de una manera clara que el general Eulalio Gutiérrez era sólo un instrumento de Villa y sus consejeros, y que él no ejercía ninguna autoridad sobre ellos:

Aguascalientes, 15 de noviembre de 1914. Señor Álvaro Obregón. México, D. F. Recibí su telegrama. Manifiesto a usted que las últimas condiciones que el señor Carranza pone para retirarse del Poder, son aprobadas por mí. Salúdolo afectuosamente. *Eulalio Gutiérrez.*

Con el transcrito telegrama, el general Gutiérrez aceptaba las últimas condiciones puestas por el señor Carranza para retirarse, demostrando que las encontraba justas; pero al día siguiente, el mismo general Gutiérrez declaró que no eran de aceptarse las proposiciones del señor Carranza, lo cual prueba que, al fin, obraba en interés de Villa, cediendo a la autoritaria influencia de éste.

Los telegramas que íntegros inserto en seguida, son una prueba del último esfuerzo hecho por mí para evitar el rompimiento:

México, noviembre 11 de 1914. Señor General Francisco Villa. Aguascalientes. He tenido conocimiento de que la División del Norte ha emprendido su avance al sur de Aguascalientes. Es el momento en que usted, con hechos, pueda probar a la Nación que es un patriota. Si usted se retira de manera absoluta, ausentándose temporalmente del país, no se disparará un solo cartucho, y el señor Carranza entregará el Poder al ser ratificado o rectificado el nombramiento de Presidente en esta capital, el día 20. No será sacrificio para usted salvar al país de una nueva lucha, y esto lo colocaría entre los grandes hombres, que tanto escasean en nuestro desventurado país. Si usted se obstina en que la lucha se incendie, recibirá la maldición de la Patria, y de nada le servirán las glorias que ha conquistado ni las continuas protestas de patriotismo que a cada momento repite. Ruégole consultar sólo con su conciencia, sin que nadie intervenga, y estoy seguro que se ahorrará mucha sangre. Lo saludo. General *Álvaro Obregón*.

TELEGRAMAS CRUZADOS CON VILLA, GUTIÉRREZ, JEFES DE LA DIVISIÓN DEL NORTE Y PRIMERA JEFATURA

México, noviembre 11 de 1914. General José Isabel Robles y demás jefes de la División del Norte. Aguascalientes. Hoy digo al general Villa lo siguiente: “He tenido conocimiento de que la División del Norte ha emprendido su avance al sur de Aguascalientes. Es el momento en que usted, con hechos, pueda probarle a la Nación que es un patriota. Si usted se retira de manera absoluta, ausentándose temporalmente del país, no se disparará un solo cartucho, y el señor Carranza entregará el Poder al ser ratificado o rectificado el nombramiento de Presidente en esta capital, el día 20. No sería ningún sacrificio para usted salvar al país de una nueva lucha, y esto lo colocaría entre los grandes hombres, que tanto escasean en nuestro desventurado país. Si usted se obstina en que la lucha se incendie, recibirá la maldición de la Patria, y de nada le servirán las glorias que ha conquistado ni las continuas protestas de patriotismo que a cada momento repite. Ruégole consultar sólo con su conciencia, sin que nadie intervenga, y estoy seguro que se ahorrará mucha sangre. Lo saludo”. Creo que el general Villa, que al valor y patriotismo de ustedes debe gran parte de su prestigio, sería consecuente, si todos ustedes, unidos, le suplican atender en estos momentos la petición que le hacemos, ahorrando, con esta patriótica actitud, una nueva lucha injustificada, que tendría, como resultado, la anarquía o la intervención. Por mi parte, declaro que, al retirarse de la manera indicada el general Villa, estaré en esta capital, con las fuerzas que son a mi mando, para dar toda clase de garantías a la Convención y al Presidente Provisional, señor general Eulalio Gutiérrez, a cuyas órdenes quedaré. Espero de la energía y rectitud de criterio de ustedes, que harán todo esfuerzo en el sentido indicado. Los saludo afectuosamente. General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón* [4].

México, 11 de noviembre de 1914. C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza. Córdoba, Veracruz. Hónrome transcribirle siguiente mensaje, dirigido a jefes División del Norte: Hoy digo al general Villa lo siguiente: He tenido conocimiento de que la División del Norte ha emprendido su avance al sur de Aguascalientes. Es el momento en que, con hechos, pueda usted probar a la Nación que es un patriota. Si usted se retira de una manera absoluta, ausentándose temporalmente del país, no se disparará un solo cartucho, y el señor Carranza entregará el Poder al ser ratificado o rectificado el nombramiento de Presidente en esta capital, el día 20. No sería ningún sacrificio para usted salvar al país de una nueva lucha, y esto lo colocaría entre los grandes hombres, que tanto escasean en nuestro desventurado país. Si usted se obstina en que la lucha se incendie, recibirá la maldición de la Patria, y de nada le servirán las glorias que ha conquistado y las continuas protestas de patriotismo que a cada momento repite. Ruégole consultar sólo con su conciencia, sin que nadie intervenga, y estoy seguro que se ahorrará mucha sangre. Lo saludo. Creo que el general Villa, que al valor y patriotismo de ustedes debe en gran parte su prestigio, sería consecuente, si ustedes le suplican atender en estos momentos la petición que le hacemos, ahorrando, con esta actitud patriótica, una nueva lucha injustificada, que traería como resultado la anarquía o la intervención. Por mi parte, declaro que al retirarse el general Villa de la manera indicada, estaré en esta capital, con las fuerzas que son a mi mando, para dar toda clase de garantías a la Convención y al Presidente Provisional, señor general Eulalio Gutiérrez, a cuyas órdenes quedaré. Espero de la energía y rectitud de criterio de ustedes, que harán todo esfuerzo en el sentido indicado. Los saludo afectuosamente. Éste enviélo a los

Generales Pablo González, Eulalio Gutiérrez, M. M. Diéguez, Ramón F. Iturbe, Benjamín G. Hill, Domingo Arrieta, Juan Dozal, y Mayor Comandante Militar de Colima, Jesús M. Ferreira, con la siguiente nota: En caso de que el general Villa no se retire, manifiesto a usted que estoy dispuesto a batirlo con toda energía, esperando de usted igual actitud. Salúdolo respetuosamente. El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón*.

México, noviembre 11 de 1914. Señor General Eulalio Gutiérrez. Aguascalientes. Si separa usted a Villa como jefe del Cuerpo de Ejército de operaciones de la Convención, estaré a sus órdenes con todos mis elementos; pero si usted insiste en que Villa no debe separarse, seré el primero en batirlo con todas mis energías, pues no seré yo quien abandone al señor Carranza para apoyar a un hombre como Villa. Lo saludo afectuosamente. General *Álvaro Obregón*.

## VACILACIONES DE GUTIÉRREZ

Como el general Gutiérrez no contestó de una manera categórica, y las tropas de la División del Norte, violando un armisticio firmado por los generales Pablo González y Eulalio Gutiérrez, emprendieran su avance sobre Lagos y León, adonde llegaban las avanzadas del Cuerpo de Ejército del Noreste, al mando del general Pablo González, quien tenía su Cuartel General en Querétaro, juzgué inútil todo intento de paz, y empecé a tomar preparativos para la lucha.

El general Lucio Blanco, a quien había yo confiado el mando de la División de Caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, División que tenía un efectivo aproximado de doce mil hombres, estaba observando una conducta que a todos nos hacía suponer que pretendía defeccionar y pasarse al enemigo, con los elementos de la citada División.

Los principales jefes que militaban a las órdenes de Blanco, y que tenían a su mando directo las Brigadas de la División de Caballería, permanecían leales, y creían que las sospechas recaídas sobre Blanco no estaban justificadas. El general Buelna, que era uno de los jefes subalternos de Blanco, constituía excepción entre ellos, pues sus procedimientos eran marcadamente hostiles al Gobierno Constitucionalista, ya que nadie ignoraba sus ligas con Villa.

El general Enrique Estrada, perteneciente también a la División de Blanco, desde un principio manifestó sus fundadas sospechas sobre la defección de aquél, e hizo presente su inquebrantable resolución de separarse de él, tan pronto como tuviera la seguridad de que dicho jefe no era leal a nuestro Gobierno.

En cuanto a los Jefes de las Infanterías del Cuerpo de Ejército del Noroeste, todos estuvieron siempre enteramente de acuerdo en batir a la reacción representada por Villa, quien había adquirido ya, como antes digo, una apariencia de legalidad.

Por su parte, los generales Pablo González, Antonio I. Villarreal y otros significados jefes constitucionalistas, hacían esfuerzos por traer una solución pacífica de las dificultades que estaban teniendo lugar. Esos esfuerzos pueden apreciarse en los telegramas que en seguida se transcriben, dirigidos por los citados jefes, a la Convención, al Primer Jefe y al general Eulalio Gutiérrez:

### MENSAJE AL PRIMER JEFE

General V. Carranza. Córdoba, Veracruz:

En vista de las angustiosas circunstancias por que en estos momentos atraviesa el país, de las cuales tenemos perfecto conocimiento, y en previsión de que las mismas se agraven, consideramos de imperiosa necesidad patriótica el que usted se separe, desde luego, de los puestos que desempeña.

Al mismo tiempo nos dirigimos a la Convención y al general Eulalio Gutiérrez, demandándoles que obliguen al general Villa se retire por completo de los asuntos políticos y militares del país.

Nos es satisfactorio participar a usted que, en caso de que por algún motivo sea desatendida nuestra demanda de que se retire de hecho y absolutamente el general Villa, nos comprometemos, los que abajo firmamos, a batir a éste hasta reducirlo al orden, y confiamos en que usted, por ningún motivo, pospondrá a sus pasiones personales los altos intereses de la patria.

Respetuosamente, el general de división, *Pablo González*; el general de brigada, *L. Blanco*; el general de brigada, *Antonio I. Villarreal*; generales brigadieres, *Eduardo Hay*. *Francisco de P. Mariel*. *Andrés Saucedo*. *Pablo A. de la Garza*. *Abelardo Menchaca*.

MENSAJE A LA CONVENCIÓN

Convención Militar de Aguascalientes:

Cumple a nuestro deber excitar el patriotismo de esa Convención, para que inmediatamente elimine de una manera efectiva al general Villa, de toda ingerencia política y militar.

Nosotros estamos con la Convención, y por eso queremos que se cumpla honradamente con los acuerdos de ella.

Debe retirarse el general Villa de una manera absoluta, y en los mismos términos debe retirarse, a la vez, el general Venustiano Carranza.

Que la Convención, para conseguir ese resultado salvador, labore cerca del general Villa, en tanto que nosotros influimos en el ánimo del general Venustiano Carranza.

Un esfuerzo más, y seguiremos teniendo patria.

Respetuosamente, el general de división, *Pablo González*; el general de brigada, *L. Blanco*; el general de brigada, *Antonio I. Villarreal*; generales brigadieres, *Eduardo Hay*. *Francisco de P. Mariel*. Andrés Saucedo. *Pablo A. de la Garza*. *Abelardo Menchaca*.

MENSAJE AL GENERAL GUTIÉRREZ

General Eulalio Gutiérrez. Aguascalientes:

Le transcribimos los telegramas que hemos dirigido a la Convención y al general V. Carranza. Invitamos a usted para que se una a nosotros en el esfuerzo patriótico que estamos haciendo.

A pesar de que se asegura que el general Villa ha abandonado el mando de sus fuerzas, hay muchos que se resisten a creerlo, debido a que aquél continúa en Aguascalientes, en el mismo lugar en que están sus fuerzas. Además, el día 7 apareció un despacho de la Prensa Asociada, que lo subscribía el general Villa, como jefe de la División del Norte. Para que nosotros sostengamos con toda conciencia los acuerdos de esa Convención, es preciso que se cumpla de verdad con uno de los principales de esos acuerdos: el cese del general Villa.

Trabaje por que esa determinación sea un hecho, a la vez que nosotros trabajaremos por que, en la misma forma, cese el general Carranza.

De usted depende que se aclare este asunto. Confiera una comisión al general Villa, fuera de México, y si obedece a usted, como debe obedecerlo, nosotros nos obligamos a que el general Carranza se retire del país, pues creemos están ya satisfechas las condiciones que dicho señor Carranza puso para su retiro. General de división, *Pablo González*; generales de brigada, *Lucio Blanco* y *Antonio I. Villarreal*; generales brigadieres, *Pablo A. de la Garza*, *Andrés Saucedo, Eduardo Hay, Francisco de P. Mariel, Abelardo Menchaca*; tenientes coroneles, *Julio Madero, Marciano González, Manuel García Vigil, Alfredo Rodríguez, Federico Silva, Tomás Marmolejo*, mayor *Alfredo Jaime Vera, A. Betanzo, Clemente Osuna.*

El día 17, las tropas al mando del general González continuaron replegándose al sur, a medida que avanzaban las de la División del Norte, y yo empecé a prepararme para evacuar la plaza de México, y replegarme al sur según órdenes que había recibido de la Primera Jefatura.

El mismo día 17 lancé el siguiente:

MANIFIESTO

Mexicanos: El monstruo de la traición y el crimen, encarnado en Francisco Villa, se yergue amenazando devastar el fruto de nuestra Revolución, que tanta sangre y tantas víctimas ha costado a nuestro pobre pueblo.

El esfuerzo de todos los hombres honrados, por restablecer la paz en la República acaba de declararse impotente ante la perversidad de la trinidad maldita, que forman Ángeles, Villa y Maytorena.

Es el momento supremo, de sublime angustia para la Patria, en que podrá contar a sus verdaderos hijos, que despreciando de nuevo la vida, empuñan con más fuerzas el arma vengadora, para hacer desaparecer entre las invencibles garras de la justicia, a los monstruos deformes, que en danza macabra, celebran en estos momentos la agonía de nuestra Patria.

A esos buenos hijos llamamos a nuestro lado; a esos que despreciarán el derroche, la orgía y el libertinaje —bandera de corrupción infame— para venirse a agrupar al lado de nosotros, que sólo podremos ofrecerles privaciones y angustias, pero que con ellas podrán legar a sus hijos su nombre honrado.

La Patria, en su agonía, como las madres que al expirar lanzan una mirada en tomo suyo para cerciorarse de si están todos sus hijos a su lado, lanza también una mirada agónica sobre los mexicanos, para ver cuántos hijos tiene dignos de ella; y es el momento supremo en que debemos demostrar al mundo, que no toleraremos el reinó de la Maldad en nuestro desventurado suelo, y que preferiremos convertir a nuestro país en un vasto cementerio, antes que permitir que la Maldad y el Crimen engangrenen todo nuestro organismo.

Allá está Francisco Villa, mexicanos, pregonando el patriotismo y vertiendo el veneno por los ojos, que hipocritamente quiere demostrar que son lágrimas de patriota; allá, os repito, derrochando el oro y corrompiendo a todos los hombres que son susceptibles de corromperse.

Ante esas halagadoras tentaciones, quiere probar la Patria a sus hijos:

¡Madres, esposas e hijas!: ¡arrodillaos ante el Altar de la Patria y llevad al oído de vuestros hijos, esposos y padres, la sacrosanta oración del Deber, y maldecid a los que, olvidando todo principio de honor, se arrojan en manos de la traición para apuñalear a su Patria!

México, D. F., 17 de noviembre de 1914.

El General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Álvaro Obregón*.

## SE INICIAN LA EVACUACIÓN DE MÉXICO Y LA DEFECCIÓN DE BLANCO

El día 18 empezaron a salir los trenes militares del Cuerpo de Ejército del Noroeste, por la vía del Ferrocarril Mexicano, con destino a Córdoba y Orizaba (Veracruz), iniciando la salida los trenes del coronel Talamantes y los de la artillería de grueso calibre.

El día 19 se hizo salir el resto de la artillería, sumando toda 76 cañones con una regular dotación de granadas.

El día 20 salieron los trenes con los regimientos de ametralladoras.

El domingo, una extra de *El Liberal*, periódico diario que se editaba en la capital, anunciaba que el general Lucio Blanco había asumido el mando militar de la ciudad, y que había nombrado Gobernador del Distrito, Inspector General de Policía, Director de la Penitenciaría y otros funcionarios. Esto revelaba que Blanco había acabado por hacer patente su defección, ya que, dentro de la subordinación, estaba incapacitado para dar disposiciones de esa índole, y éstas las había dado sin contar siquiera conmigo, que era su jefe superior inmediato.

Para entonces, había ya sido nombrado yo, por el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Jefe de Operaciones.

Yo había dejado solamente 900 hombres de infantería, ateniéndome a que Blanco no tendría valor de atentar contra mí, por temor a que sus jefes subalternos lo desconocieran, al cerciorarse de su traición.

Ese mismo día, Blanco ordenó a los tenientes coroneles Juan Torres y Vidal Silva que con las fuerzas de su mando se trasladaron a la Villa de Guadalupe y destruyeran un tramo de la vía del Ferrocarril para entorpecer mi salida y capturar el tren en que yo viajaría; pero dichos jefes, en vez de atender las órdenes de Blanco, que entrañaban una traición, se presentaron a mí, dándome cuenta de tales disposiciones y pidiéndome órdenes. Yo les contesté que deberían marchar a la Villa de Guadalupe, para que Blanco no maliciara de su actitud, y que allí esperaran órdenes mías.

Yo estaba incapacitado para obrar contra Blanco, porque había hecho ya salir un tren con tropas de las pocas que había dejado en la capital, y para entonces contaba apenas con un batallón incompleto.

Como ya ninguna duda tuviera de la defección de Blanco, acordé retirarle el mando de la División de Caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y al efecto expedí el siguiente nombramiento en favor del general Miguel M. Acosta:

Un sello que dice: República Mexicana. Ejército Constitucionalista. Cuerpo de Ejercito del Noroeste. Comandancia. Este Cuartel General ha tenido a bien nombrar a usted general en Jefe de la División de Caballería que era al mando del general Lucio Blanco. Procederá usted, desde luego, a la reorganización de esas fuerzas y a emprender a la mayor brevedad posible, su marcha hacia el Estado de Jalisco; autorizándosele para abrir, desde luego, la campaña contra la reacción villista, debiendo establecer su base de operaciones en el citado Estado de Jalisco, de donde dará cuenta de sus movimientos y adonde se le transmitirán órdenes. Reitero a usted mi distinguida consideración. *Constitución y Reformas*. México, noviembre 23 de 1914. (Firmado.) General en Jefe, *Álvaro Obregón*. Al C. General Miguel M. Acosta, nombrado Jefe de la División de Caballería. Presente.

Como Blanco sospechara que era ya de mi conocimiento su actitud, al mediodía se presentó en mi Cuartel General, dizque a recibir órdenes.

Considerando yo que aquello pudiera ser, efectivamente, una reacción de Blanco, y que estuviera dispuesto a acatar órdenes, le comuniqué las siguientes:

Tan pronto como nosotros hayamos abandonado la capital, deberá usted emprender la marcha directamente a Toluca; allí se unirá con Murguía, y continuará por Michoacán, hasta incorporarse al Estado de Jalisco, adonde me incorporaré yo también, por Manzanillo, para emprender la campaña contra Villa.

Pero aquello no fue sino una aparente subordinación, con que Blanco engañaba hasta a sus mismos jefes subalternos, quienes seguían creyendo en su lealtad, como lo prueba la actitud asumida por el general Acosta, cuando recibió su nombramiento como Jefe de la División de Caballería. Este jefe me dijo:

—Blanco no será capaz de una defección; yo se lo aseguro, mi General. Le suplico dejarlo al frente de la División de Caballería y le protesto que yo seré el primero en abandonar a Blanco si éste intenta una deslealtad.

En términos parecidos a los de Acosta se expresaron ante mí algunos otros jefes de la División de Caballería.

De los jefes de Blanco que más se distinguieron en su resolución leal y enérgicas protestas contra las evasivas de aquél, recuerdo a los siguientes: generales Enrique Estrada y Gonzalo Novoa, coroneles Antonio Norzagaray y Jesús Madrigal y tenientes coroneles Juan Torres y Vidal Silva; en tanto que los que se distinguieron como desleales, fueron: generales Rafael Buelna y Julián Medina; coronel J. Cortinas y algunos otros jefes de menor graduación.

Los señores ingeniero Alberto J. Pani, doctor Atl y licenciado Jesús Urueta, que permanecieron en mi compañía los últimos días de mi estancia en México, trabajaban asiduamente en el ánimo de Blanco y sus jefes subalternos, con el fin de que permanecieran leales al Primer Jefe.

El mismo día 23 se recibieron noticias de la evacuación del puerto de Veracruz por las fuerzas norteamericanas, que desde abril anterior lo ocupaban; y con este motivo, se efectuó una gran manifestación frente al monumento de Juárez, en la avenida que lleva este nombre.

A esa manifestación concurrimos, y en ella tornamos la palabra Pani, Urueta, Atl y yo.

En aquel acto, teníamos solamente dos tambores y dos cornetas, porque la escolta que había dejado mi Cuartel General, estaba ya embarcada y los Cuerpos de Gendarmería habían ya salido de México, por orden del general Cosío Robelo.

Por la noche de la misma fecha, los zapatistas ocupaban las inmediatas poblaciones de Xochimilco y San Ángel.

Con anterioridad, había hecho yo un llamamiento a los estudiantes de México, el que dio magnífico resultado, pues se presentaron a incorporarse en nuestras filas más de trescientos, entre estudiantes normalistas, de Preparatoria, de Agricultura, Jurisprudencia, etc., y algunos maestros y profesionistas, quienes fueron conducidos a Córdoba por el capitán Adolfo Cienfuegos y Camus, de mi Estado Mayor, comisionado al efecto.

## EVACUACIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y MARCHA A VERACRUZ

El día 24, a las 7 a. m., y después que hubieron salido los últimos trenes militares del Cuerpo de Ejército del Noroeste, hice salir mi tren, yendo escoltado por los batallones 4.º y 17.º de Sonora, al mando de sus jefes Manzo y Murillo, respectivamente.

Días antes, salió comisionado a los Estados de Sinaloa y Sonora el coronel José J. Obregón, hermano mío, por la vía de Salina Cruz, conduciendo pertrechos para las tropas que operaban en aquella región y llevando algunas instrucciones escritas y verbales para el general Iturbe, que comandaba las fuerzas de la 3.ª División del Cuerpo de Ejército del Noroeste, en Sinaloa. Con toda oportunidad había remitido también rifles y cartuchos a Jalisco, Colima y Tepic.

Nuestro tren pasó sin novedad por la Villa de Guadalupe, donde estaban las fuerzas de los tenientes coroneles Torres y Silva, destacadas por Blanco para capturar mi tren, y a estos jefes les di órdenes de estar preparados para hacer la marcha con sus fuerzas, en los trenes que, al efecto, les enviaría del camino, a fin de que se incorporaran también a Veracruz.

Como lo había ofrecido, del camino ordené un tren con jaulas y carros vacíos para que fuera a recoger en Villa de Guadalupe las tropas de los tenientes coroneles Silva y Torres, evitando que fueran batidas éstas por Blanco, al cerciorarse de que no habían cumplido sus órdenes de destruir la vía y capturar mi tren.

Por la tarde de ese mismo día, recibí un telegrama en que Torres y Silva me comunicaban encontrarse ya en camino de Veracruz con sus fuerzas, llevando prisionero al coronel Hermenegildo Osuna, de las fuerzas de Buelna, quien por orden de Blanco, había ido a la Villa de Guadalupe a someterlos.

Al llegar a estación Apizaco ordené que el coronel Manzo, con el 4.º Batallón de Sonora que comandaba, quedara guarneciendo aquel punto. En seguida de hacer el desembarco de las tropas del coronel Manzo, continuamos la marcha hasta estación Esperanza, donde pernoctamos aquella noche.

A primeras horas del día 25, proseguimos hasta llegar a Orizaba, ciudad donde tenía establecido su Cuartel General el Primer Jefe, habiendo permanecido allí dos horas, y salido después a Córdoba, adonde llegamos en la noche.

Se libraron las órdenes necesarias para la reconcentración de tropas en Córdoba, y en compañía del C. Primer Jefe, salimos con nuestro tren con destino al puerto de Veracruz, el día 26, a las 10:30 a. m.

## LLEGADA A VERACRUZ DEL C. PRIMER JEFE. VISITA AL FUERTE DE PEROTE. VIAJE A TEZIUTLÁN Y REGRESO A VERACRUZ

Arribamos a Veracruz a las cinco de la tarde del mismo día 26.

Las manifestaciones de que fue objeto el Primer Jefe a su llegada a Veracruz, y las que habíamos presenciado en el camino, me dieron la medida del valer del pueblo veracruzano, estimando en alto grado su cultura y su virilidad, porque aquellas manifestaciones eran hechas en los momentos más difíciles para la Revolución y para el Primer Jefe.

Era entonces Gobernador y Comandante Militar de Veracruz el señor general Cándido Aguilar, quien, a la vez que resueltamente confirmaba su lealtad a la causa popular, representada por el señor Carranza, demostraba un elevado espíritu de compañerismo, esforzándose en prestar toda clase de facilidades para la adquisición de todo lo que era necesario al abastecimiento de nuestras tropas.

El edificio de Faros empezó a ser preparado, desde luego, para establecer en él el Cuartel General de la Revolución.

El día 28, acompañando al Primer Jefe, salimos a Jalapa, por la vía del Ferrocarril Interoceánico, habiendo llegado a aquella ciudad a las siete de la noche.

Al día siguiente, a las 5:30 a. m., salimos de Jalapa con rumbo al fuerte de Perote, adonde llegamos al mediodía, pasando la tarde en reconocer el fuerte, y yendo por la noche a pernoctar en el pueblo, que está a dos kilómetros del fuerte.

El principal objeto de aquel viaje era reconocer el terreno para elegir el sitio en que deberíamos presentar batalla al ejército de la Convención, cuyo avance sobre Veracruz era esperado después de que ocupara la ciudad de México y desalojara de Puebla a nuestras fuerzas que guarnecían aquella ciudad, considerando que, como en Veracruz estaba la Primera Jefatura del Ejército y la guarnición que había evacuado la ciudad de México, sería dicho puerto el objetivo principal de las fuerzas reaccionarias.

El día 30 proseguimos nuestra marcha, llegando a estación Oriental, donde hicimos otro reconocimiento, y de allí nos dirigimos a Teziutlán, adonde llegamos por la tarde del mismo día.

Al siguiente emprendimos nuestro regreso, reconociendo detenidamente el camino, hasta llegar a Oriental, y continuando de allí nuestro viaje a Veracruz, adonde llegamos el mismo día.

El día 4 de diciembre indiqué al Primer Jefe la conveniencia de recorrer las vías del Istmo, para que, en el remoto caso de que tuviéramos que replegarnos hasta aquella región, fueran ya conocidas por mí aquellas rutas. El Jefe accedió a ello, y desde luego empecé a hacer los preparativos para mi Viaje.

Se habían dado ya órdenes para la reconcentración de las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste, en Veracruz y Córdoba, disponiéndose el regreso de los trenes con las fuerzas de los coroneles Severiano A. Talamante y Lino Morales, que habían sido movilizadas a Salina Cruz, cuando se tenía el propósito de hacer por aquel puerto una movilización a Manzanillo, para emprender la campaña por el Occidente de la República.

El día 6 salí de Veracruz para el Istmo, llevando agregado a mi tren un carro de parque 30-30, que debería conducir hasta Salina Cruz, para embarcarlo allí con destino a las fuerzas del Estado de Sinaloa.

Esa noche pernoctamos en Orizaba, y por un descuido del maquinista, se incendió el carro del parque, habiéndose perdido éste en su totalidad.

El día 7, a las 4 a. m., continuamos nuestra marcha a Puerto México, adonde llegamos por la noche, y al siguiente día salimos para Salina Cruz, habiendo llegado en la noche a aquel puerto. Allí permanecimos todo el día 9, y luego emprendimos nuestro regreso a Veracruz, adonde arribamos el día 11.

En todos los pueblos del trayecto que recorrimos, se organizaron a nuestro paso manifestaciones más o menos entusiastas, en que se externaba la calurosa simpatía que la Revolución Constitucionalista había ganádose en todas las clases populares.

Para entonces, había sido nombrado jefe de la línea de Veracruz a Puebla el general Salvador Alvarado, y el núcleo principal de las tropas que estaban bajo su mando se encontraba en Puebla, formado por las divisiones de caballería comandadas por los generales Francisco Coss, Cesáreo Castro y Agustín Millán.

A propósito del general Alvarado, debe consignarse que, al erigirse la Convención en Aguascalientes, ésta, a petición mía, ordenó a Maytorena ponerlo en libertad, lo que se efectuó, habiéndose luego dirigido Alvarado a la ciudad de México, de cuya plaza fue nombrado Comandante Militar, cuando aún se encontraba en ella el señor Carranza.

## INSTALACIÓN EN MÉXICO DEL GOBIERNO DE LA CONVENCIÓN

En la ciudad de México se había instalado ya el Gobierno de la Convención, apoyado por toda la División del Norte y el llamado Ejército Libertador del Sur, comandado por Emiliano Zapata, así como por un grande número de jefes que habían pertenecido a otras Divisiones del Ejército Constitucionalista, y que a raíz del rompimiento defeccionaron, uniéndose a Villa.

El general Blanco, confirmando nuestras sospechas, había declarado ya su defección, conservando a sus órdenes toda la División de Caballería, con excepción de la brigada del general Estrada, que lo había abandonado para incorporarse a las fuerzas leales, en el Estado de Jalisco.

En Pachuca habían sufrido ya un fracaso las fuerzas constitucionalistas, y era de esperarse, de un momento a otro, el avance del enemigo sobre Veracruz.

En Naco continuaba muy sangrienta la lucha: Maytorena multiplicaba sus esfuerzos por apoderarse de aquella plaza, mientras que Hill y Calles, con el puñado de valientes que comandaban, seguían teniendo a raya a los traidores.

Por estos días, circulaba profusamente en Veracruz una hoja que yo había redactado y hecho imprimir, bajo el título de: Cargos concretos contra Francisco Villa, José María Maytorena y Felipe Ángeles, cuyo texto se reproduce íntegro a continuación:

### CONTRA FRANCISCO VILLA

*Primero*. Haber tratado de asesinar, en Ciudad Juárez, al apóstol Madero, iniciando con este acto su vida de traiciones e identificándose, desde entonces, con el tristemente célebre Pascual Orozco.

*Segundo*. Haberse insubordinado, pretendiendo traicionar al traidor Victoriano Huerta, cuando éste era aún leal al Gobierno del señor Madero, y hacía la campaña contra el orozquismo.

*Tercero*. El asesinato del diputado maderista Enrique García de la Cadena.

*Cuarto*. El asesinato del inglés Benton, que provocó dificultades internacionales, que pudieron haber sido de consecuencias graves.

*Quinto*. Haber mandado asesinar al general Manuel Chao, Gobernador de Chihuahua, porque éste se negara a pagar un vale contra la Tesorería del Estado, visado por una señora a quien no conocía.

*Sexto*. Su desconocimiento al Plan de Guadalupe, bandera con que había logrado hacerse seguir de varios miles de hombres, desconocimiento que consistió en dirigir a la Primera Jefatura un telegrama insolente, obligando a firmarlo a la mayor parte de sus jefes.

*Séptimo*. Haber invitado a la traición al general Obregón, pretendiendo halagarlo, ofreciéndole la Primera Jefatura del Ejército, y haberlo mandado asesinar posteriormente, porque éste se negara a secundar su traición, dando la orden para su ejecución, primero en Chihuahua, por segunda vez en Corralitos, y por tercera vez en Gómez Palacio, al llamado general Almanza. Estos cargos, relativos al que subscribe, les constan a los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides, al coronel Roque González Garza y a Luis Aguirre Benavides, secretario particular de Villa. González Garza me acompañaba cuando el general Villa ordenó, por última vez, la ejecución.

*Octavo*. Haberse apoderado, por la fuerza bruta, de cinco millones de pesos de la Tesorería General de la Nación; de más dé doscientos mil de la oficina impresora de billetes constitucionalistas, y haber ordenado la aprehensión del señor Serapio Aguirre, Tesorero General de la Nación, obligándolo a firmar un cheque por cuarenta y un mil dólares, que tenía depositados la Primera Jefatura en el First National Bank, de El Paso, Texas.

*Noveno*. Fomentar la traición del cobarde ex-Gobernador de Sonora, José María Maytorena.

*Décimo*. Haber celebrado un pacto con los ex-federales del Distrito Norte de la Baja California, por el cual les reconoció sus grados, admitiéndolos en el ejército que era a sus órdenes.

*Décimoprimero*. Permitir y fomentar inmorales concesiones de juego en todos sus dominios, en favor de sus familiares, que derrochan el dinero fomentando el libertinaje.

*Décimosegundo*. El asesinato del coronel Manzanera, delegado del general Domingo Arrieta a la Convención de Aguascalientes, sólo porque éste no quiso secundarlo en su traición.

*Décimotercero*. Haber telegrafiado al ex-general ex-federal José Refugio Velasco, excitándolo para que no se rindiera, cuando el suscrito exigía la rendición de la plaza de México, ofreciéndole apoyarlo con la división de su mando.

*Décimocuarto*. Haber aprehendido al teniente coronel Julio Madero, de mi Estado Mayor, quien formaba parte de una comisión que se acercaba al general Eulalio Gutiérrez, para tratar de la solución pacífica de las dificultades surgidas.

*Décimoquinto*. Estar apoyado por la reacción, como lo demuestra su Manifiesto a la Nación; tener en sus filas a muchos ex-federales y científicos, y su alianza con Maytorena.

## CONTRA JOSÉ MARÍA MAYTORENA

*Primero*. A raíz del cuartelazo de Huerta y de los asesinatos del Presidente y del Vicepresidente de la República, el 23 de febrero de 1913, algunos ciudadanos de Cananea, que pertenecieron al grupo revolucionario de 1910, entre los que recuerdo a don Rito Aguilar, dirigieron al entonces Gobernador Maytorena un telegrama, diciendo: Si para mañana, a las seis de la tarde, no ordena usted lo contrario, nos lanzaremos sobre los cuarteles federales, tomándolos por asalto y desarmando a la guarnición federal. Maytorena ordenó que, con carácter urgente, se transcribiera aquel telegrama al jefe de la primera Zona militar, general federal Miguel Gil, para su conocimiento, y a fin de que tomara las medidas que creyera convenientes; y a no ser por la oportuna intervención del hoy coronel Francisco R. Serrano, que era entonces secretario particular del Gobernador de Sonora, y don Carlos Randall —quiénes acordaron hacer creer a Maytorena que ese telegrama había sido transmitido, sin mandarlo a la oficina telegráfica— Aguilar y sus compañeros habrían pagado cara su valentía.

*Segundo*. Cuando los hoy coroneles Obregón, Talamante y Carpio y el teniente coronel Roberto Cruz se presentaron en la capital de Sonora, ofreciendo sus servicios a Maytorena, para lanzarse a la lucha contra el usurpador, los rehusó, alegando que no deseaba ver perturbada la paz en su Estado.

*Tercero*. Maytorena, en mensaje que dirigió al hoy general Plutarco Elías Calles, le ordenaba enérgica batida contra los que, a raíz del cuartelazo, se levantaron en armas contra Huerta, calificándolos de traidores y bandoleros.

*Cuarto*. El 25 del mismo febrero, Maytorena, huyendo al extranjero, sin desconocer al criminal Huerta, ni protestar contra el cuartelazo y sus consecuencias de asesinato en los primeros funcionarios de la República, traicionó a los principios que protestó cumplir y hacer cumplir, habiendo enviado a José Jimenez Riveroll, capitán ex-federal, en su representación, para que hablara con el Jefe de la Zona, general ex-federal Miguel Gil, con el fin de ver si era posible llegar a un arreglo con el Gobierno del

Centro. Los ahora generales Salvador Alvarado, Benjamín G. Hill, Juan G. Cabral y el que suscribe, nos presentábamos diariamente con Maytorena, rogándole que desconociera al Gobierno de Huerta y ofreciéndole luchar por los principios de la Revolución, que en aquellos momentos recibían tan rudo golpe con los asesinatos de Madero y Pino Suárez; a lo que un día nos contestó: Es por demás que ustedes pretendan que yo haga tal cosa; yo tengo relaciones de abolengo con todo el elemento que ustedes llaman científico, y mi estómago no está para andar comiendo carnes crudas en las montañas; los federales destrozarían mis propiedades e incendiarían mis haciendas, y, por último, no soy para el caso.

*Quinto*. Después de permanecer seis meses en el extranjero, donde llevó su pusilanimidad hasta el grado de negarse a conferenciar con los revolucionarios, manifestándoles que no quería mezclarse en nada, ya cuando fueron aniquiladas por nosotros las fuerzas federales que se encontraban en Sonora, embotellando y sitiando a la guarnición de Guaymas, regresó Maytorena al Estado, haciéndose nuevamente cargo del Gobierno, y creó, arbitrariamente, la oficina que denominó de Subsidio forzoso de guerra, para allegarse fondos por medios violentos, sin que su Gobierno tuviera ingerencia alguna en las operaciones militares, ni en los gastos que éstas demandaban. Los fondos obtenidos de esa manera los hizo depositar en Bancos norteamericanos, a nombre de Carlos E. Randall.

*Sexto*. Maytorena suprimió, violatoriamente, las elecciones municipales en el Estado, las de diputados al Congreso local, y de magistrados al Supremo Tribunal de Justicia, cuando había sido expedida ya la convocatoria respectiva, por las autoridades competentes.

*Séptimo*. Mediante una descarada dilapidación de los fondos del Estado, Maytorena sobornó a jefes constitucionalistas subalternos, induciéndolos a la insubordinación y rebeldía, lo que dio por fruto; la prisión del general Alvarado, a quien el movimiento constitucionalista debe grandes servicios, entre los que se cuenta el haber sostenido, por cerca de un año, el sitio de Guaymas. Los jefes comprados por Maytorena, aprehendieron también al hoy teniente coronel Roberto Cruz y a otros jefes de menor graduación, que no se prestaron a secundar su traición; y en cambio, Maytorena ordenó la libertad de los ex-federales que habían sido hechos prisioneros de guerra en la campaña llevada a cabo por el Cuerpo de Ejército del Noroeste, y que se encontraban en la Penitenciaría de Hermosillo, muchos de los cuales aceptaron su ofrecimiento, incorporándose en las filas maytorenistas.

*Octavo*. Maytorena se manifestó en toda su repugnante traición, rebelándose en Sonora contra el elemento revolucionario constitucionalista, antes de que cayera el llamado Gobierno de Huerta; y para ensanchar esta traición y esta rebelión, no tuvo escrúpulos en ligarse con parte del ejército ex-federal, que se hallaba en la Baja California, y que llevó a Sonora para reforzar sus filas, e hizo sublevarse la guarnición constitucionalista de Santa Rosalía, asesinando villanamente a su comandante, el mayor Abraham Aguayo.

Por último, ha pactado alianza con todos los elementos científicos de Sonora, permitiendo el regreso al Estado de los enemigos que la Revolución había expulsado, y devolviendo a éstos los bienes robados al pueblo, que se les habían intervenido.

## CONTRA FELIPE ÁNGELES

*Primero*. Encontrándose en París, al iniciarse el movimiento libertario de 1910, telegrafió al general Díaz, ofreciéndole sus servicios para combatir al maderismo, calificado por él de bandolerismo.

*Segundo*. Durante la decena trágica, haber retirado su artillería, que tenía emplazada frente a la legación inglesa para batir a la Ciudadela, por haberle informado el fatídico León de la Barra —que se hallaba refugiado en la mencionada legación— que había el propósito de deponer al Presidente Madero, y que él, Ángeles, era el candidato más viable para sustituirlo.

*Tercero*. Haber aceptado en París, una comisión del llamado Gobierno de Huerta, permaneciendo allá algunos meses, y teniendo lugar después de eso su incorporación al Ejército Constitucionalista, lo que demuestra claramente que vino enviado por los científicos, para sembrar la división en nuestras filas, y ser un escalón de la reacción, puesto que, de haber sido un partidario sincero de la causa del pueblo, hubiera ingresado, desde que salió de México, a las filas revolucionarias.

*Cuarto*. Haber exigido la suma de dos mil dólares para venir de París a incorporarse, en la época en que el movimiento revolucionario carecía de dinero, aun para la compra de pertrechos de guerra.

*Quinto*. Haber fomentado en José María Maytorena, la idea de la traición contra la Primera Jefatura de la Revolución, siendo Subsecretario de Guerra en el Gabinete Constitucionalista.

*Sexto*. Haber sido el principal instigador de Villa, pan que se insubordinara, como lo parentiza, entre otros, el hecho de haber redactado el primer telegrama de insubordinación que Villa dirigió al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, y el haber unido a Villa y a Maytorena, cuando era notoria la división que existía entre ambos, pues el primero había dirigido al segundo una carta de rompimiento, llena de improperios. Todavía desempeñaba Ángeles el puesto de Subsecretario de Guerra.

*Séptimo*. Haberse insubordinado a la Primera Jefatura de la Revolución, acto que le valió ser depuesto del cargo de Subsecretario de Guerra.

*Octavo*. Haber incorporado a las filas de la División del Norte a muchos jefes y oficiales ex-federales.

*Noveno*. Haber pretendido cohechar a algunos jefes del Ejército Constitucionalista; entre ellos al coronel Federico Montes, y al mayor médico José Siurob, manifestándoles que contaba con el apoyo del Gobierno norteamericano.

Desafío a todos los que militan bajo las órdenes de Villa, Ángeles y Maytorena, a que desmientan, de una manera franca y categórica, cualquiera de los cargos que dejo señalados, encareciéndoles reconciliarse con su honor y su conciencia, y declarar qué prefieren: que la Patria los considere como hombres honrados o como parásitos del Mal, que por debilidad o inconsciencia, se adhieren a los verdugos de nuestros más caros principios.

Queda señalada la trinidad maldita, que encabeza el movimiento reaccionario.

Ninguna obra puede llevarse a término feliz, cuando se toman como base la intriga, la traición y el asesinato, y es por esto que la reacción no podrá triunfar.

El abnegado pueblo, que nunca ha economizado sangre para castigar a los traidores, dará en esta vez una prueba de civismo y honradez, apartándose de estos tres genios del Mal, sin olvidar que es preferible morir protestando contra la maldad, que vivir pactando con ella.

Si cada pueblo tiene el Gobierno que merece, nunca podrá ser gobernado el nuestro por estos tres traidores.

¡Siempre será poca la sangre que un pueblo derrame en defensa de sus libertades!

Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste. H. Veracruz, Veracruz, 4 de diciembre de 1914. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

## CARTA AL GENERAL GUTIÉRREZ

El día 12 dirigí de Veracruz al general Eulalio Gutiérrez la carta cuyo texto copio a continuación:

Veracruz, diciembre 12 de 1914. Señor general Eulalio Gutiérrez. México, D. F.

Con la pena que me causa ver que continúa usted sirviendo de instrumento a la traición, me permito hacerle las preguntas siguientes, que ya publico, a reserva de publicar también su contestación:

Diga usted si es cierto que en Aguascalientes declaró usted varias veces, en presencia de los generales Robles, Chao, Aguirre Benavides, Villarreal y el suscrito, que el general Villa era un bandido, asesino, del que había que librar al país, por cualquier medio.

Diga usted si es cierto que nos criticaba los esfuerzos que hacíamos por solucionar pacíficamente las dificultades, diciéndonos que los bandidos como Villa entendían solamente a balazos.

Contestadas estas preguntas, suplícole explicarme el fenómeno que se ha efectuado: ¿dejó, en concepto de usted, de ser Villa bandido, al utilizarlo para hacer la guerra a los hombres honrados, que no quisimos pactar con él?... ¿Renunció usted a su calidad de hombre honrado, pactando con Villa, para hacer la guerra a sus compañeros de armas y convicciones?...

Son dos cosas igualmente imposibles; y los que conocimos al general Gutiérrez, impecable revolucionario, de honorabilidad insospechable, sólo podemos explicarnos este fenómeno de la manera siguiente: Gutiérrez no es dueño de su acción, o ha subalternado a su vanidad, halagada con la Presidencia, todas sus virtudes.

General Gutiérrez: ¡Nunca es tarde para reparar un mal! Retírese usted de esa atmósfera, que ha neutralizado sus energías y su honradez, y vuelva al campo de la lucha con sus hermanos, donde volvería a aparecer grande y querido, y renuncie usted al papel ridículo que está haciendo, el que le servirá para conquistarle la maldición que la Historia tendrá para todos los que pacten con la maldad, legítimamente representada por Francisco Villa. General *Álvaro Obregón*.

## DEFECCIÓN DEL GOBERNADOR DE SINALOA Y OPERACIONES MILITARES EN AQUEL ESTADO

Para esas fechas, el general Iturbe, que había sido nombrado jefe de la 3.ª División del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y cuya jurisdicción comprendía el Estado de Sinaloa, la parte Sur del Estado de Sonora, que no había sido controlada por las fuerzas de Maytorena y el Territorio de Baja California, había rendido parte de que el Gobernador de Sinaloa, Felipe Riveros, asumió una actitud marcadamente afecta al villismo, y que, con tal motivo, él, Iturbe, para evitar una ruptura de consecuencias, había mandado desarmar los batallones 1.º y 5.º de Sinaloa, en el puerto de Topolobampo, que eran los más importantes elementos con que podía contar Riveros para hacer armas contra el Gobierno Constitucionalista, obteniendo de Riveros, al mismo tiempo, la promesa de que permanecería leal a la Primera Jefatura de la Revolución; pero

que, a pesar de todo, el citado Gobernador había defeccionado el día 20 de noviembre, declarando su adhesión al villismo, por lo que inmediatamente fue batido por las fuerzas leales, al mando del general Iturbe, infligiéndole una completa derrota en las cercanías de Culiacán, donde el Gobernador rebelde abandonó armas, municiones y dinero, dispersándose en distintas direcciones la gente que lo había secundado en su traición.

Otro parte de Iturbe, recibido en aquellos días, daba cuenta de que, después de destrozar completamente a los reaccionarios mandados por Riveros, había él (Iturbe) salido al frente de una expedición de un mil hombres con rumbo a la Baja California y había derrotado por completo a la guarnición maytorenista, que se encontraba en el puerto de La Paz, Baja California, el 8 de diciembre, regresando luego con su expedición al Estado de Sinaloa.

## NOMBRAMIENTO DE JEFE DE OPERACIONES SOBRE LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA Y CIRCULAR DE ÉSTE A SUS JEFES SUBALTERNOS

El día 13 me fue expedido, por la Primera Jefatura, nombramiento de jefe de las Operaciones sobre la capital de la República, poniendo al efecto bajo mis órdenes las fuerzas que se encontraban en los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca e Hidalgo.

A raíz del nombramiento con que se sirvió distinguirme el Primer Jefe, dirigí circular a los Comandantes Militares de los Estados y demás jefes con mando de fuerzas que quedaban incorporados al Ejército de Operaciones, bajo mis órdenes en virtud del nombramiento que en mi favor se sirvió extender la Primera Jefatura, siendo ellos los que a continuación se expresan, y el texto de la circular, el que aparece también copiado en seguida:

*Circular telegráfica*. Veracruz, diciembre 18 de 1914.

General Salvador Alvarado.
General Cándido Aguilar.
General Heriberto Jara.
General Antonio Medina. Teziutlán.
General Juan Francisco Lucas. Tetela.
General Adalberto Palacios. Perote.
General Antonio de P. Magaña. Perote.
General Alejo G. González. San Marcos.
General Antonio Lechuga. Tehuacán.
General Guillermo Meixueiro. Oaxaca.
General Rafael Cárdenas. Teziutlán.
General Cesáreo Castro. San Marcos.
General Alfredo Machuca. Córdoba.
General Luis F. Domínguez. Veracruz.
General Francisco Coss. San Marcos.
General Lic. A. de la Fuente. Orizaba.
General Gabriel Gavira. Apizaco.
General Gilberto Camacho. Chalchicomula.
General Antonio Portas. Chalchicomula.
Coronel Adolfo Palma. Tierra Blanca.
Coronel Jesús González Morín. San Marcos.
Gobernador José I. Dávila. Oaxaca.

El C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, con fecha 13 del actual, hase servido comunicarme nombramiento hecho en mi favor, como General en Jefe del Ejército de Operaciones sobré la capital de la República, comprendiéndose las fuerzas de los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca e Hidalgo, y las de otros Estados, que se encuentren en los indicados. Al verme honrado con este nombramiento, que me coloca al frente de un Ejército de valientes, que no ha vacilado en su inquebrantable lealtad a nuestros principios revolucionarios, me satisface protestar que no omitiré esfuerzo en el cumplimiento del deber, y que, como correligionario y compañero, sabré tener para ellos el respeto y consideraciones que siempre he sabido guardar a los que con igual amor a la Patria, han venido luchando a mi lado. En nombre de la fracción del abnegado Cuerpo de Ejército del Noroeste, que se encuentra entre ustedes, que ha venido luchando desde las riberas del Mayo, y que con igual ardor continuará en la lucha por el triunfo de nuestros principios, yo envío a ustedes un fraternal abrazo. Ruégole ordenar sea dado a conocer en la orden del día el presente mensaje. Atentamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

A continuación copio íntegras la mayor parte de las comunicaciones que recibí en contestación a mi circular, de los jefes que antes dejo mencionados, porque estos documentos constituyen, para mí, un legítimo timbre de orgullo y revelan en los jefes que los subscribieron, el más elevado espíritu de subordinación y su resolución inquebrantable de luchar contra la reacción, que en aquellos momentos amagaba dominarlo todo; lamentando solamente no ponerlas todas, por haberse extraviado de los archivos algunas de ellas.

CONTESTACIONES TELEGRÁFICAS A LA CIRCULAR DEL JEFE DE OPERACIONES

Tierra Blanca, 18 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Enterado con satisfacción su respetable mensaje ayer; hónrome en reiterarle mi más cordial felicitación por acertado y merecido nombramiento confirióle nuestro Primer Jefe. Oportunamente mandaré estado fuerzas que están a mi mando, con todos los pormenores a que refiérese. Puede usted contar, sin reserva alguna, con la lealtad y adhesión de todas mis fuerzas, para cooperar a la gloriosa obra regeneradora, emprendida por la causa constitucionalista y representada hoy dignamente por usted. Protéstole, mi general, mi subordinación y respeto. El coronel *Adolfo Palma.*

Perote, 18 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Paso del Macho, vía Orizaba. Enterado de su telegrama de ayer, en el que se sirve comunicarme que el C. Primer Jefe lo ha nombrado Jefe del Ejército de Operaciones que hará la campaña sobre la ciudad de México, quedando yo a las órdenes de usted, por pertenecer a la División del Estado de Veracruz. Ya ordeno se forme el estado completo de las fuerzas de mi mando, de armamento y municiones; al mismo tiempo, enviaré nota de los elementos de que carezco. Confío, por estar la justicia de nuestro lado, en el triunfo de la causa constitucionalista, pero cualquiera que sea el final de esta segunda etapa de la lucha, hasta el último momento, sabré estar en mi puesto, como buen ciudadano y cumplido militar. Respetuosamente. El general *A. Palacios*.

Cuartel General. Perote, 18 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Tanto mis fuerzas como yo, nos hemos sentido profundamente satisfechos, al saber la designación que el Primer Jefe tuvo a bien hacer en su favor, felicitándonos de tener un Jefe tan ameritado y tan patriota; asegurándole que, siguiendo su ejemplo y el de las bravas fuerzas que desde el Norte lo acompañan, estaremos dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre, en defensa de nuestra santa causa, y estaremos siempre contentos de obedecer sus respetables órdenes. Lo felicitamos con todo cariño, y su telegrama, como lo dispone, será dado a conocer en la orden del día. Con el mayor respeto. El general Comandante Militar de la Plaza y Fortaleza de Perote. *A. de P. Magaña*.

Córdoba, 18 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Enterado con satisfacción de su mensaje de hoy. Felicítolo sinceramente por nombramiento merecido hecho en su favor. No dude que continuaremos, como hasta la fecha, colaborando por la causa que defendemos, y que no omitiremos esfuerzo alguno para lograr los fines que nos hemos impuesto. Salúdolo respetuosamente. El general Jefe de las Armas. *A. Machuca*.

Cuartel General en Teziutlán, 18 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Hónrome comunicarle a usted, quedar enterado patrióticos conceptos de su mensaje esta fecha, el que ya doy a conocer a todos los jefes esta zona mando. Interpretando los sentimientos de esta Brigada, de la que me honro en ser jefe, puedo manifestar a usted que cuente, como hasta hoy, con la inquebrantable lealtad a nuestros principios revolucionarios que, antes que a la traición, nos llevarán a la victoria o a la muerte. El General en Jefe. *A. Medina*.

Huamantla, 19 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Enterado con satisfacción de su mensaje de ayer, en que comunícame nombramiento hecho en su favor, por el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, nombrándolo General en Jefe de las Operaciones militares sobre la capital de la República y Estados Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca e Hidalgo. Ya doy a conocer contenido su mensaje en la orden del día, y felicítolo calurosamente por el honroso cargo le ha sido conferido. Salúdolo respetuosamente. El Gobernador y Comandante Militar del Estado. General *Alejo G. González*.

Chalchicomula, diciembre 19 de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Hónrome acusar a usted recibo del atento mensaje en que me participa el nombramiento hecho en favor de usted, como General en Jefe de las Operaciones en los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca e Hidalgo, y acatando sus órdenes lo he puesto en conocimiento de esta Plaza. Felicito a usted por tan merecido nombramiento, protestándole mi adhesión, respeto y subordinación. El general Jefe de la 3.ª Brigada. *A. Portas.*

Huamantla, 19 de diciembre de 1914. Señor General Álvaro Obregón. Veracruz. Hónrome en contestar su telegrama de hoy, participando su nombramiento como General en Jefe de las Operaciones sobre la capital de la República. Todos los generales, jefes, oficiales y soldados de esta Brigada de mi mando, felicitamos a usted calurosamente por tan acertado nombramiento y nos felicitamos nosotros mismos, por tener como jefe a quien, como usted, ha sabido defender tan honrada y patrióticamente los ideales de nuestra causa. Al participar a usted lo anterior, me es grato protestarle mi respetuosa subordinación. Salúdolo afectuosamente. El general de Brigada. *Cesáreo Castro*.

Jalapa, Veracruz, 19 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Enterado de su mensaje fecha de ayer. Lo felicito calurosamente por su nombramiento de Jefe de Operaciones sobre la ciudad de México y varios de los Estados, y al mismo tiempo, reciba usted mi adhesión y subordinación como uno de los más humildes luchadores y que no nos olvidemos del humilde Ejército, que abnegado lucha, siguiendo a sus jefes que lo han levantado de sus humildes aldeas, para ayudarnos a reconquistar esa libertad y esos derechos que asisten a todo buen mexicano. Salúdolo muy respetuosamente. General de Brigada. *Francisco Coss*.

San Jerónimo, 19 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Hónrome comunicar a usted que, con las solemnidades debidas, hoy se dio a conocer a las fuerzas existentes en esta plaza, que ha sido usted nombrado por el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, General en Jefe del Ejército de Operaciones sobre la capital de la República, comprendiendo las fuerzas de los Estados de Veracruz, Puebla, Oaxaca e Hidalgo y las de otros Estados que se encuentran en los indicados. Ruego a usted, mi General, se sirva aceptar mi sincera felicitación y las protestas de mi respetuosa subordinación. E. J. de A. B., *Hernán Carrera*.

Apizaco, Tlaxcala, 19 de diciembre de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz, Veracruz. Enterado de su mensaje recibido el día 18 a las 11:07 p. m., hónrome, en nombre de los CC. jefes, oficiales y tropa del Batallón Herrerías, que es a mis órdenes"felicitar a usted por tan digno cargo a que se ha hecho acreedor, toda vez que, como abnegado mexicano, ha sabido luchar valientemente por nuestras sagradas libertades. Hónrome, igualmente, estar bajo las órdenes de tan digno Jefe, y más me honraría que usted tuviera a bien concederme la vanguardia en todas sus operaciones. Su subordinado. El Coronel Jefe del Batallón. *Jesús G. Morín*.

Tehuantepec, diciembre 19 de 1914. General Álvaro Obregón. Veracruz. Teniendo informes que ha sido usted designado Jefe Supremo de fuerzas que recuperarán capital República, en representación este Distrito y en nombre propio, permítome la honra de manifestar a usted, que aplaudimos y celebramos tan acertado nombramiento, confiado en que, dada pericia y táctica militar de la que ha dado innumerables pruebas, fuerzas constitucionalistas, bajo la hábil dirección de usted, conquistáranse un laurel más, y libro Historia, en sus páginas de oro, grabará memorables hechos. Sírvase usted, ciudadano general, aceptar las protestas de mi adhesión y respeto. Jefe Político. *Luis E. Velasco*.

Al margen un sello que dice: Comandancia Militar de Veracruz. Sección 1. Número 913. Me he enterado con satisfacción del oficio número 27 de esta fecha, en que se sirve usted comunicarme haber recibido de la Primera Jefatura, el alto y honroso nombramiento de Jefe del Ejército de Operaciones sobre la capital de la República y el mando de los fuerzas de los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca e Hidalgo, así como las de otros Estados, que se encuentran en los anteriores. La misma impresión que el mencionado nombramiento de usted me causó al serme comunicado por nuestro Primer Jefe y que, con entera sinceridad, le manifesté, se la hago presente ahora; pues no dudo que su reconocido patriotismo y abnegación por defender los principios revolucionarios, sabrán manifestarse nuevamente al emprender esta lucha contra la reacción. Cuente usted con que en mi esfera de acción, como Comandante Militar de este puerto, y por lo que se refiere a las fuerzas de mi mando, sabré colaborar con usted como correligionario y subordinado. Reitero a usted mis protestas de adhesión y respeto. *Constitución y Reformas*. H. Veracruz, diciembre 19 de 1914. El general Comandante Militar de la Plaza. *H. Jara.* Al C. General *Álvaro Obregón*, General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Presente.

Al margen un sello que dice: Ejército Constitucionalista. Comandante Militar del Estado de Veracruz. 1.ª División de Oriente. Jefatura de Estado Mayor. Con gran satisfacción me he impuesto por su atento oficio, de la acertada designación que ha recaído en usted, al nombrado el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, General en Jefe del Ejército de Operaciones sobre la ex-capital de la República, quedando bajo su mando las fuerzas pertenecientes a los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Oaxaca y otras. En nombre de la Primera División de Oriente y en el mío, envío a usted mis más sinceras y entusiastas felicitaciones por esta demostración más del reconocimiento de sus méritos, pericia y elevado patriotismo.La Primera División de Oriente, responde como yo, al fraternal abrazo de usted y del Ejército del Noroeste. Nos esforzaremos por ser dignos colaboradores de usted en la difícil tarea que va a emprenderse, con fe inquebrantable en los destinos de la Patria, en los principios proclamados por la revolución y en la solidaridad de nuestras conciencia, de nuestros fines y limpias intenciones; unidos por el sincronismo de nuestras ideas, y la cohesión indestructible de los caracteres que rubrican las etapas del progreso.

Como gobernante y como militar, ofrezco a usted mi cooperación, así como la del Estado de Veracruz, que se estremece hoy en paroxismos de libertad y patriotismo. Tengo el honor de protestar a usted mi distinguida consideración y afecto. *Constitución y Reformas*. H. Veracruz, a 19 de diciembre de 1914. El Gobernador y Comandante Militar del Estado. General *Cándido Aguilar*.
Al C. General Álvaro Obregón, General en Jefe de las Operaciones.
Presente.

# CAMPAÑA CONTRA ZAPATA, LA CONVENCIÓN Y VILLA

## ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES. EVACUACIÓN DE LA CIUDAD DE PUEBLA Y DEFECCIÓN DE NUESTRAS FUERZAS EN EL DISTRITO SUR DE BAJA CALIFORNIA

Durante nuestra permanencia en Veracruz procedí, con la mayor actividad posible, a la reorganización de las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste con que me había incorporado al Estado de Veracruz.

La noche del 14 fui llamado al edificio de Faros por el C. Primer Jefe, en donde fui informado por él que la situación en Puebla, según noticias que el general Alvarado le estaba comunicando; se hacía a cada momento más difícil.

Pedí una conferencia con el general Alvarado, y cuando éste me informó de cómo estaba siendo atacado y de los elementos con que él contaba para defender la plaza, que ascendían a 10 000 hombres de las tres armas, con aprobación del Primer Jefe, le di las siguientes instrucciones:

Mañana, al iniciarse el día, deberá usted tomar la ofensiva con todos los elementos de combate que están a sus órdenes en esa plaza, procurando destruir a la columna enemiga que los está hostilizando, antes de dar tiempo a que sea reforzada con las tropas que procedentes de México, y al mando del general Ángeles, se sabe que vienen avanzando por Apizaco. Ya procedo desde luego a preparar mi salida para aquella plaza, con algunos refuerzos, para tomar el mando directo de las operaciones.

El día 15 hice mi salida para Puebla, con objeto de reforzar la guarnición de la plaza y tomar el mando directo de las operaciones, como lo había anunciado al general Alvarado en mi conferencia de la noche del 14.

El día 15 pernoctamos en Orizaba, donde estuve alistando mis fuerzas, para movilizarlas al Sur, y continué la marcha a primeras horas del siguiente día.

En Esperanza, tuve conocimiento que esa misma noche había evacuado la plaza de Puebla el general Alvarado.

Continuamos nuestra marcha hasta San Marcos, adonde llegamos en la tarde y a cuya estación se habían estado incorporando ya los trenes militares procedentes de Puebla, con las infanterías y parte de la artillería que se encontraban en aquella plaza, al ser evacuada.

A la caída de la ciudad de Puebla en poder de las fuerzas reaccionarias, el Constitucionalismo atravesaba por uno de sus más críticos períodos, y no pecaban de exagerado pesimismo quienes auguraran para nuestro partido una completa derrota. Para la mejor comprensión de aquellas difíciles circunstancias, creo que bastará hacer una relación de las condiciones que guardaba el territorio correspondiente al Cuerpo de Ejército del Noroeste, que era a mi mando: a saber:

De Naco (ésta y Agua Prieta eran las únicas plazas que conservábamos en todo el norte de Sonora) seguían recibiéndose partes rendidos por el general Hill, comunicando que continuaban los rudos ataques de los maytorenistas sobre aquella plaza, teniendo el enemigo un efectivo mayor de cinco mil hombres y bastante artillería y demás elementos de guerra; mientras que Hill y Calles, contaban solamente con poco más de mil hombres y un cañón revólver —al que cariñosamente le llamaban Panchito— sin que pudieran cubrir las bajas que sufrían en los diarios combates. Reforzar a Hill era materialmente imposible, dada la distancia que lo separaba de nuestros principales núcleos, entre los cuales y Naco había de por medio un extenso territorio, dominado completamente por el enemigo.

La guarnición de Santa Rosalía, Distrito Sur de Baja California, sobornada por Maytorena, se había sublevado en contra del Gobierno Constitucionalista, y había sido asesinado villanamente su comandante, el mayor Abraham Aguayo, por no haber éste querido defeccionar.

El Distrito Norte de Baja California estaba en poder de fuerzas ex-federales, al mando del coronel Esteban Cantú, reconociendo al llamado Gobierno de la Convención y con el apoyo directo de Ángeles, quien con anterioridad había conseguido que dichas fuerzas ex-federales continuaran en Baja California y pertenecieran a la División del Norte.

El general Blanco, que había consumado su defección y unídose al llamado Gobierno Convencionista, aceptando la Cartera de Gobernación, en el Gabinete de Gutiérrez, reforzaba al enemigo con muchas de sus tropas, de las cuales se formaron varias columnas para dar impulso a la campaña reaccionaria; una de las cuales, al mando de los generales Cabral, Sosa y Trujillo, fue destacada a Sonora; otra, al mando del general Buelna, a Tepic, y otra sobre el Estado de Sinaloa, donde había defeccionado el gobernador Riveros; en tanto que otra parte de las fuerzas de Blanco, al mando del general Julián Medina formaba parte de la columna destacada por Villa, sobre Guadalajara.

## SITUACIÓN MILITAR DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONALISTA

De esa manera, se veían seriamente amagados los diversos Estados y Territorios que comprendía la jurisdicción del Cuerpo de Ejército del Noroeste y que eran: Sonora, Sinaloa, Colima y Jalisco, Tepic y Baja California. Algunas de estas entidades, como Sonora y Baja California, estaban ya casi dominadas completamente por el enemigo.

Por otra parte, las fuerzas leales en aquellos Estados y Territorios, estaban totalmente incomunicadas por tierra con mi Cuartel General, del que dependían, y con la Primera Jefatura; y la comunicación con ellas podía hacerse solamente por las irregulares vías marítimas de Salina Cruz a Manzanillo y Mazatlán —tres puertos del Pacífico, situados el segundo al norte del

primero y el tercero al norte del segundo— no debiendo omitirse que era también bastante irregular la comunicación entre Veracruz y Salina Cruz.

Por lo que respecta a las zonas de otras jurisdicciones, no era mejor la situación, y a diario se recibían noticias de nuevas defecciones que seguían registrándose en distintos puntos de la República, en favor del villismo.

Es digna de elogio la actitud viril que, en general, asumió el pueblo de Sinaloa, manteniéndose leal a los principios de la Revolución Constitucionalista, no obstante la defección de su gobernador, Felipe Riveros, y de haber quedado las fuerzas de aquel Estado, completamente incomunicadas, por tierra, con el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste y con la Primera Jefatura.

Aquí cabe, también, hacer un caluroso elogio de la actitud del general Luis Gutiérrez, que era Comandante Militar del Estado de Coahuila y quien, virilmente, rechazó siempre las insinuaciones que le eran hechas para que reconociera al llamado Gobierno de la Convención, no obstante que éste era presidido por su hermano, el general Eulalio Gutiérrez, a quien también desconoció como suprema autoridad de la República, lanzándose a la lucha como uno de los más leales defensores de la causa representada por el señor Carranza, no sin hacer a su hermano patrióticas exhortaciones, para que volviera por el camino del deber y rompiera las ligas que lo habían puesto en contacto con Villa y la reacción.

El día 17 continué mi avance hasta estación Apizaco, y regresé el mismo día, después de conferenciar con los jefes de aquella guarnición.

En San Marcos, conferencié con el general Alvarado y los principales jefes que habían llegado a dicho lugar, procedentes de Puebla, continuando mi viaje de regreso a Veracruz, adonde llegué el día 18, a las 3 p. m.

El día 19 conferencié con el Primer Jefe y le di cuenta de mis impresiones recogidas en el recorrido que hice hasta Apizaco. El Jefe, en esta ocasión, me manifestó sus deseos de hacer una visita a los campamentos, idea que yo apoyé, expresándole que, en mi concepto, esa visita sería muy conveniente, porque su presencia haría renacer la moral en algunos jefes que la tuvieran quebrantada por los últimos acontecimientos.

El día 20 se dieron las órdenes necesarias para preparar la salida del Primer Jefe al Norte, sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, a visitar los campamentos constitucionalistas, al siguiente día.

Ese mismo día, comisioné al coronel Juan Cruz, con el mayor Fausto Topete y el capitán 2.º Rafael T. Villagrán, para que marcharan a Yucatán, a recibir un batallón que había sido formado en aquel Estado con indígenas yaquis, de los que habían sido deportados de Sonora a Yucatán, en épocas de la administración del general Díaz, y el cual batallón debería ser incorporado al Cuerpo de Ejército del Noroeste.

## VISITA DEL PRIMER JEFE A LOS CAMPAMENTOS MILITARES SOBRE LA VÍA DEL MEXICANO.

El día 21, el Primer Jefe, con una comitiva de altas personalidades de la administración revolucionaria, yendo yo en su compañía, emprendió la marcha de Veracruz, sobre la vía del Mexicano, en visita a los campamentos.

Entre las personas que nos acompañaban, se contaban los periodistas extranjeros de Courcy y M. Fernández Cabrera.

El tren iba escoltado por doscientos soldados mayos, del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

Antes de llegar a Estación Soledad, a muy corta distancia de Veracruz, y cuando nuestro tren corría sin ninguna interrupción, el maquinista Palma, que manejaba la locomotora, descubrió una máquina que, a gran velocidad, se aproximaba por nuestro frente; y como Palma advirtiera que aquella máquina no traía tripulación, ni daba las señales que son de reglamento, cuando se avistan, en sentido opuesto, dos trenes sobre la misma vía, tuvo tiempo de detener nuestro tren y hacerlo contramarchar, descendiendo él violentamente y aprestándose a esperar a la máquina misteriosa, la que seguía acercándose aunque perdiendo velocidad. Cuando ésta llegó hasta aquel lugar, nuestro maquinista, con una agilidad digna de admiración, la abordó e hizo desde luego esfuerzos por contenerla. El choque se produjo con nuestro tren, porque los esfuerzos de Palma no habían bastado a contener del todo la marcha de aquella máquina loca; pero sí logró quitarle gran velocidad y, con esto, que el choque no fuera de consecuencias.

Reparados los ligeros desperfectos que aquel choque ocasionó en la locomotora de nuestro tren, éste continuó la marcha.

El viaje se hizo ya sin contratiempo alguno, y se visitaron todos los campamentos, hasta el de la extrema vanguardia que estaba en Apizaco y de cuyas fuerzas era jefe el general Gabriel Gavira.

En todos los campamentos fue recibido el Jefe con numerosas muestras de verdadero entusiasmo, y todos los jefes, oficiales y soldados demostraron un estado de completa moral y sinceros deseos de combatir a la reacción.

El día 24 llegamos de regreso a Veracruz.

Como el general Salvador Alvarado rindiera parte telegráfico, comunicando que una columna, con efectivo mayor de cinco mil hombres, avanzaba sobre Tehuacán, ordené que todas las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste que estaban distribuidas en las distintas estaciones sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, en el Estado de Veracruz, se movilizaran a estación Esperanza, para transbordarlas allí y dirigidas a reforzar la plaza amagada, ordenando a Alvarado que reconcentrara en San Marcos cuatro mil hombres de caballería, para que con ellos avanzara sobre la retaguardia de la columna enemiga, cuando ésta iniciara su ataque sobre Tehuacán.

El día 29 salí yo de Veracruz, habiendo llegado ese mismo día a estación Esperanza, donde recibí parte de que la columna enemiga que se dirigía a atacar Tehuacán, había sido derrotada en Tecamachalco, por fuerzas de los generales Castro, Coss, González (Alejo), Sánchez, Maycotte y Rojas.

En vista de ese parte, juzgué innecesaria la movilización ordenada a Tehuacán y entonces dispuse que se hiciera a San Marcos, para, de allí, emprender las operaciones sobre la ciudad de Puebla.

## SE INICIAN LAS OPERACIONES MILITARES SOBRE LA CIUDAD DE PUEBLA

El día 30 salimos de San Marcos por la vía del Mexicano, al Sur, hasta Acajete, a 30 kilómetros de la ciudad de Puebla, en donde se encontraban los generales Alvarado, Castro, Coss y otros, con la mayor parte de sus fuerzas.

Cuando llegué a Acajete, los jefes mencionados habían iniciado ya su avance sobre Amozoc, y como la vía del ferrocarril a aquel punto tenía algunos desperfectos que no permitían continuar la marcha en nuestro tren, la emprendimos pie a tierra, yendo conmigo algunos de los miembros de mi Estado Mayor y 30 soldados del 21.º Batallón de Sonora, al mando del mayor J. Manuel Sobarzo, como escolta.

Llegamos así a Amozoc, y allí encontramos al general Cesáreo Castro, con una pequeña escolta de caballería, quien nos informó que el enemigo había sido desalojado de la plaza, sin mucho esfuerzo, por nuestras tropas, y que éstas continuaban la persecución de los reaccionarios rumbo a Puebla.

Conversando con el general Castro, nos dirigimos a la plaza del pueblo, y ya nos encontrábamos en aquel sitio tomando descanso, cuando escuchamos, hacia el rumbo de la estación, el pitazo de un tren que llegaba. Mandé a uno de mis oficiales a hacer un reconocimiento por aquel rumbo, y a poco éste regresó con la noticia de que era tren enemigo que conducía tropas, y que éstas estaban desembarcando.

Nosotros sumábamos, en total, cincuenta, incluyendo la pequeña escolta de caballería del general Castro; pero sin embargo de nuestra inferioridad numérica, iniciamos el ataque sobre el tren enemigo, logrando que emprendiera la fuga, antes de que terminara de desembarcar sus tropas, y sin que pudiera recoger a las que ya había desembarcado, las que, tras un combate de poca importancia, se rindieron a nosotros. De este hecho, di parte al C. Primer Jefe en el mensaje que se copia a continuación:

Acajete, Puebla, 30 de diciembre de 1914. Señor Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Veracruz. Hónrome comunicar a usted que en estos momentos llego de Amozoc, plaza que fue ocupada por nuestras tropas a la una de la tarde, después de combate de poca importancia. Persiguen enemigo que huye rumbo a Puebla, los generales Maycotte y González, quienes han recogido un cañón y algunos prisioneros. Entre muertos encuéntrase un mayor de artillería y más de treinta soldados. Recogiéronse armas, parque y caballos. Tres p. m., y cuando me encontraba en la plaza de Amozoc, con general Castro, llegó tren enemigo, que había quedado copado al Sur, al tomarse dicha plaza. Inmediatamente procedimos a atacarlo con nuestras escoltas que sumaban sólo cincuenta hombres, logrando rechazarlo, capturándole 105 prisioneros con armas y parque. El tren no podrá escapar, por estar cortada la vía a su retaguardia, y mañana será capturado por la caballería que lo persigue. Entre prisioneros, encuéntranse dos mayores y varios oficiales ex-federales, que están al servicio del villismo. Respetuosamente, el General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Después de la toma de Amozoc, di las órdenes necesarias para que las tropas que se estaban reconcentrando en San Marcos, continuaran por la vía del Mexicano, hasta Apizaco.

El general Salvador Alvarado había quedado con el mando de la columna de caballería, para avanzar con ella sobre Puebla, por Amozoc.

Cuando hubieron reconcentrádose en Apizaco las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste, que eran de infantería y artillería, marché yo a dicho lugar para tomar el mando directo de ellas, y preparar mi avance con esta columna, sobre la vía de Apizaco a Puebla, con objeto de batir cualquier refuerzo que de México pudiera venir con destino a Puebla por la vía del Ferrocarril Interoceánico.

El día 31, llegué a Apizaco, y desde luego ordené que el general Jesús S. Novoa, que estaba de guarnición en estación Huamantla, avanzara por las estribaciones del volcán apagado La Malinche, hasta cortar la vía del Ferrocarril entre Puebla y Santa Ana; ordenando, al mismo tiempo, a los coroneles Jesús González Morín y Felipe López que salieran de Apizaco con mil hombres y dos cañones, para que al amanecer del día siguiente atacaran la capital del Estado de Tlaxcala.

También ordené al general Alvarado que destacara dos mil hombres a cortar la vía entre Santa María y Atlixco, del Ferrocarril Interoceánico.

Después de dar esas órdenes, emprendí la marcha con tres trenes militares hasta estación Santa Ana, punto que había sido ocupado, sin combatir, por las fuerzas destacadas con ese objeto.

El mismo día recibí un telegrama del Primer Jefe, en que me comunicaba la traición de Santibáñez en el Istmo y la aprehensión del general Jesús Carranza por el mismo Santibáñez, ordenándome movilizara inmediatamente hacia el Istmo las fuerzas de los coroneles González Morín y López.

Así concluyó el último día del año de 1914.

El día 1.º de enero de 1915 se re concentraron las fuerzas en Santa Ana, y el día 2 se continuó el avance hasta Zacatelco, donde permanecimos el día 3, habiendo tenido allí un combate con fuerzas enemigas, que trataban de contener nuestro avance; pero este encuentro no fue de importancia, debido a la poca resistencia que opusieron los contrarios.

Nuestra situación en Zacatelco era peligrosa, debido a que estábamos entre México y Puebla, y el enemigo podía recibir refuerzos de México, y éstos atacarnos por retaguardia, ya fuera durante la marcha, o bien, cuando intentáramos el ataque sobre Puebla.

Ese día se trasladó el general Alvarado a Apizaco, y de allí conferenció conmigo por telégrafo, recibiendo de mí las últimas instrucciones para el ataque que deberíamos llevar a cabo sobre la ciudad de Puebla.

El día 4, al continuar la marcha sobre estación Panzacola, donde parecía que el enemigo preparaba alguna resistencia, tuve que tomar toda clase de precauciones y hacer muy lento el avancé. Por la tarde, ocupamos dicha estación, después de desalojar al enemigo, que resistió nuestro ataque por espacio de una hora, sufriendo algunas bajas y no siendo de consideración las nuestras.

En esta fecha recibí parte de que el general Gilberto Camacho, que estaba de guarnición en San Andrés Chalchicomula, había defeccionado, incorporándose al enemigo con parte de sus tropas, que lo secundaron en su traición. Las tropas que permanecieron leales, al mando del coronel Cirilo Elizalde, marcharon a incorporarse a las nuestras.

Después de ocupar estación Panzacola, ordené al coronel Eugenio Martínez que, con sus fuerzas, continuara la marcha hasta quedar frente a Puebla, como puesto avanzado de mi columna, y todo quedó listo para continuar el movimiento, al empezar a aclarar el día 5, por tener ya combinado con el general Alvarado el ataque sobre Puebla a esa hora.

El coronel Martínez fue rudamente atacado esa misma noche por una fuerte columna enemiga, que intentó desalojado de las posiciones que tenía; pero el enemigo fue rechazado en todos sus intentos y obligado a reconcentrarse en Puebla, con fuertes pérdidas.

Al día siguiente, se llevó a cabo el ataque sobre Puebla, y la histórica ciudad cayó en poder de nuestras fuerzas, después de un sangriento combate, librado principalmente por las divisiones de caballería de los generales Castro, Coss y Millán, que fueron las primeras en entrar al ataque, y las que habían logrado desalojar completamente al enemigo de la plaza, cuando nosotros iniciábamos el asalto por el Fuerte de San Juan.

No puedo entrar en detalles sobre esta acción, porque ninguno de los jefes de las caballerías, que fueron, como dejo dicho, las que tomaron principal participación en el ataque, me rindió parte detallado; por lo que me limito a copiar, en seguida, el parte telegráfico que rendí a la Primera Jefatura:

COMBATE EN LA CIUDAD DE PUEBLA Y PARTE OFICIAL

Palacio de Gobierno de Puebla, enero 5 de 1915. Señor Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Veracruz. Hónrome comunicar a usted que, después de seis días de combates, desde Tepeaca hasta Amozoc, por la línea del Mexicano del Sur, y desde Santa Ana a Panzacola, por la vía del Mexicano, se inició anoche el ataque sobre esta plaza, que estaba ocupada por un enemigo, aproximadamente de quince mil hombres, por el primer Batallón de Sonora, al mando ¿el coronel Eugenio Martínez, de la brigada Laveaga, y por el teniente coronel Juan Torres, que comanda el escuadrón de caballería Fieles de Sinaloa; habiéndoles recogido dos ametralladoras, pues fueron alcanzados dos trenes que llegaron ayer de México a reforzar a los reaccionarios. Se generalizó el combate hoy, a las cinco de la mañana, por el cerro de Guadalupe, con las fuerzas de los generales Coss, Millán y Villaseñor, y por el cerro de Tepozúchil, con las de Alvarado, Castro, Maycotte, González y Cepeda. A las 8 a. m., abrí el fuego de artillería por la vía del Mexicano y camino de Covadonga a esta ciudad, y a las diez de la mañana, alcanzó el fuerte de San Juan, que lo tomaron, a las 12 m., el 4.º Batallón de Sonora, al mando del teniente coronel Cenobio Ochoa, de la brigada Manzo, y la escolta de este Cuartel General, al mando del mayor J. Manuel Sobarzo; habiendo encontrado nosotros poca resistencia, debido al vigoroso empuje que desde las cinco de la mañana habían hecho los que atacaron por Guadalupe. La caballería del general Jesús S. Novoa prestó también muy importantes servicios en nuestra marcha de Panzacola a ésta. La ciudad y sus contornos están regados de cadáveres, y el enemigo huye en dispersión. Ya procedo a levantar el campo, y daré a usted parte detallado. El comportamiento de los jefes, oficiales y tropa, como siempre, fue inmejorable. Felicito a usted por esta importante acción de nuestras armas. Respetuosamente, el General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Nuestra marcha de Apizaco a Puebla fue verdaderamente penosa, debido a la inclemencia de la temperatura en aquella región, en la temporada de pleno invierno, en que hicimos por ella nuestra travesía; recrudeciéndose especialmente ese clima, en el camino que seguimos, por el hecho de que atraviesa por entre los picos nevados del Iztaccíhuatl y el Popocatépetl, al Norte, y La Malinche al Sur.

El día 7, después que hubo tomado posesión del Gobierno de Puebla el general Coss, marché a Veracruz, a conferenciar con el Primer Jefe, llegando a aquel puerto el mismo día.

En Veracruz, permanecí hasta el día 11, y regresé a Puebla el día 12.

## OPERACIONES EN TEPIC Y SINALOA

A mi regreso a Puebla, recibí parte del general Iturbe, comunicándome que el general Juan Dozal, que fungía en Tepic como Jefe Político y Comandante Militar del Territorio, inopinadamente había huido, abandonando, en la mayor desorganización, las fuerzas que tenía a su mando, así como los pertrechos que se le habían confiado, y dejando con esto el Territorio a merced del enemigo, precisamente cuando Iturbe se preparaba para invadir por el Sur el Estado

de Sonora, de acuerdo con las órdenes que yo le había dado, para llamar la atención de las fuerzas maytorenistas por este rumbo, y lograr que distrajeran algunos de sus elementos con que seguían atacando rudamente al general Hill en Naco, movimiento que ya no pudo hacer Iturbe, debido a que tuvo que atender a la situación de Tepic, de cuyo Territorio se apoderó fácilmente el reaccionario Buelna, y amagaba con ello invadir el Estado de Sinaloa.

En tales condiciones, el general Iturbe destacó sobre el sur de Sonora solamente una parte de sus fuerzas, al mando del general Ángel Flores, dando a éstas la denominación de Columna Expedicionaria de Sinaloa, y debiendo tener como centro de operaciones la plaza de Navojoa, Sonora, para oponerse a la invasión del Estado de Sinaloa por el norte; otra parte de sus fuerzas, al mando del general José María R. Cabanillas, la situó en Cosalá para repeler cualquier expedición que el enemigo pudiera destacar del Estado de Durango sobre Sinaloa, y con el resto de sus fuerzas, el general Iturbe marchó al sur a reforzar al general Juan Carrasco, que en condiciones poco favorables estaba combatiendo con Buelna. Al general Mateo Muñoz, de las mismas fuerzas de Iturbe, se le tenía encomendada la campaña contra los indios mayos rebeldes, que operaban por el extremo Sur de Sonora y el extremo Norte de Sinaloa.

El mismo día 12 se presentó en mi Cuartel General, en Puebla, un individuo que había llegado a aquella ciudad, procedente de México, quien me hizo entrega de una carta firmada por el general Eulalio Gutiérrez, y dirigida conjuntamente a mí y al general Cándido Aguilar; el texto de la cual se reproduce a continuación:

COMUNICACIONES CRUZADAS ENTRE EL GENERAL EULALIO GUTIÉRREZ Y EL GENERAL EN JEFE

México, D. F., enero 7 de 1915. Señores generales Álvaro Obregón y Cándido Aguilar. Donde se encuentren. Mis muy queridos compañeros y correligionarios:

Por acuerdo tomado entre los generales J. Isabel Robles, Ministro de la Guerra; Lucio Blanco, Ministro de Gobernación; Eugenio Aguirre Benavides, Subsecretario de Guerra, y yo, hemos creído patriótico y honrado dirigirnos a ustedes, para indicarles la conveniencia de suspender su avance hacia esta Capital, mientras nosotros seguimos dándole forma al plan de campaña que pretendemos dirigir contra el general Francisco Villa, a quien siempre hemos tenido la intención de separarlo en lo absoluto del Ejército Constitucionalista, y hasta de toda clase de asuntos políticos de nuestro país.

Para conocimiento de ustedes, debo hacerles presente que han venido comisionados de los Estados de Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y San Luis Potosí, a manifestarnos de una manera franca y precisa, que las fuerzas que operan en dichas Entidades federativas, están enteramente de acuerdo en secundar la actitud que asumirá el Gobierno contra el referido Villa y los pocos secuaces que lo secundan en su conducta de bandidaje y desolación, porque la mayor parte de los jefes honrados de la División del Norte, están también con nosotros, dispuestos a colaborar en dicho sentido.

Quiero hacer constar que no es nuestro propósito apoderarnos de los principales puestos públicos de la Nación, sino el de poner, por nuestra parte, todas nuestras energías, toda nuestra voluntad, todo nuestro patriotismo y honradez, porque la paz, en nuestra dolorida Patria, sea en breve tiempo un hecho; y para esto, hemos querido hacer un esfuerzo más para lograr la unión entre todos los revolucionarios que no tengan miras bastardas, exclusivistas o personalistas, sino que, procurando siempre el bien común, nuestras tendencias se dirijan a no disgregarnos, para salvar al país de la anarquía y de la ruina.

Tan pronto como ésta llegue a sus manos, espero su contestación, la que, sin duda, será de acuerdo con nuestros propósitos.

Los saluda cariñosamente y les envía un estrecho abrazo, su compañero, correligionario y amigo muy afectísimo. (Firmado). *E. Gutiérrez.*

Mi contestación a Gutiérrez, fue como sigue:

Puebla de Zaragoza, enero 12 de 1915. Señor general Eulalio Gutiérrez. México, D. F. Mi querido compañero y amigo:

Acabo de recibir la carta de usted, fechada el 7 del actual, en que, en su nombre y en el de los generales Robles, Aguirre Benavides y Blanco, manifiesta sus deseos de que sea suspendido el avance sobre México, mientras ustedes abren su campaña contra Villa y los secuaces que lo secundan en su obra de bandidaje y de desolación.

Me satisface ver que ustedes han comprendido la justificación de la lucha que nosotros emprendimos desde al principio, contra el villismo, en el convencimiento de que el mayor crimen que pudiera registrar nuestra Historia sería el de pactar con

hombres que sólo pueden servir como ejemplo de monstruosidad; y con amargura debe usted recordar que uno de los mayores motivos que los hombres honrados tuvimos para empeñarnos en esta nueva lucha fue que usted, pasando sobre las indicaciones de sus amigos, que hacíamos un último esfuerzo para evitar, nombró a Villa Jefe de Operaciones.

No puedo suspender ninguna de las operaciones militares que estoy llevando a cabo en estos momentos, porque equivaldría a traicionar a nuestros correligionarios, que en diversas partes de la República combaten contra la reacción villista, y entre cuyos luchadores se encuentra un hermano de usted, quien tiene el orgullo de haber subordinado los más caros afectos de familia, a los sagrados intereses de la Patria.

Cuando ustedes, con hechos, declaren la guerra a Villa y sus secuaces, poniéndose en el lugar que corresponde en estos momentos a todo mexicano honrado, pondré todo lo que esté de mi parte, sin omitir esfuerzo alguno, como ya en otras veces lo he hecho, para que se suspenda el derramamiento de sangre y se restablezca la paz en nuestra pobre República, digna de mejor suerte; pero si continúan ustedes en su política ambigua de vacilaciones y debilidades, permitiendo que el país sea arrastrado a la desolación y la ruina, no creo que deba contenerse la lucha, cuando se trata nada menos que de intereses de nuestra Patria, ante los cuales nuestras vidas significan bien poco, máxime cuando se lleva la conciencia del deber cumplido.

Espero que, convencidos ustedes del error cometido, como su carta lo deja ver, no vacilarán en tomar la determinación que la honradez les exige; permitiéndome advertirle que no contestaré ninguna nueva comunicación de ustedes, mientras continúen ligados con el villismo.

Le envío cariñoso abrazo y los afectuosos recuerdos de su amigo y seguro servidor. (Firmado). General *Álvaro Obregón*.

El general Eulalio Gutiérrez, al escribirse la carta que dejo reproducida, continuaba en la ciudad de México, con el carácter de Presidente de la República, nombrado por la Convención.

## PROYECTO DE DECRETO SOMETIDO A LA CONSIDERACIÓN DEL C. PRIMER JEFE

De la ciudad de Puebla, dirigí al Primer Jefe una comunicación, conteniendo un proyecto de decreto, que le suplicaba aprobar y hacerlo promulgar, siendo éste el que se inserta a continuación:

Hondamente preocupado por las desgracias que vienen afligiendo a nuestra Patria, desde épocas remotas, en que se iniciara como República, he llegado al convencimiento de que el principal origen de todas ellas, han sido las desenfrenadas ambiciones del odioso militarismo, que en estos últimos tiempos ha venido manifestándose con mayor brío en una serie de cuartelazos, asesinatos y traiciones, con que nuestra pobre Patria se exhibe a la faz del mundo como un país irredento, de brutales ambiciosos, que no miden las consecuencias para llegar a ocupar cualquier puesto público que esté más al alcance de su jerarquía militar; pudiéndose citar, como últimos y latentes ejemplos: la traición de Pascual Orozco, quien con los arteros halagos de nuestros enemigos, llegó a prostituir su prestigio militar, ganado en la lucha libertaria de 1910, queriendo tomarlo como pedestal para erigirse en amo militar de la República, rebelándose vilmente contra el legítimo Presidente, don Francisco I. Madero; la traición de Victoriano Huerta y los horrendos crímenes que la sucedieron, los que no hubiera cometido, si hubiera estado incapacitado para ocupar la Presidencia; la traición de Francisco Villa, quien, en caso idéntico al de Pascual Orozco, ha querido, corrompiendo su prestigio popular ganado en la lucha por la causa Constitucionalista, y a pesar de sus ridículas protestas, llegar al Poder Supremo de la Nación; los cuartelazos que en los distintos Estados de la República han venido consumando distintos jefes militares, sin más justificación que el fin de saciar sus ambiciones; y, por último, la defección de jefes constitucionalistas en México, quienes descendieron hasta pactar con Villa, por el único halago de ocupar un Ministerio.

Se ha venido observando también, que todas las fricciones registradas entre jefes constitucionalistas en los distintos Estados de la República, han sido derivadas de las dificultades que han encontrado para definir a quién le corresponde el Gobierno del respectivo Estado.

Con esta serie de casos vergonzosos, sobre los cuales no cabe discusión, y que nos demuestran evidentemente dónde está radicado el gran mal de que morimos, y que nos prueban hasta la saciedad, la necesidad de una medida salvadora, creo oportuno y aun indispensable que —para salvar al país de una vez por todas y para demostrar al mundo que el Ejército Constitucionalista persigue la realización de verdaderos principios, desprovistos de ambiciones bastardas—, de una sola plumada se corrija tanto error en que se ha venido incurriendo, con el solo hecho de que usted lance un Decreto, para que sea elevado a la categoría de precepto constitucional, por el cual se nos inhabilite a todos los militares que tomamos parte en el actual movimiento armado, y a los que en lo futuro formen el definitivo Ejército Nacional, para ocupar puestos públicos, pudiendo un militar ocuparlos, solamente en el caso de que hubiere pedido su baja seis meses antes de aceptarlo.

Hecha la anterior exposición, me permito someter al recto criterio de usted esta iniciativa que ya había presentado verbalmente por voz de nuestros delegados, Adolfo de la Huerta y Roberto V. Pesqueira, en la junta de Piedras Negras; iniciativa

que, al haber entonces sido aprobada, quizás hubiera salvado al país, en gran parte, de las dificultades en que actualmente se encuentra envuelto.

Espero que usted, a quien siempre ha preocupado el futuro de nuestra Patria y el buen nombre del Ejército Constitucionalista que dignamente comanda, no vacilará en aprobar mi iniciativa, la que creo será del aplauso de todos los revolucionarios honrados, quienes verán con esto conjurado, por siempre, un peligro que de ninguna otra manera podría conjurarse.

Ese proyecto es el mismo que anteriormente había presentado a la consideración del C. Primer Jefe, por conducto de los señores Adolfo de la Huerta y Roberto V. Pesqueira, cuando éstos fueron en comisión del Gobierno de Sonora ante el señor Carranza, a raíz de la promulgación del Plan de Guadalupe.

## COMISIONADOS DEL GRAL. GUTIÉRREZ Y ROMPIMIENTO DE ÉSTE CON VILLA Y SU HUIDA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

El día 13, en la noche, llegó a mi Cuartel General una comisión, integrada por el ingeniero Rodríguez Cabo, el teniente coronel Aguirre Escobar y tres personas más, que de México habían salido con instrucciones del general Eulalio Gutiérrez, para conferenciar conmigo. De esto di parte al Primer Jefe, quien me ordenó remitir a los comisionados a Veracruz, como lo hice en seguida, marchando yo con ellos.

La comisión enviada ante mí por Gutiérrez tenía por objeto exponerme, de viva voz, los proyectos de éste y de algunos de los miembros de su Gabinete, de abrir una campaña contra Villa, lanzando previamente un Manifiesto a la Nación, en el que se denunciaría la conducta arbitraria de Villa para con el llamado Gobierno de la Convención, así como los innumerables e inauditos atentados que el mismo jefe había perpetrado en la ciudad de México, y en otros lugares que estaban bajo el dominio de sus fuerzas, a despecho del mismo Gobierno de Gutiérrez, y sin hacer caso de la pretendida autoridad de éste. Para esos planes, pretendían Gutiérrez y los suyos contar con mi adhesión y la de algunos otros jefes del Constitucionalismo, enviándome una copia de su proyectado Manifiesto a la Nación.

Los comisionados quedaron en Veracruz, a disposición de la Primera Jefatura, y yo regresé a Puebla, para seguir preparando nuestro avance sobre la ciudad de México.

En la ciudad de Puebla se estaban efectuando algunas veladas y manifestaciones en pro de la causa constitucionalista, las que resultaban de grande éxito, pues el espíritu de las mayorías, sobre todo en las clases trabajadoras, era simpatizador de nuestro movimiento. La Confederación Estudiantil Revolucionaria, formada bajo los auspicios de mi Cuartel General, dio un importante impulso a la propagación de los principios del Constitucionalismo en conferencias, manifestaciones y otros medios de propaganda, y esta labor llevó a nuestras filas a muchos liberales, que espontáneamente se aprestaron a luchar contra la reacción, con las armas en la mano, especialmente del gremio de estudiantes, con cuyo contingente se empezó a formar un batallón, que más tarde fue denominado Cuerpo Especial Reforma, que bravamente cooperó en la campaña contra el villismo.

El día 16 recibí un telegrama del Primer Jefe, en el que me comunicaba que se habían recibido noticias de México, dando a saber que el general Gutiérrez y los suyos habían salido de la capital con rumbo a San Luis Potosí, y que Roque González Garza había sido declarado

Presidente Provisional de la República, por los restos de la llamada Convención. En el mismo mensaje me ordenaba el Primer Jefe que activara mi avance sobre México.

En igual fecha, recibí también noticias de que el general Francisco Murguía, después de una penosísima marcha desde Toluca, capital del Estado de México, del que era Gobernador Constitucionalista, había logrado llegar a la ciudad de Tuxpan, Jalisco, y que el general Enrique Estrada, que había abandonado a Blanco cuando se confirmó la defección de este Jefe, llegaba también con sus fuerzas al Estado de Jalisco, para incorporarse a la división del general Diéguez.

El día 18 dispuse que el mayor de artillería, Gustavo Salinas, saliera a Veracruz a recoger un regimiento de artillería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y que de allí marchara con él, por Salina Cruz y Manzanillo, para ponerlo a disposición del general Diéguez, en Jalisco.

Como el mayor Salinas era el jefe de la artillería expedicionaria de la columna de mi mando, para sustituirlo en ese cargo expedí nombramiento en favor del teniente coronel José Muñoz Infante, de la División de Oriente.

El día 19, nuestra vanguardia de infantería, al mando del general Francisco R. Manzo, llegaba a estación Apam, donde sostuvo combate de poca importancia con el enemigo.

Ese mismo día conferenció conmigo un enviado especial del general Ramón F. Iturbe, quien me informó de la difícil situación por que atravesaban nuestras fuerzas en el Estado de Sinaloa, dándome amplios detalles sobre el fracaso sufrido en Tepic, con motivo de la huida del general Juan Dozal. El mismo enviado me informó que se había incorporado a Culiacán el general Luis Berrera, con 700 hombres de la brigada Juárez, para cooperar en las operaciones militares de aquel Estado.

## DERROTA DE LOS REACCIONARIOS EN GUADALAJARA, INFLIGIDA POR LOS GENERALES DIÉGUEZ Y MURGUÍA

En Puebla recibí un parte del general Diéguez, comunicando que el día 18 había capturado la ciudad de Guadalajara, plaza que atacó en combinación con las fuerzas del general Francisco Murguía, infligiendo a las fuerzas reaccionarias que la guarnecían una completa derrota, y capturándoles doce cañones, varios trenes y gran cantidad de armamento, municiones y equipo. Las fuerzas villistas derrotadas en Guadalajara ascendían a más de diez mil hombres, teniendo como principales jefes a Calixto Contreras, Melitón Ortega y Julián Medina, el segundo de los cuales resultó muerto en el combate.

A continuación se insertan los partes detallados que, sobre ese importante hecho de armas, rindieron los generales Diéguez y Murguía:

### PARTE RENDIDO POR EL GENERAL MANUEL M. DIÉGUEZ

Guadalajara, 20 de enero de 1915. Señor General en Jefe Álvaro Obregón. Hónrome en comunicar a usted que ayer tomé posesión de esta capital,después de librar batalla unido a la División del General don Francisco Murguía, que se me incorporó en la región del Sur del Estado, contra fuerzas comandadas por los generales Melitón F. Ortega, muerto en el campo de batalla; Calixto Contreras, quien sé que también murió; Julián Medina, Margarito Salinas, muerto en un combate preliminar, y Gustavo Bazán, infligiéndoles la más completa derrota, huyendo en dispersión y por rumbos opuestos; Medina, al Poniente y Noroeste, y los demás al Oriente, habiéndoles matado diversos jefes y haciéndoles de 400 a 500 bajas. Se les recogieron doce cañones de 75 y 80 mm, con todos sus pertrechos y parque, ametralladoras, armamento, caballos y todos sus trenes, con más de 300 carros y 10 máquinas. Nuestras pérdidas no llegan a 200 hombres, entre muertos y heridos, sin lamentar más bajas entre nuestros jefes que un

teniente coronel y un mayor de la Segunda División del Noroeste. Tengo el honor de felicitar a usted, muy sinceramente, por este importante triunfo alcanzado por nuestras fuerzas. Salúdolo afectuosamente. El Jefe de la 2.ª División del Cuerpo del Ejército del Noroeste. General *M. M. Diéguez*.

A continuación se copia íntegro el parte oficial que el general Murguía rindió a la Primera Jefatura, y que me fue transmitido por orden de la misma.

PARTE RENDIDO POR EL GENERAL FRANCISCO MURGUÍA

Cuartel General de la 2.ª División del Noroeste, en Guadalajara, Jalisco, a 23 de enero de 1915. Señor Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Veracruz. (Vía Salina Cruz). Tengo el honor de comunicar a usted, que después de conferenciar con el general M. M. Diéguez, el 18 del actual, en Tuxpan, de este Estado, como me permití participárselo en mensaje de esta fecha, quedamos de acuerdo en combinar nuestro movimiento para combatir al enemigo, con el mayor éxito posible.

Con tal motivo, empecé a movilizar las fuerzas sobre Tlajomulco, Cuartel General del Campamento Diéguez, quedando éstas reconcentradas entre los días del 15 al 17 de los corrientes, y allí dispusimos el plan de ataque, desarrollado en la siguiente forma:

A la derecha, coroneles Cirilo Abascal, Pablo González y Heliodoro T. Pérez, con dos mil hombres de caballería, con instrucciones de cortar la vía férrea y telegráfica, entre Guadalajara y México, y de ocupar La Capilla y El Castillo, y de mandar una fracción de caballería hasta Atequiza, destruyendo la vía hasta Guadalajara.

A la izquierda: licenciado Roque Estrada y coronel José D. Murguía, al mando de dos mil hombres de caballería, para que atacaran y dominaran al enemigo posesionado de los cerros Gachupín y los contiguos, hasta El Cuatro; y,

Al centro las infanterías, al mando de los coroneles Pablo Quiroga, Esteban B. Calderón, Melchor T. Vela y Daniel Díaz Couder, con un efectivo de cinco mil hombres, apoyados por las caballerías, al mando del general Rómulo Figueroa y coronel Miguel T. González, y Felipe García Cantú, extendiéndose de la hacienda de El Cuatro hasta la calle real.

El 17, en la mañana, hicimos el avance hasta Orozco, en donde quedó establecido el Cuartel General.

Esta tarde el enemigo, que estaba posesionado cerca de La Junta, sobre la vía de Guadalajara a Colima, movilizó sus avanzadas e hizo algunos movimientos con dos trenes militares; en su avance, los traidores hicieron algunas descargas sobre Orozco, sin resultado alguno, pues no alcanzaron a hacer blanco. Nuestras fuerzas no contestaron el fuego, sino que hicieron movimiento sobre la hacienda de El Cuatro, replegándose el enemigo a sus primitivas posiciones.

Esa misma tarde, el enemigo tiroteó, haciendo gasto inútil de gran cantidad de parque, a una avanzada nuestra, que exploraba por la hacienda de la Escalerilla y la del Gachupín, y por último, la misma tarde del 17, el enemigo en gran número atacó a los nuestros en la hacienda La Calera; pero fue rechazado con energía, y las fuerzas destruyeron la vía del ferrocarril y telegráfica, que va de Guadalajara a México, y tomaron La Capilla y El Castillo.

Guadalajara quedó incomunicada. En la noche no ocurrió ninguna novedad.

A las primeras horas del día 18, y conforme al plan general de ataque, el coronel José D. Murguía, atacó, y después de sostener rudo combate con el enemigo, ocupó el cerro del Gachupín y el de Santa María, capturando cuatro ametralladoras, parque y armas en abundancia; el enemigo se dispersó por completo, dejando en el campo doscientos muertos, numerosos heridos y prisioneros.

Al efectuarse estos movimientos, los traidores abrieron el fuego de la artillería, ametralladoras y fusilería sobre las fuerzas del coronel Murguía y sobre las del centro y la derecha.

A las siete y minutos de la mañana, el suscrito, acompañado del Estado Mayor, tomaba el mando personal de la izquierda, y ordenaba el avance de la caballería del teniente coronel Toribio García e infantería del coronel Díaz Couder, con dos secciones de ametralladoras, sobre las posiciones enemigas del Cerro Cuatro.

Hago notar que, en un momento en que nuestras fuerzas avanzaron con todo ímpetu, se confundieron con los traidores, y no obstante esa sorpresa, los nuestros se rehicieron, y con el apoyo más eficaz de la infantería, rechazaron al enemigo que, a toda prisa, se replegó sobre sus posiciones del cerro del Cuatro.

Este golpe, la toma de los cerros del Gachupín y Santa María, el decidido avance del centro, ordenado por el general Diéguez, y el de la derecha al mando de los coroneles Pérez, González y Abascal, determinó la retirada del enemigo en completa dispersión, tomando el rumbo de Tonila.

En esta importante acción de armas, en que se ha combatido con un enemigo compuesto de diez mil hombres, con poderosa artillería y ametralladoras, el Ejército Constitucionalista se ha cubierto de gloria una vez más, capturando a los traidores ocho ametralladoras, con su dotación correspondiente de parque, tres trenes con suficientes carros de carga y pasajeros, en los que conducían vestuario, municiones de guerra y de boca en abundancia.

Además, al hacer la persecución del enemigo, el general Figueroa recogió diez cañones de 75 mm, tipo poderoso y moderno, 31 cofres —todos con parque—, y dos carros transportes.

Los traidores han perdido en esta acción de armas a su ex-general Melitón F. Ortega, otro cuyo nombre se ignora, llevándose herido a Calixto Contreras.

Julián Medina, titulado gobernador de este Estado, huye de una manera vergonzosa, seguido de sus secuaces.

El campo de batalla quedó cubierto de cadáveres, entre los que se encontraron muchos jefes enemigos. La derrota ha sido completa.

Por nuestra parte, lamentamos la muerte del teniente coronel Toribio García, del mayor Pánfilo Herrera y del mayor Blas Morín, de caballería. Mis heridos serán 36, y los muertos suman 80. Esto, por lo que respecta a mi División.

Recomiendo a usted, por su denuedo y valentía en esta gran batalla, a los coroneles Pablo González, Heliodoro T. Pérez, Miguel T. González, José C. Murguía y Daniel Díaz Couder, y a los tenientes coroneles Ernesto Aguirre, jefe del Regimiento de Ametralladoras, Toribio García (extinto) Jesús Gloria, H. de R. George, G. Blum, coronel y teniente coronel José Cortina; mayores Epifanio Nava, Manuel González, Juan Quiroga y M. Hernández, así como a todos los demás jefes, oficiales y tropa de mi División, quienes han luchado con energía y abnegación, contra las hordas villistas, que han reconocido su impotencia ante el formidable empuje de las armas constitucionalistas.

Oportunamente rendiré a usted parte detallado, por lo que respecta a mi cooperación en el asalto y toma de esta plaza.

Felicito a usted, muy calurosamente, por este importante triunfo, augurio del definitivo, que no está muy lejano, y le protesto una vez más, mi distinguida consideración y subordinación. El General en Jefe. *Francisco Murguía*.

## AVANCE SOBRE LA CIUDAD DE MÉXICO. COMBATE EN IROLO Y OCUPACIÓN DE AQUÉLLA

El día 22 salí de Puebla con las últimas tropas del Ejército de Operaciones que tomarían parte en el ataque sobre la ciudad de México; quedando en Puebla, como Gobernador y Comandante Militar del Estado, el general Francisco Coss, con su División de Caballería.

Para entonces, el teniente coronel J. Lorenzo Gutiérrez, Jefe de trenes Militares, había dejado expedita la vía del Ferrocarril hasta Ápam y continuaba con toda actividad reparando los desperfectos que el enemigo había causado en dicha vía adelante de aquella estación.

El mismo día 22 llegamos a Ápam, donde pernoctamos esa noche.

El día 23 continuamos la marcha, habiendo llegado el mismo día a estación Irolo, donde acampamos.

Como a las cuatro de la tarde, fuimos atacados repentinamente por un grueso núcleo enemigo, que había logrado posesionarse de los cerros que estaban sobre nuestra izquierda; contando el enemigo con dos piezas de artillería emplazadas en plataformas, que arrimaron por la vía angosta del Interoceánico, a una distancia muy corta de nuestro campamento. El fuego empezó nutrido, obligándome a tomar un formal dispositivo de combate, porque el efectivo del enemigo me era desconocido y difícil de precisar, dado que su grueso quedaba detrás de las colinas en que tenía colocada su línea de fuego. Ordené al general Alejo González, que saliera inmediatamente con la brigada de su mando para atacar al enemigo por su extrema izquierda; y con los batallones 20.º y 21.º de Sonora, ordené también un movimiento ofensivo por el frente.

El combate duró menos de dos horas, al cabo de cuyo tiempo el enemigo fue obligado a huir en desorden, dejando en el campo setenta y cinco muertos, entre éstos un general, y cuarenta prisioneros, y abandonando sesenta armas y cuarenta y cinco caballos ensillados.

Por nuestra parte, tuvimos solamente dos soldados muertos y nueve heridos.

Los prisioneros hechos al enemigo informaron que los atacantes eran en número de tres mil quinientos a cuatro mil hombres, y que estaban mandados por Banderas, Cotero, Arenas, Delgado, Morales, Gallegos, Serratos y hermanos Bonilla.

El combate librado en Irolo no fue de la importancia que yo le suponía al iniciarse.

El día 24 las fuerzas del general Maycotte dieron alcance, en los cerros de Jaltepec y Las Flores, al enemigo que nos había atacado el día anterior, sobre el que emprendieron rudo ataque, obligándolo a huir, después de haberle hecho veinte muertos y algunos prisioneros. Nuestras fuerzas, en esta acción, sufrieron 19 bajas, siendo dos muertos y diecisiete heridos y contándose entre los últimos el capitán 2.º Esiquio González.

El día 25 se incorporó a Irolo el contingente de indios yaquis que había ido a recibir a Yucatán el coronel Juan Cruz, con el mayor Fausto Topete y el capitán 2.º Rafael Villagrán, y los que fueron armados y pertrechados a su llegada a Veracruz, por orden de la Primera Jefatura. Este importante contingente fue incorporado al 20.º Batallón de Sonora, que era también de indígenas del Yaqui.

El día 26 emprendí el avance con el grueso del Ejército de Operaciones; ocupando la extrema vanguardia las fuerzas del general Maycotte.

La jornada de ese día se rindió en la población de Orumba, sin novedad, en cuyo lugar encontramos acampadas las fuerzas del general Maycotte. Este jefe me rindió parte de que se había incorporado a su brigada el general Pedro Morales, con sus fuerzas, quien decidió abandonar la causa llamada Convencionista, y reconocer a la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista.

La marcha de Irolo se emprendió por tierra porque la vía del ferrocarril tenía algunos desperfectos adelante de dicha estación, los que eran activamente reparados por el teniente coronel Gutiérrez, mientras que la columna hacía su avance pie a tierra. En los trabajos de reparación de la vía se ocupaban el Batallón de Ferrocarrileros, que habíamos organizado en Puebla, bajo las órdenes inmediatas de su comandante, el mayor Carlos Caamaño, y éste a las del teniente coronel Gutiérrez. El mismo Batallón custodiaba nuestros trenes e impedimentas que quedaron en Irolo, al continuar la columna su avance.

El día 27 se prosiguió la marcha, llegando a estación Tepéxpam, donde fui informado de que la llamada Convención y el ejército que la sostenía en la ciudad de México, habían huido con rumbo a Cuernavaca, al sentir la aproximación del Ejército de Operaciones, y que en la ciudad de México no quedaban sino el Ayuntamiento y la policía.

A la madrugada del día 28 se continuó el avance, y en la Villa de Guadalupe, ya en las goteras de la Capital, fui encontrado por una representación del Ayuntamiento de México, la que me hizo notificación de que la ciudad había sido evacuada por la Convención y su ejército.

Como quedaba confirmada la evacuación de la ciudad de México, no hubo necesidad de tomar ningún dispositivo de ataque, y ordené que todas las tropas entraran en formación, yendo por delante las brigadas de caballería de los generales Maycotte y González, para evitar toda posibilidad de sorpresa por parte del enemigo.

Cuando toda la columna marchaba ya por las calles de la ciudad, y precisamente cuando yo pasaba frente a Catedral con los miembros de mi Estado Mayor y la escolta del Cuartel General, un grupo de hombres empezó a hacernos fuego desde las torres del templo, resultando muerto uno de nuestros soldados y herido otro. Inmediatamente destaqué una escolta, con instrucciones de penetrar a la Iglesia y capturar a los que hacían fuego, lo que se logró sin grandes dificultades.

Los individuos capturados confesaron que habían quedado apostados allí, dizque con la consigna de hacer fuego sobre mí, en los precisos momentos en que pasara frente a ellos.

Después de aquel incidente, ninguna otra novedad se registró, y esa misma tarde quedaron establecidos todos los servicios, instalando yo mi Cuartel General en el hotel St. Francis, situado en la avenida Juárez.

El Ayuntamiento de México continuó en funciones, contando con el apoyo de mi Cuartel General, para la gestión que le estaba encomendada.

El mismo día 28 quedó reparada la vía del Ferrocarril, y por la noche llegaron a México los trenes que habían quedado en Irolo, incorporándose con ellos el resto de las fuerzas del Ejército de Operaciones, que marchaban a retaguardia de la columna que avanzó de Irolo sobre la ex-capital.

Inmediatamente después de mi llegada me recluí en cama, obligado por la fiebre que venía sufriendo desde Puebla, a consecuencia de una laringitis aguda, que me ponía en condiciones de alguna gravedad.

Los corresponsales de la prensa extranjera y los periodistas de la Capital se apresuraron a interrogarme sobre las condiciones que guardaban mis relaciones con el Primer Jefe. La incertidumbre a este respecto era debida a que los reaccionarios, en su ingrata labor, constantemente hacían circular la versión de que yo había tenido un rompimiento con el señor Carranza, y que venía batiendo a Villa por mi propia cuenta.

Ya en la ciudad de México, pude confirmar las noticias que había recibido, respecto a que el general Eulalio Gutiérrez, en compañía de los generales Lucio Blanco, Aguirre Benavides, Robles, Almanza y otros jefes militares, con algunas fuerzas que le eran adictas, así como algunos miembros de su efímera administración y de la llamada Convención, había salido de la capital, dirigiéndose hacia San Luis Potosí, en abierta pugna con Villa y Zapata. Tuve también confirmación de que, a raíz de la huida de Gutiérrez y sus adictos, los restos de la Convención, que eran elementos villistas y zapatistas, nombraron Presidente interino al general Roque González Garza, quien hasta entonces había sido delegado de Villa a la propia Convención.

Las fuerzas del Ejército Convencionista, inmediatamente después de nuestra entrada a la Capital, empezaron a hostilizar a nuestros puestos avanzados, y día a día reforzaban sus ataques, en tal proporción, que antes de terminar la primera decena de febrero, México se podía considerar en estado de sitio, logrando nosotros conservar solamente la comunicación con Veracruz, debido a los constantes esfuerzos que hacíamos para controlar esta vía, única con que contábamos para recibir pertrechos, que del puerto de Veracruz nos enviaba la Primera Jefatura.

El esfuerzo del Primer Jefe para la adquisición de pertrechos era continuado y sin omitir gastos, no obstante que el Tesoro Constitucionalista estaba en un período de crisis verdaderamente angustioso.

Al día siguiente de haber sido ocupada la ciudad de México por el Ejército de Operaciones, ordené la clausura de todas las cantinas y casas de juego, quedando terminantemente prohibido todo juego de azar.

Desde luego, hice conocer a la Cámara de Comercio y al Ayuntamiento de la ciudad de México, mi buena disposición para prestar toda clase de facilidades para la introducción de

mercancías, de Puebla, Veracruz y otros Estados con que había comunicación ferrocarrilera, a fin de que no se hiciera sentir la carencia de artículos de primera necesidad; y de acuerdo con mi ofrecimiento, mi Cuartel General expedía diariamente un regular número de órdenes, para que fueran puestos a disposición de los comerciantes o de comisiones del Ayuntamiento, los furgones del Ferrocarril que eran solicitados para el transporte de mercancías destinadas a la Capital; llegando, en muchos casos, a desocupar trenes que teníamos en el servicio militar de nuestra columna para proporcionarlos a los solicitantes, con el fin indicado, cuando ya no había disponibles carros de los destinados al tráfico comercial.

## SUSPENSIÓN DE HOSTILIDADES EN NACO

Para tales fechas, había cesado ya la sangrienta lucha en Naco: pues Maytorena, convencido de su impotencia para apoderarse de aquella plaza, y el general Hill, atento al peligro inminente de una complicación internacional si continuaba la lucha en la citada población vecina a la del mismo nombre del Estado de Arizona, Estados Unidos de América, concertaron un armisticio y éste fue ultimado entre el general Plutarco Elías Calles —que quedó como jefe de nuestras fuerzas en Sonora, al salir de allá el general Hill, llamado por la Primera jefatura—, y Maytorena, el 11 de enero de 1915, levantándose la siguiente acta:

*Acuerdo* celebrado entre el señor Gobernador Constitucional y Comandante Militar del Estado de Sonora y el señor general D. Plutarco Elías Calles, Comandante de las fuerzas Constitucionalistas en Naco y Agua Prieta.

*Primero*. Que el puerto de Naco, Sonora, será evacuado por las fuerzas Constitucionalistas, al mando del señor general Plutarco Elías Calles.

*Segundo*. El Gobernador Maytorena y el general Plutarco Elías Calles se comprometen solemnemente a no ocupar en ninguna forma el puerto de Naco, Sonora.

*Tercero*. Para los efectos de los artículos anteriores, el puerto de Naco, Sonora, quedará neutral y cerrado al tráfico y al comercio, así como su aduana, hasta que pueda tomar posesión de él un Gobierno constituido en México y reconocido, al menos, por los Estados Unidos, o que una de las facciones contendientes en el Estado, domine completamente o sustancialmente a la otra.

*Cuarto*. Se conviene, también, que durante las operaciones militares de las facciones contendientes, respetarán respectivamente los puertos de Nogales, en poder de las tropas convencionistas, al mando del señor Maytorena; y Agua Prieta, al mando del general Plutarco Elías Calles, jefe de las tropas Constitucionalistas en el Estado; esto es, que dichas plazas no serán atacados por ningún motivo, así como también se evitará la lucha, en cualquier población fronteriza, que corresponda a una población norteamericana, con objeto de evitar daños en territorio norteamericano, y no exponer las relaciones amistosas con los Estados Unidos.

*Quinto*. Se conviene que, para cumplir y llevar a la práctica lo acordado en los artículos anteriores, todas las tropas al mando del señor Maytorena, operando actualmente en los alrededores de Naco, se retirarán a Cananea o Nogales, Sonora, a su elección, y no molestarán, en lo más mínimo, a las tropas del general Plutarco Elías Calles, durante la desocupación de Naco y marcha hacia Agua Prieta. Se acuerda también que durante las operaciones anteriormente mencionadas, las tropas del general Plutarco Elías Calles no molestarán a las del señor Maytorena.

*Sexto*. Las tropas al mando del señor Maytorena, actualmente en los alrededores de Agua Prieta, se retirarán a Fronteras, al Sur de dicha plaza, dejando libre la parte Oeste de la misma, hasta el momento en que las tropas al mando del señor general Plutarco Elías Calles, ocupen la citada plaza de Agua Prieta.

General *Plutarco Elías Calles*. Rúbrica. *José María Maytorena*. Rúbrica.

Naco, Arizona, enero 11 de 1915.

A consecuencia de este convenio, las tropas Constitucionalistas, al mando del general Calles, evacuaron la plaza de Naco el día 17 de enero, reconcentrándose en Agua Prieta, y entonces ésta era la única plaza que estaba en nuestro poder en todo el Norte de Sonora.

El general Benjamín G. Hill, después de haber hecho la brillante defensa de la plaza de Naco, había sido llamado a Veracruz y de allí, por orden de la Primera Jefatura, pasó a incorporarse al Ejército de Operaciones de mi mando, habiendo llegado a la ciudad de México, en compañía de los miembros de su Estado Mayor.

## HOSTILIDADES DEL CLERO, COMERCIO EN GRANDE ESCALA, BANCA, INDUSTRIALES ACAUDALADOS Y LA MAYORÍA DE LOS EXTRANJEROS

Desde que me incorporé a la ciudad de México, había podido notar una hostilidad determinadamente marcada hacia el Ejército Constitucionalista, por parte del clero, del comercio en grande escala, de la Banca, de los industriales acaudalados y de la mayor parte de los extranjeros; hostilidad que se venía revelando en la oposición que presentaban al cumplimiento de las disposiciones emanadas de mi Cuartel General, o de las comunicadas por mí, por acuerdo expreso de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista. Esta hostilidad, sinceramente creo que, en la mayor parte de los casos, no era hija de sus convicciones y sí de su conveniencia, porque se les resistía suponer que nuestro Ejército, siendo tan reducido en número y tan limitado de pertrechos también, fuera capaz de resistir a los ejércitos de Villa y Zapata, que habían visto desfilar en la misma Capital, y que sumaban cinco veces más que los elementos nuestros, y creían, naturalmente, que nuestro Ejército tocaría muy pronto a su fin; que Villa, el guerrero invencible, y Ángeles, el flamante militar, después de aniquilarnos, los tratarían con más o menos dureza. De ahí que su principal objeto, al seguir esa actitud hacia nosotros, era el de ser consecuentes exclusivamente con sus intereses materiales.

Como una aclaración al párrafo anterior, en lo que se refiere a los extranjeros, debo decir que nunca he considerado como tales a los latinoamericanos, que han venido siempre a nuestro país a compartir nuestros dolores y desventuras, sin pretensiones de superioridad y sin constituir un problema para nosotros.

El día 7 recibí un telegrama, procedente de San Antonio, Texas, suscrito por el connotado reaccionario huertista Federico Gamboa, en el que, a nombre de una llamada Junta Pacifista, que los reaccionarios de todos los matices (huertistas, felicistas, orozquistas, etcétera), habían constituido en los Estados Unidos para procurar la paz de México, me invitaba a deponer las armas, manifestándome que igual invitación dirigía a otros jefes del Constitucionalismo y a los de la Convención, para que todos unidos, inclusive ellos, los reaccionarios expatriados, laboráramos pacíficamente por el establecimiento de un Gobierno que llenara todas las aspiraciones, si queríamos salvar a México de la anarquía o la intervención. Mi contestación a Gamboa, fue la siguiente, trasmitida por la vía telegráfica:

México, 7 de febrero de 1915. Señor Federico Gamboa. San Antonio, Texas, E. U. A. Me he enterado de su mensaje, en que viene invitándonos, en nombre de un grupo de mexicanos expatriados en esa, a deponer las armas. Los que hemos tenido el valor suficiente para ofrecer nuestra sangre a la República, no depondremos las armas mientras no hagamos desaparecer de nuestro sagrado suelo a los execrables traidores que, vendidos a la reacción, pretenden hundir nuestros principios revolucionarios. Si ustedes, en lugar de buscar refugio bajo una bandera extranjera, empuñaran cada uno un fusil, afiliados al partido que mejor les acomodara, su labor sería más efectiva y tendrían, cuando menos, el honor de llamarse ciudadanos. General *Álvaro Obregón*.

La ciudad de México se encontraba en un estado de miseria alarmante; todos los artículos de primera necesidad estaban en manos de los acaparadores, y el pueblo sufría las consecuencias de ese monopolio inmoral.

Como había sido decretada por la Primera Jefatura la nulidad de todo el papel moneda emitido por el llamado Gobierno de la Convención y por el general Villa, forzosamente tenía que quedar suspendida su circulación en todas las ciudades que iban siendo ocupadas por nuestro Ejército; y esta disposición, dada con el exclusivo objeto de salvar al país de una deuda incalculable, atentos a las cuantiosas sumas de papel moneda emitidas por la Convención y por Villa, ponía, temporalmente, en condiciones aflictivas a los lugares en que iba siendo suspendida su circulación.

## MEDIDAS TENDIENTES A CONJURAR EL HAMBRE EN MÉXICO Y CONTINUACIÓN DE LOS COMBATES SOSTENIDOS EN SUS CONTORNOS

Para conjurar, o cuando menos atenuar, la aflictiva situación en que habían quedado colocadas las clases pobres de México, nombré una comisión, presidida por los señores ingeniero Alberto J. Pani, doctor Atl y Juan Chávez, quienes venían prestándome grande ayuda en mi gestión, que se llamó Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo. En manos de esa Comisión puse, desde luego, medio millón de pesos, cantidad que el C. Primer Jefe me había autorizado a exhibir, para conjurar las necesidades más imperiosas de las clases pobres, en la ciudad de México.

Los ataques del enemigo sobre las posiciones de nuestras fuerzas, en las inmediaciones de la ciudad, se hacían cada vez más vigorosos y la hostilización era constante, obligándonos a permanecer dentro de la ciudad, sin poder extender nuestras líneas siquiera a Xochimilco, donde está la planta que surte de agua a la Capital y cuyo líquido tanta falta hacía para todos los servicios.

Las fuerzas que mantenían lo que puede llamarse sitio de la ciudad de México, eran casi todas las del llamado Ejército Libertador del Sur, o zapatistas, reforzadas con algunas fracciones de la División del Norte, que habían quedado como escoltas especiales de los jefes de aquella División, que eran delegados a la Convención, y con las brigadas de González Garza, Cazarín, Argumedo, Almazán y otros, pudiendo estimarse su efectivo total entre veinte y veinticinco mil hombres.

Los ataques eran continuos, aunque se notaba falta de unidad de mando, por la poca armonía que seguían siempre los asaltantes en sus ataques, pues se daban casos de que generalizaban un asalto por el Oriente, sobre la Escuela de Tiro, precisamente cuando emprendían la fuga los que horas antes habían atacado Santa Fe, por el Poniente, o cualquiera otro de los puntos de nuestra línea de defensa.

En esos constantes combates, el enemigo sufría fuertes pérdidas, y las nuestras pueden estimarse en un promedio de sesenta por día, entre muertos y heridos.

Habíamos logrado reparar la Fábrica Nacional de Cartuchos, y ésta nos prestaba un auxilio poderoso, llegando a producir hasta cincuenta mil cartuchos diarios, bajo la dirección del coronel Maximiliano Kloss, cuando su máximo rendimiento había sido siempre de veinticinco mil.

A medida que los ataques del enemigo se generalizaban, que nuestros cartuchos se consumían en cantidades desproporcionadas con las que nos entraban en reposición, y que el hambre hincaba sus garras en nuestras clases pobres, las castas privilegiadas —como las llamaré sarcásticamente en mi obra, ya que su verdadero nombre debe ser el de castas malditas—, que dejé ya señaladas en un capítulo anterior, encabezadas por el clero y hostiles a la Revolución, elevaban los precios, ocultaban los artículos de primera necesidad, y hacían circular versiones de tal manera alarmantes, sobre la aproximación de Villa con poderosas columnas para capturar la Capital y nulificar con su triunfo nuestro papel moneda, que los acaparadores cerraban sus puertas al pequeño comercio, y empezaban a verse por las calles grandes grupos de gentes hambrientas, en cuyos rostros se hacían patentes las huellas de prolongadas vigilias.

La mayor parte de los extranjeros acudían a sus representantes diplomáticos, quejándose de la situación; pero no ayudaban a conjurarla, y todas las maldiciones de los hombres que dejo señalados, convergían a mí... Y el general Obregón aparecía, ante esos hombres, monstruosamente malo, monstruosamente hereje y monstruosamente intratable y brutal.

Había, pues, llegado el momento en que se me presentaba la siguiente disyuntiva: enfrentarme a todos los enemigos de la Revolución o, cediendo a la presión de sus influencias perversas, declararme vencido.

¡Mil veces lo primero!: ésa fue mi resolución. Y en mi fuero íntimo, juré, por mi honor de hombre, lanzarles el guante y tratarlos como su actitud lo exigiera.

Entonces consideré indispensable tomar medidas tan radicalmente enérgicas, que denunciaran mi resolución de pasar por encima de todos sus intereses materiales, de todas las influencias y de todas las presiones, en defensa de la dignidad de nuestra causa, y de los intereses morales que veníamos representando.

La primera disposición de esa índole dictada por mi Cuartel General, fue la relativa a la imposición de una contribución de medio millón de pesos, que había de ser cubierta por el clero, y cuya cantidad sería destinada a la Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo, para conjurar la terrible miseria que abatía a nuestras clases pobres. Esta disposición fue comunicada al representante del clero, canónigo Antonio de J. Paredes, fijándole un plazo razonable para que hiciera el entero de la contribución impuesta, cuyo monto era insignificante, si se consideraba que el clero tuvo, para apoyar al Gobierno del asesino Huerta, varios millones de pesos en metálico.

Para entonces, el Ejército de Operaciones a mi mando controlaba ya la ciudad de Pachuca, capital del Estado de Hidalgo, de la que con fecha 10 había tomado posesión el general Fortunato Maycotte, con las fuerzas de su Brigada, destacadas de México con tal objeto, fungiendo el citado jefe como Gobernador y Comandante Militar del Estado, nombramiento que le extendí por acuerdo de la Primera jefatura.

## OPERACIONES EN SINALOA Y JALISCO

Se habían recibido partes rendidos por el general Iturbe, comunicando que las fuerzas con que había salido a auxiliar al general Carrasco a principios de enero, habían combatido con buen

éxito contra las del infidente Buelna, y que éste después de los primeros combates se había hecho fuerte en La Muralla, con dos mil hombres, adonde llegó a atacarlo el general Iturbe con un mil quinientos hombres, incluyendo en éstos las fuerzas del general Luis Herrera, que se habían incorporado a Sinaloa, y combatiendo rudamente allí durante los días 2, 3 y 4 de febrero, al cabo de los cuales, los nuestros habían arrebatado al enemigo sus mejores posiciones, haciéndole bajas en número considerable, inclusive 150 prisioneros; no llegando a consumar la completa derrota de Buelna debido a que, precisamente entonces, Iturbe recibió parte de que las fuerzas al mando del general Cabanillas habían sido obligadas a retirarse de Cosalá, por una columna enemiga en número de un mil doscientos hombres, al mando de Carlos Real, la que ya amagaba la plaza de Culiacán, por cuyo motivo Iturbe se vio obligado a retirarse, en perfecto orden, de frente a La Muralla e ir sobre Cosalá a oponerse al avance de la columna de Carlos Real, dejando en Escuinapa las fuerzas del general Juan Carrasco, para que éstas impidieran cualquier avance que intentara hacer Buelna al Norte. Iturbe con 600 hombres llegó a Cosalá, y batió allí a la columna de Carlos Real, el día 10 de febrero, derrotándola y dispersándola por completo.

Se había sabido, también, que en la madrugada del 30 de enero anterior, un núcleo de villistas, que ascendía aproximadamente a tres mil quinientos hombres, al mando de Julián Medina, Morales Ibarra, Caloca y otros, había intentado apoderarse de la plaza de Guadalajara, haciendo un ataque por sorpresa, en el que lograron llegar hasta el centro de la ciudad, habiendo sido rechazados por las fuerzas de los generales Diéguez y Murguía que, a pesar de lo intempestivo del ataque, se organizaron para la defensa y combatieron bizarramente, causando verdaderos estragos a los asaltantes. Las noticias a este respecto indicaban que los reaccionarios habían dejado en el centro de la ciudad de Guadalajara cuatrocientos cincuenta muertos y muchos prisioneros en poder de nuestras tropas, así como quinientos caballos ensillados, muchas armas y regular cantidad de parque, habiendo después sido perseguidos por la caballería del general Murguía, hasta arrojarlos del Estado de Jalisco.

## CONTRIBUCIONES DECRETADAS PARA CONJURAR EL HAMBRE

El día 18 de febrero, el Cuartel de mi cargo dio una disposición, fijando una contribución de 10 % (diez por ciento), de las existencias manifestadas con anterioridad, por todos los comerciantes y acaparadores de los artículos de primera necesidad, y de los que en lo futuro fueran introducidos a la ciudad de México por dichos comerciantes. Esta contribución se destinaría a la creación de varios expendios en los lugares más adecuados de la ciudad, para que el pueblo pudiera obtener, a precios bajos, los artículos mencionados.

La citada disposición fue modificada y ampliada, con fecha 20 del mismo mes, haciéndola publicar en los siguientes términos:

Este Cuartel General modifica y amplía, el acuerdo relativo a la contribución de un 10 % impuesto a los comerciantes acaparadores de artículos de primera necesidad, publicado ayer y comunicado a la Cámara de Comercio, de la siguiente manera:

*I.* Están obligados a contribuir con el 10 % expresado, TODOS LOS COMERCIANTES ACAPARADORES DE ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD, aunque no hayan hecho aún las manifestaciones de sus respectivas existencias.

*II.* Se concede el plazo improrrogable de 48 horas, contadas desde las 12 m. de hoy, para que los causantes enteren sus contribuciones en el edificio de la ex-aduana de Santo Domingo.

*III.* Los comerciantes acaparadores que incurran en falta u omisión en el cumplimiento de este acuerdo, serán castigados con la decomisación de la existencia total de los artículos de primera necesidad que posean.

*IV.* Para los fines de este acuerdo, se consideran como artículos de primera necesidad, los siguientes: maíz, frijol, haba, arvejón, lenteja, chile, café, azúcar, piloncillo, manteca, sal, carbón, leña, petróleo y velas de sebo y de parafina.

*V.* Se faculta a la Junta Revolucionaria de Auxilios al Pueblo, para que haga la calificación de los pequeños comercios, exentos de contribución, y para que fije las excepciones y modificaciones que proceden en ciertos casos particulares, en el monto del impuesto.

México, 20 de febrero de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Había yo recibido algunas comunicaciones de la Primera Jefatura, haciéndome ver la conveniencia de que continuara con mis tropas al Norte, considerando que, militarmente, el verdadero peligro para el Constitucionalismo lo representaba la División del Norte, al mando de Villa, quien estaba cada día adquiriendo mayor fuerza y dominio, amenazando controlar todo el territorio Norte de la República, del que ya sólo pequeñas porciones quedaban ocupadas por fuerzas leales.

Sin embargo de la positiva necesidad que existía de que el Ejército de Operaciones emprendiera su avance sobre el centro y norte del país, las circunstancias en que yo me encontraba en México eran poco propicias para efectuarlo, pues la vía entre Ometusco y Pachuca había sido totalmente destruida y su restablecimiento nos era absolutamente indispensable, dado que sería la única por donde podría tener comunicación con Veracruz —que era nuestra única base de aprovisionamiento— al avanzar al Norte y abandonar al enemigo la ciudad de México, plaza que no podría yo conservar al tiempo de emprender mi campaña por el interior, porque no contaba con fuerzas suficientes para dejarla guarnecida; además, con motivo de los diarios combates que estábamos sosteniendo con las fuerzas enemigas que atacaban la ciudad, no contábamos con pertrechos suficientes para ir a una campaña, en la que tendrían que librarse grandes batallas contra un enemigo poderoso en contingentes y elementos de guerra. Había, pues, que esperar a que se concluyeran las reparaciones a la vía entre Pachuca y Ometusco, y recibir remesa regular de cartuchos, para evacuar la plaza y avanzar al Norte, estableciendo nuestra vía de comunicación con Veracruz por Tula y Pachuca, hasta conectar en Ometusco con el ferrocarril Mexicano, que de allí va a Veracruz.

## INCORPORACIONES DE JEFES CONVENCIONISTAS

En la ciudad de México se nos habían incorporado algunos jefes que se habían separado de la Convención, con pequeños grupos de tropa, figurando entre ellos los generales Martín Triana, Luis Hernández y Carlos Martínez. También recibí en México comisionados de los generales Joaquín Amaro y Alfredo Elizondo, quienes mandaban hacerme presentes sus deseos de incorporarse al Ejército de mi mando y luchar a mis órdenes contra la reacción, reconociendo a la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, procediendo así los citados generales cuando habían atacado y derrotado a las fuerzas convencionistas en el mineral El Oro, del Estado de México. El general Luis M. Hernández fue comisionado entonces, por mi Cuartel General, para ir a comunicar órdenes verbalmente a los generales Amaro y Elizondo, de quienes aquél había sido compañero, militando juntos a las órdenes de Gertrudis Sánchez, en Michoacán.

El efectivo de tropas con que yo contaba haciendo la defensa de la ciudad de México ascendía a nueve mil hombres de las tres armas, teniendo, en artillería de grueso calibre, solamente trece cañones, y estando siempre sumamente limitados de parque, pues a causa de que la Primera Jefatura tropezaba con innúmeras dificultades para obtenerlo en los Estados Unidos, las remisiones que de Veracruz nos hacían eran escasas; tenía, además, en Pachuca, un mil ochocientos hombres de caballería, al mando del general Maycotte, inclusive la brigada del general Pedro Morales. Los atacantes, por su parte, sumaban alrededor de veinte mil hombres, con regular dotación de artillería y cartuchos, que habían logrado recibir de Villa, para la campaña del Sur, teniendo su base de operaciones en Cuernavaca, capital del Estado de Morelos.

El enemigo no desmayaba en sus intentos de apoderarse de la ciudad, y no daba tregua a nuestras fuerzas con sus continuos ataques, llegando a generalizar varios asaltos formales sobre toda nuestra línea, poniéndonos algunas veces en situación tan comprometida, que se hiciera necesario mandar reforzar algunos puntos con las escoltas del Cuartel General y Comandancia Militar de la Plaza, cuando ya no había otras tropas de que disponer en la ciudad, estando todas en la línea de fuego.

Emprendida la campaña contra el hambre de las clases pobres, con fecha 23, el Cuartel General de mi cargo expidió un nuevo decreto, en los siguientes términos:

DECRETO SOBRE CONTRIBUCIÓN

Con el objeto de aliviar la aflictiva situación actual de las clases trabajadoras, y de evitar los graves males sociales que pudiera ocasionar.

Álvaro Obregón, General en Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, a los habitantes del Estado del Valle, antes Distrito Federal, hago saber que, en ejercicio de las facultades extraordinarias que me ha conferido el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, he tenido a bien decretar lo siguiente:

*Artículo 1.º* Se imponen, en calidad de subsidio extraordinario, las contribuciones que en seguida se detallan, las cuales se pagarán por una sola vez, en el antes Distrito Federal, hoy Estado del Valle, en la proporción y en los términos que prescribe este decreto:

*I*. Contribución sobre capitales.

*II*. Contribución sobre hipotecas.

*III*. Contribución predial.

*IV*. Contribución sobre profesiones y ejercicios lucrativos.

*V*. Derecho de patente.

*VI*. Impuesto sobre los siguientes ramos de carácter municipal: aguas, pavimentos, atarjeas, carros, carruajes y automóviles de alquiler y particulares, velocípedos y casas de empeño.

*Artículo 2.º* La contribución sobre capitales se causará por todas las instituciones bancarias, sean o no de concesión federal, por las sociedades de todo género, casas bancarias, empresas y negociaciones mercantiles, industriales o mineras, pertenecientes a nacionales y extranjeros, en la proporción siguiente: ½ % (un medio por ciento), si el capital excede de diez mil pesos, pero no de cinco millones; si excediere de esta cifra, se pagará el ½ % (medio por ciento), sobre los primeros cinco millones, y el ¾ % (tres cuartos por ciento) sobre el excedente. Queda entendido que en el cómputo del capital serán incluidas las reservas.

*Artículo 3.º* Las sociedades cuya matriz estuviere domiciliada en el extranjero y que tengan sucursales o agencias en esta ciudad, para practicar legalmente operaciones en la República, pagarán el mismo impuesto que establece el artículo anterior, sobre el capital con que operen en la República. Para los fines de este artículo, se calcularán las monedas extranjeras sobre las equivalencias que fija la ley de 9 de junio de 1906.

*Artículo 4.º* Los gerentes, administradores, dueños o encargados de las empresas, instituciones y negociaciones mencionadas en el artículo segundo, presentarán a la Jefatura de Hacienda, en esta ciudad, una manifestación por duplicado, en la que consignarán la denominación, el nombre o la razón social correspondiente, la ubicación del establecimiento principal y el importe del capital, sobre el que calcularán el monto de la contribución, según el tipo que fija este decreto. La Jefatura de Hacienda, previa revisión del cálculo, al que hará en su caso las rectificaciones que procedan, recibirá en el acto el pago, pondrá el sello de

la oficina en cada uno de los ejemplares de la manifestación y devolverá uno de ellos al causante, con la razón autorizada con la firma del jefe, de estar pagado el impuesto, reservando el otro ejemplar para comprobante de la cuota.

*Artículo 5.º* La contribución sobre hipoteca se causará por todos los acreedores, cuyos créditos, sea cual fuere su procedencia, estuvieren garantizados con hipoteca de bienes ubicados en el antes Distrito Federal y hoy Estado del Valle, calculándose dicha contribución a razón de 1 % (uno por ciento), sobre el monto del capital impuesto a censo o garantizado por hipoteca. Los Bancos que, según este decreto, habrán de pagar también impuesto sobre su capital y bienes raíces, pagarán, por concepto de las hipotecas constituidas a su favor, sólo el ½ % (medio por ciento).

*Artículo 6.º* Para el pago de la contribución sobre hipotecas, los dueños de capitales impuestos a censo o garantizados con hipoteca, presentarán a la Jefatura de Hacienda una manifestación por duplicado, análoga a la que previene el artículo cuarto, en la que consignarán el monto del gravamen no cancelado, el nombre del deudor y los datos necesarios para identificar los bienes que sirvieron de garantía. La oficina recibirá el pago, procediendo de la manera que establece el artículo cuarto citado. Si una misma persona tuviere a su favor varios créditos, podrá hacer en un solo documento la manifestación de todos y practicar una sola liquidación de lo que causarán.

*Artículo 7.º* Si los créditos estuvieren garantizados en su totalidad con bienes ubicados en el Estado del Valle, y a la vez con otros situados fuera del propio Estado, se repartirá proporcionalmente el gravamen, para el efecto de que sólo se pague la contribución sobre la parte correspondiente a los bienes situados en el Estado, estimados unos y otros según el valor fiscal debidamente acreditado. Si el causante no pudiera acreditar ese valor, la contribución se causará y se pagará sobre la totalidad del crédito.

*Artículo 8.º* En consideración a que el impuesto sobre hipotecas ha de gravitar por motivos de interés público, directa y exclusivamente sobre los acreedores hipotecarios y no sobre los deudores, queda sin efecto cualquier pacto anterior o posterior, en virtud del cual, los deudores tengan que reportar la obligación de cubrir aquella contribución o de reembolsar su importe. En caso de que se les exija el reintegro, solamente lo harán por cuenta de réditos o abono a la suerte principal, si así les conviniere. Los acreedores hipotecarios, que de cualquier manera eludan la incidencia del impuesto, haciendo que lo reporten los deudores, perderán su derecho a cobrar intereses de su capital vencido o por vencer.

*Artículo 9.º* Las demás contribuciones extraordinarias que se establecen por el artículo primero de este decreto, se causarán, respectivamente, a razón de una cantidad equivalente al importe de la cuota de dos bimestres, y se pagarán en la Sub dirección de Contribuciones Directas, o en la de Ramos Municipales y en las agencias foráneas de recaudación que correspondan; en la inteligencia de que el pago se hará sobre las boletas expedidas para el bimestre en curso, que los mismos causantes tendrán la obligación de presentar a la oficina respectiva, si ya hubieren satisfecho el impuesto ordinario.

*Artículo 10.º* Todos los pagos de que trata este decreto se efectuarán dentro del término improrrogable de tres días, que concluirá a las seis de la tarde del 26 del corriente mes de febrero. Los jefes de las Oficinas Recaudadoras tendrán abierto el despacho de ocho de la mañana a una de la tarde, y de tres a seis, y dictarán las disposiciones reglamentarias que fueren conducentes, para facilitar el cumplimiento de este decreto.

*Artículo 11.º* Los causantes que no hagan el entero de sus contribuciones dentro del plazo legal, así como los que no hagan su manifestación con la debida exactitud, pagarán doble cuota de la que debieran satisfacer, conforme a los artículos respectivos de este decreto, y las Oficinas Recaudadoras procederán a hacer efectivo el pago, haciendo uso de los medios de apremio que autoriza el artículo 13.

*Artículo 12.º* La Jefatura de Hacienda podrá nombrar los inspectores que estime necesarios para comprobar la exactitud de las manifestaciones que reciba, cuando tuviere sospecha de que no se ha procedido con verdad. Dichos inspectores tendrán facultad de requerir la exhibición de libros, papeles y registros para examinarlos y descubrir si ha habido ocultación. En vista de las diligencias practicadas, la Jefatura de Hacienda hará la liquidación complementaria que proceda, exigiendo, desde luego, el doble de lo defraudado, como queda prevenido.

*Artículo 13.º* Las Oficinas Recaudadoras, además de las facultades ordinarias que las leyes les conceden, podrán hacer uso de los siguientes medios de apremio, para hacer efectivas las contribuciones de que trata este decreto: Primero, intervención de las negociaciones; segundo, incautación de bienes, y tercero reclusión por un término que no exceda de treinta días.

*Artículo 14.º* Este decreto anula los anteriores acuerdos, relativos al impuesto de un 10 % (diez por ciento), sobre todos los artículos de primera necesidad, publicados los días 19 y 20 del presente mes de febrero.

Por lo tanto, mando se imprima, publique y circule, para su debido cumplimiento.

Dado en el Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, en México, a 23 de febrero de 1915.

El General en Jefe. *Álvaro Obregón.*

Este nuevo decreto fue dado en vista de la impracticabilidad del primero, que fijaba una contribución de diez por ciento de las existencias de artículos de primera necesidad en manos de los acaparadores; impracticabilidad que resultaba por la falta de disposición de los causantes a cubrir la contribución, pues la mayoría de ellos, especialmente los grandes acaparadores,

pretendían eximirse de hacer el entero de su contribución, ocultando sus grandes existencias de mercancías de primera necesidad, y era gestión muy tardada el descubrirles sus existencias ocultas, para obligarlos al cumplimiento de la disposición.

Ese procedimiento de los acaparadores pudo comprobarse perfectamente, al ser anulado mi acuerdo, que establecía gravamen sobre existencias de mercancías de primera necesidad: entonces muchos almacenes, en que días antes no conseguía el comprador azúcar o café, por ejemplo, ya hacían ventas de estos artículos, sin que esta repentina aparición de existencias se justificara con recientes entradas de tales mercancías a la ciudad de México.

La mayor parte de los propietarios de pequeños capitales acudieron gustosos a cubrir el impuesto que les correspondía; pero el resto de los comprendidos en el decreto celebraron una junta en el teatro Hidalgo, y en ella acordaron no pagar.

Los miembros del clero siguieron igual conducta, dejando vencer el plazo que se les había fijado sin hacer el entero y sin tomarse siquiera la molestia de hacerme ninguna notificación.

La mayor parte de los extranjeros que, por su calidad de comerciantes, industriales, banqueros, acreedores, etc., debían pagar también contribución conforme a los términos de mi decreto, se dirigieron al Primer Jefe, solicitando se les exceptuara de aquel pago, y lograron un acuerdo favorable. Estos señores creían, quizás, que cuando se encuentra uno con un hambriento, basta hablarle en un idioma que éste no pueda comprender para quedar relevado del deber de aliviar su necesidad.

## APREHENSIÓN DE LOS MINISTROS DEL CLERO Y ACAUDALADOS QUE SE NEGARON A PAGAR LA CONTRIBUCIÓN

En vista de lo anterior, ordené la aprehensión de todos los rebeldes a las disposiciones del Cuartel General, y se logró capturar a 180 sacerdotes católicos, inclusive el canónigo Antonio de J. Paredes, los que quedaron presos en la Comandancia Militar de la Plaza.

A los acaudalados que se habían negado a cubrir la contribución impuesta, los cité a una junta, la que se llevó a cabo en el teatro Hidalgo, y en ella les hice ver lo reprobable de su actitud, y les anuncié la que yo seguiría con ellos, ordenando, en seguida, que fueran puestos presos también.

Cuando se decretó la contribución para conjurar el hambre de las clases menesterosas, se notificó también a los interesados que se iba a integrar una junta, compuesta de personas contribuyentes, para que ésta hiciera la distribución de los fondos que produjera la contribución, y la cual quedaría en México cumpliendo con su cometido, aun cuando yo tuviera que salir, por convenir a las operaciones militares. De esta manera, quise yo desvanecer cualquier duda que pudiera tenerse sobre el verdadero destino de los fondos que se colectaran.

Nuevos partes del general Iturbe se habían recibido, comunicando que, mientras él había ido a batir a los reaccionarios apoderados de Cosalá, Buelna se reorganizó en La Muralla y emprendió un avance sobre Mazatlán, llegando hasta Villa Unión, después de desalojar a las fuerzas del general Carrasco, que estaban destacadas en Escuinapa; por lo que el general Iturbe marchó a Mazatlán violentamente, a reorganizar sus fuerzas, para hacer frente al enemigo;

habiendo poco después, salido de Mazatlán, al frente de 1 200 hombres, para batir a los reaccionarios, que en número de 1 000 hombres se encontraban posesionados de Villa Unión, al mando de Parra, Llantada, Echeverría y otros jefes. El combate se libró en Villa Unión, el 22 de febrero, obteniendo nuestras fuerzas, al mando de Iturbe, el más completo triunfo, pues obligaron a los reaccionarios a abandonar la plaza y emprender la huida con rumbo al Sur, tenazmente perseguidos por los nuestros.

Como extrema vanguardia para nuestro avance al Norte, había hecho salir de México al coronel Eugenio Martínez, con el primer Batallón de Sonora, fuerte en quinientas plazas, y al mayor J. Manuel Sobarzo, con el 21.º Batallón, cuerpo que tenía más de un cuarenta por ciento de jóvenes estudiantes, incorporados en Puebla y en México. Martínez había llegado hasta la población de San Juan del Río, Querétaro, después de reparar la vía del ferrocarril Central a su retaguardia, comunicándose así con el Cuartel General, y Sobarzo había pasado a guarnecer Huichápam, de donde tuvo que desalojar al enemigo, mediante un serio combate en que las fuerzas de Sobarzo castigaron duramente a los reaccionarios.

Poco después de que el coronel Martínez ocupara la plaza de San Juan del Río, marchó de México con aquel destino, el mayor doctor José Siurob, quien había sido nombrado Gobernador del Estado de Querétaro, por acuerdo de la Primera Jefatura, llevando Siurob una escolta de 27 hombres a sus órdenes.

Cuando el coronel Martínez hacía su avance sobre San Juan del Río, se le presentó el general Gonzalo Novoa, manifestándole su propósito de ponerse a mis órdenes, reconociendo a la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista. El general Novoa había pertenecido a la división de caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y se había separado de Blanco, desconociendo a la Convención, para reincorporarse al Ejército Constitucionalista.

Acepté de nuevo al general Novoa en nuestras filas, y le ordené que con sus fuerzas, que ascendían a doscientos cincuenta hombres aproximadamente, pasara a guarnecer las estaciones de Tula y Nopala.

En los primeros días de marzo recibí un telegrama del C. Primer Jefe, ordenándome que procediera a evacuar la ciudad de México, reconcentrando mis tropas en Ometusco y destruyendo las vías de los ferrocarriles Central y Nacional de Querétaro a México. A este mensaje contesté manifestando estar dispuesto a obedecer desde luego sus respetables órdenes, permitiéndome solamente indicarle que si destruíamos las vías férreas desde Querétaro a México y me replegaba a Ometusco con mis tropas, confesaríamos a Villa nuestra impotencia, y lo dejaríamos en condiciones de que destruyera impunemente a las tropas constitucionalistas que combatían en el Norte, Oriente y Occidente de la República; que me permitiera emprender mi avance al Norte, hasta tomar el contacto con Villa para tomar la ofensiva o defensiva, según me lo permitieran las circunstancias.

Al día siguiente recibí contestación del C. Primer Jefe, ordenándome evacuar la plaza y emprender mi marcha al Norte.

Antes de transmitir mi mensaje a la Primera Jefatura, reuní a algunos de los principales jefes del Ejército de Operaciones, para someter a la consideración de ellos mis proposiciones hechas al

Jefe, en sentido de marchar al Norte a tomar contacto con Villa. Todos estuvieron de acuerdo, especialmente el general Hill, quien era el jefe de las infanterías.

De México salían con frecuencia agentes confidenciales de mi Cuartel General, hasta algunas plazas del interior que estaban en poder de las fuerzas villistas, y regresaban a comunicarme los informes que podían obtener acerca de los movimientos del enemigo; de esta manera pude saber, con alguna oportunidad, que una fuerte columna al mando directo del general Villa avanzaba al Occidente, con el objeto de batir a los generales Diéguez y Murguía, e inmediatamente me dirigí al general Diéguez, comunicándole la noticia e indicándole la conveniencia de que, al sentir la aproximación del enemigo, evacuara Guadalajara y se replegara con sus fuerzas hasta las barrancas de Beltrán y Atenquique, donde podría, aprovechando las grandes ventajas de aquel terreno, destrozar fácilmente al enemigo, si éste, después de tomar Guadalajara, avanzaba sobre Colima.

El día 25 de febrero recibí un telegrama del general Diéguez, comunicándome que, después de dos días de sangrienta lucha, sostenida con sus fuerzas y las del general Murguía, contra una poderosa columna, mandada personalmente por Villa, en la Cuesta de Sayula, Jalisco, se había visto obligado a retirarse con pérdidas de consideración, replegándose hasta el Estado de Colima, para reorganizar su división.

La situación para nosotros en México seguía siendo bastante crítica, y era desesperante no contar con los elementos necesarios para emprender nuestra campaña por el centro de la República, que era ya de imperiosa necesidad, pues se sabía que Villa emprendía una batida general contra las distintas fracciones del Ejército Constitucionalista, que tenía por sus flancos, y especialmente sobre el puerto de Tampico, del que tenía grande interés en apoderarse, para establecer su base de operaciones y asegurar el combustible necesario para sus trenes.

## COMBATE DE PEÓN

En esta situación, el día 6 de marzo, al amanecer, recibí un mensaje del coronel Martínez, avisándome que una columna enemiga se aproximaba a su campamento.

Al siguiente día recibí un nuevo mensaje de Martínez, comunicándome que ya estaba combatiendo con el enemigo; y pocos momentos después, quedó cortada la comunicación telegráfica con el campamento de Martínez.

Desde luego que tuve conocimiento de la incomunicación, ordené al mayor Sobarzo que saliera inmediatamente de Huichápam, a proteger a Martínez, y al general Gonzalo Novoa le di orden de destacar de Tula al Norte, una fracción de sus fuerzas, con el mismo fin.

El mayor Sobarzo, cumpliendo mis órdenes, salió inmediatamente en auxilio de Martínez; pero en el camino sufrió una descompostura la máquina del tren que lo conducía con sus fuerzas al Norte, y tuvo que esperar a que su tren fuera remolcado por una máquina de auxilio, que llevaba el mayor Paulino Fontes.

Por su parte, el general Novoa destacó también, violentamente, la fracción ordenada, al mando del coronel Natividad Sánchez, que era de unos sesenta hombres de caballería.

Todo el día 7 se pasó sin poder obtener ningunas noticias sobre la suerte de Martínez, y solo supe que el mayor Sobarzo había logrado llegar a estación Peón con ciento veinte hombres de su batallón, abandonando allí su tren y empeñando desde luego combate con la columna que tenía sitiado a Martínez, así como que el coronel Sánchez había entrado en acción con su pequeña fuerza.

Yo me sentía sumamente intranquilo por aquella falta de noticias, pues aunque conocía yo lo que Martínez y Sobarzo valían militarmente, consideraba la grande trascendencia que tendría un fracaso de éstos, ya que era el primer encuentro de nuestra vanguardia con las fuerzas del Norte.

En ese estado de ánimo me encontraba, cuando recibí una nota del Departamento de Estado en Washington, que me fue entregada por el señor don J. M. Cardoso de Oliveira, entonces Ministro del Brasil y Encargado de los Intereses Norteamericanos en México, el texto de la cual se reproduce a continuación:

NOTA DEL GOBIERNO AMERICANO Y CONTESTACIÓN A ÉSTE

Un membrete que dice: Legacao dos Estados-Unidos do Brasil. México, 7 de marzo de 1915.

Señor General:

En cumplimiento de terminantes instrucciones recibidas esta mañana, del Departamento de Estado de Washington, por la vía telegráfica, es mi penoso deber transmitir a usted lo siguiente, en su lenguaje original, para mayor fidelidad:

"The Government of the United States has noted with increasing concern the reports on general Obregon's utterances to the residents of Mexico City. This Government believes they tend to incite the populace to commit outrages in which innocent foreigners within Mexican territory, particularly in the City of Mexico, could be involved. This Government is particularly impressed with General Obregon's suggestions that he would refuse to protect not only Mexicans, but foreigners, in case of violence and that his present decree is a forerunner of others more disastrous in effect. In this condition of affairs, the Government of the United States is informed that the City of Mexico may soon be evacuated by the Constitucionalist forces, leaving the population without protection against whatever faction may choose to occupy it, thus shirking responsibility for what may happen as a result of the instigation to lawlessness before and after the evacuation of the city.

The Government of the United States is led to believe that a deplorable situation has been willfully brought about by Constitucionalist leaders to form upon the populace submission of their incredible demands and to punish the city on account of refusal to comply wirh them. When a factional leader preys upon a starving city to comply obedience to his decrees by inciting outrage and at the, same time uses means to prevent the city from being supplied with food, a situation is created which it is impossible for the United States to contemplate longer with patience. Conditions have become intolerable and can no longer be endured. The Government of the United States, therefore, desires General Obregon and Carranza to know that it has, after mature consideration, determined... as a result of the situation for which they are responsible, Americans suffer by reason of the conduct of the Constitucionalist forces in the City of Mexico or because they fail to provide proper protection to life and property, the Government of the United States will hold General Obregon and General Carranza personally responsible therefor. Having reached this determination with the greatest... the Government of the United States will take such measures as are expedient to bring to account those who are personally responsible for what may occur".

Pidiendo a usted, se sirva honrarme con su acuse de recibo, aprovecho la oportunidad para reiterarle, señor General, las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio.

(Firmado): *J. M. Cardoso de Oliveira*, Ministro del Brasil. Encargado de los Intereses Norteamericanos en México.

Al señor general Álvaro Obregón. Presente.

P. S. Los puntos suspensivos indican palabras que no están claras en el texto; se ha pedido rectificación, la que comunicaré tan pronto como sea recibida.

El texto de la Nota del Departamento de Estado, traducido al castellano, es como sigue:

El Gobierno de los Estados Unidos ha seguido con interés creciente, las notas referentes a los actos del general Obregón, para con los residentes de la ciudad de México.

Este Gobierno cree que dichos actos tienden a incitar al populacho a cometer atentados, en los cuales pueden ser envueltos extranjeros inocentes, dentro del territorio mexicano, y especialmente en la ciudad de México.

Este Gobierno, está particularmente impresionado con las insinuaciones del general Obregón, de que se rehusará a proteger, no sólo a los mexicanos, sino aun a los extranjeros, en un caso de violencia, y que su presente decreto no es sino el primero de otros más desastrosos en efectos.

En este estado de cosas, el Gobierno de los Estados Unidos ha sido informado de que la ciudad de México será pronto evacuada por las fuerzas constitucionalistas, dejando a la población sin protección contra cualquiera facción que pueda ocuparla, y evadiendo, de este modo, la responsabilidad por lo que pudiera suceder, como resultado de las instigaciones a la anarquía, antes y después de la evacuación de la ciudad.

El Gobierno de los Estados Unidos cree que tan deplorable situación ha sido creada voluntariamente por los jefes constitucionalistas, para conseguir la sumisión del populacho a sus increíbles demandas, y para castigar a la ciudad por su negativa a cumplirlas. Cuando un jefe de facción predica a una ciudad hambrienta, para llevarla a la obediencia de sus decretos, incitándola al atentado, y al mismo tiempo emplea medios para impedir que la ciudad sea surtida de alimentos, crea una situación que es imposible, para los Estados Unidos, contemplar con paciencia más tiempo.

Las condiciones han llegado a ser intolerables, y no pueden permanecer por más tiempo así.

El Gobierno de los Estados Unidos, por consecuencia, desea que los generales Obregón y Carranza sepan lo que, después de madura consideración, se ha determinado... como un resultado de la situación de que ellos son responsables, los norteamericanos sufren por la conducta de las fuerzas constitucionalistas en la ciudad de México, o porque no pueden suministrar la protección a las vidas y propiedades.

El Gobierno de los Estados Unidos hace al general Obregón y al general Carranza, personalmente responsables.

Habiendo tomado esta determinación, con el más grande... el Gobierno de los Estados Unidos tomará las medidas conducentes para traer a cuentas a los que sean personalmente responsables de lo que pueda ocurrir.

Mi contestación al señor Ministro del Brasil, fue la siguiente:

Fue recibida en este Cuartel General la atenta nota de usted, y en ella transcrita la del Gobierno de los Estados Unidos, que dirige, por conducto de usted, a este Cuartel General.

Como todo asunto de carácter internacional no es de la competencia mía, ya transcribo dicha nota al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo, Venustiano Carranza, quien oportunamente contestará la nota aludida.

Protesto a usted las seguridades de mi atenta consideración y particular aprecio.

México, 7 de marzo de 1915.

El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al señor don J. M. Cardoso de Oliveira, Ministro del Brasil y Encargado de los Intereses Americanos en México. Presente.

La nota del Gobierno norteamericano, que se deja transcrita, es una prueba de la presión que en nuestra contra hicieron los extranjeros acaudalados de la ciudad de México, alarmados por las medidas que se hizo de imperiosa necesidad dictar, para conjurar una situación que ellos mismos, en consorcio con los acaudalados mexicanos, habían cooperado a crear, con su desmedida avaricia, y que era torturadora para todo un pueblo, cuyo bienestar venía siendo sacrificado sin piedad, en aras del supremo egoísmo de aquellos.

La citada nota norteamericana, como dice mi contestación al señor Ministro del Brasil, fue transmitida el mismo día, por la vía telegráfica, al C. Primer Jefe, y con referencia a la misma, le dirigí el siguiente telegrama:

México, 7 de marzo de 1915. Señor don Venustiano Carranza. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Veracruz. A fin de que tenga usted mayores datos para contestar la nota del Gobierno norteamericano, manifiéstole lo siguiente: Inmediatamente que se tomó esta plaza, pusiéronse a disposición de la Cámara de Comercio y del Ayuntamiento, todos las carros necesarios para adquirir cereales y demás artículos de primera necesidad. Posteriormente, y por acuerdo suyo, se aprobó una cantidad de quinientos mil pesos, a fin de conjurar las necesidades más imperiosas del proletariado, nombrándose una Junta de Auxilios, presidida por el ingeniero Pani. Viendo este Cuartel General que se necesitaban mayores recursos, decretó el impuesto extraordinario que usted ya conoce, y la contribución al clero, que se negó a pagar, con el exclusivo objeto de aliviar las necesidades del pueblo. Los extranjeros, por disposición de esa Superioridad, quedaron exentos de pago, negándose a pagar también gran parte de los capitalistas mexicanos. El general Hernández fue comisionado por esta Comandancia para adquirir cereales de Tula y San Juan del Río, proporcionándoles a las clases pobres la mayor cantidad posible de éstos. Existe aún un fondo de más de cien mil pesos destinados a auxilios. Es inexacto que yo haya puesto obstáculos a extranjeros adinerados que pretendieron traer cereales para expanderlos; es inexacto que yo haya excitado al pueblo para amotinarse; solamente he querido hacer ver a los acaparadores la necesidad que tenemos de colaborar para conjurar el hambre, evitando así que el pueblo hambriento se amotinara, en cuyo caso, no podía yo, a balazos, mitigar su hambre. La actitud de los extranjeros, con raras excepciones, que espontáneamente han hecho su pago, ha sido perfectamente hostil a los principios humanitarios a que estamos obligados todos los hombres entre sí. Los adinerados nacionales han cooperado muy mal, negándose también a cubrir la

contribución que, con el fin conocido, se había decretado. Éstos han sido castigados por su desobediencia. Al contestar la nota, encarézcole recordar que estamos a su lado, la mayor parte de los mexicanos honrados, que sabremos apoyar sus decisiones, como hasta hoy lo hemos hecho, sin que sean necesarias las ridículas protestas que ninguno de nosotros necesitamos hacer para ir al sacrificio en el cumplimiento de nuestro deber. Salúdolo respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

## INTROMISIÓN DE LOS EXTRANJEROS EN LA POLÍTICA NACIONAL

Como una prueba elocuente de la absoluta falta de moralidad de algunos extranjeros, y sus pocos escrúpulos para mezclarse en los asuntos políticos de este país, he querido consignar hechos que vienen a justificar mi actitud asumida contra dichos elementos, durante la ocupación de la ciudad de México por el Ejército de mi mando, durante el mes de febrero y la primera decena de marzo de 1915:

Después de que el general Victoriano Huerta, violando todo principio de lealtad y de honor, traicionó al Presidente Constitucional, don Francisco I. Madero, y al Vicepresidente, don José María Pino Suárez, aprehendiéndolos y asesinándolos después, para declararse él Presidente de la República; El Buen Tono, S. A., que constituye una de las industrias que en el país giran varios millones de pesos, regenteada entonces por el extranjero Ernesto Pugibet, mandó imprimir algunas marcas especiales, una de ellas dedicada al asesino Victoriano Huerta, de la que tomamos una cajetilla, que figura fotografiada, con el retrato del traidor más abominable que conoce nuestra Historia, y con la dedicatoria más servil y rastrera que pudieran haber ideado los gerentes de esa negociación.

Algunas otras marcas especiales de la misma fábrica, estaban dedicadas a Félix Díaz, Mondragón y otras de las fatídicas figuras del Cuartelazo de 1913.

Los gerentes de la Casa Wagner y Levien Sucrs., universalmente conocida, que gira cuantioso capital y que en nuestro país ha hecho grandes negocios, dirigían a Mondragón, inmediatamente después de los asesinatos de febrero, la carta que también aparece fotografiada, siendo de llamar la atención que la misma carta, que empieza destilando inmoralidad y servilismo, concluye ofreciendo sus tambores y cometas, subordinando todo principio de honor, a los intereses materiales.

Y éstos son los que protestan ahora contra el Ejército Constitucionalista, que vino a derrocar a los traidores asesinos, a quienes ellos rendían culto, y ante quienes se arrodillaban cínicamente, para quemar incienso a sus pies; éstos son los que ahora invocan la intervención, en nombre de una moralidad, que nunca han conocido, y pretenden, criminalmente, que ejércitos extranjeros, con sus bayonetas y sus escuadras, vengan en defensa de sus mezquinos intereses, acrecentados con el sudor y las vigilias de nuestro pobre pueblo.

Debo hacer una aclaración, que me sugiere mi propia observación: durante la campaña que hice en los distintos Estados de la República, pude notar que los extranjeros residentes en ellos, casi en su totalidad, son simpatizadores de la Revolución Constitucionalista, estableciendo esto un contraste con el sentimiento de los extranjeros de la ciudad de México, quienes, como antes digo, eran, casi en su totalidad, enemigos de nuestro movimiento. Esto solamente puede explicarse como una consecuencia de la influencia del medio y las ligas que, la mayor parte de los extranjeros negociantes en la Capital, tenían con el llamado Círculo de Amigos del General

Díaz; ligas que anteriormente se habían acostumbrado a explotar en beneficio de sus intereses materiales, y que poco a poco habían quebrantado su moralidad.

## PARTE OFICIAL DEL GENERAL MARTÍNEZ

Ya muy avanzada la noche, se restableció la comunicación telegráfica con el campamento del coronel Martínez, y éste me informó que nuestras tropas habían tenido una completa victoria sobre el enemigo, aunque no me podía dar detalles en aquellos momentos, porque el combate había terminado ya de noche, y no se había reconocido aún el campo de la lucha.

Al siguiente día, recibí telegrama del coronel Martínez, con detalles sobre la batalla, el que copio a continuación:

Kilómetro A. 17. Vía Cazadero. Marzo 8 de 1915. General en Jefe Álvaro Obregón. México. Hónrome comunicar a usted que en este momento acabo de reconocer el campo de batalla, encontrando en los lugares que ocupaba el enemigo, ciento once muertos, entre ellos dos tenientes coroneles, cuatro mayores, nueve oficiales y el resto de individuos de tropa. Al retirarse el enemigo, se llevó a sus heridos, que son en número considerable. Se les quitó una ametralladora, treinta armas de distintos calibres, y buen número de caballos, la mayor parte heridos. Por nuestra parte, tenemos que lamentar la muerte de dos subtenientes y catorce individuos de tropa, del batallón de mi mando, y cuatro oficiales y dos individuos de tropa del 21.º batallón; total, veintidós muertos; habiendo resultado herido el mayor médico del primer Batallón, tres capitanes primeros, dos capitanes segundos, un subteniente y cuarenta y ocho individuos de tropa. Respetuosamente, el coronel Eugenio Martínez.

## PREPARATIVOS PARA LA EVACUACIÓN DE MÉXICO

La victoria obtenida por el coronel Martínez y los mayores Sobarzo y Siurob y el coronel Sánchez en la batalla de Peón, fue un hecho de grande significación, que nos ponía en condiciones de emprender con más facilidad nuestro avance al Norte.

Si Martínez hubiera sido derrotado en Peón, el enemigo, probablemente, se hubiera posesionado de la vía hasta Tula, y entonces nuestra salida de México habría presentado mayores dificultades.

El enemigo que atacó a nuestras fuerzas en Peón, cerca de San Juan del Río, era en número cuatro veces mayor y, sin embargo fue derrotado. Los jefes de la columna reaccionaria derrotada, según informaron algunos prisioneros, hechos por nuestras fuerzas, eran: Estrada, Martínez y Martínez, de la Peña y Canuto Reyes.

Debe ser un legítimo timbre de orgullo para los jóvenes estudiantes, incorporados en el Ejército Constitucionalista, el comportamiento de sus compañeros pertenecientes al 21.º Batallón de Sonora, que tomaron parte en la batalla de Peón; allí tuvieron una muerte heroica el teniente Ciro Gavito, el subteniente Isaac Águila, el subteniente Rafael Hinojosa y el subteniente Arturo Noriega (ex-estudiantes de Puebla los tres primeros, y de México el último), a quienes fue encomendada la defensa de uno de los puntos más peligrosos, y murieron en su puesto, valientemente, antes que dar media vuelta ante el enemigo.

El mismo día 8, ordené al coronel Martínez que se replegara con sus infanterías hasta estación Nopala, y al general Maycotte —quien ya había dejado de ser Gobernador y Comandante Militar del Estado de Hidalgo, y se encontraba con su brigada de caballería en Tula— que avanzara hasta ocupar las Estaciones Polotitlán y Cazadero, a 39 y a 29 kilómetros al

Sur de San Juan del Río, respectivamente, para quedar como vanguardia del Ejército de Operaciones al Norte.

Para tal fecha, estaban por terminarse las reparaciones que el teniente coronel Gutiérrez llevaba a cabo en la vía del Ferrocarril de Ometusco a Pachuca, y habíamos recibido ya algunos pertrechos remitidos por la Primera Jefatura, por lo que empezamos a hacer nuestros preparativos para la evacuación de la ciudad de México a fin de emprender la campaña por el centro de la República.

Por acuerdo de la Primera Jefatura, se procedió a desarmar la maquinaria de la Fábrica Nacional de Cartuchos para conduciría a Veracruz, comisionándose para esto al general Benjamín Bouchez, que había sido enviado de Veracruz con tal objeto.

Ordené poner trenes especiales para conducir a Veracruz a todas las personas que querían salir de México, a prestar sus servicios en cualquier forma, a la causa Constitucionalista, o que sencillamente no querían quedar en territorio controlado por fuerzas enemigas.

Presté toda clase de facilidades a los enviados de las diversas Secretarías de Estado, para transladar a Veracruz el mobiliario, personal, etc., que debían llevar de México.

Ordené que, a efecto de expeditar nuestra movilización al Norte, y evitar el bloqueo de los patios de las estaciones del ferrocarril, empezaran a ser despachados, con destino a Pachuca, vía Ometusco, todos los trenes de artillería; de equipo; carros con talleres de reparación de armamento, etc., etc., para que se nos incorporaran, después, en Tula.

Hice reconcentrar en México los contingentes reclutados por las diversas oficinas de reclutamiento, que había establecido en Veracruz, Orizaba, Puebla y otras plazas.

Nuestros heridos y enfermos fueron cuidadosamente transladados a los hospitales previamente establecidos en Orizaba y Veracruz, haciéndose este translado bajo la inmediata vigilancia y atención de un competente cuerpo médico, y de enfermeras de nuestro servicio sanitario, de que era jefe el coronel Andrés G. Castro.

Para entonces, se había producido en la capital una corriente de simpatía hacia el Constitucionalismo en las clases populares y en general entre todos los elementos conscientes, que no habían sido corrompidos con las prebendas de la dictadura, quienes supieron apreciar mi esforzada labor, tendiente a conjurar la espantosa miseria de que era víctima el pueblo bajo, dándose cuenta también de la criminal oposición que a mis disposiciones, encaminadas a tal fin, presentaban las clases privilegiadas y el clero, y esa simpatía se había revelado ya en grandiosas manifestaciones prorrevolucionarias, organizadas por los gremios obreros.

El partido reaccionario no descansaba, y un día llegó a organizar una gran manifestación que, tumultuosamente, se dirigía al hotel St. Francis, donde estaba instalado mi Cuartel General, para exigirme la libertad de los frailes que estaban presos por su desobediencia a mis disposiciones; pero el partido revolucionario obrero se dio cuenta de aquel tumulto reaccionario y diligentemente preparó una contramanifestación. Ambos grupos se encontraron en la Alameda, precisamente cuando los fanáticos se aproximaban al Cuartel General, y allí tuvo lugar el choque: al grito de ¡viva la Religión y muera Juárez!, los fanáticos agredieron a los liberales; éstos, al grito de ¡vivan Juárez y las Leyes de Reforma!, repelieron la agresión, y se trabó una lucha entre ambos manifestantes, por espacio de más de una hora. La policía acudió a dar fin al

escándalo y fue agredida por los fanáticos, causando éstos al coronel Octavio Bertrand, jefe de la gendarmería, una herida en el costado derecho, que interesó el hígado, una en el carrillo del mismo lado y otra en el brazo izquierdo, con puñal, a consecuencia de las cuales murió este jefe poco después. El coronel Bertrand, al verse herido, hizo uso de su pistola y mató a dos de sus agresores; y al ver esta resolución, los fanáticos huyeron en distintas direcciones, disolviéndose también la manifestación liberal. De la lucha entre los manifestantes resultaron varios heridos.

Desde aquel día, los fanáticos suspendieron sus manifestaciones, y esperaban abnegadamente la libertad de sus sacerdotes, al ser evacuada la plaza por nuestras fuerzas.

Es de hacerse notar que cuando los clericales iniciaban ese día su manifestación, las fuerzas del llamado Ejército Libertador del Sur emprendían simultáneamente sus asaltos sobre nuestras posiciones en la Escuela de Tiro, San Ángel e Ixtapalapa, por lo cual era de presumirse que había un acuerdo entre los asaltantes y los reaccionarios de la ciudad, debiendo éstos llamar nuestra atención con su manifestación tumultuosa, para desatender nuestra defensa; pero los asaltantes fueron rechazados en todos sus intentos, causándoles considerables pérdidas. Así fueron castigados simultáneamente los de afuera y los de adentro, demostrándoles, una vez más, la fuerza del Constitucionalismo con el apoyo del pueblo.

Era tan grande el entusiasmo despertado entre las clases populares en favor de la Revolución, que si hubiéramos tenido armas suficientes, habríamos podido armar más de veinticinco mil hombres, antes de salir de la ciudad; pero carecíamos de armamento para nuevos contingentes, y por esta razón tuvimos que desaprovechar muchas voluntades que se ofrecían a ir a la lucha armada en contra de la reacción. Sin embargo, nuestras filas se aumentaron con cuatro mil hombres, que pudimos armar con igual número de armas, que me fueron remitidas por la Primera Jefatura, y un contingente de más de cinco mil hombres desarmados; la mayor parte pertenecientes a los gremios obreros sindicados en La Casa del Obrero Mundial, fue remitido a Veracruz, para esperar allí ser armados, cuando llegara a aquel puerto el armamento pedido por la Primera Jefatura a los Estados Unidos.

Un grupo de empleados de comercio, a iniciativa del señor Manuel Carbajal, se adhirió también a nuestro movimiento; abandonando muchos de ellos muy lucrativas posiciones en casas comerciales, bancarias, industriales, etc., de la Capital, así como a sus familias, para salir a Veracruz a organizarse en cuerpo de combate, y después incorporarse a mi Ejército, para cooperar en la campaña contra la reacción. Es de justicia dejar consignados, cuando menos, los nombres de los que de ese grupo, que dio un bello ejemplo de patriotismo y abnegación, más tarde encontraron la muerte o recibieron heridas, luchando por la causa del pueblo:

Pedro Riquelme, muerto el 14 de abril en las trincheras de Celaya; Francisco González Vázquez, muerto el 3 de junio en estación Trinidad; Jesús T. Rodríguez, herido en estación Trinidad; Luis Piña, herido en estación Trinidad y José Hernández, herido en estación Trinidad.

Los zapatistas, al conocer nuestra intención de evacuar la plaza de México, redoblaron sus ataques, y cargaron sobre la vía del Ferrocarril Mexicano, para evitar que sacáramos, rumbo a Veracruz, nuestros trenes con impedimentas, y en este esfuerzo lograron destruir un tramo de vía cerca de estación Tepéxpam, obligando a retroceder a las fuerzas que de México habían sido

destacadas para proteger esa vía; pero después hice salir una regular columna con artillería, la que desalojó de la vía al enemigo y restableció la comunicación.

El día 9 comuniqué órdenes al general Cesáreo Castro, para que notificara a los sacerdotes presos que si se obstinaban en negarse a pagar la contribución que se les había señalado para la Junta de Auxilios al Pueblo, deberían alistarse para emprender la marcha con nosotros.

Igual acuerdo fue comunicado a los comerciantes que aún permanecían arrestados.

El general Castro, al comunicar mi acuerdo a los sacerdotes, recibió de algunos de éstos la súplica de que se les practicara un reconocimiento médico, para justificar que estaban imposibilitados, por motivos de salud, para salir con el Ejército de Operaciones; el general Castro accedió a aquella petición y comisionó al médico de su división, doctor Gilberto de la Fuente, para que practicara los reconocimientos solicitados por los sacerdotes.

El doctor de la Fuente rindió el informe correspondiente, que acusaba que más de una tercera parte de los arrestados padecía enfermedades venéreas; pero que éstas no constituían un motivo de imposibilidad para hacer la marcha.

En vista del citado informe, ordené que fueran puestos en libertad los sacerdotes que, materialmente, estuvieran imposibilitados para emprender la marcha, así como los que tuvieran una edad de 60 o más años.

Los comerciantes que estaban presos ofrecieron entregar las cuotas que se les había fijado en el decreto del día veintitrés, y fueron puestos en libertad.

Para tales fechas habían ya dejado de depender de la Jefatura de Operaciones a mi cargo las fuerzas de los Estados de Puebla, Tlaxcala, Veracruz y Oaxaca, quedando directamente a las órdenes de la Primera Jefatura; pues se había previsto que, al iniciar yo mi avance al centro, no podría atender a los asuntos relacionados con dichas fuerzas, ya, que entonces toda mi atención la requeriría la campaña contra los núcleos villistas.

El día 10, por la mañana, habían terminado ya de salir de México todas las personas y los elementos que se dirigían al puerto de Veracruz, y el Cuartel General de mi cargo comunicó la siguiente

ORDEN DE MARCHA PARA LA EVACUACIÓN DE LA PLAZA DE MÉXICO POR LAS FUERZAS DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES

El general Cesáreo Castro, con las fuerzas de su mando, y las caballerías de la brigada Triana que comanda el C. general Carlos Martínez, emprenderá la marcha a las 3 a. m. de la mañana 11, por Atzcapotzaltongo a Toluca e Ixtlahuaca, destruyendo la vía del ferrocarril que va de México a Toluca, y entre Toluca e Ixtlahuaca. De este último punto, marchará a incorporarse al grueso de la División, que se encontrará entre Cazadero y Nopala, sobre la vía del Ferrocarril Central. En caso necesario, el general Castro podrá variar esta ruta conforme a su criterio, y como lo crea más conveniente para las operaciones militares.

El C. general Gabriel Gavira, con las fuerzas a su mando, a las 5 a. m., de mañana 11, emprenderá la marcha a Ometusco, donde permanecerá hasta recibir nuevas órdenes.

El C. general Antonio Norzagaray, con sus fuerzas y la escolta de este Cuartel General, conduciendo la mulada de la artillería, marchará a la 1 a. m. de mañana 11, por Tacuba, a Tlalnepantla, donde se le incorporarán todos los caballos de jefes y oficiales, para continuar la marcha en la forma que lo ordene este Cuartel General. También se le incorporarán, allí, las fuerzas de caballería de las brigadas 1.ª y 2.ª de Infantería de Sonora.

El C. general Miguel V. Laveaga, con la 1.ª Brigada de Infantería de su mando, emprenderá la marcha mañana a la 1 a. m., por Tacuba, a Tlalnepantla, donde embarcará las infanterías en los trenes que estarán dispuestos, al efecto, dejando la fuerza de caballería y los caballos de jefes y oficiales (al cuidado de asistentes), incorporados al C. general Antonio Norzagaray.

El C. general Francisco R. Manzo, con la 2.ª Brigada de Infantería de Sonora, que es a su mando, emprenderá la marcha mañana a la 1 a. m., por Tacuba, a Tlalnepantla, procediendo allí al embarco de sus infanterías en la misma forma que la 1.ª

Brigada de Infantería, y entregando también, al igual que ésta, las caballerías y los caballos de jefes y oficiales al C. general Antonio Norzagaray.

El C. coronel Lino Morales, con el 20.º Batallón de su mando, emprenderá la marcha a la 1 a. m., de mañana 11, a Tacuba, para continuar a Tlalnepantla, donde se embarcará, dejando los caballos de jefes y oficiales al cuidado de asistentes, incorporados al C. general Antonio Norzagaray.

Se recomienda a todos los jefes proveerse de buenos guías, sugiriéndoles la conveniencia de que éstos sean choferes de taxímetros, que conocen perfectamente los caminos.

En caso de que los zapatistas ataquen alguna de nuestras actuales posiciones esta noche, el jefe respectivo deberá dar inmediato aviso a este Cuartel General, que dictará las órdenes que sean del caso.

México, Estado del Valle, a 10 de marzo de 1915.

El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

## EVACUACIÓN DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y AVANCE AL NORTE, DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES

El día 10, en la noche, la ciudad de México quedó evacuada, y emprendimos la marcha al Norte, habiendo quedado establecidas las oficinas del Cuartel General del Ejército de Operaciones en un tren especial que se había formado con ese objeto.

Marchaban incorporados a nosotros, y con carácter de prisioneros, en los carros que se habían designado para el efecto, el canónigo Antonio de J. Paredes y los demás miembros del clero que no habían pagado la contribución que se les fijó, ni justificado su imposibilidad de salir, por causa de seria enfermedad, o por edad avanzada.

El enemigo había logrado esa noche destruir la vía del ferrocarril Mexicano adelante de la Villa de Guadalupe, obligando a replegarse al teniente coronel Gutiérrez, que había salido con un tren rumbo a Ometusco.

Sobre la vía que nosotros seguimos, fueron destruidos también dos pequeños puentes, antes de llegar a estación Tlalnepantla, obligándonos a permanecer el resto de la noche en repararlos y continuando, en la mañana, hasta Tlalnepantla, estación en que había acordado yo hacer la reconcentración de todas las fuerzas que durante la noche evacuaron México.

La evacuación se logró hacer sin haber tenido que sufrir ningunas pérdidas, no obstante que el enemigo estaba pendiente de todos nuestros movimientos, era en número superior a nuestras tropas y de antemano sabía nuestra resolución de evacuar la plaza. Esto se debió, principalmente, a la torpeza del enemigo, y en segundo término, a la eficacia con que todos los jefes ejecutaron las órdenes transmitidas por el Cuartel General.

Las bajas que sufrimos en nuestras filas, durante el período de la ocupación de la ciudad, fueron inferiores en número a las del enemigo; pero entre ellas se contaron algunas muy sensibles, debiendo, de éstas, citar las de los valientes tenientes coroneles Tiburcio Morales, Daniel Mariñelarena, José Muñoz Infante y coronel Quirino Pérez, antiguos y ameritados revolucionarios, que murieron en la defensa de la plaza.

Hecha la reconcentración de fuerzas en Tlalnepantla, ordené el avance de los trenes, con las infanterías, hasta estación Tula, transmitiendo órdenes al general Castro para que, con su División de caballería, continuara por tierra hasta incorporársenos en aquella estación, adonde siguió el tren de mi Cuartel General, llegando a Tula la noche del mismo día 11.

El día 11 se acabaron de incorporar los trenes procedentes de México y se terminaron algunas reparaciones en la vía que corre de Tula a Pachuca.

Inmediatamente ordené que se hicieran seguir de Pachuca a Tula los trenes de artillería, que estaban reconcentrados en Pachuca, encargando de este movimiento al teniente coronel J. L. Gutiérrez, Jefe de Trenes Militares.

En México había quedado, con el carácter de agente confidencial de mi Cuartel General, el señor Felipe Bertrand, quien, por todos los medios posibles, me enviaría informes sobre la situación de la ex-capital y los movimientos del enemigo por el Sur.

Como nuestra principal base de aprovisionamiento era el Estado de Veracruz, ordené al señor Guillermo Domínguez, que era el Proveedor General de la columna, se transladara a aquel Estado, y procediera, desde luego, a adquirir las mayores cantidades posibles de víveres, para el abastecimiento de nuestras tropas.

El día 13, terminó de incorporarse en Tula la División de caballería, al mando del general Castro.

Las reparaciones a la vía del Ferrocarril Central se continuaban al Norte, y nuestras avanzadas llegaban ya a San Juan del Río.

Cuando se iniciaba la movilización de los trenes que habían sido reconcentrados en Pachuca, con artillería e impedimentas, se desató un continuo período de lluvias, que puso en condiciones casi intransitables a dicha vía. Los trenes que venían en marcha se descarrilaban frecuentemente; las máquinas de gran potencia no podían caminar por la vía, por ser ésta de riel delgado, y las chicas remolcaban solamente unos cuantos carros, haciendo muy tardada la movilización.

Nuestra situación era muy comprometida, no habiendo sido de consecuencias debido a que el enemigo, con el fracaso que había tenido en Peón, el día 7, se había replegado hasta Querétaro, y no hizo ningún movimiento ofensivo sobre nosotros.

Yo había iniciado ya el movimiento de las infanterías al Norte, haciendo avanzar algunos cuerpos hasta las estaciones de Polotitlán y Cazadero, en las que antes estuvieron destacadas las fuerzas de nuestra vanguardia, al mando del general Maycotte.

Con muchas dificultades, por las causas indicadas, estuvieron incorporándose a Tula los trenes con artillería e impedimentas Que se encontraban en Pachuca, habiendo sido necesario para ello, los esfuerzos unidos de nuestros jefes de trenes, teniente coronel J. L. Gutiérrez y mayor Paulino Fontes; así como la personal vigilancia del mayor de mi Estado Mayor Jesús M. Garza, a quien comisioné para que se transladara a Pachuca e hiciera allí todo lo posible porque la salida de nuestros convoyes no se demorara más, ayudando a Gutiérrez y Fontes a salvar las dificultades que se les presentaran, con la representación del Cuartel General.

Pocos días después de habernos incorporado a Tula, acordé remitir a Veracruz a los sacerdotes prisioneros, debido a que éstos constituían una impedimenta en nuestra columna.

Los obreros salidos de México, dispuestos a empuñar las armas en favor del Constitucionalismo, se habían reconcentrado en Orizaba, y estaban listos para recibir organización. Ordené al coronel Juan José Ríos, que se encontraba en Veracruz, se transladara a Orizaba a organizar batallones con aquel contingente, y marchara a incorporarse con ellos al

Ejército de Operaciones, recogiendo entonces a todos los soldados que habían sido ya completamente curados en los hospitales de Orizaba y Veracruz, para incorporarlos también.

Las noticias que recibíamos del Norte eran muy desconsoladoras: las defecciones se repetían con mucha frecuencia, y en los combates librados contra los villistas habían sido nuestras fuerzas muy desafortunadas. Al desastre del general Villarreal, en Ramos Arizpe, Coahuila, cuya magnitud es del dominio público, se siguieron otros muchos; y, por fin, el Primer Jefe me transcribió en clave un mensaje del general Pablo González, procedente de Tampico, en el que decía que con motivo de los últimos fracasos sufridos en los Estados de Nuevo León y Tamaulipas, sus tropas habían quedado de tal manera desmoralizadas, que consideraba indispensable mandar desde luego las infanterías a Veracruz, aconsejando que éstas no fueran utilizadas en la campaña, porque podrían sembrar la desmoralización entre las demás tropas; que las fuerzas de caballería que le quedaban, las dividiría en guerrillas para que hostilizaran las vías de comunicación del enemigo, y terminaba pidiendo transportes para salvar la artillería que tenía en Tampico.

El Primer Jefe me indicaba la necesidad de activar nuestro avance al Norte, para ver si era posible llamar la atención del enemigo que marchaba sobre Tampico.

En la frontera Norte se conservaban solamente las plazas de Agua Prieta, en Sonora, y Laredo y Matamoros en Tamaulipas, y éstas se encontraban completamente aisladas, sin que fuera posible auxiliarlas, para evitar que cayeran también en poder del enemigo. El puerto de Tampico, de grandísima importancia comercial e industrial, y principalmente por ser la llave de la rica región petrolera, y ubicación de las más importantes refinerías, de donde el enemigo podía obtener todo el combustible que necesitara para perfeccionar su tráfico ferrocarrilero, era defendido por un reducido número de tropas constitucionalistas, que no contaban con más refuerzos que los que podían serles enviados de Veracruz para resistir los rudos ataques que por El Ébano hacían los villistas. Los generales Diéguez y Murguía estaban también en condiciones difíciles, sin poder combinar ningún movimiento con otras fuerzas, y teniendo que atenerse a sus propios elementos para las operaciones militares que desarrollaran con los pertrechos que, por Salina Cruz y Manzanillo, les enviaba el Primer Jefe desde Veracruz.

En tales condiciones, se hacía indispensable activar nuestro avance en el Centro, para resolver de una vez una situación que empeoraba día a día.

Al recibir el citado mensaje del Primer Jefe, lo mostré a los generales Hill y Castro manifestándoles la necesidad que existía de activar nuestro avance, para ver si lográbamos atraer la atención de Villa por el centro, y así debilitar su ofensiva sobre el puerto de Tampico. Ellos estuvieron de acuerdo, y desde luego activamos los preparativos para nuestro avance.

La situación general de nuestras fuerzas era muy desfavorable, dado que ocupaban plazas completamente aisladas, no habiendo la posibilidad de auxiliarse o de combinar operaciones entre sí; en tanto que Villa contaba con la red ferroviaria del Norte y del Centro de la República, teniendo comunicadas entre sí todas las plazas que estaban en su poder, lo que le facilitaba movilizar, en un tiempo relativamente corto, todos los elementos de que podía disponer, a un lugar deseado.

El día 21 hice el avance hasta estación Cazadero, con la mayor parte de las infanterías y el total de las caballerías.

En este lugar se incorporó a mi columna el general Alfredo Elizondo, con sus fuerzas, informando que el general Joaquín Amaro se encontraba en Michoacán reconcentrando las suyas, y que no tardaría en incorporarse también, de acuerdo con las órdenes verbales que de México les había comunicado mi Cuartel General, por conducto del general Luis M. Hernández.

Incorporado a la columna, marchaba el general Benjamín G. Hill, con los miembros de su Estado Mayor.

Como tuviera conocimiento de que el enemigo hacía una regular reconcentración de fuerzas en Querétaro, creí que iniciaría su avance sobre nosotros, y como estación Cazadero, donde nos encontrábamos acampados, ofrecía algunas ventajas para librar allí una batalla, estuve haciendo reconocimientos en los contornos de la hacienda, y principalmente sobre el cerro alto que queda al norte, a muy corta distancia, el cual tiene magníficos atrincheramientos naturales.

Para nosotros hubiera sido muy poco probable el éxito, si el enemigo se hubiera dado cuenta de las dificultades que el mal estado de las vías nos estaba presentando, y las hubiera aprovechado en su favor para hostilizarnos y atacarnos formalmente.

Aquella situación tan difícil me tenía constantemente preocupado; máxime cuando me daba cuenta de la imperiosa necesidad que existía de activar nuestra marcha para obligar al enemigo a distraer fuerzas de las que estaba movilizando sobre El Ébano y Tampico, tanto de San Luis Potosí como de Monterrey, sobre Matamoros, y demás importantes plazas que aún estaban en poder de fuerzas leales.

El día 23 recibí un parte del coronel Felipe López, jefe de uno de los batallones de juchitecos de la brigada del general Gavira, que estaba destacado en estación Ometusco, para proteger nuestra comunicación con Veracruz, informando que el día anterior había combatido rudamente, desde las 11 a. m. hasta las 5 p. m., con una fuerte columna zapatista, que intentó desalojarlo de Ometusco, para interrumpir nuestras comunicaciones, habiendo los nuestros defendido con toda bizarría aquella estación hasta rechazar a los atacantes, y obligarlos a huir con rumbo a La Palma y Otumba, causándoles muchas bajas. Esta acción del coronel López fue muy meritoria, tanto porque el enemigo era en número muy superior al de sus fuerzas, como porque su victoria permitió que pasara, sin demora, hacia nuestro campamento, un tren que venía en camino, procedente de Veracruz, conduciendo pertrechos para nuestras fuerzas, a cargo del coronel Alfredo Murillo, a quien había despachado yo de Tula con aquella comisión.

El día 24, y después de haber explorado hasta la hacienda El Sauz, adelante de San Juan del Río, emprendimos nuestra marcha, acampando ese mismo día en San Juan del Río.

El día 25 salí en compañía de los generales Hill, Maycotte y Novoa y otros jefes de alta graduación, a practicar un reconocimiento en el valle que está al norte de San Juan del Río, con objeto de elegir un sitio apropiado para presentar combate, pues las noticias que obteníamos de nuestro servicio de espionaje, aunque contradictorias, hacían suponer que ya el enemigo no tardaría en presentar una batalla formal, y todos los días se registraban escaramuzas de mayor o menor importancia, entre las avanzadas enemigas y las nuestras.

En Orizaba, continuaba la organización de los obreros, labor encomendada a los coroneles Juan José Ríos e Ignacio C. Enríquez.

El gran puente de fierro del ferrocarril Central, adelante de San Juan del Río, había sido destruido por el enemigo, y tuvimos que emprender su reconstrucción. Estos trabajos se llevaban a cabo con toda actividad, de día y de noche, por nuestros campos de puenteros, a las órdenes del señor J. P. Kafranish.

## DERROTA INFLIGIDA EN TUXPAN A LOS REACCIONARIOS Y NOMBRAMIENTO DEL GENERAL HILL COMO SEGUNDO JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES

El día 26 recibí un telegrama del general Diéguez, procedente de Colima, comunicándome el triunfo obtenido sobre el reaccionario Rodolfo Fierro, en la población de Tuxpan, Jalisco, después de nueve horas de desesperado combate, en que nuestras fuerzas derrotaron completamente al enemigo, capturándole armas, parque y caballos en buen número. En esa acción, nuestras fuerzas estaban comandadas por los coroneles Quiroga y Abascal, según lo asentaba el mismo parte del general Diéguez.

El mismo día 26, algunos miembros de mi Estado Mayor y jefes y oficiales de las distintas divisiones del Ejército de Operaciones; organizaron una velada literaria para celebrar el segundo aniversario de la promulgación del Plan de Guadalupe, y segundo aniversario también de la toma de la plaza de Cananea, Sonora, por las fuerzas de mi mando. La velada tuvo verificativo en la noche, y resultó muy lucida, habiéndose pronunciado en ella discursos elocuentes sobre el tema de actualidad —la lucha contra la reacción— en que se reveló el ánimo que reinaba entre los constitucionalistas, ya cuando se creía muy próxima una batalla decisiva.

El día 28 recibí mensaje del general Calles, en que me comunicaba que de la columna mandada por Villa a Sonora, a las órdenes del general Juan G. Cabral, habían desertado cuatrocientos hombres, al mando del teniente coronel León Cárdenas, los que se pasaron a nuestras filas, y que en el resto de aquella columna había gran desmoralización, porque el mismo jefe, general Cabral, se había pasado a los Estados Unidos, declarando su resolución de permanecer neutral en la nueva contienda.

En igual fecha, nuestra vanguardia extrema, al mando del coronel Ildefonso Ramos, sostuvo un reñido combate en el kilómetro 500, adelante de San Juan del Río, obligando al enemigo a replegarse con serias pérdidas.

El día 29, por medio de la Orden General de la Comandancia del Ejército de Operaciones, comuniqué el nombramiento del general Benjamín G. Hill como jefe de las infanterías de la columna, y segundo en jefe del Ejército de Operaciones, para substituirme en el mando supremo en mis ausencias o falta absoluta.

El día 30 emprendimos nuestro avance a San Juan del Río, pie a tierra, hasta acampar ese día en hacienda El Sauz.

De allí salí en compañía del general Maycotte y de algunos oficiales de nuestros respectivos Estados Mayores, a practicar un reconocimiento sobre el enemigo, que estaba posesionado de la

hacienda El Colorado, hasta donde había sido replegado por nuestras fuerzas, después de un serio tiroteo, ese mismo día.

El día 31 proseguimos el avance, y el coronel Ramos, de las fuerzas del general Maycotte, hacía su entrada en la ciudad de Querétaro, capital del Estado del mismo nombre, sin haber encontrado resistencia por parte del enemigo.

En la tarde del mismo día acampamos en la hacienda El Colorado, con la artillería y el grueso de las infanterías, quedando a 7 kilómetros al poniente de estación La Griega, que dista 16 kilómetros de Querétaro.

El día 1.º de abril, a las 12 m., nos incorporábamos a Querétaro con el grueso del Ejército de Operaciones, y el coronel Ramos avanzaba hasta Mariscala, 18 kilómetros al norte, obligando al enemigo a replegarse a la población de Apaseo.

## PROTESTA DEL GOBERNADOR PROVISIONAL DE QUERÉTARO

Nuestros convoyes llegaban ese día a estación La Griega, deteniéndose allí, mientras quedaba reparado un pequeño tramo de vía que estaba destruido, para seguir hasta Querétaro, lo que se efectuó al día siguiente.

El día 2 de abril, el señor teniente coronel y doctor José Siurob, otorgó ante mí, como Jefe del Ejército de Operaciones, con todas las formalidades de ley, su protesta como Gobernador del Estado de Querétaro, nombrado por acuerdo de la Primera Jefatura, acto que se efectuó en el Palacio de Gobierno, con asistencia de muchos generales, jefes y oficiales de la columna que ocupó la ciudad.

El día 3 continuamos nuestro avance, llegando a Celaya el día 4, con las infanterías, la artillería y la brigada de caballería del general Maycotte; el resto de las caballerías había sido dividido en dos columnas: una, al mando de los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, fuerte en cerca de dos mil hombres, destacada sobre la plaza de Acámbaro, Michoacán, y la otra, al mando de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, destacada por nuestra derecha, para ocupar la plaza de Dolores Hidalgo; columnas que salieron de Apaseo el día 4, poco después de haber ocupado dicha plaza nuestras fuerzas, derrotando al enemigo en un ligero combate sostenido allí.

De Celaya hice avanzar inmediatamente la brigada de caballería del general Maycotte, hasta estación Guaje, 18 kilómetros al Norte, sobre la vía del Central.

El día 6 principiaron las batallas de que se da cuenta en los partes que se copian a continuación, rendidos por mí a la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, al terminar esos combates:

### PARTE OFICIAL DE LA BATALLA DE CELAYA, DEL 6 AL 7 DE ABRIL DE 1915

Tengo el honor de informar a usted que, en cumplimiento de sus superiores órdenes, la noche del día 10 de marzo del año actual, el Ejército de Operaciones, que me honro en comandar, hizo su salida de la ciudad de México para emprender la campaña contra los reaccionarios en el Centro y Norte de la República, habiendo llegado a la ciudad de Tula, Estado de Hidalgo, la noche del día siguiente, lugar donde quedó establecido el Cuartel General, para hacer allí la reconcentración de todas las fuerzas e impedimentas, teniendo a la vanguardia los batallones 1.º y 21.º de Sonora, comandados, respectivamente, por los CC. coronel Eugenio Martínez y teniente coronel J. Manuel Sobarzo, y la brigada de caballería del C. general Fortunato Maycotte, cuyas

fuerzas, con anterioridad, habían consolidado la posesión del territorio hasta San Juan del Río, Querétaro, tras de reñidos combates con el enemigo, en Huichapam y en el kilómetro 169, que libraron los dos batallones citados, con la cooperación de las fuerzas del C. general Gonzalo Novoa, que guarnecían la ciudad de Tula. La reconcentración terminó de hacerse el día 22 del mismo mes, en cuya fecha el Cuartel General se transladó a estación Cazadero, 82 kilómetros al Norte de Tula, adonde ya habían sido movilizadas las infanterías y la artillería. De ese punto se emprendió la marcha el día 25, a San Juan del Río, llegando a esta última población el mismo día, y allí se hizo la reconcentración final de fuerzas, emprendiendo el avance sobre Querétaro el día 30. Tras de algunos tiroteos con el enemigo, que fue obligado a retroceder, la ciudad de Querétaro fue ocupada por nuestras fuerzas el día 31, permaneciendo allí hasta el día 3 de abril, fecha en que continuamos la marcha al norte, llegando a Celaya el día 4, después de derrotar al enemigo en un ligero combate sostenido en Apaseo. De Celaya avanzó nuestra vanguardia, al mando del C. general Fortunato Maycotte, hasta estación Guaje, a 18 kilómetros al Norte, sobre la vía del Central. Al siguiente día —5 de abril—, tuve conocimiento de que una columna enemiga, mandada por Francisco Villa, emprendía un avance al sur de Irapuato, aproximándose a nuestra vanguardia. Inmediatamente procedí a hacer un reconocimiento topográfico de los contornos de Celaya, y ordené al C. general Cesáreo Castro, jefe de la división de caballería, para que, a su vez, lo hiciera con el general Maycotte, que si la columna enemiga era poderosa, no presentara combate y retrocediera hasta incorporarse a Celaya, donde yo me encontraba con el grueso del Ejército, recomendándole, a la vez, que cada cuatro horas rindiera parte de novedades al Cuartel General. El día 6, a las diez de la mañana, recibí un parte del general Castro, reproduciendo el que a él habíale rendido el general Maycotte, relativo a que tres poderosas columnas lo atacaban, y que su situación era muy comprometida. En seguida ordené al C. general Benjamín G. Hill, jefe de la 1.ª División del Noroeste, alistar un tren para embarcar 1 500 infantes, y al general Martín Triana, salir con sus fuerzas y los regimientos de los coroneles Juan Torres, Cirilo Elizalde y Vidal Silva, sobre la vía del ferrocarril, al Guaje. Con el tren de infantería salí personalmente a las 12 m., para dar auxilio al general Maycotte, y darme cuenta aproximada del efectivo del enemigo. Habíamos caminado 10 kilómetros, cuando empezamos a encontrar nuestras fuerzas de caballería de la vanguardia, batiéndose en retirada, casi envueltas por dos columnas enemigas, que cargaban por los flancos, informándome que el general Maycotte estaba sitiado en Guaje; hice entonces avanzar más el tren, ordenando al maquinista que diera algunos pitazos, para denunciar nuestra presencia al enemigo que sitiaba al general Maycotte.

El enemigo, al darse cuenta de la llegada de nuestro tren, abandonó las posiciones que tenía y se abalanzó sobre nosotros, permitiendo, así, que las fuerzas sitiadas salieran por el flanco derecho y empezaran a batirse en retirada también, rumbo al campamento en Celaya. Ordené que nuestro tren retrocediera con igual velocidad que la que el enemigo traía, con el fin de que éste continuara teniendo la esperanza de apoderarse de él, y de este modo, hacer más fácil la reconcentración de nuestras tropas a Celaya, cosa que se logró a las 4 p. m. Entretanto, el general Hill, a quien habíale ordenado preparar toda la columna de infantería y artillería para protegernos, en caso necesario, al darse cuenta de que nos reconcentrábamos al campamento, ordenó a las infanterías el dispositivo de combate.

Inmediatamente comuniqué órdenes al general Hill para que dispusiera la colocación de las infanterías en la forma siguiente: Por el frente, desde la vía del ferrocarril hacia la izquierda, los batallones 8.º, 10.º, 4.º, 2.º y 1.º de Sonora; por la derecha, los batallones 9.º, 21.º, 17.º, 22.º, 20.º y 15.º de Sonora, lo que se efectuó desde luego, tomando posiciones en los bordes de las labores de cultivo que existen en ese rumbo. Al coronel Kloss, jefe de la artillería, ordené que emplazara sus piezas, también al frente, un poco a la retaguardia de las posiciones de la infantería. Igualmente comuniqué órdenes al general Triana, para que, con las fuerzas de su mando y los regimientos de caballería que comandan los CC. coroneles Torres, Silva y Elizalde, tomara también posiciones, lo que efectuó, colocando el 1.º y 2.º regimientos de su brigada y el 4.º de la brigada Antúnez, en las posiciones que ocupaba nuestra artillería; el 5.º regimiento a las órdenes del coronel Elizalde, un poco a la izquierda de la fábrica La Internacional, y el 1.º de la brigada Antúnez, comandado por el coronel Torres, a la derecha de las posiciones de la infantería.

Entretanto, el combate se había generalizado por todo el frente, haciéndose cada vez más reñido, especialmente en el arma de artillería, pues la nuestra y la del enemigo entablaban un duelo reñidísimo.

Al general Castro ordené que reconcentrara las caballerías de que podía disponer, dentro de la ciudad, y poner la caballada en descanso, en lugares convenientes, mientras que con los soldados, cubrir en nuestro flanco izquierdo de nuestra retaguardia, la parte del círculo de defensa que quedaba descubierta. También le ordené que enviara dos correos a comunicar órdenes a los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, para que se incorporaran inmediatamente con sus columnas de caballería, con que ese mismo día habían ocupado Acámbaro; y otro correo, sobre la vía del ferrocarril que va a San Luis, para comunicar iguales órdenes al general Porfirio G. González, que marchaba en aquella dirección con una columna de 1 500 dragones.

La infantería enemiga se posesionaba de los bordes que quedan al frente de los que ocuparon nuestros infantes, y la caballería villista cargaba impetuosamente sobre nuestras posiciones, estrellándose en cada uno de sus intentos. Así se prolongó la lucha, durante toda la tarde, siendo cada vez más desesperada; continuando también durante la noche el nutrido fuego de fusilería, ametralladoras y cañones, sin que lograra el enemigo desalojar de su puesto a uno solo de nuestros soldados.

Cuando amaneció, podía verse el campo por donde el enemigo daba sus cargas, literalmente sembrado de cadáveres, y los caballos muertos constituían ya un obstáculo para continuar sus cargas; sin embargo, desde las 6 a. m., el enemigo, con nuevos bríos, emprendió una serie de cargas de caballería, sin dar tregua a nuestros soldados, que sin haber sido relevados, continuaban

inquebrantables en sus posiciones. La artillería enemiga, que se componía de doce cañones, seguía batiendo las posiciones de los nuestros con la misma energía que el día anterior. La nuestra había tenido que reconcentrarse a la ciudad, para reparar algunos desperfectos sufridos por su continuo disparar. A las nueve de la mañana de ese mismo día (7), seguido de mi Estado Mayor, me transladé a la línea de fuego del frente, cuando el combate se hacía más desesperado, para darme cuenta exacta de la situación. Había llegado al lugar donde tenía su cuartel el general Manzo, en momentos en que éste recibía parte de que los batallones 8.º, 9.º, 17.º y 22.º y parte del 21.º, empezaban a abandonar sus posiciones por habérseles agotado por completo el parque. El espectáculo era doloroso y desesperante; nuestros heroicos soldados exponían la suerte de la batalla y su propia vida, abandonando sus posiciones para ir en busca de cartuchos, agotados por el incesante fuego que habían tenido que contrarrestar durante toda la noche y esa mañana. Inmediatamente di órdenes a los miembros de mi Estado Mayor para que, con toda actividad, se hiciera llegar parque del depósito de reserva, a la línea de fuego y se movilizaran el 15.º Batallón de Sonora, que ocupaba nuestra extrema derecha, bajo las órdenes de su comandante, C. coronel Severiano Talamante, y las fuerzas que comanda el C. coronel Cirilo Elizalde, para cubrir la línea abandonada. Pedí en seguida un trompeta, habiéndoseme proporcionado uno del 9.º Batallón, Jesús Martínez, que sólo cuenta 10 años de edad, único que pudo conseguirse en aquellos momentos, y, con él, me transladé a las posiciones de defensa que, para aquellos momentos, habían quedado casi por completo abandonadas, y ordené al trompeta que tocara diana; éste obedeció inmediatamente, desorientando con ello al enemigo, que contuvo su avance y empezó a tomar precauciones, creyendo que aquella retirada obedecía a un plan estratégico para hacerlos acercar a nuestra línea, la que conceptuaban quizá más fuerte. Mientra el niño continuaba tocando diana, recorría yo la línea distribuyendo los pocos soldados que quedaban, quienes repelían con sus fuegos los del enemigo. Hice avanzar una fracción del 17.º Batallón, al mando del teniente coronel Fernando F. Félix y al coronel Talamante, que en esos momentos se presentaba con el 15.º Batallón, y en media hora nuestra línea quedó tan fuerte como lo había estado antes. Al mismo tiempo, llegaba el parque pedido, y los soldados llenaron de nuevo sus cananas y volvieron a ocupar sus posiciones, llenos de entusiasmo y con el mismo inquebrantable ánimo que los caracteriza.

Dispuse que el general Castro alistara todas sus caballerías, inclusive las de los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, que acababan de incorporarse, para efectuar un movimiento envolvente por ambos flancos; y cuando el general Castro recibió esta orden, ya él había determinado hacer avanzar sobre el flanco derecho del enemigo, las brigadas de los generales Fortunato Maycotte, Jesús S. Novoa y Alfredo Elizondo. Entonces ordené que la caballería del general González hiciera el movimiento sobre el flanco izquierdo. Esos movimientos, efectuados con toda rapidez y energía, eran el comienzo de nuestra ofensiva contra las posiciones del enemigo, y desde la 1 p. m., en que empezaron a desarrollarse, nuestras caballerías, con sus respectivos jefes al frente, cargaban sobre los villistas con los bríos que siempre los han distinguido, lo cual hizo que el enemigo empezara a batirse desesperadamente en retirada; y si en esta vez logró salvar su artillería, fue debido al desconocimiento, por parte de nuestros jefes, del terreno en que hicieron la persecución, pues el valle que nuestras caballerías recorrieron, está cruzado en distintas direcciones, por un sinnúmero de canales y acequias de irrigación, que favorecieron a los traidores en su precipitada fuga. La persecución se prolongó hasta las 6 p. m., en una distancia de 15 kilómetros, de donde nuestras caballerías regresaron, porque la noche que cerraba ya les impedía continuar sus movimientos.

Las pérdidas sufridas por el enemigo son de gran consideración, pues en el campo que ocupó fueron contados más de 1 800 muertos; se les capturaron poco más de 500 prisioneros, gran número de armas, caballos y municiones, tanto de fusil como para cañones, y estimo que el número de heridos que sufrió debe ser mayor de 3 000, pues en su retirada hacia el Norte, ocuparon con ellos cinco trenes. Entre los muertos del enemigo se encuentra el llamado general Agustín Estrada.

Por nuestra parte, tenemos que lamentar la muerte de los coroneles Alfredo Murillo, jefe del 17.º Batallón de Sonora, y Tomás Estrada, jefe del 8.º Batallón de Sonora, y mayores Arturo Gutiérrez y José Ángel Guerra, de la brigada Regional de Coahuila, que comanda el C. general Alejo G. González, y 27 oficiales y 526 de tropa; y heridos, los coroneles Eugenio Martínez, jefe del primer Batallón de Sonora, y Paz V. Faz, de la brigada Maycotte; mayores Roque Chávez, del 10.º Batallón; Dolores Guarizapa, del 15.º, y Abelardo Rodríguez, del 4.º, y 20 oficiales y 340 de tropa, conforme al pormenor adjunto.

Paréceme inútil hacer especial mención de los generales, jefes y oficiales que se distinguieron en esta batalla, pues todos, por igual, estuvieron a la altura de su deber, desplegando actividad, energía y valor, como han sabido hacerlo siempre.

Permítome reiterarle, en mi nombre, y en el del valiente Ejército de Operaciones, que me honro en comandar, nuestras felicitaciones muy sinceras por el triunfo obtenido, protestándole las seguridades de mi respetuosa consideración y subordinación. *Constitución y Reformas*. Celaya, Guanajuato, a 10 de abril de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

RELACIÓN DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES MUERTOS EN LA BATALLA DE CELAYA, DEL 6 AL 7 DE ABRIL DE 1915

*Muertos*

Coronel Alfredo Murillo del 17.º Batallón de Sonora.
Coronel Tomás F. Estrada del 8.º Batallón de Sonora.
Mayor Arturo Gutiérrez de la Brigada Regional de Coahuila.

Mayor José Ángel Guerra de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1.º Rafael Gaxiola del 4.º Batallón de Sonora.
Capitán 1.º José Méndez de la Brigada Maycotte.
Capitán 1.º Alfredo Elizondo de la Brigada Maycotte.
Capitán 2.º Manuel Guzmán del 9.º Batallón de Sonora.
Capitán 2.º J. Antonio Torres de la Brigada Maycotte.
Capitán 2.º Guillermo González de la Brigada Maycotte.
Teniente Anacleto García del 21.º Batallón de Sonora.
Teniente Narciso Ontiveros del 21.º Batallón de Sonora.
Teniente Pablo Rojas del Regimiento Coronel Vidal Silva.
Teniente José de los Santos del Regimiento Coronel Vidal Silva.
Teniente Basilio Flores de la Brigada Maycotte.
Teniente Agustín Hernández García de la Brigada Maycotte.
Teniente Víctor D. Luna de la Brigada Maycotte.
Teniente Enrique P. Toledo de la Brigada Maycotte.
Teniente Ricardo Peimbert de la Brigada Maycotte.
Subteniente Juan Chávez del 21.º Batallón de Sonora.
Subteniente Fortino Hernández del 21.º Batallón de Sonora.
Subteniente Antonio Fernández del 8.º Batallón de Sonora.
Subteniente Jesús Piña del 8.º Batallón de Sonora.
Subteniente José B. Rubio del Regimiento Coronel Juan Torres.
Subteniente Raúl L. Alarcón del Regimiento Coronel Juan Torres.
Subteniente Lucas Muñoz de la Brigada Maycotte.
Subteniente Antonio F. Lozano de la Brigada Maycotte.
Subteniente Ángel Gómez de la Brigada Maycotte.
Subteniente Álvaro Aragón de la Brigada Maycotte.
Subteniente Enrique Careaga de la Brigada Maycotte.
Subteniente Jacinto Domínguez de la Brigada Maycotte.

*Heridos*

Coronel Eugenio Martínez del 1.er Batallón de Sonora.
Coronel Paz V. Faz de la Brigada Maycotte.
Mayor Roque Chávez del 10.º Batallón de Sonora.
Mayor Dolores Guarizapa del 15.º Batallón de Sonora.
Mayor Abelardo Rodríguez del 4.º Batallón de Sonora.
Capitán 1.º Doroteo Vega del 10.º Batallón de Sonora.
Capitán 1.º Joaquín Valencia del 20.º Batallón de Sonora.
Capitán 1.º José Córdoba Valdés del 9.º Batallón de Sonora.
Capitán 2.º Valentín Ontiveros del 21.º Batallón de Sonora.
Capitán 2.º Lauro Hernández del 1.er Batallón de Sonora.
Capitán 2.º Felipe Barreda del 8.º Batallón de Sonora.
Capitán 2.º Aureliano Guerrero del Estado Mayor del General Manzo.
Capitán 2.º Miguel Valle del Estado Mayor del General Hill.
Capitán 2.º Alfonso Ochoa de la Brigada Maycotte.
Teniente Manuel R. Ávalos del 2.º Batallón de Sonora.
Teniente Luis Sarmiento de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Arnulfo Serrano del Regimiento Coronel Júan Torres.
Subteniente Clodoveo Moguel del 21.º Batallón de Sonora.
Subteniente Cecilio Vega del 2.º Batallón de Sonora.
Subteniente David Mora del 8.º Batallón de Sonora.
Subteniente Daniel Martínez del 22.º Batallón de Sonora.
Subteniente Lauro Aguirre del 9.º Batallón de Sonora.
Subteniente José González del 17.º Batallón de Sonora.
Subteniente Juan González de la Brigada Maycotte.
Subteniente Miguel Pinzón de la Brigada Maycotte.

PORMENOR DE LOS INDIVIDUOS DE TROPA MUERTOS Y HERIDOS EN LA BATALLA DE CELAYA, DEL 6 AL 7 DE ABRIL DE 1915

Brigada Maycotte 302 muertos y 137 heridos.
Escolta del general Castro 78 muertos.
Brigada Regional de Coahuila 8 muertos y 21 heridos.
Regimiento Coronel Juan Torres 23 muertos y 7 heridos.
Brigada General Martín Triana 6 muertos y 1 herido.
Regimiento Coronel Vidal Silva 4 muertos y 1 herido.
Regimiento Coronel Cirilo Elizalde 13 muertos y 1 herido.
Brigada General Elizondo 10 muertos y 4 heridos.
Artillería Expedicionaria 7 muertos y 8 heridos.
Cuerpo del Mayor Zertuche 1 herido.
1.er Batallón de Sonora 4 muertos y 15 heridos.
2.º Batallón de Sonora 3 muertos y 11 heridos.
4.º Batallón de Sonora 2 muertos y 4 heridos.
8.º Batallón de Sonora 21 muertos y 15 heridos.
9.º Batallón de Sonora 13 muertos y 25 heridos.
10.º Batallón de Sonora 8 muertos y 12 heridos.
15.º Batallón de Sonora 2 muertos y 4 heridos.
17.º Batallón de Sonora 8 muertos y 24 heridos.
20.º Batallón de Sonora 0 muertos y 6 heridos.
21.º Batallón de Sonora 12 muertos y 21 heridos.
22.º Batallón de Sonora 2 muertos.

RESUMEN DE MUERTOS Y HERIDOS

Jefes muertos: 4.
Oficiales muertos: 27.
Elementos de tropa muertos:526.
Jefes heridos: 5.
Oficiales heridos: 20.
Elementos de tropa heridos: 340.

Total de bajas
9 jefes.
47 oficiales.
866 elementos de tropa.
Total: 922.

Cuartel General en Celaya, Guanajuato, 10 de abril de 1915.
El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

PARTES OFICIALES. BATALLA DE CELAYA ABRIL 13, 14 Y 15

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que, después de la batalla registrada los días 6 y 7 del actual, procedí a la reconcentración de las fuerzas que forman el Ejército de Operaciones, para emprender la marcha al Norte de Celaya; y antes de terminar esa reconcentración, el día 10 del actual, a las 7 p. m. se presentó al Cuartel General un individuo procedente de Cortázar, entregándome un pliego de los Cónsules en Guanajuato, de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos y una comunicación de Francisco Villa (Doroteo Arango es el verdadero nombre de Francisco Villa).

COMUNICACIONES DE LOS CÓNSULES, DE FRANCISCO VILLA Y DEL GENERAL EN JEFE

La nota de los Cónsules dice así: “Nosotros, los suscritos, Cónsules de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos de América, en vista de la carta adjunta, del general Francisco Villa, en la que manifiesta a usted que en caso que se haga fuerte en la plaza de Celaya, será bombardeada esa ciudad, le dirigimos la presente, para suplicarle que en ese caso, como no dudamos lo haría usted de todas maneras, permita a todos los no combatientes, tanto nacionales como extranjeros, que salgan a un lugar seguro y a salvo de los proyectiles del Ejército del Norte. No dudando que usted atenderá nuestra súplica, que es impulsada, como usted comprenderá, únicamente por motivos humanitarios, y en espera de sus letras, que le suplicamos se sirva dirigimos, nos es grato suscribirnos como sus afmos. attos. y S. S. 10 de abril de 1915. (Firmado). *F. Brunel*, Cónsul de Francia. *Wm.*

*Hislop*, Agente Consular de la Gran Bretaña. *E. Langenscheidt*, Vicecónsul alemán, *John B. Cionn*, Agente Consular Americano. Al C. General de División don Álvaro Obregón. Celaya, Guanajuato. Un sello que dice: Agence Consulaire de France. Guanajuato. Y la de Francisco Villa es como sigue. (Un timbre que dice: Cuerpo de Ejército del Norte. General en jefe. Y un sello al margen que dice: Ejército Constitucionalista. Cuerpo de Ejército del Norte. General en Jefe.) 'Este Cuartel General de mi cargo, deseando poner a salvo las vidas e intereses de los no combatientes, e inspirándose en el sentimiento de humanitarismo que debe existir en todo ser humano, invita a usted a que salga a combatir con nuestras fuerzas fuera de la ciudad de Celaya, pudiendo usted elegir el sitio del combate, pues nosotros lo atacaremos en donde usted se encuentre, y al hacerle esta invitación, no tiene más objeto, ni más mira, que la antes indicada; pero si usted, desoyendo nuestras indicaciones, pretende hacerse fuerte en la plaza de Celaya, supongo que estará a la altura de las circunstancias, y sabrá poner a las familias en lugar seguro y a salvo de los proyectiles del Ejército del pueblo, y de sesenta bocas de fuego que harán llover lumbre y sembrarán la ruina y la desolación en sus trincheras. Al dirigir a usted esta nota, creo haber cumplido con mi deber, como hombre y como mexicano, y hoy mismo me he dirigido a los representantes y cónsules extranjeros, haciéndoselos saber así, para evitarme toda responsabilidad en el asalto general que emprendere sobre esa ciudad de Celaya, dentro de tres días, en caso de que usted se haga fuerte en ella. Lo que comunico a usted, para su conocimiento y fines consiguientes. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Salamanca. Abril 9 de 1915. El General, Jefe de Operaciones. *Francisco Villa*. Al C. General Álvaro Obregón. Celaya, Guanajuato.'"

Contesté la comunicación de los Cónsules, en los términos siguientes: "Enterado de la nota de ustedes, en la que se sirven suplicarme que, en caso de un combate en la población, permita a los no combatientes ponerse fuera del alcance de los proyectiles del enemigo, permítome manifestarles que considero innecesaria la intervención de extranjeros para que nosotros, los mexicanos, cumplamos con nuestros deberes. En cuanto a la nota de Villa, creo que sólo es una disculpa tardía, que pretende dar para ocultar la vergonzosa derrota que le infligieron nuestras tropas; y en cuanto al lugar para librar la batalla, es él quien debe elegirlo, puesto que nosotros avanzamos en su persecución. Respecto a los sentimientos humanitarios que últimamente se han venido despertando en Francisco Villa, me parecen muy poco sinceros: el que asesinó a Benton y a Bauch, y sacó arrastrando a una dama francesa del Hotel Palacio, de México, no puede abrigar ningún sentimiento noble; y, por último, no creo que Villa se atreva siquiera a venir a atacar a un Ejército que acaba de infligirle una derrota, haciéndole más de tres mil muertos y gran número de heridos, muchos de los cuales dejó abandonados, y hubieran perecido en el campo, a no ser por los auxilios prestados a ellos en nuestro Servicio Sanitario. Me es grato suscribirme de ustedes atte. y S. S. Cuartel General en Celaya, Guanajuato, a 11 de abril de 1915. General en Jefe. *Álvaro Obregón*. A los señores Cónsules de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos."

## PREPARATIVOS DE COMBATE

Conociendo el carácter rudo e impulsivismos de Villa, hijos de su ignorancia, consideré que, una vez anunciado su nuevo avance sobre Celaya, era seguro que lo llevaría a cabo, y empecé a tomar dispositivos de combate en una zona más amplia que la de la vez anterior, e hice circular entre las tropas la siguiente excitativa: "A LOS SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES. El que suscribe, en su nombre y en el de los demás generales que comandan las distintas brigadas del heroico Ejército de Operaciones, que ha hecho morder el polvo al traidor Francisco Villa, que se consideraba invencible con sus hordas de valentones de cantina, viene a felicitar a todas las unidades que componen dicho Ejército, por el valor que demostraron en el combate librado los días 6 y 7 contra los reaccionarios; y en nombre de la Revolución, en nombre de la Patria y en nombre del honor del propio Ejército, recuerda a todos los jefes, oficiales y soldados, el sagrado deber que tenemos de librar a la Nación de esa horda de traidores que, con distinto antifaz, pero movidos por iguales bastardas ambiciones, pretenden hundir a la Patria en una dictadura tan odiosa como las de Díaz, Huerta y demás tiranos, que han pisoteado nuestros más caros principios. El esfuerzo colectivo de todos los que luchamos por el bien nacional, será la única salvación, y es preciso llevar a nuestras conciencias el convencimiento de que ninguno de los que formamos este Ejército debemos pensar en dar la espalda al enemigo: todos debemos llevar la inquebrantable convicción de que es preciso morir en el puesto que se nos confía durante la lucha, antes que faltar a la confianza y al honor que se nos ha dispensado, al depositar en nuestras manos los destinos del Pueblo. El próximo combate será probablemente el último que pueda resistir la reacción; y, para presentarlo, el bandolero Villa reunirá todos los elementos de que puede disponer, y de un solo golpe, podremos acabar con esas chusmas de inconscientes, que pretenden llevar al país a la más ignominiosa de las tiranías. Ustedes, que no han sido vencidos en ninguna parte de la República, y que la han recorrido de uno a otro extremo, espero que esta vez sabrán dar el golpe de gracia a la traición, acabando con ella, para que puedan volver a sus hogares llevando en el alma la satisfacción inmensa de haber fundado los cimientos de una Patria libre. Quiero que en los momentos más aciagos, cuando la lucha se haga más desesperada, recuerden esta excitativa. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*." A la vez repartía entre los habitantes de Celaya una hoja impresa, previniéndolos de la posibilidad de un nuevo combate, y ofreciéndoles facilidades para que, los que lo desearan, pudieran abandonar la población, hacia lugar seguro. Consideré prudente repartir estos avisos porque juzgaba seguro que la bestialidad de Villa lo llevaría, a pesar de que sabía que en la ciudad no teníamos tropas, a bombardearla, para cumplir con la amenaza que había hecho, y hacer alarde de la decantada potencia de su artillería.

Di órdenes al general Cesáreo Castro, para que procediera a la concentración de la división de caballería que comanda, a fin de que al aproximarse el enemigo, emprendiera con ella la marcha hacia nuestra retaguardia y se colocara a una distancia no

menor de siete kilómetros, donde debería permanecer, dando descanso a sus fuerzas hasta recibir nuevas instrucciones de este Cuartel General. Como uno de los números del plan que había de desarrollarse, era dejarme sitiar por completo del enemigo, resistiendo su ataque por todos lados, hubimos de acordar la forma de transmitir órdenes al general Castro, por medio de heliógrafos y señales con banderas, para que, en un momento oportuno, cuando nosotros hubiésemos agotado al enemigo, movilizara rápidamente las caballerías, para atacarlo por el flanco que presentara mejores ventajas.

Al coronel Kloss comuniqué instrucciones para el emplazamiento de la artillería expedicionaria, a la retaguardia de las posiciones que ocuparía la infantería por el frente, en una línea paralela a la de ésta, recomendándole tomara de antemano las distancias a los lugares en que el enemigo había emplazado su artillería, en la batalla de los días 6 y 7, y a algunos puntos que pudiera aprovechar el enemigo para tomar posiciones.

Comuniqué, igualmente, órdenes al C. general Benjamín G. Hill, para que, con la 1.ª División del Noroeste, de que es jefe, cubriera parte del círculo de defensa, que, en reconocimientos anteriores, habíamos señalado y que circundaba totalmente la población, a una distancia poco más o menos de un kilómetro de los suburbios de ésta. El resto del círculo quedaría cubierto con las otras fuerzas, dependientes directamente de este Cuartel General, tomándose posiciones en la forma siguiente: A partir de la vía del Ferrocarril Central, en dirección a Salamanca hacia la derecha, se colocaron el 20.º Batallón de Sonora, bajo las órdenes de su Comandante accidental, teniente coronel José Amarillas; las fuerzas de la 2.ª Brigada de Infantería de la H. División del Noroeste, que comanda el C. general Francisco R. Manzo, y que se compone de los siguientes Cuerpos: 8.º Batallón de Sonora, bajo las órdenes inmediatas de su jefe C. teniente coronel Jesús M. Padilla, 2 compañías del 9.º Batallón de Sonora comandadas por su jefe, coronel Francisco T. Contreras; 17.º Batallón de Sonora al mando de su comandante, teniente coronel Fernando F. Félix, y 22.º Batallón de Sonora, que es a las órdenes del C. Coronel Pablo Pineda. El 4.º Batallón de Sonora y 2 compañías del 9.º Batallón, pertenecientes a la 2.ª Brigada, siendo jefe del primero de éstos, el C. teniente coronel Cenobio Ochoa, quedaron como reserva en la hacienda de San Juanico, en la que el C. general Manzo estableció su cuartel. Entre la línea que ocupaban los batallones 22.º y 9.º de Sonora, tomó posiciones la infantería de la Brigada Triana, bajo las órdenes del C. coronel J. Bermúdez de Castro. A la derecha del 17.º Batallón, y continuando la línea hacia el noroeste, tomaron posiciones las fuerzas de la 3.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División del Noroeste, que es a las órdenes del C. general Juan José Ríos, compuesta de los siguientes Cuerpos: 3.er Batallón Rojo o de Obreros, comandado por el coronel Francisco J. Enciso; 4.º Batallón Rojo o de Obreros, al mando de su Jefe, coronel Jesús Madrigal; 21.º Batallón de Sonora bajo las órdenes de su comandante, C. teniente coronel J. Manuel Sobarzo; cuerpo especial Reforma, comandado por su jefe el C. mayor Juan c. Zertuche. Continuaban la línea hasta la vía del ferrocarril, que va a Empalme González, las fuerzas del coronel Juan Torres; las comandadas por el C. coronel Guadalupe Sánchez, pertenecientes a la 1.ª División de Oriente, seguían hasta la vía del ferrocarril para Querétaro. A la derecha de esta vía seguían las fuerzas del C. general Cipriano Jaimes; luego el 25.º Batallón de Sonora al mando de su comandante C. coronel Austreberto P. Castañeda; los Regimientos de Caballería que comandan los CC. coroneles Cirilo Elizalde y Vidal Silva; y cubriendo la línea de defensa, a uno y otro lado de la hacienda de Castro, la Brigada del C. coronel Alfredo Elizondo. Seguían después, en las posiciones que daban frente al río de la Laja, la Brigada al mando del C. general Joaquín Amaro; fuerzas de la 1.ª División de Oriente, al mando del C. teniente coronel J. C. Arroyo; fuerzas del C. general Gonzalo Novoa, bajo las órdenes del C. coronel Natividad Sánchez; y dando vuelta hacia la línea del Poniente hasta entroncar con el 20.º Batallón de Sonora, o sea hasta la línea del ferrocarril a Salamanca, los siguientes Cuerpos que forman la 1.ª Brigada de Infantería de la la División del Noroeste, que comanda el C. general Miguel V. Laveaga: 2.º Batallón de Sonora, bajo las órdenes de su comandante, teniente coronel Francisco R. Noriega; 10.º Batallón de Sonora, cuyo jefe es el C. coronel Guillermo Chávez; 15.º Batallón de Sonora, comandado por el C. coronel Severiano A. Talamante, y 1.er Batallón de Sonora, a las órdenes de su jefe accidental, teniente coronel Alejandro Mange. Los Regimientos que comandan los coroneles Torres, Elizalde y Silva y el 23.º Batallón de Sonora, que forman la Brigada Antúnez, estaban bajo las inmediatas órdenes del jefe de la misma, C. general Norzagaray.

Quedaron como reserva, aparte de las mencionadas y enteramente listas para entrar en acción, las siguientes fuerzas: General Gabriel Gavira, con algunas fracciones de su brigada, a la retaguardia de la línea ocupada por el 3.er Batallón Rojo y el 21.º Batallón de Sonora; el Batallón de Ferrocarrileros a las órdenes del C. mayor Carlos Caamaño, en la fábrica La Favorita; el 2.º Regimiento de la Brigada Guillermo Prieto, que manda el C. general Pedro Morales, bajo las inmediatas órdenes del C. coronel Manuel Fernández de Lara; una compañía del Batallón Fieles de Pachuca, de la misma brigada, a las órdenes del C. mayor Agustín C. Youshimatz, y algunas otras fracciones, acampadas a orillas de la población.

En la línea del frente, reforzando las posiciones de la infantería, fueron emplazadas 32 ametralladoras, y en las de los flancos y retaguardia, se distribuyó, de trecho en trecho, un número igual, quedando también algunas piezas de reserva.

Dividí el círculo de defensa en tres sectores, como sigue:

*Primero*. Desde la hacienda de Castro, hasta la vía del ferrocarril hacia Irapuato, o sea hasta las posiciones ocupadas por el 1.er Batallón de Sonora. *Segundo*. Desde la misma vía del ferrocarril (posiciones del 20.º Batallón de Sonora), hasta el camino que conduce a la hacienda de Higueras, o sea las posiciones ocupadas por el Cuerpo Especial Reforma y *Tercero*. Desde este mismo camino, hasta la hacienda de Castro. En el primer sector, comisioné al teniente coronel de mi Estado Mayor, Aarón Sáenz, acompañado del C. mayor Josué Sáenz y del capitán 2.º, también de mi Estado Mayor, José Lozano Reyes; en el segundo sector,

fue comisionado el teniente coronel de mi Estado Mayor, Jesús M. Garza, con el capitán 2.º, de mi Estado Mayor, Ezequiel Ríos, y en el tercer sector, comisioné al C. coronel Miguel Piña, hijo, con los capitanes primeros de mi Estado Mayor, Benito Ramírez G. y Adolfo Cienfuegos y Camus. El objeto de esas comisiones era que recorrieran constantemente la línea de fuego, para que pudieran tenerme al tanto de las fases del combate, y transmitirme violentamente los partes que rindieran los jefes de las fuerzas que cubrían las posiciones. Las comunicaciones podían hacerse por teléfono o telégrafo, pues había hecho instalar aparatos en cada uno de los cuarteles de los jefes de brigada, en comunicación con el Cuartel General, que quedó establecido en el templo de San Antonio, en el extremo noroeste de la ciudad.

Hice devolver a la estación de Querétaro todos los trenes que teníamos en Celaya, quedando únicamente para las atenciones del combate los trenes del Servicio Sanitario Militar, al mando de su jefe, el C. coronel médico cirujano Andrés G. Castro y del subjefe, teniente coronel médico cirujano, Heberto Alcázar.

En esta forma, todo quedó preparado el día 11, en que tuve conocimiento de que el enemigo emprendía su avance, y prohibí la salida de personas de la población. Pasó ese día lo mismo que el 12, ocupando jefes, oficiales y tropa los puestos que se les habían designado, sin que ocurriera novedad alguna.

El día 13, a las 6 a. m., empezaron a descubrirse gruesas columnas de humo y grandes polvaredas que denunciaban el avance de las tropas reaccionarias, divididas en varias columnas: por ferrocarril venía la infantería, y pie a tierra la caballería y artillería.

Los espías que tenía este Cuartel General en el campo villista, se incorporaron ese día, informando que Villa había reconcentrado en Irapuato 30 000 hombres, para lo cual sacó gente de todas las plazas que estaban bajo su dominio, hasta dejar desguarnecidas muchas poblaciones del Norte, para asegurar el golpe que él consideraba mortal para el Constitucionalismo. En la misma forma, reunió un contingente de artillería de 36 cañones, todos de grueso calibre, con fuerte dotación y buen equipo.

En la mañana del mismo día 13, acompañado de mi Estado Mayor, salí a la fábrica La Internacional, situada al Poniente de la población, desde cuyas azoteas se domina todo el valle hacia Guaje, y de allí estuve observando los movimientos del enemigo, que lentamente iba aproximándose hasta llegar a Crespo, estación que dista 8 kilómetros de Celaya, y donde los reaccionarios hicieron alto, permaneciendo como dos horas, al cabo de las cuales continuaron el avance, divididos en 3 columnas: dos de caballería, que avanzaron, una sobre cada uno de nuestros flancos, y una columna de las tres armas por el frente. Esta columna traía la infantería a la vanguardia, en cadena de tiradores; seguía la artillería, que empezó a ser emplazada a distancia de cuatro kilómetros de nuestras líneas de defensa, y a la retaguardia, apoyando el movimiento, marchaba la caballería.

Tenía dispuesto que un cañonazo de nuestra artillería sería la contraseña para indicar la aproximación del enemigo a nuestras filas, y a las 4 p. m. ordené que fuera disparado.

## SE INICIA EL COMBATE

A las 5 de la tarde se dejó oír un pequeño tiroteo al frente de las posiciones que ocupaba la 1.ª Brigada de Infantería, cesando al poco rato. A las 6 se abrió el fuego de fusilería por nuestro frente, y luego el de artillería, que se generalizó en unos cuantos minutos, entrando en acción todos los cañones del enemigo y todos los nuestros.

El combate se hizo, desde luego, muy reñido, y con rapidez fue extendiéndose por nuestros flancos, y para las nueve de la noche abarcaba una zona, aproximadamente, de 12 kilómetros.

El enemigo continuaba su avance por nuestros flancos, estableciendo un verdadero sitio, pues ya era atacada, en parte, nuestra retaguardia, y había logrado colocarse, para las 12 p. m., hasta el puente del camino carretero que conduce a Apaseo, con el propósito, según declaraciones que después hicieron algunos prisioneros, de cerrar, en caso dado, nuestra salida, y con la consigna de no interceptar la vía telegráfica ni la del ferrocarril, halagándonos en esta forma para una retirada. Los reaccionarios quisieron aprovechar la noche para sus asaltos, y no cesaron de darlos con más o menos energía, sobre casi todas nuestras posiciones, siendo siempre rechazados con grandes pérdidas. La artillería continuaba funcionando sin cesar, y al amanecer del día 14 los asaltos eran continuos en toda la línea de defensa, y el fuego, tanto de fusilería como de artillería, continuaba siendo nutridísimo. El enemigo, amparado por la noche, logró avanzar en su línea de ataque, y al amanecer, se encontraba en posiciones distantes entre 400 y 500 metros de las nuestras, y como el terreno es perfectamente plano y desprovisto de árboles que pudieran ocultar a los combatientes, la lucha era desesperada, no obstante lo cual nuestros soldados no retrocedían un solo paso, y el enemigo no lograba tomar ninguna de nuestras posiciones. A las 5 a. m. mandé que la escolta de este Cuartel General y la del C. general Benjamín G. Hill, comandada esta última por el C. mayor Doroteo Urrea y ambas bajo las órdenes del C. teniente coronel Lorenzo Muñoz, de mi Estado Mayor, fueran a reforzar las posiciones ocupadas por el 3.er Batallón Rojo de la brigada que comandaba d C. general Ríos, donde se combatía tenazmente desde las primeras horas de la madrugada.

Durante la mañana de ese día, en que se siguió combatiendo encarnizadamente a nuestros flancos, en algunos trechos de nuestra retaguardia y muy especialmente al frente, ordené a todos los jefes dependientes de este Cuartel General, y por conducto del C. general Hill, a los de las infanterías de la 1.ª División de su mando, que para las doce de ese mismo día enviaran una nota al Cuartel General, informando de las condiciones que para esa hora guardaran sus respectivas tropas, y si en el concepto de que el combate continuara tan reñido como hasta entonces; podrían sostenerse hasta las 7 a. m. del día siguiente, hora en que las caballerías deberían emprender el ataque sobre los flancos enemigos, dado que tenía el propósito de movilizarse en la mañana del

15. De todos obtuve contestación, en el sentido de que el ánimo de nuestros soldados era excelente, y de que, a su juicio, podrían continuar luchando en las mismas condiciones, aún más del tiempo que yo había señalado.

A las 12 m., tuve una conferencia telegráfica con el C. general Cesáreo Castro, manifestándole que deseaba dar la carga de caballería hasta el día siguiente, a fin de que el enemigo, sin notar en todo este tiempo ningún movimiento nuestro, nos creyera perdidos, sujetos a una defensiva desesperada, e hiciera entrar a su línea de fuego todas sus reservas, con lo que nos pondría en condiciones de que su desastre fuera completo. El general Castro estuvo de acuerdo con mi plan, y me manifestó que, por encontrarse enfermo, no podría venir al frente de las fuerzas de caballería. Le ordené entonces que el general Fortunato Maycotte se hiciera cargo de ellas.

Como a la 1 p. m. el oficial que estaba encargado del teléfono me dio parte de que Francisco Villa, desde la hacienda de Trojes, pretendía hablar por teléfono conmigo, a lo que di una breve y enérgica contestación, que debe haber desconcertado al bandolero. El oficial transmitió desde luego mi respuesta.

Toda la columna de caballería se encontraba tendida a lo largo del camino, desde Apaseo hacia Celaya, apoyando su vanguardia a la altura del kilómetro 285 del Ferrocarril Central. Di por teléfono órdenes al C. general Maycotte, así como al C. general Martín Triana, para que al obscurecer emprendieran su avance, sin hacer caso del enemigo que pudiera quedar a la retaguardia. La caballería avanzó hasta la fábrica La Favorita, situada en el lugar de donde parte la vía del ferrocarril a Empalme González. A las once de esa noche hablé personalmente con el general Maycotte y con los generales Triana, Alejo G. González, Jesús S. Novoa y Porfirio G. González que mandaban las fuerzas de caballería, ordenándole, al primero, que con todas ellas emprendiera al amanecer un avance sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Entretanto, el combate continuaba con mayor encarnizamiento por el frente y por el flanco que cubrían las fuerzas de los generales Amaro, Espinosa y Laveaga, continuando también, sin cesar, el fuego de la artillería.

A las cuatro de la mañana del 15, di órdenes a los generales Amaro, Norzagaray, Jaimes y Gavira para que, al amanecer, hicieran con sus fuerzas un movimiento envolvente sobre el ala derecha enemiga, donde los reaccionarios, en número de 6 000 hombres, aproximadamente, habían tomado magníficas posiciones en las márgenes del río La Laja. La escolta de este Cuartel General y la del C. general Hill fueron a cubrir las posiciones que a nuestra retaguardia dejaban descubiertas las fuerzas que harían ese movimiento, y entretanto, las fracciones de las brigadas Gavira y Guillermo Prieto, el Batallón de Ferrocarrileros y las demás que se habían dejado de reserva, habían tomado, a su vez, posiciones en los lugares que se les designó para reforzar a nuestros combatientes.

En la mañana de ese mismo día (15), ordené al general Hill que dispusiera que los generales Ríos y Manzo, con sus fuerzas de infantería, hicieran una conversión en la línea de defensa de nuestro flanco derecho, apoyando su movimiento en la columna de caballería que cargaba sobre el izquierdo enemigo, a fin de flanquear las infanterías villistas, que se encontraban posesionadas de magníficos bordes; disponiendo, también, que nuestras infanterías del frente estuvieran enteramente listas para echarse sobre las posiciones del enemigo, inmediatamente que las que flanqueaban a la derecha cargaran sobre las mismas posiciones. Al general Laveaga di orden para que, dejando la mitad de sus tropas en las mismas posiciones que ocupaban, cubriera el flanco derecho de las que hacían el movimiento envolvente sobre el río de La Laja, y que, con el resto de sus tropas, secundara el movimiento de avance por el frente. Desde que comenzaron a efectuarse estos movimientos, el combate entró en un período interesantísimo: Las caballerías habían desalojado al enemigo que ocupaba la hacienda de Higueras, después de una hora de combate, haciéndole 25 muertos, y proseguía su avance por la hacienda de Burgos, donde de nuevo entraba en contacto con los reaccionarios que extendían sus líneas desde el pueblo de Guaje hasta la hacienda de Crespo. Avanzaba por el frente de la caballería el general Alejo G. González con sus fuerzas; a su derecha el general Porfirio G. González con las suyas, y el general Jesús S. Novoa, con las de su mando, por la izquierda, siguiéndolas las brigadas de los generales Maycotte y Triana. Las infanterías habían avanzado ya a la altura de la hacienda de Burgos; y en contacto con las caballerías, se extendían en tiradores los batallones 4.º y 9.º de Sonora, siguiéndolos el 17.º, el 8.º, el 21.º y las demás fuerzas que forman las brigadas 2.ª y 3.ª de Infantería de la 1.ª División del Noroeste. Acompañado del C. general Francisco R. Serrano, jefe de mi Estado Mayor, del teniente coronel Jesús M. Garza, de los capitanes Alberto G. Montaña, Rafael T. Villagrán, Cecilio López y Rafael Valdés, y de los subtenientes Arturo Saracho y Enrique Garza, me encontraba en la línea de fuego del frente, y ordene el avance simultáneo de las infanterías, incluyendo el 20.º Batallón de Sonora, que estaba al frente y el 4.º, y dos compañías del 9.º que habían quedado de reserva, poniéndome al frente de ellas. El enemigo hacía esfuerzos inauditos por conservar sus posiciones, que eran vigorosamente atacadas por el frente y por su flanco izquierdo. Nuestra infantería, diseminada por los trigales, continuaba resueltamente su avance, lanzándose sobre las posiciones ocupadas por el enemigo, y que por asalto fueron tomando una a una, a pesar de la inútil desesperación con que se batían los reaccionarios. Las caballerías, entretanto, habían tomado ya el primer grupo de prisioneros villistas en número de 200, y parte de ellas, mandadas por el C. general Alejo G. González, habían avanzado ya hasta la hacienda de Crespo, a la retaguardia de la infantería enemiga, que se batía en retirada rumbo a Guaje. El general Hill, con su Estado Mayor, estuvo también al frente de las infanterías en esta fase de la lucha.

El movimiento sobre el ala derecha de los traidores había comenzado a efectuarse desde las 10 a. m., asaltando los nuestros las posiciones que tenían en la hacienda de Trojes y en el río La Laja. En esa lucha tomaban parte poco más de 9 000 hombres, y

la desesperación con que el enemigo pretendía conservar sus posiciones y el vigoroso empuje de los nuestros, hacían que el combate fuera en extremo reñido e interesante.

Para la una de la tarde, las fuerzas de los generales Amaro, Espinosa, Norzagaray y demás que componían la columna que cargaba por ese lado, habían logrado desalojar del río a los villistas, haciéndolos reconcentrarse en la hacienda de las Trojes, donde el combate continuaba reñido.

Por el frente y el ala derecha del enemigo, para la 1:30 de la tarde, los reaccionarios habían sido arrancados de sus posiciones y acallados los fuegos de su artillería, que poco a poco habían ido abandonando, y el enemigo continuaba batiéndose en retirada, resultándole inútiles todos sus esfuerzos para contrarrestar el avance de los nuestros, pues a las dos de la tarde, el campo había quedado en nuestro poder y todas las infanterías enemigas habían caído prisioneras, mientras que nuestra caballería continuaba en la persecución de la enemiga y de los trenes villistas que retrocedían rápidamente a Salamanca.

Como el enemigo que se replegó a la hacienda de Trojes se había hecho fuerte en las casas de la misma, ignorando quizás el descalabro de Villa, ordené al general Serrano que levantara parte de las fuerzas que seguían en nuestras posiciones de la izquierda, y con ellas fuera a reforzar a los que atacaban la hacienda. El general Serrano marchó con el 10.º Batallón, a las 3 p. m. (mandado dicho batallón por el C. coronel Guillermo Chávez), hora en que los reaccionarios se retiraban de Trojes, y les dio alcance en la hacienda de Jofre, donde se incorporó el general Laveaga con su escolta y el 15.º Batallón, a las órdenes del C. coronel Severiano A. Talamante. El enemigo ganaba rápidamente el cerro que queda en aquella dirección, batiéndose en retirada, perseguido por los nuestros, que le hicieron 42 prisioneros y algunos muertos, y lo obligaron a abandonar nueve piezas de artillería con su correspondiente dotación de municiones. Por su parte, el 1.er Batallón de Sonora, que había hecho un movimiento también en dirección del cerro, recogió tres cañones con sus armones respectivos, que el enemigo había abandonado en su huida. La persecución, por el frente, se prolongó hasta las seis de la tarde, habiéndose suspendido a esa hora, en estación Guaje, porque la noche impedía los movimientos que la caballería hubiera debido efectuar. Durante esta persecución, el general Maycotte, con sus fuerzas, logró flanquear los trenes villistas, sin poder obstruir la vía, porque algunas acequias inmediatas le impidieron el rápido paso; pero al hallarse en los flancos de los trenes, abrió el fuego nutrido sobre ellos, haciendo descuajarse a la tropa de los traidores, que iba en el techo y en los estribos de los carros, causando, seguramente, muchas bajas en el interior de ellos.

A las 7 p. m., terminaba también el combate con los fugitivos que pasaron por la hacienda de Jofre, habiendo sido diezmados y dispersados completamente.

El número total de cañones capturados al enemigo fue de 32, todos de grueso calibre, en perfecto estado y con sus correspondientes cofres y dotación de granadas; se les capturaron, también, más de 5 000 armas, alrededor de 1 000 caballos ensillados; sobre 6 000 prisioneros; telémetros y otros aparatos de artillería, así como multitud de objetos varios, que nuestros soldados recogieron. El enemigo tuvo poco más de 4 000 muertos, encontrándose entre ellos los llamados generales Migoni, Meza, y tres más, que no se identificaron; más de 300, entre jefes y oficiales, contándose, entre éstos, los tenientes coroneles Joaquín Bauche Alcalde, Manuel Bracamontes y algunos otros de alta graduación. El número de heridos que llevaron en los trenes puede estimarse en 5 000.

Por nuestra parte, las bajas han sido: tres jefes, quince oficiales y ciento veinte de tropa muertos; y seis jefes, cuarenta y tres oficiales, y 227 de tropa heridos, conforme a la relación que remito inclusa.

También incluyo una relación de los CC. generales, jefes y oficiales que tomaron parte en la batalla, y de algunos otros que, aunque sin mando de fuerzas, o sin carácter militar, prestaron importantes servicios durante la lucha; lo mismo que un plano de la ciudad de Celaya, y sus alrededores, que marca el dispositivo de combate.

El comportamiento de todos los miembros de este Ejército de Operaciones lo justifica el éxito obtenido, sin que pueda hacerse mención especial de ninguno, porque todos demostraron iguales bríos y la misma entereza para enfrentarse con las fuerzas del traidor Villa, bandolero de quien los pusilánimes y la prensa asalariada habían hecho un héroe de leyenda.

En nombre del mismo Ejército de Operaciones, y muy especialmente en el mío propio, felicito a usted, C. Primer Jefe, por este nuevo triunfo, que contribuirá a la consolidación de nuestros principios, reiterándole las seguridades de mi respetuosa consideración y subordinación.

*Constitución y Reformas*. Cuartel General en Celaya, a 18 de abril de mil novecientos quince. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión. Veracruz, Veracruz.

## PORMENOR DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES MUERTOS EN LA BATALLA DE CELAYA, GUANAJUATO, DE LOS DÍAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915

Coronel Filomeno Ávila de la Brigada Amaro.
Teniente coronel Manuel Quintanilla de la Brigada Jesús Carranza.
Mayor Pedro González de la Brigada Jesús Carranza.
Capitán 1.º Pedro Buelna del 2.º Batallón de Sonora.

Capitán 1.º Luis Rubio Vaca de la Brigada Amaro.
Capitán 1.º José Fernández de Lara de la Brigada Guillermo Prieto,
Capitán 2.º Carlos Ramos del Regimiento del coronel Juan Torres.
Capitán 2.º Ramón R. Brambila de la Brigada Amaro.
Teniente Carlos Juárez del 3.er Batallón Rojo.
Teniente Francisco N. Gorichi del 21.º Batallón de Sonora.
Teniente Marcial Cerda dela Brigada Regional de Coahuila.
Teniente José M. Varela de la Brigada Jesús Carranza.
Teniente Francisco Monroy de la Brigada Amaro.
Teniente Porfirio Orozco de la Brigada Elizondo.
Subteniente Marcos López del Regimiento Coronel Vidal Silva.
Subteniente Lucas Muñoz de la Brigada Maycotte.
Subteniente Antonio F. Lozano de la Brigada Maycotte.
Subteniente Reyes Rocha de la Brigada Regional de Coahuila.

TOTAL DE MUERTOS

3 jefes y 15 oficiales que dan un total de 18.
Celaya, Guanajuato, 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

RELACIÓN DE LOS CC. JEFES Y OFICIALES HERIDOS DURANTE LA BATALLA DE CELAYA, DE LOS DÍAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915

Coronel Braulio Peralta de la Brigada Amaro.
Teniente coronel Florencio Montemayor de la Brigada Jesús Carranza.
Mayor Ricardo G. Ortiz de la Brigada Jaimes.
Mayor Manuel Yoldi del Regimiento del Coronel Juan Torres.
Mayor Leoncio Muñiz de la Brigada Regional de Coahuila.
Mayor Amador Ortega de la Brigada Elizondo.
Capitán 1.º Pablo Villaseñor del Regimiento del Coronel Juan Torres.
Capitán 1.º Guadalupe Ramos de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1.º Luis G. Meza de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1.º Manuel Aguirre y Vela de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 1.º Narciso Salazar de la Brigada Amaro.
Capitán 1.º Marcos Gómez de la Brigada Elizondo.
Capitán 2.º Ezequiel Ríos del Estado Mayor del Cuartel General.
Capitán 2.º Alfonso R. Montenegro del 1.er Batallón de Sonora.
Capitán 2.º Crisóforo Salido del 3.er Batallón Rojo.
Capitán 2.º Pedro C. Montes de la Brigada Gavira.
Capitán 2.º Miguel G. Castro del 3.er Batallón Rojo.
Capitán 2.º José Duarte de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2.º Lázaro Mendoza de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2.º Juan D. Franco de la Brigada Regional de Coahuila.
Capitán 2.º José Gudiño de la Brigada Amaro.
Capitán 2.º Francisco Meraz de la Brigada Amaro.
Capitán 2.º Febronio Corona de la Brigada Elizondo.
Capitán 2.º Pedro C. Contla de la Brigada Guillermo Prieto.
Capitán 2.º Miguel Orduño del Regimiento Coronel Cirilo Elizalde.
Teniente José L. Gómez del 2.º Batallón de Sonora.
Teniente Juan B. Verdugo del 4.º Batallón de Sonora.
Teniente José Ma. Arriaga del 3.er Batallón Rojo.
Teniente José Calete de la Brigada Gavira.
Teniente Miguel Gómez del 5.º Regimiento de la División de Oriente.
Teniente Ezequiel Castro del 5.º Regimiento de la División de Oriente.
Teniente Francisco Gallardo del Regimiento Coronel Juan Torres.
Teniente Gustavo Zamora del Regimiento Coronel Cirilo Elizalde.
Teniente Salvador Salazar de la Brigada Regional de Coahuila.

Teniente Marcos Hernández de la Brigada Regional de Coahuila.
Teniente Januario de la Garza de la Brigada Regional de Coahuila.
Teniente Jesús Valdés de la Brigada Elizondo.
Subteniente Demetrio R. Yépiz del 1.er Batallón de Sonora.
Subteniente Alfredo Castillo de la Brigada Gavira.
Subteniente Eduardo Barranco de la Brigada Jaimes.
Subteniente Ruperto González del 4.º Regimiento de la 1.ª División de Oriente.
Subteniente Ángel Valencia del 4.º Regimiento de la 1.ª División de Oriente.
Subteniente Francisco Martínez del Regimiento Coronel Vidal Silva.
Subteniente Vidal Blanco de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Miguel Enríquez de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Carlos Huitrón de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente José Ramos de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Carlos Delgado de la Brigada Regional de Coahuila.
Subteniente Salvador Briseño de la Brigada Amaro.

TOTAL DE HERIDOS

6 jefes y 47 oficiales, que dan un total de 49.
Celaya, Guanajuato, 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

RELACIÓN DE LOS INDIVIDUOS DE TROPA MUERTOS Y HERIDOS EN LA BATALLA DE CELAYA, GUANAJUATO, DE LOS DÍAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915

Del 21.º Batallón de Sonora, 1 muerto y 1 herido.
Escolta del Cuartel General, 1 herido.
l.er Batallón de Sonora, 7 heridos.
2.º Batallón de Sonora, 5 muertos y 15 heridos.
10.º Batallón de Sonora, 3 heridos.
15.º Batallón de Sonora, 2 muertos y 4 heridos.
4.º Batallón de Sonora, 1 muerto y 2 heridos.
8.º Batallón de Sonora, 2 heridos.
9.º Batallón de Sonora, 2 muertos y 5 heridos.
17.º Batallón de Sonora, 1 muerto y 6 heridos.
22.º Batallón de Sonora, 2 heridos.
Brigada Gavira, 1 muerto y 14 heridos.
Brigada Jaimes, 15 muertos y 7 heridos.
3.er Batallón Rojo 1 muerto y 1 herido.
Cuerpo Especial Reforma, 1 herido.
20.º Batallón de Sonora, 3 muertos y 11 heridos.
Batallón de Ferrocarrileros, 2 heridos.
Regimiento del Coronel Juan Torres, 2 muertos y 7 heridos.
Regimiento del Coronel Vidal Silva, 1 muerto y 3 heridos.
Brigada Maycotte, 10 muertos y 5 heridos.
Brigada Sánchez Herrera, 1 muerto y 9 heridos.
Brigada Regional de Coahuila, 18 muertos y 39 heridos.
Brigada Amaro, 15 muertos y 17 heridos.
Brigada Elizondo, 5 muertos y 10 heridos.
Brigada Triana, 3 heridos.
Regimiento del Coronel Cirilo Elizalde, 11 muertos y 15 heridos.
Otros cuerpos, 25 muertos y 35 heridos.
Lo que da un total de 120 muertos y 227 heridos.
Celaya, Guanajuato, 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

RESUMEN DE LOS MUERTOS Y HERIDOS, HABIDOS EN LA BATALLA DE CELAYA, GUANAJUATO, DE LOS DÍAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915.

Muertos: 3 jefes, 15 oficiales y 120 de tropa.
Heridos: 6 jefes, 43 oficiales y 227 de tropa.

Total de bajas: 9 jefes entre muertos y heridos; 58 oficiales entre muertos y heridos; 347 elementos de tropa entre muertos y heridos.
Total de muertos: 3 jefes, 15 oficiales y 120 de tropa. Total: 138.
Total de heridos: 6 jefes, 43 oficiales y 227 de tropa. Total: 276.
Total de bajas: 138 muertos y 276 heridos. Total: 414.
Celaya, Guanajuato, 18 de abril de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

## AMPLIACIÓN A LOS PARTES OFICIALES DE LAS BATALLAS DE CELAYA

Como los partes oficiales que rendí de Celaya, a raíz de las victorias obtenidas en los combates librados contra el Ejército de la reacción, encabezado por Villa, durante los días 6 y 7, y 13, 14 y 15 del mes de abril de 1915, debieran ser del dominio público, y del conocimiento del enemigo, que aunque había sufrido esos rudos golpes, determinantes de su caída, no podía, sin embargo, considerársele destruido, era inconveniente consignar en ellos algunos detalles que pudieran orientar al enemigo, en sus operaciones subsecuentes, preferí omitir los datos que convenía permanecieran ignorados, antes que adulterar la verdad.

Entre esos datos, los que menos convenía que llegaran al conocimiento del enemigo, eran: el efectivo del ejército con que libré esas batallas, y las fases poco favorables que tuvimos durante los combates.

Ahora que la reacción ha sido por completo aniquilada en los campos de batalla, considero oportuno y necesario hacer del público dominio esos datos, omitidos por las circunstancias que dejo indicadas.

El total de las fuerzas con que hice mi avance al centro de la República, a contar desde mi salida de Querétaro, era de once mil hombres de las tres armas, como sigue: artillería, 13 cañones de grueso calibre y 86 ametralladoras; caballería 6 000 jinetes, e infantería, 5 000 hombres, incluyendo personal de la artillería, en sirvientes y sostén.

Los datos obtenidos por nuestro servicio de espionaje me hicieron suponer que no libraríamos combate antes de llegar a Irapuato, donde Villa estaba haciendo su reconcentración de fuerzas, dizque con objeto de avanzar sobre Jalisco y batir al general Diéguez, primero, y volver después sobre mí; cuyos datos coincidían, de una manera absoluta, con las declaraciones del propio Villa, contenidas en el mensaje que éste dirigió a la prensa de los Estados Unidos, en los siguientes términos:

Irapuato, Guanajuato, abril 6 de 1915. —Prensa Asociada. El Paso, Texas.— Los reveses sufridos recientemente por mis soldados en Querétaro y Guadalajara, fueron el resultado de errores de los jefes estacionados en esos lugares. Ayer fueron despachados de Irapuato doce mil hombres para combatir al ejército de Obregón en Querétaro. Yo tengo las mayores esperanzas de que mi ejército no solamente derrotará a Obregón, sino que aniquilará por completo sus fuerzas. Mañana saldré de esta ciudad, a la cabeza de veinte mil hombres, para Guadalajara, y los mandaré personalmente contra el bandido Diéguez, quien pagará cara su audacia de tratar de crear la impresión de que puede derrotar a un villista. *Francisco Villa*. General en Jefe.

Juzgué, por lo tanto, que podía disponer de tiempo suficiente para dividir mis fuerzas en tres columnas; la primera, al mando del general Alejo G. González, qué avanzaría sobre Acámbaro, a cortar la vía del ferrocarril entre Celaya y Morelia, capital del Estado de Michoacán, para evitar que las fuerzas reaccionarias que se encontraban en esta última plaza, al mando del general federal, Prieto, pudieran hacer un movimiento rápido por ferrocarril hasta Celaya, donde conecta dicha vía con la del Central, y hostilizar nuestra retaguardia, cuando nos encontráramos frente a

Irapuato; la segunda columna, al mando del general Porfirio G. González, para que se movilizara, a marchas forzadas, hasta la plaza de Dolores Hidalgo, y destruyera allí la vía principal que sigue hasta estación Mariscala, donde entronca con la vía del Central, que va a Querétaro; para evitar que las fuerzas al mando de Urbina, que se encontraban en San Luis Potosí, pudieran movilizarse también con facilidad hasta Celaya o Querétaro, en combinación con Prieto, y dejarnos, con esto, aislados al Norte, en difíciles condiciones, cortados completamente de nuestra base, que estaba en Veracruz; y la tercera columna, que la constituían las infanterías, la artillería, y el resto de las caballerías o sean las brigadas al mando de los generales Maycotte y Triana, y los regimientos al mando de los coroneles Vidal Silva, Juan Torres y Cirilo Elizalde, avanzaría hasta ocupar Celaya, bajo mis órdenes directas.

El día 5 quedamos acampados en Celaya, y la brigada de caballería del general Maycotte avanzó hasta estación Guaje, donde quedó como puesto avanzado, estableciendo, desde luego, una oficina telegráfica, para comunicarse con mi Cuartel General.

El general Maycotte recibió órdenes mías, por conducto del jefe de la División de Caballería, general Cesáreo Castro, para que estableciera una vigilancia estricta sobre el enemigo, y no intentara presentar combate, si avanzaba sobre él alguna columna fuerte, en cuyo caso debería replegarse hasta Celaya, dando aviso oportuno al Cuartel General.

El día 6, las fuerzas al mando de los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, se encontraban en Acámbaro, y las de los generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, avanzaban sobre Dolores Hidalgo; quedando en Celaya y El Guaje solamente 7 000 hombres de las tres armas.

Ese mismo día, el general Maycotte se trasladó a Celaya en automóvil, a primeras horas de la mañana, para tratar algunos asuntos del servicio; y estando allí, recibió el primer parte procedente de su campamento en Guaje, informándole haberse empeñado un combate reñido entre sus fuerzas y el enemigo, que avanzaba dividido en tres columnas, de las tres armas y en número que era difícil precisar, pero que pasaba de diez mil hombres.

Maycotte salió inmediatamente a su campamento, y por mi parte, ordené al general Hill que mandara alistar un tren con 1 500 hombres de infantería, para que salieran al mando del general Laveaga, en auxilio de Maycotte; ordenando, al mismo tiempo, al general Triana, que con la caballería de su mando, incorporándosele los regimientos de los coroneles Torres, Silva y Elizalde, saliera también en auxilio del general Maycotte.

Había transcurrido una hora de la salida de Maycotte, cuando recibí un parte de éste, en que comunicaba que el enemigo le estaba cerrando sitio, y que en unos cuantos momentos más, le cortaría probablemente la comunicación, siendo ya, para entonces, muy comprometida su situación.

El tren con la infantería estaba ya listo, y en vista de los informes rendidos por el general Maycotte, consideré que se hacía necesario salir yo personalmente con el mando del contingente de infantería, para obrar conforme a mi propio criterio, en vista de las variantes que la situación de Maycotte presentara; forma en que no podría obrar ningún jefe subalterno, quien tendría que sujetarse, en todo caso, a órdenes que recibiera.

Con tal motivo, salí yo en el tren militar de auxilio.

Al empezar el combate en El Guaje, comuniqué al Primer Jefe, por la vía telegráfica, las condiciones poco favorables en que dicho combate se había iniciado, describiéndolas así:

Nuestra vanguardia, al mando del general Maycotte, en su empeño de hacer resistencia al enemigo, había sido envuelta completamente por las columnas de éste, que tenían un efectivo total, cuando menos, cinco veces mayor que el de nuestras fuerzas en estación Guaje; era necesario salvar de aquella situación a nuestra vanguardia, y para ello, movilizar fuerzas suficientes en su auxilio, y aceptar un combate formal y quizás decisivo, en un terreno cuyas ventajas habrían sido ya, seguramente, aprovechadas por el enemigo.

La movilización de todo nuestro contingente no podía hacerse con la violencia que el caso requería, porque en Celaya no teníamos los trenes necesarios, y sólo por fracciones hubiera sido posible el movimiento, presentando esto el grave peligro de que el enemigo fuera batiendo, en detalle, a cada una de las fracciones movilizadas y aniquilarlas con facilidad.

De ahí que, como lo dejo expresado, decidí salir al frente de los 1 500 hombres para obrar como, a mi juicio, lo indicaran las circunstancias en que se desarrollara el combate sostenido por nuestra vanguardia.

En el parte oficial relativo se consigna el resultado de este movimiento.

Cuando me hube reconcentrado al campamento de Celaya, y el combate se generalizaba ya en las cercanías de dicha plaza; como a las 5:30 de la tarde, dirigí al C. Primer Jefe, el siguiente mensaje:

Celaya, Guanajuato, 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted que, como lo anuncié en mensaje anterior, combate se inició muy desfavorable para nosotros, habiendo llegado auxilio a Maycotte, ya tarde, sirviendo sólo para salvarle a él, que logró salir, replegándonos en seguida a esta plaza, donde continúa combate, que sostengo con infantería, mientras se rehace caballería para que entre en acción. Generales González y Elizondo tomaron Acámbaro y se incorporarán mañana con dos mil hombres, y generales Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, que con 1 500 hombres salieron a destruir vía del ferrocarril que va a San Luis, se incorporarán mañana también. Estimo en quinientas bajas las que hemos tenido hasta ahora, entre ellas coronel Alfredo Murillo, muerto, y coroneles Martínez y Paz Faz, heridos, primero gravemente. Ánimo de tropa es muy bueno. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Antes de oscurecer, y como se notara un movimiento de flanco, que venía haciendo el enemigo, ordené la salida de algunas fuerzas de caballería, entre ellas, la escolta del general Cesáreo Castro, sumando aproximadamente 600 hombres, al mando del teniente coronel Berlanga.

Al mismo tiempo que daba la orden para la salida de dicha fuerza, dirigí al Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Guanajuato, 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted, que combate continúa reñido. Han sido derrotadas parte columna general Triana y la del general Novoa, y a mí me hirieron el caballo. Estoy reconcentrando restos caballería dentro de la plaza para reorganizarlas. Por movimientos enemigo, creo que amaneceremos sitiados. Tenga usted la seguridad de que sabremos cumplir con nuestro deber. Ánimo de gente es bueno. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Una hora más tarde, se incorporaban al campamento solamente 100 de los 600 hombres destacados al mando del teniente coronel Berlanga, después de haber sido dispersados.

El general Maycotte, en el combate de Guaje y retirada a Celaya, tuvo alrededor de 800 bajas, entre muertos, prisioneros, heridos y dispersos, y como la fuerza de caballería destacada al oscurecer, incluyendo la escolta del general Castro, había sido casi totalmente dispersada, faltando 500 hombres, en tanto que habíamos perdido alrededor de 200, entre muertos y heridos,

de los demás cuerpos, nuestras bajas hacían un total de cerca de mil quinientas, diez horas después de empezar el combate.

Como a las ocho de la noche, cuando el combate en las afueras de Celaya se había generalizado, y se notaba que frente a nuestra línea, a una distancia menor de cinco kilómetros, empezaban a llegar trenes del enemigo con tropas de infantería y cañones para reforzar las ya numerosas y superiores que, desde a las cuatro de la tarde, nos atacaban con toda energía, algunos de nuestros jefes se presentaron en mi Cuartel General, y me insinuaron la conveniencia de replegarnos a Querétaro, donde, según opinión de ellos, quedaríamos en mejores condiciones para resistir el empuje de aquellas masas, tan considerablemente superiores en número al de nuestras fuerzas.

Aquellas insinuaciones, aunque razonables, fueron rechazadas por mí, haciendo ver a los jefes que una retirada de nuestra parte nos traería como consecuencia un seguro fracaso; pues que, aparte de la depresión moral que con ello sufrirían nuestras tropas, sería fácil al enemigo, con sus magníficas caballerías, hacer un rápido movimiento para colocarse a nuestra retaguardia, al sur de Celaya, y atacar sobre la marcha a nuestra columna, en condiciones en que no tendríamos ni una mínima probabilidad de éxito; mientras que ya colocados en nuestros atrincheramientos de Celaya, como lo estábamos, y quedando probablemente sitiados por el enemigo, tendríamos que resistir a todo trance, pues aún cuando el valor nos llegara a faltar, lo supliríamos, acaso ventajosamente, con el instinto de conservación.

A las once de la noche, considerando que el enemigo cerraría el sitio antes de amanecer, y que quedaría cortada toda comunicación, en Veracruz, y ya cuando el combate se hacía más desesperado, dirigí al C. Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Guanajuato, 6 de abril de 1915. Hónrome comunicar a usted combate continúa. Las caballerías han sido derrotadas. A esta hora, 11 p. m., habremos tenido dos mil bajas. Asaltos de enemigo son rudísimos. Esté usted seguro de que, mientras me quede un soldado y un cartucho, sabré cumplir con mi deber y consideraré como una ventura que la muerte me sorprenda abofeteando al crimen. Respetuosamente. *Álvaro Obregón*.

Al amanecer del día 7, se incorporaron a Celaya los generales Alejo G. González y Alfredo Elizondo, con la columna con que ocuparon Acámbaro, y que era de cerca de dos mil hombres.

El día 7, en la mañana, el C. Primer Jefe preguntó de Veracruz cómo seguía el combate, y no estando yo en la oficina, contestó el coronel Serrano, jefe de mi Estado Mayor, dando el siguiente parte:

Celaya, Guanajuato, 7 de abril de 1915. Acabamos llegar de la línea de fuego, y mi general Obregón salió nuevamente para allá. Combate se ha generalizado en una extensa zona, alrededor de esta plaza. Hemos tenido momentos muy críticos, pero hemos logrado hacer reaccionar a nuestras fuerzas. Las famosas cargas de caballería del enemigo están estrellándose sobre las posiciones de nuestras infanterías. En estos momentos, las caballerías, al mando directo del general Maycotte, por orden del general Castro, hacen un enérgico movimiento de flanco. Hemos sufrido algunas pérdidas, contándose varios jefes y oficiales. General Obregón ordenó aprehensión de coronel Kloss, por haber dado media vuelta con la artillería. Nuestras fuerzas han hecho algunos prisioneros y avanzado varias armas, parque y banderas del enemigo. Respetuosamente. Coronel Jefe del Estado Mayor. *F. R. Serrano*.

Como el coronel Kloss había dado media vuelta con la artillería y emprendía su retirada, precisamente en los momentos en que nuestra línea de frente empezaba a debilitarse, como se consigna en el parte oficial, ordené al coronel Miguel Piña saliera a alcanzar al coronel Kloss, y lo pasara por las armas.

La ejecución del coronel Kloss no se consumó, por haber suspendido la orden relativa, tomando en cuenta las explicaciones que el mismo Kloss dio, de los motivos que originaron su retirada, apoyándose en que él, al notar que nuestra línea de frente empezaba a dar media vuelta, consideró que sería inútil permanecer allí, donde el enemigo se apoderaría en seguida de nuestros cañones.

El C. Primer Jefe, desde que tuvo conocimiento de nuestra situación, al iniciarse el combate con las fuerzas de nuestra vanguardia, dio órdenes, con toda diligencia, para que las fuerzas de la Primera División de Oriente, que tenía a sus órdenes directas el general Agustín Millán, sobre la línea de Pachuca a Esperanza, se movilizaran para reforzar a Celaya, llevando, además; algunas reservas de parque para nuestras fuerzas.

A la 1:10 p. m., dirigí al Primer Jefe el siguiente mensaje:

Celaya, Guanajuato, abril 7 de 1915. En estos momentos acabo incorporarme de línea de fuego. Combate sigue desesperado, siendo los esfuerzos del enemigo iguales a los de nuestras fuerzas, no habiendo cesado el fuego un solo instante. Han dado villistas, de las cinco de la mañana a la una y diez p. m., más de treinta cargas de caballería, habiendo sido rechazados en todas ellas. En estos momentos, empiezo a tomar ofensiva. Creo que si usted ordena que salgan inmediatamente refuerzos y parque que me indica en su mensaje de esta mañana, llegarán oportunamente, debiendo reconcentrarse en Querétaro, donde esperarán mis órdenes. Si fuera posible que esta noche saliera parque, sería preferible. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

A las 2:30 p. m., dirigí al C. Primer Jefe, un nuevo mensaje, en los siguientes términos:

Celaya, Guanajuato, abril 7 de 1915. Como comuniqué a usted en mensaje de esta mañana, después de treinta horas de desesperado combate, a la 1 p. m. tomamos ofensiva con buen éxito. Hasta esta hora, 2:30 p. m. han logrado avanzar nuestras fuerzas sobre el enemigo, que retrocede batiéndose desesperadamente. Hanse recogido 300 armas, y más de 300, entre muertos y prisioneros. En estos momentos, preparo un tren para avanzar sobre el centro, apoyando con este movimiento las cargas de caballería que, por ambos flancos, van dando los generales Maycotte, Novoa, Elizondo y Alejo G. González, de la División de caballería del general Castro. Villa, personalmente, dirige combate, afortunadamente. Muy respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

A las 3:30 p. m., informé nuevamente al C. Primer Jefe de la situación, con el siguiente mensaje:

Celaya, Guanajuato, abril 7 de 1915. A esta hora, 3:30 p. m., el enemigo hase replegado varios kilómetros, dejando el campo regado de cadáveres. En la parte reconocida, hanse encontrado más de mil muertos y un número considerable de heridos. El combate continúa a unos cinco kilómetros de nuestras posiciones. Los prisioneros pasan de cuatrocientos. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Cuando el enemigo se batía en retirada, el general Maycotte, haciendo un movimiento atrevido, con unos cuantos hombres, atacó la artillería villista, logrando capturar seis cañones, los que en seguida se vio obligado a abandonar, debido a que fue atacado por las infanterías enemigas, que hacían su retirada adelante de estación Crespo.

A las siete de la noche me incorporé al campamento, y rendí al Primer Jefe el siguiente

PARTE TELEGRÁFICO

Celaya, Guanajuato, 7 de abril de 1915. Satisfáceme comunicar a usted que, en estos momentos, 7:30 p. m., regreso a este campamento, así como las fuerzas de caballería que batieron en su retirada al enemigo. A grandes rasgos, y a reserva de rendirle el parte oficial detallado, me permito darle en este mensaje algunos detalles del combate. A las 10 a. m. de ayer, una columna de las tres armas, al mando de Doroteo Arango (alias Francisco Villa), atacó nuestra vanguardia, que estaba mandada por el general Fortunato Maycotte. A las doce del día salí personalmente en un tren, con 1 500 hombres a proteger al general Maycotte, quedando en el campamento los generales Hill y Castro, Comandantes de las Divisiones de Infantería y Caballería, respectivamente, alistando todas las demás unidades de este Cuerpo de Ejército de Operaciones. Había avanzado mi tren 14 kilómetros, cuando encontré a las caballerías del general Maycotte, en marcha para este campamento, a reconcentrarse, después de batirse dos horas con una columna seis veces mayor. Ordené retirada inmediata de mi tren, y al incorporarme de nuevo a ésta, encontré al general Hill preparándose a resistir el combate, con los generales Manzo y Laveaga y coroneles Kloss y Morales, jefes, respectivamente, de la artillería y del 20.º Batallón. Inmediatamente que acabaron de incorporarse las fuerzas del general

Maycotte, el enemigo se nos echó encima, en una línea de 6 kilómetros aproximadamente. El combate se generalizó desde luego, y el general Castro empezó a movilizar sus fuerzas de caballería, para proteger los flancos de nuestras posiciones. Los asaltos del enemigo se sucedían constantemente, y en cada vez demostraban mayores bríos y mayor desesperación, para arrebatar sus posiciones a nuestros soldados, que burlaban con heroicidad las decantadas cargas de caballería con que Arango vencía a los que hoy son sus aliados. Así se prolongó el combate por espacio de 27 horas; y al cumplirse la una de la tarde de hoy, ordené se tomara la ofensiva, y desde luego el general Castro empezó a destacar sus columnas por los flancos, a medida que nuestras infanterías rechazaban al enemigo por el frente, comenzando a batirse en retirada y dejando el campo sembrado de cadáveres; retirada que poco a poco se convirtió en fuga precipitada. Villa fue el primero en huir, según la confesión de algunos de sus dorados, que fueron cogidos prisioneros. Fueron perseguidos los villistas 20 kilómetros, recogiéndoseles armas, caballos y prisioneros. Las pérdidas del enemigo entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, pasan de tres mil. Las bajas nuestras son alrededor de 500, entre las cuales lamentamos la pérdida de los valientes coroneles Murillo y Estrada, que murieron en la línea de fuego, y que eran, respectivamente, jefes de los batallones 17.º y 8.º de Sonora, y heridos los coroneles Paz Faz y Eugenio Martínez y otros jefes y oficiales de que haré mención en parte detallado. Los jefes que tomaron parte en este hecho de armas, son: generales Castro y Hill, jefes de las divisiones de caballería e infantería, respectivamente; generales Laveaga y Manzo, jefes, respectivamente, de las brigadas 1.ª y 2.ª de Infantería de Sonora; generales Alejo G. González, Fortunato Maycotte, Jesús S. Novoa y Alfredo Elizondo, de la División de Caballería del general Cesáreo Castro; generales Martín Triana y Luis M. Hernández, quien, aunque no tiene mando de fuerzas, estuvo siempre en mi compañía, juntamente con mi Estado Mayor. Los citados jefes, con sus subordinados, se portaron con la suficiente energía para verle la espalda a los traidores. Felicítolo por este triunfo. Respetuosamente. General *Álvaro Obregón*.

En el parte oficial que queda transcrito figuran solamente 500 bajas por nuestra parte, número menor que el que figura en el telegrama dirigido al Primer Jefe el día 6, a las once de la noche, pudiendo explicarse esto, debido a que después de terminado el combate, se incorporaron algunos grupos de las caballerías de Maycotte y la escolta del general Castro, que habían sido dispersados desde el día 6; pero tampoco esa cifra es la exacta, pues en los momentos en que se rendía el parte telegráfico, no era posible conocer con absoluta precisión nuestras pérdidas, haciéndose sólo un cálculo aproximado.

Como se ha visto por la relación de bajas que se inserta en el parte oficial relativo, ellas ascendieron a 922 en total.

## EFECTIVOS CON QUE SE LIBRÓ LA SEGUNDA BATALLA, Y TELEGRAMAS REMITIDOS A LA PRIMERA JEFATURA

En el parte oficial de la segunda batalla de Celaya, se omitió solamente el efectivo de nuestras fuerzas, dato que ha permanecido ignorado hasta la fecha.

Después de incorporarse a Celaya las fuerzas de la 1.ª División de Oriente, que por orden del Primer Jefe se movilizaron del Sur a reforzar dicha plaza; las del general Gabriel Gavira, que habían permanecido en Tula; las del general Gonzalo Novoa, que cuidaban la línea de Querétaro, al Sur; los Batallones de Obreros, al mando del coronel Juan José Ríos, que habían sido organizados en Orizaba; las tropas de los generales Porfirio González y Jesús S. Novoa, que habían regresado del camino de Dolores Hidalgo, y las del general Joaquín Amaro, que se habían incorporado en Acámbaro, al general Alejo G. González; nuestro efectivo ascendía a 15 000 hombres, siendo 7 000 de infantería, inclusive el personal y sostén de la artillería y 8 000 de caballería.

De los infantes, serían alrededor de 4 000 veteranos, y, el resto, reclutados recientemente, siendo una gran parte de ellos obreros.

Como ordené la salida de la División de Caballería del general Castro para ocultarse en los bosques que hay al sur de Apaseo, a nuestra retaguardia, y la que se componía de seis mil caballos, quedaban solamente siete mil infantes y dos mil caballos, de los generales Amaro, Elizondo y de la brigada Antúnez, a cuyos jefes ordené tirar pie a tierra sus soldados, para que de infantería tomaran parte en la defensa de la ciudad, y esos dos mil hombres, sumados a nuestras infanterías, hicieron el total de nueve mil, con los que sostuvo el combate treinta y ocho horas, obligando al enemigo a reforzar su ataque con todas sus reservas, y facilitando así el éxito de nuestras caballerías, que lograron permanecer ocultas, como se les ordenó, y en completo descanso.

El día 12, se incorporó a nuestro campamento el general Norzagaray, procedente de Veracruz, quien a marchas forzadas, y por orden de la Primera Jefatura, conducía para el Cuartel General dos furgones de cartuchos, con los que quedamos ya en condiciones de empezar nuevo combate contra Villa, que había logrado reconcentrar todos los elementos de que podía disponer en el Norte, para vengar, con ellos, su primer fracaso.

A mediodía del 15, y cuando el combate estaba más reñido, empezaron a llegar a nuestro campamento pequeños grupos dispersos de nuestras caballerías, dando partes alarmantes, y asegurando que nuestras fuerzas empezaban a retroceder; ordené entonces el avance de todas nuestras infanterías, apoyando el movimiento de la columna de caballería y dirigí al C. Primer Jefe un telegrama, en que le decía:

Celaya, Guanajuato, 15 de abril de 1915. En estos momentos, tomo la ofensiva con todas las unidades de combate de este Cuerpo de Ejército, y, para en la tarde, habré destrozado al enemigo, o quedaremos derrotados los dos. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

El parte telegráfico que dirigí al C. Primer Jefe, en la tarde, después de terminar el combate, se copia íntegro a continuación:

PARTE OFICIAL TELEGRÁFICO DE LA SEGUNDA BATALLA, Y CONTESTACIÓN DE LA PRIMERA JEFATURA

Celaya, Guanajuato, 15 de abril de 1915. Satisfáceme comunicar a usted que, en una extensión de más de 200 kilómetros cuadrados, que ocupó el campo donde se libró la batalla, y que están tintos en sangre de traidores, el Ejército de Operaciones que me honro en comandar acaba de izar el estandarte de la Legalidad. Doroteo Arango (alias Francisco Villa), con 42 de sus llamados generales y con más de 30 000 hombres de las tres armas, tuvo la audacia de atacar esta plaza, defendida por nosotros, abriendo su fuego a las 6 p. m. del día 13. Al iniciarse el ataque, ordené que una columna de 6 000 caballos, que comanda el C. general Cesáreo Castro, saliera de esta ciudad, y se colocara en un punto conveniente a nuestra retaguardia, para movilizarla en el momento oportuno; en tanto que, con las infanterías de la División, al mando del C. general de brigada Benjamín G. Hill, el resto de las caballerías, y la artillería al mando del C. coronel Maximiliano Kloss, formara el círculo de defensa, dejándome sitiar. El enemigo generalizó, desde luego, su ataque, extendiéndose en círculo de fuego, en una línea de 20 kilómetros. Los asaltos eran continuos y desesperados, entrando en actividad todas las unidades que traía a su mando Doroteo Arango; prolongándose así el combate por espacio de 38 horas, al cabo de las cuales ordené que la columna de caballería de reserva, al mando de los generales Fortunato Maycotte, Alejo G. González, Porfirio G. González, Martín Triana y Jesús Novoa, efectuaran un movimiento sobre el flanco izquierdo del enemigo, cargando con todo su efectivo contra él; disponiendo, a la vez, que los generales Amaro, López, Espinosa, Norzagaray, Gavira y Jaimes, que se encontraban en el círculo de defensa, hicieran un movimiento envolvente sobre el flanco derecho del enemigo, a la vez que ordené a los generales Ríos y Manzo que, con las infanterías que cubrían nuestra ala derecha, forzaran el flanco izquierdo de la infantería enemiga e hicieran el avance por el frente de la cadena de tiradores que se había batido durante todo el combate. Mientras tanto, el general Laveaga, con la 1.ª Brigada de Infantería de Sonora, cubría la mitad de nuestro frente y parte de nuestra ala izquierda. Dicho movimiento, desde que se inició, empezó a desorientar al enemigo por completo: las cargas de caballería que dábamos sobre su flanco, y el avance de la infantería, por su flanco y frente, comenzó a determinar su derrota, emprendiendo la fuga a la 1:15 p. m., cuando ya nuestros soldados estaban sobre sus trincheras, cargando sobre ellos, hasta causarles el más completo destrozo. Hanse recogido ya del campo más de 30 cañones, en perfecto estado, con sus respectivas dotaciones de parque y ganado para los mismos; alrededor de cinco mil máusers, como ocho mil prisioneros, gran

número de caballos, monturas y demás pertrechos. Nuestras columnas de caballería persiguen aún a los restos de la columna enemiga, y tengo esperanzas de que capturen los trenes y demás elementos que pudo llevarse el enemigo en su huida. Hasta estos momentos, estimo que las bajas del enemigo pasan de catorce mil, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Las bajas nuestras no llegan a doscientas, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, contándose, entre estos últimos, un coronel y un oficial de mi Estado Mayor. No hago especial mención de ninguna de las tres armas de nuestro Ejército porque todas ellas estuvieron, por igual, a la altura de las circunstancias. En nombre de este Ejército de Operaciones, felicito a usted por este nuevo triunfo. Respetuosamente. General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

En la orden del día 16 del Cuerpo de Ejército de Operaciones, se daba a conocer la contestación del C. Primer Jefe al parte oficial telegráfico que había yo rendido el día anterior, sobre la victoria alcanzada contra las fuerzas de la reacción, cuyo texto se copia a continuación:

Faros, Veracruz, 15 de abril de 1915. General en Jefe Álvaro Obregón. Acabo de recibir el mensaje de usted, en que me comunica el brillante triunfo alcanzado hoy en las inmediaciones de esa ciudad, sobre las fuerzas de la reacción, capitaneadas por Francisco Villa. Felicito a usted y Ejército bajo su mando; el primero que encuéntrase en lucha por libertad, venciendo en una batalla al ejército más numeroso y de mayores elementos que se ha puesto frente a los Ejércitos del Pueblo, que han luchado por sus derechos y por su libertad. Con la victoria de hoy, queda vencida la reacción, y espero que muy pronto terminará esta guerra, que tantos sacrificios y tanta sangre de buenos hijos ha costado a la Nación. Con pena me he impuesto de las pérdidas que hemos tenido. Salúdolo afectuosamente. *Venustiano Carranza*.

## CELAYA

Es una antigua ciudad, con población aproximada de 35 000 habitantes, situada en el extremo sur del Bajío de Guanajuato, sobre un terreno perfectamente plano, circundada por extensas labores en que se cultiva preferentemente trigo, y a través de las cuales corren, en distintas direcciones, acequias o pequeños canales, para el regadío de las tierras. La importancia estratégica de Celaya consiste en que allí hacen conjunción las vías ferrocarrileras del Nacional, en un ramal que parte de Empalme González, del Central y la que va por Acámbaro y Morelia a Toluca. Es, asimismo, un importante centro de producción agrícola, donde pueden encontrar abastecimiento grandes ejércitos.

PARTE OFICIAL DE LAS BATALLAS DE TRINIDAD Y TOMA DE LEÓN, POR EL EJÉRCITO DE OPERACIONES

Tengo el honor de rendir a usted el presente parte oficial de las operaciones militares llevadas a cabo por el Ejército a mi mando, en contra de las reaccionarios encabezados por Francisco Villa y Felipe Ángeles, después de la última batalla librada en Celaya, del 13 al 15 de abril de 1915, hasta la toma de la ciudad de León, Guanajuato.

Consumada la derrota de los reaccionarios mandados por Villa, en Celaya, el 15 de abril, la que obligó al bandolero a retirar las fuerzas que tenía en Michoacán y Jalisco, y una vez que hubo terminádose de levantar el campo, sepultando o incinerando los numerosos cadáveres que en él se encontraban, el día 19 emprendí el avance de Celaya al Norte, con el grueso del Ejército de Operaciones. Para entonces, habían sido ocupadas las plazas de Salamanca e Irapuato por nuestra vanguardia, al mando de los generales Maycotte y Novoa, sin resistencia por parte del enemigo.

Antes de emprender la marcha de Celaya, di órdenes para que se regresaran al Sur las fuerzas de la Primera División de Oriente, que tomaron parte muy importante en la última batalla de Celaya, y las cuales fueron a ponerse nuevamente a las órdenes del C. general Agustín Millán, para reforzar a las que vigilaban y defendían nuestra línea de comunicaciones con Veracruz, de la cual era jefe el citado general Millán, con Cuartel General en Ometusco. Comisionadas para el mismo servicio, hice salir también las fuerzas del general Gonzalo Novoa, al sur de Celaya.

El mismo día 19, me incorporé a Salamanca, por ferrocarril, y en aquel lugar recibí comunicación del C. general Francisco Murguía, que se encontraba en Zamora, Michoacán, informándome que, de acuerdo con órdenes que anteriormente había transmitido mi Cuartel General a él y al general Diéguez, que operaban en Jalisco, marchaban sus fuerzas a incorporarse a mi columna, y que el general Diéguez había ocupado Guadalajara, plaza que evacuaron los villistas, a consecuencia de la derrota que Villa sufrió en Celaya. Transmití órdenes al general Murguía, y por su conducto al general Diéguez, para que forzaran sus marchas a incorporarse con sus fuerzas al Ejército de Operaciones, en la ciudad de Irapuato.

El 20 terminaron de incorporarse a Salamanca las fuerzas de mi columna, que habían emprendido la marcha pie a tierra, y el mismo día recibí aviso de la evacuación de Silao y Guanajuato, habiendo dispuesto, desde luego, que el general Maycotte avanzara de Irapuato con su Brigada de Caballería a ocupar la primera de dichas plazas, y que el general Alejo G. González marchara con la brigada de su mando a ocupar Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre.

El día 21, a las 7 a. m., continué el avance con el grueso del Ejército, haciendo la marcha por tierra, las fuerzas y mi Cuartel General, y llegando a Irapuato poco después de las 12 m.

La vía del ferrocarril estaba destruida en un tramo, entre Salamanca y estación Chico, rumbo a Irapuato, por lo que comisioné al teniente coronel J. L. Gutiérrez para su reparación.

En Irapuato, el mismo día 21, dispuse que las fuerzas del general Joaquín Amaro marcharan de Salamanca y Celaya a Michoacán, con objeto de hacer la campaña contra las partidas que aún dominaban una parte de aquel Estado; campaña que era considerada de mucha importancia, pues, una vez obtenido el control de todo el Estado, aparte de que nos aprovecharían sus muchos elementos de vida que produce, restándoselos al enemigo, aseguraríamos nuestra izquierda retaguardia, y haríamos sentir un amago a los zapatistas, por Toluca y El Oro, y ellos tendrían que fijar su atención por este lado, aminorando sus actividades por la línea de Ometusco, que constantemente hostilizaban para interrumpir nuestras comunicaciones con Vera cruz.

El general Amaro fue nombrado Jefe de las Operaciones en Michoacán, y al propio tiempo, con el superior acuerdo de esa Primera Jefatura, nombré Gobernador de aquel Estado al general Alfredo Elizondo, de las mismas fuerzas, y éstas, para su mejor organización, se constituyeron, por acuerdo de mi Cuartel General, en la Quinta División del Cuerpo de Ejército del Noroeste, quedando su jefatura a cargo del mismo general Amaro.

Como tardaban en incorporarse las fuerzas de los generales Diéguez y Murguía, que esperaba para proseguir el avance, estando pendiente también de la llegada de una remesa de parque, que usted me había anunciado, y la cual nos era de suma necesidad para reponer la dotación y reservas consumidas en la batalla de Celaya, desde luego ordené al general Hill que las infanterías formando círculo alrededor de la ciudad, construyeran loberas, y en ellas tomaran posiciones para prevenir cualquiera sorpresa que el enemigo intentara contra nosotros.

El mismo día quedó establecido el círculo de defensa, siendo el general Hill eficazmente ayudado por los tenientes coroneles Aarón Sáenz y Jesús M. Garza, de mi Estado Mayor, en los reconocimientos de las posiciones y colocación de las tropas.

Aquel mismo día, llegaba el general Murguía con sus fuerzas a Pénjamo, y de allí conferenció conmigo a Irapuato, por teléfono, habiéndole dado instrucciones de terminar la reconcentración de sus tropas en aquel lugar, y esperar nuevas órdenes.

En la misma fecha fueron ocupadas las plazas de Silao y Guanajuato, respectivamente, por los generales Maycotte y Alejo G. González.

El día 22 transcurrió sin novedad.

El 23 arribó a Irapuato la remesa de parque procedente de Veracruz, a cargo del C. coronel Ignacio C. Enríquez, y por la tarde quedó restablecida la comunicación telegráfica con Guadalajara. Inmediatamente, tuve una conferencia con el general Diéguez, que había llegado con sus fuerzas a Yurécuaro, dándole órdenes de continuar su marcha, por tierra, hasta La Piedad, y ofreciendo hacerle una visita con mi Estado Mayor, al quedar terminadas las reparaciones de la vía en el kilómetro 70, donde los villistas que evacuaron Guadalajara habían incendiado un gran puente, reparaciones que se llevaron a cabo con toda actividad por el teniente coronel J. L. Gutiérrez.

Las reparaciones a la vía quedaron terminadas el día 24, por la noche, y al día siguiente, a las 6 a. m., acompañado de mi Estado Mayor y de una pequeña escolta, salí en el tren del Cuartel General rumbo a Pénjamo y La Piedad, a pasar revista a las fuerzas acampadas en aquellos lugares y conferenciar con los generales Diéguez y Murguía.

En mi entrevista con el general Murguía, en Pénjamo, le di instrucciones de alistar sus fuerzas de infantería para embarcarlas en trenes que mandaría poner a su disposición y movilizarlas a Irapuato y que, con sus caballerías, emprendiera la marcha, por tierra, hasta acamparse en Romita, punto situado a 12 kilómetros de Silao.

El mismo día continué mi marcha a La Piedad, y en dicho lugar conferencié con el general Diéguez, a quien también di instrucciones de alistar sus infanterías, para movilizarlas a Irapuato, por tren.

Encontrándome en La Piedad, recibí un mensaje del general Fortunato Maycotte, procedente de Silao, dándome parte de que una columna de caballería enemiga se había aproximado a una distancia de cuatro leguas de aquella plaza, trabando combate con nuestras avanzadas al Norte, a las órdenes de los coroneles Ildefonso Ramos y Florencio Morales Carranza. Inmediatamente comuniqué instrucciones al general Maycotte, en sentido de que, personalmente, saliera al lugar del combate, para darse más exacta cuenta de las condiciones que guardaban nuestras fuerzas avanzadas, así como del número del enemigo, y que, en caso de que llegara a verse amenazado por una columna superior, se replegara con sus fuerzas a Irapuato, recomendándole que, en tal caso, procurara entrar a la plaza por el lado sur, a fin de no desordenar nuestras líneas de infantería del frente. Igualmente, y por conducto del general Hill, que había quedado en Irapuato, ordené al general Porfirio G. González, quien se encontraba con su brigada en camino a Guanajuato, hiciera alto y quedara en expectativa de los acontecimientos, para que en caso de que nuestra vanguardia fuera rechazada por los villistas, él retrocediera también violentamente a Irapuato, debiendo hacer su entrada a la plaza por otro punto que no fuera el frente. Al general Hill le di aviso de lo que comunicaba el general Maycotte, imponiéndolo

de las órdenes que había comunicado a éste y al general Porfirio González, y recomendándole que mantuviera a nuestras infanterías en sus posiciones de defensa, alrededor de Irapuato, para estar prevenidos contra cualquier evento.

El mismo día regresé a Irapuato, llegando a las 5 de la tarde, y desde luego dicté órdenes para el alistamiento de los trenes que, a primeras horas del día siguiente, deberían salir a disposición de los generales Diéguez y Murguía, para la movilización de sus fuerzas de infantería, a Irapuato.

Habiendo, desde luego, preguntado por telégrafo al general Maycotte las novedades que hubieran ocurrido, recibí mensaje de éste, comunicándome que el enemigo que había combatido con nuestra avanzadas al Norte de Silao, era en número de trescientos hombres, y había sido rechazado por nuestras fuerzas, siendo perseguido hasta estación Trinidad, haciéndole algunas bajas; que después de esa persecución, nuestras fuerzas se replegaron a sus posiciones, porque adelante de estación Trinidad, se encontraban fuerzas enemigas en número muy superior.

Durante la noche, no se registró novedad alguna, empleándose aquel tiempo en la activa desocupación de trenes de impedimentas, para enviarlos a Pénjamo y a La Piedad.

Por la mañana del 26, recibí mensaje del general Maycotte dándome parte de que, nuevamente, habían sido atacadas nuestras avanzadas, al mando de los coroneles Ramos y Morales Carranza, y que éstos le informaban que tres columnas de caballería enemiga, con efectivo total de dos mil hombres, aproximadamente, avanzaban sobre Los Sauces, que era el lugar donde estaban nuestras fuerzas avanzadas. Desde luego ordené al general Maycotte que se transladara a Los Sauces, y que, si efectivamente, el enemigo que se había avistado era en el número que indicaban los jefes de nuestras avanzadas, se replegara con todas sus fuerzas, hasta quedar apoyado por nuestras infanterías, o que lo batiera en caso de no ser muy superior en número, recomendándole que, cada hora, me rindiera parte de novedades.

A primeras horas de la mañana de ese día, salieron de Irapuato los trenes en que debería hacerse la transportación de las fuerzas de infantería de los generales Diéguez y Murguía, y a las 10 a. m., acompañado de los miembros de mi Estado Mayor, me transladé a Silao, en el tren del Cuartel General, tanto para darme exacta cuenta de los acontecimientos que se registraban al Norte de dicha plaza, como para hacer un reconocimiento del terreno, y elegir posiciones convenientes para nuestras infanterías, que al siguiente día comenzarían a movilizarse de Irapuato al Norte.

Antes de salir de Irapuato, tuve conocimiento de que el general Murguía había llegado con sus fuerzas a Romita, y desde luego, le ordené que mandara hacer una exploración a la hacienda Santa Ana, situada al Norte, a 10 kilómetros al Poniente de estación Trinidad, con objeto de cerciorarse si el movimiento del enemigo se extendía hasta aquella hacienda, para, en tal caso, ordenar lo conveniente al general Murguía, quien cubría, con sus fuerzas, nuestro flanco izquierdo.

Cumplido el objeto de mi viaje a Silao, y dejando órdenes al general Maycotte sobre los movimientos que debería hacer con sus fuerzas, para descubrir el verdadero efectivo e intenciones del enemigo frente a nuestras avanzadas, regresé por la tarde a Irapuato, adonde habían ya comenzado a incorporarse las infanterías de los generales Diéguez y Murguía.

Desde luego ordené que se alistaran nuestras tropas para comenzar su movilización por trenes a Silao, a las cuatro de la mañana del siguiente día.

El día 27 a las 4 a. m. comenzaron a salir rumbo a Silao los trenes, conduciendo fuerzas de la Primera División de Infantería, y a las 9 a. m., me transladé a dicha plaza, quedando en Irapuato los generales Hill y Diéguez, para activar la movilización del resto de sus respectivas fuerzas.

Llegado que hube a Silao, recibí un mensaje del general Maycotte, procedente de su campamento en Los Sauces, informándome que, de acuerdo con las órdenes de mi Cuartel General, había salido a batir al enemigo, atacándolo por ambos flancos y por el frente, habiéndolo desalojado de las posiciones que ocupaba sobre el camino a León, y persiguiéndolo en una distancia mayor de dos leguas, habiendo dejado en el campo 11 muertos, algunos caballos, armas, parque y otros pertrechos; que poco después volvió a la carga el enemigo, ya reforzado, cubriendo en tiradores una gran extensión, por lo cual nuestras fuerzas tuvieron que replegarse a sus antiguas posiciones, habiendo éstas sufrido 23 bajas, siendo éstas, 9 muertos y 14 heridos.

El día 28, ya reconcentradas en Silao todas las fuerzas, ordené que se estableciera una cadena de infantería alrededor de la ciudad, para quedar en dispositivo de defensa, y salí con mi tren a inmediaciones de la estación Nápoles, donde se encontraba el Cuartel General de nuestra vanguardia, a cargo del general Maycotte, habiendo practicado, en compañía de éste, un reconocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo, acordando hacer, al siguiente día, un movimiento ofensivo para posesionarnos de estación Trinidad, movimiento en que tomarían parte las caballerías de Maycotte y algunas fuerzas de infantería y artillería.

Regresé a Silao y desde luego di instrucciones al general Hill, para que ordenara que, a las siete de la mañana del día siguiente, se tuvieran listos tres trenes en aquella estación, debiendo ser uno de ellos el que serviría de explorador, formado así: 2 plataformas, a la vanguardia, para transportar 40 infantes y un cañón Schneider-Canet de 75 mm, luego la máquina, y en la parte posterior, dos carros de caja y el carro especial del teniente coronel J. L. Gutiérrez, jefe de trenes militares; los otros dos trenes estarían formados de los carros que fueran necesarios, para el embarco de las brigadas de infantería de los generales Francisco R. Manzo y Francisco T. Contreras. A la vez, transmití órdenes al general Maycotte para que, a la misma hora del día siguiente,

tuviera listas todas sus caballerías, entre Sotelo y La Loza, cerca de la vía del ferrocarril, y me esperara allí, para iniciar nuestro movimiento.

A la hora señalada del día 20, estuvieron listos los trenes en la forma ordenada, y desde luego dispuse su marcha, tomando yo lugar en la plataforma de vanguardia del tren explorador, acompañado de los coroneles Miguel Piña y Peralta; de los capitanes primeros Alberto G. Montaño (de mi Estado Mayor), y Rafael Valdés; del teniente Cecilio López y del telegrafista Pascual Vieyra, habiendo previamente instruido a los conductores de los trenes de retaguardia, para que obedecieran órdenes convencionales, que les serían comunicadas por medio de pitazos, dados con el silbato de la máquina del tren explorador.

Media hora después, llegamos a Sotelo, teniendo a la vista al enemigo en número difícil de precisar, debido a que, por la configuración de aquel terreno, quedábamos en la parte baja. El general Maycotte se me presentó, desde luego, y le ordené que, con toda rapidez hiciera un movimiento por La Loza, procurando colocarse a retaguardia del enemigo; asimismo, ordené a los coroneles Juan Torres y Cirilo Elizalde, y al teniente coronel Lorenzo Muñoz, jefe de la escolta del Cuartel General, que, con sus respectivas fuerzas de caballería, hicieran un movimiento combinado, sobre el flanco izquierdo del enemigo. En seguida, dispuse que, con el cañón emplazado en la plataforma de vanguardia, se abriera fuego sobre la línea enemiga del frente.

Iniciadas las operaciones en esa forma, el enemigo comenzó a replegarse hacia estación Trinidad, probablemente con intención de hacerse fuerte allí; pero el general Maycotte que, aprovechando hábilmente las barrancas y el bosque, en su movimiento, había logrado colocarse sobre el flanco derecho de los reaccionarios, atacándolos con todo vigor, los hizo desistir de oponer resistencia en Trinidad, contribuyendo a esto, también el ataque enérgico que hacían sobre el flanco izquierdo las fuerzas de los coroneles Torres y Lizalde y la escolta del Cuartel General.

El general Maycotte logró hacer gran número de prisioneros, capturando caballos, armas y otros pertrechos; y emprendía una decidida persecución, en momento en que yo llegaba a estación Trinidad, con los trenes, sin dejar de batir, con los fuegos de nuestro cañón, al enemigo, que confusamente huía por el camino que va paralelo a la vía del ferrocarril a León.

Ordené luego que los trenes hicieran alto, y que las infanterías se desembarcaran y tomaran posiciones ventajosas, para cualquier evento, dando instrucciones al general Maycotte para que suspendiera su avance y levantara el campo; mientras que yo seguiría avanzando con el tren explorador, hasta donde me fuera posible, haciendo fuego con el cañón, para ver si lograba inutilizar y capturar un tren enemigo que, a corta distancia del nuestro, retrocedía rumbo a León, así como para hacer un reconocimiento de las posiciones que frente a dicha ciudad tuvieran los villistas, y descubrir si tenían o no emplazada su artillería en aquellas posiciones.

Emprendí el avance a regular velocidad, y ordené que se hiciera nutrido el fuego de cañón, para no dar lugar a que el enemigo se rehiciera.

Hacía mi avance con toda felicidad, llegando hasta a distancia de seis kilómetros de la ciudad de León, cuando descubrí que, de aquella plaza, salían dos fuertes columnas de caballería enemiga, a proteger a sus dispersos, por lo que tuve que ordenar que mi tren hiciera alto.

En aquellos momentos me di cuenta de que una parte de nuestras caballerías, entusiasmadas por el avance de mi tren, no se habían detenido en estación Trinidad y continuaron su avance por nuestros flancos, hasta la distancia a que nosotros llegamos. Dichas caballerías no pasaban de 500 hombres, y sus caballos estaban ya muy fatigados por la pesada jornada que habían hecho. La presencia de aquellas fuerzas, en tales circunstancias, hacía muy comprometida nuestra situación, porque si ordenaba una violenta retirada de mi tren, como se hacía necesario ante el avance de las columnas enemigas, quedarían a merced de éstas nuestros dragones. Entonces ordené al conductor que, haciendo uso del silbato de nuestra máquina, ordenara el rápido avance de los trenes con las fuerzas de infantería de los generales Manzo y Contreras.

Habían transcurrido unos quince minutos, cuando las columnas enemigas emprendieron su avance en dispositivo de ataque, y entonces, por lo absolutamente plano de aquel terreno, pude apreciar que su número era aproximadamente de seis mil hombres, lo que me hizo desistir de librar una batalla, pues preveía un seguro fracaso para nosotros, dada la distancia que nos separaba del grueso de nuestro Ejército (27 kilómetros), por cuyo motivo di contraorden a los trenes segundo y tercero, para que, en vez de avanzar, retrocedieran hasta Silao, ordenando también a los jefes de las caballerías que emprendieran su retirada con toda rapidez.

Principiaba a hacerse ese movimiento de retirada, cuando el enemigo dio la primera carga, logrando algunos de sus dragones llegar hasta la plataforma en que teníamos emplazado el cañón con que hacíamos fuego sin cesar, quienes fueron muertos por los oficiales y soldados que iban como sostén de la pieza de artillería, mientras otros soldados villistas se mezclaban, en su ímpetu, con los nuestros de caballería que se batían en retirada. Esta vez se logró rechazar a la columna villista, continuándose la retirada de nuestras caballerías y de nuestro tren.

Una segunda carga, dada por una columna enemiga de refresco, nos obligó a hacer alto nuevamente, y en esta vez, los villistas lograron llegar hasta la altura de la máquina de nuestro tren, haciendo sobre él descargas cerradas, principalmente sobre el carro especial del teniente coronel Gutiérrez, en cuyo interior resultaron heridos el ayudante y el cocinero del citado jefe; habiéndose hecho tan nutrido el fuego sobre nuestro convoy, que el maquinista abandonó la palanca de la locomotora, teniendo entonces que hacerse cargo de su manejo el teniente coronel Gutiérrez, personalmente. Fue tan comprometida la situación en

aquellos momentos, que, durante varios minutos, tuvieron nuestras tropas que combatir cuerpo a cuerpo, habiéndose dado el caso de que el general Maycotte, quien se encontraba a caballo, al pie de la plataforma en que yo iba, tuviera que dar muerte a un villista que se abalanzó sobre nosotros, asestándole un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su rifle. Nuevamente se logró contener un poco el avance del enemigo, continuando la retirada de nuestras fuerzas, la que no podía hacerse sino muy lentamente, dado el estado de agotamiento en que se encontraba la caballada.

El enemigo no tardó en cargar nuevamente, con singular brío, encaminando sus esfuerzos a apoderarse de nuestro tren; pero la escolta que yo llevaba en la plataforma hacía un certero fuego sobre los asaltantes, logrando contener sus ímpetus.

En una de las cargas más vigorosas que dieron los reaccionarios, se registró un hecho que juzgo digno de consignar detalladamente: un abanderado del enemigo, que venía entre un pequeño grupo que había logrado llegar a corta distancia de nuestra plataforma, se adelantó en actitud de descargar su rifle sobre nosotros, y observado esto por el capitán 2.º Tomás G. Orta, de las fuerzas del general Maycotte, se abalanzó sobre él, abrazándolo y haciéndole un disparo a quemarropa con su pistola, el que le causó una muerte instantánea, recogiendo la bandera que el villista llevaba. En aquel momento se lanzó sobre nuestro oficial otro abanderado villista, y otro del mismo grupo disparó certero tiro, que hizo blanco en el caballo de Orta; pero éste, antes de que le faltara el caballo, se abrazó del villista haciéndolo caer con él a tierra, confundiendo sus cuerpos en una lucha desesperada, en que cada uno hacía esfuerzos inauditos por sujetar a su adversario, para dispararle su arma. La habilidad de nuestro oficial le permitió sujetar al villista, y hacer uso él primero de su pistola, descargándola sobre aquél, quien quedó muerto en el acto. Ileso de aquella lucha, se incorporó el capitán Orta, trayendo las dos banderas villistas que tan valientemente había arrebatado. Este denodado oficial fue ascendido en aquel mismo sitio al grado inmediato, por disposición mía. Mientras tanto, el resto de aquel audaz grupo villista había huido hacia donde estaba el grueso de su columna, batido por los certeros fuegos de nuestros soldados que iban en la plataforma.

Reiteré instrucciones al general Maycotte para que violentara su retirada con la escasa fuerza de caballería que quedaba allí, ordenando, a la vez, que nuestro tren hiciera alto, para que nuestros soldados fijaran mejor su puntería y batieran eficazmente al enemigo, a fin de dar tiempo a que nuestras caballerías ganaran distancia en su retirada.

Momentos después continuamos nuestra marcha, haciéndola lentamente, y esforzándonos por contener al enemigo, cuyo principal objetivo era nuestro tren; pero a poco, ordené hacer un nuevo alto, por haber encontrado algunas mulas abandonadas por nuestras caballerías, llevando dos ametralladoras y sus correspondientes cofres. Recogimos violentamente esas armas; pero el enemigo aprovechó nuestra parada para colocar un caballo muerto sobre la vía, a nuestra retaguardia, con objeto de hacer descarrilar nuestro tren. Recogidas las ametralladoras, y ya nuestras caballerías a gran distancia, ordené que el tren prosiguiera la marcha a toda velocidad, hasta el lugar donde estaba colocado el caballo muerto, y allí ordené hacer alto y que una fajina bajase a retirar aquel obstáculo, protegida por los certeros disparos que, desde arriba del tren, hacían nuestros soldados sobre los villistas que trataban de evitar la expedición de la vía. Se logró retirar el obstáculo y continuamos la marcha, recogiendo en el camino a soldados nuestros cuyos caballos habían quedado completamente rendidos.

A las seis de la tarde, nuestro tren llegaba a distancia de siete kilómetros al norte de estación Nápoles, fuera ya del alcance de los proyectiles del enemigo, y allí hicimos alto; pero como escuchara un nutrido tiroteo por el centro, sin que los proyectiles llegaran a nuestro tren, ordené que éste volviera con dirección al norte, para cerciorarme de si alguna fracción de nuestras caballerías había quedado comprometida. Al llegar frente a la hacienda Los Sauces, y cuando ya las caballerías villistas coronaban las lomas del frente y se extendían por nuestro flanco derecho, descubrí que tres de nuestros soldados, puestos rodilla en tierra, y apoyados en un pequeño borde, hacían fuego, tratando de contener el avance del enemigo, que a cada momento se les aproximaba más y les dirigía fuego más nutrido. Hice que nuestro tren avanzara hasta el lugar en que aquéllos se encontraban, para ordenarles su retirada. En unos cuantos minutos llegamos allá, y ordené a aquellos temerarios que suspendieran su inútil resistencia y que se reconcentraran al campamento de nuestras caballerías. Ellos obedecieron mis órdenes y, protegidos por nuestro tren, montaron en sus caballos que tenían ocultos debajo de un puente del ferrocarril y emprendieron con toda rapidez su retirada a nuestro campamento; eran ellos: el coronel Cirilo Elizalde, su asistente y una mujer, que también vestía uniforme y había estado, valientemente, haciendo fuego sobre el enemigo que avanzaba. Los villistas suspendieron su avance, y nosotros emprendimos el regreso, llegando a Silao una hora después.

En los combates librados durante ese día se hicieron al enemigo 150 prisioneros y más de 100 muertos; habiendo tenido que lamentar, por nuestra parte, alrededor de 80 bajas en las caballerías, entre muertos y heridos, y 6 muertos y 8 heridos de la escolta que llevaba yo en la plataforma.

Aquel mismo día había yo ordenado al general Murguía hacer un movimiento a Santa Ana, y como este jefe descubriera al enemigo que estaba posesionado de las haciendas La Sardina, La Sandía y San Cristóbal, al noroeste de estación Trinidad, lo atacó, y después de sus operaciones, me rindió el siguiente parte:

Telefonema. De la hacienda La Sandía, el 30 de abril de 1915, para Silao. A las 4:30 p. m. General Álvaro Obregón. Tengo el honor de comunicar a usted que hoy, al levantarse el campo donde se combatió ayer tarde, se han recogido 19 muertos, atendiéndose actualmente a 14 heridos, entre ellos un mayor y dos capitanes. Por parte del enemigo, 34 muertos y gran número de heridos, los que, según informes de los peones de la hacienda, se llevaron los traidores, contándose entre los últimos, el ex-

general Fernando Reyes y un coronel muerto. Mis fuerzas se encuentran posesionadas de la hacienda San Cristóbal y los cerros que dominan la llanura rumbo a León. El efectivo de mi División lo tengo distribuido convenientemente, en ésta, La Sardina, Jagüeyes y Santa Ana, ocupando, además, las haciendas El Lindero y El Talayote, contiguas a ésta. Oportunamente comunicaré a usted las novedades que ocurran, y de conformidad con su mensaje de hoy, espero sus innstrucciones. Salúdolo con afecto y respeto. El General en Jefe de la 2.ª División del Noroeste. *Francisco Murguía*.

El día 30 transcurrió sin novedad en los campamentos, salvo la incorporación del general Alejo G. González, con parte de las fuerzas que tenía en Guanajuato, las que fueron acampadas en estación Nápoles, para dar descanso a las caballerías del general Maycotte. Parte de la brigada del general González quedó en Guanajuato, a las órdenes del general Benecio López, para guarnecer la plaza y establecer Vigilancia sobre los caminos a Dolores Hidalgo y San Miguel de Allende.

Por la noche, recibí el siguiente parte del general Murguía, procedente de la hacienda Santa Ana:

Hacienda de Santa Ana, a 30 de abril de 1915. C. General Álvaro Obregón. Silao, Guanajuato. Siento verdaderamente tener que manifestar a usted que hoy, a las 2 p. m., una fuerte columna enemiga me obligó a combatir en la hacienda La Sandía y sus inmediaciones, habiendo sido rechazado varias veces con pérdidas de consideración, pues a cada momento reforzaba el enemigo su línea de fuego, llegando a aumentar gradualmente lo recio del combate, hasta suceder que, en los instantes más rudos de la refriega, apareció una columna enemiga por la retaguardia, envolviendo a mis fuerzas casi completamente. La situación fue haciéndose cada vez más desesperada, hasta llegar a obligarme, después de muy firmes esfuerzos, a retirarme en el mejor orden que fue dable, aunque con pérdidas de seria importancia, sin poder precisar su número, por lo rápido del movimiento, efectuándose por esta hacienda, y por el rumbo de Romita, donde estoy reorganizándolas en gran parte, habiendo tomado ya las posiciones más convenientes y estando dispuesto a hacer resistencia, si esta noche fuese atacado. Considero en número de seis mil el enemigo que presentó combate por la zona de San Francisco del Rincón, camino de León, La Trinidad y Puerta de San Juan. Al rendir a usted este informe, protesto también mi respetuosa subordinación. *Constitución y Reformas*. Hacienda de Santa Ana, 30 de abril de 1915. El General en Jefe de la 2.ª División del Noroeste. *Francisco Murguía*.

Como era de noche y las caballerías del general Maycotte estaban en tan pésimas, condiciones, así como porque la distancia a que se encontraba el general Murguía era mayor de 15 kilómetros, fue imposible enviarle auxilio, aparte de que hubiera sido peligroso destacar fuerzas a esa hora, por lo probable de una confusión. Así fue que me limité a ordenar al general Murguía que si no podía hacerse fuerte en Santa Ana, en caso de que allí fuera de nuevo atacado por el enemigo, se replegara hasta Romita.

Más tarde, recibí una nueva comunicación del general Murguía, llevada por el capitán 1.º Joaquín Silva, en la que manifestaba que continuaba su retirada. Expuse las razones que dejo anotadas, para no movilizar tropas de refuerzo esa noche, comunicándole que debía reconcentrarse en Romita, si no podía sostenerse en Santa Ana, y que, a la madrugada del siguiente día, movilizaría fuerzas para reforzarlo.

El siguiente día (19 de mayo), recibí una nueva comunicación del general Murguía, procedente de Romita, manifestándome que las pérdidas sufridas en su División el día anterior no eran de la magnitud que al principio parecía, pues que habían estado incorporándose algunos grupos dispersos.

En la misma fecha, por orden del Cuartel General de mi cargo, marcharon a Romita las fuerzas de la brigada del general Pedro Morales, e incorporadas a éstas los regimientos de caballería de los coroneles Vidal Silva y Juan Torres, así como la brigada Triana, al mando del general Martín Triana, para ponerse a las órdenes del general Francisco Murguía, reforzando así su División.

El día 2 estaba ya muy próximo a llegar el convoy con parque que conducía de Veracruz el C. general Cesáreo Castro y, como era lo único que esperaba para emprender el avance decisivo al Norte, comuniqué las siguientes órdenes: Al general Hill, para que dispusiera que a las 6 a. m. del siguiente día, estuvieran listas las brigadas 1.ª, 2.ª y 4.ª de la Primera División de Infantería, a fin de ser embarcadas en trenes y movilizadas al Norte, y que el resto de la División se alistara para emprender la marcha a las 10 a. m. del mismo día 3; al general Maximiliano Kloss para que, a la misma hora del día siguiente, estuviera listo con los regimientos de artillería y ametralladoras, para emprender la marcha también; al general Murguía, para que, a la misma hora del día 3, emprendiera su avance de Romita a Santa Ana, procurando posesionarse de dicha hacienda a las 9 a. m., hora en que esperaba yo encontrarme atacando estación Trinidad, recomendándole que, después de tomar Santa Ana, destacara una parte de sus fuerzas a la hacienda La Loza, como avanzada, y al general Maycotte, para que alistara todas las fuerzas de la División de Caballería que estaba accidentalmente a sus órdenes, por ausencia del jefe nato de ella, C. general Cesáreo Castro, para que tomaran parte en el avance, de acuerdo con órdenes que, oportunamente, le transmitiría mi Cuartel General. Las fuerzas del general Diéguez permanecerían en Silao, hasta nueva orden.

El día 3 se emprendió el avance hasta el kilómetro 394, frente a la hacienda de Sotelo, 11 kilómetros al Norte de Silao, en cuyo lugar recibí un parte del general Murguía, comunicándome que había tomado posesión de la hacienda de Santa Ana, después de muy reñido combate con el enemigo, el que, aunque no era muy numeroso, había hecho tenaz resistencia, teniendo éste más de cien bajas, entre muertos y heridos, aparte de algunos prisioneros, y habiendo tenido, por nuestra parte, algunas bajas, contándose entre los heridos el general Pedro Morales, el coronel Juan Torres y el teniente coronel M. Fernández de Lara.

El Cuartel General del Ejército de Operaciones, quedó establecido en la capilla de la hacienda de Sotelo, y desde luego se tomó el dispositivo de combate, para evitar una sorpresa del enemigo, que estaba a la vista, quedando nuestro frente cubierto por una cadena de tiradores, desde los cerros que están al poniente de Santa Ana, y que ocupaba el general Figueroa, con fuerzas de la 2.ª División de Caballería del Noroeste, siguiendo por las haciendas de Santa Ana, La Loza y Sotelo, hasta terminar en las primeras estribaciones de la sierra, sobre nuestro flanco derecho, midiendo esta línea aproximadamente 16 kilómetros.

El enemigo quedó tendido en las lomas del frente, sin demostrar actividad durante toda la mañana.

A la puesta del sol, una columna de caballería cargó furiosamente sobre nuestras posiciones de la hacienda La Loza, cuya línea de frente la cubría la División de Caballería al mando del general Maycotte, con los generales Porfirio González y Jesús S. Novoa. Lo nutrido del fuego denunciaba lo rudo del combate que se libraba en aquel punto de nuestra línea, y temeroso de que, por la impetuosidad del ataque, fueran a ser desalojadas nuestras tropas, salí personalmente con el 20.º Batallón que teníamos de reserva, a reforzar nuestras tropas en La Loza, hacienda distante cuatro kilómetros del Cuartel General.

Empezaba a oscurecer cuando llegábamos a La Loza, encontrando en el camino algunos grupos de nuestras caballerías, que venían desordenadamente, batiéndose en retirada; y habiendo interrogado a algunos oficiales de aquellas fuerzas acerca de lo que había ocurrido, me manifestaron que el general Maycotte había sido gravemente herido y que nuestras líneas habían sido rebasadas por el enemigo. Apresuré entonces la marcha, siendo ya completamente de noche cuando llegamos al teatro de los acontecimientos, donde encontré a los generales Porfirio González y Jesús S. Novoa haciendo esfuerzos, con toda entereza, por reorganizar nuestras caballerías y contener al enemigo. Ayudado eficazmente por ellos, y a pesar de aquella confusión, hice entrar en acción el refuerzo de infantería, lográndose, con esto, hacer replegarse al enemigo, y establecer de nuevo nuestras líneas, reforzadas con el 20.º Batallón, después de lo cual regresé al Cuartel General.

En ese asalto sufrieron nuestras fuerzas alrededor de 50 bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos el general Maycotte, quien recibió un balazo en una pierna, pasando a curarse a Silao, donde teníamos establecido un puesto sanitario.

El resto de la noche pasó relativamente en calma, dejándose sólo oír, a intervalos, ligeros tiroteos en toda la extensión de la línea de fuego.

El día 4 se incorporaron las fuerzas de la 2.ª División, al mando del general Diéguez, con las que se formó una línea a nuestra retaguardia, paralela a la de nuestro frente, con las que se podía formar un cuadro, cerrando nuestros flancos, para quedar en dispositivo de marcha. La artillería quedó colocada en el centro, así como la 2.ª Brigada de la 1.ª División y la 1.ª Brigada de la 2.ª División, que constituían nuestras reservas.

El día 5 transcurrió sin más incidentes que ligeras escaramuzas y haciendo el enemigo movimientos ostensibles.

El general Castro había vuelto a tomar el mando de la 1.ª División de Caballería, y habíamos dado a nuestros soldados la dotación reglamentaria de parque, de la remesa que dicho jefe había conducido de Veracruz.

El día 6 avanzamos hasta el kilómetro 399, donde hicimos alto, para reparar un tramo de vía, que el enemigo había destruido.

El enemigo se replegaba al Norte, a medida que nosotros avanzábamos, guardando la misma distancia que había entre sus posiciones y las nuestras, frente a la hacienda de Sotelo.

Las reparaciones de la vía quedaron terminadas en la mañana del día 7, y continuamos nuestro avance hasta estación Trinidad (kilómetro 402); habiéndose replegado el enemigo a distancia de 3 kilómetros de nuestra línea de frente. Inmediatamente se estableció un cuadro de infantería, teniendo como centro la estación, mientras que las caballerías permanecían en sus campamentos del día anterior: las de la 1.ª División, en la hacienda Los Sauces, a 3 kilómetros de nuestra retaguardia, con avanzadas en la hacienda La Loza, situada a la derecha de la vía del ferrocarril, a 5 kilómetros de estación Trinidad; y en Santa Ana, las de la 2.ª División, con avanzadas en la hacienda El Resplandor, al noroeste de estación Trinidad.

Apenas establecida nuestra línea de frente, como a las once de la mañana, nuestros jefes observaron que del campamento villista se elevaba un aeroplano, con la probable intención de hacer reconocimientos sobre nuestro campo, y desde luego, seleccionaron tiradores yaquis y mayos para batir aquella máquina, al ponerse al alcance de los tiros de fusil. El aeroplano hizo su vuelo con dirección a nuestra línea de frente, sin poder elevarse a grande altura; y cuando estuvo a distancia que los jefes de la línea juzgaron conveniente, nuestros tiradores abrieron el fuego sobre él, habiendo sido tan eficaz que, a poco rato, se le vio retroceder, sin haber llegado a distancia que le permitiera hacer, siquiera, observaciones sobre nuestras líneas. El aterrizaje del aeroplano fue tan brusco, que desde luego, supusimos que la máquina había sufrido algún daño, por los disparos de nuestros soldados. Posteriormente, por informes recogidos de prisioneros del enemigo, quedó confirmado que el aeroplano recibió algunos de nuestros proyectiles, habiendo tenido que aterrizar con el motor descompuesto, y a consecuencia de ello, el aviador sufrió la fractura de una pierna, la que poco después le fue amputada. La maquina aérea quedó inutilizada.

El mismo día, el general Alejo G. González, con sus caballerías, atacó y tomó el cerro de La Capilla y la hacienda de Otates, a cinco kilómetros al oriente de estación Trinidad, pero en seguida se vio obligado a replegarse, ante el ataque del enemigo, en número muy superior.

Por la tarde, llamé a los generales Diéguez y González y les di instrucciones de que combinaran un movimiento, para posesionarse del cerro de La Capilla, de la hacienda de Otates y de otras posiciones que ocupaba el enemigo, sobre nuestro flanco derecho, por el valle, hasta la vía del ferrocarril; debiendo llevarse a cabo ese movimiento a primeras horas del día siguiente.

Durante la noche, el enemigo atacó algunos puntos de nuestra línea, siendo rechazado en todos sus intentos.

El día 8, desde al amanecer, los generales Diéguez y González iniciaron su movimiento sobre el cerro de La Capilla, la hacienda de Otates y otras posiciones de aquel rumbo, y para las nueve de la mañana, después de haber librado rudos combates, habían desalojado a las tropas enemigas que tenían en su frente. El general Diéguez ordenó que avanzaran las infanterías, a ocupar las posiciones arrebatadas a los villistas; pero en aquel momento cargaron furiosamente, en número abrumador, sobre nuestras caballerías, obligándolas a hacer una rápida retirada, y a dejar abandonado en el campo un cañón, de los dos que llevaban, del que se apoderó el enemigo. Fue tan impetuosa esa carga, que, mezclados con nuestras caballerías, llegaron hasta el campamento adonde éstas se reconcentraron, algunos jefes, oficiales y soldados villistas, de los que varios fueron identificados y pasados por las armas, entre ellos, el llamado general Lucio Fraire. Nuestra línea de infantería rechazó, causándole grandes destrozos, a la columna que venía cargando sobre las fuerzas del general Diéguez, mientras que el resto de las caballerías del general Castro, que habían salido de La Loza, con toda oportunidad, auxiliaban al general Alejo González, que se batía en retirada, contra un enemigo cuatro veces mayor, logrando, con ese auxilio, rechazar a los villistas hasta la hacienda de Otates, no sin haber sufrido ya fuertes pérdidas, en su retirada, el general González.

En los combates librados durante el día, tuvimos que lamentar más de doscientas cincuenta bajas, contándose en ellas 1 oficial y 8 soldados artilleros, habiendo perdido un cañón de montaña, algunos caballos y fusiles.

El enemigo sufrió más de ciento cincuenta bajas, entre muertos y heridos, contándose, entre los primeros, el llamado general Fraire y muchos jefes y oficiales.

La noche se pasó resistiendo los asaltos parciales que, a intervalos, y con más o menos energía, hacía el enemigo, en diferentes puntos de nuestra línea.

El día 9, conforme a órdenes libradas por mi Cuartel General el día anterior, se movilizó el general Cesáreo Castro, con las fuerzas de su División, rumbo a Guanajuato, habiendo sido ordenado este movimiento en virtud de que tuve informes de que el general reaccionario Pánfilo Natera avanzaba sobre dicha Plaza, con la columna que tenía en Dolores Hidalgo. El general Murguía, con su División, pasó a cubrir las posiciones que dejaba desocupadas el general Castro, en Los Sauces y puntos inmediatos, dejando en Santa Ana una fuerza de mil hombres, como puesto avanzado.

Para entonces, había ordenado, también, la movilización de las fuerzas al mando del general Juan José Ríos, que integraban la 3.ª Brigada de la 1.ª División de Infantería del Noroeste, de Silao a Colima, nombrando, con acuerdo de esa Primera Jefatura, Gobernador y Comandante Militar de aquel Estado al propio general Ríos, con objeto de que este jefe abriera una vigorosa campaña en contra de algunas partidas de reaccionarios, que ejercían actividades en el Estado, y, de ese modo, tener controladas nuestras vías de comunicación hasta el puerto de Manzanillo, el que, en caso extremo, podría ser nuestra base auxiliarle aprovisionamiento, si los zapatistas llegaban a lograr éxito completo, en sus esfuerzos por incomunicarnos permanentemente con Veracruz.

Debo explicar que la lentitud de nuestro avance y nuestra abstención de dar un ataque vigoroso sobre las columnas enemigas que se presentaban a la vista, tenía por objeto inducir al enemigo a reconcentrar en León su artillería e infanterías, que había retirado al Norte, y ver si lográbamos hacerlo presentar una batalla formal y decisiva en aquel terreno, que ya era bien conocido por nosotros. Este plan tuvo buen resultado, pues, en efecto, Villa y Ángeles, al ver tan lentamente ejecutados nuestros movimientos, nos juzgaron en incapacidad para tomar una ofensiva enérgica, y creyendo llegada la oportunidad de destruirnos, empezaron a reconcentrar en León todos los elementos de que podían disponer por el Norte. Nuestros espías nos rendían informes de que, diariamente, llegaban a León numerosos trenes conduciendo artillería, infanterías, aeroplanos y grandes cantidades de víveres y municiones, informando también que las tropas eran procedentes de las guarniciones de Monterrey, Saltillo, Durango, Chihuahua, Zacatecas, San Luis Potosí, y las que operaban frente a El Ébano.

En distintas ocasiones, algunos de los jefes llegaron a indicarme la conveniencia de dar un ataque general desde luego, y a estas insinuaciones contesté siempre que no juzgaba oportuno hacerlo, mientras no tuviéramos al frente el grueso de las infanterías villistas, así como su artillería, que debería ser nuestro principal objetivo al tomar la ofensiva; puesto que un ataque sobre las columnas de caballería que el enemigo nos presentaba, quedaría fácilmente burlado por ellas, con sólo hacer un movimiento rápido, lo cual nos desconcertaría grandemente, haciéndonos perder la figura y las posiciones que habíamos logrado dar a nuestras tropas, y con las cuales, teníamos ganada una grande ventaja, para destrozar al enemigo cada vez que intentara romper nuestras líneas.

Juzgo también de oportunidad consignar que, durante toda la campaña contra el villismo, estimé necesario hacer marchar nuestras caballerías a la retaguardia, o por los flancos, pues hubiera sido peligroso llevarlas a la vanguardia; dado que, por las observaciones que pude hacer en mi viaje a Chihuahua, en 1914, donde tuve oportunidad de conocer los elementos de combate con que Villa contaba, me era conocida la absoluta superioridad numérica de sus caballerías, en cuya arma Villa había hecho siempre gala de potencialidad.

El día 9 pasó sin novedad en el campamento, salvo constantes escaramuzas en diferentes puntos de nuestra línea, en las que siempre resultaban rechazados los asaltantes.

De nuestro campamento se observó que durante todo el día, el enemigo estuvo reforzando sus líneas del frente, notándose intenso movimiento de trenes entre dichas líneas y la estación de León.

El día 10 transcurrió sin más novedad que la continuación de ligeros tiroteos aislados, en distintos puntos de la línea.

El día 11 desde al amanecer se notó gran actividad en el campo enemigo, y pudimos descubrir que se emplazaba artillería frente a la nuestra, que estaba colocada a nuestro flanco derecho sobre una pequeña colina, a tres kilómetros de la vía, observándose también columnas de infantería que el enemigo iba desplegando en tiradores, apoyándose en un vallado que, paralelo a nuestra línea de frente, partía del cerro de La Capilla, hasta perderse en el bosque, frente a la hacienda El Resplandor.

Por mi parte, continué haciendo detenidos reconocimientos, en los que pude observar que el enemigo había duplicado su número y tomaba un dispositivo que denunciaba su resolución de librar en aquel campo una batalla decisiva.

Había llegado el momento que yo deseaba; pero ahora la carencia de municiones me obligaba a retardar nuestra ofensiva y seguir en espera de un convoy con parque que había salido de Veracruz a cargo del coronel Mariano Rivas y escoltada por fuerzas de la división Supremos Poderes, al mando del coronel Ignacio C. Enríquez, cuyo arribo se demoraba, porque en su marcha, en un trayecto de más de 800 kilómetros, había que vencer los innumerables obstáculos que el enemigo oponía a su paso, especialmente por la región infestada de zapatistas, quienes tenazmente causaban daños en la vía del ferrocarril, y cuya labor sólo con la energía y actividad del general Millán y de los coroneles Miguel Alemán e Ignacio C. Enríquez, podía ser contrarrestada.

En vista de las actividades del enemigo por el frente, las que me dieron la certeza de que se avecinaba un combate formal, en que quizás se hiciera necesaria la acción conjunta de todos nuestros elementos, ordené que las fuerzas del general Castro, destacadas hacia Guanajuato, y que habían llegado ya a Silao, contramarcharan a acamparse en la hacienda de Sotelo, a nuestra retaguardia. Esa orden fue dada también en vista de nuevos informes recibidos en mi Cuartel General, indicando que las fuerzas reaccionarias de Natera no hacían ningún movimiento que indicara intención de avanzar al sur de Dolores Hidalgo.

Durante la noche, el enemigo atacó varios puntos de nuestra línea, siendo siempre rechazado por nuestros soldados.

Conociendo que el enemigo se preparaba para dar un ataque general, ordené al general Hill que, a la madrugada del día siguiente, destacara las brigadas 8.ª y 4.ª de su División, al mando, respectivamente, del general Francisco T. Contreras y coronel José Amarillas, para que se posesionaran del cerro de La Cruz, situado a nuestro flanco derecho y a distancia de unos 10 kilómetros de estación Trinidad, y que, una vez ocupada aquella posición, hicieran un ataque sobre el flanco izquierdo del enemigo, que se encontraba en los cerros inmediatos al de La Cruz. También ordené al general Kloss que, al amanecer, hiciera avanzar 4 piezas de artillería de 80 mm, tipo poderoso, y las emplazara en la loma que está a retaguardia de la hacienda La Loza, para que, con sus fuegos, protegiera el avance de las fuerzas de infantería del general Contreras. Al propio tiempo, comuniqué órdenes al general Diéguez para que, en combinación con los movimientos que emprendería el general Contreras, movilizara parte de las fuerzas de su División, y las tendiera al pie de las lomas de la misma hacienda, para evitar que el enemigo pudiera copar a Contreras; debiendo esta línea ser prolongada por el valle hasta la hacienda de Duarte, para cubrir el flanco izquierdo de las tropas del general Contreras, a cuyo efecto comuniqué órdenes al general Hill, para que dispusiera que esa prolongación fueran a cubrirla infanterías de la 9.ª Brigada, al mando del general Eugenio Martínez, y compuesta de los batallones 1.º y 21.º, de Sonora, siendo jefe nato del 1.º el propio general Martínez y del 21.º, el teniente coronel Sobarzo. Asimismo, di instrucciones al general Hill para que hiciera emplazar ametralladoras en los puntos de dicha línea que pudieran parecer vulnerables al enemigo.

Ese movimiento logró hacerse con toda oportunidad y sigilo tal, que el enemigo no se dio cuenta de que había colocado, en loberas, una cadena de tiradores, partiendo desde la línea de flanco derecho de nuestro cuadro primitivo, hasta las lomas que ocupaba el general Contreras, por lo cual juzgó fácil copar las tropas de este jefe y apoderarse de los cuatro cañones, que habían sido colocados a retaguardia de la hacienda La Loza, con sólo rechazar a una pequeña fracción de caballería del general Alejo G. González, que había mandado situar como puesto avanzado, a distancia de 400 metros, adelante de las piezas y cuya fuerza parecía ser el único sostén que tenían nuestros cañones.

Preparado de esa manera el movimiento del general Contreras, el día 12, a primeras horas de la mañana, me dirigí, con una pequeña parte de mi escolta, y la del general Cesáreo Castro, acompañado de éste y de algunos oficiales de mi Estado Mayor, a la loma en que estaban emplazadas las cuatro piezas de artillería, al mando directo del teniente coronel Gustavo Salinas.

El general Diéguez, quien personalmente había hecho la colocación de sus tropas en la forma indicada, permanecía en la línea, esperando el resultado de aquel plan preparado contra el enemigo.

Llegado que hube a nuestro puesto de artillería, ordené que el general Contreras iniciara su ataque, y desde luego lo emprendió con todo vigor, protegiendo su avance el certero fuego de nuestra artillería, avance que se hizo lento, debido a las posiciones ventajosas que ocupaba el enemigo.

Apenas iniciadas las operaciones, los villistas hicieron una rápida movilización para proteger su flanco atacado, y en menos de cuatro horas sus caballerías habían tomado posiciones en las alturas que circundan el cerro de La Cruz, y que tienen todo el aspecto de inaccesibles. Ese movimiento tan violento como intrépido, me hizo ordenar al general Contreras que suspendiera su

avance y se concretara a conservar el cerro de La Cruz, y los dos cerros inmediatos a éste, con el que forman un triángulo ventajoso para la defensa.

Como a las 12 m. empezamos a notar rumbo a León inmensas columnas de polvo por el camino, denunciando el avance de una fuerte columna enemiga. Poco después de una hora, empezó a descubrirse aquella columna, que al llegar a una distancia menor de cinco kilómetros, se dividió en dos, con efectivo aproximado de un mil quinientos hombres cada una.

El terreno interpuesto entre nuestras líneas de tiradores y las del enemigo era aproximadamente de tres kilómetros, siendo en una extensión de dos y medio kilómetros a nuestro frente completamente plano y sin vegetación, y medio kilómetro de espeso bosque, frente a las posiciones del enemigo, lo que permitía a éste hacer toda clase de movimientos, sin ser observados por nosotros, hasta que salían del bosque.

Las columnas de caballería que habíamos avistado procedentes de León llegaban a sus líneas y se internaban en el bosque, lo que me hizo creer que se acercaba el momento de que el enemigo pusiera la parte que le correspondía, en la realización del plan que habíamos preparado. Así fue: densas polvaredas empezaron a denunciar el movimiento que el enemigo intentaba, y momentos después se le vio salir del bosque en impetuosa avalancha, formando una columna cuyo número era imposible apreciar, porque venía envuelta en una nube de polvo, y sólo podían distinguirse las primeras líneas de jinetes que, a rienda suelta, se lanzaban sobre nuestro grupo de caballería, que apenas era de 125 hombres. Éstos, después de resistir lo más que fue posible, al verse atacados por aquella masa tan superior, emprendieron la huida, pero ya mezclados con algunos jinetes del enemigo, logrando apenas rebasar nuestra línea para ponerse a salvo de la persecución que se les hacía. Fue entonces el momento en que nuestros soldados de infantería, que habían permanecido ocultos en sus loberas, abrieron un fuego cerrado sobre aquella compacta columna de jinetes que avanzaban furiosos, con verdadero frenesí, como si no tuvieran conciencia del peligro, llegando hasta nuestra línea, donde, pistola en mano, intimaban rendición a nuestros soldados, y éstos contestaban con certero fuego, diezmando las filas asaltantes. Éstos, al ver el estrago que se les causaba, dieron media vuelta y en igual impetuosa carrera fueron recorriendo toda nuestra línea, en busca de algún punto débil para romperla, pero en todas sus tentativas fueron rechazados por los nuestros, con muy grandes pérdidas, viéndose obligados a emprender definitivamente su huida rumbo a León.

En ninguna de las campañas en que me he encontrado —contra Orozco, contra Huerta y contra Villa— presencié una carga de caballería tan brutalmente dada, como la de los villistas en ese día. Basta decir que lo nutrido del fuego duró, aproximadamente, cinco minutos, y quedaron en el campo más de 300 muertos.

Entre los muertos se encontraron 80 oficiales, de los que componían la escolta especial de Villa, llamados Oficiales de Órdenes y comúnmente conocidos por el nombre de dorados. Doce de éstos lograron rebasar nuestra línea y fueron muertos dentro del campamento. A todos los muertos se les recogieron flamantes pistolas Colt, calibre 45, enteramente nuevas, carabinas y sables.

Cuando recorríamos el campo los generales Diéguez, Castro, Alejo G. González y yo, con algunos oficiales de nuestros respectivos Estados Mayores, encontramos un soldadito de 12 años que empeñosamente cavaba con su marrazo una fosa, ahondando su lobera, y al interrogarlo nosotros sobre el objeto de aquella tarea, nos contestó: —Voy a enterrar a mi padre, que es éste, señalando a un cadáver tendido frente a él, y añadió: pero no hay cuidado, a eso venimos, y yo maté a ese villista, señalando, al decir esto, el cadáver de un oficial enemigo, que estaba tirado a corta distancia, y que fue precisamente quien había dado muerte al padre de aquel pequeño luchador.

Para dar una idea de la moral que conservaban nuestras tropas, consigno un incidente que ocurrió el día 11, frente a la hacienda El Resplandor:

Como a las once de la mañana, algunos soldados de las brigadas 2.ª y 4.ª de infantería, que ocupaban posiciones a nuestro flanco izquierdo, abandonaron sus loberas, para ir a traer agua de un pozo situado entre nuestra línea y la hacienda El Resplandor, estando ocupada ésta por el enemigo, quien abrió el fuego, causando a nuestros soldados una baja. Los nuestros regresaron a su línea y levantaron a algunos de sus compañeros, en número de 60, y de su propia iniciativa marcharon sobre la hacienda El Resplandor, habiendo atacado y desalojado al enemigo de aquella hacienda, tras de ligera resistencia, haciéndole varios muertos y prisioneros, y capturando regular cantidad de ganado que los villistas tenían allí. A poco, sintieron los nuestros la aproximación de una fuerte columna enemiga, por lo cual tuvieron que replegarse a sus posiciones; pero antes dieron muerte a los animales que habían capturado, ya que no tenían tiempo de llevárselos a sus trincheras.

El general Contreras siguió combatiendo durante todo el resto del día 12; y el enemigo, por su parte, estuvo reforzando constantemente las posiciones que eran atacadas por Contreras. Así terminó el día, y durante toda la noche continuó el fuego que dirigían sobre nuestras trincheras algunos grupos de villistas, que se acercaban a hostilizar a nuestros soldados, haciéndose, en tanto, menos reñido el combate que libraba el general Contreras.

Al amanecer del día 13, el citado general reanudó sus ataques sobre el enemigo, logrando desalojarlo de algunas de sus posiciones, y causarle serias pérdidas.

Por la tarde empezó a cargar, por el valle, una fuerte columna de caballería enemiga, que trataba de desalojar a nuestros soldados del cerro de La Cruz. Las cargas se continuaron con bastante empuje, pero los certeros fuegos de nuestros soldados

obligaron siempre a los reaccionarios a dar media vuelta. El teniente coronel Salinas batía con magnífico éxito, con su artillería, a las columnas enemigas que cargaban sobre el cerro, causándoles grandes estragos.

El mismo día, el enemigo atacó con energía nuestro flanco izquierdo, obligando a nuestros puestos avanzados a abandonar las posiciones que ocupaban por El Resplandor, habiendo sufrido nuestras fuerzas algunas bajas, incluyendo entre los heridos a los coroneles J. Fernández de Lara y Enrique Espejel, y otros jefes y oficiales.

Ya muy tarde, transmití órdenes al general Contreras para que, después de rechazar al enemigo, se reconcentrara al campamento, debido a que el parque empezaba a agotarse y careceríamos del suficiente para librar un combate general si continuábamos aquella hostilización que podía provocarlo antes de que nos llegara el convoy que conducía pertrechos de Veracruz.

El general Contreras, de acuerdo con las órdenes de mi Cuartel General, comenzó a replegarse paulatinamente, habiendo pernoctado en la Hacienda de Duarte, conservando ocupadas por nuestros soldados algunas alturas cercanas a dicha Hacienda.

En la madrugada del día 14 fueron atacadas furiosamente nuestras posiciones en aquellas alturas, empeñándose con tal motivo un reñido combate que se prolongó hasta las 12 m., durante el cual funcionaron nuestra artillería y la del enemigo, con recio cañoneo. Con los oportunos refuerzos que estuvo enviando el general Contreras a las posiciones atacadas y con la eficacia del fuego de nuestra artillería, se logró rechazar por completo al enemigo, habiéndosele hecho una tenaz persecución en la que sufrió grandes pérdidas.

La persecución terminó a las 3 p. m., y después de ella, el general Contreras continuó haciendo la reconcentración de sus tropas en la hacienda de Duarte, abandonando, al efecto, el cerro de La Cruz y los otros inmediatos a éste, posiciones que habíamos conservado, a pesar de los desesperados esfuerzos que hizo el enemigo por arrebatárnoslas, durante los tres días de lucha, en que tuvo pérdidas que pueden estimarse en más de 250, entre muertos y heridos.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar 24 bajas en el 20.º batallón; 41 en el 9.º batallón, y 2 en la Sección de Ametralladoras, haciendo un total de 67, entre muertos y heridos. Entre los muertos del 9.º batallón figuraron: el capitán 2.º Ricardo Vidal, el teniente Cristóbal López y el subteniente Narciso Amistrón, para quienes el general Contreras, al rendir su parte al jefe de la 1.ª División de Infantería, tuvo los siguientes conceptos: Estos oficiales estuvieron en la primera línea, y fueron muertos en su sitio, junto con 12 valientes soldados, no sin ver antes, a dos pasos de nuestra línea, los muertos del enemigo confundidos con los nuestros. Insisto en significar a esa superioridad el sacrificio heroico de estos tres de mis mejores oficiales, que sucumbieron en cumplimiento de su deber, junto con un grupo de bravos soldados.

El general Contreras terminó en la tarde la reconcentración de sus fuerzas, y a las once de la noche se incorporó al campamento de Trinidad, con todos sus elementos.

Al reconcentrarse el general Contreras, se hizo una modificación de nuestra línea de frente, para cubrir nuestro flanco derecho; quedando éste ocupado por la brigada al mando del general Eugenio Martínez, circundando las lomas a retaguardia de la hacienda La Loza, hasta unirse con la línea de retaguardia de nuestro cuadro.

El mismo día 14 ordené al general Murguía que destacara fuerzas de su División, en número de 700 hombres, con instrucciones de que 500 de ellos tomaran posesión de la hacienda El Resplandor y los 200 restantes se situaran adelante de aquel punto, como puestos avanzados y de exploración.

De conformidad con esas órdenes, al amanecer del día 15 fue atacada, por sorpresa, la hacienda El Resplandor, que estaba ocupada por el enemigo, y después de hora y media de rudo combate, quedó aquella posición en poder de nuestras fuerzas, dejando los villistas en el campo muchos muertos y heridos, y habiéndoseles hecho algunos prisioneros.

El mismo día se incorporaron al campamento de Trinidad el teniente coronel Jesús Ma. Ferreira, procedente de Colima, con el 11.º Batallón de la 2.ª División del Noroeste; el teniente coronel Bernardino Mena Brito, procedente de Veracruz, con una sección de tubos lanzabombas, y el capitán 1.º Adán C. Rubio, procedente de Pachuca, con alguna gente reclutada en el Sur, y con la que más tarde se formó el 27.º Batallón del Noroeste, incorporándose a la 2.ª División de Infantería. Todos esos contingentes, después de ser revistados y convenientemente pertrechados, pasaron a tomar colocación en la línea de fuego, quedando la sección de tubos lanza-bombas incorporada a la 1.ª División de Infantería, y dependiendo directamente de la Jefatura de dicha División, a cargo del general Hill.

El resto del día lo pasamos haciendo detenidos reconocimientos sobre el flanco izquierdo del enemigo, registrándose, por diferentes puntos de nuestra línea, ligeros tiroteos, así como disparos aislados de cañón, que cambiaban nuestras baterías con las del enemigo.

Por la noche, el enemigo intentó recuperar las posiciones de El Resplandor, dando algunos ataques sobre nuestras fuerzas, pero en todos ellos fue rechazado, con pérdidas de consideración.

Como las tropas que ocupaban El Resplandor eran todas de caballería y no podía dárseles descanso ni forrajes a los caballos, por la constante actividad en que se les mantenía para contrarrestar los tenaces ataques de enemigo, ordené que aquellas posiciones fueran reforzadas con las brigadas 4.ª y 8.ª de infantería, de la 1.ª División, que teníamos de reserva desde que fueron reconcentradas del cerro de La Cruz, formando, con estas fuerzas, una línea en tiradores, que se prolongaba hasta frente a la hacienda Santa Ana, en ángulo recto, con apoyo frente al cuadro primitivo de nuestras infanterías.

Después de posesionadas dichas fuerzas, el enemigo dio un nuevo ataque, siendo también rechazado en esa vez, con pérdidas de consideración.

El enemigo siguió extendiendo sus líneas, hasta cubrir todo nuestro frente y nuestros flancos, pues apoyaba el suyo izquierdo sobre los cerros más altos que están al Oriente de estación Trinidad, prolongándose, de allí, por los cerros de La Cruz, de Otates y de la Capilla, y cruzando el valle, pasaba por frente a la hacienda El Resplandor, e iba a terminar en las lomas que están frente a la hacienda Santa Ana, por la izquierda, siendo la longitud de esa línea aproximadamente de 28 kilómetros.

Los días 16, 17 y 18 transcurrieron sin novedad de importancia en nuestro campamento, y en esos días continuamos practicando reconocimientos, en los que observábamos las actividades del enemigo, que con toda celeridad se atrincheraba a lo largo de su línea, haciendo llegar constantemente, de León, nuevos contingentes y toda clase de elementos, mientras que, por nuestra parte, nos preparábamos mejor para resistir cualquier ataque que llegase a dar el enemigo, antes de que recibiéramos el parque, que esperábamos de Veracruz, para principiar nuestra ofensiva y posesionarnos de León.

Durante ese tiempo, el Cuartel General de mi cargo estuvo, también, atento a la situación de retaguardia, ordenando lo conveniente para contrarrestar cualquier movimiento que el enemigo llegase a intentar por aquel rumbo; a cuyo efecto dispuse que el general Amaro se estableciera en Celaya, con el grueso de sus fuerzas, y situara competentes destacamentos en Irapuato y otros puntos inmediatos, en prevención de que la columna villista que se encontraba en Dolores Hidalgo intentara avanzar al Sur y apoderarse de nuestras vías de comunicación con Veracruz. En esa vigilancia cooperaban muy eficazmente el coronel José Siurob, gobernador y comandante militar de Guanajuato, nombramiento que había recaído en su favor, al ser substituido en el Gobierno de Querétaro por el general F. Montes, y el general Federico Montes, Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, quienes, constantemente, enviaban exploraciones y espías por los caminos de Dolores Hidalgo y San Miguel Allende, para recoger informes sobre los movimientos que hiciera el enemigo por aquellos rumbos; informes que ellos rendían, oportunamente, al Cuartel General de mi cargo, y que nos eran de mucha utilidad, para normar nuestros movimientos.

También transmití órdenes al general Amaro para que destacara fuerzas de su División hasta Pachuca, con objeto de asegurar el control de la vía hasta aquel punto, cooperando con las fuerzas del general Millán a batir a las numerosas partidas zapatistas que habían aparecido entre San Juan del Río y Tula, amenazando seriamente esta plaza y la vía del ferrocarril en aquella extensión.

El día 19 se observó que el enemigo hacía más activamente sus preparativos, y en reconocimientos que hice ese día, pude darme cuenta de que había emplazado artillería en nuestro frente y por el flanco derecho, dándome esto la seguridad de que estaba próximo un ataque general sobre nuestras posiciones; por lo que mandé violentar la marcha del tren con pertrechos que se encontraba en camino, procedente de Veracruz, disponiendo, para ello, que de Irapuato saliera el capitán Antonio M. Palma, llevando máquinas con auxilio de tanques de aceite y de agua a encontrar dicho tren, que ese día había salido de Tula, para que personalmente lo tomara a su cargo y lo hiciera llegar al campamento con toda prontitud.

El citado tren, custodiado hasta Celaya por fuerzas al mando del general J. Espinosa y Córdoba de la División del general Amaro, llegó a Trinidad a la 1:35 a. m. del día 20.

Al amanecer del día 20 comuniqué órdenes a los jefes de las Divisiones de Infantería y de Caballería, generales Hill, Diéguez, Murguía y Castro, para que procedieran a dar la dotación reglamentaria de parque a sus tropas, a fin de que estuvieran enteramente listas para iniciar la ofensiva. Durante ese día, no hizo ningunos movimientos el enemigo.

El día 21, como recibiera noticia fidedigna de que en Dolores Hidalgo el enemigo estaba reconcentrando algunos elementos, con la probable intención de atacar Celaya y cortar nuestras líneas de comunicaciones, modifiqué mi idea de tomar la ofensiva, aplazándola para cuando hubiéramos logrado cortar la retaguardia del enemigo y destrozar la columna que se encontraba en Dolores Hidalgo. Al efecto, acordé destacar una División, con objeto de destrozar la columna reaccionaria citada y destruir después la vía del ferrocarril entre San Luis y Aguascalientes, y al norte de esta última plaza. Comuniqué, pues, las siguientes instrucciones al general Murguía:

El Cuartel General de mi cargo ha dispuesto que hoy mismo se sirva usted emprender la marcha con las fuerzas de la 2.ª División de Caballería del Noroeste y la Brigada de Caballería que comanda el C. general Martín Triana, con destino a Dolores Hidalgo, haciendo todo esfuerzo por aniquilar la guarnición enemiga que hay en aquella plaza, destacando en seguida 500 hombres, al mando de un jefe conocedor de la región donde van a operar, con objeto de que se vaya destruyendo la vía lo más posible, hasta donde lo permita el enemigo que se encuentra en San Luis, y de allí pasarse a continuar igual labor sobre la vía que va de San Luis a Aguascalientes y, si es posible, de Aguascalientes al Norte. Hoy me dirijo al general Cesáreo Castro, para que ponga a las órdenes de usted al general Benecio López, que se encuentra con mil hombres frente a Dolores Hidalgo, a fin de que coopere en las operaciones que llevará usted a cabo. En el remoto caso de que el enemigo, al darse cuenta de sus movimientos, reforzara la guarnición de Dolores Hidalgo al grado de poner en peligro el éxito de sus operaciones, quedará al criterio de usted, al aproximarse a dicha plaza, atacar o suspender el ataque, debiendo, en todo caso, dar aviso de sus determinaciones a este Cuartel General. Encarézcole el restablecimiento de las vías telefónica y telegráfica a su retaguardia, a fin de que esté en constante comunicación con este Cuartel General. Reitero a usted las seguridades de mi atenta y distinguida consideración. *Constitución y*

*Reformas*. Cuartel General en estación Trinidad, Guanajuato, a 21 de mayo de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. general Francisco Murguía, jefe de la 2.ª División de Caballería del Noroeste.

Después de las doce del día, comencé a recibir partes de todos los jefes que cubrían la línea del frente, comunicándome que en el campamento enemigo se notaba inusitado movimiento. En vista de esos informes, salí a reconocer personalmente, y pude cerciorarme de que el enemigo, en efecto, hacía todos los preparativos para un ataque general. En nuestro campamento nada había ya que disponer, porque cada división, cada brigada, cada batallón y cada hombre, ocupaban el lugar que se les había señalado, y como se había estado combatiendo tan constantemente, todos nuestros jefes tenían una vigilancia rigurosa y estaban observando, también, los movimientos del enemigo.

Pasaba la noche en completa calma; pero, a las cuatro de la madrugada del día 22, el enemigo se lanzó de improviso sobre la línea que ocupaba la 2.ª División de Infantería, al mando del general Diéguez, y sobre las posiciones que ocupaba la brigada al mando del general Eugenio Martínez. El ataque se inició con extraordinario ímpetu, y en unos cuantos minutos, se generalizó por el frente y sobre la hacienda El Resplandor, en nuestro flanco izquierdo, habiendo, desde luego, entrado en acción la fusilería, ametralladoras y artillería, por ambas partes. Inmediatamente transmití órdenes al general Murguía, quien había llegado a Silao, en marcha hacia Dolores Hidalgo, a efecto de que regresara a estación Nápoles, a instalar allí, desde luego, su campamento, y esperar nuevas instrucciones.

El combate continuó con la misma rudeza, y como a las 8 a. m., cesó por nuestro frente y aumentó por nuestros flancos.

Cuando aclaraba el día, nuestros jefes y soldados descubrieron una línea de infantería enemiga, que avanzaba a una distancia menor de 100 metros de nuestras posiciones; observando también que algunos soldados se adelantaban, trayendo bombas de mano, para lanzarlas sobre nuestras trincheras, y desde luego se abrió sobre ellos un fuego cerrado, que hizo frustrar su asalto, intentado por sorpresa.

El combate a cada momento se hacía más desesperado, y el duelo de artillería que se había entablado entre nuestras baterías y las del enemigo, se hacía verdaderamente imponente.

Al fin, fue rechazada la primera carga; pero en seguida el enemigo, con fuerzas de refresco que hicieron menos empuje por llegar a nuestras trincheras, dio una nueva carga, la que fue también rechazada por nuestros soldados, dando los reaccionarios media vuelta cuando se vieron diezmados por el mortífero fuego de nuestra fusilería y ametralladoras. Entonces el enemigo ordenó un tercer asalto de sus infanterías, apoyadas por una columna de caballería, de la que cada jinete cargaba en ancas de su caballo un infante, para reforzar las líneas atacantes. Ese asalto fue rechazado también, y entonces los jefes contrarios ordenaron que la columna de caballería, con los infantes en ancas, dieran una carga sobre nuestra línea, y al llegar a nuestras trincheras, botaran a tierra a los infantes, para que éstos asaltaran nuestras posiciones. La orden se cumplió, y fue un nuevo fracaso para el enemigo, pues muy pocos lograron escapar de nuestros fuegos.

Convencidos los traidores de su impotencia ante nuestros valientes soldados, como a las 10 a. m. establecieron una línea de tiradores a distancia de más de un kilómetro de la nuestra, mientras que destacaban una columna de caballería, fuerte en cinco mil hombres, aproximadamente, la que, salvando el radio que batían nuestras infanterías, hizo un rápido movimiento a colocarse a nuestra retaguardia, frente a la hacienda Los Sauces, donde destruyeron la línea telegráfica y quemaron dos puentes de ferrocarril, después de rechazar a nuestros puestos avanzados de caballería que estaban situados por aquel rumbo, haciendo prisioneros a algunos de nuestros soldados de aquellas avanzadas y apoderándose de sus impedimentas. El general Castro tomó, desde luego, contacto con el enemigo para rechazarlo, entablando rudo combate, el que se generalizaba con fases poco favorables para nuestras caballerías, debido a la superioridad numérica de los villistas; pues el general Castro sólo contaba allí con cerca de tres mil hombres, porque tenía fuerzas de su División en la hacienda de Santa Ana, en La Loza y en Guanajuato.

Al general Murguía, que se encontraba en marcha hacia Dolores Hidalgo, le transmití órdenes urgentes para que contramarchara a su campamento, desde que empezaron a ser atacadas nuestras posiciones del frente, en la madrugada de aquel día; y de acuerdo con esas órdenes, la División de dicho jefe llegaba a Nápoles a las 12 m., cuando el general Castro combatía rudamente con los villistas, entrando, desde luego, en acción, para atacar al enemigo en combinación con Castro, logrando, entre ambas divisiones, obligar al enemigo a dar media vuelta, después de una resistencia enérgica. Los generales Murguía y Castro, con los generales Figueroa, Cabrera, Ramos, González y otros de sus respectivas divisiones, cargaron entonces sobre el enemigo, sin darle descanso, hasta obligarlo a replegarse a la hacienda de Duarte, causándole verdaderos estragos en la persecución y capturándole cuatro ametralladoras, muchos caballos, armas y demás pertrechos, y haciéndole prisioneros a todos los infantes que llevaba aquella columna, los que no pudieron escapar de la persecución de nuestras caballerías. Al desastre del enemigo en esa ocasión contribuyó, de manera importante, nuestra artillería, emplazada al oriente de Trinidad, la que batió constantemente a los villistas, desde que atacaban Los Sauces, y después, durante su huida, hasta que se replegaron a la hacienda de Duarte. En esta última fase del combate fueron tan certeros los disparos de nuestra artillería, que nuestro fuego causó extraordinario pánico entre los traidores, al grado de que muchos detenían su desenfrenada carrera y volvían hacia atrás, a entregarse a merced de nuestras caballerías, de cuya persecución iban huyendo.

En seguida inserto parte rendido a mi Cuartel General, por el general Castro relativo a dicha acción:

Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de usted que el 21 del actual, teniendo establecido mi Cuartel General en la estación de Nápoles, recibí, a las 6 p. m., órdenes de la Jefatura del Ejército de Operaciones, para relevar, esa misma noche, las guarniciones de las haciendas El Resplandor y Santa Ana, que se encuentran a nuestra izquierda, y movilizarme, con el resto de la División, a la hacienda Los Sauces, situada en el centro y a retaguardia de la Infantería, para relevar a fuerzas de la División que comanda el C. general Francisco Murguía, quien salía con rumbo a Guanajuato, debiendo quedar yo acampado en dicha hacienda. Libré las órdenes oportunas para que se procediera al cumplimiento de lo mandado, quedando nuestras fuerzas en la forma siguiente: En la hacienda El Resplandor, la brigada del C. general Porfirio G. González; en Santa Ana, la del C. general Jesús S. Novoa; en la hacienda Sotelo, el C. general Ildefonso Ramos, de la brigada Maycotte, y en la hacienda Nápoles e inmediato a la estación, el general Cabrera, de la brigada Regionales de Coahuila. El día 22, a las 6 a. m., hice mi movimiento a Los Sauces; pero, apenas iniciado, tuve conocimiento de que el general Ramos estaba siendo atacado vigorosamente por el enemigo, que durante la noche había avanzado por nuestra ala derecha, con objeto de flanquearnos. La escolta del C. general Alejo G. González y la mía, al mando del C. teniente coronel Federico Berlanga, habían trabado, también, rudo combate con las fuerzas contrarias, que en gran número trataban, a toda costa, de apoderarse de la vía férrea. Los nuestros lograron sostenerse por algo más de una hora, pero el considerable número del enemigo (5 000 a 6 000 hombres), los hizo replegarse, llegando en esos momentos el general Cabrera, con lo que, cobrando nuevos ánimos, pudo contenerse el violento avance de los contrarios. El combate continuó reñidísimo, pues se llegó a luchar cuerpo a cuerpo, y estaba indeciso su resultado, a pesar del valor y tenaz resistencia de los nuestros, dándose el caso de tener que apelar, con buen resultado, a una carga de caballería del Estado Mayor del C. general Alejo G. González. Las fuerzas enemigas recibieron numeroso refuerzo de León, viéndonos obligados a replegarnos hasta la vía férrea, en cuyo terraplén nos hicimos fuertes; pero la tenacidad y el número abrumador de los que nos atacaban nos tenían en situación desventajosa; lo que, comprendido por el enemigo, hizo que pretendiera, con vigorosa carga, flanquearnos, logrando, afortunadamente, evitarse, con la brillante defensa de mi Estado Mayor. En esos momentos, el general Francisco Murguía, que ya había recibido órdenes de contramarchar de Silao, llegó en nuestro auxilio, iniciando oportuno ataque, perfectamente desarrollado, y que inclinó la victoria de nuestra parte. Fuéronse quitando al enemigo, una a una, las posiciones que ocupaba, y a las seis de la tarde, hora en que se recibió orden de suspender la persecución, lo habíamos replegado hasta su primitivo puesto. Las pérdidas que se le causaron fueron aproximadamente de 700 a 800 hombres, entre muertos y heridos, como 40 prisioneros, que fueron pasados por las armas; algo de parque, 4 ametralladoras, quitadas por fuerzas del general Ramos, y algunos caballos ensillados. Por nuestra parte, lamentamos las siguientes pérdidas: de la Brigada Regional de Coahuila, 2 oficiales y 17 de tropa muertos y 1 mayor, 2 oficiales y 35 de tropa heridos; de la brigada Maycotte, 1 mayor, 2 oficiales y 16 de tropa muertos, y 1 oficial y 10 soldados heridos; además, 19 dispersos de la brigada Regional de Coahuila; haciendo, en total: 1 jefe, 4 oficiales y 33 de tropa muertos, y 1 jefe, 3 oficiales y 45 de tropa heridos, y 3 oficiales y 16 de tropa dispersos. Me complace hacer constar que todos y cada uno de los que tomaron parte en este combate, cumpliendo con su deber, estuvieron a la altura del buen nombre de nuestro Ejército, no pudiendo hacer especial mención de algunos, pues todos, sin excepción, combatieron valientemente. Al felicitar a usted, en nombre de todos y en el mío propio, por este nuevo triunfo de nuestras armas, me permito encarecerle se sirva hacer extensiva la felicitación al C. Primer Jefe. Reitero a usted las seguridades de mi respetuoso afecto y subordinación. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en estación Nápoles, Guanajuato, a 23 de mayo de 1915. El General de Brigada, jefe de la 1.ª División de Caballería del Noroeste. *Cesáreo Castro*. [5]

Mientras que el combate se desarrollaba a retaguardia y flanco derecho, por nuestro frente había decrecido la intensidad de la lucha.

Al obscurecer, hizo sus esfuerzos finales el enemigo, dando sus últimas furiosas cargas de caballería sobre las posiciones que ocupaban los generales Carpio y Martínez, en las que, como siempre, fueron rechazados con pérdidas de consideración.

Al cesar los asaltos del enemigo, cesó también el fuego de artillería, que durante todo el día fue desesperado, batiendo los cañones enemigos las lomas en que estaban emplazadas nuestras piezas, y especialmente las posiciones que ocupaban el general Martínez y el teniente coronel Sobarzo, con los batallones 1.º y 21.º de Sonora.

A las ocho de la noche había cesado el fuego en toda la línea, y sólo a intervalos se dejaban oír ligeros tiroteos por nuestro flanco derecho: era que nuestros soldados, constantemente alertas, batían a pequeños grupos villistas, que habían quedado dispersos de la columna que entró a retaguardia, y que, protegidos por la obscuridad de la noche, marchaban a incorporarse a sus campamentos, frente a León.

Para dar una idea de la actividad de la artillería en el combate de ese día, bastará consignar que, como lo asienta en su parte relativo el general Maximiliano Kloss, por nuestra parte se dispararon un mil ochocientas granadas, de todos los sistemas y calibres que teníamos en servicio, habiendo sufrido el personal de la artillería 20 bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros, 5 oficiales.

El fuego de la artillería enemiga fue de más intensidad, pudiéndose asegurar que el número de sus proyectiles disparados fue, cuando menos, doblemente mayor que el de los nuestros.

A las doce de la noche se reanudó el combate por nuestro flanco izquierdo, en nuestras posiciones de El Resplandor, que fueron atacadas rudamente, y a la una a. m., se registraba también un asalto parcial sobre nuestra ala derecha, cubierta por fuerzas

del general Diéguez y de la 1.ª División. Este ataque duró, aproximadamente, 20 minutos, al cabo de los cuales, el enemigo se replegó. El combate en El Resplandor se prolongó hasta el amanecer del 23, siendo rechazados los asaltantes con fuertes pérdidas, en tanto que las nuestras consistieron en 1 oficial y 10 soldados heridos, y 4 soldados muertos.

En las primeras horas del día 23 practiqué un reconocimiento por nuestras líneas, y pude observar que el enemigo había retirado su artillería y replegado su línea de frente, hasta las posiciones que ocupaban antes de prepararse para el asalto dado el día anterior. Esto nos permitió reconocer todo el campo que había sido teatro de los combates, el que quedó sembrado de cadáveres, en tal número, que llegaron a encontrarse hileras de muertos, en perfecta colocación de tiradores, dando la impresión de que hubieran sido muertos por una descarga eléctrica.

Por el reconocimiento hecho en todo el campo, y por los partes que rindieron los jefes de nuestras fuerzas que tomaron parte en los combates, nos convencimos de que el enemigo había tenido más de dos mil bajas, contándose entre ellas muchos jefes y oficiales.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar más de trescientas bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos, un coronel de las fuerzas del general Murguía; el mayor Francisco Flores, del 20.º Batallón, y varios oficiales, uno de ellos el teniente Ramiro Diéguez, hermano y miembro del Estado Mayor del general Diéguez.

Entre nuestros muertos habidos en ese combate, figura un niño de once años, llamado Rodolfo González, quien desde Puebla se había acogido a la protección del general Alejo G. González, y con gran entusiasmo acompañaba a este jefe en todas las campañas, habiéndose hecho muy popular entre las tropas, que cariñosamente le llamaban el Generalito.

Cuando el combate era más reñido por nuestro flanco derecho, el día anterior, se presentaron a nuestros soldados 3 oficiales y 16 individuos de tropa del campo villista, rindiéndose incondicionalmente e informando que, en el campo enemigo, era grande la desmoralización entre las tropas, por los repetidos fracasos que habían sufrido. A dichos oficiales y soldados se les recogieron las armas, poniéndolos luego en libertad.

Debo consignar también que durante el combate del día 22, se aproximó a las posiciones que ocupaba el coronel Melitón Albáñez, de la 2.ª División de Infantería, un automóvil procedente del campo enemigo, y al verlo algunos de nuestros soldados, salieron a su encuentro, tiroteándolo, por lo que precipitadamente lo abandonaron sus ocupantes, quedando el auto en poder de los nuestros, quienes lo remolcaron hasta nuestro campamento, habiéndose encontrado en él algunos documentos y equipaje pertenecientes al general reaccionario José Rodríguez; notándose, también, frescas manchas de sangre en el asiento, por lo que es de suponerse que resultó herido por el fuego de nuestros soldados alguno de los que ocupaban el automóvil.

Es igualmente debido consignar que en la persecución hecha al enemigo que se había colocado a nuestra retaguardia, y que fue obligado a reconcentrarse en la hacienda de Duarte, tomó parte importante la brigada de caballería del coronel Cirilo Abascal, perteneciente a la 2.ª División del Noroeste.

Después de la batalla del día 22, quedamos imposibilitados para tomar la ofensiva, debido al consumo de parque que se había hecho durante los combates, pues quedaron batallones enteros con menos de la tercera parte de la dotación reglamentaria; y el enemigo, aunque muy desmoralizado por los fracasos del día anterior, ocupaba magníficas posiciones, en cuyas circunstancias consideré que sería aventurado un ataque. Determiné, pues, esperar la llegada del nuevo convoy de parque, que usted había ordenado se remitiera con toda diligencia de Veracruz, al cuidado del coronel Ignacio C. Enríquez.

El resto del día 23 se pasó levantando el campo, incinerando cadáveres y recogiendo heridos.

Como un acto de justicia consigno en este parte la diligencia y el valor con que se portaron todos los miembros de nuestro Servicio Sanitario, pues los médicos y ambulantes estuvieron constantemente en la zona de fuego, recogiendo heridos y transportándolos a los trenes-hospitales, que se encontraban en la estación, frente al tren del Cuartel General, a distancia de un kilómetro de nuestra línea de fuego del frente, y bajo el fuego de la artillería enemiga.

El mismo día 23, ordené al general Hill que movilizara la 5.ª Brigada de Infantería, al mando del general Gabriel Gavira, a relevar las fuerzas del general Pedro Morales, que ocupaban posiciones en El Resplandor, pasando estas fuerzas a situarse en El Bajío, cerca de la hacienda Santa Ana, para proteger esa posición, en caso de ser amagada por el enemigo.

El día 24 se observó que una fuerza de caballería enemiga hacía un movimiento por sobre nuestro flanco izquierdo, a distancia de nuestra línea, y en previsión de que fuera atacada la hacienda de Santa Ana, ordené al general Pedro Morales que estuviera listo para auxiliar aquella posición, que estaba ocupada por fuerzas del general Jesús S. Novoa, de la División del general Castro, y dándole, al mismo tiempo, instrucciones de que practicara una exploración por aquel rumbo.

El general Morales hizo la exploración ordenada, y poco después rindió parte a mi Cuartel General de haber llegado hasta la hacienda La Sandía, donde había algunas fuerzas enemigas, que huyeron hacia el cerro de San Cristóbal, ocupado también por el enemigo.

En la misma fecha, el general Murguía rindió parte de que el general Figueroa le había comunicado que, en exploraciones hechas por los alrededores de Romita por el teniente coronel Rodolfo F. Berber, se había descubierto que en la hacienda El Paraíso, a seis leguas del pueblo, existían fuerzas enemigas, que se hacían ascender a un número considerable. Ordené al general Murguía que siguiera enviando exploraciones competentes por aquel rumbo, y diera instrucciones de ejercer una estricta vigilancia, para seguir observando los movimientos del enemigo.

Durante todo el día 24 permaneció inactivo el enemigo, y no ocurrieron más novedades, que el haberse presentado en nuestras trincheras soldados villistas rindiéndose incondicionalmente y manifestando que reinaba gran desmoralización en las filas reaccionarias. Se recogieron las armas a esos desertores del enemigo, y se les expidieron pasajes para que fueran a Michoacán, de cuyo Estado dijeron ser originarios.

El general Benecio López, de la División del general Castro, que se encontraba al frente de las fuerzas que vigilaban los caminos de Guanajuato a Dolores Hidalgo, observando la actitud de la columna villista, posesionada de aquella plaza, rindió parte de que el coronel Elizondo, jefe de los puestos avanzados rumbo a Dolores Hidalgo, había avistado fuerzas de caballería e infantería enemigas, que avanzaban hasta Lugo, con la aparente intención de atacarlo en la noche. Con tal motivo, ordené que estuvieran alerta y listas para cualquier movimiento las fuerzas de guarnición en Guanajuato y en Silao, éstas al mando del coronel Fidel Morado, de la brigada del general Maycotte, así como las que, al mando del general Amaro, guarnecían Celaya.

El día 25, el general López informó que el enemigo avistado el día anterior por el coronel Elizondo había seguido reforzándose con infantería y caballería, y tomando posiciones frente a las de sus fuerzas, en Santa Rosa y La Fragua, pero sin atacar.

El general Pedro Morales y el coronel Cirilo Elizalde practicaron exploraciones por las haciendas La Sandía, San Cristóbal y El Mezquital, regresando sin novedad a sus campamentos, y dando parte de que sólo en la última de las citadas fincas habían encontrado enemigo, en reducido número, el que había huido tan pronto como avistó a nuestras fuerzas.

Todos los jefes de la línea rindieron partes sin novedad, pues el enemigo permaneció durante todo el día en completa inactividad, sin intentar hostilizar a nuestras tropas.

Durante la noche, sólo se registró un ligero tiroteo, de muy corta duración, frente a las posiciones del 20.º Batallón de Sonora.

El día 26, a las 9:30 a. m., recibí mensaje del capitán 1.º Salvador Mendoza, jefe de las armas en San Juan del Río, Querétaro, dándome parte de haber tenido noticia fidedigna de que una partida de zapatistas, que se hacía ascender a quinientos hombres, había pasado por Cerro Gordo, con aparente intención de atacar San Juan del Río. Inmediatamente puse el hecho en conocimiento del general Montes, Gobernador y Comandante Militar de aquel Estado, dándole instrucciones de que estuviera atento a la situación de aquella zona, para que oportunamente tomara las medidas necesarias, a fin de proteger cualquier punto que se viera amenazado dentro de su jurisdicción.

A las 3:25 de la tarde de aquel día, el mismo capitán Mendoza me informó, en parte telegráfico, que un tren que iba hacia el sur, a cargo del coronel Nicolás Díaz Velarde, había descarrilado en estación Aragón, al sur de San Juan del Río, y que dicho jefe comunicaba que, a corta distancia de aquel punto, se encontraba importante núcleo enemigo. Momentos después recibí otro mensaje, suscrito por el inspector de telégrafos, F. L. Bravo, a quien había movilizado de Irapuato para corregir algunos desperfectos que se notaban en la línea telegráfica, entre San Juan del Río y Tula, informándome haber llegado al kilómetro 107, Y encontrado un puente dinamitado, y la vía del ferrocarril destruida en un tramo de cinco a seis kilómetros, en cuya extensión había sido quemada toda la postería del telégrafo y destrozados los hilos por una columna zapatista, cuyo número se hacía ascender a un mil quinientos hombres.

Inmediatamente comuniqué órdenes al teniente coronel J. L. Gutiérrez, jefe de reparaciones de vía y comandante del Batallón de Ferrocarrileros, quien se encontraba en Jaral del Valle haciendo acopio de forrajes para nuestras caballerías, a fin de que, llevando un tren con materiales de reparación y la fuerza que estaba a sus órdenes, marchara violentamente al Sur, hasta el lugar de los desperfectos, e hiciera las reparaciones necesarias, debiendo llevar cuadrilla de celadores, para restablecer cuanto antes la comunicación telegráfica, de acuerdo con el inspector del ramo, C. Manuel F. Ochoa, que se encontraba en Querétaro. Comuniqué, también, órdenes para que fuera reforzado el Batallón de Ferrocarrileros con 200 hombres de la brigada del general Gonzalo Novoa, los que deberían ser recogidos en Irapuato, por el teniente coronel Gutiérrez.

Nuevas exploraciones hechas por el rumbo de Romita, vinieron a desmentir la noticia de que en la hacienda El Paraíso existía enemigo en considerable número, según parte que con fecha 26 me rindió el general Murguía.

Durante el citado día 26 no hubo cambio en la tranquila situación de nuestro campamento, y tampoco por el rumbo de Guanajuato; siguiendo el general Benecio López muy pendiente de los movimientos que llegara a hacer el enemigo, que había tomado posiciones frente a nuestros puestos avanzados, en Quinteros. Por mi parte, ordené que, a fin de frustrar al enemigo cualquier intento de avance al Sur, el general Amaro movilizara una columna de caballería sobre San Miguel Allende, dándole instrucciones de que si la guarnición villista en aquella plaza, no era numéricamente superior a esa columna, la atacara para posesionarse de la población. Al mismo tiempo, comuniqué órdenes al general Benecio López, para que con las fuerzas de su mando, simulara un avance sobre Dolores Hidalgo, a fin de llamar la atención del enemigo que se encontraba en aquella plaza, e impedir, así, que pudiera reforzar la guarnición de San Miguel Allende, si era atacada por las fuerza del general Amaro.

Al siguiente día, se encontraba ya en marcha la columna destacada por el general Amaro sobre San Miguel Allende, mandada por el coronel Villarreal, y al llegar a Puente de Calderón, trabó combate con las avanzadas villistas que allí había, las que opusieron una enérgica resistencia al avance de nuestra columna, hasta que, por fin, fueron desalojadas por los nuestros, causándoles pérdidas considerables en muertos, heridos y prisioneros, siendo estos últimos en número de doce. Ocupado por nuestras fuerzas el Puente de Calderón, emprendieron la persecución del enemigo rumbo a San Miguel Allende; pero al acercarse

a aquella plaza, se dieron cuenta de que venía en auxilio de los villistas perseguidos una columna con efectivo mucho mayor que la nuestra, por lo que el coronel Villarreal juzgó necesario replegarse hasta Chamacuero, dando parte del resultado de su expedición al general Amaro, en Celaya, para ser auxiliado por éste en caso de que la columna villista, de refuerzo, avanzara a atacarlo en aquel lugar.

El general Benecio López rindió parte de que el mismo día, a la 1:30 p. m., una avanzada de sus fuerzas en Quinteros había tenido un tiroteo con una exploración del enemigo, a la que los nuestros derrotaron completamente, obligándola a huir en dispersión.

Seguí recibiendo diversos partes, que daban cuenta de las actividades del enemigo sobre la línea de San Juan del Río a Tula, y de que habían causado nuevos daños en Peón, Polotitlán, Dañú, Marqués y otros puntos de la vía; y con tal motivo, ordené que, violentamente, salieran de Irapuato el capitán Antonio M. Palma, jefe de trenes militares, y el C. Luis G. Alcalá. maestro de caminos, a cooperar con el teniente coronel Gutiérrez en la pronta reparación de aquellos desperfectos.

En la misma fecha, ordené al general Murguía que, con fuerzas de su División, mandara reforzar las posiciones de la hacienda Santa Ana, ocupando los cerros inmediatos a esta, en prevención de que fuera atacada por el enemigo, que frecuentemente hacía movimientos por aquel rumbo, esquivando combate con nuestras tropas del flanco izquierdo.

El día 28, quedó restablecida la comunicación telegráfica, al sur de San Juan del Río, pudiendo entonces saber que el tren de pertrechos que venía de Veracruz había llegado sin novedad a Tula. Ordené entonces al capitán Palma que se transladara a aquella estación y recibiera del coronel Enríquez dichos pertrechos, para que, bajo su personal vigilancia, los condujera con toda prontitud hasta nuestro campamento, escoltados por la fuerza a sus órdenes, por la del coronel Ocampo, que se encontraba en Tula, y por la fuerza del teniente coronel Gutiérrez, que trabajaba en la reconstrucción de la vía del ferrocarril.

En la misma fecha, y con motivo de haber tenido informes de que se estaban reconcentrando en las cercanías de Guadalajara algunos grupos de reaccionarios, con la aparente intención de atacar aquella plaza, que tenía una corta guarnición a las órdenes del general Enrique Estrada (quien había quedado como jefe de operaciones en Jalisco, cuando salió el general Diéguez de aquel Estado), hice movilizar un refuerzo, al mando del general Pablo Quiroga, de la División del general Diéguez, compuesto de los batallones 11.º y 23.º de la 2.ª División del Noroeste, y un regimiento de caballería de la misma División, cuyos cuerpos eran comandados, respectivamente, por los tenientes coroneles Jesús Ma. Ferreira, Juan Domínguez y Leonardo Esquivel.

Por la noche quedó reparada la vía del ferrocarril entre San Juan del Río y Tula; pero no completamente expeditada, porque la obstruía el tren descarrilado en el kilómetro 111; y como el levantamiento de ese tren podría tardar, ordené al capitán Palma que hiciera marchar el tren de pertrechos de Tula hasta el lugar del descarrilamiento y que, con toda actividad, empleando toda la gente que fuera necesaria, se transbordara el parque a los trenes que había llevado el teniente coronel Gutiérrez, salvando así el tramo obstruido, y que una vez hecho el transbordo, continuara violentamente en marcha a nuestro campamento, escoltando el convoy en la forma que ya le había indicado y, además, por el batallón de Supremos Poderes, que traía a sus órdenes el coronel Enríquez, a quien, a última hora, di instrucciones de continuar su marcha hasta Trinidad.

Ese día, como los anteriores, transcurrió sin novedad en nuestro campamento. Por el rumbo de Dolores Hidalgo se registraron ligeras escaramuzas, entre las avanzadas de las fuerzas del general Benecio López Y las exploraciones villistas de la columna que se encontraba en Dolores Hidalgo.

El día 29 venía en camino, sin novedad, el tren de pertrechos, habiendo llegado a Silao a las 8:45 de la noche, y ordené que, desde luego, se desbloqueara el patio de la estación Trinidad, para que dicho tren se hiciera seguir hasta el campamento, aquella misma noche, como se efectuó.

El general Benecio López me rindió parte de que, por la mañana, había salido al frente de 200 hombres, de Quinteros a Capulín, habiendo tomado contacto con el enemigo que se encontraba en aquel lugar, y que después de tres horas de combate, había logrado quitar a los villistas sus posiciones, desalojándolos, igualmente, del aguaje de Capulín, siendo el enemigo en número de 300 hombres, a las órdenes del llamado coronel Joaquín Sandoval, quien fue muerto durante el combate, por el teniente José Dueñas, de las fuerzas del general López; que los villistas, desalojados de sus posiciones, emprendieron la fuga rumbo a la hacienda Trancas, en completa desbandada, y que, poco después, reorganizados y reforzados en dicha hacienda, formando una columna de más de 600 hombres de caballería e infantería, volvieron sobre los nuestros, obligando al general López a replegarse con sus fuerzas, hasta sus antiguas posiciones en Quinteros, adonde el enemigo llegó a atacarlo, siendo los villistas constantemente reforzados por el camino de Dolores Hidalgo, hasta que, al fin, los nuestros lograron rechazarlos, con pérdidas de consideración, a pesar de su superioridad numérica.

El día 30, a primeras horas, se repartió entre la tropa la dotación reglamentaria de parque de la remesa llegada la noche anterior, y principiamos a hacer los preparativos para nuestra próxima ofensiva sobre el enemigo posesionado frente a León.

El general Benecio López me rindió parte de que una avanzada villista había intentado apoderarse de Puerto de Bermúdez, habiendo sido rechazada con algunas pérdidas, por los nuestros.

A las 10 p. m. recibí un nuevo parte, rendido por el general López, haciéndome saber que el enemigo intentaba otra vez apoderarse de Puerto de Bermúdez, posición que estaba siendo defendida bizarramente por nuestros soldados, rechazando todos los ataques de los villistas.

Habiendo obtenido autorización de esa Primera Jefatura para incorporar, accidentalmente, al Ejército de Operaciones el batallón de Supremos Poderes, a las órdenes del coronel Enríquez, el Cuartel General de mi cargo dispuso que esa fuerza pasara a tomar posiciones en nuestra línea del flanco izquierdo, frente a la hacienda Santa Ana, reforzando así aquel sector que, por los movimientos del enemigo, parecía ser su objetivo.

El día 31, a las 8 p. m., me transladé a la estación Nápoles, a conferenciar con los generales Murguía y Castro, a quienes manifesté mi propósito de esperar dos días más, dejando al enemigo la iniciativa de ataque, y que si, en ese tiempo, no tomaba la ofensiva, la tomaríamos nosotros, indicándoles que, si en ese término, llegábamos a ser atacados, estaríamos enteramente listos para tomar la ofensiva, tan pronto como el enemigo estuviera lo suficientemente quebrantado. Por la tarde, regresé a Trinidad, donde conferencié también con los generales Diéguez y Hill, sobre el mismo tema.

Las opiniones de los jefes citados eran diversas: el general Murguía se inclinó siempre por tomar la ofensiva; el general Castro era del mismo parecer; el general Diéguez opinaba que, después de los combates del día 22, el enemigo no intentaría un nuevo ataque, y que, en consecuencia, tocaba a nosotros emprenderlo; en tanto que el general Hill se inclinaba por la defensiva, hasta que tuviéramos pertrechos suficientes para asegurar el éxito de un movimiento ofensivo por nuestra parte. Sin embargo de tal divergencia de opiniones, todos los jefes estuvieron siempre dispuestos a secundar mi plan general, consistente en agotar lo más posible al enemigo en sus continuos ataques sobre nuestras posiciones, y tomar la ofensiva cuando se tuviera la seguridad de un éxito completo, táctica que ya había sido coronada por el éxito en los combates de Celaya.

Como para entonces el enemigo había evacuado ya las plazas de Monterrey y Saltillo, y reconcentrado todas las fuerzas con que había principiado su ofensiva en la frontera Norte del país, hacía ascender su efectivo en León y en sus atrincheramientos frente a nuestras líneas, a un número aproximado de 35 000 hombres, con 24 piezas de artillería.

El general Benecio López me rindió parte de que el combate entablado la noche anterior, entre sus avanzadas, en Puerto de Bermúdez, con los villistas que trataban de apoderarse de aquella posición, había durado cuatro horas, al cabo de las cuales el enemigo fue obligado a replegarse en dispersión, sufriendo muchas bajas.

Por la noche, el coronel Siurob, Gobernador y Comandante Militar de Guanajuato, me rindió parte urgente, comunicándome que al mineral de La Luz, situado sobre la sierra de Guanajuato, como a 10 kilómetros al poniente de estación Nápoles, había llegado una fuerza de caballería enemiga, de 150 hombres; y que sus avanzadas, por el camino de dicho mineral, habían avistado enemigo superior, a larga distancia, haciendo un movimiento con el mismo rumbo. Inmediatamente comuniqué la noticia al general Murguía y al general Castro, que se encontraban acampados en Nápoles, a fin de que mandaran ejercer estricta vigilancia, para evitar una sorpresa.

Con esas novedades, terminó el día.

La noche pasaba en relativa calma, dejándose oír solamente disparos aislados de fusil, en distintos puntos de la línea de uno y otro campamento, que, como señales de ¡alerta!, daban por la noche las tropas, cuando no se combatía.

A las tres de la mañana, fuimos despertados por el fuego que el enemigo abría por nuestro flanco izquierdo, generalizándose rápidamente en toda nuestra línea, aunque siendo un poco menos intenso en nuestro flanco derecho.

La forma en que ese combate se inició, me hizo suponer desde luego, que se trataba de un combate general, y desde aquel instante se empezó a sentir inusitada actividad en nuestro campamento. Los toques de clarín de asaltantes y defensores se dejaban oír distintamente hasta el Cuartel General, ordenando siempre: ¡Fuego! ¡Fuego!, y en pocos momentos, la acción tomó las proporciones que yo esperaba.

Cuando amaneció, el combate era reñidísimo, haciéndose incesante el fuego de ametralladoras, fusilería y cañones, pudiendo, entonces, notar que una columna de caballería hacía un movimiento sobre nuestra extrema izquierda.

Al iniciarse el combate, lo comuniqué a los generales Murguía y Castro, a fin de que estuvieran enteramente listos para recibir órdenes, y al notar el avance de la columna de caballería sobre nuestro flanco izquierdo, para amagar nuestra retaguardia por Santa Ana, ordené al general Murguía que, con toda actividad, se movilizara con las fuerzas de su División a aquella hacienda, y al general Castro, que con su División, marchara a acamparse en la hacienda Los Sauces.

El combate continuó, con igual encarnizamiento, hasta las nueve a. m., hora en que las columnas de infantería enemigas se replegaban a sus posiciones, muy diezmadas, pues habían dejado en el campo gran número de muertos y heridos; continuando un fuego menos intenso, y a una distancia que lo hacía casi ofensivo. La artillería enemiga continuaba haciendo fuego nutrido sobre nuestras posiciones.

A esa hora, recibí un parte del general Jesús S. Novoa, comunicándome que la hacienda Santa Ana empezaba a ser atacada por una columna enemiga, y que otra columna, más numerosa, hacía un movimiento envolvente, a distancia, amagando colocarse a su retaguardia. Ese parte lo comuniqué al general Murguía para que activara su marcha a Santa Ana.

A las diez de la mañana se me informó de Silao y de Nápoles que una fuerte columna de caballería enemiga avanzaba sobre aquellas estaciones, y que estaba ya a la vista el grueso de dicha columna. En aquellos momentos quedaron interrumpidas las comunicaciones, pues los villistas quemaron las estaciones de Silao y Nápoles, y todos los puentes de aquel tramo, destruyendo también la línea telegráfica.

El general Maycotte, que se había incorporado procedente de Puebla, el día 29 de mayo, y que todavía se encontraba curándose de la herida que recibiera en el combate del día 12 del mismo mes, estaba en Silao con 200 hombres de su brigada. Encontrándose también en el hospital de Silao, algunos heridos y enfermos de nuestras infanterías, entre ellos, el coronel Francisco R. Noriega, jefe del 2.º Batallón de Sonora, quien al tener conocimiento de la aproximación del enemigo, abandonó su cama, y se hizo seguir de ocho heridos más, que se encontraban aún en condiciones delicadas, saliendo, pie a tierra, resueltos, hasta las orillas de la población, donde tomaron posiciones en tiradores, y resistieron con admirable heroísmo, hasta que todos ellos fueron muertos en sus respectivos sitios. En el hospital de Silao se encontraban también el teniente coronel Cenobio Ochoa, con dos de sus oficiales, y éstos lograron escapar, haciendo su marcha a Trinidad, a pie, por lejanos caminos que les ofrecieron más seguridades. El general Maycotte logró salir de la plaza con la mayor parte de su gente, batiéndose en retirada rumbo a Irapuato.

El sacrificio del coronel Noriega y sus valientes compañeros no fue estéril, pues su actitud desconcertó al enemigo, que, al sentir resistencia, empezó a tomar dispositivos de combate, perdiendo con esto el tiempo, que hábilmente era aprovechado por el capitán Palma, jefe de trenes militares, para sacar todos los trenes que había en la estación, conteniendo provisiones, pertrechos, pagaduría y hospitales; habiendo quedado, solamente, dos carros con impedimentas y mujeres de los batallones de juchitecos, y un carro que era taller para fabricación de bombas para los tubos lanza-bombas Mariñelarena y que, por lo tanto, contenía materias explosivas. Esos tres carros fueron incendiados por los villistas, habiendo muerto quemadas algunas de las personas que los ocupaban y que no tuvieron tiempo de escapar, las que, afortunadamente, fueron en muy corto número.

El enemigo posesionado de la plaza pasó por las armas a algunos de nuestros heridos, que cayeron en su poder, así como a nuestros soldados y oficiales que fueron hechos prisioneros y al telegrafista Vicente Coria, de la sección telegráfica de mi Cuartel General, quien atendía la oficina telegráfica de la estación de Silao en los momentos del asalto. Los telegrafistas militares Benito Ramos, Sra. Macrina Lara y Pedro R. Torres, que también estaban de servicio en Silao, en aquellos momentos, se vieron en grave peligro de caer en poder del enemigo y sólo por circunstancias casuales lograron escapar. El comportamiento de todos ellos fue digno de elogio, pues mantuvieron la comunicación hasta los precisos momentos en que el enemigo llegaba a la estación, cuando ya la ciudad estaba en su poder, y aun cuando hubieran podido escapar oportunamente en algunos de los trenes que salieron rumbo a Irapuato.

El enemigo incendió la estación, los carros que en ella se encontraban y los depósitos de aceite, y, dejando una regular guarnición, marchó a incorporarse al grueso de la columna, que a las órdenes directas del llamado general Villa, atacaba a nuestras caballerías en Nápoles.

A esa hora, y cuando las columnas de humo que levantaban los incendios en Silao, indicaban al enemigo atrincherado a nuestro frente que nuestra retaguardia había sido cortada por sus compañeros, reanudaron sus asaltos sobre nuestras posiciones del frente; asaltos en que siempre fueron rechazados por nuestras infanterías, causando fuertes pérdidas a los traidores.

Como a las 10:30 a. m. el combate había tomado su mayor proporción, entrando en acción, excepto pequeñas fracciones, todos los contingentes de ambos Ejércitos; pero a poco, las infanterías que atacaban nuestro frente y nuestros flancos, ya muy quebrantadas y diezmadas en sus inútiles esfuerzos por tomar nuestras trincheras, empezaron a desistir de su empeño, replegándose a sus antiguas posiciones.

Continuaba encarnizado el combate que libraban nuestras caballerías, desde la hacienda Santa Ana y la de La Loza, hasta los cerros que quedan al sur de estación Nápoles, adonde las caballerías habían sido ya rechazadas por el enemigo, después de desalojarlas de sus posiciones, en la vía del ferrocarril, y de la hacienda de Nápoles.

A poco, nuestras caballerías eran atacadas vigorosamente en los cerros al sur de estación Nápoles, obligándolas a batirse desesperadamente en retirada, palmo a palmo, hacia la hacienda Santa Ana.

Para proteger la retirada de los generales Murguía y Castro, de la que tuve conocimiento por parte que me rindió el general Murguía diciéndome que era tal el ímpetu con que cargaban los villistas, que era difícil contenerlos, ordené la movilización de la brigada de caballería del general Pedro Morales, reforzada con el regimiento a las órdenes del coronel Cirilo Elizalde, cuya fuerza llegó hasta la hacienda La Loza.

Por nuestro frente y nuestro flanco izquierdo había perdido intensidad el combate, y sólo el fuego de artillería continuaba incesante.

Nuestras caballerías terminaron su reconcentración en Santa Ana a las seis de la tarde, siendo allí reforzadas con las brigadas de los generales Rómulo Figueroa, Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, procediendo, desde luego, a reorganizarse y tomar posiciones tras las cercas de piedra que existen en la misma finca, para resistir cualquier ataque del enemigo, que quedó acampado a corta distancia. Por la noche, las fuerzas del general Pedro Morales, que habían sido situadas en La Loza, fueron atacadas por el enemigo, y ordené que se reconcentraran al rancho de San Gregorio, y de allí a Santa Ana.

En la retirada de nuestras caballerías tuvimos que lamentar muy serias pérdidas, figurando entre los muertos, los coroneles Díaz Couder, de la División del general Murguía, y Cirilo Elizalde, de la Brigada Antúnez.

Al obscurecer, el enemigo tomó posiciones, formando un semicírculo a la hacienda Santa Ana, dejando sólo en descubierto la parte que quedaba frente a la línea que del cuadro de infantería ocupaba el coronel Enríquez, con el batallón Supremos Poderes.

Ese día, ordené al teniente coronel Salinas que mandara emplazar, dentro de nuestro cuadro y trente a San Gregorio, (pequeño rancho, que forma un triángulo con Santa Ana y La Loza), 4 cañones. (El teniente coronel Salinas era ya el Comandante general de la artillería expedicionaria, por disposición del Cuartel General, dictada el 24 de mayo, para substituir al general Kloss, quien fue comisionado para salir a Guadalajara, a encargarse de la fabricación de granadas para nuestra artillería).

Con el dominio de nuestras caballerías por la columna de caballería enemiga, la situación se había hecho bastante crítica, y me presentaba un problema de difícil solución: tomar la ofensiva al siguiente día era casi imposible, debido a las condiciones en que habían quedado nuestras caballerías; evacuar la hacienda Santa Ana y reconcentrar las caballerías, dentro del cuadro de las infanterías, para darles descanso y municiones, era inconveniente, dada la necesidad que teníamos de conservar aquella hacienda, por ser una de las posiciones más ventajosas, así como porque, en nuestro campamento, se carecía en absoluto de forrajes, y era escasa el agua para un número tan crecido de hombres y caballos; mandar refuerzos de infantería a Santa Ana era posible solamente retirando algunos batallones de la línea de fuego; y, de cualquier manera, dejar en peligro dicha hacienda, era provocar un fracaso. En esa difícil disyuntiva, resolví, al fin, evacuar la hacienda El Resplandor, y retirar las infanterías que se encontraban tendidas desde esa hacienda hasta frente a Santa Ana, para reforzar, con ellas, esta última, que es una posición que domina perfectamente el valle, y con ella estábamos en condiciones ventajosas para iniciar desde allí la ofensiva, cuando el enemigo hubiera ocupado las posiciones que evacuarían nuestros soldados esa noche.

Tomada tal resolución, inmediatamente di las órdenes para que esa misma noche se llevara a cabo la retirada de nuestras tropas de El Resplandor, y se hiciera su reconcentración a Santa Ana; y como se tratara de un movimiento tan delicado e importante, comisione al teniente coronel Aarón Sáenz y al capitán 1.º Benito Ramírez G., ambos de mi Estado Mayor, para que, personalmente, vigilaran la ejecución de mis órdenes, hasta quedar terminada la reconcentración a Santa Ana de los Batallones 8.º y 20.º de Sonora, que deberían retirarse de El Resplandor.

Ese movimiento se llevó a cabo con todo sigilo y rapidez, durante la noche, hasta las dos de la madrugada.

Aquella misma noche llegaron a mi Cuartel General los generales Murguía y Castro, y después de narrar, con entereza y claridad, los acontecimientos del día, se regresaron a sus campamentos, yendo satisfechos de la determinación tomada por mí de reforzarlos con infanterías para que, aunque fuera por partes, dieran el necesario descanso a sus caballerías. En la misma noche, el general Murguía me hizo un pedido de cartuchos y provisiones, habiéndole remitido reducidas cantidades de unos y otras, debido a que estos elementos empezaban ya a escasearse en nuestros depósitos.

En el transcurso de la noche, fueron continuos, y a veces muy nutridos, los tiroteos en distintos puntos de la línea, aunque no llegaron a tener las proporciones de un ataque formal. Nuestras posiciones de Santa Ana no fueron hostilizadas.

En el día de los acontecimientos relatados, pudimos darnos exacta cuenta del efectivo del enemigo, debido a que de los puntos dominantes en que estaba emplazada nuestra artillería, y de las posiciones del general Martínez, observamos perfectamente bien los movimientos y la importancia de las columnas que los hacían.

Al amanecer del día 2, los villistas cargaban sobre Santa Ana, haciéndolo con tal brío, que lograron llegar muy cerca de las posiciones que ocupaban nuestros soldados, dejando un gran número de muertos, al ser rechazados por el 20.º Batallón de Sonora, colocado allí de antemano por el general Murguía.

Al darse cuenta el enemigo de que la hacienda El Resplandor había sido evacuada por nuestras tropas, se posesionó de ella, y extendió sus líneas por donde estaba la nuestra, hasta frente a Santa Ana.

El combate en Santa Ana continuaba, aunque con menor intensidad que el día anterior, y no dejaba de hacer fuego la artillería que el enemigo tenía emplazada frente a la nuestra, que estaba al poniente de estación Trinidad, dirigiendo sus disparos sobre nuestras posiciones y sobre nuestros trenes, aunque menos nutrido que el día anterior.

A las 12 m. el enemigo empezó a hacer un serio movimiento sobre nuestro flanco derecho, reconcentrando un gran número de fuerzas de las tres armas en la hacienda de Duarte, y procediendo, desde luego, a emplazar su artillería frente a las posiciones que ocupaban los batallones 1.º y 21.º de la Primera División, y el 5.º y el 16.º de la Segunda División.

Como nuestro movimiento de ofensiva habría de iniciarse por la hacienda Santa Ana, ordené al general Hill que movilizara más infanterías a dicha hacienda, y, al efecto, dispuso desde luego, que fracciones de diferentes batallones, sumando 600 hombres, marcharan, a las órdenes del teniente coronel Fernando F. Félix, jefe del 17.º batallón Alfredo Murillo.

Como el general Murguía manifestara su deseo de atacar al enemigo que tenía enfrente, le dirigí la siguiente comunicación: Estoy preparando un plan de ataque, que llevaremos a cabo pasado mañana, y que acabaré de resolver mañana, en vista de las fases que tome el combate. En tal virtud, se servirá usted no efectuar el movimiento ofensivo que tenía pensado desarrollar mañana, sobre el enemigo. Con el teniente coronel Fernando F. Félix remito a usted 600 infantes, y mañana temprano pasaré a esa a cambiar impresiones, respecto al plan que pienso desarrollar. Hago a usted presentes las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Estación Trinidad, Guanajuato, a 2 de junio de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. General Francisco Murguía, Jefe de la 2.ª División de Caballería del Noroeste. En su campamento en hacienda Santa Ana del Conde, Guanajuato.

A pesar de que la situación era para nosotros muy comprometida, por estar completamente sitiados por un enemigo de indiscutible superioridad numérica, siendo dueños solamente de una llanura en que no había más elementos que los que habíamos

logrado acumular del Sur, antes de ser cortada nuestra retaguardia, los que rápidamente iban agotándose, nuestros soldados se conservaban en magnífico estado de ánimo y con una fe inquebrantable en el triunfo sobre sus adversarios.

Por la noche, pudo notarse que el enemigo retiraba gran parte de sus contingentes que tenía a retaguardia de Santa Ana, cargándolos a nuestro flanco derecho para reforzar las tropas que desde el día anterior se habían reconcentrado en la hacienda de Duarte; y, de esa manera, fue posible la salida de emisarios de nuestro campamento, llevando pliegos míos para los generales Maycotte, Amaro y Quiroga (este último marchaba de Guadalajara a nuestro campamento, cuando fue ocupado Silao por el enemigo, y yo suponía que estuviera reconcentrado en Irapuato), que debían encontrarse en Irapuato, en cuyos pliegos les daba instrucciones de reunir sus fuerzas y marchar a nuestro campamento por el camino de Romita, para ordenarles un movimiento sobre Silao, en la forma que fuera conveniente.

Esa misma noche mandé recado al general Murguía, confirmándole mi aviso de que, a las primeras horas del día siguiente, me transladaría a la hacienda Santa Ana, para ultimar, en detalle, la forma en que debería emprenderse el movimiento de ofensiva, que ya teníamos concertado.

Decidido a emprender la ofensiva el día 4, en la misma noche del 2 ordené que se trazara un cuadro de 300 metros por lado, teniendo como centro la estación, y que se abrieran loberas sobre las líneas de dicho cuadro, para cubrirlo con la fuerza que debería quedar como resguardo de nuestros trenes, al iniciar nosotros la ofensiva, para el caso de que el enemigo que quedaba a restaguardia pretendiera apoderarse de ellos. Para distraer el menor número posible de nuestras tropas de ataque, la guardia para nuestros convoyes sería completada con todos los miembros de la columna que no tuvieran servicio en las trincheras, tales como: ambulantes del servicio sanitario, telegrafistas militares, ordenanzas del Cuartel General, personal de la Proveeduría y de la Pagaduría, etc., etc., quienes, gustosos, se aprestaron a tomar colocación en las loberas en que habían de repeler cualquier intento del enemigo sobre nuestros trenes.

El día 3, muy temprano, marché a Santa Ana, acompañado del general Diéguez y algunos jefes y oficiales de nuestros respectivos Estados Mayores. Llegamos a dicha hacienda a las 7 a. m., y en seguida de desmontar, subimos al torreón de la finca principal, que sirve de mirador, donde ya se encontraban los generales Murguía, Castro y Alejo González. Aquel sitio ofrecía un magnífico punto de observación, de donde podían ser vistos, con toda claridad, los movimientos y colocación del enemigo. Este había suspendido sus asaltos a la hacienda, y se concretaba a hacer fuego, poco nutrido, por el frente, y con algo más de intensidad por el poniente de la hacienda. Sin embargo, la situación allí se hacía cada vez más crítica, por la absoluta falta de agua; pues aunque la bomba que proveía de este líquido a la hacienda, y que estaba instalada en el valle, había sido puesta en funcionamiento por los nuestros, el agua no llegaba a la finca, porque un tramo de la tubería que la conducía quedaba sobre el nivel del suelo y había sufrido, por los proyectiles, un sinnnúmero de perforaciones, por las que se escapaba el agua.

Habíamos resuelto ya la hora y forma en que debería efectuarse el asalto sobre el enemigo, y dábamos por terminada la observación, siendo un poco antes de las nueve de la mañana, cuando descubrimos una columna que se aproximaba a paso veloz, y pocos momentos después pudimos distinguir claramente que era artillería la que con tanta precipitación hacían avanzar los villistas rumbo a la hacienda.

Como en aquellas posiciones no teníamos artillería, y ellas ofrecían un magnífico blanco al enemigo, comprendí, desde luego, que sus fuegos serían eficaces, por lo que ordené a los generales Murguía y Castro que hicieran salir violentamente todas las caballerías e impedimentas que había en las cuadras de la finca, y cuyo número pasaba de mil dragones.

Descendimos luego del torreón, para que cada quien tomara su colocación, pues teníamos ya la certeza de la proximidad de una seria batalla.

Las caballerías e impedimentas empezaron a hacer su retirada con toda actividad, marchando el general Castro adonde se encontraban sus tropas, y el general Murguía hacia la línea de fuego, al Oeste de la hacienda, cubierta por el 20.º Batallón de Sonora; mientras que el general Diéguez se dirigía a Trinidad, y yo mandaba retirar nuestros caballos a retaguardia de las casas de la hacienda. Entonces, seguido del general Serrano, del coronel Piña, de los tenientes coroneles Jesús M. Gana y Aarón Sáenz, de los capitanes Ezequiel Ríos y Rafael Valdés, y de algunos otros miembros de mi Estado Mayor, me dirigí a las trincheras del frente, que estaban ocupadas por soldados del 8.º Batallón de Sonora. El tiempo empleado por nosotros para hacer ese recorrido fue reducidísimo; pero el enemigo obró con tal diligencia e impunidad, porque no teníamos artillería con que obligarlo a conservar la suya a larga distancia, que había emplazado ya sus cañones a distancia no mayor de 1 200 metros de nuestra línea. El fuego no se hizo esperar, pues cuando nos faltaban unos setenta metros para llegar a nuestras trincheras, explotó cerca de nosotros la primera granada y a ésta siguieron otras, que eran dirigidas sobre el grupo que formábamos, en tanto que seguía yo avanzando con el coronel Piña, el teniente coronel Garza y los capitanes Ríos y Valdés.

Faltaban unos veinticinco metros para llegar a las trincheras, cuando, en los momentos en que atravesábamos un pequeño patio situado entre ellas y el casco de la hacienda, sentimos entre nosotros la súbita explosión de una granada, que a todos nos derribó por tierra. Antes de darme exacta cuenta de lo ocurrido, me incorporé, y entonces pude ver que me faltaba el brazo derecho, y sentía dolores agudísimos en el costado, lo que me hacía suponerlo desgarrado también por la metralla. El desangramiento era tan abundante, que tuve desde luego la seguridad de que prolongar aquella situación en lo que a mí se refería era completamente inútil, y con ello sólo conseguiría una agonía prolongada y angustiosa, dando a mis compañeros un

espectáculo doloroso. Impulsado por tales consideraciones, tomé con la mano que me quedaba la pequeña pistola Savage que llevaba al cinto, y la disparé sobre mi sien izquierda, pretendiendo consumar la obra que la metralla no había terminado; pero mi propósito se frustró, debido a que el arma no tenía tiro en la recámara, pues mi ayudante, el capitán Valdés, lo había bajado el día anterior, al limpiar aquella pistola. En aquel mismo momento, el teniente coronel Garza, que ya se había levantado y que conservaba su serenidad, se dio cuenta de la intención de mis esfuerzos, y corrió hacia mí, arrebatándome la pistola, en seguida de lo cual, con ayuda del coronel Piña y del capitán Valdés, me retiró de aquel sitio, que seguía siendo batido vigorosamente por la artillería villista, llevándome a recargarme contra una de las paredes del patio, donde a mis oficiales les pareció que quedaría menos expuesto al fuego de los cañones enemigos. En aquellos momentos llegó el teniente Cecilio López, Proveedor del Cuartel General, quien sacó de su mochila una venda, y con ella me ligaron el muñón.

Cerca del sitio donde yo caí, permanecía tirado aún el capitán Ezequiel Ríos, de mi Estado Mayor, quien había sido seriamente herido por dos balines de la misma granada. Fue luego recogido por algunos de los miembros de mi Estado Mayor allí presentes, mientras que yo, ayudado por el teniente coronel Garza y el coronel Jorge Blum, médico de la División del general Murguía, que había sido llamado por el teniente coronel Aarón Sáenz, me dirigía, por mi propio pie, a la casa de la hacienda, adonde llegué y me recosté en un sillón que había en una de las habitaciones. A poco se presentó el general Murguía, a quien el teniente coronel Sáenz había ido a comunicar la noticia de mi herida.

La abundancia de sangre había sido tal, que creí que mi vida no podría prolongarse por muchas horas, por lo que llamé al general Murguía y le dije: —Diga usted al Primer Jefe, que he caído cumpliendo con mi deber, y que muero bendiciendo la Revolución, y le indiqué la conveniencia de que se reunieran él y los generales Hill, Diéguez y Castro, para que nombraran mi sucesor, como Jefe del Ejército de Operaciones. Me dirigí también a los miembros de mi Estado Mayor, recomendándoles que continuaran al lado de quien fuera designado mi sucesor, con la misma lealtad y abnegación con que habían servido conmigo.

Poco después se improvisaba una camilla de un catre de campaña, y fui colocado sobre ella, para transladarme al Cuartel General, que distaba 10 kilómetros de la hacienda Santa Ana; y como en el trayecto tuviéramos que pasar por la línea de fuego, en un tramo regular, el general Murguía ordenó que una fuerza de caballería de su División se colocara en el valle, cubriendo uno de los flancos de nuestra marcha, mientras que el otro lo cubría la parte de mi escolta que me había acompañado a Santa Ana, a fin de sostener cualquier ataque del enemigo, mientras pasaban conmigo al campamento.

Emprendieron conmigo la marcha hacia Trinidad, marcha que se hacía muy pesada, debido al ardoroso sol de aquella hora y también a que el terreno estaba en su mayor parte surcado, y esto hacía difícil que los camilleros uniformaran su paso.

Habíamos caminado una corta distancia cuando nos encontró el teniente coronel médico de mi Estado Mayor, Enrique C. Osornio, que había sido llamado por el subteniente Gustavo Villatoro para que me atendiera en Santa Ana. El doctor Osornio se limitó a reconocer ligeramente el vendaje que me había sido puesto por el doctor Blum, y me hizo tomar un líquido, para atenuar el dolor que me causaba la mutilación. Así continuamos hasta la línea del flanco izquierdo de nuestro campamento, donde se encontraba el coronel Enríquez, a quien llamé para saludado, y cambiar con él algunas palabras.

Después de mi breve conversación con el coronel Enríquez, continuamos la marcha, empezando yo a notar alguna confusión en mis ideas, que a poco degeneró en la pérdida completa de mis facultades, debido, en parte, al anestésico que me había hecho apurar el doctor Osornio.

Mientras tanto, el combate se había generalizado sobre la hacienda Santa Ana, y se hacía también muy rudo a nuestro flanco derecho, por donde el enemigo batía con furioso cañoneo las posiciones que ocupaban el general Martínez, con el l.er Batallón, y el teniente coronel Sobarzo, con el 21.º, pareciendo, más bien, que el enemigo quería hacer gala de los elementos con que contaba para aniquilarnos.

Después de las cuatro de la tarde, cuando había terminado la operación quirúrgica que me fue practicada, y me había sido retirado el cloroformo, recobré mis facultades, hallándome en el gabinete de mi carro Siquisiva. Permanecía a mi lado el teniente coronel Osornio, y éste, a preguntas que le hice, me informó que el enemigo había sido rechazado con grandes pérdidas.

Durante toda la tarde, seguía escuchando fuego de artillería y fusilería, y durante la noche se sucedieron los tiroteos y disparos aislados de artillería, fases éstas que ya se habían hecho casi reglamentarias durante las noches.

Al siguiente día se libraron combates parciales, con más o menos rudeza, en distintos puntos de nuestra línea.

El día 5 se inicio el movimiento de ofensiva, haciéndose, desde luego, arrollador el avance de nuestras fuerzas.

Durante toda la mañana estuve recibiendo en mi gabinete la visita de los miembros de mi Estado Mayor, quienes iban a notificarme, con satisfacción, la marcha de los acontecimientos, diciéndome que el enemigo era rechazado en toda la línea, y que nuestros soldados se batían con bizarría y entusiasmo.

Después del mediodía, se me comunicó la toma de León, y la completa dispersión de los reaccionarios, habiendo estado yo informado de todas las fases de la lucha por las noticias que me daban los miembros de mi Estado Mayor, quienes prestaron eficaz ayuda al general Hill, en el desarrollo de las operaciones, desde la fecha en que yo había quedado imposibilitado para dirigirlas.

Posteriormente, el C. general Benjamín G. Hill, que había quedado como Jefe Accidental del Ejército de Operaciones, me rindió el siguiente parte:

Tengo el honor de informar a usted que a raíz del penoso incidente ocurrido el 3 de junio próximo pasado, en que una granada enemiga, al herir a usted, lo puso fuera de combate, transcribí a los generales Manuel M. Diéguez, jefe de la 2.ª División de Infantería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, Cesáreo Castro y Francisco Murguía, jefes respectivamente, de la 1.ª y 2.ª Divisiones de Caballería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, la disposición de usted, comunicada el 29 de marzo del presente año, en San Juan del Río, Querétaro, por la Orden General de la Jefatura del Ejército de Operaciones, que a la letra dice: "Dispone el C. General en Jefe: *Que el C. General de Brigada Benjamín G. Hill tome el mando directo de las infanterías del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y que, a falta del C. General en Jefe, el citado General Benjamín G. Hill asumirá el mando del Ejército de Operaciones. Todos contestaron mi comunicación relativa, manifestando que no tenían ninguna objeción que hacer a la superior disposición de usted, y que desde luego, me reconocían como Jefe Accidental del Ejército de Operaciones*". El siguiente día (4), el enemigo sostuvo un constante fuego de artillería sobre las posiciones ocupadas por los generales Carpio y Martínez, en nuestro flanco derecho, dando asaltos parciales sobre los diferentes puntos de nuestra línea, lo que era una continuación de la situación del día anterior. En la noche del mismo día 4, llegaron al campamento de Trinidad los generales Murguía y Castro, y como se tratara ya de reunirnos, para acordar la forma en que deberíamos emprender, al siguiente día, el ataque sobre el enemigo, llamé también al general Diéguez, y reunidos todos en el carro que servía de oficina a mi Cuartel General, con asistencia también de los CC. general Francisco R. Serrano, jefe del Estado Mayor de usted, y los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, de la misma corporación, se propusieron y discutieron distintas formas de efectuar dicho ataque, llegando a la conclusión de que seguiríamos el plan general que usted, de antemano, había iniciado y sometido a nuestra consideración; con la sola modificación, propuesta por el general Murguía y apoyada por el general Castro, de que una columna de caballería, fuerte en dos mil hombres, partiendo de Santa Ana, trazando un semicírculo, para salvar las líneas enemigas, marchara a destruir la vía del ferrocarril a retaguardia del enemigo, en San Francisco del Rincón. Esa modificación no dio lugar a ser discutida, porque los mismos generales proponentes informaron que la columna propuesta había salido ya, al mando del general Alejo G. González, y compuesta de fuerzas de las brigadas de él y de los generales Porfirio G. González y Pedro Morales. El plan general era el siguiente: El general Murguía, con todas las caballerías de su División y parte de las del general Castro, y con las infanterías del 8.º, 17.º y 20.º de Sonora, más las que se juzgara necesario de la 5.ª Brigada al mando del general Gavira, emprendería un ataque sobre la extrema derecha de la línea enemiga, apoyado por dos piezas de artillería de 75 mm, que se habían llevado a Santa Ana. Al iniciar su avance el general Murguía, emprenderían el ataque, por el frente, las fuerzas que se encontraban frente a la hacienda El Resplandor, y cuando el combate se generalizara por aquel flanco, el general Diéguez iniciaría un movimiento de ofensiva, por nuestra extrema derecha, haciendo todo esfuerzo por tomar las posiciones del cerro de la Capilla y la hacienda de Otates, para evitar que el grueso del enemigo, que ocupaba toda aquella región, auxiliara a los que eran batidos por las fuerzas del general Murguía. Se dejarían fuerzas suficientes en la hacienda Santa Ana, y en nuestra línea de retaguardia, para rechazar cualquier ataque que intentara el núcleo enemigo que quedaba en Nápoles y Silao. De conformidad con ese plan, al siguiente día (5 de junio), a las cinco de la mañana, el general Murguía inició su ofensiva en la siguiente forma: el general Rómulo Figueroa, con dos mil hombres de caballería, partió de Santa Ana, dando un rodeo a los cerros que están a la izquierda de la hacienda citada, y llevando a sus órdenes, como jefes, a los CC. general Jesús S. Novoa y coroneles Pablo González, Heliodoro T. Pérez, Eduardo Hernández y Miguel S. González; atacó, por sorpresa, al enemigo, haciéndole, desde luego, un verdadero estrago, y obligándolo a replegarse, habiendo continuado en su persecución, batiéndolo, por las haciendas San José, Jagüeyes, La Sandía y San Cristóbal. A la misma hora, 5 a. m., cuando el general Figueroa inició su ataque, la artillería emplazada en Santa Ana abrió fuego sobre el enemigo, y bajo la protección de estas piezas, el general Murguía, con el 17.º batallón, dos compañías de la infantería del general Gavira, el 20.º batallón, el 8.º batallón y dos escuadrones de caballería de la brigada del coronel José Murguía, emprendió su avance por el frente, en dirección a El Resplandor. El empuje de nuestros soldados obligó al enemigo a emprender su retirada, poseído de verdadero pánico, rumbo a León. La persecución, por aquel flanco, se había generalizado, y cuando el general Murguía llegaba a la altura de El Resplandor, ordené el movimiento por nuestro frente y ala izquierda, cubiertos con fuerzas de los generales Manzo, Contreras y Jaimes, y de los coroneles Amado Aguirre y Melitón Albáñez; aquéllos de la 1.ª División de Infantería, y los últimos, de la 2.ª División de la propia arma, logrando, desde luego, empezar a desalojar al enemigo, el que oponía menos resistencia, al darse cuenta del desastre que había sufrido por su derecha y de la huida de sus compañeros perseguidos por el general Murguía. Cuando todo nuestro frente había tomado las primeras posiciones del enemigo, inició el general Diéguez un nuevo movimiento, sobre un grueso núcleo de reaccionarios, que permanecían atrincherados a nuestra retaguardia y flanco derecho. Dicho movimiento lo hizo el teniente coronel Mancillas, con fuerzas del batallón de su mando, y una fracción de las del coronel Abascal. Entretanto, el general Gavira, con las fuerzas de su brigada y caballerías del coronel José Murguía, hacía una batida eficaz al enemigo, que se encontraba en las haciendas Loza de Barrera y Sotelo, desalojándolo de aquellas posiciones. Cuando el teniente coronel Mancillas asaltaba y tomaba las primeras trincheras del enemigo, el general Diéguez ordenó al general Eugenio Martínez que con las tropas de su mando y el 5.º batallón de la 2.ª División, avanzara sobre el enemigo, que tenía frente a sus posiciones. Ese movimiento fue tan enérgico, que los nuestros lograron desalojar a los reaccionarios, obligándolos a replegarse a la sierra de La Luz, que corre de Sur a Norte, yendo los traidores en completa dispersión, por los caminos que conducen a San Felipe y Dolores Hidalgo. El avance de nuestros

soldados continuó por los distintos sectores, y después del mediodía, reunidos ya en las cercanías de León, los generales Figueroa y Murguía, éste, con las infanterías que a sus órdenes directas partieron de Santa Ana, atacaban rudamente al enemigo, que trataba de hacerse fuerte en aquella plaza, logrando desalojarlo de sus últimas posiciones y ponerlo en fuga. El teniente coronel Félix había tomado, con parte de las infanterías de su mando, el cerro de Jerez, que está frente a León, y allí fue vigorosamente atacado por un enemigo en número abrumador, viéndose obligado a replegarse hasta donde encontró a las infanterías que hacían el avance general, habiendo sufrido serias pérdidas, entre ellas al mayor Guarizapa, de la fracción del 15.º batallón, quien resultó muerto. La persecución al enemigo continuó en todas direcciones, hasta el obscurecer, reconcentrándose después nuestras tropas en León y en el campamento de Trinidad. Nuestras tropas capturaron al enemigo la artillería que tenía emplazada frente a la hacienda Santa Ana, así como la que, tenía frente a El Resplandor, por nuestra ala izquierda, al comenzar el movimiento; y los batallones 5.º y 16.º de la 2.ª División del Noroeste, al hacer su avance sobre la derecha, capturaron también dos cañones con 11 granadas. El general Martínez, al ocupar con sus fuerzas la hacienda de Otates, donde Villa tenía establecido su Cuartel General, capturó grandes cantidades de provisiones, parque, elementos sanitarios, etc., que allí habían reconcentrado los villistas. Estimo que en esta jornada, el enemigo dejó en poder de los nuestros más de 300 000 cartuchos de 7 mm, más de 3 000 rifles, así como 20 ametralladoras y 6 cañones, e igualmente, grandes cantidades de provisiones de boca, medicinas y objetos varios. Las bajas del enemigo ascendieron a más de 5 000, entre muertos y heridos, prisioneros y dispersos, calculando las nuestras, durante los días 3, 4 y 5, en 700, entre muertos y heridos, correspondiendo las dos terceras partes a las caballerías y el resto a la infantería. Entre nuestros heridos, figuran el coronel Amado Aguirre, de la 2.ª División del Noroeste, quien recibió una grave herida en la cabeza, y se encuentra en estado de suma delicadeza, y el teniente coronel Sobarzo, quien recibió dos heridas en la caja del cuerpo, aunque no son de gravedad. El enemigo logró hacer escapar sus trenes, donde tenía impedimentas y alguna artillería, debido a que la columna que se había destacado para cortar la vía a su retaguardia no llegó con la oportunidad necesaria. Debo hacer notar que, a excepción del movimiento encomendado al general Alejo González, todos los detalles del plan general de ofensiva, acordado la noche del 4, fueron puestos en ejecución con toda exactitud, y desarrollados con entero éxito, por lo cual la Jefatura que accidentalmente tenía a mi cargo, no vio necesario dictar ningunas órdenes en sentido de modificar la forma de nuestra ofensiva. Con respecto al C. general Cesáreo Castro, debo manifestar que, habiendo sido fraccionada su División, marchando una parte con el general Alejo González, a hacer el movimiento a retaguardia del enemigo, y otra con el general Murguía, en el movimiento ofensivo sobre León, quedando otra parte con el general Maycotte, cortada a nuestra retaguardia; el general Castro, con algunos de los miembros de su Estado Mayor, permaneció en la hacienda de Santa Ana, observando los movimientos del enemigo a nuestra retaguardia y flanco izquierdo, incorporándose en la tarde del día 5 a nuestro campamento de Trinidad. Considero que no hay lugar a hacer mención especial de algunos de los miembros de nuestro Ejército, puesto que todos, y cada uno, cumplieron a satisfacción, desempeñando con toda eficacia y valor las comisiones y servicios que se les encomendaron. Felicito a usted, y por su digno conducto, al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, por este completo triunfo de nuestras armas sobre los reaccionarios, protestándole mi atenta consideración y respeto. *Constitución y Reformas*. Encarnación, Jalisco, julio 2 de 1915. El General en Jefe de la 1.ª División de Infantería del Cuerpo de Ejército del Noroeste. *Benjamín G. Hill*.

Tomada la plaza de León por nuestras fuerzas, después de la completa derrota y dispersión de los reaccionarios que la defendían, continuaban ocupadas por el enemigo, a nuestra retaguardia, las plazas de Silao y Guanajuato; y para recuperar esas plazas, encontrándome aún en estación Trinidad, el día 6 comuniqué órdenes directas al general Amaro, que ya se había puesto en contacto con mi Cuartel General por Romita, para que, en combinación con los generales Maycotte y Quiroga, que se encontraban al Sur de Silao, atacaran al enemigo que se encontraba posesionado de aquella plaza y procedieran, desde luego, a la reparación de la vía del ferrocarril, en los tramos en que hubiera sido destruida, al Norte y Sur de Silao.

Ese movimiento se efectuó desde luego, y a las seis de la tarde del mismo día, nuestras fuerzas ocuparon la plaza de Silao, donde los villistas no intentaron hacer resistencia, pues conociendo el desastre que sus compañeros habían sufrido por nuestro frente, sólo procuraron escapar a la batida de los nuestros, huyendo precipitadamente hacia la sierra de Guanajuato.

Por la noche, ordené que los generales Maycotte y Quiroga marcharan con sus fuerzas a incorporarse al campamento de Trinidad, batiendo a las partidas de villistas dispersos, que hubieran quedado cerca de la vía; debiendo permanecer en Silao el general Amaro, para que, en combinación con las fuerzas del general Benecio López y del coronel José Siurob, que se les incorporarían, procedentes de Irapuato, marchara a ocupar la ciudad de Guanajuato que, según informes recibidos en mi Cuartel General, continuaba en poder de los reaccionarios, mandados por Natera, Bañuelos, Máximo García y otros.

El día 7 me transladé con el Cuartel General a la ciudad de León, y como allí recibiera informes contradictorios respecto a la situación de la plaza de Guanajuato, unos, los más verídicos, manifestando que el enemigo la había evacuado, dividiéndose en dos columnas, y que una de ellas había marchado rumbo a Irapuato, con ostensible intención de destruir la vía al sur de dicha plaza, ordené al general Amaro que se concretara a vigilar por la seguridad de la vía al sur, estando pendiente de los movimientos que, por el rumbo de Irapuato, llegara a hacer el enemigo, a fin de batirlo con toda oportunidad.

El día 8, el general Amaro me rindió parte de que, efectivamente, un núcleo villista había salido de Guanajuato; que intentó aproximarse a la vía del ferrocarril, habiendo sido batido y obligado a replegarse, por las fuerzas del general Benecio López, en la hacienda de Guadalupe.

Con esa derrota, el enemigo desistió de sus intentos de causar daño en la vía del ferrocarril, retirándose de aquella zona, con rumbo a Dolores Hidalgo, abandonando entonces la plaza de Guanajuato, la que el día 12 fue ocupada por fuerzas del general Amaro, al mando del general J. Espinosa y Córdoba, y las del coronel Siurob, Gobernador y Comandante Militar del Estado.

Con las batallas a que se refiere el presente parte, se consumó uno de los más importantes triunfos de las armas Constitucionalistas sobre la reacción, pues el enemigo durante esas diferentes acciones perdió más de diez mil hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, incluyendo, en el número de estos últimos, a más de dos mil hombres que, en grupos más o menos numerosos, y con sus armas y demás pertrechos, se disgregaban del grueso del ejército reaccionario, después de cada fracaso que sufrían; unos para ir a operar aisladamente, por su propia cuenta, en distintas regiones, y otros, para deponer las armas y regresar a sus hogares, convencidos ya de la inutilidad de luchar contra los verdaderos ideales y ejército del pueblo.

Las deserciones del enemigo se acentuaron más a raíz de la toma de León por nuestras fuerzas, pues casi todos los rebeldes de Jalisco se internaron a aquel Estado, separándose del ejército de Villa.

La pérdida de elementos por parte del enemigo fue también muy importante, pues, como lo consigna el parte rendido por el general Hill, al hacer nuestros soldados el asalto de sus posiciones, capturaron, casi íntegros, sus depósitos de pertrechos, provisiones de boca, etc.

Me satisface poner, en el superior conocimiento de usted que las heridas que recibí el 3 de junio, y que causaron la pérdida de mi brazo derecho, no me impidieron continuar el avance al Norte, con el Ejército de Operaciones.

El total de bajas que experimentó nuestro Ejército, en todas las operaciones a que se contrae el presente parte, fue alrededor de 1 700, entre muertos y heridos, según el Estado General, que va incluso.

Me es honroso felicitar a usted por el nuevo triunfo alcanzado por nuestro Ejército sobre las armas de la reacción; renovándole las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*.

Aguascalientes, Aguascalientes, 17 de julio de 1915.

El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

## EXPEDICIÓN DE LA COLUMNA DEL CORONEL GUERRERO

Al día siguiente del en que nuestras tropas abatían a los reaccionarios y tomaban la ciudad de León, una fracción del Ejército Constitucionalista se sacrificaba heroicamente: El general Enrique Estrada, que era Comandante Militar del Estado de Jalisco, al tener conocimiento de que el enemigo nos tenía cortada nuestra retaguardia al sur de Trinidad, destacó de Guadalajara una columna de 250 hombres, al mando del coronel Miguel Guerrero, con instrucciones de acercarse lo más posible a la vía del ferrocarril entre León y Lagos, para vigilar los movimientos del enemigo por aquel rumbo y, al ser factible, causar daños en la misma vía, para llamar la atención de los reaccionarios que estaban frente a Trinidad y en la plaza de León. El coronel Guerrero, en su marcha con ese destino, atacó y tomó la población de San Miguel el Alto, del Estado de Jalisco, derrotando a la guarnición villista que la defendía, y que era en número aproximado de trescientos hombres; pero al día siguiente, el 6 de junio, un fuerte núcleo enemigo, al mando de Parra y Caloca, en número aproximado de mil quinientos hombres, fue a batir a nuestra pequeña columna, poniendo sitio a la plaza de San Miguel el Alto. El coronel Guerrero se aprestó a resistir el ataque, a pesar de su escaso contingente, y se entabló un reñido combate, en que los nuestros iban siendo diezmados y reducidos cada vez a un perímetro menor, dentro de la ciudad, hasta que les quedó como último reducto el templo del lugar; donde siguieron luchando bizarramente, hasta que una bala enemiga dio fin a la vida del valiente coronel Guerrero, y los pocos hombres que le quedaban ya exhaustos de parque y acosados por los numerosos

reaccionarios, se dispersaron, logrando salvarse unos y cayendo prisioneros otros. El coronel Guerrero era hijo del Estado de Sonora, habiendo abrazado la causa de la revolución en Tepic, donde, siendo teniente del ejército federal, se rebeló contra el usurpador Huerta. Al ocurrir su muerte, Guerrero contaba sólo 27 años de edad.

## ANEXO NÚMERO 1
## ESTADO GENERAL DE FUERZA DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES AL INICIARSE LA BATALLA DE TRINIDAD, DEL 1.º AL 5 DE JUNIO DE 1915

*Primera División de Infantería del Noroeste*. Su Jefe: General de Brigada Benjamín G. Hill; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 6 482.

*Segunda División de Infantería del Noroeste*. Su Jefe: General de Brigada Manuel M. Diéguez; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 4 532.

*Primera División de Caballería del Noroeste*. Su Jefe: General de Brigada Cesáreo Castro; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 4 998.

*Segunda División de Caballería del Noroeste*. Su Jefe: General de Brigada Francisco Murguía; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 5 000.

*Batallón Supremos Poderes*. Su Jefe: Coronel Ignacio C. Enríquez; Su efectivo, en Jefes. Oficiales y soldados, 600.

*Batallón de Ferrocarrileros*. Su Jefe: Mayor Carlos Caamaño; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 280.

*Brigada de Caballería Triana*. Su Jefe: General de Brigada Martín Triana; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 380.

*Brigada de Caballería Guillermo Prieto*. Su Jefe: General Brigadier Pedro Morales; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 1 236

*Primer Regimiento de la Brigada de Caballería Antúnez*. Su Jefe: Coronel Juan Torres; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 324.

*Cuarto Regimiento de la Brigada de Caballería Antúnez*. Su Jefe: Coronel Vidal Silva; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 312.

*Quinto Regimiento de la Brigada de Caballería Antúnez*. Su Jefe: Coronel Cirilo Elizalde; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 274.

*Escolta del Cuartel General*. Su Jefe: Teniente Coronel Lorenzo Muñoz; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 220.

*Escolta del C. General Benjamín G. Hill*. Su Jefe: Teniente Coronel Doroteo Urrea; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 114.

*Artillería Expedicionaria*. Su Comandante: Teniente Coronel Gustavo Salinas; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 346 Piezas: 13 cañones de diversos calibres.

*Primer Regimiento de Ametralladoras*. Su Jefe: Teniente Coronel Abraham Carmona; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 263.

*Cuerpo de Dinamiteros*. Su Jefe: Teniente Coronel Bernardino Mena Brito; Su efectivo, en Jefes, Oficiales y soldados, 65 Piezas: (tubos lanzabombas) 29.

Aguascalientes, Aguascalientes, 17 de julio de 1915.
El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

## ANEXO NÚMERO 2
## PERSONAL DEL CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN LAS BATALLAS DE TRINIDAD Y LEÓN, GUANAJUATO, DURANTE EL MES DE MAYO Y PRIMEROS DÍAS DE JUNIO DE 1915

Jefe del Ejército de Operaciones: C. General de División Álvaro Obregón.

*Estado Mayor*

Jefe: General Brigadier Francisco R. Serrano.
Teniente Coronel Aarón Sáenz.
Teniente Coronel Jesús M. Garza.
Capitán Primero Alberto G. Montaño.
Capitán Primero Adolfo Cienfuegos y Camus.
Capitán Primero Benito Ramírez G.
Capitán Segundo Ezequiel Ríos.
Capitán Segundo José Lozano reyes.
Capitán Segundo Carlos Roel.
Subteniente Enrique Garza.
Subteniente F. Gustavo Villatoro.
Subteniente Arturo de Saracho.

*Servicio Sanitario*

Teniente Coronel Médico de E. M., Enrique C. Osornio.
Practicante, Teniente Faustino Gómez.
Secretario del Cuartel General, C. Manuel Vargas.
Jefe de la Escolta, Teniente Coronel Lorenzo Muñoz.

*Notas*

Incorporados al Estado Mayor, durante los combates, estuvieron los siguientes jefes y oficiales:
Coronel Miguel Piña, hijo, Pagador General del Cuerpo de Ejército del Noroeste.
Mayor Josué Sáenz, Pagador del Cuartel General.
Capitán Primero Rafael Valdés, Ayudante del General en Jefe.
Capitán Segundo Cecilio López, Proveedor del Cuartel General.

Concurrieron también a las batallas, desempeñando algunas comisiones, aunque sin carácter militar, los CC.:
Ingeniero Alfredo C. Acosta.
Agustín Ortiz.
Fotógrafo Agapito Casillas.
Agente Especial Carlos R. Díaz.

Accidentalmente estuvieron agregados al Cuartel General y presentes durante las batallas, los CC.:
Adolfo de la Huerta, Oficial Mayor de Gobernación.
J. M. Álvarez del Castillo (Lic.).
Salvador Escudero.
Quienes constituían una Comisión de Propaganda Revolucionaria, enviada de Veracruz, por la Primera Jefatura, para laborar de acuerdo con el Cuartel General, en las plazas controladas por el Ejército de Operaciones.

C. Jesús H. Abitia. Quien con mucho arrojo y en circunstancias verdaderamente peligrosas, se dedicaba a tomar vistas cinematográficas de los combates.

*Sección Telegráfica*

Jefe: Mayor Telegrafista Luis G. Zepeda.
Sub-Jefe: Mayor Telegrafista José Acosta Díaz.
Telegrafista Benito Ramos.
Telegrafista Pascual Vieyra.
Telegrafista Benjamín González.
Telegrafista José Alarcón.
Telegrafista Pedro Torres.
Telegrafista Ignacio A. Dávila.
Telegrafista Sra. Macrina Lara.
Telegrafista Vicente Coria (muerto en Silao).
Celador Paulino Cera.
Celador Patricio Torres.
Celador Jesús Ortiz.

*Pagaduría General*

(Instalada en el Convoy del Cuartel General, que fue constantemente cañoneado por el enemigo durante los combates)
Contador General: Manuel Bonfiglio.
Ayudantes: Rafael Leyva.
José Juan Ortega.
Manuel Zubillaga.
Federico Celayo.

*Sección de Ferrocarriles*

Jefe de trenes: Mayor Paulino Fontes.
Ayudante: C. Jesús C. Villarreal.

*Tripulación del tren del Cuartel General*

Conductor: C. Ernesto Olendorff.

Maquinista: C. Valentín Máinez.
Fogonero: C. Justino Pérez.
Garroteros: C. Jesús de León.
C. Alberto Gutiérrez.
C. Eduardo Machado.

*Proveeduría General*

Depositario y distribuidor: Capitán Primero Fernando Araiza.

*Almacenes de Equipo*

Depositario y distribuidor: Capitán Primero José Obregón.

*Depósitos de Parque*

Depositario y distribuidor: Teniente Coronel Doroteo Urrea.

*Servicio de Información*

Durante toda nuestra campaña en el Bajío, el servicio de información confidencial estuvo desempeñado por el C. Alejandro Íñigo, quien proporcionaba al Cuartel General importantes datos sobre los movimientos y efectivo del enemigo, datos que él obtenía en el mismo campo villista, adonde con frecuencia penetraba.

En esos servicios corría grande peligro la vida de nuestro Agente, pero éste pudo salir siempre avante de sus difíciles situaciones, debido a su sangre fría e ingeniosidad, ayudándole grandemente su apariencia de extranjero y la circunstancia de que posee a la perfección varios idiomas. La veracidad de los informes de nuestro Agente Confidencial quedó siempre comprobada por lo que su labor fue de mucha utilidad en nuestra campaña y es de justicia hacer aquí su elogio.

## ANEXO NÚMERO 3

## ESTADO GENERAL DE BAJAS DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN LOS COMBATES QUE PRECEDIERON A LA TOMA DE LEÓN, GUANAJUATO

27 de abril de 1915: 9 muertos y 14 heridos de la Brigada del general Maycotte.

29 de abril de 1915: 6 muertos y 10 heridos de la Escolta en tren explorador del General en jefe.

29 de abril de 1915: 80 elementos entre muertos y heridos de la Brigada del general Maycotte y otros cuerpos de caballería.

30 de abril de 1915: 19 muertos y 14 heridos, entre éstos últimos un Mayor y dos Capitanes de la División del General Murguía.

3 de mayo de 1915: 120 entre muertos y heridos, contándose entre los heridos, los Generales Maycotte y Pedro Morales, el Coronel Juan Torres y el Teniente Coronel M. Fernández de Lara.

8 de mayo de 1915: 250 entre muertos y heridos. Entre los muertos 1 oficial y 8 soldados artilleros.

12 de mayo de 1915: 50 entre muertos y heridos.

13 de mayo de 1915: 15 entre muertos y heridos. Entre los heridos: Coroneles J. Fernández de Lara y Enrique Espejel.

14 de mayo de 1915: 67 entre muertos y heridos, de los batallones 9.º y 20.º. Entre los muertos: Capitán 2.º Ricardo Vidal; Teniente Cristóbal López y Subteniente Narciso Amistrón, del 9.º batallón.

22 de mayo de 1915: 330 entre muertos y heridos, correspondiendo 144 a la División de Caballería del General Castro, 20 al personal de Artillería y el resto a otras fuerzas. Entre los heridos: 1 Coronel de la División del General Murguía, el Mayor Francisco Flores, del 20.º Batallón, General Juan Cruz, Jefe Mayo, y el Teniente Ramiro Diéguez, del Estado Mayor del General Diéguez. Entre los muertos: 1 Mayor y 4 Oficiales de las caballerías del General Castro.

23 de mayo de 1915: 4 muertos y 11 heridos de las infanterías de la 1.ª División del Noroeste.

1.º de junio de 1915: 9 muertos, Coronel Francisco R. Noriega, Jefe del 2.º Batallón de Sonora y 8 soldados.

Del 1.º al 5 de junio de 1915: 700 entre muertos y heridos, correspondiendo las dos terceras partes a las Caballerías. Entre los muertos: Coroneles Díaz Couder y Cirilo Elizalde, Mayores Dolores Guarizapa y Antonio Murrieta. Entre los heridos General en Jefe Álvaro Obregón y el Capitán del Estado Mayor Ezequiel Ríos, Coronel Amado Aguirre, de la 2.ª División de Infantería del Noroeste y Tenientes Coroneles J. Manuel Sobarzo y Abelardo Rodríguez, de la 1.ª División de Infantería del Noroeste.

Total de bajas: 1 708.

Aguascalientes, Aguascalientes, 17 de julio de 1915.

El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

PARTE OFICIAL. TOMA DE AGUASCALIENTES

Hónrome en comunicar a usted que, después de terminada la reconcentración de las fuerzas del Ejército de Operaciones en la ciudad de León, al consumarse la derrota de los reaccionarios en Trinidad y alrededores de León, y cuando en esta plaza hubieron tomado descanso dichas fuerzas, continuando el C. general Benjamín G. Hill con el mando directo de las distintas divisiones, y recibiendo órdenes del Cuartel General de mi cargo, el día 9 de junio fue comunicada la siguiente

ORDEN DE MARCHA

"Por disposición del C. General en Jefe Accidental, las fuerzas del Ejército de Operaciones deberán emprender su marcha rumbo al Norte, mañana, 10 de junio de 1915, a las 6 a. m., en la siguiente forma: La Primera División de Caballería del Noroeste, comandada por el C. general Cesáreo Castro, acabará de reconcentrar sus fuerzas en San Francisco del Rincón, según las instrucciones que ha recibido del C. General en Jefe Accidental, adonde se le comunicarán nuevas órdenes. El resto de las fuerzas marchará a la hora mencionada, por el camino carretero de León, en el siguiente orden:

*Primero*. Segunda División de Caballería del Noroeste, comandada por el C. general de brigada Francisco Murguía, con excepción de las brigadas de los CC. generales Pedro Morales y Martín Triana. Esta división marchará con exploraciones por el flanco derecho de la columna.

*Segundo*. Primera División de Infantería de Sonora, con excepción de las brigadas 1.ª y 5.ª comandadas, respectivamente, por los CC. generales Miguel V. Laveaga y Gabriel Gavira.

*Tercero*. Artillería Expedicionaria y Matriz del Primer Regimiento de Ametralladoras, escoltadas por la 2.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División, al mando del C. general Francisco T. Contreras. Las secciones de ametralladoras, comisionadas en los distintos batallones, marcharán incorporadas a éstos.

*Cuarto*. Segunda División de Infantería del Noroeste, al mando del C. general de brigada Manuel M. Diéguez.

Las brigadas de caballería de los CC. generales Pedro Morales y Martín Triana, y las de infantería, de los CC. generales Laveaga y Gavira, permanecerán en esta ciudad a las órdenes directas del C. General en Jefe Álvaro Obregón, ante quien se presentarán esta tarde los referidos jefes a recibir órdenes.

El C. General en Jefe Accidental marchará junto con las fuerzas."

El día 10, a las 6 a. m., de acuerdo con la orden preinserta, las fuerzas mencionadas emprendieron la marcha de León al Norte, haciendo, simultáneamente, su avance sobre Lagos las fuerzas de la división del general Castro, que se habían reconcentrado en San Francisco del Rincón. El grueso de la columna, al mando directo del general Hill, acampó el mismo día, a las 2 p. m., en Lagunillas, para continuar la marcha el siguiente día.

El mismo día ordené:

Que la brigada de caballería del general Pedro Morales marchara a acamparse en Estación Pedrito, situada a 32 kilómetros al norte de León, con instrucciones de establecer avanzadas rumbo al Norte, a distancia de 3 o 4 kilómetros de su campamento.

Que el general Gabriel Gavira se hiciera cargo de la comandancia militar de la plaza de León y guarneciera ésta con la brigada de su mando, y Que las fuerzas de la Brigada Triana se acamparan a la entrada de los tres caminos que comunican a León con Guanajuato, relevando en estos servicios de vigilancia a las fuerzas del general Laveaga, para que éstas pasaran a tomar descanso dentro de la ciudad.

El día 11, a las 10 a. m., las fuerzas de caballería al mando del C. general Cesáreo Castro ocuparon la plaza de Lagos, después de sostener un ligero tiroteo con los últimos villistas que abandonaban la plaza, a los que se hicieron dos muertos y dos prisioneros.

El grueso de la columna, al mando del general Hill, que había proseguido su avance de Lagunillas a las 5 a. m. del mismo día 11, hizo su entrada a Lagos en la tarde.

Como el general Castro me informara que la vía del ferrocarril, entre León y Lagos, tenía algunos desperfectos, ordené, el día 12, la salida de un tren con trabajadores y materiales, a hacer las reparaciones necesarias.

Esas reparaciones quedaron terminadas el día 13, y desde luego hice salir rumbo a Lagos el tren de mi Cuartel General y otros trenes, con las fuerzas de los generales Laveaga y Triana, quedando el general Gavira con su brigada guarneciendo la plaza de León. El mismo día nos incorporamos a Lagos.

El día 14 recibí informes de que la plaza de Guadalajara estaba seriamente amagada por una columna enemiga, y a efecto de reforzar aquella plaza, ordené que de Lagos se movilizara con aquel rumbo el general Diéguez, al frente de dos mil hombres de su división. A la vez, transmití órdenes al general Joaquín Amaro para que destacara quinientos hombres de su división, con rumbo a Guadalajara, desde Irapuato o Celaya, distribuyendo doscientos de ellos en Pénjamo y La Piedad, para proteger la vía del ferrocarril en aquellos lugares, y poniendo los trescientos restantes a las órdenes del general Diéguez, para que, agregados a la columna que llevaría este jefe, a su paso por La Piedad, marcharan hasta Guadalajara.

La movilización del general Diéguez no pudo llevarse a cabo sino el día 15, pues antes no se había podido disponer del material rodante suficiente para hacerla.

En los días 16, 17 y 18 no se hizo ningún movimiento de avance al norte de Lagos, permaneciendo mi Cuartel General atento a la situación de Jalisco y Guanajuato, en relación con las cuales fueron ordenados algunos movimientos de nuestras fuerzas, a retaguardia, para prevenir cualquier intento que hiciera el enemigo, que aún se encontraba por el rumbo de Dolores Hidalgo y San Miguel Allende, para interceptar nuestras comunicaciones al Sur.

El día 18 recibí un parte del general Diéguez, comunicándome haber llegado a Guadalajara y tenido informe de que la plaza había sido atacada el día 15 por los reaccionarios, al mando de Julián Medina, Caloca y otros jefes, habiendo sido rechazado el ataque por la guarnición constitucionalista, al mando del general Enrique Estrada.

No siendo necesaria ya la presencia de las fuerzas del general Diéguez en Guadalajara, ordené que contramarcharan a Celaya, y permanecieran allí en espera de nuevas instrucciones.

Como con las fuerzas del general Diéguez, situadas en Celaya, quedaría suficientemente asegurada nuestra retaguardia contra cualquier intento de avance del enemigo, que se encontraba por el rumbo de Dolores Hidalgo, dispuse, por conducto del general Hill, el avance de nuestra columna a Encarnación.

El día 19, a las 7. a. m., el grueso del Ejército de Operaciones emprendió la marcha al norte de Lagos, y el mismo día hice avanzar el tren de mi Cuartel General, yendo yo en él, porque mis heridas no me permitían aún hacer marchas a caballo.

En la noche llegó el tren a Estación Castro, a 36 kilómetros al norte de Lagos, encontrando allí acampadas las caballerías de la división comandada por el general Castro, y recibiendo allí parte de que el grueso de la columna, llevando a la vanguardia la división del general Murguía, había hecho alto en la hacienda de Caquixtle.

El día 20 fue ocupada la plaza de Encarnación por la vanguardia de nuestra columna, al mando del general Murguía, plaza que había sido evacuada por los reaccionarios, al sentir nuestro avance. El mismo día se incorporó a Encarnación el resto de la columna, formado por las infanterías, la artillería de grueso calibre y los regimientos de ametralladoras.

El general Murguía logró descubrir que el enemigo había minado los patios de la estación del ferrocarril, y procedió desde luego a extraer de las minas gran cantidad de dinamita, la que hubiera causado un verdadero estrago a la llegada de nuestros trenes a Encarnación, a no haber sido descubierta tan peligrosa maquinación.

El tren de mi Cuartel General se trasladó a Encarnación el mismo día 20, llegando a las 4:30 p. m.

Como en aquella plaza habríamos de permanecer algunos días, en espera de pertrechos y de combustible para nuestros trenes, desde luego que me incorporé di órdenes, por conducto del general Hill, para que nuestras infanterías tomaran posiciones convenientes alrededor de la ciudad, a fin de evitar cualquier sorpresa del enemigo, y al mismo tiempo, para que se establecieran puestos avanzados, con las caballerías del general Maycotte, a 12 kilómetros sobre Aguascalientes. Esas órdenes fueron ejecutadas diligentemente por el general Hill, con la ayuda de los miembros de mi Estado Mayor, quedando el mismo día establecidos el cuadro de infantería, en magníficas posiciones, y los puestos avanzados. La división de caballería del general Murguía quedó dentro de la ciudad, permaneciendo la del general Castro acampada a retaguardia en Estación Castro, con avanzadas en la hacienda Los Sauces, a 12 kilómetros al oriente de Encarnación.

Por aquellos días había salido de Veracruz, a cargo del C. capitán primero José Obregón, un tren conduciendo parque y combustible, destinado al Ejército de Operaciones, y a fin de asegurar la llegada de dicho convoy hasta nuestro campamento, di órdenes al general Amaro para que destacara de Celaya quinientos hombres, al mando del general Abundio Gómez, con instrucciones de llegar a Pachuca por tren, y recibir allí el convoy con pertrechos y combustible, para escoltado hasta Encarnación.

Las exploraciones que diariamente se practicaban al norte de nuestros puestos avanzados, así como al oriente y al poniente, nos permitieron saber que el enemigo tenía sus puestos avanzados en la hacienda La Rosa, a 12 kilómetros al noreste de Encarnación, y en Estación Peñuela, a 26 kilómetros de Encarnación y a 22 kilómetros de Aguascalientes, así como que, por su parte, los villistas hacían también exploraciones por nuestra izquierda, sobre las pequeñas rancherías que están al poniente de Encarnación. Logramos, también, obtener datos más o menos precisos sobre las defensas que Villa preparaba en Aguascalientes, donde estaba acumulando los últimos elementos de combate de que podía disponer en el Norte.

Algunos días se pasaron sin que nada extraordinario llegara a alterar la situación en nuestro campamento. Entretanto, el Cuartel General de mi cargo seguía atento a la situación de retaguardia, manteniendo estrecha observación sobre los contingentes villistas que hacían constantes movimientos entre Dolores Hidalgo y San Miguel Allende, y ordenando una conveniente distribución de fuerzas en las plazas del Sur, que pudieran ser amenazadas por aquel enemigo.

El general Diéguez había llegado a Irapuato con las fuerzas que había llevado a Guadalajara, y el día 22 le trasmití órdenes para que, en vez de ir a Celaya, continuara su marcha a León, movilización que efectuó el mismo día.

Nuestros agentes confidenciales me daban constantes informes acerca de la actividad con que el enemigo levantaba atrincheramientos en Aguascalientes, para hacer una defensa vigorosa de aquella plaza, lo cual me indicaba la necesidad de avanzar cuanto antes, para no dar tiempo a que los contrarios ganaran grandes ventajas; pero la falta de parque nos imposibilitaba para hacer el avance con la prontitud que hubiera deseado, pues los cartuchos recogidos al enemigo en los combates de Trinidad y León no habían sido suficientes siquiera para completar la dotación reglamentaria a nuestros soldados. Esto me hacía seguir, con todo interés, la marcha del convoy que había salido de Veracruz, conduciendo pertrechos, y que debería ser recibido en Pachuca por el general Abundio Gómez; habiendo ordenado a este jefe que, después de recibir dichos pertrechos, los condujera con toda celeridad a Encarnación, recomendándole que me diera aviso telegráfico de su paso por cada una de las estaciones del tránsito, a fin de poder protegerlo oportunamente, en cualquier momento en que se viera amagado, pues el enemigo, que seguramente había tenido conocimiento de la marcha de dicho convoy, permanecía en acecho de él, con intención de capturarlo.

Como el núcleo enemigo, que se encontraba entre San Miguel Allende y Dolores Hidalgo, nos estaba llamando la atención por su constante amago a nuestra retaguardia, especialmente por los días en que debería pasar el convoy con pertrechos que esperábamos del Sur, juzgué conveniente hacer, por nuestra parte, un amago sobre la retaguardia de aquel núcleo y, al efecto, con fecha 24, ordené al general Diéguez que, de la brigada del general Gonzalo Novoa, destacara de León una fuerza ligera, con instrucciones de destruir la vía del ferrocarril al norte de Dolores Hidalgo y, a ser posible, destrozar la guarnición de San Felipe, con objeto de dejar cortados de su base a los reaccionarios que se encontraban por San Miguel de Allende, y obligarlos a que retrocedieran alejándose más de la vía del Central.

Ese movimiento fue encomendado al C. coronel J. Natividad Sánchez, de la brigada del general Gonzalo Novoa, y el día 27 recibí un parte comunicando que dicho jefe había ocupado la plaza de San Felipe, después de derrotar completamente a la guarnición villista que allí había, a la que hizo 23 muertos y varios prisioneros, contándose entre éstos un coronel y algunos oficiales, así como varios civiles adictos al villismo, uno de ellos Fernando Díaz Lombardo, sobrino del llamado ministro de Relaciones en el gabinete de Villa. El mismo parte informaba que nuestras fuerzas capturaron al enemigo muchos caballos, monturas, armas y cananas con parque, y haber rescatado a 87 correligionarios nuestros, que estaban presos para ser enviados a Villa como contingente de sangre, ofrecido por el llamado Gobernador de Guanajuato, Abel Serratos.

Como consecuencia de esa victoria del coronel Sánchez, los grupos villistas que hasta entonces habían permanecido entre Dolores Hidalgo y San Miguel de Allende tuvieron que replegarse violentamente hasta San Luis Potosí, y de esta manera el

enemigo perdió el control de aquella vía, que utilizaba para el intercambio de comunicaciones entre Villa y Zapata, en que combinaban sus operaciones militares, y dejó de amagar nuestra retaguardia.

El día 28 ordené al general Amaro que destacara fuerzas competentes a ocupar las citadas plazas de Dolores Hidalgo y San Miguel de Allende, con instrucciones de restablecer la comunicación telegráfica a Celaya por aquella línea. En virtud de mi orden, el general Amaro destacó inmediatamente 500 hombres de su división, al mando del coronel A. Menchaca, quien tomó posesión de aquellas plazas el día siguiente.

El día 29 recibí un parte del general Castro, informando que sus exploradores habían recogido noticias de que una columna enemiga se encontraba en marcha de Aguascalientes al Sur, por los llanos de Tecuán; y aunque tal noticia no tenía confirmación, como extrema precaución ordené al general Diéguez que se movilizara con sus fuerzas a Lagos, por ser éste el único punto donde el convoy de pertrechos podía correr peligro, dado que allí había una guarnición muy reducida, al mando del general Luis M. Hernández, compuesta de una fracción de la brigada del general Pedro Morales y de escaso número de hombres, recientemente reclutados por el general Hernández, la mayoría de éstos sin armas. En León permanecería el general Gonzalo Novoa con su brigada, con la que había relevado a la del general Gavira, al ser ésta movilizada a nuestro campamento.

En la tarde hizo su movilización a Lagos el general Diéguez, para esperar allí el paso del convoy de pertrechos, que ya había llegado a Irapuato y continuaba su marcha hacia Encarnación; y como se acentuaban los informes del movimiento de una columna enemiga, por nuestra extrema derecha, advertí al general Diéguez la probabilidad de que fuera atacado, a fin de que tomara toda clase de precauciones.

Al amanecer del día 30, el oficial de guardia en el Cuartel General me informó que la comunicación telegráfica con Lagos estaba interrumpida.

Inmediatamente comuniqué órdenes al general Castro, que continuaba acampado con su división en la hacienda de Castro, entre Encarnación y Lagos, para que, con todas sus caballerías, marchara a auxiliar al general Diéguez, a quien suponía yo en situación comprometida, dado que la comunicación no se restablecía.

Creo por demás manifestar a usted que esta situación era en extremo angustiosa para mí, por no conocer la suerte que hubiera corrido el convoy de pertrechos, e ignorar también el resultado del combate, que seguramente había librado el general Diéguez la noche anterior.

Como a las 8 a. m. del mismo día, se reanudó la comunicación telegráfica, habiendo entonces recibido un telegrama del mayor Sebastián Allende, jefe del Estado Mayor del general Diéguez, en que me informaba que, a la madrugada, habían sido atacadas por sorpresa nuestras fuerzas en Lagos, por una columna enemiga, al mando de los generales reaccionarios Canuto Reyes, Rodolfo Fierros, José Ruiz y Cesáreo Moya, en número aproximado de 3 000 hombres, y que después de una lucha desesperada, habían los nuestros logrado rechazarlos, con pérdidas de consideración por ambas partes. El mismo telegrama daba cuenta de que el general Diéguez había resultado herido de gravedad en el combate.

Momentos después recibí nuevo telegrama del mayor Allende, informándome que acababa de llegar a Lagos el tren con parque, que tan ansiosamente esperábamos.

Desde luego ordené que el coronel médico de mi Estado Mayor, Enrique C. Osornio, se trasladara a Lagos en un tren especial, llevando algunos elementos de curación para que atendiera al general Diéguez, y bajo su cuidado personal lo condujera a nuestro campamento.

Llegado que hubo el general Diéguez, con parte de los miembros de su Estado Mayor, a Encarnación, tuve informes circunstanciados del combate que acababa de librarse, el que había sido brusco y desesperado.

La resistencia de nuestras tropas en aquella acción constituyó uno de los hechos que más enaltecen a nuestro ejército, pues a pesar de haber sido sorprendidas por un enemigo superior en número, y seleccionado de los mejores elementos con que contaba el bandolero Villa, se obtuvo sobre los asaltantes una completa victoria, que habría de ser de tan grande trascendencia para el buen éxito de las operaciones sobre Aguascalientes, pues éste lo determinó de una manera muy directa la llegada de los pertrechos que, debido a esa victoria, no cayeron en poder del enemigo.

En la noche llegó a Encarnación el citado convoy con pertrechos custodiado por el general Abundio Gómez.

Al ser trasladado de Lagos a Encarnación el general Diéguez, nombré comandante de la guarnición de Lagos al general Federico Montes, quien accidentalmente se encontraba en nuestro campamento, conferenciando conmigo sobre la mejor manera de proteger nuestras vías de comunicación, en la parte de su jurisdicción, como Comandante Militar del Estado de Querétaro.

El día 1.º se recibió en mi Cuartel General un mensaje del mayor Allende, informando haber llegado a Lagos un subteniente del 14.º Batallón, quien logró escapar de los villistas, que lo habían hecho prisionero en el reciente combate librado en Lagos, trayendo la noticia de que el enemigo se estaba reconcentrando en la hacienda La Estancia, con el aparente propósito de atacar León. En seguida comuniqué la noticia al general Gonzalo Novoa, Comandante Militar de León, a fin de que tomara toda clase de precauciones, tendientes a evitar una sorpresa y prevenir cualquier intento del enemigo sobre aquella plaza.

Las fuerzas del general Castro habían vuelto a acamparse en Castro, por orden que en este sentido libró mi Cuartel General, desde luego que, por haber conocido el resultado del combate en Lagos, juzgué fuera de tiempo su cooperación.

El día 2 transcurrió sin novedad, pero en la noche quedaron cortadas nuestras comunicaciones al sur de Lagos. El enemigo había tomado por sorpresa Estación Pedrito, que está situada entre Lagos y León, obligando al telegrafista a transmitir algunos mensajes en mi nombre al general Novoa y a otros jefes nuestros, que estaban sobre la vía a retaguardia, ordenándoles que no opusieran resistencia a la columna de Reyes y Fierros porque era mayor de 5 000 hombres, y que evacuaran León y demás puntos de la línea, replegándose a lugares seguros.

Al amanecer del día 3 estábamos completamente incomunicados con el Sur, y el enemigo avanzaba y tomaba León, sin resistencia, destruyendo completamente las vías férrea y telegráfica, según noticias que llegaron a mi Cuartel General.

Durante el día, seguí recibiendo informes de que el enemigo, sin pérdida de tiempo, continuaba su avance al sur de León, destruyendo las vías de comunicación a nuestra retaguardia.

El enemigo proseguía en aquella tarea con completa impunidad, puesto que la distancia que había ganado hacía imposible su persecución por nuestras caballerías, por lo que desde luego juzgué impracticable una batida sobre aquella columna reaccionaria.

En vista de aquella situación, ordené la distribución de las municiones recibidas y, para darme exacta cuenta de las condiciones en que nos encontrábamos, pedí a la Proveeduría General un informe de existencias de víveres, informe que luego me fue rendido, y por él pude conocer que las provisiones existentes eran muy limitadas; apenas para cinco días.

## PLAN DE ATAQUE SOBRE AGUASCALIENTES

Reuní entonces a los generales Hill, Castro y Murguía, y les manifesté mi decisión de avanzar sobre Aguascalientes, lo que, a mi parecer, era el movimiento más indicado, puesto que si hacíamos caso de la columna que había entrado a nuestra retaguardia, y destacábamos otra a batirla, nos veríamos obligados a permanecer inactivos frente a Aguascalientes, hasta el regreso de la columna que fuera a hacer esa batida. Por otra parte: teníamos provisiones de boca solamente para cinco días, combustible para nuestros trenes solamente en cantidad suficiente para moverlos cuatro horas, y como reserva de parque, después de haber dado la dotación reglamentaria, quedaban menos de 100 000 cartuchos, o sea en una proporción de 5 cartuchos por plaza.

En seguida les expuse el plan que yo pensaba desarrollar, y que era: regresar todos nuestros trenes a Lagos, donde quedarían custodiados por las tropas del general Diéguez; este jefe regresaría también a Lagos, para seguir siendo cuidadosamente atendido en mi carro especial, por el doctor Zendejas, de la grave herida que recibiera en el antebrazo izquierdo, causada por una bala expansiva 30-40 en el combate de Lagos.

Emprender un avance pie a tierra, con todo el Ejército de Operaciones, formando un semicírculo, por el Oriente, para salvar la línea de frente, que el enemigo había preparado con tanto tiempo, con atrincheramientos, alambrados, minas y artillería; línea que partía de las lomas que están al oriente del valle, pasando a 3 kilómetros al sur de la ciudad, e iba a apoyar su extrema derecha en el cerro de La Laja, y de allí, arrancaba en ángulo recto, por el Oriente, hasta los cerros que están frente a las estaciones del ferrocarril, en Aguascalientes. El enemigo tenía distribuida su artillería en todo lo largo de la línea, siendo su principal puesto artillado el cerro de Las Liebres.

Mi determinación de avanzar sobre Aguascalientes se apoyaba, también, en la consideración de que el plan del enemigo, al meter a nuestra retaguardia la columna de Fierros y Reyes, destruyendo la vía del Central, a medida que sus tropas, por la vía del Nacional, reparaban los pequeños tramos destruidos por el rumbo de San Felipe a Dolores, era, seguramente, el llegar a Celaya con esas reparaciones, y de allí, con el fácil avance de Reyes y Fierros, controlar la vía del Central al sur, para restablecer su comunicación, desde San Luis Potosí hasta la ciudad de México, poniéndose así en contacto directo con las fuerzas de Zapata, y poder, a discreción, movilizar fuerzas del Norte a cualquier punto de nuestra retaguardia, o del Sur a nuestro frente.

Nuestro avance, en la forma que lo propuse, salvando la línea de frente del enemigo, y colocándonos a su retaguardia, o sea al norte de Aguascalientes, tendría por objeto, obligar a Villa, si quería contrarrestar nuestro movimiento, a que abandonara sus atrincheramientos y saliera a librar una batalla campal en los llanos de Tecuán; supuesto que un ataque de frente, dados sus magníficos preparativos y la escasez de cartuchos por nuestra parte, hubiera sido una aventura imprudente.

Expuestas todas esas consideraciones, los generales citados estuvieron de acuerdo con mi plan, mostrándose satisfechos, y con plena confianza en que nuestro movimiento sería coronado por el éxito.

El día 5 siguieron recibiéndose noticias procedentes de Silao, en sentido de que Fierros y Reyes continuaban impunemente la destrucción de las vías y su avance al Sur.

Ese día, por la Orden General de la Jefatura de Operaciones, se comunicó la siguiente disposición:

> "*Dispone el C. general en jefe se haga saber a las fuerzas que componen el Ejército de Operaciones, que habiendo quedado completamente restablecido de sus heridas, el mismo general en jefe, desde hoy toma el mando directo de este ejército que se honra en comandar*".

El mismo día, a las 3:45 p. m., comuniqué la siguiente

## ORDEN EXTRAORDINARIA

"Mañana, a las 7 a. m., todas las fuerzas de caballería de este Ejército de Operaciones, estarán colocadas en formación, sobre el camino que conduce a la hacienda Las Rosas, para emprender a esa hora la marcha.

Igualmente, mañana a la misma hora, todas las fuerzas de infantería del propio ejército, que se encuentran en esta plaza, marcharán en el orden que sigue:

*Extrema vanguardia*. Cuerpo Explorador de Caballería, de la primera brigada de la Primera División de Infantería.

*Vanguardia*. Novena Brigada de Infantería de la primera división del arma, que es al mando del C. general Eugenio Martínez, siguiendo las brigadas primera, cuarta y segunda, de la Primera División de Infantería, al mando, respectivamente, de los CC. generales Miguel V. Laveaga, Lino Morales y Francisco R. Manzo.

A continuación, la artillería de grueso calibre, que llevará como sostén a la octava brigada de infantería de la primera división, que es al mando del C. general Francisco T. Contreras; yendo a continuación las brigadas quinta y sexta de la Primera División de Infantería, y la fracción de la Segunda División de Infantería, al mando, respectivamente, de los CC. generales Gabriel Gavira, Cipriano Jaimes y Fermín Carpio.

*Extrema retaguardia*. Brigada de caballería, al mando del C. coronel Cirilo Abascal, de la expresada Segunda División del Noroeste.

Los jefes de brigada dispondrán, dentro de este orden, el que corresponda a sus respectivos batallones.

Las impedimentas marcharán a la retaguardia de cada brigada, y entre cada una habrá una distancia de 200 metros, debiendo ser de un kilómetro la que haya entre la fracción de la segunda división y la extrema retaguardia.

Cada jefe de brigada deberá ir al frente de sus fuerzas, teniendo especial cuidado de que no se pierda la distancia y de que se conserve la formación y colocación que corresponda, para en un caso dado, tomar dispositivo de combate.

Se dispone, igualmente, que todas las impedimentas que no fueren indispensables, deberán regresarse en los trenes, mañana, a primera hora.

Lo que se comunica para su conocimiento y cumplimiento. *D. O. S. Sáenz*."

## PREPARATIVOS DE AVANCE

Este mismo día ordené que fueran dadas a las tropas sus raciones de víveres para la marcha, habiendo recibido cada soldado provisiones para cinco días, y con ello quedaron agotadas todas las existencias en la Proveeduría.

Aunque mi herida no había cicatrizado por completo, y aún me causaba agudísimos dolores, desde hacía varios días ensayaba montar a caballo y, por lo tanto, en aquella fecha, me encontraba en condiciones de entrar en combate, yendo al frente de la columna.

El día 6, de acuerdo con las órdenes del día anterior, a la hora señalada, estaban las tropas en formación, quedando colocada a la vanguardia la Segunda División de Caballería, al mando del general Murguía, y la marcha se emprendió en la forma que estaba prevenida.

Los trenes, inclusive el del Cuartel General, con el general Diéguez, empezaron a la misma hora a hacer su salida al Sur, encargándose de este movimiento el C. teniente coronel Paulino Fontes, jefe de trenes militares del Ejército de Operaciones, quien recibió órdenes de salir él, en último término, y destruir un tramo de vía en Los Salas, entre Encarnación y Lagos, para prevenir cualquier movimiento que el enemigo intentara hacer por ferrocarril al Sur.

La ruta que debía seguir la columna era por un terreno muy accidentado, hasta la hacienda Las Rosas, dejando al Poniente el cerro del Gallo, que es uno de los más elevados en aquella región.

La división de caballería, comandada por el general Castro, marchaba también en el avance general, inclusive las fuerzas que de dicha división habían estado destacamentadas en la hacienda Los Sauces, las que fueron relevadas por las del general Triana.

## SE INICIA EL COMBATE

Habíamos caminado 8 kilómetros, cuando la vanguardia descubrió y atacó por sorpresa a un grupo de caballería enemiga, que se encontraba en un rancho que está frente a la hacienda Los Sauces, haciéndole regular número de muertos y capturándole un oficial. Éste informó, con algunos detalles, sobre el número de tropas que había en las haciendas Las Rosas y San Bartolo.

Al escuchar el fuego del combate que libraba nuestra vanguardia, forcé un poco la marcha de las infanterías, y trasmití órdenes al general Murguía para que hiciera alto con su división.

Llegábamos al sitio donde se encontraba el general Murguía, cuando el enemigo, reforzado con las caballerías que venían en su auxilio, empeñaba de nuevo combate con parte de las caballerías nuestras. Entonces ordené al general Triana, quien ya se había incorporado de la hacienda Los Sauces, que avanzara sobre unas lomas altas, que quedaban a nuestra derecha y en las que estaban tomando posiciones los villistas, con aparente intención de efectuar un movimiento de flanco. Hice entrar en acción, también, para contrarrestar aquel intento de los villistas, la brigada al mando del general Alejo G. González, y las infanterías del general Eugenio Martínez.

El enemigo, aunque estaba siendo reforzado, no pudo contener el avance de los nuestros, y después de un combate de dos horas, empezó a replegarse, batiéndose en retirada.

De nuevo se puso en marcha el resto de la columna, sin dejar de escucharse el fuego, mientras que nosotros avanzábamos, con las fuerzas que habían desalojado al enemigo de sus primeras posiciones, y al caer la tarde nos incorporamos a la hacienda Las Rosas, donde encontramos un represo con agua en abundancia.

Allí pernoctamos esa noche, sin perder el dispositivo de combate, y el enemigo, por su parte, desplegaba sus primeras líneas de tiradores, a una distancia aproximada de 3 kilómetros de las nuestras del frente.

El general Maycotte había avanzado por el camino que conduce a la hacienda San Bartolo y fue atacado por el enemigo, obligándolo a reconcentrarse en nuestro campamento.

Durante los combates de este día se hicieron al enemigo más de 100 bajas; teniendo que sufrir, por nuestra parte, alrededor de 25, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos un capitán del 20.º Batallón de Sonora.

En la marcha de la columna ocurrió un lamentable incidente: hicieron explosión las bombas de dinamita, que eran conducidas en un carro del cuerpo de dinamiteros, y a consecuencia de esa explosión tuvimos 27 bajas, entre muertos y heridos, contándose, entre los últimos, el general Contreras. Todos nuestros heridos fueron eficazmente atendidos en la hacienda Las Rosas por el coronel Osornio, médico de mi Estado Mayor.

Durante la noche el enemigo estuvo haciendo movimientos, y con este motivo fueron constantes los tiroteos rumbo al valle.

Al amanecer del día siguiente subí a la azotea de la casa principal de la hacienda, con objeto de explorar el campo enemigo, habiendo logrado descubrir, desde luego, sus posiciones, debido a la corta distancia que guardaban de las nuestras. Por el camino que seguimos, a la derecha, sobre el valle donde empiezan los llanos, y a nuestra izquierda, desde la orilla del camino, y siguiendo los atrincheramientos de piedra, que sirven de cercado a la hacienda San Bartolo y que se prolongan por el cerro que lleva este nombre, y por los que siguen al Poniente, hasta terminar en el cerro del Gallo, estaba tendida una cadena de tiradores, también de caballería, pero desmontados y ocultando sus caballos en las mismas trincheras. Esta línea medía no menos de 7 kilómetros.

Era, pues, imposible continuar nuestro avance, antes de desalojar de sus posiciones a los reaccionarios.

## SEGUNDO DÍA DE COMBATE

Entonces acordé el siguiente dispositivo de ataque:

Con las brigadas de infantería de los generales Martínez y Gavira, y la de caballería del general Maycotte, atacaría yo el centro de la línea enemiga; el general Laveaga, al frente de su escolta y la de mi Cuartel General, avanzaría por las estribaciones del cerro del Gallo, para atacar la línea enemiga por el flanco; simultáneamente, nuestra artillería, que ya estaba emplazada adelante de la hacienda Las Rosas, y frente al cerro de San Bartolo, quedando a las órdenes del general Hill, quien dirigía el ataque sobre dicho cerro, abriría sus fuegos en las direcciones que el mismo general Hill indicara; y entretanto, los generales Castro y Murguía avanzarían con sus caballerías por el valle, para desalojar al enemigo que estaba posesionado de algunas pequeñas haciendas.

El movimiento se inició como a las nueve de la mañana del citado día, teniendo que hacer nuestras tropas su avance por un terreno completamente plano, y sobre un enemigo ventajosamente atrincherado.

En pocos momentos, el fuego se había generalizado; el enemigo no tenía artillería de grueso calibre, pero hacía funcionar, al mismo tiempo que su fusilería, un regular número de ametralladoras y fusiles Rexer.

El general Martínez no tardó en posesionarse de una pequeña loma, a distancia de unos 400 metros de la línea del enemigo, haciendo, desde allí, muy eficaz su fuego sobre éste; el general Laveaga atacaba con vigor la extrema izquierda; el general Hill ordenaba el avance del 20.º Batallón y parte de la 2.ª Brigada, al mando del general Manzo, protegiéndolo con los fuegos de nuestra artillería, llevando como objetivo el cerro de San Bartolo, y al mismo tiempo los generales Murguía y Castro emprendían su avance por el valle.

El enemigo, a pesar de que ocupaba magníficas posiciones, que le permitían batirse ventajosamente, hizo poca resistencia, y empezó a replegarse tan pronto como se dio cuenta de la superioridad numérica de nuestras tropas atacantes, y de la eficacia de los fuegos de nuestra artillería de grueso calibre, que ellos no podían contrarrestar, porque, según lo dejo indicado, carecía de esta arma.

La retirada del enemigo se inició por el centro, que era atacado más de cerca por las fuerzas del general Martínez, siguiendo la fuga del ala derecha, y, por último, la de las fuerzas de caballería que estaban posesionadas del cerro de San Bartolo, y de las que ocupaban algunas haciendas en el valle.

Sin demora emprendimos la persecución del enemigo, que huía sin intentar siquiera hacer fuego en retirada, persecución que se continuó hasta adelante de la hacienda de San Bartolo, haciendo nuestras fuerzas un rodeo al cerro del mismo nombre, a cuyo pie se encuentra situada dicha hacienda.

A la hacienda de San Bartolo llegamos a las doce del día, y de allí dirigí correos a los generales Hill, Castro y Murguía, ordenándoles que, con el resto de las fuerzas de la columna, violentaran su marcha, hasta incorporarse a mi campamento.

Las trojes de la citada finca estaban ardiendo, pues les habían puesto fuego los últimos reaccionarios, en su huida, y nosotros logramos extinguir el incendio antes de que se comunicara a otras dependencias de la hacienda.

En aquel lugar tomaron algún descanso las tropas, excepto la escolta del Cuartel General, la que, comandada por su jefe, el teniente coronel Lorenzo Muñoz, de mi Estado Mayor, había continuado la persecución del enemigo, y se batía con él en la inmediata hacienda de Tequesquite, donde los villistas resistían con éxito, hasta que, al fin, fueron desalojados, cuando la brigada del general Jesús S. Novoa entró al ataque, en combinación con mi escolta, por órdenes que le comuniqué oportunamente.

Para la una de la tarde se habían incorporado ya todas las fuerzas, y cuando hubieron tomado su alimento y llenado sus ánforas, se prosiguió el avance, a las 2:30 p. m., llegando una hora después a la hacienda Tequesquite, que ya había sido ocupada por el general Novoa y el teniente coronel Muñoz. De entre los labriegos de aquella finca escogimos unos guías, que nos dijeron conocer perfectamente el terreno, y con ellos se continuó la marcha, rumbo al rancho de Duraznillo, situado ya en los llanos de Tecuán, y cuyo camino forma un ángulo recto con el que seguimos de San Bartolo. Pasamos por Duraznillo a las cinco de la tarde, no habiendo podido pernoctar allí por la absoluta falta de agua y leña. Desde aquel momento la marcha empezó a hacerse pesada, y hubimos de suspenderla a las siete de la noche, hora en que llegamos con la vanguardia frente a la Congregación de Calvillo, sin haber encontrado en el camino agua, leña ni forrajes; siendo, por lo tanto, muy crítica nuestra situación. Los guías no sabían explicar la falta de veracidad de los informes que me habían dado, sobre la abundancia de agua y forrajes por aquellos lugares.

El día terminó sin que acabaran de incorporarse las fuerzas, habiéndolo hecho hasta después de las once de la noche.

Se oponía a la continuación de nuestra marcha una barranca muy profunda, por donde el paso de la artillería era impracticable, por lo cual tuvimos que pernoctar en una llanura de incomparable aridez, donde los soldados no consiguieron esa noche un solo leño ni un trago de agua, ni siquiera encontraron un tronco de donde amarrar los caballos. La artillería no pudo atravesar un último barranco para llegar al centro de la columna, y quedó en uno de los extremos.

¡Nunca habíamos presentado al enemigo mejor oportunidad, que esta vez, para infligirnos una derrota!

La oscuridad de la noche puso en quietud nuestro campamento, quedando acampado el general Murguía, con su división, en la barranca de Calvillo, como a un kilómetro de nuestra línea de infantería.

Considerando que el enemigo, al día siguiente, haría un nuevo intento de contener nuestro avance, ordené que al amanecer se hiciera un movimiento general hacia nuestra derecha, por el rumbo donde, esa misma noche, algunos de nuestros soldados habían descubierto una presa con agua en abundancia.

El movimiento indicado se hizo sin contratiempo, y para las ocho de la mañana ya nuestros soldados habían hecho su almuerzo y proveídose de agua, para emprender la jornada.

En la marcha del día anterior, las divisiones de caballería habían cubierto nuestros flancos; la del general Murguía, el derecho y el izquierdo, la del general Castro, formando líneas paralelas con la de nuestras infanterías y artillería; y para emprender la marcha de este día, ordené al general Castro que pasara con su división a unirse en el flanco derecho con la del general Murguía, en virtud de que consideré peligroso el avance de esas fuerzas por la izquierda de la barranca, que va casi paralela a la línea que habíamos seguido; pero el general Castro, creyendo que ganaría terreno pasando la barranca y avanzando por el flanco izquierdo, lo hizo así.

## TERCER DÍA DE COMBATE

Habíamos caminado unos cuantos kilómetros cuando empezamos a escuchar un fuerte tiroteo hacia nuestro flanco izquierdo, a lo que no di yo mucha importancia, porque éstos eran incidentes ya muy comunes en nuestras marchas, y ordené que continuara el avance; pero en esos momentos el general Hill me indicó que era peligroso seguir adelante, porque el enemigo venía haciendo un movimiento general de ofensiva. Al mismo tiempo, recibía un correo del general Castro, en que me informaba que una fuerte columna enemiga lo atacaba con toda energía, pidiéndome refuerzos de infanterías para proteger con ellas su retirada; a lo que contesté ordenándole continuara su retirada, hasta incorporarse al cuadro que ya habíamos formado con las infanterías.

En seguida, me transladé a nuestra línea del Norte, por donde era ya atacada también con todo vigor la caballería del general Murguía, generalizándose a poco el combate en toda nuestra línea de fuego, que era muy extensa.

Después de proteger, con infanterías, a la caballería del general Morales, que venía siendo rechazada por el enemigo, y habiendo obligado a éste a retroceder con ese oportuno auxilio, regresé a la hacienda El Retoño, y subí a las azoteas de la casa, para observar los movimientos del enemigo.

A esa hora, comenzaron a incorporarse las caballerías del general Castro, después de haber sufrido un serio descalabro, debido a que el terreno en que tuvo que combatir, por ser muy accidentado, lo puso en condiciones difíciles para la defensa, y más aún, para la retirada.

El enemigo se había colocado también a nuestra retaguardia, apoderándose de algunos transportes y haciendo prisioneros a algunos soldados nuestros, que habían quedado un poco atrás. Nuestra línea de retaguardia fue también vigorosamente atacada, pero sin conseguir desalojar a uno solo de nuestros soldados.

Así continuamos hasta después del mediodía, y por la tarde, el enemigo había formado ya una línea de fuego, paralela a la nuestra, cubriendo, además, nuestra retaguardia.

Nuestra colocación en defensiva hacía la figura de un cuadrilongo, cuyas líneas medían aproximadamente 6 por 4 kilómetros.

La noche pasó en relativa calma, registrándose sólo ligeros tiroteos, y durante ella se hicieron más intensos los dolores de mis heridas, debido, indudablemente, a las fatigas de la marcha y combates del día.

Villa, probablemente, se dio cuenta de la ruta que intentábamos seguir y, por lo tanto, comprendió la necesidad que tenía de contrarrestar nuestro movimiento, para impedir que nos colocáramos a su retaguardia, y moralizado por los éxitos obtenidos en los combates parciales que se libraron durante el día, resolvió mover, esa misma noche, el resto de sus caballerías y su artillería, para librar, en aquel terreno, el combate que decidiría la suerte de Aguascalientes y de los restos del villismo, alentado también por las grandes ventajas que le ofrecía el terreno.

El campo que ocupaban nuestras tropas era completamente árido, y no tenía sino dos puntos con agua, uno de los cuales casi no merecía tomarse en cuenta, debido a las pésimas condiciones del líquido.

Al amanecer del día 9, el enemigo había casi cerrado el sitio a nuestro campamento, y emplazado tres baterías de grueso calibre, con las que abrió fuego sobre nuestras posiciones, tan pronto como la claridad del día le permitió fijar sus punterías. Nuestra artillería fue emplazada desde luego, para contrarrestar los fuegos de la enemiga, y el duelo entre ambas se prolongó por todo el día.

El combate no llegaba a generalizarse por completo; pero los ataques que el enemigo hacía sobre distintos puntos de nuestra línea eran muy enérgicos, y empezaban a recibirse partes de algunos jefes comunicando que el parque se les agotaba. Para entonces, no se contaba ya con reserva alguna de cartuchos.

Recibí también un parte del general Murguía, comunicándome que el enemigo cargaba sobre él, con extraordinario ímpetu, y que le era de urgente necesidad ser reforzado con infanterías y 2 cañones de montaña, pues que su situación era, a cada momento, más comprometida. Desde luego, ordené que marcharan a la hacienda de San Miguel, a reforzar al general Murguía, las brigadas de infantería de los generales Lino Morales y Gabriel Gavira, con dos cañones de montaña.

La División de caballería del general Castro, por orden de mi Cuartel General, tomaba descanso dentro del cuadro de nuestras infanterías, a excepción de la brigada del general Maycotte, que no había tomado parte en los combates librados el día anterior por la citada División, y la cual brigada estaba cubriendo parte de nuestra línea oriente.

El mismo día se aproximó, por el oriente de nuestra línea, una columna enemiga, y el general Maycotte cargó sobre ella, habiéndola derrotado, causándole muchas bajas y un regular número de prisioneros.

La situación en que nos encontrábamos no podía prolongarse por más tiempo y, por lo tanto, resolví que al siguiente día (10 de julio), se decidiera nuestra suerte, emprendiendo un movimiento general de ofensiva. Nos quedaban cartuchos apenas para dar un asalto sobre las trincheras enemigas, y continuar el avance hasta Aguascalientes, si no éramos obligados a detener nuestra marcha; contábamos con provisiones apenas para un día, y el agua se había agotado esa tarde en uno de los tanques del campamento.

Llamé a los generales Hill, Castro, Murguía y Carpio, este último, como jefe de las fuerzas de la División del general Diéguez que marchaban incorporadas a la columna, para comunicarles órdenes personalmente. Todos ellos concurrieron, a excepción del general Murguía, quien mandó, en su representación, al C. coronel Arnulfo González, jefe de su Estado Mayor.

Entre nuestra línea Poniente y la línea de atrincheramientos del enemigo se encontraba la barranca de Calvillo que, a más de ser muy profunda, es de muy difícil acceso, siendo esto una ventaja poderosa que el enemigo hubiera tenido sobre nuestras fuerzas, si el movimiento se hacía simultáneo, pues en esta parte de la línea los nuestros tenían que hacer el descenso y ascenso a dicha barranca, bajo los fuegos del enemigo. Se hacía, pues, necesario, emprender el asalto sobre la hacienda El Maguey, situada en el extremo norte de la barranca, donde ésta es ya de poca profundidad, y sus taludes no mayores de 30 grados.

## PREPARATIVOS DE ASALTO

Tomando eso en consideración, resolví que el movimiento se hiciera por asalto sobre la citada hacienda El Maguey, que formaba casi el centro de la línea enemiga, con las brigadas primera y octava de infantería, al mando directo del general Hill y del Cuartel General, a las seis de la mañana, para que, a esa misma hora, el general Murguía emprendiera su asalto sobre el enemigo, que estaba atrincherado frente a sus posiciones, en San Gregorio; acordando que, cuando nosotros hubiéramos empeñado combate, continuara su avance la línea del frente, cubierta por la segunda brigada y parte de la novena, y que, cuando ya el enemigo hubiera sido desalojado del centro, el general Carpio hiciera un rápido movimiento de conversión, atravesando la barranca, en los momentos en que el enemigo intentara contrarrestar nuestro avance por el centro. Entretanto, como había gruesos núcleos de tropa enemiga a nuestra retaguardia, el general Castro tendería sus caballerías en línea diagonal, de N. O. a S. O., para rechazar cualquier intento del enemigo sobre nuestra retaguardia, cuando estuviéramos atacando sus trincheras del frente.

Todos los jefes estuvieron de acuerdo en la necesidad de efectuar ese movimiento, sin poner objeción alguna al plan general, regresándose cada quien a su campamento a dictar las órdenes necesarias, para la ejecución de la parte que les correspondía.

Nuestra artillería no tomaría parte en la ofensiva que se había concertado, porque el movimiento era de asalto, y el hecho de emplazar nuestros cañones nos obligaría a proceder con lentitud, lo que no permitía nuestra escasez de parque. En consecuencia, se ordenó que la artillería amaneciera atalajada, para que emprendiera la marcha sin entorpecer nuestros movimientos.

A nuestra retaguardia marcharían todas las impedimentas.

Como de Encarnación habían sido devueltos a Lagos todos los trenes, y parte de las impedimentas, regresándose también el general Diéguez, en estado de suma gravedad, dejé, como guarnición en aquella plaza, para proteger los trenes y dar escolta al general Diéguez, así como para cubrir nuestra extrema retaguardia, 1 500 hombres, comandados por el general Federico Montes, y de esta manera la seguridad de aquella plaza estaba garantizada, mientras no terminara el combate de nuestro Ejército con el villista; pero en caso de un posible fracaso para nuestras fuerzas, aquella guarnición estaría perdida, si trataba en vano de defender nuestros trenes, los que no podrían moverse al sur, en el caso de un ataque del enemigo, porque la vía estaba destruida. Así que, juzgando que ya no era remoto un descalabro, dada nuestra escasez de parque, aquella misma noche dirigí al general Diéguez una comunicación cifrada, enviándola con propio, en la que le describía nuestra situación, y le encargaba tomar medidas convenientes, en caso de que al siguiente día no tomáramos la plaza de Aguascalientes. El texto descifrado de dicha nota es el siguiente:

Al salir de Encarnación, considerando el estado delicado de su salud, no quise comunicar a usted las causas que me obligaron a seguir este plan; pero ahora juzgo necesario manifestarle que nuestra situación era así: las vías férrea y telegráfica estaban destruidas en Cazadero, Ahorcado y cerca de Tula; León, en poder del enemigo y nuestras comunicaciones interrumpidas de ésa a León; el combustible agotado completamente, y nueve trenes en Encarnación, con aceite sólo para unas cuantas horas de movimiento, apenas suficiente para regresarlos a ésa. Para consolidar nuestra retaguardia, sólo contábamos con los elementos que allí teníamos, pues había dirigido repetidos telegramas al Jefe, pintándole la gravedad de nuestra situación y encareciéndole ordenar a los jefes a nuestra retaguardia restablecer la comunicación y mandar combustible, sin que esto pudiera tener resultado, dado que los sucesos inmediatos posteriores, la repentina aparición de la columna de Reyes y Fierros, a retaguardia, y su avance al sur, destruyendo las comunicaciones, imposibilitaban toda acción combinada. Regresarnos era del todo imposible, pues teníamos provisiones apenas para seis días, y la cuestión del parque era para usted bien conocida, sólo teníamos el suficiente para librar un combate, y no había esperanzas de recibir nuevas remesas de éste, ni provisiones ni combustible. En estas circunstancias, resolví devolver a usted, por el estado de su herida, así como los trenes, y emprender este movimiento por tierra, para atacar Aguascalientes por la retaguardia del enemigo. Éste comenzó a resistir desde nuestra salida de Encarnación, y llevamos tres días de combates. Tenemos provisiones solamente para mañana, y el parque está muy escaso, sólo el indispensable para atacar una plaza por asalto. A cuatro leguas de Aguascalientes; imposibilitado para retirarme, por falta de parque y provisiones, y porque hacerlo sería muy inconveniente; conociendo perfectamente el peligro que corro en esta situación, mañana, al amanecer, emprenderemos el avance sobre Aguascalientes, con todos mis elementos, teniendo esperanzas, aunque poca seguridad —dada nuestra escasez de parque— de ocupar dicha plaza mañana mismo, lo que comunicaré a usted inmediatamente; pero si este aviso no le llegare en el tiempo que usted juzgue indispensable, deberá tomar en cuenta todo esto, para que adopte las debidas precauciones, y en su oportunidad, se servirá comunicar al Primer Jefe lo que sea del caso. Lo saludo muy afectuosamente. *Constitución y Reformas*. Campamento en San Sebastián, a 9 de julio de 1915. Al C. General de División *M. M. Diéguez*. Lagos, Jalisco.

La noche transcurría registrándose ligeros tiroteos; pero poco después de las doce el enemigo dio un asalto con verdadero brío sobre las posiciones que ocupaban las fuerzas del general Carpio y parte de las del general Maycotte. Por ambas partes se hacía un nutridísimo fuego de fusilería y ametralladoras; durando el combate más de 20 minutos, al cabo de los cuales el enemigo se vio obligado a replegarse a sus posiciones.

El resto de la noche pasó sin otra novedad, y el general Murguía, cuya División había sido reforzada el día anterior, con infanterías y dos cañones de montaña, hacía todos sus preparativos para desarrollar la parte que le correspondía en el plan de ofensiva.

## SE INICIA EL ASALTO

El día 10, a la hora que se había fijado, se inició el avance sobre las líneas enemigas, frente a la hacienda El Maguey, con los batallones 10.º y 15.º, de la primera brigada, y 21.º de la 9.ª brigada, al mando del general Miguel V. Laveaga, los que, desplegados en tiradores, abrieron el fuego, lanzándose a paso veloz sobre las trincheras de los villistas. Éstos notaron el movimiento, desde que se inició, y trataron de rechazarlo, abriendo fuego con toda su artillería, y haciendo funcionar, al mismo tiempo, su fusilería y ametralladoras. El fuego de los villistas era tan nutrido, que las líneas que nuestros soldados iban ocupando se marcaban y podían observarse a distancia por el polvo que levantaban los proyectiles; en tanto que los nuestros contestaban débilmente aquel fuego, porque su rápido avance apenas les permitía hacer uno que otro disparo.

A medida que el fuego arreciaba y la línea de combate se extendía, nuestros soldados aceleraban el paso, con la seguridad de que el peligro de sus vidas se prolongaría sólo por el tiempo que se tomaran para llegar a las trincheras enemigas. Así sucedió: en menos de quince minutos, algunos de nuestros más intrépidos soldados llegaron a las cercas de piedra que servían de fortificación

a los reaccionarios, y éstos, abatidos ante el avance resuelto de los nuestros, se consideraban impotentes para empeñar una lucha cuerpo a cuerpo, y emprendían la huida por el camino de Soyatal, que conduce a Aguascalientes.

Rota la línea enemiga por el centro, empezamos a atacar sus flancos, y cuando los villistas, con todos sus elementos, trataban de contrarrestar este movimiento, el general Carpio emprendió el suyo de conversión, desalojando al enemigo que estaba posesionado frente a sus líneas, y lanzándose con intrepidez a la barranca, la que salvó en tiempo relativamente corto, desalojó al enemigo de sus trincheras. Las fuerzas de este general, que eran las más escasas de parque, capturaron en ese movimiento cuatro ametralladoras y una regular cantidad de cartuchos, que fue suficiente para municionar sus fuerzas, haciendo la distribución del parque sin suspender el ataque.

El enemigo que se encontraba a nuestra retaguardia se había posesionado desde San Bartolo hasta Duraznillo, e intentó hacer un avance; pero encontró la resistencia de las caballerías del general Castro, las que lo obligaron a hacer un rodeo por cerca de la hacienda de Tequesquite, y entonces el general Castro extendió sus líneas hasta cerca del cerro del Gallo.

El general Murguía, que había iniciado su movimiento con un pequeño retardo, forzó sus marchas, desplegando sus caballerías en una extensa línea al norte, desde la extrema derecha de las infanterías.

El avance continuó sin interrupción, y al salir de la hacienda El Maguey, cayó herido el mayor Rodrigo Talamante, hijo del general del mismo apellido. Llamé, entonces, a este general, diciéndole que podía atender a su hijo, puesto que, yendo el general Hill y yo con las fuerzas que avanzaban, no era absolutamente indispensable su presencia al frente de su batallón. El general Talamante manifestó que, por ningún motivo, se separaría de sus fuerzas en aquellos momentos, y ordenó que uno de sus oficiales fuera a atender a su hijo.

Todas nuestras infanterías habían logrado atravesar la barranca, y el avance se continuaba en un frente de 25 kilómetros, aproximadamente.

La artillería seguía avanzando por el camino real, sin haber disparado un solo cañonazo, de conformidad con las órdenes que fueron dadas; pero cuando íbamos a la altura de Soyatal, escuché un disparo de cañón hacia la izquierda de nuestra retaguardia, observando que la granada, formando parábola y salvando nuestras líneas, había ido a explotar entre las tropas enemigas. Como nuestra artillería había recibido orden de continuar el avance sin hacer fuego, de pronto temí que el enemigo hubiera logrado rechazar nuestra ala izquierda; pero a poco se presentó un oficial, dándome parte de que había sido capturada una batería enemiga, con su personal de artilleros, por el 4.º Batallón, al mando del coronel Cenobio Ochoa, de la 2.ª brigada de infantería, y que nuestros soldados habían hecho fuego sobre el enemigo, con los mismos cañones.

El general Carpio había tenido momentos difíciles en su ataque, porque los reaccionarios cargaron sobre él muchos elementos; pero con un heroico esfuerzo de sus tropas, y auxiliado eficazmente por la caballería del coronel Abascal, logró rechazar de nuevo al enemigo, no sin sufrir serias pérdidas, pues solamente el batallón de los valientes juchitecos, comandado por el teniente coronel López, compuesto de 200 plazas, tuvo en esa acción más de 60 bajas.

A consecuencia de que el terreno era muy quebrado y boscoso, nuestra línea se había hecho muy irregular, por lo que ordené hacer un alto, cuando habíamos caminado la mitad de la distancia que nos separaba de Aguascalientes, para dar lugar a que las caballerías del general Murguía se acercaran más a la vía del ferrocarril, al norte de aquella plaza.

Durante ese alto, se incorporaron las brigadas de los generales Gavira y Lino Morales, y se prosiguió luego el avance.

Nuestros soldados, fatigados y sedientos, avanzaban con resolución, llevando impresa en sus rostros la satisfacción más intensa, lanzando gritos, como signos de su máximo entusiasmo, que son característicos en nuestras clases de tropa, cuando conservan su entereza de ánimo en el combate.

Durante un nuevo alto, que ordené para reorganizar nuestras líneas, ascendí, en compañía de algunos jefes y de los miembros de mi Estado Mayor, a una pequeña altura, que nos permitía observar las posiciones que aún conservaba el enemigo, por el rumbo de, Aguascalientes. Estábamos en esa observación, cuando vimos levantarse, al sur de la ciudad, una inmensa columna de tierra y humo, a distancia aproximada de 12 kilómetros del lugar en que nos encontrábamos. A aquel imponente espectáculo, siguió una estruendosa detonación rugiente, que encontró eco en las montañas que corren de norte a sur, al poniente de Aguascalientes. Luego, se oyeron muchas voces que, simultáneamente, exclamaban: *¡La mina!... ¡La mina!* Había sido, en efecto, la explosión de una de las minas que el enemigo había puesto en las cercanías de Aguascalientes; pero ningún daño podía causar aquella explosión a nuestras tropas, porque todos los jefes tenían orden de no entrar por el sur de la ciudad, precisamente para evitar aquel peligro, de que ya teníamos conocimiento, por los informes de nuestros espías. Luego descubrí que nuestra ala izquierda empezaba a atacar al enemigo en las posiciones que tenía en el cerro de Las Liebres, último reducto que había que tomar para llegar a Aguascalientes, y también empezamos a observar densas columnas de humo, que salían sobre las lomas interpuestas entre nosotros y el valle, las que indicaban la marcha, en retirada, de los trenes del enemigo. Con tal motivo, ordené la prosecución de la marcha, haciéndola más acelerada.

Cuando dominamos la última loma, y así quedó a nuestra vista la ciudad y todo el valle, pudimos darnos cuenta de la desastrosa dispersión en que huía el enemigo. Como la estación de lluvias no había iniciádose aún, ningún movimiento podía hacerse ocultamente, y todos eran denunciados por las polvaredas que levantaban; así se observaba, en aquel extenso valle, cómo huían en grupos pequeños y sin formación alguna, todas las tropas reaccionarias. Ordené entonces a los generales Martínez,

Gavira y Lino Morales, cuyas brigadas llevábamos de reserva, forzaran la marcha de sus tropas, hasta cubrir todo el norte de la ciudad.

Toda la línea de infantería continuaba su avance, cuando notamos que dos locomotoras salían de la Casa Redonda, intentando escapar. Dispuse entonces, que el teniente coronel Muñoz, con la escolta del Cuartel General, marchara a capturar aquellas máquinas, lo que se logró a poco rato, continuando la misma escolta la persecución de los últimos grupos villistas que salían de la ciudad.

A las 12 m., del día 10 de julio, hizo nuestro Ejército su entrada triunfal en la ciudad de Aguascalientes.

Ya instalado allí mi Cuartel General, recibí un parte del general Murguía, procedente de estación Chicalote, en que me comunicaba que fuerzas de los generales Pedro Morales y Heliodoro T. Pérez hablan logrado cortar la vía del ferrocarril, y capturado los trenes enemigos, con gran cantidad de parque; ordené al general Murguía que continuara la persecución del enemigo, durante toda la tarde, y que, al terminar el día, se acampara con sus fuerzas.

La persecución terminó con el día, reconcentrándose, por la noche, todas las fuerzas en Aguascalientes, a excepción de la División del general Murguía, la que acampó sobre el camino a Zacatecas.

La persecución de los grupos villistas que salieron rumbo al poniente, fue hecha durante el día por las fuerzas del general Castro, logrando hacer gran número de prisioneros.

Es difícil consignar el número de bajas que sufrió el enemigo durante los cuatro días de combates, porque el campo no se levantó en una gran extensión; pero puedo asegurar que no fueron menos de 1 500, entre muertos y heridos, pasando de 2 000 los prisioneros, y de 5 000 el de los dispersos.

Se capturaron a los villistas: ocho trenes, cuatro millones de cartuchos de diferentes calibres, nueve cañones, veintidós ametralladoras, cuatro mil fusiles, y diversidad de elementos que contenían los trenes.

Por nuestra parte, tuvimos que lamentar alrededor de seiscientas bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los últimos el general Contreras, con motivo del accidente a que he hecho referencia en el relato del primer día de nuestra marcha, y el mayor Rodrigo Talamante.

El general Cipriano Jaimes, jefe de la 6.ª brigada de la 1.ª División de Infantería, fue hecho prisionero por el enemigo, durante uno de los combates; pero logró escaparse el mismo día, incorporándose de nuevo a su brigada.

Me es muy satisfactorio consignar que, a pesar de que en los cuatro días de combate tuvimos situaciones verdaderamente críticas, el ánimo de nuestros soldados no se quebrantó nunca, y a esto se debió el éxito tan completo alcanzado en esta importante acción de armas.

El botín de guerra capturado a los villistas, principalmente por lo que respecta a los cuatro millones de cartuchos, fue de verdadera oportunidad, pues estando entonces destruidas nuestras vías de comunicación a retaguardia, en una extensión aproximada de doscientos kilómetros, y agotadas nuestras propias reservas de cartuchos con que salimos de Encarnación, a no haber sido por el parque capturado al enemigo, habríamos necesariamente tenido que permanecer inactivos en Aguascalientes, mientras fueran restablecidas nuestras vías de comunicación con nuestra base de aprovisionamiento (Veracruz), dando todo ese tiempo al enemigo para reorganizarse y presentarnos resistencia más seria en otras plazas del Norte, o quizás atacamos en Aguascalientes, con muchas probabilidades de éxito, si se daba cuenta de nuestra absoluta carencia de municiones.

En nombre del abnegado y valiente Ejército que me cabe la honra de comandar, y en el mío propio, felicito a usted por este significativo triunfo alcanzado sobre las armas de la reacción, y le renuevo las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*. San Luis Potosí, San Luis Potosí, agosto 22 de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

La situación militar felizmente resuelta con la bravura y abnegación de nuestras tropas en el avance general sobre Aguascalientes, era ya en extremo crítica para nosotros, como la manifiesta mi comunicación para el general Diéguez, que se inserta en el Parte Oficial relativo, y él enemigo se sentía ya halagado con la esperanza de una completa victoria para sus armas.

He aquí cómo, con detalles en su mayor parte verídicos, se expresaba el optimismo de los reaccionarios el 9 de julio de 1915, en telegrama dirigido por el coronel Enrique Pérez Rul, del Estado Mayor y secretario particular de Villa, al hermano de éste:

PARTE RENDIDO POR EL JEFE DEL ESTADO MAYOR DE VILLA UN DÍA ANTES DE LA TOMA DE AGUASCALIENTES

Telegrama. GN. RN. A. núm. 10407. Aguascalientes, julio 9, 1915. Coronel Hipólito Villa. Ciudad Juárez, Chihuahua. Como manifesté a usted en mi boletín anterior, el combate de ayer fue el más rudo y terrible, porque el enemigo atacó con resolución y entereza. Hoy continuó el combate, con intermitencias, por casi todo el día; pero a pesar de haberse luchado con ardimiento, fue de menor intensidad que el de ayer. El enemigo atacó con todas sus fuerzas, formadas de infantería, artillería y caballerías, y de nuestra parte, solamente entraron en acción unos diez mil hombres de caballería; varias brigadas de caballería permanecieron inactivas y toda la infantería ha estado cruzada de brazos, en sus magníficos atrincheramientos, por no haber sido necesaria su cooperación. La artillería tampoco tomó parte ayer; pero sí el día de hoy, entraron en juego cuatro baterías, reservándose todas las

otras para un ataque decisivo. Toda esa artillería funcionó con muy buen éxito, así como dos secciones de ametralladoras. El resultado no pudo haber sido más brillante para nuestras fuerzas: en estos momentos, el enemigo se encuentra muy destrozado y sitiado, así como en plena desmoralización; mientras tanto, crece el ánimo de nuestros soldados, que en este combate han venido a desquitarse dignamente de los reveses sufridos. La columna de Obregón venía con la plena seguridad de que para el día de ayer podría comer en esta plaza de Aguascalientes; así lo manifiestan todos los prisioneros que hemos capturado. El campo de batalla ha tenido 20 kilómetros de extensión. Varias veces, el enemigo ha pretendido escaparse por Palo Alto, rumbo a San Luis, y allí ha sido vigorosamente batido por las brigadas Agustín Estrada y Bañuelos, y muy principalmente por la soberbia escolta de Dorados. Lagos y Encarnación han quedado completamente solos. El enemigo se encuentra reducido a una zona sumamente estrecha, en lugares donde carece de agua y de toda clase de elementos. Para que se forme usted una idea del hambre que reina en el campo carrancista, debo manifestarle que, a muchos muertos del enemigo, se les ha encontrado en los bolsillos de los pantalones semillas de calabaza y pedazos de nopal. En su campamento también es muy escasa el agua, en tanto que, por nuestra parte, hacemos toda clase de esfuerzos por llevar abundantes provisiones a la línea de fuego. Pasan de tres mil los carrancistas que se han dispersado en todas direcciones, siendo principalmente de caballería. Ayer, en la tarde, el general Isaac Arroyo se apoderó de la hacienda de San Bartolo, quitando al enemigo ocho carros de harina, dos de frijol, algunas otras provisiones, una vaciada y una gran cantidad de reses, siendo tan vigorosamente batido el enemigo, que nuestras fuerzas le quitaron hasta la ordeña, y el personal de ordeñadores que traía Obregón. Al sentirse el enemigo atacado por retaguardia, ha hecho esfuerzos desesperados por romper el cerco, y no ha podido conseguirlo. Es imposible darse cuenta del número de muertos y heridos del enemigo, porque la lucha no ha dado tiempo para levantar el campo; pero puedo asegurar que es inmenso el número de bajas que han tenido los carrancistas. Han perdido muchos caballos, coches, vaciadas, provisiones y otros muchos elementos, encontrándose en estos momentos en una situación muy crítica, por el hambre, y por haber muerto el general carrancista Martín Triana, y otro que no fue identificado. Han sido rechazados vigorosamente en todos sus asaltos. Creo que en uno o dos días más habrá terminado esta batalla, de tan inmensas proporciones, con el exterminio completo o la dispersión de la principal columna carrancista. Por ahora, las infanterías del enemigo quedan en muy difíciles circunstancias, por falta de elementos y agua, así como de parque. A cada momento, tienen mayor número de fuerzas convencionistas que los asedian y los ponen en situación muy apurada. Muy pronto espero tener el gusto de comunicarle que ha terminado, del modo más brillante, esta batalla, que marca una de las páginas más gloriosas en la historia de la División del Norte. Para completar esta información, me doy el gusto de manifestarle que la columna expedicionaria de cinco mil hombres, que desprendió el señor general Villa hacia el sur, al mando de los generales Canuto Reyes, Rodolfo L. Fierro, José Ruiz y Cesáreo Moya, ha hecho una brillante campaña. En estos momentos, acaba de llegar un correo, que mandó el general Reyes de Irapuato, con fecha 6 del actual. Los informes verbales del correo y los pliegos que trae, nos hacen saber que, sucesivamente, nuestras fuerzas han ido recorriendo las poblaciones de Lagos, Loma, Pedrito, San Francisco del Rincón, Silao, Villalobos e Irapuato; en todo ese tramo tan extenso, han levantado la vía férrea y destruido completamente la línea telegráfica, ayudados en esta labor por los vecinos pacíficos de todo el trayecto, que los han recibido con aplausos y gritos de entusiasmo. Comunica el general Reyes que en esos puntos del Sur solamente se acepta el papel villista y rechazan el expedido por Carranza y Obregón; que, por todas partes, los reciben con demostraciones de entusiasmo; que han destruido las comunicaciones a tal grado, que aun en el caso de que el enemigo pudiera repararlas tranquilamente y sin ser hostilizado, no podría lograr su objetivo ni en dos meses de constantes trabajos. El general Reyes desprendió una fracción a destruir la vía de Irapuato a Guadalajara, y los pocos trenes que tenía el enemigo tuvieron que salir rumbo a Celaya. Con esta destrucción de la vía férrea, se han quedado copados catorce trenes que, próximamente, van a quedar en poder del general Villa, y se obtiene el aislamiento completo de Obregón de su base de aprovisionamiento. Por mucho tiempo, la columna carrancista no podrá recibir refuerzos de ninguna parte, por tener destruidas hasta las bombas, tinacos y cambios. El general Fierro, valiéndose de astucias, se apoderó del telégrafo en Pedrito, y tomando el nombre de Álvaro Obregón, dio órdenes a todas las fuerzas que se encontraban hacia el sur causándoles el mayor daño posible. Esta labor del general Fierro ha sido muy inteligente y audaz, produciendo resultados trascendentales para el enemigo. Esta columna expedicionaria se propone llegar hasta la ciudad de México. Atentamente, el coronel de E. M. Gral., *Enrique Pérez Rul*. 1 a. m.

## MEDIDAS DEL CUARTEL GENERAL PARA EL APROVISIONAMIENTO DE LA CIUDAD DE AGUASCALIENTES

La toma de la plaza de Aguascalientes por nuestras fuerzas constituyó un importante triunfo militar, especialmente por el botín de guerra capturado al enemigo, y lo que tales elementos significaron en aquellas circunstancias, según se manifiesta en el Parte Oficial relativo; pero ya resuelto el problema militar, éste dejó su lugar a otro, quizá más difícil, con todos los caracteres de económico-social, que era de suma urgencia resolver: la ciudad de Aguascalientes se

encontraba exhausta de víveres, porque los villistas, ya menos confiados que antes en el triunfo de sus armas, habían ido haciendo de antemano una concentración de toda clase de elementos de vida, hacia el norte, en previsión de que, al atacar nosotros aquella plaza, se vieran obligados una vez más a huir, habiendo tenido esa labor las proporciones de un saqueo general, que creó una situación en extremo crítica para todos los habitantes de la comarca y para nuestras tropas, que también llegaron a aquella plaza exhaustas de provisiones y ávidas de obtenerlas allí. Además, la moneda de circulación legal escaseaba grandemente en la ciudad, y nosotros llevábamos en nuestras pagadurías muy reducidas existencias de ella.

Como nuestras vías de comunicación a retaguardia estaban interrumpidas desde Lagos al sur, y era probable que destruidas en una extensión tal que su restablecimiento requiriera mucho tiempo, no había que esperar de Veracruz remesas de fondos y provisiones para las necesidades de nuestro Ejército y de los pobladores de la comarca que acabábamos de conquistar.

Procurando el alivio de aquella difícil situación, dispuse que, por todos los medios posibles, se comunicara una orden de mi Cuartel General al general Serrano, jefe de mi Estado Mayor, quien se encontraba en Guadalajara, atendiendo a su salud, para que, con toda actividad, se procediera a hacernos remesa de la mayor cantidad posible de dinero, en billetes del Cuerpo de Ejército del Noroeste, que con autorización de la Primera Jefatura estaban siendo emitidos en aquella ciudad; ordenando, a la vez, que se aumentara la emisión, a fin de no carecer de fondos, si nuestra incomunicación con Veracruz se prolongaba por el tiempo que yo había calculado.

El general Serrano hizo con toda diligencia la remesa de fondos solicitada, al cuidado del teniente coronel Fausto Topete, y con ella pude hacer frente a todas nuestras necesidades, ordenando fuertes compras de artículos de primera necesidad en la región de occidente, para remediar la situación de los habitantes de aquella plaza, artículos que fueron expendidos al pueblo sobre precios de costo riguroso, instalándose Juntas de auxilios, que se encargaron de esta labor.

Los grandes talleres mecánicos del ferrocarril en Aguascalientes fueron puestos en actividad inmediatamente, aprovechando la maquinaria y demás elementos de los mismos, que los villistas no tuvieron tiempo de llevarse al Norte, y con esto hubo de conjurarse, en lo posible, la situación de las clases trabajadoras, porque en aquellos talleres encontraron empleo muchos operarios que se dedicaron a la reparación de locomotoras y demás equipo de ferrocarril.

También se proporcionó trabajo a un regular número de jornaleros, en la reconstrucción de las vías del ferrocarril al norte y al sur de Aguascalientes, trabajos todos que se emprendieron por orden de mi Cuartel General.

Para la reorganización de todas las oficinas y servicios públicos competentes a la administración civil, en Aguascalientes, designé al señor licenciado Roque Estrada, quien desde luego dio principio a sus arduas labores, procediendo con acierto y diligencia.

(El señor licenciado Roque Estrada desempeñaba en Veracruz un puesto de carácter puramente civil, como secretario particular del C. Primer Jefe; pero cuando se iniciaba la campaña contra el villismo, renunció aquel puesto, y obtuvo permiso de la Primera Jefatura para marchar a Jalisco a ponerse a las órdenes del general Diéguez, con el propósito de cooperar con él en la campaña activa. El licenciado Estrada, improvisado militar, recibió el mando de una

brigada en Jalisco, y con ella tomó parte en toda la campaña en aquel Estado, militando a las órdenes del general Diéguez, hasta la fecha en que fue designado por mí para reorganizar las oficinas públicas en Aguascalientes).

Situaciones semejantes fueron presentándose en las demás plazas que en nuestro avance al Norte ocupaban nuestras tropas y en todos esos lugares la labor de mi Cuartel General tuvo que ser intensa, en el sentido de remediar la condición de miseria en que se encontraban, procediendo en igual forma: instalando Juntas de auxilios, que eran integradas por personas honorables de las localidades, y prestando a éstas todas las facilidades necesarias para la introducción de víveres destinados a los expendios populares, y muchas veces haciendo, por cuenta de mi Cuartel General, reparto gratuito de mercancías de primera necesidad entre las clases pobres, a la vez que atendía a la apertura de trabajos, en que los jornaleros pudieran ganar un salario suficiente para su sustento.

## TOMA DE SAN LUIS POTOSÍ Y ZACATECAS, Y RECUPERACIÓN DE QUERÉTARO, CON EL ANIQUILAMIENTO DE LA COLUMNA REACCIONARIA DE FIERROS Y REYES EN QUERÉTARO Y VALLE DE SANTIAGO

Tengo el honor de rendir a esa Primera Jefatura, de su muy digno cargo, el presente Parte Oficial de las operaciones militares llevadas a cabo por las fuerzas de mi mando, para la ocupación de San Luis Potosí y Zacatecas, y recuperación de Querétaro, con el aniquilamiento de la columna reaccionaria que ocupaba esta última plaza.

Con la toma de la plaza de Aguascalientes, por el Ejército de Operaciones a mi mando, realizada el 10 de julio de 1915, en la que se capturó al enemigo un importante botín de guerra, inclusive una cantidad de cartuchos que fue suficiente para reponer la dotación reglamentaria a todas nuestras tropas, y dejar una considerable reserva, quedamos en condiciones de emprender, sin pérdida de tiempo, nuevas operaciones, para el completo aniquilamiento de los reaccionarios.

Así, pues, e informado de los grandes destrozos causados en nuestras vías de comunicación al Sur, por la columna de Canuto Reyes y Rodolfo Fierros, cuya reparación habría de ser muy tardada, y con esto, prolongarse por mucho tiempo nuestra incomunicación con Veracruz, determiné encaminar, desde luego, y preferentemente, nuestra acción a controlar las comunicaciones de Aguascalientes a San Luis Potosí, y de allí a Tampico, para establecer, por aquel puerto, nuestra base, que sería por allí más corta y segura, a la vez que para ponerme en contacto con el Cuartel General de Ejército del Noreste, que a cargo del C. general Jacinto B. Treviño, se encontraba en Monterrey, a fin de combinar las operaciones que habrían de darnos la posesión del territorio que aún conservaban los villistas en el Norte.

La pronta ocupación de San Luis Potosí por nuestras fuerzas era considerada con doble importancia en el plan que decidí desarrollar, porque de allí podríamos hacer más violenta nuestra movilización al Sur, para batir a la columna de Fierros y Reyes, si pretendía volver a incorporarse en el Norte al principal núcleo reaccionario, desalojado de Aguascalientes, en cuyo movimiento aprovecharíamos la vía del Nacional, que suponía yo, como era en efecto, reparada por los mismos villistas.

En consecuencia, desde luego acordé que una columna mixta, formada por las infanterías de la 5.ª brigada de la 1.ª División del Noroeste y 25.º batallón de la 2.ª División, y las caballerías de la brigada Guillermo Prieto, al mando del C. general Pedro Morales, yendo todas estas fuerzas al mando del C. general Gabriel Gavira, jefe de la referida 5.ª Brigada de Infantería, marchara sobre San Luis Potosí, reparando los desperfectos de las vías férrea y telegráfica, para tomar posesión de aquella plaza, desalojando al enemigo que en ella se encontrase.

De acuerdo con las disposiciones relativas, el día 12 de julio, como vanguardia de la columna sobre San Luis Potosí, emprendió la marcha la brigada de caballería del general Pedro Morales, y, mientras tanto, se preparaban las infanterías y los trenes de reparación que habrían de salir con el general Gavira el día 14.

El mismo 12, el Cuartel General de mi cargo, usando de las facultades de que estaba investido por esa Primera Jefatura, nombró al propio general Gabriel Gavira Gobernador y Comandante Militar del Estado de San Luis Potosí, puesto del que tomaría posesión al ocupar con sus fuerzas la capital del Estado.

En esta fecha, el general Gonzalo Novoa, que con sus fuerzas se había replegado de León a la hacienda de Otates, en virtud del ardid de que se valieron los reaccionarios Fierros y Reyes, ordenándole, en mi nombre, que no hiciera resistencia a la columna villista que había entrado por el sur de Lagos cuando el grueso de nuestro Ejército estaba en Encarnación, volvió a ocupar la plaza de León, comunicándose luego, por teléfono, con el general Diéguez, que se encontraba en Lagos, a quien dio algunos informes sobre la situación a retaguardia, con motivo de la entrada de la citada columna de Reyes y Fierros, informes que el general Diéguez me transmitió luego por telégrafo.

Como desde nuestra entrada a Aguascalientes el Cuartel General de mi cargo había ordenado que, con los materiales y demás elementos de vía capturados allí al enemigo se procediera a hacer reparaciones a la vía del ferrocarril al sur de Aguascalientes y al sur de Lagos, a cuyo efecto salió de la primera de dichas plazas el C. Francisco Aguilar, maestro de camino, con un tren de reparación, y de Lagos fue movido, por el general Diéguez, nuestro reconstructor de vías, C. Luis G. Alcalá, hacia León; en esta fecha, la comunicación ferroviaria estaba ya restablecida hasta estación Pedrito, al sur de Lagos, prosiguiéndose los trabajos con toda actividad hacia León.

El día 13 comuniqué instrucciones al general Federico Montes, para que, haciendo entrega de la Comandancia Militar de Lagos al general Diéguez, quien estaba ya bastante aliviado de su herida, saliera con una pequeña escolta y por tierra rumbo al Sur, llevando en su compañía un telegrafista y un competente ferrocarrilero a fin de que me comunicara constantemente informes acerca de la situación en aquella zona, y encargándole hacer todo esfuerzo por llegar hasta donde se hubiera replegado el general Amaro, a comunicar a éste órdenes en mi nombre para, movilizar a Celaya el mayor número de tropas de su División y esperar allí nuevas órdenes, para las operaciones que debería emprender.

El día 14 comprendieron su marcha de Aguascalientes las infanterías, al mando del general Gavira, llevando trenes con personal y materiales para la reparación de las vías férrea y telegráfica a San Luis Potosí. La vanguardia de esta columna, que era la brigada de caballería del general Pedro Morales y que se encontraba acampada en estación Loreto, prosiguió su avance.

Este día comuniqué órdenes al general Murguía, para que de Rincón de Romos continuara su avance sobre Zacatecas, con la división de caballería a sus órdenes, como vanguardia de las infanterías de la 1.ª División del Noroeste, al mando del C. general Benjamín G. Hill, que dispuse se movilizaran al siguiente día, de Aguascalientes sobre Zacatecas, llevando trenes de reparación para el restablecimiento de las comunicaciones. La División de Caballería al mando del general Cesáreo Castro permanecía acampada en Chicalote, y el resto de las infanterías, en Aguascalientes, quedando estas fuerzas como reservas, para movilizarlas a cualquiera de los puntos donde fueran necesarias, como refuerzo de una u otra columna de las que simultáneamente avanzaban sobre San Luis y sobre Zacatecas.

En la misma fecha, el general Amaro, que con sus fuerzas se había replegado de Celaya a Morelia y otros puntos de Michoacán, al sentir el avance de los reaccionarios de Fierros y Reyes, habiendo tenido informes de nuestro triunfo en Aguascalientes, llegó por tierra a León, y conferenció por teléfono con el general Diéguez, que aún estaba en Lagos, informándole tener ya distribuidas sus fuerzas en Guanajuato, Silao, Irapuato, Celaya, Salvatierra, Acámbaro, Pénjamo, La Piedad y algunos otros puntos de Guanajuato y Michoacán. El general Diéguez me dio inmediato parte de esa conferencia, y, por su conducto, ordené al general Amaro que pasara a conferenciar personalmente conmigo, en Aguascalientes.

El día 15, el general Gonzalo Novoa, que estaba en León, me comunicó haber tenido noticias fidedignas de que la plaza de San Luis Potosí había sido evacuada por los villistas. Ordene entonces al general Gavira, quien había llegado a Salinas, forzara sus marchas sobre San Luis Potosí, dejando la reparación de la vía del ferrocarril, de la que se encargaría el general Eugenio Martínez, que para el efecto, fue movilizado de Aguascalientes ese día, con la 9.ª brigada a su mando.

En esta fecha, las reparaciones de las vías del ferrocarril y telegráfica, emprendidas de Lagos por el C. Luis G. Alcalá, quedaron terminadas hasta León, y desde luego conferencié con el general Amaro, a quien di instrucciones de que se transladara a Irapuato e hiciera la reconcentración de sus fuerzas en Celaya, dejando solamente guarniciones en Lagos, León, Silao, Irapuato, Pénjamo, La Piedad, Morelia y Acámbaro.

Este mismo día, el general Diéguez se incorporó a Aguascalientes, con las fuerzas de su División que se encontraban en Lagos.

El día 16, nombré jefe de las fuerzas que estaban tendidas desde Aguascalientes hasta las cercanías de Querétaro, inclusive las del general Amaro, al general Diéguez, y comisioné al C. licenciado Roque Estrada para que se encargara de la organización del gobierno civil del Estado de Aguascalientes, así como de la organización de los demás ramos y servicios públicos, no comprendidos en el de Guerra.

Habiéndome comunicado este día el general Murguía que se encontraba acampado con su División en Soledad, haber tenido noticias de que los villistas estaban evacuando Zacatecas, le comuniqué instrucciones para que forzara sus marchas a tomar posesión de aquella plaza; disponiendo, a la vez, que la División del general Castro avanzara hasta Soledad, para cubrir las posiciones que dejaría el general Murguía, en tanto que las infanterías del general Hill quedaban acampadas en Animas, protegiendo las reparaciones de la vía.

En esta fecha, el general Herminio Álvarez, que operaba independientemente por Matehuala, ocupó la plaza de San Luis Potosí, que había sido evacuada por el enemigo al sentir el avance de nuestra columna al mando del general Gavira, dándome parte el citado general Álvarez de que los villistas, en su huida con dirección a Saltillo, abandonaron en San Luis y otros puntos de la vía al Norte, 33 locomotoras y gran número de carros del ferrocarril, que no pudieron sacar a Saltillo, por los desperfectos que, con anterioridad, habían causado en la vía del ferrocarril las fuerzas del mismo general Álvarez. Los generales Gavira y Morales habían llegado a Espíritu Santo, y les comuniqué órdenes de continuar hasta estación Ipiña, para de allí efectuar un movimiento sobre Bocas, adonde se había reconcentrado el enemigo que evacuó San Luis Potosí.

El día 17, la División de caballería al mando del general Murguía ocupó la plaza de Zacatecas, que fue evacuada por los villistas, quienes huyeron, unos, en dirección a jerez, y otros por el rumbo de Torreón. La vía a Zacatecas había sido reparada hasta La Printa, por el maestro de camino, C. Francisco Aguilar.

En esta fecha llegaron a estación Ipiña los generales Gavira y Morales, y ordené que continuaran su marcha hasta San Luis Potosí, no teniendo ya que hacer el movimiento sobre Bocas, porque el enemigo había logrado escapar de allí, al Norte.

El día 18, a las 6 p. m., los generales Gavira y Morales se incorporaron a San Luis Potosí, dejando reparada la vía del ferrocarril, y desde luego ordené que en aquella plaza se alistara un tren de reparaciones, para salir al siguiente día sobre la vía a Saltillo.

En esta fecha, dispuse que el general Hill, con sus infanterías, continuara el avance sobre Zacatecas, debiendo regresar de su campamento, en Animas, a Aguascalientes, la 8.ª brigada al mando del general Contreras, y la artillería expedicionaria, al mando del teniente coronel Salinas.

El día 19 transmití órdenes al general Cesáreo Castro, para que de su campamento en Soledad destacara, con destino a San Luis Potosí, la brigada de caballería al mando del general Maycotte, y que con el resto de su división se reconcentrara en Aguascalientes.

En esta fecha, a las 5 a. m., el Cuartel General de mi cargo se trasladó a San Luis Potosí, llegando a dicha plaza a las seis de la tarde, y habiendo conferenciado luego con los generales Gavira y Álvarez sobre la situación en aquella zona, dispuse que el general Álvarez, con las fuerzas de su mando, saliera sobre la vía del Nacional, al Sur, para protegerla y darme parte del estado en que se encontrara.

El día 20 llegó a Irapuato el C. Luis G. Alcalá, dejando terminada la reparación de la vía del ferrocarril, hasta aquel lugar, al mismo tiempo que quedaba restablecida hasta el mismo punto la comunicación telegráfica, por el telegrafista constructor Pedro R. Torres, de la sección telegráfica de mi Cuartel General.

Estando en esta fecha haciendo preparativos para movilizar fuerzas por la vía del Nacional, al sur de San Luis, las que deberían ir dotadas de artillería, por conducto del general Diéguez ordené al teniente coronel Salinas que de Aguascalientes hiciera salir, con destino a San Luis, dos cañones de montaña, con su personal y dotación correspondientes. Al mismo tiempo dispuse que el general Cesáreo Castro, con las fuerzas de su división, que se encontraban reconcentradas en Aguascalientes, emprendiera la marcha, por tierra, rumbo a San Luis Potosí.

El mismo día comuniqué órdenes al general Diéguez para que se movilizara con sus fuerzas a Irapuato, estableciendo allí su Cuartel General, y dejando como Comandante Militar del Estado de Aguascalientes al C. general Martín Triana, con las fuerzas de este jefe y las brigadas 6.ª y 8.ª de infantería de la 1.ª División del Noroeste, al mando, respectivamente, de los generales Cipriano Jaimes y Francisco T. Contreras.

El día 21 llegó a Celaya el general Amaro, con el grueso de sus fuerzas, y el general Diéguez se movilizó de Aguascalientes a Irapuato, de acuerdo con mis órdenes del día anterior.

El día 22 se incorporó al Cuartel General, procedente de Guadalajara, donde había estado atendiendo a su salud, el C. general Francisco R. Serrano, asumiendo de nuevo la jefatura de mi Estado Mayor que, accidentalmente, había estado desempeñada, en ausencia del general Serrano, por el C. teniente coronel Aarón Sáenz.

En esta fecha se incorporó a San Luis la brigada de caballería al mando del C. general Fortunato Maycotte.

Este mismo día, por conducto de los generales Amaro y Montes, que se encontraban en Celaya, obtuve algunos informes sobre los sucesos registrados en la marcha que hizo al sur de Lagos la columna de Fierros y Reyes, siendo dichos informes los siguientes:

Que la citada columna, al llegar a Celaya, encontró tenaz resistencia, que le opusieron 47 hombres que allí había, al mando del C. coronel Enrique Espejel, de la Brigada Guillermo Prieto, de los cuales 23 pertenecían a dicha brigada, y 24 al 21.º Batallón de Sonora, y la mayoría de ellos pereció en el combate, y otros fueron hechos prisioneros, logrando escapar el coronel Espejel, debido a que vestía de paisano y estaba amputado que un muslo, teniendo, además, un brazo baldado, por cuyo aspecto los villistas lo consideraron no combatiente.

Que después la columna reaccionaria siguió su marcha, tomando la plaza de Querétaro, que estaba defendida sólo por un reducido número de gente del general Montes, a las órdenes del C. teniente coronel Jorge Cabrera, y cuya guarnición intentó también resistir al enemigo, habiendo sido diezmada.

Que la misma columna desalojó después a nuestras fuerzas de guarnición en San Juan del Río, y más tarde atacó y derrotó a las que, en número inferior, guarnecían Tula, al mando del C. general Agustín Millán, poniéndose de allí en contacto con las fuerzas de Zapata.

Los mismos informes decían que la ciudad de México había sido evacuada por las fuerzas del general Pablo González, al aproximarse la columna de Fierros y Reyes, y que la ex-capital había sido ocupada luego por los zapatistas; agregando que, en Tula, la columna de Fierros había sido reforzada por las distintas fracciones de la llamada División del Norte, que habían estado operando al lado del zapatismo, y entre las que figuraban dos brigadas de Roque González Garza; así como también por las fuerzas zapatistas de Juan Banderas, Joaquín Peña, Benjamín Argumedo, Juan Almazán, y las de Abel Serratos y de otros jefes

reaccionarios, formando un contingente aproximado de 8 000 hombres, que empezaban a reconcentrarse ya en Querétaro, con una gran parte del personal de la llamada Convención.

En vista de tales informes, decidí hacer una movilización de fuerzas a Celaya, para de allí emprender operaciones contra los reaccionarios que se reconcentraban en Querétaro; y desde luego dispuse que saliera de San Luis un tren de reparaciones sobre la vía del Nacional, al Sur, con objeto de expeditar la comunicación hasta Celaya, disponiendo, al mismo tiempo, que el general Diéguez movilizara de Irapuato a Celaya sus fuerzas de infantería, al mando del general Pablo Quiroga, y que el teniente coronel Salinas embarcara de Aguascalientes, con destino a Celaya, a disposición del general Amaro, una batería de cañones de tipo ligero, dando instrucciones al general Amaro para que, inmediatamente, estableciera las fuerzas en dispositivo de defensa, para presentar enérgica resistencia a los reaccionarios, en caso de que pretendieran avanzar de Querétaro al Norte y volver a ocupar Celaya antes de que pudiéramos tomar la ofensiva que preparaba el Cuartel General de mi cargo.

El día 23 dispuse la movilización de la brigada de infantería al mando del general Eugenio Martínez, y la de caballería del general Maycotte, sobre la vía del Nacional, al sur de San Luis, protegiendo las reparaciones de la vía que, desde el día anterior, se habían emprendido.

Este día se movilizaron de Irapuato a Celaya las infanterías del general Diéguez, al mando del general Pablo Quiroga, y el general Amaro, con las fuerzas allí reconcentradas, tomó su dispositivo de defensa, estableciendo puestos avanzados en Apaseo, con 300 hombres de caballería, al mando del general Miguel M. Acosta.

En la misma fecha, comuniqué instrucciones al general Diéguez para que se trasladara de Irapuato a Guadalajara, a fin de hacerse cargo de las operaciones militares en aquella región, donde habían tomado incremento las partidas rebeldes.

El general Amaro me informó que por sus servicios de información, tenía conocimiento de que la ciudad de México había sido ocupada nuevamente por las fuerzas del general Pablo González; pero que los reaccionarios, al mando de Fierros, Reyes y otros jefes, dominaban aún el territorio desde Querétaro hasta Tula, estando ya reconcentrados en Querétaro más de 5 000 hombres, y que el enemigo corría trenes entre Querétaro y Tula. Igualmente informó el general Amaro que una exploración del enemigo había salido de Querétaro al Norte, cambiando algunos tiros con nuestras avanzadas, al mando del general Acosta, en Apaseo, replegándose en seguida dicha exploración.

Para esta fecha, las reparaciones de la vía del Nacional llegaban a Chamacuero, y de Celaya se emprendían con actividad a Empalme González, por el maestro de camino J. P. Kaftanish.

El día 24 las infanterías del general Martínez y las caballerías del general Maycotte llegaban a Estación Obregón, en marcha a Dolores Hidalgo, en donde les había ordenado acampar y esperar nuevas instrucciones.

En esta fecha, dispuse que la 8.ª Brigada de Infantería, al mando del general Contreras, se movilizara de Aguascalientes a Celaya por la vía del Central, que ya estaba reparada; dando, al mismo tiempo, órdenes al general Herminio Álvarez, que había llegado con sus fuerzas a Dolores Hidalgo, para que, dejando destacamentos en San Felipe y otros puntos de la vía, marchara con el grueso de su brigada sobre San Luis de la Paz, procurando desalojar al enemigo que allí hubiera, y una vez posesionado de dicha plaza estableciera vigilancia sobre Querétaro, por el camino de San José Iturbide.

Las reparaciones de la vía a Saltillo continuaban, entretanto, con toda actividad, a cargo del supervisor Alberto Galindo, llegando en esta fecha al puente de Laborcillas, como a 100 kilómetros de San Luis Potosí, protegidas por la brigada de caballería Guillermo Prieto, al mando del general Pedro Morales. Igualmente progresaban las reparaciones sobre la vía a Tampico.

Habiendo en este día quedado todo listo para emprender las operaciones en contra de los reaccionarios que ocupaban Querétaro y otros puntos al Sur, decidí trasladarme a Celaya al siguiente día, para ponerme al frente de las fuerzas que allí se habían reconcentrado, y emprender, desde luego, la batida contra Fierros, Reyes, Banderas y demás reaccionarios; y como era de suma importancia el restablecimiento de las comunicaciones entre San Luis y Tampico, este día dicté las siguientes disposiciones:

El coronel J. L. Gutiérrez se haría cargo de las reparaciones sobre dicha vía, protegiéndolas con el Batallón de Ferrocarrileros, al mando del mismo coronel Gutiérrez, 200 hombres de la brigada al mando del general Gavira; en tanto que el general Cesáreo Castro, ya incorporado con su división a San Luis, destacaría una columna de 1 000 hombres de caballería, para batir al enemigo que se encontraba por la región de Guadalcázar, posesionado de la vía del ferrocarril, entre las estaciones Cerritos y Canoas. Al mismo tiempo, ordené la incorporación a San Luis de la brigada de caballería al mando del general Pedro Morales, que protegía las reparaciones de la vía sobre Saltillo, las cuales seguirían siendo protegidas por una fracción de la misma brigada, al mando del coronel Enrique Espejel.

Este mismo día, el general Amaro me rindió parte de haberse incorporado a Celaya el general Alfredo Elizondo, con las fuerzas de su mando, de la división del general Amaro, y en seguida le comuniqué instrucciones para que dichas fuerzas se movilizaran a Acámbaro, en prevención de que el enemigo que se encontraba en Querétaro tratara de esquivar combate con nosotros, emprendiendo su huida al Norte por aquel punto.

El día 25, a primeras horas de la mañana, el Cuartel General de mi cargo emprendía la marcha de San Luis Rumbo a Celaya, pernoctando en Empalme González, por no haberse terminado ese día las reparaciones de la vía en el kilómetro 80, donde aún se

reparaba el puente de Soria; habiendo acampado en Empalme González la brigada del general Eugenio Martínez, para continuar la marcha hasta Celaya, al día siguiente, con mi Cuartel General y las reservas de parque.

Habiéndose en esta fecha incorporado a Zacatecas las infanterías de la 1.ª División al mando del general Hill, ordené que las caballerías de la división del general Murguía salieran de aquella ciudad a emprender una enérgica batida contra las partidas de rebeldes que quedaban aún en el Estado, quedando las infanterías de guarnición en la plaza.

El día 26, a las primeras horas de la mañana, continué mi marcha de Empalme González a Celaya, con las infanterías del general Martínez, llegando a dicha plaza a las 8 a. m., de donde ordené que la brigada de caballería del general Maycotte, que marchaba por tren sobre la misma vía del Nacional, pernoctara esa noche en Empalme González, y al día siguiente continuara su marcha por tierra, con destino a Apaseo.

La brigada de infantería al mando del general Contreras se incorporó por la tarde a Celaya, procedente de Aguascalientes.

Desde mi incorporación a Celaya, asumí el mando de las operaciones que se desarrollarían sobre el enemigo reconcentrado en Querétaro, y desde luego nombré jefe de las caballerías al general Joaquín Amaro, y comandante accidental de artillería al general Federico Montes, quien dependería, lo mismo que todas las fuerzas de infantería, directamente del Cuartel General de mi cargo.

Este día quedaron reconcentradas en Celaya todas las fuerzas que habrían de tomar parte en las operaciones sobre Querétaro, haciendo un efectivo, aproximado, de 7 000 hombres, entre caballerías e infanterías, por partes iguales y con las denominaciones que en seguida se expresan:

*Caballerías*

Las de la 5.ª División del Noroeste, al mando del general Amaro.
Brigada al mando del general Fortunato Maycotte, de la 1.ª División del Noroeste.
Brigada al mando del general Gonzalo Novoa, del Cuerpo de Ejército del Noroeste.
Regimiento al mando del general Miguel M. Acosta, accidentalmente incorporado a la misma brigada del general Gonzalo Novoa.

*Infanterías*

Fracción de la 2.ª División del Noroeste, al mando del general Pablo Quiroga.
Octava Brigada, de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Francisco T. Contreras.
Novena Brigada de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Eugenio Martínez.
25.º Batallón de Infantería, de la 2.ª División del Noroeste, accidentalmente incorporado a la 9.ª Brigada.

*Artillería*

1 Batería de batalla de 75 mm, tipo ligero.
1 Sección de montaña.

Ordené que todas las fuerzas se alistaran para emprender la marcha al día siguiente, en este orden:

*Cuerpo de la columna*

9.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Eugenio Martínez.
Fracción de la 2.ª División del Noroeste, al mando del general Pablo Quiroga.
Artillería expedicionaria, al mando del general Federico Montes, con sostén de fuerzas de la citada fracción de la 2.ª División del Noroeste.
Infantería de la 5.ª División del Noroeste.
8.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Francisco T. Contreras.

*Retaguardia*

Todas las caballerías de la columna, a las órdenes del general Joaquín Amaro.

La columna no llevaría extrema vanguardia al iniciar su marcha, porque la formaría la fracción que, en número de 300 jinetes, estaba a las órdenes del general Miguel M. Acosta, en Apaseo, al llegar nuestras fuerzas a aquel puesto avanzado.

El día 27, como estaba ordenado, se emprendió la marcha, llegando la columna a Apaseo, a las 11 a. m. En aquel lugar se incorporó el general Maycotte con su brigada, que había marchado por tierra de Empalme González. De Apaseo, después de dar breve descanso a las tropas, llevando ya a la vanguardia la caballería del general Acosta, la columna continuó su marcha seguida de un tren de reparación para reconstruir la vía en los tramos en que estuviera destruida.

Como a las cuatro de la tarde, nuestra vanguardia y la del enemigo tomaron contacto, y después de un ligero tiroteo, la nuestra se replegó hasta las primeras líneas de infantería que el general Martínez había desplegado en tiradores, al darse cuenta de que el enemigo avanzaba por el frente. Estas líneas abrieron fuego sobre el enemigo, logrando rechazarlo, tras un ligero tiroteo. Como el día estaba terminando, creí conveniente acampar en un rancho, a 4 kilómetros al sur de Apaseo, donde contábamos con

forrajes y agua en abundancia, para iniciar al siguiente día, a primeras horas, el ataque formal sobre los reaccionarios que estaban posesionados de los cerros de Mariscala y a uno y otro lado de la vía, atrincherados en las cercas de piedra de las haciendas que están en el valle de aquel puerto. Los tiroteos de esta tarde fueron de poca importancia, y en ellos tuvimos 2 muertos y 11 heridos, entre éstos, de gravedad, el capitán Pérez Peña, quien murió esa misma noche, con mucha entereza.

## OPERACIONES SOBRE QUERÉTARO

A las primeras horas de la mañana del día 28, ordené el avance, desplegando una línea de tiradores, que partía de la vía del Central hacia la izquierda, al mando del general Eugenio Martínez, apoyando su extrema izquierda la brigada de caballería al mando del general Maycotte; mientras que por el frente y flanco derecho, avanzarían en dispositivo de ataque, simultáneamente con las del general Quiroga, las fuerzas de la 2.ª División del Noroeste y la brigada del general Contreras, apoyando su extrema derecha la caballería del general Amaro; y por el centro, siguiendo el camino real, la artillería con las reservas de infantería.

El enemigo se había posesionado de una pequeña hacienda que estaba situada como a 2 ½ kilómetros, sobre nuestra extrema izquierda, y ordené que el 21.º Batallón de Sonora, al mando de su jefe, coronel Manuel Sobarzo, marchara a atacar a aquel núcleo, lo que se efectuó, habiendo sido desalojado el enemigo. Desde luego se continuó el avance, iniciándose poco después el combate por nuestra ala izquierda, el que se generalizó muy pronto en una línea de más de 3 kilómetros.

El enemigo, al notar nuestro avance, empezó a extender sus dos alas, prolongándolas hasta cubrir un frente de 7 kilómetros aproximadamente, a uno y otro lados de la vía.

Los generales Martínez y Maycotte y el coronel Sobarzo, con sus respectivas fuerzas, iban ganando terreno y correspondiendo al nutrido fuego del enemigo; y para hacer completo el éxito de este movimiento, ordené que nuestra ala derecha iniciara también su ataque, con lo que en pocos momentos se generalizaba el fuego en toda la línea.

Los nuestros en su avance general hicieron tal empuje, que en menos de una hora el enemigo empezó a replegarse, no obstante las ventajas que sus posiciones le daban sobre nuestras tropas, que tenían que avanzar sobre un terreno enteramente descubierto.

Cuando los reaccionarios comenzaban a replegarse, notamos, por el acercamiento de dos locomotoras, que el enemigo trataba de reforzar el centro de su línea, y entonces hice que el general Montes emplazara la artillería y abriera fuego para proteger el no interrumpido avance de nuestros soldados.

Ante el empuje de nuestros soldados, ayudado por el fuego de la artillería, el enemigo, ya desmoralizado, empezó a huir de nuestro frente y nuestra derecha, continuando el combate todavía muy reñido en nuestra ala izquierda, donde se prolongó por una hora más, habiendo, al cabo, sido los reaccionarios completamente destrozados y obligados a huir rumbo a Querétaro, abandonando uno de los trenes en que habían conducido refuerzos a su línea. Entonces ordené que el general Amaro, con sus caballerías y las del general Gonzalo Novoa, emprendiera la persecución de los fugitivos, y que las infanterías continuaran avanzando sobre Querétaro, con la brigada del general Maycotte por el flanco izquierdo, para evitar que los grupos dispersos pudieran huir con dirección a Empalme González.

Como a las cuatro de la tarde llegamos a las goteras de la ciudad de Querétaro, y pudimos descubrir que la columna de caballería enemiga escapaba por el cerro del Cimatario, perseguida de cerca por nuestras caballerías. Las infanterías enemigas habían escapado al Sur, en los trenes que tenían en Querétaro.

A las cinco de la tarde hacían su entrada triunfal a Querétaro nuestras infanterías y artillería, habiendo establecido allí mi Cuartel General.

Recibí un parte del general Amaro comunicándome que la persecución hecha al enemigo había sido muy eficaz, causándole bajas, en muertos, heridos y prisioneros; pero que se había visto obligado a suspenderla, debido a la oscuridad de la noche, y a causa, también, de una fuerte lluvia que se había desencadenado por aquel rumbo. Contesté al general Amaro aprobando su determinación y dándole instrucciones en sentido de que a la madrugada del siguiente día, con todas nuestras caballerías, inclusive la brigada del general Maycotte, continuara la persecución de la columna enemiga, siguiendo la ruta de los reaccionarios y dándome parte oportuno si intentaban tomar rumbo al Norte. Al mismo tiempo ordené que todas las infanterías se alistaran para marchar, al día siguiente, por tierra, rumbo a San Juan del Río, a fin de batir al enemigo, si Reyes y Fierros intentaban avanzar de nuevo sobre México.

Nuestra artillería quedaba en Querétaro, custodiada por la fuerza al mando del general Miguel M. Acosta, llevando nuestras infanterías solamente dos cañones de montaña.

Durante los combates que determinaron la toma de Querétaro por nuestras fuerzas, se hicieron al enemigo alrededor de 200 bajas, entre muertos y heridos, siendo difícil calcular el número de los dispersos, porque éstos, en grupos más o menos numerosos, huyeron en distintas direcciones, abandonando, en su mayor parte, las armas.

Por nuestra parte, sufrimos cerca de 70 bajas, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros al capitán Pérez Peña y dos oficiales más.

El enemigo, en esta vez, presentó menor resistencia que la que se esperaba, y a esto se debió el que sufriera reducido número de bajas.

## PERSECUCIÓN DEL ENEMIGO DERROTADO EN MARISCALA

El día 29, a las 12 m., emprendí la marcha con las infanterías, de Querétaro al Sur, acampando, por la tarde, en la hacienda El Colorado, en cuyo lugar, a las ocho de la noche, recibí un parte del general Amaro, comunicándome que el enemigo, habiendo trazado un semicírculo en su marcha., se encaminaba a Jerécuaro, lo que denunciaba su intento de salir al Norte. En vista de ello, inmediatamente ordené que las tropas emprendieran la marcha rumbo a Estación La Griega, para ser allí embarcadas en trenes que violentamente pedí a Querétaro, a fin de contramarchar hasta Celaya y poder cortar la retirada al enemigo, obligándolo de nuevo a presentar combate. El campamento se puso, desde luego, en actividad, emprendiendo las tropas su marcha rumbo a La Griega antes de la medianoche. El Cuartel General de mi cargo se trasladó en seguida a Querétaro, a fin de tener mayores datos para cuando las tropas se incorporaran a aquella plaza.

A la madrugada del día 30, los trenes militares empezaron a llegar a Querétaro, y cuando amaneció, estábamos ya en condiciones de emprender nuestra marcha al Norte, con la seguridad de que el enemigo seguiría aquel rumbo.

Sin pérdida de tiempo, se prosiguió la marcha de Querétaro, llegando a Celaya, donde se hizo un alto, a fin de que los soldados prepararan y tomaran su alimento.

De Celaya salimos ya muy tarde, llegando de noche a Salvatierra, donde recibí un nuevo parte del general Amaro, en que comunicaba haber dado alcance al enemigo en Jerécuaro, y sostenido con él un combate muy reñido, por espacio de cuatro horas, al cabo de las cuales nuestras caballerías, al mando del citado general Amaro y de los generales Maycotte y Novoa (Gonzalo), desalojaron de aquel lugar a los villistas, causándoles un verdadero estrago. El mismo parte comunicaba que el enemigo derrotado venía en dirección a Salvatierra, adonde llegaría probablemente esa misma noche, y que nuestras caballerías continuaban su persecución, aunque ya menos eficaz debido a las pésimas condiciones en que estaba la caballada.

Desde luego hice que nuestras fuerzas tomaran un dispositivo conveniente para el caso de que el enemigo, perseguido por los generales Amaro, Maycotte y Novoa, apareciera por Salvatierra, pero la noche pasó sin novedad.

Al amanecer del día 31, hice salir una máquina exploradora rumbo a Celaya, y al mismo tiempo se procedió al embarco de todas las tropas, a fin de que estuvieran listos nuestros trenes para cualquier movimiento.

Dos horas más tarde regresó la máquina, y el oficial de mi Estado Mayor que había ido en ella informó que el enemigo acababa de pasar sobre la vía, quemando tres puentes del ferrocarril, los que apenas empezaban a arder. Inmediatamente hice salir los trenes rumbo a Celaya, para continuar de allí la marcha a Salamanca, y de Salamanca a Valle de Santiago, a fin de cortar al enemigo el único paso que tenía para salir al Norte, por el camino que seguía.

Nuestros trenes lograron llegar a los puentes que estaban ardiendo, cuando todavía éstos se encontraban en condiciones de permitir su paso; el que se hizo sin novedad, encargándose el personal del último tren de extinguir el fuego que destruía dichos puentes.

La marcha se continuó sin interrupción hasta Salamanca, y al proseguirla de allí a Jaral del Valle, ya entrada la noche, encontramos ligeros desperfectos en la vía del ferrocarril, causados por una gavilla que merodeaba por Salamanca; y como no podíamos disponer de tiempo para hacer las reparaciones necesarias, ordené que las tropas abandonaran los trenes, haciendo esto cuando faltaban unos 8 kilómetros para llegar a Valle de Santiago.

Del lugar donde se efectuó el desembarco emprendimos el avance pie a tierra, inclusive yo y mi Estado Mayor, haciéndolo muy sigilosamente.

La oscuridad de la noche y la forma en que avanzábamos protegía mucho nuestro propósito de no ser sentidos en nuestro movimiento.

Habíamos caminado unos 45 minutos, cuando la guerrilla enemiga que había causado los desperfectos en la vía, y la cual se componía de menos de 50 hombres, hizo un intempestivo ataque sobre nuestras fuerzas, suponiendo, seguramente, que se trataba de sólo unos cuantos soldados, pues cuando uno de nuestros batallones que marchaba a la vanguardia contestó con una descarga el fuego de los guerrilleros, éstos huyeron precipitadamente y en desbandada. Con motivo de este incidente, tuvimos un soldado muerto, sin haber causado ninguna baja al enemigo.

La marcha se continuó en esa forma hasta llegar, por la vía, al sur de la ciudad, y el resto de la noche lo pasamos colocando a las tropas en forma conveniente, para que el enemigo no pudiera descubrirlas; ordenando que el mayor Urbano Chávez se posesionara del teléfono, para que censurara las comunicaciones que por esa línea se dieran.

En la madrugada del día 19, el oficial a quien había confiado aquella comisión me informó haber tenido una conversación telefónica con Rodolfo Fierros, que se encontraba en Jaral del Valle y a quien él, haciéndose pasar por villista, dijo que el pueblo de Valle de Santiago engalanaba sus principales calles para recibirlos dignamente al día siguiente, que sería domingo.

Aclaró d día sin que se descubriera ninguna fuerza enemiga, y esto me contrarió, pues tuve la idea de que Fierros y Reyes hubieran descubierto nuestro movimiento y evadido de nuevo el combate; y como la misma situación prevalecía aún a las seis de la mañana, creí que había quedado burlada nuestra emboscada, y me trasladé al lugar donde estaban los trenes, para activar la reparación de la vía, haciéndome acompañar del C. José de la Luz Herrera, padre del extinto general Maclovio Herrera y quien, a

pesar de su avanzada edad, voluntariamente y con agrado de todos, nos acompañó en esta campaña, incorporado al Cuartel General de mi cargo.

Habíamos apenas llegado adonde se encontraba el primer convoy, cuando empezamos a escuchar fuego de fusilería, que rápidamente se iba haciendo nutrido. La distancia que nos separaba del lugar de los acontecimientos era no menor de 7 kilómetros; y para trasladarme violentamente allá requerí dos caballos, con los que en aquellos momentos pasaba por allí un ordenanza del Cuartel General; y montando, uno el señor Herrera, y el otro yo, emprendimos veloz carrera hacia el lugar donde el combate se desarrollaba.

Aproximadamente media hora tardamos en llegar a nuestra línea de frente, y al incorporarme pude notar que el enemigo empezaba a retroceder por nuestra ala derecha; pero hacía con más brío su ataque por el frente. Ordené entonces que el coronel Sobarzo, con el 21.º Batallón a sus órdenes, avanzara sobre un pequeño cerro que estaba situado a la derecha, para apoyar al general Martínez, que con el 1.er batallón había avanzado bastante y se batía con energía. Al mismo tiempo ordené a algunos de los oficiales de mi Estado Mayor que recorrieran la línea, para que me informaran qué tropas quedaban al frente y cuáles las que habían avanzado al mando del general Contreras, quien, en esos momentos, se batía rudamente por el centro.

Había transcurrido menos de una hora, cuando nuestras tropas del frente que habían avanzado, empezaban a retroceder, habiendo sido desalojado el 25.º Batallón de una pequeña hacienda que está sobre la derecha del camino real. Empecé a organizar algunas de las fuerzas que teníamos en nuestra primera línea, para proteger nuestro frente y resistir el ataque del enemigo, que cada vez lo hacía con más bríos.

En ese momento llegó ante mí el teniente coronel jefe del 25.º Batallón, dándome parte de que había tenido que replegarse, porque el enemigo era muy numeroso, y que había dejado muy comprometido al general Contreras.

Ya listas las fuerzas de auxilio, ordené que avanzaran a paso veloz a proteger al general Contreras, y en pocos momentos habían tomado contacto con el enemigo, trabándose un combate muy reñido, que se prolongó cerca de media hora, obligando a los reaccionarios a ponerse en fuga; pero ya entonces el general Contreras y algunos de sus compañeros, que se resistieron a huir cuando nuestras fuerzas fueron rechazadas, habían quedado muertos en el campo.

El avance de nuestras fuerzas continuó entonces, y el enemigo empezó a huir rumbo a Yuriria, en una desorganización completa.

El fuego cesó cerca de mediodía, después de que nuestras fuerzas habían causado al enemigo un verdadero estrago, pues se le hicieron más de 300 bajas entre muertos y heridos, contándose muchos jefes y oficiales.

Las pérdidas por nuestra parte, fueron aproximadamente de 100, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general Francisco T. Contreras, cuya muerte es altamente lamentable, pues con ella nuestro ejército perdió uno de sus más pundonorosos y valientes jefes.

Después de mediodía, nuestras caballerías que venían sobre la huella del enemigo desde Jerécuaro, empezaron a incorporarse, continuando la persecución de los fugitivos, que ya habían suspendido nuestras infanterías.

A la 1 p. m. quedaron terminadas las reparaciones de la vía, y nuestros trenes siguieron su marcha, llegando a la estación de Valle de Santiago. Desde luego, procedimos a colocar cuidadosamente en ellos a nuestros heridos, para que fueran atendidos por nuestra Sección Sanitaria. En seguida se hizo embarco de las tropas y, terminado éste, emprendimos la marcha esa misma tarde a Salamanca, para destacar de allí a los generales Eugenio Martínez, con las brigadas 8.ª y 9.ª (de la octava había tomado el mando también el general Martínez, al ocurrir la muerte de su jefe, general Contreras), y Pablo Quiroga, con las fuerzas de la 2.ª División del Noroeste, con destino a Pénjamo y La Piedad, por la vía de Irapuato, a fin de que esperaran allí los restos de la columna reaccionaria derrotada, y los batieran cuando intentaran forzar su paso por aquellos lugares.

Verificada la movilización de esas fuerzas, de Salamanca seguí mi marcha a Celaya, y de allí a San Luis Potosí.

Posteriormente, el general Amaro, que con sus caballerías había continuado la persecución de los reaccionarios derrotados en Valle de Santiago, me rindió, de Pénjamo, el siguiente parte:

Hónrome comunicar a usted haber llegado a ésta a las 3 p. m. de hoy (agosto 3 de 1915), después de haber logrado alcanzar al enemigo, que huyó de Valle de Santiago, haciéndole muchos prisioneros y recogiéndoles armas y caballos. Ayer volví a alcanzarlo, pero ellos, al terminar de pasar el río Lerma me impidieron seguirlos, porque volaron el puente de dicho río. Hoy pasé por otro puente y pude darles alcance. Al llegar a ésta, me comunicó el coronel Villarreal haber sostenido tiroteo con el mismo enemigo, ayer en la noche, y que los dispersos se pasaron con dirección al pueblo de San Pedro Piedra Gorda, cortándose algunos para internarse en Michoacán.

Así terminó la batida contra los reaccionarios mandados por Fierros y Reyes, que tantos destrozos causaron en nuestras vías, y que tantos asesinatos consumaron en las pequeñas fracciones de nuestras tropas que encontraron en su marcha de León a Tula; no siendo aventurado asegurar que, en los distintos combates de esta campaña, los reaccionarios Fierros y Reyes perdieron más de las tres cuartas partes de su gente, principalmente por dispersión, pues grupos numerosos huyeron en distintas direcciones, abandonando en su mayoría las armas; y, en consecuencia, es de estimarse que Fierros y Reyes, en su huida al Norte, llevaban menos de 800 hombres al llegar a San Pedro Piedra Gorda, siendo, en su mayor parte, jefes de alta graduación, como Banderas, Peña, González Garza y otros muchos que fueron a unirse en el Norte con el ya agonizante villismo.

Felicito a usted por esta nueva victoria alcanzada sobre los reaccionarios; que una vez más pone de manifiesto la fuerza incontrastable del ejército del pueblo, que bajo la bandera del constitucionalismo lucha por sus libertades.

Protesto a usted las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*.

San Luis Potosí, San Luis Potosí, agosto 27 de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

## TOMA DE SALTILLO

Tengo el honor de comunicar a usted que, consumada la derrota y dispersión de la columna reaccionaria al mando de Fierros, Reyes y otros jefes de la llamada Convención, el 19 de agosto de 1915, según el parte relativo que he tenido el honor de rendir a esa Primera jefatura de su muy digno cargo, el mismo día 19 emprendí, con el Cuartel General del Ejército de Operaciones, la marcha de Valle de Santiago a San Luis Potosí, llegando a esta plaza el día 2, y como en esta fecha el coronel J. L. Gutiérrez había dejado terminadas las reparaciones de la vía del ferrocarril hasta Tampico, desde luego me trasladé a aquel puerto para conferenciar con usted directamente por la inalámbrica, y seguir luego a Monterrey a conferenciar con el C. general jacinto B. Treviño, jefe del Cuerpo de Ejército del Noreste, para combinar las sucesivas operaciones militares que habríamos de emprender, para controlar el territorio del Norte que aún estaba en poder de los villistas. Así pues, el día 3, acompañado de algunos de los miembros de mi Estado Mayor y parte de mi escolta, emprendí la marcha de San Luis Potosí a Tampico, a cuyo puerto llegué el día 4 por la mañana, permaneciendo allí durante el día el tiempo que fue necesario para conferenciar con usted; habiendo salido con destino a Monterrey a las cinco de la tarde, y llegando a aquella ciudad el día 5, a las 10 a. m. Conferencié con el general Treviño, obteniendo de él una completa información sobre la situación militar de aquella zona, que era a su mando, y dándole por mi parte los lineamientos de la nueva campaña que habríamos de emprender, para desalojar al enemigo del territorio que aún ocupaba los Estados de Coahuila, Durango, San Luis Potosí y Zacatecas, arrojándolo hacia Chihuahua, y más tarde aniquilarlo en aquel su último reducto.

Dejando delineada con el general Treviño la campaña que, en combinación, habríamos de emprender, a las 10 p. m. del mismo día 5 regresé a Tampico, llegando a este puerto el 6 de agosto, después de mediodía, y permanecí allí, mientras terminaba con usted la conferencia iniciada el día 4, continuando mi marcha a San Luis a primeras horas del día siguiente (7 de agosto), y llegando a esta plaza el día 8 por la mañana.

Permanecí en San Luis Potosí, dando instrucciones al general Gavira para la campaña que debería emprender sobre los rebeldes que, al mando de los Carrera Torres y los Cedillo, se habían reconcentrado en Río Verde y Tula y algunos otros distritos del Estado de San Luis Potosí, sin definir su actitud; así como activando las reparaciones de la vía rumbo a Saltillo, que continuaban con grandes progresos.

El día 9 salí con destino a Guadalajara a efecto de conferenciar con el general Diéguez, y darle amplias instrucciones sobre la campaña que había pensado encomendarle en Sonora y Sinaloa, al mando de una importante columna que movilizaría sobre aquellos Estados; previendo que Villa, después de las desastrosas derrotas que había sufrido, y las que seguramente le infligiriamos en Coahuila y Durango si intentaba volver a hacer frente a nuestro ejército, buscaría refugio internándose en Sonora, para unirse con Maytorena, y con los elementos de ambos controlar aquel Estado, aprovechándose de las dificultades que tendríamos para hacer movilización oportuna de contingentes a aquella región, por la falta de buenas vías de comunicación con el resto de la República.

A Guadalajara llegué el día 11, después de haber tenido un lamentable contratiempo durante el viaje, consistente en el descarrilamiento de nuestro tren, entre León y Silao, en el que hubo 13 muertos y 31 heridos de la escolta, quedando 4 carros completamente destruidos. Entre los muertos se encontraba también el subteniente Andrés Guajardo, del Estado Mayor del general Murguía.

A las 8 a. m. del día 11, hora en que llegué a Guadalajara, pasé desde luego a conferenciar con el general Diéguez sobre el asunto que dejo indicado, acordando comenzar a hacer desde luego la movilización de fuerzas con rumbo a Sonora, a cuyo efecto inmediatamente se dieron órdenes para que salieran por tierra, con aquel destino, las tropas de caballería al mando del general Enrique Estrada, de la división del general Diéguez, emprendiendo la marcha de Guadalajara a través del Territorio de Tepic y Estado de Sinaloa, por la vía de San Marcos.

Este día recibí en Guadalajara un parte telegráfico del general Federico Montes, Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, comunicándome que el día 9 las caballerías al mando del general Fortunato Maycotte y del general Miguel M. Acosta, en combinación con las fuerzas del general Rauda, de la división del general Amaro, habían atacado y derrotado a una columna zapatista, que al mando del llamado general Cazarín, estaba posesionada de San Juan del Río, plaza que quedó en poder de los nuestros, quienes persiguieron al enemigo, que huyó en dispersión rumbo a Tula, hasta cerca de estación Cazadero; capturándoles 3 trenes con 17 carros de carga, 3 de pasajeros y 9 tanques, recogiéndoles, además, 50 máussers y 100 monturas, así como muchos caballos; causándoles más de 150 bajas, entre muertos y prisioneros.

Inmediatamente ordené que el jefe de reparaciones, J. P. Kaftanish, saliera de Celaya con tren de materiales y protegido por infanterías de la división del general Amaro, para emprender las reparaciones de la vía al sur de Querétaro, disponiendo, al mismo tiempo, que el general Amaro, con las caballerías que tenía en Celaya, saliera con la misma dirección a activar la campaña contra las diversas partidas que existían al sur de Querétaro, para expeditar la vía del ferrocarril sobre México, debiendo, el general Amaro, obrar en combinación con el general Maycotte.

De Guadalajara, ordené también que las caballerías del general Gonzalo Novoa, que se encontraban en Celaya, accidentalmente a las órdenes del general Amaro, marcharan por tren a Guadalajara, para utilizadas en la campaña contra los bandoleros de Jalisco.

Después de haber conferenciado ampliamente con el general Diéguez, dejando acordados los preliminares para la movilización de fuerzas a Sonora, bajo el mando de dicho jefe, el día 12 emprendí mi marcha de regreso, dirigiéndome a Zacatecas, para comunicar instrucciones al general Hill y al general Murguía, que se encontraban con sus fuerzas en aquel Estado.

El día 14 me incorporé a Zacatecas, y conferencié con los generales Hill y Murguía, habiendo este último venido de su campamento en Ojuelos, para tal fin, También tuve una conferencia con el general ex-villista Pánfilo Natera, versando sobre la rendición de este jefe, con las fuerzas a su mando, que habían abandonado a Villa, después del desastre de Aguascalientes, permaneciendo en el Estado de Zacatecas, Este mismo día, el general Maycotte me rindió parte de que sus fuerzas habían tomado posesión de Tula, Hidalgo., habiendo restablecido la comunicación telegráfica hasta aquella plaza; y ordené al general Maycotte que, haciendo entrega de la plaza al coronel Miguel Alemán, para que quedara guarnecida por las fuerzas de este jefe, con las que lo estaba antes, marchara él, con las suyas, a San Juan del Río, donde debería tenerlas listas para recibir nuevas órdenes de mi Cuartel General.

Para esta fecha, el general Eugenio Martínez, con las brigadas 8.ª y 9.ª que de Salamanca habían sido destacadas a Pénjamo, para cortar la retirada a los villistas de Fierros y Reyes, derrotados en Valle de Santiago, habían llegado a Aguascalientes, de regreso, por la vía de Irapuato, y le ordené proseguir su marcha con dichas fuerzas hasta incorporarse a San Luis Potosí.

El día 16 nombré al general Rómulo Figueroa Gobernador Interino y Comandante Militar del Estado de Zacatecas, con acuerdo de esa Primera Jefatura, dándole facultades para conceder amnistía a los rebeldes que incondicionalmente quisieran deponer las armas, reconociendo al Gobierno Constitucionalista.

El día 17 el general Maycotte había hecho reconcentración de sus fuerzas en San Juan del Río, y le comuniqué instrucciones para que, por tren, se movilizara con ellas a San Luis Potosí.

Por la tarde de este día, emprendí con el Cuartel General la marcha a San Luis Potosí, adonde me incorporé el día 18 a las nueve de la mañana, trasmitiendo desde luego órdenes al general Cesáreo Castro, que se encontraba con su división en Cárdenas, para que se reconcentrara en San Luis, a fin de preparar el avance sobre Saltillo.

El mismo día 16 recibí por conducto del general Hill, que se encontraba en Zacatecas, noticia comunicada por el general J. T. Cervantes, de las fuerzas del general Natera, destacadas en Sombrerete, de que la ciudad de Durango había sido tomada el día 13 de este mismo mes, por las fuerzas al mando del general Domingo Arrieta, después de reñido combate que éstas sostuvieron con los villistas que defendían aquella plaza, en el que éstos fueron completamente derrotados, dejando en poder de los nuestros muchos prisioneros y pertrechos, así como material rodante, inclusive 20 locomotoras.

Este día ratifiqué en favor del general Diéguez el nombramiento como Jefe de las Operaciones Militares en Sonora, Sinaloa y Tepic, expidiéndoselo en los siguientes términos:

Este Cuartel General ha tenido a bien nombrar a usted Jefe de Operaciones en los Estados de Sonora y Sinaloa y Territorio de Tepic, sin perder su carácter de Jefe de la 2.ª División de este Cuerpo de Ejército; por lo que, a su llegada a aquella región, asumirá el mando de las fuerzas que allá operan, procediendo a activar desde luego y cuanto fuere posible, las operaciones militares, con objeto de controlar la parte dominada actualmente por los reaccionarios. Queda usted autorizado para designar, interinamente, todas las autoridades que fueren necesarias, así como para proceder a la organización de todas las oficinas y servicios públicos, tanto locales como federales, en la parte que se vaya controlando. Lo que comunico a usted para su conocimiento, y a fin de que, desde luego, proceda al desempeño de la comisión que se le ha conferido, emprendiendo su marcha con las fuerzas y conforme a las instrucciones que verbalmente le comuniqué en esa ciudad. Renuevo a usted las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en San Luis Potosí, a 19 de agosto de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. General de División Manuel M. Diéguez, Jefe de la 2.ª División de Infantería del Noroeste. Guadalajara, Jalisco.

El día 20, por orden del Cuartel General de mi cargo, comenzó a moverse de Aguascalientes a Zacatecas material rodante a disposición del general Hill, para el transporte de las infanterías y la artillería que se encontraban en Zacatecas y que debían reconcentrarse en San Luis.

Este mismo día comuniqué órdenes al general Cesáreo Castro y al general Ernesto García, para que con la División de Caballería a las órdenes del primero y la Brigada Guillermo Prieto, de la misma arma, accidentalmente a las órdenes del segundo, por estar herido su jefe, el general Pedro Morales, emprendieran la marcha al siguiente día rumbo al Norte, para pernoctar en

Venado y continuaran haciendo su avance hasta La Ventura, en cuatro jornadas sucesivas, esperando allí órdenes del Cuartel General de mi cargo.

El día 22 movilicé, de Aguascalientes a Zacatecas, la 6.ª Brigada de Infantería al mando del general Cipriano Jaimes, con objeto de que reforzara la guarnición que aquella plaza, de la que estaban saliendo ya las infanterías que la habían guarnecido, al mando del general Hill.

Este mismo día comuniqué instrucciones al general Murguía, que se encontraba acampado aún en Ojuelos, Zacatecas, a efecto de que antes de continuar su avance rumbo a Torreón, hiciera una batida en el Estado de Zacatecas contra las partidas que permanecieran hostiles al Gobierno Constitucionalista; habiendo tomado esta determinación en vista de informes que recibía indicando que los jefes Domínguez, Bañuelos, Ávila y otros, que en un principio habían estado anuentes a rendirse juntamente con Natera, a últimas fechas habían asumido una actitud hostil.

En la misma fecha, las reparaciones de la vía del ferrocarril sobre Saltillo protegidas por una fracción de la Brigada Guillermo Prieto, al mando del coronel Enrique Espejel, habían llegado al kilómetro 822, al norte de La Ventura, y ordené que, por tren, se movilizaran de San Luis hasta aquel lugar las brigadas 8.ª y 9.ª de infantería de la 1.ª División, al mando del general Eugenio Martínez, y la 3.ª brigada de la 2.ª División de Infantería, al mando del general Fermín Carpio, llevando el general Martínez los dos cañones de montaña que le habían sido incorporados, al iniciarse la batida contra Fierros en Querétaro.

El día 23 las fuerzas del general Martínez y del general Carpio llegaron a Vanegas, pernoctando allí para continuar su avance al día siguiente.

Este día recibí noticia de que el puente de San Juan del Río, que había sido completamente destruido por los villistas, cuando se replegaron al Sur, derrotados en Querétaro, quedó reconstruido por nuestro jefe de puenteros, J. P. Kaftanish, quien marchaba a reconstruir el puente de Jasso, al sur de Tula, el que también había sido destruido por los zapatistas, siendo éste el único desperfecto que quedaba por reparar, para restablecer nuestra comunicación hasta la ciudad de México.

Para esta fecha, se había abierto campaña en contra de la gente de Carrera Torres y Cedillo, quienes, faltando al compromiso que celebraran con el general Cesáreo Castro, en sentido de que no hostilizarían a nuestras fuerzas ni causarían daños en la vía del ferrocarril de San Luis a Tampico, a cambio de que, por nuestra parte, los consideráramos neutrales en el distrito de Río Verde, donde se habían reconcentrado, mientras que podían ponerse de acuerdo entre sí, para tratar del reconocimiento del Gobierno Constitucionalista, habían posesionádose de algunos puntos de la vía del ferrocarril, entre San Bartolo y Las Tablas, causando en ella algunos destrozos, e interrumpiendo así nuestras comunicaciones. El jefe de esta campaña era el general Pedro Morales, teniendo como segundo al general Juan Torres, quien seguía con el mando directo de su regimiento de la Brigada Antúnez.

El día 24 nuestras infanterías, al mando de los generales Martínez y Carpio, quedaron acampadas en La Ventura, y la avanzada de nuestras caballerías se encontraba en Gómez Farías.

Este día recibí mensaje del general Luis Gutiérrez, procedente de Tunal, participándome que estaba siendo atacado por el enemigo que había salido de Saltillo, y que su situación era comprometida. Le contesté ordenándole que, si no podía resistir el ataque de los villistas, se replegara con sus fuerzas a Gómez Farías, dando aviso a mi Cuartel General y al jefe de nuestras avanzadas, para evitar una confusión al replegarse.

En esta fecha, las reparaciones de la vía llegaban al kilómetro 831.

El día 25 quedaron restablecidas nuevamente nuestras comunicaciones por la vía de Tampico, habiendo sido desalojados los rebeldes de los lugares que sobre ella ocupaban, por las fuerzas del general Torres, que operaban de San Luis a Tampico, en combinación con el Batallón de Ferrocarrileros, a las órdenes del coronel J. L. Gutiérrez, que marchaba en sentido opuesto, batiendo a los bandoleros y haciendo, al mismo tiempo, las reparaciones de la vía, por órdenes que le comunicó mi Cuartel General, por la vía de México y Veracruz, que estaba restablecida cuando la de Tampico quedó cortada.

En esta fecha, el general Diéguez comenzó su movilización a Sonora, saliendo de Guadalajara a Manzanillo, con sus infanterías, para embarcarse, de allí, a Mazatlán.

El día 26 comuniqué órdenes al general Cesáreo Castro, para que, con el grueso de su División de Caballería, con que estaba acampado en La Ventura, continuara su avance hasta Gómez Farías, haciendo avanzar una jornada al norte de Gómez Farías a nuestras fuerzas avanzadas al mando del general Ildefonso Ramos. Al mismo tiempo dispuse que las infanterías, al mando de los generales Martínez y Carpio, acampadas en La Ventura, continuaran por tierra a acamparse en Gómez Farías, hasta cuyo lugar habían llegado ya las reparaciones de la vía.

El día 27 recibí mensaje del general Luis Gutiérrez, dándome parte de que el combate que, durante tres días había librado con los villistas, se había resuelto en favor de sus fuerzas, derrotando al enemigo y obligándolo a replegarse a Saltillo, en estado de completa desmoralización. Me comunicaba el propio general Gutiérrez que, para ese resultado, había sido muy eficaz el oportuno envío de parque que le hizo el Cuartel General de mi cargo. Felicité al general Gutiérrez por su triunfo, y le di cuenta de los movimientos que nuestras fuerzas habían efectuado trasladándose nuestra vanguardia al norte de Gómez Farías.

El día 28 quedó hecha, en Gómez Farías, la reconcentración de nuestras fuerzas de caballería, al mando del general Castro, y las infanterías de los generales Martínez y Carpio.

El día 29, el Cuartel General de mi cargo, con su escolta, emprendió la marcha de San Luis a Gómez Farías, dando órdenes para que las fuerzas al mando del general Hill, que estaban saliendo de Zacatecas, al llegar a San Luis continuaran su marcha al Norte, hasta incorporarse a nuestro campamento.

Este día recibí parte de que el general Diéguez, con sus infanterías, se había embarcado en Manzanillo, con destino a Mazatlán, el día 27, en el cañonero *General Guerrero* y el transporte de guerra *Jesús Carranza*; así como de que la plaza de Tepic había sido ocupada ya por las fuerzas al mando del general Enrique Estrada, que previamente habían sido destacadas de Guadalajara, como parte de la columna que se reconcentraría en Sonora para hacer la campaña en aquel Estado, al mando del general Diéguez.

El día 30 se incorporó a Vanegas, procedente de Zacatecas, la 4.ª Brigada de Infantería, al mando del general Lino Morales, y en la misma fecha llegaba a San Luis, prosiguiendo su marcha al Norte, la brigada al mando del general Severiano A. Talamante, que procedía también de Zacatecas. Estas fuerzas recibieron instrucciones de continuar hasta nuestro campamento.

Este mismo día nuestras caballerías comenzaron a movilizarse de Gómez Farías a Carneros, preparándose las infanterías para continuar el avance, también hasta aquel punto, e igualmente la artillería, al mando del teniente coronel Gustavo Salinas.

El día 31 todas las fuerzas quedaron acampadas en Carneros, estableciéndose allí el Cuartel General de mi cargo.

El día 1.º de septiembre pasó a conferenciar conmigo, a Carneros, el general Luis Gutiérrez, cuyas fuerzas se encontraban al oriente de Saltillo, en cuya región habían estado operando contra los villistas, con buen éxito y al mando de dicho jefe. A este general le comuniqué, por escrito, las siguientes instrucciones sobre la forma en que debería cooperar en el ataque que el día 4 emprenderíamos sobre el enemigo que se encontraba posesionado de Saltillo y fortificado en La Angostura:

Debiéndose llevar a cabo el ataque a la plaza de Saltillo a las posiciones que el enemigo tiene en La Angostura, he de agradecer a usted que, con las fuerzas a su mando, al amanecer del día 4, corte la comunicación al enemigo sobre la vía que va a Paredón, y con el resto, avance sobre la plaza atacada. Al amanecer del día 4, deberá ordenar que se establezca, como contraseña, una o dos fogatas en la parte más elevada del sitio donde se corte la comunicación. En el ataque a la plaza, para evitar confusiones, deberán nuestras tropas entrar al combate sin sombrero, y las banderas serán blanco y negro. La ruta que debe seguir y los demás detalles de su movimiento, quedan a su propia iniciativa. Protesto a usted mi atenta consideración. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Carneros, Coahuila, a 19 de septiembre de 1915.

Como desde agosto, por acuerdo de esa Primera Jefatura, el Cuerpo de Ejército del Noreste, comandado por el C. general de brigada Jacinto B. Treviño, había quedado a las órdenes del Cuartel General de mi cargo, este día comuniqué, por la vía de Tampico, y en mensaje urgente, las siguientes instrucciones:

Carneros, septiembre 19 de 1915. General Jacinto B. Treviño. Monterrey, Nuevo León. Vía Tampico. Desde ayer encuéntrome en ésta, con mis fuerzas, y tengo todo listo para atacar Saltillo, el día 4, al amanecer. He conferenciado con el general Luis Gutiérrez, a quien he ordenado que ese día, también al amanecer, se coloque en la cuesta del Cabrito, con instrucciones de cortar la vía y rechazar intento del enemigo, si éste tratare de reconcentrarse a Paredón. Comunícolo a usted, para que ese mismo día haga los movimientos que convengan, para evitar que el enemigo venga a reforzar Saltillo, o a atacar al general Gutiérrez. Ruégole acusar recibo de este mensaje, así como transmitirme datos que tenga del enemigo. Salúdolo afectuosamente.

El general Treviño tenía la mayor parte de sus fuerzas frente a Icamole, lugar de que estaba posesionado el enemigo, y donde había tenido que sostener repetidos y rudos combates, para evitar que los villistas avanzaran sobre Monterrey, plaza que era su objetivo. En consecuencia, los movimientos indicados, por parte del general Treviño, para el día 4, imposibilitarían al enemigo para auxiliar, de Icamole, la plaza de Saltillo, al ser atacada ésta por la columna de mi mando.

El día 2, el Cuartel General de mi cargo comunicó la siguiente orden extraordinaria:

Orden Extraordinaria de la Comandancia del Ejército de Operaciones, comunicada en Carneros, Coahuila, el 2 de septiembre de 1915, a las 6 p. m. Dispone el C. General en Jefe: que todas las fuerzas de este ejército se alisten para emprender la marcha mañana, a las 7 a. m., rumbo al Norte, en el siguiente orden: Extrema vanguardia. Caballería exploradora de la 8.ª Brigada de Infantería, de la 1.ª División; guardando distancia de 500 metros, continuará como vanguardia la 9.ª Brigada de Infantería de la misma División; siguiendo la 8.ª Brigada y a continuación la 2.ª también de la 1.ª División. En seguida la artillería expedicionaria, que llevará como sostén la 3.ª Brigada de Infantería, de la 2.ª División; continuando la 4.ª Brigada de la 1.ª División y la 1.ª Brigada de la propia División. La retaguardia será cubierta por la infantería al mando del general Porfirio G. González, de la 1.ª División del Noroeste. Que las caballerías de la 1.ª División, al mando del general Cesáreo Castro, se alisten para marchar de los lugares donde se encuentran, a primera orden, debiendo ir el C. general Castro con el Cuartel General, para que reciba personalmente órdenes y las haga transmitir a las distintas brigadas de su división. Todas las fuerzas deberán quedar provisionadas, cuando menos por dos días, hoy mismo. Las impedimentas marcharán a retaguardia de sus respectivas brigadas. Lo que se comunica para su conocimiento y cumplimiento. D. O. S. Sáenz. Comunicada. Ríos.

El día 3, a las 7 a. m., como estaba ordenado, las fuerzas del Ejército de Operaciones emprendieron la marcha de Carneros al Norte, llegando, por la tarde, al punto denominado La Puerta, adelante de Agua Nueva, y sobre la vía del ferrocarril.

En ese lugar quedaron acampadas nuestras fuerzas, inclusive la división de caballería al mando del general Castro, que acampó sobre la derecha del cuadro de infantería.

Por la tarde, nuestra avanzada, al mando del general Ildefonso Ramos, sostuvo un ligero tiroteo con una fuerza exploradora del enemigo, adelante de la hacienda La Encantada, en el cual tuvimos un oficial y 4 soldados heridos, habiendo nuestras fuerzas obligado a replegarse a las del enemigo.

Por la orden general de este día, comuniqué las siguientes disposiciones:

Todas las fuerzas deberán alistarse para continuar su marcha en la misma formación que han traído el día anterior, mañana a las 5 a. m., debiendo darse el toque de *levante*, a las tres de la mañana; el segundo, a las cuatro, y el tercero, a las cinco a. m. Se encarece a todos los jefes y oficiales activen los preparativos de marcha, a fin de que a las cinco en punto se emprenda ésta, por tener todas las probabilidades de empezar a combatir, después de caminar los primeros 8 kilómetros, y por ser ésa la hora fijada, con la columna que atacará por el Norte. La contraseña que deberá usarse para evitar una confusión con la columna de caballería que atacará Saltillo por el rumbo opuesto, será la siguiente: "Bandera blanco y negro, y al aproximarse las tropas, ya empeñado el combate, deberán marchar sin sombrero".

El día 4, desde las cuatro de la mañana, las fuerzas estuvieron listas para hacer el avance; pero éste no pudo efectuarse a la hora que se había señalado, porque una densa niebla nos impedía descubrir nuestro frente, y en esas condiciones todo movimiento habría sido aventurado.

A las siete y media a. m., hora en que la niebla se había disipado lo bastante para distinguir el frente de nuestra marcha, iniciamos ésta, llevando a la vanguardia parte de las caballerías de la división del general Castro, y a retaguardia el grueso de la misma división.

Habíamos caminado unos cuantos kilómetros, cuando nuestra vanguardia empezó a tirotearse con la del enemigo, adelante de la hacienda de La Encantada, siguiendo un disparo de cañón, hecho por el enemigo. Ordené, desde luego, que la columna hiciera alto, y acompañado de mi Estado Mayor y de una parte de mi escolta, me transladé al frente, donde estaban las caballerías del general Ildefonso Ramos, sosteniendo un tiroteo de poca importancia. Ascendimos a un pequeño cerro, que está sobre la izquierda del camino que seguíamos, y de allí pude observar el frente que el enemigo presentaba, desde la falda de la sierra alta, que corre a la derecha, paralela con el camino real que seguía nuestra columna, continuando por todo el puerto y terminando en los cerros a las izquierda de la vía, donde se forma el puerto llamado de La Angostura. El enemigo tenía emplazado un cañón en el Fortín Viejo. El efectivo total del enemigo, en la línea con que trataba de hacer frente a nuestra columna, no pasaba de cinco mil hombres, teniendo solamente un cañón.

Descubierto su dispositivo, ordené el avance de las infanterías, empezando a colocar una línea de tiradores paralela a la del enemigo, y como a dos kilómetros de distancia de ésta, para hacerla avanzar tan pronto como estuviera emplazada nuestra artillería, con cuyos fuegos habría de ser protegido el movimiento.

El teniente coronel Salinas procedió a cumplimentar las órdenes transmitidas por mi Cuartel General, para el emplazamiento de nuestros cañones. Aunque el enemigo era en número mucho menor que el de nuestras fuerzas, y contaba sólo con un cañón, parecía resuelto a defender sus posiciones con energía.

Cuando el 21.º batallón se desplegaba en tiradores a nuestra derecha para continuar la línea paralela a la del enemigo, un oficial de dicho batallón fue herido, y al darse cuenta de esto algunos de los soldados, hicieron un movimiento de flanco y empezaron a avanzar sobre las posiciones de La Angostura, movimiento que siguió todo el batallón, lo que dio lugar a que en unos cuantos minutos el fuego se hiciera cerrado, tomando las proporciones de un combate formal, entre las tropas del citado batallón y los reaccionarios que por ellas eran atacados.

En la disyuntiva de dejar a nuestro batallón comprometido en su avance, o protegerlo, empeñando el combate en una forma que no era la que yo había preparado, me decidí por lo segundo, tomando en consideración la superioridad de nuestros elementos que nos ponía fuera del peligro de un fracaso. Ordené, pues, al teniente coronel Salinas que abriera fuego con nuestra artillería que ya estuviera emplazada, y al mismo tiempo, dispuse el avance del 20.º batallón, sobre la extrema izquierda del enemigo, apoyando el movimiento del 21.º batallón, y el avance de las caballerías del general Castro por la derecha del 20.º batallón, siguiendo las estribaciones de la sierra.

El 21.º batallón, en menos de 30 minutos, había roto la línea enemiga, y el 20.º batallón abría fuego sobre el enemigo, que había quedado a la derecha del 21.º, desalojándolo también, después de algunos minutos de combate. A esto se siguió la huida en desbandada de toda la línea enemiga y de sus reservas, porque ninguna otra fuerza tomó parte en el combate, por parte del enemigo, al ser desalojados los que ocupaban las trincheras. Inmediatamente nuestras fuerzas emprendieron el avance general sobre Saltillo, inclusive la artillería, batiendo al enemigo en su huida, hasta la plaza de Saltillo, adonde llegaron las primeras fuerzas de caballería, al mando del general Alejo González, a las 12 m., incorporándose, poco después, el resto de la columna, con el Cuartel General de mi cargo.

Inmediatamente que llegamos a Saltillo ordené al general Castro que hiciera salir sus caballerías en persecución del enemigo, que había emprendido la huida con dirección a Hipólito. Esta persecución se prolongó con éxito, toda la tarde, haciendo a los reaccionarios muchas bajas y capturándoles algunos pertrechos.

Establecido ya en Saltillo mi Cuartel General, ese mismo día se incorporó el general Luis Gutiérrez, dándome parte de haber cumplido con las ordenes que le había comunicado en Carneros, el día 19, cortando la comunicación en la cuesta del Cabrito, al

amanecer del día 4, y avanzando en seguida sobre Saltillo, en cuyas goteras, por el norte y poniente, sostuvo rudo combate, que se prolongó por cerca de ocho horas, el que, en un principio, presentaba fases poco favorables a sus fuerzas, debido a la superioridad numérica del enemigo y a la energía con que éste se defendía; pero al empezar a escucharse el fuego de nuestra artillería, por el rumbo de La Angostura, los reaccionarios se alarmaron, temiendo que nuestras fuerzas les cortaran la única retirada que les quedaba, empezando con ello a ceder; circunstancia que el general Gutiérrez aprovechó, cargando sobre ellos y obligándolos a huir en desbandada, con grandes pérdidas, después de lo cual, estuvo batiendo eficazmente a los que, derrotados en La Angostura por las fuerzas a mi mando, pasaban por las cercanías de Saltillo, buscando salida rumbo a Hipólito. El general Gutiérrez, por su parte, tuvo que lamentar bastantes bajas, entre ellas la del teniente coronel Juan Rodríguez Burciaga, jefe de su Estado Mayor, quien resultó muerto, e igualmente el mayor Praxedis Cruz.

Las pérdidas del enemigo en los combates librados en Angostura, con mi columna, y en la plaza de Saltillo, con las fuerzas del general Luis Gutiérrez, pueden estimarse en quinientos, entre muertos, heridos y prisioneros, mas los que se dispersaron por la sierra al ser derrotados y perseguidos por los nuestros, desde La Angostura, y batidos después en las cercanías de Saltillo por el general Gutiérrez. El enemigo perdió, también, algunas armas, caballos, y como doscientos mil cartuchos de varios calibres, y una ametralladora.

Por nuestra parte, tuvimos alrededor de ochenta bajas, entre muertos y heridos, siendo la mayor parte de las fuerzas del general Gutiérrez.

A este triunfo cooperó, de manera importante, el C. general Jacinto B. Treviño, quien ejecutó, con toda eficacia, las instrucciones que le había comunicado mi Cuartel General, haciendo el mismo día 4 un movimiento ofensivo sobre el enemigo que estaba frente a Icamole, con lo que evitó que éste viniera a reforzar Saltillo, alcanzando a su vez el general Treviño una completa victoria sobre aquel núcleo, al que desalojó de sus posiciones, haciéndolo huir rumbo a Paredón, y capturándole todos sus trenes, según me lo comunicó dicho jefe, en el parte telegráfico que transcribo a continuación:

Icamole, Nuevo León, 4 de septiembre de 1915. General Álvaro Obregón: Con satisfacción, comunícole a usted que hoy, al amanecer, fueron asaltadas las posiciones enemigas en ésta, por el frente, flancos y retaguardia, habiéndose logrado, después de tres horas de combate, derrotarlo completamente, quedando en poder nuestro todos sus trenes, excepción hecha de uno, que logró escapar. He ordenado que nuestra caballería haga la persecución del enemigo, hasta Paredón si fuere posible. En este combate se distinguió la brigada a las ordenes del general Carlos Osuna, de la 3.ª División. Felicito a usted por este hecho. Respetuosamente. General *Jacinto B. Treviño*.

Me es honroso felicitar a usted, por estos nuevos triunfos de las armas Constitucionalistas, reiterándole las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*. Saltillo, Coahuila, septiembre 12 de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

## OCUPACIÓN DE TORREÓN Y OTRAS PLAZAS DE LA COMARCA LAGUNERA

Tengo el honor de informar a usted que inmediatamente después de la toma de Saltillo por nuestras fuerzas, di órdenes para que los trenes de reparación, que habían reconstruido la vía del ferrocarril hasta Saltillo, continuaran con rumbo a Monterrey, para reparar los desperfectos que hubiere sobre esta vía, la que quedó expeditada el día 6, llegando en esta fecha a Saltillo el tren de reparaciones que venía de Monterrey.

El mismo día 6 hice salir de Saltillo, con rumbo a Paredón, el tren de reparaciones a cargo del C. Luis G. Alcalá, y una cuadrilla de celadores, a cargo de uno de los telegrafistas de mi Cuartel General, con objeto de reparar las vías de comunicación hasta Paredón, protegiendo los trabajos el batallón de zapadores del C. coronel J. L. Gutiérrez. Paredón había sido ya ocupado por fuerzas del general Treviño, de la brigada del C. general Carlos Osuna, recogiendo mucha caballada, así como locomotoras y carros del ferrocarril en regular número, que el enemigo había dejado allí abandonados al huir rumbo a Torreón.

A las 10 a. m. de este día, el C. Gustavo Espinosa Mireles, nombrado por esa Primera Jefatura Gobernador interino del Estado de Coahuila, rindió ante mí la protesta de ley, en el palacio de Gobierno del Estado, de lo cual se levantó el acta de estilo que, con el C. Espinosa Mireles y yo, firmaron los CC. Generales Cesáreo Castro, Luis Gutiérrez, Francisco R. Manzo, Miguel V. Laveaga, Alejo González, Jesús S. Novoa, Porfirio G. González y Benecio López, así como el teniente coronel Aarón Sáenz, jefe accidental de mi Estado Mayor, y el teniente coronel Enrique C. Osornio, médico de mi Estado Mayor.

El día 7 se incorporaron a San Luis Potosí las brigadas de infantería del Noroeste al mando de los CC. generales Cipriano Jaimes y Luis M. Hernández, procedentes de Zacatecas y de Lagos, respectivamente, y dispuse que quedaran a las órdenes del C. general Gabriel Gavira, Gobernador y Comandante Militar del Estado, para que, con ellas, relevara los destacamentos sobre la vía del ferrocarril a Tampico, y así pudieran las caballerías de los generales Morales y Torres, que cubrían dichos destacamentos, emprender una formal batida en contra de los Carrera y los Cedillos, en los distritos que controlaban estos rebeldes.

Este mismo día ordené al general Amaro que movilizara fuerzas de su División de San Juan del Río a Tula, para relevar a la guarnición de esta plaza, de las fuerzas del general Pablo González, y pudiera reconcentrarse a la ciudad de México a reforzar a la ex-capital, en vista de los informes que me comunicaba el propio general González, indicando que su situación en México era

comprometida, pues los zapatistas lo atacaban vigorosamente en toda la línea, y sus fuerzas eran insuficientes para rechazarlos tomando la ofensiva.

El general Treviño me transmitió parte, rendido por el C. general Fortunato Zuazua, relativo a que las fuerzas de este jefe, destacadas por el general Treviño hacia el norte de Coahuila, después de derrotar al enemigo en Barroterán, Sabinas y Allende, habían llegado a Piedras Negras, plaza que fue evacuada por los reaccionarios.

En la misma fecha, y en virtud de nuevos mensajes que recibí del C. general Pablo González, informándome que su situación en México se hacía cada vez más comprometida por la tenacidad con que los zapatistas lo atacaban, en número superior, dispuse que se movilizaran dos mil hombres de caballería del Ejército de Operaciones a mi mando, yendo a las órdenes del C. general Alejo G. González, para reforzar la guarnición de México. Al mismo tiempo, remití al general Pablo González, 100 000 cartuchos 30-30 de nuestras reservas, aunque éstas eran sumamente reducidas, especialmente las de ese calibre.

El día 8 comuniqué órdenes al C. ingeniero Alfredo C. Acosta, superintendente del ferrocarril en Aguascalientes, para que se continuaran las reparaciones de la vía entre Zacatecas y Torreón, que habían sido interrumpidas por escasez de materiales de construcción, y las cuales deberían ser protegidas por fuerzas del general Murguía.

El día 10, invitado por el general Treviño, en compañía de mi Estado Mayor me transladé a la ciudad de Monterrey, llegando a las cuatro de la tarde.

El día 11, a primeras horas, acompañado del propio general Treviño, pasé de Monterrey a Icamole a revistar las tropas del Cuerpo de Ejército del Noreste, que estaban acampadas en dicho lugar, regresando a Monterrey a las cinco de la tarde, y emprendiendo de allí la marcha a Saltillo inmediatamente.

Este mismo día las reparaciones de la vía del ferrocarril, a cargo del C. Luis G. Alcalá, quedaron terminadas hasta Paredón, por la vía de Saltillo, restableciéndose, a la vez, la comunicación telegráfica hasta aquel punto.

En esta fecha, me fue confirmado por el general Diéguez, en mensaje de Mazatlán, que la plaza de Durango había caído nuevamente en poder del enemigo, quien la atacó el 23 de agosto, en número muy superior a las fuerzas que la defendían, al mando de los generales Arrieta, las que tuvieron que replegarse a la sierra del Tunal.

El día 12 comuniqué órdenes al general Murguía para que, por la vía de Zacatecas, y dejando tropa suficiente que protegiera la reparación de la vía del ferrocarril, continuara su avance a Villa de Cos, sobre Torreón, manteniendo constante comunicación con el Cuartel General de mi cargo, a fin de combinar sus movimientos con los de las fuerzas que sobre la misma plaza avanzarían por la vía de Saltillo.

El mismo día ordené que las fuerzas del general Luis Gutiérrez marcharan de Saltillo a posesionarse de Parras, y que las caballerías del C. general Jesús S. Novoa, de la División del general Castro, marcharan a acamparse en La Rosa, haciendo dos jornadas, con instrucciones de establecer avanzada de mil hombres en estación Hipólito, y enviarse, de allí, exploraciones sobre Torreón, a la mayor distancia posible.

En esta misma fecha, movilicé de Saltillo el campo de pueteros, a cargo del C. J. P. Kaftanish, con instrucciones de reparar los puentes de Paredón e Icamole, que estaban totalmente destruidos, para dejar restablecida la comunicación entre Monterrey y Paredón, como lo estaba ya entre este punto y Saltillo.

El día 13, el C. Luis G. Alcalá llegó, con las reparaciones de la vía, a estación Sauceda.

El día 14, movilicé de Saltillo las brigadas de infantería 8.ª y 9.ª, al mando del general Eugenio Martínez, con instrucciones de acampar en Estación Reata, punto que ya había sido ocupado de antemano por fuerzas del general Treviño, y hasta donde habían llegado ya las reparaciones de la vía, a cargo del C. Alcalá.

El general Treviño me rindió parte de que las fuerzas del general Fortunato Zuazua habían desalojado de Monclova al enemigo que ocupaba dicha plaza y que era la única partida que había permanecido en el norte de Coahuila.

El día 15, comuniqué instrucciones al general Treviño, para que reconcentrara en Paredón todas las fuerzas que tuviera disponibles para la campaña sobre Torreón y Piedras Negras.

El día 16 acamparon en estación La Rosa las fuerzas de caballería al mando del general Jesús S. Novoa, estableciendo los servicios ordenados por mi Cuartel General.

En esta misma fecha, llegaron a estación Reata las infanterías, al mando del general Martínez.

El día 17, el general Treviño me comunicó, en ampliación a su parte sobre la toma de Monclova por fuerzas del general Zuazua, que el enemigo desalojado de dicha plaza, al huir con rumbo a Sierra Mojada, abandonó en Monclova el total de su equipo de ferrocarril, consistente en 15 máquinas, más de 200 carros y jaulas, y más de cien góndolas cargadas con coque.

Este mismo día ordené que el resto de las fuerzas de infantería que aún permanecían en Saltillo emprendieran la marcha, por tierra, a incorporarse a estación Hipólito; y como considerara que la resistencia del enemigo, si alguna intentaba oponer a nuestro avance sobre Torreón o en esta plaza, habría de ser poco enérgica, no estimé necesario llevar nuestra artillería, disponiendo que ésta quedara en Saltillo, para hacer más rápido nuestro avance con sólo infanterías y caballerías.

El día 18, habiendo quedado terminadas las reparaciones de la vía hasta estación Hipólito, el Cuartel General de mi cargo se transladó a dicha estación, dando órdenes para que se reconcentraran allí las fuerzas del general Eugenio Martínez, que se

encontraban acampadas en Reata, donde ya no era necesaria mi presencia, en vista de que el enemigo que había permanecido en Monclova, intentando reconcentrarse en Torreón, había huido ya a Sierra Mojada.

Este día, antes de salir de Saltillo, se me dio parte de haberse efectuado la aprehensión de los infidentes general Lucio Blanco, Domínguez y otros, que se encontraban ocultos en un rancho cercano a Saltillo, la cual aprehensión fue ordenada por mi Cuartel General, el día anterior. Los presos fueron conducidos a Saltillo e internados en uno de los cuarteles de las caballerías del general Castro, para ser consignados a un tribunal militar.

Por estos días había ocurrido una fricción entre nuestras fuerzas que, al mando del general Emiliano P. Navarrete, guarnecían la plaza de Matamoros, Tamaulipas, y las fuerzas norteamericanas de guarnición en Brownsville; y con tal motivo di instrucciones al general Jacinto B. Treviño para que pasara a Matamoros, a fin de darse cuenta exacta de lo sucedido, e hiciera todo esfuerzo por conjurar un conflicto, sugiriéndole tener una conferencia con el comandante de las fuerzas norteamericanas y relevar la guarnición de Matamoros con otras fuerzas que no tuvieran los ánimos exaltados con motivo de los últimos acontecimientos.

Para esta fecha, habían quedado reparados los puentes de Paredón e Icamole por nuestro jefe de puenteros, J. P. Kaftanish, y éste continuaba, las reparaciones con rumbo a Torreón, mientras que el C. Luis G. Alcala las llevaba con rumbo a Monclova.

El día 19, las fuerzas del general Murguía llegaban a Majoma, Zacatecas, habiendo ordenado a este jefe que de allí cortara camino con dirección a Viesca, para que, unido con el general Gutiérrez, avanzaran ambos sobre Torreón.

El día 20, comenzaron a reconcentrarse en paredón, al mando del general Francisco González, las fuerzas del Noreste, que habrían de tomar parte en el avance a Torreón, marchando a nuestra retaguardia.

El día 21, las fuerzas del general Luis Gutiérrez avanzaron hasta Patagalana, en camino a Parras, y fuerzas de la División del general Castro ocuparon San Carlos.

El día 22 avanzamos nuestro campamento hasta estación Marte, dando órdenes para que las fuerzas del Noreste, que estaban reconcentradas en Paredón, marcharan a acamparse en Hipólito.

Este mismo día, el general Gutiérrez, con sus fuerzas, ocupó la plaza de Parras, de la que huyó el enemigo sin intentar hacer resistencia y en estado de completa desmoralización. A dicho jefe le di orden de continuar su avance sobre Viesca, informándole que el general Murguía, con su División, marchaba sobre la misma plaza, por el camino de Zacatecas.

El día 23, nuestras fuerzas de infantería y el Cuartel General marcharon hasta estación Cacama, y en este lugar se presentaron algunos desertores villistas, informando que la plaza de Torreón estaba siendo evacuada, saliendo el enemigo rumbo al Norte, para reconcentrarse en Chihuahua. Este informe, y las diversas noticias que había estado obteniendo por diferentes conductos acerca de la movilización de tropas que Villa estaba haciendo a Casas Grandes, me confirmaban la creencia que yo había tenido, de que el bandolero intentaría invadir Sonora, para unirse con Maytorena y retardar con esto el total aniquilamiento de la reacción; por lo que, de este lugar, movilicé, con destino a Manzanillo, las fuerzas del general Fermín Carpio, en número de dos mil hombres, dando órdenes para que en Saltillo se le incorporaran seis cañones de grueso calibre, para ir a reforzar a la columna del general Diéguez, que ya había desembarcado en Mazatlán, y que debería prontamente emprender la campaña en el Estado de Sonora, entrando por el sur, para controlar el territorio que estaba en poder de Maytorena y permaneciendo allí para hacer frente, con el general Plutarco Elías Calles, a los restos del villismo que intentaran penetrar al Estado, y consumar allí su aniquilamiento.

El día 24 ordené al general Gabriel Gavira comenzara a reconcentrar sus fuerzas en San Luis Potosí y tenerlas listas para hacer las movilización que le ordenara el Cuartel General de mi cargo, cuando él fuera relevado en el Gobierno de aquel Estado, por el general Vicente Dávila, quien, nombrado por esa Primera Jefatura, debería asumir dicho cargo, llevando fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noreste, para guarnecer el Estado y terminar la campaña contra los rebeldes de Carrera Torres y Cedillo, que ya habían sido duramente batidos por los generales Morales, Torres y Jaimes, dejándolos reducidos a simples gavillas.

El día 25, a las 5 a. m., con las fuerzas de infantería emprendí de estación Cacama el avance sobre Torreón, continuándolo pie a tierra, como hasta allí había sido, en virtud de que la vía del ferrocarril, desde aquel punto, estaba destruida en una extensión de más de 60 kilómetros, y la reparación tendría que ser muy tardada y nuestro avance muy lento, si esperábamos a continuarlo por trenes para evitar la marcha por el desierto de Coahuila. Las caballerías del general Castro marchaban por la falda de la sierra, a la izquierda de la vía, en línea paralela con la de nuestras infanterías.

En esta fecha, las fuerzas del Cuerpo de Ejército del Noroeste estaban acampadas en Hipólito, y al frente de ellas el general Treviño, quien había regresado a Matamoros, Tamaulipas, dejando satisfactoriamente arreglado el asunto que dio origen a su viaje a aquella plaza.

El mismo día 25 rendimos nuestra jornada, a las tres de la tarde, en el kilómetro 757. Las caballerías del general Castro pernoctaron en las haciendas Mimbre y San Rafael. La columna del general Murguía llegó a San Rafael, en camino a Viesca, mientras que la del general Luis Gutiérrez se movía también de Parras con rumbo a Viesca.

El día 26, a las cuatro de la mañana, continuamos la marcha con las infanterías, tomando el camino que va a la izquierda de la vía, rodeando la Laguna de Mairán, e internándonos en lo más árido de aquel desierto, hicimos una jornada de 39 kilómetros, rindiéndola a las cuatro de la tarde, en la hacienda de San Nicolás, adonde estuvieron incorporándose durante toda la tarde y parte

de la noche las fuerzas de la columna que habían quedado retrasadas en el desierto, por el cansancio de aquella larga jornada por un terreno en el que los rayos del sol se hacían mucho más ardorosos.

Este día, el general Murguía tomó la plaza de Viesca, con fuerzas de los generales Eduardo Hernández y Heliodoro T. Pérez, después de batir y derrotar a la guarnición enemiga, en número de 300 hombres, al mando del llamado coronel Montelongo, a la que le hicieron muchas bajas, entre muertos, heridos y prisioneros, capturando nuestras fuerzas algunas armas, monturas, caballos, parque y material rodante de ferrocarril.

La División de caballería al mando del general Castro acampó en Santa Rita, hacienda situada al Noreste de San Nicolás, y a distancia de unos 10 kilómetros de ésta.

El día 27, a las cuatro de la mañana, emprendimos la marcha de San Nicolás con las infanterías, saliendo a la misma hora las caballerías, de Santa Rita, que siguieron por nuestro flanco izquierdo.

Al llegar con nuestra vanguardia a distancia de ocho kilómetros frente a San Pedro, ordené hacer alto, y destaqué sobre dicha plaza una exploración de caballería, al mando del mayor Pedro Sosa, de la 1.ª brigada de infantería, comisionando, al mismo tiempo, a algunos oficiales de mi Estado Mayor para que, con una pequeña escolta, avanzaran también sobre San Pedro, e hicieran una exploración en las cercanías de aquella plaza.

Como transcurriera más de una hora sin que regresaran nuestros exploradores, ordené que las caballerías prosiguieran su avance sobre San Pedro, recomendando al general Castro que, con propio, me rindiera parte de las novedades que tuviera.

Poco después, el general Castro me rindió parte de que sus fuerzas habían ocupado la plaza de San Pedro, en la que no encontraron ninguna resistencia, pues el enemigo la había evacuado durante el día anterior y primeras horas de la mañana de éste. En seguida, ordené que toda la columna siguiera la marcha, lo que se efectuó desde luego, habiendo hecho nuestra entrada a San Pedro poco después de las tres de la tarde.

Las exploraciones no regresaron a darme oportunamente el parte de su resultado, en virtud de que se extralimitaron en la ejecución de mis instrucciones, pasando de San Pedro a algunos lugares cercanos, tratando de obtener informes sobre el enemigo que había evacuado la plaza.

La sección telegráfica del Cuartel General, que desde nuestra salida de estación Cacama venía por sobre la vía reparando la línea, se incorporó a San Pedro, a las cinco de la tarde, trayendo al corriente la comunicación. Las reparaciones de la vía del ferrocarril, que a mi salida de estación Cacama ordené se continuaran con toda actividad, a cargo del C. Luis G. Alcalá, teniendo a sus órdenes, como su segundo, al supervisor, Alberto Galindo, y protegidas por las fuerzas del general Miguel M. Acosta, llegaban al kilómetro 758.

Inmediatamente comuniqué órdenes para que las fuerzas de caballería del general Castro se movilizaran a primeras horas del día siguiente, sobre Gómez Palacio, comisionando con esta columna una cuadrilla de celadores, para que fuera reparando la línea telegráfica.

El día 28 se efectuó la movilización ordenada, y este día recibí un parte del general Murguía, comunicándome haber tomado posesión de la plaza de Torreón, tras débil resistencia que hizo el enemigo, el que, al huir con dirección a Durango, abandonó en aquella estación 14 locomotoras, 368 carros de carga, 21 coches de pasajeros, 5 cabuses y 11 carros tanques, así como mucho material de vía. El mensaje del general Murguía comunicaba que al mismo tiempo las fuerzas del general Luis Gutiérrez, que desde Viesca habían marchado unidas a las suyas, habían tomado posesión de la plaza de Lerdo, Durango. Ordené desde luego al general Murguía que hiciera salir un tren de reparación a reconstruir la vía entre Torreón y San Pedro, así como que enviara exploraciones sobre las vías de Chihuahua y Durango, para informar el estado en que éstas se encontraban.

El día 29, las fuerzas de caballería del general Castro, destacadas de San Pedro, tomaron posesión de la plaza de Gómez Palacio, informando que el enemigo que ocupaba aquella plaza había huido con rumbo a Mapimí, desde que llegaron a Torreón las fuerzas de los generales Murguía y Gutiérrez.

En vista de que ya no era necesario el avance inmediato de las infanterías sobre Torreón y Gómez Palacio, dispuse que éstas permanecieran en San Pedro, tomando el descanso, que les erá necesario después de las pesadas marchas que hicieron a través del desierto de Coahuila, y mi Cuartel General continuó establecido en San Pedro.

Debo felicitar a usted por el éxito feliz de estas jornadas, que nos dieron posesión de la importante comarca lagunera y de una gran parte del equipo ferrocarrilero del enemigo, con lo cual la reacción queda, por ahora, reducida al Estado de Chihuahua y una parte del de Durango, en grupos desorganizados y completamente desmoralizados.

Reitero a usted las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*. Tampico, Tamaulipas, octubre 10 de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

A raíz de la ocupación de Saltillo por las fuerzas de mi mando, recibí en mi Cuartel General la visita del entusiasta revolucionario Doctor Atl, procedente de la ciudad de México, quien fue mi huésped por algunos días, en aquella ciudad, y de allí se dirigió a Veracruz.

Al despedir al Doctor Atl, le supliqué el favor de hacer, en mi nombre, al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, una atenta invitación para que pasara a visitar nuestros campamentos.

A raíz de la ocupación de San Pedro, Coahuila, recibí un mensaje del Doctor Atl, procedente de Veracruz, comunicándome haber cumplimentado, ante el señor Carranza, el encargo que le hice, y que nuestro Primer Jefe había aceptado mi invitación.

El C. Primer Jefe me dirigió un mensaje, en el sentido de haber aceptado mi invitación, y anunciándome su próxima salida de Veracruz a Tampico, para, de allí, dirigirse a Torreón.

Con tal motivo, el día 5 de octubre emprendí la marcha de San Pedro, Coahuila, a Tampico, para recibir en aquel puerto al C. Primer Jefe, y acompañarlo hasta nuestros campamentos. Iban en mi compañía los generales Gabriel Gavira y Pedro Morales, quienes habían, ese día, llegado a San Pedro para recibir órdenes de mi Cuartel General, con referencia a la columna que deberían llevar a Sonora, y también me acompañaban algunos oficiales de mi Estado Mayor.

El día 7 llegamos a Tampico, y desde luego inquirí informes sobre el viaje del Primer Jefe, habiendo tenido noticia de que él no había salido aún de Veracruz, debido a que un fuerte norte, que estaba soplando, impedía la navegación por aquellas costas del Golfo.

Hasta el día 10 arribó a Tampico el Primer Jefe, acompañado de los miembros de su Estado Mayor y de algunas altas personalidades de la administración Constitucionalista.

De Tampico emprendimos la marcha con rumbo a Torreón, por la vía de Monterrey y Saltillo, el día 12.

Para entonces, estaban ya reconcentradas en Gómez Palacio todas las fuerzas del Ejército de Operaciones que habían ocupado la comarca lagunera, reconcentración que dispuse, con objeto de hacer una gran parada militar, en honor del Primer Jefe.

Llegamos a Torreón, después de haber visitado Gómez Palacio y haberse efectuado, en las inmediaciones de aquella ciudad, la parada militar organizada en honor del Primer Jefe.

En Torreón tuvieron verificativo algunos otros actos en honor del señor Carranza, quien permaneció allí con su comitiva, hasta los últimos días del mes de octubre, saliendo luego por la vía del Internacional, hacia el norte de Coahuila, quedando yo en Torreón.

De Piedras Negras, el Primer Jefe me transmitió órdenes de incorporármele, las que atendí en seguida.

El Primer Jefe me hizo invitación para que lo acompañara en una jira que proyectaba hacer por el interior y el occidente de la República, regiones que habían sido controladas por el Ejército de Operaciones. Yo le manifesté mi pena por no poderlo acompañar desde luego, exponiéndole que la situación militar del Estado de Sonora era delicada, y que sería conveniente que yo me transladara allá, desde luego, para asumir el mando de las fuerzas de los generales Diéguez y Calles, a lo que solicité su aprobación.

Obtuve el acuerdo del Primer Jefe para salir a la campaña, y me manifestó que él visitaría solamente algunas otras poblaciones fronterizas, y luego se dirigiría a Querétaro, donde me esperaría, para que hiciéramos la jira por él proyectada.

Con tal motivo, salí de Piedras Negras a Agua Prieta, por las líneas norteamericanas, el día 4 de noviembre, y llegué a Agua Prieta el día 6, asumiendo, desde luego, el mando supremo de las operaciones militares en el Estado de Sonora.

Para entonces, se había librado ya, en Agua Prieta, la batalla en que el general Calles derrotó a las fuerzas con que Villa hizo su ataque sobre aquella plaza.

En seguida procedí a preparar la campaña contra las fuerzas reaccionarias que se encontraban en el Estado, con los elementos que de antemano había yo movilizado a Sonora, según se relata en el parte oficial que a continuación se inserta, por el que se verá también el resultado de esa campaña.

MOVILIZACIÓN DE FUERZAS A SONORA. CAMPAÑA DE SONORA

Hónrome en comunicar a usted que, después de haber sido ocupadas por nuestras fuerzas las plazas de Torreón, Gómez Palacio, Lerdo y otras, de la región lagunera, controlando y procediendo a reparar las vías del ferrocarril de Monterrey y Saltillo a Torreón, inclusive la denominada Coahuila y Zacatecas, y disponiendo hacer en Gómez Palacio la reconcentración de nuestras fuerzas de infantería que estaban acampadas en San Pedro, así como la artillería expedicionaria que estaba en Saltillo; la atención del Cuartel General de mi cargo, fue preferentemente fijada sobre la situación de Sonora, en vista de que se acentuaban los informes de que el bandolero Villa, después de haber destruido, en una gran extensión, la vía del ferrocarril entre Torreón y Chihuahua, reconcentraba activamente sus últimos elementos en Casas Grandes, y de allí iniciaba una seria movilización sobre Sonora. Con tal motivo, di instrucciones urgentes al general Diéguez, para que activara, en cuanto fuese posible, sus operaciones sobre Sonora, sugiriéndole que, de Mazatlán, efectuara un movimiento por mar, con el mayor número posible de fuerzas, para atacar y tomar Guaymas, apoyado por el cañonero *General Guerrero*, que había sido puesto a su disposición, y que, estableciendo en dicho puerto sonorense su base, continuara el avance al centro del Estado, para ocupar Hermosillo. Al mismo tiempo, comuniqué instrucciones al general Calles para que, saliendo con una parte de sus fuerzas de Agua Prieta, efectuara movimientos ofensivos sobre Nogales, Sonora, y destacara guerrillas a destruir la vía del ferrocarril entre dicha plaza y Hermosillo, con objeto de llamar la atención del enemigo por el Norte, y facilitar, de esta manera, las operaciones del general Diéguez, impidiendo que los maytorenistas cargaran sobre él todos o la mayor parte de sus elementos.

A efecto de asegurar el éxito de la campaña encomendada al general Diéguez, acordé movilizar nuevos contingentes de refuerzos, disponiendo que se constituyera la División Expedicionaria del Noroeste, al mando del C. general Gabriel Gavira, quien el 1.º de octubre había entregado el Gobierno y Comandancia Militar del Estado de San Luis Potosí al C. general Vicente Dávila, y cuya División estaría formada por las siguientes fuerzas: *Infantería*. 5.ª brigada al mando del propio general Gavira; 6.ª brigada, al mando del general Cipriano Jaimes; brigada al mando del general Luis M. Hernández. *Caballería*. Brigada al mando del general Pedro Morales; brigada al mando del general Juan Torres, y brigada al mando del general Miguel M. Acosta. *Artillería*. Dos baterías de cañones de grueso calibre. Formarían parte de esta División, también, las fuerzas que, al mando del general Fermín Carpio, se habían movilizado ya de estación Cacama, Coahuila, con destino a Sonora, y que estaban próximas a embarcarse en Manzanillo, haciendo todas un efectivo total de 7 000 hombres, con 2 baterías de artillería. En consecuencia, el mismo día 1.º de octubre di órdenes al general Gavira para que empezara a reconcentrar en San Luis Potosí las fuerzas de los generales Morales, Torres, Jaimes y Hernández, así como las de su propia brigada, que hacían la campaña contra los rebeldes de los Carrera Torres y los Cedillos, y él pasara a recibir instrucciones de mi Cuartel General, en San Pedro, Coahuila

El general Gavira emprendió desde luego la marcha, y llegó a San Pedro, acompañado de algunos oficiales de su Estado Mayor, el día 4, y de allí me acompañó en el viaje que el día 5 emprendí a Tampico con objeto de recibirlo a usted cuando llegara a aquel puerto en viaje a nuestros campamentos obsequiando la invitación que tuve el honor de hacerle en mi nombre y en el de los CC. generales que comandaban las distintas Divisiones del Ejército de Operaciones.

Durante el camino, conferenciamos extensamente el general Gavira y yo sobre la expedición que debería llevar a Sonora, y el día 7, llegados a Tampico, el Cuartel general de mi cargo dio al general Gavira las últimas disposiciones para la marcha de sus fuerzas a Sonora por Manzanillo, proporcionándole armas, parque, fondos y equipo, para la perfecta dotación de su columna.

El citado jefe salió luego a San Luis Potosí, con objeto de ultimar la reconcentración de sus fuerzas, y emprender la marcha por trenes, con destino a Manzanillo, para de allí, hacer la movilización a Guaymas, en buques.

Como la movilización de estas fuerzas debería ser violenta, y para esto por la vía marítima de Manzanillo a Mazatlán, u otro punto del Pacífico, eran insuficientes nuestros transportes nacionales, los que, además, en su mayor parte estaban siendo utilizados por el general Diéguez para sus operaciones preliminares en Mazatlán, decidí, desde luego, gestionar la contratación de algunos buques auxiliares, para el transporte de las fuerzas; y al efecto, di las correspondientes instrucciones a nuestro agente comercial en los Estados Unidos, C. Baldomero A. Almada, quien, con toda actividad, hizo las gestiones necesarias, dejando en pocos días, arreglado el contrato de arrendamiento de los buques *Solano, Fort Braigg, Carlos, Manila* y *South Coats*, pertenecientes a compañías navieras norteamericanas, y los cuales salieron, desde luego, de los puertos en donde se encontraban, al de Manzanillo, para hacer el embarco de las tropas, impedimentas, equipo militar, provisiones, pertrechos, etc., que deberían ser conducidos a puertos del Norte que indicara el general Diéguez.

En esas gestiones, el C. Baldomero A. Almada fue eficazmente ayudado por el señor Arturo González, honorable comerciante en garbanzo, con residencia en Nueva York, y de nacionalidad cubana, quien por antigua amistad conmigo, y por mera simpatía hacia el Constitucionalismo, nos venía prestando una importante ayuda en la compra de armas, parque, equipo y toda clase de material de guerra en los Estados Unidos, tanto para mis fuerzas como para las de los generales Iturbe, Diéguez, etc., siendo de notar que nunca tuvo vacilaciones para ello, no obstante que poseía en Sonora grandes intereses que exponer a la rapiña maytorenista, con su franca simpatía hacia nuestra causa, así como que en muchos casos, para aprovechar oportunidades, él, de su propio peculio, hacía desembolsos más o menos cuantiosos, por cuenta de nuestro Gobierno, en esas compras, sin cobrar comisión alguna, por ningún concepto.

El mismo día 7 de octubre, el general Diéguez me comunicó de Mazatlán haber sido capturado, a la altura de Santa Rosalía, B. C., el barco villista *Bonita*, siendo éste internado en seguida en aguas de dicho puerto.

De acuerdo con las órdenes transmitidas por mi Cuartel General, al general Diéguez, el día 9, se embarcó en Mazatlán con las fuerzas a su mando, en dirección a Cruz de Piedra, para desembarcar allí, y emprender el ataque por tierra sobre Guaymas. El día 12 llegaron los barcos del general Diéguez frente a Cruz de Piedra, y efectuado el desembarco del 11.º batallón, a las órdenes del coronel Melitón Albáñez, se trabó combate con el enemigo, el que fue obligado a huir rumbo a Empalme, perseguido por nuestras fuerzas, las que hicieron más de 300 prisioneros. De esta manera, pudo efectuarse el desembarco del resto de las fuerzas de la expedición del general Diéguez, por el mismo punto, para el ataque de Guaymas; y emprendiendo desde luego el avance sobre dicho puerto el mismo día, fue ocupado éste por nuestras fuerzas, después de derrotar al enemigo en breve combate que libró en Empalme, donde los nuestros capturaron siete máquinas, en perfecto estado, así como gran cantidad de carros, algunos de ellos cargados de provisiones y materiales. A la vez, el general Ángel Flores, que había sostenido un largo sitio en Navojoa, tomando la ofensiva ocupó en esta fecha la plaza de Torin, destrozando las fuerzas de caballería que el enemigo tenía en dicha plaza, así como los destacamentos de las estaciones Lencho y Corral. Las pérdidas del enemigo, en las operaciones de los generales Diéguez y Flores, consistieron en más de 400 prisioneros, 7 muertos y 17 heridos.

Mientras tanto, nuestras fuerzas al sur de Querétaro estaban en actividad, con motivo de la noticia que se recibió en mi Cuartel General, indicando que al ser tomada la plaza de Toluca por fuerzas del general Pablo González, había salido de aquella ciudad una numerosa columna, con dirección al Norte, escoltando a la llamada Convención; y el día 16, el general J. Espinosa y Córdoba, de la División del general Amaro, me comunicó de Polotitlán haber batido, en la hacienda Astillero, a dicha columna, que venía al mando de Argumedo, Bonilla, Navarro, Ramos, Romero, Ruiz, Flores, Echegaray y otros jefes de la Convención, haciéndole 50 bajas, entre muertos y heridos, y 14 prisioneros, los que informaron que la columna enemiga, escoltando a Lagos Cházaro y gran número de delegados y funcionarios y empleados de la Convención, se dirigían a internarse a la Huasteca Potosina, con intención de salir al Norte.

El mismo día 16 comenzaron a embarcarse en Manzanillo, a bordo de los transportes *Jesús Carranza*, *Francisco I. Madero* y *Pacífico*, las fuerzas del general Carpio, con destino a Guaymas, para reforzar la columna del general Diéguez; y como para esta fecha no habían sido relevadas aún las fuerzas de los generales Morales, Torres, Jaimes y Hernández, que hacían la campaña contra los Carrera Torres y Cedillos, en San Luis, y por este motivo, el general Gavira estaba retardando su marcha de San Luis Potosí a Manzanillo, donde debería embarcarse con destino a Guaymas, le ordené que desde luego emprendiera su marcha con la brigada a su mando, a fin de que, violentamente, se embarcara en Manzanillo, debiendo después incorporársele el resto de las fuerzas de la División Expedicionaria del Noroeste.

El día 18, el general Alfredo Elizondo, de Michoacán, me transmitió el parte rendido por el coronel Rivera de la brigada de dicho general, perteneciente a la 5.ª División del Noroeste, relativo a que en Ixtlahuaca había batido a la columna de Argumedo, haciéndole regular número de bajas y quitándole las locomotoras números 8, 69, 86 y 184, más 7 coches de pasajeros, 2 carros de express, 6 plataformas, 60 carros de carga, 2 cabuses, 3 automóviles, una estación de telegrafía inalámbrica, 6 cofres, 18 máquinas de escribir, 51 botes con pólvora y 8 cajas conteniendo el archivo de la Convención.

El día 20, el Cuartel General de mi cargo ordenó la movilización de la brigada del C. general Miguel M. Acosta, de Gómez Palacio a Guaymas, por la vía de Manzanillo, y desde luego se efectuó el embarco de esta fuerza en los trenes que la conducirían a aquel puerto colimense, para marchar de allí a ponerse a las órdenes del general Diéguez.

Al mismo tiempo dispuse, por conducto del C. general Hill, el embarco de las brigadas 2.ª, 8.ª y 9.ª de infantería de la 1.ª División del Noroeste, para marchar con destino a Agua Prieta, por la vía de Piedras Negras, donde deberían transbordar, para continuar la marcha por territorio norteamericano, hasta Agua Prieta, para lo cual nuestro Gobierno había obtenido ya el correspondiente permiso del Gobierno de los Estados Unidos. Con estas fuerzas, quedaría reforzado el general Calles, para resistir el esperado ataque de Villa sobre Agua Prieta.

Habiéndose dispuesto que el general Treviño tomara el mando de la campaña sobre Chihuahua, partiendo de Torreón, en la misma fecha le comuniqué instrucciones para que reconcentrara en Torreón todas las fuerzas del Cuerpo de Ejercito del Noreste con que debería emprender el avance, a fin de darle las últimas disposiciones para que lo iniciara.

El día 21, dispuse que de Torreón se movilizara sobre Durango la División del general Murguía, haciendo su marcha por sobre la vía del ferrocarril, para ir reparando los desperfectos que tuviera hasta la ciudad de Durango, donde el general Murguía

debería establecer su Cuartel General, asumiendo la Jefatura de Operaciones en el Estado, para hacer una enérgica batida contra las partidas de reaccionarios que aún permanecían hostiles al Gobierno Constitucionalista.

En la misma fecha, el Cuartel General de mi cargo expidió nombramiento de Comandante Militar de la plaza de Torreón al C. general Severiano A. Talamante, jefe de la 10.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División del Noroeste.

El general Calles me rindió parte en esta fecha de haber ordenado la evacuación de Naco y reconcentrado las fuerzas en Agua Prieta, agregando que las fuerzas maytorenistas se reconcentraban en Naco, en número aproximado de dos mil quinientos hombres, y que las de Villa avanzaban simultáneamente sobre Fronteras y Colonia Morelos, esperando, por lo tanto, un próximo ataque.

En vista de ese parte, violenté la marcha de las tropas que, en número de 4 000 hombres irían a reforzar al general Calles, con 10 cañones de grueso calibre; y a efecto de hacer con más diligencia esta movilización, comisioné al general Serrano, jefe de mi Estado Mayor, para conducir el refuerzo, haciendo transmitir al general Calles el siguiente mensaje:
Gómez Palacio, Durango, octubre 22 de 1915. General Plutarco Elías Calles. Agua Prieta, Sonora. (Vía Douglas). Quedo enterado de que las fuerzas del bandolero Villa avanzan sobre Sonora. Ya mandé fuerzas suficientes para dar un golpe de muerte a los traidores. No voy personalmente a batirlos porque a ustedes corresponde el derecho legítimo de escribir la última página militar de la Revolución, como merecido premio a la lucha desigual que han sostenido, con tanta abnegación y a costa de tantos sacrificios. Así tendré la satisfacción de darles mi próximo primer abrazo, cuando hayan conquistado un nuevo laurel.

Mientras de preferencia se atendía a la movilización de refuerzos para los generales Diéguez y Calles, al sur y norte de Sonora, el Cuartel General de mi cargo disponía lo necesario para el perfecto control de la zona ya ocupada por el Ejército de Operaciones, con el restablecimiento de todas las vías de comunicación; y a este fin, ordené que de Torreón se emprendieran activamente las reparaciones sobre la vía a Zacatecas, en combinación con los trabajos que se venían haciendo de Zacatecas al Norte, saliendo de Torreón a proteger los trabajos, el general Luis Gutiérrez, con las fuerzas de su mando. Asimismo, se trabajaba activamente en la consolidación de la vía de Torreón a Hipólito, cuya reparación había sido deficiente por lo provisional, y al mismo tiempo, se iniciaban los trabajos de reconstruccion sobre la vía a Chihuahua, habiendo sido nombrado jefe de los distintos campos de reparación el C. general J. L. Gutiérrez.

El día 25, recibí parte telegráfico del general Domingo Arrieta, comunicándome que el día 19 sus fuerzas habían tomado posesión de la ciudad de Durango, tras de ligeros combates librados con el enemigo en las cercanías de dicha ciudad. Esto lo comuniqué luego al general Murguía, que marchaba sobre aquella plaza, por la vía de Torreón, dándole instrucciones de hacer lo posible para ponerse en contacto con el general Arrieta, a fin de que obtuviera los informes necesarios, para ordenar la batida del enemigo que había evacuado Durango.

En esta fecha, las fuerzas del general Gavira, estaban embarcándose en Manzanillo, con destino a Guaymas, de lo que di aviso al general Diéguez, ordenándole que, tan pronto como tuviera en Guaymas fuerzas suficientes, activara su avance al centro de Sonora, para ocupar Hermosillo, donde no encontraría seria resistencia, en vista de que el enemigo, en su mayor parte, se estaba reconcentrando en Naco y Nogales, probablemente para cooperar con Villa en el ataque de Agua Prieta.

El día 26 el general Murguía, que marchaba con su División sobre Durango, me rindió parte de haber ocupado en esta fecha la estación Pedriceña, después de haberse tiroteado sus avanzadas con las del enemigo, al mando de Calixto Contreras, a las que se hicieron 2 muertos y 3 prisioneros; capturando nuestras fuerzas, en aquella estación, 5 carros de caja, 9 góndolas, 4 plataformas y 3 carros-tanques.

Como el general Ramón F. Iturbe, que había sido nombrado por mi Cuartel General Jefe de Operaciones en Jalisco y Calima, me comunicara que las diversas partidas de rebeldes en el Estado de Jalisco se habían unido formando un núcleo de consideración, al mando de Parra, los Medinas, Caloca, Cíntora y otros jefes, amagando Guadalajara, que contaba con escasa guarnición, en esta fecha ordené a los generales Pedro Morales y Juan Torres que marcharan de San Luis Potosí a Guadalajara, a ponerse a las órdenes del general Iturbe, para la campaña en Jalisco. Igualmente, comuniqué órdenes al general Amaro, para que movilizara, desde luego, a Guadalajara, las fuerzas de su División que estuvieran más próximas a aquella ciudad, y que de Celaya destacara otras, hasta completar un mil hombres, para que también se pusieran a las órdenes del general Iturbe.

El día 27 terminó el embarco de las fuerzas de los generales Gavira y Acosta, en los vapores *Carlos*, *Solano* y *Bonita*, saliendo de Manzanillo con destino a Guaymas.

El general Murguía ocupó simultáneamente, con sus fuerzas, el pueblo de Cuencamé y estación Pasaje, sin combatir.

El día 28, de acuerdo con las órdenes de mi Cuartel General, el general Amaro movilizó de Celaya una columna de caballería, por trenes, a las órdenes del coronel Humberto Villela, jefe de su Estado Mayor, con destino a Guadalajara.

La columna del general Murguía continuaba su marcha, llegando el día 29 a estación Yerbaniz, donde capturó 16 carros, 2 góndolas y una plataforma que allí dejó abandonadas el enemigo.

El general Calles me rindió parte de haber batido este día a la avanzada de caballería villista, que se encontraba en Cabullona, dispersándola en dos grupos, uno de los cuales, huyó hacia Santa Rosa, y el otro hacia Fronteras, habiéndoles hecho algunos prisioneros, los que informaron que la fuerza derrotada era de dos mil hombres, al mando de los generales reaccionarios Fructuoso Méndez y Antonio Orozco.

El día 30, el general Calles me comunicó haberse incorporado a Agua Prieta una parte de la columna de refuerzo, anunciándome que pronto sería atacada aquella plaza, pues así lo presumía por la situación que en esta fecha guardaban las fuerzas enemigas.

El día 31, un nuevo parte del general Calles me hizo saber que se había incorporado a Agua Prieta el resto de la columna que conducía el general Serrano, formada como sigue: 2.ª Brigada de Infantería de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Francisco R. Manzo; 8.ª y 9.ª Brigadas de Infantería de la 1.ª División del Noroeste, al mando del general Eugenio Martínez, teniendo como su segundo al coronel J. M. Sobarzo, y Artillería Expedicionaria del Noroeste, al mando del teniente coronel Gustavo Salinas. El general Calles agregaba que el enemigo estaba ya frente a Agua Prieta, haciendo los movimientos preliminares de su ataque.

El día 1.º de noviembre, un telegrama del Cónsul Constitucionalista en Douglas me hizo saber que se había iniciado el combate en Agua Prieta, sobre el cual el general Calles, posteriormente, me rindió el parte siguiente:

A la 1:45 del día l.º de noviembre, el enemigo comenzó a emplazar su artillería a tres kilómetros al oriente de la ciudad, y a las 2 p. m., se oyó el primer disparo de cañón. Éste había sido hecho por la artillería de la plaza. El enemigo contestó el fuego pocos momentos después, siguiendo, durante dos horas, un duelo de artillería, cuyo efecto sobre las trincheras fue lisa y llanamente nulo. Es verdad que el adversario no tomó los atrincheramientos de infantería como objetivo, sino que las fortificaciones de la artillería nuestra en el oriente, y muy especialmente, la población, la cual fue durante toda la batalla el blanco favorito de la artillería villista. Durante los primeros momentos del combate, cuando la población civil corría por las calles hacia Douglas, en busca de refugio, y las tropas de reserva andaban todavía francas, fue cuando la plaza experimentó el máximo de sus bajas. El primer disparo de cañón fue hecho bajo mi orden expresa, con lo cual quería yo: *1.º* Saber dónde emplazaría su artillería el enemigo. *2.º* Cómo la emplearía en el combate. *3.º* Hacerlo consumir municiones inútilmente, para que le escasearan en la futura campaña, después que se retirara, y *4.º* Darle a conocer objetivamente a mi tropa, lo que le había advertido en mi Orden del día anterior, esto es: la ineficacia del fuego contra las fortificaciones de campaña, como las nuestras, a pesar del gran número de cañones con que dispararía el enemigo. Estos propósitos fueron ampliamente conseguidos, después de un corto tiempo, y por mi parte, no muy abundante de parque de cañón, ordené no contestar más el fuego de la artillería contraria. El reciente duelo de la artillería me acababa de demostrar: que el enemigo tenía concentrados sus cañones al oriente, que el pueblo era su objetivo predilecto, que buscaba, con sus cañones, un efecto más moral que material, sobre los defensores de Agua Prieta, poco acostumbrados al estampido del cañón, y que, probablemente, en la noche, lanzaría su infantería por el Oriente y por el Sur. En consecuencia, advertí a los Comandantes de los sectores 1.º y 2.º las probabilidades de ser ellos atacados fuertemente, durante la noche, después de cuya advertencia esperé tranquilo el resultado del ataque. Efectivamente, a las 8 p. m., el enemigo atacó con fuerza el primer sector, mientras que por el segundo y el tercero no hizo más que débiles demostraciones. Mis tropas abrieron el fuego algo prematuramente, y obligaron al asaltante a desistir de su intento. A las 10 p. m. de esa misma noche se repitió el ataque anterior, y esta vez con más intensidad, por el oriente; pero las tropas defensoras rechazaron de nuevo a los asaltantes a gran distancia, sin darles ocasión de llegar al alambrado. A la una de la mañana del 2 de noviembre, el adversario rompió un tenaz fuego de artillería sobre la población. Todos sus cañones hacían, simultáneamente, un magnífico fuego de ráfaga. Más de dos mil tiros dispararon. Tres cuartos de hora duró esa tormenta de granadas, reventando sobre la población, y durante este tiempo, el enemigo avanzaba cautelosamente, mientras que los nuestros esperaban en acecho su aproximación, para repelerlos con las mayores pérdidas posibles. Los tres reflectores de la plaza funcionaban sin cesar, alumbrando el terreno que el enemigo debía atravesar, y cuando el cañón estaba por terminar su fuego, la fusilería de nuestras trincheras comenzó el suyo, formando con el resplandor de sus fogonazos un anillo de fuego que simbolizaba en aquellos momentos la corona del triunfo. Dos horas de combate, en total, de una a tres de la mañana; pero el enemigo no había avanzado gran cosa, ni el fuego de su artillería había hecho mella alguna, ni en la ciudad, ni en las fortificaciones, ni mucho menos en la moral de los defensores, los cuales, de pie en sus trincheras, y muchos fuera de ellas, retaban furiosamente a los villistas a continuar su ataque a la plaza. La luz del día puso de manifiesto los resultados de los combates de la noche anterior, resultados mediocres, si se quiere, porque el jefe de las fuerzas asaltantes no llevó a la práctica sus promesas de tomar la plaza a toda costa; sea porque no fue obedecido, sea porque se convenció a tiempo de la inutilidad de su ataque, o sea, finalmente, porque los defensores de la plaza, con sus certeros y duros fuegos de fusil, no permitieron, materialmente, el acercamiento de los asaltantes. Solamente por el lado sur uno que otro temerario logró llegar al alambrado, pero para encontrar allí la muerte. Los más que atacaron por el sur llegaron sólo hasta la curva de nivel del cementerio de la población, y especialmente en este recinto fue donde se encontró el mayor número de cadáveres reunidos. Por el lado del poniente, el enemigo no hizo intentos formales, pues el fuego de su propia artillería se encargaba de evitarles la aproximación, y los que, protegidos por el barranco del arroyo de Agua Prieta, y la altura defendida por el ala izquierda del batallón Pilares, trataron de avanzar por esa dirección, encontraron su fin, tanto por las minas de esa zona, como por los fuegos de dicho cuerpo, y los de enfilada que les dirigía la primera compañía del 3.er batallón, de su trinchera extrema al norte, que está oblicua y pegada a la línea internacional. El resto del día y noche del 2 pasó sin mayores incidentes. El día 3, habiendo notado cierto alejamiento del enemigo, ordené una exploración de 50 hombres de caballería, la que volvió, después de haberse dado cuenta que el enemigo estaba tan sólo algo retirado de las fortificaciones, probablemente ocupado en

reorganizarse, en recoger y atender sus heridos, y especialmente atareado en el reaprovisionamiento de agua para hombres y ganado, cosa muy difícil de lograr en los alrededores de Agua Prieta. El día 4 en la mañana, a pesar de la densa neblina que limitaba notablemente el horizonte, pudo notarse un movimiento de retirada hacia Anivácachi, movimiento que seguí estrechamente; pero sin resolverme a iniciar una persecución, por considerar que, probablemente, tratara de sacarme de la plaza y obligarme a librar con él una batalla campal, único medio de que él podría echar mano para sacar partido de su gran superioridad numérica. Por otra parte, toda mi caballada la había enviado a los Estados Unidos la víspera de la batalla, para evitar su destrucción por la artillería enemiga y, en consecuencia, no podía usar mis cañones ni mi caballería, las armas precisamente más necesarias para una persecución. Por estas razones, me contenté entonces con solo ordenar que la artillería de la plaza batiera con sus fuegos a grandes distancias, a las columnas villistas que se retiraban, y cuyos fuegos dieron muy buenos resultados. Retirado que se hubo el enemigo, se procedió a levantar el campo, encontrando 223 muertos. Los heridos que Villa recogió y que llevó a Naco y Cananea, fueron 376, según declaraciones oficiales del propio personal sanitario villista, que desertó de sus filas en Naco y vino a las nuestras en busca de amparo y protección. En el campo se encontró, también, un gran número de caballos muertos, con sus aperos correspondientes. Las bajas de Villa ascendieron, pues, a 600, entre muertos y heridos, y puede estimarse que, en total, llegaron a 1 000, pues más de 400 hombres desertaron de sus filas, pasándose a los Estados Unidos y viniendo después a presentárseme en Agua Prieta. Estos hombres, que días más tarde fueron remitidos a sus hogares, por cuenta del Gobierno Constitucionalista, me refirieron, en forma verdaderamente emocionante, los sufrimientos y vejámenes de que eran víctima en la noche del 1 al 2, cuando los Dorados trataban de hacerlos entrar al ataque, al través de una zona en que, virtualmente, no había un punto donde no estuvieran cayendo balas tiradas de las trincheras de la plaza. Muchos de estos infelices se volvían contra sus arrieros, los mataban o herían, y emprendían en seguida la fuga hacia retaguardia. Las bajas sufridas por nuestra parte fueron de 26 muertos y 75 heridos, según el Estado que inserto a continuación. En vista de este enorme descalabro, Villa optó por retirarse, ya en el mismo día 2, no sin haber antes intentado, vanamente, convencer a sus principales colaboradores de la necesidad de una última prueba para la noche del 2 al 3; pero habiéndose dichos jefes negado a secundar a Villa en su proyectado nuevo asalto, no tuvo más recurso que ordenar una franca retirada hacia Naco.

Mientras tanto, la columna del general Diéguez había continuado su avance sobre el centro de Sonora, y se encontraba acampada en Torres, plaza que ocupó el 31 de octubre, después de rechazar, desde Moreno, al enemigo, al que hizo más de 200 bajas, entre muertos y prisioneros, y recogiéndole la mayor parte de su impedimenta, así como armas, caballos ensillados, parque y uniformes, y dejándolo cortado al destacamento de La Colorada, cuya fuerza, desde luego, inició arreglos para su rendición.

El general Diéguez, para continuar su avance sobre Hermosillo, esperaba sólo la incorporación de las fuerzas del general Gavira, que ya se encontraban en camino de Manzanillo a Guaymas, y para esta fecha, tenía ya controlado todo el sur de Sonora, con la eficaz cooperación de las fuerzas del general Ángel Flores, que habían ya incorporádose al general Diéguez, después de haber permanecido en Navojoa resistiendo con verdadero heroísmo, completamente aisladas, un prolongadísimo sitio que a dicha plaza estableció el enemigo, durante la época de pleno poderío de Maytorena en Sonora.

La columna del general Murguía, en su avance sobre Durango, había llegado a estación Catalina, desalojando, a la vez, al enemigo que se encontraba en la cercana hacienda del mismo nombre, el que emprendió la fuga en dispersión y perseguido por los nuestros, que le hicieron algunos muertos, varios heridos y 15 prisioneros, capturándole algunos pertrechos y algunos miembros de la familia del general reaccionario Calixto Contreras.

El día 4, la mencionada columna del general Murguía se incorporó a la plaza de Durango, dejando reparada la vía telegráfica, y en actividad los trabajos de reconstrucción de la ferroviaria, y asumiendo este jefe el mando de las operaciones en aquel Estado, para abrir una enérgica campaña contra las partidas de bandoleros, con las fuerzas de su División y las comandadas por el general Arrieta.

El mismo día 4, fecha en que recibí en Piedras Negras los últimos partes del general Calles, dándome cuenta del resultado del ataque a la plaza de Agua Prieta, los que me indicaban que el enemigo, aunque duramente derrotado, no había sido destrozado por completo, y previniendo que Villa podría reorganizarse en Naco y emprender nuevas operaciones hacia el sur de Sonora, estimé necesario ir a ponerme al frente de todas las fuerzas reconcentradas en Agua Prieta, para que, habiendo de esta manera unidad de mando, pudiera ser batido el bandolero en sus últimos reductos, combinando los movimientos que fueran necesarios con las fuerzas del general Diéguez, que se encontraban frente a Hermosillo; y este mismo día emprendí la marcha con dirección a Agua Prieta, adonde llegué el día 6, por la vía de El Paso.

En esta fecha (6 de noviembre), el general Diéguez había ocupado con su columna la plaza de Hermosillo, rindiéndome el siguiente parte telegráfico, que llegó a mi Cuartel General el día 9:

Tengo el honor de participar a usted, con satisfacción, que hoy he ocupado la ciudad de Hermosillo, la que fue evacuada por las fuerzas reaccionarias, las que huyeron desmoralizadas hacia el Norte, abandonando en su fuga material rodante, armas, un automóvil y otros objetos. La reparación de la vía férrea hasta ésta quedará concluida el día 9. El general Estrada me informa de San Blas, Sinaloa, que una columna enemiga, como de dos mil hombres, bajo las órdenes de los cabecillas Banderas, Orestes y Felipe Riveros, atacaron, el día 5, la plaza de El Fuerte y que después de cuatro horas de combate, fueron rechazados los reaccionarios, con grandes pérdidas. Nuestras fuerzas emprendieron la persecución, cuyos resultados no me han sido

comunicados todavía, por haberse interrumpido el telégrafo, entre Torin y Navojoa, por fuertes lluvias. Tan pronto como reciba noticias, tendré el honor de comunicárselas. Respetuosamente. El General en Jefe de Operaciones. *M. M. Diéguez*.

Inmediatamente ordené al general Diéguez que reconcentrara en Hermosillo todos los elementos de combate que fuera posible, para el caso de que Villa, reforzado con las fuerzas maytorenistas reconcentradas en Nogales y otros puntos del norte del Estado, intentara marchar al sur; pues mi mayor preocupación era el plan de campaña que Villa decidiría desarrollar aprovechando las condiciones y ventajas en que había quedado colocado, ya que, aunque el general Diéguez se había posesionado de Hermosillo, la vía del ferrocarril al Norte de esta plaza, hasta su terminal en Nogales, estaba en poder del enemigo, con todo el material rodante, e igualmente, la vía del ferrocarril de Nogales a Cananea y de Cananea a Naco, estando, por lo tanto, el enemigo, en condiciones de poder hacer una rápida movilización al sur y atacar a Diéguez con todo su efectivo, en cuyo caso el general Diéguez estaría en gran peligro, porque su columna apenas sumaba seis mil hombres, y tenía poca reserva de parque; en tanto que yo contaba en Agua Prieta con sólo 6 500 hombres, listos para todo servicio, después de las batallas libradas los días 1 y 2, y siendo Agua Prieta la única plaza que teníamos en la frontera del Estado, sirviéndonos de base, no podía yo, bajo ningún concepto, abandonarla; teniendo que dejar, cuando menos, 2 000 hombres de guarnición en ella y, por lo tanto, podría avanzar solamente con 4 500 hombres, en cuyas circunstancias llevaría, en la campaña que iniciara, todas las probabilidades del fracaso.

Puede añadirse todavía, en favor de Villa, la circunstancia de que tenía en su poder las plazas que estaban de por medio entre la columna del general Diéguez y la que estaba a mi mando directo, separándonos una distancia mayor de 500 kilómetros, sin tener ninguna vía de comunicación telegráfica directa para combinar los movimientos con más o menos precisión, por lo cual nuestro servicio teníamos que hacerlo por San Francisco, California, con tanta irregularidad, que se daban casos en que nuestros telegramas tardaban hasta cinco días para llegar a su destino.

En estas circunstancias, todas las ventajas estaban por Villa, quien podía batirnos en detalle, mientras que yo tenía que hacer depender el éxito de mi campaña, en aprovechar algún error que Villa cometiera al iniciar sus operaciones sobre el general Diéguez.

Como la vía que Villa estaba usando para desarrollar sus planes era la de Naco a Nogales y de Nogales al Sur, juzgué oportuno transladarme a Nogales, por la línea norteamericana, para observar, con mayores detalles, los movimientos que el enemigo estaba ejecutando.

Salí, pues, de Agua Prieta el día 11, y una vez en Nogales, conocí perfectamente la situación y el efectivo de Villa, pudiendo darme cuenta de que los reaccionarios se habían dividido en dos columnas, una al mando directo de Villa, compuesta de 5 000 hombres aproximadamente, de las tres armas, llevando en artillería sólo dos baterías, y la otra, al mando del general José Rodríguez, compuesta de 7 000 hombres, en su mayor parte caballería, con 28 cañones. Esta columna había quedado en Naco, enteramente lista para movilizarse al sur, en caso de que Villa necesitara refuerzo, a la vez que para proteger la retaguardia de éste, si nuestras fuerzas salían de Agua Prieta a amagarla.

Desde el momento en que conocí la situación que guardaban las fuerzas reaccionarias, tuve la seguridad de que la columna comandada directamente por Villa marcharía a atacar al general Diéguez, reforzándose con las tropas maytorenistas que, al mando de Urbalejo, estaban frente a Alamito, a unos cuantos kilómetros al norte de Hermosillo, con las que se formaría un efectivo de siete a ocho mil hombres; y así fue que luego telegrafié al general Diéguez, anunciándole la probabilidad de un próximo ataque sobre su columna, y haciéndole conocer, aproximadamente, el efectivo y elementos del enemigo, advirtiéndole la conveniencia de que, si consideraba no tener elementos suficientes para rechazar el ataque, se reconcentrara a Guaymas, donde su defensa sería enteramente segura, porque no podrían cortarle su base, y así Villa se retiraría más de la frontera, y tendría más dividida su campaña.

A la vez, advirtiendo el error que Villa había cometido, dividiendo sus efectivos en dos columnas, toda mi preocupación fue encaminar mis esfuerzos a colocarme con mis tropas en medio de las dos columnas enemigas; poniendo así a Villa en condiciones de atacar al general Diéguez con sólo la columna que había llevado y las fuerzas de Urbalejo, que estaban frente a Alamito.

Así fue que telegrafié, desde luego, al general Calles, avisándole mi salida para Agua Prieta (el 13 de noviembre), y ordenándole que tuviera todo enteramente listo para emprender el avance sobre Naco y ver si podíamos copar la columna de Rodríguez, cortándole todo contacto con la de Villa.

Emprendí, desde luego, mi marcha de Nogales, por la vía de Tucson, a Agua Prieta, adonde llegué el día 14.

Antes de mi salida de Agua Prieta a Nogales, Arizona, había ordenado al general Serrano, jefe de mi Estado Mayor, marchara a Torreón para movilizar de allá las infanterías del Noroeste que quedaban aún en la región lagunera, con destino a Agua Prieta; las que deberían ser conducidas por la vía de Eagle Pass, como las anteriores, bajo la inmediata vigilancia del teniente coronel de mi Estado Mayor, J. M. Garza, ayudado por algunos oficiales del Estado Mayor, que se incorporarían con las fuerzas de Torreón a Agua Prieta.

Al incorporarme a Agua Prieta, el general Calles tenía todo enteramente listo para hacer el avance anunciado, después de haber determinado qué tropas quedarían de guarnición en la plaza; y él mismo día 14 emprendimos la marcha, con parte de la

División del general Calles, que llevaba la extrema vanguardia, y las brigadas 2.ª, 8.ª y 9.º de la 1.ª División de Infantería del Cuerpo de Ejército del Noroeste, mandadas, la primera, por el general Francisco R. Manzo, y las dos últimas, por el general Eugenio Martínez, más la artillería expedicionaria, al mando del teniente coronel Gustavo Salinas.

La jornada del día 14 se rindió en Anivácachi, habiendo nuestra extrema vanguardia ocupado ya Naco, después de algunos tiroteos de la columna de Rodríguez, que se reconcentraba a estación del Río y Cananea, conservando siempre la línea del ferrocarril hasta esta última plaza, y de allí a Nogales.

El día 15 me incorporé a Naco con el grueso de las tropas, y el coronel Cárdenas, con sus caballerías, quedó avanzado sobre la vía del ferrocarril a Cananea, a distancia de algunos kilómetros de Naco.

El día 16 lo empleamos en Naco aprovisionando las tropas y haciendo algunos reconocimientos sobre el enemigo, los que me indicaron que Rodríguez esperaba que yo haría mi avance por sobre la vía del ferrocarril, y poder él, sin dificultades, reconcentrarse a Nogales, y de allí incorporarse a Villa.

Tales creencias y propósitos le quedaron burlados al general reaccionario, pues al siguiente día (17), emprendí mi avance de Naco, dejando la vía del ferrocarril a la izquierda y siguiendo el camino que va al oeste, entre la línea internacional y la sierra de San José, acampando este día en el puerto de Palominos, a tres kilómetros de la hacienda de este mismo nombre, de donde hice avanzar la vanguardia de caballería, con instrucciones de destruir algunos puentes de la vía del ferrocarril, entre Cananea y Nogales, y cortar la línea telegráfica.

Antes de salir de Naco, tuve conocimiento de que de Cananea había sido destacada una columna de caballería de 1 500 hombres, al mando del general Medinaveitia, la que, siguiendo por el río de Sonora, llevaba como objetivo cooperar con Villa en el ataque al general Diéguez.

El día 18, por la mañana, ordené un movimiento con la caballería, sobre estación Sauceda y el rancho de Los Elías.

El enemigo, al darse cuenta de la crítica situación en que quedaría si nosotros lográbamos coparlo con el movimiento que estábamos desarrollando, hizo un esfuerzo y rechazó a nuestras caballerías, empezando a reparar los puentes que éstas habían destruido.

Al ver yo que nuestras caballerías venían siendo rechazadas, ordené al general Calles se reconcentrara al rancho de Palominos, mientras yo hacía avanzar la artillería e infantería.

Al hacer nuestro avance con toda la columna, el enemigo empezó a replegarse. Este avance era hecho en tiradores, formando nuestro acostumbrado cuadro de infantería.

Los combates de este día revistieron poca importancia, y al caer la tarde, acampamos frente a estación Sauceda, cortando los hilos telegráficos de nuevo, e interrumpiendo completamente toda comunicación por ferrocarril. El enemigo, entonces, se reconcentró en Cananea.

Al siguiente día (19), continuamos el avance, acampando en estación del Río, de donde estuve haciendo esfuerzos por inquirir noticias sobre los movimientos que Villa hubiera ejecutado, y la situación del general Diéguez, por la que estaba yo muy intranquilos. Ninguna noticia pude obtener, porque a la frontera no habían llegado ningunos informes que me sirvieran para darme una idea de la situación al sur de Nogales.

El día 20 hicimos algunos reconocimientos sobre Cananea, para atacar el 21.

Al día siguiente fue continuando nuestro avance, habiendo entrado a Cananea sin combatir, porque el enemigo la había evacuado durante la noche anterior, inutilizando allí algunos de sus más pesados cañones, y llevándose los restantes, en número de 21.

Este día recibí los siguientes partes del general Diéguez:

Alamito, Sonora, 18 de noviembre de 1915.— Tengo el honor de comunicar a usted que hoy, después de cuatro horas de combate, derroté al enemigo, desalojándolo de sus posiciones y capturándole dos trenes, uno de reparaciones y otro con provisiones, con una locomotora. El enemigo tuvo seiscientas bajas, capturándosele también seis ametralladoras, dos cañones, muchos rifles y algo de parque, debido a que parece que traían muy poco. El enemigo huye hacia el Norte, y estoy preparándome para organizar su persecución. Villa, en persona, estaba mandando a los reaccionarios. Respetuosamente. General *M. M. Diéguez*.

Zamora, Sonora, noviembre 19 de 1915.— Ampliando mi mensaje ayer, hónrome en comunicarle que, al levantar el campo enemigo, en una extensión de 12 kilómetros, se han capturado dos trenes, muchas impedimentas de las familias e indios de Urbalejo, así como cien mil cartuchos, de distintos calibres, y quinientas armas nuevas, que estaban intactas y depositadas como reserva, varios cofres, etc., etc. Un gran número de provisiones fueron capturadas, y muchos villistas se han rendido, sin disparar un cartucho. Puedo asegurar a usted que el enemigo tuvo más de mil bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Por nuestra parte, tenemos que lamentar ciento cincuenta bajas, entre muertos y heridos, incluyendo en los últimos, cuatro jefes y 10 oficiales. Respetuosamente. General *M. M. Diéguez*.

Como yo conociera los elementos que Villa estaba reconcentrando cerca de Hermosillo, consideré que la victoria alcanzada por el general Diéguez en Alamito no resolvería por completo la situación en el centro del Estado, y previendo que lograría rehacerse al incorporársele Medinaveitia, y trataría de nuevo de dar un ataque sobre el general Diéguez, consideré de capital

importancia la pronta captura de la plaza de Nogales, única que a Villa le quedaba como base de aprovisionamiento y como punto de fácil reconcentración, después de que recibiera una derrota definitiva.

En tal virtud, ordené una rápida contramarcha de nuestras tropas a Sauceda, para, de allí, iniciar el avance sobre Nogales, con objeto de tomar esta plaza antes de que Villa intentara hacer en ella su reconcentración, y para evitar atacarlo allí, en vista que al hacerlo, podía dar lugar al surgimiento de dificultades internacionales, por los daños que en un combate fácilmente se causarían en la población norteamericana del mismo nombre, la que está dividida de Nogales, Sonora, sólo por una calle.

Disponiendo que el general Calles quedara encargado de hacer el movimiento de contramarcha a Sauceda, me transladé yo en automóvil a Douglas, para inquirir mayores datos sobre la situación al norte de Hermosillo.

De Douglas, el día 23 telegrafié al general Diéguez, por conducto del cónsul De Negri en San Francisco, California, recomendándole que estuviera preparado para resistir un nuevo ataque; pues era mi creencia que Villa, con el refuerzo de la columna de Medinaveitia, intentaría hacer una última prueba para apoderarse de Hermosillo, lo cual era el último recurso que le quedaba, al sentirse cortado de la columna de Rodríguez. Al mismo tiempo, comuniqué al general Diéguez nuestras operaciones sobre Nogales.

El día 24 salí de Douglas en automóvil a incorporarme a mis fuerzas, lo que efectué ese mismo día en estación Molina, de donde ordené continuar el avance hasta acampar adelante de estación Zorrilla.

Al siguiente día se continuó la marcha, rindiendo la jornada en Santa Bárbara, después de sostener nuestra vanguardia ligeros tiroteos con el enemigo, que iba siendo replegado. En este lugar se incorporó a mi Cuartel General el C. teniente coronel J. M. Garza, de mi Estado Mayor, quien había conducido de Torreón a Naco los batallones 2.º, 10.º y 20.º de Sonora, cuyo mando lo traía el C. general Miguel V. Laveaga, y que habían desembarcado en Naco la mañana de este día.

El teniente coronel Garza asumió, desde luego, la jefatura accidental de mi Estado Mayor, pues el general Serrano había quedado en Torreón, como representante del Cuartel General del Ejército de Operaciones, para atender a todos los asuntos relacionados con el resto de las fuerzas que estaba distribuido en algunos Estados del Norte, del interior y de la costa occidental de la República.

El día 26 se prosiguió el movimiento sobre Nogales, habiendo tomado contacto nuestras caballerías, al mando del coronel Lázaro Cárdenas, con el enemigo, que intentaba impedir, o cuando menos, entorpecer nuestro avance.

Nuestras caballerías, después de un corto combate, lograron replegar al enemigo, haciéndole una eficaz persecución; y como a las 12 m., el coronel Cárdenas rindió parte al general Calles, comunicándole haber entrado a Nogales y haber hecho al enemigo más de 200 prisioneros; capturándole un tren, un cañón de 75 mm, 8 ametralladoras, 400 armas y algo de parque.

El resto de la columna hizo su entrada a Nogales el mismo día 26, informándose allí que las últimas tropas maytorenistas, al salir de la ciudad, habían hecho algunas descargas sobre la guardia de soldados norteamericanos, frente a la línea, así como que el general José Ma. Acosta, el coronel Enrique Terrazas y el llamado gobernador Randall, quien había quedado en lugar de Maytorena cuando éste se fugó a los Estados Unidos, huyeron atravesando la línea internacional, dejándose hacer prisioneros de los soldados norteamericanos.

Inmediatamente comuniqué órdenes para que se alistaran para salir al día siguiente, sobre la vía a Hermosillo, un tren de reparaciones y otro que conduciría a las tropas de infantería al mando del general Eugenio Martínez, con objeto de reparar los desperfectos que los últimos restos del maytorenismo habían causado a la vía del ferrocarril, y buscar contacto con el general Diéguez, cuya situación permanecía ignorada por mí.

El día 27, a primeras horas de la mañana, salieron los trenes ordenados, y poco después recibí el siguiente mensaje del general Diéguez:

Hermosillo, Sonora, noviembre 22 de 1915.— Con satisfacción hónrome en comunicar a usted que después de 30 horas de combate reñido con reaccionarios, al mando personal de Villa, con las fuerzas de mi mando, tomé la ofensiva, habiendo rechazado al enemigo vigorosamente, en menos de dos horas, haciéndolo huir al Norte en completa desorganización. Ya organizo mis fuerzas para continuar el movimiento de avance, hasta reunirme con usted en la frontera. Hemos hecho al enemigo gran número de muertos y prisioneros, recogiéndole bastantes armas y parque, así como ametralladoras. Al levantar el campo, daré a usted aviso, en parte detallado, del número de bajas del enemigo, que es muy considerable. Por nuestra parte, lamentamos la muerte de los valientes coroneles J. P. Mancillas y Florencio Lugo, así como la de algunos oficiales, y alrededor de 100 heridos. Felicito a usted, y por su conducto, al C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, por este nuevo triunfo, que consolida los principios revolucionarios. Respetuosamente. General *M. M. Diéguez.*

Con esta derrota, y tomada la plaza de Nogales por nuestras fuerzas, a Villa no le quedaba más recurso que la dispersión y una marcha penosa a través de la sierra, para poder internarse en sus madrigueras de Chihuahua, donde podría volver a ejercer sus antiguas actividades de salteador de caminos y asesino de indefensos.

Nos quedaba ahora por hacer lo siguiente: aniquilar la columna de Rodríguez, que permanecía acampada en el rancho llamado Bacuachi, tomando descanso y reorganizándose, y restablecer las vías de comunicación entre Nogales y Hermosillo, y entre Nogales y Cananea.

Teniendo informes de que la columna de Rodríguez se encontraba casi imposibilitada para hacer movimientos, debido a las pésimas condiciones de su caballada y a su pesada dotación de artillería, tuve confianza en que no escaparía a nuestra batida para cuando estuvieran reparadas las vías a Hermosillo y a Cananea, y pudiéramos hacer una rápida movilización de nuestras tropas por trenes, disponiendo, para entonces, del material rodante que Villa había abandonado entre Nogales y Hermosillo.

Así pues, el Cuartel General de mi cargo dedicó inmediata atención a controlar y reparar las vías de comunicación a Hermosillo, para apoderarnos cuanto antes del material rodante abandonado por Villa, y el que era casi la totalidad del equipo del ferrocarril de Sonora, estando todavía en peligro de que fuera destruido por las partidas de reaccionarios, que no habían querido seguir a Villa en su desastrosa huida y permanecían en algunos puntos cercanos a la vía.

A ese fin, el día 28 ordené que todas las fuerzas que quedaban en Nogales, menos las que deberían guarnecer esta plaza, emprendieran la marcha al Sur, al mando del general Calles, para tomar contacto con el general Diéguez, que con su columna avanzaba simultáneamente, de Hermosillo al Norte.

Este día recibí del general Diéguez parte complementario de la batalla librada por los generales Enrique Estrada, de la División del propio general Diéguez, y Mateo Muñoz, de las fuerzas de Sinaloa, en El Fuerte, Sinaloa, con la columna villista que de Chihuahua había sido destacada para invadir el norte de Sinaloa y sur de Sonora, por el camino de Choix; indicando dicho parte que los reaccionarios hablan sido completamente destrozados, muriendo en ese combate muchos jefes y oficiales del enemigo.

La columna reaccionaria, que se componía de poco más de dos mil hombres, al mando de Orestes Pereyra, Banderas, Riveros, Barrios, Gaxiola, Fernández, el indio Bachomo y otros jefes, sufrió más de mil bajas, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos; habiendo tenido, por nuestra parte, 20 muertos, entre éstos el teniente coronel Trujillo, de las fuerzas del general Estrada, y como 90 heridos, contándose en éstos el mayor Amavisca y algunos oficiales. Después de ese combate, se hizo la persecución de los grupos dispersos, por los generales Mateo Muñoz y Aureliano Sepúlveda, habiendo batido en la margen del río del Fuerte, a un núcleo comandado por Pereyra, Banderas, Jiménez y Bachomo, al que derrotaron completamente, haciéndole un regular número de muertos, heridos y prisioneros, entre éstos a los generales Pereyra y Jiménez, y 50 jefes y oficiales, los que fueron pasados por las armas.

De esta manera, quedó completamente aniquilada aquella columna enemiga.

Banderas y Bachomo, con escaso contingente y en pésimas condiciones de moral y equipo, emprendieron precipitada huida, acosados por la persecución de los nuestros, teniendo más tarde, como resultado, la rendición incondicional de esos jefes, con su gente, ante el general Madrigal, de las fuerzas del general Estrada.

Este día también recibí parte de que una partida de 400 reaccionarios, de la columna Rodríguez, había hecho, durante la noche anterior, dos desesperados asaltos sobre Nacozari, con intenciones de apoderarse de dicho mineral y hacerse allí de provisiones, habiendo sido vigorosamente rechazada por la guarnición, al mando del capitán Meza, de la División del general Calles, a pesar de su inferioridad numérica, respecto del enemigo —el que sufrió numerosas bajas en esos asaltos—, viéndose obligado a huir en estado de completa desmoralización, con rumbo a Chihuahua.

Las fuerzas que, al mando del general Laveaga, habían desembarcado en Naco el día 25, procedentes de Torreón, y continuando por tierra su marcha a Nogales, se incorporaron a esta plaza, a excepción de 200 hombres, que por disposición de mi Cuartel General, quedaron protegiendo las reparaciones de la vía entre Naco y Cananea.

En esta misma fecha (28), la vanguardia de la columna del general Diéguez, al mando del general Ángel Flores, llegó a estación Carbó, donde se le rindieron incondicionalmente 400 hombres, que mandaba el coronel Clemente Román.

En tanto, la vanguardia de la columna que había salido de Nogales al sur continuaba avanzando y reparando la vía, llegando el día 29 a Magdalena, plaza que estaba guarnecida por más de 600 hombres, de las fuerzas que habían sido de Maytorena, y los cuales se rindieron incondicionalmente al general Manzo, jefe de nuestra vanguardia.

Quedaron en nuestro poder, también, en dicha plaza, más de 300 heridos villistas que allí había dejado abandonados el bandolero, en pésimas condiciones. Desde luego, se procedió a transladar una parte de esos heridos a nuestros hospitales establecidos en Nogales, para darles una adecuada atención médica, quedando en Magdalena solamente los que pudieran ser atendidos por el servicio sanitario del general Manzo.

Ante el propio general Manzo se rindieron también, al día siguiente, 250 hombres, al mando del teniente coronel Juan Valenzuela, que habían quedado en estación Llano, y sucesivamente fueron rindiéndose otras fracciones del enemigo, que habían quedado en Sonora, después del desastre sufrido por Villa frente a Hermosillo, incluyendo grupos más o menos numerosos que desertaban del cabecilla, en la precipitada huida que éste emprendía hacia Chihuahua con los despojos de su ejército, cometiendo inauditas depredaciones, en el frenesí de su despecho, sobre los pueblos indefensos que encontraba a su paso; crímenes de los que muchos de sus propios hombres no quisieron hacerse solidarios, optando mejor por desertarse y rendirse incondicionalmente a nuestras fuerzas. De esta manera, la fuerza con que Villa logró internarse en Chihuahua quedó reducida a menos de 3 000 hombres, con escasa artillería, pues la mayor parte de sus cañones los inutilizó Villa, a su paso por Tecoripa, para aligerar su columna, según informes proporcionados por algunos de los jefes rendidos a nuestras fuerzas.

El día 30 comencé a recibir informes de que la columna de Rodríguez, probablemente conociendo ya los desastres de Villa, se preparaba en Bacuachi para hacer algún movimiento; y juzgando yo que era probable que éstos tratarían de escapar hacia Chihuahua, por la misma ruta que había traído Villa en su marcha sobre Agua Prieta, al día siguiente me transladé a dicha plaza para observar más de cerca los movimientos que hiciera Rodríguez, y poder prepararle una batida que frustrara sus propósitos.

En Nogales quedó el teniente coronel J. M., Garza, con parte de mi Estado Mayor, al frente de la oficina del Cuartel General, encargado de transmitir y activar la ejecución de mis órdenes, para cualquier movilización de fuerzas que se hiciera necesario efectuar.

Llegado que hube a Agua Prieta, y por los informes fidedignos que obtuve, me confirmé en la creencia de que la columna del reaccionario Rodríguez intentaría escapar hacia Chihuahua, y desde luego decidí hacer movilización de fuerzas, para situarlas en lugares convenientes, a fin de cortar el paso al enemigo y obligarlo a presentar un combate, en que pudiera ser aniquilado; a cuyo efecto, ordené, por conducto del teniente coronel Garza, que estuvieran listas las tropas del general Laveaga en Nogales, para ser embarcadas y emprender la marcha a Agua Prieta por territorio norteamericano; disponiendo, al mismo tiempo, que contramarcharan a Nogales las fuerzas del general Calles, a excepción de la caballería al mando del coronel Lázaro Cárdenas, la que quedaría a las órdenes del general Manzo, para continuar como vanguardia de la columna que seguiría en marcha hasta tomar contacto con las fuerzas del general Diéguez, haciendo las reparaciones de la vía a Hermosillo. También ordené la contramarcha de las brigadas 8.ª y 9.ª, al mando del general Eugenio Martínez, que con las fuerzas del general Calles, estaban acampadas en Cibuta, y del 24.º batallón, a las órdenes del general J. Bermúdez de Castro, perteneciente a la brigada del general Manzo.

Estas fuerzas deberían reconcentrarse en Nogales, para de allí continuar a Agua Prieta por territorio norteamericano, tan pronto como estuvieran hechos los arreglos con la compañía del ferrocarril Sudpacífico, para su transportación; arreglos que con toda actividad estaban tratando ya, por instrucciones mías, el teniente coronel Garza y el C. Baldomero A. Almada, agente comercial nombrado por mi Cuartel General, en los Estados Unidos. Previamente y con autorización de esa Primera Jefatura, había yo solicitado y obtenido el correspondiente permiso del gobierno norteamericano, por conducto del mayor general Frederick Founston, del Ejército norteamericano, quien por esos días se encontraba en Nogales, Arizona.

En esta fecha (1.º de diciembre), recibí el siguiente mensaje del general Diéguez:

Guaymas, Sonora, 30 de noviembre de 1915. Como resultado derrota y desorganización Villa en Alamito, éste huyó por camino La Colorada y Mazatlán. Quedo en espera de más informes, para comunicarlos a usted, respecto camino siga. Infantería Sonora rendida hasta hoy, pasa de mil cuatrocientos. Respetuosamente. General *M. M. Diéguez*.

Las fuerzas rendidas a que se refería el general Diéguez, en ese mensaje, eran las que tenían a sus órdenes los jefes sonorenses Urbalejo, Trujillo, Méndez, Romero y otros, que habían secundado a Maytorena en su rebelión.

Se tenían noticias de que Urbalejo, con el escaso resto de su gente, había seguido a Villa; pero que indignado por las abominables depredaciones que éste iba cometiendo en su fuga hacia Chihuahua, aquel jefe había manifestado su propósito de separarse del bandolero.

El día 2 quedó restablecida la comunicación telegráfica entre Nogales y Hermosillo, y desde luego ordené al general Diéguez que hiciera seguir hasta Nogales las fuerzas del general Ángel Flores, que venían a la vanguardia en Querobabi, tan pronto como estuviera reparada la vía del ferrocarril.

Las fuerzas de los generales Laveaga y Martínez se embarcaron este día en Nogales, con destino a Agua Prieta, adonde llegaron durante la noche, tomando allí descanso, para continuar al siguiente día, a estación Esqueda, sobre el ferrocarril a Nacozari.

El día 3 se efectuó el movimiento indicado a estación Esqueda, por ferrocarril, quedando allí establecido el campamento de los generales Laveaga y Martínez, cubriendo uno de los pasos que probablemente intentaría forzar el enemigo, en su huida hacia Chihuahua.

Este mismo día se embarcaron en Nogales las tropas de los generales Calles y Bermúdez de Castro, con destino a Agua Prieta.

Llegado el general Calles a Agua Prieta, le comuniqué órdenes para continuar la marcha con todas sus fuerzas, inclusive el batallón del general Bermúdez de Castro, a Esqueda, nombrándolo jefe de las tropas allí reconcentradas.

El día 5, ya establecido el general Calles en Esqueda, me comunicó haber movilizado a Nacozari al general Laveaga con sus fuerzas, en virtud de que el capitán Meza, jefe de la guarnición en aquel mineral, había informado que una partida de 400 a 500 reaccionarios, de la columna de Rodríguez, amagaba la plaza, solicitando dicho oficial ser reforzado. El resto de las fuerzas quedaban distribuidas en Esqueda, Cuchuta y Turicachi, con sus servicios de exploración para descubrir los movimientos del enemigo. El general Calles agregaba que la columna de Rodríguez, según informes que le habían dado sus exploradores, se empezaba a movilizar por La Baldeza, proponiéndose el general Calles enviar nuevas exploraciones para cerciorarse de este movimiento.

Este día, el general Diéguez me transcribió de Hermosillo un parte rendido a él por el coronel J. Duarte, jefe de las milicias de Sonora, que se encontraba en Tónichi, informando que se había presentado ante aquel jefe, el general Urbalejo con 200 hombres, pidiendo garantías para amnistiarse, y ofreciendo sus servicios para batir a Villa, si se le ordenaba hacerlo. Urbalejo informaba

que Villa se encontraba en las cercanías de Sahuaripa, en camino a Chihuahua, confirmando el completo desastre de éste, así como sus incalificables depredaciones en varios pueblos de la región por donde iba huyendo. La rendición de Urbalejo fue aceptada, ordenándosele pasar a Hermosillo, a presentarse ante el general Diéguez.

El día 6, el capitán H. Camacho, jefe de las armas en Cananea, me rindió parte de que sus exploraciones le informaban que la columna de Rodríguez había salido de Bacuachi y se encontraba ya en el cañón del Letrero, con rumbo a Fronteras, en número aproximado de 4 500 hombres, en su mayor parte de caballería, con 40 ametralladoras y 24 cañones. Esta noticia la comuniqué al general Calles, para que procurara seguir los movimientos de Rodríguez.

En esta fecha, el general Calles me rindió parte de haber recibido una comunicación del comisario del mineral El Tigre, informándole que el día 2 una partida de reaccionarios, en número de 400 a 500 hombres, después de desalojar a la escasa guarnición que al mando del capitán Loreto, había en aquel lugar, se posesionó de la plaza, haciendo un saqueo general en la tienda de raya y en las residencias de los vecinos, sin excluir las de los norteamericanos, y saliendo después, por Dos Cabezas. Ordené al general Calles que inmediatamente destacara una fuerza competente con aquel rumbo, para ver si era posible batir a los bandoleros.

En vista de los elementos que tenía Rodríguez, consideré necesario preparar su batida con mayor número de fuerzas, a fin de lograr su completo aniquilamiento; y a ese efecto, ordené, por conducto del general Diéguez, que se encontraba en Nogales, la movilización de las fuerzas del general Ángel Flores, en número de mil hombres, aproximadamente, a Agua Prieta, por territorio norteamericano, dando instrucciones al teniente coronel Garza y al C. Baldomero A. Almada, para que, desde luego, hicieran los arreglos necesarios con la compañía del ferrocarril para la transportación de este contingente.

Bajo la personal vigilancia de los citados teniente coronel Garza y C. Baldomero A. Almada, el embarco de las fuerzas del general Flores quedó hecho al siguiente día, emprendiendo la marcha de Nogales, a las 5 p. m., y llegando a Agua Prieta en la mañana del día 8, donde desde luego se procedió a dar provisiones a la tropa, para que estuviera lista a marchar al sur.

La columna Expedicionaria de Sinaloa, que así se denominaba la del general Flores, incorporada a Agua Prieta, tenía un efectivo de mil hombres, formado como sigue:

2.º Batallón Regular de Sinaloa, al mando del C. coronel Roberto Cruz;

6.º Batallón Regular de Sinaloa, al mando del C. teniente coronel José Ignacio Galaz;

Regimiento De la Rocha, al mando del C. general Herculano de la Rocha;

Primer Regimiento de Ametralladoras, al mando del C. teniente coronel Agustín Camou;

Escolta del C. general Ángel Flores, al mando del C. mayor Crisóforo Vázquez, y Escolta del C. general Arnulfo R. Gómez, quien iba incorporado como segundo jefe de la columna.

Poco después de la llegada de dichas fuerzas, recibí un parte del general Calles, comunicando que el enemigo comenzaba a movilizarse de Mavavi, y que era probable que Rodríguez intentara seguir la ruta de Fronteras y San Joaquín, agregando Calles que no tenía facilidad de hacer un movimiento rápido, para batir a los reaccionarios, por falta de trenes.

Ordené al general Flores su salida inmediatamente hacia el Sur, en virtud de lo cual este jefe emprendió la marcha con sus tropas hasta estación Cima, a 20 kilómetros de Fronteras y 4 de San Joaquín, acampando allí y tomando, desde luego, un dispositivo de defensa, para el caso de que fuera atacado.

Al mismo tiempo, ordené al general Calles que si Nacozari no estaba ya en peligro de ser atacado, reconcentrara a su campamento las fuerzas del general Laveaga, para que con todo su efectivo marchara a Fronteras y atacara al enemigo por la retaguardia, si éste se lanzaba sobre el general Flores.

Poco después, quedó cortada la comunicación telegráfica con el general Calles, manteniéndola solamente con el general Flores, quien me dio parte de que el enemigo se había posesionado de Fronteras.

Durante la noche no ocurrió novedad.

Al siguiente día, en mensaje depositado a las 9:30 a. m., el general Flores me comunicó haber tenido informes de que, esa mañana, habían tomado contacto las fuerzas del general Calles con el enemigo, sin más detalles.

Un nuevo mensaje del general Flores, depositado a las 9:45 a. m., me informaba que el enemigo iniciaba un ataque sobre sus fuerzas, y poco después, un sucesivo parte del mismo general Flores me hacía saber que el combate empezaba a generalizarse y que el enemigo emplazaba su artillería hacia su flanco izquierdo, desplegando sus líneas ofensivas, con intención de envolver a nuestras fuerzas.

Más tarde recibí un nuevo parte de Flores, diciéndome que la superioridad numérica del enemigo lo ponía en difíciles condiciones, y que esperaba quedar sitiado y atacado por retaguardia en poco tiempo, por lo que necesitaba ser reforzado con tropas que enviara yo de Agua Prieta. Inmediatamente contesté a Flores, manifestándole que no podía enviarle ningún auxilio, porque en Agua Prieta tenía solamente 100 hombres; pero que las órdenes que el día anterior había comunicado mi Cuartel General a Calles, me hacían esperar que, de un momento a otro, este jefe emprendiera su ataque sobre la retaguardia del enemigo, dándole, a la vez, instrucciones de que procurara formar con sus fuerzas un anillo, cerrando a retaguardia sus alas de infantería, y que resistiera hasta que Calles entrara en acción.

Apenas se había transmitido mi mensaje para Flores, cuando quedó cortada también la comunicación telegráfica con su campamento, indicándome esto que el enemigo le había cerrado ya el sitio.

Como la fuerza enemiga era, en su mayor parte, de caballería, y el combate se libraba a 33 kilómetros de Agua Prieta, juzgué que esta plaza estaba en peligro; por lo que, desde luego, ordené que la corta guarnición se colocara sobre el camino de Fronteras, e hice circular la noticia del peligro entre los vecinos de la ciudad.

Fue para mí una sorpresa alentadora la actitud viril de los vecinos de Agua Prieta, y de los mexicanos residentes en Douglas, quienes al conocer la noticia del probable amago a la ciudad, se presentaron en masa en mi Cuartel General, ofreciendo sus servicios para la defensa, y en menos de dos horas contaba yo con más de 600 hombres, resueltos a repeler cualquier intento del enemigo sobre la plaza.

Como a las cuatro de la tarde se restableció la comunicación telegráfica, y recibía un parte del general Calles, procedente de Fronteras, en que comunicaba que el enemigo había sido completamente destrozado y obligado a huir en dispersión, perseguido por nuestras fuerzas; perdiendo mucho armamento, caballos y toda clase de pertrechos, así como el total de su artillería, compuesta de 21 cañones, que sucesivamente fueron capturando los nuestros en la persecución que hicieron al núcleo principal.

El parte del general Calles informaba que el general Flores había resultado herido, aunque no de gravedad, y que este jefe, personalmente, continuaba la persecución del enemigo derrotado.

El combate de este día, según el parte detallado que rindió el general Calles, se inició a las 7 a. m., hora en que sus fuerzas, que salieron de Esqueda, empezaron a atacar al enemigo en Fronteras, de donde huyeron los reaccionarios para lanzarse sobre las fuerzas del general Flores, a quien juzgaron fácil derrotar, por la inferioridad numérica de estas tropas; pero el general Flores resistió con toda bizarría el ataque, dando tiempo a que el general Calles entrara en acción, por la retaguardia de los asaltantes, como lo hizo este jefe, después de haber realizado una violenta marcha desde Fronteras, por el camino de Santa Rosa, para auxiliar a Flores.

El ataque de Calles por la retaguardia, combinado con la vigorosa resistencia de las fuerzas de Flores, en sus posiciones, fue decisivo para la completa derrota del enemigo, el que, al sentirse batido a dos fuegos, empezó a huir en completa desorganización, habiendo tenido, para entonces, más de 300 muertos, y dejado en poder de los nuestros más de 100 prisioneros, cifras que se aumentaron considerablemente en la persecución que siguió hasta El Frijol.

Inmediatamente di instrucciones al general Calles para que destacara 2 000 hombres de los mejor equipados, a las órdenes del general Eugenio Martínez, a hacer la persecución del enemigo, por Los Fresnos y Tinajas, hasta Colonia Oaxaca.

El general Calles salió, personalmente, a hacer la persecución ordenada, y el día 11, me rindió, de El Porvenir, el siguiente parte:

El Porvenir, 11 de diciembre de 1915. General en Jefe, Álvaro Obregón: Tengo el honor de informar a usted que, en la persecución que con las infanterías hice al enemigo, llegué hasta Cerro Prieto, capturándoles un capitán primero y 7 de tropa, los que fueron fusilados. No fue posible dar alcance al enemigo, pues éste no se detiene ni para dormir, y va caminando día y noche. Mi escolta llegó adelante de Santa Teresa hoy, y allí encontró los armones de los 4 cañones que lleva el enemigo, quemados, y desde los cerros que hay en dicho lugar, observó que el enemigo se movía de Morelos hacia Oaxaca. He mandado alistar todas las caballerías útiles que haya en Agua Prieta, para que salgan inmediatamente, sobre Colonia Oaxaca, para averiguar el paradero de los últimos cañones que lleva el enemigo, pues no pueden pasarlos a Chihuahua, y para despedir al último villista. La dispersión ha sido completa, y esta gente no podrá ya reorganizarse. Espero concentrarme mañana en Agua Prieta. Respetuosamente, general *P. E. Calles*.

Con esta batida tuvo fin la aventura reaccionaria en Sonora, siendo aniquilado el último núcleo importante que quedaba de lo que fue el arrogante ejército de Villa.

Me es honroso felicitar a usted por el completo triunfo de nuestras armas, y a la vez le protesto las seguridades de mi respetuosa subordinación y aprecio.

*Constitución y Reformas*. Hermosillo, Sonora, 21 de diciembre de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

En el desarrollo de las operaciones que fueron confiadas al general Diéguez, en la costa de occidente y en el golfo de California, cooperó de una manera eficaz el comandante de la flotilla de guerra del Pacífico, C. coronel Rafael Vargas, quien, desde que se inició la campaña contra la reacción, fue designado para tal cargo por la Primera Jefatura. El coronel Vargas demostró siempre un inquebrantable afán por cumplir satisfactoriamente su cometido, no obstante las dificultades que necesitó vencer, debido al mal estado en que se encontraban sus barcos y los grandes obstáculos que había para la adquisición de combustible para los mismos.

Consumada la derrota y dispersión de la columna reaccionaria al mando de José Rodríguez, en Fronteras, Sonora, y dejando órdenes al general Calles para que reconcentrara en Agua Prieta todas las fuerzas, una vez que terminara la persecución efectiva de los grupos dispersos de la columna derrotada, el día 11 de diciembre emprendí mi regreso a Nogales, para dirigirme de allí al Sur, a efecto de conferenciar con los delegados de las tribus rebeldes del Yaqui, que ya habían iniciado negociaciones con el general Diéguez para someterse a la autoridad del Gobierno Constitucionalista, y esperaban tener una conferencia conmigo, a fin de ultimar los convenios del caso.

A Nogales me incorporé el mismo día 11, permaneciendo allí hasta el día 13, fecha en que continué mi viaje al Sur, pernoctando esa noche en Magdalena, y de allí salí a primeras horas del día 14, llegando a Hermosillo el mismo día, a las 2 p. m.

En Hermosillo permanecí hasta el día 17, y en este tiempo el general Diéguez me hizo conocer las pretensiones de los yaquis rebeldes, las que, desde luego, me parecieron inadmisibles, pues entrañaban la exigencia de un absoluto dominio por parte de ellos en la región que comprende los pueblos de que fueron despojados, con la intransigente condición de eliminar, en sus dominios, a todo elemento extraño a su raza y a sus atavismos. Acceder a ello hubiera significado una retrógrada complacencia, que desvirtuaría las tendencias de la Revolución, trocándolas de bienhechoras en malsanas, si, equivocadamente, a título de una justa reparación debida a las tribus del Yaqui, se sancionaba, en aquella forma, la perpetuación de la barbarie entre ellas y se le extendía dominio aún donde la civilización lo había ya implantado. Sin embargo, animado de los mejores deseos de llegar a un convenio satisfactorio con las tribus rebeldes, intenté la conferencia final con sus delegados, citando Cruz de Piedra o Empalme como lugar para celebrarla.

El día 17 continué mi viaje de Hermosillo a Guaymas, con objeto de esperar allí el regreso de los emisarios que había mandado ante los jefes de los pueblos del Yaqui, indicándoles estar yo en disposición de oír sus demandas y discutirlas, para resolverlas en nombre del Gobierno Constitucionalista, conforme fueran de aceptarse o rechazarse.

Durante mi permanencia en Guaymas, lo más importante a que tuvo que atender mi Cuartel General estaba relacionado con la situación de Chihuahua, pues había indicaciones de que el resto del ejército de Villa en aquel Estado deseaba su rendición, y en este sentido recibí las comunicaciones que en seguida inserto, juntamente con mis respuestas:

Del general J. Terrazas, jefe de la guarnición de Ciudad Juárez, dirigida a mí, y entregada en Agua Prieta al C. general Plutarco Elías Calles, el 15 de diciembre, por el coronel Rafael G. Martínez, de las fuerzas reaccionarias:

Tengo el honor de dirigir a usted la presente nota, la cual será entregada por el coronel Rafael G. Martínez, para hacerle saber, con el debido respeto, lo siguiente: Considerando la situación y la miseria triste por que atraviesa nuestra madre patria, e inspirado, como uno de los últimos hijos del pueblo mexicano, sólo deseo evitar que se siga derramando sangre hermana, la cual comprendo que se pierde inútilmente, por lo que no quiero exponer más soldados, ni combatir contra mis hermanos y debilitar más al país. Por lo tanto, he resuelto ponerme a sus respetables órdenes, si usted cree que son útiles mis servicios, y la gente que es a mi mando, como lleva instrucciones hé manifestado el coronel Rafael G. Martínez, quien deseo dé a usted, verbalmente, explicaciones.

Mi contestación al general Terrazas, enviada por conducto del general Calles, fue como sigue:

Con satisfacción quedo enterado de que usted, voluntariamente, se pone a las órdenes de este Cuartel General, con la fuerza a su mando, reconociendo la inutilidad de seguir sacrificando vidas, y la necesidad de apoyar al Gobierno constituido. Sírvase usted tomar posesión de esa plaza, declarando públicamente que lo hace obedeciendo órdenes mías, como Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste, y reconociendo al C. Venustiano Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, y que no obedecerá más órdenes que las que emanen de su Gobierno. Inmediatamente que usted cumpla con estas instrucciones, se servirá comunicármelo, para ordenar la movilización de fuerzas a esa ciudad fronteriza, con objeto de reforzar la guarnición y evitar que el bandolero Villa, con los despojos de su ejército, pretenda ejercer sobre ustedes las venganzas que tanto acostumbra.

Telegrama del general villista Fidel Ávila, fechado en Chihuahua, el 16 de diciembre, y dirigido a mí:

He hablado con el general don Francisco Villa detenidamente, considerando, con toda atención, el solemne momento histórico en que se ha colocado nuestro país. Abrigo creencia que el general Villa se retirará, completamente, del mando supremo del Ejército Convencionista. Es sobre asunto tan importante, que entraña el porvenir de nuestro México, que deseo celebremos una conferencia. Espero pronta respuesta, y asegúrole mi atenta consideración.

Mi respuesta, con igual fecha 16 de diciembre, fue:

El porvenir de nuestro México está escrito en la espalda del bandolero Villa. Ninguna significación tiene, en estos momentos, la retirada de él, pues nosotros lo retiraremos. Si jefes y oficiales están dispuestos a rendirse incondicionalmente, aceptaré su rendición. Villa está fuera de la ley.

El día 20 recibí el siguiente mensaje de nuestro cónsul en El Paso, Texas, C. Andres G. García:

Acabo decir Primer Jefe, lo siguiente: Acaba extenderse acta, mediante la cual, generales Banda y Limón, coronel Eduardo Andalón y teniente coronel Flaviano Paliza, propia representación y de generales Fidel Ávila y Joaquín Terrazas y de otros jefes y tropas, 4 000 hombres reconocen Gobierno Constitucionalista, entregando plazas Ciudad Juárez, Guadalupe, San Ignacio y Villa Ahumada. Gestionan rendición Casas Grandes y fuerzas diseminadas allí. Gobierno Constitucionalista garantiza amnistía y

vidas a militares y civiles, excluyéndose en este acto Francisco e Hipólito Villa. Llamados ministros villistas amnistiados, creen poder entregar breves días guarnición Chihuahua, que les es adicta, y 85 locomotoras y 2 000 carros, y procuran conservación vía. Ruégole órdenes situarme fondos pago tropas e instrucciones estime convenientes. Felicítolo definitivo triunfo Supremo Gobierno Constitucionalista.

Por la noche, en que tuve informes de que los yaquis rebeldes habían nuevamente atacado a una de las guarniciones nuestras sobre la vía del ferrocarril al sur de Guaymas, decidí abandonar en lo absoluto toda actitud conciliatoria hacia los rebeldes, en vista de que éstos demostraron estar poco dispuestos a entrar en convenios razonables, y sólo aprovecharon las concesiones que les habíamos hecho, permitiéndoles acampar en Torin y otros puntos del sur del Estado, comprendidos en el valle del Yaqui, para cometer fácilmente sus acostumbradas depredaciones, quizás juzgando debilidad por parte nuestra, lo que solamente era un sincero deseo de reparar las injusticias y expoliaciones de que habían sido ellos víctimas en épocas pasadas, por parte de los gobiernos dictatoriales.

En tal virtud, di instrucciones al general Diéguez para que, desde luego, abriera una enérgica campaña contra los rebeldes, para hacerlos sentir la fuerza de nuestro Gobierno, en cuya forma, muy palmariamente les demostraríamos la bondad de las intenciones de que estábamos animados cuando de una manera pacífica los habíamos invitado a deponer su actitud hostil, para que participaran de los beneficios que la Revolución, a costa de tanta sangre, y de tantos sacrificios, habla conquistado para todos los oprimidos.

Dadas esas instrucciones al general Diéguez, emprendí mi marcha de Guaymas a Hermosillo el mismo día 20, llegando a Hermosillo a las 11 a. m., del día 21, donde recibí mensaje de usted, en que me confirmaba la noticia de la rendición de Ciudad Juárez y otras plazas del norte de Chihuahua, ordenándome salir inmediatamente a El Paso, con objeto de arreglar definitivamente aquel asunto; y en acatamiento a sus superiores órdenes, preparé desde luego mi salida a El Paso por la vía de Nogales, ampliando al general Diéguez mis instrucciones para la campaña que le había encomendado, en oficio que a continuación inserto:

Habiendo recibido orden urgente del C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, para salir a El Paso, Texas, con objeto de ultimar la rendición de las fuerzas villistas que operan en el Estado de Chihuahua, he tenido a bien dejar sin efecto el permiso que había concedido a usted este Cuartel General para ir a Guadalajara, mientras que llega el jefe que este propio Cuartel General nombre para que definitiva y exclusivamente se haga cargo de la campaña del Yaqui. Mientras tanto, se servirá usted proceder a la movilización de fuerzas, que desde fuego deben tomar la ofensiva contra esa tribu rebelde, disponiendo, para el efecto, de las siguientes tropas: Fuerzas de la 2.ª División del Noroeste, que actualmente se encuentran en este Estado; 1.ª División de Caballería del Noroeste, que comanda el C. general Enrique Estrada; Brigada Sinaloa, que comanda el C. general Ángel Flores; milicias del Estado, que comanda el C. coronel J. J. Duarte; Infantería de Sonora, que comanda el C. general Lino Morales; Infanterías de la 1.ª División del Noroeste, que comandan los CC. generales Francisco R. Manzo, Miguel V. Laveaga y Eugenio Martínez; 1.ª Brigada de Infantería de la 6.ª División del Noroeste, al mando del C. general Miguel M. Acosta; Brigada Hernández, comandada por el C. general Luis M. Hernández, así como las fuerzas de Sonora, que se han rendido al Gobierno Constitucionalista en este Estado. Las demás fuerzas que actualmente se encuentran en este Estado, quedan a las órdenes del C. general de brigada Plutarco Elías Calles, jefe de la 4.ª División del Cuerpo de Ejército del Noroeste, quien dependerá directamente de este Cuartel General. Para atenciones de esa campaña que usted iniciará, quedan con instrucciones de atender las órdenes de usted, por los elementos que necesite, las siguientes dependencias de este Cuartel General: Depósitos generales de municiones, vestuario y equipo, en Hermosillo, a cargo del C. teniente coronel de Estado Mayor, Eduardo C. García; proveeduría general, en Nogales, a cargo del C. Ignacio C. Corella; agencia especial financiera, en Nogales, Arizona, a cargo del C. Baldomero A. Almada, quien actualmente funge como cónsul interino constitucionalista en aquel lugar; superintendencia de trenes militares del Cuerpo de Ejército del Noroeste, a cargo del C. coronel J. L. Gutiérrez, quien es el conducto para ordenar todo lo relativo a movimiento de trenes, estando acreditado con tal carácter ante la superintendencia del ferrocarril. Lo comunico a usted para su conocimiento y fines, reiterándole las seguridades de mi atenta y distinguida consideración. *Constitución y Reformas*. Cuartel General en Hermosillo, Sonora, a 21 de diciembre de 1915. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*. Al C. general de división Manuel M. Diéguez, Jefe de Operaciones en el Noroeste.

El coronel J. M. Garza, con parte de los oficiales de mi Estado Mayor, quedaban en Hermosillo como representantes de mi Cuartel General, con instrucciones de hacer a Empalme la movilización de las fuerzas que se encontraban en Agua Prieta, y que deberían ponerse a las órdenes del general Diéguez para la campaña del Yaqui, así como para atender a las necesidades de las mismas fuerzas y activar la ejecución de las órdenes que yo dictara, por su conducto, para la movilización de otras fuerzas hacia Chihuahua, si era necesario.

De Hermosillo, salí al Norte, a la 1 p. m. del día 21, y habiendo hecho oportuna conexión con el tren que de Nogales salía esa noche para El Paso, continué mi viaje, llegando a aquella ciudad el día 22.

Inmediatamente procedí a nombrar comisiones para recibir los distintos ramos de la administración en la ciudad rendida, comisionando al C. mayor de mi Estado Mayor, J. M. Carpio, para que hiciera el licenciamiento de la guarnición ex-villista,

gratificando a cada uno de los soldados, oficiales y jefes con una cantidad suficiente para sus gastos de viaje a sus hogares, después de entregar cada uno sus armas y pertrechos.

A efecto de hacer el relevo de la guarnición de Ciudad Juárez con fuerzas nuestras, ordené al coronel Garza que hiciera embarcar en Hermosillo, con destino a Juárez, cruzando por territorio norteamericano, la brigada del C. general Gabriel Gavira, con efectivo aproximado de 1 900 plazas, y el embarco se efectuó el día 24, llegando estas fuerzas a Ciudad Juárez el día 27.

Antes de que llegara el general Gavira, y en previsión de que tardara su arribo, como se hacía necesaria la presencia de fuerzas nuestras en Ciudad Juárez, para el mejor éxito del licenciamiento de los ex-villistas, y para normalizar la situación en aquella plaza, me dirigí al general Jacinto B. Treviño, que ya había ocupado la ciudad de Chihuahua, con su división, pidiéndole que destacara a Ciudad Juárez uno de sus jefes, con algunas tropas; y en cumplimiento de mis instrucciones, el general Treviño hizo marchar a Ciudad Juárez al general Gustavo Elizondo, con una brigada, habiéndose incorporado este jefe el día 25.

Al llegar el general Gavira a Ciudad Juárez, relevó al general Elizondo, asumiendo, por disposición mía, la Comandancia Militar de la Plaza, y continuando el licenciamiento de las tropas ex-villistas, que habían estado de guarnición en Juárez, y de las que se presentaban procedentes de otras plazas del norte de Chihuahua, a rendir sus armas y recibir pasajes y auxilio pecuniario para regresar a sus hogares.

Para el día 19 de enero de 1916 estaba ya restablecida la comunicación ferrocarrilera entre Ciudad Juárez y Chihuahua, y en esta fecha emprendí por esa vía la marcha hacia el Sur, hasta incorporarme a usted en Querétaro.

El licenciamiento de las fuerzas ex-villistas continuó en los meses de enero y febrero, y al finalizar, el general Gavira rindiome un informe circunstanciado, relativo, del que tomo los siguientes datos, que muestran el número de ex-villistas licenciados, pertrechos recogidos y cantidades invertidas:

RESUMEN GENERAL DE LOS VILLISTAS AMNISTIADOS Y LICENCIADOS EN ESTA PLAZA POR DISPOSICIÓN DEL C. GENERAL ÁLVARO OBREGÓN, JEFE DEL CUERPO DE EJÉRCITO DEL NOROESTE

20 Generales a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $1,000.00 dólares, o sean $2,000.00 pesos en billetes constitucionalistas.

84 Coroneles a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $2,300.00 dólares, o sean $6,640.00 pesos en billetes constitucionalistas.

142 Tenientes Coroneles a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $3,920.00 dólares, o sean $11,040.00 pesos en billetes constitucionalistas.

349 Mayores a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $9,090.00 dólares, o sean $27,270.00 pesos en billetes constitucionalistas.

480 Capitanes primeros a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $8,650.00 dólares, o sean $23,080.00 pesos en billetes constitucionalistas.

368 Capitanes segundos a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $6,220.00 dólares, o sean $17,140.00 pesos en billetes constitucionalistas.

573 Tenientes a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $9,420.00 dólares, o sean $27,070.00 pesos en billetes constitucionalistas.

636 Subtenientes a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $10,680.00 dólares, o sean $29,840.00 pesos en billetes constitucionalistas.

683 Sargentos primeros a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $5,710.00, dólares o sean $12,800.00 pesos en billetes constitucionalistas.

650 Sargentos segundos a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $5,600.00 dólares, o sean $12,220.00 pesos en billetes constitucionalistas.

656 Cabos a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $4,920.00 dólares, o sean $12,600.00 pesos en billetes constitucionalistas.

2 998 Soldados a quienes se les entregaron para el regreso a sus hogares $24,550 dólares, o sean $54,740.00 pesos en billetes constitucionalistas.

Sumas totales: 7 639 efectivos amnistiados, $92,120.00 dólares entregados. Equivalencia de $236,440.00 pesos en billetes constitucionalistas.

RELACIÓN DEL ARMAMENTO, PARQUE Y OTROS OBJETOS RECOGIDOS A LOS VILLISTAS INDULTADOS EN ESTA PLAZA.

5 cañones en buen estado.

9 cañones inutilizados con dinamita.

8 580 proyectiles para cañón.

6 morteros, con sus cofres.

17 ametralladoras, con sus cofres.
5 631 rifles.
1 124 caballos.
1 581 monturas.
3 200 cananas.
3 aeroplanos.

Gran cantidad, a granel, de cartuchos para fusil, dos lotes de útiles del servicio sanitario, y un lote de instrumentos de música.

Entre los villistas amnistiados y licenciados en Ciudad Juárez, se encontraban los restos de la Columna José Rodríguez, que fue destrozada por Calles y Flores en San Joaquín y Estación Cima, en el Estado de Sonora, los cuales, después de una penosísima travesía, en huida por la Sierra Madre, habían llegado a Casas Grandes y de allí, al tener noticia del licenciamiento que se estaba llevando a cabo en Ciudad Juárez, mandaron ofrecer su rendición en iguales condiciones, la que les fue aceptada, ordenándoles reconcentrarse en aquella plaza para su licenciamiento.Protesto a usted las seguridades de mi respetuosa subordinación y particular aprecio. *Constitución y Reformas*. Querétaro, Querétaro, marzo 10 de 1916. El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

Al C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.

Para el buen éxito alcanzado en el licenciamiento de las tropas villistas, cooperó de una manera eficaz y diligente el cónsul constitucionalista en El Paso, Texas, señor Andrés G. García, quien no solamente en esta ocasión, sino durante toda la campaña contra la reacción, desarrolló con verdadero acierto una labor de energía y patriotismo, teniendo que enfrentarse con todos los peligros con que la reacción amaga siempre a los hombres que saben cumplir con su deber dentro de la revolución. Pocos días después, llegué a Querétaro, y al cabo de una corta permanencia allí, salí acompañando al Primer Jefe a una jira por los Estados de Guanajuato, Jalisco y Colima, que se prolongó algunas semanas. En esta jira, como en la que el Primer Jefe hizo por la frontera Norte de la República, fue objeto de grandiosas manifestaciones de simpatía por parte de las clases populares, que revelaron el espíritu liberal de las mayorías en nuestro pueblo. En Celaya, que fue donde se desarrollaron los combates más sangrientos en la lucha contra los infidentes, mandados por Villa, el entusiasmo fue mayor. En el puerto de Manzanillo me separé del Primer Jefe para embarcarme con destino a Mazatlán, y de allí seguir a Hermosillo a celebrar mi matrimonio, acto que tenía aplazado desde que me lancé a la Revolución para combatir contra el usurpador Huerta. Efectuado mi enlace en Hermosillo, salí por la vía de Nogales y El Paso, a incorporarme en Irapuato al Primer Jefe. De El Paso, continué mi viaje por Chihuahua, hasta incorporarme al Primer Jefe en Irapuato, el día 11 de marzo. En seguida marchamos a Querétaro, y en esta ciudad, tomando en consideración que había terminado por completo la campaña, el Primer Jefe acordó desintegrar el Cuerpo de Ejército del Noroeste, que había estado a mis órdenes, debiendo, en lo sucesivo, depender directamente de la Secretaría de Guerra las distintas divisiones que lo formaban. A continuación, y precisamente al surgir las dificultades con el Gobierno de los Estados Unidos, con motivo del asalto hecho por Villa sobre la población norteamericana de Columbus, el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, me expidió nombramiento de Secretario de Guerra y Marina en su Gabinete, puesto del que tomé posesión en la ciudad de Querétaro el día 13 de marzo de 1916.

## OPERACIONES DE LA COLUMNA EXPEDICIONARIA DE SINALOA EN EL SUR DE SONORA

La Columna Expedicionaria de Sinaloa, que al mando del C. general Ángel Flores destacó el general Iturbe hacia el sur de Sonora, a principios del mes de enero de 1915, desarrolló operaciones de grande valimiento, que merecen relatarse, aunque sea a grandes rasgos:Las fuerzas al mando del general Flores emprendieron su avance hacia el sur de Sonora, a principios de enero de 1915, partiendo de San Blas, Sinaloa, y en su marcha tuvieron que librar un reñido combate en Estación Masiaca, en el que derrotaron a los reaccionarios que trataban de contener su avance, haciéndoles 23 muertos. Después de una permanencia de seis días en aquel lugar, las fuerzas continuaron su avance, habiendo llegado a Navojoa, Río Mayo, Sonora, el 24 del mismo mes de enero, y en aquella plaza se estableció el centro de operaciones de la Columna Expedicionaria, dominando toda la región que comprende la margen izquierda del Mayo y una parte de la margen derecha, hacia el noroeste de la plaza. Los últimos días de enero y primeros de febrero transcurrieron en relativa calma para las fuerzas del general Flores; pero el día 15 del citado mes de febrero, los reaccionarios comenzaron a hostilizarlas, acercándose a la plaza por el rumbo de la hacienda de Rosales, situada a la distancia de 3 kilómetros en la otra banda del Mayo. Con ese motivo, se libró aquel día el primer combate en los alrededores de Navojoa, entre los maytorenistas, en número aproximado de 800, y los nuestros, en número de 450, combate que fue sumamente reñido y que al fin se resolvió en victoria para los nuestros, que desalojaron de sus posiciones al enemigo, haciéndole 27 muertos. Por parte de los nuestros se registraron también algunas bajas, incluyéndose entre los muertos al mayor Candelario Ortiz, jefe del regimiento de artillería, y al teniente José López. Una fracción de la Columna Expedicionaria, al mando del teniente coronel Benjamín Chaparro, había sido situada en Huatabampo. Esa plaza fue atacada por sorpresa, a mediados del mes de marzo, por una partida de indios mayos, capitaneada por Ignacio Otero, habiendo perecido la mayor parte de los nuestros, inclusive el teniente coronel Chaparro, después de una desesperada defensa en su propio cuartel. El enemigo, posesionado de la población, se entregó a los más criminales atentados, asesinando villanamente a muchos de los habitantes pacíficos y destruyendo sus bienes. A mediados del mes de abril principió el asedio de los maytorenistas a la plaza de Navojoa, a la que poco después pusieron un verdadero sitio, aislándola completamente de todo contacto o comunicación con otras plazas y haciendo continuados asaltos sobre las posiciones de nuestras fuerzas, que valientemente defendían la plaza. El sitio se prolongó por espacio de más de dos meses, y en ese tiempo, el enemigo, que se esforzaba por capturar Navojoa, llegó a cargar sobre el general Flores en una proporción mayor de tres contra uno, habiendo fracasado siempre en todos sus intentos, y siendo finalmente destrozado, cuando el general Flores tomó la ofensiva. Los principales jefes reaccionarios que mantuvieron el sitio de Navojoa, fueron: Ramón V. Sosa, Jesús Trujillo, Felipe Riveros, Francisco Urbalejo, Macario Gaxiola y Juan Antonio García. Cuando los maytorenistas, escarmentados por los descalabros que en cada uno de sus asaltos les infligieron las fuerzas del general Flores en Navojoa, se replegaron hasta Estación Esperanza, a mediados de junio, el general Flores ensanchó sus dominios, ocupando con sus fuerzas las plazas de Álamos y Huatabampo, y más tarde, cuando por el puerto de Yavaros recibió una remesa de cartuchos y equipo, preparó su ofensiva al Norte, de acuerdo con el general Diéguez, que estaba en Mazatlán preparando las operaciones que se le habían encomendado sobre Sonora. El general Flores

emprendió su avance de Navojoa al Norte, el 23 de septiembre y en la misma fecha, la vanguardia de su columna, al mando del coronel Roberto Cruz, puso sitio y atacó Estación Fundición, capturando a la guarnición enemiga que allí había, en número de 75 hombres. De allí se prosiguió la marcha hasta Estación Esperanza, y más tarde a Torín, plaza que fue atacada y capturada por el coronel Roberto Cruz, haciendo al enemigo muchos prisioneros. La columna, después de permanecer algunos días en Torin, continuó la marcha al Norte, reconstruyendo la vía del ferrocarril, hasta quedar acampada en Empalme, lugar donde se incorporó a las fuerzas del general Diéguez, que para entonces ya había capturado el puerto de Guaymas. La conjunción de la Columna Expedicionaria de Sinaloa y la División Expedicionaria del general Diéguez tuvo lugar en la tercera decena de octubre, y desde entonces las fuerzas del general Flores quedaron incorporadas a la referida División Expedicionaria, habiendo tenido muy importante participación en las subsecuentes operaciones llevadas a cabo por el general Diéguez en el centro de Sonora, concurriendo a la ocupación de Hermosillo y a las batallas libradas en Alamito, Zamora y Hermosillo contra las fuerzas reaccionarias mandadas por Francisco Villa, después de la derrota que éstas sufrieron en su asalto sobre Agua Prieta. Entre las operaciones de la Columna Expedicionaria de Sinaloa, resalta como de mayor trascendencia la defensa de Navojoa, pues su heroica y abnegada resistencia en aquella plaza fue la infranqueable barrera que tuvieron los infidentes de Sonora, capitaneados por José María Maytorena, que les impidió extender sus dominios al Sur, invadiendo el Estado de Sinaloa, y el mérito de esa defensa se acrecienta si se considera que aquellas bravas fuerzas estuvieron siendo atacadas por un enemigo tenaz, decidido y en número abrumador, con elementos que los nuestros estaban muy lejos de igualar; que el aislamiento de nuestras tropas en aquella plaza era completo, sin tener comunicación con ninguna otra plaza, ni con ningún otro núcleo de fuerzas constitucionalistas; sin recibir provisiones de boca o de guerra, ni refuerzos, ni noticias de lo que pasaba en el resto del país, obligadas a estar atenidas exclusivamente a los escasos recursos que podían allegarse en la plaza sitiada. Entre los hechos militares que mayor realce dieron a las armas constitucionalistas, en la región del sur de Sonora y en la época del sitio de Navojoa, debe citarse la defensa de la ciudad de Álamos, Sonora, el día 12 de mayo de 1915, en que un grupo de vecinos de aquella ciudad, en número menor de 50, al sentirse el avance de una columna enemiga, cuyo número pasaba de 500 hombres, voluntariamente se presentaron al cuartel, aprestándose a la defensa de dicha ciudad. El combate fue desigual, desesperado y rudo: el enemigo, en número abrumador, cargaba sobre el cuartel, donde se defendía aquel grupo de valientes; éstos fueron siendo diezmados, muriendo unos, cayendo heridos otros, hasta que, por fin, el agotamiento de cartuchos y la asfixia que entre ellos comenzaba a producir el humo dentro del cuartel, los incapacitó para prolongar aquel sacrificio inútil. Entonces el mayor Félix Mendoza, que era el jefe de aquel puñado de hombres, les aconsejó que se rindieran, y él, disparándose su arma, se privó de la vida. Su asistente, al ver aquel gesto de heroísmo de su jefe, cogió el arma de éste, y siguiendo su ejemplo, con ella se dio muerte también. Así terminó aquella defensa, que debe llenar de orgullo a los hijos de la ciudad de Álamos, donde siempre se ha sabido rendir culto a la moralidad y al honor. Los muertos en aquella heroica defensa fueron los siguientes: presidente municipal, Carlos Salazar; Severiano J. Gámez, Pedro Vázquez,

Antonio Ávila, Rosario Barriga, y otros, cuyos nombres no recuerdo. Los heridos fueron:José Ruiz, Miguel Gutiérrez, Manuel Tirado, Francisco Rivas, Gumersindo Esquer, M. Quiñones, Ernesto Salazar, y otras personas, cuyos nombres no conservo en la memoria.

Los principales colaboradores del general Flores en esa meritoria campaña, fueron: general Manuel Meza, coroneles Roberto Cruz, Manuel Salazar, Herculano de la Rocha, y, Arnulfo R. Gómez; tenientes coroneles José L. Galaz, Anatolio B. Ortega, José Aguilar, Guillermo Nelson, Mateo de la Rocha, Pablo Macías, Leonides García, y, Benjamín Chaparro; mayores Candelario Ortiz, Plácido G. Moreno, Félix Mendoza, Joaquín Galindo, Pedro Figueroa, Braulio R. Caldera, José A. Velasco, Rafael Buelna, J. Camou, Vidal Pérez, Rafael Guirado, y, Crisóforo Vázquez. Las bajas más sensibles sufridas en la columna, fueron:teniente coronel Leonides García, teniente coronel Benjamín Chaparro, mayor Candelario Ortiz, mayor Plácido G. Moreno, mayor Félix Mendoza, y, mayor Joaquín Galindo; todos muertos. Las bajas del enemigo, en los diferentes combates librados con las fuerzas del general Flores, hasta la fecha en que éstas se incorporaron al general Diéguez en Empalme, las estima el propio general Flores en cerca de 1 500.

## OPERACIONES DE LA PRIMERA DIVISIÓN DE CABALLERÍA DEL NOROESTE

La 1.ª División de Caballería del Noroeste, al mando del C. general Enrique Estrada, que formaba parte de las fuerzas puestas a las órdenes del general M. M. Diéguez para la campaña en los Estados de Sonora y Sinaloa y el Territorio de Tepic, por disposición del propio general Diéguez emprendió su marcha del Estado de Jalisco a principios del mes de agosto de 1915, haciendo sus jornadas pie a tierra y llevando como objetivo internarse en el sur de Sonora, para cooperar en la campaña que por el centro de aquel Estado emprendería el general Diéguez, con las fuerzas que llevaría directamente a sus órdenes por la vía marítima de Manzanillo-Mazatlán-Guaymas. La marcha de las fuerzas del general Estrada, desde Jalisco hasta Sonora, por tierra, atravesando la Sierra Madre Occidental, constituye por si sola un hecho meritorio, que habla muy alto en pro del valer y abnegación de nuestras tropas, máxime si se toma en cuenta, aparte de las incontables penalidades de esa atrevida marcha, la circunstancia de que el territorio en que se internaron estas tropas estaba entonces, por lo que toca a Tepic y una parte del sur de Sinaloa, dominado por fuerzas enemigas, que comandaba el infidente Buelna, con las cuales las del general Estrada tuvieron que combatir varias veces para abrirse paso al Norte. Los combates y tiroteos sostenidos con el enemigo en la marcha hasta el centro de Sinaloa, tuvieron lugar sucesivamente en la Cuesta de Ingenieros, en San Andrés, en Paso de Parras, Marquesado, Ceboruco, Tetitlán y Quimichis, dando por resultado la completa derrota y dispersión de los reaccionarios de Buelna, quienes abandonaron la zona que ocupaban, dirigiéndose la mayor parte de ellos hacia Durango. Cuando la división de caballería del general Estrada había llegado ya al centro de Sinaloa, se tuvieron noticias de que marchaba a invadir el norte de aquel Estado una columna reaccionaria, destacada de Chihuahua, y con este motivo la división se preparó a contrarrestar aquella invasión, ordenando el general Estrada que se situara en El Fuerte, Sinaloa,

la brigada al mando del general Jesús Madrigal, reforzada con el 4.º Batallón de Sinaloa y algunas otras tropas de Sinaloa, pertenecientes a la brigada del general Mateo Muñoz, a fin de hacer la defensa de aquella plaza, que parecía ser el objetivo inmediato de los reaccionarios procedentes de Chihuahua, para unirse con las chusmas vandálicas del indio Bachomo, y las cuales merodeaban por aquella región. En efecto, el 5 de noviembre el enemigo atacó la plaza de El Fuerte, dando vigorosos asaltos sobre las posiciones ocupadas de antemano por las fuerzas del general Madrigal, por espacio de tres horas, al cabo de las cuales fue rechazado con fuertes pérdidas, permaneciendo nuestras tropas en sus posiciones de defensa. El enemigo se retiró solamente a corta distancia de la plaza, y por la noche, ya reorganizado, emprendió cuatro nuevos asaltos sobre El Fuerte, siendo en todos ellos rechazado también. Por parte que rindió el general Madrigal al general Estrada en San Blas, Sinaloa, éste tuvo conocimiento del ataque de los reaccionarios sobre El Fuerte, y el día 6 salió, personalmente, a reforzar aquella plaza con la brigada al mando del general Sepúlveda, habiendo llegado el mismo día, cuando el enemigo, que había improvisado atrincheramientos frente a las líneas de defensa de la plaza, hostilizaba aún a las fuerzas del general Madrigal desde aquellas posiciones. Durante la noche del 6, los reaccionarios dieron tres nuevos asaltos sobre las posiciones de nuestras fuerzas, en los que fueron siempre rechazados. Replegado de nuevo el enemigo a sus atrincheramientos, continuó durante el día 7 hostilizando, con débil tiroteo, a nuestras fuerzas, y, mientras tanto, el general Estrada preparaba la ofensiva para resolver aquella situación. Al caer la tarde, se inició el movimiento ofensivo con fuerzas de los regimientos 1.º y 7.º y del 4.º Batallón de Sinaloa, al mando del general Madrigal, sobre la posición de Ocolomi, en que se había localizado al Cuartel General enemigo. El general Madrigal asaltó vigorosamente aquella posición, habiendo logrado capturada y avanzar hasta el dique, poniendo en fuga al enemigo. Entonces el general Sepúlveda, con fracciones del 3.º, del 4.º, del 5.º y del 6.º regimientos y los Carabineros de Sinaloa, siguió el movimiento de ofensiva por el frente y sobre la retaguardia del enemigo, determinándose así la pronta huida de éste, en completa desbandada por entre los breñales, siendo perseguido por el coronel Félix Barajas con fuerzas de los regimientos 5.º y 7.º

Las bajas del enemigo, durante los tres días de combate en El Fuerte, las estima el general Estrada en 1 000, entre muertos, heridos y prisioneros, contándose en estos últimos un regular número de jefes y oficiales; en tanto que las habidas en nuestras fuerzas, fueron: 20 muertos, entre éstos el teniente coronel Trujillo, jefe que fue del 2.º regimiento, y 86 heridos, entre ellos el mayor Amavisca, y algunos oficiales.

Las fuerzas enemigas que atacaron El Fuerte estaban mandadas por los generales reaccionarios Juan Banderas, Orestes Pereyra, Ciañez, Barrios, Fernández y el indio Bachomo.

Después de la derrota de El Fuerte, los reaccionarios se dirigieron a Jaguara, y allí fueron batidos por fuerzas de los generales Mateo Muñoz y Aureliano Sepúlveda, sufriendo una nueva derrota y cayendo prisioneros, en poder de los nuestros, los generales Orestes Pereyra y Jiménez, y 50 jefes y oficiales, los que fueron pasados por las armas.

De aquel desastre lograron salvarse Banderas y el indio Bachomo; pero más tarde, viéndose acosados por los nuestros, se rindieron incondicionalmente, en Moyas, ante el general Madrigal, con 1 200 hombres, cuyo desarme se efectuó el 5 de diciembre.

La división del general Estrada había tomado ya contacto con el general Diéguez, que se encontraba en Hermosillo, quedando acuartelada en Guaymas.

# DISTANCIAS RECORRIDAS EN CAMPAÑA POR EL EJÉRCITO A LAS ÓRDENES INMEDIATAS DEL GENERAL ÁLVARO OBREGÓN

## EN CAMPAÑA CONTRA OROZCO

*Año de 1912*

De Agua Prieta por Colonias, Morelos y Oaxaca, Cañón del Púlpito, Ojitos, Casas Grandes y Pearson a Ciudad Juárez, distancia recorrida: 610 kilómetros.

De Agua Prieta a Nacozari y regreso al punto de partida, librando la batalla de San Joaquín, distancia recorrida: 248 kilómetros.

Total de kilómetros recorridos durante la campaña contra Orozco: 858.

## EN CAMPAÑA CONTRA HUERTA

*Años 1913-1914*

De Hermosillo a Nogales: 282 kilómetros.

De Nogales por el puerto de Palominos a Agua Verde (frente a Naco): 130 kilómetros.

De Agua Verde por el puerto de Gallinas a Cananea: 50 kilómetros.

De Cananea a Naco por la vía del ferrocarril: 47 kilómetros.

De Naco a Nogales por la vía del ferrocarril: 187 kilómetros.

De Nogales a Empalme, frente a Guaymas: 418 kilómetros.

De Empalme a Culiacán: 542 kilómetros.

De Culiacán a Mazatlán: 221 kilómetros.

De Mazatlán a Tepic: 318 kilómetros.

De Tepic a San Marcos, atravesando la sierra: 200 kilómetros.

De San Marcos a Guadalajara: 116 kilómetros.

De Guadalajara a Colima, marchando por la vía del ferrocarril hasta Zapotiltic y de allí por la faldas de los volcanes, siguiendo el camino de las barrancas de Beltrán, Atenquique y El Muerto: 275 kilómetros.

De Colima a Estación Campos, frente a Manzanillo: 92 kilómetros.

De Guadalajara a México, vía Irapuato: 620 kilómetros.

Total de kilómetros recorridos durante la campaña contra Huerta: 3 498.

## RECONCENTRACIÓN DE TROPAS A VERACRUZ A RAÍZ DEL ROMPIMIENTO CON VILLA Y LA CONVENCIÓN

*1914*

De México a Veracruz por la vía del ferrocarril Mexicano: 425 kilómetros.
Total de kilómetros recorridos en esta primera fase de la campaña contra Villa y la Convención: 425.

## CAMPAÑA CONTRA ZAPATA

*1914-1915*

De Veracruz a Puebla: 333 kilómetros.
Total de kilómetros recorridos en esta segunda fase de la campaña contra la Convención: 333.

## CAMPAÑA CONTRA LA CONVENCIÓN

*1915*

De puebla a México, vía Apizaco: 186 kilómetros.
Total de kilómetros recorridos en esta tercera fase de la campaña contra la Convención: 186.

## CAMPAÑA CONTRA VILLA

*1915*

De México a Celaya: 292 kilómetros.
De Celaya a León: 134 kilómetros.
De León a Aguascalientes: 170 kilómetros.
De Aguascalientes a Zacatecas: 120 kilómetros.
De Zacatecas a San Luis Potosí: 315 kilómetros.
Batida contra Fierros y Reyes
De San Luis Potosí a Celaya: 229 kilómetros.
De Celaya a Estación La Griega: 60 kilómetros.
De Estación La Griega a Salvatierra, vía Celaya: 99 kilómetros.
De Salvatierra a Valle de Santiago, vía Celaya y Salamanca: 102 kilómetros.
De San Luis Potosí a Saltillo: 390 kilómetros.
De Saltillo a Torreón, vía Paredón, marchando por el desierto de Coahuila, haciendo un rodeo a la Laguna de Mairán: 390 kilómetros.
Batida contra la columna de José Rodríguez
De Agua Prieta a Naco: 52 kilómetros.
De Naco a Cananea, por el puerto de Palominos: 57 kilómetros.
De Cananea a Nogales: 140 kilómetros.
De Nogales a Magdalena: 87 kilómetros.
De Agua Prieta a Esqueda: 73 kilómetros.

Total de kilómetros recorridos en esta cuarta fase de la campaña contra la Convención: 2 700.

## RESUMEN

En campaña contra Orozco: 858 kilómetros.
En campaña contra Huerta: 3 498 kilómetros.
En campaña contra la Convención, incluyendo las cuatro fases: 3 644 kilómetros.

TOTAL: 8 000 kilómetros.

## OBSERVACIONES

Se notará que no se han contado como jornadas en campaña, las marchas que hicieron las tropas, en transportación por territorio ya controlado en nuestra República, o por vías extranjeras; por ejemplo: la movilización de la Columna Sonorense, de Ciudad Juárez a Agua Prieta, hecha por líneas norteamericanas; el regreso de las tropas, desde frente a Manzanillo hasta Guadalajara, para emprender de allí la campaña sobre México, en época de Huerta; la contramarcha desde Valle de Santiago a San Luis Potosí, después de destrozar a la columna de Fierros y Reyes; la movilización de las columnas de los generales Diéguez y Gavira a Sonora, desde Aguascalientes y San Luis Potosí, respectivamente; la movilización de tropas de Torreón a Piedras Negras, y de allí a Agua Prieta, por las líneas norteamericanas; y la movilización de Magdalena y Cíbuta a Nogales, y de allí a Agua Prieta por las líneas norteamericanas, para batir a José Rodríguez. En consecuencia, la suma de kilómetros que se anota indica la extensión lineal que hubieron de conquistar las fuerzas que estuvieron a mis órdenes directas en las distintas campañas a que se refiere mi obra.
*A. Obregón.*

## COMPLEMENTO

Cuadros que manifiestan el efectivo de fuerza con que se libró el combate de Santa Rosa, Sonora, y relación de los CC. jefes y oficiales que tomaron parte en la batalla de Celaya, del 13 al 15 de abril de 1915.

### PRIMERA COLUMNA EXPEDICIONARIA DE SONORA

*Cuadro que manifiesta el efectivo de la expresada con que se libró el combate de Santa Rosa, durante los días del 9 al 12 del mes de mayo actual*

CORONEL EN JEFE: ÁLVARO OBREGÓN

ESTADO MAYOR:
Mayor Nicolás Díaz de León
Capitán 1.º Benjamín Chaparro
Capitán 2.º José J. Méndez
Teniente Luis M. Anchondo

*Por el frente*

*Coronel* Juan G. Cabral

Ayudantes
Capitán 1.º Luis Álvarez Gayou
Teniente Francisco Arvizu

*4.º Batallón 1.º de Sonora*

Comandante: Mayor Francisco R. Manzo
Capitán 1.º Francisco Bórquez
Capitán 1.º Moisés Carranza (herido)
Capitán 1.º Cenobio Ochoa
Capitán 2.º Pablo E. Macías
Capitán 2.º Hipólito Jiménez
Capitán 2.º Pedro J. Almada
Capitán 2.º Tiburcio Morales
Teniente Carlos Robinson
Teniente Enrique Urías
Teniente Guillermo Palma
Teniente Luis Ruedaflores
Teniente Manuel Mendoza (herido)
Subteniente Manuel J. Limón
Subteniente Manuel Rivera (herido)
Subteniente Rafael Gaxiola
Subteniente Ignacio Gómez
Subteniente Modesto Yépiz
Subteniente Juan A. López
Subteniente Pedro Hinostrosa
Subteniente Manuel Maldonado.
Subteniente Alejandro Parra
Individuos de tropa, 60

*Ex insurgentes y Guardias Nacionales del Estado*

Comandante: Mayor Francisco G. Manrique
Teniente Erasto Valdez Gutiérrez (herido)
Teniente Francisco Figueroa (herido)
Teniente Catarino Sánchez
Teniente Luis Huerta
Teniente Antonio Morales
Individuos de tropa: 60

*Fracción del 3.er Batallón 1.º de Sonora*

Comandante: Capitán 1.º Arnulfo R. Gómez
Capitán 2.º Florencio Fimbres
Capitán 2.º Juan Valenzuela
Teniente Pedro Islas
Individuos de tropa: 100

*Fracción del 5.º Batallón 1.º de Sonora*

Comandante: Capitán 1.º Reyes N. Gutiérrez
Capitán 2.º Francisco D. Santiago
Teniente Benito Agüeros
Subteniente Joaquín González
Individuos de tropa: 50

*Voluntarios de Horcasitas*

Comandante: Capitán 1.º Miguel Ramírez
Teniente Cipriano Martínez
Subteniente Joaquín Contreras
Subteniente Víctor Valencia
Individuos de tropa: 55

TOTAL

Jefes: 3
Oficiales: 40
De tropa: 465

*Flanco derecho*

*Coronel* M. M. Diéguez
Ayudante: Teniente Alejandro Quiroga

*Voluntarios de Cananea*

Capitán 1.º Pablo Quiroga (herido)
Capitán 1.º Tiburcio Rivera
Capitán 2.º Alfredo Galindo
Capitán 2.º Federico L. Flores
Teniente Miguel Hale (muerto)
Teniente Manuel Lara
Teniente Victoriano Solano
Teniente Juan Domínguez
Teniente Ramón Gastélum
Teniente Rafael V. López
Subteniente Crispín Luque
Subteniente Fernando Quiñones

Subteniente Pedro Vargas
Subteniente Audomero Bórquez
Subteniente Carlos Cruz
Individuos de tropa, 500

*Voluntarios de Arizpe*

Comandante: Mayor Francisco Contreras
Capitán 1.º Leopoldo L. Arias
Capitán 1.º Jesús Verdugo
Capitán 1.º Jesús M. Padilla
Capitán 2.º José Córdoba Valdez
Teniente Germán Varela
Teniente Máximo Othón
Teniente Francisco Preciado
Subteniente Ricardo Vidal
Subteniente Lauro D. Navarro
Subteniente Rómulo Córdova
Subteniente Manuel Guzmán
Subteniente Manuel Fuentes
Individuos de tropa: 200

*Coronel* Salvador Alvarado
Ayudantes
Capitán 1.º Juan Mérigo
Capitán 2.º Ignacio Enríquez

*Cuerpo Auxiliar Federal*

Mayor Luis Bule (muerto)
Mayor Francisco Urbalejo
Capitán 1.º José Vázquez
Capitán 1.º Francisco Mungarro
Capitán 2.º Miguel Valenzuela
Capitán 2.º Agustín Chávez
Capitán 2.º Silvano Martínez (muerto)
Capitán 2.º Ignacio Domínguez
Capitán 2.º Luis Buitimea
Capitán 2.º Raúl Molina
Teniente Eleno Figueroa
Teniente José Herrera
Teniente José Juan Valencia
Teniente Víctor López
Teniente Ramón López (muerto)

Teniente José Osterman
Teniente Lucas Vázquez
Teniente Juan C. Morquecho
Subteniente Juan Casillas
Subteniente Gabriel Molina
Subteniente Francisco Vázquez
Subteniente Modesto Jiménez
Subteniente Juan Andasolo
Individuos de tropa: 441

*Voluntarios Benito Juárez*

Comandante: Félix F. Romero
2.º en mando: Rodolfo López
Teniente Francisco Mendoza
Subteniente Emiliano Ayala
Individuos de tropa: 69

*Voluntarios Zaragoza*

Capitán 2.º Ponciano Márquez
Teniente Alejandro Márquez
Teniente Juan Cantú
Individuos de tropa: 38

*Voluntarios de Bacerac*

Capitán 2.º Antonio A. Galaz
Capitán 2.º Francisco Aldaco
Teniente Inés Aguirre
Subteniente Francisco Valencia
Individuos de tropa: 35

*Voluntarios de Pilares de Nacozari*

Teniente Zeferino Gómez
Subteniente José Moreno
Individuos de tropa: 25

*Voluntarios de Magdalena*

Comandante: Sebastián G. Castillo

Individuos de tropa: 35

TOTAL

Jefes: 5
Oficiales: 65
De tropa: 993

*Flanco izquierdo*

*Coronel* Ramón V. Sosa

Ayudantes
Capitán 1.º Miguel Pifia, hijo
Capitán 1.º Felipe Plank

*Fracción del 48.º Cuerpo Rural y de Guardias Nacionales del Estado*

Mayor Jesús Gutiérrez (muerto)
Mayor José M. Acosta
Capitán 1.º José M. Gil Samaniego
Capitán 1.º Carlos Figueroa
Capitán 1.º Lucas Oros
Capitán 1.º Guadalupe Ramírez
Capitán 2.º Pedro S. Molina.
Capitán 2.º Eleno Reyes
Capitán 2.º Alejandro S. Vidal
Teniente Braulio R. Cárdenas
Teniente Severo V. Fuentes
Teniente Florencio Acosta
Teniente Hernán Romero
Teniente Joaquín M. Sotelo
Teniente Julio Montiel
Teniente Guillermo Mc Gregor
Teniente Bautista Humar
Subteniente Francisco G. Flores
Subteniente Teodoro Valencia
Subteniente Lino C. Rivera
Subteniente Arturo Romo
Individuos de tropa: 200

*Fracciones del 47.º Cuerpo Rural y 5.º Batallón 1.º de Sonora*

Comandante: Mayor Carlos Félix

Capitán 1.º Lorenzo Ochoa
Capitán 1.º Gonzalo Escobar (herido)

Capitán 2.º José R. Félix
Teniente Jesús García
Teniente Manuel G. Saucedo
Teniente J. Márquez de León
Teniente Vicente Trujillo
Subteniente Balbino Carrasco
Subteniente Gerardo Searcy
Individuos de tropa: 235

*Fracciones de Voluntarios del Río de Sonora, de Guaymas y de Hermosillo*

Comandante: Mayor Aurelio Amavisca

Capitán 1.º Benigno A. Mange
Capitán 1.º Miguel Hernández
Capitán 1.º Jesús Ramírez
Capitán 2.º José Armenta (muerto)
Capitán 2.º José C. Olguín
Capitán 2.º Francisco G. Cota
Capitán 2.º Rafael Vizcaíno
Capitán 2.º José J. Cota
Teniente Carlos Martínez
Teniente Daniel Fierro
Teniente Enrique Vidal
Teniente Ramón M. Martínez (muerto)
Teniente Balbino Carranco
Teniente Daniel Valdez
Teniente Calixto Martínez
Subteniente Florencio C. Soto
Subteniente Jerónimo Valdez
Subteniente Jesús M. Gaxiola
Subteniente J. Cruz Castro
Subteniente Eusebio Ríos (herido)
Subteniente Tomás S. Rivera
Subteniente Antonio Palacios
Subteniente Filomeno Ávila
Subteniente Néstor Leyva
Subteniente Jesús Araujo
Subteniente Felipe Moreno
Individuos de tropa: 215

*Cuerpo de ex insurgentes*

Comandante: Mayor Jesús Trujillo

Capitán 1.º Joaquín Fragoso
Capitán 1.º Francisco Beltrán
Capitán 2.º Jesús M. Ruiz
Capitán 2.º Jesús García
Capitán 2.º José M. Tovares
Individuos de tropa: 100

*Batallón de Huirivis*

Comandante: Capitán 1.º Lino Morales

Capitán 1.º Tiburcio Amarillas (muerto)
Capitán 2.º José Amarillas
Capitán 2.º Pablo González
Capitán 2.º Francisco Flores
Teniente José M. Bacasegua
Teniente Antonio Amarillas
Teniente Exiquio Chávez
Teniente Joaquín Valencia
Teniente Leonardo C. Holguín
Subteniente Juan Javier (muerto)
Subteniente Juan M. Castillo
Subteniente Francisco M. Acosta
Subteniente Manuel Valencia
Subteniente Antonio Morales
Subteniente Celso Rodríguez
Subteniente Urbano Pérez
Subteniente Antonio Flores
Subteniente Agustín Gutiérrez
Subteniente Antonio Molina
Subteniente Ramón Valencia
Individuos de tropa: 300

*Voluntarios de Mátape*

Capitán 2.º Jesús Pesqueira
Capitán 2.º Ramón Durán
Teniente Isidro García
Teniente Jesús R. López
Teniente Remigio N. Valenzuela

Teniente Jesús M. Echevarría
Individuos de tropa: 40

TOTAL

Jefes: 6
Oficiales: 92
De tropa: 1 090

*Sección de Artillería*

Comandante: Capitán 1.º Max Kloss

Teniente José Rodríguez
Teniente Jesús M. Aguirre
Teniente H. Hermann
Subteniente Francisco Salazar
Subteniente Jesús W. Vázquez
Artilleros: 40

COMISIÓN ENCARGADA DE APROVISIONAR Y MUNICIONAR A LOS CUERPOS EN COMBATE

*Coronel J. Chávez Camacho. Capitán 1.º F. S. Betancourt. Capitán 1.º Gerardo Ortiz. Capitán 2.º Rafael Durazo. Subteniente Crisóforo García. Subteniente Domingo González.*

RESUMEN

Frente: 3 jefes, 40 oficiales, 465 elementos de tropa
Flanco derecho: 5jefes, 65 oficiales, 993 elementos de tropa
Flanco izquierdo: 6 jefes, 92 oficiales, 1090 elementos de tropa
Artillería: 6 oficiales, 40 elementos de tropa
En comisión: 1 jefe, 5 oficiales, 40 elementos de tropa
TOTALES: 15 JEFES, 208 OFICIALES, 2 588 OFICIALES DE TROPA

El Coronel en Jefe. *Álvaro Obregón.*

COLUMNA EXPEDICIONARIA DE SONORA

CUARTEL GENERAL

*Estado que manifiesta el número de muertos y heridos en el combate de Santa Rosa durante los días 9 al 12 del mes actual.*

*Muertos*

Mayor Jesús Gutiérrez
Mayor Luis Bule
Capitán 1.º Tiburcio Amarillas
Capitán 1.º José Armenta
Capitán 2.º Silvano Martínez
Teniente Miguel Hale
Teniente Ramón López
Teniente Ramón M. Martínez
Subteniente Juan Javier
33 individuos de tropa

*Heridos*

Capitán 1.º Moisés Carranza
Capitán 1.º J. Gonzalo Escobar
Capitán 1.º Pablo Quiroga
Capitán 1.º Ignacio Domínguez
Teniente José Rodríguez
Teniente Erasto Valdez Gutiérrez
Subteniente Manuel Rivera
Subteniente Manuel Mendoza
Subteniente Francisco Figueroa
Subteniente Eusebio Ríos
79 individuos de tropa

RESUMEN

Jefes muertos: 2, heridos: 0
Oficiales muertos: 7, heridos: 10
De tropa muertos: 33, heridos 79
Total de muertos: 42, heridos: 89

Campamento en San Alejandro, mayo 15 de 1913.
El Coronel en Jefe. *Álvaro Obregón*.

RELACIÓN DE LOS GENERALES, JEFES Y OFICIALES QUE TOMARON PARTE EN LA BATALLA DE CELAYA, GUANAJUATO, LOS DÍAS 13, 14 Y 15 DE ABRIL DE 1915

JEFATURA DE OPERACIONES

*Jefe de operaciones: General de División Álvaro Obregón*

Estado Mayor:
Jefe, General Brigadier Francisco R. Serrano
Teniente Coronel Aarón Sáenz
Teniente Coronel Jesús M. Garza
Capitán 1.º Rafael T. Villagrán
Capitán 1.º Alberto G. Montaño
Capitán 1.º Adolfo Cienfuegos y Camus
Capitán 1.º Benito Ramírez G.
Capitán 2.º Ezequiel Ríos
Capitán 2.º José Lozano Reyes
Capitán 2.º Carlos Roel
Teniente J. Trinidad Sánchez
Subteniente Arturo de Saracho
Subteniente F. Gustavo Villatoro
Subteniente Enrique Garza
Srio. del Cuartel General, Manuel Vargas

*Comisionados en el Cuartel General*

Coronel Miguel Piña, hijo
Mayor Josué Sáenz
Capitán 1.º Rafael Valdés
Capitán 2.º Cecilio López

*Escolta del Cuartel General*

Jefe de la Escolta, Teniente Coronel
Lorenzo Muñoz
Mayor Román Yocupicio
Capitán 1.º Guadalupe Cruz
Capitán 1.º Filiberto Paredes
Capitán 1.º Felipe Anaya
Capitán 2.º Telésforo Millanes
Capitán 2.º Eulogio Ortega
Teniente Salvador Hidalgo y Terán
Teniente Ramón Ayala
Teniente Alejandro Moroyoqui
Teniente Felipe Ruiz
Subteniente Agustín Ontiveros
Subteniente Casimiro Valdés
Subteniente Prisciliano G. González
Subteniente Salvador Lutherot

Subteniente Francisco Arriola
Subteniente Ildefonso Valenzuela

## PRIMERA DIVISIÓN DEL NOROESTE

*Jefe de la División, General de Brigada Benjamín G. Hill*

Estado Mayor:
Jefe, Teniente Coronel José María García
Mayor Fausto Topete
Mayor José María Barquera
Capitán 2.º Miguel Valle
Teniente José Almada y Castro
Teniente José G. Gastélum
Teniente Jorge F. Bórquez
Teniente Heriberto Mamoa
Teniente Felipe Murguía
Subteniente Manuel Figueroa
Subteniente Luis Leyva
Subteniente Antonio Ramírez

*Escolta del General Hill*

Jefe de la escolta, Mayor Doroteo Urrea
Capitán 2.º Manuel Urrea
Capitán 2.º Conrado Lugo
Teniente Ramón Carrizosa
Teniente Tomás Jiménez
Subteniente Amado Juárez

## PRIMERA BRIGADA DE INFANTERÍA

Estado Mayor:
Jefe de la Brigada, General Brigadier
Miguel V. Laveaga
Jefe, Mayor Bernardo Escobosa
Mayor Manuel Mendoza
Mayor Francisco L. Híjar
Mayor José Araiza
Capitán 1.º Damián R. Salazar
Teniente Rómulo Víctor Miranda
Teniente Juan Vázquez Boyero

Teniente José R. Martínez
Subteniente Luis Bojórquez

*Primer Batallón de Sonora*

Jefe accidental, Teniente Coronel Alejandro Mange
Teniente Coronel Manuel G. Espinosa
Mayor Antonio R. Armenta
Capitán 1.º Juan N. Celis
Capitán 1.º Francisco Nevárez
Capitán 1.º Alejandro Parra
Capitán 1.º Florencio Maldonado
Capitán 1.º Francisco J. Villescas
Capitán 2.º Francisco Ramírez
Capitán 2.º Alfonso Aguilar
Capitán 2.º Alfonso R. Montenegro
Capitán 2.º Fortunato Goycoechea
Teniente Mariano Obezo
Teniente Guadalupe Becerra
Teniente Tiburcio Albarrán
Teniente Antonio Ramírez
Teniente José Rodríguez
Subteniente Demetrio R. Yépiz
Subteniente Lerdo Otero
Subteniente Celestino Cruz
Subteniente Luz Vega

*Segundo Batallón de Sonora*

Jefe, Teniente Coronel Francisco R. Noriega
Mayor Félix Lara
Mayor José Araiza
Mayor Antonio Murrieta
Capitán 1.º José María Niebla
Capitán 1.º Pedro Buelna
Capitán 1.º Juan Jáuregui
Capitán 1.º Gabriel Félix
Capitán 1.º Jorge García Granados
Capitán 2.º Juan Quinteros
Teniente Simón Aguirre
Teniente Ramón R. Chávez
Teniente Alfredo Mora y Ortega

Teniente Antonio Izaguirre
Teniente Rafael Bórquez
Teniente Juan Gregg
Teniente José L. Gómez
Subteniente Evaristo López
Subteniente Gerardo Medina
Subteniente Ángel López
Subteniente Pedro Cuevas
Subteniente Cecilio Vega
Subteniente Teodoro Mateus
Subteniente Antonio Lucero
Subteniente Juan Plazola
Subteniente Pablo R. Morales
Subteniente Juan Velázquez
Subteniente Luis Ismael Alvarado
Subteniente Eusebio Venegas
Subteniente Epifanio Delgado
Subteniente Narciso Mellado
Subteniente Agustín del Moral
Subteniente Aurelio Cristerna

*Décimo Batallón de Sonora*

Jefe, Coronel Guillermo P. Chávez
Mayor Roque Chávez
Mayor Donato Segura
Capitán 1.º Doroteo Vega
Capitán 1.º Anselmo Macías
Capitán 1.º Camilo E. Félix
Capitán 1.º Rodrigo L. Talamante
Capitán 1.º Manuel Mendoza
Capitán 1.º Paulino Quiroz Reyes
Capitán 1.º José E. Amparán
Capitán 2.º Jesús Gutiérrez
Capitán 2.º Carlos J. Almada
Capitán 2.º Antonio Acuña.
Capitán 2.º Alberto Cota
Capitán 2.º Gilberto R. Limón
Capitán 2.º Jesús Rodríguez
Teniente Felipe N. Jasen
Teniente Manuel Rodríguez

Teniente Clodoveo R. Garcés
Teniente Anacleto R. Velasco
Teniente Jesús M. Rochín
Teniente Desiderio Muroyoqui
Subteniente Jesús Velasco
Subteniente Darío Pichardo
Subteniente Álvaro Arbea
Subteniente Ireneo Granados
Subteniente Santos Verdugo
Subteniente Jesús Pajarola
Subteniente Antonio Duarte
Subteniente Guadalupe Valenzuela
Subteniente Jesús Matus
Subteniente Gerardo García
Subteniente Matilde Granados
Subteniente Prisciliano Félix
Subteniente Luis Arce
Subteniente Adrián Fournier
Subteniente Gregorio Morales

*Decimoquinto Batallón de Sonora*

Jefe, Coronel Severiano A. Talamante
Teniente Coronel José R. Félix
Mayor Rafael P. Herrera
Mayor Dolores Guarizapa
Capitán 1.º Agapito Valdés
Capitán 1.º Luciano García
Capitán 1.º Faustino Valenzuela
Capitán 2.º Eusebio Domínguez
Capitán 2.º José Iribe
Capitán 2.º Jesús J. Buelna
Capitán 2.º José G. Garza
Teniente Anastasio A. Goycoechea
Teniente Manuel Anchondo
Teniente Carmen Urías
Teniente Benito Leyva
Teniente Luis Buitimea
Teniente José María Álvarez
Subteniente Juan Espinosa
Subteniente Víctor Quijano

Subteniente Úrsulo Valenzuela
Subteniente Epifanio Gaxiola
Subteniente Vicente García
Subteniente Remedios Juárez
Subteniente Dionisio López
Subteniente Jesús Muñoz Merino
Subteniente Ricardo Ibarra
Subteniente Raúl E. Sesma
Subteniente Francisco Dávalos
Subteniente Aurelio López
Subteniente Jesús Pava
Subteniente Octaviano Mesa

## SEGUNDA BRIGADA DE INFANTERÍA

Jefe de la Brigada: General Brigadier Francisco R. Manzo

Estado Mayor:
Jefe, Mayor Benito Bernal
Capitán 2.º Aurelio Guerrero
Teniente Fortino A. Herrera
Subteniente Arturo N. García
Subteniente Diego Reyes
Subteniente Marciano García
Subteniente Jesús Hernández
Subteniente Efrén R. Juárez

### *Cuarto Batallón de Sonora*

Jefe, Teniente Coronel Cenobio Ochoa
Mayor Abelardo Rodríguez
Capitán 1.º Anselmo Armenia
Capitán 1.º Leonardo Holguín
Teniente Juan B. Verdugo
Teniente Jesús J. Pérez
Teniente Adrián Maldonado
Teniente Juan Ramírez
Subteniente Simón Jusacamea
Subteniente Gabino Ramírez
Subteniente Porfirio Gómez
Subteniente Juan J. Jaime
Subteniente Juan E. Cruz

*Octavo Batallón de Sonora*

Jefe, Teniente Coronel Jesús M. Padilla
Mayor Alfredo Martínez
Capitán 1.º Severo López
Capitán 2.º Reginaldo Robles
Capitán 2.º Francisco Soto
Capitán 2.º Juan J. Parra
Capitán 2.º Clemente Villanueva
Capitán 2.º Enrique Pacheco
Capitán 2.º Enrique Olvera
Teniente Gregorio Vázquez
Teniente Jesús Araujo
Teniente Jesús Ortega
Teniente José Benítez
Subteniente León González
Subteniente Germán Armenia
Subteniente Anacleto García
Subteniente José Jume
Subteniente Crescencio Nelei
Subteniente Reyes Mercado
Subteniente David Mora
Subteniente Anastasio Elizaguirre

*Noveno Batallón de Sonora*

Jefe, Coronel Francisco F. Contreras
Mayor Gustavo Camou
Mayor José María Ruiz
Mayor Jesús Bórquez
Capitán 1.º José Córdova Valdés
Capitán 1.º Máximo Otón
Capitán 1.º Manuel Martínez
Capitán 1.º Ovidio Carboney
Capitán 2.º Humberto Carboney
Capitán 2.º Santiago Luna
Capitán 2.º Francisco Preciado
Capitán 2.º Carlos A. Ferreira
Capitán 2.º Ricardo Vidal
Capitán 2.º Lauro V. Navarro
Teniente Manuel Villegas
Teniente Eduardo Corella

Teniente Cristóbal López
Teniente Daniel Cuevas
Teniente Sebastián Castillo
Teniente Carlos Álvarez
Teniente Miguel Martínez
Subteniente Sabás Chávez Carrillo
Subteniente Enrique Cota Solís
Subteniente José A. Gómez
Subteniente Bernardino Gutiérrez
Subteniente Lauro Aguirre
Subteniente Benito Larriva
Subteniente Jesús Rasquillo
Subteniente Ramón Andrade
Subteniente Rosendo Macías
Subteniente Alfredo G. Aguilera
Subteniente Carlos Cuevas
Subteniente José J. Moreno
Subteniente Felipe Duarte
Subteniente Jesús Rivera
Subteniente Francisco Martínez
Subteniente Manuel C. Ibarra

*Decimoséptimo Batallón de Sonora Alfredo Murillo*

Jefe, Teniente Coronel Fernando F. Félix
Mayor Wenceslao E. Rodríguez
Capitán 1.º Angel Corbalá
Capitán 1.º Marcos Matus
Capitán 2.º Leocadio López Tin
Capitán 2.º Gregorio Pérez
Teniente Alejandro González
Teniente Manuel Aganza
Subteniente Baltazar González
Subteniente Modesto Tapia
Subteniente Ignacio Ocampo
Subteniente Constancio Vázquez
Subteniente Martín Matus
Subteniente Bonifacio Ortiz
Subteniente Gregorio Torres
Subteniente Salvador G. Ortega
Subteniente Gilberto González

Subteniente Alfonso Frías

*Vigesimosegundo Batallón de Sonora*

Jefe, Coronel Pablo Pineda
Capitán 1.º Abelardo López Azcona
Capitán 1.º Próspero Dordelli
Capitán 1.º Enrique Fuentes Azcona
Capitán 2.º Faustino Ramos
Teniente Juan B. Pineda
Teniente Manuel López
Subteniente Daniel Martínez
Subteniente Sostenes Aquino
Subteniente Elodio Toledo
Subteniente Isidro Carrasco
Subteniente Manuel Gallegos
Subteniente Apolinar Pineda

*Batallón Triana*

Jefe, Coronel J. Bermúdez de Castro
Teniente Coronel Mariano M. Villar
Mayor Enrique Vega
Capitán 1.º Luis González
Capitán 1.º Ponciano Luna
Capitán 1.º Carlos Rodríguez
Capitán 1.º Martín del Campo
Capitán 1.º Margarito Blanco
Capitán 2.º José González Castro
Capitán 2.º Medardo Altamirano
Capitán 2.º Heriberto López
Capitán 2.º Manuel S. Hurtado
Capitán 2.º Luis Valladares
Teniente Javier Cantolla
Teniente Francisco Sánchez
Teniente Fernando García
Teniente Salvador Pesquera
Subteniente Brígido Martínez
Subteniente Rafael de la Torre
Subteniente Luis Bristian

TERCERA BRIGADA DE INFANTERÍA

*Jefe de la Brigada: General Brigadier Juan José Ríos*

Estado Mayor:
Jefe, Teniente Coronel Nicolás Díaz Velarde
Capitán 2.º Miguel Gutiérrez Castro
Teniente Joaquín J. Romero
Teniente Juan A. Crespo

*Tercer Batallón Rojo*

Jefe, Coronel Francisco J. Enciso
Teniente Coronel José J. Méndez
Mayor Manuel Celis
Capitán 1.º José Mayor
Capitán 2.º Román Durazo
Capitán 2.º Crisóforo Salido
Capitán 2.º José Guzmán
Teniente Rafael Guzmán
Teniente Ignacio Guzmán
Teniente Moisés Nájera
Teniente Luis Ibarra
Teniente Lorenzo Valladares
Teniente Juvencio Carmona
Teniente Matías Rodríguez
Teniente Encarnación Núñez
Teniente José Muñoz Ledo
Teniente Francisco Salcedo
Teniente José María Arriaga
Teniente Emilio Navarro
Teniente Ricardo Fierro
Teniente Bernardo Espinosa
Teniente Fructuoso Betancourt
Teniente Carlos Juárez
Subteniente Daniel Cisneros
Subteniente Adalberto Vallejo
Subteniente Angel Masón
Subteniente Juan Flores Báez
Subteniente Juan del Razo
Subteniente Faustino C. Fernández
Subteniente Agustín Mercado
Subteniente, Rodolfo P. Flores
Subteniente Manuel Gómez

Subteniente José María Soto
Subteniente Prisciliano Perea
Subteniente Edmundo Heredia
Subteniente Arcadio Torres Puerto
Subteniente Salvador Espinosa
Subteniente Carlos Magallanes
Subteniente Jesús Molina
Subteniente Vicente Z. Trejo
Subteniente Ranulfo Juárez
Subteniente Federico R. Santillán

*Cuarto Batallón Rojo*

Jefe, Coronel Jesús Madrigal
Teniente Coronel Camilo Gastélum
Mayor Moisés Carranza
Capitán 1.º Guillermo Pérez
Capitán 1.º Vicente Morales
Capitán 1.º Trinidad López
Teniente Jesús Carranza
Teniente José Ruiz
Teniente Miguel Rubio
Teniente Pablo Reyes
Teniente Leopoldo Montes de Oca
Teniente Epitacio Villagómez
Teniente Emilio Paulín
Subteniente Francisco Cervantes
Subteniente Margarito Rodríguez
Subteniente Alejo Ugalde
Subteniente Trinidad Cruz
Subteniente Aurelio Millán
Subteniente Pedro Rosas
Subteniente Julián Núñez

*Cuerpo Especial Reforma*

Jefe, Mayor Juan C. Zertuche
Capitán 2.º Antonio Tamez (Jr.)
Teniente Ayudante Ignacio Méndez Hurtado
Teniente Octavio F. Larriva
Teniente Ignacio Trujano
Teniente Manuel Esparza

Teniente Guillermo Padilla

*Vigesimoprimer Batallón de Sonora*

Jefe, Teniente Coronel J. Manuel Sobarzo
Capitán 1.º Raúl Zamora
Capitán 2.º Manuel Basilio
Capitán 2.º Porfirio de S. Palomares
Capitán 2.º Fortunato R. Flores
Capitán 2.º Carlos Domínguez
Capitán 2.º Segundo Valdés
Teniente Carmen Valenzuela
Teniente José Sombra
Teniente Alberto Rodríguez
Teniente José Ángel Martínez
Teniente Ricardo Legaspy
Teniente Luis R. Tobon
Teniente Ricardo Nivon
Teniente Carlos Flores
Teniente Felipe Mejía
Teniente Salomón Rodríguez
Teniente Valentín Vázquez
Teniente Francisco N. y Corichi
Teniente Pedro Chávez
Teniente Arturo Tapia
Teniente Zenaido R. Sánchez
Teniente Máximo Rojas
Teniente Luis J. Barragán
Teniente Gustavo C. Macías
Subteniente Enrique Ross
Subteniente Manuel Valderrábana
Subteniente Álvaro García
Subteniente Demetrio Torreblanca
Subteniente Manuel G. Castañeda
Subteniente Crescencio García
Subteniente Juan Yoe
Subteniente José I. Farrera
Subteniente Arnulfo C. Melgar
Subteniente Gustavo Flores
Subteniente Leopoldo Espinosa
Subteniente Ignacio, Vargas

Subteniente Miguel Tomer
Subteniente Artemio Valdivieso
Subteniente Samuel Amézquita Licéaga
Subteniente José Luis Molina
Subteniente José Fernández de Castro
Subteniente Raymundo Morón
Subteniente Rafael Muñoz
Subteniente Vicente García
Subteniente Leónides R. Sánchez
Subteniente Vicente Olvera C.
Subteniente Pedro Vega
Subteniente Israel C. González
Subteniente Gildardo Alarcón
Subteniente Amador Martínez
Subteniente Bernardo Mazuzqui
Subteniente Francisco González

*Vigésimo Batallón de Sonora*

Jefe accidental, Teniente Coronel José Amarillas
Mayor Francisco Flores
Capitán 1.º Joaquín Valencia
Capitán 1.º José Bacasegua
Capitán 1.º Antonio Amarillas
Capitán 1.º Exiquio Chávez
Capitán 2.º Francisco C. Hurtado
Capitán 2.º Urbano Pérez
Capitán 2.º Celso Rodríguez
Capitán 2.º Manuel Valencia
Capitán 2.º Aurelio Matus
Teniente Desiderio Ortegón
Teniente Teodoro Muñoz
Teniente Juan Baycuri
Teniente Juan González
Teniente Juan Ma. Castilla
Teniente Juan Valencia
Teniente Lucas Portillo
Teniente Dolores Amarillas
Subteniente Waldo Pérez Zárate
Subteniente Antonio Molina
Subteniente Lorenzo Valenzuela

Subteniente Antonio Lugo
Subteniente Ramón Valencia
Subteniente Ignacio Álvarez
Subteniente Luis Valenzuela
Subteniente Antonio Morales
Subteniente Francisco Estrada
Subteniente Luis Trueba

## BRIGADA GAVIRA

Jefe: General Brigadier Gabriel Gavira
Teniente Coronel Román López
Teniente Coronel José Ma. Contreras
Capitán 1.º Arturo Fajardo
Capitán 1.º Ismael Sainez
Capitán 1.º Donaciano D. López
Capitán 2.º Enrique Ortiz
Capitán 2.º Eusebio Sánchez
Capitán 2.º Estanislao Celaya
Capitán 2.º Pedro C. Montes
Capitán 2.º José Juárez
Capitán 2.º Arnulfo Romero
Capitán 2.º Francisco de la Garma
Teniente Inés Olaya
Teniente Marco A. Martínez
Teniente Emilio Carpintero
Teniente Reynaldo López
Teniente Ángel Gutiérrez
Teniente Lorenzo Pérez
Teniente Francisco Montaño
Teniente Eleuterio Villa
Teniente José Cálete
Teniente Gregorio Chávez
Teniente Lucas Ramírez
Teniente Juan García
Subteniente Emilio Abdalá
Subteniente Luis Lomego
Subteniente Ramón Figueroa
Subteniente Francisco Velasco
Subteniente Evaristo Robles
Subteniente Manuel Montaño

Subteniente Juan Velázquez
Subteniente Nicandro Santiago
Subteniente Samuel Pineda
Subteniente Manuel Flores
Subteniente Margarito Luna
Subteniente Juan Camacho
Subteniente Anastasio Hernández
Subteniente Leopoldo Herrera
Subteniente Luis Utrera
Subteniente Alfredo Castillo
Subteniente José Hernández
Subteniente Francisco Valencia
Subteniente Atenedoro Gaytán
Subteniente Teófilo Blázquez

## BRIGADA JAIMES

Jefe, General Brigadier Cipriano Jaimes
Mayor Ricardo G. Ortiz
Mayor Fidel Franco
Capitán 1.º Juan Chavarría
Capitán 1.º Abraham Reyna
Capitán 1.º Everardo Martínez
Teniente Salvador Guzmán
Teniente Luis Huesca
Teniente Raúl Villada
Teniente Manuel Camargo
Teniente Pedro Castoreña
Subteniente Rodolfo López
Subteniente Alfonso Takaki
Subteniente Ismael Reyes
Subteniente Eugenio Torres
Subteniente Jesús Rodríguez
Subteniente Eduardo Barranco
Subteniente Miguel Adolfo
Subteniente Ángel Arreola
Subteniente Francisco Linares

## ARTILLERÍA EXPEDICIONARIA

Comandante general, Coronel Maximiliano Kloss
Estado Mayor:

Mayor Manuel Loaría
Capitán 1.º Manuel F. Enríquez
Capitán 2.º Adrián Cravioto
Teniente Manuel Larios

## CUARTO REGIMIENTO DE ARTILLERÍA

Jefe, Mayor Domingo G. López
Capitán 2.º Anastasio Villarino
Teniente Inocencio Valdés
Teniente Leopoldo Vázquez
Teniente Eduardo Soriano
Teniente Gabino Reynosa
Subteniente Delfino Morales
Subteniente Federico Herrera
Subteniente Abel J. Orozco
Subteniente Roberto Hidalgo
Subteniente Arturo Martínez
Subteniente Carlos Villagómez
Subteniente Fernando Escalante
Subteniente Martín Pereyra
Subteniente Dionisio Balcázar
Subteniente Pascual Téllez
Subteniente Gabriel Guerra
Subteniente José Ángeles
Subteniente José Arechavala
Subteniente Francisco Pacheco
Subteniente Apolinar Díaz
Subteniente Pascual Téllez

## PRIMER REGIMIENTO DE AMETRALLADORAS

Jefe, Mayor Abraham Carmona
Capitán 1.º Alfredo Gómez
Capitán 2.º Benjamín Reyes
Capitán 2.º Fernando M. Morelos
Teniente Casimiro Raygosa
Teniente Manuel R. Hidalgo
Teniente Serafín Jiménez
Subteniente Ricardo Sanlúcar
Subteniente Francisco de Regil
Subteniente Carlos Aguado

Subteniente Enrique Gutiérrez
Subteniente Luis G. Ortiz

## FRACCIÓN DE LA PRIMERA DIVISIÓN DE ORIENTE

### *Cuarto Regimiento*

Jefe, Coronel Guadalupe Sánchez
Mayor Isaac Blázquez
Mayor Benjamín Anell Díaz
Capitán 1.º Constantino Calderón
Capitán 1.º Manuel Carmona
Capitán 2.º Pedro M. López
Capitán 2.º Gerardo Bretón
Capitán 2.º Herminio Pérez Díaz
Teniente Margarito López
Teniente Francisco Pavón Carvallo
Teniente Alfredo Sarrelangue
Teniente Abraham Sánchez
Teniente Félix Muñoz
Teniente Jesús Saucedo
Teniente Francisco Pita
Teniente Jesús Velázquez
Teniente Luis Malpica
Teniente Juan Jiménez Tronco
Teniente Héctor Herrera
Teniente Pablo Ramírez
Teniente Manuel Huerta Corona
Teniente Rafael Córdoba
Subteniente Simón López
Subteniente Miguel Cuevas
Subteniente Guillermo Carpenter
Subteniente Rómulo Vázquez
Subteniente Ruperto González
Subteniente Ricardo Lara
Subteniente Ángel Valencia
Subteniente Antonio Rojas
Subteniente Juan José Pereyra
Subteniente Juan D. Luna
Subteniente Julio Escobedo

### *Trigesimoctavo Regimiento*

Jefe, Coronel Manuel H. Morales
Mayor Elíseo L. Céspedes
Capitán 1.º Isidro Cárdenas
Capitán 1.º Arnulfo Ferreiro
Capitán 2.º Leobardo T. Ocampo
Capitán 2.º Pedro Meza
Capitán 2.º Gildardo Moreno
Teniente José María Navarro
Teniente Antonio Medellín
Teniente Arcadio Rosete
Teniente Crisóforo Castillo
Teniente Aníbal García
Subteniente Luis Orcini
Subteniente Encarnación Moreno
Subteniente Andrés Morales

*Quinto Batallón de la Cuarta Brigada*

Jefe, Coronel Miguel Alemán
Mayor Marcelino Absalón Pérez
Capitán 1.º Carlos Jiménez
Capitán 1.º Manuel R. Rojas
Capitán 1.º Antonio Vélez
Capitán 1.º Luis Aznar
Capitán 1.º Gabriel Olín
Capitán 2.º Fidel Vargas
Capitán 2.º Joaquín Villegas Arellano
Sección de Ametralladoras
Jefe, Capitán 2.º Enrique Abarca
Capitán 2.º Miguel Herrera
Capitán 2.º Juan Pircheta
Teniente Pedro Linares
Teniente Juan Valdés
Teniente Manuel Flores
Subteniente Eduardo Jara
Subteniente Próspero Gómez
Subteniente Alfonso Cortina
Subteniente Roberto Sánchez

*Quinto Regimiento*

Jefe, Teniente Coronel Alberto C. Herrera

Mayor Manuel González
Capitán 1.º Rafael Melrose
Capitán 1.º Domingo Vallejo
Capitán 1.º Luis Espíndola
Capitán 1.º José María Medorio
Capitán 1.º Pablo Verástegui
Capitán 2.º Teodoro Llanos
Teniente Miguel Gómez
Teniente Ezequiel Castro
Teniente Luis Martínez
Teniente David Rubio
Teniente Juan Oazarce
Subteniente Jesús Cruz
Subteniente Francisco B. Puertos
Subteniente Leandro Guzmán
Subteniente Luis F. Pliego
Subteniente Manuel Santiago
Subteniente José Cornelio

*Sección de Artillería*

Jefe, Mayor Carlos R. Aldana
Capitán 1.º Fidel R. Montes
Teniente Enrique Ortiz
Subteniente Enrique Hoyos Ruiz
Subteniente Baldomero Ystiga
Subteniente Manuel Jiménez

## FRACCIÓN DE LA BRIGADA GUILLERMO PRIETO (DEL GENERAL PEDRO MORALES)

*Segundo Regimiento*

Jefe, Coronel Manuel Fernández de Lara
Teniente Coronel Francisco Fernández de Lara
Mayor Eligio Rodríguez
Capitán 1.º Pedro Bermúdez
Capitán 1.º Constantino Fernández de Lara
Capitán 1.º Pascual Fernández de Lara
Capitán 1.º Conrado Cervera
Capitán 1.º José Fernández de Lara
Capitán 2.º Abraham Guarneros

Capitán 2.º Conrado Adanis
Capitán 2.º Pedro Contla
Capitán 2.º Albino Sánchez
Teniente Ángel Alatriste
Teniente Amalio Calderón
Teniente Fidel Sánchez
Teniente Emilio Atlanteco
Teniente David Sepúlveda
Teniente Dionisio Villanueva
Subteniente Carlos Vega
Subteniente Miguel López
Subteniente Antonio Sánchez
Subteniente Francisco Muñoz
Subteniente Ricardo Ramírez
Subteniente Adolfo M. Corral
Subteniente Ramón Hernández
Subteniente Isauro Rebollo
Subteniente Rodolfo Pérez
Subteniente Timoteo Bernal
Subteniente José M. Salinas
Subteniente Dámaso Flores

## BRIGADA DE CABALLERÍA ANTÚNEZ

*Jefe de la Brigada: General Antonio Norzagaray*

### *Primer Regimiento*

Jefe, Coronel Juan Torres S.
Mayor Arnulfo L. Uzeta
Mayor Manuel Yoldi
Mayor Jesús Manríquez
Capitán 1.º Pablo Villaseñor
Capitán 1.º Francisco Polanco
Capitán 1.º Ramón Figueroa
Capitán 2.º Juan Peraza
Capitán 2.º Encarnación Galindo
Capitán 2.º Carlos Ramos
Capitán 2.º Francisco Córdoba
Teniente Francisco Peralta
Teniente José Rentería
Teniente Jesús Serrano

Teniente Pánfilo Medina
Teniente Francisco Gallardo
Teniente Adolfo Carvajal
Teniente Salomón Elzaurdia
Teniente Enrique Godden
Subteniente Martín Sandoval
Subteniente Maximiano Arista
Subteniente Rómulo Castro
Subteniente Leopoldo Meza
Subteniente Julián Laris
Subteniente Arnulfo Serrano
Subteniente Calixto Arredondo
Subteniente Leoncio Silva
Subteniente Francisco Martínez
Subteniente Sidronio Bracamontes
Subteniente Juan A. Fernández
Subteniente Natalio Cueto
Subteniente Lucas Astorga

*Cuarto Regimiento*

Jefe, Coronel Vidal Silva
Teniente Coronel Juan Silva (Jr.)
Mayor Jenaro Miramontes
Capitán 1.º Jesús Castro
Capitán 1.º Jesús Rodríguez
Capitán 1.º Filiberto Silva
Capitán 1.º Juvenal Flores
Capitán 1.º Manuel Medina Lomelí
Capitán 2.º Guadalupe A. Garza
Capitán 2.º J. Jesús Dávalos
Capitán 2.º Luis Flores
Capitán 2.º Florencio Covarrubias
Teniente Pedro Hernández
Teniente Edmundo Vázquez
Teniente Alberto García
Teniente Benjamín Ibarra
Teniente José D. Reyes
Subteniente Elías Bracamontes
Subteniente Marcos Gil
Subteniente Javier Godden

Subteniente Leopoldo J. Alarcón
Subteniente Raúl L. Alarcón

*Quinto Regimiento*

Jefe, Coronel Cirilo Elizalde
Teniente Coronel Félix Ortiz
Mayor Daniel H. Sánchez
Mayor Ángel Alvarado
Capitán 1.º Antonio Campos
Capitán 1.º Emiliano Zárate
Capitán 1.º Arnulfo T. López
Capitán 1.º Silvino Cortés
Capitán 1.º Miguel Fernández
Capitán 1.º Miguel Orduña
Capitán 2.º León Durán
Teniente Rafael Hueseas
Teniente Marcelino González
Teniente Justo Ortiz
Teniente Gustavo Zamora
Teniente Pedro Pérez
Teniente Sixto Hernández
Teniente Antonio E. Jeyssier
Teniente Emilio Jiménez
Subteniente Silvino Sánchez
Subteniente Gumersindo Ramírez
Subteniente Cecilio Toscano

*Vigesimotercer Batallón*

Jefe, Coronel Austreberto P. Castañeda
Teniente Coronel Eduardo Rivera
Mayor J. Antonio Rivera
Mayor Waldo Cienfuegos
Capitán 1.º Catarino Martínez
Capitán 1.º Antonio Grajales
Capitán 1.º Carlos Rivera
Capitán 1.º Emeterio Campos
Capitán 2.º Ildefenso Aguilar
Capitán 2.º José Rivas
Capitán 2.º Carlos Patiño
Capitán 2.º Federico Patiño

Teniente Guillermo Aponte
Teniente Javier L. Arroyo
Teniente Alfredo Rivera
Teniente Samuel Samarripa
Teniente Samuel Orozco
Teniente Antonio Soler
Teniente Heriberto Angulo
Teniente Alfonso Moreda
Teniente Gerardo Zavaleta
Teniente Rodolfo Patiño Ruiz
Teniente Amancio G. García
Subteniente Heliodoro Murillo
Subteniente Rubén Ross
Subteniente Jesús Álvarez
Subteniente Enrique H. Yáñez
Subteniente Felipe Rodríguez
Subteniente Fernando de la Llave
Subteniente Roberto Basabe
Subteniente Juventino García
Subteniente Refugio B. Ramírez
Subteniente José Balderrama
Subteniente Samuel Flores
Subteniente Ernesto Ruiz

## BRIGADA TRIANA

### *Cuarto Regimiento*

Jefe, Teniente Coronel Carlos Chico O.
Mayor José Pérez Hernández
Mayor Miguel Caballero
Capitán 1.º Enrique Torres
Capitán 1.º Jesús Terrazas
Capitán 1.º Francisco Ruiz
Capitán 2.º Román López
Capitán 2.º Rafael Zenteno
Teniente Juan Espinosa
Teniente Carlos Rosales
Teniente Roberto Elizalde
Subteniente Maximino Montes
Subteniente Clemente Islas Allende
Subteniente Laureano Rojo

Subteniente Manuel Ferrer

## BRIGADA ALFREDO ELIZONDO

Jefe de la Brigada, General
Brigadier Alfredo Elizondo
Coronel G. R. Cervera
Mayor Leoncio Muñiz
Mayor Doroteo Torres
Mayor Jenaro López
Mayor Gabino Zárate
Mayor Santiago Orozco
Capitán 1.º G. Guajardo
Capitán 1.º Luis G. Moneada
Capitán 1.º José Rubio
Capitán 1.º Juan Tobías
Capitán 1.º Marcos Gómez
Capitán 1.º Donaciano Silva
Capitán 1.º Alfonso Ruiz
Capitán 1.º J. F. Camarena
Capitán 1.º Emilio González
Capitán 1.º José Matilde Tobías
Capitán 1.º I. N. Calderón
Capitán 2.º J. S. Galván
Capitán 1.º Mariano García
Capitán 2.º Margarito Camarillo
Capitán 2.º Juan Muñoz
Capitán 2.º Febronio Corona
Capitán 2.º Manuel Castillo
Capitán 2.º Bardomiano Bárcenas
Teniente Vicente Guillén
Teniente José C. Hidalgo
Teniente Agapito Contreras
Teniente Juan Suárez
Teniente Manuel Acosta
Teniente Lucio Cazadero
Teniente Jesús Valdés
Teniente José Zamudio
Teniente Lorenzo Gutiérrez
Teniente Lamberto Rico
Teniente Gustavo Carrillo

Teniente Porfirio Orozco
Teniente Natividad Cortés
Teniente Silvino Villegas
Subteniente Lucio Arquicira
Subteniente Arnulfo Navarrete
Subteniente Florentino García
Subteniente Prisciliano García
Subteniente Abundio Ruiz
Subteniente José Cortés
Subteniente Isidro Araujo
Subteniente Filiberto Rodríguez
Subteniente José Villanueva
Subteniente Lucas Zárrazga
Subteniente Benigno Rodríguez

## BRIGADA AMARO

Jefe de la Brigada, General de Brigada Joaquín Amaro
General Brigadier Juan Espinosa y Córdoba
General Brigadier Homero López
General Brigadier Abundio Gómez
General Brigadier Bardomiano Romero
Coronel Luis González Gutiérrez
Coronel Francisco Aguilar
Coronel Guillermo Menchaca
Coronel José María Villarreal
Coronel Francisco Zepeda
Coronel Arcadio B. Zamora
Coronel Tranquilino Mendoza
Coronel J. Refugio López
Coronel Efrén J. Ocampo
Coronel Amador Montes de Oca
Coronel Joaquín Ortiz
Coronel Cirilo González
Coronel Vidal Zúñiga
Coronel Clemente González
Coronel Ismael Fraga
Coronel Braulio de la Cueva
Teniente Coronel Bolívar Sierra
Teniente Coronel Margarito Caballero
Teniente Coronel José M. Esquivel

Teniente Coronel Daniel Huerta
Teniente Coronel Francisco Ríos González
Teniente Coronel Humberto Villela
Teniente Coronel Félix Fajardo
Teniente Coronel Margarito Gómez
Teniente Coronel Jesús López
Teniente Coronel Matías Andrade
Mayor Vicente Velázquez
Mayor José C. García
Mayor Manuel Soto Larrea
Mayor Ignacio López
Mayor Nazario Medina
Mayor Marciano Zagal
Mayor José A. Calderón
Mayor Francisco Rivera
Mayor Miguel Olivares
Mayor Modesto Carrillo
Mayor Herlindo F. Ocampo
Mayor Agustín Villavicencio
Mayor Fortuño López
Mayor José Rodríguez
Mayor Juan Peña
Mayor Januario González
Mayor Juan Douglas
Mayor Félix Calderón
Mayor Ramón Orihuela
Mayor Teodoro Quesada
Capitán 1.º Jaime Carrillo
Capitán 1.º León F. Ocampo
Capitán 1.º Aurelio Domínguez
Capitán 1.º Carmen Amaro
Capitán 1.º Ignacio Leal
Capitán 1.º Inés Nájera
Capitán 1.º Leoncio Vallejo
Capitán 1.º León Heredia
Capitán 1.º Apolinar Tapia
Capitán 1.º León Heredia
Capitán 1.º Francisco Pérez Moreno
Capitán 1.º León F. Ocampo
Capitán 1.º Apolonio L. Brambila
Capitán 1.º Enrique Soto Larrea

Capitán 1.º Donaciano Carreón
Capitán 1.º Juan Escobar
Capitán 1.º Vicente Peralta
Capitán 1.º Enrique Bahena
Capitán 1.º Antonio Ledesma
Capitán 1.º Generoso León
Capitán 1.º José Méndez
Capitán 1.º Vicente Medina
Capitán 1.º Mauricio Díaz
Capitán 1.º Lamberto Vervez
Capitán 1.º Guadalupe Hernández
Capitán 1.º José Zúñiga
Capitán 1.º Florentino Prado
Capitán 1.º Salvador Sotelo
Capitán 1.º José Estrada
Capitán 1.º Salvador Castillo
Capitán 1.º Julián Lara
Capitán 1.º Francisco Arellano
Capitán 1.º Pedro Montejano
Capitán 1.º Aniceto Vázquez
Capitán 1.º Rafael Saldada
Capitán 2.º Alberto Bianchi
Capitán 2.º José Hurtado
Capitán 2.º Domingo Castro
Capitán 2.º Gilberto Zamora
Capitán 2.º Salvador Medina
Capitán 2.º Gilberto Pérez
Capitán 2.º Juvenal López
Capitán 2.º Teodoro Méndez
Capitán 2.º Emigdio González
Capitán 2.º Simón Equijua
Capitán 2.º Cándido Carreón
Capitán 2.º Pedro Vargas
Capitán 2.º Julio Guerrero
Capitán 2.º Benjamín Olivares
Capitán 2.º Mariano Núñez
Capitán 2.º Anastasio Meza
Capitán 2.º Venancio Baldiolivar
Capitán 2.º Miguel Bahena
Capitán 2.º Domitilo Córdoba
Capitán 2.º Joaquín Miranda

Capitán 2.º Amador Montes de Oca
Capitán 2.º Jacinto de la Cruz
Capitán 2.º Pedro Moreno
Capitán 2.º Ignacio Espinosa
Capitán 2.º Juan Romero
Capitán 2.º Benjamín Álvarez
Capitán 2.º Delfino Sánchez
Capitán 2.º Tranquilino Cárdenas
Capitán 2.º Santos Martínez
Capitán 2.º José Aguirre
Capitán 2.º Ausencio Muñiz
Capitán 2.º Maximiliano Sotelo
Capitán 2.º Juan Bedolla
Capitán 2.º Panuncio Melman
Capitán 2.º Mónico Aguilar
Capitán 2.º Pedro Aguilar
Capitán 2.º Alejandro Espinosa
Capitán 2.º José Campos
Capitán 2.º Guillermo Sánchez
Capitán 2.º Feliciano Blanco
Capitán 2.º Rafael Rojas
Capitán 2.º Alberto Vázquez G.
Capitán 2.º Jesús Orozco
Capitán 2.º Victoriano Orozco
Capitán 2.º Antonio Yáñez
Teniente José López
Teniente Ramón Méndez
Teniente Cándido Fuentes
Teniente Francisco Ruiz
Teniente Cruz Graciano
Teniente Ignacio Armas
Teniente Crescenciano García
Teniente Federico Pedraza
Teniente Federico Sánchez
Teniente Antonio Ferreira
Teniente Ramón Campos
Teniente Abelino Florián
Teniente Jesús García
Teniente Donato García C.
Teniente Eduardo Orozco
Teniente Ramón García

Teniente Felipe Rangel
Teniente Agustín Campos
Teniente Ángel Carreiro
Teniente José Salcedo
Teniente José Villamil
Teniente Toribio Vargas
Teniente Andrés Guadarrama
Teniente Jesús Valenzuela
Teniente Fernando B. Arias
Teniente Domingo López
Teniente Miguel Gómez
Teniente Mercedes López
Teniente Victoriano Cepeda
Teniente Rafael Vargas
Teniente Pedro Santillán
Teniente José R. Alonso
Teniente Antonio González
Teniente Salvador Bravo
Teniente Enrique España
Teniente Jesús R. Solís
Teniente Cristóbal Guevara
Teniente Leandro Machado
Teniente Miguel Santoyo
Teniente Juan Martínez
Teniente Felipe M. Castro
Teniente José C. Duarte
Teniente Ignacio Popoca
Teniente Melquíades Sotelo
Teniente Crispín Santa Ana
Teniente Epifanio Cisneros
Teniente Leonardo Álvarez
Teniente Modesto Muñoz
Teniente José Rodríguez
Teniente Manuel Cervantes
Teniente Jesús Martínez
Subteniente Pedro Cedillo
Subteniente Daniel Hernández
Subteniente Isauro Herrejón
Subteniente Leopoldo Calderón
Subteniente Romualdo Cervantes
Subteniente José Torres

Subteniente Emilio Molina
Subteniente Zeferino Rodríguez
Subteniente Jesús Romero
Subteniente Cosme Cervantes
Subteniente Higinio Patiño
Subteniente Eleuterio Ramírez
Subteniente Leopoldo Torres
Subteniente Tomás Zavala
Subteniente Donaciano Barajas
Subteniente José Domínguez
Subteniente Eusebio García
Subteniente Piedad Hernández
Subteniente Luis Maciel
Subteniente Santa Ana Potafio
Subteniente José Santa Ana
Subteniente José Velázquez
Subteniente Leonardo Jaimes
Subteniente Agustín Vallaría
Subteniente Agustín Pulido
Subteniente Lorenzo Caravez
Subteniente José M. Márquez
Subteniente Leopoldo García
Subteniente Febronio Rivero
Subteniente Othón Soto
Subteniente Luis Ríos
Subteniente Esteban Nieto
Subteniente Guadalupe Sotelo
Subteniente Francisco Sotelo
Subteniente Carlos G. Rubio
Subteniente José Ortiz
Subteniente Pedro Aguirre
Subteniente Gustavo Sierra
Subteniente Ramón Jiménez
Subteniente Atanasio Moreno
Subteniente Román Durán
Subteniente Adelaido Escamilla
Subteniente Adolfo Pérez
Subteniente Concepción Rentería
Subteniente José M. Chica
Subteniente Jenaro Paz
Subteniente Miguel del Río

Subteniente José Venegas
Subteniente José M. Ortega
Subteniente Juan Cortés
Subteniente Crescencio Contreras
Subteniente José B. Raya
Subteniente Jesús Ponce del Río
Subteniente Fidel Bravo
Subteniente Serapio Naveda
Subteniente José Quiroz
Subteniente Norberto Pardo
Subteniente Ambrosio Villaseñor
Subteniente Herculano Castillo
Subteniente Emilio Guzmán
Subteniente Florentino Álvarez
Subteniente José M. Salazar
Subteniente Enrique Cisneros

### REGIMIENTO LERDO DE TEJADA

Jefe, Teniente Coronel Julio C. Arroyo
Capitán 1.º Erasmo Montes
Capitán 1.º Javier Mercado
Capitán 2.º José E. Espinosa
Capitán 2.º Enrique B. García
Teniente Leopoldo Arizmendi
Teniente Guadalupe Garza
Teniente Eulalio Vélez
Subteniente Miguel Arce
Subteniente Guilebaldo Pérez
Subteniente Emilio Barrientes

## DIVISIÓN DE CABALLERÍA

*Jefe accidental, General Brigadier Fortunato Maycotte*

### BRIGADA MAYCOTTE

Jefe, General Brigadier Fortunato Maycotte
Coronel Ildefonso Ramos
Coronel Paz V. Faz
Teniente Coronel Emilio J. Rouby
Teniente Coronel Saturio Maycotte

Teniente Coronel José Alva Reza
Teniente Coronel Gaspar Cantú
Mayor Luis Limón
Mayor Rogelio Flores
Mayor Francisco J. Pérez
Mayor Marcial Salazar
Mayor Longinos Marroquín
Mayor Alberto Cravioto
Mayor Jacobo Villalobos R.
Mayor Antonio Martínez
Mayor Víctor Ríos Thivol
Capitán 1.º Reynaldo Sosa
Capitán 1.º Máximo L. Canales
Capitán 1.º Melquiades P. Limón
Capitán 1.º Silvestre Treviño
Capitán 1.º Crisóstomo Rodríguez
Capitán 1.º Gregorio Aguilar
Capitán 1.º Braulio Aguilar
Capitán 1.º Bonifacio Rivera
Capitán 1.º Emilio de la Cerda
Capitán 1.º Francisco San Miguel
Capitán 1.º Gustavo Rodríguez
Capitán 1.º Severo Faz
Capitán 1.º José M. Clavé
Capitán 1.º Vicente de la Cruz
Capitán 1.º Ramiro J. Pérez
Capitán 1.º Encarnación Zamora
Capitán 1.º Virgilio Reyes
Capitán 1.º Ernesto Ponce
Capitán 1.º Gilberto Ponce
Capitán 1.º Anastasio Sobreyra
Capitán 1.º Manuel Álvarez
Capitán 1.º Carlos Conde Zarsa
Capitán 1.º Federico Ramírez
Capitán 1.º Pedro Zertuche
Capitán 2.º José Pérez Flores
Capitán 2.º Samuel Jiménez
Capitán 2.º Félix Ortiz
Capitán 2.º Francisco Pinedo
Capitán 2.º Braulio Maycotte
Capitán 2.º Graciano M. Reyes

Capitán 2.º Eduardo Cisneros
Capitán 2.º Alfonso Ochoa
Capitán 2.º Exiquio González
Capitán 2.º Antonio Gil
Capitán 2.º Manuel Flores
Capitán 2.º Juan R. Amador
Capitán 2.º Guillermo Díaz Berdeja
Capitán 2.º Fidel Utrilla
Capitán 2.º Fernando Manguillo
Capitán 2.º Luis Gómez
Capitán 2.º Manuel Mier
Capitán 2.º José de la Rosa
Capitán 2.º Trinidad Roa Ayala
Teniente Francisco Saavedra
Teniente Aurelio Saavedra
Teniente Carlos Hoyuela
Teniente José Abrego
Teniente Estanislao Martínez
Teniente Pablo Silva
Teniente Alejandro Guzmán
Teniente Enrique R. Arguelles
Teniente Tomás G. Orta
Teniente Fernando Lozada
Teniente Margarito López
Teniente Juan F. Olvera
Teniente Manuel Jasso
Teniente Francisco A. Rodríguez
Teniente Severiano Maycotte
Teniente Alejandro E. Anaya
Teniente Eugenio Pérez
Teniente Alberto Campos
Teniente Joaquín Guerra
Teniente Francisco Fuentes
Teniente Bernardino Escamilla
Teniente Pedro Moreno
Teniente Serapio Garza
Teniente Ildefonso O'Breing
Teniente Arnulfo Saavedra
Teniente Fausto Medrano
Teniente Vicente Ramos
Teniente Salvador Ibarzábal

Teniente Juan Romero Martínez
Teniente Alfredo Dorantes
Teniente Francisco Flores
Subteniente Rubén M. Moreno
Subteniente Celso González
Subteniente Mateo Juárez
Subteniente Rafael Chapa
Subteniente Adolfo Santos
Subteniente Juan Vargas
Subteniente Ángel Silva
Subteniente Jesús González
Subteniente Aurelio Hernández
Subteniente Lorenzo López
Subteniente Pedro Pérez
Subteniente Inocencio Valdés
Subteniente Benjamín Pérez
Subteniente Baraquiel Martínez
Subteniente Lázaro Nájera
Subteniente Pablo Cantú
Subteniente José Guerrero
Subteniente Lucas Muñoz
Subteniente Juan Gómez
Subteniente José García
Subteniente Gabino Coronado
Subteniente Francisco Salazar
Subteniente Francisco Morachel
Subteniente Gilberto Macías
Subteniente Domingo Olivas
Subteniente Juan González
Subteniente Agustín Mendoza
Subteniente Jorge Kerber
Subteniente Candelario Guerra
Subteniente Alejandro Villanueva
Subteniente Francisco Aldape
Subteniente Lorenzo C. Pacheco
Subteniente Miguel Pinzón
Subteniente Jesús Fuentes
Subteniente Camilo Aguilar
Subteniente Pedro Ibarra
Subteniente Ramón Pedraza
Subteniente Estanislao González

Subteniente Ignacio Venegas
Subteniente Jesús Reyna
Subteniente Pablo Sidar
Subteniente Porfirio Medrano
Subteniente Luis Reyes
Subteniente Enrique Torres
Subteniente Ariosto M. Cervantes
Subteniente Norberto Peizzat
Subteniente Juan Mancilla
Subteniente Fernando González
Subteniente David Martínez
Subteniente Valentín Martínez
Subteniente Rodolfo Ponce
Subteniente Francisco Alarcón Sánchez
Subteniente Pablo González del Ron
Subteniente Antonio Phillips
Subteniente Antonio Devdul
Subteniente Juan Cantero
Subteniente José J. Brambila
Subteniente Fidel Montesinos
Subteniente Pedro Villaseñor
Subteniente Andrés Pimentel
Subteniente Antonio Rodríguez
Subteniente Toribio Mejía
Subteniente Isidro Cázares
Subteniente José Muñoz Mora
Subteniente Faustino Sandoval
Subteniente Gabino Pérez
Subteniente Esteban Zúñiga
Subteniente Salvador González
Subteniente Gabriel Fuentes
Subteniente Manuel H. Reyes
Subteniente Ambrosio F. Aguilar
Subteniente Mariano Herrera
Subteniente José Ramírez
Subteniente Luis Montalvo
Subteniente Román Parra
Subteniente Isaac Sandoval
Subteniente Antonio Croset
Subteniente Luciano Hernández
Subteniente Federico Kirchener González

# BRIGADA REGIONAL DE COAHUILA

Jefe, General Brigadier Alejo G. González
Coronel José Chapa
Coronel Benecio López
Coronel José Cabrera
Coronel Emilio Elizondo
Teniente Coronel Juan Francisco Gutiérrez
Mayor Francisco González
Mayor Francisco Garza Cano
Mayor Felipe Montemayor
Mayor Ismael Pintado Sánchez
Mayor Amador Ortega
Mayor Candelario Reyna
Mayor Tomás Valle
Mayor Jesús S. Amezcua
Mayor Indalecio Castillo
Capitán 1.º Pedro Roqueñí
Capitán 1.º Joaquín Silva
Capitán 1.º Ageo Meneses
Capitán 1.º José Sema
Capitán 1.º Manuel Aguirre y Vela
Capitán 1.º Félix H. Domínguez
Capitán 1.º Manuel Gutiérrez
Capitán 1.º Andrés García
Capitán 1.º Eugenio Rodríguez
Capitán 1.º Andrés Moreno
Capitán 1.º David Hinojosa
Capitán 1.º Lázaro Mendoza
Capitán 1.º Ramón López
Capitán 1.º Plácido Rivera
Capitán 1.º Luis G. Meza
Capitán 1.º Guillermo Legaspi
Capitán 2.º Guadalupe Ramos
Capitán 2.º Cirilo Pérez
Capitán 2.º Juan B. Franco
Capitán 2.º Maximino Leal
Capitán 2.º José E. Berber
Capitán 2.º Pedro Hernández
Capitán 2.º Eutimio Peña
Capitán 2.º Fernando Laredo

Capitán 2.º Pablo B. Mendoza
Capitán 2.º Juan J. Silva
Capitán 1.º Ezequiel Orea
Capitán 2.º Lucas F. Cerda
Capitán 2.º Atanasio Cardosa
Capitán 2.º José G. Duarte
Capitán 2.º Ramón Rodríguez
Capitán 2.º Gregorio Vargas
Capitán 2.º Wilfrido Briseño
Capitán 2.º Gonzalo Villarreal
Capitán 2.º Fernando Rodríguez
Teniente Francisco A. Soní
Teniente Luis Sarmina
Teniente Femando Vázquez Castaños
Teniente Ismael E. Brondo
Teniente Januario de la Garza
Teniente Salvador Salazar
Teniente Estanislao Barrios
Teniente Francisco Orozco
Teniente José Vargas
Teniente José Salinas
Teniente Juventino Reyes
Teniente Calixto Martínez
Teniente Manuel Arroyo
Teniente Pablo Vaca
Teniente Arcadio Lima
Teniente Sotero Pluma
Teniente Joaquín Fierro
Teniente Domingo Martínez
Teniente Marcos Hernández
Teniente Francisco Morales
Teniente Marcial Cerda
Juan Sepúlveda
Teniente Olegario García Fuentes
Teniente Rutilio C. Calderón
Teniente Francisco López R.
Teniente Andrés Molina
Teniente Mariano Paredes
Subteniente Elías Lascano
Subteniente Jesús Palacios
Subteniente José B. Doria

Subteniente Catarino Gómez
Subteniente Eugenio Aguirre López
Subteniente José Dueñas
Subteniente Arturo Gutiérrez
Subteniente Luis Soto
Subteniente Miguel Enríquez
Subteniente Reyes Rocha
Subteniente Alberto Jáuregui
Subteniente Felipe J. Induñate
Subteniente Manuel Estrada
Subteniente Luis G. Teyssier
Subteniente Quirino Acosta
Subteniente Agustín Vázquez
Subteniente Florencio García
Subteniente Ángel Rodríguez
Subteniente Juan Zamora
Subteniente Severiano Pérez
Subteniente Santana Cárdenas
Subteniente Enrique Manzano
Subteniente Trinidad López
Subteniente Bernardo de la Garza
Subteniente Porfirio Romero
Subteniente Gabriel Solana
Subteniente Florentino Orihuela
Subteniente Manuel Olguín
Subteniente José Ramos
Subteniente Mauro Flores
Subteniente Agustín González Ortega
Subteniente Jesús Lomelí
Subteniente Juan Montiel
Subteniente Vidal N. Blanco
Subteniente Carlos Buitrón
Subteniente Manuel Carranza
Subteniente Néstor Castillo
Subteniente José Hernández F.
Subteniente Carlos Delgado
Subteniente Hilario Ortiz
Subteniente Epifanio Trejo
Subteniente Pascual Estrada
Subteniente Candelario Bernal
Subteniente Ignacio Pérez

Subteniente Roberto Moreno
Subteniente Samuel Ruiz
Subteniente Vicente Estrada
Subteniente José Garza Bermúdez
Subteniente Juan Payán León
Subteniente Enrique Villegas
Subteniente José Aguilar
Subteniente Daniel Soriano
Subteniente Ismael Genis

## BRIGADA JESÚS CARRANZA

Jefe, General Brigadier Porfirio G. González
Coronel Margarito Puente
Teniente Coronel Manuel Quintanilla
Teniente Coronel Florencio Montemayor
Teniente Coronel José Rodríguez
Mayor Desiderio Cantú
Mayor Pedro González
Mayor Jenaro Rodríguez
Mayor Luis Elizondo
Mayor Francisco Quintanilla
Mayor Cipriano Cantú E.
Capitán 1.º Ramón Solís
Capitán 1.º Manuel Gracia
Capitán 1.º José M. B. Benavides
Capitán 1.º Luis G. Elizondo
Capitán 1.º Margarito Cavazos
Capitán 1.º Félix Rodríguez
Capitán 1.º Arcadio Flores
Capitán 1.º Sabino Guerrero
Capitán 1.º Jesús C. Cantú
Capitán 1.º Feliciano Sáenz
Capitán 1.º Rafael G. Elizondo
Capitán 1.º Primitivo Peña
Capitán 2.º Antonio Espitia
Capitán 2.º Ireneo C. Galván
Capitán 2.º Alejandro García
Capitán 2.º Julián Rodríguez
Capitán 2.º Francisco Reyna
Capitán 2.º Dionisio Hernández

Capitán 2.º Anastasio Bielmas
Capitán 2.º Manuel Rodríguez
Capitán 2.º Fernando Reyes
Teniente José Cano
Teniente Margarito Vázquez
Teniente Ernesto Juárez
Teniente Cenobio Cantú
Teniente Arcadio Zapata
Teniente Daniel Herrera
Teniente Vicente Calixto
Teniente Trinidad Míreles
Teniente Eugenio Morales
Teniente Arcadio Lozano
Teniente Candelario Varela
Teniente Diego Vázquez
Teniente Guillermo Díaz
Teniente Rafael Cabrera
Teniente Luis Ponce
Teniente Manuel Espinosa
Teniente Bonifacio Salinas
Teniente Julio Mena
Teniente Flavio Alejandro
Teniente Antonio González
Teniente Luis González
Teniente Mario Gutiérrez
Teniente Guadalupe Longoria
Teniente Hilario González
Teniente Segundo Silva
Teniente Rafael Treviño
Teniente Natividad Sáenz
Teniente Raúl Barragán
Teniente Calixto Muñoz
Teniente Rodolfo Valdés
Teniente Gustavo Ávalos
Teniente Ignacio B. Rodríguez
Teniente José M. Varela
Subteniente Pablo Vázquez
Subteniente Toribio Moreno
Subteniente José Cavazos
Subteniente Gumersindo Lozano
Subteniente Froilán Mares

Subteniente Calixto Ríos
Subteniente Dolores Barrera
Subteniente Santiago González
Subteniente Felipe García
Subteniente Rosendo García
Subteniente José M. Dávila
Subteniente Macedonio Amaya
Subteniente Rafael Peña
Subteniente Raúl Garza
Subteniente Carlos Corona
Subteniente José Martínez
Subteniente Enrique Sosa
Subteniente Celerino Ramírez
Subteniente José González
Subteniente Adolfo Enciso
Subteniente Nieves Hernández
Subteniente José M. Castillo
Subteniente Silvestre Muñoz
Subteniente Enrique Montes
Subteniente Juan Hernández

## BRIGADA FRANCISCO SÁNCHEZ HERRERA

Jefe, General Brigadier Jesús S. Novoa
Coronel Félix C. Lozano
Coronel Florencio M. Carranza
Coronel Tomás Lozano
Teniente Coronel Antonio Pruneda R.
Mayor José F. Botello
Mayor Ramón Macías
Mayor Carlos Avilés
Mayor Ramón Nava
Mayor Rosendo F. Villaseñor
Mayor Francisco A. Carreón
Mayor Julián Sánchez
Mayor Jesús Solís
Mayor José P. Dávila
Capitán 1.º Ezequiel Bedolla
Capitán 1.º Juan G. Garza
Capitán 1.º José Escamilla
Capitán 1.º Álvaro G. Moreno

Capitán 1.º Júpiter Ramírez
Capitán 1.º Eduardo Oviedo E.
Capitán 1.º Isidro Macías
Capitán 1.º Luis R. Martínez
Capitán 1.º Francisco R. Ruiz
Capitán 1.º Francisco Silva
Capitán 1.º Guillermo Adán
Capitán 1.º Santiago Beclis
Capitán 1.º Jesús Villegas
Capitán 1.º Juan Martínez
Capitán 1.º Benigno S. Ramírez
Capitán 1.º Arnulfo B. Martínez
Capitán 1.º Eduardo Maldonado
Capitán 2.º Jesús Herrera
Capitán 2.º Pascual Matamoros
Capitán 2.º Anselmo González
Capitán 2.º Encarnación Villalobos
Capitán 2.º Agapito Ramos
Capitán 2.º Benito Sánchez
Capitán 2.º Alberto R. Solís
Capitán 2.º Jesús Herrera
Capitán 2.º Juan S. Molina
Capitán 2.º Tirso Valdés
Capitán 2.º Teodosio D. Salinas
Capitán 2.º Higinio Rincón
Capitán 2.º Jerónimo Cepeda
Capitán 2.º José Rodríguez
Capitán 2.º Ángel L. Fuentes
Capitán 2.º Alberto Novoa
Capitán 2.º Manuel Rodríguez
Teniente Fidencio Rodríguez
Teniente Daniel de la Hoz
Teniente Laureano Sánchez
Teniente Lázaro Candelario
Teniente Juan B. Ruiz
Teniente Antonio Rodríguez
Teniente Roberto Cortés
Teniente José Villarreal
Teniente Manuel Rivera
Teniente Ricardo E. Arguelles
Teniente Pedro González

Teniente Jesús López
Teniente Lucas Silva
Teniente Tizoc Ortiz
Teniente Álvaro B. Gil
Teniente Florentino Beltrán
Teniente Benito Cibrián
Teniente José Sánchez
Teniente Blas Pérez Díaz
Teniente Gabriel Carrasco
Teniente Ireneo Prieto
Teniente Francisco Delgado
Teniente Eduardo López
Teniente Jesús Ortiz
Teniente Ismael Treviño
Teniente Cesáreo Guajardo
Teniente Luz Cuéllar
Teniente José Pérez
Teniente Estanislao Elizalde
Teniente Rogelio de Anda
Teniente Arnulfo E. Treviño
Teniente Rosendo Gutiérrez
Teniente Alberto Tapia
Teniente Sadí Hermosillo
Teniente José S. García
Subteniente Pascual Bonilla
Subteniente Abraham Pérez
Subteniente Luis Zamora
Subteniente Juan Rentería
Subteniente Eligió López
Subteniente Reyes Murillo
Subteniente Isaac Peña
Subteniente Manuel G. Pérez
Subteniente Alfonso Ortiz
Subteniente Francisco Gudiño
Subteniente Pablo Herrera
Subteniente Isidoro Correa
Subteniente Bernardo Flores
Subteniente Agustín Hernández
Subteniente Librado S. Martínez
Subteniente Francisco Mc Gregor
Subteniente Antonio Gavito

Subteniente Jesús E. Crespo
Subteniente Pedro Vázquez
Subteniente Desiderio Márquez
Subteniente Juan Esparza
Subteniente Hermenegildo Puente
Subteniente José Tangassi
Subteniente Jesús Rodríguez
Subteniente Genaro Moreno
Subteniente Francisco Carreón
Subteniente Pedro Herrera
Subteniente Felipe Valverde
Subteniente Agapito Sánchez
Subteniente Adrián H. Chávez
Subteniente Francisco Carmona
Subteniente Miguel Allende
Subteniente Francisco Figueroa
Subteniente Emiliano García
Subteniente José Guajardo
Subteniente Paulino Hernández
Subteniente Gregorio Melchor
Subteniente Francisco Pérez
Subteniente Gregorio Flores
Subteniente Alejandro Rivera
Subteniente Santiago Núñez
Subteniente Eduardo F. de Lar
Subteniente Antonio P. Tamayo
Subteniente Reyes Cavazos

## PRIMER BATALLÓN DE FERROCARRILEROS

Jefe del Batallón, Teniente Coronel J. L. Gutiérrez
Mayor Carlos Caamaño
Capitán 1.º Isaac Pérez
Capitán 2.º Antonio Pérez
Teniente Ernesto Chagoya
Teniente Mariano Peña
Subteniente José García
Subteniente José Ferrer

## SERVICIO SANITARIO MILITAR

Jefe del servicio, Coronel Médico-Cirujano Andrés G. Castro

Subjefe del servicio, Teniente Coronel Médico-Cirujano Heberto Alcázar
Teniente Coronel Médico-Cirujano Guadalupe Gracia García
Teniente Coronel Médico-Cirujano Tomás Valle
Capitán 1.º Aspirante Medicina J. U. Molina
Teniente Aspirante Medicina Enrique García
Teniente Aspirante Medicina José J. Arbaiza
Teniente Aspirante Medicina Alfonso León
Teniente Aspirante Medicina Femando Aguirre
Teniente Aspirante Medicina Ventura Benítez
Teniente Aspirante Medicina Santana Castro
Teniente Aspirante Medicina Manuel Ramírez
Teniente Arturo Cervantes
Teniente Manuel Escudero
Teniente Eduardo Vera
Subteniente Aspirante Medicina Jesús Preciado
Subteniente Aspirante Medicina Manuel Orozco
Subteniente Aspirante Medicina Carlos Rojas
Subteniente Aspirante Medicina Miguel Estrella
Subteniente Aspirante Medicina Francisco Flores
Subteniente Francisco Sierra
Subteniente Felipe Ríos

## CUERPO DE TELEGRAFISTAS MILITARES

Jefe del Cuerpo, Mayor Telegrafista Luis G. Zepeda
Mayor Telegrafista José Acosta Díaz
Capitán 2.º Telegrafista Benito Ramos
Teniente Telegrafista Pascual Vieyra
Teniente Telegrafista Fortino Herrera
Teniente Telegrafista Eduardo López
Subteniente Telegrafista Benjamín Alcalá
Telegrafista Ignacio A. Dávila
Constructor Pedro R. Torres

## OTRAS PERSONAS QUE TOMARON PARTE

Teniente Coronel Miguel A. Peralta
Ingeniero Alfredo C. Acosta
Agustín Ortiz
Rubén Peralta
Capitán 2.º Juan Ortega
Subteniente Manuel Zubillaga

Pablo Meneses
Federico Celayo

Celaya, Guanajuato, a 18 de abril de 1915
El General en Jefe. *Álvaro Obregón*.

# APÉNDICES

# ÁLVARO OBREGÓN. ESTADISTA

Sobre las ruinas que iba dejando la violencia, Álvaro Obregón inició la reconstrucción de México. Y la inició con sentido revolucionario, puesto que él pertenecía a la Revolución. Las ideas transformadoras habían sido dadas en los planes políticos, en libelos y discursos, en estudios y artículos periodísticos, hasta culminar en los trabajos del Congreso Constituyente que preparó y formó la Carta Política de 1917. Cuando ascendió al poder el general Obregón, la política mexicana hallábase en una encrucijada: dar aplicación real a la Constitución, o suspender en beneficio de los intereses creados, la obediencia a las nuevas disposiciones legales. El general Obregón optó decididamente por cumplir con la Constitución política de México.

Cuando llegó a la presidencia Álvaro Obregón la República contaba un decenio de lucha armada; la de la Revolución contra los sostenedores del Antiguo Régimen; y por virtud de la lucha de facciones, la de los distintos grupos que habían convertido al escenario nacional en trasunto de la anarquía. Mucha sangre habíase derramado; múltiples sacrificios se habían exigido. Por eso el dilema se planteaba así: o eran traicionadas las grandes masas del campo y de la industria, o se daba satisfacción plena a sus necesidades, compensando en esa forma los esfuerzos del pueblo para mejorar su convivencia. El general Obregón decidió satisfacer los apremios de los que pusieron al azar de las armas el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Pero decidirse por la Constitución de 1917 y por las grandes mayorías mexicanas llevaba consigo riesgos. No eran caminos de menor resistencia, antes bien de escabrosas dificultades, promovidas por los intereses que en el exterior conspiraban contra nuestra autonomía, y en el interior se oponían a toda reforma. Si es verdad que en la lucha cruenta los partidarios del Antiguo Régimen aparecían como vencidos, su resistencia era tremenda; por lo que recurrían a los procedimientos más variados, pero siempre efectivos, a fin de desvirtuar y oponerse a los nuevos sistemas; y para concluir alianzas y entendimientos aun con antiguos revolucionarios, que, desplazados del poder, conspiraban en la compañía de los que antes habían sido sus enemigos, de los que ayer pública y constantemente los llamaban bandoleros y asesinos.

Así pues la Revolución no ganaba todavía la última partida. Pero en ello se empeñó el presidente Obregón. Y si, como queda dicho, con su régimen iniciose la etapa constructiva revolucionaria, hay que agregar que al decidirse el Caudillo de Sonora por la transformación social emprendió la obra de identificar a la Revolución con la nación. En eso estuvo su mérito. Y por eso lo combaten sus enemigos encarnizadamente y, claro está, de modo injusto.

La fase constructora de la Revolución se caracteriza por las múltiples obras, orgánicas y planificadas, o bien las ideadas sin plan alguno, que tuvieron por objeto fortalecer el patrimonio

de la fase transformadora, llamada por otro nombre la etapa ideológica. El presidente Obregón tomó a su cargo las realizaciones.

Su extracción humilde de agricultor y artesano le dio sensibilidad para entender las necesidades del pueblo. Su origen político, esto es, haber actuado como presidente municipal del Huatabampo sonorense, significó y honró el cargo militar con que llegaría al Ejército de la Revolución. Sucedió que en Sonora la defensa de las instituciones, a partir del levantamiento de Pascual Orozco, quedó encomendada a los voluntarios que, organizados en batallones irregulares, fueron jefaturados por ediles o personas que desempeñaban puestos municipales. De este modo Álvaro Obregón por su calidad de presidente municipal fue designado teniente coronel, y dejáronse a su jefatura a los ciudadanos que acudieron voluntariamente al reclutamiento que promovió entre los pobladores de los ríos Yaqui y Mayo.

El talento natural, el don de mando y el espíritu organizador se complementaban en Obregón con una disposición que en los primeros años de la violencia era excepcional y por eso adquiría las calidades de virtud. Me refiero a la virtud de la disciplina. Como jefe subalterno fue disciplinado. Como jefe que iba adquiriendo brillo propio sujetó su conducta al gobierno de Sonora, después al Primer Jefe y siempre a los principios del constitucionalismo. En momentos en los que cada combatiente sentíase autónomo, que guardaba celosamente su autoridad y que estimaba como parte de su patrimonio a los soldados que militaban a sus órdenes, ser disciplinado era extraordinario. Y sostener la disciplina con sentido revolucionario lo era todavía más. Cuando el general Obregón dirigiose a Chihuahua a entrevistar al general Francisco Villa con propósitos de evitar la ruptura de los elementos constitucionalistas (que a la postre se realizó entre Villa y Carranza), la virtud de la disciplina revolucionaria fue la que lo impulsó aun con peligro de su vida, como en verdad estuvo en riesgo de perderla.

Jefe de primera línea, Obregón procuró guardar la disciplina en el Cuerpo de Ejército del Noroeste. Presidente de la República, su preocupación fue hacer la paz del país y sujetar a la disciplina revolucionaria a militares y civiles, que significaban fuerzas centrífugas dentro de la obra constructora de la Revolución. Como estaban en juego los destinos de la patria y de la Revolución, al imponer la disciplina revolucionaria lo hizo con férrea voluntad, pues de otro modo habrían fracasado los esfuerzos para transformar a México. De donde una alternativa más se le presentó entonces a Obregón: actuar con complacencias o hacer retornar a los cauces racionales a las fuerzas irracionales que había desbordado la violencia. Por esto último optó, con la visión del estadista que iniciaba una nueva época.

Pues es lo cierto que el Caudillo de Sonora, a diferencia de próceres revolucionarios como Madero y Carranza, atendió siempre al porvenir. Madero no pudo despojarse completamente de la carga que significaba el pasado porfirista y por eso incurrió en incongruencias. Carranza, por su parte, conocedor de la historia de México como era, medía el presente con arreglo a lo que había sucedido y de ahí las cautelas, las dilatorias que fueron peculiares en sus procedimientos. En esos dos prohombres el pretérito constituyó factor, que siempre fue tomado en cuenta para confrontar sus grandes responsabilidades de hombres de la Revolución. Para el presidente Obregón el pasado, en cuanto se identificaba con el Antiguo Régimen, merecía ser destruido con vista al futuro, que debería prevalecer porque el porvenir iba a presenciar la transformación de

los sistemas, según habíaselo propuesto la aplastante mayoría de los mexicanos. Si los obstáculos levantados para detener el cambio social aparecían de difícil superación, el sistema agresivo que era la Revolución sólo podía abrirse paso mediante firme voluntad, disciplina y la perspicua visión de un estadista. Álvaro Obregón reunía en su persona todas esas cualidades.

La acción de la Revolución es una obra humana y, por consiguiente, que puede presentar imperfecciones por un lado, y la persecución de objetivos de alta calidad por el otro. Álvaro Obregón tuvo que actuar con decisiva tendencia ya que cualquier indecisión hubiera detenido o desvirtuado la corriente transformadora. Cuando ascendió a la presidencia estaban de manifiesto los inconvenientes de la política Madero, que deseó realizar el cambio revolucionario de los sistemas dentro de un recuerdo de paz porfiriana. Y la ineficacia de la política de Carranza que pretendió repetir el ejemplo de Juárez, sin percibir que las circunstancias y los hombres a los que se enfrentó el Caudillo liberal, no eran semejantes a los que tuvo ante si el Varón de Cuatro Ciénegas.

Por consiguiente, Obregón, que por su genio era sagaz, decidió aplicar procedimientos que expeditaran los cambios sociales y quebrantaran a los enemigos: estaba en juego el porvenir de la Revolución y a debate la implantación del Nuevo Régimen.

Conforme transcurrieron los años, la experiencia obligó al Caudillo de Sonora a perfeccionar los métodos, sin abandonar su posición revolucionaria. Desde el Manifiesto de Nogales (expedido el 1.º de junio de 1919 al lanzarse a la lucha electoral), hasta el último discurso político de su vida, incluyendo sus actos de gobierno y las leyes que se pusieron en vigor durante su ejercicio gubernamental, se hace notoria la tendencia de vigorizar y de perfeccionar el patrimonio ideológico revolucionario.

En el Manifiesto de Nogales aparecieron ideas que la madurez política fue robusteciendo a través de los años. Para Obregón el gobierno tenía ante sí como fundamentales el problema moral, el problema político y la cuestión económica, de tal manera que sus resoluciones eran inaplazables. Al primero lo definía como la necesidad de depurar la cosa pública de los elementos revolucionarios corrompidos; al segundo, lo hizo consistir en dar efectividad al sufragio popular; y la cuestión económica pensaba que podía ser resuelta, antes que con el aumento de las contribuciones, con la reducción de las erogaciones del presupuesto.

Según fue desarrollándose su campaña presidencial, llena de riesgos personales, perseguidos sus partidarios civiles y postergados los militares que simpatizaban con su candidatura, el Caudillo de Sonora distinguió los problemas de gobierno en la labor de moralización, en la reconstrucción económica y en la consolidación del crédito nacional. El primero lo proyectaba hacia las personas; el segundo hacia las necesidades nacionales; y el tercero hacia la defensa y la conveniencia de reconquistar nuestro crédito en el orden interno y en el exterior.

Ahora bien, la moralización ofreció comenzarla en el ejército y proseguirla en los funcionarios civiles. La reconstrucción económica fue considerada conforme eran las necesidades de México y, de ese modo, Obregón tuvo en cuenta la educación del pueblo, las relaciones entre patronos y obreros, y la redistribución de la tierra en el agro mexicano.

Las deudas, extranjera e interior, fueron motivo de su preocupación con sentido de hombre práctico. Entendía que un país sin crédito no podía emprender trabajos de aliento, y por eso recomendaba la reanudación de los servicios que satisfarían a nuestros acreedores. Por lo demás esta concepción de Obregón coincidía con una experiencia mexicana de doloroso recuerdo; aquella que en el siglo pasado, cuando don Benito Juárez por razón de necesidades apremiantes suspendió los pagos de la deuda exterior, con lo que surgió el pretexto para la expedición tripartita, que a su vez dio paso a la intervención francesa.

No nos es dable precisar si aquella coincidencia fue deliberada en el ánimo de Obregón; pero sí que fue oportuna y conveniente, pues para 1920 los acreedores extranjeros aprestábanse a tomar medidas contra la República por falta de pago de sus créditos. Pudo haberse repetido el dramático pasaje de la intervención exterior, o cuando menos aplicársenos los procedimientos compulsivos por medio de las unidades navales que bombardearan nuestros puertos y, a renglón seguido, imponérsenos las condiciones leoninas que acostumbran los imperialismos en casos similares. Un país débil como México ha estado expuesto a ese tipo de atropellos. Prevenirlos es signo de patriótico raciocinio. Y Obregón los previo con habilidad suma.

El candidato presidencial Álvaro Obregón llegó a convertirse en Primer Magistrado de la Nación. Para entonces los problemas nacionales comenzaron a requerir de él soluciones. Las promesas quedaban atrás. La aplicación de los remedios a la realidad mexicana constituyeron entonces la consigna de su gobierno.

Como candidato había dicho que pondría fin al militarismo “reduciendo el ejército a 50 000 hombres”. Y agregó: “Queremos mandar a todos los niños a la escuela”. Por supuesto que estas ideas claves las puso en práctica. Desde luego en el ejército realizose la primera selección que trajo consigo la lucha armada que se sostuvo contra el señor Carranza hacia el mes de mayo de 1920. Sin embargo, el ejército era numeroso y heterogéneo, de tal modo que la carga que representaba para el erario resultaba excesiva. Tres años fueron suficientes al presidente Obregón para disminuir las plazas militares según anuncios que hizo al Congreso Federal. La reducción consistió en 4 648, entre generales, jefes y oficiales y en 35 000 soldados. Con todo, al 1.º de septiembre de 1923 los efectivos del ejército sumaban 508 generales, 2 758 jefes, 8 583 oficiales y 59 030 individuos de tropa.

Pero en diciembre de ese año defeccionaron 102 generales, 573 jefes, 2 417 oficiales y 23 224 soldados. La rebelión delahuertista puso en armas a la República y una vez más corrió sangre mexicana, así como quedaron destruidas propiedades de la nación y de los particulares. Independientemente de la bancarrota que constituyó la asonada para el funcionamiento de los partidos políticos mexicanos y, por tanto, para la democracia, hay que subrayar que la rebeldía de Adolfo de la Huerta arrastró a un alto porcentaje del ejército.

Mas pudo arrastrarlo porque la depuración llevada al cabo por el presidente Obregón lesionó intereses creados por los distintos generales. Corrían los tiempos en que los divisionarios con ambiciones creían estar en la antesala para su designación como presidente de la República; en los que había jefes con mando de fuerzas que consideraban como de su patrimonio hombres y

elementos; y en los que la disciplina a las instituciones no había arraigado suficiente y debidamente.

Cambiar esos supuestos produjo descontento entre los ambiciosos. Reducir el número de generales, jefes, oficiales e individuos de tropa, era debilitar la fuerza de lo que iba en camino de constituirse en casta militar. Sujetar a control los haberes y los gastos era quebrantar la fuerza económica de los que aprovechaban la desorganización o la complacencia de las auditorías e inspecciones.

A la altura de nuestro tiempo la nación puede entender lo saludable que fue el triunfo del presidente Obregón sobre la rebelión de 1923. En primer lugar, porque se consolidó el prestigio de las instituciones de México. En segundo, porque operose una selección entre los militares que redundó en beneficio del país. Y en tercer lugar porque fue evitada la supervivencia de la casta militarista.

En efecto, el triunfo de la rebelión de 1923 hubiera sido triunfo de los militares, cuyos jefes de antemano estaban divididos o distanciados, aunque pasajeramente unidos para combatir al presidente Obregón. Halagados como habían sido para tenerlos como partidarios de la revuelta, el éxito los hubiera dejado sin frenos en las disputas entre ellos, sin frenos en el ejercicio de sus mandos militares, y ante la fácil propensión de repetir los desmanes y errores que el militarismo del siglo pasado cometió, hasta llevar a México al gran colapso de 1848. Hubieran sido los amos de la nación. Y muchos contratiempos y sinsabores hubiéranse abatido sobre la patria, como expresión de la anarquía que traían consigo los celos y las enemistades de los militares.

Si estas consecuencias no tuvieron efecto y deben apuntarse como probables de haber sido otro el resultado de la asonada de 1923, en cambio, fue lo cierto que el presidente Obregón redujo el abrumador número de los efectivos del ejército; seleccionó y conservó en el activo a los que estaban dispuestos a servir a la nación sin constituirse en sus verdugos; e inició la era de los fracasos de las rebeliones motivadas por causas personales, con la consecuente consolidación de las instituciones revolucionarias.

Mas hubiera resultado una paz de sepulcros blanqueados si sólo a titulo de vencedor militar el general Obregón lograra la tranquilidad de la República. Debe enfatizarse que su acción fue más profunda.

De inmediato en el aspecto educativo. Pocas veces en la historia de México los mexicanos hemos presenciado un desbordamiento tan extraordinario como el educativo que realizó la administración del Caudillo de Sonora.

En el régimen presidencial que nos caracteriza, el desacierto de los actos de gobierno acostumbran imputarse al presidente de la República. Pero cuando conviene a los intereses de facción olvidar los aciertos, entonces se pasan por alto o bien se acreditan a los parciales. Para evitar la injusticia, en esta materia, debemos recordar que el primer acierto de Obregón fue considerar el problema educativo como básico para el porvenir de México; y darle apoyo moral y presupuestal excepcional. El segundo acierto consistió en designar a José Vasconcelos, que por entonces formaba parte de los constructores del país, en calidad de director ejecutor y responsable de la misión educativa. En el claustro de la Universidad de México, siendo el rector,

Vasconcelos así lo reconoció y de esta manera solicitó la colaboración de los universitarios, mientras quedaba elevado al rango de Secretaría de Estado el Departamento de Instrucción.

Me resolví a obrar de esta segunda manera que juzgo mucho más eficaz; y habiendo tenido la fortuna de merecer la confianza del señor presidente de la República, vengo a deciros: el país ansia educarse; decidnos vosotros cuál es la mejor manera de educarlo. No permanezcáis apartados de nosotros, venid a fundiros en los anhelos populares, difundid vuestra ciencia en el alma de la nación.

Como feliz coincidencia el nacionalismo intelectual floreció pujante. La poesía de López Velarde y González León hizo su aparición, cultivando temas de pura esencia provincial; un novelista, desconocido hasta entonces, cobró fama y abrió la senda de la novela revolucionaria que iba a cultivar de lleno, junto con el cuento, la generación siguiente. Al citar a Mariano Azuela como el novelista autor de *Los de abajo,* hay que agregar que isócronamente Antonio Caso desde sus lecciones universitarias atrajo la curiosidad y fincó la responsabilidad de los jóvenes hacia los problemas nacionales. Que Sotero Prieto inició la preparación de los técnicos nacionales que tanto requería México para la etapa constructiva revolucionaria. Y que Isaac Ochoterena enseñó que el laboratorio y el análisis prometían excelencias a los estudiosos que abandonaran las formaciones literarias y preocupáranse por problemas científicos. Por razón de sus respectivas materias, Caso, Prieto y Ochoterena infiltraron concepciones universalistas y, de esta manera, el nacionalismo fue matizado y enriquecido con elementos que lo superaban, al mismo tiempo que lo consolidaban.

La música también se incorporó a la corriente febricitante del mexicano que parecía haberse encontrado a sí mismo. Los conciertos al aire libre multiplicáronse; los niños de las escuelas entonaban canciones vernáculas y bailaban las danzas mestizas que respondían a sus combinadas raíces indígenas y españolas; los colores de los vestidos, el ritmo de los bailables; la gimnasia de los escolares, que la practicaban en grandes conjuntos, todo acabó por revelar la disposición emotiva de un pueblo, que sabía expresarse con belleza.

A su vez la pintura salió del caballete para conquistar las paredes de los edificios públicos. Los muralistas trabajaron con propósitos de exaltar la Revolución y los valores culturales y costumbristas del pueblo. De este modo el simbolismo de José Clemente Orozco pudo producir ejemplos de plástica tan magistrales como *La trinchera,* cuyas líneas geométricas encuadraron las figuras que representaron a los que habían luchado por la transformación de México: la fuerte expresión, el sentido que Orozco diera a ese mural, resultaron más poderosos que las diatribas que los del Antiguo Régimen habían enderezado contra los revolucionarios.

El realismo de Diego Rivera escogió realizaciones del Nuevo Régimen como el reparto de los ejidos; o la forma de trabajar en las minas, en las sementeras, en las fundiciones; o las ferias y fiestas populares, para entregar a la ciudad capital, en los muros de la Secretaría de Educación Pública, escenas que desconocía y hasta que le eran ajenas. Más adelante José Clemente y Diego Rivera tomaron vuelos mayores y fueron la historia de México, el carnaval del universo, nuestros héroes, el misterio de la germinación de la tierra y la Revolución mundial, los temas que desarrollaron con proyecciones que rebasaron las calidades nacionalistas para adquirir el valor de un muralismo universal.

El gobierno del presidente Obregón protegió y estimuló las manifestaciones científicas y literarias de los universitarios, la preparación de los técnicos y las expresiones de músicos y

pintores. Prohijó la idea de Vasconcelos de propagar obras clásicas del pensamiento mundial. Y si lo anterior referíase a la cumbre de la cultura, la atención de las bases humildes e iniciales que debíanse a la niñez, a los obreros y a los campesinos, no se descuidó.

Desde el punto de vista administrativo la acción educativa fue atendida designando a Vasconcelos antes que jefe del Departamento de Instrucción, rector de la Universidad y de rector Obregón lo convirtió en secretario de Educación. A esta dependencia le dio carácter nacional y federalizó la enseñanza, pues la Secretaría e innumerables ayuntamientos juntaron sus esfuerzos y sus elementos pecuniarios para que la acción educativa resultara eficaz. Se construyeron escuelas. Fueron levantadas o acondicionadas bibliotecas públicas. Organizose un tipo de maestro que era misionero y campirano. Pues otra de las grandes preocupaciones del régimen fue el indígena; el aborigen a quien había necesidad de incorporar a la vida que es peculiar del mexicano y darle los elementos de relación social como el idioma español y el alfabeto hispano, así como prepararlo siquiera fuese rudimentariamente para la lucha por la vida. Ahora bien, la campaña contra el analfabetismo consideraba al indígena, mas también a numerosos núcleos de la población mexicana: hacia ellos estuvo dirigida la acción gubernamental en la materia educativa.

Por contraposición a las reducciones militares, el presidente Obregón informó al Poder Legislativo federal en 1922, que en ese año el número de escuelas oficiales en la República habíase elevado de 8 388 a 9 547; y el de maestros de 20 407 a 22 939. En cuanto a las bibliotecas, las cifras decían que de agosto de 1922 a junio de 1923 habíanse instalado 285 con 32 173 volúmenes; 130 bibliotecas obreras con 12 399 libros; 129 bibliotecas escolares con 9 733; 105 bibliotecas diversas con 9 035; 21 bibliotecas ambulantes con 1 130; y una biblioteca circulante con 50.

Las estadísticas seguían hablando: existían 102 maestros misioneros que, con la ayuda de los maestros rurales progresaban indiscutiblemente, pues de 17 000 alumnos que tenían en 1922, al año siguiente concurrían 34 000, especialmente a escuelas que funcionaban “en lugares donde jamás había existido colegio alguno ni llegado la acción de las autoridades escolares”. En cuanto a la campaña alfabetizadora, también el adelanto era notorio, pues de 5 542 alumnos que se contaban en 1922, habían ascendido a 7 131 al año siguiente.

Salvo el ejercicio fiscal de 1924 que tuvo que hacer frente a la rebelión delahuertista, año con año, el presidente Obregón autorizaba el aumento del presupuesto de la Secretaría de Educación Pública, que la fueron capacitando para su acción a través de la República. Dentro de las limitaciones de nuestras posibilidades económicas, pero rompiendo con los precedentes en la distribución del presupuesto nacional, hubo años en los que la Secretaría de Educación pudo ejercitar partidas que superaban en monto a las de otras dependencias. Fue algo inusitado y dio el ejemplo para el futuro.

Cuando en 1924 el presidente Obregón daba a conocer al Congreso federal la asistencia de alumnos: a las escuelas primarias rurales con 171 565; a las de enseñanza industrial con 37 084 alumnos; a las de formación del profesorado rural y centros del analfabetismo con 1 571 educandos; a las de cultura indígena con 50 000 indios; a las escuelas primarias, elementales y superiores con una concurrencia de 1 187 407 alumnos; cuando esa información del Caudillo de

Sonora tenía lugar, la frialdad y la rigidez de las cifras estadísticas no podían traducir el entusiasmo y la heroica acción que se puso en la jornada educadora, y desde el presidente de la República y su secretario de Educación hasta el humilde misionero que trabajó en apartadas regiones; y cómo el pueblo de México respondió a ese esfuerzo gubernamental. Obregón habíase propuesto mandar a todos los niños a la escuela. No lo logró en forma absoluta, entre otras cosas, por falta de suficientes recursos pecuniarios. Pero relativamente fue poderoso el impulso que excitó las conciencias, demostró que el gobierno mexicano podía abordar el problema, dio sustancia cultural a nuestro nacionalismo e hizo que renaciera la fe en los destinos de México.

En cuanto a los factores de la producción el Caudillo de Sonora tuvo que manejar elementos que nos eran peculiares. En eso estuvo su talento. Resultaba evidente que la Revolución mexicana habíase propuesto transformar al Antiguo Régimen, secular y oprobioso, por una nueva situación en donde se superara al liberalismo, por el camino del socialismo; y se diera al nacionalismo el sentido de integración y de defensa frente a los peligros imperialistas. Puesto que los revolucionarios habían combatido dictaduras personales como las de Porfirio Díaz y su remedo trágico de la de Victoriano Huerta, no podían aspirar a sustituirlas por otra dictadura, así fuera la transitoria del proletariado, y menos a la que en su lugar acaba por imponerse que es la dictadura de la burocracia.

Para reorganizarnos sólo teníamos que atender a nuestras necesidades para satisfacerlas, sin incurrir en las improvisaciones copiadas de los tratadistas; sobre todo si eran escritores extranjeros, afiliados al apriorismo alemán, pero que jamás conocieron la realidad mexicana. Y era a esta realidad a la que se debía cuidar. Entre nosotros contábase un antecedente que, por perturbador, fue rechazado: el de la doctrina anarquista de los Flores Magón. En tanto que estos combatientes fueron liberales y nacionalistas, así como propugnaron la transformación mexicana con métodos y puntos de vista mexicanos, lograron reunir en las filas oposicionistas a los que lucharon contra el gobierno de Porfirio Díaz. Pero cuando proclamaron el apartamiento de la causa de Madero e hicieron hincapié en que eran anarquistas, así como prohijaron concepciones anarquistas en calidad de proposiciones de lucha, se quedaron aislados, con pocos partidarios mexicanos y contados amigos norteamericanos. Impotentes en la acción e insuficientes en el número para llevar adelante el cambio social.

Los planes políticos que sirvieron de bandera en la etapa violenta; el pensamiento de los intelectuales que habían expresado por medio de libros, folletos, discursos, etc., los términos de la Constitución de 1917 daban la pauta de lo que deseaba el pueblo y por lo que había luchado el pueblo. El liberalismo mexicano ideológicamente sirvió para combatir a la intervención francesa y a restaurar a la República; esto es, el liberalismo era antiimperialista, democrático y republicano. Esta excepcional experiencia de nuestro siglo XIX no podía ser soslayada.

Si el antiguo liberal Porfirio Díaz abandonó su filiación política, como uno de los secretos para conservarse indefinidamente en el poder, los oposicionistas a su gobierno fueron liberales, que se sentían herederos de aquellos otros que, en la centuria pasada, realizaron la Reforma y defendieron la integridad nacional. Como liberales combatieron a Díaz y procuraron la destrucción del Antiguo Régimen; por eso tuvieron que superar principios del siglo XIX, en

cuanto a la dignidad del hombre, a la integridad de la nación y al robustecimiento de la familia. Eso se propusieron y eso los distinguió, ahora ya como revolucionarios.

Por lo demás, el liberalismo mexicano convertido en revolucionario tenía sus características de lucha y de pensamiento. La tradición antiimperialista quedaba subsistente y se expresó desde los primeros momentos de la oposición al general Díaz. De donde las huelgas de Cananea, Río Blanco y el descontento que se expresó por la organización que a base de la jerarquía de los extranjeros habíase dado en los ferrocarriles mexicanos, fueron movimientos enderezados contra capitales estadunidenses, franceses y españoles, a los que el general Díaz entregó recursos naturales y la posibilidad de explotar la mano de obra que el país proporcionaba. Si el neoliberalismo era antiimperialista tenía que ser, como lo era, nacionalista.

Ahora bien, el liberalismo revolucionario de México no era reaccionario a la manera del liberalismo alemán, uno de los instrumentos de Bismarck y enemigo del comunismo germano. No era abstencionista como los liberalismos británico y norteamericano, liberalismos que propiciaron directamente el crecimiento de los imperialismos inglés y estadunidense. Tampoco era colaboracionista de los antiguos regímenes, según solía practicarlo el liberalismo francés. La secular lucha sostenida con la Iglesia, política y militante, habíalo constituido en valladar para la teocracia y en opositor, también militante, de las intromisiones de los súper organismos internacionales. Nuestro liberalismo revolucionario no estuvo dispuesto a correr la suerte que iba a correr el liberalismo de Kerensky que, siendo mayoría, se dejó arrebatar el poder por las minorías soviéticas, dada su imposibilidad e incompetencia para realizar la transformación social.

Concebir a la nación como soberana; al Estado como autónomo; y entender que debería ser respetada la doctrina de la autodeterminación de los pueblos, constituía la esencia del nacionalismo mexicano. Un nacionalismo que no era aislacionista y sí procuraba la defensa de la integridad de México. En el caso concreto del problema obrero, la dignificación del hombre no propendía al individualismo, sino a evitar que fuera objeto de una utilización infrahumana, así como a barrer con las desigualdades sociales, que implantara la Colonia y que se conservaron por el Antiguo Régimen, pese a la acción de los insurgentes y de los reformistas mexicanos del siglo XIX. La supervivencia de esas desigualdades demostraba el poder y la resistencia de los intereses creados en agravio de las grandes mayoría de población. El hecho de que la Revolución mexicana haya adelantado soluciones y se haya anticipado a otros movimientos revolucionarios, acaecidos en nuestra centuria —entre ellos al soviético—, que se propusieron transformar a sus respectivos pueblos, ese hecho, repetimos, comprueba, asimismo, la presencia de una voluntad en el mexicano de destruir lo que llevaba siglos de existencia y de reconstruir con nuevo sentido. Lo hizo en instantes en que la violencia había consolidado en el poder a los revolucionarios; y el primer ejecutor de la transformación fue el Caudillo de Sonora.

Pero un país que iba surgiendo de la destrucción material requería capitales para recuperarse, para producir conforme a una incipiente industrialización. El presidente Obregón, de acuerdo con los lineamientos de su campaña electoral, se mostró partidario de que hubiera inversiones, claro está, inversiones del exterior, ya que México carecía de capitales nacionales; y los extranjeros

que estaban radicados en la República, pese a que acusaban aumento en su monto, resultaban insuficientes.

Ahora bien, las virtuales inversiones extranjeras fueron cautas, ya que la liberalidad irreflexiva de los tiempos del general Díaz había desaparecido: no se les daban todas las facilidades, hasta llegar a la exención de impuestos y a que pudieran aprovechar sin restricciones la mano de obra. Esto las detuvo. En cuanto a los capitales que fueron invertidos durante el Porfiriato, crecieron en cantidad, ampliaron las explotaciones y comenzaron a cumplir los deberes que les imponía el artículo 123 constitucional que, como se sabe, norma las relaciones de patronos y obreros. El presidente Obregón era de la idea que el poder civil tenía que servir de equilibrador entre esos dos factores de la producción. Fue una manera de enfocar el problema, puesto que para entonces la reglamentación del artículo 123 de la Carta Política, que después constituyó la Ley del Trabajo, no había sido expedida. Los pormenores de aquellas relaciones, el funcionamiento de los tribunales laborales, y los procedimientos a seguir ante esos tribunales estaban por reglamentarse, de tal modo que la mesura y la sensatez debían inspirar los actos de gobierno.

La huelga obrera dejó de ser delito, castigada incluso con la pena de muerte, para adquirir realmente su condición de derecho, de derecho otorgado por la Constitución de 1917. Sólo que el poder civil equilibrador llevó al cabo la política de prevenir, de mediar y arreglar los conflictos, a fin de evitar los colapsos a una economía en proceso de recuperación; al mismo tiempo que dar protección al obrero. Esto último fue tomando cuerpo más definido según iba transcurriendo el periodo presidencial de Obregón.

Por esa protección se pudieron sortear las proyecciones que sobre México abatieron los reajustes que trajo consigo la primera posguerra de este siglo. El impacto fue de menores consecuencias para el obrero mexicano. La protección tuvo, asimismo, los siguientes resultados: la implantación del descanso dominical y la jornada máxima de las ocho horas de trabajo; que se pagaran indemnizaciones por muerte o invalidez de trabajadores; que se cubrieran auxilios por causa de enfermedad de los proletarios; que indemnizaran los patronos por accidentes de trabajo.

El alza de los salarios tuvo que plantearse por medio de huelgas; y si nos es permitido ilustrar con un ejemplo la solución que al respecto se implantó, entonces tomaremos el caso de 1924, en el que registráronse 53 huelgas, que afectaron a 21 230 obreros; “las jornadas perdidas por los trabajadores en esos movimientos llegaron a 141 626, con una pérdida aproximada para ellos de $390,563.37 pesos, y de $1,287,579.85 pesos, para los patronos”. La mayor parte de esos casos fueron motivados, como queda apuntado, por la cuestión de salarios; “18 se resolvieron favorablemente a los obreros, 26 terminaron por transacción y nueve fueron perdidos por los huelguistas”. En este orden de ideas y para los efectos de resolver con conocimiento debido los conflictos por cuestión de salarios, se pidieron a 550 municipios de distintas partes del país datos acerca del costo medio de la vida.

Las Juntas de Conciliación y Arbitraje principiaron a condenar a los patronos por falta de cumplimiento de los contratos de trabajo; por separación injustificada; y por retención indebida de los salarios. Como quiera que las dificultades que surgían constantemente entre el trabajo y el capital daban motivo a aplicar diferentes criterios para resolverlos, se ideó, entonces, federalizar

la cuestión laboral, formulando en un cuerpo de leyes todo lo concerniente a trabajo y previsión social. Hasta años después se pudo alcanzar este objetivo.

Por lo pronto la política laboral habíase extendido, en lo que respecta a los obreros, según el censo que se levantó al efecto, a 264 458 trabajadores y 21 010 empleados, "correspondiendo de los primeros, 34 344 a las industrias de alimentación; 75 829 a las de extracción de minerales; 56 654 a las de transportes; y 51 443 a las de vestido". Ésas eran las principales industrias. Los trabajadores de esos centros de producción habían quedado organizados en las grandes centrales obreras. Pues es lo cierto que durante el régimen del general Obregón se hizo sentir el auge del sindicalismo mexicano. Congregados los obreros en sindicatos, aumentaron la resistencia frente a los patronos. Unidos los sindicatos en federaciones, pudieron revelar su potencia en varias entidades y regiones de la República. Reunidas las federaciones en confederaciones, la influencia obrera se extendió a lo nacional; influencia de carácter social por lo clasista que era, y de tipo político porque los trabajadores que formaban confederaciones, federaciones y sindicatos podían ejercitar los derechos de ciudadanos.

Las siglas CGT y CROM en la época fueron familiares, puesto que distinguían a las centrales del proletariado; a su vez, el gobierno entendía que su vigor moral y material aumentaba en la medida en que los obreros iban recibiendo la protección a sus derechos y el estímulo para el libre funcionamiento de las organizaciones sindicales. Esto es, los obreros fueron una de las columnas del gobierno del general Obregón; y lo seguirían siendo de los regímenes que subsiguientemente iban a surgir de la Revolución.

En 1924 el presidente Obregón cumplió su mandato presidencial. Volvió a cultivar el campo en Náinari del Estado de Sonora. Más tarde, de nueva cuenta, se lanzó como candidato a la presidencia, al aproximarse los comicios en donde se elegiría al sucesor del general Calles. Durante su segunda gira electoral el Caudillo de Sonora lanzó la idea de crear el seguro del obrero que, posteriormente, cuando fue instaurado por el presidente Ávila Camacho, se le designó con el título de Seguro Social. Álvaro Obregón, por su parte y en aquel entonces, concibió el seguro obrero en el sentido de que los patronos deberían pagar por adelantado todos los tributos que correspondieran para las seguridades en materia de trabajo: seguridad por jubilación, seguridad por accidentes, por muerte del trabajador, etc.; y previamente establecía el pago de todos esos tributos para que "los trabajadores al reclamar sus derechos no [tuvieran] que recurrir a un juicio, a un litigio contra su patrón".

Fiel a la idea de que el poder civil era equilibrador entre los factores de la producción, Obregón agregaba: "Es el Estado el que se encarga de proteger los intereses de los trabajadores y hacerles efectivos, en una forma administrativa, todos los derechos que las mismas leyes establecen en su favor".

La semilla quedó sembrada para que el fruto surgiera más adelante. Pero la idea del Seguro Obrero que preconizó el general Obregón en las postrimerías de su vida, coronaba una serie de preocupaciones que el hombre y el estadista había tenido para el mejoramiento de los trabajadores: como hombre de campo, cuando condonaba las deudas de sus peones; como militar constitucionalista, cuando en los campos de Celaya decretó el salarlo mínimo; como general victorioso, cuando estuvo interesado en que el elemento radical del Congreso Constituyente

introdujera en la Carta Política los artículos revolucionarios, entre ellos el 123; como presidente de la República, con su definida política de protección obrerista; y como candidato presidencial, en la ocasión que aspiró por segunda vez a dirigir los destinos de México, al proponer la creación del Seguro Obrero. Todo ello para cumplir con los propósitos de la Revolución mexicana de mejorar ciertamente las condiciones materiales del proletariado, pero ante todo de dignificar al hombre en su trabajo, que es la más noble de las manifestaciones que se puedan dar entre los hombres.

Se ha dicho con certera apreciación que el problema agrario ha sido el fundamental del México independiente. Perturbada la tenencia de la tierra desde la penetración del hombre hispano en estas regiones, y aprovechada la conquista como título para invadir pueblos de indios, ejidos y extensos territorios, una nueva organización económica apareció bajo el régimen colonial.

Con el curso de los años se fue creando la gran propiedad. Era del gusto español fijar los linderos de las propiedades hasta "donde alcanzaba la vista". Era práctica de los tiempos recibir mercedes o encomiendas con la expresa disposición de ser otorgadas "sin perjuicio de tercero", aunque en la realidad fueran muchos los terceros perjudicados, especialmente los indígenas. En número abrumador los indios dejaron de ser poseedores de la tierra para convertirse en siervos, en la mano de obra que se ocupaba en las minas, los ingenios, los obrajes y la agricultura, como seres de explotación.

Esa gran propiedad trajo consigo la reducida suma de propietarios. La organización social constituyó una pirámide, cuyo vértice superior lo formaban los españoles peninsulares, partícipes de las mejores oportunidades, de las más altas posiciones de la Nueva España. En orden descendente estaban las castas, esto es, los criollos, los mestizos, los indios, los negros, así como las múltiples combinaciones que la exogamia había producido. Por eso la desigualdad social caracterizó a la Colonia.

Ahora bien, la independencia preconizada por Hidalgo y Morelos luchó por la desaparición de esas desigualdades y la redistribución de la propiedad, como medio para establecer una convivencia más humana y más justa. Como quiera que el gobierno virreinal logró aplastar los brotes de insurrección, el cambio anunciado hizo las veces de una tentativa, sin otra trascendencia que ser expresión de la rebeldía por entonces vencida.

La independencia consumada por Agustín Iturbide fue coincidente en el aspecto político con las ideas de los primeros insurgentes, esto es, en lograr la separación política de España; pero esencialmente distinta en los campos económico y social. En efecto, según los términos del Plan de Iguala, que sirvió de bandera para la consumación de la independencia, propugnó la conservación y respeto de la propiedad conforme la había instituido el régimen colonial. Si es verdad que habíase proclamado la unión entre europeos, americanos y africanos pertenecientes al antiguo reino, lo cierto es que las desigualdades sociales quedaron en pie sin más cambio aparente que el desplazamiento del español peninsular que fue sustituido en aquellos días por el criollo vencedor. Grupos sociales como el clero, los militares y la burocracia consolidaron sus posiciones y tuvieron el camino abierto para que, con posterioridad, se preservaran con los

respectivos fueros, y convirtieran al poder civil en botín que se alcanzaba por medio de los cuartelazos, al mismo tiempo que se estrangulaba por el agio.

Fueron años sombríos, de quebranto de todos los valores. Desde el exterior se abatieron las codicias y comenzaron las intervenciones extranjeras, reclamando daños sufridos por causa de las guerras intestinas o exigiéndonos la cesión de territorio nacional, según fue la desmembración de 1848. La lucha sostenida por conservadores y liberales implicaba la pugna entre el Antiguo Régimen y el Nuevo Régimen, entre la conservación del estado de cosas a la manera colonial y la transformación de los sistemas.

La Reforma mexicana del siglo XIX fue un capítulo de ese combate, librado por el débil poder civil contra la poderosa Iglesia, poderosa económica y políticamente. Llegar a la teocracia o conservarse en la República fue la controversia a resolver en aquel tiempo. Además en la resolución estaba imbíbita la conservación de la Iglesia como universal propietaria o realizar la pulverización de los bienes de manos muertas, para que entraran al comercio de la vida civil. Esto último se logró mediante el triunfo del poder laico.

Pero no fue cosa fácil, pues la guerra de los tres años y más tarde la intervención francesa, con la consecuencia del ensayo imperial de Maximiliano, fueron a modo del precio para alcanzar la restauración republicana. Se triunfó a costa de sacrificios y sangre derramada, de riesgos superiores a nuestras fuerzas, pero que fueron doblegados merced a la resistencia liberal.

A su vez, la tenacidad de los del Antiguo Régimen los hizo recurrir a un subterfugio. Como quiera que las Leyes de Reforma prohibieron a la Iglesia adquirir bienes raíces, con el fin de burlar la disposición se ideó el sistema de interpósita persona, que consistía en registrar a nombre de un laico los inmuebles que en verdad pertenecían a la Iglesia. De este modo la Iglesia reconstruyó en buena parte su patrimonio, en la inteligencia de que la generación que sucedió a la de los reformadores liberales se prestó para la simulación que significaba usar de las interpósitas personas.

Más todavía. Por virtud de que las Leyes de Reforma propendieron a establecer la propiedad privada, se inició la destrucción de los ejidos y la desaparición de las tierras comunales. Las tierras baldías y los deslindes que sobre esas tierras se practicaron constituyeron otro pretexto para atropellar a los pueblos e invadir las pertenencias de los pequeños propietarios. Una vez más surgió la gran propiedad y se redujo el número de los propietarios. Una vez más los humildes y pequeños propietarios dejaron de serlo para transformarse en siervos, peones sujetos a fatigas agotantes y encadenados a las haciendas por las tiendas de raya.

Esto, asimismo, dio lugar a que las tribus indígenas sufrieran la postergación que trajeron consigo los despojos de que fueron víctimas: salvo como mano de obra, fueron eliminadas o tenidas en menos dentro de la convivencia social; hubo cacerías organizadas contra los yaquis, al efecto de exterminarlos y de desterrarlos de Sonora; la degeneración de otras tribus se acentuó, pues el alcoholismo, las taras hereditarias y las enfermedades que producían las condiciones de vida antihigiénicas o insalubres se extendieron hasta llegar a la degeneración de importantes núcleos de población o a la posibilidad de que desaparecieran lenta e inhumanamente.

En verdad sólo importaba conservar a los indios en la medida que eran necesarios para el trabajo agrícola o faenas de la más baja escala social. Bien visto, a pesar de su condición de

hombres, formaban parte los indios de los semovientes de cualquier gran hacienda que por miles de hectáreas inventariaba en sus límites tierras, ganados y peones, todos sujetos a explotación. De donde el problema agrario no se limitó a ser una cuestión de propiedad, sino además problema del trato impío que se daba a muy numerosos sectores de población, con especialidad a la población indígena.

Debe enfatizarse que el sistema de explotación de los peones no hizo que la explotación agrícola mejorara. Los propietarios no eran agricultores, sino rentistas; ausentistas también. Desde la ciudad de México y a las veces desde París, conformábanse con percibir las rentas que produjeran sus haciendas. A éstas las visitaban para cambiar de clima. De éstas salían los productos que les permitían vida regalada, viajes por el mundo y en ocasiones la compra de algún título nobiliario y estar al corriente en el pago de la correspondiente anata. El hacendado de ese tipo estaba dispuesto a defraudar al fisco mexicano, pero nunca a ponerse en mora ante la Casa Real que habíalo hecho conde o marqués, ya que en esto fincaba su prosapia.

Así, pues, los trabajos agrícolas dependían de las bondades propias de la tierra; del sistema de temporal y contadísimas veces del riego que hubiera canalizado la iniciativa del propietario. Los métodos de siembras, cuidados y cosechas se conservaban primitivos; y, desde luego, inadecuados para las enormes extensiones de tierra que se gustaban acrecentar. Los hombres que intervenían en la producción agrícola eran, por una parte, intermediarios, esto es, administradores, capataces, medieros; y por la otra, los peones; pero ninguno de ellos, a fuer de no ser propietarios, se interesaba por mejorar los procedimientos de cultivo, la calidad de esos cultivos, ya que se trabajaba de acuerdo con una inercia secular, defraudando al fisco, explotando a los trabajadores, para que el monto de la renta, calculado y previsto por el propietario, no sufriera mengua y menos aún que se agotara.

El ausentismo hizo más, pues derivó hacia la especulación. La entrega de los terrenos baldíos y nacionales y los deslindes que llevaron al cabo compañías formadas *ad hoc*, que teóricamente tuvieron el propósito de destinar a los hombres de campo mayores extensiones de tierra para aumentar los cultivos, en la práctica fue el medio para adquirir tierras a los precios de oportunidad con que se entregaban, y luego hipotecarlas o venderlas con ganancias muy superiores a los precios de compra. Los dueños de los principales bufetes de la ciudad capital fueron los beneficiarios de ese juego, en la inteligencia que los extranjeros lo aprovecharon ya que eran los acreedores hipotecarios o los compradores de los que fueron latifundios. Hubo, claro está, latifundios pertenecientes a ricos mexicanos que, tanto como los de propiedad de extranjeros, significaban rémora a la agricultura, así como el triste resultado de un sistema de despojos y de explotación humana, instituido para provecho de rentistas y especuladores.

Contra ese estado de cosas siempre hubo protestas y expresiones de descontento. Desde los comienzos del siglo XIX hasta la oposición que surgiera contra el Porfiriato, escritores políticos, rebeldes proscritos, formaron legión que condenaba el acaparamiento de la propiedad agraria y el trato que se daba a los trabajadores del campo. Sin embargo, la disconformidad tomó sentido muy apremiante durante el primer decenio de nuestra centuria, porque coincidió con el auge del Porfiriato, que había consolidado privilegios cuya existencia se remontaba desde la época colonial y había creado los que convenían a la situación que le era peculiar. De entre las varias

tentativas que hubo para combatir el acaparamiento de la tierra resaltan los planes políticos, que fueron expidiéndose según la oposición se transformó de pacífica en violenta. El programa del Partido Liberal de 1906 sostuvo que los dueños de las tierras estaban obligados a hacerlas productivas en la extensión que las poseyeran, en la inteligencia de que las superficies que se dejaran improductivas las recobraría el Estado para darlas a quienes las solicitaran para trabajarlas, así como a los mexicanos que, residentes en el extranjero, pidieran su repatriación. Abogó además por la protección a la raza indígena y porque se restituyeran a los yaquis, mayas y otras tribus los terrenos de que habían sido despojados.

Por su parte el Plan de San Luis Potosí de 1910, ante los abusos cometidos al amparo de la ley de baldíos, ofreció restituir a los antiguos poseedores los terrenos de que se les había despojado y sujetar a revisión los acuerdos de la Secretaría de Fomento para los mismos efectos restitutorios. El Plan de Ayala de 1911, el que por antonomasia es considerado como bandera del agrarismo, sostuvo igualmente la restitución de las tierras despojadas junto con la dotación "en virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan".

Debemos considerar que en esos términos estaba planteado el debate entre el Antiguo y Nuevo Régimen por lo que se relaciona a la cuestión agraria y que si la violencia había entregado el poder al Nuevo Régimen, la resistencia de los intereses creados pronto se hizo sentir. El distanciamiento de Madero y los Vázquez Gómez más favoreció al Antiguo Régimen que a la solución revolucionaria del problema agrario. Emiliano Zapata se alzó contra Madero a pocos días de que éste ascendiera a la Presidencia de la República exigiendo el cumplimiento de lo ofrecido en el Plan de San Luis Potosí con impaciencia injustificable que, al realizar otra división revolucionaria, también favoreció a los puntos de vista del Antiguo Régimen.

El presidente Madero, por conducto de un enviado personal, propuso a la Legislatura de Chihuahua que el gobierno comprara grandes extensiones de tierra, para el efecto de que en esa entidad se diera comienzo a las dotaciones agrarias. La Legislatura mostró su aquiescencia, de tal modo que todo hacía pensar que los trámites parlamentarios del estudio y dictamen favorable a la proposición, la consideración y resolución aprobatoria de la Cámara serían mera fórmula. Pero la realidad fue que, cuando la Legislatura local iba a discutir el problema, se levantó en armas Pascual Orozco y arrastró en su aventura a la misma Legislatura, evitando de ese modo la proyectada entrega de las tierras, conforme lo propusiera el señor Madero. Una vez más el Antiguo Régimen sacaba partido de las desavenencias revolucionarias.

La Cámara federal, llamada renovadora por la filiación maderista de su mayoría, en 1912, se avocó el conocimiento de las cuestiones revolucionarias. Conoció, discutió y votó en favor del aumento de salarios a los obreros textiles. Promovió en su seno una iniciativa de ley, por la que se reconstruirían los ejidos de los pueblos en la extensión de la República. La iniciativa de que se trata presentose con un número considerable de firmas de los diputados, lo que de antemano garantizaba su éxito. Pero de nueva cuenta los trámites parlamentarios que se tenían que cumplir se vieron interrumpidos, esta vez, por el atentado a las instituciones que promovieron Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón y que días después secundó Victoriano Huerta, para

consumar los dramáticos sucesos que en nuestra historia son conocidos como los que forman la Decena Trágica.

Resultaba evidente la oposición y resistencia del Antiguo Régimen a la transformación que promovían los revolucionarios. A varios recursos habían recurrido los intereses creados para detener o desvirtuar la redistribución de la tierra; no habíanse detenido ante ningún escrúpulo, pues el asesinato, la rebelión, las intrigas, habían servido para combatir a la Revolución y para restaurar una caricatura del Porfiriato, mediante la usurpación de Victoriano Huerta. Se hablaba mucho de agrarismo; de agrarismo se exigía todavía más. Pero el reparto agrario era detenido de distintos modos.

Ahora bien, la violencia era el medio puesto en práctica para resolver las antinomias de las personas y los sistemas, de tal manera que a la violencia parecía destinársele que dijera la última palabra. De donde en medio de la lucha intestina los generales con mando de fuerzas, y el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, expidieron la serie de decretos sobre cuestiones de salarlos, de deudas de los peones, estableciendo el patrimonio familiar; o bien instaurando las comisiones agrarias que tendrían a su cargo la solución del problema. La fuerza apoyaba a esos decretos; y los decretos eran reveladores de que las promesas de transformación hechas al pueblo se tenía la voluntad de cumplirlas.

En el orden de las ideas agrarias la disposición relevante fue la Ley de 6 de enero de 1915 que estableció la reconstrucción de los ejidos, dio pauta para los procedimientos y otorgó facultades a los jefes militares con el fin de que dotaran o restituyeran de tierras a los pueblos. No fue suficiente el recurso. Por eso en la Asamblea Constituyente de Querétaro en 1916 los diputados radicales propugnaron dar carácter constitucional a la Ley de 6 de enero, e introducir en la Carta Política, también con carácter constitucional, las normas que fueran menester para organizar el reparto agrario. Así nació el artículo 27 de la Constitución General.

Y el acierto de esta disposición se logró, ya que recogió en sus términos las distintas corrientes que prevalecían entonces. Por esta causa quedaron comprendidas: las restituciones y las dotaciones de los ejidos; la revisión de los acuerdos de la Secretaría de Fomento del Porfiriato; la destrucción de los latifundios y la creación de la pequeña propiedad.

Y así, ejidos y pequeña propiedad, fueron los pilares de la redistribución agraria y los basamentos para transformar una propiedad que, como la del Antiguo Régimen, era monopolista y de grandes e improductivas extensiones.

Pero la resistencia de los intereses creados no había cedido. Lo que significaba el artículo 27 constitucional fue combatido por medio del juicio de amparo; por la conservación de grupos rebeldes en los campos; procurando que en el extranjero se llegara a la convicción de que la propiedad privada y la vida no estaban garantizadas en México. Todo lo que podía dilatar la solución se ponía en práctica. Hasta el mismo gobierno del presidente Carranza procedía con cautela, en la medida que procuraba que los repartimientos agrarios fueran hechos con la correspondiente indemnización a los afectados. Se sostenía en aquellos días que la limitada capacidad del tesoro federal retardaría o imposibilitaría esos repartimientos; de ahí que se quisiera dejar a cargo de los campesinos beneficiados el peso de las expropiaciones. En cuanto a

los terratenientes, ofrecióseles pagar en bonos y de este modo fue creada la Deuda Agraria, pagadera en 20 años, con intereses de 5% anual y hasta por la suma de 50 millones.

Al año de 1920 la perspectiva agraria significaba desaliento para los campesinos. Las promesas no se cumplían. La aplicación del 27 constitucional parecía estar quebrantada. Asimismo parecía que los intereses del Antiguo Régimen serían respetados y conservados, entre otras razones, por la incapacidad pecuniaria para resarcir a los terratenientes afectados. Una vez más se abatía el riesgo de desvirtuar a la Revolución.

En su calidad de candidato presidencial, el general Obregón distinguió las tres fases del problema: *a)* la cuestión agrícola; *b)* el aspecto agrario de la propiedad; y *c)* el crédito que debería proporcionarse a los hombres del campo de modestos recursos. La conjugación de esos factores iba a procurar la resolución de una materia tan vital para la organización de México, como era la de redistribución de la propiedad en los campos. Por lo demás, en su calidad de presidente de la República el Caudillo de Sonora puso empeño en que la reforma revolucionaria se llevara al cabo.

El 18 de noviembre de 1919 en una conferencia dictada en la Cámara Agrícola Nacional Jalisciense, el entonces candidato a la primera magistratura sostuvo que el desarrollo y florecimiento de la agricultura era la base para la reconstrucción nacional. Consideraba a la agricultura como la mejor fuente de riqueza para el sostenimiento de un gobierno, por lo cual merecía la atención de todo gobernante.

Obregón tenía conciencia de la situación agrícola; sabía los defectos o errores que concurrían a la agricultura. Entre ellos el absentismo de los terratenientes que había retenido el fomento de los cultivos. Hombre práctico por ser hombre de campo, Obregón adujo en aquella ocasión la experiencia que en Sonora y Sinaloa se lograra con el garbanzo y el tomate. Pedía entonces que la preocupación de mejorar los cultivos se hiciera extensiva a la República. A este efecto sugirió la multiplicación de estaciones experimentales, que promovieran nuevos cultivos, pues la práctica había demostrado que el maíz, el frijol y el trigo eran “una aventura para los agricultores”. Dijo además que conocer los mercados interiores y sus necesidades y dedicar terrenos a fin de que produjeran mercancías de exportación, era otra sugestión para mejorar la agricultura y que se abandonaran antiguos métodos de cultivo, tal el uso del arado de palo para cambiarlos por el aprovechamiento de la maquinaria agrícola. Hasta aquí las ideas que el candidato sonorense sustentaba acerca del problema agrícola.

En su calidad de presidente de la República ordenó que funcionaran estaciones experimentales en México, León, Guadalajara, Villahermosa, Torreón y Arriaga que, a su vez, eran agencias refaccionarias que proporcionaban a las comunidades implementos agrícolas. Esto es, puso en práctica aquellas ideas, y si no adquirieron auge mayor debe imputarse a las perturbaciones que traía consigo la política agitada por ambiciosos designios. Mas en lo personal siguió poniendo el ejemplo cuando cumplió su mandato presidencial y se retiró a Náinari, Sonora; ahí se constituyó el Caudillo en el fundador e impulsor del gran centro de trabajo agrícola que es ahora Ciudad Obregón.

En cuanto a la fase política principal del problema, esto es, la redistribución de la tierra, para Obregón estaba vinculada con la reconstrucción física de millares de indígenas, con la educación

del pueblo y con la entrega de la tierra a fin de que, por su cultivo, pudiera satisfacer el hombre de campo sus necesidades y las necesidades de su familia. O dicho de otro modo, la concentración agraria realizada por el Antiguo Régimen tenía que desaparecer, entregando a los campesinos las tierras que pudieran cultivar con los propósitos de abolir la esclavitud económica a que estaban sujetos millares de hombres, así como asegurar la vida de los pueblos; y junto con lo anterior, educar a la aplastante masa de población, analfabeta e impreparada en la lucha por la existencia. De ahí que la posesión y el cultivo de una superficie de terreno la definiera el Caudillo como un derecho natural, inalienable e imprescriptible para todo hombre y para su familia, pues trabajándola entendía que podían subsistir el campesino y los suyos.

Con decisión inquebrantable se intensificaron las afectaciones agrarias durante el gobierno del general Obregón. El artículo 27 de la Carta Política tuvo, a partir de entonces, extendida aplicación. Por eso, relacionada con esa norma constitucional, activamente expidiéronse varias disposiciones agrarias. Sobre la marcha se perfeccionaban las leyes. Tal, por ejemplo, la Ley de Ejidos de 28 de diciembre de 1920, que amplió algunos puntos de la Ley de 6 de enero de 1915, pero quitó a los jefes militares la jurisdicción que tenían para distribuir tierras. La Ley de 22 de noviembre de 1921, que creó una institución que fue prestando inapreciables servicios: en efecto, instauró la Procuraduría de Pueblos, que asesoraba a los campesinos en las tramitaciones de sus solicitudes. El Reglamento Agrario de 17 de abril de 1922, que fijó las bases para la dotación y la restitución de los ejidos, así como los procedimientos a seguir ante las autoridades. El decreto sobre tierras nacionales de 9 de agosto de 1923, que autorizó a todo mexicano, mayor de 18 años, que careciera de tierra, a ocupar terrenos baldíos y nacionales, acotándolos en las extensiones que el propio decreto señalaba según las calidades de los mismos terrenos. Lo anterior sin contar las numerosas circulares que se giraron, como la número 53, que recordó a los pueblos los derechos que les otorgaba el artículo 27 de la Constitución, verdadera excitativa para que se promovieran restituciones o dotaciones ejidales, pues al gobierno del presidente Obregón interesó vivamente entregar tierras a los campesinos.

Conforme pasaba el tiempo el número de las solicitudes aumentaba rápidamente, ya que los pueblos tomaron confianza en ser oídos, especialmente en las regiones cuyos habitantes habíanse conservado levantados en armas, y que al recibir las tierras entraban en paz.

Para 1921 se concedieron en la República restituciones a 229 pueblos con superficie de 142 182 hectáreas, en tanto que por dotaciones entregáronse 435 757 hectáreas; restituciones y dotaciones que beneficiaron a 249 000 habitantes. En 1922 se dictaron 92 resoluciones definitivas. En cambio en 1923 las resoluciones abarcaron 112 000 hectáreas que beneficiaron a 154 000 habitantes. Un año después aumentaron a 233 los pueblos que recibieron, entonces, 311 938 hectáreas en posesión definitiva y 751 125 hectáreas en posesión provisional. Además, por virtud de una adición al Reglamento Agrario, a los pueblos, rancherías y comunidades se les reconocieron derechos preferentes al uso y aprovechamiento de las aguas de jurisdicción federal, para que las contaran para sus poblaciones y cultivos.

La cooperación agrícola también fue organizada, pese a la pobreza del erario nacional y precisamente en los momentos en los que las afectaciones agrarias congelaban el crédito que podía proporcionar la iniciativa privada. Poco o nada podía esperarse de esa iniciativa; de ahí que

el gobierno tomara a su cargo proporcionar elementos necesarios para el cultivo de las tierras, refaccionando a las comunidades en forma de maquinaria e implementos agrícolas, así como organizando sociedades cooperativas ejidales, que hacían posible una mejor capacidad económica a los cooperativistas. Otros regímenes revolucionarios iban a perfeccionar el sistema, mas de inmediato se implantaba el modo de hacer fructífera la entrega de la tierra, dando al mismo tiempo los elementos pecuniarios para que los trabajadores del campo pudieran iniciar sus tareas.

Se han necesitado muchos años para que la redistribución de la tierra beneficiara a las mayorías campesinas. Pero por lo que se refiere al gobierno del Caudillo de Sonora es necesario enfatizar que inició de lleno, sin subterfugios o dilaciones, la entrega de la tierra a los hombres del campo. Y que ese comienzo tuvo lugar cuando la resistencia de los intereses del Antiguo Régimen era formidable y la modestia de los elementos pecuniarios del Tesoro Nacional aparecía como valladar infranqueable.

Si las promesas de los planes políticos habíanse vaciado en el artículo 27 constitucional y si esta norma corrió el riesgo de quedar como letra muerta, el Caudillo de Sonora procuró que el 27 constitucional fuera disposición viva, de efectiva vigencia, para que de ese modo quedaran cumplidos los ofrecimientos de los planes políticos y justificado el derramamiento de sangre durante la etapa de la violencia.

La fase constructiva de la Revolución tomaba sentido revolucionario con la redistribución de la tierra, tanto para reconstruir a los ejidos como para formar a la pequeña propiedad. Por lo demás, no se detendría ya esa redistribución. Y desde luego el gobierno del general Obregón recibiría, como recibió, el apoyo de los campesinos mexicanos, apoyo que constituyó una de las principales razones para que el Caudillo de Sonora pudiera vencer a los que se rebelaron contra su gobierno. En verdad, a partir de esa administración las instituciones representadas por los gobiernos revolucionarios se consolidaron frente a asonadas y cuartelazos, en buena parte por el apoyo que recibieron de los campesinos. Desde aquellos tiempos la paz social en México se fue robusteciendo por virtud de los repartos agrarios. Según íbanse multiplicando las afectaciones agrarias, la Revolución fue dejando de ser una de las facciones en lucha contra el Antiguo Régimen, para convertirse en expresión nacional. Y es que la política agraria hizo posible que la nación y la Revolución se identificaran plenamente; por lo que hay que reconocer que el promotor de esa extraordinaria simbiosis fue el general de la República, el presidente Álvaro Obregón.

La transformación emprendida por el régimen obregonista tuvo otro capítulo de trascendencia, como fue el de la reforma hacendaría. En el pasado, además de las complicaciones jurisdiccionales que constituían las tributaciones correspondientes al gobierno federal, a los gobiernos de los estados y a los municipios, las bases mismas de la imposición variaban en cada jurisdicción, con lo que sólo se creaban confusiones. Ahora bien, ciñendo la observación al sentido que en materia de imposición federal seguía el Antiguo Régimen, nada era tan propicio a las injusticias como la generalidad y la uniformidad, principios éstos que en aquel tiempo inspiraban la fijación de los impuestos.

De ese modo en el impuesto sobre el consumo la generalidad y la uniformidad traducíanse en que los ricos y los pobres pagaban cuotas iguales. Por eso, los impuestos sobre las compraventas, cuyo porcentaje, como es de suponerse, era general y uniforme, afectaban por igual a los artículos de primera necesidad y a los de lujo; mas como quiera que los pobres preferentemente compraban artículos de primera necesidad, en realidad sobre ellos gravitaba el peso de las contribuciones, en virtud de que esos artículos pasaban por varios vendedores y en cada operación se causaba el impuesto. Por lo demás, los impuestos indirectos, engendrados con propósitos puramente fiscales, esto es, para obtener los recursos necesarios a fin de sufragar los gastos públicos, estorbaban o impedían el desarrollo del comercio y de la industria; así como no eran equitativos en la repartición, pues resultaban insignificantes para la minoría de los ricos, y abrumadores y extendidos para la mayoría de los pobres.

En estos aspectos de la vida nacional resultaban significativas las comparaciones. Los pequeños explotadores del pulque, en el distrito de Tenancingo, del Estado de México, pagaban impuestos en más alta cantidad que los propietarios del distrito de Otumba, pese a que en esta circunscripción la producción era y es infinitamente mayor. Los pequeños comerciantes del Estado de Morelos contribuían con sumas más elevadas que los propietarios de los ingenios de azúcar.

Y en la ciudad de Chihuahua los cargadores, para poder ejercer su humildísima ocupación de mozos de cordel, tenían la obligación de pagar seis centavos diarios en calidad de impuesto. Si se considera que los ingresos de estas personas fluctuaban entre los 10 y 12 centavos diarios, entonces la cuota de la tributación representaba para ellos un alto porcentaje. Ahora bien, la comparación se impone una vez más. El 19 de enero de 1912 apareció en la ciudad de Chihuahua la noticia de que la Junta Calificadora había valuado las propiedades rústicas y urbanas del general Luis Terrazas en una suma que se aproximaba a cinco millones de pesos, cantidad que se tomaría como base para el cobro de los impuestos municipal y federal. Agregaba la información este comentario: "A pesar de que la valorización de los bienes del Creso chihuahuense no es todavía lo que en realidad le corresponde, el general Terrazas, según se nos refiere, ha manifestado que es excesiva, por lo que se muestra inconforme, cosa muy natural si no toma en cuenta que antes, todavía el año pasado, se despachaba con la cuchara grande. Ya era tiempo de que el fisco cobrara al millonario citado siquiera aproximadamente la cantidad que en justicia debe pagar" *(El padre Padilla,* año III, núm. 873, Chihuahua, 19 de enero de 1912).

En este orden de ideas los ejemplos puédense repetir, pues era característica del Antiguo Régimen cargar sobre las espaldas de las clases económicas más débiles el peso mayor de la tributación, aumentando con eso las desigualdades sociales que entonces prevalecían. De ahí que desde los comienzos del régimen del general Obregón se anunciara que hallábase en estudio la reforma fiscal y que, a su debido tiempo, entraría en vigor, previa la aprobación de las cámaras federales.

El entonces presidente de la República se propuso distribuir las cargas públicas en proporción de la capacidad tributaria seleccionando las materias gravadas, fijando cuotas de manera que reportaran mayores gravámenes las producciones superfluas, que los artículos destinados a satisfacer las necesidades ordinarias de las clases populares, así como deslindando

las jurisdicciones concurrentes, y organizando la recaudación conforme a las enseñanzas de la ciencia económica. Todo lo cual tendería a aumentar los ingresos del erario y a regular, de manera más equitativa, la distribución de la riqueza, así como asegurar el bienestar colectivo.

Tres años más tarde, en 1924, los nuevos métodos de tributación habían comenzado a implantarse. El presidente Obregón insistió en enjuiciar al sistema fiscal del Antiguo Régimen sosteniendo que adolecía del defecto de estar constituido en su gran mayoría por impuestos indirectos, que gravaban el consumo. Dijo, además, que esa clase de impuestos lesionaban los principios de la equidad, porque mientras más se descendía en la escala económica, más se acentuaba la falta de equilibrio entre la renta y el consumo. Observó el presidente que en la base de la pirámide social se encontraban los que gastaban toda su renta, en tanto que en la cima hallábanse aquellos para quienes el consumo no formaba sino una pequeña fracción de su renta. Y concluyó el general Obregón: "Es el impuesto favorito de las clases acomodadas por ser la cuota regresiva en proporción a la renta".

La transformación fiscal procuró entonces basar la tributación en la renta, gravando los sueldos, salarios y emolumentos, así como también las utilidades de sociedades y empresas. En verdad, la renta se consideró medida mejor de las facultades económicas, individuales y colectivas, en relación con el impuesto. Por lo demás, la progresividad, diferenciación y las excepciones que caracterizaron al flamante impuesto, lo hicieron recomendable. En efecto, por medio de la progresividad se alcanzaba debidamente a las grandes fortunas; a su vez, la diferenciación de las diversas clases de renta: capital, capital y trabajo, y trabajo solamente, hacía equitativa la imposición; y, por último, la excepción del gravamen reconocida para un mínimum de existencia, para los casos en que el sueldo era lo indispensable, lo que sólo cubría las necesidades primordiales de la vida; esas características, repetimos, constituyeron al nuevo sistema en forma de imposición superior económica, política y socialmente y, por ende, aconsejable su implantación, desplazando al impuesto del timbre.

Si, pues, el impuesto sobre sueldos y utilidades que se formuló con cuotas extremadamente bajas (esto último para facilitar su incorporación a nuestras costumbres fiscales) estuvo destinado a sustituir a los gravámenes más odiosos, esto es, a los que antes se imponían a sueldos menores de 200 pesos mensuales (que era como entender que lo pagaba la inmensa mayoría de los pobres) y gravaba a la minoría privilegiada, fue natural que se recibiera con hostilidad por los causantes afectados. Y por ese motivo se desató tremenda ofensiva contra el nuevo impuesto.

Es más, las minorías llegaron a proponer que se derogara esta tributación y que se conservaran todos los impuestos del timbre, cuyas cuotas estaban dispuestos a pagar duplicadas. Por su parte, el general Obregón observó que la proposición de las minorías era un subterfugio tendiente, seguramente, a descargar sobre la gran masa de población el aumento que sugerían, pues los impuestos indirectos del timbre a eso habíanse prestado en tiempos anteriores. Claro está que se rechazó la propuesta y la flamante tributación siguió su curso.

A este respecto el presidente Obregón informó al Congreso federal lo que sigue: "Como, por último, el impuesto sobre sueldos y utilidades es susceptible de un rendimiento muy grande, será capaz de sanear completamente nuestro anticuado y defectuoso sistema fiscal y realizar, por la

vía pacífica, una reforma más valiosa que muchas de las que han sido escritas con sangre en nuestra historia".

Y así resultó, en efecto, pues el gobierno federal fue aumentando su potencialidad económica; y, por lo tanto, las posibilidades para realizar las obras que se han planificado durante la etapa constructiva de la Revolución. Y claro está que la reforma fue tanto más saludable cuanto que implantó un sistema tributario que no propendió hacer a los ricos más ricos ni a los pobres empobrecerlos más. Simplemente a distribuir las cargas fiscales en relación directa a la capacidad económica de los causantes: quedaron exceptuados los de modestísimos sueldos; pero fueron gravados en escala progresiva ascendente los de mayores disposiciones económicas.

La Revolución mexicana tuvo repercusiones internacionales. Los periódicos europeos y norteamericanos hacíanse eco de los ataques que el Antiguo Régimen dirigía contra los revolucionarios y, por eso, en el extranjero abundaron las noticias que hablaban de latrocinios y de asesinatos, así como de bandoleros que infestaban los campos para atacar vidas y propiedades.

Además los peligros de la intervención armada se abatieron constantemente unas veces como amenaza, y otras como una amarga realidad, según sucedió con la ocupación de Veracruz y con la Expedición Punitiva. La presión diplomática fue persistente, basada en el derecho de protección que reconoce el derecho internacional a los estados, pero que en nuestro caso era llevado a extremos de intromisiones irritantes. Como las que practicó Henry Lane Wilson en ocasión de la Decena Trágica. Y como las que anticipaban protestas al anuncio de que íbase a preparar la Constitución que fue de 1917, o la reglamentación petrolera, o las leyes agrarias que expedían las entidades federativas.

La conspiración internacional contra México presentó variadas razones: la de los daños causados por la Revolución en las vidas y propiedades de los extranjeros; la de la defensa de los latifundistas extranjeros, afectados por virtud de los repartimientos agrarios; la de los intereses petroleros, susceptibles por la aplicación de impuestos por parte del gobierno mexicano reacios a sujetarse al control de nuestras autoridades, e insolentes en grado tal, que pretendieron quebrantar la vigencia de nuestra Carta Política.

Frente a esa conspiración nuestra resistencia se comportó con habilidad, con digna actitud y, en momentos dolorosos, con patriotismo y presta al sacrificio. Fue derramada sangre mexicana en Veracruz y durante la Expedición Punitiva. En el terreno de la diplomacia, las notas de nuestra Cancillería procuraron basarse en el derecho y la justicia para defender a México. En ocasión de los arbitrajes internacionales, la inteligencia y el tesón patriótico de los abogados mexicanos contrarrestaron las desventajas en que se encontraba el país, por razón de las demandas imperialistas.

Y lo que no se pudo obtener con la diplomacia directa y bilateral, procurose perfeccionar en favor de los países débiles por medio de la diplomacia multilateral, esto es, por las resoluciones, tratados y recomendaciones que se aprobaban en las Conferencias Panamericanas. En la defensa de México no se cejó en ningún instante, porque contra México siempre hubo acechanzas para intervenir en sus negocios, pretendiendo que se reconocieran privilegios a los extranjeros,

reconocimiento que no era compatible con nuestra soberanía ni con nuestra dignidad. De donde se debe comprender que la cuestión internacional fue ardua y difícil, seguramente la más difícil, a lo que tuvieron que enfrentarse los gobiernos revolucionarios.

Esto se hizo notorio durante el régimen del presidente Obregón. Varias fueron las circunstancias que entonces se operaron para que la virulencia imperialista fuera más activa. Corrían los tiempos en los que británicos y norteamericanos, tanto como los franceses, alemanes y nipones disputaban la preeminencia en las zonas de explotación del petróleo, a través de varias partes del planeta. México era uno de los escenarios de esa lucha, en nuestro caso entre ingleses y estadunidenses. Por lo demás, como las compañías petroleras habían adquirido tremendo poderío y en la competencia que sostenían ponían en juego todo género de recursos, especialmente los que atentaban contra las personas, los rivales modestos y los gobiernos débiles, todo lo que se relacionaba con el petróleo manchaba y predisponía a la opinión pública mundial contra los magnates petroleros.

Entre nosotros esa predisposición nació de la conducta arrolladora y llena de soberbia de las compañías petroleras. Y se exacerbó porque las cancillerías extranjeras las protegieron irrestrictamente. Ahora bien, la protección a las compañías petroleras explicaba en buena parte la razón que hubo para esgrimir contra el régimen *de jure* del general Obregón el arma imperialista del reconocimiento de los gobiernos. En las postrimerías de la administración del señor Carranza, el Departamento de Estado retiró de México al embajador norteamericano, entre otros inconfesables motivos, porque don Venustiano había emprendido una acción con proyecto de controlar a la explotación petrolera, que llevaban al cabo las compañías extranjeras.

Cuando ascendió al poder el general Obregón, a la ausencia del representante diplomático de los Estados Unidos se le dio la interpretación de que no estaba reconocido el gobierno del Caudillo de Sonora. ¿Cuál fue la causa de esa actitud de la Cancillería norteamericana? Únicamente la influencia e intervención de las compañías petroleras que deseaban vivir al margen de la ley mexicana. Y lo anterior se complicó por el hecho de que la Reforma Agraria comenzó a afectar los intereses de los grandes propietarios, entre los que podían enumerarse a los norteamericanos. He aquí entonces que la cuestión del petróleo y el problema agrario para el Departamento de Estado convirtiéronse en móviles intervencionistas; en tanto que el reconocimiento del gobierno obregonista fue manejado como ariete contra un país débil como es México.

Por eso la Cancillería norteamericana condicionó el reconocimiento de nuestro gobierno a la firma de un Tratado de Amistad y Comercio, que propuso. La condición por sí misma era inaceptable. A lo que hay que agregar que los términos del proyecto del Tratado de Amistad y Comercio llevaban el objetivo de destruir lo realizado por la Revolución en orden a los repartos agrarios, de quitar vigencia a la Constitución Política de 1917, de desconocer a la Suprema Corte de Justicia de México el atributo constitucional de interpretar las leyes mexicanas, y de que en el futuro no pudiéramos darnos las leyes que más convinieran a nuestros intereses, porque todo lo anterior podía y debería interpretarse de acuerdo con los términos del proyecto del Tratado de Amistad y Comercio. Un proyecto que fue la nueva versión de la Enmienda Platt y, por lo tanto,

que nos hubiera convertido en país sojuzgado y colonial, si hubiérase aceptado la firma del aludido documento.

Debemos subrayar que los inconvenientes que significaba el Tratado de Amistad y Comercio dieron al presidente Obregón la razón para rechazarlo, como en efecto fue rechazado. Lo que no fue óbice para que la Cancillería norteamericana, contrariando prácticas internacionales entre los gobiernos, y significando la falta de reconocimiento un atentado imperialista contra México, no otorgara tal reconocimiento al presidente Obregón. Por su parte, el gobierno del Caudillo de Sonora subsistió sin tal reconocimiento durante tres años, cuando los periodos gubernamentales eran de cuatro. Y subsistió sin abandonar el cumplimiento de los principios de la Revolución, antes bien acelerando la redistribución de la tierra, puesto que con estos procedimientos se estaba alcanzando la paz social mexicana.

Sin embargo, el problema de las relaciones internacionales no estaba resuelto, antes bien se movía en una cuerda floja, con todas las desventajas para nosotros, y con los riesgos que significaba proseguir en México la política revolucionaria que era combatida en los Estados Unidos y que, en ocasiones anteriores, había servido de pretexto para solicitar la intervención armada en nuestra patria. Además, en el gobierno norteamericano contábamos adversarios de gran fuerza política, con influencia suficiente para convertir la discusión diplomática en un desembarco de tropas invasoras, personas muy vinculadas a las compañías petroleras norteamericanas y llenas de odio para México. Indudablemente que el señor Albert B. Fall, por entonces secretario del Interior en el gabinete de Washington, era el representante genuino de esos enemigos de México y era el que influía para hacer tensas las relaciones entre los dos países.

En esta situación, teníamos que maniobrar con habilidad. El presidente Obregón, en su condición de director y responsable de la política internacional de México, aceptó que representantes personales de él y del presidente Harding sostuvieran un intercambio de impresiones, con propósitos de allanar el camino en la reanudación de las relaciones entre ambos países. A esto se les llamó las Conferencias de Bucareli, ya que las juntas de los representantes mexicanos y estadunidenses tuvieron lugar en nuestra ciudad capital, precisamente en la casa número 85 de las calles de Bucareli.

Aunque menos agresiva la posición norteamericana, en el fondo sostenía el ataque contra la Constitución de 1917, tanto por lo que respecta al ramo del petróleo como al reparto de las tierras. Decían que el artículo 27 constitucional se aplicaba con efectos retroactivos; y que tomar las tierras, sin pagar por ellas lo que llamaban justo precio, y al momento de la expropiación, no era otra cosa que confiscación. La tesis de la retroactividad los norteamericanos la fundaron contraponiendo a la Carta Política leyes mexicanas de minería que estaban derogadas. El cargo de confiscación lo basaron en el hecho de que el pago de las tierras expropiadas se ofrecía cubrir en bonos, que tenían baja cotización en el mercado.

Los representantes mexicanos afirmaron que el artículo 27 constitucional no tenía efectos retroactivos, así como tampoco se le darían por parte del presidente Obregón, puesto que en este sentido había sido interpretado por la Suprema Corte de Justicia de nuestro país. Mas como quiera que en la explotación del petróleo se anunciaba la desorbitada intención de cubrir con el

respeto a los derechos adquiridos toda clase de maniobras, aunque éstas no estuvieran relacionadas con la exploración y perforación de los pozos, los representantes mexicanos hicieron hincapié en que el respeto de aquellos derechos solamente se operaría cuando hubiera habido actos positivos, y a renglón seguido enumeraron cuáles eran esos actos. De este modo se evitó una especulación desfavorable a México que, repetimos, ya se avizoraba en aquellos días.

En lo relativo al pago de las tierras expropiadas por razón de la cuestión agraria, nuestros representantes dieron a conocer a sus colegas los norteamericanos las razones de orden social que justificaban el repartimiento que se estaba realizando, y cómo era necesaria la reconstrucción de los ejidos y la formación de la pequeña propiedad, puesto que la gran mayoría del pueblo mexicano necesitaba para vivir de las tierras que le fueran entregadas por el gobierno revolucionario. En esto los representantes norteamericanos tuvieron que convenir que la justificación que habían dado nuestros delegados era razonable, por lo que aceptaron el pago en bonos cuando las afectaciones de tierras llegaran a la superficie de 1 755 hectáreas.

Si, como queda escrito, la Cancillería norteamericana tenía por objetivo destruir o quebrantar la vigencia de la Carta Política; y si, como se ha dicho, que al rechazar el proyecto de Tratado de Amistad y Comercio el general Obregón evitó que prosperara el intento, indudablemente que también en las Conferencias de Bucareli nuestra resistencia desvirtuó aquellas pretensiones, y lo que resultaba importante para el futuro fue que el problema agrario siguió su resolución, siempre con el ímpetu acelerado que había impreso el general Obregón a este asunto trascendental.

Todavía hubo un esfuerzo más de la Cancillería estadunidense para lograr lo que se había propuesto en relación con la Carta Magna de 1917, y por eso puso la esperanza en que por medio del arbitraje internacional, y con la aplicación del artículo IX de la Convención General de Reclamaciones, las afectaciones agrarias que se habían realizado con anterioridad de 1923 pudieran restituirse a sus propietarios norteamericanos, o bien que se les pagara en efectivo el valor de los terrenos. Mas en esta situación los abogados de México ante la Comisión General de Reclamaciones llevaron a cabo una defensa hábil, a las veces haciendo valer dilatorias y siempre sosteniendo los principios de derecho internacional que nos eran favorables, así como justificando la legitimidad de los repartos agrarios. Desde el principio del arbitraje hasta que se llegó al arreglo global, la defensa jurídica de México compartió los honores que por su parte había realizado la defensa diplomática. Y merced a los dos modos la pretensión norteamericana de dejar sin valor la Constitución de 1917, acabó por no tener efectos.

Pero, volviendo a las Conferencias de Bucareli, debe indicarse que, vistas desde otro ángulo, lograron el propósito de los gobiernos, esto es, constituirse en el entendimiento por medio del cual México y los Estados Unidos reanudaron sus relaciones. Lo que importa señalar es que las Conferencias de Bucareli no constituyeron obligación constitucional o internacional para México a los Estados Unidos, pues los gobiernos no se propusieron elevarlas a esa categoría.

Por lo demás, durante las mismas Conferencias se propaló la firma de dos Convenciones de Reclamaciones, la General y la Especial, para el objeto de constituir los respectivos tribunales de arbitraje, que conocieran de las demandas que mexicanos y norteamericanos tuvieran: los primeros, contra los Estados Unidos; los segundos, contra México; y que, asimismo, se ajustaran las demandas originadas por daños causados por la Revolución.

En este capítulo el general Obregón se acogió a una práctica que el derecho internacional reconoce y la costumbre entre las naciones aconseja como saludable. Pues el arbitraje internacional es el procedimiento civilizado, por cuyo medio se arreglan los conflictos que se suscitan entre los países. Vale más que el derecho y la justicia resuelvan las diferencias internacionales, y no que la guerra o las intervenciones imperialistas digan la última palabra. Sobre todo a países débiles como el nuestro, el arbitraje internacional ha servido de defensa a su integridad y decoro para salir airoso de varios conflictos. No es posible desconocer su eficacia, negar la conveniencia jurídica, ni olvidar que históricamente el arbitraje, para el México independiente, ha sido un recurso de constante y excepcional eficacia.

Además, en el derecho internacional contractual múltiples han sido las convenciones y tratados que al instituir el arbitraje lo han declarado obligatorio para el arreglo pacífico de los conflictos. Y debe decirse que México no ha rehusado firmar y obligarse por esa clase de documentos, como se puede comprobar con los numerosos tratados multilaterales que sobre la materia han concertado países de todas partes del mundo, y repúblicas de la organización americana, así como con los pactos bilaterales que se han signado con los Estados Unidos, ya que en todos ellos hemos sido parte contratante.

Antes y después del gobierno del presidente Obregón, la adhesión mexicana al arbitraje ha sido invariable. Durante el gobierno del general Álvaro Obregón el arbitraje era necesariamente recomendable para nuestro país, ya que así se contrarrestaban las intrigas imperialistas y los asuntos pendientes se desplazaban de las discusiones diplomáticas al planteamiento jurídico de un litigio, que tenía que resolverse conforme a los principios del derecho internacional, de la justicia y la equidad.

Para el caso del tribunal internacional que iba a ajustar las reclamaciones por los daños causados por la Revolución mediaban otras consideraciones. En efecto, la liberalidad que el gobierno de Porfirio Díaz otorgó a los inversionistas extranjeros y los privilegios de que gozaron en aquel tiempo hizo de ellos una especie de personas muy consideradas. Sus propiedades y sus personas tenían importancia social e importancia política. Por estas razones, cuando se desbordó la violencia revolucionaria, don Francisco I. Madero ofreció resarcir a los ciudadanos o súbditos de los gobiernos que le reconocieran beligerancia, si esos nacionales sufrieran daños en sus propiedades. Ahora bien, al triunfo de la revolución maderista, y para hacer honor a la promesa del señor Madero, se constituyó la Comisión Consultiva de Reclamaciones.

Tiempo después, y como uno de los iniciales actos de don Venustiano Carranza en su calidad de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el 10 de mayo de 1913 fechó el decreto por el que el constitucionalismo se empeñó en resarcir de los daños que sufrieran nacionales y extranjeros por causa del movimiento armado en que se había empeñado. En distintas publicaciones oficiales de los constitucionalistas y en algunos de los documentos diplomáticos que dirigió el señor Carranza a las cancillerías extranjeras, de acuerdo con el decreto de 10 de mayo se repitió la promesa de indemnizar a quienes sufrieran daños con motivo de la Revolución.

Cuando fue presidente de la República el señor Carranza convalidó el decreto del 10 de mayo de 1913, en la inteligencia de que aquellas promesas pasaron a tener cumplimiento a través de la

Comisión Nacional de Reclamaciones. A este tribunal de carácter doméstico pudieron acudir los nacionales y extranjeros afectados por la Revolución.

Ya dentro del orden constitucional iniciado en 1917 por el señor Carranza, y durante el curso de su gobierno, repetidamente ante el Congreso de la Unión, informando y expidiendo las leyes pertinentes, reiteró ese mandatario su política acerca de los resarcimientos por daños. De ahí que la Comisión Nacional de Reclamaciones funcionara con propósitos de ajustar las demandas que se interpusieran reclamando indemnizaciones. Sólo que en relación con los extranjeros el mismo presidente Carranza otorgó un recurso (con el cual no contaban los nacionales), que consistió en que si no estaban conformes con la resolución que diera la Comisión Nacional de Reclamaciones, podían abrir una segunda instancia ante una Comisión que se compondría de tres árbitros designados: uno por el presidente de la República, otro por el agente diplomático del país a que perteneciera el reclamante, y el tercero de común acuerdo por aquellos dos nombrados.

En rigor, los extranjeros no respondieron al llamado porque estaban seguros de que sus cancillerías los protegerían en cualquier momento. Por lo que respecta a las cancillerías, frente al gobierno de México, propalaban la instauración de un tribunal de arbitraje internacional, que conociera de las demandas de sus respectivos nacionales. Hay que decir que desde los tiempos del señor Madero se ideó el funcionamiento de las Comisiones Mixtas, según lo convinieron Henry Lane Wilson, embajador norteamericano, y Pedro Lascuráin, ministro de Relaciones de México. Los acontecimientos de La Ciudadela detuvieron la negociación.

Por lo que respecta al señor Carranza, hay que convenir en que comenzó a derivar hacia el funcionamiento de las Comisiones Mixtas desde que reconoció el recurso de segunda instancia para los extranjeros que no estuvieran conformes con las sentencias de la Comisión Nacional de Reclamaciones. Y decir que fue también el señor Carranza el que propaló con los Estados Unidos la institución de la Comisión Mixta de Reclamaciones, para que ante ella los norteamericanos pudieran presentar sus demandas, y que éstas quedaran ajustadas debidamente. Los sucesos de 1920, en los que perdiera la vida el señor Carranza, otra vez hicieron que se detuviera el curso de la negociación con el Departamento de Estado acerca de la Comisión Mixta de Reclamaciones.

Más adelante, cuando Adolfo de la Huerta sustituyó en la presidencia al señor Carranza y, luego, cuando el general Obregón ascendió a la Primera Magistratura, ambos presidentes declararon que estaban dispuestos a continuar la política que sobre reclamaciones internacionales habíase planteado desde meses anteriores. Y a ese propósito dieron los pasos necesarios, especialmente el presidente Obregón que, cuando en 1923 firmó la Convención Especial de Reclamaciones con los Estados Unidos, dio culminación a la accidentada y peligrosa materia de las reclamaciones extranjeras por daños causados por la Revolución.

Ahora bien, el general Obregón procedió en ese sentido porque en la convivencia internacional son los estados los que tienen la personalidad jurídica y los que se obligan a través de sus mandatarios; en la inteligencia de que la distinción en los funcionarios que por ley dirigen las negociaciones no modifica las obligaciones contraídas, y poco o nada se proyecta sobre las promesas hechas o los arreglos que se han propalado. En estricto sentido, la entidad México es

indivisible frente al derecho internacional. Sus distintos presidentes aparecen como contingencias en el desarrollo de las relaciones internacionales. Lo importante, lo que prevalece son las obligaciones contraídas y, desde luego, por el honor del país, es necesario cumplir los ofrecimientos y proseguir las negociaciones que estén pendientes, mirando, claro está, por el bien de la República.

Repetimos, el general Obregón, al firmar la Convención Especial de Reclamaciones, cumplió con las promesas hechas por los anteriores presidentes revolucionarios; además, prosiguió la negociación diplomática que había iniciado el señor Carranza y, sobre todo, desvió la presión diplomática imperialista hacia zonas de riesgos menores, como eran los que representaban el arbitraje internacional.

Que es indivisible la entidad México se demuestra igualmente por el hecho de que el general Obregón arregló con los banqueros internacionales la reanudación del servicio de la deuda exterior; que, como se sabe, estaba constituida en sus diversos renglones por los diferentes empréstitos que el régimen del general Porfirio Díaz había obtenido en el extranjero. Los arreglos con los acreedores internacionales y la reanudación del servicio de la deuda exterior, a su vez también sortearon otro peligro de intervención extranjera, puesto que las amenazas que se dirigían contra México por la falta de pago, y el riesgo en que estuvieron los ferrocarriles de ser arrebatados del dominio nacional por la falta del cumplimiento de las obligaciones con los acreedores extranjeros, acreedores que estaban preparados para hacer valer sus derechos conforme a la escritura de concesión, esos riesgos, insistimos, acabaron por diluirse en virtud de la oportunidad y de la habilidad que la diplomacia obregonista puso en juego para defender los intereses nacionales.

Sucede, sin embargo, que la pasión faccionaria ha atacado al general Obregón de distintos modos y, especialmente, en lo que parece vulnerable, como es el capítulo de la política internacional.

Los miembros del Antiguo Régimen; los que tomaron participación en la lucha de facciones en la etapa violenta revolucionaria pero que fueron vencidos o eliminados de la cosa pública por el general Obregón; los enemigos de la Revolución, han urdido el complot dirigido en primera fila contra el presidente Obregón y en el fondo contra el Nuevo Régimen, para infamar una política que siempre estuvo en desventaja para México, y que fue originada por dar cumplimiento a las promesas de la Revolución y por conservar en vigor la Carta Política de 1917.

No tienen escrúpulo alguno los detractores. No se detienen ante ninguna consideración. No vacilan en propalar infundios ni inventar los cargos, ni aderezar sus escritos con palabras altisonantes. En verdad ellos han prolongado la lucha de facciones, con injusticia y sin fundamento, pero cuya persistencia es reveladora de que el Antiguo régimen, una vez más, se alza contra el Nuevo Régimen y en esta aventura le hacen coro antiguos combatientes revolucionarios.

En los ataques se habla de traición a la patria porque es cargo que impresiona a los mexicanos y entre muchos se acepta con ligereza. La supuesta traición a la patria sólo existe en

la imaginación de los detractores puesto que, de haberse realizado, la vida mexicana ahora estaría quebrantada o paralizada por causa de la imputada traición.

Se propala el infundio de los tratados "secretos" sin parar mientes en que documentos de esa clase no pueden tener entre México y los Estados Unidos valor práctico, puesto que su sigilo impediría que los órganos constitucionales, encargados de la ratificación, los desconocieran y, por no conocerlos, quedar sin vigencia constitucional y sin adquirir el carácter de obligación internacional.

Se propala, asimismo, la sumisión de la diplomacia obregonista a las exigencias norteamericanas, descuidando hechos que contradicen la aseveración, como haber rechazado el proyecto de Tratado de Amistad y Comercio, haber logrado en las Conferencias el reconocimiento, por parte de los delegados norteamericanos, de tesis que eran nuestras y debilitado exigencias que el Departamento de Estado hizo valer inicialmente.

Se olvida, también, que la controversia diplomática con los Estados Unidos tuvo por origen el cumplimiento de los artículos revolucionarios de la Constitución Política de 1917, específicamente los artículos 27 y 123, pero que en todo momento esas disposiciones siguieron imperturbablemente su curso y fueron aplicadas sin distinción a nacionales y extranjeros. Cabe decir que si el presidente Obregón no hubiera aplicado con el vigor que aplicó los artículos constitucionales 27 y 123, las dificultades con las cancillerías extranjeras no hubieran surgido; pero entonces el general Obregón hubiera traicionado a la Revolución, evitando alcanzar la paz social que a la postre ha vivido México una vez que ha superado la etapa violenta de su movimiento revolucionario, y ha reconstruido a la nación conforme a los propósitos de ese movimiento.

En verdad, la defensa que hizo la diplomacia obregonista frente a la presión de las cancillerías extranjeras tuvo el éxito que significó haber despejado el camino, para que la transformación de México se operara; una transformación que por la resistencia del Antiguo Régimen se dirimió en los campos de batalla; una resistencia que por la presión imperialista tuvo que ser sorteada en los terrenos de la diplomacia, en la jurisdicción del arbitraje internacional, y de nueva cuenta con las gestiones diplomáticas que llevaron al arreglo global con el gobierno norteamericano a un buen final.

En medio de tantos contratiempos y a pesar de innumerables sinsabores, México se transformó por la Revolución, México sostuvo la vigencia de su Carta Política y México pudo seguirse dando gobiernos revolucionarios que prosiguieran la reconstrucción nacional.

Pero debe subrayarse que el iniciador, el promotor de la etapa constructiva de la Revolución, fue el Caudillo de Sonora. Había formado parte de los que, por medio de la violencia, destruyeran al Antiguo Régimen. En esta etapa fue el principal artífice del triunfo del constitucionalismo, que es como decir de la victoria de la Revolución.

Ya en la siguiente fase, como presidente de la República, construyó al país de conformidad con los principios que sirvieron de pauta durante la lucha comenzada en 1910. Por las realizaciones que logró, la nación y la Revolución identificáronse plenamente. Asimismo abrió el camino a ejecuciones futuras: la paz social fue un hecho y se fue consolidando con el transcurso de los años.

En esa trayectoria surgió el estadista que fue Plutarco Ellas Calles. Hubo gobiernos igualmente constructivos, como el del general Abelardo L. Rodríguez y el del licenciado Emilio Portes Gil. Apareció el excitante periodo del general Lázaro Cárdenas. Mas el comienzo estuvo a cargo de Álvaro Obregón, que con arrojo despejó los obstáculos que había levantado el Antiguo Régimen para evitar que los cambios sociales tuvieran lugar. Ese arrojo fue hecho con impulso revolucionario y con el sentido patriótico de mejorar las condiciones de vida de los hombres humildes de México, hasta entonces olvidados, secularmente atropellados, pese a que constituían la esencia y presencia del nacionalismo mexicano.

MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ

# MANIFIESTO

*Con este documento el general Álvaro Obregón inició en el año de 1919 su campaña electoral para la Presidencia de la República.*

Hasta este retiro en donde quise hacer de una vida una consagración a la actividad del trabajo y a la tranquilidad del hogar, ha hecho sentirse en los últimos meses algo así como la resaca que llega a las playas cuando los mares se agitan en su centro; y esto que al principio parecía ligero y sin importancia, ha venido en aumento hasta determinar en las últimas semanas una seria preocupación de parte mía.

Al principio fueron unas cuantas cartas, principalmente de amigos míos, las que venían insinuándome que abandonara mi retraimiento y me preparara para entrar en la contienda política que se aproxima; y en los días en que esto escribo, son ya innumerables las insinuaciones que me llegan de amigos, de personas desconocidas, de agrupaciones obreras, de representantes de grupos políticos, etc., etc., y, por fin, algunos partidos políticos, ya organizados en diferentes lugares del país, HAN LANZADO MI CANDIDATURA para la Presidencia de la República en el próximo periodo constitucional.

Las comunicaciones que a este respecto recibo, varían mucho de estilo: unas vienen en tono de súplica, otras en tono imperativo, algunas señalándome responsabilidades históricas si declaro mi abstención en la contienda, etc., y la representación con que dicen dirigirse a mí es más variada aún: me hablan en nombre de la patria, de la democracia, del grupo a que los dirigentes pertenecen, en nombre de la Revolución, etcétera.

Yo solamente puedo interpretar en las comunicaciones de que me ocupo el sentir de personas de cada uno de los que las suscriben, o manifestaciones aisladas de grupos locales.

*El camino del deber.* Tengo, pues, que dejar a mi criterio la tarea de resolver cuál es el camino que el deber me señala, ya que no es posible permanecer indiferente ante la situación que se avecina; y, asesorado por él, buscaré el origen de esta agitación, cuáles son los peligros que augura, y por fin, como antes dije, el lugar que me corresponda, para ir a él sin vacilaciones, con la misma sumisión con que fui a los desiertos de Chihuahua, cuando el deber me señaló allá mi sitio, a raíz de la infidencia de Pascual Orozco; como marché contra Victoriano Huerta, a raíz de los memorables acontecimientos de la Decena Trágica; como marché a Celaya cuando Francisco Villa, olvidando los compromisos contraídos con la Revolución, se declaró infidente y desconoció al Jefe Supremo de ella, y por fin, como marché a mi casa para volver a la vida de

trabajo, cuando, restablecido el orden constitucional de una legislación avanzada, quedaban constituidos los principios fundamentales inscritos en la bandera de la Revolución.

Los peligros en esta vez se presentarán, sin duda, en distinta forma, pero hay que aceptarlos y hay que investigar su origen y señalarlos, sin prejuicios ni preocupaciones, ya que para esto me encuentro favorecido por la más absoluta independencia, sin ligas ni compromisos de ninguna clase.

Para hacer esta investigación, en la que llevaré como única mira los sagrados intereses de la nación, no tomaré en cuenta los hombres ni los nombres, y me concretaré a los hechos.

Dos años hace apenas que el orden constitucional fue devuelto a la nación, restaurándonos ese acto todos los derechos que nos habían sido arrebatados por la usurpación, y quise ser uno de los primeros en disfrutar de ellos; ya que significan el triunfo más legítimo conquistado con el sacrificio de todos nuestros compañeros muertos en la lucha, y renuncié de la manera más espontánea a los arreos de soldado a que tuve que sujetarme por varios años por un mandato del deber, cuando éste nos exigió recobrar con las armas en la mano lo que con las armas en la mano nos había sido arrebatado en aquellas memorables jornadas de la Decena Trágica, cuando se creía que habían desaparecido para siempre los benditos fueros que supieron comprar con su sangre nuestros ilustres antepasados para legárnoslos como herencia de civismo.

Dos años apenas que vivo dentro del más legítimo bienestar, y ya tengo que abrir un paréntesis de zozobras, responsabilidades y peligros, para no romper los vínculos que al deber me unen.

Para fijar el lugar que me corresponde necesito hacer una investigación minuciosa de las causas que originan el malestar que se está dejando sentir y las zozobras que despierta la próxima campaña electoral en que el pueblo debe designar al sucesor del actual presidente de la República.

## ESTUDIO SOBRE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Dos son los puntos capitales que hay que conocer y son:

I. Cuál es la situación política del país.
II. Cuáles son las causas que originan el malestar que se deja sentir cada día más y el que toca los linderos de la angustia.

*¿Cuántos partidos políticos hay actualmente en el país y cuáles son sus tendencias?*

Partidos políticos hay sólo uno en actividad y sus tendencias son avanzadas, pero está dividido en infinidad de grupos, que varían entre sí solamente en detalles, que más bien pueden considerarse como variantes que obedecen al carácter de sus organizadores.

*¿Cuántos partidos políticos han existido en el país?*

Solamente dos: el *Partido Conservador y el Partido Liberal,* con tendencias diametralmente opuestas.

*¿Cómo quedaron deslindados esos dos partidos políticos?*

Desde que en nuestro país se inició el primer movimiento libertario, quedó dividida la familia mexicana en dos partidos políticos, formado uno por los opresores y otro por los oprimidos, tomando los primeros el nombre de *conservadores* y los segundos el de *liberales.*

El primero lo integraron los grandes acaudalados, el alto clero y los extranjeros privilegiados, y el segundo todas las clases trabajadoras: jornaleros, obreros, profesionales, agricultores, ganaderos e industriales en pequeño, constituyendo este último grupo una verdadera mayoría de la familia mexicana, cuya fuerza ha quedado plenamente demostrada en las contiendas armadas, de las que ha salido invariablemente victorioso, no obstante las desventajas en que se ha encontrado siempre al iniciarse la lucha.

*¿Qué otros elementos han reforzado al Partido Conservador?*

En los movimientos posteriores al de Independencia, el Partido Conservador se ha visto reforzado por caudillos del Partido Liberal que han prostituido su prestigio, cegados por una ambición o en defensa de fortunas ilícitas, y éstos han sido generalmente utilizados por el Partido Conservador como vehículos para hacerse conducir hasta el poder. Este tipo de neoconservadores ha significado en todas las épocas el escollo más serio para la realización de los principios liberales.

*¿Por qué siempre triunfa el Partido Liberal en las luchas armadas?*

Porque el Partido Liberal está integrado por una gran mayoría del pueblo, y cuenta, por lo tanto, con la inmensa fuerza que da la opinión pública.

Porque el Partido Conservador, en el cual señalé a los extranjeros privilegiados, busca siempre, por conducto de éstos, el apoyo de sus respectivos gobiernos, haciendo así odiosa su causa ante la conciencia nacional, dando fuerza al enemigo con el amago exterior que les presenta.

Porque los componentes del Partido Conservador, con muy raras excepciones, no son elemento de combate y encaminan todos sus esfuerzos a la defensa de sus intereses materiales, revistiéndose de una aparente neutralidad, que dista mucho de ser cierta, y su labor resulta deficiente porque se concreta únicamente a comprar prestigio y pagar puñales, ignorando quizás que el prestigio que se vende deja de ser prestigio, y que el puñal que se paga sirve sólo para aumentar el número de los mártires y que éstos han significado siempre el mejor combustible para inflamar la hoguera de las iras populares.

Así van acumulando desaciertos hasta labrar su propio desastre, después de haber sido explotados por los falsos caudillos que les alquilan sus espadas.

*¿Por qué fracasa el Partido Liberal en las contiendas políticas que siguen a sus victorias armadas, a pesar de que este partido significa una gran mayoría en el país?*

Porque al iniciarse la lucha política se hace ésta siempre dentro del mismo partido, y se desintegra, produciéndose divisiones que revisten dos aspectos: generales y locales; debiéndose considerar como las primeras, las que se producen en todo el país y cuyo número lo determina siempre el número de caudillos que al concluir la lucha armada son señalados como

presidenciables; en tanto que las segundas se producen con idéntico aspecto dentro de cada Estado.

Por el desprestigio que algunos de sus caudillos, muy especialmente dentro de los de alto relieve, conquistan para su partido al apartarse del camino que señalan los principios, para seguir los que conducen a la opulencia y al poder, aprovechándose del prestigio conquistado con el esfuerzo colectivo para improvisar fortunas y cometer desmanes: actos que, para bien de nuestra patria, son condenados por la opinión pública.

Porque los caudillos que dejé señalados en el párrafo anterior, huérfanos ya de prestigio y distanciados de la gran mayoría de sus compañeros que les dieran nombre ilustre con su esfuerzo, olvidados de los compromisos contraídos con la gran familia anónima de combatientes, se convierten en vehículos de la reacción, y permiten que sobre su desprestigio cabalgue cómodamente el Partido Conservador hasta invadir todos los poderes de la nación.

*¿Cuál es actualmente la situación del Partido Liberal? Desastrosa.*

El Partido Liberal está prácticamente desintegrado porque se han repetido en esta vez todos los fenómenos que he dejado señalados como factores determinantes de sus anteriores fracasos: las divisiones se han producido en todos sus aspectos, degenerado en muchos estados de la República de divisiones políticas en contiendas armadas.

Vemos también con profundo desconsuelo cómo muchos de los hombres de más relieve dentro del orden militar y del orden civil, han desvirtuado completamente las tendencias del movimiento revolucionario, dedicando todas sus actividades a improvisar fortunas, alquilando plumas que los absuelven falsamente en nombre de la opinión pública.

*¿Cuál sería la situación del Partido Liberal si el Conservador, presidido por el grupo de caudillos señalados en el párrafo anterior, llevara al poder supremo de la nación a uno de éstos? Insostenible.*

Porque el Partido Liberal, desintegrado como está, se vería abandonado de un gran número de los que hoy se hacen llamar sus directores, que están ya distanciados de él y que tendrían necesariamente que incorporarse al poder para salvaguardar sus intereses, dejando en pie para los grupos dispersos del partido y para los jefes militares que no han violado los fueros del honor y que han resistido las tentaciones del oro de fácil adquisición, la más amarga de las disyuntivas: sumarse en las listas de los escépticos, retirándose a sus casas, donde una muerte misteriosa podría sorprenderlos, o empuñar de nuevo el fusil y encender una vez más la guerra civil, que sería, sin duda, la más sangrienta porque revestiría un aspecto vengador, poniendo en peligro millares de vidas, inmensos intereses y quizá la nacionalidad misma.

*¿Cuál sería la situación del ejército si un neoconservador llegara al poder supremo de la nación, asesorado por el Partido Conservador, vencido en los campos de batalla por ese mismo ejército?*

El ejército quedaría supeditado, sin ningún género de dudas, a los jefes que llevan inscrito como supremo anhelo en sus banderas y que lo cumplirán con devoción, el lema de “poder y riqueza”, y al ejército le querrían dar el papel de verdugo para acallar la opinión pública,

colocándolo entre la ordenanza y la conciencia, entre el deber del soldado y la dignidad del ciudadano, como verdugo al servicio del tirano o la víctima del honor, estableciendo un escándalo de ignominia, donde los grados serían determinados por ella.

*¿Cuál sería el porvenir histórico de la Revolución Constitucionalista y de su Primer Jefe si el Partido Conservador lograra, con la complicidad de los jefes que he dejado señalados, controlar el poder supremo de la nación y destruir la obra revolucionaria en su naciente legislación? Fatal.*

Existe la creencia general de que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista observó algunas tolerancias con los jefes militares, especialmente en aquellos actos de medro personal, porque creía que el único objeto durante la lucha era el derrocamiento por medio de la fuerza armada del usurpador Victoriano Huerta, primero, y someter al infidente Francisco Villa, después, dejando los actos de moralización y corrección para llevarlos a la práctica después de establecido el Gobierno Constitucional cuando contara ya con mayor suma de autoridad.

Posteriormente se ha creído que los actos de corrección han sido aplazados debido a las difíciles condiciones que ha tenido que atravesar el gobierno, dejándolos para que sean más fácilmente ejecutados por un sucesor que no tenga compromisos políticos que lo detengan.

Pero si al fin esos hombres resultan no solamente impunes, sino adueñados del poder y cubriendo la vanguardia del Partido Conservador que combatió la Revolución, destruirán los frutos que aún es tiempo de cosechar, de la buena simiente que la Revolución sembró y que ha sido regada con torrentes de sangre anónima, y entonces una justa protesta de indignación brotará de toda la República contra los directores de un movimiento armado que ensangrentó y desoló al país por muchos años, que dislocó todo el orden de cosas para producir, como único y amargo fruto, un grupo de ambiciosos que se adueñan del poder y de las riquezas de la nación.

*¿Cuáles son las causas de las incertidumbres y zozobras que invaden actualmente al país?*

Hay un fundado temor de que los intereses materiales acumulados durante la Revolución por los jefes poco escrupulosos signifiquen una barrera infranqueable para la implantación de los principios avanzados proclamados durante la lucha, y muy especialmente el que ha servido de base fundamental y que consiste en la efectividad del sufragio.

Hay, además, en la gran mayoría, el legítimo deseo de verse libre de toda tutela oficial a la hora del sufragio, tutela que ha significado en nuestro país, según lo demuestra amarga experiencia histórica, la guillotina de todas las libertades públicas. A este deseo tan legítimo se le está dando ya torcida interpretación y hay periódicos ya encargados de decir que es la obra de la reacción, que pretende arrebatar el poder a los caudillos.

Después de hacer las observaciones anteriores, el criterio se orienta llegando a las siguientes conclusiones:

I. Hay gran ansiedad en todo el país porque se teme fundadamente que la libertad del sufragio, principio que ha servido de eje cardinal al movimiento armado, se vea entorpecido por la barrera que le presentarán los intereses materiales acumulados durante el periodo revolucionario por muchos de sus principales caudillos y directores.

II. Hay el temor bien fundado de que un fracaso político del Partido Liberal dé al Conservador la oportunidad de destruir las incipientes reformas, de las cuales se cuenta una mayoría que no se ha llevado a la práctica y que signifique el ansiado fruto del movimiento revolucionario, desde su iniciación por el apóstol Francisco I. Madero, a su continuación por el ciudadano Venustiano Carranza. Un triunfo del Partido Conservador pondría en peligro a todos los miembros del ejército que no han empañado sus espadas con el vaho de la ambición, ni declinado sus laureles al peso del oro que envilece.

III. Hay gran ansiedad también porque se considera la paz en peligro si el pueblo ve defraudar sus anhelos supremos, que han sido durante la lucha su único lenitivo para atenuar sus dolores y sus miserias.

IV. El Partido Liberal, a cuya custodia ha estado siempre la dignidad nacional, por haber sido el único que la ha defendido noblemente con su sangre cuando se ha visto amagada por ejércitos extranjeros atraídos por el despecho del Partido Conservador, está en peligro porque unos cuantos de sus llamados directores han desvirtuado sus principios y desertado de sus filas.

V. El único obstáculo para la implantación de los principios avanzados que proclamó y defendió con tanto sacrificio el Partido Liberal durante la pasada lucha, lo constituyen los intereses materiales creados en la Revolución.

VI. Están en peligro nuestros fueros de ciudadanos.

VII. Está en peligro la personalidad histórica del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, si su obra, a pesar de las indiscutibles energías y atingencia con que venció los mayores escollos para llevarla a cabo, resulta infecunda y viene a ofrecer solamente, como amargo fruto, el resultado funesto de todas nuestras revoluciones anteriores: *No permitir al país librarse de sus libertadores.*

*Medios de conjurar el peligro y poner al Partido Liberal en condiciones de obtener una definitiva victoria política:*

I. Dar al Partido Conservador una franca oportunidad para que figure en la contienda, dentro del amplio margen que dan nuestras leyes liberales para toda la lucha política, sin que tenga que disfrazarse con la máscara de la Revolución, presentando su programa de retroceso y de opresión, y no con un programa rentado por algún neoconservador.

II. Poner los medios de que cada miembro del Partido Liberal pueda actuar a su propia iniciativa, sin tener que sujetarse a los compromisos contraídos por sus directores, eliminando así a los que se han apartado del camino que marca el deber.

III. Iniciar una nueva organización para que todos los ciudadanos de la República puedan emitir su voto sin necesidad de incorporarse a ninguno de los grupos que actualmente actúan en el escenario político, muchos de los cuales se organizan con elementos oficiales cuya independencia tiene que ser muy relativa.

*Que den la voz de "presente" ante la opinión pública.*

Al principio enuncié que no tomaría en cuenta hombres ni nombres para estudiar la actual situación política del país, al hablar de los revolucionarios que han convertido en medro personal

el triunfo del Partido Liberal, porque quiero dejar a ellos la tarea de dar la voz de "presente" cuando les pase lista la opinión pública después de leer este manifiesto.

Consciente de los peligros que he dejado señalados y que amagan de muerte nuestros fueros de ciudadanos, que significan los principios más caros para todos los que sabemos estimar tan honroso título, rompo los vínculos de la tranquilidad y el bienestar y abro un paréntesis de zozobras, responsabilidades y peligros, para ofrecer a mis conciudadanos todas mis energías y toda mi buena voluntad, si ellos creen que este contingente puede significar en estos momentos un factor de unión para todos los buenos ciudadanos que sin relajamientos políticos ni relajamientos morales, quieren unificar su esfuerzo en defensa de los intereses nacionales

*No vengo asesorado por la ambición.*

Ella me habría aconsejado la complicidad como el camino más corto para satisfacerla.

*¿Por qué no he dejado la dirección de la contienda en alguno de los grupos políticos militantes que me han ofrecido su apoyo?*

I. Por tener la seguridad de que los grupos a que me refiero no deben ser considerados como partidos políticos, sino como fracciones del Partido Liberal, y dejar la dirección en manos de esos grupos sería provocar divisiones dentro del mismo partido.
II. Por tener la seguridad de que un triunfo electoral de cualquiera de los grupos de referencia, no daría a su candidato la fuerza moral necesaria para enfrentarse con los problemas por resolver y para conjurar los peligros que he dejado señalados; fuerza que solamente puede dar una franca manifestación de la voluntad nacional.
III. Por estar convencido de que la interpretación más fiel que la Revolución hizo del anhelo supremo del pueblo, radica en la promesa de reconquistar con las armas en la mano los derechos violados por la usurpación, para devolverlos a todos y a cada uno de los ciudadanos, y éstos pudieran desde luego, en la forma más amplia, entrar en el pleno ejercicio de ellos; y esa reconquista que, como antes dije, debe ser considerada como fundamental, se vería entorpecida si se robustecieran las tendencias de algunos de los grupos políticos militantes, de pretender el derecho de dirigir los trabajos políticos entre los que tomaron participación en la contienda armada, únicamente.
IV. Porque algunos de los grupos organizados ya, cuentan con un buen contingente de elementos oficiales, y asesorarme de ellos sería convertir mi candidatura en planta de invernadero, y planta de invernadero sería también la autoridad que del triunfo me resultara en tales condiciones.

*¿Por qué no he permitido que la oposición lance mi candidatura no obstante las repetidas insinuaciones que de ella he recibido?*

I. Porque no quiero incurrir en el cargo más serio que hago a los jefes que por ambición o lucro se convierten en vehículos del Partido Conservador.
II. Por estar seguro de que, no obstante de que entre la oposición hay un buen número de revolucionarios de buena cepa que han tenido que distanciarse de la administración por haber señalado con energía algunos actos reprochables de los altos mandatarios,

predominan los elementos despechados e indiferentes; comparsa que estoy muy lejos de querer presidir.

*Un camino que rompe todas las fórmulas y los moldes políticos.*

Voy entonces a seguir un camino que no tenga los inconvenientes que dejo señalados en los dos que he desechado, rompiendo todas las fórmulas y moldes políticos usados hasta hoy; un camino nuevo, que si es el más azaroso y el que más remoto presenta el triunfo, es, en cambio, el único que no mengua mi moralidad política, y el que me colocará en condiciones de saber con más claridad cuál es el sentir general con respecto a mi candidatura.

Prefiero una y mil veces fracasar antes de llegar al poder, que fracasar después de haber llegado, ya que en el primer caso en nada se menguaría mi dignidad, y tengo la seguridad de que en un futuro no lejano me justificaría; mientras que en el segundo mi fracaso sería definitivo y de lamentables consecuencias para la nación.

*Sus propósitos firmes al entrar a la lucha.*

Mis más firmes propósitos al entrar como candidato en la próxima lucha electoral son:

I. Ofrecer mis servicios al país como acostumbro hacer cada vez que veo en peligro sus instituciones.
II. Quedar relevado, en caso adverso, de las responsabilidades que pudieran pesar sobre mí si en estos momentos, por egoísmo o cobardía, permaneciera en una indiferencia que resultaría criminal.

Me presento, pues, en el tablado político para decir a la nación desde este manifiesto:

*Soy candidato a la Presidencia de la República en la próxima campaña electoral; no tengo compromiso de ninguna índole, ni dentro ni fuera del país.*

No voy a detenerme en formular un programa lleno de espejismos que me sirviera de reclame. Estoy convencido de que el país ya no quiere programas que al fin resultan prosa rimada. El pueblo quiere hechos y anhela encontrar un sucesor del actual primer magistrado de

la nación, quien le inspire confianza. Son mis antecedentes los únicos que deben servir de base a los que crean necesario apoyarme y a los que crean oportuno combatirme; y esos antecedentes son la mejor garantía de que mi norma será el más absoluto respeto a la ley, a cuyas prerrogativas tendrán derecho todos los habitantes de la República, cualquiera que sea su credo político o religioso.

*Problemas de índole moral y política, básicos de los demás.*

Sin embargo, paso a formular algunas consideraciones sobre problemas que en concepto mío significan el eje de donde se derivan los demás.

Los problemas capitales, como podemos muy bien llamarlos, son dos: el primero, de índole moral, y el segundo, de índole política.

Doy preferencia al problema moral por tener la convicción de que sin una base de moralidad no podría resolverse ninguno.

El problema moral podrá resolverse siempre que el sucesor del actual primer mandatario esté capacitado para iniciar una campaña enérgica de depuración, empezando por los miembros del ejército que han abandonado el camino del honor y llevándola a todos los demás ramos de la administración con todos aquellos funcionarios que han creído que la Revolución llevó como finalidad única enriquecer a los que se incorporaron a ella. Esta obra resulta indispensable después de un movimiento revolucionario en que, muchas veces, necesidades del momento obligan a utilizar hombres poco experimentados, y consideraciones por servicios prestados en campaña exigen algunas tolerancias con jefes militares u otro género de servidores.

La única forma de alcanzar éxito en la labor de que habla el párrafo anterior es que el iniciador de ella ponga el ejemplo y que tenga toda la fuerza moral necesaria para imponerse; y estos dos indispensables factores no los da un programa más o menos halagador: los dan únicamente los antecedentes limpios.

Para que sea factible la labor de depuración se necesita, además, que el sucesor del actual presidente llegue al poder sin compromisos de ninguna clase, para que así pueda tener un campo mucho más amplio para escoger sus colaboradores y los pueda cambiar cada vez que lo exijan las necesidades del buen servicio, sin estar obligado a escogerlos entre un grupo reducido.

*Problemas de índole política.*

El problema de índole política consiste en la *efectividad del sufragio* y su resolución favorable dejará automáticamente resueltos muchos otros de capital importancia.

Cuando con libertad absoluta puedan en todo el país ser elegidos por el voto popular los mandatarios y representantes a las cámaras federales y de los estados, éstos deberán su posición al favor del pueblo que los elija, y consecuentemente, procurarán vivir conciliados con la opinión pública, sosteniendo y defendiendo sin descanso todos y cada uno de los problemas que favorezcan a sus comitentes, llámese problema agrario, ley de trabajo o cualquiera otra. Pero mientras una mayoría de estos mandatarios o representantes deba sus puesto al favor que le dispensa la amistad de altas autoridades, cuidarán únicamente de cultivar esa amistad a cualquier precio y no se resolverán más problemas que los de consigna, sin importarles siquiera las necesidades de sus respectivos estados o distritos.

Para resolver la cuestión anterior, es necesario vencer tres poderosos factores de complicidad que se oponen a su realización, que son:

I. Nuestra tradicional indiferencia para ejercitar nuestros derechos en las luchas políticas.
II. Los intereses materiales creados durante el periodo revolucionario y durante el constitucional presente, que necesitan buscar su defensa, consistiendo la más práctica en crear autoridades vinculadas con esos intereses para que subordinen a ellos los intereses colectivos.
III. El error tradicional en que ha venido incurriendo la mayoría de nuestros mandatarios al creer, con más o menos sinceridad, que se sirve fielmente a la nación procurando crear un sucesor a quien entregarle el poder porque es el único capacitado para concluir su obra, que ellos no pudieron terminar por la limitación de su periodo. ¡Como si la obra de un gobernante pudiera considerarse terminada alguna vez!

*Problema económico.*

La favorable resolución de este problema que reviste un aspecto tan importante, no podrá alcanzarse a base de aumento de las contribuciones, sino reduciendo las erogaciones del presupuesto; pero esto no será practicable antes de hacer la pacificación del país.

Y a su vez la pacificación demandará como condición básica, la favorable resolución de los dos problemas que antes he señalado como fundamentales. (Y aquí se demuestra mi aserto de que a esos problemas de índole moral y política están vinculados otros muchos de importancia, siguiendo el resultado de aquéllos.)

A. La inviolabilidad de nuestra soberanía, como pueblo autónomo.
B. Respeto absoluto a la soberanía e instituciones de los demás países que pueblan la tierra.
C. Completo reconocimiento de todos los derechos adquiridos legítimamente en nuestro país, con absoluto apego a nuestras leyes, por todos los extranjeros.
D. Dar toda clase de facilidades al capital que quiera invertirse en nuestro país para el desarrollo y fomento de sus riquezas naturales, buscando siempre la forma más práctica y equitativa para conciliar las ventajas que puedan obtener el capital, los trabajadores y el erario.
E. Velar porque todos los extranjeros residentes en México puedan disfrutar de la manera más amplia de todas las garantías y prerrogativas que nuestras leyes les conceden.
F. Una franca tendencia a reforzar y a estrechar nuestras relaciones internacionales dentro de las bases antes marcadas.

Hago con este manifiesto un llamamiento a todos los ciudadanos que quieran cooperar conmigo en la defensa y consolidación de los principios avanzados, proclamados por el Partido Liberal durante el último movimiento armado, que fue dignamente presidido por el ciudadano Venustiano Carranza.

*Al ejército.*

Un cordial llamamiento hago a todos los miembros del ejército, desde el más modesto soldado hasta las más altas jerarquías, que no hayan cedido a los atractivos del oro ajeno y que no hayan violado los fueros de la dignidad, para que unifiquen la acción que como ciudadanos les conceden nuestras leyes, en la actual campaña política en favor del que anhela hacer del ejército una institución respetuosa y respetada y hacer que los desmanes cometidos por algunos de sus miembros no signifiquen una responsabilidad para la corporación, y sí la base para un proceso para el que los cometa.

Soy y seré un leal amigo de los hombres que con su esfuerzo y con su sangre respondieran al llamado de la patria, cuando Victoriano Huerta pretendió hundirla en la ignominia, ya que para orgullo mío soy uno de esos hombres; pero soy y seré enemigo irreconciliable de aquellos que pretendan que sus servicios les sean pagados con las mismas libertades que había usurpado Huerta, y que juramos recobrar para devolvérselas al pueblo.

*A las autoridades y miembros del ejército que se adhieran.*

Quiero suplicar a las autoridades y miembros del ejército que se adhieran a este manifiesto, se abstengan en lo absoluto de usar su investidura para hacer presión en el ánimo de los

ciudadanos que sean adversos a él, porque lo primero que exigiré a los que quieran llamarse partidarios míos será el más completo respeto a los derechos de los demás.

*A las agrupaciones políticas y a los ciudadanos que me han ofrecido su apoyo en la próxima campaña electoral.*

Quiero decirles desde este manifiesto que acepto y agradezco su ofrecimiento, si después de leer y conocer este manifiesto, ratifican su adhesión, y les suplico solamente procuren seguir las instrucciones contenidas en párrafos anteriores.

*A la prensa de la capital y de los estados que no tengan ligas con los afectados en este manifiesto.*

Les suplico de la manera más atenta que publiquen este manifiesto por algunos días, consecutivamente.

*Todos y cada uno de los ciudadanos de la República debemos darnos cuenta de que en la presente lucha electoral se juzgarán los más caros intereses de la nación.*

El triunfo del Partido Liberal significará el afianzamiento de los principios avanzados proclamados por la Revolución y que tienen que regir al mundo, cuyas tendencias no podrán ser contenidas con el dique que los intereses materiales pretendan oponerles.

Todos, pues, debemos actuar. No debemos contribuir con nuestra criminal indiferencia a un desastre nacional. Todos debemos actuar, lo repito, consecuentemente con nuestros credos políticos. Yo no exijo que todos aplaudan y se adhieran a este manifiesto, no señores, tengo un espíritu ampliamente liberal para querer que todos piensen lo mismo. Lo que yo encarezco es que entren en acción; los adversos a combatir con todas sus energías y todos sus recursos; los simpatizadores a defenderlo y sostenerlo con todos sus recursos y todas sus energías también.

No debemos perder de vista que solamente una acción política decisiva resolverá el actual problema nacional: sin ella quedará en pie y las consecuencias serán desastrosas, como nos lo demuestra nuestro pasado lleno de amargas enseñanzas.

Es tiempo de actuar, el momento es solemne. El futuro de nuestra patria quedará resuelto en la próxima contienda electoral. Quedará

nuestra naciente democracia definitivamente consolidada cerrando el prolongado y bochornoso periodo de cuartelazos, traiciones y chanchullos, o quedará violada en la cuna o sembrada en terrenos fecundizados por el abuso y la inmoralidad, la semilla de la Revolución.

Terminado el manifiesto anterior, paso a puntualizar la forma que debe seguirse para la organización del Gran Partido Liberal, en cuyas filas he militado siempre y militaré hasta verlo salvado.

*Primero.* Este manifiesto será enviado a toda la prensa de la capital y de los estados y deberá ser reproducido en hojas sueltas por los grupos simpatizadores, en la forma más conveniente para que sea conocido en todos los pueblos de la nación.

*Segundo.* En cada lugar en que vaya siendo conocido este manifiesto y que haya cinco ciudadanos cuando menos que simpaticen con él, deberán ponerse de acuerdo, cuando menos este número, y organizar y presidir un mitin político bajo el siguiente programa:

A. Lectura del manifiesto por alguno de los simpatizadores o por persona designada por ellos.
B. Hará uso de la palabra uno de los miembros del comité organizador.
C. Tribuna libre para que hablen, si lo desean, hasta tres ciudadanos.
D. Proceder a la votación entre los ciudadanos adheridos, para la designación de la mesa directiva.
E. Protesta de la mesa directiva.
F. Declaración de la fundación del club.

*Nombre.* El nombre será Club Liberal (aquí el nombre) de (nombre del lugar).

*Dependencia.* En las capitales de los estados o territorios, se fundará el comité organizador del Partido Liberal de los respectivos estados o territorios, y de éstos dependerán los clubes locales que se funden fuera de las capitales.

Los comités de las capitales de los estados o territorios dependerán del comité central que se fundará en la capital de la República.

*Remoción de las mesas directivas.*

Las de los clubes locales se harán 30 días después de fundados; las de los comités de las capitales de los estados y territorios a los 45 días de fundados y la del gran comité a los 70 días.

*Cómo se hará la remoción.*

Se convocará a una sesión extraordinaria con ese exclusivo objeto y la designación se hará por mayoría de votos. Podrán ser ratificados los mismos nombramientos.

*Para la designación del Gran Partido Liberal en la capital de la República se seguirá el siguiente procedimiento.*

I. Se fundará un club en cada uno de los distritos electorales de acuerdo con la última división que se hizo para las elecciones de diputados, a iniciativa, igualmente, de cinco ciudadanos simpatizadores de este manifiesto.
II. Cada club de los que habla el párrafo anterior nombrará un representante para la integración del gran comité del Partido Liberal.
III. Cuando queden designados todos los representantes para la integración del gran comité, procederán a designar por votación secreta al presidente, vicepresidente y demás cargos necesarios.

*Será facultad del gran comité aumentar el personal si lo estima necesario, así como la designación de las comisiones que estime necesarias.*

Mientras queda organizado el gran comité de la capital, los comités de los estados y territorios podrán dirigirse a la oficina que con toda oportunidad quedará establecida en la capital, y que se denominará Oficina Provisional del *Gran Partido Liberal.*

*Para ser miembro de un comité o mesa directiva de club es necesario:*

I. Ser ciudadano mexicano en el libre uso de sus derechos.
II. No ser autoridad.

III. No ser militar en servicio.

Es de desearse que no se funde en cada lugar más de un club; pero si, por las divisiones ya existentes, por la densidad de la población, u otras consideraciones, lleguen a fundarse dos o más, deberán sujetarse al mismo procedimiento.

*Partido o clubes políticos existentes, de filiación liberal.*

Éstos podrán adherirse si están de acuerdo con el espíritu de este manifiesto, conservando su organización o modificándola.

Para la modificación de la organización que actualmente tengan las agrupaciones políticas que deseen adherirse, seguirán, consecuentemente con las instrucciones anteriores, los siguientes trámites:

Convocar a un mitin público y seguir los mismos trámites establecidos para la fundación de un club o comité, con la única variante, en este caso, de que será la mesa directiva del partido o club la que presidirá el mitin, debiendo, al terminar, quedar presidido el club por la mesa que resulte electa, y tomará la denominación que le corresponda.

*Para los clubes locales.*

Cuando en las capitales de los estados o territorios se instale más de un comité, podrán los locales adherirse al que deseen.

*Actas.*

En las actas de fundación o constitutivas deben hacerse constar los nombres de los cinco ciudadanos que iniciaron y presidieron el mitin, el personal que resulte electo para la mesa directiva, nombre del club, nombres de los que hagan uso de la palabra, fecha, lugar, etcétera.

*Hacienda.*

Todos los comités o clubes deberán bastarse a sí mismos, teniendo siempre presente que no debe recibirse un solo peso que signifique un compromiso. Todos los que quieran concurrir con donativos para los gastos del partido, deben llevar como única recompensa la satisfacción de servir a los intereses comunes.

*Nogales, Sonora, México, junio 19 de 1919.*
*Álvaro Obregón*

# IDEARIO DE ÁLVARO OBREGÓN

*De varios discursos y mensajes del general Obregón hemos subrayado las ideas que reproducimos a continuación, por estimar que con ellas las nuevas generaciones podrán apreciar el pensamiento del Caudillo sonorense, pensamiento que en buena parte se tradujo en realizaciones durante la etapa constructiva de la Revolución.*

## PUEBLO Y REVOLUCIÓN

Cuando se siente el apoyo de un pueblo viril, de un pueblo honrado, de un pueblo consciente, no se vacila.

El pueblo consciente, el que lleva a su hogar el pan ganado con el sudor de su frente, ha estado y estará siempre con la Revolución.

Los pueblos se pacifican con leyes, y las leyes se defienden con rifles.

Pero esas leyes y decretos que forzosamente deben tener un fondo social para favorecer a las clases trabajadoras, explotadas y oprimidas, lastiman necesariamente intereses propios que crearon a la sombra de gobiernos inmorales, y se acrecentaron con las lágrimas y el sufrimiento de nuestro pueblo.

Cuando esas leyes y esos decretos se pongan en ejecución, no faltará, en mengua de la civilización, quien pretenda violarlas y derribarlas contra todo principio de moralidad y de derecho. Y entonces contra esos ataques y esas mezquinas intrigas será cuando debamos estar preparados para defender nuestras instituciones con las armas en la mano; para defender los frutos nacidos de las semillas, sembradas por la Revolución y regadas con la sangre de los patriotas.

No es ahora una sorpresa para mí que este mismo pueblo se haya congregado en masa para recibirme con vivas muestras de cariño y adhesión hacia mi candidatura, y es que ahora, como en aquella vez, mi conducta no ha cambiado.

Los pueblos que saben ejercitar sus derechos se ahorran el sacrificio de acudir a las armas.

Debemos decir al pueblo: apréstate a la lucha como un solo hombre y no temas; en el horizonte de la patria hay una nueva aurora, no habrá en el futuro imposiciones; hagamos votos para que nuestros mandatarios respeten la soberanía nacional.

Vengo buscando el corazón del pueblo, y antes de emprender esta contienda política no consulté cuántos poderosos apoyarían mi candidatura ni cuántos jefes militares la impondrían por la fuerza.

Contamos con nuestra fuerza moral incontrastable y no podremos ser vencidos por nadie dado que nos apoyan los moradores de toda la República: seguiremos luchando y sólo apegados a la ley. Pero si nuestros enemigos no obran así, será sobre ellos en quienes recaigan las responsabilidades ante la historia y la maldición de la patria.

Y cuando me he resuelto a aceptar la contienda he venido en busca del pueblo, porque he querido, en caso de llegar al poder, llegar por el camino del honor para poder servir a mi patria, lejos de ser el verdugo del pueblo que ayer nos diera nombre y lustre, cuando lo condujimos por el camino del honor y la conquista de sus libertades.

Si hacemos que se respete definitivamente la voluntad popular, y que por ella vaya al poder un hombre de su elección, habremos sentado un precedente que será la piedra angular para la consolidación de nuestros principios democráticos.

El pueblo ha evolucionado ya, y está resuelto a hacer uso de sus derechos y de las libertades por cuya conquista se debatió por tantos años en una guerra ruinosa y sangrienta.

En nuestra patria ha venido produciéndose siempre una lucha, con idénticos síntomas: los hombres del poder —con rarísimas y honrosas excepciones— tratando de conservarlo a toda costa, y siempre el pueblo tratando de libertarse de esa tiranía, de esas castas oligárquicas que vulneran los derechos.

Desde que se inició este movimiento político lucharon dos clases de intereses: los intereses materiales y los intereses morales: un grupo de hombres que se ha congregado alrededor del poder público, ocupando puestos elevados, encaminó todos sus esfuerzos a satisfacer sus ambiciones acumulando riquezas, y se acostumbró a una vida que no podía perpetuarse en esos puestos; y cuando el pueblo iniciaba un movimiento democrático para designar un representante que recibiera el poder, los hombres de aquel grupo creyeron que el pueblo de la República les daría su confianza y los dejaría en el poder. Quisieron llegar hasta el pueblo y éste los rechazó porque no habían cumplido fielmente la misión que se les había confiado, pues en vez de cuidar de la moralidad administrativa y de dignificar la patria, dedicaron sus esfuerzos a improvisar fortunas.

No quiero atacar a esos hombres para invitar al pueblo a que me secunde en este movimiento político; quiero que si el pueblo deposita en mí su confianza, no sea ello por eliminación. No necesito atacarlos para que el pueblo me secunde en este movimiento porque el pueblo ya sabe que yo no he violado los fueros de la dignidad ni de la decencia; y así lo están confesando ahora nuestros enemigos.

De antemano podemos augurar el resultado: cuando el pueblo, en masa compacta, se congrega alrededor de los hombres que no tienen más bandera que la verdad y la justicia, estos principios están a buen resguardo y no podrá haber ninguna imposición que pueda llevarse a la práctica.

Los pueblos que economizan su sangre son siempre pueblos esclavos; las libertades se conquistan a bote de metralla porque los tiranos es el único idioma que entienden.

El origen de nuestras desgracias nacionales radica, a no dudarlo, en la falta de cultura de nuestro pueblo.

Es indispensable que nos demos cuenta de las responsabilidades que pesan sobre nosotros y las responsabilidades que pesan más directamente sobre los hombres de ilustración y de alguna inteligencia, porque son, como antes decía, los factores que tienen que encauzar las corrientes de la opinión pública.

Ese pueblo, con el que he podido vivir vinculado durante muchos años, ha ido a la lucha a llevar un poderoso contingente de sangre a cambio de una esperanza que venga a alegrar las tinieblas de su vida.

Para colaborar en la nueva organización del mundo, con el contingente que sus propios deberes y aspiraciones le exigen, México se propone levantar constantemente el nivel moral y mental de su pueblo.

Decía, y quiero repetirlo ahora, que por ventura para nuestra patria ni el pueblo está tan abajo ni los gobernantes están tan arriba.

Los directores de este movimiento, fieles a los dictados de nuestra propia conciencia, no hemos realizado otra obra que interpretar fielmente los nobles anhelos de nuestro pueblo, y marchar resueltamente al frente de ese pueblo, a dondequiera que el destino ha reclamado nuestra presencia.

En las luchas por el bienestar y las libertades, el pueblo mexicano ocupa un lugar avanzado; no pensamos dar un solo paso hacia atrás, ya que ninguna fuerza nos obligará a dar media vuelta.

Los pueblos que como México ofrecen en holocausto de sus libertades un contingente de lágrimas y de sangre como el que se ofreció durante 15 años de guerra intestina, tienen derecho a la aspiración suprema consistente en la consolidación de sus leyes, que cristaliza los anhelos populares, y que son la base de nuestros estatutos futuros.

Nada sacude más intensamente nuestro espíritu que las manifestaciones en que sentimos que convivimos una vida común con las masas populares. Nada impresiona más a los hombres *que hemos venido de cunas humildes*, que ver cómo se agrupan los ciudadanos para la defensa de los intereses comunes cuando la causa de los humildes se pone en peligro.

La lucha fue cruenta: pero la victoria fue del pueblo, porque el pueblo ya había aprendido a conocer su propia fuerza, ya había aprendido a defender sus propios anhelos, y había aprendido a presentar su pecho generoso a los proyectiles de los traidores.

Los que tenemos la experiencia de lo que significan las necesidades del trabajo sabemos traducir el significado de este espectáculo. Es natural que los hombres de esta región, pobres todos y campesinos todos, estén aprovechando en estos momentos el tiempo que les falta para realizar sus siembras, y no habiendo podido venir a saludarnos han mandado a sus esposas, a sus madres y a sus hijas. Yo quiero aprovechar esta oportunidad para enviar un saludo cariñoso a todos los trabajadores que no pudieron venir, y que aprovecharon el conducto de sus madres, de sus esposas y de sus hijas para saludarnos.

Es el pueblo el que ahora vela como centinela por sus propios intereses y sus propios derechos, y a él corresponderá el fallo en unos meses más, y nosotros estaremos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber llevando la verdad a la conciencia del pueblo.

Iremos al triunfo y ya no serán la zozobra y el infortunio los que vengan a ahuyentar de los hogares honestos la felicidad y el bienestar. Será la ley emanada del propio pueblo la que nos dé la victoria.

No creo en el valor personal e individual cuando se trata de cosas populares. Un hombre no puede valer lo suficiente para darle las libertades a un pueblo, para darle sus derechos y prerrogativas. El propio pueblo está capacitado para gobernarse a sí mismo, y es el que designa en las luchas democráticas quién debe asumir la dirección.

Es por eso que continuamos la lucha desafiando la ira de la prensa reaccionaria, que ha visto con profundo dolor cómo han fracasado ya sus candidatos, y quiere ahora torcer la conciencia nacional, diciendo que el pueblo nunca ha conquistado su soberanía, y que no deben existir en nuestro país los gobiernos democráticos emanados de la voluntad.

Los eternos enemigos de la Revolución, que radican en su mayoría en esta ciudad, han pretendido hacer creer al pueblo de México que los revolucionarios lo consideramos como un pueblo prostituido; los prostituidos son ellos, los que se quieren hacer llamar la clase directora.

Yo nunca he consultado mi capacidad cuando he necesitado servir a mi patria. La voz del deber ha sido mi norma, y para definir el deber he usado mi criterio; ésta es la obligación que tenemos todos los hombres honrados, y con esa obligación he cumplido.

Cuando la miseria me arrancó de la escuela para buscar los medios de subsistencia, el deber me dijo: Sé carpintero, y cogí el serrucho y llevé a mi casa el pan que me daba mi sudor.

Nuestra historia nos enseña que los movimientos armados que han venido conmoviendo a la República han seguido una trayectoria que podríamos llamar monótona, porque se han venido repitiendo los mismos ciclos y con los mismos aspectos: a cada movimiento revolucionario le ha sucedido una dictadura, y a cada dictadura le ha sucedido una nueva revolución producida por el choque de los intereses morales con los intereses materiales.

Tenemos el derecho de creer que en esta ocasión ninguna fuerza intentará forzar la opinión pública, y tenemos el derecho de creer esto porque el actual Gobierno, emanado de la Revolución, tuvo su origen precisamente en la defensa del derecho del sufragio.

(Por) más de cien años hemos tenido guerra para conquistar el sufragio; debemos cuidarlo para que no sea endosado como letra de cambio.

Las revoluciones no son manantiales de bienandanzas: son sacudimientos que a los pueblos causan grandes daños, y sus frutos no pueden recogerlos sino las generaciones venideras.

La Revolución mexicana, en la que he venido tomando alguna participación desde que se iniciara, ha traído como base los anhelos más nobles y los anhelos más puros. Sus caudillos no todos respondieron; muchos prostituyeron sus galones y los convirtieron en dones. Muchos agitaban al pueblo con detrimento y desprestigio de la parte fundamental que persigue nuestra Revolución. Por eso nuestras revoluciones no habían terminado. Las revoluciones nunca terminan mientras no llenan su objeto.

Todos saben también que mi administración se caracterizó por la sinceridad de propósitos de honestidad con que fueron manejados los fondos públicos. Se lesionaron grandes intereses materiales, es verdad, pero se imponía acatar los justos anhelos populares que dieron aliento de vida a nuestra gran Revolución, y que convertidos en leyes fueron catalogados en nuestra

Constitución de Querétaro como piedra angular que serviría de base a la redención moral y social de nuestras clases proletarias de las ciudades y los campos que la Revolución había proclamado redimir.

El programa de la Revolución, hecho ley, no podía desarrollarse naturalmente en cuatro años; era tarea que requería varios lustros, y a mí correspondía solamente plantearlo e iniciarlo, abarcando sus aspectos sustanciales y emprendiendo desde luego la parte que a mí correspondía desarrollar.

Mientras la Revolución tenga un representativo honesto y de carácter en la Primera Magistratura de la Nación, las leyes serán buenas para proteger los intereses y prerrogativas que la Revolución decretó para la reivindicación moral, social y política de las inmensas mayorías cuyos sagrados derechos habían sido pospuestos antes en beneficio de un reducido número de privilegiados.

Los agentes de la reacción propagan la alarma, porque se expiden leyes que aparentemente consideran malas, y que por afectar las viejas costumbres les oponen resistencia, suponiéndolas dañosas. Pero dichas leyes están inspiradas en la buena fe, y lejos de causar perjuicios causan beneficios.

La única guía del Gobierno es reconocer las promesas de la Revolución. No importa que nos equivoquemos, pues es fácil volver al punto de partida y buscar nuevas rutas sobre el mismo principio, que consideremos salvador de la humanidad.

La Revolución no podrá fracasar sino arrastrada por una corriente de inmoralidad que pudiera contagiar en un momento fatal a todos los revolucionarios de la República.

Es el revolucionario, en el concepto de nosotros, el hombre que pugna porque predominen en nuestra nación los valores morales y espirituales.

La Revolución nos ha dado el privilegio incomparable de poder constituir, con la inmensa masa del pueblo mexicano, una entidad moral y otra nacional que se llaman Gobierno y Pueblo.

De 1910 a la fecha, la Revolución se ha visto muchas veces en peligro; se ha visto muchas veces en peligro porque sus directores han incurrido, o hemos incurrido, si me vale la palabra, en el error sustancial de suponer que la Revolución ha triunfado en algunas de las épocas en que sus movimientos sociales y políticos han determinado un triunfo transitorio. Incurrir en el error de que la Revolución pueda triunfar definitivamente algún día es colocar una ventaja en las manos de nuestros adversarios.

La Revolución mexicana no puede pensar en obtener la victoria definitiva en ninguna de las épocas de su lucha porque sustenta en sus anhelos una nobilísima generación de aspectos sociales y de aspectos humanitarios y políticos, que no es sino la eterna lucha entre el bien y el mal, que no es sino la eterna lucha entre los valores morales y espirituales contra los valores materiales, y mientras existan espíritus vigorosos que se enfrenten a ellos para subyugarlos y hacer preponderar en la patria los intereses morales y los anhelos espirituales, la lucha tiene que ser eterna.

Es necesario, entonces, que nos demos cuenta, todos, que la lucha está latente; que las pequeñas treguas que nos da la reacción no son sino una estratagema para ver si nos ofusca la victoria y quebrantamos nuestra energía entregándonos a los apetitos y a las luchas de grupos

que, generalmente, se suscitan entre el Partido Revolucionario cuando sus directores creen que han obtenido la victoria.

De acuerdo con las doctrinas de la Revolución, hemos venido a la conclusión de que al poder no deben asaltarlo por la violencia los hombres que tienen bajo su mando un mayor número de fuerzas armadas; hemos llegado a la conclusión de que es la soberanía nacional la única que puede designar a sus representantes.

Tengo la impresión de que el triunfo definitivo de la Revolución tuvo su origen en el fracaso de la Convención de Aguascalientes.

Cargamos con gran responsabilidad, de la cual habrá de depender nuestra acción. Es error creer que algunos han hecho más por la Revolución que otros, pues todos hemos hecho el esfuerzo máximo dentro de nuestras facultades.

Si los hombres de la Revolución cometiéramos el error imperdonable de hacer de la política una mercancía o una gracia para favorecer a nuestros amigos o a nuestros favoritos, provocaríamos un fracaso moral para la Revolución.

La reacción contra la Revolución representa el mal contra el bien, y por este reajuste de valores morales y materiales no puede resignarse a perder las ventajas materiales que tenía antes de la Revolución.

La reacción que representa el mal no se contrae a ejercitar su acción dentro del límite de nuestras fronteras, y se alía a los grandes intereses materiales de más allá de nuestra patria, que se sienten afectados en esta lucha que sostiene México para buscar un reajuste.

Desde que puse mi vida al servicio de la Revolución he considerado que será una fortuna para mí perderla.

Diga usted al Primer Jefe que muero bendiciendo a la Revolución.

## LA RECONSTRUCCIÓN DEL PAÍS

Vemos muchos villorrios en que se alumbran con aceite y hasta con velas de sebo, y vemos también nuestras principales ciudades alumbradas con luz eléctrica. ¿Por qué vamos a destruir las plantas eléctricas de las ciudades, por un espíritu de igualdad mal entendido, para que éstas no queden en condiciones superiores a los pueblos a que antes me refiero? Nuestro esfuerzo debe encaminarse a luchar porque esos villorrios y esos pueblos, con el desarrollo de su industria y de sus recursos naturales, puedan tener también plantas eléctricas y alcanzar las ventajas que las ciudades tienen.

Después de la prolongada lucha civil que acaba de pasar, en que fue inevitable que se destruyera todo y se desolara todo, podemos decir, sin pasar por pesimistas, que el problema único que tiene enfrente el pueblo mexicano es la reconstrucción nacional.

A las grandes enfermedades siguen siempre las grandes convalecencias, y después de la lucha que hemos venido sosteniendo durante 10 años para conquistar nuestros derechos cívicos, es natural que estemos iniciando el periodo de convalecencia nacional donde vamos a demostrar al mundo que somos capaces de reconstruir la patria que hemos semidestruido, para encauzarla por nuevos senderos.

Muchos de nosotros carecemos de la preparación necesaria para una carga tan ardua como la que pesa sobre nuestras espaldas; pero creo que bien podremos compensar esa falta de preparación con las energías manifestadas durante la lucha y con la honradez de todos o de la mayor parte de los hombres que están al frente de la administración pública.

Y en el desarrollo de esta nueva vida, en el proceso de transición del viejo Estado al Estado nuevo, México será uno de los países que menos habrán de sufrir porque la lucha de que ahora sale airoso trae, justamente, como una de sus principales finalidades, libertarlo de arcaicos prejuicios y darle una posición avanzada, propicia a una mayor armonía y a una mayor equidad sociales.

El destino ha querido concedernos el singular privilegio de iniciar el segundo ciclo de nuestra vida política, y es necesario que conscientes de las obligaciones y responsabilidades que vienen aparejadas con ese privilegio, pongamos al servicio de la nación todas nuestras facultades intelectuales, morales y físicas.

La política que fomenta el desarrollo de nuestra agricultura a base de grandes obras de irrigación, que nos libran de la escasez que los años de sequía nos han hecho sentir, así como las facilidades que se den a este ramo tan importante, es muy encomiable y debe merecer un franco y decidido apoyo; así como la construcción de caminos, cuya política podría resumirse así: *producir y transportar*. Dando preferente atención a los caminos tributarios de nuestros actuales sistemas de comunicaciones, que permitan el transporte de los grandes centros de producción a las estaciones ferroviarias y a los puertos, de nuestros productos, para su distribución dentro del territorio y para la exportación de los excedentes.

Es tiempo de llamar a las cosas por su nombre: la nación está cansada de ambigüedades, de programas elaborados con elasticidad que lo mismo pueden servir para que gobierne un ateo que un cristiano.

Ya es tiempo de que los políticos no nos contentemos con decir frases llenas de entusiasmo, que arranquen aplausos de las multitudes; ya no es necesario que hablemos al corazón de las multitudes para enardecerlas, porque no necesitamos acudir al combate.

Ahora necesitamos hablarles al cerebro, porque es ya el periodo de la reconstrucción, es el periodo de la meditación para que estudien con todo interés la Ley de Jubilación y del Seguro Obrero, y la acojan, como una bandera social, las clases trabajadoras de México.

Ellos ignoran que la sucesión presidencial en el actual periodo que terminará el señor general Calles, trae consigo el mayor volumen de responsabilidades que un mandatario haya recibido del antecesor, responsabilidades que son cada una de ellas un timbre de orgullo y de gloria, porque las ha asumido conscientemente; airosamente, obedeciendo los imperativos de la soberanía popular de México. Responsabilidades exteriores, responsabilidades sociales y responsabilidades políticas. Responsabilidades que la Revolución exige asumir a todos los que se le llaman sus representativos, y la Revolución no es sino la soberanía del pueblo, hecha ya ley suprema de la nación, que debe cumplir con toda fidelidad el que reciba la representación nacional.

Ya no venimos a excitar al pueblo para preparar su espíritu al sacrificio, porque no será necesario ya; ahora venimos exhortándolo a reflexionar ante los problemas que él mismo tiene

que ayudarnos a resolver, y planteando esos problemas con claridad meridiana, para pedirle su cooperación.

Felizmente para la causa popular, todas las clases sociales en México, excepción hecha de la burguesía, están unidas en un solo haz de voluntades para proteger sus intereses, para proteger sus intereses morales y sus intereses materiales.

La Revolución, que tuvo como finalidad principal redimir a todos los que trabajan, ennoblecer a todos los que trabajan y producen, estimular a todos los que desarrollan un esfuerzo en bien colectivo y en bien del engrandecimiento de la patria, tiene ahora la misión, muy noble, de trabajar por la realización de esos propósitos.

La Revolución no es sino el anhelo popular, los esfuerzos y esperanzas de todo un pueblo, de conquistar con sus sacrificios colectivos un poco de bienestar. La revolución trágica ha terminado; pero es necesario que el pueblo siga ejerciendo sus derechos hasta conquistar esas ventajas que la Revolución le ofreciera para llevarlo a los campos de batalla.

Cada victoria obtenida en los campos de batalla demanda un sacrificio de sangre, y ese sacrificio de sangre se traduce en una inmensa responsabilidad para los hombres que fuimos a derramarla arrastrando al pueblo a la tragedia, ofreciéndole a cambio de ese sacrificio un poco de bienestar para la colectividad.

El secreto de la tranquilidad pública es patrimonio de las clases rurales, y no podrá amargarnos con una nueva tragedia quien no ha sabido conquistarse el aprecio de esas masas populares conocidas con el nombre de carne de cañón.

Nosotros vamos a demostrar a la nación entera, y con ella al mundo entero, que México ha realizado una gran evolución espiritual con el movimiento revolucionario; que nuestras masas populares, conocidas eternamente con el nombre de carne de cañón, serán conocidas en lo sucesivo con el alto título de carne de sufragio.

La cooperación de nuestros conciudadanos la necesitamos para afrontar los problemas que el pueblo de México tiene que seguir discutiendo sobre su cartera por un periodo de no sabemos cuántos años.

Revolucionario es el que quiere que se consoliden los derechos de los muchos aun con perjuicios de los privilegios de los pocos.

Es revolución el anhelo de las clases populares por ilustrarse e ilustrar a sus hijos. Esa revolución del espíritu que ignoran los que no tienen contacto con el espíritu colectivo ni reconocen en el suyo propio el derecho de regir sus actos.

Es reacción, la labor solapada y contumaz de los malos clérigos, que pretenden hacer de México un rebaño al servicio de los intereses de Roma.

Es reacción la injuria constante de la prensa subvencionada por los residuos del elemento conservador, y en muchos de los estados de la República, para proteger los intereses de los grupos que la tienen pagada.

Es reacción el oro de los grandes *trusts* de Wall Street, tratando de dominar al mundo con la doctrina del dólar.

Es natural que México, como productor de combustibles, tiene que desempeñar un papel de alta importancia en las disputas futuras que la humanidad tendrá que realizar para arrebatarse el

dominio del combustible. Y México tiene que irse preocupando por ir resolviendo, aunque sea de una manera gradual, los problemas fundamentales sobre los cuales debe basar su futura grandeza.

Es el esfuerzo que reclamamos de esa juventud los que tuvimos el honor de figurar como factores dirigentes en la pasada lucha: que venga a cooperar con los viejos soldados de la Revolución, porque la labor que resta por hacer no puede ser obra de una sola voluntad, ni de un grupo reducido de hombres, sino del esfuerzo común de varias generaciones.

Es tiempo ya de que los que nos llamamos directores de la Revolución hablemos al pueblo de la labor de reconstrucción, ya que nosotros lo llevamos a la tragedia.

Para dar cima a este problema se hace necesaria la cooperación del pueblo, la cooperación de todos los hijos de México. Gobernantes y gobernados deben estar unidos entre sí por un mismo anhelo y para desarrollar un esfuerzo común, a fin de que ese mismo pueblo tenga conciencia de sus responsabilidades en la reconstrucción nacional.

La grave situación económica que prevalece en todo el mundo, como consecuencia principal de la pasada guerra, y los inevitables y profundos trastornos de la misma índole causados en el país por los sucesos acaecidos en la última década, han dificultado extraordinariamente en este ramo la labor reconstructiva que el Ejecutivo desarrolla en todos los otros giros de la administración pública.

Hemos terminado el periodo de la tragedia; ya no será necesario que los campesinos vuelvan a ofrecer su sangre para conquistar con violencia lo que está escrito en nuestras leyes. Bastará con que los campesinos, los obreros, la clase media, todas las fuerzas del país que están enroladas en la misma ideología revolucionaria, seleccionen su personal para que las represente en los puestos públicos y exijan conscientemente las responsabilidades que asuman al aceptar sus altas investiduras.

Venimos aquí buscando el consejo e inspiración de nuestros conciudadanos, como también los damos en los demás lugares en que comprendemos que lo han de menester, porque ésa es la única base de formar gobiernos sólidos, corrigiéndose, y orientándose mutuamente gobernantes y gobernados.

Creemos que la misión de todo Gobierno es tan trascendental y entraña una suma tal de responsabilidades, que los ciudadanos que aspiran a ser cabezas de gobierno tienen la obligación indeclinable de buscar ese contacto con las masas populares para conocer, hasta donde sea posible, todos los problemas que con ellas se relacionen.

Habremos de dedicar todas nuestras actividades a la reconstrucción nacional, la que no lograríamos jamás si no pudiéramos llevar la tranquilidad al espíritu, a la conciencia y al estómago de todas las clases rurales.

La situación de las clases populares ha mejorado visiblemente, en lo material, por el alza de los salarios, y en lo moral por la difusión de la enseñanza y por el reconocimiento de los derechos de las organizaciones de trabajadores.

## LA MISIÓN DEL EJÉRCITO

Cuando terminamos la lucha armada, cuando creímos que las instituciones demócratas estaban salvadas para siempre, me despojé del alto puesto en que me colocó la Revolución y me despojé de los arreos de soldado que había conquistado en los campos armados, porque si en el ejército era un general de división, en mi hogar soy un soberano.

La mayoría del ejército está compuesta de hombres libres y de honor; de hombres que saben distinguir la orden que enaltece de la consigna que envilece; de hombres que quebrantarían su espada antes que llenarla de ignominias.

No buscamos el apoyo tratando de sobornar al ejército. Mi candidatura no ha sido un engendro oficial ni un engendro de la ambición; ha nacido de la voluntad popular porque eran numerosas, muy numerosas, las agrupaciones que la habían lanzado ya, cuando en mi manifiesto de primero de junio expresé mis ideas y mis tendencias.

"Se ha injuriado al ejército", decían, porque señalamos con energía muchos de los actos inmorales que cometen algunos jefes del ejército, en pugna con la moral y con el prestigio que debe tener una institución a la que está encomendada la defensa de la dignidad nacional y las instituciones de la patria. ¿Injuriar yo al ejército, yo, que pertenecí a esa gloriosa legión que regó con su sangre toda la extensión de la República? ¡Insultar yo al ejército, yo, que supe de sus miserias y que con él compartí los peligros y las alegrías! Insultar yo al ejército, yo, que dejé una parte de mi cuerpo en las luchas que ese ejército sostuvo en defensa de nuestras libertades, sería traicionar, con la mano que me queda, a la mano que perdí defendiendo los derechos del pueblo!

Con motivo de los acontecimientos políticos, el ejército había aumentado considerablemente, encontrándose en él mezclados muchos elementos heterogéneos. La pacificación del país, por una parte, y por otra la urgente necesidad de aligerar la carga que pesaba sobre el erario, determinaron al Ejecutivo a emprender la tarea de reducir y reorganizar los elementos militares.

Al llevar a cabo la reducción de los efectivos, el Gobierno ha tenido especial empeño en proceder con toda justificación y ha logrado disminuir el ejército en más de 30 000 hombres, obteniéndose, por este concepto, una economía de 26 millones de pesos.

## EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN

Sabemos, desde hace mucho, que México es uno de los países más ricos de la Tierra; sabemos que es uno de los países que tiene menos habitantes, y sabemos dolorosamente, que es uno de los países que tiene más analfabetas y más seres miserables.

La instrucción es la que mejor prepara a los hombres para defenderse en la lucha por la vida; la instrucción es la mejor arma de defensa que debe tener todo ciudadano: primero, para exigir sus derechos cuando ellos sean violados; segundo, para definir sus derechos y saber también dónde empiezan los de los demás. Es, pues, necesario que el primer esfuerzo, el primer impulso, se encamine a la ilustración, a la educación de nuestras grandes masas.

Nuestros gobiernos anteriores, no sé si por falta de voluntad o por falta de fondos tal vez, descuidaron la instrucción de una gran mayoría de nuestros conciudadanos, y esa formidable lista que pesa sobre toda evolución ordenada y sistemática tenemos que orientarla cuidadosamente

porque de lo contrario correríamos el peligro de naufragar, pues el lastre pesaría más que las fuerzas de la nave.

La ignorancia de esa gran mayoría de nuestros conciudadanos no debe despertar en nosotros desprecio, y mucho menos odio; ellos son mucho más pobres que nosotros, porque no tienen ilustración suficiente para que les permita definir sus derechos, saber dónde terminan los de ellos y dónde empiezan los de los demás.

Si mañana nuestra incapacidad nos demuestra que no somos capaces de reconstruir a la patria, el mundo civilizado no va a condenar a esos centenares de indígenas que no saben leer ni escribir; va a condenar a los hombres que recibieron alguna ilustración en las escuelas; que recibieron algunas cátedras de moral en los hogares, y que no supieron hacer uso de ellas para encauzar a esas masas ignorantes y desheredadas.

Debe seguirse intensificando la educación pública sin más límite que la capacidad económica de nuestro erario, ya que de ella y de la distribución equitativa de la riqueza pública debemos esperar la futura grandeza de nuestra nacionalidad

El Ejecutivo de la Unión ha dedicado, y continuará dedicando atención muy preferente a la educación popular, por ser ésta la función más importante y trascendental del poder público, la más noble institución de los tiempos actuales y, al propio tiempo, en alto grado fecunda para el bienestar social y económico de nuestros conciudadanos, no

menos que para su mejoramiento moral y cultura cívica, pues su más amplia difusión en todos los ámbitos del país hará imposible el restablecimiento de la tiranía que por tantos años ha deshonrado nuestra historia.

La Secretaria de Educación Pública ha continuado desarrollando sus labores de acuerdo con los lineamientos generales que ya en otras ocasiones ha esbozado el Ejecutivo y que previenen la difusión de la enseñanza elemental y técnica, por medio de un presupuesto cada vez más importante, con el objeto de llevar la acción educativa a todas las regiones del país, aun a las más apartadas.

Han colaborado con toda eficacia 102 maestros misioneros, cuya labor consiste en despertar entusiasmo por la instrucción en los lugares y centros indígenas, donde las autoridades locales y los particulares se preocupan menos o carecen de elementos para ella; y a la vez se encargan de instalar escuelas y visitar las rurales.

## LAS RELACIONES DEL CAPITAL Y EL TRABAJO

El capital y el trabajo es un problema que tiene preocupado al mundo entero, no solamente a México. Es posible que México esté más capacitado para resolverlo, porque sus recursos naturales son enormes, y mayores aún si se establece la relación con los pocos habitantes del país. El problema del capital y el trabajo ha preocupado a muchos hombres de Estado. Yo he oído a quienes dicen que el mejor gobernante será aquel que se ponga de parte de los trabajadores; a otros he oído decir que el mejor gobernante será aquel que se apoye en los hombres de negocios. Yo soy de la opinión, y a ello encaminaré mis energías, de que el mejor

gobernante será aquel que encuentre el fiel que establezca el equilibrio entre estos dos factores, para que sobre un plano de equidad encuentren las ventajas recíprocas que ambos deben obtener.

(He visto a) hombres que para salir al extranjero han tenido que vender su metate, algún burro, y hasta las vigas de sus chozas, hechas leña, atraídos por las halagadoras promesas de los enganchadores, y cuando han vuelto ya no hay metate, y ya no hay burro, ni hay choza. Pero, en cambio, nosotros seguimos llamándonos muy nacionalistas, diciendo que no necesitamos del resto del mundo.

Nada ganarían los que usan huarache y sombrero de petate, si quitáramos el sombrero y los zapatos a los que ya los tienen, en nombre de una igualdad que nos haría desandar un siglo en la lenta evolución que hemos tenido; es, pues, necesario que nos esforcemos por dar zapatos a los que tienen huaraches y no quitárselos a los que han logrado adquirirlos. Si nosotros atentamos contra lo que está creado, matando todo estímulo, seremos inconscientes con la civilización.

El día que un minero salga a contratar 100 operarios, y pueda encontrar solamente cinco, la situación económica de nuestros trabajadores se habrá conquistado; pero mientras se busquen cinco trabajadores y se encuentren 100, su situación empeorará cada día.

Digo que fue una nota triste, porque es triste que a estas fechas todavía no hayamos podido resolver uno de los problemas fundamentales, que es la armonía entre el capital y el trabajo.

Que vayan a las Cámaras hombres que no sean susceptibles del soborno, que reglamenten las leyes del trabajo, a fin de que se sepa con toda claridad en dónde terminan los derechos de los trabajadores y en dónde empiezan los derechos de los patronos; y entonces se acabarían esas dificultades y llegaría a establecerse una perfecta armonía entre las dos clases, que será la base futura para el engrandecimiento de la patria.

Nuestro problema es otro, nuestras tendencias se encaminan por otros senderos, nosotros queremos legislar concienzudamente, juiciosamente; nosotros queremos una protección para los trabajadores, sin atentar contra el capital, porque sería entorpecer el desarrollo de nuestras riquezas naturales si no damos al capital las garantías que necesita.

El socialismo es un ideal supremo, que en estos momentos agita a toda la humanidad. El socialismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de las colectividades. El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo, para buscar una distribución más equitativa entre los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad.

Es indudable que la verdadera igualdad, como la anhelaríamos o la anhelamos, no podría realizarse en toda la amplitud del concepto de la palabra, porque en la lucha por la vida hay hombres más vigorosos, hay hombres más inteligentes, hay hombres más acondicionados, preparados física e intelectualmente mejor que los demás. Pero sí es necesario, y eso sí lo podremos realizar, que los de arriba sientan más cariño por los de abajo; que no los consideren como factores de esfuerzo a su servicio únicamente, sino como cooperadores y colaboradores en la lucha por la vida, para quienes deben mayores consideraciones y mayores atenciones en el pago de sus esfuerzos.

El problema que tiene afectado al mundo en estos momentos es el choque del capital y el trabajo; y es necesario que cada uno de los hombres que componemos la familia mexicana y que tenemos alguna dosis, pequeña o grande, de cultura, llevemos nuestros desvelos a estudiar la manera de resolver esos problemas, y procuremos orientar a las masas populares, que probablemente se desbordarían si no hay un esfuerzo consciente y sereno que procure encauzarlos.

Nosotros hemos creído interpretar los anhelos populares que conmovieron la conciencia colectiva hasta producir la Revolución que se prolongó por más de una década; que los trabajadores deben incorporarse a todas las demás clases sociales, con los mismos derechos y las mismas prerrogativas, dentro de su esfera de acción, y que la sociedad toda debe constituirse en una sola entidad, bajo una sola aspiración: desarrollar un armonioso esfuerzo en que cooperen el capital, la inteligencia y el trabajo, para buscar el secreto del bienestar colectivo.

Han tratado de mutilar el programa de la Revolución, y presentarlo como un programa anárquico, incapaz de la reconstrucción nacional y de satisfacer las aspiraciones de un pueblo civilizado. Los capitalistas cuya conciencia no había sido contaminada por estos nobles ideales, creyeron que sus fortunas peligraban si se concedía a los trabajadores el derecho de tener una escuela para librarse del analfabetismo, y si se concedía a los obreros tener un recinto limpio e higiénico donde amamantar a sus pequeños hijos.

La elocuencia de los hechos está demostrando que produce más un trabajador bien alimentado y encariñado con su taller y con su patrono, que un trabajador, mejor dicho, una especie de acémila que se ata por la fuerza de la necesidad al trabajo de su patrono, que no sabe tenderle la mano para levantar su nivel moral y cultural.

Hay que estudiar y promover cuotas especiales de transportes con todas las empresas de comunicaciones establecidas en el territorio nacional, para facilitar el movimiento de braceros, de las regiones en donde se suscitan crisis de trabajo a los lugares en que puedan encontrarlo; procurando por éste y otros medios al alcance de la administración pública, evitar la emigración de los braceros mexicanos al territorio de Norteamérica.

Las Cámaras rehusaron discutir y aprobar un proyecto de ley, que sometí a su consideración, en el cual se establecían todas las prerrogativas de las clases laborantes, desde el más modesto obrero hasta el profesionista, abarcando todas las esferas sociales que cuentan únicamente con su esfuerzo personal para subvenir a las necesidades de la vida.

El apóstol Madero, que ha sido el más profanado en esta lucha política, por los tránsfugas de la Revolución, quería redimir a las clases trabajadoras de los campos y de las ciudades; quería una mayor equidad en la distribución de la riqueza pública; quería un mayor bienestar para todos los hombres que no tienen más patrimonio que el esfuerzo cotidiano de sus músculos y de su cerebro.

Me llena de júbilo ver la opinión que los trabajadores tienen sobre el proyecto del Seguro Obrero, ese proyecto que vendrá a evolucionar muchas cosas, y que rebasará el límite de nuestras fronteras, porque vendrá a ser una verdadera revolución de carácter social.

Abramos los brazos al capital, pero al capital que se llama ciencia y conciencia, que sabe que México no es campo de explotación ni conquista. No aceptemos el capital que signifique carga y

explotación para la patria y para el pueblo, porque sacrificaríamos nuestra soberanía y pondríamos en peligro la integridad nacional.

Como soldado primero, y como estadista después, puse mi mejor voluntad, mis mayores esfuerzos al servicio de la causa de la Revolución, que inscribió en sus banderas la redención de nuestro proletariado, su mejoramiento moral, cultural, económico y físico.

El proyecto de ley y de reformas que aquí llamamos Seguro Obrero constituye el paso más avanzado y más firme que las clases proletarias hayan dado hasta la presente época en cualquier parte del mundo.

El Seguro Obrero estatuye que el capital pagará por adelantado todos los tributos que correspondan para las seguridades que deban existir en materia de trabajo; seguridad por jubilación, seguridad por accidentes, por muerte en el trabajo, etc., y previamente establece el pago de todos esos tributos para que los trabajadores, al reclamar sus derechos, no tengan que recurrir a un juicio, a un litigio contra su patrón, ya que es el Estado el que se encarga de proteger los intereses de los trabajadores y hacer efectivos en una forma administrativa todos los derechos que las mismas leyes establecen en su favor.

Mediante trabajos de la misma junta se ha logrado que los industriales acepten el principio consagrado por la Constitución Política de la República, del descanso dominical y de la jornada máxima de ocho horas.

La intervención imparcial y conciliadora que el Ejecutivo federal ha tomado en los frecuentes conflictos suscitados entre el capital y el trabajo, va encauzando convenientemente la marcha armónica y concordante de estas fuerzas vivas de la sociedad; y en este concepto no es aventurado esperar que en un futuro próximo la cuestión social seguirá en México su proceso natural y lógico, despojada de procedimientos atentatorios y anárquicos, que son familiares actualmente aun en las naciones más cultas de la tierra.

Se tiene en estudio el proyecto para la construcción de casas para obreros, sobre la base de que las rentas por inquilinato sean de ocho, 15 y 25 pesos al mes, que representarán, al mismo tiempo, abonos sobre el valor de las casas.

La protección del obrero contra los accidentes de trabajo ha merecido la más cuidadosa atención y el más perseverante esfuerzo del Departamento respectivo.

## EL PROBLEMA AGRARIO

Debemos envanecernos de que el problema agrario ha encontrado ya un eco vigoroso en la conciencia nacional, y que se han resuelto los escollos principales que a su realización se oponían, ya que va en una franca marcha hacia el desarrollo definitivo de todas sus manifestaciones.

Se ha creído que yo soy un revolucionario de los que han exigido una recompensa a sus sacrificios en la lucha, y están equivocados; yo he sido quizá de los más avaros de los revolucionarios, porque aliento la esperanza de obtener la recompensa por mis luchas libertarias en favor de las clases rurales, de las clases que más han necesitado del apoyo de la Revolución,

de llevar la confianza y el cariño de todos estos hombres el día que abandone el Palacio Nacional.

Debe proseguir el desarrollo del programa social, extendiendo su radio de acción a todas aquellas clases sociales que tienen que subvenir a las necesidades de su hogar con los emolumentos que obtienen por su trabajo personal, promoviendo las reformas y las leyes más adecuadas para la realización de esta finalidad, y atendiendo los diversos aspectos que el problema agrario presenta para su desarrollo sucesivo.

Los campesinos saben que durante el periodo en que actué como encargado del Poder Ejecutivo Federal de la Nación se realizaron todos los esfuerzos compatibles con la ley y con la moral en favor de su mejoramiento material y moral, venciendo resueltamente la resistencia que oponían a la política agraria de aquel Gobierno los grandes intereses que se sintieron lesionados por ella.

Nada podría hacer la reacción en los campos de batalla, porque las revoluciones nacen y se desarrollan en los campos, y en los campos ha perdido todo su prestigio el elemento reaccionario.

Continuando la política agraria que ocupó lugar preponderante en el programa de la Revolución, he procurado ir resolviendo de manera firme y segura el problema del reparto de la tierra, para formar agricultores en pequeño y de vida independiente, en el mayor número posible.

## LA CUESTIÓN INTERNACIONAL

Cuando surgió el primer conflicto con los grandes intereses materiales exteriores, que se creyeron lesionados por las leyes que la administración del señor general Calles facturaba y promulgaba, y la crisis internacional se presentó con aspectos muy serios, demandando toda la atención del Gobierno, el clero, cabeza más visible entonces de la reacción, creyó que el destino le brindaba una oportunidad propicia para su desagravio, y por boca de su más alto dignatario hizo una declaración en que desconocía nuestra Carta Magna, suponiendo que el Ejecutivo federal no se atrevería a enfrentarse con su poder, mientras no encontrara una solución satisfactoria a la crisis internacional y evadiría una nueva lucha.

Consolidar la personalidad política y moral de nuestra nacionalidad como pueblo autónomo, ha sido una de las principales preocupaciones de los hombres de la Revolución, y a ella han hecho honor hasta ahora todos los revolucionarios que han tenido a su cargo la dirección de la cosa pública, desde Carranza hasta los días presentes.

Por lo que se refiere a nuestra política con Norteamérica, debemos seguir sosteniendo con energía y decoro el derecho que a México asiste como Estado soberano, para darse la legislación que más acomode a sus finalidades y a sus intereses, sin más limitación que la que impone el derecho internacional a todos los estados soberanos.

No podremos ufanamos de haber realizado nuestra consolidación definitiva de pueblo autónomo y soberano, mientras nuestra independencia económica no quede igualmente establecida en forma definitiva también.

La Revolución mexicana, que no fue sino la consumación definitiva de nuestra independencia, vino a establecer en la Carta Fundamental elaborada el año de 1917 en la ciudad de Querétaro, las bases constitutivas de nuestra emancipación definitiva, de nuestra liberación de las tiranías de dentro y de las tutelas del exterior.

La presión exterior se ha hecho sentir en diversas formas para ver si se modifican leyes, nuestras leyes que perfilan definitivamente nuestra fisonomía como pueblo autónomo y respetable por todos los poderes de la Tierra.

El problema del combustible está complicando la vida del mundo y nada remoto sería que una nueva tragedia viniera a ensombrecer la Tierra con la disputa del petróleo, ya que los pueblos más poderosos se han dado cuenta de que el dominio del petróleo y el dominio del mundo marchan paralelos.

## LA CUESTIÓN HACENDARIA

Es el problema hacendario uno de los que tienen que abordarse con mayor diligencia y energía, prosiguiendo el programa de economías, limitando siempre los presupuestos de egresos a nuestra capacidad económica y fomentando la explotación de nuestros recursos naturales para aumentar la riqueza pública y privada.

Una depuración constante de carácter moral para eliminar a los funcionarios públicos que no sepan corresponder a la confianza que se les dispensa con la honestidad con que deben ser manejados los dineros del Tesoro común y la honestidad con que deben conducirse para hacer honor a sus puestos.

Para la resolución de nuestros problemas económicos, se requiere una eficaz atención en el desarrollo y explotación de nuestros recursos naturales para transformarnos en un pueblo exportador, y abandonar la categoría de tributario que por muchos años ha soportado México, teniendo que importar muchos de los artículos que consume, y que puede producir en abundancia.

Son grandes las deficiencias del sistema fiscal que heredamos, y es imperiosa la necesidad de reformarlo haciéndole las modificaciones que indican las enseñanzas de la vida moderna. Nunca se ha destacado con mayor relieve la conveniencia de abandonar los procedimientos fiscales anticuados, como hoy, que el país renace económicamente, y que importa despejar los obstáculos que se oponen a su prosperidad y cuando hasta las más conservadoras administraciones se ven obligadas a seguir las nuevas tendencias de organización social, la cual exige más constante preocupación del Estado por el bienestar de las masas.

Distribuir las cargas públicas en proporción de la capacidad tributaria, seleccionar las materias gravadas fijando cuotas de manera que reporten mayores gravámenes las producciones superfluas que los artículos destinados a satisfacer las necesidades ordinarias de las clases populares, deslindar las jurisdicciones concurrentes y organizar la recaudación conforme a las enseñanzas de la ciencia económica, es un acto de justicia que no sólo aumentará los ingresos del erario, sino que también presentará al Estado la mejor oportunidad de intervenir sin provocar

perturbaciones sociales regulando de una manera más equitativa la distribución de las riquezas y asegurando el bienestar colectivo.

## OTRAS MATERIAS

Si nosotros combatiéramos algún culto no tendríamos el derecho de llamarnos liberales, porque para ser liberal, en toda la amplitud del concepto, se necesita ante todo respetar la libertad de conciencia, la libertad de religión, la libertad política.

No creo, ni debemos aceptar, por un solo momento, que en los Estados Unidos de América haya hombres más capacitados, con un poder mayor de asimilación que los nuestros, ahí radica el problema a que me refiero; es necesario que tengamos conocimiento de nuestro propio valer, y que no vayamos a atribuir la torpeza de nosotros mismos a que nuestros estudios sean prolongados.

Para acercarme siquiera a ese cumplimiento del deber que tanto anhelo, es factor indispensable el conocimiento personal de las necesidades de cada una de las distintas entidades que forman la patria mexicana.

Como primer mandatario de la nación, quiero respetar lo que he dicho muchas veces, que la Constitución General de la República, con o sin defectos, será la pauta única del Gobierno Federal, porque todos los ciudadanos, con más amplio criterio, podrán ejercitar sus derechos, sin salirse de esta pauta que es la Constitución General de la República, porque es la única que puede determinar los actos de sus gobernantes.

Cuando se satisface una necesidad, empieza a sentirse otra; porque es siempre el mayor dolor el que reclama todas nuestras atenciones; pero detrás de ese dolor, sigue otro dolor, y por eso la humanidad nunca ha dejado de luchar por conquistar un mejoramiento.

El deseo mío de llevar al poder la mayor suma posible de conocimientos, en lo que respecta a cada una de las necesidades de la República, ha sido la base de mi gira política.

Los hombres que logran, durante la lucha por la vida, sobresalir de los demás, están siempre obligados por un mandato imperativo del deber, a tender la mano a los que no han podido obtener las conquistas que aquéllos han alcanzado, y los pueblos que han logrado una evolución más rápida en el mundo, están obligados moralmente a prestar apoyo a los pueblos más débiles que en una lucha justa y desesperada se debaten continuamente, buscando un mejoramiento moral, político y económico.

Es necesario, pues, que ya que la situación es tan propicia, sepamos aprovecharla para tendernos la mano y prestarnos el corazón; que dejemos las fórmulas de la diplomacia para que las practiquen los hombres que las tienen encomendadas y que vayamos los pueblos hacia una unión efectiva, para una base de fraternidad y armonía que garantice para siempre el futuro bienestar de los pueblos.

Es necesario que, conscientes de los estragos que la guerra pasada ha dejado en la humanidad, hagamos un esfuerzo para abolir de nuestra querida América la palabra “guerra”.

México ha nacido a una nueva vida de paz y de progreso, y no cree que los pueblos aislados puedan vivir ni encontrar su porvenir dentro de sus fronteras, si no toman en cuenta la grandeza y unión de los demás pueblos de la Tierra.

Creemos como pertenecientes a la América, que el porvenir de todo el continente quedará completamente asegurado, si viven en fraternidad estrecha todos los pueblos que lo integran; para esto, estamos en la mejor disposición de respetar los derechos de los demás pueblos y de exigir se respeten los nuestros.

La definitiva liberación del espíritu colectivo es la conquista más grande que ha realizado el hombre en los últimos tiempos, el desvincular en lo absoluto los poderes humanos de los poderes divinos, en nombre de los cuales se han cometido tantos desacatos a la humanidad, y tantos errores pertenecientes ya, por ventura, al pasado.

Nosotros creemos que la humanidad asiste actualmente al derrumbamiento de un pasado caduco, construido por tiranías sobre base de fanatismo y prejuicios, y que bajo los escombros de esas formas envejecidas quedarán sepultados todos aquellos que intenten oponerse al derrumbamiento.

Nosotros creemos que la moral, la inteligencia constructiva y generosa, y la cultura, son las fuerzas llamadas a gobernar al mundo en la vida moderna, y que no serán por cierto los países que construyan cañones de mayor alcance los que realicen las más grandes conquistas, sino aquellos que den a la humanidad pensadores cuyo genio permita ahondar el porvenir y señalar las catástrofes que podrían nacer de la imprevisión y del egoísmo.

Ruego [a los que] integran la familia vecina de Norteamérica, digan a sus representados que México ha declarado abolidas sus fronteras, y abierto sus brazos para los hombres de buena voluntad, de todas las latitudes y de todos los idiomas que quieran atravesar su línea geográfica y venir a realizar con nosotros un esfuerzo noblemente armonioso, encaminado al engrandecimiento de nuestra patria y al bienestar colectivo.

Barreras infranqueables las fronteras, las convertiremos en murallas, y con ellas cerraremos el paso a todos aquellos hombres que pretendan venir a explotamos, sin conciencia, con un aire de superioridad, y obtener mayores ventajas que las que legítimamente les corresponden, en consonancia con el contingente de sus aportaciones.

Que México no es un país refractario a la civilización, pero se opone y se opondrá a que se le imponga civilización determinada, porque quiere llegar a obtenerla mediante el esfuerzo de sus propios hijos y el apoyo de los que quieran impartírsela, sin miras aviesas; en absoluta concordancia con su origen, y sin perder ninguna de las características de sus nobles y sagradas tradiciones.

Y el misterioso secreto de nuestros hechos lo encuentran los que han observado que nuestros actos han sido siempre respaldados por el pueblo, consciente de sus deberes, dispuesto siempre a los mayores sacrificios para consolidar definitivamente sus grandes destinos.

En materia de cultos, libertad completa para el ejercicio de todos sin admitir ninguna influencia sectaria y exigiéndoles siempre a sus ministros el absoluto respeto a la reglamentación que nuestras propias leyes establecen.

Debe fomentarse la colonización extranjera, principalmente de aquellas razas que mayor afinidad tienen con la nuestra, y que son, por lo tanto, más susceptibles de asimilarse.

Mis compañeros de trabajo en la región sur de Sonora son los más capacitados para comprender cuántas renunciaciones tengo que hacer para volver a la vida política, interrumpiendo mis actividades en el trabajo, donde tantas cosas empezadas dejo.

La vigorosa personalidad de don Venustiano Carranza fue muy vigorosa porque respondió a una necesidad nacional.

Es por eso que las mejores energías de mi vida, mi mejor edad y mis mejores actividades las he dedicado siempre al desarrollo de la agricultura, y solamente cuando el país ha necesitado mis servicios, he abandonado mi trabajo, para venir a servir a la causa común, algunas veces con el fusil, y otras en la política.

El arte más raro de los gobernantes, la cualidad más singular es la previsión; preparar su país para relevarlo de los problemas que todos los pueblos del mundo tienen en la época actual, en esta época de la más alta trascendencia para la vida humana en que quiso el destino brindarnos el privilegio de vivir, en esta época de intensidad llena de problemas complejos, debido en la mayor parte de los casos a la falta de previsión en los hombres de Estado.

Después de la Revolución, la mentalidad del pueblo mexicano ha cambiado mucho, y ahora estamos conscientes de que el papel de una autoridad que quiera merecer este alto título, consiste en servir con fidelidad y honestamente los intereses colectivos, morales y materiales que le confían los que la elijan para tan elevado cargo.

Para nosotros es tan respetable el masón como el católico, como el evangelista y como cuantos pertenecen a otras diversas sectas, pues sin este elevado nivel moral no tendríamos patria, porque ésta no existe sin religión ni moral.

La parte sustancial de la reforma consiste en que los encargados de la administración de justicia serán inamovibles mientras observen buena conducta, es decir, mientras correspondan honestamente a la confianza que en ellos se deposita.

Que se mutilen y sucumban los hombres por los principios; pero que no sucumban ni se mutilen los principios por los hombres.

Los tres enemigos principales de México son: el militarismo, el clericalismo y el capitalismo. Nosotros podemos librar al país de los dos últimos: pero ¿quién lo librará de nosotros? Hay que libertar al país de sus libertadores.

Vacilar ante el deber es renunciar a la categoría de hombre.

## DISCURSO

*El 15 de julio de 1928 al arribo a la ciudad de México del presidente electo Álvaro Obregón, sus partidarios lo recibieron en triunfo. Contestó el Caudillo de Sonora con la siguiente alocución, que iba a ser la última que pronunciara en su vida.*

Cuando hablaba el licenciado Sáenz, hace un momento, al referirse a las clases trabajadoras, alguien gritó: "Y la clase media también".

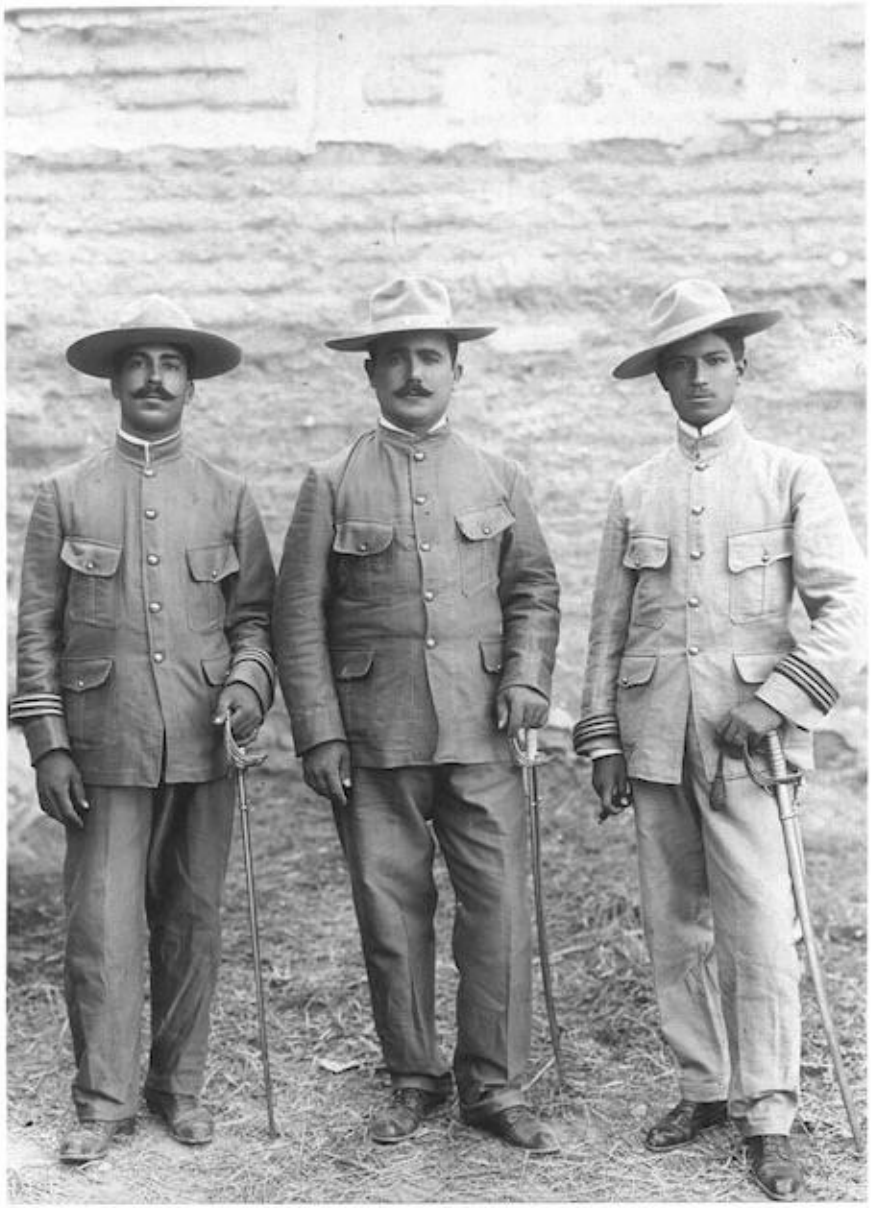
Es necesario que todos lo sepan: que para nosotros la clase media no es sino una parte integrante de las clases trabajadoras, porque a su esfuerzo personal debe el ingreso cotidiano con que atiende a las necesidades de su hogar. Para nosotros es trabajador el que realiza un esfuerzo constante para resolver los problemas económicos de su hogar, para resolver los problemas educativos de sus hijos y para cooperar al engrandecimiento de la patria; por eso cuando nos hemos preocupado en formular una ley que resuelva con sentido práctico los problemas para las clases trabajadoras, hemos declarado que para nosotros sólo existen dos clases en la sociedad: los que trabajan y los que pagan; y son trabajadores los que realizan un esfuerzo con el músculo o con el cerebro para resolver los problemas domésticos, cada día que pasa.

Es por eso que nosotros, cuando hemos sido llamados por la voluntad nacional, para enfrentarnos a los problemas que constantemente opone la reacción para el desenvolvimiento del programa social que sirviera de base a la Revolución, hemos venido buscando el apoyo de todas las clases que pertenecen a la familia trabajadora, porque a todos les corresponde velar por la defensa de esos intereses; y es por eso que hemos encontrado ese apoyo, y por eso también la victoria ha sido nuestra.

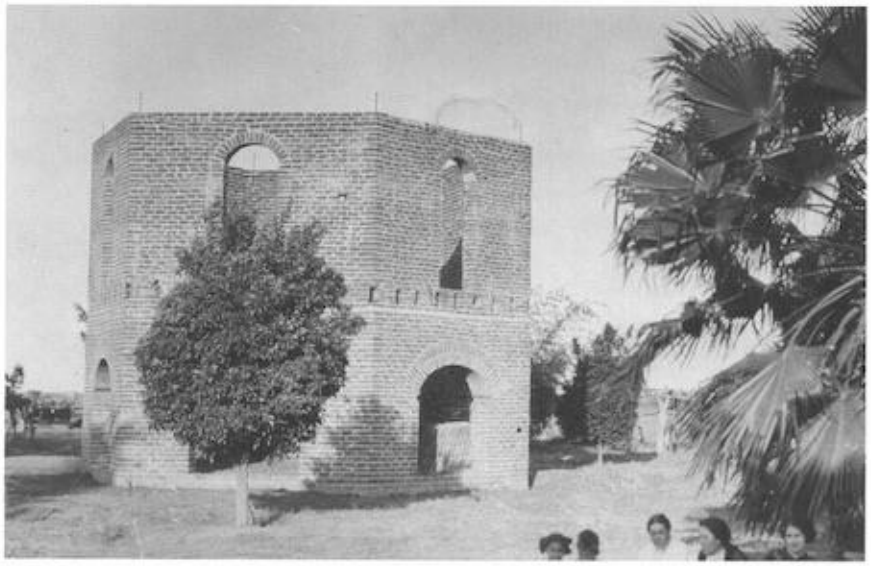
Ahora no está a discusión mi candidatura sobre si debe o no ser señalada y aprobada por el país, para que pueda, el que habla, suceder a nuestro actual primer magistrado. Ello quedó consumado el primero del presente mes, en que el pueblo entero me hizo el alto honor de depositar en mí su fe, de depositar en mí su confianza. Ahora sólo tenemos por delante el inmenso volumen de responsabilidades que hemos asumido, y no habremos cumplido como buenos ni correspondido al honor que el pueblo nos ha hecho, si no nos dedicamos esos seis años a trabajar perseverantemente, a trabajar honestamente, para hacer tangibles, dentro de un sentido práctico, todas las promesas que hiciera al pueblo la Revolución. Y si durante la lucha política demandábamos los votos de nuestros conciudadanos, ahora que ya los tenemos obtenidos, demandamos el apoyo de ellos para constituir un gobierno fuerte, moral, materialmente

hablando, y poder así resolver con menos esfuerzo todos los problemas que la Revolución tiene por delante, y consolidar todas las conquistas que hasta el presente ha realizado.

# MEMORIA FOTOGRÁFICA



*El presidente municipal de Huatabampo y teniente coronel Álvaro Obregón; a su derecha, el capitán Antonio Guerrero Gastélum, y a su izquierda, el capitán Cenobio Ochoa, Sonora,* ca. *1912.*



*La famosa Quinta Chilla, pequeña propiedad agrícola del general Álvaro Obregón, situada a cuatro kilómetros de Huatabampo, Sonora.*

*Álvaro Obregón y sus hijos Humberto y Refugio.*

*José María Maytorena Tapia.*

*Ignacio L. Pesqueira.*

*General Manuel M. Diéguez.*

*Juan G. Cabral.*

*Cantantes yaquis con sus instrumentos musicales para el Baile del Venado. Sierra del estado de Sonora.*

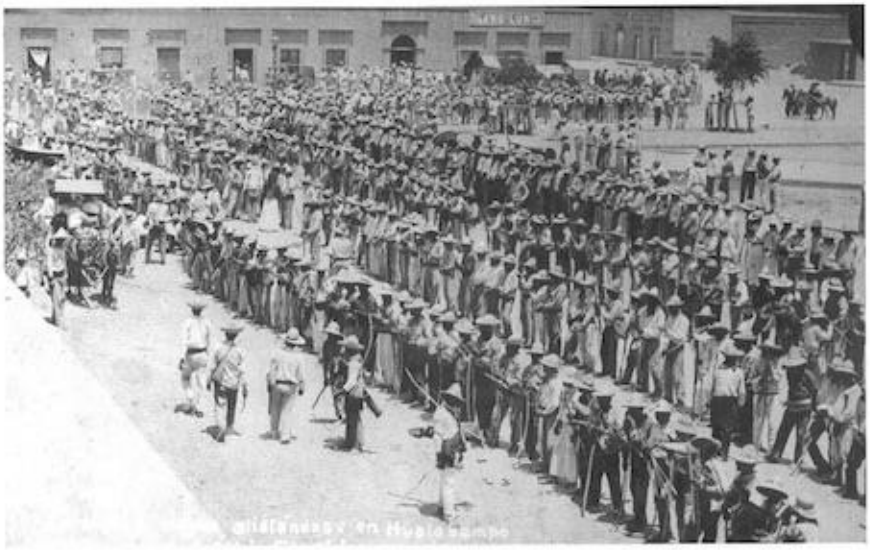
*Indios mayos en Huatabampo, Sonora. Primeros contingentes del general Obregón.*

*Cañones capturados a Ojeda, Estación Ortiz-Santa María, mayo de 1913.*

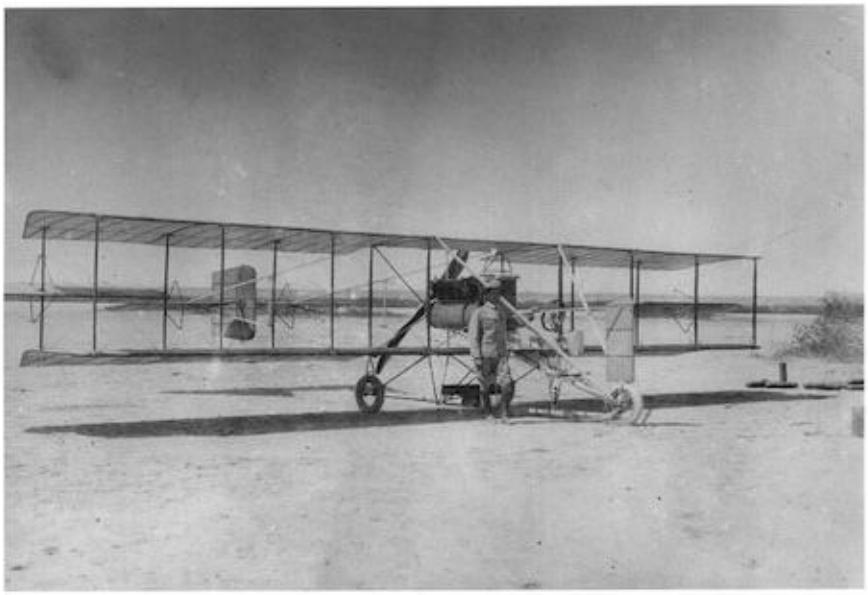
*El general Obregón después de pasar revista en Hermosillo, Sonora, a contingentes yaquis que, bajo sus órdenes, tomaron parte en las batallas de Santa Rosa y Santa María, ganadas a las fuerzas huertistas, 1913.*

*El Primer Jefe, don Venustiano Carranza, ante la artillería capturada por el general Álvaro Obregón a los federales en los combates de Santa Rosa y Ortiz, Hacienda Santa María, septiembre de 1913.*

*Oficialidad del 4° batallón de Sonora en el campamento de Tres Gritos: teniente coronel Antonio Guerrero, mayor Francisco R. Manzo, los capitanes primero Pedro J. Almada, Guillermo M. Palma, Pablo Macías, Enrique Breceda, Luis Rueda Flores y Francisco Arvizu, teniente Anchondo y varios otros. Tres Gritos, Sonora, mayo-junio de 1913.*



*Los indios mayos, alistándose en Huatabampo para unirse al Ejército Constitucionalista, Plaza de Huatabampo, 1914.*



*El aviador Gustavo Salinas con su biplano* Sonora, *mayo de 1914.*

*De izquierda a derecha: mayor Antonio Guerrero, general Álvaro Obregón, Jesús H. Abitia, quien con carácter de civil acompañó al general Obregón en todas sus campañas, y capitán Francisco Serrano.*

*Sobre la salpicadera de un automóvil, en el camino de Cuautitlán a Teoloyucan, el general Álvaro Obregón firma el acta de rendición de la ciudad de México.*

*Firma de las actas de rendición de la ciudad de México, Camino de Cuautitlán a Teoloyucan, 13 de agosto de 1914.*

*Venustiano Carranza y Álvaro Obregón al entrar en la ciudad de México, 20 de agosto de 1914.*

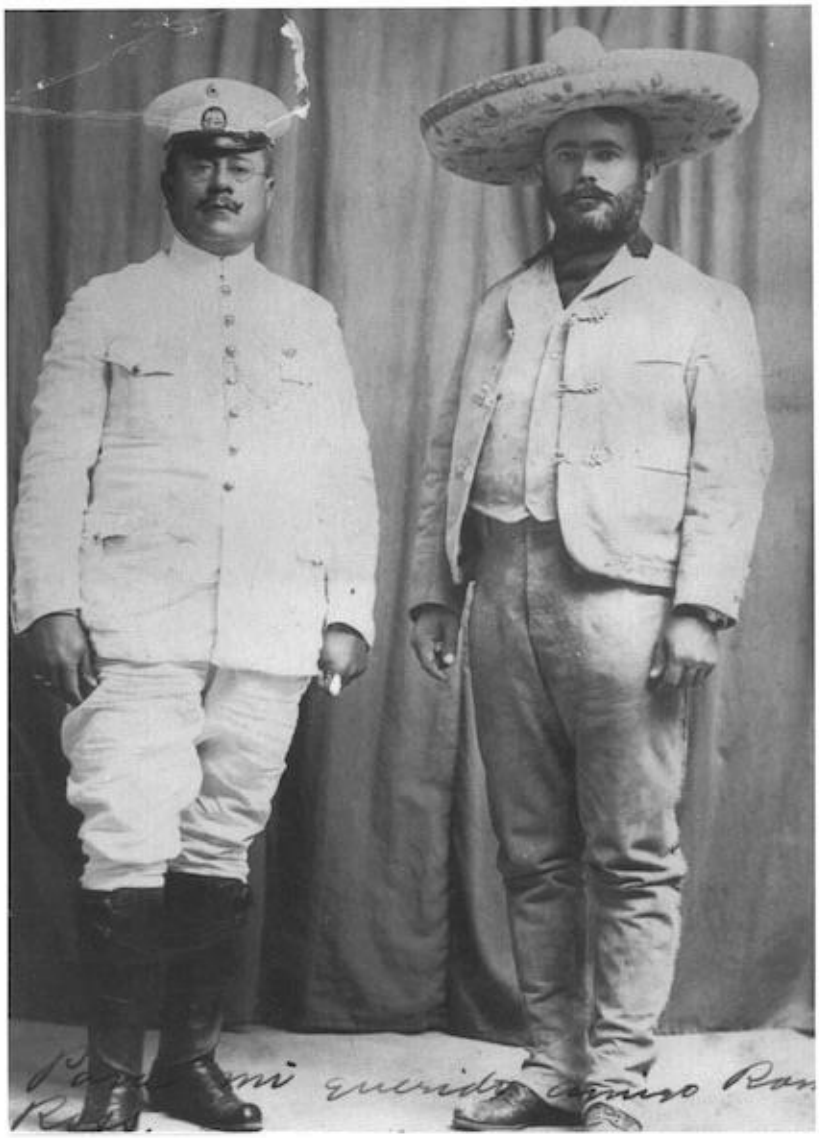
*Venustiano Carranza y Álvaro Obregón cuando ingresaban en Palacio Nacional, ciudad de México, 20 de agosto de 1914.*

General en jefe y Estado Mayor del Ejército de Operaciones

*1. General en Jefe Álvaro Obregón. 2. General Jefe del Estado Mayor Francisco R. Serrano. 3. Teniente coronel Jesús M. Garza. 4. Teniente coronel Aarón Sáenz. 5. Teniente coronel Lorenzo Muñoz. 6. Mayor Alberto G. Montaño. 7. Mayor Adolfo Cienfuegos y Camus. 8. Mayor Rafael T. Villagrán. 9. Mayor Benito Ramírez G. 10. Mayor Jose María Carpio. 11. Capitán 1° Ezequiel Ríos. 12. Capitán 1° José Lozano Reyes. 13. Capitán 1° Carlos Roel. 14. Capitán 1° Ángel Gaxiola. 15. Capitán 2° Arturo de Saracho. 16. Teniente Gustavo Villatoro. 17. General Miguel Piña, hijo, pagador general. 18. Coronel Enrique C. Osornio, médico del Estado Mayor. 19. Teniente coronel Josué Sáenz, pagador del Cuartel General. 20. Manuel Vargas, secretario del Cuartel General,* ca. *1915.*

*El corneta Jesús Martínez, de 10 años de edad, en el momento de dar sus bélicas notas al viento después de recibir órdenes del general Obregón para que tocara diana el 7 de abril de 1915, cuando la suerte de los soldados constitucionalistas se hallaba seriamente comprometida en el sector de las trincheras de Celaya.*

*Tubo lanzabombas en el momento de hacer fuego; el aparato fue utilizado por el Cuerpo de Ejército del Noroeste.*



*El general Álvaro Obregón vestido de charro, acompañado del general Benjamín Hill, durante la campaña contra Villa, 25 de abril de 1915.*

*Jefes y oficiales del Estado Mayor del general Obregón conducen a su jefe en una camilla improvisada cuando una bala de cañón le arrancó el brazo derecho. Hacienda de Santa Ana hacia Trinidad, 3 de junio de 1915.*

*General Álvaro Obregón, 1917.*

*Presidente Álvaro Obregón, 1920-1924.*

# NOTAS

[1] El XXX aniversario del asesinato del Caudillo de Sonora fue el 17 de julio de 1958; y la inserción a que se alude en el texto corresponde al discurso que pronunció el licenciado Aarón Sáenz ante el monumento de La Bombilla. <<

[2] Llamamos loberas a una excavación a manera de foso con capacidad suficiente para que un soldado quede en ella a cubierto de los fuegos y pueda de allí dirigir los suyos a discreción. <<

[3] El telegrama citado no se copia textual, porque el archivo en que constaba su texto cayó en poder de Buelna cuando este jefe, ya aliado al Villismo, ocupó la plaza de Tepic, en la que habíamos dejado nuestro archivo, cuando avanzábamos sobre Guadalajara, en 1914. <<

[4] Estando en prensa este libro, fue pasado por las armas, en la ciudad de Oaxaca, el general Robles, por sentencia dictada en su contra por el Consejo de Guerra a que se le sometió, al ser aprehendido, para juzgarlo por la defección que en mala hora cometiera pasándose al lado de los reaccionarios oaxaqueños, con las tropas y elementos que el Gobierno Constitucionalista había puesto a sus órdenes, después de perdonarle sus pasados errores políticos [Nota del autor]. <<

[5] El general Murguía no rindió parte escrito de los combates de este día, no obstante haber sido el que inclinó la victoria en favor de nuestras caballerías, con la oportuna y enérgica participación que tomó en la lucha. <<